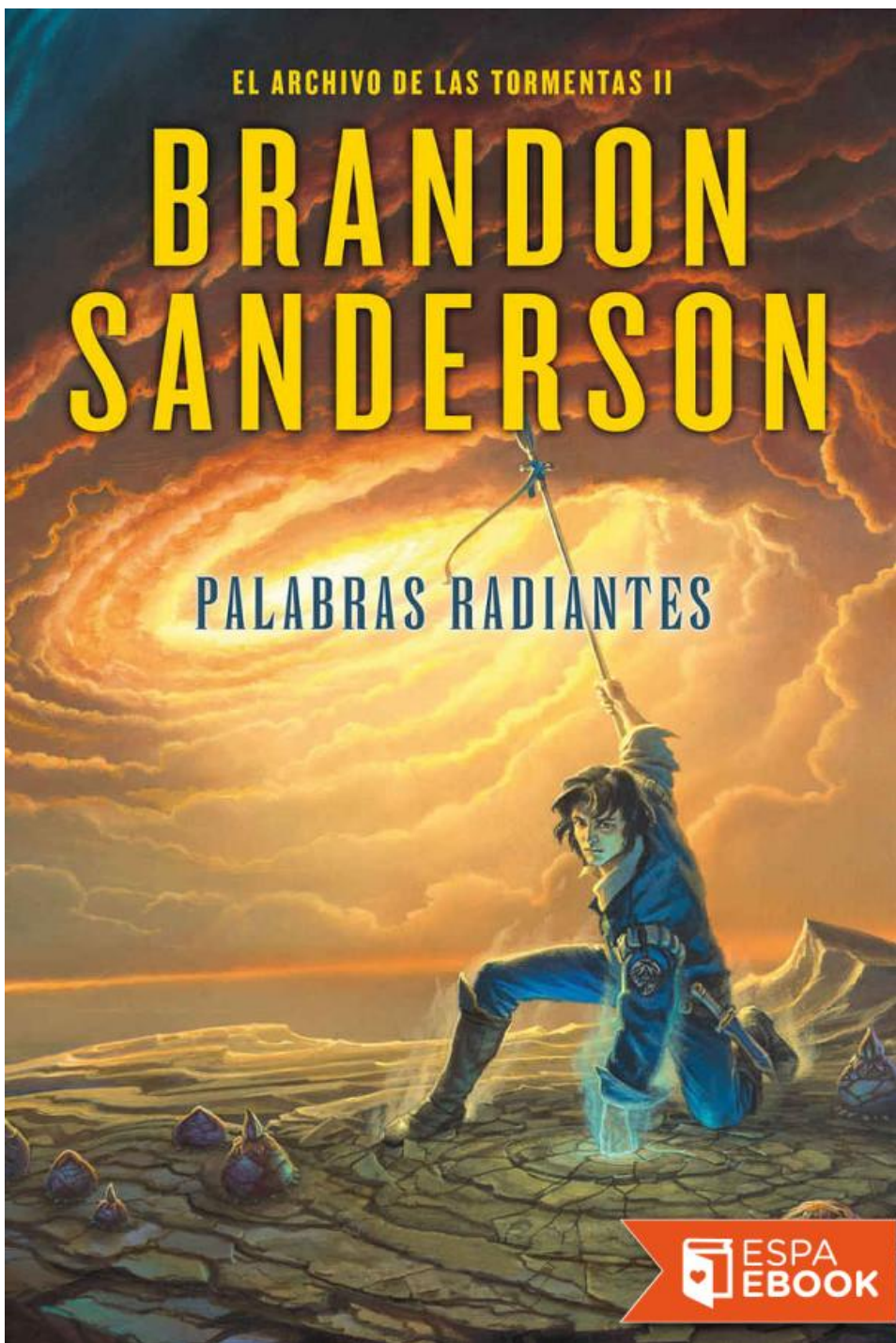


EL ARCHIVO DE LAS TORMENTAS II

BRANDON SANDERSON

PALABRAS RADIANTES



Palabras radiantes es la continuación de *El camino de los reyes*, la aclamada primera parte de la serie en diez volúmenes *The Stormlight Archive*. En ella retrocedemos seis años en el tiempo, cuando un asesino, entre cuyos primeros objetivos se halla Dalinar, mata al rey alezi. Kaladin está al mando de los guardaespaldas reales, un puesto controvertido por su baja condición, y debe proteger al rey y a Dalinar, al tiempo que dominar, en secreto, los nuevos y extraordinarios poderes vinculados a sus honorspren. Shallan tiene la misión de impedir el fin de las Desolaciones. Las Llanuras Quebradas tienen la respuesta; en ellas los parshendi están convencidos, gracias a su líder, de arriesgarlo todo en una apuesta desesperada...



Brandon Sanderson

Palabras radiantes

El archivo de las tormentas - 2

ePub r1.0

libra 04.09.15

Título original: *Words of Radiance*
Brandon Sanderson, 2014
Traducción: Rafael Marín Trechera

Editor digital: libra
ePub base r1.2

más libros en espaebook.com

*Para Oliver Sanderson,
que nació cuando este libro iba por la mitad,
y ya andaba cuando se terminó.*

Agradecimientos

Como cabe suponer, producir un libro de *La Guerra de las Tormentas* constituye una labor ardua. Requirió casi dieciocho meses de escritura, desde el borrador hasta la revisión final, e incluye trabajos de cuatro ilustradores distintos y la experta mirada crítica de un buen número de profesionales, por no mencionar los equipos que se dedican a la producción, publicidad, márketing, y todo lo demás que necesita un libro importante para tener éxito.

Desde hace unas dos décadas, *La Guerra de las Tormentas* ha sido mi sueño: la historia que siempre deseé contar. Las personas que mencionaré a continuación contribuyeron a que mi sueño se hiciera realidad, y no hay palabras para expresar mi gratitud por sus esfuerzos. En el caso de esta novela, el primero de la lista tiene que ser mi ayudante y principal corrector, el competente Peter Ahlstrom, quien dedicó muchas horas a este libro. Tuvo que enfrentarse a mi obstinación en determinadas cuestiones que no acababan de encajar en la trama... y acabó convenciéndome de mi error en la mayoría de los casos.

Como siempre, Moshe Feder (el hombre que me descubrió como escritor) llevó a cabo una excelente labor editorial en el libro. Joshua Bilmes, mi agente, desplegó su buen hacer tanto como representante como en su experiencia en el mundo editorial. Le acompañan Eddie Schneider, Brady «Palabras Bradiantes» McReynolds, Krystyna Lopez, Sam Morgan, y Christa Atkinson en la agencia. En Tor, Tom Doherty aceptó que le entregara un libro aún más extenso que el último (cuando le había prometido que sería más corto). Terry McGarry corrigió las pruebas, Irene Gallo es responsable de la dirección artística de la cubierta, Greg Collins del diseño interior, el equipo de Brian Lipofsky en Wetchester Publishing Services de la composición, Meryl Gross y Karl Gold de la producción, Patty García y su equipo de la publicidad. Paul

Stevens actuó como superhombre cada vez que le necesitamos. Muchísimas gracias a todos vosotros.

Puede que hayan advertido que este volumen, como el anterior, cuenta con unas ilustraciones sorprendentes. Mi visión de La Guerra de las Tormentas ha sido siempre la de una serie que trascendía las expectativas artísticas habituales en un libro de su naturaleza. Por tanto, es un honor que, de nuevo, mi ilustrador favorito, Michael Whelan, se haya implicado en el proyecto. Considero que su cubierta transmite la esencia de Kaladin a la perfección, y me siento enormemente agradecido por el tiempo extra que dedicó a la portada (por insistencia propia), realizando tres borradores hasta quedar satisfecho. Que las guardas muestren también la excelente labor de Shallan es más de lo que esperaba, y me siento honrado por lo bien que queda todo el conjunto.

Cuando comencé La Guerra de las Tormentas, hablé de tener «artistas invitados» que colaboraran esporádicamente. Tenemos los primeros en esta novela, de los cuales Dan dos Santos (otro de mis dibujantes favoritos y responsable de la cubierta original de *El aliento de los dioses*) accedió a hacer algunas ilustraciones interiores.

Ben McSweeney regresó amablemente para hacer más increíbles bocetos para nosotros. Trabajar con él es una auténtica delicia, sobre todo por su rapidez en captar mis ideas, incluso cuando no estoy del todo seguro de lo que quiero: pocas personas conozco en las que talento y profesionalidad se combinen como en el caso de Ben. Pueden encontrar más obra suya en InkThinker.net.

Hace mucho tiempo, casi diez años ya, conocí a un hombre llamado Isaác Stewart, quien, además de ser aspirante a escritor, era un ilustrador excelente, sobre todo en lo relativo a mapas y símbolos. Comencé a colaborar con él en mis libros (empezando con *Nacidos de la bruma*) y él acabó por prepararme una cita a ciegas con una mujer llamada Emily Blushman... con quien al final me casé. Así que no es preciso mencionar que le debo a Isaác unos cuantos favores. Con cada libro en el que trabaja, esa deuda se incrementa según voy viendo el sorprendente trabajo que desarrolla. Este año decidimos hacer su implicación un poco más oficial, ya que lo contraté a tiempo completo para que fuera ilustrador interno y me ayudara con las tareas administrativas. Así que si lo ven, denle la bienvenida al equipo. (Y díganle que siga

trabajando en sus propios libros, que no están nada mal).

También está con nosotros en Dragonsteel Entertainment Kara Stewart, la esposa de Isaác, como nuestra gerente de envíos. (Lo cierto es que intenté contratar a Kara primero, e Isaác señaló que alguna de las cosas para las que quería contratarla las podía hacer él. Y así acabé con los dos, en un acuerdo muy ventajoso). Ella es la persona con quien contactarán si piden camisetas, pósteres o artículos similares a través de mi web. Y es genial.

Recurrimos a unos cuantos asesores expertos en este libro, incluyendo a Matt Bushman por su experiencia como poeta y compositor. Ellen Asher nos dio grandes indicaciones en las escenas con caballos, y Karen Ahlstrom fue una asesora adicional en poesía y canciones. Mi'chelle Walker nos asesoró en escritura alezi. Finalmente, Elise Warren nos ofreció consejos certeros en cuanto a la psicología de un personaje clave. Gracias a todos por prestarme vuestros cerebros.

Este libro ha tenido bastantes lectores previos con estrictas restricciones de tiempo, así que envió un apasionado saludo a quienes participaron. Son: Jason Denzel, Mi'chelle Walker, Josh Walker, Eric Lake, David Behrens, Joel Phillips, Jory Phillips, Kristina Kugler, Lyndsey Luther, Kim Garrett, Layne Garrett, Brian Delambre, Brian T. Hill, Alice Arneson, Bob Kluttz y Nathan Goodrich.

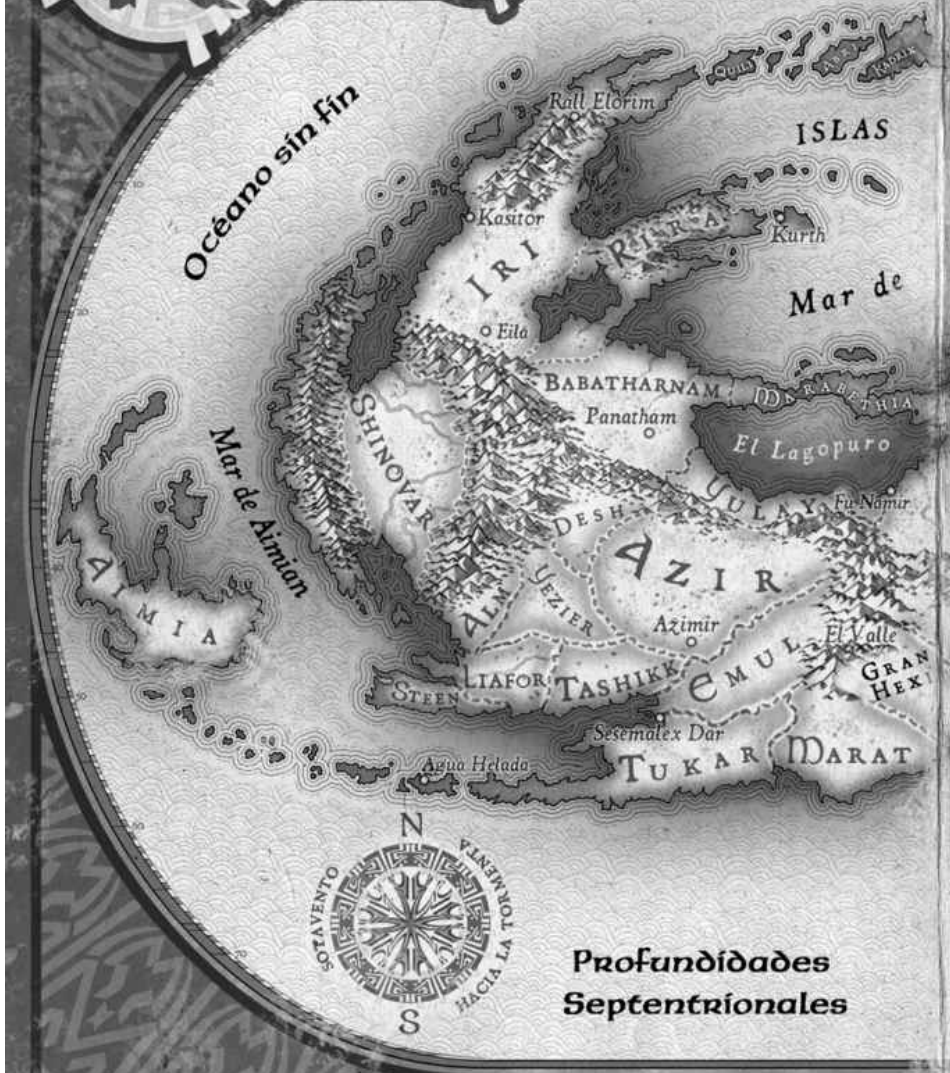
Los correctores de galeradas en Tor incluyen a Ed Chapman, Brian Connolly y Norma Hoffman. Entre los correctores de la comunidad se encuentran Adam Wilson, Aubree y Bao Pham, Blue Cole, Chris King, Chris Kluwe, Emily Grange, Gary Singer, Jakob Remick, Jared Gerlach, Kelly Neumann, Kendra Wilson, Kerry Morgan, Maren Menke, Matt Hatch, Patrick Mohr, Richard Fife, Rob Harper, Steve Godecke, Steve Karam y Will Raboin.

Mi grupo de escritura consiguió llegar a la mitad del libro, lo cual es mucho, considerando su extensión. Para mí son un recurso valiosísimo. Sus miembros son: Kaylynn ZoBell, Kathleen Dorsey Sanderson, Danielle Olsen, Ben-hijo-hijo-Ron, E. J. Patten, Alan Layton y Karen Ahlstrom.

Y, finalmente, gracias a mi querida (e inquieta) familia. Joel, Dallin y el pequeño Oliver me ayudan a conservar la humildad cada día haciendo que siempre sea «el villano» que es derrotado. Mi

encantadora esposa, Emily, ha soportado mucho este último año, a medida que las giras se hacían más largas, y sigo sin estar seguro de qué habré hecho para merecérmela. Gracias a todos por conseguir que mi mundo sea mágico.

Roshar



Profundidades
Septentrionales



LIBRO
SEGUNDO



PALABRAS RADIANTES



HACE SEIS AÑOS

Jasnah Kholin fingía disfrutar de la fiesta y nada en su comportamiento indicaba que pretendía ordenar la muerte de uno de los invitados.

Recorrió el abarrotado salón de baile, prestando atención a las conversaciones mientras el vino soltaba las lenguas y enturbiaba las mentes. Su tío Dalinar lo estaba disfrutando plenamente, de pie ante la alta mesa y gritando a los parshendi que trajeran a los percusionistas. Elhokar, el hermano de Jasnah, corrió a hacerlo callar, aunque los alezi hicieron gala de su educación haciendo caso omiso al estallido de Dalinar. Todos menos la esposa de Elhokar, Aesudan, que disimuló una sonrisa tras un pañuelo.

Jasnah dio media vuelta y continuó recorriendo la sala. Tenía una cita con una asesina, y se alegraba de dejar atrás la abarrotada estancia, donde se concentraban desagradablemente demasiados perfumes. Un cuarteto de mujeres hacía sonar sus flautas en una plataforma elevada frente a la chimenea encendida, pero la música hacía tiempo que se había vuelto aburrida.

Al contrario que Dalinar, Jasnah atraía las miradas. Aquellos ojos que se posaban en ella eran como moscas en la carne podrida, siguiéndola constantemente. Los susurros parecían alas zumbonas. Si había una cosa que en la corte alezi tenía más éxito que el vino

eran los chismorreos. Todos esperaban que Dalinar se dejara llevar por la bebida durante un banquete, pero ¿que la hija del rey cediera a la herejía? Eso sí que no tenía precedentes.

Jasnah había hablado de sus sentimientos precisamente por ese motivo.

Dejó atrás la delegación parshendi, que se congregaba junto a la alta mesa, departiendo en su rítmico lenguaje. Aunque esta celebración los honraba a ellos y al tratado que habían firmado con el padre de Jasnah, no parecían festivos ni felices, sino nerviosos. Naturalmente, no eran humanos, y la forma en que reaccionaban a veces resultaba extraña.

Jasnah quería hablar con ellos, pero su cita no podía esperar. Había fijado previamente el encuentro para que se produjera en plena fiesta, cuando casi todos estarían distraídos y borrachos. Se encaminó hacia las puertas y de pronto se detuvo.

Su sombra apuntaba en la dirección equivocada.

La sala sofocante, abarrotada y ruidosa pareció alejarse. El alto príncipe Sadeas atravesó una sombra que apuntaba claramente hacia la lámpara de esferas de la pared cercana, pero como conversaba animadamente con su acompañante, Sadeas no se dio cuenta. Jasnah contempló aquella sombra y sintió que la piel se le volvía pegajosa, y el estómago se le tensaba, como le sucedía cuando estaba a punto de vomitar. Otra vez no. Buscó otra fuente de luz. Un motivo. ¿Podría encontrar un motivo? No.

La sombra se volvió lánguidamente hacia ella, rezumando hacia sus pies para luego estirarse hacia el otro lado. La tensión de Jasnah cesó. Pero ¿lo había visto alguien más?

Por fortuna, mientras estudiaba la sala no se topó con ninguna mirada de sorpresa. La atención de la gente se había vuelto hacia los percusionistas parshendi, que en ese momento trasponían las puertas para iniciar su número. Jasnah frunció el ceño al advertir a un criado que no pertenecía a esa raza, vestido con amplios ropajes blancos, que les ayudaba. ¿Un shin? Eso no era habitual.

La joven recuperó la compostura. ¿Qué significaban estos episodios que sufría? Según las supercherías que se contaban, las sombras de conducta extraña significaban que estabas maldito. Normalmente no hacía el menor caso de esas habladurías, pero algunas supersticiones tenían una base cierta. Sus otras experiencias

lo demostraban. Tendría que seguir investigando.

Los pensamientos calmados y lógicos le parecían mentira comparados con la verdad de su piel fría y pegajosa y el sudor que le corría por la nuca. Pero era importante permanecer racional en todo momento, no solo cuando estaba tranquila. Se obligó a atravesar las puertas, dejando la calurosa sala por el silencioso pasillo. Había elegido la salida trasera, que solían usar los criados. Era, después de todo, la ruta más directa.

Allí, los maestros de sirvientes vestidos de negro y blanco iban de un lado al otro cumpliendo los encargos de sus brillantes señores o damas. Jasnah ya había contado con eso, pero no había previsto que su padre estuviera allí delante, charlando tranquilamente con el brillante señor Meridas Amaram. ¿Qué estaba haciendo el rey allí?

Gavilar Kholin era más bajo que Amaram, pero este se encorvaba en presencia del rey. Eso era algo habitual, pues Gavilar hablaba con tanta intensidad que querías inclinarte y prestar atención para captar cada palabra e implicación. Era un hombre guapo, no como su hermano, con una barba que realzaba la línea de su fuerte mandíbula en vez de cubrirla. Tenía un magnetismo y una intensidad personal tales que Jasnah consideraba que ningún biógrafo había conseguido aún describirlo fielmente.

Tearim, capitán de la guardia del rey, permanecía tras ellos. Llevaba la armadura Esquirlada de Gavilar: el rey había dejado de llevarla últimamente, pues había preferido confiársela a Tearim, famoso por ser uno de los grandes duelistas del mundo. El monarca había optado, en cambio, por lucir túnicas de majestuoso estilo clásico.

Jasnah se volvió a mirar el salón de celebraciones. ¿Cuándo se había escabullido su padre? «Tonta —se acusó—. Tendrías que haber comprobado si estaba todavía allí dentro antes de salir».

Ante ella, Gavilar apoyó la mano en el hombro de Amaram y alzó un dedo. Hablaba de manera rotunda pero en voz baja, y Jasnah no llegó a captar lo que decía.

—¿Padre? —preguntó.

Él se volvió a mirarla.

—Ah, Jasnah. ¿Te retiras tan temprano?

—No se puede decir que sea temprano —contestó ella, acercándose. Le parecía obvio que Gavilar y Amaram habían salido

a buscar intimidad para mantener su charla—. Esta es la parte más tediosa de la fiesta, cuando las conversaciones se vuelven más fuertes pero no más inteligentes, y la compañía se embriaga.

—Mucha gente considera que eso es divertido.

—Mucha gente, por desgracia, es idiota.

Su padre sonrió.

—¿Tan difícil te resulta? —preguntó amablemente—. Solo se trata de vivir con el resto de nosotros, sufrir nuestras mediocres inteligencias y nuestros triviales pensamientos. ¿Tan sola te sientes al ser tan única en tu brillantez, Jasnah?

Ella lo aceptó como la reprimenda que era y descubrió que se ruborizaba. Ni siquiera su madre, Navani, podía causar ese efecto en ella.

—Tal vez si encontraras amistades agradables disfrutarías de las fiestas —añadió Gavilar. Sus ojos se volvieron hacia Amaram, a quien hacía tiempo que veía como posible pareja para ella.

Pero eso era algo que no sucedería. Amaram la miró a los ojos, luego murmuró unas palabras de despedida al rey y se marchó presuroso pasillo abajo.

—¿Qué encargo le has encomendado? —preguntó Jasnah—. ¿Qué maquinas esta noche, padre?

—El tratado, naturalmente.

El tratado. ¿Por qué le preocupaba tanto? Otros le habían aconsejado que ignorara a los parshendi o los conquistara. Gavilar insistía en alcanzar un acuerdo.

—Debería regresar a la celebración —dijo el rey, haciendo una señal a Tearim. Los dos se encaminaron hacia la puerta por la que Jasnah había salido.

—¿Padre? —dijo ella—. ¿Qué me estás ocultando?

Él se volvió a mirarla y se detuvo un instante. Ojos verde claro, señal de su buena cuna. ¿Cuándo se había vuelto tan juicioso? Tormentas... Jasnah se sentía como si ya no conociera a este hombre. Una transformación tan sorprendente en tan corto espacio de tiempo.

Por la forma en que la inspeccionaba, casi parecía que no confiaba en ella. ¿Sabía lo de su encuentro con Liss?

El rey se dio media vuelta sin decir nada más y regresó a la fiesta, seguido por su guardia.

«¿Qué está pasando en este palacio?», pensó Jasnah. Inspiró profundamente. Tendría que seguir indagando. Por suerte, su padre no había descubierto sus encuentros con asesinos, pero aunque lo hubiera hecho, ella habría seguido adelante con su plan a pesar de todo. Sin duda el rey comprendería que alguien tenía que velar por la familia mientras él se sentía cada vez más fascinado por los parshendi. Jasnah se dio media vuelta y continuó su camino. Un maestro de sirviente se inclinó a su paso.

Después de caminar por los pasillos un breve trecho, advirtió que su sombra empezaba a comportarse de nuevo de manera extraña. Suspiró con malestar mientras la sombra se extendía hacia las tres lámparas de luz tormentosa de las paredes. Por suerte, se había alejado de las zonas más transitadas y no se veía a ningún criado por ninguna parte.

—Muy bien —exclamó—. Ya basta.

No había pretendido hablar en voz alta. Sin embargo, mientras las palabras surgían de su boca, varias sombras lejanas, originadas en un cruce que había más adelante, cobraron vida. Jasnah contuvo la respiración. Las sombras se estiraron, se hicieron más densas. A partir de ellas se formaron unas figuras que crecieron, se incorporaron, se irguieron.

«Padre Tormenta. Me estoy volviendo loca».

Una tomó la forma de un hombre, negra como la noche, aunque tenía cierto brillo, como si estuviera hecha de aceite. No... de otro líquido con una capa externa de aceite, lo cual le daba una oscura y reflejante calidad.

La sombra avanzó hacia ella y desenvainó una espada.

La lógica, fría y resuelta, guio a Jasnah. Aunque gritara, no conseguiría que nadie acudiera en su ayuda con suficiente rapidez, y la negra agilidad de esa criatura indicaba una velocidad que sin duda superaba la suya.

Se mantuvo firme y miró a la criatura, haciendo que vacilara. Tras ella, otros seres se habían materializado en la oscuridad. Jasnah llevaba meses sintiendo la mirada de aquellos ojos.

Todo el pasillo se había oscurecido, como si se hubiera sumergido y se hundiera lentamente en profundidades sin luz. Con el corazón desbocado, respirando entrecortadamente, Jasnah alzó la mano hacia la pared de granito que tenía al lado, buscando tocar

algo sólido. Sus dedos se hundieron ligeramente en la piedra, como si el muro se hubiera convertido en barro.

Oh, tormentas. Tenía que hacer algo. Pero ¿qué? ¿Qué podía hacer?

La figura que estaba ante ella miró hacia la pared. La lámpara más cercana se apagó. Y entonces...

Entonces el palacio se desintegró.

Todo el edificio se quebró en miles de pequeñas esferas de cristal semejantes a cuentas. Jasnah gritó mientras caía hacia atrás a través de un cielo oscuro. Ya no estaba en el palacio: se encontraba en otro lugar, en otra tierra, otro tiempo, otro... lo que fuera.

Estaba a solas con la visión de la oscura figura lustrosa que flotaba en el aire sobre ella y pareció satisfecha mientras volvía a envainar la espada.

Jasnah chocó contra algo: un océano de cuentas de cristal. A su alrededor llovieron un número incontable de ellas, repiqueteando como granizo en el extraño mar. Era la primera vez que veía ese lugar: no podía explicar lo que había sucedido ni lo que significaba. Se debatió mientras se hundía en lo que parecía ser una imposibilidad. Cuentas de cristal por todas partes. No podía ver nada más allá, solo se sentía caer a través de esta masa revuelta, sofocante y ruidosa.

Iba a morir. ¡Dejaría su trabajo sin terminar, a su familia sin protección!

Nunca conocería las respuestas.

«No».

Jasnah se agitó en la oscuridad; las cuentas se extendían sobre su piel, se le metían por entre la ropa y se le colaban por la nariz mientras intentaba nadar. No podía hacer nada. No podía flotar en este caos. Se llevó una mano a la boca tratando de crear una burbuja de aire para respirar, consiguiendo así dar una pequeña bocanada. Pero las cuentas rodaron alrededor de su mano, se introdujeron entre sus dedos. Jasnah se hundió, ya más despacio, como a través de un líquido viscoso.

Cada cuenta que la tocaba dejaba una leve impresión de algo. Una puerta. Una mesa. Un zapato.

Al final las cuentas le invadieron la boca, moviéndose como por

voluntad propia. Iban a asfixiarla, a destruirla. No... no, era solo porque parecían atraídas hacia ella. Captó una impresión; no un pensamiento claro, sino una sensación. Querían algo de ella.

Agarró una cuenta con la mano: le dejó la impresión de una copa. Ella le dio... ¿algo a cambio? Las otras cuentas cercanas se acercaron, conectándose, pegándose como piedras unidas con argamasa. En un instante ella cayó no entre cuentas separadas e individuales, sino a través de grandes masas pegadas en forma de...

Copa.

Cada cuenta era un patrón, una guía para las otras.

Soltó la que tenía en la mano y las cuentas a su alrededor se separaron. Manoteó, buscando desesperadamente mientras se quedaba sin aire. ¡Necesitaba algo que pudiera utilizar, algo que la ayudara, algo para sobrevivir! Desesperada, abrió los brazos para tocar tantas perlas como fuera posible.

Una bandeja de plata.

Un abrigo.

Una estatua.

Una lámpara.

Y luego, algo antiguo.

Algo pesado y de pensamiento lento, pero, de algún modo, fuerte. El palacio mismo. Frenética, Jasnah agarró esa esfera y forzó su poder hacia ella. Obnubilada, le dio a esta perla todo lo que tenía, y luego le ordenó que se alzara.

Las perlas se agitaron.

Se produjo un gran estrépito mientras las esferas entrechocaban, tintineando, crujiendo, sacudiéndose. Era casi como el sonido de una ola rompiendo contra los escollos. Jasnah emergió de las profundidades al tiempo que algo sólido se movía bajo ella, obedeciendo su orden. Las perlas repiquetearon sobre su cabeza, sus hombros, sus brazos, hasta que finalmente surgió como una explosión de la superficie del mar de cristal, lanzando un chorro de perlas al cielo oscuro.

Se arrodilló en una plataforma de cristal hecha de pequeñas cuentas unidas. Mantuvo la mano en el costado, impulsada hacia arriba, agarrando la esfera que era la guía. Otras rodaron a su alrededor, adoptando la forma de un pasillo con lámparas en las paredes en el que más adelante se veía un cruce. Algo fallaba en la

imagen, claro: todo estaba hecho de cuentas. Pero era una buena aproximación.

Jasnah no tenía fuerza suficiente para formar el palacio entero, así que se había limitado a formar ese único pasillo, sin el tejado. Pero el suelo la sostenía, le impedía hundirse. Abrió la boca con un gemido y las perlas cayeron para repicar contra el suelo. Entonces tosió, inhalando ansiosamente aire, mientras el sudor le corría por los lados de la cara y se concentraba en su barbilla.

Ante ella, la oscura figura se subió a la plataforma. De nuevo desenvainó la espada.

Jasnah agarró una segunda perla, correspondiente a la estatua que había sentido antes. Le dio poder, y otras perlas se reunieron ante ella, tomando la forma de una de las esculturas que flanqueaban la parte delantera del salón de festejos: la estatua de Talenelat'Elin, Herald de la Guerra. Un hombre alto y musculoso con una enorme hoja esquilada.

No estaba viva, pero ella la hizo moverse, bajando su espada de cuentas. Dudaba de que pudiera luchar. Las cuentas redondas no podían formar una hoja afilada. Sin embargo, la mera amenaza hizo vacilar a la figura oscura.

Rechinando los dientes, Jasnah se obligó a ponerse en pie y las perlas cayeron de sus ropas. No estaba dispuesta a arrodillarse ante esta criatura, fuera lo que fuese. Se detuvo junto a la estatua de cuentas, advirtiendo por primera vez las extrañas nubes en lo alto. Parecían formar un estrecho tramo de camino, recto y largo, apuntando hacia el horizonte.

Soportó la mirada de la figura de aceite, que la observó durante un momento y luego se llevó dos dedos a la frente antes de inclinarse, como en señal de respeto, con una capa ondeando a sus espaldas. Otras figuras se habían congregado detrás y se volvieron unas hacia otras, intercambiando susurros.

El lugar de perlas se difuminó, y Jasnah se encontró de vuelta en el pasillo del palacio. El de verdad, con piedras reales, aunque estaba oscuro: la luz tormentosa de las lámparas de las paredes estaba apagada. La única iluminación procedía del fondo del pasillo.

Se apretujó contra la pared, inspirando profundamente. «Tengo que anotar esta experiencia», pensó.

Así lo haría, para luego analizarla y reflexionar. Pero más tarde. En ese momento solo quería alejarse del palacio. Echó a andar, presurosa, sin preocuparle qué dirección tomaba, tratando de escapar de aquellos ojos que seguían observándola.

No sirvió de nada.

Al cabo de un rato, se serenó y se secó el sudor de la cara con un pañuelo. «Shadesmar —pensó—. Así se llama en los cuentos infantiles». Shadesmar, el reino mitológico de los spren. Todo un sistema mitológico en el que nunca había creído. Seguro que si estudiaba las historias lo suficiente encontraría algo. Casi todo lo que pasaba había pasado antes. La gran lección de la historia, y...

¡Tormentas! Tenía una cita.

Maldiciéndose a sí misma, se apresuró. Aquella experiencia seguía ocupando sus pensamientos, pero de todas formas había de celebrar su reunión. Así que bajó dos plantas, alejándose más de los sonidos de los percusionistas parshendi, hasta que solo llegó a captar los redobles más fuertes.

La complejidad de aquella música siempre la había sorprendido, pues sugería que los parshendi no eran los salvajes incultos por los que muchos los tomaban. Desde esta distancia, la música le resultó inquietantemente similar a las perlas del lugar oscuro, cuando entrechocaban unas con otras.

Había elegido a propósito esta sección apartada del palacio para su encuentro con Liss. Nadie visitaba jamás ese conjunto de habitaciones para invitados. Al ver a un hombre a quien no conocía ante la puerta escogida, Jasnah sintió cierto alivio. El hombre sería el nuevo criado de Liss, y su presencia significaba que ella no se había marchado, a pesar de su tardanza. Controlándose, saludó con un gesto al guardia (un bruto veden de barba rojiza), y entró en la habitación.

Liss se levantó de la mesa que había en la pequeña cámara. Llevaba un vestido de doncella (escotado, naturalmente), y podría haber pasado por alezi. O por veden. O bav. Dependiendo de qué aspecto de su acento decidiera recalcar. Cabellos largos y oscuros, sueltos, y una figura atractiva y curvilínea que se realzaba en los lugares adecuados.

—Llegas tarde, brillante —dijo Liss.

Jasnah no se dignó contestar. Era ella quien pagaba, así que no

tenía por qué ofrecer explicaciones. En cambio, dejó algo sobre la mesa, junto a Liss. Era un sobre pequeño, sellado con cera de gorgojo.

Jasnah colocó dos dedos encima, reflexionando.

No. Esto era demasiado audaz. No sabía si su padre sabía lo que ella estaba haciendo, pero aunque no fuera así, en palacio sucedían demasiadas cosas. No quería cometer un asesinato hasta que estuviera más segura.

Por fortuna, había preparado un segundo plan. Sacó un segundo sobre del bolsillo interior de la manga y lo colocó en la mesa en lugar del primero. Retiró los dedos de encima, rodeó la mesa y se sentó.

Liss se sentó también e hizo desaparecer el sobre en el interior de su escote.

—Una noche extraña para dedicarla a la traición, brillante —comentó la mujer.

—Te contrato solamente para vigilar.

—Perdona, brillante, pero por lo general no se contrata a un asesino para vigilar. O al menos no solo para eso.

—Encontrarás las instrucciones en el sobre —dijo Jasnah—. Junto con un pago inicial. Te he elegido porque eres experta en observar durante largo tiempo. Eso es lo que quiero. Al menos por ahora.

Liss sonrió, pero acabó por asentir.

—¿Espiar a la esposa del heredero al trono? Eso será más caro. ¿Seguro que no la quieres muerta sin más?

Jasnah tamborileó los dedos sobre la mesa, y en ese momento se dio cuenta de que lo hacía al ritmo de los tambores de arriba. La música era inesperadamente compleja... exactamente igual que los parshendi.

«Están pasando demasiadas cosas —pensó—. Tengo que ser muy cuidadosa. Muy sutil».

—Acepto el precio —replicó—. Dentro de una semana, me encargaré de que liberen a una de las doncellas de mi cuñada. Tú solicitarás el puesto, usando las credenciales falsas que supongo serás capaz de conseguir. Te contratarán.

»A partir de ahí, observa e informa. Ya te diré si tus otros servicios son necesarios. Actúa solo si yo te lo digo. ¿Entendido?

—Tú eres quien paga —dijo Liss, dejando entrever un leve acento bav, aunque si se notaba, era solo porque ella así lo quería. Liss era la asesina más dotada que conocía Jasnah. La gente la llamaba Doliente, ya que les sacaba los ojos a sus objetivos cuando los mataba. Aunque el apodo no lo había creado ella, servía bien a su propósito, pues tenía secretos que ocultar. Para empezar, nadie sabía que Doliente era una mujer.

Se decía que Doliente arrancaba los ojos para proclamar su indiferencia al hecho de que sus víctimas tuvieran los ojos claros u oscuros. La verdad era que la acción ocultaba un segundo propósito: Liss no quería que nadie supiera que la forma en que mataba dejaba a los cadáveres con las cuencas de los ojos calcinadas.

—Nuestra reunión ha terminado, pues —dijo Liss, poniéndose en pie.

Jasnah asintió, ausente, concentrada de nuevo en la extraña interacción que había tenido con los spren hacía un rato. Aquella piel brillante, los colores oscilando sobre una superficie del color del alquitrán...

Se obligó a dejar de pensar en ello. Tenía que dedicar toda su atención a la tarea que tenía delante. Y de momento, esa tarea era Liss.

La asesina se detuvo en la puerta antes de marcharse.

—¿Sabes por qué me caes bien, brillante?

—Sospecho que tiene algo que ver con mis bolsillos y su proverbial profundidad.

Liss sonrió.

—Eso en parte, no voy a negarlo, pero también eres distinta a los demás ojos claros. Cuando otros me contratan, fruncen la nariz durante todo el proceso. Están ansiosos por recurrir a mis servicios, pero me miran con resentimiento y retuercen las manos, como si les repugnara verse obligados a hacer algo desagradable.

—Es que el asesinato es desagradable, Liss. Igual que limpiar orinales. Sin embargo, puedo respetar a quienes desempeñan ese trabajo sin admirar el trabajo en sí.

Liss sonrió antes de abrir la puerta.

—Ese nuevo sirviente tuyo que espera ahí fuera... —dijo Jasnah—. ¿No dijiste que querías mostrármelo?

—¿Talak? —respondió Liss, mirando al veden—. Ah, te refieres

al otro. No, brillante, lo vendí a un mercader de esclavos hace unas cuantas semanas. —Liss esbozó una mueca.

—¿De veras? ¿No decías que era el mejor sirviente que habías tenido jamás?

—Demasiado bueno —replicó Liss—. Dejémoslo en eso. Tormentas, daba escalofríos ese shin. —Liss se estremeció visiblemente y salió por la puerta.

—Recuerda nuestro primer acuerdo —dijo Jasnah tras ella.

—Siempre lo tengo presente, brillante.

Liss cerró la puerta.

Jasnah permaneció sentada con los dedos entrelazados. Su «primer acuerdo» era que si alguien acudía a Liss y le ofrecía un contrato para eliminar a un miembro de la familia de Jasnah, le permitiría a ella igualar la oferta a cambio del nombre de quien la hiciera.

Liss cumpliría el trato. Probablemente. Lo mismo que la otra docena de asesinos con los que Jasnah trataba. Un cliente habitual era siempre más valioso que uno ocasional, y a una mujer como Liss le interesaba tener una aliada en el gobierno. La familia de Jasnah estaba a salvo de gente así. A menos que ella misma empleara a los asesinos, naturalmente.

Jasnah dejó escapar un profundo suspiro y luego se levantó, intentando quitarse de encima el peso que la agobiaba.

«Espera. ¿Ha dicho Liss que su antiguo sirviente era shin?».

Probablemente era una simple coincidencia. Los shin no abundaban en el este, pero se les veía de vez en cuando. Con todo, que Liss mencionara a un shin y Jasnah hubiera visto a uno de ellos entre los parshendi..., bueno, no le haría ningún daño comprobarlo, aunque eso implicara tener que regresar a la fiesta. Algo extraño sucedía esta noche, y no solo por su sombra y el spren.

Jasnah salió de la pequeña cámara en las entrañas del palacio y empezó a recorrer el pasillo. Desanduvo sus pasos. En los pisos superiores, los tambores se interrumpieron bruscamente, como las cuerdas de un instrumento que se cortan de repente. ¿Terminaba tan pronto la fiesta? Dalinar no habría hecho algo que hubiera ofendido a los invitados, ¿no? Ese hombre y su afición al vino...

Bueno, los parshendi habían ignorado sus ofensas en el pasado, así que probablemente lo harían de nuevo. En realidad, Jasnah se

alegraba de que su padre se concentrara en el tratado. Eso significaba que ella tendría una oportunidad para estudiar a placer las tradiciones e historias parshendi.

«¿Podría ser —se preguntó— que las eruditas hayan estado investigando en las ruinas equivocadas todos estos años?».

En el pasillo sonaron unas voces.

—Me preocupa Ash.

—Te preocupas por todo.

Jasnah se detuvo en el pasillo.

—Está cada vez peor —continuó la voz—. No podemos ir a peor. ¿Voy yo a peor? Es lo que me parece.

—Cállate.

—Esto no me gusta. Lo que hemos hecho está mal. La criatura lleva la espada de mi señor. No tendríamos que haber permitido que se la quedara. Es...

Las dos figuras atravesaron el cruce ante Jasnah. Eran embajadores del oeste, incluyendo el hombre azishiano con la marca de nacimiento blanca en la mejilla. ¿O era una cicatriz? El más bajo de los dos (podría haber sido alezi) se interrumpió cuando vio a Jasnah. Dejó escapar un chillidito y continuó su camino.

El azishiano, que iba vestido de negro y plata, se detuvo y la miró de arriba abajo. Frunció el ceño.

—¿Ha terminado ya la fiesta? —preguntó Jasnah desde el pasillo. Su hermano había invitado a estos dos hombres a la celebración junto con todos los dignatarios extranjeros en Kholinar.

—Sí —respondió el hombre.

Su mirada la hizo sentirse incómoda. Continuó caminando de todas formas. «Tendría que indagar más sobre estos dos», pensó. Había investigado su pasado, naturalmente, y no había encontrado nada digno de mención. ¿Estaban hablando de una hoja esquivada?

—¡Vamos! —El hombre más bajo regresó y tomó por el brazo al más alto.

Este permitió que tirara de él. Jasnah se acercó al cruce de pasillos, y los vio marchar.

Donde antes sonaban tambores, de pronto, se oyeron gritos.

«Oh, no...».

Jasnah se volvió alarmada, se recogió la falda y echó a correr con todas sus fuerzas.

Una docena de diferentes desastres potenciales desfilaron por su mente. ¿Qué más podía ocurrir en esa noche aciaga, cuando las sombras se alzaban y su padre la miraba con recelo? Los nervios se apoderaron de ella. Llegó a las escaleras y empezó a subirlas.

Tardó demasiado. Podía oír los gritos mientras subía y emergía por fin al caos. Cadáveres en una dirección, una pared demolida en otra. ¿Cómo...?

La destrucción conducía a los aposentos de su padre.

Todo el palacio se estremeció y un sonido de aplastamiento resonó desde esa dirección.

«¡No, no, no!».

Mientras corría, advirtió en las paredes los tajos producidos por hojas esquiladas.

«Por favor».

Cadáveres con ojos quemados. Cuerpos cubriendo el suelo como huesos descartados en la cena.

«Esto no».

Una puerta rota. Los aposentos de su padre. Jasnah se detuvo en el pasillo, jadeando.

«Contrólate, controla...».

No podía. En ese momento no. Frenética, entró corriendo en los aposentos, aunque un portador de esquilada la mataría fácilmente. No estaba pensando con lógica. Debería buscar alguien que la ayudara. ¿Dalinar? Estaría borracho. Sadeas, entonces.

Parecía que la habitación había sido alcanzada por una tormenta: muebles destrozados, astillas por todas partes. Las puertas del balcón estaban rotas hacia fuera. Alguien se abalanzó hacia ellas, un hombre con la hoja esquilada de su padre. ¿Tearim, el guardaespaldas?

No. Tenía el casco roto. No era Tearim, sino Gavilar. Alguien gritó en el balcón.

—¡Padre! —exclamó Jasnah.

Gavilar vaciló mientras salía al balcón y se volvió a mirarla.

El balcón se desmoronó bajo sus pies.

Jasnah gritó, echó a correr hacia el balcón derruido y cayó de rodillas en el borde. El viento le soltó un par de mechones de pelo mientras veía caer a dos hombres.

Eran su padre y el shin vestido de blanco de la fiesta.

El shin brillaba con luz blanca. Cayó sobre la pared. La golpeó, rodando, y se detuvo. Se alzó, consiguiendo de algún modo permanecer en la pared exterior sin caerse. Desafiaba la razón. Se volvió y avanzó hacia su padre.

Jasnah vio, helada e indefensa, que el asesino se cernía sobre su padre y se arrodillaba junto a él.

Las lágrimas cayeron por su barbilla y el viento las capturó. ¿Qué estaba haciendo el shin ahí abajo? No lograba distinguirlo.

Cuando el asesino se marchó, dejó atrás el cadáver de su padre, empalado en un trozo de madera. Estaba muerto, pues su hoja esquilada había aparecido a su lado, como hacían todas cuando sus portadores morían.

—Me he esforzado tanto... —susurró Jasnah, aturdida—. Todo lo que he hecho por proteger a esta familia...

¿Cómo? Liss. ¡Ella era la responsable!

No. Jasnah no pensaba con propiedad. Aquel hombre shin... De haber sido cosa de ella, no habría admitido ser su dueña. Lo había vendido.

—Lamentamos su pérdida.

Jasnah se volvió, parpadeando para espantar las lágrimas de sus ojos. Tres parshendi, incluyendo a Klade, estaban en la puerta, vestidos con sus peculiares atuendos: túnicas bellamente cosidas tanto para los hombres como para las mujeres, fajines en la cintura, camisas anchas sin mangas. Chalecos largos, abiertos por los costados, tejidos con brillantes colores. No diferenciaban la forma de vestir según el sexo. Sin embargo, Jasnah pensaba que lo hacían por castas y...

«Basta —se dijo a sí misma—. ¡Deja de pensar como una erudita por un tormentoso día!».

—Aceptamos la responsabilidad de su muerte —dijo el primero de los parshendi. Gangnah era una hembra, aunque con los parshendi las diferencias de sexo parecían mínimas. Las ropas ocultaban los pechos y las caderas, rasgos que, por otra parte, tampoco solían ser muy pronunciados. Por fortuna, la falta de barba era una clara indicación. Todos los hombres parshendi que había visto llevaban barba, adornada con trocitos de gemas, y...

«BASTA».

—¿Qué has dicho? —preguntó, obligándose a ponerse en pie—.

¿Por qué es culpa vuestra, Gangnah?

—Porque contratamos al asesino —respondió la parshendi con su voz cantarina, cargada de acento—. Hemos matado a tu padre, Jasnah Kholin.

—Vosotros...

La emoción se enfrió de pronto, como un río que se congela en las alturas. Jasnah pasó la mirada de Gangnah a Klade, y luego a Varnali. Los tres eran mayores, miembros del consejo parshendi gobernante.

—¿Por qué? —susurró Jasnah.

—Porque era necesario —respondió Gangnah.

—¿Por qué? —exigió Jasnah, avanzando—. ¡Luchó por vosotros! ¡Mantuvo a raya a los depredadores! ¡Mi padre quería la paz, monstruos! ¿Por qué nos traicionáis ahora, precisamente ahora?

Gangnah apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea. El sonsonete de su voz cambió. Pareció casi una madre que explicara algo muy difícil a una niña pequeña.

—Porque tu padre estaba a punto de hacer algo muy peligroso.

—¡Mandad buscar al brillante señor Dalinar! —gritó una voz en el pasillo—. ¡Tormentas! ¿Llegaron mis órdenes a Elhokar? ¡Hay que poner a salvo al príncipe heredero!

El alto príncipe Sadeas entró en la sala con un grupo de soldados. Su rostro bulboso y rubicundo estaba húmedo de sudor, y llevaba el uniforme de Gavilar, la regia túnica de su cargo.

—¿Qué están haciendo los salvajes aquí? ¡Tormentas! Proteged a la princesa Jasnah. ¡Quien hizo esto... pertenecía a su séquito!

Los soldados se dispusieron a rodear a los parshendi. Jasnah hizo caso omiso de ellos, dio media vuelta y se acercó a la balconera, apoyando la mano en la pared. Contempló a su padre tendido en las rocas de abajo, con la espada a su lado.

—Habrà guerra —susurró—. Y yo no me opondré.

—Lo entendemos —dijo Gangnah a sus espaldas.

—El asesino —murmuró Jasnah—. Caminaba por la pared.

Gangnah guardó silencio.

En medio de la destrucción de su mundo, Jasnah se quedó con este fragmento. Había visto algo esta noche. Algo que no tendría que haber sido posible. ¿Estaba relacionado con el extraño spren? ¿Con su experiencia en el lugar de las cuentas de cristal y el cielo

oscuro?

Estas cuestiones se convirtieron en la línea de seguridad para su estabilidad. Sadeas exigió respuestas a los líderes parshendi, pero no recibió ninguna. Cuando se detuvo a su lado y contempló el caos de abajo, entró en cólera, gritó a sus guardias y corrió para llegar junto al rey caído.

Horas más tarde, se descubrió que el asesinato (y la rendición de los tres líderes parshendi) había cubierto la huida de la mayoría de las criaturas. Habían escapado de la ciudad rápidamente, y la caballería que Dalinar envió tras ellos fue aniquilada. Un centenar de caballos, casi todos ellos de un valor incalculable, junto con sus jinetes.

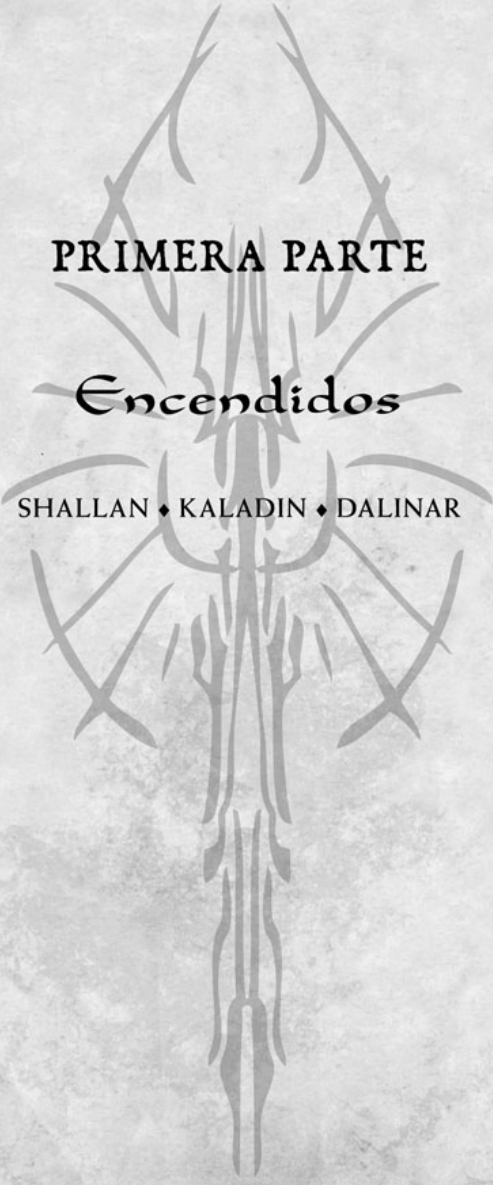
Los líderes parshendi no dijeron nada más ni revelaron más información, ni siquiera cuando fueron colgados y ahorcados por sus crímenes.

Jasnah prescindió de todo eso. En cambio, interrogó a los guardias supervivientes para averiguar qué habían visto. Siguió pistas sobre la naturaleza del asesino, ya famoso, sonsacando información a Liss. Apenas obtuvo nada. Liss había sido dueña del asesino durante muy poco tiempo, y aseguró no saber nada de sus extraños poderes. Jasnah no pudo encontrar a su dueño anterior.

A continuación se volcó en los libros en un esfuerzo frenético y consciente por distraerse de lo que había perdido.

Esa noche, Jasnah había visto lo imposible.

Descubriría qué significaba.



PRIMERA PARTE

Encendidos

SHALLAN ♦ KALADIN ♦ DALINAR



Para ser completamente sincera, lo que ha sucedido estos dos últimos meses pesa sobre mi conciencia. La muerte, la destrucción, la pérdida y el dolor son la carga que soporto. Tendría que haberlo visto venir. Y debería haberlo impedido.

Del diario personal de Navani Kholin, Jeseses 1174

Shallan cogió el fino lápiz de carboncillo y dibujó una serie de líneas rectas que irradiaban desde una esfera en el horizonte. La esfera no era el sol, ni tampoco una de las lunas. Unas nubes apenas esbozadas parecían correr hacia él. Y el mar bajo ellas... Un dibujo no podía reproducir la extraña naturaleza del océano, hecho no de agua sino de diminutas perlas de cristal transparente.

Shallan se estremeció, recordando aquel lugar. Jasnah sabía de ese tema mucho más de lo que le decía a su pupila, y Shallan no sabía cómo preguntarlo. ¿Cómo se exigían respuestas después de una traición como la suya? Solo habían pasado unos cuantos días desde el hecho, y Shallan aún no sabía con exactitud cómo iba a quedar afectada su relación con Jasnah.

La cubierta se agitó mientras el barco cambiaba de rumbo; las enormes velas aletearon. Shallan se vio obligada a agarrarse a la amura con la mano segura cubierta para no perder el equilibrio. El

capitán Tozbek había dicho que hasta entonces no había habido mala mar en esa parte de los estrechos de Ceño Largo. Sin embargo, tal vez tuviera que bajar a la sentina si el oleaje y el bamboleo empeoraban.

Shallan resopló y trató de relajarse mientras el barco se estabilizaba. Soplaban un viento helado, y los vientospren pasaban veloces en las corrientes invisibles de aire. Cada vez que el mar estaba revuelto, Shallan recordaba aquel día, aquel extraño océano de cuentas de cristal...

Contempló de nuevo lo que había dibujado. Solo había entrevisto ese lugar, y su boceto no era perfecto. Era...

Frunció el ceño. En el papel había surgido un patrón, como un relieve. ¿Qué había hecho? El patrón era casi tan ancha como la página, una secuencia de complejas líneas de ángulos agudos y puntas de flecha repetidas. ¿Era un efecto de dibujar aquel lugar extraño, el lugar que según Jasnah se llamaba Shadesmar? Vacilante, Shallan movió la mano libre para palpar las extrañas rugosidades de la página.

El patrón se movió, deslizándose por la lámina como un cachorro de sabueso-hacha bajo una sábana.

Shallan dejó escapar un grito y saltó de su asiento, dejando caer la carpeta de bocetos. Las páginas sueltas se desparramaron por la cubierta, dispersándose y aleteando al viento. Los marineros cercanos (hombres de Thaylen de largas cejas blancas que se peinaban hacia atrás, sobre las orejas) corrieron a ayudar, atrapando las hojas al vuelo antes de que salieran por encima de la borda.

—¿Te encuentras bien, joven señora? —preguntó Tozbek, interrumpiendo la conversación que mantenía con uno de sus compañeros. Bajo y grueso, Tozbek llevaba un ancho fajín y una casaca roja y dorada a juego con su gorra. Sus cejas se desplegaban tiesas por encima de sus ojos.

—Me encuentro bien, capitán —respondió Shallan—. Solo ha sido un pequeño sobresalto.

Yalb se acercó a ella y le entregó las páginas.

—Tus accesorios, mi señora.

Shallan alzó una ceja.

—¿Accesorios?

—Claro —dijo el joven marinero con una sonrisa—. Estoy practicando mis palabras elegantes. Ayudan a conseguir razonable compañía femenina. Ya sabes, ese tipo de damas jóvenes que no huelen demasiado mal y les queda al menos algún que otro diente.

—Encantador —respondió Shallan, recuperando las hojas—. Bueno, dependiendo de lo que entendamos por encantador, al menos. —Dejó de hacer retruécanos, mirando con recelo el fajo de láminas que tenía en las manos. La imagen que había dibujado de Shadesmar estaba encima de todas, sin tener ya las extrañas rugosidades.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Yalb—. ¿Salió un cremolino de alguna parte o algo así? —Como de costumbre, Yalb llevaba un chaleco abierto y unos pantalones holgados.

—No ha sido nada —dijo Shallan en voz baja, guardando las páginas en su mochila.

Yalb le dirigió un saludo (ella no tenía ni idea de por qué se había acostumbrado a hacerlo) y volvió a intentar aparejar las velas con los demás marineros. Shallan oyó pronto las risas de los hombres, y cuando él la miró, los glorispren danzaron sobre su cabeza, tomando la forma de pequeñas esferas de luz. Al parecer, estaba muy orgulloso del comentario jocoso que acababa de hacer.

Ella sonrió. Sin duda era una suerte que Tozbek se hubiera retrasado en Kharbranth. Le gustaba esta tripulación, y se alegraba de que Jasnah los hubiera seleccionado para su viaje. Shallan se sentó en la caja que el capitán había ordenado amarrar junto a la borda para que ella pudiera disfrutar del mar durante el viaje. Debía tener cuidado con las salpicaduras del agua, algo que no venía bien a sus bocetos, pero mientras el mar no estuviera picado, la oportunidad de contemplar las aguas compensaba la molestia.

El vigía en lo alto de los aparejos dejó escapar un grito. Shallan miró en la dirección que indicaba, entornando los ojos, y divisó la lejana tierra mientras la nave avanzaba en paralelo a ella. De hecho, la noche anterior la habían pasado en un puerto en el que se refugiaron de la tormenta que los asaltó. Durante los viajes, convenía estar siempre cerca de algún puerto: aventurarse en los mares abiertos cuando en cualquier momento podía desatarse una alta tormenta era suicida.

La mancha de oscuridad al norte eran las Tierras Heladas, una

zona casi deshabitada que se extendía en la zona inferior de Roshar. De vez en cuando se distinguían los altos acantilados al sur. Thaylenah, el gran reino-isla, creaba otra barrera y los estrechos pasaban entre ambos.

El vigía había avistado algo en las olas al norte del barco, una forma flotante que al principio parecía un tronco grande. Pero no podía ser eso; el objeto en cuestión era mucho más grande y más ancho. Shallan se levantó entornando los ojos, mientras aquella cosa se acercaba. Resultó ser un caparazón marrón verdoso, del tamaño de tres botes juntos. Cuando pasaron por su lado, el caparazón se acercó a la nave y de algún modo consiguió mantener su ritmo, asomando del agua unos seis u ocho palmos.

¡Un santhid! Shallan se asomó a la amura mientras los marineros señalaban entusiasmados y algunos se asomaban también para ver a la criatura. Los santhidyn eran tan huraños que algunos libros de Shallan aseguraban que estaban extinguidos y todos los informes modernos acerca de ellos no eran fiables.

—¡Traes buena suerte, joven señora! —le dijo Yalb con una carcajada mientras pasaba junto a ella con un cabo—. Hacía años que no veíamos a un santhid.

—Todavía no has visto a ninguno —contestó Shallan—. Solo la parte superior de su caparazón.

Para gran decepción por su parte, las olas ocultaban todo lo demás, salvo las sombras de algo que podrían ser unos brazos largos que se extendían hacia abajo. Según las crónicas, estas bestias a menudo seguían a los barcos durante días, esperando en el mar mientras los navíos recalaban en puerto, para volver a seguirlos de nuevo cuando zarpaban.

—El caparazón es lo único que se ve de ellos —dijo Yalb—. ¡Pasiones, esto es un buen augurio!

Shallan se aferró a su zurrón. Cerró los ojos y procuró centrarse en la criatura que permanecía junto al barco para fijar la imagen en su mente y así poder dibujarla luego con precisión.

«Pero ¿dibujar qué? —pensó—. ¿Un bulto en el agua?».

En su cabeza empezó a formarse una idea. La expresó en voz alta antes de poder meditarlo mejor.

—Dame ese cabo —dijo, volviéndose hacia Yalb.

—¿Brillante? —preguntó él, deteniéndose.

—Hazle un nudo en un extremo —dijo ella, depositando rápidamente su zurrón sobre el asiento—. Tengo que echarle un vistazo al santhid. Nunca he metido la cabeza bajo el agua en el océano. ¿Será difícil ver con la sal?

—¿Bajo el agua? —dijo Yalb, con voz temblorosa.

—No quieres atar ese cabo.

—¡Porque no soy un necio de las tormentas! El capitán me cortará la cabeza si...

—Consigue a un amigo —replicó Shallan, haciendo caso omiso de él y cogiendo la soga para hacer un pequeño lazo en un extremo—. Me bajaréis por la borda y así podré echar una ojeada a lo que hay bajo ese caparazón. ¿Sabes que nadie ha realizado jamás un dibujo de un santhid vivo? Todos los que se han encontrado varados en las playas estaban ya muy descompuestos. Y como los marineros consideran que cazarlos trae mala suerte...

—¡Y es verdad! —replicó Yalb, con la voz cada vez más aguda—. Nadie va a matar a ninguno.

Shallan terminó de hacer el lazo, corrió a la borda del barco y su pelo rojo se agitó alrededor de su cara cuando se asomó a la amura. El santhid seguía allí. ¿Cómo mantenía el ritmo? No distinguía ninguna aleta.

Miró a Yalb, que sostenía el cabo sonriendo.

—Ah, brillante, ¿esto es tu desquite por lo que le dije a Beznk sobre tu trasero? ¡Solo era una broma, pero me has pillado! Yo... —Guardó silencio cuando la miró a los ojos—. Tormentas. Hablas en serio.

—No volveré a tener otra oportunidad como esta. Naladan persiguió a estas criaturas durante casi toda su vida y nunca consiguió observar bien a ninguna.

—¡Es una locura!

—¡No, es investigación! No sé qué podré ver en el agua, pero tengo que intentarlo.

Yalb suspiró.

—Tenemos máscaras. Están hechas con caparazón de tortuga; tienen cristales en unos agujeros practicados en la parte delantera y cámaras de aire en los bordes para que no entre el agua. Con una de esas podrás meter la cabeza bajo la superficie y mirar. Las usamos para comprobar el casco cuando atracamos.

—¡Maravilloso!

—Naturalmente, tendré que pedirle permiso al capitán para coger una...

Ella se cruzó de brazos.

—Muy astuto. Bueno, ve a por una. —De todas formas, era improbable que pudiera salirse con la suya sin que el capitán se enterara.

Yalb sonrió.

—¿Qué te pasó en Kharbranth? ¡En tu primer viaje con nosotros eras tan tímida que parecía que ibas a desmayarte solo con pensar que te marchabas de tu tierra!

Shallan vaciló y luego notó que empezaba a ruborizarse.

—Esto es una locura, ¿verdad?

—¿Colgarte de un barco en movimiento y meter la cabeza en el agua? —dijo Yalb—. Pues sí, un poco.

—¿Crees... que podríamos detener el barco?

Yalb se echó a reír, pero fue corriendo a hablar con el capitán, aceptando su pregunta como indicativo de que seguía decidida a llevar su plan adelante. Y así era.

«¿Qué me pasa?», se preguntó ella.

La respuesta era simple. Lo había perdido todo. Le había robado a Jasnah Kholin, una de las mujeres más poderosas del mundo, y al hacerlo no solo había perdido su oportunidad de estudiar como siempre había soñado, sino que también había condenado a sus hermanos y a su casa. Había fracasado completa y miserablemente.

Y había sobrevivido.

No estaba ilesa. Su credibilidad con Jasnah había quedado seriamente mermada, y sentía que había abandonado a su familia. Pero algo en la experiencia de robar al moldeador de almas de Jasnah (que de todas formas había resultado ser un fraude), y luego estar a punto de morir a manos del hombre que creía que estaba enamorado de ella...

Bueno, ya tenía una idea más aproximada de cómo podían empeorar las cosas. Era como si... antaño había temido la oscuridad, pero ahora se había lanzado directamente a su interior. Había experimentado algunos de los horrores que la esperaban allí. Por terribles que fueran, al menos los conocía.

«Siempre los has conocido —susurró una voz en su interior—.

Creciste con horrores, Shallan. Lo único que pasa es que no te permites recordarlos».

—¿Qué ocurre? —preguntó Tozbek mientras se acercaba, acompañado por Ashlv, su esposa. La diminuta mujer no hablaba mucho; iba vestida con una falda y una blusa de un amarillo brillante, y llevaba el pelo totalmente cubierto, a excepción de las dos cejas blancas, que había curvado en torno a sus mejillas.

»Joven señora —dijo Tozbek—, ¿quieres ponerte a nadar? ¿No puedes esperar a que lleguemos a puerto? Conozco algunas zonas agradables donde el agua no está tan fría.

—No voy a nadar —contestó Shallan, ruborizándose aún más. ¿Qué iba a ponerse para meterse en el agua, habiendo tantos hombres alrededor? ¿De verdad la gente hacía eso?—. Necesito echar un vistazo a nuestro compañero. —Señaló la criatura marina.

—Joven señora, sabes que no puedo permitir que hagas una cosa tan peligrosa. Aunque detuviéramos el barco, ¿y si la bestia te hiciera daño?

—Dicen que son inofensivas.

—Son tan escasas que no podemos saberlo con seguridad. Además, hay otros animales en los mares que sí podrían lastimarte. Los aguasrojas cazan en esta zona con toda certeza, y podríamos estar en aguas poco profundas donde los khornaks serían un problema. —Tozbek sacudió la cabeza—. Lo siento, no puedo permitírtelo.

Shallan se mordió los labios y descubrió que su corazón latía a traición. Quiso insistir, pero la decidida mirada del capitán la hizo ceder.

—Muy bien.

Tozbek sonrió de oreja a oreja.

—Te llevaré a ver algunos caparzones en el puerto de Amydlatn cuando atraquemos allí, joven señora. ¡Tienen toda una colección!

Ella no sabía dónde estaba ese lugar, pero por la cantidad de consonantes apretujadas, supuso que sería en el lado Thaylen. Tan al sur, era donde estaban la mayoría de las ciudades. Aunque Thaylenah era casi tan gélida como las Tierras Heladas, la gente parecía disfrutar de la vida en ese lugar.

Naturalmente, los thayleños eran todos un poco excéntricos.

¿Cómo explicar si no que Yalb y los demás no llevaran camisa a pesar del frío?

«No son ellos los que pensaban en zambullirse en el océano», se recordó Shallan. Miró de nuevo por la borda, donde las olas rompían contra el caparazón del amable santhid. ¿Qué era? ¿Una gran bestia con concha, como los temibles abismoides de las Llanuras Quebradas? ¿O por debajo se parecería más a un pez o a una tortuga? Los santhidyn eran tan poco frecuentes, y las ocasiones en que los científicos los habían visto en persona tan escasas, que las teorías se contradecían unas a otras.

Suspiró y abrió el zurrón para ponerse a organizar sus papeles, que en su mayoría eran bocetos de los marineros en diversas poses mientras trabajaban haciendo maniobrar las enormes velas, desplegándolas contra el viento. Su padre nunca le habría permitido pasar un día sentada contemplando un montón de ojos oscuros sin camisa. Cuánto había cambiado su vida en tan poco tiempo.

Estaba trabajando en un boceto del caparazón del santhid cuando Jasnah subió a cubierta.

Como Shallan, Jasnah llevaba el havah, un vestido vorin de diseño peculiar. El bajo le llegaba hasta los pies y el cuello casi hasta la barbilla. Algunos de los thayleños, cuando pensaban que nadie los oía, se referían al vestido tildándolo de mojigato. Shallan no estaba de acuerdo: el havah no era mojigato, sino elegante. De hecho, la seda se ceñía al cuerpo, sobre todo en el busto, y la forma en que los marineros miraban boquiabiertos a Jasnah indicaba que a sus ojos el atuendo no era en absoluto poco favorecedor.

Jasnah era hermosa. De figura rotunda, morena de piel. Cejas inmaculadas, labios pintados de un rojo oscuro, el cabello recogido en una bella trenza. Aunque Jasnah doblaba la edad de Shallan, su madura belleza era algo digno de admirar, incluso de envidiar. ¿Por qué tenía que ser tan perfecta?

Jasnah hizo caso omiso de las miradas de los marineros. No es que no reparara en los hombres. Jasnah reparaba en todo y en todos. Simplemente, no parecía importarle qué efecto causaba en los varones.

«No, eso no es cierto —pensó Shallan mientras Jasnah se acercaba—. No dedicaría tiempo a arreglarse el pelo, ni a maquillarse, si no le importara el efecto que causa su aspecto

físico». En eso, Jasnah era un enigma. Por un lado, parecía una erudita preocupada solo por sus investigaciones. Por otro, cultivaba la pose y la dignidad de la hija de un rey, y en ocasiones lo utilizaba como arma.

—Ah, estás aquí —dijo Jasnah, acercándose a ella. Un chorro de agua levantado por el avance del buque eligió ese momento para volar por el aire y salpicarla. Jasnah frunció el ceño ante las gotas de agua que salpicaban su vestido de seda, luego miró de nuevo a Shalla y alzó una ceja—. Tal vez te hayas fijado en que el barco tiene dos camarotes muy agradables que contraté para nosotras a un precio bastante alto.

—Sí, pero están dentro.

—Como suelen estar todas las habitaciones.

—He pasado casi toda mi vida entre cuatro paredes.

—Y pasarás mucho tiempo más, si quieres ser una erudita.

Shalla se mordió el labio, esperando la orden de bajar a la sentina. Curiosamente, la orden no se produjo. Jasnah dirigió un gesto al capitán Tozbek para que se acercara, y este así lo hizo, con la gorra en la mano.

—¿Sí, brillante? —preguntó.

—Me gustaría disponer de otro de estos... asientos —dijo Jasnah, mirando la caja de Shalla.

Tozbek ordenó rápidamente a uno de sus hombres que colocara una segunda caja en su sitio. Mientras esperaba a que prepararan el asiento, Jasnah le indicó a Shalla que le entregara sus bocetos. Jasnah inspeccionó el dibujo del santhid y luego miró por la borda.

—No me extraña que los marineros estuvieran formando tanto alboroto.

—¡Suerte, brillante! —dijo uno de los marinos—. Es un buen presagio para tu viaje, ¿no crees?

—Aceptaré cualquier fortuna que me encuentre, Nanhel Eltorv —dijo ella—. Gracias por el asiento.

El marino hizo una torpe reverencia antes de retirarse.

—Piensas que son necios supersticiosos —dijo Shalla en voz baja, viendo marcharse al marino.

—Por lo que he observado —contestó Jasnah—, estos marineros son hombres que han encontrado un sentido a la vida y ahora disfrutan de él. —Jasnah miró el siguiente dibujo—. Mucha gente

consigue mucho menos de la vida. El capitán Tozbek dirige una buena tripulación. Fuiste sabia al hacerme reparar en él.

Shallan sonrió.

—No has contestado a mi pregunta.

—Es que no has formulado ninguna —dijo Jasnah—. Estos bocetos están muy logrados, como siempre, pero ¿no se suponía que debías estar leyendo?

—Yo... me costaba concentrarme.

—Así que subiste a cubierta para hacer bocetos de hombres jóvenes trabajando con el torso desnudo. ¿Y esperabas que eso te ayudara a concentrarte?

Shallan se ruborizó mientras Jasnah se detenía en una hoja de papel del fajo. Shallan se sentó pacientemente (su padre la había educado bien en eso), hasta que Jasnah se volvió hacia ella. El dibujo de Shadesmar, naturalmente.

—¿Has respetado mi orden de no asomarte de nuevo a este reino? —preguntó Jasnah.

—Sí, brillante. Hice ese dibujo a partir de un recuerdo de mi primer... lapso.

Jasnah bajó la lámina. A Shallan le pareció ver un atisbo de algo en la expresión de la mujer. ¿Se estaba preguntando si podía confiar en su palabra?

—Supongo que esto es lo que te perturba —dijo Jasnah.

—Sí, brillante.

—Entonces imagino que debería explicártelo.

—¿De verdad? ¿Lo harías?

—No sé a qué viene tanta sorpresa.

—Parece una información importante —dijo Shallan—. La forma en que me prohibiste... supuse que el conocimiento de este lugar era secreto, o al menos algo que no se debe confiar a alguien de mi edad.

Jasnah hizo un gesto de desdén.

—He descubierto que cuando se niega a los jóvenes la explicación de los secretos, tienden a meterse en más problemas. Tu experimentación demuestra que ya te has dado de bruces con todo esto... como yo misma hice, por si no lo sabías. Por dolorosa experiencia sé lo peligroso que puede ser Shadesmar. Si dejas que continúes en la ignorancia, seré culpable si te haces matar allí.

—Si te hubiera preguntado antes, durante el viaje, ¿lo habrías explicado?

—Probablemente no —admitió Jasnah—. Tenía que comprobar hasta qué punto estabas dispuesta a obedecerme. Al menos esta vez.

Shallan se azoró y contuvo la necesidad de recalcar que cuando era una alumna estudiosa y obediente, Jasnah no había divulgado tantos secretos.

—¿Qué es, entonces, ese... lugar?

—En realidad no es un lugar —dijo Jasnah—. No como solemos pensar en el espacio. Shadesmar está aquí, a nuestro alrededor, ahora mismo. Todas las cosas existen allí de alguna forma, igual que existen aquí.

Shallan frunció el ceño.

—No...

Jasnah alzó un dedo para hacerla callar.

—Todas las cosas tienen tres componentes: el alma, el cuerpo y la mente. Ese lugar que viste, Shadesmar, es lo que llamamos el Reino Cognitivo: el lugar de la mente.

»A nuestro alrededor vemos el mundo físico. Puedes tocarlo, verlo, oírlo. Así es como experimenta el mundo tu cuerpo físico. Shadesmar es la manera en que lo experimenta tu yo cognitivo, tu yo inconsciente. A través de tus sentidos ocultos que tocan ese reino, das saltos lógicos intuitivos y formas esperanzas. Probablemente a través de esos sentidos extra, Shallan, creas arte.

El agua salpicó en la proa del barco cuando la nave remontó una ola. Shallan se secó una gota de agua salada de la mejilla, tratando de pensar en lo que Jasnah acababa de decir.

—No acabo de entenderlo, brillante.

—No me extraña. He pasado seis años investigando Shadesmar, y a día de hoy apenas sé interpretarlo. Tendré que acompañarte allí varias veces antes de que puedas comprender, aunque solo sea un poco, el verdadero significado del lugar.

Jasnah hizo una mueca ante la idea. Shallan siempre se sorprendía al ver en ella emociones visibles. La emoción era algo con lo que una podía identificarse, algo humano, y la imagen mental que Shallan tenía de Jasnah Kholin era de un ser casi divino. Pensándolo bien, era una forma extraña de considerar a una atea confesa.

—Escúchame —dijo Jasnah—, mis propias palabras traicionan mi ignorancia. Te he dicho que Shadesmar no era un lugar, y, sin embargo, lo llamo así en la siguiente frase que pronuncio. Hablo de visitarlo, aunque está todo a nuestro alrededor. Simplemente no tenemos la terminología adecuada para discutir al respecto. Déjame que intente otra táctica.

Jasnah se levantó y Shallan se apresuró a seguirla. Recorrieron la cubierta, sintiendo cómo se bamboleaba bajo sus pies. Los marineros dejaron paso a Jasnah haciendo rápidas reverencias, mirándola con el mismo acatamiento que dedicarían a un rey. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo podía controlar a cuantos la rodeaban sin que pareciera hacer absolutamente nada?

—Mira abajo, en el agua —dijo Jasnah cuando llegaron a la proa—. ¿Qué ves?

Shallan se detuvo junto a la borda y contempló las aguas azules, que espumaban cuando la proa del barco las hendía. Allí, asomada, pudo ver la profundidad de las aguas. Una inmensidad insondable que se extendía no solo hacia delante, sino hacia abajo.

—Veo la eternidad —dijo.

—Hablas como una artista —comentó Jasnah—. Este barco navega a través de profundidades que no podemos conocer. Bajo estas aguas bulle un mundo frenético e invisible.

Jasnah se inclinó hacia delante, agarrándose a la amura con una mano sin cubrir y la mano velada dentro de la manga. No miró las profundidades, ni la lejana tierra que despuntaba sobre los horizontes septentrional y meridional. Miró hacia el este. Hacia las tormentas.

—Hay un mundo entero, Shallan, del cual nuestras mentes solo rozan la superficie. Un mundo de profundo, profundísimo pensamiento. Un mundo creado por profundos, profundísimos pensamientos. Cuando ves Shadesmar, entras en esas profundidades. Es un lugar extraño para nosotros en ciertos aspectos, pero al mismo tiempo nosotros lo formamos. Con alguna ayuda.

—¿Qué hicimos?

—¿Qué son los spren? —preguntó Jasnah.

La pregunta pilló a Shallan desprevenida, pero a estas alturas ya estaba acostumbrada a los desafíos de Jasnah. Se tomó su tiempo

para pensar y consideró su respuesta.

—Nadie sabe lo que son los spren —dijo—, aunque muchos filósofos tienen opiniones diferentes sobre...

—No —dijo Jasnah—. ¿Qué son?

—Yo... —Shallan miró a un par de vientospren que giraban en el aire. Parecían diminutos lazos de luz que brillaban suavemente, danzando el uno alrededor del otro—. Son ideas vivientes.

Jasnah se volvió hacia ella.

—¿Qué? —dijo Shallan, con un sobresalto—. ¿Me equivoco?

—No —respondió Jasnah—. Tienes razón. —La mujer entornó los ojos—. Según mis deducciones, los spren son elementos del Reino Cognitivo que se han filtrado al mundo físico. Son conceptos que han adquirido un fragmento de conciencia, quizá debido a la intervención humana.

»Piensa en un hombre que se enfada a menudo. Piensa en cómo sus amigos y familiares podrían empezar a referirse a esa ira como a una bestia, un ente que lo posee, algo externo a él. Los humanos tienden a personificar. Hablamos del viento como si tuviera voluntad propia.

»Los spren son esas ideas, las ideas de la experiencia colectiva humana, que de algún modo cobran vida. Shadesmar es donde eso sucede en primer lugar, y es su lugar. Aunque nosotros lo creamos, ellos le dan forma. Viven allí: gobiernan allí, dentro de sus propias ciudades.

—¿Ciudades?

—Sí —prosiguió Jasnah, contemplando el océano. Parecía preocupada—. Los spren son incontables en su diversidad. Algunos son tan listos como los humanos y crean ciudades. Otros son como peces y simplemente nadan en las corrientes.

Shallan asintió. Aunque en realidad no conseguía asimilar todo esto, no quería que Jasnah dejara de hablar. Ese era el tipo de conocimiento que Shallan necesitaba, lo que anhelaba.

—¿Tiene esto algo que ver con lo que descubriste? ¿Con los parshmenios? ¿Los Portadores del Vacío?

—Aún no he podido determinarlo. Los spren no son siempre abiertos. En algunos casos, no lo saben. En otros, no se fían de mí debido a nuestra antigua traición.

Shallan frunció el ceño y miró a su maestra.

—¿Traición?

—Así es como se refieren a algo que no quieren contarme. Por lo visto rompimos un juramento, y al hacerlo los ofendimos sobremanera. Es posible que alguno de ellos muriera, aunque no sé cómo puede morir un concepto. —Jasnah se volvió hacia Shallan con expresión solemne—. Me doy cuenta de que esto es abrumador. Tendrás que aprenderlo, todo, si has de ayudarme. ¿Sigues dispuesta?

—¿Tengo elección?

Una sonrisa asomó a las comisuras de los labios de Jasnah.

—Lo dudo. Eres capaz de moldear almas por tu cuenta, sin la ayuda de un fabrial. Eres como yo.

Shallan contempló las aguas. Como Jasnah. ¿Qué significaba? ¿Por qué...?

Se detuvo y parpadeó. Durante un momento, le pareció ver el mismo Patrón que antes, la que había creado rugosidades en su hoja de papel. Esta vez fue en el agua, formada de manera imposible sobre la superficie de una ola.

—Brillante... —dijo, reposando los dedos sobre el brazo de Jasnah—. Me ha parecido ver algo en el agua, ahora mismo. Un patrón de líneas definidas, como un laberinto.

—Muéstrame dónde.

—Fue en una de las olas, y la hemos pasado ya. Pero creo que la vi antes, en una de mis páginas. ¿Significa algo?

—Sin duda. He de admitir, Shallan, que la coincidencia de nuestro encuentro me resulta sorprendente. Sospechosamente sorprendente.

—¿Brillante?

—Estaban implicados —dijo Jasnah—. Te trajeron a mí. Y siguen observándote, según parece. De modo que no, Shallan, ya no tienes elección. Las antiguas costumbres regresan, y no lo veo como un signo de esperanza. Es un acto de autoconservación. Los spren sienten un peligro inminente, y por eso regresan a nosotros. Ahora debemos devolver nuestra atención a las Llanuras Quebradas y las reliquias de Urithiru. Pasará mucho tiempo antes de que regreses a tu tierra.

Shallan asintió sin decir palabra.

—Esto te preocupa —dijo Jasnah.

—Sí, brillante. Mi familia...

Shallan se sentía como una traidora por haber abandonado a sus hermanos, que dependían de ella para su bienestar económico. Les había escrito dándoles explicaciones, sin muchos detalles, por haber devuelto el moldeador de almas robado y porque se le pedía que ayudara a Jasnah con su trabajo.

La respuesta de Balat había sido positiva, a su modo. Dijo que se alegraba de que al menos uno de ellos hubiera escapado al destino que caía sobre la casa. Pensaba que los demás (sus tres hermanos y la prometida de Balat) estaban condenados.

Tal vez tuviera razón. Las deudas de su padre no solo los aplastarían: también estaba la cuestión del moldeador de almas roto. El grupo que se la había dado a su padre la quería de vuelta.

Por desgracia, Shallan estaba convencida de que la misión de Jasnah era de vital importancia. Los Portadores del Vacío regresarían pronto; de hecho, no eran ninguna amenaza lejana de alguna historia. Los amables y silenciosos parshmenios que trabajaban como sirvientes y esclavos perfectos eran en realidad destructores.

Impedir la catástrofe del regreso de los Portadores del Vacío era un deber aún mayor que proteger a sus hermanos. Todavía resultaba doloroso admitirlo.

Jasnah la estudió.

—Respecto a tu familia, Shallan, he emprendido algunas medidas.

—¿Medidas? —dijo Shallan, cogiendo a la otra mujer del brazo—. ¿Has ayudado a mis hermanos?

—En cierto modo —dijo Jasnah—. Sospecho que el dinero no resolverá este problema, aunque he dispuesto que envíen un pequeño regalo. Por lo que has dicho, los problemas de tu familia derivan de dos asuntos. Primero, los Sangre Espectral desean recuperar su moldeador de almas, que has roto. Segundo, tu casa carece de aliados y tiene grandes deudas.

Jasnah sacó una hoja de papel.

—Esto es de una conversación que tuve con mi madre esta mañana por medio de vinculacañas.

Shallan la siguió con la mirada, tomando nota mental de las explicaciones de Jasnah sobre el moldeador de almas roto y su

petición de ayuda.

«Esto sucede más a menudo de lo que parece —había respondido Navani—. El fallo probablemente tiene que ver con el alineamiento del engarce de las gemas. Tráeme el artilugio y veremos».

—Mi madre es una reputada artifabriana —dijo Jasnah—. Sospecho que puede hacer que tu moldeador de almas vuelva a funcionar. Una vez reparada se la enviaremos a tus hermanos para que la devuelvan a sus propietarios.

—¿Me permitirías hacer eso? —preguntó Shallan.

Durante los días de navegación, la joven había sonsacado con cautela más información sobre la secta, esperando comprender a su padre y sus motivos. Jasnah decía saber muy poco al respecto, aparte del hecho de que querían su investigación, y estaban dispuestos a matar por ella.

—Preferiría que no tuvieran acceso a un artilugio tan valioso —dijo Jasnah—. Pero ahora mismo no tengo tiempo para proteger directamente a tu familia. Esta es la mejor solución, suponiendo que tus hermanos puedan dilatarla un poco más. Que digan la verdad, si es preciso: que tú, sabiendo que yo soy una erudita, acudiste a mí y me pediste que arreglara el moldeador de almas. Tal vez eso los contente por ahora.

—Gracias, brillante. —Tormentas. Si se lo hubiera pedido a Jasnah en primer lugar, después de ser aceptada como pupila suya, ¿no habría sido mucho más fácil? Shallan miró el papel, advirtiendo que la conversación continuaba.

«Respecto al otro asunto —había escrito Navani—, me complace esta sugerencia. Creo que podré persuadir al muchacho para que al menos lo considere, ya que su relación más reciente terminó bruscamente, como suele ser común en él, a principios de esta semana».

—¿A qué se refiere esa segunda parte? —preguntó Shallan, alzando la cabeza.

—Por más que sacies a los Sangre Espectral, eso no salvará tu casa —respondió Jasnah—. Vuestras deudas son demasiado grandes, sobre todo teniendo en cuenta los actos de tu padre, que han molestado a tanta gente. Por tanto, he dispuesto una poderosa alianza para tu casa.

—¿Alianza? ¿Cómo?

Jasnah inspiró profundamente. Parecía reacia a dar explicaciones.

—He dado los primeros pasos para que te prometas a uno de mis primos, hijo de mi tío Dalinar Kholin. El muchacho se llama Adolin. Es guapo y conocido, con un buen discurso.

—¿Prometida? —dijo Shallan—. ¿Has prometido mi mano?

—He iniciado el proceso —admitió Jasnah con cierta ansiedad, algo poco característico en ella—. Aunque en ocasiones es irreflexivo, Adolin tiene buen corazón, tan bueno como el de su padre, que tal vez sea el mejor hombre que he conocido jamás. Está considerado el soltero más apetecible de Alezkar, y mi madre hace tiempo que desea verlo casado.

—Prometida —repitió Shallan.

—Sí. ¿Te molesta?

—¡Es maravilloso! —exclamó Shallan, agarrando con más fuerza el brazo de Jasnah—. Tan fácil... Si estoy casada con alguien tan poderoso... ¡Tormentas! Nadie se atrevería a tocarnos en Jah Keved. Eso resolvería muchos de nuestros problemas. ¡Brillante, eres un genio!

Jasnah se relajó visiblemente.

—Sí, bueno, parecía una solución factible. Sin embargo, temía que te sintieras ofendida.

—¿Por qué, en nombre de los vientos, habría de ofenderme?

—Por las restricciones a la libertad que lleva implícito el matrimonio —respondió Jasnah—. Y si no por eso, porque el ofrecimiento se hizo sin consultarte. Tuve que ver primero si la posibilidad estaba abierta. La situación ha avanzado más de lo que esperaba, ya que mi madre ha aceptado la idea. Navani tiene... cierta tendencia a ser abrumadora.

Shallan no era capaz de imaginar que nadie pudiera abrumar a Jasnah.

—¡Padre Tormenta! ¿Te preocupaba que pudiera sentirme ofendida? Brillante, me he pasado toda la vida encerrada en la mansión de mi padre; crecí dando por hecho que él me elegiría marido.

—Pero ahora estás libre de tu padre.

—Sí, y por eso fui tan perfectamente juiciosa cuando intenté encontrar relaciones por mi cuenta —adujo Shallan—. El primer

hombre que elegí era no solo un fervoroso, sino también un asesino en secreto.

—¿No te molesta, entonces? —insistió Jasnah—. ¿Aceptas la idea de estar comprometida con otra persona, sobre todo un hombre?

—No es que me vendan como esclava —replicó Shallan en tono burlón.

—No, supongo que no. —Jasnah se estremeció y recuperó la compostura—. Bueno, le haré saber a Navani que estás de acuerdo con el compromiso y hoy mismo concertaremos un informal.

Un informal era un compromiso condicional, en terminología vorin. En todos los sentidos, Shallan estaría prometida, pero no tendría ningún apoyo legal hasta que los fervorosos firmaran y verificaran un compromiso oficial.

—El padre del pretendiente ha dicho que no obligará a Adolin a nada —explicó Jasnah—, aunque el muchacho está soltero nuevamente y ha conseguido ofender a otra joven dama. De todas formas, Dalinar querrá que os conozcáis antes de que se acuerde nada más vinculante. Ha habido... cambios en el clima político de las Llanuras Quebradas. El ejército de mi tío ha sufrido grandes pérdidas. Otro motivo para apresurarnos en llegar a las Llanuras.

—Adolin Kholin —dijo Shallan, escuchándola solo a medias—. Duelista. Un duelista fantástico, además. Y portador de esquirlada.

—Ah, así que prestaste atención a tus lecturas sobre mi padre y mi familia.

—Desde luego... pero ya conocía a tu familia de antes. ¡Los alezi son el centro de la sociedad! Incluso las muchachas de las casas rurales conocen los nombres de los príncipes alezi. —Y mentiría si negara sus sueños juveniles de conocer a uno—. Pero, brillante, ¿estás segura de que este compromiso será conveniente? Quiero decir que no soy precisamente importante.

—En realidad, sí. La hija de otro alto príncipe habría sido preferible para Adolin. Sin embargo, parece que ha conseguido ofender a todas y cada una de las mujeres casaderas de ese rango. Digamos que el muchacho es excesivamente entusiasta en sus relaciones. Nada que no puedas controlar, estoy segura.

—Padre Tormenta —dijo Shallan, sintiendo que le temblaban las piernas—. ¡Es el heredero de un principado! ¡Está en la línea

sucesoria al trono de Alezkar!

—El tercero en la línea de sucesión —asintió Jasnah—, después del hijo de mi hermano y de Dalinar, mi tío.

—Brillante, tengo que preguntarlo. ¿Por qué Adolin? ¿Por qué no el hijo más joven? Yo... no tengo nada que ofrecer a Adolin, ni a la casa.

—Al contrario —respondió Jasnah—. Si eres lo que pienso que eres, entonces podrás ofrecerle algo que nadie más está en disposición de proporcionarle. Algo más importante que las riquezas.

—¿Qué piensas que soy? —susurró Shallan, mirando a los ojos a la otra mujer, haciendo por fin la pregunta que nunca se había atrevido a formular.

—Ahora mismo, no eres más que una promesa —dijo Jasnah—. Una crisálida con potencial de grandeza. Cuando antaño los humanos y los spren se unían, los resultados eran mujeres que bailaban en los cielos y hombres capaces de destruir las piedras con un simple toque.

—Los Radiantes Perdidos. Traidores de la humanidad. —Shallan no podía asimilarlo todo. El compromiso, Shadesmar y los spren, y finalmente su misterioso destino. Lo sabía. Pero hablar de ello...

Se sentó, sin importarle que su vestido se mojara en cubierta, apoyando la espalda contra la amura. Jasnah le permitió recuperar la compostura, sorprendentemente, sentándose también ella. Lo hizo con mucho más estilo, recogiendo el vestido bajo las piernas mientras se sentaba de lado. Las dos atrajeron las miradas de los marineros.

—Van a devorarme a trocitos —dijo Shallan—. La corte alezi. Es la más feroz del mundo.

Jasnah bufó.

—Es más ráfaga que tormenta, Shallan. Yo te enseñaré todo lo necesario.

—Nunca seré como tú, brillante. Tú tienes poder, autoridad, riquezas. Mira cómo responden los marineros ante ti.

—¿Y estoy usando ese poder, esa autoridad o esas riquezas ahora mismo?

—Pagaste este viaje.

—¿No pagaste tú varios viajes en este barco? —preguntó Jasnah

—. ¿No te trataron a ti igual que me tratan a mí?

—Claro que no. Me aprecian, pero no tengo tu peso, Jasnah.

—Prefiero pensar que eso no tiene nada que ver con mi figura —dijo Jasnah con un atisbo de sonrisa—. Entiendo tu argumento, Shallan. Sin embargo, es erróneo.

Shallan se volvió hacia ella. Jasnah estaba sentada en la cubierta del barco como si fuera un trono, con la espalda recta, la cabeza alta, imponente. Shallan lo hacía con las piernas apoyadas contra el pecho y los brazos bajo las rodillas. Incluso su actitud en algo tan básico como sentarse era distinta. No se parecía en nada a esta mujer.

—Hay un secreto que debes aprender, niña —dijo Jasnah—. Un secreto más importante aún que los relacionados con Shadesmar y los spren. El poder es una ilusión de la percepción.

Shallan frunció el ceño.

—No me malinterpretes —continuó Jasnah—. Algunos tipos de poder son reales: el poder para dirigir ejércitos, el poder de moldear almas. Pero intervienen con mucha menos frecuencia de lo que cabría suponer. De forma individual, en la mayoría de las relaciones, eso que llamamos poder, o autoridad, existe solo según se percibe.

»Dices que tengo riquezas. Es cierto, pero también has visto que no suelo utilizarlas. Dices que tengo autoridad como hermana de un rey. Tienes razón. Sin embargo, los hombres de este barco me tratarían exactamente igual si fuera una mendiga que los hubiera convencido de ser la hermana de un rey. En ese caso, mi autoridad no sería real. Son meros vapores: una ilusión. Puedo crear para ellos esa ilusión, igual que tú.

—No me lo creo, brillante.

—Lo sé. Si lo creyeras, lo estarías haciendo ya. —Jasnah se levantó y se sacudió la falda—. Si vuelves a ver ese patrón, la que apareció sobre las olas, ¿me lo dirás?

—Sí, brillante —respondió Shallan, distraída.

—Entonces dedica el resto del día a tu arte. Tengo que pensar cómo enseñarte mejor Shadesmar.

La mujer se retiró, devolviendo con un leve gesto de la cabeza las reverencias de los marineros mientras pasaba ante ellos y se dirigía al interior del barco.

Shallan se levantó, luego dio media vuelta y se agarró a la borda, con una mano a cada lado del bauprés. El océano se extendía ante ella, olas ondulantes, un aroma a fría frescura. El rítmico golpeteo mientras el velero surcaba las olas.

Las palabras de Jasnah batallaban en su mente, como anguilas celestiales con una sola rata entre ellas. ¿Spren que tenían ciudades? ¿Shadesmar, un reino que estaba allí, pero era invisible? ¿Shallan, prometida de pronto con el soltero más importante del mundo?

Dejó la proa y recorrió el barco, apoyando la mano libre en la amura. ¿Cómo la consideraban los marineros? Sonreían y la saludaban. La apreciaban. Yalb, que colgaba perezoso de los cordajes, la llamó para decirle que en el siguiente puerto había una estatua que tenía que ver.

—Es un pie gigante, joven señora. ¡Solo un pie! Nunca terminaron la maldita estatua...

Ella le sonrió y continuó. ¿Quería que la vieran como a Jasnah? ¿Siempre temerosos, siempre preocupados de que pudieran hacer algo mal? ¿Eso era el poder?

«Cuando partí por primera vez de Vedenar —pensó, mientras llegaba al lugar donde estaba atada la caja que le servía de asiento —, el capitán no dejaba de insistir en que volviera a casa. Para él mi misión era una estupidez».

Tozbek siempre había actuado como si le estuviera haciendo un favor al aceptarla junto a Jasnah. ¿Tendría que haber pasado todo ese tiempo sintiendo que se había impuesto al capitán y su tripulación al contratarlos? Sí, le había ofrecido un descuento por sus negocios con su padre en el pasado..., pero en cualquier caso ella fue quien lo contrató.

La forma en que la trataba era probablemente cosa de los mercaderes thayleños. Si un capitán conseguía convencer a su cliente de que estaba al mando, este pagaba mejor. Le caía bien aquel hombre, pero su relación dejaba mucho que desear. Jasnah nunca habría tolerado que la trataran de esa forma.

El santhid seguía nadando al lado del barco. Era como una diminuta isla en movimiento, la espalda cubierta de algas, pequeños cristales sobresaliendo del caparazón.

Shallan se dio media vuelta y se encaminó hacia la popa, donde

el capitán Tozbek hablaba con uno de sus hombres, señalando un mapa cubierto de glifos. La saludó con la cabeza mientras se acercaba.

—Solo una advertencia, joven señora —dijo—. Los puertos en los que recaemos pronto serán menos cómodos. Dejaremos los estrechos de Ceño Largo, rodearemos el borde oriental del continente y nos dirigiremos a Nueva Natanan. No hay nada que merezca la pena hasta las Criptas Huecas... y tampoco allí hay mucho que ver. Yo no enviaría ni a mi propio hermano allí sin escolta, y eso que ha matado a diecisiete hombres con sus manos desnudas.

—Comprendo, capitán —dijo Shallan—. Y gracias. He reconsiderado mi decisión. Necesito que detengas el barco y me permitas inspeccionar el espécimen que nada junto al casco.

El capitán suspiró, extendió la mano y se pasó los dedos por una de sus tiasas cejas puntiagudas, igual que otros hombres podían jugar con sus bigotes.

—Brillante, eso no es aconsejable. ¡Padre Tormenta! Si te cayeras al océano...

—Entonces me mojaría —replicó Shallan—. Es un estado que ya he experimentado alguna que otra vez en mi vida.

—No, no puedo permitirlo. Como te dije, te llevaremos a ver algunos caparazones...

—¿No puedes permitirlo? —lo atajó Shallan. Lo miró con lo que deseó que fuera una expresión de asombro, con la esperanza de que no advirtiera la fuerza con que cerraba los puños a los costados. Tormentas, con lo que odiaba ella las confrontaciones—. No sabía que hubiera hecho una petición que tú pudieras o no aceptar, capitán. Detén el barco. Bájame. Esas son las órdenes.

Trató de decirlo con la decisión que habría mostrado Jasnah, quien era capaz de hacer que pareciera más fácil resistirse a una alta tormenta desatada que mostrarse en desacuerdo con ella.

Tozbek movió la boca un momento, sin lograr emitir ningún sonido, como si su cuerpo intentara continuar su anterior objeción pero su mente fuera con retraso.

—Es mi barco... —murmuró por fin.

—A tu barco no le sucederá nada malo —replicó Shallan—. No nos demoremos, capitán. No quisiera retrasar nuestra arribada a

puerto esta noche.

Lo dejó y volvió a su asiento, con el corazón latiéndole desbocado y las manos temblorosas. Se sentó en su caja, en parte para calmarse.

Tozbek, con aspecto de estar profundamente molesto, empezó a dar órdenes. Arriaron las velas, el barco frenó su rumbo. Shallan resopló, sintiéndose como una idiota.

Y, sin embargo, lo que Jasnah le había dicho era cierto. La actitud de Shallan creaba algo en los ojos de Tozbek. ¿Una ilusión? ¿Como los mismos spren, tal vez? ¿Fragmentos de expectativas humanas que cobraban vida?

El santhid aminoró la marcha siguiendo el ritmo de la nave. Shallan se levantó, nerviosa, mientras los marineros se acercaban con un cabo. De mala gana, ataron un lazo en el suelo para que ella pudiera meter el pie, antes de explicarle que debía agarrarse con fuerza a la cuerda mientras la bajaban. Ataron un segundo cabo, más pequeño, en torno a su cintura: el medio por el que podrían izarla, mojada y humillada, de vuelta a la cubierta. E, inevitablemente, a sus miradas.

Se quitó los zapatos, luego subió a la amura tal como le habían indicado. ¿Hacía tanto viento antes? Sintió un momento de vértigo, allí en precario equilibrio sobre el diminuto borde, con los pies apenas cubiertos con unos calcetines y el vestido agitándose con el dichoso viento. Un vientospren se le acercó y adoptó la forma de una cara con nubes detrás. Tormentas, ojalá que aquella criatura no interfiriera. ¿Era la imaginación humana la que daba al vientospren aquella sonrisita maliciosa?

Los marineros situaron el lazo ante sus pies y ella se introdujo en él con temor. A continuación Yalb le entregó la máscara de la que le había hablado.

Jasnah salió de la sentina, mirando a su alrededor, confusa. Vio a Shallan de pie en el costado del barco y enarcó una ceja.

Shallan se encogió de hombros y luego indicó a los hombres que la bajarán.

Se negó a permitir sentirse como una tonta mientras descendía poco a poco hacia las aguas y hacia la extraña criatura que flotaba en las olas. Los hombres la detuvieron a un par de palmos de la superficie y ella se puso la máscara, sujeta por correas, que cubrían

casi toda su cara, incluyendo la nariz.

—¡Más abajo! —les gritó.

Le pareció sentir su reticencia en la lentitud con que la cuerda fue descendiendo. Su pie tocó el agua y un frío terrible le subió por la pierna. ¡Padre Tormenta! Sin embargo, no pidió que se detuvieran. Permitió que la fueran bajando más y más hasta que sus piernas quedaron sumergidas en el agua helada. Su falda se hinchó de la forma más molesta, y tuvo que pisar el extremo, dentro del lazo, para impedir que se alzara sobre su cintura y se quedara flotando en la superficie del agua mientras se sumergía.

Se debatió con la tela durante un instante, aliviada por el hecho de que los hombres del barco no pudieran verla ruborizarse. Sin embargo, cuando se mojó del todo, fue más fácil manejar el vestido. Finalmente pudo encogerse, todavía agarrada férreamente a la cuerda, y hundirse en el agua hasta la cintura.

Luego zambulló la cabeza bajo las olas.

Desde la superficie, la luz se filtraba en columnas titilantes y radiantes. Las aguas estaban pobladas de vida furiosa, sorprendente. Peces diminutos zigzagueaban de un lado a otro, picoteando en la parte inferior del caparazón que cubría a una criatura majestuosa. Retorcida como un árbol viejo, con la piel arrugada y plegada, la auténtica forma del santhid era la de una bestia con largos tentáculos azules, como los de una medusa, solo que mucho más gruesos. Los tentáculos desaparecían en las profundidades, siguiendo a la bestia de forma oblicua.

El animal en sí era una retorcida masa azul grisácea cubierta por el caparazón. Sus pliegues de aspecto antediluviano rodeaban un gran ojo en el costado: era de suponer que habría otro en el otro lado. Parecía lenta, aunque majestuosa, con poderosas aletas que se movían como remos. Un grupo de extraños spren en forma de flecha se movía por las aguas alrededor de la bestia.

Bancos de peces rodeaban a la increíble criatura. Aunque las profundidades parecían vacías, la zona que rodeaba al santhid rebosaba de vida, igual que bajo el barco. Peces diminutos picoteaban el casco moviéndose entre el santhid y el navío, a veces solos, a veces en oleadas. ¿Sería por eso por lo que la criatura nadaba cerca de los barcos? ¿Tendría algo que ver con los peces, y su relación con él?

Contempló la criatura, cuyo ojo, grande como la cabeza de Shallan, se volvió hacia ella, concentrándose en su persona, mirándola. En ese momento Shallan dejó de sentir el frío. Dejó de sentir vergüenza. Estaba contemplando un mundo que, por lo que sabía, ninguna erudita había visitado jamás.

Parpadeó para captar una imagen de la criatura, reteniéndola para luego poder dibujarla.



Nuestra primera pista fueron los parshendi. Incluso semanas después de que abandonaran la persecución de las gemas corazón, su estrategia bélica cambió. Permanecieron en las mesetas después de las batallas, como si esperaran algo.

Del diario personal de Navani Kholin, Jeseses 1174

Aliento.

El aliento de un hombre era su vida. Kaladin exhaló, poco a poco, regresando al mundo. Inspiró profundamente, con los ojos cerrados, y durante un rato eso fue todo lo que pudo oír. Su propia vida. Dentro, fuera, al compás del trueno que resonaba en su pecho.

Aliento. Su propia tormenta.

En el exterior la lluvia había cesado. Kaladin permaneció sentado en la oscuridad. Cuando los reyes y los ojos claros ricos morían, sus cuerpos no eran incinerados como los de la gente normal, sino que los convertían en estatuas de piedra o metal, petrificados para siempre.

Los cuerpos de los ojos oscuros eran incinerados. Se convertían en humo, para alzarse hacia los cielos y lo que fuera que esperaba allí, como una plegaria ardiente.

Aliento. El aliento de los ojos claros no era diferente al de los

ojos oscuros. No era más dulce, ni más libre. El aliento de los reyes y el de esclavos se mezclaba, para ser respirado de nuevo por los hombres, una y otra vez.

Kaladin se levantó y abrió los ojos. Había pasado la alta tormenta en la oscuridad de ese pequeño cuarto junto al nuevo barracón del Puente Cuatro. Se encaminó hacia la puerta, pero se detuvo. Posó los dedos en la capa que sabía que colgaba allí de un gancho. En la oscuridad no distinguía su color azul oscuro, ni el glifo de Kholin, con la forma del sello de Dalinar, en la espalda.

Parecía que todos los cambios que se habían producido en su vida los había marcado una tormenta. Este era un gran cambio. Abrió la puerta y salió a la luz siendo un hombre libre.

Dejó la capa, al menos de momento.

El Puente Cuatro lo ovacionó cuando salió. Habían salido a bañarse y afeitarse bajo los embates de la tormenta, como era su costumbre. La fila casi había terminado. Roca había ido afeitando a los hombres, uno por uno. El gran comecuernos tarareaba mientras pasaba la cuchilla por la cabeza medio calva de Drehy. La lluvia había dejado un dulce aroma en el aire, y una hoguera apagada era el único resto del guiso que el grupo había compartido la noche anterior.

En muchos aspectos, ese lugar no era tan diferente a los aserraderos de los que sus hombres habían escapado hacía poco. Los barracones de piedra, grandes y rectangulares, se parecían mucho: animados en vez de contruidos a mano, semejaban enormes troncos de piedra. Estos, sin embargo, tenían un par de habitaciones más pequeñas a los lados para los sargentos, con sus entradas privadas. Tenían pintados los símbolos de los pelotones que los habían utilizado antes; los hombres de Kaladin tendrían que pintar encima.

—Moash —llamó Kaladin—. Cikatriz, Teft.

Los tres se acercaron corriendo, salpicando agua de los charcos que habían quedado tras la tormenta. Llevaban las ropas de los hombres de los puentes: pantalones sencillos cortados por las rodillas, y chalecos de cuero sobre sus torsos desnudos. Cikatriz se mantenía erguido y en movimiento a pesar de la herida en su pie, y saltaba a la vista que se esforzaba por no cojear. De momento Kaladin no le ordenó que guardara cama. La herida no era

demasiado grave, y necesitaba al hombre.

—Quiero examinar lo que tenemos —dijo Kaladin, guiándolos de vuelta al barracón, que era lo bastante espacioso para albergar a cincuenta hombres y media docena de sargentos. Más barracones lo flanqueaban a cada lado. Kaladin había recibido un bloque entero, veinte edificios, para alojar allí a su nuevo batallón de antiguos hombres de los puentes.

Veinte edificios. Que Dalinar hubiera encontrado tan fácilmente un bloque de veinte edificios para los hombres del puente revelaba una terrible verdad: el coste de la traición de Sadeas. Miles de muertos. De hecho, las escribas trabajaban cerca de algunos de los barracones, supervisando a los parshmenios que transportaban montones de ropas y otros efectos personales. Las posesiones de los caídos.

No eran pocas las escribas que tenían los ojos enrojecidos y aspecto agotado. Sadeas acababa de crear miles de nuevas viudas en el campamento de Dalinar, y probablemente el mismo número de huérfanos. Si Kaladin hubiera necesitado otro motivo para odiar a ese hombre, lo tenía allí mismo, presente en el sufrimiento de aquellas mujeres cuyos esposos habían confiado en él en el campo de batalla.

Para Kaladin no había mayor pecado que la traición de un aliado en la batalla. Excepto, tal vez, la traición a los hombres que estuvieran a sus órdenes, el hecho de llevarlos a una muerte segura después de que hubieran arriesgado la vida por protegerlo. Kaladin sintió un inmediato destello de ira al pensar en Amaram y en lo que había hecho. La marca de esclavo pareció arderle de nuevo en la frente.

Amaram y Sadeas. Dos hombres en la vida de Kaladin que, en algún momento, tendrían que pagar por lo que habían hecho. Por poco que pudiera, ese pago se haría con fuertes intereses.

Kaladin continuó caminando con Teft, Moash y Cikatriz. Estos barracones que se vaciaban lentamente de efectos personales estaban también repletos de hombres de los puentes. Eran muy parecidos a los hombres del Puente Cuatro: los mismos chalecos, los mismos pantalones por las rodillas. Sin embargo, en muchos otros aspectos eran completamente distintos. Desgreñados y con barbas que no recortaban desde hacía meses, ojos vacíos que no parecían

parpadear con la frecuencia debida. Espaldas encorvadas. Rostros inexpresivos.

Cada uno de aquellos hombres parecía sentarse a solas, incluso cuando les rodeaban otros hombres.

—Recuerdo esa sensación —dijo Cikatriz en voz baja. A pesar de tener poco más de treinta años, el hombre delgado y fibroso tenía rasgos afilados y las sienes plateadas—. No quiero, pero lo recuerdo.

—¿Se supone que hemos de convertir a esa gente en un ejército? —preguntó Moash.

—Kaladin lo hizo con el Puente Cuatro, ¿no? —repuso Teft, agitando un dedo ante Moash—. Pues ahora lo repetirá.

—No es lo mismo transformar a unas cuantas docenas que a centenares —dijo Moash, apartando de una patada una rama caída durante la alta tormenta. Alto y corpulento, Moash tenía una cicatriz en la barbilla, pero en su frente no había ninguna marca de esclavo. Caminaba con la espalda recta y la barbilla alta. De no ser por sus ojos castaños, podría haber pasado por oficial.

Kaladin los condujo a los tres barracón tras barracón, haciendo un rápido recuento. Casi mil hombres. Aunque les había dicho que ya eran libres y podían regresar a sus antiguas vidas si lo deseaban, pocos parecían querer hacer otra cosa sino permanecer sentados. En un principio había cuarenta cuadrillas de los puentes, pero muchas habían sido masacradas durante el último ataque y otras ya carecían de efectivos suficientes.

—Los distribuiremos en veinte cuadrillas de unos cincuenta cada una —dijo Kaladin. En las alturas, Syl revoloteaba en forma de lazo de luz y zigzagueaba a su alrededor. Los hombres no daban señales de distinguirla: era invisible para ellos—. No podremos enseñar a mil hombres adiestrándolos uno por uno. Entrenaremos a los más dispuestos, y luego los enviaremos a dirigir y entrenar a sus propios equipos.

—Entiendo —dijo Teft, rascándose la barbilla. El más viejo de los hombres de los puentes era uno de los pocos que todavía conservaba la barba. Casi todos los demás se habían afeitado como marca de orgullo, algo que distinguía a los miembros del Puente Cuatro de los esclavos corrientes. Teft cuidaba la suya por el mismo motivo. Donde no se había vuelto canosa era marrón claro, y la

llevaba recortada y cuadrada, casi como la de un fervoroso.

Moash hizo una mueca al mirar a los hombres de los puentes.

—Das por hecho que algunos de ellos estarán «más dispuestos», Kaladin. A mí me parece que todos están en el mismo nivel de abatimiento.

—Algunos habrá que conserven el fuego de la lucha —adujo Kaladin, regresando al Puente Cuatro—. Los que se unieron a nosotros ante la hoguera anoche, sin ir más lejos. Teft, necesito que escojas a otros. Organiza y combina las cuadrillas, luego elige a cuarenta hombres, dos de cada grupo, para que sean entrenados primero. Estarás al mando de ese adiestramiento. Esos cuarenta serán la semilla que usaremos para ayudar al resto.

—Supongo que podré hacerlo.

—Bien. Te daré unos cuantos hombres para que te ayuden.

—¿Unos cuantos? —preguntó Teft—. Sin duda necesitare algo más que unos cuantos...

—Pues tendrás que apañártelas con eso —respondió Kaladin, deteniéndose en el sendero para volverse a mirar hacia el oeste, hacia el complejo del rey más allá de la muralla del campamento, que se alzaba en una colina que dominaba el resto de los campamentos—. La mayoría vamos a hacer falta para mantener a Dalinar Kholin con vida.

Moash y los demás se detuvieron junto a él. Kaladin contempló el palacio con los ojos entornados. En efecto, no parecía lo bastante grandioso para alojar a un rey: allí todo era solo piedra y más piedra.

—¿Estás dispuesto a confiar en Dalinar? —preguntó Moash.

—Renunció a su hoja esquilada por nosotros —dijo Kaladin.

—Nos lo debía —gruñó Cikatríz—. Le salvamos la vida.

—También pudo hacerlo tan solo para ganarse nuestro favor —adujo Moash, cruzándose de brazos—. Juegos políticos. Sadeas y él tratando de manipularse mutuamente.

Syl se posó en el hombro de Kaladin, tomando la forma de una mujer joven de vestido ondulante y translúcido, todo él blanquiazul. Unió las manos mientras contemplaba el complejo del rey, donde Dalinar Kholin se había retirado a planificar su estrategia.

Le había dicho a Kaladin que iba a hacer algo que enfurecería a un montón de gente. «Voy a eliminar sus juegos...».

—Necesitamos mantener con vida a ese hombre —dijo Kaladin, mirando a los otros—. No sé si me fío de él, pero es la única persona en estas llanuras que ha mostrado aunque sea un atisbo de compasión por los hombres de los puentes. Si muere, ¿imagináis cuánto tardará su sucesor en enviarnos de vuelta con Sadeas?

Cikatriz esbozó una mueca de desdén.

—Me gustaría ver cómo lo intentan ahora que tenemos a un Caballero Radiante como líder.

—No soy un Radiante.

—Lo que tú digas —repuso Cikatriz—. Seas lo que seas, no les resultará fácil apartarnos de ti.

—¿Crees que puedo luchar contra todos, Cikatriz? —dijo Kaladin, mirándolo a los ojos—. ¿Contra docenas de portadores de esquirladas? ¿Decenas de miles de soldados? ¿Crees que un hombre podría hacer eso?

—Un hombre cualquiera, no —respondió Cikatriz, obstinado—. Tú.

—No soy ningún dios, Cikatriz —replicó Kaladin—. No puedo enfrentarme al grueso de diez ejércitos. —Se volvió hacia los otros dos hombres—. Hemos decidido quedarnos aquí en las Llanuras Quebradas. ¿Por qué?

—¿De qué serviría huir? —preguntó Teft, encogiéndose de hombros—. Incluso siendo hombres libres, acabaríamos reclutados en un ejército u otro aquí en las montañas. O moriríamos de hambre.

Moash asintió.

—Este es un lugar tan bueno como cualquier otro, mientras seamos libres.

—Dalinar Kholin es nuestra mejor esperanza de tener una vida real —dijo Kaladin—. Guardaespaldas, no trabajos forzados. Hombres libres, a pesar de las marcas de nuestras frentes. Nadie más nos dará eso. Si queremos ser libres, debemos mantener con vida a Dalinar Kholin.

—¿Y el Asesino de Blanco? —preguntó Cikatriz en voz baja.

Habían oído hablar de lo que ese hombre estaba haciendo por el mundo, asesinando a reyes y príncipes de todas las naciones. La noticia era la comidilla de los campamentos desde que los informes habían empezado a llegar a través de vinculacañas. El emperador de

Azir, muerto. Jah Keved sumida en el caos. Media docena de otras naciones sin gobernante.

—Ya ha matado a nuestro rey —dijo Kaladin—. El viejo Gavilar fue el primer asesinato que cometió. Esperemos que haya acabado aquí. Sea como fuere, protegeremos a Dalinar. A toda costa.

Todos asintieron, aunque a regañadientes. Kaladin no podía reprochárselo. Confiar en los ojos claros no los había llevado muy lejos: incluso Moash, que antaño hablaba bien de Dalinar, parecía haber perdido el aprecio hacia ese hombre. O hacia cualquier ojos claros.

En realidad, Kaladin se sentía un poco sorprendido de sí mismo y de la confianza que sentía. Pero, tormentas, a Syl le gustaba Dalinar. Eso tenía su peso.

—Ahora mismo somos débiles —prosiguió Kaladin, bajando la voz—. Pero si seguimos con este juego durante un tiempo, protegiendo a Kholin, nos pagarán bien. Podré entrenaros, entrenaros de verdad, como soldados y oficiales. Aparte de eso, tendremos ocasión de enseñar a estos otros hombres.

»Por nuestra cuenta, siendo como somos apenas dos docenas de antiguos hombres de los puentes, es imposible que lo lográramos. Pero ¿y si en cambio fuéramos una fuerza mercenaria altamente dotada compuesta por mil soldados, equipada con las mejores armas de los campamentos de guerra? Si sucede lo peor y tenemos que abandonar los campamentos, me gustaría hacerlo siendo una unidad cohesionada, bien entrenada y peligrosa para el enemigo. Dadme un año con estos mil hombres, y podré conseguirlo.

—Ese plan sí me gusta —dijo Moash—. ¿Aprenderé a emplear una espada?

—Seguimos siendo ojos oscuros, Moash.

—Tú no —dijo Cikatriz desde el otro lado—. Te vi los ojos durante la...

—¡Basta! —exclamó Kaladin. Inspiró profundamente—. Basta. No hablemos más de eso.

Cikatriz guardó silencio.

—Voy a nombraros oficiales —les dijo Kaladin—. A vosotros tres, y también a Sigzil y a Roca. Seréis tenientes.

—¿Tenientes ojos oscuros? —comentó Cikatriz. El rango solía usarse para el equivalente a los sargentos en las compañías

compuestas únicamente por ojos claros.

—Dalinar me nombró capitán —repuso Kaladin—. Según él, es el rango más alto al que se atrevió a nombrar a un ojos oscuros. Bueno, necesito elaborar una estructura de mando completa para mil hombres, y vamos a necesitar un grado entre sargento y capitán. Eso significa nombraros tenientes a vosotros cinco. Creo que Dalinar me permitirá hacerlo. Crearemos sargentos mayores si necesitamos otro rango.

»Roca será intendente y estará a cargo del avituallamiento de los mil hombres. Nombraré a Lopen segundo suyo. Teft, tú estarás a cargo de la instrucción. Sigzil será nuestro secretario. Es el único que sabe leer glifos. Moash y Cikatriz...

Miró a los otros dos hombres. Uno bajo, el otro alto, caminaban del mismo modo, con paso suave, peligroso, las lanzas siempre al hombro. Nunca iban sin ellas. De todos los hombres que había entrenado en el Puente Cuatro, solo estos dos lo habían asimilado todo de manera intuitiva. Lo llevaban en la sangre.

Como el propio Kaladin.

—Nosotros tres —les dijo—, vamos a concentrarnos en vigilar a Dalinar Kholin. Siempre que sea posible, quiero que uno de nosotros tres lo proteja personalmente y otro vigile a sus hijos. Pero no os equivoquéis: la Espina Negra es el hombre cuya vida vamos a salvaguardar a toda costa. Es nuestra única garantía de libertad para el Puente Cuatro.

Los otros asintieron.

—Bien —dijo Kaladin—. Id a reunir a los demás. Es hora de que el mundo os vea como os veo yo.

Por común acuerdo, Hobber se sentó para recibir su tatuaje el primero. El hombre mellado fue uno de los que en primer lugar creyeron en Kaladin, que recordaba perfectamente aquel día: se había sentido agotado tras una incursión en el puente, deseoso de tumbarse y quedarse mirando. En cambio, eligió salvar a Hobber en vez de dejarlo morir. Kaladin se había salvado también a sí mismo aquel día.

El resto del Puente Cuatro permanecía de pie alrededor de Hobber en la tienda, observando en silencio mientras la tatuadora

trabajaba con cuidado en su frente, cubriendo la cicatriz de su marca de esclavo con los glifos que Kaladin había proporcionado. Hobber daba un respingo de dolor de vez en cuando, pero no perdía la sonrisa.

Kaladin había oído que era posible cubrir una cicatriz con un tatuaje, y que el resultado era aceptable. Los glifos tatuados llamaban la atención y la gente apenas se fijaba en que la piel de debajo estaba marcada.

Cuando terminó el proceso, la tatuadora entregó a Hobber un espejo para que se mirara. El hombre del puente se tocó la frente, vacilante. La piel estaba algo enrojecida en los bordes del diseño, pero el oscuro tatuaje cubría perfectamente la marca de esclavo.

—¿Qué dice? —preguntó Hobber en voz baja, con los ojos llenos de lágrimas.

—Libertad —dijo Sigzil antes de que Kaladin pudiera responder—. El glifo significa «libertad».

—Los más pequeños de arriba —intervino Kaladin— dicen la fecha en la que fuiste liberado y quién te liberó. Aunque pierdas tus papeles de libertad, todo el que intente encarcelarte por ser un fugitivo verá fácilmente que no lo eres. Pueden consultar con las escribas de Dalinar Kholin, que conservan una copia de tu carta de libertad.

Hobber asintió.

—Eso está bien, pero no es suficiente. Añade «Puente Cuatro». Libertad, Puente Cuatro.

—¿Para dar a entender que te liberaron del Puente Cuatro?

—No, señor. No me liberaron «del» Puente Cuatro. Me liberó él. No cambiaría mi tiempo allí por nada.

Era una conversación absurda. El Puente Cuatro había sido la muerte: docenas de hombres habían sido masacrados transportando aquel maldito puente. Incluso después de que Kaladin decidiera salvar a los hombres, había perdido a demasiados. Hobber habría sido un idiota si no hubiese aprovechado cualquier oportunidad para escapar.

Sin embargo, permaneció allí tozudamente sentado hasta que Kaladin sacó los glifos adecuados para la tatuadora, una mujer callada y recia que parecía capaz de levantar un puente ella sola. Agarró su herramienta y empezó a añadir los dos glifos a la frente

de Hobber, justo debajo del símbolo que significaba «libertad». Se pasó el proceso explicando de nuevo que el tatuaje le dolería durante varios días y cómo tendría que atenderlo.

Hobber aceptó el nuevo tatuaje con una sonrisa. Pura tontería, pero los demás asintieron, mostrando su acuerdo, y le estrecharon el brazo. Cuando Hobber terminó, Cikatriz se sentó rápidamente, ansioso, y exigió el mismo grupo de tatuajes.

Kaladin dio un paso atrás, cruzó los brazos y sacudió la cabeza. Fuera de la tienda, un bullicioso mercado ofrecía todo tipo de artículos. El «campamento de guerra» era, en realidad, una ciudad construida dentro del hueco parecido a un cráter de una enorme formación rocosa. La prolongada contienda en las Llanuras Quebradas había atraído a mercaderes de todo tipo, junto con artesanos, artistas e incluso familias con niños.

Moash, con gesto preocupado, no se alejó, observando a la tatuadora. No era el único de la cuadrilla del puente que no tenía marca de esclavo. Tampoco Teft la tenía. Los habían convertido en hombres de los puentes sin esclavizarlos primero. Sucedió con frecuencia en el campamento de Sadeas, donde cargar con los puentes era el castigo que se asignaba a todo tipo de infracciones.

—Si no tenéis marca de esclavo —le dijo Kaladin en voz alta a los hombres—, no es necesario que os hagáis un tatuaje. Seguíis siendo de los nuestros.

—No —replicó Roca—. Yo me haré uno.

Insistió en sentarse detrás de Cikatriz y hacerse el tatuaje en la frente, aunque no tenía marca de esclavo. De hecho, todos los hombres sin marca (Beld y Teft incluidos) decidieron hacerse también el tatuaje en la frente.

Solo Moash se abstuvo, pero se hizo el tatuaje en el brazo. Bien. A diferencia de los demás hombres, no tendría que ir por ahí proclamando al mundo entero que había sido esclavo.

Moash se levantó del asiento y otro ocupó su lugar. Un hombre de piel roja y negra con un patrón moteado, como piedra. En el Puente Cuatro había una gran variedad de razas, pero Shen constituía una clase en sí mismo. Parshmenio.

—No puedo tatuarlo —dijo la artista—. Es propiedad.

Kaladin abrió la boca para protestar, pero los otros hombres del puente intervinieron primero.

—Ha sido liberado, como nosotros —adujo Teft.

—Es uno del equipo —intervino Hobber—. Ponle el tatuaje, o no verás ni una esfera de ninguno de nosotros. —Se ruborizó después de decirlo y miró a Kaladin, que era quien había de pagar todo eso, usando las esferas que le había dado Dalinar Kholin.

Los otros hombres del puente expresaron también su desacuerdo, y la tatuadora finalmente dejó escapar un suspiro y cedió. Acercó su taburete y empezó a trabajar en la frente de Shen.

—Ni siquiera se verá —gruñó, aunque la piel de Sigzil era casi tan oscura como la de Shen, y el tatuaje destacaba bien en la piel.

Al cabo de un rato, Shen se contempló en el espejo y se levantó. Miró a Kaladin, y asintió. Shen no hablaba mucho, y Kaladin no sabía cómo interpretar al hombre. Era fácil olvidarse de él, siempre en silencio al fondo del grupo de hombres del puente. Invisible. Los parshmenios solían ser así.

Una vez hubo terminado el trabajo con Shen, solo quedaba el propio Kaladin. Se sentó a continuación y cerró los ojos. El dolor de las agujas era mucho más agudo de lo que había supuesto.

Poco después, la tatuadora empezó a maldecir entre dientes.

Kaladin abrió los ojos mientras la mujer le secaba la frente con un paño.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¡La tinta no prende! —dijo la artista—. Nunca había visto nada igual. ¡Cuando te froto la piel, la tinta se va también! El tatuaje no se fijará.

Kaladin suspiró, recordando que tenía un poco de luz tormentosa corriéndole por las venas. Ni siquiera había advertido que recurría a ella, pero parecía que cada vez la conservaba mejor. Frecuentemente absorbía un poco mientras caminaba. Contener luz tormentosa era como llenar un odre de vino: si lo llenabas a rebosar y lo abrías, se vaciaba rápidamente hasta quedar reducido a un hilillo. Lo mismo sucedía con la luz.

La retiró, esperando que la tatuadora no se diera cuenta de que exhalaba una nubecilla de humo brillante.

—Inténtalo otra vez —dijo, mientras ella cogía más tinta.

En esta ocasión el tatuaje prendió. Kaladin permaneció sentado durante todo el proceso, con los dientes apretados para soportar el dolor, y luego alzó la cabeza para mirarse en el espejo que

sujetaban ante él. El rostro que le devolvió la mirada le pareció extraño: bien afeitado, con el pelo apartado de la frente para el tatuaje, las marcas de esclavo cubiertas y, por el momento, olvidadas.

«¿Puedo volver a ser este hombre? —pensó, tocándose la mejilla—. Este hombre murió, ¿no?».

Syl se posó en su hombro y se puso a mirarlo en el espejo.

—La vida antes que la muerte, Kaladin —susurró.

Sin darse cuenta él inspiró luz tormentosa. Solo un poquito, una fracción de esfera. La luz fluyó por sus venas como una oleada de presión, como vientos atrapados en un recinto pequeño.

El tatuaje de su frente se derritió. Su cuerpo expulsó la tinta, que empezó a correrle por la cara. La tatuadora soltó una maldición y cogió su paño.

Kaladin contempló la imagen de aquellos glifos fundiéndose. La libertad disuelta y, debajo, las violentas cicatrices de su cautiverio dominadas por un glifo marcado a fuego.

«Shash». Peligroso.

La mujer se frotó la cara.

—¡No entiendo por qué pasa esto! Creía que esta vez prendería. Yo...

—No importa —dijo Kaladin, cogiendo el paño mientras se levantaba para terminar de limpiarse. Se volvió hacia los demás, hombres del puente convertidos en soldados—. Parece que las cicatrices no han acabado conmigo. Lo intentaré de nuevo en otra ocasión.

Ellos asintieron. Más tarde tendría que explicarles lo que estaba sucediendo: conocían sus habilidades.

—Vamos —les dijo Kaladin.

Lanzó una bolsita de esferas a la tatuadora y acto seguido cogió su lanza, que estaba junto a la entrada de la tienda. Los demás lo siguieron con las lanzas al hombro. No tenían por qué ir armados mientras estaban en el campamento, pero quería que se acostumbraran a la idea de que eran libres para portar armas.

El mercado estaba abarrotado, en plena ebullición. Naturalmente, habían tenido que desmontar las tiendas y guardarlas durante la alta tormenta de la noche anterior, pero a esas horas ya las habían montado de nuevo. Quizá porque estaba pensando en

Shen, reparó en los parshmenios. Con un simple vistazo detectó a varios de ellos que ayudaban a levantar unas cuantas tiendas, cargando con las compras de los ojos claros y ayudando a los tenderos a colocar sus mercancías.

«¿Qué piensan de esta guerra en las Llanuras Quebradas? —se preguntó Kaladin—. ¿Qué opinarán de una contienda orientada a derrotar, y quizás a someter, a los únicos parshmenios libres del mundo?».

Ojalá pudiera arrancarle a Shen una respuesta a esas preguntas. Parecía que lo único que podía conseguir del parshmenio eran gestos de indiferencia.

Kaladin condujo a sus hombres a través del mercado, que parecía mucho más amigable que el del campamento de Sadeas. Aunque la gente se quedaba mirando a los hombres de los puentes, nadie hacía gestos de desdén, y las disputas de los puestos cercanos, aunque enérgicas, no se convertían en gritos. Incluso parecía que había menos niños callejeros y mendigos.

«Es lo que quieres creer —pensó Kaladin—. Quieres creer que Dalinar es el hombre que todo el mundo asegura que es. El honorable ojos claros de las historias. Pero también se decía lo mismo sobre Amaram».

Mientras caminaban, pasaron ante algunos soldados. Demasiado pocos. Hombres que estaban de servicio en el campamento cuando los demás realizaron el desastroso ataque en que Sadeas traicionó a Dalinar. Cuando se cruzaron con un grupo que patrullaba el mercado, Kaladin vio que dos hombres alzaban las manos y las cruzaban ante ellos.

¿Cómo habían aprendido el viejo saludo del Puente Cuatro tan rápidamente? Esos hombres no lo hicieron como un saludo completo, sino como un pequeño gesto, pero asintieron ante Kaladin y los suyos al pasar. De repente, la naturaleza más tranquila del mercado asumió otro aspecto para Kaladin.

Sobre el campamento flotaba un aire de silencioso temor. Miles de hombres habían muerto por la traición de Sadeas. En ese lugar probablemente todos habían conocido a alguien que había muerto en las mesetas. Y probablemente todos se preguntaban si el conflicto entre los dos altos príncipes iría a más.

—Es agradable que te vean como a un héroe, ¿verdad? —

comentó Sigzil, que caminaba junto a Kaladin, al ver pasar a otro grupo de soldados.

—¿Cuánto crees que durará la buena voluntad? —preguntó Moash—. ¿Cuánto tiempo habrá de pasar antes de que nos miren con mala cara?

—¡Ja! —Roca, que se alzaba tras él, le dio un manotazo a Moash en el hombro—. ¡Nada de quejas hoy! Siempre andas lamentándote. No me obligues a darte una patada. No me gusta dar patadas. Me lastima los pies.

—¿Patadas a mí? —replicó Moash en tono desdeñoso—. Ni siquiera llevas lanza, Roca.

—Las lanzas no son para dar patadas a los quejicas. Pero unos pies unkalaki grandes como los míos... ¡te aseguro que sirven para eso! ¡Ja! Está clarísimo, ¿no?

Kaladin dejó atrás el mercado y condujo a los hombres hasta un gran edificio rectangular cerca de los barracones. Estaba construido con piedra trabajada, no con roca animada, lo que permitía más detalles en el diseño. Estos edificios se estaban haciendo cada vez más populares en los campamentos de guerra, a medida que iban llevando más albañiles.

Moldear almas era más rápida, pero también más cara y menos flexible. No sabía gran cosa de ella, solo que los poderes de los moldeadores eran limitados. Por eso todos los barracones eran esencialmente idénticos.

Kaladin condujo a sus hombres al interior del alto edificio, hasta un mostrador donde un hombre canoso con una panza enorme supervisaba a unos cuantos parshmenios que traían unos fardos de tela azul. Se trataba de Rind, el intendente jefe de Kholin, a quien Kaladin había dado instrucciones la noche anterior. Rind era ojos claros, pero del tipo conocido como «diez», un rango muy bajo, apenas un peldaño por encima de los ojos oscuros.

—¡Ah! —dijo Rind, hablando con una voz aguda que desmentía su corpulencia—. ¡Por fin has llegado! Lo he sacado todo para ti, capitán. Todo lo que me queda.

—¿Lo que te queda? —preguntó Moash.

—¡Uniformes de la Guardia de Cobalto! He pedido otros nuevos, pero esto es el material que quedaba. —Rind bajó la voz—. No esperaba que necesitaras tantos tan pronto, ¿sabes? —Miró a Moash

de arriba abajo, le tendió un uniforme y señaló un reservado para que se cambiara.

Moash aceptó el uniforme.

—¿Vamos a llevar nuestros jubones de cuero encima de esto?

—¡Ja! —dijo Rind—. ¿Los que se atan con tanto hueso que parecéis salvajes del oeste un día de fiesta? He oído hablar de eso. Pero no, el brillante señor Dalinar ha ordenado que se os proporcione a todos petos, cascos de acero y lanzas nuevas. Y cotas de malla para el campo de batalla, si las necesitáis.

—Por ahora bastará con los uniformes —dijo Kaladin.

—Me sentiré un poco tonto con esto puesto —gruñó Moash, pero se dirigió a cambiarse.

Rind distribuyó los uniformes entre los hombres. Dirigió a Shen una mirada de extrañeza, pero le entregó al parshmenio un uniforme sin más queja.

Los hombres se congregaron, ansiosos, parloteando de emoción mientras desplegaban los trajes. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguno de ellos se había puesto algo distinto al cuero de los hombres de los puentes o los taparrabos de los esclavos. Cuando Moash salió del probador todos guardaron silencio.

Eran uniformes nuevos, de un estilo más moderno que el que Kaladin había llevado en su anterior vida militar. Recios pantalones azules y botas negras, pulidas y brillantes. Camisa blanca, cuyo cuello y mangas asomaban bajo la casaca, que llegaba hasta la cintura y se cerraba bajo el cinturón.

—¡Eso sí que es un soldado! —dijo el intendente con una carcajada—. ¿Sigues pensando que pareces tonto?

Moash se ajustó los puños y llegó a ruborizarse. Kaladin rara vez había visto a su amigo sin saber qué decir.

—No —respondió por fin—. La verdad es que no.

Los otros se dispusieron a cambiarse. Algunos se dirigieron a los reservados, pero a la mayoría no les importó hacerlo allí mismo. Eran hombres de los puentes y esclavos; habían pasado la mayor parte de sus vidas deambulando en taparrabos o poco más.

Teft fue el primero en terminar de cambiarse, pues sabía pasar los botones por los ojales adecuados.

—Ha pasado mucho tiempo —susurró, ajustándose el cinturón

—. No sé si merezco volver a llevar algo así.

—Esto es lo que eres, Teft —dijo Kaladin—. No dejes que el esclavo te domine.

Teft gruñó, fijando su cuchillo de combate en el cinturón.

—¿Y tú, hijo? ¿Cuándo vas a admitir lo que eres?

—Ya lo he hecho.

—Ante nosotros. No ante los demás.

—No empieces de nuevo con eso.

—Empezaré lo que quiera, tormentas —replicó Teft. Se inclinó hacia delante y habló en voz baja—. Al menos hasta que me des una respuesta de verdad. Eres un absorbedor. Todavía no eres un Radiante, pero lo serás cuando todo esto acabe. Los demás tienen razón al confiar en ti. ¿Por qué no te acercas a ver a ese Dalinar, absorbes un poco de luz tormentosa, y haces que te reconozca como ojos claros?

Kaladin miró al grupo de hombres que intentaban ponerse los uniformes mientras un exasperado Rind les explicaba cómo colocarse las casacas.

—Todo lo que he tenido en la vida, Teft, me lo quitaron los ojos claros —susurró Kaladin—. Mi familia, mi hermano, mis amigos. Más de lo que puedes imaginar. Ven lo que tengo, y se lo quedan. —Alzó la mano y distinguió unos brillantes hilillos que brotaban de su piel, ya que sabía qué buscar—. Me lo quitarán. Si descubren lo que hago, me lo arrebatarán.

—Por el aliento de Kelek, ¿cómo van a hacerlo?

—No lo sé —respondió Kaladin—. No sé, Teft, pero no puedo evitar sentir pánico cuando pienso en ello. No puedo permitir que se queden con esto, no puedo permitir que me lo quiten... ni a ti, ni a vosotros. Guardaremos este secreto mío. No hablemos más.

Teft gruñó mientras los demás hombres acababan de equiparse. Lopen, el de un solo brazo, con la manga vacía vuelta hacia fuera y recogida para que no colgara, señaló el emblema de su hombro.

—¿Qué es esto?

—Es la insignia de la Guardia de Cobalto —dijo Kaladin—. La guardia personal de Dalinar Kholin.

—Esos están muertos —dijo Lopen—. Esto no nos identifica.

—Sí —coincidió Cikatriz. Para horror de Rind, sacó el cuchillo y cortó la insignia—. Somos el Puente Cuatro.

—El Puente Cuatro era tu prisión —protestó Kaladin.

—No importa —dijo Cikatriz—. Somos el Puente Cuatro.

Los demás estuvieron de acuerdo y empezaron a cortar las insignias, que arrojaron al suelo.

Teft asintió e hizo lo mismo.

—Protegeremos a la Espina Negra, pero no vamos a sustituir a la gente que tenía antes. Somos nuestro propio grupo.

Kaladin se frotó la frente, repentinamente consciente de lo que había conseguido al unir a sus hombres: convertirlos en una unidad cohesionada.

—Dibujaré un diseño con glifopares —le dijo a Rind—. Tendrás que encargar insignias nuevas.

El grueso hombretón suspiró mientras recogía los emblemas despreciados.

—Qué remedio. Tengo tu uniforme por aquí, capitán. ¡Un ojos oscuros de capitán! ¿Quién lo habría creído? Serás el único del ejército. ¡El único en la historia, que yo sepa!

No parecía encontrarlo ofensivo. Kaladin tenía poca experiencia con ojos claros de bajo dahn como Rind, aunque eran muy comunes en los campamentos. En su ciudad natal solo estaban la familia del señor (de dahn medio-alto) y los ojos oscuros. Hasta que no llegó al ejército de Amaram no fue consciente de que había toda una escala de ojos claros, muchos de los cuales tenían trabajos corrientes y debían sudar lo suyo para ganarse el pan como la gente común.

Kaladin se acercó al último bulto que había sobre el mostrador. Su uniforme era distinto. Incluía un chaleco azul y un gabán cruzado azul, con el forro blanco y los botones plateados. El gabán estaba diseñado para ir abierto, a pesar de las filas de botones a cada lado.

Había visto a menudo ese tipo de uniformes. Pero solo en los ojos claros.

—Puente Cuatro —dijo, al tiempo que cortaba la insignia de la Guardia de Cobalto de la hombrera y la arrojaba con las otras sobre el mostrador.





Los soldados informaron de que eran vigilados desde lejos por un número impresionante de exploradores parshendi. Entonces advertimos un nuevo patrón en su estrategia de asalto nocturno a los campamentos, para retirarse luego rápidamente. Solo puedo suponer que, ya entonces, nuestros enemigos preparaban su estrategia para poner fin a esta guerra.

Del diario personal de Navani Kholin, Jeseses 1174

Estudiar la época anterior a la Hierocracia es una tarea frustrante y difícil —decía el libro—. Durante el reinado de la Hierocracia, la Iglesia vorin tenía un control casi absoluto sobre el este de Roshar. Las invenciones que promovían (y que luego perpetuaban como verdad absoluta) se grabaron en la conciencia de la sociedad. Más preocupante aún: se hicieron copias modificadas de textos antiguos para que encajaran con el dogma jerárquico».

Shallan leía en su camarote a la luz de un globo de esferas. El atestado cuarto carecía de una auténtica portilla y solo tenía por ventana una diminuta rendija en lo alto de la pared exterior. El único sonido que se oía era el agua entrechocando contra el casco.

Esa noche, el barco no tenía puerto donde guarecerse.

«La Iglesia de esta época recelaba de los Caballeros Radiantes —decía el libro—. Sin embargo, confiaba en la autoridad que los Heraldos habían otorgado al vorinismo. Esto creó una dicotomía en que la Traición, y la deslealtad de los caballeros, se ensalzaba. Al mismo tiempo, los antiguos caballeros, que habían convivido con los Heraldos en los días de las sombras, eran celebrados.

»Esto hace particularmente difícil estudiar a los Radiantes y el lugar llamado Shadesmar. ¿Qué es verdad? ¿Qué registró la Iglesia, en su equivocado intento de limpiar el pasado de las contradicciones que percibía, reescribiéndolo para que encajara con su versión? Sobreviven pocos documentos del período que no pasaran por manos vorin para ser copiados de los pergaminos originales y ser convertidos en códigos modernos».

Shallan dejó de leer el libro. Era una de las primeras obras publicadas por Jasnah como erudita de pleno derecho. Jasnah no le había mandado leerlo. De hecho, se había mostrado vacilante cuando Shallan le pidió un ejemplar, y tuvo que recuperarlo de uno de los numerosos baúles llenos de libros que llevaba en la bodega del barco.

¿Por qué se había mostrado tan reacia, cuando este volumen trataba de lo mismo que Shallan estaba estudiando? ¿No debería de habérselo mostrado al instante? Era...

El patrón regresó.

Shallan contuvo la respiración cuando la vio en la pared del camarote, junto al camastro, a su izquierda. Con cuidado, volvió a mirar la página que tenía delante. El patrón era el mismo que había visto antes, la forma que había aparecido en su libreta de bocetos.

Desde entonces, la había estado viendo con el rabillo del ojo, apareciendo en las vetas de la madera, en la camisa de un marinero, en el titilar del agua. En todas esas ocasiones, cuando la miraba directamente, el patrón se desvanecía. Jasnah no dijo nada más, excepto para indicar que probablemente era inofensiva.

Shallan pasó la página y procuró acompasar su respiración. Había experimentado algo parecido con anterioridad, con las extrañas criaturas con cabeza de símbolo que habían aparecido en sus dibujos. Permitió que sus ojos se apartaran de la página y se volvieran hacia la pared: no justo hacia el patrón, sino hacia el

lado, como si no hubiera reparado en él.

Sí, estaba allí. Rugosa, como un bordado, un patrón completo de simetría asombrosa. Sus diminutas líneas se retorcían y rebullían a través de la masa, alzando de algún modo la superficie de la madera, como un repujado metálico bajo un mantel tenso.

Era una de aquellas cosas. Los cabezas de símbolos. Este patrón era similar a sus extrañas cabezas. Miró de nuevo la página, pero no leyó. El barco osciló y las brillantes esferas blancas de su globo tintinearón. Shalla inspiró hondo.

Entonces miró directamente el patrón.

De inmediato, esta empezó a desvanecerse; sus bordes se hundieron. Antes de que desapareciera, la observó con atención y tomó un recuerdo.

—Esta vez no —murmuró mientras se desvanecía—. Esta vez te tengo.

Apartó el libro y corrió a sacar su lápiz de carboncillo y una hoja de papel para hacer un boceto. Se agachó junto a la luz, con el pelo rojo suelto sobre los hombros.

Trabajó furiosamente, poseída por una frenética necesidad de terminar el dibujo. Sus dedos se movían solos, sujetando la carpeta con la mano segura desnuda ante el globo, que salpicaba el papel con fragmentos de luz.

Dejó el lápiz a un lado. Necesitaba algo más duro, que pudiera marcar mejor las líneas. Tinta. El lápiz era lo mejor para plasmar los suaves matices de la vida, pero esa cosa no era vida. Era algo distinto, algo irreal. Sacó pluma y tintero de su zurrón y volvió al dibujo, reproduciendo las diminutas e intrincadas líneas.

No pensaba mientras dibujaba. El arte la consumía, y los creacionspren cobraban vida alrededor. Docenas de formas diminutas pronto abarrotaron la mesita junto al jergón y el suelo del camarote, cerca de donde estaba arrodillada. Los spren se agitaban y giraban, ninguno mayor que el hueco de una cuchara, convirtiéndose en formas que habían encontrado recientemente. Ella los ignoró como pudo, aunque nunca había visto tantos a la vez.

Cambiaban de forma más y más rápido mientras ella dibujaba, concentrada. El patrón parecía imposible de capturar. Sus complejas repeticiones se retorcían hasta el infinito. No, una pluma nunca

podría plasmarla a la perfección, aunque se acercaba. La dibujó en espiral desde un punto central, luego recreó cada rama a partir del núcleo, que tenía su propio remolino de líneas diminutas. Era como un laberinto creado para volver loco a su cautivo.

Cuando hubo terminado la última línea, descubrió que respiraba con dificultad, como si hubiera corrido una gran distancia. Parpadeó, advirtiendo de nuevo los creacionspren a su alrededor: eran centenares. Permanecieron allí antes de desvanecerse uno a uno. Shalla dejó la pluma junto al frasco de tinta, que había pegado con cera a la mesa para impedir que resbalara con las sacudidas del barco. Cogió la lámina, esperó a que las últimas líneas de tinta se secaran, y sintió que había conseguido algo importante... aunque no sabía qué.

Cuando la última línea se secó, el patrón se alzó ante ella. Oyó un claro suspiro en el papel, como de alivio.

Dio un brinco, soltó la lámina y corrió a la cama. A diferencia de lo ocurrido en otras ocasiones, el relieve no se desvaneció, aunque dejó el papel, floreciendo a partir del dibujo, y pasó al suelo.

No podía describirlo de otra forma. El patrón, de algún modo, pasó del papel al suelo. Llegó hasta la pata del camastro y se envolvió en ella, subió y llegó hasta la manta. No parecía algo que se moviera bajo la manta; eso sería una burda aproximación de lo que estaba sucediendo. Las líneas eran demasiado precisas para eso, y no había nada que se estirara. Algo bajo la manta habría sido solo un bulto indiferenciado, pero esto era exacto.

Se acercó. No parecía peligroso, pero Shalla se dio cuenta de que estaba temblando. Este patrón era distinto a los cabezas de símbolos de sus dibujos, pero al mismo tiempo era igual. Una versión aplanada, sin torso ni extremidades. Era una abstracción de una de ellas, igual que un círculo con unas cuantas líneas puede representar un rostro humano en una página.

Estas cosas la habían aterrorizado, acosándola en sus sueños, hasta el punto de temer que estaba volviéndose loca. Así que mientras la forma se acercaba, ella se levantó de la cama y se alejó de lo que fuera eso todo lo que pudo en el pequeño camarote. Entonces, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho, abrió la puerta para ir a buscar a Jasnah.

La encontró justo ante la puerta, intentando agarrar el pomo,

con la mano izquierda extendida ante ella. Una pequeña criatura negra como la tinta, con la forma de un hombre con un traje elegante y largo abrigo, se alzaba en su palma. La figura se disolvió en las sombras al ver a Shallan. Jasnah miró a su pupila, luego al suelo del camarote, donde el patrón cruzaba la madera.

—Vístete, niña —dijo Jasnah—. Tenemos asuntos de que hablar.

—Al principio supuse que tendríamos el mismo tipo de spren —dijo Jasnah, sentada en un taburete en el camarote de Shallan. El patrón permanecía en el suelo entre ambas. Shallan estaba tendida en el camastro, adecuadamente vestida con una túnica sobre la bata y un fino guante blanco cubriendo su mano izquierda—. Pero, naturalmente, eso sería demasiado sencillo. En Kharbranth empecé a sospechar que seríamos de órdenes distintas.

—¿Órdenes, brillante? —preguntó Shallan, usando tímidamente un lápiz para empujar el patrón por el suelo. La forma se apartó como un animal lastimado. A Shallan le fascinaba ver cómo se levantaba del suelo, aunque una parte de ella no quería tener nada que ver con esa cosa y sus extrañas geometrías que mareaban al mirarlas.

—Sí —dijo Jasnah. El spren de tinta que la acompañaba antes no había vuelto a aparecer—. Cada orden tenía acceso a dos de las potencias, que se solapan. A los poderes los llamamos potenciación. Moldear almas es uno de ellos, y es lo que compartimos, aunque nuestras órdenes son distintas.

Shallan asintió. Potenciación. Moldear almas. Eran los talentos de los Radiantes Perdidos, las habilidades (supuestamente solo leyendas) que habían sido su bendición o su maldición, dependiendo del estudio y del cronista. O eso había aprendido de los libros que Jasnah le había dado a leer durante su viaje.

—No soy una Radiante —dijo Shallan.

—Pues claro que no —respondió Jasnah—, ni yo tampoco. Las órdenes de caballeros eran una invención, igual que toda sociedad es una invención, que las personas empleaban para definir y explicar. No todo hombre que empuña una lanza es un soldado, ni toda mujer que hace pan es panadera. Sin embargo, las armas, o el pan, se convierten en la marca distintiva de ciertas profesiones.

—Entonces estás diciendo que este don que tenemos...

—Fue una vez la definición de lo que te iniciaba en los Caballeros Radiantes —dijo Jasnah.

—¡Pero somos mujeres!

—Sí —dijo Jasnah animadamente—. Los spren no sufren los prejuicios de la sociedad humana. Es refrescante, ¿no te parece?

Shallan dejó de hurgar el patrón.

—¿Había mujeres entre los Caballeros Radiantes?

—Un número estadísticamente adecuado. Pero no te veas ya empuñando una espada, niña. El arquetipo de los Radiantes en el campo de batalla es una exageración. Por lo que he leído (aunque los registros son, por desgracia, poco dignos de confianza), por cada Radiante guerrero, había otros tres que se dedicaban a la diplomacia, el estudio u otras formas de ayudar a la sociedad.

—Oh. —¿Por qué se sentía Shallan decepcionada por eso?

«Tonta». De pronto la asaltó un recuerdo. Una espada plateada. Un patrón de luz. Verdades a las que no podía enfrentarse. Hizo caso omiso de ellas, cerrando los ojos con fuerza.

Diez latidos.

—He estado investigando esos spren de los que me hablaste —dijo Jasnah—. Las criaturas con cabezas de símbolos.

Shallan inspiró profundamente y abrió los ojos.

—Este es uno de ellos —dijo, señalando con el lápiz el patrón, que se había acercado a su baúl y subía y bajaba por él, como un niño que salta en un sofá. No parecía amenazadora, sino inocente, incluso juguetona, y sin apenas inteligencia. ¿Había sentido miedo de esta cosa?

—Sí, sospecho que así es —contestó Jasnah—. La mayoría de los spren se manifiestan de forma distinta aquí de como lo hacen en Shadesmar. Lo que dibujaste antes era su forma allí.

—Este no es muy impresionante.

—Sí. Admito que me siento decepcionada. Creo que estamos pasando por alto algo importante, Shallan, y eso me incomoda. Los crípticos tienen muy mala reputación, y sin embargo este, el primer espécimen que veo, parece...

El spren subió por la pared, luego se deslizó hacia abajo, volvió a subir, bajó de nuevo.

—¿Imbécil? —preguntó Shallan.

—Quizá simplemente necesita más tiempo —dijo Jasnah—. Cuando conecté por primera vez con Marfil... —Se detuvo bruscamente.

—¿Qué? —preguntó Shallan.

—Lo siento. No le gusta que hable de él. Se pone nervioso. La ruptura del juramento de los caballeros fue muy dolorosa para los spren. Muchos murieron, estoy segura. Aunque Marfil no quiere hablar del tema, supongo que otros de su especie consideran que lo que ha hecho es traición.

—Pero...

—Basta. Lo siento.

—De acuerdo. ¿Has mencionado a los crípticos?

—Sí —dijo Jasnah, buscando en la manga que ocultaba su mano segura y sacando un trozo de papel en el que aparecía uno de los dibujos de los cabezas de símbolos de Shallan—. Así es como se llaman a sí mismos, aunque probablemente deberíamos llamarlos mentiraspren. Pero a ellos no les gusta el término. Sea como fuere, los crípticos gobiernan una de las mayores ciudades de Shadesmar. Considéralos como los ojos claros del Reino Cognitivo.

—Entonces esta cosa —dijo Shallan, indicando el patrón que giraba en círculos en el centro del camarote— es como... ¿un príncipe, en su lado?

—Algo así. Hay una especie de complicado conflicto entre ellos y los honorspren. La política spren es algo a lo que no he podido dedicar mucho tiempo. Este spren será tu acompañante... y te concederá la capacidad de moldear almas, entre otras cosas.

—¿Otras cosas?

—Habrá que ir descubriéndolas. Depende de la naturaleza del spren. ¿Qué ha revelado tu investigación?

Con Jasnah todo parecía un examen de erudición. Shallan contuvo un suspiro. Por eso había venido con ella, en vez de regresar a su hogar. Con todo, a veces deseaba que su maestra le ofreciera respuestas en vez de obligarla a esforzarse tanto para encontrarlas.

—Alai dice que los spren son fragmentos de los poderes de la creación. Muchos estudiosos que he leído están de acuerdo.

—Es una opinión. ¿Qué significa?

Shallan trató de no dejarse distraer por el spren el suelo.

—Hay diez potencias o fuerzas fundamentales por las que funciona el mundo. Gravitación, presión, transformación. Ese tipo de cosas. Me dijiste que los spren son fragmentos del Reino Cognitivo que de algún modo han obtenido conciencia de sí mismos debido a la atención humana. Bueno, es razonable que antes fueran otra cosa. Igual que... igual que un cuadro fue un lienzo antes de cobrar vida.

—¿Vida? —dijo Jasnah, alzando una ceja.

—Naturalmente —respondió Shallan. Los cuadros vivían. No como vivía una persona o un spren, pero... bueno, era obvio para ella, al menos—. Bien, antes de que cobraran vida, los spren eran algo. Poder. Energía. Zen-hija-Vath hizo bocetos de spren diminutos que encontraba a veces en torno a los objetos pesados. Gravitacionspren: fragmentos del poder o la fuerza que nos hace caer. Es razonable que todo spren, antes de serlo, fuera un poder. En realidad, los spren se pueden dividir en dos grupos generales: los que responden a las emociones y los que obedecen a fuerzas como el fuego o la presión del viento.

—Entonces, ¿crees en la teoría de Namar de la categorización de los spren?

—Sí.

—Bien —dijo Jasnah—. Yo también. Personalmente, sospecho que estas agrupaciones de spren (los de emoción frente a los de naturaleza) es de donde surgen las ideas de los «dioses» primigenios de la humanidad. Honor, que se convirtió en el Todopoderoso del vorinismo, fue creado por los hombres que querían una representación de las emociones humanas ideales cuando vieron los spren de emoción. Cultivación, la diosa adorada en el oeste, es una deidad que encarna a la naturaleza y los spren naturales. Los diversos vaciospren, con su dios invisible, cuyos nombres cambian dependiendo de qué cultura hablemos, evocan a un enemigo antagonista. El Padre Tormenta, naturalmente, es un extraño producto de esto, y su naturaleza teórica cambia en cada época del vorinismo...

Guardó silencio. Shallan se ruborizó, advirtiéndole que había desviado la mirada y había empezado a trazar en su manta una glifoguarda contra el mal de las palabras de Jasnah.

—Me he ido por las ramas —dijo Jasnah—. Pido disculpas.

—Estás muy segura de que no es real —contestó Shallan—. El Todopoderoso.

—No tengo más pruebas de su existencia que de las Pasiones de Thaylen, Nu Ralik de Lagopuro, o cualquier otra religión.

—¿Y los Heraldos? ¿Crees que no existieron?

—No lo sé. Hay muchas cosas en este mundo que no comprendo. Por ejemplo, hay indicios de que tanto el Padre Tormenta como el Todopoderoso son criaturas reales... simplemente spren poderosos, como la Vigilante Nocturna.

—Entonces el Todopoderoso sería real.

—Nunca he dicho que no lo fuera —replicó Jasnah—. Solo digo que no lo acepto como Dios, ni siento ninguna inclinación a adorarlo. Pero, de nuevo, me voy por las ramas. —Jasnah se puso en pie—. Quedas liberada de otros temas de estudio. Durante los próximos días, solo tienes que concentrarte en tu investigación. —Señaló el suelo.

—¿El patrón? —preguntó Shallan.

—Eres la única persona en siglos que ha tenido la oportunidad de interactuar con un críptico. Estúdialo y registra tus experiencias. En detalle. Probablemente será tu primer escrito significativo, y podría ser de gran importancia en nuestro futuro.

Shallan miró el patrón, que se había movido, había chocado contra su pie (la notaba muy débilmente), y seguía chocando una y otra vez.

—Perfecto —dijo Shallan.



La siguiente pista fue en las paredes. No hice caso omiso de esta señal, pero tampoco capté todas sus implicaciones.

Del diario de Navani Kholin, Jeseses 1174

—Corro por el agua —dijo Dalinar, volviendo en sí. Se movía, avanzando.

La visión tomó forma a su alrededor. El agua cálida le salpicaba las piernas. A cada lado, una docena de hombres con martillos y lanzas corría por las aguas poco profundas. Elevaban las piernas a cada paso, alzando los muslos en paralelo con la superficie, como si estuvieran en un desfile... solo que ningún desfile había sido jamás una loca desbandada como la que se estaba produciendo en ese momento. Obviamente, correr de esta manera les ayudaba a moverse a través del líquido. Intentó imitar el extraño paso.

—Creo que estoy en el Lagopuro —dijo, entre dientes—. Agua cálida que únicamente llega hasta las rodillas, ningún signo de tierra por ninguna parte. Pero anochece, así que no distingo gran cosa.

»Gente corriendo conmigo. No sé si corremos hacia algo o si huimos. Cuando miro por encima del hombro no veo nada. Salta a la vista que estos hombres son soldados, aunque los uniformes son

antiguos. Faldas de cuero, cascos y petos de bronce. Brazos y piernas desnudos. —Se miró—. Yo voy vestido igual.

Algunos altos señores de Alezkar y Jah Keved todavía empleaban uniformes como estos, así que no podía situar la época exacta. Los usos modernos eran todos recuperaciones calculadas por comandantes tradicionalistas que esperaban que un aspecto clásico inspirara a sus hombres. Sin embargo, en esos casos se usaba acero moderno junto a los uniformes antiguos, mientras que en la escena que veía no había nada de eso.

Dalinar no hizo preguntas. Había descubierto que si seguía la corriente a esas visiones aprendía más que si se detenía y exigía respuestas.

Correr por las aguas era arduo. Aunque había empezado casi a la cabeza del grupo, se estaba rezagando. Se dirigían hacia una especie de gran montículo de roca, ensombrecido por el atardecer. Tal vez esto no fuera el Lagopuro. No tenía formaciones rocosas como...

No se trataba de un montículo rocoso. Era una fortaleza. Dalinar se detuvo a mirar la puntiaguda estructura similar a un castillo que se alzaba sobre las tranquilas aguas del lago. Nunca había visto algo así. Piedra completamente negra. ¿Obsidiana, tal vez? Quizás este lugar había sido moldeado.

—Hay una fortaleza ahí delante —dijo, avanzando de nuevo—. Puede que no exista ya... de lo contrario, sería famosa. Parece toda ella de obsidiana. Lados como aletas se alzan hacia los picos superiores, con torres como puntas de flecha... Padre Tormenta, es majestuosa.

»Nos aproximamos a otro grupo de soldados que esperan en el agua, empuñando lanzas para protegerse de cualquier ataque. Son tal vez una docena: yo estoy en una compañía que son otra docena. Y... sí, hay alguien en medio. Un portador de esquirlada. La armadura resplandece.

No era solo un portador. Era un Radiante. Un caballero con una esplendorosa armadura esquirlada que brillaba con un rojo profundo en las juntas y en ciertas marcas. Las armaduras tenían ese comportamiento en la época de las sombras. Por lo tanto, la visión tenía lugar antes de la Traición.

Como todas las armaduras esquirladas, esta era única. Con aquella falda de cota de malla, las juntas lisas, los avambrazos que

se extendían hacia atrás para... Tormentas, parecía la armadura de Adolin, aunque con la cintura más estrecha. ¿Una mujer? Dalinar no podía decirlo con seguridad, ya que tenía bajada la visera.

—¡Formad! —ordenó el caballero cuando el grupo de Dalinar llegó, y este asintió para sí. En efecto, una mujer.

Dalinar y los demás soldados formaron en círculo en torno a la dama guerrera, con las armas hacia fuera. No muy lejos, otro grupo de soldados con un caballero en el centro empezó a marchar por el agua.

—¿Por qué nos llamaste? —preguntó uno de los acompañantes de Dalinar.

—Caeb cree haber visto algo —dijo la dama guerrera—. Permaneced alerta. Actuemos con cuidado.

El grupo empezó a alejarse de la fortaleza, siguiendo una dirección distinta a aquella por la que habían llegado. Dalinar agarró con fuerza su lanza, con las sienes perladas de sudor. A sus ojos, no parecía distinto a su yo normal. Los otros, sin embargo, lo verían como uno de los suyos.

Seguía sin saber gran cosa de estas visiones. El Todopoderoso se las enviaba de algún modo. Pero el Todopoderoso estaba muerto, según su propia confesión. Entonces, ¿cómo funcionaba?

—Estamos buscando algo —dijo Dalinar en un susurro—. Equipos de caballeros y soldados han sido enviados a la noche para encontrar algo que han visto.

—¿Te encuentras bien, novato? —le preguntó uno de los soldados a su lado.

—Bien —respondió Dalinar—. Solo estoy preocupado. Quiero decir: ni siquiera sé qué estamos buscando.

—Un spren que no actúa como debiera —dijo el hombre—. Mantén los ojos abiertos. Cuando Sja-nat toca un spren, se comporta de manera extraña. Presta atención a todo lo que veas.

Dalinar asintió y luego repitió entre dientes las palabras, esperando que Navani pudiera oírlo. Los soldados y él continuaron su búsqueda, mientras la dama guerrera del centro hablaba con... ¿nadie? Parecía estar manteniendo una conversación, pero Dalinar no veía ni oía a nadie más que ella.

Dedicó su atención a lo que le rodeaba. Siempre había querido ver el centro del Lagopuro, pero nunca había tenido la oportunidad,

aparte de visitar la frontera. Durante su última visita a Azir no había encontrado el tiempo necesario para desviarse en esa dirección. Los azishianos siempre se mostraban sorprendidos cuando comentaba que quería ir a ese lugar, ya que decían que allí no había nada.

Dalinar llevaba una especie de zapatos apretados, quizá para impedir cortarse con algo que quedara oculto por el agua. El terreno era irregular en algunos sitios, con agujeros y montículos que notaba más que veía. Advirtió que había pececillos que nadaban de un lado a otro, sombras en el agua, y junto a ellos una cara.

Una cara.

Dalinar gritó, dando un salto atrás, apuntando con la lanza hacia abajo.

—¡Eso era una cara! ¡En el agua!

—¿Ríospren? —preguntó la dama guerrera, acercándose a él.

—Parecía una sombra —dijo Dalinar—. Ojos rojos.

—Está aquí, entonces —dijo la dama—. Espía de Sja-anat. Caeb, corre al puesto de control. Los demás, seguid vigilando. No podrá ir muy lejos sin un transporte. —Tiró de algo de su cinturón, una bolsita.

—¡Allí! —dijo Dalinar, divisando un puntito rojo en el agua. El ser se alejaba, nadando como un pez. Lo persiguió, corriendo como había aprendido a hacer antes. Pero ¿de qué servía perseguir a un spren? Era imposible atraparlos, al menos con ningún método que él conociera.

Los otros corrieron detrás. El pez huyó, asustado por el chapoteo de Dalinar.

—Estoy persiguiendo a un spren —dijo Dalinar entre dientes—. Es lo que hemos estado cazando. Se parece un poco a una cara... una cara oscura, con ojos rojos. Nada en el agua como un pez. ¡Espera! Hay otro. Se une a él. Es más grande, como una figura plena, de unos seis palmos. Una persona nadando, pero como una sombra. Es...

—¡Tormentas! —exclamó de pronto la dama guerrera—. ¡Ha traído escolta!

El spren más grande se retorció antes de zambullirse en el agua, para desaparecer en el fondo rocoso. Dalinar se detuvo, sin saber si

seguir persiguiendo al más pequeño o quedarse allí.

Los demás dieron media vuelta y empezaron a correr en dirección contraria.

«Uh-oh...».

Dalinar retrocedió cuando el fondo rocoso del lago empezó a temblar. Tropezó y cayó al agua, tan clara que alcanzó a ver el suelo resquebrajándose bajo él, como si algo grande golpeará desde abajo.

—¡Vamos! —gritó uno de los soldados, agarrándolo por el brazo. Dalinar se puso en pie como pudo mientras las grietas del suelo crecían. La superficie del lago, antes tranquila, borboteó y se removió.

El suelo saltó, casi derribando de nuevo a Dalinar. Ante él, varios soldados cayeron.

La dama guerrera permaneció firme, mientras una enorme hoja esquilada se formaba en sus manos.

Dalinar miró por encima del hombro a tiempo de ver la roca emerger del agua. ¡Un brazo largo! Fino, de unos quince palmos de largo, brotó del agua y luego cayó como para aferrarse con fuerza al lecho del lago. Otro brazo se alzó cerca, con el codo hacia el cielo, y luego los dos se arquearon como si estuvieran unidos a un cuerpo que hiciera flexiones.

Un cuerpo gigantesco se alzó del suelo rocoso. Era como si hubieran enterrado a alguien en la arena y en ese momento estuviera emergiendo. El agua caía de los lados de la espalda irregular y picada de la criatura, que estaba cubierta de trozos de cortezapizarra y hongos submarinos. El spren, de algún modo, había animado la piedra.

Mientras la criatura se alzaba y se sacudía, Dalinar distinguió unos brillantes ojos rojos, como roca derretida, que despuntaban en un maligno rostro de piedra. El cuerpo era esquelético, con finos miembros huesudos y dedos afilados que terminaban en garras rocosas. El pecho era una caja torácica de piedra.

—¡Tronador! —gritaron los soldados—. ¡Martillos! ¡Preparad los martillos!

La mujer caballero permaneció de pie ante la criatura, que tenía unos diez metros de altura y chorreaba agua. Una calmada luz blanca empezó a brotar de ella. A Dalinar le recordó la luz de las

esferas. Luz tormentosa. La mujer alzó su hoja esquirrada y atacó, moviéndose por el agua con increíble facilidad, como si no la entorpeciera en absoluto. Tal vez era la fuerza de la armadura esquirrada.

—Fueron creados para observar —dijo una voz junto a Dalinar.

Este miró al soldado que le había ayudado a levantarse antes, un selayo de rostro alargado, cabeza calva y nariz ancha. Extendió la mano para ayudar al hombre a levantarse.

El hombre no había hablado así antes, pero Dalinar reconoció la voz. Era la misma que oía al final de la mayoría de las visiones. El Todopoderoso.

—Los Caballeros Radiantes —dijo el Todopoderoso, de pie junto a Dalinar, observando a la mujer mientras esta atacaba a la criatura de pesadilla—. Fueron una solución, un modo de compensar la destrucción de las Desolaciones. Diez órdenes de caballeros, fundadas con el propósito de ayudar a los hombres a luchar, y luego reconstruir.

Dalinar repitió palabra por palabra, concentrado en captar todas y cada una de ellas sin pensar lo que significaban.

El Todopoderoso se volvió hacia él.

—Me sorprendí cuando llegaron estas órdenes. Yo no enseñé esto a mis Heraldos. Fueron los spren, en un intento de imitar lo que yo había dado a los hombres, quienes lo hicieron posible. Tendrás que reinstaurarlos. Esta es tu tarea. Unirlos. Crear una fortaleza que pueda capear la tormenta. Irrita a Odium, convéncelo de que puede perder, y nombra un campeón. Él aprovechará esa oportunidad en vez de arriesgarse a una nueva derrota, como ha sufrido tantas veces. Es el mejor consejo que puedo darte.

Dalinar repitió las palabras. Más allá, la lucha comenzó de verdad, entre agua y fragmentos de roca pulverizada. Los soldados se acercaron empuñando martillos, e inesperadamente estos hombres también brillaron de luz tormentosa, aunque mucho más débilmente.

—Te sorprendió la llegada de los Caballeros —le dijo Dalinar al Todopoderoso—. Y esta fuerza, este enemigo, consiguió matarte. Nunca fuiste Dios. Dios lo sabe todo. No se le puede matar. ¿Quién eras, entonces?

El Todopoderoso no contestó. No podía. Dalinar se había dado

cuenta de que las visiones eran una especie de experiencia predeterminada, como una obra de teatro. La gente que había en ellas podía reaccionar ante él, como actores que pudieran improvisar hasta cierto punto. Pero el Todopoderoso no lo hacía nunca.

—Haré lo que pueda —dijo Dalinar—. Los reinstauraré. Me prepararé. Me has dicho muchas cosas, pero hay algo que he descubierto yo solo. Si era posible acabar contigo, entonces al que es como tú, a tu enemigo, se le podrá matar también, probablemente.

La oscuridad se cerró sobre Dalinar. Los gritos y salpicaduras se fueron apagando. ¿Había ocurrido esta visión durante una Desolación, o entre dos de ellas? Nunca le decían lo suficiente. Mientras la oscuridad se evaporaba, se encontró tendido en una pequeña sala de piedra en su campamento.

Navani estaba arrodillada a su lado, apoyándose en la carpeta mientras movía la pluma al escribir. Tormentas, sí que era hermosa. Era madura, con los labios pintados de rojo y el cabello rodeándole la cabeza en una compleja trenza que chispeaba con rubíes. Llevaba un vestido rojo sangre. Ella lo miró, advirtió que parpadeaba de regreso a la conciencia, y sonrió.

—Era... —empezó a decir él.

—Calla —respondió ella, sin dejar de escribir—. Esa última parte parecía importante. —Escribió durante un momento y finalmente retiró la pluma de la libreta que sostenía a través de la tela de su manga—. Creo que lo tengo todo. Es difícil cuando cambias de idioma.

—¿Cambié de idioma?

—Al final. Antes, hablabas en selay. Una forma antigua, desde luego, pero tenemos archivos de eso. Espero que mis traductoras puedan encontrar sentido a mi transcripción: tengo algo oxidado mi dominio del idioma. Deberías hablar más despacio cuando hagas esto, querido.

—No creo que sea fácil eso que me pides —dijo Dalinar, poniéndose en pie. Comparado con lo que había sentido en la visión, el aire era frío. La lluvia golpeaba los postigos cerrados de la habitación, aunque sabía por experiencia que el final de sus visiones significaba que la tormenta ya casi había pasado.

Sintiéndose exhausto, se dispuso a sentarse en un sillón junto a la pared. Solo Navani y él estaban en la habitación: lo prefería así. Renarin y Adolin capeaban la tormenta cerca, en otra habitación del cuartel general de Dalinar y bajo la atenta vigilancia del capitán Kaladin y sus hombres del puente convertidos en guardaespaldas.

Tal vez debería invitar a más eruditas a observar sus visiones; ellas podrían anotar sus palabras, y luego debatir entre ellas para producir la versión más precisa. Pero, tormentas, ya le resultaba bastante vergonzoso que una sola persona lo observara en ese estado, mientras deliraba y pataleaba. Creía en las visiones, incluso confiaba en ellas, pero eso no significaba que no fuera embarazoso.

Navani se sentó a su lado y lo rodeó con sus brazos.

—¿Fue mala?

—¿Esta visión? No. Mala, no. Correr un poco y después luchar. No participé. La visión terminó mucho antes de que tuviera que ayudar.

—Entonces, ¿a qué viene esa cara?

—Tengo que reinstaurar los Caballeros Radiantes.

—Reinstaurar... Pero ¿cómo? ¿Qué significa eso?

—No lo sé. No sé nada. Solo tengo atisbos y oscuras amenazas. Se avecina algo peligroso, eso es seguro. Tengo que detenerlo.

Ella apoyó la cabeza en su hombro. Dalinar contempló la chimenea, que crujía suavemente, confirmando a la pequeña habitación un brillo cálido. Era una de las pocas chimeneas que no se habían convertido a los nuevos artilugios calefactores fabriles.

Prefería el fuego de verdad, aunque no podía decírselo a Navani. Ella se esforzaba por procurar nuevos fabriles a todos.

—¿Por qué tú? —preguntó Navani—. ¿Por qué tienes que hacer esto?

—¿Por qué un hombre nace rey y otro mendigo? Así es el mundo.

—¿Te resulta fácil?

—Ni mucho menos —dijo Dalinar—, pero no tiene sentido exigir respuestas.

—Sobre todo si el Todopoderoso está muerto...

Tal vez no tendría que haber compartido ese hecho con ella. Expresar en voz alta esa idea podía convertirlo en hereje, hacerle perder sus propios fervorosos, darle a Sadeas un arma contra el

trono.

Si el Todopoderoso estaba muerto, ¿qué adoraba Dalinar? ¿En qué creía?

—Deberíamos registrar tus recuerdos de esta visión —dijo Navani con un suspiro, apartándose de él—. Mientras están frescos.

Dalinar asintió. Era importante tener una descripción que encajara con las transcripciones. Empezó a contar lo que había visto, hablando a un ritmo que ella pudiera seguir mientras lo anotaba todo. Describió el lago, las ropas de los hombres, la extraña fortaleza en la distancia. Ella comentó que la gente que vivía allí contaba historias de grandes estructuras en el Lagopuro. Los eruditos las consideraban mitología.

Dalinar se levantó y se puso a caminar mientras pasaba a describir aquella criatura impía que había surgido del lago.

—Dejó detrás un agujero en el lecho del lago —explicó—. Imagina que esbozas el contorno de un cuerpo en el suelo y luego ves que ese cuerpo se levanta.

»Imagina la ventaja táctica que tendría una criatura semejante. Los spren se mueven con rapidez y facilidad. Uno podría deslizarse detrás de las líneas del frente, y luego levantarse y empezar a atacar al personal de apoyo. El cuerpo de piedra de la bestia debe de haber sido difícil de romper. Tormentas... Hojas esquirladas. Me pregunto si las espadas fueron diseñadas para combatir a esos seres.

Navani sonrió mientras escribía.

—¿Qué? —preguntó Dalinar, deteniéndose.

—Eres todo un soldado.

—Sí. ¿Y qué?

—Que resulta enternecedor —dijo ella, terminando de escribir—. ¿Qué ocurrió a continuación?

—El Todopoderoso me habló.

Le relató el monólogo lo mejor que pudo recordar mientras caminaba lenta, pausadamente. «Tengo que dormir más», pensó. No era el joven de hacía veinte años, capaz de permanecer despierto toda la noche con Gavilar, escuchándolo con una copa de vino mientras su hermano hacía planes y luego cargaba en la batalla al día siguiente lleno de vigor y ansia de lucha.

Cuando terminó su narración, Navani se puso en pie y retiró sus utensilios de escritura. Tomaría lo que le había contado y haría que

sus eruditas (bueno, las eruditas de él, de las que se había apropiado) cotejaran sus palabras alezi con las transcripciones que había registrado. Aunque, naturalmente, ella eliminaría primero las líneas donde mencionaba temas delicados, como la muerte del Todopoderoso.

Navani buscaría también referencias históricas que encajaran con sus descripciones. Le gustaban las cosas claras y cuantificadas. Había preparado una línea temporal de todas sus visiones, tratando de convertirlas en una trama narrativa única.

—¿Vas a hacer público el bando esta semana? —preguntó ella.

Dalinar asintió. Se lo había comunicado a los altos príncipes hacía una semana, en privado. Pretendía hacerlo público en los campamentos el mismo día, pero Navani lo había convencido de que esto era más aconsejable. Aunque la noticia se estaba filtrando, al menos eso permitiría prepararse a los altos príncipes.

—El bando se divulgará dentro de unos días —dijo—. Antes de que los altos príncipes puedan presionar más a Elhokar para que lo retire.

Navani frunció los labios.

—Hay que hacerlo —dijo Dalinar.

—Se supone que tienes que unirlos.

—Los altos príncipes son niños malcriados —repuso Dalinar—. Para hacer que cambien de actitud harán falta medidas extremas.

—Si rompes el reino, nunca lo unificaremos.

—Entonces procuraremos que no se rompa.

Navani lo miró de arriba abajo, luego sonrió.

—He de admitir que prefiero esta versión más segura de ti. Si pudiera tomar prestada un poco de esa confianza en lo referido a nosotros...

—Me siento bastante confiado respecto a nosotros —dijo él, atrayéndola.

—¿Ah, sí? Porque tanto viajar entre el palacio del rey y tu complejo me hace perder un montón de tiempo cada día. Si pudiera trasladar mis cosas aquí... digamos, a tu complejo, todo sería mucho más fácil, seguro.

—No.

—Estás convencido de que no nos dejarán casarnos, Dalinar. ¿Qué más podemos hacer? ¿Es por una cuestión de moral? Tú

mismo has dicho que el Todopoderoso estaba muerto.

—Las cosas están bien o están mal —dijo Dalinar, testarudo—. El Todopoderoso no interviene en eso.

—Dios no se pronuncia sobre si sus órdenes están bien o mal —repuso ella llanamente.

—Ejem. Sí lo hace.

—Cuidado. Empiezas a hablar como Jasnah. De todas formas, si Dios está muerto...

—Dios no está muerto. Si el Todopoderoso murió, entonces es que nunca fue Dios, y punto.

Ella suspiró, todavía cerca de él. Se puso de puntillas y lo besó, y no con recato. Navani consideraba que el recato era para los tímidos y los frívolos. Fue un beso apasionado, apretada contra su boca, empujando la cabeza de él hacia atrás, anhelando más. Cuando ella se retiró, Dalinar se quedó sin respiración.

Ella le sonrió, dio media vuelta y recogió sus cosas (él no había advertido que las soltaba durante el beso), para encaminarse luego hacia la puerta.

—Te advierto que no soy una mujer paciente. Soy tan malcriada como esos altos príncipes, acostumbrada a conseguir lo que quiero.

Él bufó. Ninguna de las dos cosas era cierta. Ella podía ser paciente, pero solo cuando le convenía. Lo que quería decir era que en este momento no le convenía.

Abrió la puerta y el capitán Kaladin en persona se asomó a inspeccionar la habitación. El hombre del puente, desde luego, era serio en su trabajo.

—Acompáñala a casa, soldado —le dijo Dalinar.

Kaladin saludó. Navani pasó de largo y se marchó sin decir adiós, cerrando la puerta y dejando a Dalinar de nuevo a solas. Este dejó escapar un profundo suspiro, se acercó al sillón y se sentó a pensar junto a la chimenea.

Cuando poco después despertó sobresaltado, el fuego se había apagado. Tormentas. ¿Se quedaba dormido en pleno día? Si no pasara tanto tiempo de noche agitado y dando vueltas en la cama, con la cabeza llena de preocupaciones y cargas que nunca tendrían que haber sido suyas... ¿Qué había sido de los días sencillos? Recordaba cuando solo tenía que llevar la mano a la espada, con la seguridad de que Gavilar se encargaría de lo difícil.

Se despezó, incorporándose. Tenía que revisar los preparativos para el bando del rey, y luego ver a los nuevos guardias...

Se detuvo. La pared de su habitación tenía una serie de nítidos arañazos blancos que formaban glifos. No estaban allí antes.

«Sesenta y dos días —decían los glifos—. La muerte sigue».

Poco después, Dalinar permanecía en pie, erguido, con las manos unidas a la espalda mientras escuchaba a Navani consultar con Rushu, una de las eruditas de Kholin. Adolin esperaba cerca, inspeccionando una piedra blanca que habían encontrado en el suelo. Aparentemente la habían arrancado del friso ornamental que enmarcaba la ventana de la habitación y luego la habían usado para escribir los glifos.

«La espalda recta, la cabeza alta —se dijo Dalinar—, aunque en realidad estés deseando desplomarte en ese sillón». Un líder no se desplomaba. Un líder conservaba la calma. Incluso cuando menos calmado se sentía.

Sobre todo entonces.

—Ah —dijo Rushu, una joven fervorosa de largas pestañas y labios gordezuelos—. ¡Mira qué líneas tan torpes! Qué simetría tan impropia. Quien hizo esto no está habituado a dibujar glifos. Casi han escrito «muerte» mal... casi parece que pone «roto». Y el significado es vago. ¿La muerte sigue? ¿O es «sigue a la muerte»? ¿O sesenta y dos días de muerte y seguimiento? Los glifos son imprecisos.

—Tú haz la copia, Rushu —dijo Navani—. Y no hables de esto con nadie.

—¿Ni siquiera contigo? —preguntó ella con voz distraída mientras escribía.

Navani suspiró. Se acercó a Dalinar y Adolin.

—Es competente en su trabajo —dijo en voz baja—, pero a veces se distrae un poco. De cualquier forma, sabe de escritura más que nadie. Es uno de sus muchos temas de interés.

Dalinar asintió, sofocando sus temores.

—¿Por qué harían esto? —preguntó Adolin, soltando la roca—. ¿Es algún tipo de oscura amenaza?

—No —respondió Dalinar.

Navani lo miró a los ojos.

—Rushu —dijo—. Déjanos un momento.

La mujer no respondió al principio, pero se marchó cuando volvieron a insistirle. Al otro lado de la puerta aguardaban los miembros del Puente Cuatro en el exterior, guiados por el capitán Kaladin, que tenía el rostro ensombrecido: había escoltado a Navani y a su regreso se había encontrado con esto. Luego, inmediatamente, envió a sus hombres para que comprobaran que Navani se encontraba bien y la llevaran de vuelta.

Obviamente consideraba que lo ocurrido era culpa suya, y pensaba que alguien se había colado en la habitación de Dalinar mientras este dormía. Dalinar le indicó que pasara.

Kaladin se apresuró a obedecer y por fortuna no vio que Adolin tensaba la mandíbula al verlo. Dalinar estaba luchando contra el portador de esquirlaba parshendi cuando Kaladin y Adolin se enfrentaron en el campo de batalla, pero había oído comentarios sobre su encontronazo. A su hijo, desde luego, no le gustó saber que ese hombre de ojos oscuros perteneciente al puente estaba al mando de la Guardia de Cobalto.

—Señor —dijo el capitán Kaladin—. Me siento avergonzado. Una semana en el puesto y le he fallado.

—Cumpliste las órdenes, capitán —respondió Dalinar.

—Mis órdenes eran mantenerle a salvo, señor —dijo Kaladin, sin poder disimular la furia que lo embargaba—. Tendría que haber apostado guardias en las puertas interiores de sus aposentos, no solo fuera del complejo de habitaciones.

—Seremos más cautelosos en el futuro, capitán —replicó Dalinar—. Tu predecesor siempre apostaba los guardias como tú has hecho, y nunca hubo problemas.

—Eran otros tiempos, señor —respondió Kaladin, escrutando la habitación y entornando los ojos. Se concentró en la ventana, demasiado pequeña para que pudiera entrar nadie—. Sigo preguntándome cómo han entrado. Los guardias no oyeron nada.

Dalinar inspeccionó al joven soldado cubierto de cicatrices y de expresión sombría. «¿Por qué confío tanto en este hombre?», pensó. No podía explicarlo, pero a lo largo de los años había aprendido a fiarse de su intuición como soldado y como general. Algo en su interior le instaba a confiar en Kaladin, y aceptaba ese

presentimiento.

—Eso carece de importancia —dijo Dalinar. Kaladin lo miró fijamente—. No te preocupes demasiado por cómo entraron para escribir en mi pared. Solo refuerza la vigilancia a partir de ahora. Puedes retirarte. —Le hizo un gesto de asentimiento a Kaladin, que se retiró de mala gana y cerró la puerta.

Adolin se acercó. El joven de hirsutos cabellos era tan alto como Dalinar. A veces era difícil recordarlo. Parecía que no había pasado mucho tiempo desde que Adolin era un niño ansioso con una espada de madera.

—Dijiste que despertaste con esto aquí —dijo Navani—. Dijiste que no viste entrar a nadie ni oíste a nadie hacer el dibujo.

Dalinar asintió.

—Entonces, ¿por qué de pronto tengo la impresión de que sabes por qué está aquí?

—No sé con seguridad quién lo hizo, pero sí lo que significa.

—¿Y qué es? —preguntó Navani.

—Significa que nos queda poco tiempo. Promulga el bando, luego acude a los altos príncipes y concierta una reunión. Querrán hablar conmigo.

«La tormenta eterna viene...»..

Sesenta y dos días. No era suficiente tiempo.

Sin embargo, al parecer no disponía de más.



Libertad

Puente 4

Kholin

Tanat



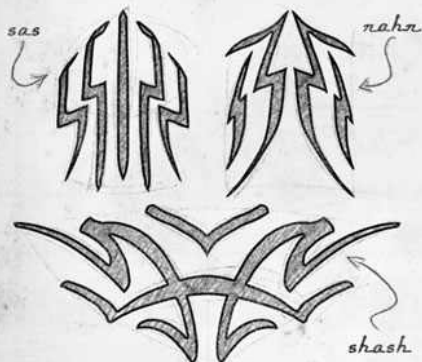
Tuve que observar durante horas a los hombres de los puentes para dibujar los estúpidos glifos de sus frentes, amiga mía. Estoy seguro de que este era su diseño.

— Nazh



Tradicional
Año 1173

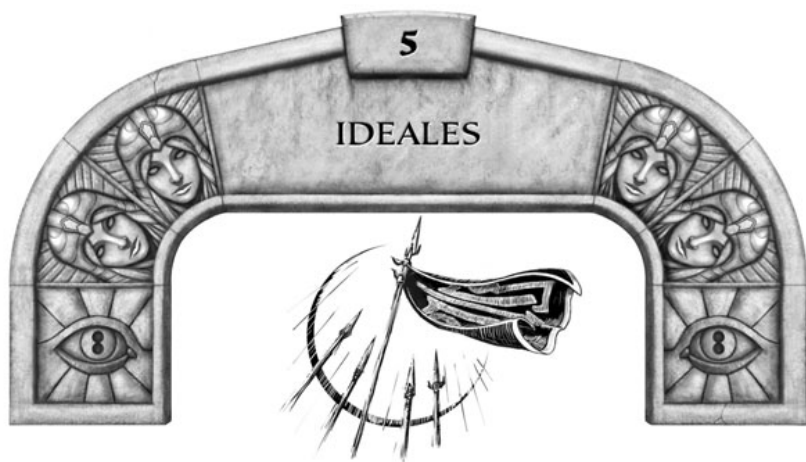
Estilizado
Año 1173



Marcas de la frente
de Kaladin



Insignia del uniforme
del Puente 4



La señal de la pared supuso un peligro aún mayor que el plazo que indicaba. Prever el futuro es cosa de los Portadores del Vacío.

Del diario de Navani Kholin, Jeseses 1174

En la victoria y, en última instancia, la venganza.

La pregonera llevaba un escrito con las palabras del rey, encuadradas entre dos tablas recubiertas de tela, aunque obviamente había memorizado las palabras. No era de extrañar. Kaladin ya le había hecho repetir el bando tres veces.

—Otra vez —dijo, sentado en su piedra junto a la hoguera del Puente Cuatro. Muchos miembros de la cuadrilla habían dejado sus cuencos con el desayuno y guardaban silencio. Cerca, Sigzil repetía las palabras para sí, memorizándolas.

La pregonera suspiró. Era una joven ojos claros, regordeta, con mechones de pelo rojo mezclados con negro, lo que revelaba una herencia veden o comecuernos. Habría docenas de mujeres como ella recorriendo el campamento para leer, y a veces explicar, las palabras de Dalinar.

Abrió de nuevo el libro. «En cualquier otro batallón —pensó Kaladin—, el líder sería de clase social lo suficientemente alta para ser superior a ella».

—Bajo la autoridad del rey —dijo ella—. Dalinar Kholin, alto príncipe de la guerra, ordena por la presente cambiar el modo de recolección y distribución de las gemas corazón de las Llanuras Quebradas. A partir de este momento, cada una de las gemas será recolectada por dos altos príncipes que trabajarán en equipo. El botín se convertirá en propiedad del rey, quien determinará su reparto basándose en la efectividad de las partes implicadas y su disposición a obedecer.

»Se prescribirá una rotación para determinar qué altos príncipes y ejércitos serán responsables de conseguir las gemas corazón, y en qué orden. Las parejas no serán siempre las mismas, y se establecerán según su compatibilidad estratégica. Se espera que, por los Códigos que todos compartimos, los hombres y mujeres de estos ejércitos aprueben este renovado enfoque en la victoria y, en última instancia, la venganza.

La pregonera cerró el libro, miró a Kaladin y enarcó una larga ceja negra que sin duda estaba pintada con maquillaje.

—Gracias —dijo. Se despidió con un gesto con la cabeza y se encaminó al siguiente batallón.

Kaladin se puso en pie.

—Bueno, esa es la tormenta que hemos estado esperando.

Los hombres asintieron. Después de la extraña irrupción en los aposentos de Dalinar del día anterior, las conversaciones en el Puente Cuatro habían sido contenidas. Kaladin se sentía como un necio. Dalinar, sin embargo, no parecía dar la menor importancia a lo sucedido. Sabía mucho más de lo que decía. «¿Cómo voy a poder hacer mi trabajo si no tengo la información que necesito?», pensó Kaladin.

No llevaba ni dos semanas en el puesto, y ya los politiqueos y maquinaciones de los ojos claros le ponían la zancadilla.

—Los altos príncipes no aceptarán este bando de buen grado —dijo Leyten desde su lugar junto a la hoguera, donde trabajaba con las correas del peto de Beld, que había llegado del intendente con las hebillas torcidas—. Todo lo basan en conseguir esas gemas corazón. Vamos a tener descontentos para dar y tomar.

—¡Ja! —dijo Roca, sirviendo el curry a Lopen, que se había acercado a por un segundo plato—. ¿Descontentos? Di más bien que habrá revueltas. ¿No has oído esa mención a los Códigos? Esto es un

insulto contra los otros, contra los que sabemos que no cumplen sus juramentos. —Sonreía, como si le resultara divertida la ira, o incluso la rebelión, de los altos príncipes.

—Moash, Drehy, Mart y Eth, venid conmigo —dijo Kaladin—. Tenemos que relevar a Cikatriz y su equipo. Teft, ¿cómo va tu misión?

—Lenta —respondió Teft—. Esos chicos de los otros puentes... están muy verdes. Necesitamos algo más, Kal. Algo para inspirarlos.

—A ver qué se me ocurre —dijo Kaladin—. De momento, lo intentaremos con las raciones. Roca, por ahora solo hay cinco oficiales, así que puedes coger esa última habitación exterior como almacén. Kholin nos dio derecho para requisar material a los intendentes. Llénala.

—¿Llenarla? —preguntó Roca, con una enorme sonrisa en la cara—. ¿Cómo de llena?

—Mucho —dijo Kaladin—. Nos hemos estado alimentando de sopa y gachas con cereal moldeado durante meses. Durante el próximo mes, los del Puente Cuatro comeremos como reyes.

—Pero nada de caparazones —advirtió Mart, señalando a Roca mientras recogía su lanza y se abrochaba el uniforme—. Que puedas cocinar cualquier cosa no significa que vayamos a comer una estupidez.

—Llaneros pirados —masculló Roca—. ¿No quieres ser fuerte?

—Quiero conservar mis dientes, gracias —replicó Mart—. Loco comeuernos.

—Prepararé dos cazuelas —dijo Roca con la mano en el pecho, como si hiciera un saludo—. Una para los valientes y otra para los tontos. Que cada uno escoja.

—Lo que tienes que preparar son auténticos festines, Roca —intervino Kaladin—. Necesito que instruyas a los cocineros de otros barracones. Aunque Dalinar tenga ahora menos soldados que alimentar y haya cocineros de sobra, quiero que los hombres de los puentes sean autosuficientes. Lopen, voy a asignarte a Dabbid y Shen para que te ayuden a colaborar con Roca a partir de ahora. Tenemos que convertir a esos mil hombres en soldados. Empezaremos igual que con vosotros: llenándoles el estómago.

—Así se hará —dijo Roca, riendo. Le dio una palmada en el hombro a Shen cuando el parshmenio se acercó a por un segundo

plato. Había empezado a mostrarse más abierto, y parecía que ya no se escondía al fondo tanto como antes—. ¡Ni siquiera le echaré mierda!

Los demás se echaron a reír. Echar mierda en la comida era el motivo de que Roca hubiera acabado en los puentes. Cuando Kaladin se encaminó hacia el palacio del rey (Dalinar tenía una reunión importante con el rey hoy), Sigzil lo alcanzó.

—Un momento de tu tiempo, señor —dijo Sigzil en voz baja.

—Como quieras.

—Me prometiste que podría tener la oportunidad de medir tus... habilidades particulares.

—¿Eso prometí? —preguntó Kaladin—. No recuerdo ninguna promesa.

—Gruñiste.

—Yo... ¿gruñí?

—Cuando hablé de hacer algunas mediciones. Por lo visto pensaste que era buena idea, y le dijiste a Cikatriz que podríamos ayudarte a descubrir tus poderes.

—Supongo que tienes razón.

—Necesitamos saber con exactitud qué puedes hacer, señor: el alcance de tus habilidades, el tiempo que la luz tormentosa permanece en ti. ¿Estás de acuerdo en que tener una comprensión clara de tus límites sería valioso?

—Sí —admitió Kaladin, aunque de mala gana.

—Excelente. Entonces...

—Dame un par de días. Prepara un lugar donde no nos vean. Luego..., sí, de acuerdo. Dejaré que me investigues.

—Excelente —respondió Sigzil—. He estado diseñando algunos experimentos. —Se detuvo en el camino, permitiendo que Kaladin y los demás se alejaran.

Kaladin apoyó su lanza en el hombro y relajó la mano. Con frecuencia descubría que aferraba el arma con demasiada fuerza y los nudillos se le ponían blancos. Era como si una parte de él no creyera todavía que ya podía llevarla en público, y temiese que volvieran a quitársela.

Syl bajó planeando de su incursión diaria por el campamento, impulsada por los vientos de la mañana. Se posó en su hombro y permaneció allí sentada, como perdida en sus pensamientos.

El campamento de Dalinar era un lugar organizado. Los soldados nunca estaban mano sobre mano. Siempre hacían algo. Trabajaban en sus armas, recogían comida, transportaban cosas, patrullaban. Se realizaban gran cantidad de patrullas. Incluso con el reducido número de soldados, Kaladin encontró tres patrullas mientras sus hombres se dirigían hacia las puertas. Eso era el triple de lo que se hacía en el campamento de Sadeas.

Recordó de nuevo el vacío. Los muertos no necesitaban transmutarse en Portadores del Vacío para convertir el campamento en un lugar fantasmal: lo hacían los barracones despoblados. Pasó ante una mujer que estaba sentada en el suelo junto a uno de los barracones, contemplando el cielo y agarrando en el puño un hato de ropa de hombre. A su lado había dos niños pequeños. Demasiado silenciosos. Unos niños tan pequeños no deberían estar callados.

Los barracones formaban bloques trazando un anillo enorme, y en el centro había la parte más poblada del campamento: la bulliciosa sección que contenía la zona de viviendas de Dalinar, junto con los aposentos de los diversos altos señores y generales. El complejo de Dalinar era un búnker de piedra en forma de montaña con estandartes al viento y empleados que corrían de acá para allá llevando montones de libros. No muy lejos, varios oficiales habían emplazado tiendas de reclutamiento, y una larga fila de futuros soldados se había formado ante ellas. Algunos eran mercenarios que habían llegado a las Llanuras Quebradas en busca de trabajo. Otros eran panaderos o similares, y se habían enterado de la necesidad de más soldados después del desastre.

—¿Por qué no te reíste? —dijo Syl, inspeccionando la fila mientras Kaladin la rodeaba, dirigiéndose a las puertas del campamento.

—Lo siento —respondió él—. ¿Has dicho algo gracioso?

—Me refiero a antes. Roca y los demás se rieron. Tú no. Cuando te reías en los malos tiempos, yo sabía que era una pose. Pensé que tal vez cuando las cosas mejoraran...

—Ahora soy responsable de un batallón entero de hombres de los puentes —dijo Kaladin, mirando al frente—. Y tengo que mantener con vida a un alto príncipe. Estoy en medio de un campamento lleno de viudas. Supongo que no me apetece mucho reír.

—De todas formas, para ti y tus hombres las cosas han mejorado —insistió ella—. Piensa en lo que has hecho, lo que has conseguido.

Un día en una meseta, masacrando. Una mezcla perfecta de sí mismo, su arma, y las tormentas. Y había matado con ello. Matado para proteger a un ojos claros.

«Él es diferente», pensó Kaladin.

Siempre decían eso.

—Supongo que estoy esperando —dijo.

—¿A qué?

—Al trueno —respondió Kaladin en voz baja—. Siempre sigue al relámpago. A veces hay que esperar, pero tarde o temprano acaba llegando.

—Yo... —Syl se plantó ante él, de pie en el aire, moviéndose hacia atrás mientras caminaba. No volaba (no tenía alas) ni flotaba en el aire. Solo permanecía allí de pie, sobre la nada, y se movía al unísono con Kaladin. Parecía no estar sujeta a las leyes físicas normales.

Lo miró, ladeando la cabeza.

—No entiendo qué quieres decir. ¡Maldita sea! Creí que entendía todo esto. ¿Tormentas? ¿Relámpagos?

—¿Recuerdas que, cuando me animaste a luchar para salvar a Dalinar, igualmente te dolió que matara?

—Sí.

—Pues es algo similar —dijo Kaladin en voz baja. Miró hacia un lado. Otra vez aferraba la lanza con demasiada fuerza.

Syl lo observó, con las manos en las caderas, esperando que dijera algo más.

—Espero malas noticias —dijo Kaladin—. Siempre ha de pasarme algo malo. Así es la vida. Puede que tenga que ver con los glifos de ayer en la pared de Dalinar. Parecían una cuenta atrás.

Syl asintió.

—¿Habías visto alguna vez algo parecido?

—Recuerdo... algo —susurró ella—. Algo malo. Ver lo que ha de venir... no es Honor, Kaladin. Es otra cosa. Algo peligroso.

Lo que faltaba.

Como él no dijo nada más, Syl suspiró y saltó al aire, convirtiéndose en un lazo de luz. Lo siguió desde allí arriba, moviéndose entre ráfagas de viento.

«Dijo que es una honorspren —pensó Kaladin—. Entonces, ¿por qué sigue fingiendo que juega con los vientos?»..

Tendría que preguntárselo, suponiendo que le respondiera. Suponiendo que ella misma conociera la respuesta.

Torol Sadeas entrecruzó los dedos, con los codos apoyados sobre la fina superficie de la mesa de piedra, mientras contemplaba la hoja esquilada que había clavado en el centro. El arma reflejaba su rostro.

Maldición. ¿Cuándo se había hecho viejo? Se imaginaba a sí mismo como un joven de veinte años. Sin embargo, tenía cincuenta. Cincuenta, por las tormentas. Apretó la mandíbula, contemplando la espada.

Juramentada. Era la hoja esquilada de Dalinar: curvada, como una espalda arqueada, con una punta en forma de gancho en el extremo y una zona serrada junto a la guarnición. Como olas en movimiento, sobresaliendo del océano de abajo.

¿Cuántas veces había ansiado esta arma? Ahora era suya, pero experimentaba una sensación de vacío al poseerla. Dalinar Kholin, enloquecido por la pena, roto hasta el punto de que la batalla lo asustaba, todavía se aferraba a la vida. El viejo amigo de Sadeas era como un sabueso-hacha querido que hubiera tenido que eliminar, solo para encontrarlo gimiendo ante la ventana, después de que el veneno no hubiera hecho su trabajo.

Peor aún no podía desprenderse de la sensación de que Dalinar había salido ganando.

La puerta de la sala de estar se abrió e Ialai entró. Con su largo cuello y la boca grande, su esposa nunca había podido considerarse una belleza, y menos a medida que los años iban pasando. A él no le importaba. Ialai era la mujer más peligrosa que conocía. Eso era más atractivo que una simple cara bonita.

—Veo que has estropeado mi mesa —dijo ella, mirando la hoja esquilada que Sadeas había clavado en el centro. Se desplomó a su lado en un pequeño diván, pasó un brazo por su espalda y colocó los pies sobre la mesa.

En público, era la perfecta mujer alezi. En privado, en cambio, prefería estar tumbada.

—Dalinar está reclutando a lo grande —dijo—. He aprovechado la oportunidad para colocar a unos cuantos socios más entre el personal de su campamento.

—¿Soldados?

—¿Por quién me tomas? Eso sería demasiado obvio: vigilará con cuatro ojos a los soldados nuevos. Sin embargo, su personal de apoyo, puesto que tiene agujeros, ya que los hombres acuden a la llamada para empuñar lanzas y reforzar su ejército.

Sadeas asintió, sin apartar la mirada de la espada. Su esposa tenía la red de espías más impresionante de todos los campamentos. Sobre todo porque muy pocos la conocían. Ella le rascó la espalda, provocando escalofríos por toda su piel.

—Ha hecho público su bando —recalcó ella.

—Sí. ¿Reacciones?

—Lo de esperar. Habrá protestas.

Sadeas asintió.

—Dalinar debería estar muerto, pero ya que no lo está, al menos podemos contar con que esta vez se ahorque él mismo. —Sadeas entornó los ojos—. Al intentar destruirlo, quise impedir la destrucción del reino. Ahora me pregunto si esa destrucción no sería lo mejor para todos.

—¿Qué? —preguntó Ialai.

—No estoy hecho para esto, amor —susurró Sadeas—. Este estúpido juego en las mesetas. Me saciaba al principio, pero estoy empezando a aborrecerlo. Quiero guerra, Ialai. ¡No horas de marcha buscando la eventualidad de encontrarnos con una pequeña escaramuza!

—Esas pequeñas escaramuzas nos proporcionan riquezas.

Por eso las había soportado tanto tiempo. Se levantó.

—Tendré que reunirme con algunos de los otros. Aladar. Ruthar. Tenemos que avivar el fuego entre los otros altos príncipes, elevar su indignación ante lo que Dalinar propugna.

—¿Y nuestro objetivo final?

—La recuperación, Ialai —dijo él, apoyando los dedos en la empuñadura de *Juramentada*—. La conquista.

Era lo único que le hacía seguir sintiéndose vivo. Aquella gloriosa y maravillosa sensación de estar en el campo de batalla, luchando, hombre contra hombre. De arriesgarlo todo por el

premio. El dominio. La victoria.

Solo en esos momentos volvía a sentirse joven otra vez.

Era una verdad brutal. Las mejores verdades, sin embargo, eran sencillas.

Cogió a *Juramentada* por la empuñadura y la arrancó de la mesa.

—Ahora Dalinar quiere jugar a la política, cosa que no es sorprendente. En secreto, siempre ha querido ser su hermano. Por fortuna para nosotros, no es bueno en este juego. Su bando molestará a los demás. Presionará a los altos príncipes, y estos se alzarán en armas contra él, fracturando el reino. Y entonces, con sangre a mis pies y la espada de Dalinar en mi mano, forjaré una nueva Alezkar a partir de las llamas y las lágrimas.

—¿Y si, en cambio, él tiene éxito?

—Entonces, querida mía, será cuando tus asesinos mostrarán su utilidad. —Apartó la hoja esquirlada, que se convirtió en bruma y desapareció—. Conquistaré este reino de nuevo, y luego seguirá Jah Keved. Después de todo, el propósito de esta vida es entrenar soldados. En cierto modo, solo estoy haciendo lo que el mismísimo Dios quiere.

El trayecto entre los barracones y el palacio real (que el rey había empezado a llamar el Pináculo) llevó aproximadamente una hora, lo cual dio a Kaladin tiempo de sobra para pensar. Por desgracia, en el camino, se encontró con un grupo de cirujanos de Dalinar y sus criados que recogían savia de matapomo para preparar antisépticos.

Al verlos pensó no solo en sus propios esfuerzos recogiendo la savia, sino en su padre. Lirin.

«Si estuviera aquí —pensó Kaladin mientras los dejaba atrás—, preguntaría por qué yo no estaba ahí fuera, con los cirujanos. Le extrañaría que, si Dalinar me ha aceptado, yo no haya solicitado unirme a su cuerpo médico».

De hecho, Kaladin podría haber conseguido que Dalinar empleara a todo el Puente Cuatro como ayudantes de cirujano. Kaladin los habría instruido en medicina casi tan fácilmente como había hecho con las lanzas. Y Dalinar lo habría aceptado. Nunca hay demasiados cirujanos en un ejército.

Pero no se le había ocurrido. La opción planteada fue más simple: convertirse en guardaespaldas de Dalinar o dejar los campamentos de guerra. Kaladin había elegido poner de nuevo a sus hombres en el camino de la tormenta. ¿Por qué?

Al cabo de un rato, llegaron al palacio real, que se alzaba en una gran colina de piedra, con túneles excavados en la roca. Los guardias del rey vigilaban desde lo alto. Eso significaba que Kaladin y sus hombres tendrían que escalar bastante.

Subieron por los zigzagueantes senderos, Kaladin todavía perdido en sus pensamientos sobre su padre y su deber.

—Esto es un poco injusto, ¿sabes? —dijo Moash cuando llegaron a la cima.

Kaladin miró a los demás y advirtió que jadeaban por la larga escalada. Él, sin embargo, había absorbido luz tormentosa sin darse cuenta. Ni siquiera respiraba agitadamente.

Sonrió adrede para que Syl lo advirtiera y contempló los cavernosos pasadizos del Pináculo. Unos cuantos hombres montaban guardia en las puertas de entrada, vestidos con los uniformes azules y dorados de la Guardia del Rey, una unidad independiente a la guardia de Dalinar.

—Soldado —dijo Kaladin, saludando con la cabeza a uno de ellos, un ojos claros de bajo rango. En el escalafón militar, Kaladin era superior a un hombre como este... pero no desde un punto de vista social. Una vez más, se preguntó cómo iba a funcionar todo esto.

El hombre lo miró de arriba abajo.

—He oído que defendiste un puente, prácticamente tú solo, contra cientos de parshendi. ¿Cómo lo hiciste? —No se dirigió a Kaladin diciendo «señor», como habría sido adecuado ante cualquier otro capitán.

—¿Quieres averiguarlo? —replicó Moash desde atrás—. Podemos enseñártelo. Aquí mismo.

—Calla —exigió Kaladin, mirando a Moash. Se volvió hacia el soldado—. Tuve suerte. Eso es todo. —Miró al hombre a los ojos.

—Supongo que tiene sentido —repuso el soldado—. Señor —añadió por fin, al ver que Kaladin aguardaba.

Este indicó a sus hombres que avanzaran y dejaron atrás a los guardias ojos claros. El interior del palacio estaba iluminado por

esferas agrupadas en lámparas en las paredes: zafiros y diamantes entremezclados para dar un tono blanquiazul. Las esferas eran un recordatorio menor pero sorprendente de hasta qué punto habían cambiado las cosas. Nadie habría dejado que los hombres de los puentes se acercaran a unas esferas dedicadas a un uso tan simple.

El Pináculo era aún desconocido para Kaladin: hasta el momento, el tiempo que había pasado protegiendo a Dalinar había sido en el campamento. Sin embargo, se había asegurado de examinar los mapas del lugar, así que conocía el camino hasta la cima.

—¿Por qué me has cortado así? —preguntó Moash, alcanzándolo.

—Estabas metiendo la pata —replicó Kaladin—. Ahora eres soldado, Moash. Tienes que aprender a actuar como tal. Y eso implica no provocar peleas.

—No voy a inclinarme ante los ojos claros, Kal. Ya no.

—No espero que te inclines, pero sí que te muerdas la lengua. El Puente Cuatro tiene que prescindir de pullas y amenazas.

Moash se quedó atrás, pero Kaladin se dio cuenta de que estaba molesto.

—Qué raro —dijo Syl, posándose de nuevo en el hombro de Kaladin—. Parece muy enfadado.

—Cuando me hice cargo de los hombres del puente, eran animales enjaulados que habían sido sometidos a palos —dijo Kaladin en voz baja—. Les devolví el deseo de lucha, pero seguían estando enjaulados. Ahora las puertas de esas jaulas están abiertas. Hará falta tiempo para que Moash y los demás se acostumbren.

Pero sin duda lo conseguirían. Durante las últimas semanas en el puente, habían aprendido a actuar con la precisión y la disciplina propias de los soldados. Se ponían firmes mientras sus torturadores cruzaban los puentes, sin murmurar jamás una palabra de desprecio. Su disciplina se había convertido en su arma.

Aprenderían a ser soldados de verdad. No: ya lo eran. Les faltaba aprender a actuar sin tener que enfrentarse a la opresión de Sadeas.

Moash se acercó de nuevo.

—Lo siento —dijo en voz baja—. Tienes razón.

Kaladin sonrió, esta vez sinceramente.

—No voy a fingir que no los odio —dijo Moash—. Pero seré

civilizado. Tenemos un deber que cumplir, y lo cumpliremos bien. Mejor de lo que nadie espera. Somos el Puente Cuatro.

—Excelente —dijo Kaladin.

Moash iba a ser especialmente difícil de tratar, pero Kaladin confiaba cada vez más en él. La mayoría de los demás lo idolatraba, pero no Moash, que era lo más parecido a un amigo de verdad que Kaladin había conocido desde que lo marcaron como esclavo.

El pasillo se volvió sorprendentemente más ornamentado a medida que se fueron acercando a la sala de reuniones del rey. Incluso había una serie de bajorrelieves tallados en las paredes: los Heraldos, adornados con gemas en la roca que brillaban en los lugares adecuados.

«Cada vez se parece más a una ciudad —pensó Kaladin—. Esto podría ser pronto un palacio de verdad».

Se encontró con Cikatriz y su equipo en la puerta de la sala de reuniones.

—¿Informe? —preguntó en voz baja.

—Una mañana tranquila —respondió Cikatriz—. Y me parece muy bien.

—Quedáis relevados por hoy —dijo Kaladin—. Me quedaré aquí durante la reunión, y luego Moash se encargará del turno de tarde. Volveré para el turno de noche. Dormid un poco, tu escuadrón y tú: volveréis de madrugada, hasta el amanecer.

—Entendido, señor —dijo Cikatriz, saludando. Reunió a sus hombres y se marchó.

La cámara tras las puertas estaba decorada con una gruesa alfombra y grandes ventanas sin postigos en la parte de sotavento. Kaladin no había estado nunca en esta sala, y los mapas del palacio, para protección del rey, solo incluían los pasillos y rutas básicos a través de los habitáculos de los sirvientes. Esta sala tenía otra puerta que probablemente daba al balcón, pero la única salida era la puerta por la que Kaladin había entrado.

Había otros dos guardias de azul y dorado a cada lado de la puerta. El rey caminaba de un lado a otro tras el escritorio. Tenía la nariz más grande de como aparecía en los cuadros.

Dalinar hablaba con la alta dama Navani, una mujer elegante de cabellos grises. La escandalosa relación entre el tío y la madre del rey habría sido la comidilla del campamento, si la traición de

Sadeas no la hubiera ensombrecido.

—Moash —señaló Kaladin—. Mira a ver adónde conduce esa puerta. Mart y Eth, de guardia en el pasillo. Nadie que no sea un alto príncipe debe entrar hasta que lo comprobéis con nosotros.

Moash le hizo un saludo al rey en vez de una reverencia y examinó la puerta. En efecto, daba al balcón que Kaladin había divisado desde abajo y que rodeaba todo el piso superior.

Dalinar estudió a los dos hombres del puente mientras trabajaban. Kaladin saludó, y miró al alto señor a los ojos. Esta vez no iba a fracasar como el día anterior.

—No reconozco a estos guardias, tío —dijo el rey, molesto.

—Son nuevos —respondió Dalinar—. No hay otra entrada al balcón, soldado. Está a treinta metros de altura.

—Es bueno saberlo —dijo Kaladin—. Drehy, únete a Moash ahí fuera en el balcón, cierra la puerta y montad guardia.

Drehy asintió y se puso en marcha.

—Acabo de decirte que no se puede alcanzar ese balcón desde fuera —insistió Dalinar.

—Entonces es por ahí por donde yo intentaría entrar si quisiera hacerlo, señor —contestó Kaladin.

Dalinar sonrió con aire divertido.

El rey, sin embargo, asentía.

—Bien... bien.

—¿Hay otras formas de acceder a esta sala, majestad? —preguntó Kaladin—. ¿Entradas secretas, pasadizos?

—Si las hubiera —contestó el rey—, no querría que nadie las conociera.

—Mis hombres no pueden mantener segura esta sala si no sabemos qué proteger. Si hay pasadizos que nadie debe conocer, entonces esos son inmediatamente sospechosos. Si los compartes conmigo, solo utilizaré a mis oficiales para que los protejan.

El rey miró a Kaladin durante un momento antes de volverse hacia Dalinar.

—Me gusta este tipo. ¿Por qué no lo has puesto al mando de tu guardia antes?

—No había tenido la oportunidad —dijo Dalinar, estudiando a Kaladin con una mirada penetrante. Se acercó y posó una mano sobre el hombro del oficial, apartándolo hacia un lado.

—Espera —dijo el rey desde atrás—. ¿Eso es una insignia de capitán? ¿En un ojos oscuros? ¿Cuándo han empezado a suceder esas cosas?

Dalinar no respondió: se limitó a acompañar a Kaladin hasta un lado de la habitación.

—Al rey le preocupan mucho los asesinos —dijo en voz baja—. Deberías saberlo.

—Una paranoia sana hace que el trabajo de los guardaespaldas sea más fácil, señor —respondió Kaladin.

—No he dicho que fuera sana —replicó Dalinar—. Veo que me llamas «señor». La forma correcta de dirigirse a mí es «brillante señor».

—Usaré ese término si lo ordenas, señor —dijo Kaladin, mirándolo a los ojos—. Pero «señor» es una forma adecuada, incluso para un ojos claros, si es tu superior directo.

—Soy un alto príncipe.

—¿Puedo ser sincero? —dijo Kaladin, sin esperar a recibir permiso. Este hombre lo había puesto en el cargo, así que Kaladin se arrogaría ciertos privilegios, a menos que le dijeran lo contrario—. Todos los hombres a los que he llamado «brillante señor» me han traicionado. A unos cuantos los llamé «señor» y sigo confiando en ellos. Uso un término con más reverencia que el otro. Señor.

—Eres extraño, hijo.

—Los hombres normales están muertos en los abismos, señor —dijo Kaladin con un susurro—. Sadeas se encargó de eso.

—Bien, que tus guardias protejan el balcón desde más allá, donde no puedan oír a través de la ventana.

—Entonces yo esperaré con los demás en el pasillo —dijo Kaladin, advirtiendo que los dos hombres de la Guardia del Rey ya habían atravesado las puertas.

—No he ordenado eso —replicó Dalinar—. Protege las puertas, pero desde dentro. Quiero que oigas lo que estamos planeando. Pero no lo repitas fuera de esta sala.

—Sí, señor.

—Cuatro personas más asistirán a la reunión. Mis hijos, el general Khal y la brillante Teshav, la esposa de Khal. Pueden pasar. Todos los demás tendrán que esperar fuera hasta que termine la reunión.

Dalinar se dispuso a continuar conversando con la madre del rey. Kaladin colocó en sus puestos a Moash y Drehy, y luego explicó a Mart y Eth el protocolo de la puerta. Tendría que instruirlos pronto. Cuando los ojos claros decían «no dejes entrar a nadie» no lo hacían de forma literal. Lo que querían decir es «si dejas entrar a alguien, será mejor que yo esté de acuerdo en que es importante, o tendrás problemas».

Luego, Kaladin ocupó su puesto junto a la puerta cerrada, apoyado contra una pared que tenía paneles tallados hechos con un tipo de madera que no reconoció. «Probablemente cuesta más de lo que he ganado en toda mi vida —pensó ociosamente—. Un panel de madera».

Llegaron los hijos del alto príncipe, Adolin y Renarin Kholin. Kaladin había visto al primero en batalla, aunque resultaba muy distinto sin su armadura esquivada. Era menos impresionante. Parecía más un niño rico malcriado. Oh, llevaba uniforme como todo el mundo, pero los botones estaban tallados, y las botas... eran caras botas de piel sin un solo roce. Flamantes, probablemente compradas a un precio exorbitante.

«Pero salvó a aquella mujer del mercado —pensó Kaladin, recordando el encuentro de semanas atrás—. No lo olvides».

No estaba seguro de qué pensar de Renarin. El joven (puede que fuera mayor que él, pero no lo parecía) llevaba gafas y caminaba detrás de su hermano como una sombra. Aquellas finas extremidades y los dedos delicados nunca habían conocido la batalla ni el trabajo de verdad.

Syl revoloteaba por la sala, colándose en los recovecos, las grietas y los jarrones. Se detuvo ante un pisapapeles que había en el escritorio de la mujer junto al sillón del rey, examinando el bloque de cristal con una especie de cangrejo atrapado dentro. ¿Eran alas?

—¿No debería ese esperar fuera? —preguntó Adolin, indicando a Kaladin con un gesto.

—Lo que estamos haciendo aquí me pone en peligro directo —respondió Dalinar, con las manos a la espalda—. Quiero que conozca los detalles. Podrían ser importantes para su trabajo. —Dalinar no miró a Adolin ni a Kaladin.

El primero se acercó, cogió a Dalinar por el brazo y habló en voz baja, aunque no lo suficiente para que Kaladin no lo oyera.

—Apenas lo conocemos.

—Tenemos que confiar en alguien, Adolin —dijo su padre con voz normal—. Si hay una persona en este ejército que puedo garantizar que no trabaja para Sadeas, es ese soldado. —Se volvió y miró a Kaladin, que lo estudiaba una vez más con sus ojos insondables.

«No me vio con la luz tormentosa —se dijo Kaladin—. Estaba prácticamente inconsciente. No lo sabe.

»Supongo».

Adolin se encogió de hombros pero se encaminó hacia el otro lado de la sala, donde murmuró algo a su hermano. Kaladin permaneció en su puesto, de pie, incómodo, en posición de firmes. «Sí, decididamente malcriado».

El general que llegó poco después era un hombre calvo y delgado, de pálidos ojos amarillos, que iba envarado. Su esposa, Teshav, tenía la cara afilada y el pelo veteado de dorado. Se situó junto al escritorio, que Navani no había hecho ademán de ocupar.

—Informes —dijo Dalinar desde la ventana mientras la puerta se cerraba tras los dos recién llegados.

—Sospecho que sabes lo que vas a oír, brillante señor —dijo Teshav—. Están enfadados. Esperaban sinceramente que reconsideraras la orden y hacerla pública los ha puesto furiosos. El alto príncipe Hatham fue el único que hizo una declaración. Planea, y cito, «encargarse de disuadir al rey de este curso de acción insensato y desacertado».

El monarca suspiró y se desplomó en su sillón. Renarin se sentó inmediatamente, al igual que el general. Adolin tomó asiento, más reacio.

Dalinar permaneció de pie, mirando por la ventana.

—¿Tío? —preguntó el rey—. ¿Has oído esa reacción? Menos mal que no fuiste tan lejos como te habías planteado: obligarles a cumplir los Códigos si no querían perder sus posesiones. Si lo hubieras hecho, ahora mismo nos enfrentaríamos a una rebelión.

—La rebelión se producirá de todas formas —dijo Dalinar—. Sigo preguntándome si debería haberlo anunciado todo a la vez. Cuando hay que extraer una flecha, a veces es mejor arrancarla de un solo tirón.

De hecho, lo mejor que se podía hacer con una herida de flecha

era no tocarla hasta que un cirujano pudiera tratarla. A menudo la saeta evitaba la hemorragia y mantenía vivo al lesionado. Pero era mejor no decir nada que socavara la metáfora del alto príncipe.

—Tormentas, qué imagen tan horrible —dijo el rey, secándose la cara con un pañuelo—. ¿Tienes que decir esas cosas, tío? Ya temo que estemos todos muertos antes de que acabe la semana.

—Tu padre y yo sobrevivimos a cosas peores —dijo Dalinar.

—¡Entonces teníais aliados! Tres altos príncipes a favor, solo seis en contra, y nunca combatisteis con todos a la vez.

—Si los altos príncipes se unen contra nosotros —dijo el general Khal—, no podremos contra ellos. No tendremos más remedio que rescindir este bando, y eso debilitará considerablemente al trono.

El rey se echó hacia atrás, con la mano en la frente.

—Jezerezeh, esto va a ser un desastre...

Kaladin alzó una ceja.

—¿No estás de acuerdo? —preguntó Syl, acercándose a él con la forma de un puñado de hojas revoloteando. Era desconcertante oír su voz procedente de aquellas formas. Las demás personas presentes en la sala, naturalmente, no podían verla ni oírla.

—No —susurró Kaladin—. El bando es una auténtica tempestad. Solo esperaba que el rey fuera menos... bueno, apocado.

—Tenemos que asegurar aliados —dijo Adolin—. Formar una coalición. Sadeas formará una, y tenemos que contrarrestarlo con la nuestra.

—¿Dividir el reino en dos? —comentó Teshav, sacudiendo la cabeza—. No veo cómo una guerra civil puede favorecer al trono. Sobre todo si es improbable que la ganemos.

—Esto podría ser el final de Alezkar como reino —coincidió el general.

—Alezkar terminó como reino hace siglos —dijo Dalinar en voz baja, mirando por la ventana—. Esto que hemos creado no es Alezkar. Alezkar era justicia. Nosotros somos niños disfrazados con la capa de nuestro padre.

—Pero, tío —repuso el rey—, al menos el reino es algo. ¡Más de lo que ha sido durante siglos! ¡Si fracasamos aquí, y lo dividimos en diez principados en lucha, negaremos todo por lo que trabajó mi padre!

—Tu padre no trabajó para esto, hijo —dijo Dalinar—. Este

juego en las Llanuras Quebradas, esta nauseabunda farsa política. Esto no es lo que Gavilar imaginó. La Tormenta Eterna se acerca...

—¿Qué? —preguntó el rey.

Dalinar se alejó por fin de la ventana, se encaminó hacia los demás, y posó la mano sobre el hombro de Navani.

—Vamos a encontrar un modo de hacer esto, o vamos a destruir el reino en el proceso. No seguiré sufriendo esta charada.

Kaladin, cruzado de brazos, se dio un golpecito en el codo con un dedo.

—Dalinar actúa como si fuera el rey —dijo en voz muy baja para que solo Syl pudiera oírlo—. Y todos los demás también. —Preocupante. Era igual que lo que había hecho Amaram. Hacerse con el poder que veía ante él, aunque no fuera suyo.

Navani miró a Dalinar, alzó la mano y la colocó sobre la suya. A juzgar por su expresión, estaba de acuerdo con lo que él estuviera planeando.

El rey no. Suspiró levemente.

—Es evidente que tienes un plan, tío. Y bien, ¿nos lo cuentas? Este drama empieza a cansarme.

—Lo que en realidad quiero hacer —dijo Dalinar con sinceridad—, es darles a todos una buena tunda. Es lo que haría con los nuevos reclutas que no estuvieran dispuestos a obedecer las órdenes.

—Creo que te resultaría un tanto difícil dar una azotaina a los altos príncipes para que obedecieran, tío —contestó el rey secamente. Por algún motivo, se frotó el pecho con aire ausente.

—Hay que desarmarlos —dijo Kaladin sin querer.

Todos los ojos se volvieron hacia él. La brillante Teshav frunció el ceño, como si Kaladin no tuviera derecho a hablar. Y probablemente así era.

Dalinar, sin embargo, asintió.

—¿Soldado? ¿Tienes alguna sugerencia?

—Con su permiso, señor —dijo Kaladin—. Y su permiso, majestad. Pero si un pelotón crea problemas, lo primero que se hace es separar a sus miembros. Dividirlos, colocarlos en escuadrones mejores. Ignoro si esta estrategia sería aplicable en este caso.

—No sé cómo podríamos separar a los altos príncipes —dijo Dalinar—. Dudo de que pudiéramos impedir que se asociaran unos

con otros. Tal vez si se ganara esta guerra, podría asignar un deber distinto a cada alto príncipe, separarlos, y luego trabajar en ellos individualmente. Pero por el momento, estamos aquí atrapados.

—Bueno, la segunda medida que se toma con los soldados problemáticos —continuó Kaladin— es desarmarlos. Son más fáciles de controlar si se les obliga a entregar las lanzas. Para ellos es una vergüenza, como si volvieran a ser reclutas. Así que... ¿no se les podría retirar sus soldados?

—Me temo que no —respondió Dalinar—. Los soldados juraron alianza a sus ojos claros, no a la Corona específicamente: solo los altos príncipes han jurado a la Corona. Sin embargo, tus propuestas van en buena dirección.

Apretó el hombro de Navani.

—Durante las dos últimas semanas —continuó—, he estado intentando decidir cómo abordar este problema. Mi instinto me dice que tengo que tratar a los altos príncipes, a toda la población de ojos claros de Alezkar, como si fueran reclutas novatos que necesitan disciplina.

—Vino a verme y hablamos —dijo Navani—. No podemos degradar a los altos príncipes hasta un rango manejable, por mucho que a Dalinar le gustara hacerlo. En cambio, tenemos que hacerles creer que vamos a hacerlo, si no se enmiendan.

—Este bando los enfurecerá —dijo Dalinar—. Quiero que estén furiosos. Quiero que piensen en la guerra, en su lugar aquí, y quiero recordarles el asesinato de Gavilar. Si puedo presionarlos para que actúen más como soldados, aunque empiecen alzándose en armas contra mí, entonces tal vez logre convencerlos. Puedo razonar con los soldados. De cualquier forma, gran parte de todo esto implicará la amenaza de que voy a despojarlos de su poder y su autoridad si no los utilizan correctamente. Y eso empieza, como ha sugerido el capitán Kaladin, por desarmarlos.

—¿Desarmar a los altos príncipes? —preguntó el rey—. ¿Qué locura es esta?

—No es ninguna locura —respondió Dalinar, sonriendo—. No podemos quitarles sus ejércitos, pero sí podemos hacer otra cosa. Adolin, pretendo retirarle el cierre a tu vaina.

Adolin frunció el ceño, reflexionando, y de pronto una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Quieres decir que me permitirás volver a batirme en duelo? ¿De verdad?

—Sí —dijo Dalinar. Se volvió hacia el rey—. Durante mucho tiempo, le he prohibido que participe en combates importantes, ya que en tiempos de guerra los Códigos prohíben los duelos de honor entre oficiales. Sin embargo, por lo que he ido viendo los demás no parecen considerar que estén en guerra. Más bien se comportan como si se tratara de un juego. Es hora de permitir que Adolin se enfrente en duelo con los otros portadores de esquirlada del campamento en combates oficiales.

—¿Para que pueda humillarlos? —preguntó el rey.

—No se trataría de humillación, sino de privarlos de sus esquirlas. —Dalinar se plantó en mitad del grupo de sillones—. Los altos príncipes tendrían difícil enfrentarse a nosotros si controláramos todas las hojas y armaduras esquirladas del ejército. Adolin, quiero que desafíes a los portadores de otros altos príncipes en duelos de honor, y que el premio sean las esquirlas.

—No accederán a eso —objetó el general Khal—. Rechazarán los combates.

—En ese caso, hemos de procurar que acepten —dijo Dalinar—. Encontrar un modo de obligarlos a luchar, ya sea por la fuerza o poniéndolos en evidencia. Probablemente sería más fácil si pudiéramos localizar a Sagaz.

—¿Qué pasará si el muchacho pierde? —preguntó el general Khal—. Este plan parece demasiado impredecible.

—Ya veremos —repuso Dalinar—. Esto es solo una parte de lo que haremos, la parte más pequeña... aunque también la más visible. Adolin, todo el mundo me asegura que eres un auténtico campeón, y me has insistido hasta la saciedad para que relaje mi prohibición relativa a los duelos. Hay treinta portadores de esquirlada en el ejército, sin contar los nuestros. ¿Puedes derrotar a tantos hombres?

—¿Que si puedo? —contestó Adolin con una sonrisa—. Lo haré sin sudar, siempre que se me permita empezar con el mismo Sadeas.

«Así que es malcriado y arrogante», pensó Kaladin.

—No —dijo Dalinar—. Sadeas no aceptará un desafío personal, aunque obligarlo a hacerlo es nuestro objetivo final. Empezaremos con algunos de los portadores menores e iremos subiendo hasta

alcanzar su nivel.

Los demás presentes en la sala parecían preocupados, entre ellos la brillante Navani, que frunció los labios y miró a Adolin. Aunque posiblemente estuviera de acuerdo con el plan de Dalinar, no le gustaba la idea de que su sobrino se batiera en duelo. Sin embargo, no lo dijo.

—Como ha indicado Dalinar —explicó Navani—, esto no será el plan completo. Es de esperar que los duelos de Adolin no tengan que llegar tan lejos. Pretendemos inspirar preocupación y temor, aplicar presión a algunas facciones que trabajan contra nosotros. La mayor parte de lo que debemos hacer implica un enrevesado y decidido esfuerzo político por conectar con aquellos que pueden inclinarse hacia nuestro bando.

—Navani y yo trabajaremos para persuadir a los altos príncipes de las ventajas de una Alezkar verdaderamente unificada —dijo Dalinar, asintiendo—. Aunque sabe el Padre Tormenta que estoy menos seguro de mi capacidad política que Adolin de sus duelos. Esto es lo que debemos hacer. Si Adolin va a ser el palo, yo seré la pluma.

—Habrá asesinos, tío —dijo Elhokar, con voz cansada—. No creo que Khal tenga razón, no creo que Alezkar se desmorone inmediatamente. Los altos príncipes han acabado por aceptar la idea de ser un solo reino. Pero no van a renunciar a su deporte, su diversión, sus gemas corazón. Así que enviarán asesinos. Silenciosamente, al principio, y es probable que no directamente contra ti o contra mí. Contra nuestras familias. Sadeas y los demás intentarán hacernos daño, querrán que nos retractemos. ¿Estás dispuesto a arriesgar a tus hijos en esto? ¿Y a mi madre?

—Sí, tienes razón —convino Dalinar—. No había... pero sí. Así es como piensan. —A Kaladin le pareció pesaroso.

—¿Y sigues dispuesto a llevar este plan adelante? —preguntó el rey.

—No tengo otra opción —respondió Dalinar, dándose la vuelta y regresando junto a la ventana. Miró hacia el oeste, en dirección al continente.

—Entonces déjame que al menos te diga una cosa —dijo Elhokar—. ¿Cuál es el objetivo final de tu juego, tío? ¿Qué quieres conseguir con todo esto? Dentro de un año, si sobrevivimos a tus

planes, ¿qué quieres que seamos?

Dalinar apoyó las manos en el grueso alféizar de piedra. Contempló el exterior, como si allí hubiera algo que él podía ver y los demás no.

—Justamente lo que éramos antes, hijo. Un reino que pueda soportar las tormentas, un reino que sea luz y no oscuridad. Quiero conseguir una Alezkar realmente unificada, con altos príncipes que sean leales y justos. Y haré más que eso. —Dio un golpecito sobre el alféizar—. Voy a reinstaurar los Caballeros Radiantes.

Kaladin casi dejó caer la lanza debido a la sorpresa. Afortunadamente, nadie lo estaba observando: todos se pusieron en pie de un salto y se volvieron a mirar a Dalinar.

—¿Los Radiantes? —preguntó la brillante Teshav—. ¿Estás loco? ¿Vas a intentar reconstruir una secta de traidores que nos entregaron a los Portadores del Vacío?

—Todo lo demás me parece bien, padre —intervino Adolin, dando un paso hacia él—. Sé que piensas mucho en los Radiantes, pero los ves... de manera diferente a los demás. Si anuncias que quieres emularlos, no saldrá bien.

El rey tan solo gruñó, enterrando la cara en sus manos.

—La gente se equivoca con ellos —dijo Dalinar—. Y aunque no sea así, incluso la Iglesia vorin admite que los Radiantes originales, los que instituyeron los Heraldos, fueron éticos y justos. Tendremos que recordar a la gente que los Caballeros Radiantes, como orden, representaron algo grandioso. De no ser así, entonces no se habría considerado que «cayeron», como dicen las historias.

—Pero ¿por qué? —preguntó Elhokar—. ¿Qué sentido tiene?

—Es mi deber. —Dalinar vaciló—. Todavía no estoy completamente seguro de por qué. Solo sé que me ha sido ordenado. Como protección, como preparación para lo que ha de venir. Una tormenta de algún tipo. Tal vez sea tan sencillo como que los otros altos príncipes se vuelvan contra nosotros. Lo dudo, pero tal vez sea solo eso.

—Padre —dijo Adolin, posando una mano sobre el hombro de Dalinar—. Todo esto está muy bien, y quizá puedas cambiar la percepción que tiene la gente de los Radiantes, pero... ¡Por el alma de Ishar, padre! Esos seres podían hacer cosas que están más allá de nuestras capacidades. Nombrar Radiante a alguien no les dará

poderes extraordinarios, como en las historias.

—Los Radiantes eran más que sus propias capacidades —respondió Dalinar—. Representaban un ideal. El tipo de ideal del que carecemos hoy en día. Puede que no podamos conseguir las antiguas potenciaciones, los poderes que ellos tenían, pero podemos intentar emularlos en otros aspectos. Estoy decidido. No intentéis disuadirme.

Los demás no parecían convencidos.

Kaladin entornó los ojos. Así que Dalinar sabía lo de sus poderes..., ¿o no? La reunión pasó a temas más prácticos: cómo lograr que los portadores de esquirlada se enfrentaran a Adolin y cómo emplazar patrullas en la zona. Dalinar consideraba que asegurar los campamentos de guerra era un requisito previo a lo que quería intentar.

Cuando la reunión terminó por fin, la mayoría de los participantes se marcharon para ejecutar las órdenes y Kaladin se quedó reflexionando sobre lo que Dalinar había dicho acerca de los Radiantes. El hombre no se había dado cuenta, pero había sido muy preciso. Los Caballeros Radiantes, en efecto, tenían ideales. Y los llamaban precisamente así. Los Cinco Ideales, las Palabras Inmortales.

«Vida antes que muerte —pensó Kaladin, jugando con una esfera que había sacado de su bolsillo—, fuerza antes que debilidad, viaje antes que destino». Esas Palabras componían el Primer Ideal en su totalidad. Solo tenía una leve idea de lo que significaba, pero su ignorancia no le había impedido investigar el Segundo Ideal de los Corredores del Viento, el juramento para proteger a aquellos que no podían protegerse a sí mismos.

Syl no quería revelarle los otros tres. Decía que los conocería cuando fuera necesario. O no, y no avanzaría.

¿Quería avanzar? ¿Para convertirse en qué? ¿En miembro de los Caballeros Radiantes? Kaladin no había pedido que los ideales de nadie gobernaran su vida. Solo había querido sobrevivir. Ahora, de algún modo, se dirigía hacia un camino que nadie había recorrido desde hacía siglos. Se convertía potencialmente en algo que la gente de toda Roshar odiaría o adoraría. Tanta atención...

—¿Soldado? —preguntó Dalinar, deteniéndose junto a la puerta.

—Señor.

Kaladin se irguió de nuevo y saludó. Le agradaba hacer eso, ponerse firmes, encontrar un lugar. No estaba seguro si era la satisfacción de recordar una vida que antaño había amado, o si más bien se trataba de la patética sensación de un sabueso-hacha cuando encuentra de nuevo su correa.

—Mi sobrino tenía razón —dijo Dalinar, quien contemplaba al rey mientras este se alejaba por el pasillo—. Los otros pueden intentar hacer daño a mi familia. Así es como piensan. Voy a necesitar destacamentos de guardias con Navani y mis hijos en todo momento. Tus mejores hombres.

—Tengo un par de docenas, señor —respondió Kaladin—. No es suficiente para que haya destacamentos de guardias que os protejan a los cuatro todo el día. Debería disponer de más hombres entrenados antes de que pase mucho tiempo, pero poner una lanza en las manos de un hombre de los puentes no lo convierte en soldado, mucho menos en un buen guardaespaldas.

Dalinar asintió, preocupado. Se frotó la barbilla.

—¿Señor?

—Tus fuerzas no son las únicas que escasean en este campamento, soldado —dijo Dalinar—. Debido a la traición de Sadeas he perdido un gran número de hombres. Excelentes hombres. Ahora tengo un plazo límite. Dentro de sesenta días...

Kaladin sintió un escalofrío. El alto príncipe se tomaba muy en serio el número que habían garabateado en su pared.

—Capitán —dijo Dalinar en voz baja—, necesito todos los hombres capaces que pueda conseguir. Necesito entrenarlos, reconstruir mi ejército, prepararnos para la tormenta. Necesito que ataquen las mesetas, que se enfrenten a los parshendi, para conseguir experiencia en la batalla.

¿Qué tenía esto que ver con Kaladin?

—Prometiste que los míos no tendrían que luchar en las mesetas.

—Mantendré esa promesa —aseguró Dalinar—. Pero hay doscientos cincuenta soldados en la Guardia del Rey. Incluyen algunos de mis últimos oficiales, y tendré que ponerlos al mando de nuevos reclutas.

—No voy a tener que vigilar solamente a tu familia, ¿verdad? —preguntó Kaladin, sintiendo un nuevo peso sobre los hombros—.

Estás dando a entender que quieres que me encargue también de proteger al rey.

—Sí —respondió Dalinar—. Sutilmente, pero sí. Necesito a esos soldados. Aparte de eso, mantener dos cuerpos de guardia distintos me parece un error. Me parece que, considerando el historial de tus hombres, es menos probable que entre ellos haya espías de mis enemigos. Deberías saber que hace algún tiempo hubo un atentado contra la vida del rey. Aún no he descubierto quién estaba detrás, pero me preocupa que algunos de los guardias pudieran estar implicados.

Kaladin inspiró profundamente.

—¿Qué sucedió?

—Elhokar y yo cazábamos un abismoide —explicó Dalinar—. Durante esa cacería, en un momento de tensión, la armadura del rey estuvo a punto de fallar. Descubrimos que muchas de las gemas que le conferían poder habían sido sustituidas por otras defectuosas, que se resquebrajaban bajo tensión.

—No entiendo mucho de armaduras, señor —dijo Kaladin—. ¿No podrían haberse roto solas, sin que se produjera ningún sabotaje?

—Es posible, pero improbable. Quiero que tus hombres se turnen para proteger el palacio y al rey, alternándose con algunos miembros de la Guardia, para que os familiaricéis cuanto antes con el lugar y la persona. Eso también facilitará que tus hombres aprendan de los guardias más experimentados. Al mismo tiempo, voy a empezar a transferir a soldados de su guardia para que entrenen a los soldados de mi ejército.

»En el transcurso de las próximas semanas, uniremos tu grupo a la Guardia del Rey para formar un solo cuerpo. Estarás al mando. Cuando hayas entrenado lo suficiente a los hombres de los puentes de las otras cuadrillas, sustituiremos los soldados de la guardia por tus hombres, y transferiremos a los soldados a mi ejército. —Miró a Kaladin a los ojos—. ¿Puedes hacerlo, soldado?

—Sí, señor —dijo Kaladin, aunque una parte de él sentía pánico—. Puedo.

—Bien.

—Señor, una sugerencia. ¿Ha dicho que iba a aumentar las patrullas fuera de los campamentos, para intentar controlar las

montañas que rodean las Llanuras Quebradas?

—Sí. El número de bandidos que hay ahí fuera es vergonzoso. Ahora esto es tierra alezi. Tienen que acatar las leyes alezi.

—Tengo mil hombres que necesito entrenar —dijo Kaladin—. Si pudiera patrullar con ellos ahí fuera, eso contribuiría a que se sintieran auténticos soldados. Si la fuerza fuera lo bastante grande, eso enviaría un mensaje a los bandidos y tal vez haría que se retiraran... pero mis hombres no necesitarán combatir.

—Bien. El general Khal ha estado al mando de las patrullas, pero ahora es mi comandante de mayor rango, y será necesario para otras cosas. Instruye a tus hombres. Nuestro objetivo será que tus mil soldados acaben patrullando los caminos entre este sitio, Alezkar, y los puertos del sur y el este. Quiero equipos de exploradores que busquen indicios de campamentos de bandidos e investiguen las caravanas que hayan sido atacadas. Necesito datos de la actividad que se desarrolla ahí fuera y del peligro que corren.

—Me encargaré de ello personalmente, señor.

Tormentas. ¿Cómo iba a hacer todo eso?

—Bien —asintió Dalinar.

Se marchó de la cámara con las manos a la espalda, como sumido en sus pensamientos. Moash, Eth y Mart lo siguieron, tal como les había ordenado Kaladin. Dos hombres lo acompañarían en todo momento, tres si era posible. Antes había pensado en aumentarlos a cuatro o cinco, pero tormentas, con tantas nuevas atribuciones, eso iba a ser imposible.

«¿Quién es este hombre?», pensó Kaladin, contemplando a Dalinar mientras este se retiraba. Dirigía un buen campamento. Se podía juzgar a una persona (y Kaladin lo hacía) por los hombres que lo seguían.

Pero un tirano podía tener un buen campamento con soldados disciplinados. Este hombre, Dalinar Kholin, había contribuido a la unión de Alezkar... chapoteando en un mar de sangre. Ahora... ahora hablaba como un rey, aunque el rey mismo estuviera presente en la sala.

«Quiere reconstruir a los Caballeros Radiantes», pensó Kaladin. No era algo que pudiera conseguirse por simple fuerza de voluntad.

A menos que tuviera ayuda.



Nunca nos dio por pensar que podría haber espías parshendi ocultos entre nuestros esclavos. Es algo de lo que debería haberme percatado.

Del diario de Navani Kholin, Jesesan 1174

En la cubierta del barco, Shallaan estaba sentada de nuevo en su caja, aunque esta vez llevaba un sombrero, un abrigo sobre el vestido, y un guante en la mano libre; su mano segura, naturalmente, quedaba oculta dentro de la manga.

El frío allí, en mar abierto, era algo irreal. El capitán le había dicho que tan lejos al sur el océano mismo se congelaba. Era algo que parecía increíble y que le habría gustado ver. De vez en cuando había visto nieve y hielo en Jah Keved, durante algún invierno ocasional. Pero ¿un océano entero? Sorprendente.

Escribía con dedos enguantados mientras observaba al spren al que había puesto por nombre Patrón. En ese momento, se había despegado de la superficie de la cubierta, formando una bola de negrura en movimiento, líneas infinitas que se retorcían de formas que ella no podría haber capturado nunca en una página plana. Por tanto, escribía descripciones que complementaba con bocetos.

—Comida... —dijo Patrón. El sonido tenía una cualidad

zumbante y vibraba cuando hablaba.

—Sí —respondió Shallaan—. La comemos. —Seleccionó una pequeña lima del cuenco y se la metió en la boca, luego masticó y tragó.

—Comer —dijo Patrón—. Tú... la haces... tuya.

—¡Sí! Exactamente.

Se desplomó y la negrura se desvaneció cuando entró en la cubierta de madera del barco. Una vez más, se volvió parte del material, haciendo que la madera ondulara como si fuera agua. Se deslizó por el suelo y a continuación subió por la caja hasta el cuenco de pequeñas frutas verdes. Una vez allí, se movió sobre ellas, y la piel de las frutas se arrugó y elevó con la forma de su patrón.

—¡Terrible! —dijo. El sonido vibró en el cuenco.

—¿Terrible?

—¡Destrucción!

—¿Qué? No, así vivimos. Todo ser vivo necesita comer.

—¡Terrible destrucción comer! —Parecía angustiado. Se retiró del cuenco a la cubierta.

«Patrón conecta pensamientos cada vez más complejos —escribió Shallaan—. Las abstracciones acuden fácilmente a él. Antes me preguntó “¿Por qué? ¿Por qué tú? ¿Por qué ser?”. Interpreté que me preguntaba mi propósito. Cuando respondí “Para encontrar la verdad”, pareció comprender lo que quería decir. Y, sin embargo, algunas realidades sencillas (como por qué las personas necesitan comer) se le escapan por completo. Es...».

Dejó de escribir mientras el papel se hinchaba y arrugaba y Patrón aparecía en la página, alzando con sus diminutos bordes las letras que acababa de anotar.

—¿Por qué esto? —preguntó.

—Para recordar.

—Recordar —dijo, probando la palabra.

—Significa... —Padre Tormenta. ¿Cómo explicaba lo que era la memoria?—. Significa poder saber qué hiciste en el pasado. Saber en otros momentos cosas que pasaron hace días.

—Recordar... Yo... no puedo recordar...

—¿Qué es lo primero que recuerdas? —preguntó Shallaan—. ¿Dónde estuviste primero?

—Primero —dijo Patrón—. Contigo.
—¿En el barco? —dijo Shallan, escribiendo.
—No. Verde. Comida. Comida no comida.
—¿Plantas? —preguntó Shallan.
—Sí. Muchas plantas.

Vibró, y a ella le pareció que en aquella vibración captaba el silbido del viento entre las ramas. Shallan inspiró. Casi podía verlo. La cubierta que tenía delante se convertía en un camino de arena, la caja en un banco de piedra. Débilmente. No estaba allí realmente, pero casi. Los jardines de su padre. Patrón en el suelo, dibujado en el polvo...

—Recuerda —dijo Patrón, la voz como un susurro.

«No —pensó Shallan, horrorizada—. ¡NO!»..

La imagen se desvaneció. En realidad el spren ni siquiera había estado allí, ¿no? Se llevó la mano segura al pecho y respiró entrecortadamente. No.

—¡Eh, joven señora! —dijo Yalb desde atrás—. ¡Cuéntale al novato qué pasó en Kharbranth!

Shallan se dio media vuelta, con el corazón todavía desbocado, y vio a Yalb que se acercaba con el «novato», un gigantón de metro ochenta que tenía al menos cinco años más que él. Lo habían recogido en Amydlatn, el último puerto. Tozbek quería asegurarse de que no le faltaran hombres durante el último tramo de viaje hasta Nueva Natanan.

Yalb se sentó en cuclillas junto al taburete de Shallan. Debido al frío, había accedido a ponerse una camisa de mangas recortadas y una especie de banda que le cubría las orejas.

—¿Brillante? —preguntó Yalb—. ¿Te encuentras bien? Parece como si te hubieras tragado una tortuga. Y no solo la cabeza.

—Estoy bien —respondió Shallan—. ¿Qué... qué me habías pedido?

—En Kharbranth —dijo Yalb, señalando con el pulgar por encima de su hombro—. ¿Vimos o no vimos al rey?

—¿Nosotros? Yo me reuní con él.

—Y yo era tu escolta.

—Te quedaste esperando fuera.

—Eso no importa —replicó Yalb—. Fui tu lacayo durante ese encuentro, ¿no?

¿Lacayo? La había acompañado hasta el palacio como un favor.

—Yo... supongo que sí —respondió ella—. Hiciste una buena reverencia, que yo recuerde.

—¿Ves? —dijo Yalb, volviéndose hacia el grandullón—. Te conté lo de la reverencia, ¿verdad?

El «novato» gruñó su acuerdo.

—Así que ya estás fregando esos platos —añadió Yalb. Recibió una mueca por respuesta—. No, no me mires así. Ya te lo dije, el servicio de cocinas es algo que el capitán vigila con mucha atención. Si quieres encajar aquí, hazlo bien; no te quedes corto en el trabajo y rinde al máximo. Así te ganarás el favor del capitán y del resto de los hombres. Te estoy dando toda una oportunidad, y espero que me lo agradezcas.

Eso pareció aplacar al grandullón, que se dio media vuelta y se dirigió con paso pesado hacia las cubiertas inferiores.

—¡Pasiones! —dijo Yalb—. Ese tipo es tan obtuso como dos esferas hechas de barro. Me preocupa. Alguien tendrá que abrirle los ojos, brillante.

—Yalb, ¿has estado alardeando otra vez? —preguntó Shallan.

—No es alardear si hay algo de verdad.

—En realidad, eso es exactamente lo que significa alardear.

—Eh —dijo Yalb, volviéndose hacia ella—. ¿Qué estabas haciendo antes? Ya sabes, con los colores.

—¿Colores? —repuso Shallan, paralizada.

—Sí, la cubierta se volvió verde, ¿no? Juro que lo vi. Tiene que ver con ese extraño spren, ¿verdad?

—Yo... estoy intentando averiguar qué tipo de spren es exactamente —dijo Shallan, con voz tranquila—. Es un asunto de estudio.

—Lo que me suponía —asintió Yalb, aunque ella no le había dado ninguna respuesta concreta. Hizo un afable gesto de despedida con una mano y se marchó.

A ella le preocupaba que los demás vieran a Patrón. Había intentado quedarse en su camarote para mantenerlo en secreto a los hombres, pero estar encerrada le resultó demasiado difícil, y el spren no respondía a sus sugerencias de que permaneciera fuera de la vista. Así que durante los últimos cuatro días, se había visto obligada a permitir que vieran lo que estaba haciendo mientras lo

estudiaba.

Como era de esperar, los marineros se sentían incómodos con él, pero no decían nada. En ese momento estaban preparando el barco para navegar toda la noche. Pensar en el mar abierto de noche inquietaba a Shallan, pero ese era el precio de navegar tan lejos de la civilización. Dos días antes, incluso se habían visto obligados a capear una tormenta en una cala en la costa. Jasnah y Shallan habían desembarcado para alojarse en una fortaleza mantenida para tal propósito (y pagando un alto precio por hacerlo), mientras los marineros se quedaban a bordo.

Aunque la rada no era un verdadero puerto, tenía al menos una muralla contra las tormentas que ayudó a proteger el barco. Con la siguiente alta tormenta ni siquiera tendrían eso. Buscarían una cala y tratarían de capear los vientos, aunque Tozbek decía que las enviaría a tierra para que buscaran refugio en una cueva.

Shallan se volvió hacia Patrón, que había vuelto a adquirir su forma flotante. Se parecía al patrón de luz que proyectaba en la pared un candelabro de cristal... excepto que estaba hecho de algo negro en vez de luz, y era tridimensional. Así que... Tal vez no se parecía en nada.

—Mentiras —dijo Patrón—. Mentiras de Yalb.

—Sí —respondió Shallan con un suspiro—. Yalb es a veces demasiado hábil persuadiendo a los demás para su propio provecho.

Patrón tarareó en voz baja. Parecía complacido.

—¿Te gustan las mentiras? —preguntó Shallan.

—Buenas mentiras —dijo Patrón—. Esa mentira. Buena mentira.

—¿Qué hace buena a una mentira? —preguntó Shallan, tomando cuidadosamente notas y registrando las palabras exactas de Patrón.

—Mentiras verdaderas.

—Patrón, eso son cosas opuestas.

—Hummm... La luz crea sombras. La verdad crea mentiras. Hummm.

«“Mentiraspren”, los llamaba Jasnah —escribió Shallan—. Un apodo que al parecer no les gusta. Cuando moldeé almas por primera vez, una voz me exigió la verdad. Sigo sin saber qué significa eso, y Jasnah no ha colaborado mucho. No parece saber tampoco cómo interpretar mi experiencia. No creo que aquella voz

perteneciera a Patrón, pero no puedo decirlo, ya que él parece haber olvidado tantas cosas sobre sí mismo...»..

Continuó haciendo unos cuantos bocetos de Patrón en sus formas flotante y plana. Dibujar le ayudaba a relajarse. Cuando terminó, había varios pasajes medio recordados de su investigación que quería citar en sus notas.

Se dirigió bajo cubierta, seguida de Patrón, que atrajo las miradas de los marineros. Eran un gremio supersticioso, y lo consideraban un signo aciago.

Una vez en el camarote, Patrón subió por la pared junto a ella, observando sin ojos mientras Shalla buscaba un párrafo que recordaba a medias en el que se mencionaba la existencia de spren que hablaban. No solo vientospren y ríosprend, que imitaban a la gente y hacían comentarios jocosos. Esos correspondían a un paso más respecto a los spren corrientes, pero había otro nivel, visto en raras ocasiones. Spren como Patrón, que mantenían auténticas conversaciones con los seres humanos.

«La Vigilante Nocturna es obviamente uno de ellos —escribía Alai, y Shalla copió el párrafo—. Los registros de conversaciones con ella (y es decididamente femenina, a pesar de lo que puedan decir los cuentos populares rurales alezi) son numerosos y creíbles. La propia Shubalai, empeñada en proporcionar un estudio de primera mano, visitó a la Vigilante Nocturna y registró su historia palabra por palabra...».

Shalla consultó otra referencia, y poco después se sumió por completo en sus estudios. Unas cuantas horas después, cerró el libro y lo dejó en la mesa junto a su cama. Las esferas empezaban a perder brillo: se apagarían pronto y habría que volver a infundirles luz tormentosa. Shalla dejó escapar un suspiro contenido y se tendió en la cama, con las notas de una docena de fuentes distintas dispersas en el suelo de su pequeño camarote.

Se sentía... satisfecha. A sus hermanos les encantaba el plan de arreglar el moldeador de almas y devolverla, y parecían moldeados por su sugerencia de que no todo estaba perdido. Puesto que había un plan, pensaba que podrían durar más.

La vida de Shalla empezaba a resolverse. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que pudo sentarse a leer sin preocuparse por su casa, sin temer la necesidad de encontrar un modo de robarle

a Jasnah? Incluso antes de aquella terrible secuencia de acontecimientos que habían llevado a la muerte de su padre, siempre había sido una joven ansiosa. Esa era su vida. Para ella el hecho de convertirse en una auténtica erudita era algo inalcanzable. ¡Padre Tormenta! Pero si de hecho hasta veía la ciudad más cercana como algo inalcanzable.

Se levantó, recogió su libro de bocetos y repasó sus dibujos del santhid, incluyendo algunos que había extraído de su zambullida en el océano. Sonrió al recordar cómo había vuelto a subir a cubierta, empapada y sonriente. Obviamente, todos los marineros pensaron que estaba loca.

En ese momento navegaba hacia una ciudad situada en el confín del mundo, prometida a un poderoso príncipe alezi, y era libre para dedicarse únicamente a aprender. Contemplaba nuevos paisajes increíbles, los esbozaba durante el día, y leía montones de libros durante la noche.

Se había encontrado con la vida perfecta, y era todo lo que siempre había deseado.

Shallan buscó en el bolsillo interior de la manga de su mano segura y sacó algunas esferas más para sustituir las que iban apagándose en el cuenco. Sin embargo, las que encontró estaban completamente opacas. No había en ellas ni un atisbo de luz.

Frunció el ceño. Habían sido restauradas durante la alta tormenta anterior, tras ser colocadas en una cesta atada al mástil del barco. Las que había en su cuenco tenían ya dos tormentas de antigüedad, y por eso se estaban apagando. ¿Cómo se habían oscurecido más rápido las de su bolsillo? Aquello desafiaba la razón.

—Mmm... —dijo Patrón desde la pared, cerca de su cabeza—. Mentiras.

Shallan volvió a guardarse las esferas en el bolsillo, abrió luego la puerta que daba al estrecho pasillo del barco y se dirigió al camarote de Jasnah. Era el compartimiento que habitualmente compartían Tozbek y su esposa, pero lo habían cambiado por el tercero (y más pequeño) de todos para asignar a Jasnah el mejor alojamiento. La gente hacía ese tipo de cosas por ella, aunque ni siquiera lo pidiese.

Jasnah tendría alguna esfera que prestarle. De hecho, la puerta

estaba entornada y se movía levemente mientras el barco se mecía en su rumbo nocturno. Jasnah estaba sentada ante la mesa y Shallan se asomó, súbitamente insegura de si debía molestarla.

Vio el rostro de Jasnah, con la mano contra la sien, mientras contemplaba las páginas que tenía delante. Sus ojos estaban llenos de pavor y el semblante, demacrado.

Esta no era la Jasnah que estaba acostumbrada a ver. La confianza había sido superada por el agotamiento, la pose sustituida por la preocupación. Jasnah empezó a escribir algo, pero se detuvo después de unas pocas palabras. Soltó la pluma, cerró los ojos y se frotó las sienes. Unos cuantos spren de aspecto mareado, como chorros de polvo lanzados al aire, aparecieron en torno a la cabeza de Jasnah. Agotaspren.

Shallan se retiró, sintiéndose de pronto como si se hubiera entrometido en un momento íntimo. Jasnah estaba con las defensas bajas. Empezó a marcharse, pero una voz desde el suelo dijo de pronto:

—¡Verdad!

Sobresaltada, Jasnah alzó la cabeza y su mirada encontró la de Shallan, quien, naturalmente, se ruborizó por completo.

Jasnah bajó los ojos hacia Patrón, que estaba en el suelo, luego volvió a adoptar su máscara de serenidad y se irguió en la postura adecuada en su asiento.

—¿Sí, niña?

—Yo... necesitaría unas esferas... —dijo Shallan—. Las de mi bolsillo se apagaron.

—¿Has estado moldeando? —preguntó Jasnah bruscamente.

—¿Qué? No, brillante. Prometí que no lo haría.

—Entonces es la segunda habilidad —dijo Jasnah—. Pasa y cierra la puerta. Tendría que hablar con el capitán Tozbek: el pestillo está roto.

Shallan entró y cerró la puerta, aunque el pestillo no encajó. Dio un paso adelante con las manos unidas, sintiéndose cohibida.

—¿Qué hiciste? —preguntó Jasnah—. Supongo que tuvo que ver con la luz.

—Fue como si hiciera aparecer plantas —contestó Shallan—. Bueno, en realidad solo el color. Uno de los marineros vio que la cubierta se teñía de verde, pero el tono desapareció cuando dejé de

pensar en las plantas.

—Sí... —dijo Jasnah. Hojeó uno de sus libros, hasta detenerse en una ilustración. Shallan la había visto antes: era tan antigua como el vorinismo. Diez esferas conectadas por líneas que creaban una forma parecida a un reloj de arena puesto de lado. Dos de las esferas en el centro casi parecían pupilas. El Doble Ojo del Todopoderoso—. Diez Esencias —dijo Jasnah en voz baja—. Diez potenciaciones. Diez órdenes. Pero ¿qué significa que los spren hayan decidido por fin devolvernos los juramentos? ¿Y cuánto tiempo me queda? No mucho. No mucho...

—¿Brillante? —preguntó Shallan.

—Antes de tu llegada, podía suponer que era una anomalía —dijo Jasnah—. Podía esperar que las potenciaciones no regresaran en gran número. Pero ya no me queda esa esperanza. Los crípticos te enviaron a mí, de eso no tengo ninguna duda, porque sabían que necesitabas formación. Eso me da esperanzas de que fuera al menos una de las primeras.

—No comprendo.

Jasnah alzó la cabeza hacia Shallan para mirarla intensamente a los ojos. Los suyos estaban enrojecidos por la fatiga. ¿Hasta qué hora se quedaba trabajando? Todas las noches, cuando Shallan se acostaba, todavía salía luz por debajo de la puerta de Jasnah.

—Para ser sincera —dijo Jasnah—, yo tampoco lo comprendo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Shallan—. Antes de entrar, parecías... angustiada.

Jasnah vaciló un momento.

—Solo he pasado demasiado tiempo con mis estudios. —Se volvió hacia uno de sus baúles y sacó una bolsa de tela oscura llena de esferas—. Coge estas. Te sugiero que mantengas las esferas contigo en todo momento, para que tu potenciación tenga oportunidad de manifestarse.

—¿Puedes enseñarme? —preguntó Shallan, aceptando la bolsa.

—No lo sé. Lo intentaré. En este diagrama, una de las potencias se muestra como Iluminación, el dominio de la luz. Por ahora preferiría que dedicaras tus esfuerzos en aprender esta absorción, en vez de a moldear almas. Es un arte peligroso, ahora más que antes.

Shallan asintió y se puso en pie. Sin embargo, vaciló antes de marcharse.

—¿Seguro que estás bien?

—Por supuesto. —Jasnah lo dijo demasiado rápido. La mujer parecía tranquila, controlada, pero también saltaba a la vista que estaba exhausta. La máscara se quebraba, y Shallaan podía ver la verdad.

«Está intentando tranquilizarme —advirtió Shallaan—. Me da una palmadita en la cabeza y me envía a la cama, como a una niña que despierta de una pesadilla».

—Estás preocupada —dijo, mirándola a los ojos.

La mujer se dio la vuelta. Empujó un libro sobre algo que se agitaba en su mesa, un pequeño spren púrpura. Miedospren. Solo uno, cierto, pero allí estaba.

—No... —susurró Shallaan—. No estás preocupada. Estás aterrorizada. —¡Padre Tormenta!

—No pasa nada, Shallaan. Solo necesito dormir un poco. Vuelve a tus estudios.

La joven se sentó en el taburete junto a la mesa de Jasnah. La otra mujer la miró, y Shallaan advirtió que la máscara se resquebrajaba un poco más. Malestar mientras fruncía los labios. Tensión en la forma en que sostenía la pluma, con el puño cerrado.

—Me dijiste que podía ser parte de esto —dijo Shallaan—. Jasnah, si te preocupa algo...

—Mi preocupación es la de siempre —respondió Jasnah, echándose hacia atrás en su silla—. Llegar demasiado tarde. Ser incapaz de hacer algo para impedir lo que viene... Estar intentando detener una alta tormenta soplando con fuerza contra ella.

—Los Portadores del Vacío. Los parshmenios.

—En el pasado, la Desolación, la llegada de los Portadores del Vacío, supuestamente siempre quedaba marcada por un regreso de los Heraldos para preparar a la humanidad —dijo Jasnah—. Entrenaban a los Caballeros Radiantes, cuyo número de miembros se incrementaba.

—Pero nosotros capturamos a los Portadores del Vacío. Y los esclavizamos —adujo Shallaan. Eso era lo que Jasnah postulaba, y ella estaba de acuerdo, tras haber hecho su investigación—. Así que piensas que viene una especie de revolución. Que los parshmenios se alzarán contra nosotros como hicieron en el pasado.

—Sí —asintió la dama, hojeando sus notas—. Y eso ocurrirá en

breve. Que tú resultes ser una absorbadora no me consuela, ya que me recuerda demasiado a lo sucedido antes. Pero entonces los nuevos caballeros tenían maestros que los entrenaban, una tradición de generaciones. Nosotros no tenemos nada.

—Los Portadores del Vacío están cautivos —dijo Shallan mirando a Patrón, que descansaba en el suelo, casi invisible, sin decir nada—. Los parshmenios apenas pueden comunicarse. ¿Cómo podrían orquestrar una revolución?

Jasnah tomó la hoja de papel que estaba estudiando y se la tendió a Shallan. Escrita de su puño y letra, era la narración de la esposa de un capitán de un ataque en las Llanuras Quebradas.

—Los parshendi pueden cantar en sincronía unos con otros, no importa la distancia que los separe —explicó Jasnah—. Tienen algún tipo de habilidad para comunicarse que no comprendemos. Solo puedo asumir que sus parientes los parshmenios también la tienen. Es posible que no necesiten oír una llamada a la acción para rebelarse.

Shallan leyó el informe, asintiendo lentamente.

—Tenemos que avisar a los demás, Jasnah.

—¿Crees que no lo he intentado? He escrito a eruditas y reyes de todo el mundo. La mayoría me considera una paranoica y no me ha prestado atención. Estas pruebas que tú has aceptado de buen grado, para ellos son endeble.

»Los fervorosos eran mi esperanza, pero sus ojos están nublados por la interferencia con la Hierocracia. Además, debido a mis creencias personales, los fervorosos se muestran escépticos ante cualquiera de mis afirmaciones. Mi madre quiere ver mi investigación, lo cual ya es algo. Mi hermano y mi tío puede que me crean, y por eso vamos a verlos. —Vaciló—. Pero hay otro motivo por el que vamos a las Llanuras Quebradas. Para encontrar pruebas que puedan convencer a todo el mundo.

—Urithiru —dijo Shallan—. ¿Es esa la ciudad que buscas?

Jasnah le dirigió otra mirada cortante. La antigua ciudad era algo que Shallan había conocido por primera vez cuando leyó en secreto las notas de su maestra.

—Todavía te ruborizas demasiado fácilmente cuanto te ves cara a cara con alguien —advirtió Jasnah.

—Lo siento.

—Y pides disculpas demasiado fácilmente también.

—Yo... ¿he de indignarme?

Jasnah sonrió y recogió la representación del Doble Ojo. Lo miró.

—Hay un secreto oculto en algún lugar de las Llanuras Quebradas. Un secreto acerca de Urithiru.

—¡Me dijiste que la ciudad no estaba allí!

—Y es así. Pero el camino hacia ella tal vez se encuentre allí. — Los labios de Jasnah se tensaron—. Según la leyenda, solo un Caballero Radiante podría abrir el camino.

—Por fortuna, conocemos a dos de ellos.

—Una vez más: tú no eres una Radiante, ni yo tampoco. El hecho de que podamos reproducir algunas de sus habilidades tal vez no importe. Carecemos de sus tradiciones y de su conocimiento.

—Estamos hablando del posible fin de la civilización misma, ¿no es así? —preguntó Shallan en voz baja.

Jasnah vaciló.

—Las Desolaciones —dijo Shallan—. Sé muy poco, pero las leyendas...

—Después de cada una de ellas, la humanidad quedó rota. Grandes ciudades en cenizas, la industria aplastada. En todos los casos, el conocimiento y el desarrollo se redujeron a un estado casi prehistórico: hicieron falta siglos de reconstrucción para devolver la civilización a lo que había sido antes. —Vaciló—. Ojalá me equivoque.

—Urithiru —murmuró Shallan. Intentó no hacer más preguntas, sino llegar a la respuesta a través del razonamiento—. Dijiste que la ciudad era una base o el hogar de los Caballeros Radiantes. No había oído hablar de ella antes de que me lo comentaras, y puedo suponer que no se cita comúnmente en la literatura. Tal vez sea una de las cosas cuyo conocimiento suprimió la Hierocracia.

—Muy bien —asintió Jasnah—. Aunque creo que su conocimiento había empezado a perderse en la leyenda incluso antes, la intervención de la Hierocracia no ayudó.

—Así pues, si existió antes de la Hierocracia, y si el camino hacia ella estaba conectado con la caída de los Radiantes... entonces podría contener registros que no hayan pasado por las manos de las eruditas modernas. Datos inalterados sobre los

Portadores del Vacío y la potenciación. —Shallan se estremeció—. Este es el verdadero motivo de nuestro viaje a las Llanuras Quebradas.

A pesar de su cansancio, Jasnah sonrió.

—Muy bien. Mi estancia en el Palaneo fue muy útil, pero también muy decepcionante en algunos aspectos. Aunque confirmé mis sospechas sobre los parshmenios, también descubrí que muchos de los archivos de la gran biblioteca tenían los mismos signos de manipulación que otros que había leído. Esta «limpieza» de la historia, eliminando referencias directas a Urithiru o los Radiantes porque eran un engorro para el vorinismo resulta irritante. ¡Y la gente me pregunta por qué mi hostilidad hacia la Iglesia! Necesito fuentes primarias. Y luego están las historias, en las que me atrevo a creer, que dicen que Urithiru era sagrada y estaba protegida de los Portadores del Vacío. Tal vez fuera un deseo absurdo, pero en el fondo de mi mente erudita me gustaría que algo así fuera cierto.

—¿Y los parshmenios?

—Intentaremos convencer a los alezi para que se libren de ellos.

—No es tarea fácil.

—De hecho, es casi imposible —dijo Jasnah, poniéndose en pie. Empezó a guardar sus libros, introduciéndolos en su baúl impermeable—. Los parshmenios son los esclavos perfectos: dóciles y obedientes. Nuestra sociedad se ha vuelto demasiado dependiente de ellos. Los parshmenios no necesitarían recurrir a la violencia para sumirnos en el caos, aunque estoy segura de que eso es lo que va a suceder: simplemente, podrían marcharse. Eso causaría una crisis económica.

Cerró el baúl después de sacar un libro y se volvió hacia Shallan.

—Si no consigo más pruebas, me será imposible convencer a todo el mundo de mis hipótesis. Aunque mi hermano me escuche, no tiene autoridad para obligar a los altos príncipes a librarse de sus parshmenios. Y, con toda sinceridad, temo que mi hermano no sea lo bastante valiente para arriesgarse al colapso que podría causar expulsarlos.

—Pero si se vuelven contra nosotros, el colapso se producirá de todas formas.

—Sí —convino Jasnah—. Tú lo sabes y yo lo sé. Mi madre podría creerlo. Pero el riesgo de equivocarse es tan inmenso que...

bueno, necesitaremos pruebas. Pruebas abrumadoras e irrefutables. Así que tendremos que encontrar la ciudad. Y daremos con ella a toda costa.

Shallan asintió.

—No quiero echar todo ese peso sobre tus espaldas, niña —dijo Jasnah, sentándose de nuevo—. Sin embargo, admito que es un alivio hablar de estas cosas con alguien que no me desafía a cada paso.

—Lo lograremos, Jasnah. Viajaremos a las Llanuras Quebradas y encontraremos Urithiru. Conseguiremos las pruebas y convenceremos a los demás para que nos hagan caso.

—Ah, el optimismo de la juventud —dijo Jasnah—. También es agradable oírlo de vez en cuando. —Le tendió el libro a su pupila—. Entre los Caballeros Radiantes, había una orden conocida como los Tejedores de Luz. Sé muy poco de ellos, pero de todas las fuentes que he leído, esta es la que contiene más información.

Shallan cogió el libro ansiosamente. *Palabras radiantes*, rezaba el título.

—Adelante —dijo Jasnah—. Léelo.

Shallan la miró.

—Dormiré —prometió Jasnah con una sonrisa asomando a sus labios—. Y deja de comportarte como mi madre. Ni siquiera le permito a Navani hacerlo.

Shallan suspiró, asintió y salió de la habitación de Jasnah. Patrón la siguió: se había mantenido en silencio durante toda la conversación. Cuando ella entró en su camarote, se sintió mucho más desanimada que al salir. No podía olvidar el terror pintado en los ojos de su maestra. Jasnah Kholin no debería temer nada, ¿no?

Shallan se metió en el camastro con el libro que le habían dado y la bolsa de esferas. Una parte de su ser estaba ansiosa por comenzar, pero se sentía agotada, le pesaban los párpados. Se había hecho muy tarde. Si empezaba el libro en ese momento...

Tal vez sería mejor descansar esa noche y empezar los estudios al día siguiente, después de haber descansado. Depositó el libro sobre la mesita junto a la cama, se enroscó, y dejó que el bamboleo del barco la arrullara.

Despertó entre gritos, chillidos y humo.



No estaba preparada para la pena que conllevó la pérdida, como una lluvia inesperada, caída de un cielo despejado sobre mí. La muerte de Gavilar años atrás fue abrumadora, pero esto... esto casi me aplastó.

Del diario de Navani Kholin, Jesesach 1174

Todavía medio dormida, Shallan sintió pánico. Se levantó del camastro y derribó sin querer el cuenco de esferas casi agotadas. Aunque usaba cera para mantenerlo en su sitio, el manotazo lo soltó y envió las esferas dando tumbos por todo el camarote.

El olor a humo era fuerte. Shallan corrió hacia la puerta, despeinada, con el corazón desbocado. Al menos se había quedado dormida con la ropa puesta. Abrió la puerta.

Tres hombres ocupaban el pasillo, de espaldas a ella, sujetando antorchas.

Antorchas en las que chispeaban llamas pren que bailaban en torno al fuego. ¿Quién traía llamas al descubierto a un barco? Shallan se detuvo, confusa.

Los gritos procedían de la cubierta superior, y parecía que no había ningún incendio en la nave. Pero ¿quiénes eran esos hombres? Llevaban hachas y se concentraban en el camarote de Jasnah, que estaba abierto.

Unas figuras se movían en el interior. En un petrificado momento de horror, uno de los hombres arrojó algo al suelo ante los demás, quienes se apartaron para hacerle sitio.

Un cuerpo con una fina bata, los ojos ciegos, la sangre brotando del pecho. Jasnah.

—Asegúrate —dijo uno de los hombres.

El otro se arrodilló y clavó un cuchillo largo y fino en el pecho de la mujer. Shallan oyó que golpeaba la madera del suelo bajo el cuerpo.

La joven gritó.

Uno de los hombres se volvió hacia ella.

—¡Eh! —Era el tipo alto de cara afilada a quien Yalb había llamado el «novato». Shallan no reconoció a los otros hombres.

Superando de algún modo el terror y la incredulidad, Shallan cerró la puerta y echó el cerrojo con dedos temblorosos.

¡Padre Tormenta! ¡Padre Tormenta! Se apartó de la puerta cuando algo pesado golpeó el otro lado. No necesitaban el hacha. Unos cuantos golpes decididos con el hombro derribarían la hoja.

Shallan retrocedió hacia el camastro y casi estuvo a punto de tropezar con las esferas que rodaban de un lado a otro con el movimiento del barco. El estrecho ventanuco cerca del techo, demasiado pequeño para pasar a través de él, revelaba solo la oscuridad de la noche. En cubierta continuaban los gritos, los pasos sobre la madera.

Shallan tembló, aturdida todavía. Jasnah...

—Espada —dijo una voz. Patrón, colgando de la pared junto a ella—. Mmm... La espada...

—¡No! —gritó Shallan, con las manos en las sienes y los dedos entre sus cabellos. ¡Padre Tormenta! Estaba temblando.

Una pesadilla. ¡Era una pesadilla! No podía ser...

—Mmm... Lucha...

—¡No! —Shallan sintió que respiraba demasiado agitadamente mientras los hombres seguían intentando derribar la puerta. No estaba preparada para esto. No estaba preparada.

—Mmm... —dijo Patrón con aire insatisfecho—. Mentiras.

—¡No sé cómo usar las mentiras! —exclamó Shallan—. No he practicado.

—Sí. Sí... recuerda... la otra vez...

La puerta crujió. ¿Se atrevería Shallan a recordar? ¿Podía hacerlo siquiera? Una niña, jugando con un titilante patrón de luz...

—¿Qué hago? —preguntó.

—Necesitas la luz —dijo Patrón.

Algo en las profundidades de su memoria chispeó, algo con pinchos puntiagudos que no se atrevía a tocar. Necesitaba la luz tormentosa para insuflar la potenciación.

Se arrodilló junto al camastro y, sin saber exactamente lo que estaba haciendo, inhaló profundamente. La luz tormentosa abandonó las esferas que la rodeaban, derramándose sobre su cuerpo, convirtiéndose en una tormenta que rugía en sus venas. El camarote quedó a oscuras, negro como una caverna en las profundidades de la tierra.

La luz empezó a brotar de su piel como vapor de agua hirviendo. Iluminó el camarote con sombras titilantes.

—¿Ahora qué? —preguntó Shallan.

—Forma la mentira.

¿Qué significaba eso? La puerta volvió a crujir y en el centro de la hoja se abrió una gran raja.

Muerta de pánico, Shallan exhaló. La luz tormentosa brotó de ella en una nube; sintió casi como si pudiera tocarla. Notó su potencial.

—¡Cómo! —exigió.

—Haz la verdad.

—¡Eso no tiene sentido!

Shallan gritó cuando se abrió la puerta. Una nueva luz entró en el camarote, la luz de las antorchas, roja y amarilla, hostil.

La nube de luz tormentosa saltó de Shallan y de su cuerpo brotó más luminosidad para unirse a la primera y adoptar una vaga forma erguida. Era un borrón iluminado que se abrió paso entre los hombres y atravesó la puerta, agitando apéndices que podrían haber sido brazos. La propia Shallan, arrodillada junto al camastro, se hundió en las sombras.

Los ojos de los hombres se dirigieron a la forma brillante. Entonces, por fortuna, se dieron media vuelta para perseguirla.

Shallan se acurrucó contra la pared, temblando. El camarote estaba completamente oscuro. Arriba, se oían gritos de hombres.

—Shallan... —zumbó Patrón desde algún lugar en la oscuridad.

—Ve a mirar —dijo ella—. Dime qué está pasando en cubierta.

No sabía si él la había obedecido, ya que no producía ningún ruido al moverse. Tras unos instantes, Shallan se levantó. Las piernas le temblaban, pero consiguió mantenerse en pie.

Logró recuperarse. Eso era horrible, espantoso, pero nada, nada podía compararse con lo que había tenido que hacer la noche que murió su padre. Había sobrevivido entonces. Podría sobrevivir ahora.

Estos hombres podían pertenecer al mismo grupo que Kabsal, los asesinos que Jasnah temía. Finalmente la habían encontrado.

Oh, Jasnah...

Estaba muerta.

El duelo para más tarde. ¿Qué iba a hacer Shallan con el barco tomado por hombres armados? ¿Cómo iba a encontrar una vía de escape?

Salió al pasillo. Había poca luz allí, procedente de las antorchas de cubierta. Los gritos que oía se llenaban cada vez más de pánico.

—Matan —dijo de pronto una voz.

Shallan dio un respingo, aunque naturalmente era Patrón.

—¿Qué? —susurró.

—Hombres oscuros matan —dijo Patrón—. Marineros atados con cuerdas. Uno muerto, sangre roja. Yo... yo no comprendo...

«Oh, Padre Tormenta...». En cubierta, los gritos arreciaron, pero no se oía el roce de botas sobre la cubierta, ni el tintineo de las armas. Los marineros habían sido capturados. Al menos uno había muerto.

En la oscuridad, Shallan vio formas temblorosas y retorcidas que subían por la madera a su alrededor. Miedospren.

—¿Y los hombres que persiguieron mi imagen? —preguntó.

—Buscando en el agua —respondió Patrón.

Así que creían que había saltado por la borda. Con el corazón desbocado, Shallan se abrió paso hasta el camarote de Jasnah, esperando tropezar en cualquier momento con el cadáver de su maestra. No fue así. ¿La habían arrastrado hasta arriba?

Entró en el camarote y cerró la puerta. El pestillo estaba roto, así que acercó una caja para bloquearla.

Tenía que hacer algo. Palpó el camino hasta uno de los baúles de Jasnah, que los hombres habían abierto, desparramando las

ropas que contenía por el suelo. En el fondo encontró el compartimento oculto y lo abrió. La luz bañó de pronto el camarote. Las esferas eran tan brillantes que la deslumbraron y tuvo que apartar la mirada.

Patrón vibraba en el suelo junto a ella, temblando de preocupación. Shallan miró a su alrededor. El pequeño camarote era un revoltijo: ropas en el suelo, papeles diseminados por todas partes. El baúl con los libros de Jasnah había desaparecido. Demasiado reciente para haberse filtrado, la sangre formaba un charco en la cama. Shallan miró rápidamente hacia otro lado.

Un grito sonó de pronto en lo alto, seguido por un golpe. Los chillidos se hicieron más fuertes. Oyó que Tozbek suplicaba a los hombres que respetaran la vida de su esposa.

Todopoderoso bendito... los asesinos estaban ejecutando a los marineros uno por uno. Shallan tenía que hacer algo. Cualquier cosa.

Se volvió a mirar las esferas en el falso fondo, rodeadas de tela negra.

—Patrón —dijo—, vamos a moldear el fondo del barco y hundirlo.

—¡Qué! —La vibración de la criatura aumentó hasta producir un sonido zumbante—. Los humanos... los humanos... ¿Comen agua?

—La bebemos —respondió Shallan—, pero no podemos respirarla.

—Mmm... confundido... —dijo Patrón.

—El capitán y los demás han sido capturados y los están ejecutando. Lo mejor que puedo hacer es sembrar el caos.

Colocó las manos sobre las esferas y absorbió la luz inspirando bruscamente. Se sintió encendida por dentro, como si fuera a estallar. La luz era un ser vivo que intentaba abrirse paso a través de los poros de su piel.

—¡Enséñame! —gritó Shallan, mucho más fuerte de lo que pretendía. Aquella luz tormentosa la urgía a la acción—. He moldeado almas antes. ¡Debo hacerlo de nuevo! —La luz tormentosa salió por su boca mientras hablaba, como el aliento en un día de frío.

—Mmm... —dijo Patrón ansiosamente—. Intercederé. Mira.

—¿Mirar qué?

—¡Mira!

Shadesmar. La última vez que había ido a ese lugar, había estado a punto de morir. Pero no era un lugar. ¿O sí? ¿Acaso importaba eso?

Rebuscó en su memoria reciente el momento en que moldeó almas por última vez y convirtió sin querer un cuenco en sangre.

—Necesito una verdad.

—Ya has dado suficiente —dijo Patrón—. Ahora. Mira.

El barco desapareció.

Todo... se desvaneció. Las paredes, los muebles, todo se quebró, convirtiéndose en globos diminutos de esferas de cristal negro. Shallan se preparó para caer en el océano de aquellas perlas de cristal, pero en cambio se topó con suelo sólido.

Se encontraba en un lugar donde el cielo era negro y el sol brillaba diminuto y lejano. El suelo bajo sus pies reflejaba la luz. ¿Obsidiana? Por todas partes el cielo mostraba la misma negrura. Cerca de ella, las esferas (parecidas a las que contenían luz tormentosa, pero oscuras y pequeñas) rebotaban hasta detenerse en el suelo.

Unos árboles, como cristal brillante, se arracimaban aquí y allá. Las ramas eran delgadas y vítreas, sin hojas. Unas lucecitas colgaban en el aire, llamas sin sus velas. «Personas —advirtió ella—. Cada una es la mente de una persona, reflejada aquí en el Reino Cognitivo». Otras luces más pequeñas se congregaban en torno a sus pies, docenas y docenas de ellas, pero eran tan pequeñas que apenas alcanzaba a distinguirlas. «¿Las mentes de los peces?».

Se dio la vuelta y se encontró cara a cara con una criatura que tenía un símbolo por cabeza. Sobresaltada, dejó escapar un grito y retrocedió de un salto. Estas cosas... la habían acosado... la...

Era Patrón. Alto y delgado, pero ligeramente difuso, translúcido. En la compleja estructura de su cabeza, con sus afiladas líneas y sus geometrías imposibles, no parecía haber ojos. Tenía las manos a la espalda y llevaba una túnica que parecía demasiado rígida para ser tela.

—Ve —dijo—. Elige.

—¿Elegir qué? —preguntó ella, mientras la luz tormentosa brotaba de sus labios.

—Tu barco.

Él no tenía ojos, pero a Shallan le pareció que podía seguir su mirada hacia una de las pequeñas esferas del suelo vidrioso. La cogió, y se repente recibió la impresión de un barco.

El *Placer del Viento*. Un barco que había sido atendido, amado. Había transportado a sus pasajeros durante años y años, propiedad de Tozbek y de su padre antes que él. Un barco viejo, pero no antiguo, aún digno de confianza. Un barco orgulloso. Allí se manifestaba como una esfera.

Podía pensar. El barco podía pensar. O... bueno, reflejaba los pensamientos de la gente que servía a bordo, lo conocía o pensaba en él.

—Necesito que cambies —le susurró Shallan, acunando la perla entre las manos. Era demasiado pesada para su tamaño, como si toda la masa del navío hubiera sido comprimida en esta perla concreta.

—No —fue la respuesta, aunque fue Patrón quien habló—. No, no puedo. Debo servir. Estoy feliz.

Shallan lo miró.

—Intercederé —repitió Patrón—. Traduzco... No estás preparada.

Shallan miró de nuevo la perla que tenía en las manos.

—Tengo luz tormentosa. En cantidad. Te la daré.

—¡No! —La respuesta pareció furiosa—. Yo sirvo.

Realmente quería continuar siendo barco. Shallan podía sentirlo, su orgullo, el refuerzo de años de servicio.

—Están muriendo —susurró.

—¡No!

—Tú sientes su muerte morir. Su sangre en tu cubierta. Una a una, las personas a las que sirven serán abatidas.

Ella misma lo notaba, lo veía en el barco. Estaban siendo ejecutados. Cerca, una de las velas que flotaban se desvaneció. Tres de los ocho cautivos habían muerto, aunque no sabía quiénes.

—Solo hay una posibilidad de salvarlos —dijo—. Y es cambiar.

—Cambiar —susurró Patrón por el barco.

—Si cambias, puede que escapen de los hombres malvados que los matan —susurró Shallan—. No es seguro, pero tendrán la oportunidad de nadar. De hacer algo. Puedes hacerles un último servicio, *Placer del Viento*. Cambia por ellos.

Silencio.

—Yo...

Otra luz se desvaneció.

—Cambiaré.

Sucedió en un frenético segundo: la luz tormentosa manó de Shallan. Oyó crujidos lejanos del mundo físico mientras extraía tanta luz de las gemas cercanas que estas se rompieron.

Shadesmar desapareció.

Se encontró de vuelta en el camarote de Jasnah.

El suelo, las paredes y el techo se convirtieron en agua.

Shallan cayó a las heladas profundidades negras. Se debatió en el agua, sus movimientos lastrados por el vestido. A su alrededor se hundían los artefactos corrientes de la vida humana.

Frenética, buscó la superficie. Al principio, tuvo la vaga idea de nadar y ayudar a desatar a los marineros, si estaban amarrados. En ese momento, sin embargo, se encontró desesperada por encontrar el camino hasta la superficie.

Como si la oscuridad misma hubiera cobrado vida, algo se envolvió a su alrededor.

Y la arrastró más hacia las profundidades.



No pretendo esgrimir mi pena como excusa, sino como explicación. Tras enfrentarse a una pérdida inesperada, la gente actúa de manera extraña. Aunque Jasnah había estado alejada algún tiempo, su pérdida fue una sorpresa. Como muchos, yo pensaba que era inmortal.

Del diario de Navani Kholin, Jesesach 1174

El familiar roce de la madera mientras el puente se deslizaba hasta encajar en su sitio. El golpeteo de los pies al unísono, primero un sonido plano sobre la piedra, luego el rumor de las botas sobre la madera. Las llamadas lejanas de los exploradores, anunciando que todo estaba despejado.

A Dalinar, le resultaban familiares los sonidos de una incursión en las mesetas, unos sonidos que antaño había anhelado. Se impacientaba entre incursiones, ansiando la oportunidad de abatir a los parshendi con su hoja esquirrada, de ganar riquezas y reconocimiento.

Ese Dalinar intentaba cubrir su vergüenza, la vergüenza de yacer sumido en un estupor borracho mientras su hermano se enfrentaba a un asesino.

El escenario de una incursión en la meseta era uniforme: rocas peladas e irregulares, casi todas del mismo color pardo que la

superficie de piedra en la que se encontraban, rotas solamente por el ocasional racimo de rocabrotes cerrados. Incluso estos, como su nombre daba a entender, podían confundirse con rocas. Solo había más de lo mismo hasta más allá del horizonte, y todo lo que uno traía consigo, todo lo humano, quedaba empequeñecido por la enormidad de estas interminables llanuras rotas y los letales abismos.

A lo largo de los años, habían aprendido esta actividad de memoria: marchar bajo aquel sol blanco como acero derretido. Cruzar sima tras sima. Con el tiempo, las incursiones habían dejado de ser algo que se esperaba con ansia para convertirse en una obligación insistente. Por Gavilar y la gloria, sí, pero sobre todo porque ellos (y el enemigo) estaban allí. Y esto era lo que hacías.

Los olores de una incursión en las mesetas eran los de una gran quietud: piedra cocida, crem reseco, vientos recios.

Más recientemente, Dalinar había acabado por detestar las incursiones. Era una frivolidad, una pérdida de vidas. No se trataba de cumplir el Pacto de la Venganza, sino de avaricia. Muchas gemas corazón aparecían en las mesetas cercanas, al alcance. Pero eso no saciaba a los alezi: tenían que llegar más lejos, realizar ataques que costaban cada vez más caros.

Ante él, los hombres del alto príncipe Aladar luchaban en una meseta. Habían llegado antes que el ejército de Dalinar, y el conflicto era el reflejo de una historia familiar. Hombres contra parshendi, luchando en una línea sinuosa, cada ejército intentando hacer retroceder al otro. Los humanos podían reclutar a muchos más hombres que los parshendi, pero los parshendi podían llegar a las mesetas mucho más velozmente y asegurarlas con rapidez.

Los cadáveres dispersos de los hombres de los puentes en la meseta, ante el abismo, eran una prueba del peligro que entrañaba el hecho de atacar a un enemigo atrincherado. Dalinar no dejó de advertir las sombrías expresiones de sus guardaespaldas mientras escrutaban a los muertos. Aladar, como la mayoría de los altos príncipes, usaba la filosofía de Sadeas en las incursiones de los puentes. Ataques rápidos y brutales en los que los hombres no eran más que un recurso que podía ser sacrificado. No siempre había sido así. En el pasado, los puentes los llevaban soldados con armaduras, pero el éxito provocó que todos imitaran la estrategia.

Los campamentos de guerra necesitaban un flujo constante de esclavos para alimentar al monstruo. Eso significaba que una plaga creciente de traficantes de esclavos y bandidos recorría las Montañas Irreclamadas comerciando con carne. «Otra cosa que tendré que cambiar», pensó Dalinar.

Aladar no luchaba personalmente, sino que había emplazado un centro de operaciones en una meseta adyacente. Dalinar señaló el estandarte ondeante y uno de sus grandes puentes mecánicos rodó hacia su posición. Tirados por chulls y llenos de marchas, palancas y levas, los puentes protegían a los hombres que los manejaban. Aunque también eran muy lentos. Dalinar esperó con paciencia autoimpuesta mientras los obreros bajaban el puente, extendiéndolo sobre el abismo que se abría entre la meseta donde se encontraba y la siguiente, donde ondeaba el estandarte de Aladar.

Cuando el puente estuvo colocado en posición y asegurado, sus guardaespaldas, guiados por uno de los oficiales ojos oscuros del capitán Kaladin, corrieron hacia él con las lanzas al hombro. Dalinar había prometido a Kaladin que sus hombres no tendrían que luchar excepto para defenderlo. En cuanto hubieron cruzado, Dalinar espoleó a *Galante* para que se pusiera en marcha y cruzara hasta la meseta de mando de Aladar. Dalinar se sentía demasiado liviano a lomos del semental: era la falta de hoja esquilada. En los muchos años que habían pasado desde que consiguió su equipo, nunca había ido a un campo de batalla sin él.

Hoy, sin embargo, no cabalgaba hacia la batalla... en realidad, no. Tras él ondeaba el estandarte personal de Adolin, que dirigía el grueso de los ejércitos de Dalinar para asaltar otra meseta donde ya estaban luchando los hombres de Aladar. Dalinar no envió ninguna orden respecto a cómo debería ser el asalto. Su hijo había sido bien entrenado, y estaba preparado para tomar el mando en el campo de batalla; naturalmente, con el general Khal a su lado para impartirle consejos.

Sí, a partir de entonces, Adolin dirigiría las batallas.

Dalinar cambiaría el mundo.

Cabalgó hacia la tienda de mando de Aladar. Desde su proclamación, esta era la primera incursión en las mesetas que exigía que los ejércitos trabajaran juntos. El hecho de que Aladar hubiera acudido tal como se le había ordenado y Roion no (aunque

la meseta que era su objetivo estaba más cerca del campamento de este último) era una victoria en sí misma. Un pequeño consuelo, pero Dalinar se contentaría con lo que pudiera.

Encontró al alto príncipe Aladar observando el campo de batalla desde un pequeño pabellón emplazado en una zona segura y elevada de la meseta. Una localización perfecta para un puesto de mando. Aladar era portador de esquirlada, aunque normalmente le dejaba su armadura y su espada a uno de sus oficiales durante las batallas, pues prefería dirigir las tácticas desde detrás de las líneas. Un portador experimentado podía ordenar mentalmente a su espada que no se disolviera cuando la soltaba, aunque, en una emergencia, Aladar podía llamarla hacia él, haciendo que desapareciera de las manos de su oficial en un abrir y cerrar de ojos, y apareciera luego en sus propias manos diez segundos más tarde. Prestar una esquirlada requería muchísima confianza por ambas partes.

Dalinar desmontó. Su caballo, *Galante*, miró reacio al palafrenero que intentó llevárselo, y Dalinar le palmeó el cuello.

—Estará bien, hijo —le dijo al palafrenero. La mayoría de los mozos de establos no sabían qué hacer con los caballos ryshadios.

Seguido por sus guardias del puente, Dalinar se reunió con Aladar, que estaba de pie en el borde de la meseta, contemplando el campo de batalla que se extendía ante él. Delgado y completamente calvo, su piel era más oscura que la de la mayoría de los alezi. Tenía las manos a la espalda, y llevaba un uniforme tradicional con una takama estilo faldón, aunque con una casaca moderna encima, a juego.

Era un estilo que Dalinar nunca había visto antes. Aladar también tenía un fino bigote y una perilla, de nuevo una elección poco convencional. Era lo suficientemente poderoso y célebre para elegir su propia moda, y lo hacía a menudo, creando tendencias.

—Dalinar —dijo Aladar, asintiendo con la cabeza—. Creí que ya no ibas a combatir en las incursiones de las mesetas.

—Y no voy a hacerlo —respondió Dalinar, señalando el estandarte de Adolin. Allí, los soldados cruzaban los puentes para unirse a la batalla. La meseta era tan pequeña que muchos de los hombres de Aladar tuvieron que retirarse para dejar paso, algo que sin duda ya convenía a sus intereses.

»Casi has perdido el día —recalcó Dalinar—. Menos mal que

tenías apoyo. —Allá abajo, las tropas de Dalinar restauraron el orden de batalla y se lanzaron contra los parshendi.

—Es posible —respondió Aladar—. Sin embargo, en el pasado resultaba victorioso en uno de cada tres ataques. Contar con apoyo significará que ganaré unos cuantos más, sin duda, pero también reduciré mis ganancias a la mitad. Suponiendo que el rey me asigne alguno. No estoy seguro de que a la larga sea positivo.

—Pero de esta manera se pierden menos hombres —señaló Dalinar—. Y las ganancias totales del ejército entero aumentarán. El honor de los...

—No me hables de honor, Dalinar. No puedo pagar a mis soldados con honor, y tampoco me sirve para impedir que los otros altos príncipes acaben conmigo. Tu plan favorece a los más débiles de los nuestros y perjudica a los que tienen éxito.

—Bien —replicó Dalinar—, para ti el honor carece de valor. Pero obedecerás, Aladar, porque tu rey así lo exige. Es el único motivo que necesitas. Harás lo que se te dice.

—¿Y si no?

—Pregúntale a Yenev.

Aladar reaccionó como si hubiera recibido una bofetada. Diez años antes, el alto príncipe Yenev se había negado a aceptar la unificación de Alezkar. Por orden de Gavilar, Sadeas lo retó a duelo. Y lo mató.

—¿Es una amenaza? —preguntó Aladar.

—Sí. —Dalinar se volvió a mirar a los ojos al otro hombre, más bajo que él—. Estoy harto de andarme con miramientos, Aladar. Estoy harto de pedir. Cuando uno desobedece a Elhokar, se burla de mi hermano y de aquello por lo que luchó. Tendré un reino unificado.

—Es gracioso. Me alegro de que menciones a Gavilar, ya que no unificó el reino con honor. Lo hizo con puñaladas por la espalda y soldados en el campo de batalla, cortando la cabeza de todo aquel que se opuso. ¿Vamos a volver de nuevo a eso, entonces? Esas cosas no acaban de casar con las bonitas palabras de tu precioso libro.

Dalinar apretó los dientes y se dio media vuelta para contemplar el campo de batalla. Su primer impulso fue decirle a Aladar que era un oficial a sus órdenes y reprenderlo por su tono. Tratarlo como a un recluta que necesita un correctivo.

Pero ¿y si Aladar se negaba a ceder? ¿Lo obligaría a obedecer? No tenía soldados para hacerlo.

Se sintió molesto, más consigo mismo que con su subordinado. Su propósito inicial no había sido luchar, sino hablar. Convencer. Navani tenía razón. Dalinar necesitaba algo más que palabras bruscas y órdenes militares para salvar su reino. Necesitaba lealtad, no temor.

Pero las tormentas se lo llevarán, ¿cómo? A lo largo de su vida, si había logrado persuadir a alguien de algo había sido mediante una espada o un puñetazo. Gavilar había sido siempre el de las palabras adecuadas, el que podía lograr que la gente escuchara.

Dalinar no estaba hecho para la política.

«La mitad de los muchachos de ese campo de batalla probablemente pensaban que no estaban hechos para convertirse en soldados, al principio —susurró una parte en su interior—. No puedes permitirte el lujo de fallar en esto. No te quejes. Cambia».

—Los parshendi presionan demasiado —dijo Aladar, dirigiéndose a sus generales—. Quieren expulsarnos de la meseta. Decid a los hombres que cedan un poco y les dejen perder su ventaja sobre el terreno: eso nos permitirá rodearlos.

Los generales asintieron y uno de ellos repitió las órdenes.

Dalinar contempló el campo de batalla con los ojos entornados, estudiándolo.

—No —intervino en voz baja.

El general dejó de dar las órdenes. Aladar miró a su superior.

—Los parshendi se disponen a retirarse —dijo Dalinar.

—Pues no lo parece.

—Quieren espacio para respirar —explicó Dalinar, interpretando el remolino del combate—. Casi han obtenido ya la gema corazón. Seguirán presionando, pero harán una rápida retirada en torno a la crisálida para conseguir tiempo para la recolecta final. Eso es lo que tienes que impedir.

Los parshendi avanzaron.

—Soy yo quien dirige este ataque —protestó Aladar—. Según tus reglas, tengo la última palabra sobre nuestras tácticas de combate.

—Yo solo observo —repuso Dalinar—. Hoy ni siquiera estoy al mando de mi propio ejército. Puedes decidir tu táctica, y no interferiré.

Aladar reflexionó un momento y luego maldijo en voz baja.

—Asumamos que Dalinar tiene razón. Preparad a los hombres para una retirada de los parshendi. Enviad una fuerza de choque a asegurar la crisálida, que debería estar casi abierta ya.

Los generales prepararon las nuevas órdenes y los mensajeros corrieron a transmitir las. Aladar y Dalinar, codo con codo, contemplaron el avance de los parshendi. Aquel cántico suyo flotaba sobre el campo de batalla.

Entonces se replegaron, cuidadosos como siempre para no pisar los cuerpos de los muertos. Preparados para esa estrategia, las tropas humanas se lanzaron tras ellos. Dirigidos por Adolin con su resplandeciente armadura, una fuerza de choque compuesta por soldados descansados se abrió paso entre las líneas parshendi y alcanzó la crisálida. Otros soldados humanos atravesaron la abertura que habían despejado, empujando a los parshendi hacia los flancos y convirtiendo su retirada en un desastre táctico.

En cuestión de minutos, los parshendi habían abandonado la meseta, huyendo a la desbandada.

—Maldición —dijo Aladar en voz baja—. Me da rabia que se te dé tan bien la estrategia.

Dalinar entornó los ojos, advirtiéndole que algunos de los parshendi en fuga se detenían en una meseta a poca distancia del campo de batalla. Esperaron allí, aunque la mayor parte de sus fuerzas continuó la retirada.

Dalinar pidió a uno de los servidores de Aladar que le entregara un catalejo y se concentró en ese grupo. Una figura se alzaba al borde de la meseta, ataviada con una armadura resplandeciente.

«El parshendi portador de esquirlada —pensó—. El de la batalla en la Torre. Estuvo a punto de matarme».

Dalinar apenas recordaba ese encuentro. Casi había perdido el conocimiento al final. Ese portador no había participado en la batalla. ¿Por qué? Sin duda con un portador de esquirlada podrían haber abierto antes la crisálida.

Una perturbadora sensación de incomodidad asaltó a Dalinar. Este hecho, el portador que permanecía a la espera, cambió su visión de la batalla. Creía haber sabido interpretar lo que estaba pasando. En ese momento se le ocurrió que las tácticas del enemigo podían ser más opacas de lo que había supuesto.

—¿Sigue alguno de ellos allí? —preguntó Aladar—. ¿Observando?

Dalinar bajó el catalejo y asintió.

—¿Han hecho eso antes en alguna batalla que hayas librado?

Dalinar negó con la cabeza.

Aladar reflexionó un instante y luego dio órdenes a sus hombres en la meseta para que permanecieran alerta, con exploradores apostados para vigilar un regreso por sorpresa de los parshendi.

—Gracias —añadió Aladar a regañadientes, volviéndose hacia Dalinar—. Tu consejo resultó provechoso.

—Confiaste en mí en la cuestión táctica —dijo Dalinar, volviéndose hacia él—. ¿Por qué no confías en mí en lo que es mejor para este reino?

Aladar lo estudió. Detrás, los soldados celebraban su victoria y Adolin arrancó la gema corazón de la crisálida. Otros se desplegaron por si se producía un nuevo ataque, pero no hubo ninguno.

—Ojalá pudiera, Dalinar —dijo Aladar finalmente—. Pero no es por ti. Es por los otros altos príncipes. Tal vez podría confiar en ti, pero nunca confiaré en ellos. Me estás pidiendo que arriesgue demasiado. Los otros me harían lo que te hizo Sadeas en la Torre.

—¿Y si pudiera convencer a los otros? ¿Y si pudiera demostrarte que son dignos de confianza? ¿Y si lograra cambiar la dirección de este reino, y de esta guerra? ¿Me seguirías entonces?

—No. Lo siento —respondió Aladar. Se dio media vuelta y pidió que le trajeran su caballo.

El viaje de regreso fue triste. Habían ganado la batalla, pero Aladar mantuvo la distancia. ¿Cómo era posible que Dalinar fuera competente en tantas cuestiones, y, sin embargo, no lograra convencer a hombres como Aladar? ¿Y qué significaba que los parshendi estuvieran cambiando de tácticas en el campo de batalla, sin utilizar a su portador de esquirlada? ¿Temían perder sus esquirlas?

Cuando, por fin, Dalinar regresó a su búnker en el campamento, después de ver a sus hombres y enviar un mensaje al rey, encontró una carta inesperada.

Mandó llamar a Navani para que le leyera las palabras. Aguardó en su estudio privado, contemplando la pared donde habían

marcado los extraños glifos. Los habían pintado y ocultado los arañazos, pero la mancha blanca de piedra susurraba.

«Sesenta y dos días».

Sesenta y dos días para encontrar una respuesta. Bueno, ya solo sesenta. No era mucho tiempo para salvar un reino, para prepararse para lo peor. Los fervorosos condenarían la profecía considerándola una broma pesada en el mejor de los casos, o una blasfemia en el peor. Predecir el futuro estaba prohibido. Era cosa de los Portadores del Vacío. Incluso los juegos de azar suscitaban desconfianza, pues incitaban a los hombres a buscar los secretos del porvenir.

Sin embargo, creía en aquellas palabras. Pues sospechaba que las había escrito él mismo.

Navani llegó y examinó la carta, luego empezó a leerla en voz alta. Resultó ser de un viejo amigo que iba a llegar pronto a las Llanuras Quebradas y que podía proporcionar una solución a los problemas de Dalinar.



Quiero pensar que si no hubiera estado abrumada por la pena, habría visto antes los peligros que se avecinaban. Sin embargo, con toda sinceridad, no estoy segura de que pudiera haberse hecho nada.

Del diario de Navani Kholin, Jesesach 1174

Kaladin dirigió la bajada al abismo, como era su derecho.

Usaron una escala de cuerda, igual que habían hecho en el ejército de Sadeas. Aquellas escalas eran un desastre, gastadas y manchadas de musgo, las tablas de madera maltratadas por demasiadas tormentas. Kaladin nunca había perdido un hombre a causa de aquellas escalas, pero cuando las usaba no las tenía todas consigo.

Esta escala, en cambio, era completamente nueva. Lo sabía con toda seguridad, ya que Rind, el intendente, se había rascado la cabeza ante la petición, y luego había construido una siguiendo las indicaciones de Kaladin. Era recia y bien hecha, como el ejército del propio Dalinar.

Kaladin llegó al fondo del abismo con un último salto. Syl bajó revoloteando y se posó en su hombro mientras él alzaba una esfera para escrutar el terreno. El broam de zafiro valía más que todo su salario como hombre del puente.

En el ejército de Sadeas, los abismos eran un destino frecuente para los hombres de los puentes. Kaladin seguía sin saber si el propósito era esquilmar todos los recursos posibles de las Llanuras Quebradas, o si realmente se trataba de encontrar algo trivial y humillante para que los hombres estuvieran entretenidos entre incursiones.

Sin embargo, el fondo de este abismo estaba intacto. No había senderos abiertos por las inundaciones causadas por las tormentas, no había mensajes a base de arañazos ni instrucciones en el líquen de las paredes. Como los otros abismos, este se abría como una vasija, más ancho en el fondo que en la agrietada parte superior, resultado del fluir de las aguas durante las altas tormentas. El suelo era relativamente llano, alisado por el sedimento endurecido de crem.

Mientras avanzaba, Kaladin tenía que abrirse paso sobre todo tipo de escombros: ramas rotas y troncos de árboles arrastrados por toda las Llanuras; caparazones rotos de rocabrotes; incontables marañas de enredaderas secas, retorcidas unas contra otras como ovillos olvidados.

Y cadáveres, naturalmente.

Un montón de cadáveres acababan en los abismos. Cada vez que los hombres perdían la batalla para apoderarse de una meseta, tenían que retirarse y dejar atrás a los caídos. ¡Tormentas! Sadeas a menudo dejaba atrás los muertos incluso cuando vencía, y a los hombres de los puentes los dejaba heridos, abandonados, aunque se les hubiera podido salvar.

Después de una alta tormenta, los muertos acababan allí, en los abismos. Y como las tormentas soplaban hacia el oeste, hacia los campamentos, los cadáveres eran arrastrados en esa dirección. A Kaladin le costaba trabajo moverse sin pisar los huesos enredados en la maleza acumulada en la base del abismo.

Se abrió paso con todo el respeto posible mientras Roca llegaba al fondo, murmurando en su lengua nativa. Kaladin no pudo decir si se trataba de una maldición o una plegaria. Syl saltó al aire y, trazando un arco, se abalanzó hacia el suelo. Allí tomó lo que él consideraba que era su verdadera forma, la de una mujer joven con un sencillo vestido que se convertía en bruma justo por debajo de las rodillas. Se posó en una rama y contempló un fémur que

sobresalía entre el musgo.

No le gustaba la violencia. Kaladin no estaba seguro, ni siquiera entonces, de que comprendiera la muerte. Hablaba como una niña que intentara entender algo más allá de su alcance.

—Qué caos —dijo Teft cuando llegó abajo—. ¡Bah! Este lugar no ha recibido ningún cuidado.

—Es una tumba —comentó Roca—. Estamos pisando una tumba.

—Todos los abismos son tumbas —dijo Teft, y su voz resonó en los fríos y húmedos confines—. Esto es solo una tumba desagradable.

—Es difícil encontrar una muerte que no lo sea, Teft —señaló Kaladin.

Teft gruñó y acto seguido empezó a saludar a los nuevos reclutas que iban llegando al fondo. Moash y Cikatriz vigilaban a Dalinar y sus hijos, que atendían un banquete de ojos claros. Kaladin se alegraba de poder evitarlo y precisamente por eso se había reunido con Teft allí abajo.

Se les unieron cuarenta hombres de los puentes, dos por cada cuadrilla reorganizada, que Teft estaba entrenando con la esperanza de que llegaran a ser buenos sargentos.

—Echad un vistazo, muchachos —les dijo Teft—. De aquí venimos. Por eso algunos nos llaman la orden del hueso. ¡Dad las gracias por no tener que pasar por todo lo que nosotros pasamos! Una alta tormenta nos podría haber barrido en cualquier momento. Ahora, con los guardianes de las tormentas de Dalinar Kholin para guiarnos, no correremos tanto riesgo... y nos quedaremos cerca de la salida por si acaso...

Kaladin se cruzó de brazos y contempló a Teft mientras este daba sus instrucciones al tiempo que Roca repartía lanzas de prácticas. Teft no llevaba ninguna, y aunque era más bajo que los demás hombres de los puentes que lo rodeaban, vestidos con sencillos uniformes de soldado, estos parecían profundamente intimidados por él.

«¿Qué otra cosa esperabas? —pensó Kaladin—. Son hombres de los puentes. Una brisa fuerte podría aplastarlos».

Con todo, Teft parecía completamente al mando. Se sentía cómodo. Esto era bueno. De algún modo... sí, era bueno.

Una serie de pequeños globos brillantes se materializó en torno a

la cabeza de Kaladin, spren con la forma de esferas doradas que correteaban de acá para allá. Se quedó sorprendido, mirándolas. Glorispren. Tormentas. Parecía que no los veía desde hacía años.

Syl saltó al aire y se unió a ellos, riendo y revoloteando alrededor de la cabeza de Kaladin.

—¿Te sientes orgulloso de ti mismo?

—De Teft —dijo Kaladin—. Es un líder.

—Pues claro. Tú le diste el cargo, ¿no?

—No —dijo Kaladin—. No se lo di. Él lo pidió. Vamos. Demos un paseo.

Ella asintió, flotó en el aire y se posó, con las piernas cruzadas como si estuviera recatadamente sentada en una silla invisible. Siguió flotando allí, moviéndose exactamente al paso de Kaladin.

—Ya veo que has renunciado de nuevo a toda pretensión de estar sometida a las leyes naturales.

—¿Leyes naturales? —dijo Syl, divertida por el concepto—. Las leyes son cosa de los hombres, Kaladin. ¡La naturaleza no las tiene!

—Si lanzo algo hacia arriba, cae.

—Excepto cuando no lo hace.

—Es una ley.

—No —dijo Syl, mirando hacia arriba—. Es más bien... como un acuerdo entre amigos.

Él la miró, alzando una ceja.

—Tenemos que ser coherentes —dijo ella, inclinándose hacia delante como si conspirara—. O se nos echará a perder el cerebro.

Él bufó y sorteó un montón de huesos y ramas perforados por una lanza. Cubierto todo de óxido, parecía un monumento.

—Oh, vamos —dijo Syl, sacudiéndose el pelo—. Eso ha merecido al menos una risa.

Kaladin siguió caminando.

—Un bufido no es una risa —dijo Syl—. Lo sé porque soy inteligente y razono. Ahora deberías hacer algo para halagarme.

—Dalinar Kholin quiere volver a fundar los Caballeros Radiantes.

—Sí —dijo Syl tranquilamente, flotando en la esquina de su visión—. Una idea genial. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí. —Sonrió con aire triunfal, pero luego frunció el ceño.

—¿Qué? —preguntó él, volviéndose a mirarla.

—¿Nunca te ha parecido injusto que los spren no puedan atraer a los spren? Debería tener algunos glorispren propios.

—Tengo que proteger a Dalinar —dijo Kaladin, haciendo caso omiso de su protesta—. No solo a él, sino a su familia, tal vez al propio rey. Aunque no conseguí impedir que alguien se colara en las habitaciones de Dalinar. —Seguía sin poder comprender cómo habían conseguido entrar. A menos que no hubiera sido una persona—. ¿Podría haber hecho un spren esos glifos en la pared? —Syl había transportado una hoja en una ocasión. Tenía forma física, aunque no mucha.

—No lo sé —dijo ella, mirando hacia un lado—. He visto...

—¿Qué?

—Spren como relámpagos rojos —dijo Syl en voz baja—. Spren peligrosos. Spren que no he visto antes. Los veo a lo lejos, a veces. ¿Tormentaspren? Algo peligroso se avecina. En ese sentido, los glifos tienen razón.

Él reflexionó durante un rato, hasta que por fin se detuvo a mirarla.

—Syl, ¿hay otros como yo?

El rostro de ella se volvió solemne.

—Oh.

—¿Oh?

—Oh, esa pregunta.

—¿La estabas esperando, entonces?

—Sí. Más o menos.

—Entonces has tenido tiempo de sobra para pensar una buena respuesta —dijo Kaladin, cruzando los brazos y apoyándose contra una zona de la pared más o menos seca—. Eso me lleva a preguntarme si has encontrado una explicación sólida o una mentira sólida.

—¿Mentir? —dijo Syl, escandalizada—. ¡Kaladin! ¿Qué te crees que soy? ¿Un críptico?

—¿Qué es eso?

Syl, todavía sentada en su asiento inexistente, se irguió y ladeó la cabeza.

—La verdad... la verdad es que no tengo ni idea. Hum.

—Syl...

—¡Hablo en serio, Kaladin! No lo sé. No lo recuerdo. —Se agarró

el cabello, un manojo de pelo blanco translúcido en cada mano, y tiró.

Él frunció el ceño. Señaló.

—Eso...

—Vi a una mujer hacerlo en el mercado —dijo Syl, tirando de nuevo—. Significa que estoy frustrada. Así que... ¡ay! De todas formas, no es que no quiera decirte lo que sé. ¡Sí que quiero! Es que... no sé lo que sé.

—Eso no tiene sentido.

—¡Pues imagina lo frustrante que es!

Kaladin suspiró y continuó avanzando por el abismo, dejando atrás charcos de agua estancada cubierta de restos. Un puñado de rocabrotes crecía a lo largo de una de las paredes. No debían recibir mucha luz allí abajo.

Inspiró profundamente los olores de la vida sobrecargada. Moho y musgo. La mayoría de los cuerpos que había allí eran solo hueso, aunque se apartó de una zona rebosante de las manchas rojas de los putrispren. Justo al lado, un grupo de florvolantes agitaba sus delicadas frondas parecidas a abanicos, y estas bailaban con motas verdes de vidaspren. Allí, en los abismos, la vida y la muerte se estrechaban la mano.

Exploró varios de los caminos que se abrían ante él. Le parecía extraño no conocer esta zona: se había aprendido los abismos cercanos al campamento de Sadeas mejor que el campamento mismo. Mientras caminaba, el abismo se volvió más profundo y la zona se hizo más amplia. Hizo unas cuantas marcas en la pared.

En una bifurcación encontró una zona despejada con pocos restos. Tomó nota, retrocedió, y marcó de nuevo la pared antes de seguir otra bifurcación. Al cabo de un rato, entraron en otro lugar donde el abismo daba paso a un espacio amplio y abierto.

—Venir aquí fue peligroso —dijo Syl.

—¿A los abismos? —preguntó Kaladin—. No habrá abismoides tan cerca de los campamentos.

—No. Me refiero a mí, a venir a este reino antes de encontrarte. Fue peligroso.

—¿Dónde estuviste antes?

—En otro lugar. Con montones de spren. No lo recuerdo bien... había luces en el aire. Luces vivas.

—Como vidaspren.

—Sí. Y no. Venir aquí implicaba un riesgo de muerte. Sin ti, sin una mente nacida en este reino, no podía pensar. Sola, fui otro vientospren más.

—Pero no eres un vientospren —dijo Kaladin, arrodillándose junto a un gran charco de agua—. Eres un honorspren.

—Sí —contestó Syl.

Kaladin cerró la mano en torno a su esfera, oscureciendo casi por completo el cavernoso lugar. Aunque era de día, aquella rendija de cielo quedaba muy lejos, inalcanzable.

Montículos de residuos arrastrados por las riadas se hundían en sombras que casi parecían volver a encarnarlos. Los montones de huesos adoptaban un aspecto de brazos flácidos, de cadáveres apilados uno sobre otro. En un instante, Kaladin lo recordó. Había cargado entre alaridos contra los arqueros parshendi. Sus amigos morían en las mesetas yermas, debatiéndose en su propia sangre.

El fragor de los cascos sobre la piedra. El incongruente cántico de lenguas extranjeras. Los gritos de los hombres, ojos claros y ojos oscuros por igual. Un mundo que no concedía ninguna importancia a los hombres de los puentes. Eran residuos. Desperdicios que arrojar a los abismos para que las riadas se los llevaran.

Este era su auténtico hogar, estos surcos en la tierra, estos lugares más bajos que ningún otro sitio. Mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra, los recuerdos de muerte remitieron, aunque nunca podría librarse del todo de ellos. Llevaría para siempre esas cicatrices en la memoria igual que las otras muchas que llevaba en la piel. Como las que tenía en la frente.

El charco que había delante brillaba con un intenso color violeta. Lo había advertido antes, pero con la luz de la esfera resultaba más difícil verlo. En ese momento, en la penumbra, el charco revelaba su extraño resplandor.

Syl aterrizó a un lado del charco, como una mujer que espera en la orilla del océano. Kaladin frunció el ceño, se agachó para inspeccionarla con más atención. Parecía... diferente. ¿Su cara había cambiado de forma?

—Hay otros como tú —susurró Syl—. No los conozco, pero sé que otros spren intentan, a su modo, recuperar lo que se perdió.

Lo miró, y su cara había adoptado su forma familiar. El fugaz

cambio había sido tan sutil que Kaladin no supo si lo había imaginado.

—Soy el único honorspren que ha venido —dijo Syl—. Yo... — Parecía estar esforzándose por recordar—. Estaba prohibido. Pero vine de todas formas. A buscarte.

—¿Me conocías?

—No. Aunque sabía que te encontraría. —Sonrió—. Estuve un tiempo con mis primos, buscando.

—Los vientospren.

—Sin el vínculo, soy básicamente uno de ellos —dijo—. Aunque ellos no tienen la capacidad de hacer lo que nosotros hacemos. Y lo que nosotros hacemos es importante. Tan importante que lo dejé todo, desafiando al Padre Tormenta, para venir. Tú lo viste. En la tormenta.

A Kaladin se le erizó el vello de los brazos. En efecto, había visto a un ser en la tormenta. Un rostro tan enorme como el cielo mismo. Fuera lo que fuese (spren, Herald, o Dios) no había aplacado sus tormentas para Kaladin durante aquel día que había pasado hecho un manojo de nervios.

—Somos necesarios, Kaladin —dijo Syl en voz baja. Le hizo un gesto para que se acercara, y él extendió la mano hacia la orilla del diminuto océano violeta que brillaba suavemente en el abismo. Ella subió a la mano, y él se levantó, alzándola.

Syl subió por sus dedos y Kaladin notó un leve peso, algo poco habitual. Volvió la mano mientras ella ascendía hasta que se encaramó en un dedo, con las manos a la espalda, y lo miró a los ojos mientras él se acercaba el dedo a la cara.

—Tú —dijo Syl—. Vas a tener que convertirte en lo que Dalinar Kholin está buscando. No dejes que busque en vano.

—Me lo quitarán, Syl —susurró Kaladin—. Encontrarán un modo de apartarte de mí.

—Eso es una tontería. Lo sabes.

—Lo sé, pero no lo siento así. Me hicieron pedazos, Syl. No soy lo que crees que soy. No soy un Radiante.

—No es eso lo que vi en el campo de batalla, tras la traición de Sadeas, cuando los hombres estaban atrapados, abandonados —repuso ella—. Ese día vi a un héroe.

Él la miró a los ojos. Tenía pupilas, aunque las creaban

solamente los diferentes tonos de blanco y azul, como el resto de su ser. Brillaba más suavemente que la más débil de las esferas, pero esa luz bastaba para iluminar su dedo. Ella sonrió, como si confiara plenamente en él.

Al menos uno de los dos lo hacía.

—Lo intentaré —susurró Kaladin. Una promesa.

—¿Kaladin? —Era la voz de Roca, con su claro acento comecuernos. Acentuaba la última sílaba, no la primera.

Syl saltó del dedo de Kaladin, convirtiéndose en un trazo de luz y revoloteó hacia Roca. Él le mostró sus respetos al estilo comecuernos, tocándose los hombros por turno con una mano, y luego llevándose la mano a la frente. Ella soltó una risita: su profunda solemnidad se había convertido en alegría infantil en unos instantes. Syl podía ser solamente prima de los vientospren, pero obviamente compartía su naturaleza traviesa.

—Hola —saludó Kaladin, y rebuscó en el charco. Sacó uno de los broams de amatista y lo alzó. En algún lugar allá arriba, en las Llanuras, un ojos claros había muerto con ese objeto en el bolsillo —. Riquezas, si aún fuéramos hombres de los puentes.

—Seguimos siendo hombres de los puentes —replicó Roca, acercándose. Le quitó la esfera de las manos—. Y esto siguen siendo riquezas. ¡Ja! ¡Las especias que quieren que requisemos son *tuma'alki*! He prometido no preparar bazofia para los hombres, pero es difícil, porque los soldados están acostumbrados a eso. —Alzó la esfera—. La utilizaré para comprar cosas mejores, ¿de acuerdo?

—Claro —dijo Kaladin. Syl se posó en el hombro de Roca y se convirtió en una mujer joven, luego se sentó.

Roca la miró y trató de hacer una reverencia a su propio hombro.

—Deja de atormentarlo, Syl —dijo Kaladin.

—¡Es tan divertido!

—Te alabamos por ayudarnos, *mafah'liki* —le dijo Roca—. Pídeme lo que quieras y lo haré. Y ahora que soy libre, puedo crear un altar adecuado para ti.

—¿Un altar? —dijo Syl, abriendo mucho los ojos—. Ooooh.

—¡Syl! —dijo Kaladin—. Basta. Roca, he visto un buen lugar para que los hombres practiquen. Queda a un par de bifurcaciones más atrás. Marqué las paredes.

—Sí, lo hemos visto —respondió Roca—. Teft ha llevado allí a los hombres. Es extraño. El lugar es aterrador, todo el mundo lo evita, y, sin embargo, los nuevos reclutas...

—Se están adaptando —dedujo Kaladin.

—Sí. ¿Cómo sabías que iba a suceder esto?

—Estaban aquí, en el campamento de Sadeas, cuando nos asignaron trabajo exclusivo en los abismos. Vieron lo que hicimos, y han oído historias de nuestro entrenamiento aquí. Al traerlos, los estamos invitando a unirse a nosotros, como una iniciación.

A Teft le había costado que los antiguos hombres de los puentes mostraran interés en su instrucción. El viejo soldado siempre expresaba su malestar. Pero habían insistido en quedarse con Kaladin en vez de marcharse libremente, ¿así que por qué no iban a aprender?

Había que invitarlos. Y no solo con palabras.

—Sí, bueno —dijo Roca—. Sigzil me envía. Desea saber si estás preparado para poner en práctica tus habilidades.

Kaladin inspiró profundamente, miró a Syl, y asintió.

—Sí. Tráelo. Podemos hacerlo aquí.

—¡Ja! Por fin. Voy a por él.



SEIS AÑOS ANTES

El mundo terminó, y Shallan tuvo la culpa.

—Finge que no ha sucedido nunca —susurró su padre. Limpió algo húmedo de su mejilla. El pulgar se le tiñó de rojo—. Yo te protegeré.

¿Temblaba la habitación? No, era Shallan. Se estremecía. Se sentía muy pequeña. Antes le había parecido que con once años era ya mayor. Pero era una niña, una niña todavía. Muy pequeña.

Miró a su padre, temblando. No podía parpadear. Tenía los ojos completamente abiertos.

Su padre empezó a susurrar, espantando las lágrimas.

—En profundos abismos tranquila descansa, la oscuridad muy pronto te alcanza...

Una nana familiar, la que siempre le cantaba. En la habitación, tras él, los oscuros cadáveres permanecían tendidos en el sueño. Una alfombra roja antes blanca.

—Aunque rocas y miedo ahora te acunen, duerme ya mi niña, la más dulce.

Su padre la cogió en brazos y ella sintió que se le erizaba la piel. No. No, este afecto no estaba bien. Un monstruo no tendría que ser amado. Un monstruo que mataba, que asesinaba. No.

No pudo moverse.

—Viene la tormenta, desde lejos sopla, pero tú descansa que no estás sola...

Su padre pasó por encima del cadáver de la mujer vestida de azul y oro. Había poca sangre. De hecho era el hombre quien sangraba. Mamá yacía boca abajo, así que Shallan no podía verle los ojos. Los horribles ojos.

Shallan casi podía imaginar que la nana era el final de una pesadilla. Que era de noche, que se había despertado llorando y su padre le cantaba para que durmiera...

—Los bellos cristales sublimes brillarán, también mi pequeña ha de descansar.

Pasaron junto a la caja fuerte de la pared. Brillaba con fuerza, y la luz escapaba por las rendijas en torno a la puerta cerrada. Dentro había un monstruo.

—Y con esta canción, pronto verás que enseguida te dormirás.

Con Shallan en brazos, su padre salió de la habitación y cerró la puerta, dejando atrás los cadáveres.





Pero, como es lógico, estábamos concentrados en Sadeas. Su traición era aún reciente, y yo veía sus señales cada día cuando pasaba ante los barracones vacíos y las viudas que sollozaban. Sabíamos que Sadeas no se contentaría con esta matanza. Habría más.

Del diario de Navani Kholin, Jesesach 1174

Shallan despertó casi completamente seca, tendida en una roca irregular que brotaba del océano. Las olas le lamían los pies, aunque como los tenía entumecidos apenas lo notaba. Gimió, alzando la mejilla del granito mojado. Había tierra cerca, y la marea sonaba contra ella con un grave rugido. En la otra dirección se extendía solamente el infinito mar azul.

Tenía frío y le dolía la cabeza como si se la hubiera golpeado una y otra vez contra una pared, pero había sobrevivido. No sabía cómo. Alzó la mano, se frotó la sal pegada en la frente y tosió entrecortadamente. El pelo se le adhería a los lados de la cara y tenía el vestido manchado de agua y algas.

«¿Cómo...?».

Entonces lo vio, un gran caparazón marrón en el agua, casi invisible mientras se dirigía al horizonte. El santhid.

Se puso en pie con dificultad, agarrándose a la afilada punta de su asidero de roca. Aturdida, contempló a la criatura hasta que desapareció.

Algo zumbó a su lado. Patrón tomó su forma habitual en la superficie del revuelto mar, translúcido como si él mismo fuera una ola.

—¿Lo...? —Shallan tosió, carraspeó, gimió y se sentó en la roca —. ¿Lo ha logrado alguien más?

—¿Lograrlo? —preguntó Patrón.

—Otra gente. Los marineros. ¿Escaparon?

—No es seguro —dijo Patrón, con su voz zumbante—. El barco... Desapareció. Entre salpicaduras. Nada vi.

—El santhid. Me rescató.

¿Cómo había sabido hacerlo? ¿Eran inteligentes? ¿Era posible que de algún modo se hubiera comunicado con él? ¿Había perdido una oportunidad para...?

Casi se echó a reír al darse cuenta de la dirección que tomaban sus pensamientos. Había estado a punto de ahogarse, Jasnah estaba muerta, la tripulación del *Placer del Viento* probablemente había sido asesinada o se la había tragado el mar. ¿Y en vez de llorar por ellos o maravillarse por haber salvado la vida, Shallan se dedicaba a hacer especulaciones eruditas?

«Esto es lo que haces —la acusó una parte de sí misma enterrada profundamente—. Te distraes. Te niegas a pensar en las cosas que te trastornan».

Era así como lograba sobrevivir.

Se rodeó con sus brazos para entrar en calor en su pedestal y contempló el océano. Tenía que enfrentarse a la verdad. Jasnah estaba muerta.

Jasnah estaba muerta.

Quiso llorar. Una mujer tan inteligente, tan sorprendente, había... desaparecido sin más. Jasnah había intentado salvarlos a todos, proteger al mundo. Y la habían matado por ello. La rapidez con que había sucedido todo la había dejado aturdida, y por eso Shallan permaneció allí sentada, helada y temblorosa, contemplando el océano. Tenía la mente tan entumecida como los pies.

Refugio. Necesitaba refugio... algo. Pensar en los marineros, en

la investigación de Jasnah, eran preocupaciones mucho menos inmediatas. Shallan estaba varada en una zona de la costa completamente deshabitada, en unas tierras que se congelaban durante la noche. En el rato que había permanecido allí sentada, la marea se había retirado lentamente, y la franja que la separaba de la orilla no era tan ancha como antes. Era una suerte, ya que no sabía nadar.

Se obligó a ponerse en movimiento, aunque alzar las extremidades fue como intentar levantar un tronco caído. Apretó los dientes y se deslizó hasta el agua. Notó la mordedura del frío. No estaba completamente entumecida, entonces.

—¿Shallan? —preguntó Patrón.

—No podemos quedarnos aquí sentados —dijo Shallan, aferrándose a la roca y sumergiéndose en el agua. Sus pies rozaron roca debajo y se atrevió a soltarse, medio nadando torpemente mientras se dirigía a tierra.

Probablemente se tragó la mitad del agua de la bahía mientras chapoteaba en las gélidas olas hasta que finalmente pudo caminar. Con el pelo y el vestido chorreando, tosió y llegó dando tumbos a la orilla arenosa, donde cayó de rodillas. El suelo estaba cubierto de algas de una docena de variedades que se retorcían bajo sus pies, apartándose, lodosas y resbaladizas. Cremlinos y cangrejos más grandes correteaban en todas direcciones, algunos haciendo sonidos chasqueantes en su dirección, como para ahuyentarla.

Aturdida, pensó que una prueba de su cansancio era que, antes de dejar la roca, ni siquiera había tenido en cuenta los depredadores marinos sobre los que había leído: una docena de diferentes tipos de grandes crustáceos que habrían estado encantados de tener una pierna que arrancar y morder. Un grupo de miedospren púrpuras, parecidos a babosas, empezaron de pronto a coletear en la arena.

Esto era una tontería. ¿Era momento de asustarse? ¿Después de haber nadado? Los spren se desvanecieron al momento.

Shallan se volvió a mirar hacia su asidero de roca. El santhid probablemente no había podido depositarla más cerca, ya que las aguas eran demasiado poco profundas. Padre Tormenta. Tenía suerte de seguir con vida.

A pesar de su ansiedad cada vez mayor, Shallan se arrodilló y dibujó una glifoguarda en la arena como ofrenda. No tenía medios

para quemarla. De momento, tenía que suponer que el Todopoderoso la aceptaría. Inclino la cabeza y rezó fervientemente durante diez segundos.

Luego se levantó y, sin demasiada esperanza, empezó a buscar a otros supervivientes. La zona de costa donde se encontraba estaba salpicada de numerosas playas y caletas, así que dejó de buscar refugio y echó a andar durante un buen trecho a lo largo de la orilla. La arena de la playa era mucho más recia de lo que esperaba. Desde luego, no encajaba con las idílicas historias que había leído, y el terreno se volvió desagradable al ir rozando contra sus pies a medida que caminaba. Junto a ella, se elevó en una forma en movimiento cuando Patrón la alcanzó, zumbando ansiosamente.

Shallan dejó atrás ramajes e incluso trozos de madera que podían haber pertenecido a barcos. No vio a ninguna persona ni encontró la huella de ninguna pisada. A medida que fue transcurriendo el día, renunció y se sentó en una piedra desgastada por los elementos. Tenía el cabello completamente enmarañado. En el bolsillo de su manga conservaba unas cuantas esferas, pero ninguna estaba infusa. No serían de ninguna ayuda hasta que encontrara la civilización.

«Leña», pensó. Recogería madera para encender una hoguera. De noche, podría servir para indicar su presencia a otros supervivientes.

O podría alertar a piratas, bandidos, o los asesinos del barco, si habían sobrevivido.

Shallan hizo una mueca. ¿Qué decisión iba a tomar?

«Encender una pequeña fogata para entrar en calor —decidió—. Protegerla, y luego observar la noche por si hay otras hogueras. Si detecto una, tratar de inspeccionarla sin acercarme demasiado».

Un buen plan, excepto por el pequeño detalle de que se había pasado la vida entera en una mansión, con criados que encendían el fuego por ella. Nunca había encendido la chimenea, mucho menos había hecho una hoguera en medio de la nada.

Tormentas... tendría suerte si no moría de frío a la intemperie. O de inanición. ¿Qué haría cuando llegara una alta tormenta? ¿Cuándo era la próxima? ¿Al día siguiente por la noche? ¿O más tarde?

—¡Ven! —dijo Patrón.

Vibraba en la arena. Los granos saltaban y se estremecían mientras hablaba, alzándose y cayendo a su alrededor. «Reconozco eso... —pensó Shallan, mirándolo con el ceño fruncido—. Arena en un plato. Kabsal...».

—¡Ven! —repitió Patrón.

—¿Qué? —dijo Shallan, levantándose. Tormentas, sí que estaba cansada. Apenas podía moverse—. ¿Has encontrado a alguien?

—¡Sí!

Eso llamó inmediatamente su atención. No hizo más preguntas, sino que siguió a Patrón, que avanzaba nervioso siguiendo la costa. ¿Conocería la diferencia entre algo peligroso y algo amistoso? En ese momento, helada y exhausta, apenas le importó.

Él se detuvo junto a algo medio sumergido en el agua y las algas al borde del océano. Shallan frunció el ceño.

Un baúl. No era una persona, sino un gran baúl de madera. Shallan contuvo la respiración; cayó de rodillas, manipuló los cierres y abrió la tapa.

Dentro, como un tesoro brillante, estaban los libros y notas de Jasnah, cuidadosamente guardados, protegidos en su envoltorio impermeable.

Jasnah no había sobrevivido, pero la obra de su vida sí lo había hecho.

Shallan se arrodilló junto al círculo que había improvisado para hacer la fogata: un montón de rocas alrededor de unos trozos de madera que había recogido del bosquecillo. Ya casi era de noche.

Con ella llegó el frío aturdidor, tan malo como el peor de los inviernos de casa. Allí, en las Tierras Heladas, era lo normal. Sus ropas, que con esta humedad no se habían secado del todo a pesar de las horas de caminata, parecían de hielo.

No sabía cómo encender el fuego, pero tal vez podía conseguirlo de otra forma. Luchó contra su propio cansancio (tormentas, estaba agotada) y sacó una brillante esfera, una de las muchas que había encontrado en el baúl de Jasnah.

—Muy bien —susurró—. Hagámoslo. —Shadesmar.

—Mmm... —dijo Patrón. Ella estaba empezando a interpretar sus murmullos. Este parecía ansioso—. Peligro.

—¿Por qué?

—Lo que es tierra aquí, es mar allí.

Shallan asintió, aturdida. «Espera. Piensa».

Resultaba cada vez más difícil, pero se obligó a examinar de nuevo las palabras de Patrón. Cuando surcaban el océano y ella visitó Shadesmar, había encontrado suelo de obsidiana bajo sus pies. Pero en Kharbranth, había caído en un océano de esferas.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó.

—Ir despacio.

Shallan inspiró profundamente el aire helado y luego asintió. Lo intentó como lo había hecho antes. Despacio, con cuidado. Era como... como abrir los ojos por la mañana.

La conciencia de otro lugar la consumió. Los árboles cercanos reventaron como burbujas, las perlas se formaron en su lugar y se precipitaron hacia un ondulante mar de otras perlas que había debajo. Shallan sintió que caía.

Jadeó y luego parpadeó ante aquella consciencia, cerrando sus ojos metafóricos. Aquel lugar se desvaneció y al cabo de un instante estuvo de vuelta en el bosquecillo.

Patrón zumbó con nerviosismo.

Shallan apretó los dientes y lo intentó de nuevo. Más despacio esta vez, para deslizarse a aquel lugar de cielo extraño sin sol. Flotó fugazmente entre los mundos: Shadesmar aparecía superpuesto a la realidad que la rodeaba como la sombra de una imagen residual. Mantenerse entre ambos era difícil.

«Usa la luz —dijo Patrón—. Únelos».

Vacilante, Shallan atrajo la luz hacia sí. Las esferas del océano de abajo se movieron como un banco de peces, abalanzándose hacia ella, uniéndose. En medio de su agotamiento, Shallan apenas podía mantener su doble estado, y se mareó al mirar hacia abajo.

De algún modo, aguantó.

Patrón estaba a su lado; había adoptado la forma en la que llevaba ropas rígidas y tenía la cabeza de líneas imposibles, con las manos a la espalda, como flotando en el aire. A este lado era alto e imponente, y ella advirtió casi sin pensar que proyectaba una sombra al revés, hacia el lejano sol de aspecto frío, en vez de hacerlo desde la fuente de luz.

—Bien —dijo Patrón, una voz más grave de lo habitual—. Bien.

—Ladeó la cabeza y, aunque no tenía ojos, se volvió como si observara el lugar—. Soy de aquí, y sin embargo recuerdo tan poco...

Shallan tuvo la impresión de que disponía de un tiempo limitado. Se arrodilló, extendió las manos y palpó los trozos de madera que había apilado para formar su hoguera. Notaba el tacto de los palos, pero mientras contemplaba este extraño reino, sus dedos encontraron también una de las perlas de cristal que habían brotado bajo ella.

Cuando la tocó, sintió que algo barría el aire por encima de ella. Se encogió y al alzar la cabeza, descubrió unas extrañas criaturas parecidas a pájaros que revoloteaban a su alrededor allí, en Shadesmar. Eran de color gris oscuro y no parecían tener forma definida, sino que su aspecto era difuso.

—¿Qué...?

—Spren —dijo Patrón—. Atraídos por ti. Por tu... ¿cansancio?

—¿Agotaspren? —preguntó ella, asombrada por su extraordinario tamaño.

—Sí.

Se estremeció y miró la esfera que había bajo su mano. Estaba peligrosamente cerca de hundirse en Shadesmar completamente, y apenas captaba las impresiones del mundo físico a su alrededor. Solo aquellas perlas. Se sentía a punto de sumergirse en su mar en cualquier momento.

—Por favor —le dijo Shallan a la esfera—. Necesito que te conviertas en fuego.

Patrón zumbó y habló con una nueva voz, interpretando las palabras de la esfera.

—Soy una rama —dijo. Parecía satisfecho.

—Podrías ser fuego —repuso Shallan.

—Soy una rama.

La rama no era particularmente elocuente. Shallan supuso que no debería sorprenderse.

—¿Por qué no te conviertes mejor en fuego?

—Soy una rama.

—¿Cómo la hago cambiar? —le preguntó Shallan a Patrón.

—Mmm... no lo sé. Tienes que convencerla. Tal vez ofreciéndole verdades, supongo. —Parecía nervioso—. Este lugar es peligroso

para ti. Para nosotros. Por favor. Velocidad.

Ella miró de nuevo el palo.

—Quieres arder.

—Soy una rama.

—Piensa en lo divertido que sería.

—Soy una rama.

—Luz tormentosa —dijo Shallan—. ¡Podrías tenerla! Toda la que yo contengo.

Una pausa.

—Soy una rama.

—Las ramas necesitan luz tormentosa. Para... hacer cosas. — Shallan parpadeó para espantar las lágrimas de cansancio.

—Soy...

—Una rama —concluyó Shallan. Al sujetar la esfera, la percibió junto con la rama en el reino físico. Tratando de idear otro argumento. Durante un momento no se había sentido tan cansada, pero ya el agotamiento regresaba, inundándola. ¿Por qué...?

Su luz tormentosa se estaba agotando.

Desapareció en un instante, absorbida, y Shallan resopló, deslizándose hacia Shadesmar con un suspiro, sintiéndose abrumada y exhausta.

Cayó en el mar de esferas. Aquella horrible negrura, millones de cositas en movimiento, consumiéndola.

Se retiró de Shadesmar.

Las esferas se expandieron hacia fuera, convirtiéndose en ramas, rocas y árboles, restaurando el mundo tal como ella lo conocía. Se desplomó en el pequeño bosquecillo con el corazón desbocado.

Todo volvió a la normalidad a su alrededor. No más sol lejano, no más mar de esferas. Solo frío helador, el cielo nocturno y el viento atroz que soplaba entre los árboles. La esfera que había agotado escapó de entre sus dedos, golpeando el suelo de piedra. Shallan se apoyó contra el baúl de Jasnah. Todavía le dolían los brazos de haberlo arrastrado desde la playa hasta los árboles.

Permaneció allí agazapada, asustada.

—¿Sabes encender fuego? —le preguntó a Patrón. Le castañeteaban los dientes. Padre Tormenta. Aunque ya no sentía frío, seguía tiritando, y su aliento era visible en forma de vapor a la luz de las estrellas.

Sintió que se amodorraba. Tal vez debería dormir sin más; ya se ocuparía de todo eso por la mañana.

—¿Cambio? —preguntó Patrón—. Ofrece el cambio.

—Lo intenté.

—Lo sé. —Sus vibraciones parecían deprimidas.

Shallan contempló el montoncito de ramas, sintiéndose completamente inútil. ¿Qué había dicho Jasnah? ¿Que el control era la base del verdadero poder? ¿Que la autoridad y la fuerza eran cuestiones de percepción? Bueno, esto constituía una refutación directa de tales ideas. Shallan podía imaginarse que era grandiosa, podía actuar como una reina, pero eso no cambiaba nada allí, en ese territorio yermo.

«Bueno —pensó—. No voy a quedarme aquí cruzada de brazos para morir congelada. Al menos moriré congelada intentando encontrar ayuda».

Sin embargo, no se movió. Moverse era difícil. Allí al menos, abrazada al baúl, no quedaba tan expuesta al viento. Se quedaría tendida hasta la mañana...

Se enroscó.

No. Eso no parecía adecuado. Tosió, luego consiguió ponerse en pie. Se apartó de la hoguera que no era tal, sacó una esfera del bolsillo, echó a andar.

Patrón se movía a sus pies, que estaban ensangrentados y dejaban un rastro rojo en la piedra. A pesar de ello, no notaba los cortes.

Caminó y caminó.

Y caminó.

Y...

Luz.

No apretó el paso. No podía. Pero continuó avanzando, tambaleándose, directamente hacia aquel puntito en la oscuridad. A una parte aturdida de su ser le preocupaba que la luz fuera en realidad Nomon, la segunda luna. Que estuviera dirigiéndose hacia ella para caer por el borde de Roshar mismo.

Así que se sorprendió al aparecer en medio de un grupito de personas sentadas en torno a una hoguera. Parpadeó, mirando de un rostro a otro, y luego (haciendo caso omiso de los sonidos que emitían, pues las palabras carecían de sentido para ella en el estado

en que se encontraba) se acercó a la hoguera, se tumbó, enroscada, y se quedó dormida.

—¿Brillante?

Shallan gruñó mientras se daba la vuelta. Le dolía la cara. No, le dolían los pies. Lo de la cara no era nada comparado con ese dolor.

Si dormía un poco más, tal vez se pasaría. Al menos durante ese ratito...

—¿B-brillante? —preguntó de nuevo la voz—. Te encuentras bien, ¿verdad?

El acento era thayleño. Una luz surgió de su interior, trayendo consigo recuerdos. El barco. Thayleños. ¿Los marineros?

Shallan se obligó a abrir los ojos. El aire olía levemente a humo de la hoguera aún crepitante. El cielo era de un violeta profundo que se iba aclarando a medida que el sol asomaba en el horizonte. Shallan había dormido sobre la dura roca, y le dolía todo el cuerpo.

No reconoció al que hablaba, un grueso thayleño de barba blanca que llevaba una gorra de lana y un traje viejo con chaleco, remendado aquí y allá. Llevaba las blancas cejas thayleñas recogidas sobre las orejas. No era un marinero, sino un mercader.

Shallan sofocó un gemido mientras se incorporaba. Entonces, en un momento de pánico, comprobó su mano segura. Uno de los dedos había escapado de la manga, y lo ocultó de nuevo. Los ojos del thayleño se desviaron hacia él, pero no dijo nada.

—¿Te encuentras bien, entonces? —preguntó el hombre, hablando en alezi—. Nos disponíamos a recoger las cosas para marcharnos, ¿sabes? Tu llegada anoche fue... inesperada. No deseábamos molestarte, pero pensamos que tal vez querías despertar antes de que nos fuéramos.

Shallan se pasó la mano libre por el pelo, una maraña de rizos rojos sembrados de ramitas. Otros dos hombres (altos, ceñudos, y de aspecto vorin) recogían sus mantas y petates. Habría matado por uno de ellos durante la noche. Recordó que se había agitado, incómoda.

Haciendo caso omiso a los dictados de la naturaleza, se dio media vuelta y se sorprendió al ver tres grandes carretas tiradas por chulls con jaulas en la parte trasera. En el interior había cierto

número de hombres sucios y sin camisa. Tardó un momento en comprender de qué se trataba.

Traficantes de esclavos.

Sofocó un inicial estallido de pánico. La trata de esclavos era una profesión legal. Casi siempre. Solo que esto eran las Tierras Heladas, lejos de las normas de cualquier grupo o nación. ¿Quién decía allí qué era legal o no lo era?

«Calma —se ordenó a sí misma—. No te habrían despertado amablemente si estuvieran planeando algo así».

Vender a una mujer vorin de alto dahn (como la identificaba su vestido) sería arriesgado para un traficante de esclavos. La mayoría de los propietarios de los países civilizados requerían documentación sobre el pasado del siervo, y era muy raro que un ojos claros fuera convertido en esclavo, aparte de los fervorosos. Por lo general la gente de noble cuna era ejecutada. La esclavitud era una merced para las clases inferiores.

—¿Brillante? —preguntó con nerviosismo el comerciante de esclavos.

Shallan estaba pensando de nuevo como una erudita, distrayéndose. Tenía que superarlo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó. No pretendía que su voz sonara tan carente de emoción, pero la sorpresa de lo que había visto la había dejado conmocionada.

El hombre dio un paso atrás ante su tono.

—Me llamo Tvlakv, soy un humilde mercader.

—Traficante de esclavos —puntualizó ella, poniéndose en pie y apartándose el pelo de la cara.

—Como he dicho. Mercader.

Sus dos guardias no dejaron de observarla mientras cargaban su equipo en la primera carreta. Ella no pasó por alto los garrotes que llevaban al cinto. La noche anterior, cuando llegó al campamento, tenía una esfera en la mano, ¿no?

Al recordarlo, los pies empezaron a arderle de nuevo. Tuvo que apretar los dientes mientras los dolorespren, como manos naranjas hechas de tendones, arañaban el suelo cercano. Tenía que limpiarse las heridas, pero a juzgar por la sangre y las magulladuras que advertía a primera vista, no iba a ir caminando a ninguna parte en un tiempo razonable. Aquellas carretas tenían asientos...

«Probablemente me robaron la esfera», pensó. Palpó en su bolsillo oculto en la manga. Las otras esferas seguían allí, pero la manga estaba desabrochada. ¿Lo había hecho ella? ¿Habían mirado los hombres? No pudo evitar ruborizarse al pensarlo.

Los dos guardias la miraban ansiosamente. Tvvlakv se hacía el humilde, pero en sus ojos también se advertía la codicia. Estos hombres estaban a un paso de robarle.

Por otra parte, si los abandonaba, probablemente moriría allí, sola a la intemperie. ¡Padre Tormenta! ¿Qué podía hacer? Solo tenía ganas de sentarse y llorar. Después de todo por lo que había pasado, ¿esto?

«El control es la base de todo el poder».

¿Cómo habría respondido Jasnah a esta situación?

La respuesta era sencilla. Sería Jasnah.

—Permitiré que me ayudéis —dijo Shallan. De algún modo, mantuvo la voz impasible, a pesar de la ansiedad que la consumía.

—¿Brillante? —preguntó Tvvlakv.

—Como puedes ver, he sido víctima de un naufragio. He perdido a mis sirvientes. Tus hombres y tú serviréis. Tengo un baúl. Tendremos que ir a recogerlo.

Se sentía como una de los diez locos. Sin duda, él se daría cuenta de que era una pose. Fingir que tenías autoridad no era lo mismo que tenerla, no importaba lo que dijera Jasnah.

—Sería... naturalmente un privilegio ayudarte —dijo Tvvlakv—. ¿Brillante...?

—Davar —respondió Shallan, procurando suavizar su tono de voz. Jasnah no era condescendiente. Donde otros ojos claros, como el padre de Shallan, se comportaban con vanidoso egoísmo, Jasnah simplemente esperaba que la gente hiciera lo que ella deseaba. Y los demás lo hacían.

Podía hacer que esto saliera bien. Tenía que hacerlo.

—Mercader Tvvlakv —dijo—. Necesito ir a las Llanuras Quebradas. ¿Conoces el camino?

—¿Las Llanuras Quebradas? —preguntó el hombre, mirando a sus guardias, uno de los cuales se había acercado—. Estuvimos allí hace unos cuantos meses, pero ahora nos dirigimos a recoger un cargamento en Thaylenah. Hemos completado nuestra estancia en esta zona, y no tenemos ninguna necesidad de regresar al norte.

—Ah, pero sí tenéis una necesidad para hacerlo —dijo Shallan, acercándose a una de las carretas. Cada paso era una agonía—. Debéis llevarme. —Miró alrededor y advirtió agradecida que Patrón estaba a un lado del carromato, observando. Se acercó a la parte delantera del vehículo, luego extendió la mano hacia el otro guardia, que estaba de pie cerca.

Él miró la mano sin decir nada, rascándose la cabeza. Luego miró la carreta, se subió y la ayudó a subir también.

Tvlakv se acercó.

—¡Será un viaje caro si hemos de regresar sin mercancías! Solo tengo estos esclavos que adquiriré en las Criptas Huecas. No alcanzan para pagar el viaje de vuelta.

—¿Caro? —preguntó Shallan, sentándose y tratando de expresar diversión—. Te aseguro, mercader Tvlakv, que los gastos son minúsculos para mí. Serás ampliamente compensado. Ahora, pongámonos en marcha. Hay gente importante esperándome en las Llanuras Quebradas.

—Pero, brillante —dijo Tvlakv—, está claro que has tenido problemas recientemente: salta a la vista. Déjame que te lleve a las Criptas Huecas. Está mucho más cerca. Allí podrás descansar y enviar noticias a los que te esperan.

—¿He pedido que me lleves a las Criptas Huecas?

—Pero... —El hombre se calló cuando ella lo miró fijamente.

Shallan suavizó su expresión.

—Te agradezco tu consejo, pero tengo mis motivos. Ahora, pongámonos en marcha.

Los tres hombres intercambiaron miradas de perplejidad, y el mercader de esclavos se quitó la gorra de lana y la retorció entre sus manos. No muy lejos, un par de parshmenios de piel moteada llegaron al campamento. Shallan casi dio un respingo al verlos llegar, cargando caparazones secos de rocabrotes que al parecer habían recogido para encender hogueras. Tvlakv no les prestó la menor atención.

Parshmenios. Portadores del Vacío. La piel se le erizó, pero en ese momento no podía preocuparse por ellos. Miró de nuevo al traficante de esclavos, temiendo que no acatara sus órdenes. Sin embargo, él asintió. Y entonces, junto con sus hombres, obedeció sus instrucciones. Engacharon los chulls, el traficante de esclavos

recibió indicaciones sobre dónde se hallaba el baúl, y se pusieron en marcha sin poner más objeciones.

«Es posible que hayan decidido seguirme la corriente porque quieren saber qué hay en el baúl —se dijo Shallan—. Más para robar». Pero cuando llegaron al lugar, subieron el baúl al carruaje, lo amarraron, y después dieron media vuelta para dirigirse hacia el norte.

Hacia las Llanuras Quebradas.



Desgraciadamente, estábamos tan concentrados en las maquinaciones de Sadeas que no advertimos el cambio de Patrón en nuestros enemigos, los asesinos de mi esposo, el verdadero peligro. Me gustaría saber qué viento causó su súbita e inexplicable transformación.

Del diario de Navani Kholin, Jesesach 1174

Kaladin apretó la piedra contra la pared del abismo y la dejó allí pegada.

—Muy bien —dijo, dando un paso atrás.

Roca saltó y se agarró a ella antes de colgarse de la pared, doblando las piernas. Su risa grave y estentórea resonó en el abismo.

—¡Esta vez me aguanta!

Sigzil hizo una anotación en su libro.

—Bien. Sigue colgando, Roca.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que te caigas.

—Hasta que... —El gran comecuernos frunció el ceño, colgando de la piedra solo con las manos—. Este experimento ya no me gusta tanto.

—Venga, no te quejes —dijo Kaladin, cruzándose de brazos y

apoyándose en la pared junto a él. Las esferas iluminaban el suelo del abismo que lo rodeaba, con sus enredaderas, residuos y plantas en flor—. No es una caída muy alta.

—No es por la caída —protestó Roca—. Es por los brazos. Soy un tipo grande, ¿sabes?

—Entonces ya conviene que tengas los brazos grandes para sujetarte.

—Creo que la cosa no va así —dijo Roca, gruñendo—. Y el asidero no es demasiado bueno. Y me...

La piedra se soltó y Roca cayó al suelo. Kaladin lo agarró por el brazo, sujetándolo mientras recuperaba el equilibrio.

—Veinte segundos —dijo Sigzil—. No es mucho.

—Te lo advertí —le recordó Kaladin, recogiendo la piedra caída—. Dura más si uso más luz tormentosa.

—Creo que necesitamos un punto de referencia —dijo Sigzil. Rebuscó en su bolsillo y sacó un brillante chip de diamante, la denominación más pequeña de esfera—. Toma toda la luz tormentosa de esto, ponla en la piedra, y luego colgaremos a Roca a ver cuánto tiempo tarda en caer.

Roca gimió.

—Es que mis brazos...

—Eh, grandullón, al menos tú tienes dos, ¿no? —dijo Lopen desde más abajo en el abismo. El herdaziano vigilaba para asegurarse de que ninguno de los nuevos reclutas se acercara por casualidad y viera lo que Kaladin estaba haciendo. Era muy poco probable que eso ocurriera (estaban practicando varios abismos más allá), pero Kaladin quería a alguien de guardia.

«Con el tiempo todos acabarán por saberlo —pensó Kaladin, recogiendo el chip que le ofrecía Sigzil—. ¿No es eso lo que le prometiste a Syl? ¿Que accederías a convertirte en Radiante?».

Kaladin absorbió la luz tormentosa del chip con una brusca inspiración de aire, luego infundió la luz en la piedra. Cada vez le salía mejor: absorbía la luz tormentosa en la mano, luego la usaba como pintura luminiscente para cubrir el fondo de la roca. La luz empapaba la piedra, y cuando la presionaba contra la pared, se quedaba allí.

Tentáculos humeantes de luminiscencia brotaron de la piedra.

—Probablemente no es necesario que Roca cuelgue de ella —

señaló Kaladin—. Si necesitas un punto de referencia, ¿por qué no nos basamos en cuánto tiempo permanece ahí la roca?

—Bueno eso no será tan divertido. Pero de acuerdo —respondió Sigzil, que continuó escribiendo números en su libro. Eso habría hecho que la mayoría de los otros hombres del puente se sintieran incómodos. La escritura se consideraba una actividad poco masculina, incluso blasfema, aunque Sigzil solo escribía glifos.

Ese día, por fortuna, Kaladin estaba acompañado por Sigzil, Roca y Lopen: todos de lugares con normas diferentes. Herdaz era vorin, técnicamente, pero estos tenían sus propias reglas, y a Lopen no parecía importarle que un hombre escribiera.

—Bueno —dijo Roca mientras esperaban—. Líder Bendito por la Tormenta, dijiste que había algo más que podías hacer, ¿no?

—¡Volar! —dijo Lopen desde el fondo del pasaje.

—No puedo volar —replicó Kaladin secamente.

—¡Caminar por las paredes!

—Lo intenté. Casi me rompí la cabeza en la caída.

—Ah, amigo —dijo Lopen—. ¿No vuelas ni caminas por las paredes? Tengo que impresionar a las mujeres. No creo que pegar piedras a las paredes sea suficiente.

—Pues en mi opinión cualquiera lo consideraría impresionante —intervino Sigzil—. Desafía las leyes de la naturaleza.

—No conoces a muchas mujeres herdazianas, ¿no? —preguntó Lopen, suspirando—. De verdad, creo que deberíamos intentar otra vez lo de volar. Sería lo mejor.

—Hay algo más —dijo Kaladin—. No es volar, pero sigue siendo interesante. No estoy seguro de poder reproducirlo. Nunca lo he hecho conscientemente.

—El escudo —comentó Roca, de pie junto a la pared, contemplándola—. En el campo de batalla, cuando los parshendi nos disparaban. Las flechas golpearon tu escudo. Todas las flechas.

—Sí —dijo Kaladin.

—Deberíamos probar eso —propuso Sigzil—. Nos hará falta un arco.

—Spren —dijo Roca, señalando—. Sujetan la piedra contra la pared.

—¿Qué? —dijo Sigzil, acercándose y mirando la roca que Kaladin había apretado contra la pared—. No los veo.

—Ah —dijo Roca—. No desean ser vistos. —Inclinó la cabeza hacia ellos—. Mis disculpas, *mafah'liki*.

Sigzil frunció el ceño y miró con más atención, alzando la esfera para iluminar la zona. Kaladin se acercó a mirar también. Si se concentraba, distinguía los diminutos spren púrpura.

—Están ahí, Sig —dijo.

—Entonces, ¿por qué no los veo?

—Tiene que ver con mis habilidades —respondió Kaladin, mirando a Syl, que estaba sentada en una grieta no lejos de allí, haciendo oscilar una pierna que colgaba.

—Pero, Roca...

—Yo soy *alaii'iku* —dijo Roca, llevándose una mano al pecho.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Sigzil, impaciente.

—Que puedo ver estos spren, y tú no. —Roca apoyó una mano sobre el hombro del otro hombre—. No pasa nada, amigo. No te echo la culpa por ser ciego. La mayoría de los llaneros lo son. Es el aire, ¿sabes? Hace que vuestros cerebros dejen de funcionar bien.

Sigzil frunció el ceño, pero tomó algunas notas mientras hacía algo con los dedos, como ausente. ¿Llevaba la cuenta de los segundos? La piedra finalmente se desprendió de la pared, emitiendo unos últimos hilillos de luz tormentosa cuando golpeó el suelo.

—Más de un minuto. He contado ochenta y siete segundos —dijo Sigzil, mirando a los demás.

—¿Se supone que teníamos que contar? —preguntó Kaladin, volviendo la vista hacia Roca, que se encogió de hombros.

Sigzil suspiró.

—Noventa y un segundos —exclamó Lopen—. No hay de qué.

Sigzil se sentó en una roca, ignorando unos cuantos dedos de hueso que asomaban a su lado entre el musgo, y anotó algo en su libro. Frunció el ceño.

—¡Ja! —dijo Roca, agachándose junto a él—. Parece que has comido huevos podridos. ¿Qué pasa?

—No sé lo que estoy haciendo, Roca. Mi maestro me enseñó a hacer preguntas y buscar respuestas exactas. Pero ¿cómo puedo ser exacto? Necesitaría un reloj para calcular el tiempo, pero son demasiado caros. ¡Y aunque tuviéramos uno, no sé cómo medir la luz tormentosa!

—Con chips —dijo Kaladin—. Las gemas se pesan con exactitud antes de ser engarzadas en cristal.

—¿Y todas pueden contener la misma cantidad? —preguntó Sigzil—. Sabemos que las gemas sin tallar almacenan menos que las talladas. Entonces, ¿la que esté mejor tallada contendrá más? Además, con el tiempo, la luz tormentosa de las esferas se va desvaneciendo. ¿Cuántos días han pasado desde que ese chip fue infundido, y cuánta luz ha perdido desde entonces? ¿Pierden todas la misma cantidad al mismo ritmo? Son demasiadas cosas las que ignoramos. Creo que es posible que esté perdiendo el tiempo.

—No es ninguna pérdida de tiempo —dijo Lopen, reuniéndose con ellos. El herdaziano de un solo brazo bostezó y se sentó en la roca junto a Sigzil, obligando al otro hombre a desplazarse un poco—. Tan solo necesitamos probar otras cosas, ¿no?

—¿Como qué? —preguntó Kaladin.

—Bueno, gancho. ¿Puedes pegarme a la pared?

—Yo... no lo sé —dijo Kaladin.

—Convendría averiguarlo. —Lopen se levantó—. ¿Lo intentamos?

Kaladin miró a Sigzil, que se encogió de hombros, y acto seguido absorbió más luz tormentosa. La ardiente tempestad lo llenó, como si estuviera golpeando contra su piel, un cautivo intentando encontrar una salida. Pasó la luz a su mano y la apretó contra la pared, pintando las piedras de luminiscencia.

Inspirando profundamente, alzó a Lopen, que le resultó sorprendentemente liviano, sobre todo con la luz tormentosa que todavía corría por sus venas. Apretó a Lopen contra la pared.

Cuando, vacilante, Kaladin dio un paso atrás, el herdaziano permaneció allí, pegado a la piedra por el uniforme, que se abultó bajo sus sobacos.

Lopen sonrió.

—¡Ha funcionado!

—Esto podría ser útil —dijo Roca, frotando su barba de comecuernos, extrañamente recortada—. Sí, esto es lo que tenemos que poner a prueba. Eres soldado, Kaladin. ¿Puedes utilizarlo en combate?

Él asintió lentamente, mientras una docena de posibilidades acudían a su mente. ¿Y si sus enemigos cruzaban un charco de luz

que él hubiera puesto en el suelo? ¿Podría impedir que una carreta rodara? ¿Pegar su lanza a un escudo enemigo, y luego arrancárselo de las manos?

—¿Cómo te sientes, Lopen? —preguntó Roca—. ¿Duele?

—No —contestó él, rebulléndose—. Me preocupa que se me rompa la casaca, o que salten los botones. Vaya. ¡Pregunta para ti! ¿Qué le hizo el herdaziano sin brazo al hombre que lo pegó a la pared?

Kaladin frunció el ceño.

—Pues... no lo sé.

—Nada —dijo Lopen—. El herdaziano era inofensivo. —Y estalló en una carcajada.

Sigzil gimió, aunque Roca se echó a reír. Syl había ladeado la cabeza y revoloteó hasta Kaladin.

—¿Eso era un chiste? —preguntó en voz baja.

—Sí —respondió Kaladin—. Y muy malo.

—¡No digas eso! —exclamó Lopen, todavía riendo—. Es el mejor que sé... y créeme, soy experto en chistes de mancos. «Lopen», me decía siempre mi madre, «tienes que aprender a reírte de ti mismo antes de que lo hagan los demás. Así les robas la risa y la tienes toda para ti». Es una mujer muy sabia. Una vez le llevé la cabeza de un chull.

Kaladin parpadeó.

—Tú... ¿qué?

—Una cabeza de un chull —repitió Lopen—. Es deliciosa.

—Eres un hombre extraño, Lopen.

—No —intervino Roca—. La verdad es que están muy buenas. La cabeza es la mejor parte del chull.

—Me fiaré de vuestra opinión —dijo Kaladin—. Más o menos. —Extendió las manos y cogió a Lopen por el brazo cuando la luz tormentosa que lo sostenía empezó a disminuir. Roca lo sujetó por la cintura y entre los dos lo ayudaron a bajar.

—Muy bien —dijo Kaladin, comprobando instintivamente el cielo para calcular la hora, aunque no podía ver el sol a través del estrecho abismo que se abría sobre ellos—. Vamos a experimentar.

Avivada la tormenta en su interior, Kaladin cruzó corriendo el

fondo del abismo. Su movimiento sobresaltó a un grupo de florvolantes, que se contrajeron frenéticamente, como manos que se cerrasen. Las enredaderas temblaron en las paredes y empezaron a reptar hacia arriba.

Los pies de Kaladin chapoteaban en el agua estancada. Saltó por encima de un montón de residuos, dejando un reguero de luz tormentosa. Estaba lleno de ella, latía de luz. Eso hacía más fácil usarla: la luz quería fluir. La empujó hacia su lanza.

Más adelante, Lopen, Roca y Sigzil esperaban con lanzas de entrenamiento. Aunque Lopen no era muy bueno (el brazo perdido era una gran desventaja), Roca lo compensaba. El gran comecuernos no combatía a los parshendi ni mataba, pero había accedido a entrenar ese día, en nombre de la «experimentación».

Luchaba muy bien, y Sigzil era aceptable con la lanza. Juntos en el campo de batalla, en el pasado los tres hombres del puente podrían haberle causado problemas a Kaladin.

Pero los tiempos cambiaban.

Kaladin atacó con la lanza de lado, sorprendiendo al comecuernos, que había alzado su arma para bloquearlo. La luz tormentosa hizo que la lanza de Kaladin se pegara a la de Roca, formando una cruz. Roca maldijo, intentando recuperar su lanza para contraatacar, pero al hacerlo se golpeó en el costado con la lanza de Kaladin.

Cuando la lanza de Lopen atacó, Kaladin la desvió fácilmente con una mano, llenando la punta de luz tormentosa. El arma golpeó el montón de residuos y se quedó pegada a la madera y los huesos.

El arma de Sigzil llegó a continuación, pero no consiguió alcanzar el pecho de Kaladin por un amplio margen, ya que este se hizo a un lado. Kaladin esquivó e infundió el arma con la palma de la mano, lanzándola hacia la de Lopen, que acababa de arrancarla del montón de residuos y estaba cubierta de musgo y huesos. Las dos lanzas se pegaron.

Kaladin se deslizó entre Roca y Sigzil, dejando a los tres convertidos en un amasijo confuso, desequilibrados y tratando de liberar sus armas. Kaladin sonrió torvamente y corrió hacia el otro extremo del abismo. Recogió una lanza y se dio media vuelta, danzando de un pie a otro. La luz tormentosa lo animaba a moverse. Era prácticamente imposible quedarse quieto mientras

contenía tanta.

«Vamos, vamos», pensó. Los otros tres finalmente separaron sus armas cuando la luz se consumió y se dispusieron a enfrentarse de nuevo a él.

Kaladin se lanzó hacia delante. A la tenue luz del abismo, el brillo del humo que brotaba de él era lo suficientemente fuerte para proyectar sombras que saltaban y giraban. Atravesó charcos, notando el agua fría. Se había quitado las botas porque quería sentir la piedra bajo sus pies.

Esta vez, los tres hombres del puente clavaron las astas de sus lanzas en el suelo, como preparándose contra una carga. Kaladin sonrió y luego agarró la punta de su lanza (como la de ellos, era un arma de ejercicios, con la punta roma), y la infundió de luz tormentosa.

La arrojó contra la lanza de Roca, con intención de arrancársela de las manos. El comecuernos tenía otros planes, y tiró de su arma hacia atrás con una fuerza que pilló a Kaladin por sorpresa. Casi perdió el equilibrio.

Lopen y Sigzil se movieron rápidamente para atacarlo uno por cada lado. «Bien», pensó Kaladin, orgulloso. Les había enseñado formaciones como esa, mostrándoles cómo trabajar juntos en el campo de batalla.

Mientras se acercaban, Kaladin soltó la lanza y extendió la pierna. La luz tormentosa emanó de su pie descalzo como lo hacía de sus manos, y trazó un gran arco brillante en el suelo. Sigzil lo pisó y tropezó: el pie quedó pegado a la luz. Trató de alancearlo mientras caía, pero el golpe carecía de fuerza.

Kaladin descargó su peso contra Lopen, cuyo ataque quedó desequilibrado. Lo empujó contra la pared, luego se retiró, dejando al herdaziano pegado a la piedra, que había infundido en el segundo en que se tocaron.

—Ah, otra vez no —protestó Lopen con un gruñido.

Sigzil había caído de bruces en el agua. Kaladin apenas tuvo tiempo de sonreír antes de advertir que Roca blandía un tronco contra su cabeza.

Un tronco entero. ¿Cómo lo había levantado? Kaladin se apartó, rodó por el suelo y se arañó la mano al tiempo que el tronco se estrellaba contra el suelo del abismo.

Kaladin gruñó. La luz tormentosa pasó entre sus dientes y se elevó por los aires ante él. Saltó sobre el tronco de Roca cuando el comecuernos intentaba levantarlo de nuevo.

Con el impulso de Kaladin, la madera volvió a chocar contra el suelo. Mientras saltaba hacia Roca, una parte de él se preguntó qué estaba pensando al enzarzarse a un combate cuerpo a cuerpo con alguien que duplicaba su peso. Se lanzó contra el comecuernos, los dos cayeron al suelo. Rodaron por el musgo. Roca se retorció para agarrar a Kaladin por los brazos. Obviamente, había recibido entrenamiento como luchador.

Kaladin vertió luz tormentosa en el suelo. Había descubierto que eso no le afectaría ni le molestaría. Así, mientras rodaban, el puño de Roca se quedó pegado en el suelo. Luego pasó lo mismo con su costado.

El comecuernos seguía luchando para hacer una llave a Kaladin. Casi lo consiguió, hasta que su contrincante empujó con las piernas y los hizo rodar a ambos de modo que el otro codo de Roca tocó el suelo, donde se quedó pegado.

Kaladin se zafó, jadeando y resoplando, perdiendo la mayor parte de la luz que le quedaba mientras tosía. Se apoyó contra la pared y se secó el sudor de la cara.

—¡Ja! —dijo Roca, pegado al suelo, con las manos extendidas a los costados—. ¡Casi te pude! ¡Eres resbaladizo como un quinto hijo, vaya que sí!

—Tormentas, Roca —dijo Kaladin—. Qué no daría yo por tenerte en el campo de batalla. Eres un despilfarro como cocinero.

—¿No te gusta la comida? —preguntó Roca, riendo—. Tendré que intentar algo con más grasa. ¡Eso te vendrá bien! ¡Agarrarte fue como intentar atrapar a un pez vivo! ¡Un pez cubierto de mantequilla! ¡Ja!

Kaladin se acercó a él y se agachó a su lado.

—Eres un guerrero, Roca. Lo vi en Teft, y ya puedes decir lo que quieras, que lo veo en ti.

—No soy el hijo adecuado para ser soldado —respondió Roca, testarudo—. Eso es cosa de los *tuanalikina*, el cuarto hijo o por debajo. El tercer hijo no puede desperdiciarse en la batalla.

—Eso no te impidió arrojarme un tronco a la cabeza.

—Era un tronco pequeño. Y una cabeza muy dura.

Kaladin sonrió, luego extendió la mano, tocando el suelo infundido de luz tormentosa bajo Roca. Ni siquiera había tratado de recuperarla después de usarla de esta forma. ¿Podía hacerlo? Cerró los ojos e inspiró, intentando... Sí.

Parte de la tempestad de su interior se avivó de nuevo. Cuando abrió los ojos, Roca estaba libre. Kaladin no había recuperado toda la luz, pero sí un poco. El resto se perdía en el aire. Cogió a Roca de la mano para ayudar a ponerse en pie al hombretón, que se sacudió el polvo.

—Eso ha sido embarazoso —dijo Sigzil mientras Kaladin se acercaba para liberarlo también—. Es como si fuéramos niños. Los ojos del Primero no han visto un espectáculo tan lamentable.

—Tengo una ventaja muy injusta —dijo Kaladin, ayudándolo a ponerse en pie—. Años de entrenamiento como soldado, más corpulencia que tú. Oh, y la habilidad de emitir luz tormentosa con los dedos. —Le dio una palmada a Sigzil en el hombro—. Lo has hecho bien. Esto es solo una prueba, como querías.

«Una prueba de lo más útil», pensó Kaladin.

—Claro —dijo Lopen tras ellos—. Continúa y deja al herdaziano pegado a la pared. La vista aquí es maravillosa. Oh, ¿y eso que me corre por la mejilla es mugre? Una nueva faceta de Lopen, que no puede limpiarse porque, ¿lo he mencionado?, tiene la mano pegada a la pared.

Kaladin sonrió y se acercó a él.

—Fuiste tú quien me pidió que lo hiciera, Lopen.

—¿Mi otra mano? ¿La que perdí hace tanto tiempo, devorada por una bestia temible? Te está haciendo un gesto feo ahora mismo. Creí que te gustaría saberlo, para que puedas prepararte para los insultos. —Más de lo mismo con el mismo tono alegre con que parecía abordarlo todo. Incluso se había unido a la cuadrilla del puente con cierta ansiedad enloquecida.

Kaladin lo bajó.

—La prueba ha sido un éxito —dijo Roca.

—Sí —respondió Kaladin. Aunque para ser sinceros, probablemente habría podido vencer a los tres hombres con más facilidad usando solo una lanza, además de la velocidad y la fuerza que le proporcionaban la luz tormentosa. Aún no sabía si era porque no estaba familiarizado con estos nuevos poderes, pero le

parecía que obligarse a utilizarlos lo había puesto en situación incómoda.

«Experiencia —pensó—. Tengo que aprender a usar estas habilidades tan bien como conozco mi lanza».

Esto significaba práctica. Mucha práctica. Por desgracia, la mejor forma de practicar era encontrar a alguien que fuera igual que uno mismo o te superara en habilidad, fuerza, y capacidad. Considerando lo que podía hacer en ese momento, iba a ser bastante difícil.

Los otros tres hombres se dispusieron a sacar sus odres de los zurrone, y Kaladin advirtió una figura en las sombras un poco más allá. Se levantó, alarmado hasta que Teft salió a la luz de las esferas.

—Creí que ibas a estar de guardia —le gruñó Teft a Lopen.

—Demasiado ocupado pegado a las paredes —contestó Lopen, alzando su odre de agua—. Creí que tenías a unos novatos que entrenar.

—Drehy los tiene controlados —dijo Teft, abriéndose paso entre los residuos para reunirse con Kaladin junto a la pared del abismo—. No sé si los muchachos te lo han dicho, Kaladin, pero traer a ese grupo aquí abajo los sacó del cascarón.

Kaladin asintió.

—¿Cómo conoces tan bien a la gente? —preguntó Teft.

—Implica saber hacerlos pedazos —dijo Kaladin, mirándose la mano que se había lastimado mientras luchaba contra Roca. El arañazo había desaparecido, pues la luz tormentosa había curado el desgarrón en su piel.

Teft gruñó mirando a Roca y a los otros dos, que se habían repartido las raciones.

—Tendrías que poner a Roca al mando de los nuevos reclutas.

—No luchará.

—Acaba de entrenar contigo. Tal vez lo haga también con ellos. La gente lo aprecia más que a mí. Yo en eso soy un desastre.

—Harás un buen trabajo, Teft, no permitiré que digas lo contrario. Ahora tenemos recursos. Se acabó racionar hasta la última esfera. Entrenarás a esos muchachos, y lo harás bien.

Teft suspiró, pero no dijo nada más.

—Has visto lo que he hecho.

—Sí —respondió Teft—. Tendremos que traer a todo el grupo de veinte si queremos presentarte un desafío adecuado.

—Eso, o encontrar a otro como yo —dijo Kaladin—. Alguien con quien entrenar.

—Sí —repitió Teft, asintiendo, como si no se le hubiera ocurrido antes.

—Había diez órdenes de caballeros, ¿no? —preguntó Kaladin—. ¿Sabes algo de las otras? —Teft había sido el primero en descubrir lo que Kaladin podía hacer. Lo había sabido antes que él mismo.

—No mucho —respondió Teft con una mueca—. Sé que las órdenes no siempre se llevaban bien, a pesar de lo que dicen las historias oficiales. Yo... me mantuve al margen. Y las personas a las que conocí y podrían contarnos algo ya no se hallan entre nosotros.

Si Teft estaba antes de humor agrio, esto lo hundió aún más en la melancolía. Miró al suelo. Pocas veces hablaba de su pasado, pero Kaladin estaba cada vez más seguro de que quienes fueran aquellas personas, habían muerto por algo que el propio Teft había hecho.

—¿Qué pensarías si te enteraras de que alguien quiere volver a instaurar a los Caballeros Radiantes? —le preguntó en voz baja.

Teft alzó bruscamente la cabeza.

—Tú...

—Yo no —respondió Kaladin, con cierta circunspección. Dalinar Kholin le había permitido estar presente en la reunión, y aunque confiaba en Teft, había ciertas expectativas de silencio que un oficial tenía que mantener.

«Dalinar es un ojos claros —susurró una parte de él—. No se lo pensaría dos veces si quisiera revelar un secreto que hubieras compartido con él».

—Yo no —repitió Kaladin—. ¿Y si un rey en alguna parte decidiera que quiere reunir a un grupo de personas y llamarlos Caballeros Radiantes?

—Diría que es un idiota. Además, los Radiantes no eran como dice la gente. No eran traidores. No lo eran. Pero todo el mundo está convencido de que nos traicionaron, y no vas a cambiar su forma de pensar de un día para otro. No a menos que puedas absorber para hacerlos callar. —Teft miró a Kaladin de arriba abajo—. ¿Vas a hacerlo, muchacho?

—Me odiarían, ¿no? —dijo Kaladin. No pudo dejar de advertir a Syl, que caminó por el aire hasta que quedó cerca y se puso a estudiarlo—. Por lo que hicieron los antiguos Radiantes. —Alzó una mano para acallar la objeción de Teft—. Lo que la gente cree que hicieron.

—En efecto —asintió Teft.

Syl cruzó los brazos y miró a Kaladin con reproche. «Lo prometiste», decía aquella mirada.

—Entonces tendremos que hacerlo con cuidado —dijo Kaladin—. Ve a reunir a los nuevos reclutas. Ya han hecho suficiente ejercicio por un día.

Teft asintió y se marchó corriendo a cumplir la orden. Kaladin recogió su lanza y las esferas que había colocado para iluminar el lugar de entrenamiento. Luego llamó a los otros tres hombres. Reunieron sus cosas y se dispusieron a marcharse.

—De modo que vas a hacerlo —dijo Syl, posándose en su hombro.

—Pero primero quiero practicar más —dijo Kaladin. «Y acostumbrarme a la idea».

—No habrá problemas, Kaladin.

—Claro que los habrá. Será difícil. Los demás me odiarán, y aunque no lo hagan, me apartarán de ellos. Me separarán. Sin embargo, he aceptado que es mi destino. Lo soportaré. —Incluso en el Puente Cuatro, Moash era el único que no trataba a Kaladin como si fuera un mitológico heraldo salvador. Él y tal vez Roca.

Con todo, los demás hombres del puente no habían reaccionado con el temor que le preocupaba. Podían adorarlo, pero no lo aislaban. Estaba bien.

Llegaron a la escala de cuerda antes que Teft y los novatos, pero no había motivos para esperar. Kaladin salió del oscuro abismo y llegó a la meseta situada al este de los campamentos. Le parecía extraño poder sacar su lanza y su dinero del abismo. De hecho, los soldados que protegían los límites del campamento de Dalinar no le molestaron, sino que lo saludaron y se pusieron firmes. Fue el saludo más marcial que había recibido en su vida, tan marcial como los que se daban a los generales.

—Parecen orgullosos de ti —dijo Syl—. Ni siquiera te conocen, pero están orgullosos.

—Son ojos oscuros —dijo Kaladin, devolviendo el saludo—. Probablemente hombres que luchaban en la Torre cuando Sadeas los traicionó.

—Bendito por la Tormenta —llamó uno de ellos—. ¿Has oído la noticia?

«Maldito sea el que les dijo ese mote», pensó Kaladin mientras Roca y los demás lo alcanzaban.

—No —respondió—. ¿Qué noticia?

—¡Ha llegado un héroe a las Llanuras Quebradas! —gritó el soldado—. ¡Va a reunirse con el brillante señor Kholin, tal vez vaya a apoyarlo! Es una buena señal. Puede que ayude a calmar las cosas por aquí.

—¿Qué es esto? —preguntó Roca—. ¿Quién?

El soldado dijo un nombre y el corazón de Kaladin se convirtió en hielo. Casi dejó caer la lanza, de tan entumecidos como le quedaron los dedos. Y entonces echó a correr. No hizo caso al grito de Roca a sus espaldas, no se detuvo a dejar que los otros lo alcanzaran. Atravesó corriendo el campo, dirigiéndose al centro de mando de Dalinar.

No dio crédito a sus ojos cuando vio el estandarte flotando en el aire sobre un corrillo de soldados que probablemente habían llegado acompañados por un grupo mucho mayor que esperaba ante el campamento. Kaladin pasó ante ellos, atrayendo gritos, miradas y preguntas sobre si algo iba mal.

Por fin se detuvo ante las escalinatas del complejo de edificios de piedra de Dalinar. Allí delante, la Espina Negra le estrechaba la mano a un hombre alto.

De rostro cuadrado y aspecto digno, el recién llegado vestía un uniforme impecable. Se rio antes de abrazar a Dalinar.

—Viejo amigo —dijo—. Ha pasado demasiado tiempo.

—Demasiado, en efecto —reconoció Dalinar—. Me alegro de que por fin hayas venido, después de años de promesas. ¡He oído que incluso has conseguido una hoja esquivada!

—Sí —dijo el recién llegado, retirándose y llevándose la mano al costado—. Se la quité a un asesino que se atrevió a intentar matarme en el campo de batalla.

La espada apareció. Kaladin contempló el arma plateada. La hoja tenía forma de llamas en movimiento, y le pareció que estaba

manchada de rojo. Su mente se llenó de nombres: Dallet, Coreb, Reesh... un escuadrón de otro tiempo, de otra vida. Hombres a los que Kaladin había querido.

Alzó la cabeza y se obligó a mirar la cara del recién llegado. Un hombre al que odiaba, más que a ningún otro hombre. Un hombre al que una vez había adorado.

El alto señor Amaram. El hombre que le había robado la hoja esquirrada, le había marcado la frente y lo había vendido como esclavo.

Fin de la Primera parte

INTERLUDIOS



ESHONAI ♦ YM ♦ RYSN



El Ritmo de la Resolución latía suavemente en la mente de Eshonai cuando llegó a la meseta en el centro de las Llanuras Quebradas.

La meseta central. Narak. Exilio.

El hogar.

Se quitó de la cabeza el yelmo de la armadura esquilada y tomó una profunda bocanada de aire fresco. Aunque la armadura ventilaba maravillosamente, incluso así resultaba sofocante después de mucho tiempo de esfuerzo. Otros soldados se posaron tras ella: había traído unos mil quinientos consigo en esta incursión. Por fortuna, esta vez habían llegado mucho antes que los humanos, y habían cosechado la gema corazón con un mínimo de lucha. Devi la llevaba: se había ganado ese privilegio por ser quien divisó la crisálida desde lejos.

Casi deseaba que no hubiera sido una incursión tan fácil. Casi.

«¿Dónde estás, Espina Negra? —pensó, mirando hacia el oeste—. ¿Por qué no has venido a enfrentarte de nuevo conmigo?».

Le parecía haberlo visto en la incursión de una semana antes, cuando su hijo los expulsó de la meseta. Eshonai no había participado en ese combate: le dolía la pierna herida, y los saltos de meseta en meseta le molestaban, incluso con armadura esquilada. Tal vez no debería participar en esas correrías.

Había querido estar presente por si rodeaban a su fuerza de

choque, y necesitaban una portadora de esquirrada, aunque estuviera herida, para liberarlos. Todavía sentía dolor en la pierna, pero la armadura lo mitigaba. Pronto tendría que regresar a la lucha. Tal vez, si participaba directamente, la Espina Negra aparecería de nuevo.

Tenía que hablar con él. Sentía la necesidad de hacerlo soplando en los mismos vientos.

Sus soldados alzaron las manos en gesto de despedida mientras tomaban caminos separados. Muchos cantaban en voz baja una canción al Ritmo del Llanto. Hoy en día, pocos cantaban a la Emoción, o incluso a la Resolución. Paso a paso, tormenta a tormenta, la congoja se apoderaba de su pueblo: los oyentes, como llamaban a su raza. «Parshendi» era un término humano.

Eshonai se encaminó hacia las ruinas que rodeaban Narak. Después de tantos años, no quedaba mucho. Ruinas de ruinas, podían considerarse. Las obras de hombres y oyentes por igual no duraban mucho ante el poder de las altas tormentas.

Aquella aguja de piedra de allí, que antaño fuera posiblemente una torre. A lo largo de los siglos, había desarrollado una gruesa capa de crem de las furiosas tormentas. El blando crem se había filtrado en las grietas y llenado las ventanas, y luego se había endurecido lentamente. Para entonces la torre parecía una enorme estalagmita, con la punta redondeada señalando al cielo y el lado de piedra que parecía como si se hubiera derretido.

La aguja debía de tener un fuerte núcleo para resistir tanto tiempo a pesar de los vientos. Otros ejemplos de ingeniería antigua no habían perdurado. Eshonai pasó ante bultos y montículos, restos de edificios caídos que habían sido consumidos lentamente por las Llanuras Quebradas. Las tormentas eran impredecibles. A veces secciones enormes de roca se soltaban de las formaciones, dejando agujeros y bordes irregulares. En otras ocasiones, las agujas aguantaban durante siglos, creciendo (no menguando) a medida que los vientos las asolaban y las aumentaban a la vez.

Eshonai había encontrado ruinas similares en sus exploraciones, como aquella donde estaba cuando su pueblo encontró por primera vez a los humanos. Había ocurrido solo siete años antes, pero también una eternidad atrás. Fue feliz en aquellos días, explorando un ancho mundo que parecía infinito. Y ahora...

Ahora se pasaba la vida atrapada en esta meseta. Las tierras salvajes la llamaban, cantaban que debía reunir lo que pudiera y se marchara. Por desgracia, ese no era ya su destino.

Entró bajo la sombra de un gran macizo de roca que siempre había imaginado que pudo ser una de las puertas de la ciudad. Por lo poco que habían descubierto por los espías a través de los años, sabía que los alezi no comprendían. Marchaban sobre la superficie irregular de las mesetas y solo veían roca natural, sin saber que recorrían los huesos de una ciudad muerta hacía mucho tiempo.

Eshonai se estremeció, y se sumó al Ritmo de los Perdidos. Era un latido suave, pero violento todavía, con notas bruscas, separadas. No se mantuvo en armonía durante demasiado tiempo. Recordar a los caídos era importante, pero trabajar para proteger a los vivos lo era aún más.

Entró de nuevo en armonía con la Resolución y se internó en Narak. Allí los oyentes habían construido el mejor hogar que pudieron durante los años de guerra. Las prominencias rocosas se habían convertido en barracones, y los caparazones de los conchasgrandes servían de paredes y tejados. En los montículos que antes fueron edificios, a sotavento, se cultivaban rocabrotes para alimento. En otros tiempos, gran parte de las Llanuras Quebradas había estado poblada, pero la ciudad más grande estaba allí, en el centro. Así que las ruinas de su pueblo se habían establecido precisamente en las ruinas de una ciudad muerta.

La habían llamado Narak, exilio, pues era donde se habían separado de sus dioses.

Los oyentes, varones y hembras, alzaron las manos hacia ella mientras pasaba. Quedaban tan pocos... Los humanos eran implacables en su búsqueda de venganza.

No se lo reprochaba.

Se volvió hacia el Salón del Arte. Estaba cerca, y no había pasado por allí desde hacía días. Dentro, los soldados hacían un risible trabajo pintando.

Eshonai caminó entre ellos, todavía con su armadura puesta y el yelmo bajo el brazo. El largo edificio no tenía tejado, lo que permitía que entrara luz de sobra para pintar, y las paredes eran gruesas por el crem endurecido durante mucho tiempo. Con pinceles de gruesas cerdas, los soldados intentaban pintar lo mejor

posible el ramo de flores de rocabrote colocado en un pedestal en el centro. Eshonai hizo una ronda entre los artistas, mirando su trabajo. El papel era un bien muypreciado y en cuanto al lienzo, simplemente no había, así que pintaban sobre conchas.

Los cuadros eran horribles. Manchas de colores chillones, pétalos descentrados... Eshonai se detuvo junto a Varanis, uno de sus lugartenientes, que sujetaba el pincel delicadamente entre sus dedos blindados, una masa enorme ante el caballete. Placas de armadura quitinosa crecían en sus brazos, hombros, pecho e incluso su cabeza. Eran iguales que las que Eshonai tenía bajo la armadura.

—Estás mejorando —le dijo, hablando al Ritmo de la Alabanza.

Él la miró y canturreó suavemente al son del Escepticismo.

Eshonai se echó a reír y posó una mano en su hombro.

—Parecen flores y todo, Varanis. En serio.

—Parece agua sucia en una meseta marrón —dijo él—. Tal vez con algunas hojas marrones flotando. ¿Por qué los colores se vuelven marrones cuando se mezclan? Combinas tres colores preciosos, y se convierten en el tono más feo que puedas imaginar. No tiene sentido, general.

General. En ocasiones se sentía tan incómoda en este puesto como estos hombres ante sus pinturas. Llevaba la forma de guerra, ya que necesitaba la armadura para la batalla, pero prefería la de trabajo más flexible y resistente. No es que le disgustara liderar a esos hombres, pero hacer lo mismo cada día (maniobras, incursiones en las mesetas) nublabas su mente. Quería ver cosas nuevas, ir a lugares nuevos. En cambio, se unía a su pueblo en un largo velatorio mientras morían uno a uno.

«No. Encontraremos un modo de salir».

El arte, esperaba, sería parte de ello. Siguiendo sus órdenes, cada hombre o mujer realizaba un turno en el Salón del Arte a la hora acordada. Y se esforzaban: lo intentaban con todas sus fuerzas. Hasta el momento, habían tenido tanto éxito como si intentaran saltar un abismo sin ver el otro lado.

—¿Ningún spren? —preguntó.

—Ninguno —respondió él al Ritmo del Llanto. Últimamente Eshonai oía ese ritmo demasiado a menudo.

—Seguid intentándolo. No perderemos esta batalla por falta de esfuerzo.

—Pero, general —dijo Varanis—, ¿qué sentido tiene? Tener artistas no nos salvará de las espadas de los humanos.

Cerca de ellos, otros soldados se volvieron para escuchar su respuesta.

—Los artistas no ayudarán —contestó ella al Ritmo de la Paz—. Pero mi hermana confía en descubrir pronto nuevas formas. Si logramos descubrir cómo crear artistas, eso podría enseñarle más sobre el proceso de cambio... y ayudarla con su investigación. Le permitiría descubrir formas más fuertes, incluso, que la de guerra. Los artistas no nos sacarán de esto, pero alguna otra tal vez sí pueda.

Varanis asintió. Era un buen soldado. No todos lo eran: la forma de guerra implicaba necesariamente más disciplina. Por desgracia, eso lastraba las capacidades artísticas.

Eshonai había intentado pintar. No podía pensar bien, no captaba la abstracción necesaria para crear arte. La forma de guerra era práctica, versátil. No impedía pensar, como la forma carnal. Pero cada una tenía sus pegas. La trabajadora tenía problemas para la violencia: había una especie de bloqueo mental. Era uno de los motivos por los que le gustaba esa forma. La obligaba a pensar de manera distinta para resolver los problemas.

Ninguna forma podía crear arte. Al menos, no bien. La forma carnal era mejor, pero traía consigo un montón de otros problemas. Mantener a esos tipos concentrados en algo productivo era casi imposible. Había otras dos formas, aunque la primera (la gris), apenas la usaban. Era una reliquia del pasado, antes de que volvieran a descubrir algo mejor.

Eso dejaba solo la forma diestra, una forma general que era liviana y cuidadosa. La usaban para nutrir a los jóvenes y hacer el tipo de trabajo que requería más maña que fuerza. Pocos podían dedicarse a esa forma, aunque mostraba mayor facilidad para el arte.

Las antiguas canciones hablaban de cientos de formas. Ahora solo conocían cinco. Bueno, seis, contando la forma esclava, la forma sin spren, sin alma y sin canción que más conocían los humanos, la forma que llamaban parshmenios. En realidad, no era una forma, sino la carencia de cualquier forma.

Eshonai salió del Salón del Arte con el yelmo bajo el brazo y

sintió la pierna dolorida. Atravesó la plaza del agua, donde los diestros habían creado un gran estanque con crem esculpido. El estanque recogía la lluvia durante el apogeo de las tormentas, repletas de nutrientes. Allí, los trabajadores traían cubos para recoger agua. Sus formas eran fuertes, casi como las de la forma de guerra, aunque con dedos más finos y sin armadura. Muchos la saludaron, aunque como general ella no tenía ninguna autoridad sobre ellos. Era su última portadora de esquirlada.

Un grupo de tres formas carnales (dos hembras, un macho) jugaba en el agua, salpicándose unos a otros. Escuetamente vestidos, desparramaban lo que los otros deberían beber.

—Vosotros tres —les reprendió Eshonai—. ¿No deberías estar haciendo algo?

Rollizos e insulsos, ellos le sonrieron.

—¡Ven! —exclamó uno—. ¡Es divertido!

—Fuera —dijo Eshonai.

Los tres murmuraron al Ritmo de la Irritación mientras salían del agua. Varios trabajadores cercanos sacudieron la cabeza cuando pasaron por su lado, y uno de ellos cantó en Alabanza apreciando el gesto de Eshonai. A los trabajadores no les gustaban las confrontaciones.

Era una excusa. Igual que quienes adoptaban la forma carnal la utilizaban como excusa para sus ociosas actividades. Cuando era trabajadora, Eshonai se entrenó para saber enfrentarse si era necesario. Incluso en una ocasión había sido carnal, y se había demostrado a sí misma que era posible ser productiva como carnal, a pesar de... las distracciones.

Naturalmente, el resto de sus experiencias como carnal habían sido un completo desastre.

Habló para Reprender a las formas carnales, y sus palabras fueron tan apasionadas que atrajo a unos furiaspren. Los vio venir de lejos, atraídos por su emoción, moviéndose a increíble velocidad, como rayos que se deslizaran hacia ella a través de las lejanas piedras. Los rayos se arremolinaron a sus pies, volviendo rojas las piernas.

Eso infundió a las formas carnales el temor a los dioses y echaron a correr para presentarse en el Salón del Arte. Esperó que no acabaran en cualquier recodo del camino, apareándose. A

Eshonai se le revolvió el estómago ante semejante idea. Nunca había entendido a los que preferían permanecer en forma carnal. La mayoría de las parejas, cuando deseaban tener un hijo, entraban en esa forma y se aislaban durante un año, pero luego la abandonaban lo antes posible tras el nacimiento. Después de eso, ¿quién quería volver a mostrarse así en público?

Los humanos lo hacían. Eso la había llenado de asombro al principio, cuando aprendía su lengua y comerciaba con ellos. Los humanos no solo no cambiaban de forma, sino que siempre parecían dispuestos a aparearse, agitados por sus urgencias sexuales.

¿Qué no habría dado ella por poder mezclarse con los humanos sin que la descubrieran, por adoptar su piel monocromática durante un año y recorrer sus caminos, ver sus grandes ciudades? En cambio, los otros y ella habían ordenado el asesinato del rey alezi en un movimiento desesperado por impedir que regresaran los dioses de los oyentes.

Bueno, eso había funcionado: el rey alezi no había podido ejecutar su plan. Pero como consecuencia de ello, el pueblo de Eshonai estaba siendo destruido lentamente.

Llegó por fin a la formación rocosa que llamaba su hogar: una cúpula pequeña y derruida. Le recordaba las que había en la linde de las Llanuras Quebradas, las enormes construcciones que los humanos llamaban campamentos de guerra. Su pueblo había vivido en ellas antes de abandonarlas por la seguridad de las llanuras, con sus abismos que los humanos no podían saltar.

Su hogar, naturalmente, era muchísimo más pequeño. Al principio de vivir allí, Venli había fabricado un techo de caparazón de conchagrande y construido muros para dividir el espacio en cámaras. Lo había cubierto todo con crem, que se había endurecido con el tiempo, creando algo que parecía más una casa que una chabola.

Eshonai dejó el yelmo sobre la mesa que había dentro, pero se dejó la armadura puesta. Le agradaba la armadura esquirrada, la sensación de fuerza que transmitía. Le permitía saber que todavía se podía confiar en algo en el mundo. Y con el poder de la armadura esquirrada, casi podía ignorar la herida de su pierna.

Recorrió unas cuantas habitaciones, saludando a la gente al

pasar. Los socios de Venli eran estudiosos, aunque ninguno de ellos sabía la forma más adecuada para el estudio. La forma diestra era la que adoptaban de momento. Eshonai encontró a su hermana junto a la ventana más alejada. Demid, antaño compañero de Venli, estaba sentado a su lado. Venli había mantenido su forma diestra durante tres años, desde que descubrieron la forma, aunque en su interior Eshonai seguía viendo a su hermana como una trabajadora, con los brazos más gruesos y el torso más fornido.

Sin embargo, eso formaba parte del pasado. Con el tiempo Venli se había convertido en una mujer más delgada, de rostro fino y cuyos dibujos trazaban delicados patrones rojos y blancos. La forma diestra, que carecía de yelmo caparazón, desarrollaba largos mechones de pelo, pues no había ninguna cobertura que los bloqueara. Los de Venli, de un rojo intenso, le llegaban a la cintura, donde los ataba en tres puntos. Llevaba una túnica que se ceñía al talle y cuyo escote mostraba el arranque de los pechos. No era una forma carnal, así que los pechos eran pequeños.

Venli y su antaño-compañero eran íntimos, aunque su tiempo como pareja no había producido ningún hijo. Si hubieran ido al campo de batalla, habrían formado una pareja de guerra. En cambio, eran una pareja de investigación, o algo parecido. Los asuntos a los que dedicaban su día a día eran delicados. Esa era la cuestión. El pueblo de Eshonai no podía permitirse ser lo que fueron en el pasado. Los días de vivir aislados en estas mesetas, cantándose canciones unos a otros, luchando solo de vez en cuando, se habían acabado.

—¿Bien? —preguntó Venli al Ritmo de Curiosidad.

—Vencimos —respondió Eshonai, apoyándose en la pared y cruzando los brazos con un tintineo de armadura esquirlada—. La gema corazón es nuestra. Seguiremos comiendo.

—Me alegro —dijo Venli—. ¿Y tu humano?

—Dalinar Kholin. No vino a esta batalla.

—No volverá a enfrentarse a ti. La última vez estuviste a punto de matarlo. —Lo dijo al Ritmo de la Diversión mientras se levantaba y recogía un papel (lo hacían con pulpa reseca de rocabrote después de una cosecha) que le tendió a su antaño-compañero. Tras examinarlo, él asintió y empezó a tomar notas en su propio papel.

Fabricar ese papel requería un tiempo y unos recursos preciosos, pero Venli aseguraba que el resultado compensaba el esfuerzo. Ojalá tuviera razón.

Venli miró a Eshonai. Tenía unos ojos penetrantes: vidriosos y oscuros, como los de todos los oyentes. Venli siempre parecía tener en ellos un profundo conocimiento secreto que no tenía nadie más. Con la luz adecuada, su brillo era violeta.

—¿Qué harías tú, hermana? —preguntó Venli—. ¿Qué harías si ese Kholin y tú fuerais capaces de dejar de intentar mataros mutuamente el tiempo suficiente para mantener una conversación?

—Buscaría la paz.

—Asesinamos a su hermano —señaló Venli—. Matamos al rey Gavilar la noche que nos invitó a su hogar. No es algo que los alezi vayan a olvidar, ni a perdonar.

Eshonai descruzó los brazos y flexionó una mano enguantada. Aquella noche. Un plan desesperado, trazado entre ella y cinco más. Formó parte del grupo a pesar de su juventud, debido a su conocimiento de los humanos. Todos habían votado lo mismo.

Matar al hombre. Matarlo y arriesgarse a la destrucción, pues si hubiera vivido para hacer lo que les dijo aquella noche, todo se habría perdido. Los otros que habían tomado la decisión con ella estaban muertos.

—He descubierto el secreto de la forma tormenta —dijo Venli.

—¿Qué? —Eshonai se irguió—. ¡Tenías que trabajar en una forma que ayudara! ¡Una forma para los diplomáticos, o para los eruditos!

—Esos no nos salvarán —replicó Venli al Ritmo de la Diversión—. Si queremos tratar con los humanos, necesitaremos los poderes antiguos.

—Venli —dijo Eshonai, agarrando a su hermana por el brazo—. ¡Nuestros dioses!

Ella no se inmutó.

—Los humanos tienen absorbedores.

—Tal vez no. Podría haber sido una hoja de Honor.

—Luchaste con él. ¿Fue una hoja de Honor lo que te golpeó, lo que hirió tu pierna, lo que te dejó cojeando?

—Yo... —Eshonai sintió el dolor en la pierna.

—No sabemos cuáles de las canciones son ciertas —adujo Venli.

Aunque lo expuso en Resolución, parecía cansada, y atrajo agotaspren, que acudieron con un sonido que recordaba el viento, colándose por las ventanas y puertas como chorros de vapor translúcido antes de volverse más fuertes, más visibles, y girar alrededor de su cabeza como remolinos de condensación.

«Mi pobre hermana. Se esfuerza tanto como los soldados».

—Si los absorbedores han regresado —continuó Venli—, debemos buscar algo decisivo, algo que asegure nuestra libertad. Las formas de poder, Eshonai... —Miró la mano de su hermana, todavía sobre su brazo—. Al menos siéntate y escucha. Y deja de alzarte como una montaña.

Eshonai retiró los dedos, pero no se sentó. El peso de su armadura esquirrada rompería cualquier silla. En cambio, se inclinó hacia delante e inspeccionó la mesa llena de papeles.

Venli había inventado ella misma la escritura. Habían aprendido de los humanos: memorizar canciones era bueno, pero no perfecto, incluso cuando tenías los ritmos para guiarte. La información almacenada en las páginas era más práctica, sobre todo para investigar.

Eshonai había aprendido ella sola la escritura, pero leer seguía resultándole arduo. No tenía mucho tiempo para practicar.

—Así que... ¿forma tormenta? —dijo.

—Si dispusiera de suficientes fuerzas que adoptaran esa forma —contestó Venli—, se podría controlar una alta tormenta, o incluso invocar una.

—Recuerdo la canción que habla de esa forma. Era algo propio de los dioses.

—La mayoría de las tormentas están relacionadas con ellos de algún modo —dijo Venli—. ¿Podemos confiar realmente en la exactitud de unas palabras que se cantaron por primera vez hace tanto tiempo? Cuando esas canciones se memorizaron, las gentes de nuestro pueblo eran casi todas formas grises.

Demid pasó algunas páginas, apartando un fajo.

—Venli tiene razón, Eshonai. Es un riesgo que debemos correr.

—Podríamos negociar con los alezi —dijo Eshonai.

—¿Con qué fin? —dijo Venli, de nuevo al Ritmo del Escepticismo. Sus agotaspren se disolvieron por fin y se marcharon en busca de fuentes de emoción más frescas—. Eshonai, sigues

diciendo que quieres negociar. Creo que es porque te fascinan los humanos. ¿Crees que te dejarán ir libremente entre ellos? ¿Una persona de quien consideran que tiene la forma de una esclava rebelde?

—Hace siglos, escapamos de nuestros dioses y de los humanos —dijo Demid—. Nuestros antepasados dejaron atrás la civilización, el poder y la fuerza para asegurar la libertad. No voy a renunciar a eso, Eshonai. Forma tormenta. Con ella podremos destruir al ejército alezi.

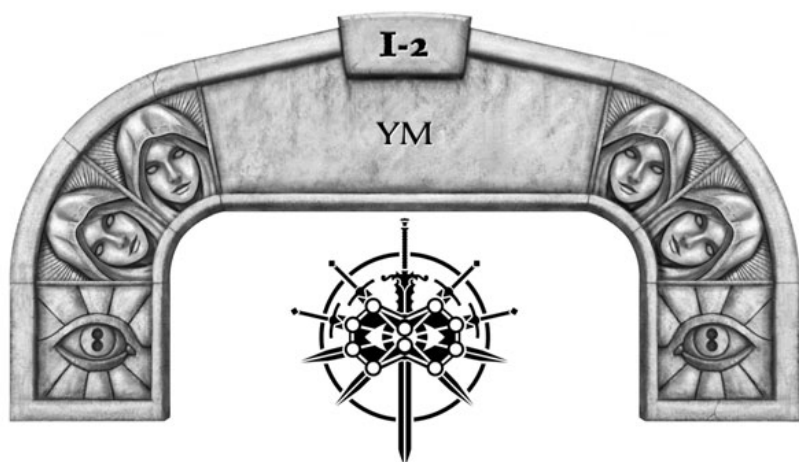
—Sin ellos —dijo Venli—, podrás continuar explorando. Sin responsabilidades: podrías viajar, hacer tus mapas, descubrir lugares que ninguna persona ha visto jamás.

—Lo que quiero para mí carece de importancia —repuso Eshonai al Ritmo de Reprimenda—, mientras todos corramos el riesgo de ser destruidos. —Contempló las manchas sobre la página, escritos de canciones. Canciones sin música, escritas tal como eran. Despojadas de alma.

¿Podía la salvación de los oyentes estar de verdad en algo tan terrible? Venli y su equipo habían pasado cinco años registrando todas las canciones, aprendiendo los matices de los mayores, capturándolas en estas páginas. Por medio de colaboración, investigación y profundas reflexiones, habían descubierto la forma diestra.

—Es el único modo —dijo Venli al Ritmo de la Paz—. Llevaremos la propuesta ante los Cinco, Eshonai. Preferiría tenerte de nuestro lado.

—Yo... lo tendré en cuenta.



Ym cortó cuidadosamente la madera de un lado del pequeño bloque. La alzó hacia la luz junto a su banco de trabajo, cogió los anteojos por el borde y se los acercó a los ojos.

Qué delicioso invento, los anteojos. Vivir era ser un fragmento del Cosmere que se experimentaba a sí mismo. ¿Cómo podía experimentar adecuadamente si no podía ver? El azishiano que creó por primera vez estos artilugios había muerto hacía tiempo, e Ym había remitido una propuesta para que se le considerase uno de los Muertos Honrados.

Ym bajó la pieza de madera y continuó tallándola, repasando con cuidado la parte delantera para formar una curva. Algunos de sus colegas compraban sus hormas (las formas de madera alrededor de las cuales los zapateros fabricaban sus zapatos) a los carpinteros, pero Ym había aprendido a hacer las suyas. Esa era la manera antigua, la que se había hecho durante siglos. Si algo se hacía de una manera durante tanto tiempo, pensaba que probablemente era por un buen motivo.

Tras él se extendían los cubículos de un taller de zapatero, las punteras de docenas de zapatos asomando como narices de anguilas en sus agujeros. Eran zapatos de prueba, usados para juzgar el tamaño, elegir los materiales y decidir los estilos para así poder fabricar el zapato perfecto que encajara con el pie y la personalidad del individuo. Ese proceso podía llevar mucho tiempo, y eso

suponiendo que todo se llevara a cabo correctamente.

Algo se movió en la penumbra a su derecha. Ym miró en esa dirección, pero no cambió de postura. El spren venía cada vez con más frecuencia, motas de luz, como las que surgen de un trozo de cristal suspendido en un rayo de sol. No conocía su tipo, ya que nunca había visto antes uno igual.

El spren avanzó por la superficie del banco de trabajo, acercándose. Cuando se detuvo, la luz brotó de él, como pequeñas plantas que crecieran o surgieran de sus madrigueras. Cuando volvió a moverse, se retiraron.

Ym continuó esculpiendo.

—Será para hacer un zapato.

El taller, por la tarde, estaba silencioso, a excepción del cuchillo sobre la madera.

—¿Za-zapato? —preguntó alguien con una voz que sonaba como la de una mujer joven, suave, entonando una especie de musicalidad tintineante.

—Sí, amiga mía —dijo él—. Un zapato para niños pequeños. Hoy en día cada vez los necesito más.

—Zapato —dijo el spren—. Para niños. Gente pequeña.

Ym quitó restos de madera esparcidos en el banco para barrerlo todo más tarde, y luego colocó la horma cerca del spren, que se apartó. Parecía un reflejo en un espejo, translúcido, apenas un titilar de luz.

Ym retiró la mano y esperó. El spren avanzó poquito a poco, con cautela, como un cremolino que sale de su grieta después de una tormenta. Se detuvo, y la luz se elevó en forma de brotes diminutos. Qué visión tan extraña.

—Eres una experiencia interesante, amiga mía —dijo Ym mientras el titilar de luz se dirigía hacia la horma—. Una experiencia en la que me siento honrado de participar.

—Yo... —dijo el spren—. Yo... —La forma del spren se estremeció de pronto, y entonces se hizo más intensa, como luz concentrada—. Él viene.

Ym se levantó, súbitamente ansioso. Algo se movía fuera, en la calle. ¿Era ese? ¿Aquel oteador de la casaca militar?

Pero no, era solo un niño que se asomaba por la puerta abierta. Ym sonrió, abrió su cajón de esferas y dejó entrar más luz en la

habitación. El niño retrocedió, como había hecho el spren.

El spren se había desvanecido en alguna parte. Lo hacía cuando había otra gente cerca.

—No tienes que temer nada —dijo Ym, sentándose de nuevo en su taburete—. Pasa. Déjame que te eche un vistazo.

El joven pillastre se volvió a asomar. Solo llevaba unos pantalones raídos, sin camisa, aunque eso era común allí en Iri, donde los días y las noches solían ser cálidos.

Los pies del pobre niño estaban sucios y magullados.

—Vaya, eso no está bien. Pasa, jovencito, ponte cómodo. Vamos a ponerte algo en esos pies —dijo Ym. Sacó uno de sus taburetes más pequeños.

—Dicen que no cobras nada —dijo el niño, sin moverse.

—Se equivocan —respondió Ym—. Pero creo que mi precio te parecerá asequible.

—No tengo esferas.

—No hacen falta esferas. Tu pago será tu historia. Tus experiencias. Quisiera oírlas.

—Dijeron que eres extraño —dijo el niño, entrando por fin en el taller.

—Tenían razón —contestó Ym, palmeando el taburete.

El pillastre se acercó tímidamente en el taburete, caminando con una cojera que trataba de disimular. Era iriali, aunque la suciedad oscurecía su piel y su pelo, que eran dorados. La piel un tanto menos (hacía falta luz para verla bien), pero el pelo sin duda. Era la marca de su pueblo.

Ym le indicó al niño que levantara el pie bueno, luego sacó una bayeta, la humedeció y procuró limpiar la suciedad. No iba a hacer una medición con unos pies tan sucios. El niño retiró el pie del que cojeaba, como intentando ocultar que lo tenía envuelto en un harapo.

—Bien —dijo Ym—. ¿Tu historia?

—Eres viejo —replicó el niño—. Más viejo que nadie que yo conozca. Viejo como un abuelo. Ya tienes que saberlo todo. ¿Por qué quieres oír cosas mías?

—Es una de mis manías —dijo Ym—. Vamos. Oigámoslas.

El niño rezongó, pero empezó a hablar. Brevemente. Eso no era desacostumbrado. Quería guardar su historia para sí. Lentamente,

con preguntas cuidadosas, Ym le sonsacó la historia. El niño era hijo de una puta, y se habían desentendido de él en cuanto pudo cuidar de sí mismo. Eso fue tres años atrás, creía el niño. Probablemente ya tenía ocho.

Mientras escuchaba, Ym limpió el primer pie, luego le cortó y le limó las uñas. Una vez hecho eso, se dirigió al otro pie.

Reacio, el niño lo alzó. Ym desenrolló el harapo, y encontró un feo corte en la planta del pie. Ya estaba infectado, repleto de putrispren, diminutas motas de rojo.

Ym vaciló.

—Necesitaba zapatos —dijo el pillastre, apartando la mirada—. No puedo seguir sin ellos.

El tajo en la planta era irregular. «¿Se lo ha hecho tal vez saltando una verja?», pensó Ym.

El niño lo miró, fingiendo que no le importaba. Una herida como aquella debía frenar terriblemente a un pillastre, y en las calles eso podía significar fácilmente la muerte. Ym lo sabía bien.

Miró al niño, advirtiendo la sombra de preocupación que expresaban aquellos ojitos. La infección ya se había extendido por la pierna.

—Amiga mía —susurró Ym—, creo que voy a necesitar tu ayuda.

—¿Qué? —dijo el pillastre.

—Nada —respondió Ym, rebuscando en el cajón de su mesa. La luz que brotó eran solo cinco chips de diamante. Todos los pillastres que habían acudido a él lo habían visto. De momento, solo le habían robado dos veces.

Siguió rebuscando, hasta desplegar un compartimento oculto en el cajón, de donde sacó una esfera más poderosa, un broam. Cubrió rápidamente su luz con una mano mientras buscaba un antiséptico con la otra.

La medicina no iba a ser suficiente, no con el niño incapaz de no andar. ¿Permanecer en cama durante semanas para curarse, aplicando constantemente medicinas caras? Imposible para un pillastre callejero que luchaba por conseguir comida cada día.

Ym retiró las manos, la esfera oculta en el interior de una de ellas. Pobre chiquillo. Debía dolerle terriblemente. El niño probablemente debería guardar cama, febril, pero todos los

pillastres sabían masticar cortezapizarra para permanecer alerta y estar despiertos más tiempo del que debían.

El spren de luz chispeante asomó bajo un puñado de recortes de cuero. Ym aplicó la medicación, luego la hizo a un lado y alzó el pie del niño, murmurando en voz baja.

El brillo en la otra mano de Ym se desvaneció.

Los putrispren huyeron de la herida.

Cuando Ym retiró la mano, el corte había cicatrizado, el color había vuelto a la normalidad y los signos de infección habían desaparecido. Hasta ahora, Ym había usado esta habilidad solo unas cuantas veces, y siempre la había disfrazado de medicina. No se parecía a nada de lo que hubiera oído hablar. Tal vez por eso se le había concedido: para que el Cosmere pudiera experimentarla.

—Eh —dijo el niño—, me siento mucho mejor.

—Me alegro —respondió Ym, devolviendo la esfera y la medicina a su cajón. El spren se había retirado—. Vamos a ver si tengo algo que te esté bien.

Empezó a probar zapatos. Normalmente, después de probarlos, usaba el patrón y fabricaba un par de zapatos perfectos a medida. Para este niño, desgraciadamente, tendría que usar zapatos ya hechos. Demasiados pillastres callejeros no habían vuelto nunca por sus pares de zapatos, dejándolo inquieto y preocupado. ¿Les había sucedido algo? ¿Se les había olvidado sin más? ¿O su natural recelo había sido más fuerte?

Por fortuna, tenía varios pares de zapatos buenos y recios que podían venirle bien a este niño. «Necesito más piel de cerdo», pensó, tomando nota. Los niños no cuidaban bien el calzado. Necesitaba cuero que envejeciera bien aunque no lo atendieran.

—¿Va a darme de verdad un par de zapatos? —dijo el pillastre—. ¿Por nada?

—Por nada más que tu historia —respondió Ym, colocando otro zapato de prueba en el pie del niño. Había renunciado a intentar convencer a los pillastres para que usaran calcetines.

—¿Por qué?

—Porque tú y yo somos Uno.

—¿Un qué?

—Un ser —dijo Ym. Apartó a un lado ese zapato y sacó otro—. Hace mucho tiempo, solo había Uno. Uno lo sabía todo, pero no

había experimentado nada. Y así, Uno se convirtió en muchos: en nosotros, las personas. El Uno, que es a la vez masculino y femenino, lo hizo para experimentar todas las cosas.

—Uno. ¿Te refieres a Dios?

—Si deseas llamarlo así... Pero no es completamente cierto. No acepto a ningún dios. No deberías aceptar a ninguno. Somos iriali, y parte del Largo Sendero, del cual esta es la Cuarta Tierra.

—Hablas como un sacerdote.

—Tampoco aceptes a los sacerdotes —dijo Ym—. Son de otras tierras, vienen a predicarnos. Uniriali no necesita prédicas, solo experiencia. Como cada experiencia es única, eso trae plenitud. Con el tiempo, todo volverá a unirse, cuando se consiga la Séptima Tierra, y una vez más nos convertiremos en Uno.

—Entonces tú y yo... —dijo el pillastre callejero—. ¿Somos lo mismo?

—Sí. Dos mentes de un solo ser experimentando vidas diferentes.

—Eso es una estupidez.

—Es simplemente una cuestión de perspectiva —dijo Ym, rociando con polvo los pies del niño y colocándole un par de zapatos de prueba—. Por favor, camina con estos un momento.

El niño le dirigió una mirada de extrañeza, pero obedeció y dio unos cuantos pasos. Ya no cojeaba.

—Perspectiva —dijo Ym, alzando la mano y agitando los dedos—. Desde muy cerca, los dedos de una mano pueden parecer individuales y aislados. De hecho, el pulgar puede pensar que tiene muy poco en común con el meñique. Pero con la perspectiva adecuada, se advierte que los dedos forman parte de algo mucho mayor. Que son, en efecto, Uno.

El pillastre frunció el ceño. Probablemente parte de todo aquello le quedaba muy lejos. «Me parece que tengo que hablar con más sencillez, y...».

—¿Por qué tú tienes que ser el dedo del anillo caro —dijo el niño, caminando de vuelta— mientras que yo me quedo con el meñique que tiene la uña rota?

Ym sonrió.

—Sé que parece injusto, pero no puede haber ninguna injusticia, ya que al final todos somos lo mismo. Además, no siempre tuve esta

zapatería.

—¿No?

—No. Creo que te sorprendería saber de dónde procedo. Por favor, vuelve a sentarte.

El niño obedeció.

—Esa medicina funciona muy bien. Muy, muy bien.

Ym le quitó los zapatos, usando el polvillo, que se había desprendido en algunos lugares, para juzgar cómo encajaban. Sacó un par de zapatos ya fabricados, trabajó en ellos un momento, flexionándolos entre sus manos. Le habría gustado acolchar la planta del pie herido, pero con algo que se soltara después de unas cuantas semanas, cuando la herida sanara...

—Todo eso que dices me parecen tonterías —soltó el niño—. Porque, a ver, si todos somos la misma persona, ¿no debería saberlo ya todo el mundo?

—Como Uno, conocimos la verdad —respondió Ym—, pero como muchos, necesitamos la ignorancia. Existimos en diversidad para experimentar todo tipo de pensamientos. Eso significa que algunos de nosotros tenemos que saber y otros no. Igual que unos tienen que ser ricos y otros pobres. —Trabajó un poco más en el zapato—. Más gente lo supo, en el pasado. No se habla de ello tanto como se debería. Toma, mira a ver si estos te vienen bien.

Le tendió los zapatos al niño, que se los puso y probó los cordones.

—Puede que tu vida sea desagradable... —empezó a decir Ym.

—¿Desagradable?

—Sí, bueno. Un absoluto desastre. Pero mejorará, jovencito. Lo prometo.

—Creía —dijo el niño, golpeando el suelo con el pie bueno para probar los zapatos— que ibas a decirme que la vida es horrible, pero que al final no importa, porque todos vamos al mismo lugar.

—Eso es cierto, pero no resulta muy reconfortante ahora mismo, ¿no?

—No.

Ym se volvió hacia su banco de trabajo.

—Intenta no andar mucho con ese pie herido, si puedes evitarlo.

El pillastre se dirigió a la puerta con súbita urgencia, como ansioso por marcharse antes de que Ym cambiara de opinión y le

quitara los zapatos. No obstante, se detuvo en la puerta.

—Si todos somos la misma persona probando vidas diferentes, no necesitas regalar zapatos —dijo el niño—. Porque no importa.

—No te golpearías a ti mismo en la cara, ¿verdad? Si mejoro tu vida, mejoro mi vida.

—Eso son locuras —dijo el niño—. Pero creo que eres una buena persona. —Se marchó, sin decir otra palabra.

Ym sonrió, sacudiendo la cabeza. Al cabo de un rato, continuó trabajando en su horma. El spren volvió a asomarse.

—Gracias por tu ayuda —dijo Ym. No sabía por qué podía hacer lo que hacía, pero sabía que el spren estaba relacionado.

—Todavía está aquí —susurró el spren.

Ym miró a través de la puerta hacia la calle, en plena noche. ¿Tal vez el pillastre estaba allí?

Algo crujió tras él.

Se puso en pie de un salto, girando. El taller era un lugar de rincones oscuros y cubículos. ¿Había oído tal vez a una rata?

¿Por qué estaba abierta la puerta de la habitación del fondo, donde dormía Ym? Normalmente la dejaba cerrada.

Una sombra se movió en la negrura del fondo.

—Si vienes por las esferas —dijo Ym, temblando—, solo tengo estos cinco chips.

Más crujidos. La sombra se separó de la oscuridad, convirtiéndose en un hombre de piel makabaki, toda oscura menos una pálida media luna en la mejilla. Vestía de negro y plata, un uniforme, pero no pertenecía a ningún ejército que Ym reconociera. Gruesos guantes, con puños recios vueltos hacia atrás.

—Tuve que mirar con mucha atención —dijo el hombre— para descubrir tu indiscreción.

—Y-yo... —tartamudeó Ym—. Solo... cinco chips...

—Has vivido una vida limpia, desde tu juventud como jueguista —dijo el hombre, con voz tranquila—. Un joven de posibles que se bebió y malgastó en fiestas lo que le dejaron sus padres. Eso no es ilegal. El asesinato, sin embargo, sí lo es.

Ym se desplomó en su taburete.

—No lo sabía. No sabía que la iba a matar.

—Veneno —dijo el hombre, entrando en la habitación—, en forma de una botella de vino.

—¡Me dijeron que la cosecha era la señal! ¡Que ella sabría que el mensaje era de ellos, y que significaba que tendría que pagar! Yo estaba desesperado por el dinero. Para comer, ¿sabes? Los que viven en las calles no son amables...

—Fuiste cómplice de asesinato —dijo el hombre, ajustándose más los guantes, primero una mano, luego la otra. Hablaba con tal falta de emoción que podría haber estado hablando del tiempo.

—No sabía... —suplicó Ym.

—Eres culpable, de todas formas.

El hombre extendió la mano hacia un lado, y un arma se formó allí de la bruma, hasta caer en su mano.

¿Una hoja esquilada? ¿Qué clase de alguacil de la ley era ese? Ym se quedó mirando la maravillosa espada plateada.

Entonces echó a correr.

Parecía que aún tenía instintos útiles del tiempo transcurrido en las calles. Consiguió lanzar un fardo de cuero hacia el hombre y esquivar la hoja que blandía hacia él. Salió a la calle oscura y siguió corriendo, gritando. Tal vez alguien lo oiría. Tal vez alguien vendría en su ayuda.

Nadie lo oyó.

Nadie lo ayudó.

Ym era un anciano. Cuando llegó a la primera esquina en la calle, jadeaba en busca de aire. Se detuvo junto a la vieja barbería, oscura, la puerta cerrada. El pequeño spren se movía a su lado, una luz titilante que se extendía en círculo hacia fuera. Precioso.

—Supongo —dijo Ym, jadeando—, que ha llegado... mi hora. Que el Uno... encuentre este recuerdo... agradable.

Pisadas en la calle tras él, acercándose.

—No —susurró el pequeño spren—. ¡Luz!

Ym rebuscó en su bolsillo y sacó una esfera. ¿Podría usarla de algún modo para...?

El hombro del alguacil empujó a Ym contra la pared de la barbería. El anciano gimió, dejando caer la esfera.

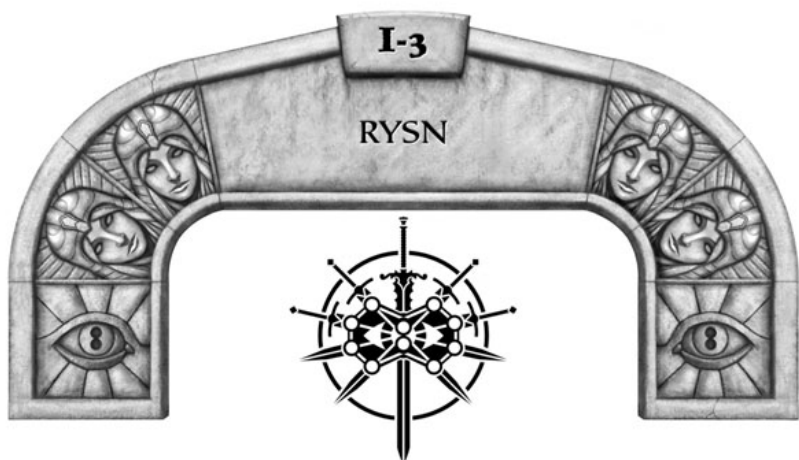
El hombre de plata giró a su alrededor. Parecía una sombra en la noche, una silueta contra el cielo negro.

—Fue hace cuarenta años —susurró Ym.

—La justicia no expira.

El hombre clavó la hoja esquilada en el pecho de Ym.

La experiencia terminó.



A Rysn le gustaba fingir que su maceta de tierra shin no era estúpida, sino simplemente contemplativa. Estaba sentada cerca de la proa de su catamarán, sujetando la maceta en su regazo. La superficie del mar de Reshi, por lo demás tranquila, se ondulaba por el remo del guía que tenía detrás. El aire cálido y húmedo hacía que el ceño y el cuello de Rysn se llenaran de perlas de sudor.

Probablemente iba a llover de nuevo. Las lluvias en el mar eran de la peor especie: no poderosas o impresionantes como las altas tormentas, ni siquiera tan insistentes como un chaparrón corriente. Allí era solo una neblina húmeda, más que bruma pero menos que llovizna. Suficiente para arruinar el peinado, el maquillaje, la ropa... de hecho, todos los elementos característicos de los esfuerzos de una mujer joven para presentar un rostro adecuado para comerciar.

Rysn agitó la maceta que tenía en su regazo. Le había puesto a la hierba el nombre de Tyvnk. Hosca. Su babsk se había reído ante el nombre. Lo comprendía. Al nombrar a la hierba, reconocía que él tenía razón y ella estaba equivocada; el año anterior su negocio con los shin había sido excepcionalmente ventajoso.

Rysn decidió no mostrarse molesta por la demostración de que estaba tan claramente equivocada. En cambio, había dejado que lo estuviera su planta.

Llevaban ya dos días recorriendo estas aguas, y eso después de

esperar en puerto durante semanas hasta que se produjera el momento adecuado entre altas tormentas para poder viajar al cercano mar interior. Hoy, las aguas estaban sorprendentemente tranquilas. Casi tan serenas como las del Lagopuro.

Vstim viajaba dos barcasas más allá en su irregular flotilla. Atendidos por nuevos parshmenios, los dieciséis esbeltos catamaranes estaban cargados con mercancías que habían comprado con los beneficios de su última expedición. Vstim descansaba todavía en la parte trasera de su barca. Parecía poco más que otro montón de ropa, casi indiferenciable de los sacos de artículos.

Se pondría bien. La gente enfermaba. Eran cosas que pasaban, pero volvería a ponerse bien.

«¿Y la sangre que viste en su pañuelo?».

Reprimió el pensamiento y se dio la vuelta en su asiento, cambiándose a Tyvnk al hueco del brazo izquierdo. Mantenía la maceta muy limpia. El tipo de suelo que la hierba necesitaba para vivir era aún peor que el crem, y tenía tendencia a estropear la ropa.

Gu, el guía de la flotilla, viajaba en su misma barca, justo detrás de ella. Tenía el aspecto de un habitante del Lagopuro con aquellas extremidades largas, la piel correosa, y el pelo oscuro. Sin embargo, todos los lagopureños que ella había conocido se preocupaban profundamente por sus dioses. Dudaba de que Gu se hubiera preocupado jamás por nada.

Eso incluía llevarlos a su destino a tiempo.

—Dijiste que estábamos cerca —le espetó.

—Oh, lo estamos —dijo él, alzando su remo y volviendo a hundirlo en el agua—. Ya queda poco. Pronto. —Hablaban thayleño bastante bien, y ese era el motivo por el que lo habían contratado. Desde luego, no fue por su puntualidad.

—Define «pronto» —dijo Rysn.

—Que defina...

—¿Qué quieres decir con «pronto»?

—Pronto. Hoy, tal vez.

Tal vez. Magnífico.

Gu continuó remando, haciéndolo solo por un lado de la barca, pero consiguiendo de algún modo no avanzar en círculos. En la

parte trasera de la barca, Kylrm, el jefe de los guardias de Rysn, jugaba con su parasol, abriéndolo y cerrándolo. Parecía considerarlo un invento maravilloso, aunque hacía montones de años que eran populares en Thaylenah.

«Eso demuestra lo poco que los trabajadores de Vstim vuelven a la civilización». Otro pensamiento alegre. Bueno, había aprendido de Vstim querer viajar a lugares exóticos, y este sitio lo era. Ciertamente, esperaba que cosmopolita y exótico fueran de la mano. Si hubiera tenido algo de sensatez (cosa que no estaba segura de tener, hoy en día), se habría dado cuenta de que los comerciantes de éxito no eran los que iban donde todos los demás querían ir.

—Es difícil —dijo Gu, remando todavía con su ritmo letárgico—. Los patrones se han borrado últimamente. Los dioses no caminan por donde deberían. La encontraremos. Sí, la encontraremos.

Rysn contuvo un suspiro y se volvió hacia delante. Con Vstim incapacitado de nuevo, ella estaba al mando de la flotilla. Deseaba saber adónde los llevaba... o cómo encontrar siquiera su destino.

Ese era el problema con islas que se movían.

Las barcas pasaron ante un montón de ramas que rompían la superficie del mar. Animadas por el viento, suaves olas lamían las tías ramas, que surgían de las aguas como dedos de ahogados. El mar era más hondo que el Lagopuro, con sus aguas sorprendentemente poco profundas. Aquellos árboles tendrían como mínimo docenas de palmos de altura, con cortezas de piedra. Gu los llamaba *i-nah*, que al parecer significaba «malo». Podían romper la quilla de las barcas.

A veces dejaban atrás ramas ocultas justo por debajo de la cristalina superficie, casi invisibles. Rysn no sabía cómo Gu era capaz de evitarlas. En esto, como en tantas otras cosas, tenían que confiar en él. ¿Qué harían si los conducía a una emboscada allí, en esas aguas silenciosas? De repente, se alegró de que Vstim le hubiera ordenado a sus guardias que vigilaran el fabrial que indicaba si se acercaba gente. Era...

Tierra.

Rysn se puso en pie, haciendo que el catamarán oscilara peligrosamente. Había algo delante, una llamativa línea oscura.

—Ah —dijo Gu—. ¿Ves? Pronto.

Rysn permaneció de pie y pidió con un gesto su parasol cuando

empezó a chispear. El parasol apenas servía de nada, aunque estaba preparado para que hiciera también las veces de paraguas. Con la emoción, apenas le dio importancia... como tampoco se la dio a su cabello cada vez más desordenado. Por fin.

La isla era mucho más grande de lo que esperaba. Se había imaginado que sería como un barco muy grande, no esta alta formación rocosa que sobresalía de las aguas como un peñasco en un prado. Era diferente a las otras islas que había visto: no parecía que hubiera ninguna playa, y no era llana y baja, sino montañosa. ¿No deberían los lados y la cima haberse erosionado con el tiempo?

—Es tan verde... —dijo Rysn mientras se acercaban.

—El Tai-na es un buen sitio para cultivar —dijo Gu—. Buen sitio para vivir. Excepto cuando está en guerra.

—Cuando dos islas se acercan demasiado —dijo Rysn. Había leído al respecto mientras se documentaba, aunque no había muchas eruditas que se interesaran lo suficiente en las Reshi para escribir sobre ellas. Docenas, quizá centenares de estas islas móviles, flotaban en el mar. La gente que vivía en ellas llevaba vidas sencillas, interpretando los movimientos de las islas como voluntad divina.

—No siempre —repuso Gu, riendo—. A veces estar cerca de Taina es bueno. A veces es malo.

—¿Qué lo determina? —preguntó Rysn.

—Bueno, el Tai-na mismo.

—La isla decide —dijo Rysn con voz átona, siguiéndole la corriente. Primitivos. ¿Qué esperaba ganar su babsk comerciando allí?—. ¿Cómo puede una isla...?

Entonces la isla que tenían delante se movió.

No a la manera flotante que ella había imaginado. La forma misma de la isla cambió, las piedras se retorcieron y ondularon, una enorme sección de roca que se alzaba con un movimiento que parecía letárgico hasta que se apreciaba la grandiosa escala.

Rysn se sentó de golpe, los ojos abiertos como platos. La roca (la *pata*) se alzó, chorreando agua como una cascada. Se abalanzó hacia delante, luego se precipitó contra el mar con increíble fuerza.

Los Tai-na, los dioses de las islas Reshi, eran conchasgrandes.

Esta era la bestia más grande que ella había visto o de la que había oído hablar jamás. ¡Lo suficientemente grande para hacer que

monstruos mitológicos como los abismoides de la lejana Natanatan parecieran guijarros en comparación!

—¿Por qué no me lo dijo nadie? —exigió, mirando a los otros dos ocupantes de la barca. Al menos Kylrm debería haber dicho algo.

—Es mejor verlo —dijo Gu, remando con su habitual postura relajada. A ella no le hizo mucha gracia su sonrisita.

—¿Y privarte de ese momento de descubrimiento? —dijo Kylrm—. Me acuerdo de la primera vez que vi a una moverse. Merece la pena no estropearlo. Nunca se lo decimos a los nuevos guardias cuando vienen por primera vez.

Rysn controló su malestar y miró de nuevo a la «isla». Malditas fueran aquellas descripciones inadecuadas de sus lecturas. Demasiadas habladorías, insuficiente experiencia. Le resultó difícil creer que nadie hubiera registrado nunca la verdad. Lo más probable era que simplemente tuviera las fuentes equivocadas.

Una lluvia neblinosa envolvió a la enorme bestia en bruma y misterio. ¿Qué comía una criatura tan grande? ¿Era consciente de la gente que vivía en su espalda, le importaba? Kelek... ¿Cómo se apareaban estos monstruos?

Tenía que ser muy viejo. La barca se acercó a su sombra, y ella pudo ver la vegetación creciendo en su piel de piedra. Los montículos de cortezapizarra creaban enormes campos de colores vibrantes. El musgo lo cubría casi todo. Las enredaderas y los rocabrotes se enroscaban en los troncos de los arbolillos que habían conseguido asidero en las grietas entre las placas del caparazón del animal.

Gu dirigió el convoy alrededor de la pata trasera (dando un amplio rodeo, para alivio de Rysn) y continuó a lo largo del flanco de la criatura. Allí, el caparazón se internaba en el agua, formando una plataforma. Rysn oyó a la gente antes de verla, su risa se alzaba entre el salpicar del agua. La lluvia cesó, así que pudo bajar el parasol y sacudirlo. Finalmente divisó a la gente, un grupo de jóvenes de ambos sexos que subían a un promontorio de concha y saltaban desde allí al mar.

No le resultó sorprendente. Las aguas del mar de Reshi, como las del Lagopuro, eran enormemente cálidas. Ella se había aventurado una vez en las aguas cercanas a su tierra natal. Fue una experiencia

gélida, a la que no podía dedicarse nadie en su sano juicio. Con frecuencia, zambullirse en el océano era cuestión de alcohol y bravatas.

Allí, sin embargo, esperaba que los nadadores fueran corrientes. No esperaba que estuvieran desnudos.

Rysn se ruborizó cuando un grupo de personas pasó corriendo por el saliente rocoso parecido a un muelle, tan desnudos como el día que vinieron al mundo. Hombres y mujeres por igual, jóvenes, sin que les preocupase quién los viera. No era ninguna remilgada alezi, pero... ¡Kelek! ¿No deberían llevar puesto algo?

Los vergüenzaspren cayeron a su alrededor, con forma de pétalos blancos y rojos que flotaban con el viento. Tras ella, Gu se echó a reír.

Kylrm se rio también.

—Hay otra cosa de la que no avisamos a los recién llegados.

«Primitivos», pensó Rysn. No debería ruborizarse así. Era una adulta. Bueno, casi.

La flotilla continuó hacia una sección del caparazón que formaba una especie de muelle de atraque, una placa baja que colgaba sobre el nivel del agua. Se pusieron a esperar, aunque ella no supo a qué.

Después de unos instantes, la placa se sacudió, chorreando agua, mientras la bestia daba otro letárgico paso. Las olas lamieron las barcas por el efecto. Cuando las cosas se tranquilizaron, Gu guio la barca hasta el muelle.

—Subid —dijo.

—¿No tenemos que amarrar las barcas a algo? —preguntó Rysn.

—No. No es seguro, con el movimiento. Nos retiraremos.

—¿De noche? ¿Cómo atracas las barcas?

—Cuando dormimos, alejamos las barcas, las atamos. Dormimos ahí fuera. Encontraremos otra vez la isla por la mañana.

—Oh —dijo Rysn, tomando una bocanada de aire para calmarse y comprobando que su maceta de hierba estaba bien colocada en el fondo del catamarán.

Se levantó. Esto no iba a sentarles bien a sus zapatos, que le habían costado bastante caros. Tenía la sensación de que a los reshi no les importaría. Probablemente encontraría a su rey descalzo. ¡Pasiones! Por lo que había visto, probablemente lo encontraría

medio desnudo.

Dio un paso con cuidado, y le agradó descubrir que a pesar de estar a una pulgada más o menos bajo el agua, el caparazón no era resbaladizo. Kylrm la siguió y le tendió el parasol plegado, dio un paso atrás y esperó a que Gu se retirara con su barca. Otro remero acercó entonces su embarcación, un catamarán más largo donde los parshmenios ayudaban a remar.

Su babsk estaba acurrucado dentro, envuelto en su manta a pesar del calor, la cabeza apoyada contra la popa de la barca. Su piel pálida tenía un brillo de cera.

—Babsk... —dijo Rysn con el corazón encogido—. Deberíamos de haber dado media vuelta.

—Tonterías —respondió él con voz frágil. Sonrió de todas formas—. He sufrido cosas peores. El negocio es lo primero. Hemos corrido demasiados riesgos.

—Iré a ver al rey y a los comerciantes de la isla —dijo Rysn—. Y les pediré que vengan aquí a negociar contigo en los muelles.

Vstim tosió contra su mano.

—No. Esta gente no es como los shin. Mi debilidad estropeará el trato. Audacia. Debes ser audaz con los reshi.

—¿Audaz? —dijo Rysn, mirando al guía del bote, que esperaba con los dedos metidos dentro del agua—. Babsk..., los reshi son un pueblo tranquilo. No creo que les importe mucho.

—Te sorprenderás, entonces —dijo Vstim. Siguió su mirada hacia los nadadores cercanos, que reían mientras saltaban a las aguas—. La vida puede ser sencilla aquí, sí. Atrae a esa gente como la guerra atrae a los dolorspren.

Atrae... Una de las mujeres pasó de largo, y Rysn advirtió con sorpresa que tenía cejas thayleñas. Su piel estaba bronceada por el sol, así que la diferencia de tono no resultaba inmediatamente obvia. Tras observar a los nadadores, Rysn vio a otros. Dos que eran probablemente herdazianos, e incluso... ¿un alezi? Imposible.

—La gente busca este lugar —dijo Vstim—. Les gusta la vida de los reshi. Aquí, pueden ir simplemente con la isla. Luchar cuando lucha con otra isla. Relajarse en caso contrario. Habrá gente como esta en cualquier cultura, pues cada sociedad está compuesta por individuos. Tienes que aprender una cosa: no dejes que tus suposiciones sobre una cultura bloqueen tu capacidad para percibir

al individuo, o fracasará.

Rysn asintió. Él parecía frágil, pero sus palabras eran firmes. Trató de no pensar en las personas que nadaban. El hecho de que al menos una de ellas fuera de su propia raza la hacía sentirse aún más cohibida.

—Si tú no puedes comerciar con ellos... —dijo.

—Debes hacerlo tú.

A pesar del calor, Rysn sintió frío. Para hacer esto se había unido a Vstim, ¿no? ¿Cuántas veces había deseado que la dejara encargarse? ¿Por qué sentirse tímida de pronto?

Miró hacia su barca, que se alejaba, llevándose su maceta de hierba. Miró de nuevo a su babsk.

—Dime qué tengo que hacer.

—Saben mucho de extranjeros —dijo Vstim—. Más de lo que nosotros sabemos de ellos. Es porque muchos de nosotros se han instalado a vivir entre ellos. Muchos de los reshi son tan despreocupados como dices, pero también hay muchos que no lo son. Esos prefieren luchar. Y un negocio... es como una batalla para ellos.

—También para mí —dijo Rysn.

—Conozco a esta gente. Debemos confiar a Pasión que Talik no esté aquí. Es el mejor, y a menudo va a comerciar con otras islas. Con quien te encuentres para negociar, te juzgará como lo harían con un rival en la batalla. Y para ellos, la batalla es cuestión de alardear.

»Una vez tuve la desgracia de estar en una isla durante la guerra. —Hizo una pausa, tosió, pero rechazó la bebida que Kylrm intentaba darle—. Cuando las dos islas se enzarzaron, la gente bajó a sus barcas para intercambiar insultos y baladronadas. Empezaban por los más débiles, que gritaban sus jactancias, y luego continuaban en una especie de duelo verbal hasta los más grandes. Después de eso, flechas y lanzas, en las barcas y en el agua. Por fortuna, hubo más gritos que heridas.

Rysn tragó saliva y asintió.

—No estás preparada para esto, niña —dijo Vstim.

—Lo sé.

—Bien. Por fin te das cuenta. Ahora, ve. No nos soportarán mucho tiempo en su isla a menos que accedamos a unirnos a ellos

permanentemente.

—¿Y eso requeriría...?

—Bueno, para empezar, requiere entregar todas tus posesiones al rey.

—Magnífico —dijo Rysn, poniéndose en pie—. Me pregunto qué aspecto tendrá con mis botas puestas. —Inspiró profundamente—. Aún no me has dicho qué vamos a comerciar.

—Ellos lo saben —dijo su babsk, luego tosió—. Vuestra conversación no será una negociación. Los términos se acordaron hace años.

Ella se volvió hacia él con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—No se trata de lo que puedes conseguir sino de si ellos consideran que eres digna o no. Convéncelos. —Vaciló—. Pasiones te guíen, niña. Hazlo bien.

Parecía una súplica. Si su flotilla era rechazada... El coste de este negocio no estaba en los artículos (lanas, telas, suministros sencillos comprados baratos), sino en la dotación de un convoy. Estaba en viajar hasta tan lejos, pagar a los guías, perder tiempo esperando una pausa entre tormentas, y luego más tiempo buscando la isla adecuada. Si era rechazada, todavía podrían vender lo que tenían... pero con unas pérdidas devastadoras, considerando el alto coste general del viaje.

Dos de los guardias, Kylrm y Nlent, se unieron a ella mientras dejaba a Vstim y caminaba por la protuberancia de concha que hacía las veces de muelle. Estando tan cerca, era difícil ver a una criatura y no a una isla. Justo delante, la pátina de líquenes hacía que el caparazón fuera casi indistinguible de la piedra. Había árboles allí, las raíces hundidas en el agua, las ramas extendiéndose hacia las alturas y creando un bosque.

Vacilante, Rysn se internó en el único sendero que surgía de las aguas. Allí, el «suelo» formaba escalones que parecían demasiado cuadrados y rectangulares para ser naturales.

—¿Tallan el caparazón? —preguntó mientras ascendía.

Kylrm gruñó.

—Los chulls no pueden sentir sus caparazones. Probablemente este monstruo tampoco.

Mientras caminaban, él mantenía la mano en su gtet, un tipo de

espada tradicional thayleña que tenía una gran cuña como hoja con un mango directamente en la base: se sujetaba empuñándola y la larga hoja se extendía más allá de los nudillos, con partes de la empuñadura envolviendo la muñeca para proporcionar apoyo. En ese momento la llevaba envainada al costado, junto con un arco a la espalda.

¿Por qué estaba tan ansioso? Se suponía que los reshi no eran peligrosos. Tal vez cuando eras un guardia pagado, era mejor dar por hecho de que todo el mundo era peligroso.

El sendero ascendió entre la densa jungla. Los árboles allí eran más flexibles y robustos, y sus ramas estaban casi continuamente en movimiento. Cuando la bestia daba un paso, todo se estremecía.

Las enredaderas temblaban y se retorcían en el camino o caían de las ramas, y estas se apartaban a su paso, pero volvían a ocupar rápidamente su lugar después. Pronto, Rysn no pudo ver el mar, ni oler su salitre. La jungla lo envolvía todo. Su denso verde y marrón se rompía ocasionalmente con montículos rosas y amarillos de cortezapizarra que parecían haber estado creciendo durante generaciones.

La humedad le había parecido opresiva antes, pero allí era abrumadora. Sentía como si estuviera nadando, e incluso su fina falda de lino, su blusa y su chaleco parecían tan gruesos como las ropas de invierno de las tierras altas thayleñas.

Tras una subida interminable, oyó voces. A su derecha, el bosque se abría y permitía ver el océano más allá. Rysn contuvo la respiración. Infinitas aguas azules, nubes que dejaban caer una bruma de lluvia en zonas que parecían claramente recortadas. Y en la distancia...

—¿Otra? —preguntó, señalando hacia una sombra en el horizonte.

—Sí —respondió Kylrm—. Esperemos que vaya hacia otro lado. Preferiría no estar aquí cuando decidan guerrear. —Apretó el mango de su espada.

Las voces venían de más arriba, así que Rysn se resignó a continuar ascendiendo. Le dolían las piernas por el esfuerzo.

Aunque la jungla permaneció impenetrable a su izquierda, continuó despejada a la derecha, donde el enorme flanco del conchagrande formaba promontorios y salientes. Rysn vio a algunas

personas sentadas en torno a tiendas, recostadas mirando al mar. Apenas les dirigieron a los dos guardias y a ella más que una mirada. Más arriba, encontró a más reshi.

Estaban saltando.

Hombres y mujeres por igual (y en diversos estados de desnudez) se turnaban para saltar de los salientes del caparazón entre gritos y alaridos, lanzándose a las aguas de más abajo. Rysn se sintió mareada solo de mirarlos. ¿A qué altura estaban?

—Lo hacen para sorprenderte. Siempre saltan desde grandes alturas cuando hay un extranjero.

Rysn asintió, y entonces, con un sobresalto, advirtió que el comentario no lo había hecho ninguno de sus guardias. Se dio media vuelta y descubrió que a su izquierda el bosque envolvía un gran saliente de caparazón que parecía un montículo de roca.

Allí, colgando boca abajo y atado por los pies a un punto situado en lo alto del caparazón, había un hombre larguirucho de piel pálida tirando a azul. Llevaba solo un taparrabos, y su piel estaba cubierta de cientos y cientos de pequeños e intrincados tatuajes.

Rysn dio un paso hacia él, pero Kylrm la agarró por el hombro y la detuvo.

—Aimiano —susurró—. Guarda tu distancia.

Las uñas azules y los profundos ojos azules tendrían que haber sido una pista. Rysn dio un paso atrás, aunque no pudo ver su sombra de Portadores del Vacío.

—Guarda tu distancia, sí —dijo el hombre—. Siempre es una buena idea. —Su acento no se parecía a ningún otro que ella hubiera oído antes, aunque hablaba bien el thayleño. Colgaba allí con una sonrisa de satisfacción en el rostro, como si le resultara completamente indiferente el hecho de estar boca abajo.

—¿Estás... bien? —le preguntó Rysn.

—¿Hum? —dijo él—. Oh, entre desmayos, sí. Bastante bien. Creo que empiezan a entumecerse los tobillos por el dolor, lo cual es delicioso.

Rysn se llevó las manos al pecho, sin atreverse a acercarse más. Aimiano. Muy mala suerte. No era particularmente supersticiosa (a veces incluso era escéptica hacia las Pasiones), pero... bueno, este tipo era aimiano.

—¿Qué siniestra maldición trajiste a este pueblo, bestia? —

preguntó Kylrm.

—Bromas inadecuadas —dijo el hombre perezosamente—. Y el hedor de algo que comí que no me sentó bien. ¿Vas a hablar con el rey, entonces?

—Yo... —dijo Rysn. Tras ella, otro reshi aulló y saltó desde el saliente—. Sí.

—Bien —dijo la criatura—, no le preguntes por el alma de su dios. Resulta que no les gusta hablar de eso. Debe de ser de espectacular, permitir que las bestias crezcan tanto. Incluso superior a los spren que habitan los cuerpos de los conchasgrandes comunes. Hum... —Parecía muy satisfecho por algo.

—No sientas pena por él, maestra comerciante —le dijo Kylrm en voz baja, apartándola del prisionero colgado boca abajo—. Podría escapar si quisiera.

Nlent, el otro guardia, asintió.

—Pueden quitarse las extremidades. Y la piel también. No tienen cuerpo real. Solo algo maligno que toma forma humana. —El guardia llevaba un amuleto en la muñeca, un talismán de valor, que se quitó y empuñó con fuerza en una mano. El talismán no tenía ninguna propiedad en sí mismo, naturalmente. Era un recordatorio. Valor. Pasión. Lo que necesites, abrázalo, deséalo y tráelo hacia ti.

Bueno, lo que ella necesitaba era que su babsk estuviera allí acompañándola. Volvió a continuar su ascenso, la confrontación con el aimiano la había perturbado. Más gente pasó corriendo para saltar desde los salientes a su derecha. Locos.

«Maestra comerciante —pensó—. Kylrm me ha llamado “maestra comerciante”». No lo era, aún no. Era propiedad de Vstim: de momento, solo una aprendiz que proporcionaba trabajo esclavo ocasional.

No se merecía el título, pero oírlo la llenó de fuerzas. Abrió camino escaleras arriba, que se retorcían más y más en torno al caparazón de la bestia. Dejaron atrás un lugar donde el suelo se abría: el caparazón mostraba la piel muy por debajo. La grieta era como un abismo: Rysn no podría haber saltado de un lado a otro sin caerse.

Los reshi a los que se encontró en el camino se negaron a responder a sus preguntas. Por fortuna, Kylrm conocía el camino, y cuando el sendero se bifurcó, señaló el tramo correcto. En

ocasiones, el sendero se allanaba durante distancias significativas, pero luego había siempre más escalones.

Con las piernas ardiendo, la ropa empapada de sudor, llegaron a la cima de este tramo y, por fin, no encontraron más escalones. Allí, la jungla desaparecía por completo, aunque los rocabrotes cubrían el caparazón en la zona despejada... más allá de la cual solo había cielo vacío.

«La cabeza —pensó Rysn—. Hemos ascendido hasta la cabeza de la bestia».

Los soldados cubrían el sendero, armados con lanzas que llevaban borlas de colores. Sus petos y avambrazos eran de caparazón tallado con puntas, y aunque solo llevaban trapos por ropa, permanecían tan erectos como cualquier soldado alezi; sus expresiones eran solemnes. Así que el babsk de Rysn tenía razón. No todos los reshi eran «holgazanes que no hacían nada».

«Audacia», pensó Rysn, recordando las palabras de Vstim. No podía mostrar timidez ante esta gente. El rey se hallaba al final del sendero de guardias y rocabrotes, una figura diminuta en el borde de un saliente de caparazón, mirando hacia el sol.

Rysn avanzó, pasando entre una doble fila de lanzas. Habría esperado el mismo tipo de ropas en el rey, pero el hombre llevaba túnicas plenas y voluminosas de vibrantes colores verdes y amarillos. Parecían terriblemente calurosas.

Al acercarse, Rysn comprendió lo mucho que había subido. Las aguas abajo titilaban con la luz del sol, tan lejanas que no habría oído una roca caer si hubiera lanzado una. Tan lejos que mirar hacia el lado hacía que el estómago se le revolviera y las piernas le temblaran.

Acercarse al rey implicaría bajar del saliente donde se encontraba. Eso la pondría a un palmo de caer docenas y docenas de metros.

«Tranquila», se dijo. Le demostraría a su babsk que era capaz. No era la chica ignorante que había juzgado mal a los shin o había ofendido a los iriali. Había aprendido.

Con todo, tal vez tendría que haberle pedido a Nlent que le prestara su amuleto de valor.

Subió el saliente. El rey parecía joven, al menos de espaldas. Constitución juvenil, o...

«No», pensó Rysn con un sobresalto mientras el rey se volvía. Era una mujer, tan vieja que su pelo encanecía, pero no tanto para estar encorvada por la edad.

Alguien pasó al saliente tras Rysn. Más joven, llevaba el taparrabos corriente y los borlones. Tenía el pelo recogido en dos trenzas que caían sobre sus hombros bronceados y desnudos. Cuando habló, no hubo el menor atisbo de acento en su voz.

—El rey desea saber por qué su viejo socio de negocios, Vstim, no ha venido en persona, y ha enviado a una niña en su lugar.

—¿Eres el rey? —le preguntó Rysn al recién llegado.

El hombre se echó a reír.

—Estás junto a él, ¿y me preguntas eso a mí?

Rysn miró a la figura vestida con la túnica, que mostraba la parte delantera lo bastante abierta para mostrar que, definitivamente, el «rey» tenía pechos.

—Nos gobierna un monarca —dijo el recién llegado—. Su género es irrelevante.

A Rysn le parecía que el género formaba parte de la definición, pero no era un punto que quisiera discutir.

—Mi amo está indispueto —dijo, dirigiéndose al recién llegado, que tendría que ser el maestro comerciante de la isla—. Estoy autorizada para hablar por él, y para hacer negocios.

El recién llegado bufó y se sentó en el borde del saliente, los pies colgando por el filo. El estómago de Rysn dio una voltereta.

—Tendría que haberlo sabido. El acuerdo se ha cerrado, entonces.

—Tú eres Talik, ¿no? —dijo Rysn, cruzándose de brazos. El hombre no la miraba ya. Parecía un desprecio intencionado.

—Sí.

—Mi amo me advirtió sobre ti.

—Entonces no es un completo necio —dijo Talik—. Solo en gran parte.

Su pronunciación era sorprendente. Ella no pudo evitar comprobar si tenía cejas thayleñas, pero era claramente reshi.

Rysn apretó los dientes, luego se obligó a sentarse a su lado en el filo. Trató de hacerlo con toda la falta de preocupación que pudo, pero no fue capaz. En cambio, se sentó con cuidado (cosa que no fue fácil con la falda a la moda) y se movió a un lado junto a él.

«¡Oh, Pasiones! Voy a caerme de allí y moriré. ¡No mires abajo! ¡No mires abajo!».

No pudo evitarlo. Miró y se sintió mareada inmediatamente. Podía ver el lado de la cabeza, la enorme línea de una mandíbula. Cerca, de pie en un risco sobre el ojo que quedaba a la derecha de Rysn, la gente empujaba grandes manojos de fruta del lado. Atados con cuerda de enredadera, los manojos colgaban junto a las fauces de más abajo.

Las mandíbulas se movían despacio, atrayendo la fruta, tirando de las cuerdas. Los reshi las retiraron para poner más fruta, todo bajo los ojos del rey, que supervisaba el proceso de alimentación desde la misma punta de la nariz, a la izquierda de Rysn.

—Una invitación —dijo Talik, advirtiendo lo que ella estaba mirando—. Una ofrenda. Esas pocas piezas de fruta, naturalmente, no mantienen a nuestro dios.

—¿Qué lo hace?

Él sonrió.

—¿Por qué sigues aquí, joven? ¿No te he despedido?

—El comercio no tiene por qué haber terminado —dijo Rysn—. Mi amo me dijo que los términos ya estaban acordados. Hemos traído todo lo que requerís en pago. —«Aunque a cambio de qué, no lo sé»—. Rechazarme sería absurdo.

El rey, advirtió Rysn, se había acercado a escuchar.

—Serviría para lo mismo que todo en la vida —dijo Talik—. Para complacer a Relu-na.

Ese debía de ser el nombre de su dios, el conchagrande.

—¿Y vuestra isla aprobaría ese despilfarro? ¿Invitar a mercaderes hasta aquí, solo para enviarlos de regreso con las manos vacías?

—Relu-na aprueba la audacia —respondió Talik—. Y, aún más importante, el respeto. Si no respetamos a aquel con quien comerciamos, no deberíamos hacerlo.

Qué lógica tan ridícula. Si un mercader siguiera esa línea de razonamiento, nunca podría hacer negocios. Sin embargo... en los meses que ella había pasado con Vstim, parecía que a menudo buscaba a gente que le gustara trabajar con él. Gente a quien respetara. Era menos probable que esa clase de persona te engañara.

Tal vez no era una mala lógica... simplemente estaba incompleta.

«Piensa como el otro comerciante», recordó. Una de las lecciones de Vstim, tan distintas a las que había aprendido en casa: «¿Qué quieren? ¿Por qué lo quieren? ¿Por qué eres el mejor que puede proporcionarlo?».

—Debe de ser difícil vivir aquí, en las aguas —dijo Rysn—. Vuestro dios es impresionante, pero no podéis conseguir por vosotros mismos todo lo que necesitáis.

—A nuestros antepasados les fue bien.

—Sin medicinas que podrían haber salvado vidas —dijo Rysn—. Sin tela de fibras que solo crecen en el continente. Vuestros antepasados sobrevivieron con estas cosas porque tuvieron que hacerlo. Vosotros no.

El maestro comerciante se inclinó hacia delante.

«¡No hagas eso! ¡Te vas a caer!».

—No somos idiotas —dijo Talik.

Rysn frunció el ceño. ¿Por qué...?

—Estoy tan cansado de explicarlo... —continuó el hombre—. Simplemente, vivimos. Eso no nos convierte en estúpidos. Durante años los extranjeros vinieron, tratando de explotarnos debido a nuestra ignorancia. Estamos cansados de eso, mujer. Todo lo que dices es cierto. No solo cierto: es obvio. Sin embargo, lo dices como si nunca nos hubiéramos parado a considerarlo. «¡Oh! ¡Medicinas! ¡Pues claro que necesitamos medicinas. Gracias por señalarlo. Iba a quedarme aquí sentado sin hacer nada hasta la muerte!».

Rysn se ruborizó.

—Yo no...

—Sí, querías decir eso —dijo Talik—. La condescendencia manaba de tus labios, joven señora. Estamos cansados de que se aprovechen de nosotros. Estamos hartos de extranjeros que intentan cambiarnos basuras por riquezas. No tenemos conocimiento de la actual situación económica del continente, así que no podemos saber con seguridad si nos engañan o no. Por tanto, solo podemos comerciar con gente a quien conocemos y de quienes nos fiamos. Y eso es todo.

«¿La actual situación económica del continente?», pensó Rysn.

—Te has educado en Thyalenah —aventuró.

—Naturalmente. Hay que conocer los trucos del depredador antes de poder cazarlo —dijo Talik. Se echó hacia atrás, lo que permitió que ella se relajara un poco—. Mis padres me enviaron allí a educarme cuando era niño. Tuve uno de vuestros babsks. Me convertí en maestro comerciante por mi cuenta antes de regresar aquí.

—¿Tus padres eran el rey y la reina? —aventuró Rysn de nuevo. Él la miró.

—El rey y la consorte del rey.

—Podrías llamarla reina.

—Este negocio no tendrá lugar —dijo Talik, poniéndose en pie—. Ve y dile a tu amo que lamentamos su enfermedad y esperamos que se recupere. Si lo hace, puede regresar el año que viene durante la estación de comercio y nos reuniremos con él.

—Das a entender que lo respetas —dijo Rysn, poniéndose en pie y apartándose de aquella caída—. ¡Entonces ve y comercia con él!

—Está enfermo —respondió Talik, sin mirarla—. No le haría justicia. Nos estaríamos aprovechando de él.

Aprovecharse de... Pasiones, esta gente sí que era rara. Le parecía aún más extraño oír esas cosas saliendo de la boca de un hombre que hablaba tan perfectamente thayleño.

—Comerciaríais conmigo si me respetarais —dijo Rysn—. Si pensarais que soy digna de ello.

—Eso requerirá años —respondió Talik, reuniéndose con su madre en la parte delantera del saliente—. Márchate y...

Se interrumpió cuando el rey le habló suavemente en reshi.

Talik frunció los labios.

—¿Qué? —preguntó Rysn, dando un paso adelante.

Talik se volvió hacia ella.

—Al parecer has impresionado al rey. Discutes con fiereza. Aunque nos desprecias por primitivos, no eres tan mala como otros.

—Rechinó los dientes un momento—. El rey escuchará tus argumentos para negociar.

Rysn parpadeó y miró de uno a otra. ¿No acababa de hacer su argumento a favor de negociar, con el rey escuchando?

La mujer miró a Rysn con ojos oscuros y expresión tranquila. «He ganado el primer combate —advirtió Rysn—, como los guerreros en el campo de batalla. Me he batido en duelo y he sido

considerada digna para entrenar con quien tiene más autoridad».

El rey habló, y Talik tradujo.

—El rey dice que tienes talento, pero que el comercio no puede, naturalmente, continuar. Deberías regresar con tu babsk cuando vuelva otra vez. Dentro de una década o así, tal vez comercemos contigo.

Rysn buscó un argumento que ofrecer.

—¿Y así es como Vstim ganó respeto, majestad? —No iba a fracasar en esto. ¡No podía!—. ¿A lo largo de años, con su propio babsk?

—Sí —dijo Talik.

—No has traducido eso —dijo Rysn.

—Yo... —Talik suspiró, luego tradujo la pregunta.

El rey sonrió con aparente aprecio. Dijo unas cuantas palabras en su lengua, y Talik se volvió hacia su madre, sorprendido.

—Yo... Guau.

—¿Qué?

—Tu babsk mató a un coracot con algunos de nuestros cazadores —dijo Talik—. ¿Él solo? ¿Un extranjero? No me había enterado de eso.

Vstim. ¿Matando algo? ¿Con cazadores? Imposible.

Aunque, naturalmente, no siempre había sido el viejo contable marchito que era entonces, ella imaginaba que en el pasado fue un joven contable marchito.

El rey volvió a hablar.

—Dudo de que vayas a matar a ninguna bestia, niña —interpretó Talik—. Vete. Tu babsk se recuperará de esto. Es sabio.

«No. Se está muriendo», pensó Rysn. La idea se le ocurrió de pronto, pero la verdad que había en ella la aterrorizó. Más que la altura, más que nada que conociera. Vstim se estaba muriendo. Este podía ser su último negocio.

Y ella lo estaba echando a perder.

—Mi babsk confía en mí —dijo Rysn, dando un paso hacia el rey, moviéndose a lo largo de la nariz del conchagrande—. Y dijiste que confiabas en él. ¿No puedes confiar en su juicio de que soy digna?

—La experiencia personal no puede sustituirse —tradujo Talik.

La bestia dio un paso, el suelo tembló, y Rysn apretó los dientes,

imaginando que todos se caían desde allá arriba. Por fortuna, a esta altura, el movimiento fue más parecido a un suave bamboleo. Los árboles se agitaron, y el estómago le dio un vuelco, pero no era más peligroso que el bamboleo de un barco entre las olas.

Rysn se acercó al lugar donde se encontraba el rey, junto al morro de la bestia.

—Eres rey... sabes la importancia de confiar en aquellos que están a tus órdenes. No puedes estar en todas partes, ni saberlo todo. En ocasiones, debes aceptar el juicio de aquellos a quienes conoces. Mi babsk es uno de esos hombres.

—Ofreces un argumento válido —tradujo Talik, sorprendido—. Pero no te das cuenta de que ya le he presentado este respeto a tu babsk. Por eso accedí a hablar contigo en persona. No lo habría hecho por otro.

—Pero...

—Vuelve abajo —dijo el rey a través de Talik, la voz más imperiosa. Parecía pensar que esto era el fin—. Dile a tu babsk que llegaste a hablar conmigo personalmente. Sin duda, es más de lo que esperaba. Podéis dejar la isla, y regresar cuando esté bien.

—Yo... —Rysn sentía como si un puño le estuviera aplastando la garganta, dificultándole hablar. No podía fallarle a Vstim.

—Comunícale mis mejores deseos para que se recupere —dijo el rey, dándose media vuelta.

Talik sonrió con lo que parecía ser satisfacción. Rysn miró a sus dos guardias, que mostraban expresiones sombrías.

Rysn se retiró. Se sentía aturdida. Se volvió, como una niña que exigía caramelos. Sintió un furioso rubor consumirla mientras pasaba ante los hombres y mujeres que preparaban más montones de fruta.

Se detuvo. Miró hacia su izquierda, hacia la infinita extensión azul. Se volvió hacia el rey.

—Creo —dijo en voz alta—, que tengo que hablar con alguien que tenga más autoridad.

Talik se volvió hacia ella.

—Has hablado con el rey. No hay nadie con más autoridad.

—Perdóname, pero creo que sí lo hay.

Una de las cuerdas se estremeció cuando su regalo de fruta fue consumido. «Esto es una estupidez, esto es una estupidez, esto

es...».

«No lo pienses».

Rysn se encaramó en la cuerda, provocando un grito entre los guardias. Se agarró y se lanzó hacia un lado, deslizándose junto a la cabeza del conchagrande. La cabeza del dios.

¡Pasiones! Era difícil con esta falda. La cuerda se le clavó en la piel de los brazos, y vibró cuando la criatura de abajo mordió la fruta de su extremo.

La cabeza de Talik apareció arriba.

—En nombre de Kelek, ¿qué estás haciendo, mujer idiota? —gritó. A ella le pareció divertido que hubiera aprendido a maldecir mientras estudiaba con ellos.

Rysn se agarró a la cuerda, el corazón latiendo lleno de pánico enloquecido. ¿Qué estaba haciendo?

—¡Relu-na aprueba la audacia! —le gritó a Talik.

—¡Hay una diferencia entre audacia y estupidez!

Rysn continuó descendiendo por la cuerda. Más bien, se deslizaba. «Oh, Ansia, Pasión de la necesidad...».

—¡Subidla! —ordenó Talik—. Soldados, ayuda. —Siguió dando órdenes en reshi.

Rysn miró hacia arriba mientras los trabajadores agarraban la cuerda y la izaban. Sin embargo, un nuevo rostro apareció en lo alto y se asomó. El rey. Alzó una mano, deteniéndolos mientras estudiaba a Rysn.

Rysn continuó descendiendo. No fue muy lejos, unos quince metros. Ni siquiera llegó hasta el ojo de la criatura. Se detuvo, con esfuerzo, los dedos ardiendo.

—Oh, gran Relu-na —dijo en voz alta—, tu pueblo se niega a comerciar conmigo, así que acudo a suplicarte. Tu pueblo necesita lo que he traído, pero yo necesito aún más hacer mi negocio. No puedo permitirme regresar.

La criatura, naturalmente, no respondió. Rysn permaneció colgando junto a su caparazón, que estaba recubierto de líquenes y pequeños rocabrotes.

—Por favor —dijo Rysn—. Por favor.

«¿Qué es lo que espero que suceda?», se preguntó Rysn. No pensaba que la criatura fuera a darle ningún tipo de respuesta. Pero tal vez podría convencer a la gente de arriba de que era lo

suficientemente atrevida para merecer la pena. Por lo menos, no le haría daño.

La cuerda tembló en sus manos, y Rysn cometió el error de mirar hacia abajo.

De hecho, lo que estaba haciendo podía hacerle daño. Mucho.

—El rey ha ordenado que regreses —dijo Talik desde arriba.

—¿Continuará nuestra negociación? —preguntó Rysn, alzando la cabeza. El rey parecía preocupado.

—Eso no es importante —dijo Talik—. Se te ha dado una orden.

Rysn apretó los dientes, aferrada a la cuerda, contemplando las placas de quitina que tenía delante.

—¿Y tú qué piensas? —preguntó en voz baja.

La criatura mordió y la cuerda se tensó de pronto, haciendo que Rysn chocara contra el lado de la enorme cabeza. Arriba, los trabajadores gritaron. El rey les chilló con voz súbitamente aguda.

«Oh, no...».

La cuerda se tensó aún más.

Entonces se rompió.

Los gritos de arriba se hicieron más frenéticos, aunque Rysn apenas los advirtió, dominada por el pánico. No cayó con gracia, sino como un borron de ropas y piernas, entre gritos, la falda ondeando, el estómago dándole vueltas. ¿Qué había hecho? Le...

Vio un ojo. El ojo del dios. Solo un atisbo al pasar: era tan grande como una casa, vidrioso y negro, y reflejó su forma que caía.

Rysn pareció colgar ante él durante una fracción de segundo, y su grito murió en su garganta.

Desapareció en un instante. Luego el veloz viento, otro grito, y el choque contra las aguas duras como la piedra.

Negrura.

Cuando despertó, Rysn se encontró flotando. No abrió los ojos, pero pudo sentir que flotaba. A la deriva, meciéndose arriba y abajo...

—Es una idiota.

Conocía esa voz. Talik, el hombre con quien había estado negociando.

—Entonces viene bien conmigo —dijo Vstim. Tosió—. Tengo

que decir, viejo amigo, que se suponía que tenías que ayudarla a formarse, no tirarla desde un acantilado.

Flotando... a la deriva...

Espera.

Rysn se obligó a abrir los ojos. Estaba en una cama, en una choza. Hacía calor. Su visión se nublaba, y flotaba... flotaba porque tenía la mente nublada. ¿Qué le habían dado? Intentó incorporarse en la cama. Las piernas no se movían. No se movían.

Jadeó y empezó a respirar entrecortadamente.

El rostro de Vstim apareció sobre ella, seguido por una preocupada mujer reshi con lazos en el pelo. No era la reina... el rey... lo que fuera. Esta mujer habló rápidamente en el rudo idioma de los reshi.

—Ahora cálmate —le dijo Vstim a Rysn, arrodillándose junto a ella—. Cálmate... Van a darte algo de beber, niña.

—Sobreviví —dijo Rysn. La voz le sonó ronca.

—Por los pelos —dijo Vstim, aunque con aprecio—. Los spren amortiguaron tu caída. Desde esa altura... Niña, ¿en qué estabas pensando, al arrojarte por el precipicio de esa forma?

—Tenía que hacer algo. Demostrar valor. Pensé... que tenía que ser atrevida.

—Oh, niña. Esto es culpa mía.

—Fuiste su babsk —dijo Rysn—. De Talik, su comerciante. Lo preparaste con él, para que yo tuviera una oportunidad para negociar sola, pero en un entorno controlado. El negocio nunca estuvo en peligro, y tú no estás tan enfermo como pareces. —Las palabras surgieron atropellándose unas a otras como un centenar de hombres que intentaran atravesar la misma puerta a la vez.

—¿Cuándo lo descubriste? —preguntó Vstim, luego tosió.

—Yo... —Rysn no lo sabía. Todo acababa de encajar—. Ahora mismo.

—Bueno, debes saber que me siento como un auténtico idiota —dijo Vstim—. Creí que esta sería una oportunidad perfecta para ti. Una práctica con riesgos reales. Y entonces... ¡Entonces vas y te tiras desde la cabeza de la isla!

Rysn cerró los ojos mientras la mujer reshi llegaba con una taza de algo.

—¿Volveré a caminar? —preguntó en voz baja.

—Toma, bebe esto —dijo Vstim.

—¿Volveré a caminar? —No aceptó la taza, y mantuvo los ojos cerrados.

—No lo sé —respondió Vstim—. Pero volverás a negociar. ¡Pasiones! ¿Atreverte a ir más allá de la autoridad del rey? ¿Ser salvada por la misma alma de la isla? —Se echó a reír. Pareció una risa forzada—. Las otras islas exigirán comerciar con nosotros.

—Entonces conseguí algo —dijo ella, sintiéndose como una total y absoluta idiota.

—Oh, conseguiste algo, desde luego —dijo Vstim.

Sintió un pinchazo en el brazo y abrió los ojos de golpe. Algo reptaba allí, tan grande como la palma de su mano, una criatura que parecía un cremolino, pero con alas que se plegaban a la espalda.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Por esto vinimos aquí —respondió Vstim—. El artículo con el que comerciamos, un tesoro que muy pocos saben que existe todavía. Se supone que murieron con Aimia, ¿sabes? Vine aquí con todas estas mercancías porque Talik me envió a decir que tenían el cadáver de uno para comerciar. Los reyes pagan fortunas por ellos.

Se inclinó hacia delante.

—Nunca había visto uno vivo antes. Me dieron el cadáver que quise a cambio. Este te lo han dado a ti.

—¿Los reshi? —preguntó Rysn con la mente todavía nublada. No sabía cómo interpretar todo esto.

—Los reshi no pueden mandar sobre los larkin —dijo Vstim, poniéndose en pie—. Este te lo ha dado la isla misma. Ahora tómate tu medicina y duerme. Te rompiste las dos piernas. Nos quedaremos en esta isla algún tiempo mientras te recuperas, y mientras yo pido perdón por ser un hombre estúpido, muy estúpido.

Rysn aceptó la bebida. Mientras se la tomaba, la pequeña criatura echó a volar hacia las vigas de la choza y se encaramó allí, mirándola con ojos de plata sólida.



—¿Qué clase de spren es este? —preguntó Thude al lento Ritmo de la Curiosidad. Alzó la gema, y observó la difusa criatura que se movía en su interior.

—Tormentaspren, dice mi hermana —replicó Eshonai mientras se apoyaba contra la pared, los brazos cruzados.

Los mechones de la barba de Thude estaban adornados con trozos de gema sin tallar que temblaban y tintineaban cuando se frotaba la barbilla. Le tendió la gran gema tallada a Bila, que la cogió y le dio un golpecito con el dedo.

Eran una pareja de guerra de la división personal de Eshonai. Iban vestidos con atuendos sencillos, cortados alrededor de las placas blindadas quitinosas de sus brazos, piernas, y pechos. Thude también llevaba puesto un gabán largo, pero no lo usaba en la batalla.

Eshonai, por contraste, vestía su uniforme (ajustada tela roja que se extendía sobre su armadura natural) y un casco sobre el cráneo. Nunca hablaba de cómo aquel uniforme la aprisionaba, de cómo le parecían esposas que la sujetaban.

—Un tormentaspren —dijo Bila al Ritmo del Escepticismo mientras le daba vueltas a la piedra entre sus dedos—. ¿Me ayudará a matar humanos? De lo contrario, no veo por qué debería importarme.

—Esto podría cambiar el mundo, Bila —dijo Eshonai—. Si Venli

tiene razón, y puede conectar con este spren y sacar algo que no sea una forma gris... bueno, al menos tendremos una forma completamente nueva para elegir. En el mejor de los casos tendremos poder para controlar las tormentas y decantar su energía.

—Entonces ¿ella lo va a probar personalmente? —preguntó Thude al Ritmo de los Vientos, el ritmo que utilizaban cuando se acercaba una alta tormenta.

—Si los Cinco dan su permiso. Iban a discutirlo y tomar una decisión hoy.

—Eso está muy bien —insistió Bila—, pero ¿me ayudará a matar humanos?

Eshonai entonó Llanto.

—Si la forma tormenta es realmente uno de los antiguos poderes, Bila, entonces sí. Te ayudará a matar humanos. A muchos de ellos.

—Entonces me vale —dijo Bila—. ¿Por qué estás tan preocupada?

—Se dice que los antiguos poderes procedían de nuestros dioses.

—¿A quién le importa? Si los dioses nos ayudaran a matar a esos ejércitos de ahí fuera, les juraría fidelidad ahora mismo.

—No digas eso, Bila —dijo Eshonai al Ritmo de la Reprimenda—. Nunca digas una cosa así.

La mujer se calló y arrojó la piedra sobre la mesa. Canturreó suavemente a Escepticismo. Eso frisaba la línea de la insubordinación. Eshonai la miró a los ojos y se encontró canturreando suavemente al Ritmo de la Resolución.

Thude las miró a las dos.

—¿Comida? —preguntó.

—¿Esa es tu respuesta a todos los desacuerdos? —preguntó Eshonai, rompiendo su canción.

—Es difícil discutir con la boca llena —dijo Thude.

—Estoy seguro de que te he visto hacerlo —dijo Bila—. Muchas veces.

—Pero las discusiones terminan felizmente —respondió Thude—. Porque todo el mundo está saciado. Así que... ¿comida?

—Bien —dijo Bila, mirando a Eshonai.

Los dos se retiraron. Eshonai se sentó a la mesa, sintiéndose agotada. ¿Cuándo había empezado a preocuparse de que sus amigos

se insubordinaran? Era este horrible uniforme.

Cogió la gema y observó sus profundidades. Era una piedra grande, de un tercio del tamaño de su puño, aunque las gemas no tenían que ser grandes para atrapar a un spren en su interior.

Odiaba atraparlos. La manera adecuada era entrar en la alta tormenta con la actitud adecuada, cantando la canción adecuada para atraer al spren adecuado. Lo atraías en medio del furor de la tormenta y renacías con un cuerpo nuevo. Llevaban haciendo esto desde la llegada de los primeros vientos.

Los oyentes habían aprendido de los humanos que era posible capturar a los spren, y luego descubrieron el proceso por su cuenta. Un spren cautivo hacía que la transformación fuera mucho más fiable. Antes, siempre había un elemento de azar. Podías entrar en la tormenta esperando convertirte en soldado, y salías siendo un carnal.

«Esto es el progreso —pensó Eshonai, contemplando el pequeño spren de humo dentro de la piedra—. El progreso es aprender a controlar tu mundo. Levantar murallas para detener las tormentas, elegir cuándo convertirte en carnal». El progreso era coger la naturaleza y meterla en una caja.

Eshonai se guardó la caja y miró la hora. Su reunión con el resto de los Cinco no estaba prevista hasta el tercer movimiento del Ritmo de la Paz, y todavía le quedaba medio movimiento hasta entonces.

Era el momento de hablar con su madre.

Eshonai salió a Narak y recorrió el sendero, saludando a los que se encontraba al pasar. Eran casi todos soldados. Gran parte de su población llevaba la forma de guerra. Su pequeña población. Antes, había cientos de miles de oyentes dispersos por estas llanuras. Para entonces solo quedaba una fracción.

Incluso en el pasado los oyentes fueron un pueblo unido. Oh, había divisiones, conflictos, incluso guerras entre sus facciones. Pero eran un único pueblo, los que habían rechazado a sus dioses y buscado la libertad en la oscuridad.

A Bila ya no le importaban sus orígenes. Había otros como ella, gente que ignoraba los peligros de los dioses y se concentraba solamente en la lucha contra los humanos.

Eshonai pasó ante las viviendas, chozas construidas con crem

endurecido sobre entramados de caparazón, colocadas a sotavento de los montículos de piedra. La mayoría de esas chozas estaban ya vacías. Habían perdido a miles de oyentes durante los años de guerra.

«Tenemos que hacer algo», pensó, entonando el Ritmo de la Paz mentalmente. Buscaba consuelo en sus relajados compases, suaves y armónicos. Como una caricia.

Entonces vio las formas grises.

Se parecían mucho a lo que los humanos llamaban «parshmenios», aunque eran un poco más altos y no tan estúpidos. Con todo, la forma gris era una forma limitada, sin las capacidades y ventajas de las más nuevas. No tendría que haber ninguna allí. ¿Habían enlazado esta gente con el spren equivocado por error? Sucedió a veces.

Eshonai se acercó a un grupo de tres, dos hembras y un varón. Tiraban de rocabrotes cosechados en una de las mesetas cercanas, plantas que habían sido impulsadas a crecer rápidamente por medio de gemas infusas de luz tormentosa.

—¿Qué es esto? —preguntó Eshonai—. ¿Elegisteis esta forma por error? ¿O sois nuevos espías?

Ellos la miraron con ojos insípidos. Eshonai armonizó a Ansiedad. Una vez había intentado la forma gris: había querido saber qué sufrían sus espías. Tratar de meter a la fuerza conceptos en su cerebro fue como intentar pensar racionalmente mientras soñaba.

—¿Os ha pedido alguien que adoptéis esta forma? —preguntó Eshonai, hablando lentamente y con claridad.

—Nadie lo pidió —le dijo el varón, sin ningún ritmo. Su voz sonaba muerta—. Lo hicimos nosotros.

—¿Por qué? ¿Por qué habéis hecho esto?

—Los humanos no nos matarán cuando vengan —dijo el varón, alzando su rocabrote y continuando su camino. Las dos hembras se le unieron sin decir una sola palabra.

Eshonai se quedó boquiabierta, el Ritmo de la Ansiedad fuerte en su mente. Unos cuantos miedospren, como largos gusanos púrpura, entraron y salieron de la roca cercana, dirigiéndose hacia ella hasta que brotaron del suelo a su alrededor.

Las formas no podían imponerse: cada persona era libre de

elegir por sí misma. Las transformaciones podían ser solicitadas y pedidas con persuasión, pero no forzadas. Sus dioses no habían permitido esta libertad, así que los oyentes no la tenían. Esta gente podía escoger la forma gris si lo deseaba. Eshonai no podía hacer nada al respecto. No de manera directa.

Avivó el paso. Todavía le dolía la pierna por la herida, pero sanaba rápidamente. Uno de los beneficios de la forma de guerra. Casi podía ignorar la lesión a estas alturas.

Una ciudad llena de edificios vacíos, y la madre de Eshonai elegía una choza en la misma periferia, casi expuesta a las tormentas. Atendía sus filas de cortezapizarra fuera, canturreando para sí misma en voz baja al Ritmo de la Paz. Llevaba la forma de trabajo: siempre la había preferido. Incluso después de que se hubiera descubierto la forma diestra, su madre no había cambiado. Había dicho que no quería animar a que la gente viera una forma como más valiosa que otra, que semejante estratificación podría destruirlos.

Sabias palabras. Del tipo que Eshonai no había oído de boca de su madre en años.

—¡Hija! —dijo su madre cuando se le acercó. Sólida a pesar de los años, tenía la cara redonda y llevaba los mechones de pelo recogido en una trenza, atada con un lazo. Eshonai le había traído ese lazo tras una reunión con los alezi hacía años—. Hija, ¿has visto a tu hermana? ¡Es el día de su primera transformación! Tenemos que prepararla.

—Madre, ya está atendida —dijo Eshonai al Ritmo de la Paz, arrodillándose junto a la mujer—. ¿Cómo va la poda?

—Tendré que terminar pronto. Tengo que marcharme antes de que regresen los dueños de esta casa.

—La casa es tuya, madre.

—No, no. Pertenece a otros dos. Estuvieron en la casa anoche, y me dijeron que tengo que marcharme. Acabaré con esta cortezapizarra antes de irme. —Sacó su lima, alisó un lado de una protuberancia y la pintó con savia para potenciar que creciera en esa dirección.

Eshonai se echó hacia atrás, armonizando al Duelo, y Paz la dejó. Tal vez debería haber elegido mejor el Ritmo de lo Perdido. Lo cambió mentalmente.

Se obligó a cambiar. No. No, su madre no estaba muerta.

Tampoco estaba viva del todo.

—Toma, coge esto —le dijo su madre al Ritmo de la Paz, tendiéndole una lima. Al menos hoy la reconocía—. Trabaja en ese macizo de ahí. No quiero que siga creciendo hacia abajo. Tenemos que enviarlo hacia arriba, hacia la luz.

—Las tormentas son demasiado fuertes en este lado de la ciudad.

—¿Tormentas? Tonterías. Aquí no hay tormentas. —Su madre hizo una pausa—. Me pregunto adónde llevaremos a tu hermana. Necesitará una tormenta para su transformación.

—No te preocupes por eso, madre —dijo Eshonai, obligándose a hablar a la Paz—. Yo me encargaré.

—Eres tan buena, Venli... —dijo su madre—. Tan servicial. Quedándote en casa, sin huir, como tu hermana. Esa niña... Nunca está donde debería.

—Ahora lo está —susurró Eshonai—. Lo está intentando.

Su madre canturreó para sí y continuó trabajando. En otro tiempo, esta mujer tenía una de las mejores memorias de la ciudad. Todavía la tenía, en cierto modo.

—Madre —dijo Eshonai—, necesito ayuda. Creo que va a suceder algo terrible. No soy capaz de decidir si será menos terrible de lo que ya está pasando.

Su madre limó una sección de cortezapizarra, luego sopló el polvillo.

—Nuestro pueblo se desmorona —dijo Eshonai—. Estamos siendo exterminados. Nos mudamos a Narak y elegimos una guerra de agotamiento. Eso ha significado seis años de pérdidas continuas. La gente se rinde.

—Eso no es bueno —dijo su madre.

—Pero ¿y la alternativa? Aventurarnos en cosas que no deberíamos, cosas que podrían volver hacia nosotros los ojos de los No-creados.

—No estás trabajando —dijo la madre, señalando—. No seas como tu hermana.

Eshonai se puso las manos en el regazo. Esto no servía de nada. Ver a su madre así...

—Madre —dijo Eshonai a Súplica—, ¿por qué tuvimos que dejar el hogar oscuro?

—Ah, eso es ya canción antigua, Eshonai —respondió su madre—. Una canción oscura que no es para una niña como tú. Vaya, ni siquiera es el día de tu primera transformación.

—Soy lo bastante mayor, madre. Por favor...

Su madre sopló la cortezapizarra. ¿Había olvidado, finalmente, esta última parte de lo que había sido? El corazón de Eshonai se ensombreció.

—Largos son los días desde que conocimos el hogar oscuro —cantó su madre suavemente a uno de los Ritmos del Recuerdo—. La Última Legión, ese era entonces nuestro nombre. Guerreros que habían decidido luchar en las llanuras más lejanas, este lugar que antes fue una nación y ahora es escombros. La muerte era la libertad de la mayoría de la gente. Las formas, desconocidas, nos fueron forzadas. Formas de poder, sí, pero también formas de obediencia. Los dioses ordenaban, y nosotros obedecíamos, siempre. Siempre.

—Excepto aquel día —dijo Eshonai junto con su madre, al compás.

—El día de la tormenta en que la Última Legión huyó —continuó su madre con la canción—. Difícil fue el camino elegido. Guerreros, tocados por los dioses, nuestra única opción fue buscar la cerrazón mental. Una incapacitación que trajo la libertad.

La tranquila y sonora canción de su madre bailaba con el viento. Por frágil que pareciera en otros momentos, cuando cantaba las antiguas canciones parecía de nuevo ella misma. Una madre que en ocasiones había tenido conflictos con ella, pero a quien Eshonai había respetado siempre.

—Atrevido fue el desafío hecho —cantó la madre—, cuando la Última Legión abandonó el pensamiento y el poder a cambio de la libertad. Se arriesgaron a olvidarlo todo. Y por eso compusieron canciones, un centenar de historias para contar, para recordar. Yo te las cuento, y tú se las contarás a tus hijos, hasta que las formas sean descubiertas de nuevo.

Entonces la madre se lanzó a una de las canciones más antiguas, sobre cómo el pueblo establecería su hogar en las ruinas de un reino abandonado. Cómo se extenderían, actuando como simples tribus y refugiados. Era su plan para permanecer ocultos, o al menos ignorados.

Las canciones dejaban fuera muchas cosas. La Última Legión no había sabido cómo transformar en nada que no fuera la forma gris y la forma carnal, al menos no sin la ayuda de los dioses. ¿Cómo habían sabido que las otras formas eran posibles? ¿Se habían registrado estos hechos originalmente en las canciones, y luego se habían perdido a lo largo de los años a medida que las palabras cambiaban aquí y allá?

Eshonai escuchaba, y aunque la voz de su madre la mantenía de nuevo en armonía con la Paz, se sintió profundamente preocupada de todas formas. Había ido allí en busca de respuestas. Antes, habría funcionado.

Ya no.

Eshonai se levantó para dejar a su madre cantar.

—Encontré alguna de tus cosas cuando limpiaba hoy —dijo su madre, rompiendo la canción—. Deberías llevártelas. Ocupan sitio en la casa, y me mudaré pronto.

Eshonai canturreó a Duelo para sí, pero fue a ver qué había «descubierto» su madre. ¿Otro montón de piedras, donde veía juguetes infantiles? ¿Tiras de tela que imaginaba que eran ropas?

Eshonai encontró un saquito delante del edificio. Lo abrió y encontró papeles dentro.

Papeles hechos de plantas locales, no papeles humanos. Papeles ásperos, con diversos colores, hechos a la antigua usanza oyente. Con textura y plenos, no lisos y estériles. La tinta empezaba a desvanecerse, pero Eshonai reconoció los dibujos.

«Mis mapas —pensó—. De aquellos primeros días».

Sin pretenderlo, armonizó Recuerdo. Días pasados recorriendo las extensiones de lo que los humanos llamaban Natanatan, atravesando bosques y junglas, dibujando sus propios mapas y ampliando el mundo. Había empezado sola, pero sus descubrimientos habían emocionado a un pueblo entero. Pronto, aunque todavía era una adolescente, estuvo dirigiendo expediciones enteras para encontrar nuevos ríos, nuevas ruinas, nuevos spren, nuevas plantas.

Y humanos. En cierto modo, todo esto era por su culpa.

Su madre empezó a cantar de nuevo.

Al examinar sus antiguos mapas, Eshonai descubrió una potente ansia en su interior. Antaño, había visto el mundo como algo fresco

y emocionante. Ahora, como un bosque en flor después de una tormenta. Se estaba muriendo lentamente, igual que su pueblo.

Recogió los mapas y se marchó de la casa de su madre para dirigirse al centro de la ciudad. La canción de su madre, todavía hermosa, resonaba tras ella. Eshonai armonizó con la Paz. Eso le hizo saber que casi llegaba tarde para la reunión con el resto de los Cinco.

No apretó el paso. Dejó que los firmes compases del Ritmo de la Paz la llevaran. A menos que uno se concentrara en armonizar con un ritmo concreto, el cuerpo elegía de manera natural el que encajaba con el estado de ánimo. Por tanto, siempre era una decisión consciente escuchar un ritmo que no encajaba con cómo se sentía uno. Él lo hizo entonces con Paz.

Los oyentes habían tomado una decisión hacía siglos, una decisión que los devolvió a niveles primitivos. Decidir asesinar a Gavilar Kholin había sido un acto para reafirmar aquella decisión de sus antepasados. Eshonai no era uno de sus líderes, pero habían escuchado su consejo y le habían concedido el derecho de votar con ellos.

La decisión, por horrible que pareciera, había sido valiente. Su esperanza era que una guerra larga desgastara a los alezi.

Eshonai y los demás habían subestimado la avaricia alezi. Las gemas corazón lo habían cambiado todo.

En el centro de la ciudad, cerca del estanque, había una alta torre que permanecía orgullosamente erecta desafiando los siglos de acción de las tormentas. Antiguamente, había escaleras dentro, pero el crem que se había colado por las ventanas había llenado el edificio de roca, así que los trabajadores habían tallado escalones por todo el exterior.

Eshonai empezó a subir los escalones, agarrándose a la cadena de seguridad. Era un ascenso largo pero familiar. Aunque le dolía la pierna, la forma de guerra proporcionaba gran resistencia... pero requería más alimento que ninguna otra forma para mantenerla fuerte. Llegó a la cima con facilidad.

Encontró a los otros miembros de los Cinco esperándola, cada uno de ellos con una forma conocida. Eshonai llevaba la forma de guerra, Davim la forma de trabajo, Abronai la forma carnal, Chivi la forma diestra, y el silencioso Zuln la forma gris. Venli esperaba

también, con su antaño-compañero, aunque él estaba agotado por la dificultosa ascensión. La forma diestra, aunque era buena para muchas actividades delicadas, no tenía gran resistencia.

Eshonai pasó a la cima plana de la antigua torre, notando cómo soplabla contra ella el viento de levante. No había sillas allí arriba, y los Cinco estaban sentados en la roca pelada.

Davim entonó en Malestar. Con los ritmos en la cabeza, era difícil llegar tarde por accidente. Sospechaban con buenos motivos que Eshonai se había retrasado a posta.

Se sentó en la roca y se sacó del bolsillo la gema llena de spren y la colocó en el suelo delante de ella. La piedra violeta brillaba de luz tormentosa.

—Me preocupa esta prueba —dijo Eshonai—. Creo que no deberíamos permitir que siga adelante.

—¿Qué? —dijo Venli en Ansiedad—. Hermana, no seas ridícula. Nuestro pueblo necesita esto.

Davim se inclinó hacia delante, los brazos sobre las rodillas. Tenía un rostro ancho, la piel de su forma de trabajo moteada de negro con pequeños remolinos rojos aquí y allá.

—Si esto funciona, será un avance sorprendente. La primera de las formas del poder antiguo, redescubierta.

—Esas formas están unidas a los dioses —dijo Eshonai—. ¿Y si, al elegir esta forma, los invitamos a regresar?

Venli canturreó en Irritación.

—En los tiempos antiguos, todas las formas procedían de los dioses. Hemos descubierto que la forma diestra no nos hace daño. ¿Por qué iba a hacerlo la forma tormenta?

—Es diferente —dijo Eshonai—. Canta la canción, canturréala para ti. «Su llegada le trae a los dioses su noche». Los poderes antiguos son peligrosos.

—Los hombres los tienen —dijo Abronai. Llevaba la forma carnal, lujuriosa y rolliza, aunque controlaba sus pasiones. Eshonai nunca le había envidiado el puesto: sabía, por conversaciones privadas, que él habría preferido cualquier otra forma. Por desgracia, otros que tenían la forma carnal lo hacían por poco tiempo... o no poseían la solemnidad adecuada para unirse a los Cinco.

—Tú misma nos has traído el informe, Eshonai —continuó

Abronai—. Viste a un guerrero entre los alezi usar los poderes antiguos, y muchos otros nos lo confirmaron. Los hombres han recuperado las potenciaciones. Los spren nos traicionan de nuevo.

—Si las potenciaciones han vuelto —dijo Davim al Ritmo de la Consideración—, eso podría indicar que los dioses van a regresar de todas formas. Si es así, será mejor que estemos preparados para tratar con ellos. Las formas de poder nos ayudarán con eso.

—No sabemos si vendrán —dijo Eshonai a Resolución—. No sabemos nada de todo esto. ¿Quién sabe si los hombres tienen potenciaciones? Podría ser una de las hojas de Honor. Dejamos una en Alezkar esa noche.

Chivi canturreó en Escepticismo. Su cara de forma diestra tenía rasgos alargados, los mechones de pelo atados en una larga cola.

—Nos estamos difuminando como pueblo. He visto a varios hoy que han tomado la forma gris, y no para recordar nuestro pasado. ¡Lo han hecho porque les preocupa que los hombres los maten si no! ¡Se preparan para convertirse en esclavos!

—Yo también los he visto —dijo Davim a Resolución—. Tenemos que hacer algo, Eshonai. Tus soldados están perdiendo esta guerra, uno a uno.

—La próxima tormenta —intervino Venli. Utilizó el Ritmo de la Súplica—. Puedo probarlo en la próxima tormenta.

Eshonai cerró los ojos. Súplica. Era un ritmo con el que no se armonizaba a menudo. Era difícil contradecir a su hermana.

—Debemos estar unidos en esta decisión —dijo Davim—. No aceptaré nada más. Eshonai, ¿insistes en oponerte? ¿Tendremos que pasar aquí horas hasta tomar esta decisión?

Ella inspiró profundamente, llegando a una decisión que se había abierto paso desde el fondo de su mente. La decisión de una exploradora. Miró al saco de mapas que había dejado en el suelo junto a ella.

—Accederé a la prueba —dijo Eshonai.

Venli canturreó a Apreciación.

—Sin embargo —continuó Eshonai a Resolución—, debo ser yo quien pruebe primero la nueva forma.

Todos los canturreos cesaron. Los otros Cinco se la quedaron mirando.

—¿Qué? —dijo Venli—. ¡Hermana, no! Es mi derecho.

—Eres demasiado valiosa —dijo Eshonai—. Sabes demasiado de las formas, y gran parte de tu investigación está en tu cabeza. Yo solo soy un soldado. Si esto sale mal, podréis pasar sin mí.

—Eres una portadora de esquirlada —dijo Davim—. La última.

—Thude se ha entrenado con mi hoja y mi armadura —respondió Eshonai—. Las dejaré con él, por si acaso.

Los otros Cinco canturrearon a Consideración.

—Es una buena sugerencia —dijo Abronai—. Eshonai tiene tanto fuerza como experiencia.

—¡Fue mi descubrimiento! —dijo Venli a Irritación.

—Y te lo agradecemos —dijo Davim—. Pero Eshonai tiene razón. Tus eruditos y tú sois demasiado importantes para nuestro futuro.

—Más que eso —añadió Abronai—. Estás demasiado apegada al proyecto, Venli. La manera en que hablas lo deja claro. Si Eshonai entra en las tormentas y descubre que hay algo raro en esta forma, puede detener el experimento y volver con nosotros.

—Este es un buen compromiso —asintió Chivi—. ¿Estamos de acuerdo?

—Eso creo —dijo Abronai, volviéndose hacia Zuln.

La representante de las formas grises rara vez hablaba. Vestía la saya de los parshmenios, y había indicado que consideraba su deber representarlos (a aquellos que no tenían canción) junto con cualquier forma gris que hubiera entre ellos.

El suyo era un sacrificio tan noble como el de Abronai, constreñido a su forma carnal. Aún más. La forma gris era difícil de soportar, una forma que solo unos pocos experimentaban durante más tiempo que una pausa entre tormentas.

—Estoy de acuerdo —dijo Zuln.

Los otros canturrearon a Apreciación. Solo Venli no se unió a la canción. Si esta forma tormenta resultaba ser real, ¿añadirían otra persona a los Cinco? Al principio, los Cinco eran todas formas grises, luego todos trabajadores. Solo después del descubrimiento de la forma diestra se había decidido que tendrían un representante de cada forma.

Una pregunta para más adelante. Los otros miembros de los Cinco se levantaron, luego empezaron a bajar por las largas escaleras que bajaban en espiral alrededor de la torre. El viento

soplaba de levante, y Eshonai se volvió hacia allí, mirando hacia las rotas Llanuras... hacia el Origen de las Tormentas.

Durante una próxima tormenta, entraría en los vientos y se convertiría en algo nuevo. Algo poderoso. Algo que cambiaría el destino de los oyentes, y quizás el de los humanos, para siempre.

—Casi he tenido motivos para odiarte, hermana —dijo Venli a Reprimenda, acercándose al lugar donde Eshonai estaba sentada.

—No he prohibido esta prueba —dijo Eshonai.

—En cambio, te quedas su gloria.

—Si hay gloria que quedarse —dijo Eshonai a Reprimenda—, será tuya por descubrir la forma. Eso no debería ser una consideración. Solo debería importar nuestro futuro.

Venli canturreó a Irritación.

—Te llamaban sabia, experimentada. Me pregunto si han olvidado quién eras... que te fuiste intrépidamente a tierras desconocidas, ignorando a tu pueblo, mientras yo me quedaba en casa y memorizaba canciones. ¿Cuándo empezaron a creer todos que eras la responsable?

«Es este maldito uniforme», pensó Eshonai, poniéndose en pie.

—¿Por qué no nos dijiste lo que estabas investigando? Me dejaste creer que tus estudios eran para encontrar forma de arte o forma de meditación. En cambio, estabas buscando una de las formas del poder antiguo.

—¿Importa eso?

—Sí. Crea toda la diferencia, Venli. Te amo, pero tu ambición me asusta.

—No te fías de mí —dijo Venli a Traición.

Traición. Era una canción que rara vez se cantaba. Dolió lo suficiente para que Eshonai diera un respingo.

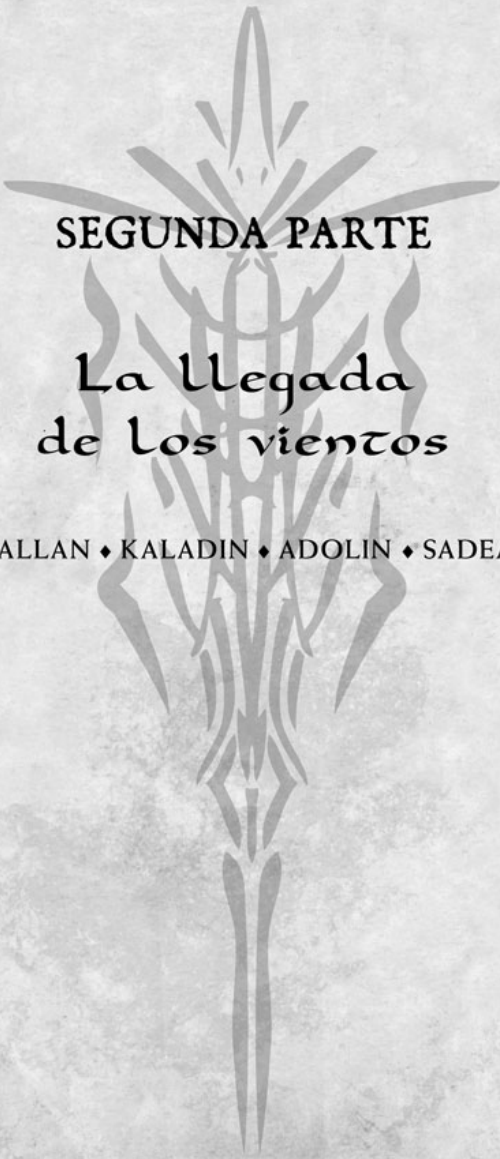
—Veremos qué hace esta forma —dijo Eshonai, recogiendo sus mapas y la gema con el spren atrapado—. Luego seguiremos hablando. Solo quiero tener cuidado.

—Quieres hacerlo tú sola —dijo Venli a Irritación—. Siempre quieres ser la primera. Pero basta. Está hecho. Ven conmigo: tengo que entrenarte en el estado mental adecuado para ayudar a que la forma funcione. Luego escogeremos una alta tormenta para la transformación.

Eshonai asintió. Soportaría este entrenamiento. Mientras tanto,

reflexionaría. Tal vez había otro modo. Si pudiera conseguir que los alezi la escucharan, encontrar a Dalinar Kholin, negociar la paz...

Tal vez entonces esto no sería necesario.



SEGUNDA PARTE

La llegada
de los vientos

SHALLAN ♦ KALADIN ♦ ADOLIN ♦ SADEAS



*La forma de guerra se lleva en la batalla y el gobierno,
reclamada por los dioses, dada para matar.
Desconocida, invisible, pero vital para ganar.
Viene a quienes poseen la voluntad.*

De *La canción de las clasificaciones de los oyentes*,
estrofa 15

El carromato se sacudía y estremecía mientras cruzaba el terreno pedregoso. Shallan iba sentada en el duro asiento junto a Bluth, uno de los mercenarios de rostro impenetrable que empleaba Tvlakv. Guiaba al chull que tiraba del carro, y no hablaba mucho, aunque cuando creía que ella no estaba mirando la inspeccionaba con ojos como perlas de cristal oscuro.

Hacía frío. Shallan deseaba que cambiara el tiempo y la primavera (o incluso el verano) llegara por fin. No era algo probable en un lugar conocido por su frío permanente. Después de haber improvisado una manta con el forro del baúl de Jasnah, Shallan se cubrió las piernas con ella hasta los pies, tanto para esconder la falda hecha jirones como para protegerse del frío.

Trató de distraerse estudiando las inmediaciones. Allí, en la zona sur de las Tierras Heladas, la flora le resultaba completamente desconocida. Si había hierba, crecía en parches entre las rocas, con

hojas cortas y afiladas en vez de largas y ondulantes. Los rocabrotes nunca eran más grandes que un puño, y no se abrían del todo, ni siquiera cuando intentó verter agua en uno de ellos. Sus enredaderas eran perezosas y lentas, como si estuvieran entumecidas por el frío. Sus quebradizas ramas rozaban los costados del carromato, y sus diminutas hojas verdes del tamaño de gotas de lluvia se plegaban y se introducían dentro de los tallos.

Los matorrales crecían prolíficamente, extendiéndose allá donde podían aferrarse. Cuando el carromato pasó ante un arbusto especialmente alto, Shallan extendió la mano y arrancó una rama. Era tubular, con el centro abierto, áspera como la arena.

—Son demasiado frágiles para las altas tormentas —dijo Shallan, alzándola—. ¿Cómo sobrevive esta planta?

Bluth gruñó.

—Lo normal es entretener a tu compañero de viaje con un diálogo, Bluth —dijo Shallan.

—Lo haría —dijo él, sombrío—, si supiera por Condenación qué significan la mitad de esas palabras.

Shallan se sobresaltó. Lo cierto es que no esperaba ninguna respuesta.

—Entonces estamos igualados —dijo—, ya que tú usas un montón de palabras que yo no conozco. Aunque creo que la mayoría son maldiciones...

Aunque intentó decirlo en tono jovial, el rostro de él se ensombreció aún más.

—Crees que soy tan tonto como esa rama.

«Deja de insultar a mi rama». Las palabras acudieron a la mente de Shallan, y casi a sus labios, sin freno. Tendría que saber refrenar mejor su lengua, considerando su educación. Pero la libertad (no tener miedo a que su padre acechara detrás de cada puerta cerrada) había mermado considerablemente su autocontrol.

Pese a todo, contuvo la réplica a tiempo.

—La estupidez es una condición de lo que te rodea —dijo en cambio.

—¿Estás diciendo que soy estúpido porque me criaron así?

—No. Estoy diciendo que todo el mundo es estúpido en algunas situaciones. Después de perder mi barco, me encontré en tierra pero incapaz de encender una hoguera para calentarme. ¿Dirías que soy

estúpida?

Él le dirigió una severa mirada, pero no dijo nada. Tal vez a un ojos oscuros esa pregunta le parecía una trampa.

—Pues lo soy —dijo Shallan—. En muchos campos, soy estúpida. Tal vez en lo referido a las grandes palabras, tú seas estúpido. Por eso necesitamos tanto a las eruditas como a los trabajadores de las caravanas, guardia Bluth. Nuestras respectivas estupideces se complementan.

—Comprendo que sea necesario contar con gente que sepa encender una hoguera —dijo Bluth—. Pero no sé para qué vamos a necesitar personas que conozcan palabras raras.

—Shhhh —repuso Shallan—. No lo digas tan alto. Si los ojos claros se enteraran, podrían dejar de perder el tiempo inventando palabras nuevas, y a cambio empezarían a meterse en los asuntos de la gente honrada.

Él la miró de nuevo. No había ni un atisbo de humor bajo aquel grueso entrecejo. Shallan suspiró, pero volvió su atención hacia las plantas. ¿Cómo sobrevivían a las altas tormentas? Debería sacar su carpeta de bocetos y...

No.

Puso en blanco su mente y lo dejó pasar. Poco después, Tvlakv ordenó la parada de mediodía. El carromato de Shallan fue frenando y otro avanzó hasta ponerse a su altura.

Lo conducía Tag, con los dos parshmenios sentados en la jaula de la parte trasera y trabajando en silencio tejiendo sombreros con los juncos que habían recogido por la mañana. La gente normalmente ordenaba a los parshmenios que hicieran ese tipo de trabajos menores: cualquier cosa con tal de asegurar que todo el tiempo de que disponían lo emplearan en ganar dinero para sus amos. Tvlakv vendería los sombreros por unos pocos chips en su destino.

Siguieron trabajando cuando los carromatos se detuvieron. Habría que decirles que hicieran otra cosa, y tenían que ser entrenados específicamente para cada trabajo que hacían. Pero cuando adquirirían un aprendizaje, trabajaban sin quejarse.

Para Shallan, su silenciosa obediencia en el fondo era algo pernicioso. Sacudió la cabeza y luego extendió la mano hacia Bluth, que la ayudó a bajar del carromato sin que hicieran falta más

indicaciones. Una vez en el suelo, apoyó la mano en el costado del vehículo e inhaló profundamente por la boca. Padre Tormenta, ¿qué les había hecho a sus pies? Los dolorespren asomaron de la pared a su lado, trocitos naranja de tendón, como manos sin carne.

—¿Brillante? —dijo Tvlakv, acercándose—. Me temo que no tenemos mucho que ofrecerte en cuestión de comida. Somos pobres para ser mercaderes, ¿sabes?, y no podemos permitirnos manjares.

—Lo que tengáis será suficiente —respondió Shallan, tratando de que el dolor no se le notara en la voz, aunque los spren ya habían empezado a delatarla—. Por favor, que uno de tus hombres traiga mi baúl.

Tvlakv lo hizo sin quejarse, aunque observó ansioso mientras Bluth lo depositaba en el suelo. No parecía muy aconsejable permitirle ver lo que había dentro: cuanta menos información tuviera, mejor para Shallan.

—Esas jaulas... —dijo Shallan, observando la parte trasera de su carromato—. ¿No se pueden colocar esos laterales de madera para que queden encajados sobre los barrotes?

—Sí, brillante —dijo Tvlakv—. Por las altas tormentas, así es.

—Con los esclavos que tienes apenas llenas uno de los tres carromatos —dijo Shallan—. Y los parshmenios van en otro. Este queda vacío, y será un carro excelente para mí. Coloca los laterales.

—¿Brillante? —preguntó Tvlakv sorprendido—. ¿Quieres que te meta en la jaula?

—¿Por qué no? —replicó ella, mirándolo a los ojos—. Sin duda estoy a salvo bajo tu custodia, mercader Tvlakv.

—Esto... sí...

—Es de esperar que tus hombres y tú estéis familiarizados con las inclemencias del viaje —dijo Shallan tranquilamente—, pero yo no. No me hace ningún bien ir sentada día sí, día también, sobre un duro banco. Un carruaje adecuado será una agradable mejora para este viaje.

—¿Carruaje? —dijo Tvlakv—. ¡Es un carro de esclavos!

—Simple cuestión de terminología, mercader Tvlakv. ¿Puedes hacer lo que te he pedido? Te lo agradecería.

Él suspiró, pero dio la orden, y los hombres sacaron los laterales de debajo del carromato y los engancharon por la parte exterior. Dejaron sin colocar la trasera, donde estaba la puerta de la jaula. El

resultado no pareció especialmente cómodo, pero le proporcionaría cierta intimidación. Shallan hizo que Bluth metiera dentro su baúl, para desazón de Tvlakv. Luego subió y cerró la puerta de la jaula. Sacó la mano entre los barrotes y señaló a Tvlakv.

—¿Brillante?

—La llave.

—Oh. —La sacó de un bolsillo y la miró un momento (un momento demasiado largo), antes de entregársela.

—Gracias —respondió ella—. Puedes enviar a Bluth con mi comida cuando esté lista, pero necesitareé un cubo de agua limpia inmediatamente. Has sido muy cortés. No olvidaré tu servicio.

—Er... gracias. —Lo dijo casi como una pregunta, y cuando se marchó parecía confuso. Era mejor así.

Cuando Bluth le llevó el agua, ella se arrastró (para no utilizar los pies) por el interior del carro cerrado. El lugar apestaba a suciedad y sudor, y sintió náuseas al pensar en los esclavos que habían sido retenidos allí. Le pediría a Bluth que ordenara a los parshmenios limpiarlo más tarde.

Se detuvo ante el baúl de Jasnah, luego se arrodilló y alzó la tapa con cuidado. La luz brotó de las esferas infusas que contenía. Patrón esperaba allí también (le había ordenado que no se dejara ver); su forma alzaba la cubierta de un libro.

Shallan había logrado sobrevivir, de momento. Sin duda no estaba a salvo, pero al menos no iba a morir de frío o de hambre inmediatamente. Eso significaba que finalmente tenía que enfrentarse a preguntas y problemas de mayor envergadura. Apoyó la mano en los libros, ignorando por un momento sus pies doloridos.

—Estos tienen que llegar a las Llanuras Quebradas.

Patrón vibró con un sonido confuso: un tono interrogativo que implicaba curiosidad.

—Alguien tiene que continuar la obra de Jasnah —dijo Shallan—. Hay que encontrar Urithiru y convencer a los alezi de que el regreso de los Portadores del Vacío es inminente. —Se estremeció, pensando en los parshmenios de pieles moteadas que trabajaban tan solo una carreta más allá.

—¿Tú... mmm... continuas? —preguntó Patrón.

—Sí. —Había tomado esa decisión en el momento en que

insistió en que Tvlakv la llevara a las Llanuras Quebradas—. La noche antes del naufragio, cuando vi a Jasnah con la guardia baja... Sé lo que debo hacer.

Patrón murmuró, de nuevo parecía confundido.

—Es difícil de explicar —dijo Shallan—. Es una cosa humana.

—Excelente —repuso Patrón, ansioso.

Ella lo miró, alzando una ceja. Había cambiado mucho desde que se pasaba las horas girando en el centro de una habitación o subiendo y bajando por las paredes.

Shallan sacó algunas esferas para tener mejor iluminación, y luego retiró una de las telas con las que Jasnah había envuelto sus libros. Estaba inmaculadamente limpia. Shallan humedeció la tela en el cubo de agua y empezó a lavarse los pies.

—Antes de ver la expresión de Jasnah aquella noche —explicó —, antes de hablar con ella a pesar de su fatiga y advertir lo preocupada que estaba, caí en una trampa. La trampa de una erudita. A pesar de mi horror inicial ante lo que Jasnah contaba acerca de los parshmenios, lo consideraba todo como un reto intelectual. Jasnah era tan circunspecta, al menos en apariencia, que pensé que creía lo mismo.

Dio un respingo cuando quitó un trocito de piedra de una grieta en su pie. Más dolorspren brotaron del suelo del carro. No caminaría grandes distancias durante algún tiempo, pero al menos no veía aún ningún putrispren. Sería mejor que buscara algún antiséptico.

—El peligro que corremos no es solo teórico, Patrón. Es real y terrible.

—Sí —dijo Patrón, con voz grave.

Ella lo miró. Había subido por el interior de la tapa del baúl, iluminado por las diversas luces de las esferas de distintos colores.

—¿Sabes algo sobre el peligro? ¿Los parshmenios, los Portadores del Vacío?

Tal vez interpretaba erróneamente sus tonos de voz. Patrón no era humano, y a menudo hablaba con extrañas inflexiones.

—Mi regreso... —dijo Patrón—. A causa de esto.

—¿Qué? ¿Por qué no lo habías dicho?

—Decir... hablar... Pensar... Todo difícil. Voy mejorando.

—Viniste a mí a causa de los Potadores del Vacío —dijo Shallan,

disponiéndose a cerrar el baúl, con el paño ensangrentado olvidado en su mano.

—Sí. Los patrones... nosotros... nos... Preocupamos. Uno fue enviado. Yo.

—¿Por qué a mí?

—Por las mentiras.

Ella sacudió la cabeza.

—No comprendo.

Patrón zumbó, insatisfecho.

—Tú. Tu familia.

—¿Me viste con mi familia? ¿Hace tanto tiempo?

—Shallan. Recuerda...

De nuevo aquellas evocaciones. Esta vez no se trataba de un banco en un jardín, sino una habitación blanca, estéril. La nana de su padre. Sangre en el suelo.

«No».

Se dio media vuelta y empezó a lavarse de nuevo los pies.

—Sé... poco de los humanos —dijo Patrón—. Se rompen. Sus mentes se rompen. Tú no te rompiste. Solo te agrietaste.

Ella continuó lavándose.

—Son las mentiras las que te salvan —dijo Patrón—. Las mentiras que me atrajeron.

Shallan mojó el paño en el cubo.

—¿Tienes un nombre? Te he llamado Patrón, pero eso es más bien una descripción.

—El nombre es números —dijo Patrón—. Muchos números. Difícil de decir. Patrón... Patrón está bien.

—Mientras no empieces a llamarme Errática, por contraste...

—Mmm...

—¿Qué significa eso?

—Estoy pensando —dijo Patrón—. Considerando la mentira.

—¿El chiste?

—Sí.

—Por favor, no te esfuerces demasiado. No era un chiste especialmente ingenioso. Si quieres reflexionar sobre uno bueno, piensa que detener el regreso de los Portadores del Vacío puede depender de mí, nada menos.

—Mmm...

Terminó de curarse los pies lo mejor que pudo y a continuación se los envolvió con otros paños que sacó del baúl. No tenía zapatillas ni zapatos. ¿No podría comprar un par de botas a uno de los traficantes de esclavos? La idea hizo que el estómago se le revolviera, pero no tenía otra opción.

A continuación, revisó el contenido del baúl. Era solo uno de los que tenía Jasnah, pero Shallan lo reconoció: era el que su maestra guardaba en su camarote, el que se habían llevado los asesinos. Contenía las notas de Jasnah: libros y más libros repletos de notas. El baúl contenía pocas fuentes primarias, pero eso no importaba, ya que Jasnah transcribía meticulosamente todos los párrafos relevantes.

Cuando hizo a un lado el último volumen, Shallan advirtió algo en el fondo del baúl. ¿Un papel suelto? Lo recogió, curiosa... y casi lo soltó por la sorpresa.

Era un dibujo de Jasnah que ella misma había hecho. Shallan se lo había regalado después de que la aceptara como pupila. Había dado por hecho que Jasnah lo habría tirado: a su maestra le interesaban poco las artes plásticas, que consideraba una frivolidad.

Sin embargo, lo había guardado allí, junto con sus posesiones más preciadas. No. Shallan no quiso pensar en eso, no quiso enfrentarse a ello.

—Mmm... —dijo Patrón—. No puedes guardar todas las mentiras. Solo lo más importante.

Shallan extendió la mano y descubrió que tenía lágrimas en los ojos. Por Jasnah. Había estado evitando la pena, la había metido en una cajita y la había guardado.

En cuanto dejó salir aquella pena, otra se acumuló encima. Una pena que parecía frívola en comparación con la muerte de Jasnah, pero que amenazaba con aplastarla aún más.

—Mis bocetos... —susurró—. Todos han desaparecido.

—Sí —dijo Patrón, disgustado.

—Todos los dibujos que guardaba. Mis hermanos, mi padre, mi madre... —Todos hundidos en las profundidades, junto con sus bocetos de criaturas y sus reflexiones sobre sus relaciones, su biología y su naturaleza. Perdido. Todo perdido.

El mundo no dependía de los tontos dibujos de anguilas aéreas que había hecho Shallan. Sin embargo, ella se sentía como si todo

se hubiera roto.

—Ya dibujarás más —susurró Patrón.

—No quiero. —Shallan parpadeó, liberando más lágrimas.

—Yo no dejaré de vibrar. El viento no dejará de soplar. Tú no dejarás de dibujar.

Shallan pasó los dedos por encima del dibujo de Jasnah. Los ojos de su maestra estaban iluminados, casi vivos de nuevo: era el primer retrato que Shallan había hecho de ella, el día en que se conocieron.

—El moldeador de almas roto estaba con mis cosas. Ahora está en el fondo del océano, perdido. No podré repararlo y enviarlo a mis hermanos.

Patrón zumbó con lo que a ella le pareció un tono taciturno.

—¿Quiénes son? —preguntó Shallan—. Los que hicieron esto, los que la mataron y me quitaron mi arte. ¿Por qué hicieron esas cosas tan horribles?

—No lo sé.

—Pero ¿estás seguro de que Jasnah tenía razón? —dijo Shallan—. ¿Los Portadores del Vacío van a regresar?

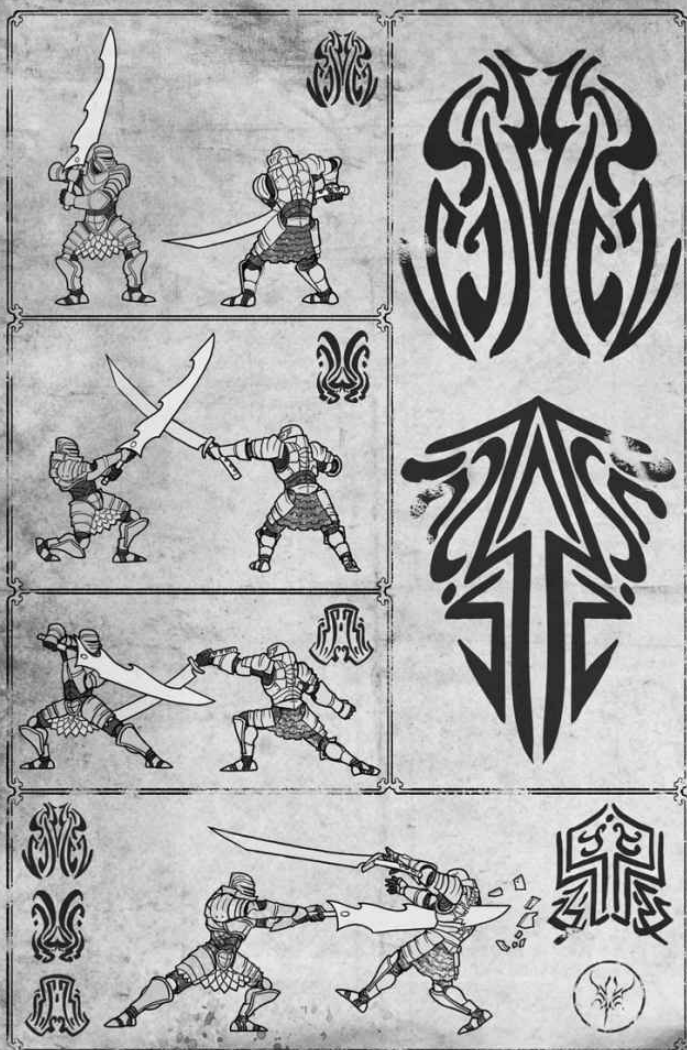
—Sí. Spren... spren de él. Vienen.

—Esta gente mató a Jasnah. Probablemente pertenecían al mismo grupo que Kabsal, y... y mi padre. ¿Por qué acabar con la persona que estaba más cerca de comprender cómo, y por qué, van a regresar los Portadores del Vacío?

—Yo... —Patrón vaciló.

—No tendría que haberlo preguntado —dijo Shallan—. Ya sé la respuesta, y es muy humana. Esta gente pretende controlar el conocimiento para beneficiarse de ello. Beneficiarse del apocalipsis mismo. Vamos a encargarnos de que eso no suceda.

Cogió el dibujo de Jasnah y lo guardó entre las páginas de un libro para salvaguardarlo.



Extracto de un papiro mayor. La parte inferior fue devorada por un sabueso-hacha cuando huía del lugar de donde lo robé.



*La forma carnal se amansa, por amor a compartir;
dada a la vida, nos trae alegría.*

Para encontrar esta forma, hay que preocuparse.

Uno debe emplear auténtica empatía.

*De La canción de las clasificaciones de los oyentes,
estrofa 5*

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Adolin, arrodillándose y contemplando su hoja esquilada, cuya punta se hundía en el suelo de piedra. Estaba solo. Únicamente la espada y él en una de las nuevas salas preparatorias, construidas junto al coso de los duelos.

»Recuerdo cuando te gané —susurró Adolin, mirando su reflejo en la hoja—. Tampoco entonces me tomaron en serio. A Tinalar se le ocurrió retarme a duelo solo para avergonzar a mi padre. No obstante, conseguí su hoja.

Si hubiera perdido, habría tenido que entregarle a Tinalar su armadura, que había heredado de su familia materna. Adolin nunca le había puesto nombre a su hoja esquilada. Algunos lo hacían, otros no. Pero a él no le había parecido adecuado; no porque pensara que la hoja no se merecía un nombre, sino porque consideraba que no sabía el adecuado. El arma había pertenecido a uno de los Caballeros Radiantes, hacía muchísimo tiempo. Ese

hombre, sin duda, le había puesto nombre. Llamarla de otra manera parecía presuntuoso. Adolin pensaba así incluso antes de empezar a considerar de forma positiva a los Radiantes, como hacía su padre.

La hoja continuaría después de que Adolin muriera. No la poseía. Simplemente la tenía en préstamo durante un tiempo.

Su superficie era austeramente lisa, sinuosa como una anguila, con promontorios en la parte trasera como cristales crecientes. Su forma era como una versión más grande de una espada larga normal, pero guardaba cierto parecido con los enormes mandobles que había visto blandir a los comecuernos.

—Un auténtico duelo —susurró Adolin a su espada—. De verdad. Por fin. Se acabó ir de puntillas, se acabó limitarme.

La hoja esquivada no respondió, pero Adolin imaginó que lo escuchaba. No se podía utilizar un arma como esa, un arma que parecía una extensión de la misma alma, y no sentir en ocasiones que estaba viva.

—Hablo muy confiado con todo el mundo, desde que sé que confían en mí —prosiguió Adolin—. Pero si pierdo hoy, se acabó. No más duelos, y un grave obstáculo en el gran plan de mi padre.

Oía a la gente en el exterior. El rumor de los pasos, el zumbido de las charlas. Roces en la piedra. Habían acudido. Querían ver cómo vencía Adolin o era humillado.

—Este podría ser nuestro último combate juntos —añadió—. Agradezco lo que has hecho por mí. Sé que lo habrías hecho por cualquiera que te blandiese, pero de todas formas te doy las gracias. Yo... quiero que lo sepas: creo en mi padre. Creo que tiene razón, creo que las cosas que ve son reales. Que el mundo necesita un Alezkar unido. Y precisamente para conseguir que eso suceda, emprendo combates como este.

Adolin y su padre no eran políticos, sino soldados. Dalinar lo era por elección; Adolin, por las circunstancias. No podrían conseguir un reino unificado conversando. Tendrían que hacerlo por medio de la lucha.

Adolin se levantó, se palpó el bolsillo, redujo su espada a bruma y cruzó la pequeña cámara. Las paredes de piedra del estrecho pasadizo en el que entró estaban cubiertas de bajorrelieves que mostraban las diez posiciones básicas de la esgrima. Las habían tallado en otra parte, luego las colocaron allí al construir el edificio:

una adición reciente para sustituir las tiendas donde antes habían tenido lugar los preparativos ante los duelos.

Posición de viento, posición de piedra, posición de fuego... Había un bajorrelieve, junto a la pose descrita, de cada una de las Diez Esencias. Adolin las fue contando al pasar. Este pequeño túnel había sido tallado en la piedra del mismo coso y terminaba en una pequeña habitación abierta en la roca. La brillante luz de la zona de duelo asomaba en los bordes del último par de puertas que se encontraban entre su oponente y él.

Con una estancia adecuada para meditar además de esa sala para que los contendientes se pusieran la armadura o se retiraran entre asaltos, la zona de duelos de los campamentos de guerra empezaba a ser tan adecuada como las que había en Alezkar. Algo digno de agradecer.

Adolin entró en la sala, donde esperaban su hermano y su tía. Padre Tormenta, le sudaban las manos. No se sentía tan nervioso cuando cabalgaba a la batalla, cuando su vida corría auténtico peligro.

La tía Navani había terminado una glifoguarda. Se apartó del pedestal, hizo a un lado su pincel y alzó la guarda para que él la viera. Estaba pintada de rojo brillante sobre lienzo blanco.

—¿Victoria? —aventuró.

Navani bajó el lienzo y lo miró levantando una ceja.

—¿Qué? —dijo Adolin mientras sus auxiliares entraban con las piezas de su armadura esquirrada.

—Dice «seguridad y gloria» —respondió Navani—. Tampoco te pasaría nada malo porque aprendieras unos cuantos glifos, Adolin.

Él se encogió de hombros.

—Nunca me ha parecido importante.

—Sí, bueno —dijo Navani, doblando reverentemente la plegaria y colocándola en un brasero para quemarla—. Esperemos que con el tiempo tengas una esposa que haga esto por ti. Tanto leer glifos como crearlos.

Adolin inclinó la cabeza, como era adecuado mientras ardía la plegaria. Pailiah sabía que no era momento de ofender al Todopoderoso. Sin embargo, cuando terminó, miró a Navani.

—¿Alguna noticia del barco?

Esperaban noticias de Jasnah cuando llegara a las Criptas

Huecas, pero no se había producido ninguna. Navani había comprobado en la oficina del práctico del puerto de aquella lejana ciudad. Dijeron que el *Placer del Viento* no había llegado nunca. Hacía ya una semana.

Navani hizo un gesto de calma con la mano.

—Jasnah iba en ese barco.

—Lo sé, tía —dijo Adolin, arrastrando los pies con inquietud. ¿Qué había sucedido? ¿Había sido alcanzada la nave por una alta tormenta? ¿Qué había pasado con aquella mujer con la que Adolin iba a casarse, si Jasnah se salía con la suya?

—Si el barco se retrasa, será porque Jasnah anda metida en algo —dijo Navani—. Tranquilo. Tendremos noticias de ella dentro de unas semanas, exigiendo alguna tarea o alguna información. Tendré que sonsacarle por qué ha desaparecido. Ojalá Battah concediera a esa muchacha algo de sentido que acompañara a su inteligencia.

Adolin no insistió. Navani conocía a Jasnah mejor que nadie. Pero... estaba preocupado por ella, y sintió el súbito temor de no llegar a conocer a la joven Shallan cuando se esperaba. Naturalmente, no era probable que el compromiso por conveniencia funcionara, aunque una parte de él deseaba que así fuera. Dejar que otros eligieran por él tenía un extraño atractivo, considerando cuánto lo había maldecido Danlan cuando rompió su relación.

Danlan seguía siendo una de las escribas de su padre, así que la veía de vez en cuando. Más miradas. Pero, tormentas, no había sido culpa suya. Las cosas que ella había contado a sus amigas...

Un armero le llevó las botas y Adolin se colocó sobre ellas, sintiendo que encajaban en su sitio. Los armeros fijaron rápidamente las grebas y luego fueron ascendiendo, cubriéndolo de ligerísimo metal. Pronto lo único que faltó fueron los guanteletes y el yelmo. Adolin se arrodilló y metió las manos en los guanteletes que había a su lado, con los dedos en la posición adecuada. A su extraño modo, la armadura esquirolada se cerraba sola, como una anguila aérea que se enroscaba sobre su rata, tensándose cómodamente en torno a sus muñecas.

Adolin se dio la vuelta y extendió la mano para que el último armero le entregara el yelmo. Era Renarin.

—¿Has comido pollo? —preguntó Renarin mientras Adolin cogía el yelmo.

—En el desayuno.

—¿Y has hablado con la espada?

—Toda una conversación.

—¿Llevas la cadena de nuestra madre en el bolsillo?

—Lo he comprobado tres veces.

Navani cruzó los brazos.

—¿Todavía seguís con esas estúpidas supersticiones?

Ambos hermanos la miraron bruscamente.

—No son supersticiones —dijo Adolin.

—Es solo buena suerte —explicó Renarin al mismo tiempo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Hace mucho tiempo que no libro un duelo formal —añadió Adolin, poniéndose el yelmo con la visera abierta—. No quiero que nada salga mal.

—Tonterías —insistió Navani—. Confiad en el Todopoderoso y los Heraldos, no en que hayas tomado o no la comida adecuada antes del duelo. Tormentas. Lo próximo será que creas en las Pasiones.

Adolin intercambió una mirada con Renarin. Sus pequeñas tradiciones probablemente no le ayudarían a ganar, pero bueno, ¿por qué arriesgarse? Cada duelista tenía sus manías. Las suyas todavía no le habían fallado.

—A nuestros guardias no les hace gracia esto —dijo Renarin en voz baja—. No paran de hablar de lo difícil que va a ser protegerte cuando todo el mundo te ataque con una hoja esquivada.

Adolin se cerró la visera. Se nubló por los lados mientras encajaba en su sitio, se volvió translúcida y le ofreció una visión plena de la habitación. Adolin sonrió, plenamente consciente de que Renarin no le veía la cara.

—Lamento mucho negarles la oportunidad de hacerme de niñas.

—¿Por qué disfrutas atormentándolos?

—No me gustan los escoltas.

—Has tenido guardias antes.

—En el campo de batalla —adujo Adolin. Otra cosa distinta era que lo siguieran a todas partes.

—Hay más. No me mientas, hermano. Te conozco demasiado bien.

Adolin escrutó a su hermano, cuyos ojos eran tan formales tras las gafas. El muchacho era demasiado solemne.

—No me gusta su capitán —admitió Adolin.

—¿Por qué? Le salvó la vida a nuestro padre.

—Me molesta. —Adolin se encogió de hombros—. Hay algo en él que no me encaja, Renarin. No me fío.

—Creo que no te gusta que desobedeciera tus órdenes en el campo de batalla.

—Casi no recuerdo eso —aseguró Adolin, avanzando hacia la puerta.

—Bueno, muy bien. Adelante. Ah, y otra cosa.

—¿Sí?

—Intenta no perder.

Adolin abrió las puertas y salió a la arena. Había estado allí antes, usando la excusa de que, aunque los Códigos de Guerra alezi prohibían los duelos entre oficiales, tenía que practicar sus habilidades.

Para aplacar a su padre, Adolin había evitado los retos importantes: duelos por conseguir campeonatos o esquiras. No se había atrevido a arriesgar su espada y su armadura. Pero la situación había cambiado.

El aire era invernal, pero el sol brillaba en el cielo. Su respiración sonó contra la placa del yelmo y sus pies crujieron en la arena. Comprobó si su padre estaba entre el público. Así era. Al igual que el rey.

Sadeas no había acudido. Mejor. Su presencia podría haber distraído a Adolin con recuerdos de una de las últimas ocasiones en que Sadeas y Dalinar habían sido amigos y se habían sentado juntos en aquellas gradas de piedra para verlo batirse en duelo. ¿Planeaba Sadeas su traición incluso entonces, mientras se reía y charlaba con su padre como si fueran viejos amigos?

«Concéntrate». Ese día su contrincante no era Sadeas, aunque en un futuro... En un futuro no muy lejano se enfrentaría a ese hombre precisamente allí. Era el propósito de todos sus actos.

De momento tendría que contentarse con Salinor, uno de los portadores de esquirada de Thanadal. El hombre solo tenía la espada, aunque había podido conseguir prestada la armadura del rey para poder enfrentarse a un portador completo.

Salinor se hallaba al otro lado del ruedo, ataviado con la armadura gris pizarra, sin adornos, esperando a que la alta jueza (la brillante Istow) indicara el comienzo del duelo. Ese enfrentamiento era, en cierto modo, un insulto para Adolin. Para que Salinor accediera a batirse, aquel se había visto obligado a apostar su armadura y su espada contra la espada de este. Como si Adolin no fuera digno y tuviera que ofrecer más posibles botines para que su contrincante se dignara aceptar el enfrentamiento.

Como era de esperar, el coso estaba repleto de ojos claros. Aunque se especulaba que Adolin había perdido su antiguo mordiente, los duelos por esquirlas eran extremadamente poco frecuentes. Este sería el primero en más de un año.

—¡Invocad las hojas! —ordenó Istow.

Adolin extendió la mano a un lado. La hoja apareció en su puño diez latidos más tarde, un momento antes que la de su oponente. El corazón de Adolin latía más rápido que el de Salinor. Tal vez esto significaba que su contrincante no estaba asustado, y lo subestimaba.

Adolin adoptó la posición de viento, con los hombros encogidos, vuelto hacia un lado, y la punta de la espada hacia atrás. Su oponente eligió la posición de fuego, con la espada en una mano, la otra tocando la hoja y los pies separados. Las posiciones eran más una filosofía que un conjunto de movimientos preestablecidos. La de viento era fluida, extensa y majestuosa. La de fuego resultaba rápida y flexible, más adecuada para hojas esquirladas más cortas.

Adolin estaba familiarizado con la posición de viento. Le había servido bien a lo largo de su carrera. Pero ese día no le pareció bien.

«Estamos en guerra —pensó mientras Salinor avanzaba poco a poco, con intención de ponerlo a prueba—. Y todos los ojos claros de este ejército son reclutas novatos».

No era momento de ofrecer un espectáculo. Era el momento de dar una paliza.

Mientras Salinor se acercaba para descargar un golpe cauteloso con el propósito de medir a su oponente, Adolin se volvió y adoptó la posición de hierro, con la espada sujeta con las dos manos por encima de la cabeza. Paró el primer golpe de su contrincante, luego avanzó y descargó su espada contra el yelmo del otro hombre. Una,

dos, tres veces. Salinor trató de parar los golpes, pero obviamente el ataque de Adolin lo había sorprendido, y dos de los golpes encontraron su objetivo.

Salinor soltó su espada (una debilidad de la posición de fuego, que obligaba a una postura con una sola mano) y esta se desvaneció en la bruma. Adolin avanzó hacia el hombre y descartó su propia espada, luego descargó una patada en el yelmo de Salinor. La pieza de la armadura explotó en trocitos derretidos, revelando un rostro aturdido y lleno de pánico.

Acto seguido Adolin golpeó el peto con el talón. Aunque Salinor trató de sujetarle el pie, Adolin golpeó sin piedad hasta que también el peto se quebró.

—¡Alto! ¡Alto!

Adolin se detuvo, pisó junto a la cabeza de Salinor, y alzó la cabeza para mirar a la jueza. La mujer estaba de pie en su palco, con el semblante airado.

—¡Adolin Kholin! —gritó con furia—. ¡Esto es un duelo, no un combate!

—¿He quebrantado alguna regla? —replicó Adolin.

Silencio. Entonces, a través del latido que atronaba en sus oídos, advirtió que toda la multitud se había quedado callada. Podía oír su respiración.

—¿He quebrantado alguna regla? —preguntó de nuevo.

—Un duelo no se...

—Entonces he ganado —dijo Adolin.

La mujer estaba irritada.

—Este duelo era a tres piezas rotas de armadura. Solo has roto dos.

Adolin miró al sorprendido Salinor. Entonces extendió la mano, le arrancó la hombrera y la aplastó entre sus puños.

—Hecho.

Se produjo un silencio aturdido. Adolin se arrodilló junto a su oponente.

—Tu hoja.

Salinor trató de incorporarse, pero sin el peto, hacerlo era muy difícil. Su armadura no funcionaba bien, y tendría que rodar de lado para ponerse en pie. Podría hacerlo, pero obviamente no tenía suficiente experiencia con la armadura para ejecutar semejante

maniobra. Adolin lo agarró por el hombro y lo empujó contra el suelo.

—Has perdido —gruñó Adolin.

—¡Has hecho trampa! —farfulló Salinor.

—¿Cómo?

—¡No sé cómo! Es que... Se supone que no...

Se calló mientras Adolin colocaba cuidadosamente una mano enguantada contra su cuello. Salinor abrió los ojos como platos.

—No lo harás.

Los miedospren brotaron de la arena a su alrededor.

—Mi premio —dijo Adolin, sintiéndose repentinamente exhausto. La Emoción se desvaneció. Tormentas, nunca se había sentido antes así en un duelo.

La hoja de Salinor apareció en su mano.

—El veredicto —dijo la alta jueza, reacia— es a favor de Adolin Kholin, el vencedor. Salinor Eved pierde su esquirrada.

El vencido dejó que la hoja le resbalara entre los dedos. Adolin la cogió y se arrodilló ante su oponente, sujetando el arma con la empuñadura hacia el hombre.

—Rompe el vínculo.

Salinor vaciló antes de tocar el rubí engarzado en la empuñadura del arma. La gema destelló. El vínculo se había roto.

Adolin se levantó, extrajo el rubí y lo aplastó en su mano enguantada. No era un gesto necesario, pero resultaba un símbolo agradable. Por fin la multitud rompió el silencio en una exclamación frenética. Habían acudido a por el espectáculo y en cambio les habían ofrecido brutalidad. Bueno, así eran a menudo las cosas en la guerra. Era bueno que lo vieran, supuso, aunque mientras volvía a la sala de espera se sintió inseguro. Lo que había hecho era una temeridad. ¿Descartar su hoja? ¿Ponerse en una situación en la que el enemigo podría haberle sujetado los pies?

Adolin entró en la sala y Renarin lo miró con los ojos abiertos de par en par.

—Ha sido increíble —dijo su hermano menor—. ¡Debe de haber sido el duelo por esquirradas más breve de la historia! ¡Estuviste sorprendente, Adolin!

—Yo... Gracias. —Tendió hacia Renarin la hoja esquirrada de Salinor—. Un regalo.

—Adolin, ¿estás seguro? Quiero decir, no soy precisamente el mejor con la armadura que ya tengo.

—Podrías serlo con el equipo completo. Acéptala.

Renarin pareció vacilar.

—Acéptala —repitió Adolin.

Renarin accedió a regañadientes. Hizo una mueca. Adolin sacudió la cabeza y se sentó en uno de los bancos reforzados para poder sostener a un portador de esquirlada. Navani entró en la habitación, tras bajar de las gradas.

—Lo que hiciste no habría salido bien con un oponente más experimentado —señaló.

—Lo sé —contestó Adolin.

—Entonces, fue una estrategia sabia —dijo Navani—. Ocultaste tu verdadera habilidad. La gente puede pensar que ganaste con un truco, una lucha callejera en vez de un duelo adecuado. Tal vez sigan subestimándote. Puedo aprovecharlo para conseguirte más duelos.

Adolin asintió, fingiendo que lo había hecho por eso.



*Forma de trabajo para la fuerza y el cuidado,
los spren susurrantes respiran en tu oído.
Busca primero esta forma, llevar sus misterios.
Aquí se encuentra la libertad del miedo.*

*De La canción de las clasificaciones de los oyentes,
estrofa 19*

Mercader Tvlakv —dijo Shallan—, creo que hoy llevas un par de zapatos distintos que el primer día de nuestro viaje.

Tvlakv se detuvo mientras se dirigía a la hoguera, pero se adaptó rápidamente a su desafío. Se volvió hacia ella con una sonrisa, sacudiendo la cabeza.

—¡Me temo que te equivocas, brillante! Justo después de iniciar este viaje, perdí uno de mis baúles de ropa en una tormenta. Solo tengo este par de zapatos.

Era una mentira descarada. Sin embargo, después de seis días de viajar juntos, Shallan había descubierto que a Tvlakv no le importaba mucho que lo pillaran mintiendo.

Shallan estaba sentada en el asiento delantero de su carreta, con los pies vendados, contemplando a Tvlakv. Se había pasado casi todo el día sacando savia de los matapomos y luego frotándose con ella los pies para alejar los putrispren. Se sentía enormemente

satisfecha por haber reparado en las plantas: eso demostraba que pese a carecer de mucho conocimiento práctico, algunos de sus estudios podían ser útiles en medio de la vida agreste.

¿Debía echarle en cara su mentira? ¿Qué conseguiría? Tvlakv no parecía avergonzarse de muchas cosas. Él la observaba en la oscuridad del crepúsculo, los ojos brillantes, en sombras.

—Bueno, pues es una lástima —le dijo Shallan—. Quizás en el transcurso de nuestro viaje nos encontremos con otro grupo de mercaderes con quienes pueda comerciar el calzado adecuado.

—Me encargaré de buscar esa oportunidad, brillante. —Tvlakv le dirigió una reverencia y una sonrisa forzada antes de seguir hacia la hoguera, que ardía precariamente: se habían quedado sin leña y los parshmenios habían salido a buscar más.

—Mentiras —dijo Patrón en voz baja, casi invisible en el asiento junto a ella.

—Sabe que si no puedo andar, dependeré más de él.

Tvlakv se sentó junto al débil fuego. Cerca, los chulls, desenganchados de sus carretas, aplastaban diminutos rocabrotes bajo sus gigantescas patas. Nunca se alejaban demasiado.

Tvlakv empezó a hablar entre susurros con Tag, el mercenario. No dejaba de sonreír, pero Shallan no se fiaba de aquellos ojos oscuros suyos, chispeando a la luz de la hoguera.

—Ve a ver qué dicen —le dijo Shallan a Patrón.

—¿Ver...?

—Escucha sus palabras, luego vuelve y repítemelas. No te acerques demasiado a la luz.

Patrón bajó por el costado del carromato. Shallan se apoyó contra el duro asiento y se sacó de la manga un espejito que había encontrado en el baúl de Jasnah junto con una esfera de zafiro para iluminarse. Solo era un marco, nada demasiado brillante, y además temblaqueaba. «¿Cuándo será la próxima alta tormenta? ¿Mañana?».

Se acercaba el inicio de un año nuevo, y eso significaba que venía el Llanto, aunque no durante muchas semanas. Era un Año Claro, ¿no? Bueno, allí podría soportar las altas tormentas. Ya se había visto obligada a sufrir esa indignidad una vez, encerrada dentro de su carromato.

Al mirarse en el espejo, vio que tenía un aspecto horrible. Los

ojos enrojecidos y con ojeras, el pelo enmarañado, el vestido rasgado y manchado. Parecía una mendiga que hubiera encontrado en la basura un vestido que en un pasado remoto fue bonito.

Eso no le preocupaba mucho. ¿Quería parecer bonita para los mercaderes de esclavos? Ni hablar. Además, a Jasnah no le importaba lo que pensara la gente de ella, aunque su aspecto siempre era impecable. No es que actuara de manera seductora, ni mucho menos. De hecho, despreciaba esa conducta rotundamente. «Usar el atractivo personal para lograr que los hombres cumplan los deseos de una mujer no es diferente a que un hombre use sus músculos para forzar a una mujer a su voluntad —decía—. Ambos comportamientos son inaceptables, y ambos acaban pasando factura con el tiempo».

No, Jasnah no había aprobado la seducción como arma. Sin embargo, la gente respondía de manera distinta a los que tenían aplomo.

«Pero ¿qué puedo hacer? —pensó Shallan—. No tengo maquillaje. Ni siquiera dispongo de unos zapatos que ponerme».

—Podría ser alguien importante... —dijo bruscamente la voz de Tvlakv cerca de ella. Shallan dio un respingo y enseguida miró hacia el lado, donde Patrón descansaba en el asiento. La voz procedía de él.

—Es un problema —señaló la voz de Tag. Las vibraciones de Patrón producían una imitación perfecta—. Sigo pensando que deberíamos dejarla y marcharnos.

—Es una suerte para nosotros que la decisión no dependa de ti —dijo la voz de Tvlakv—. Tú preocúpate de hacer la cena, que yo ya me encargo de nuestra pequeña compañera ojos claros. Alguien la echa de menos, alguien rico. Si podemos vendérsela, Tag, podría ser lo que por fin nos sacara del hoyo.

Patrón imitó los sonidos del fuego chisporroteando durante unos instantes, luego guardó silencio.

La reproducción exacta de la conversación resultaba increíble. «Esto podría ser muy útil», pensó Shallan.

Por desgracia, había que hacer algo respecto a Tvlakv. No podía permitir que la considerara un objeto que podía vender a quienes la echaran de menos... Eso era poco menos que considerarla una esclava. Si permitía que siguiera pensando de esa forma, ella habría

de pasarse todo el viaje cuidándose de él y sus matones.

¿Qué habría hecho Jasnah en esta situación?

Apretando los dientes, Shallan se bajó del carromato, avanzando torpemente debido a las heridas de los pies. Apenas podía caminar. Esperó a que los dolospren se retiraran y luego, disimulando su agonía, se acercó a la pequeña hoguera y se sentó.

—Tag, puedes marcharte.

El aludido miró a Tvhlakv, que asintió y acto seguido se retiró para comprobar qué hacían los parshmenios. Bluth había salido a explorar la zona, como hacía a menudo de noche, para buscar indicios de otros que hubieran pasado por allí.

—Es hora de discutir tu paga —dijo Shallan.

—Servir a una persona tan ilustre ya es una paga en sí mismo, naturalmente.

—Naturalmente —dijo ella, mirándolo a los ojos. «No te echas atrás. Puedes hacerlo», pensó—. Pero un mercader tiene que ganarse la vida. No estoy ciega, Tvhlakv. Tus hombres no están de acuerdo con tu decisión de ayudarme. Piensan que es un despilfarro.

Tvhlakv miró a Tak, impertérrito. Era de esperar que se preguntara qué más cosas había deducido ella.

—Cuando lleguemos a las Llanuras Quebradas —añadió Shallan—, adquiriré una gran fortuna. No la tengo todavía.

—Esto es... una desgracia.

—En absoluto. Es una oportunidad, mercader Tvhlakv. La fortuna que adquiriré es el resultado de un compromiso matrimonial. Si llego a salvo, los que me han rescatado, los que me han salvado de los piratas y se han sacrificado enormemente para hacerme llegar con mi nueva familia, sin duda serán bien recompensados.

—No soy más que un humilde servidor —respondió Tvhlakv con una ancha y falsa sonrisa—. Las recompensas son lo último que se me pasa por la mente.

«Cree que estoy mintiendo con lo de la fortuna». Shallan apretó los dientes llena de frustración, mientras la furia empezaba a arder en su interior. ¡Esto era justo lo que había hecho Kabsal! Tratarla como a un juguete, un medio para un fin, no una persona real.

Se inclinó para acercarse más a Tvhlakv junto a la hoguera.

—No juegues conmigo, traficante de esclavos.

—No me atrevería...

—No tienes ni idea de la tormenta en la que te has metido —susurró Shallan, sosteniendo su mirada—. No tienes ni idea de cómo ha cambiado el juego con mi llegada. Coge tus pequeños planes y mételos en una grieta. Haz lo que digo. Me encargaré de que cancelen tus deudas. Serás de nuevo un hombre libre.

—¿Qué? ¿Cómo... cómo sabías...?

Shallan se levantó, interrumpiéndolo. Por algún motivo se sentía más fuerte que antes. Más decidida. Sus inseguridades aleteaban en la boca de su estómago, pero no les hizo ningún caso.

Tvlakv no sabía que era tímida. No sabía que había sido educada en aislamiento rural. Para él, era una mujer de la corte, diestra en argumentos y acostumbrada a ser obedecida.

De pie ante él, sintiéndose radiante por el brillo de las llamas, alzándose sobre él y sus burdas maquinaciones, Shallan comprendió. La expectación no era lo que la gente esperaba de alguien.

Era lo que uno esperaba de sí mismo.

Tvlakv se apartó de ella como si huyera de un incendio. Se encogió con los ojos muy abiertos y alzando un brazo. Shallan advirtió que brillaba ligeramente con la luz de las esferas que tenía guardadas. Su vestido ya no mostraba los desgarros ni manchas de antes. Era majestuoso.

Instintivamente, dejó que el brillo de su piel se desvaneciera, esperando que Tvlakv pensara que era un espejismo causado por la luz de la hoguera. Se dio media vuelta y lo dejó temblando junto al fuego mientras regresaba a su carromato. La oscuridad había caído del todo; la primera luna aún no había salido. Mientras caminaba, los pies ya no le dolían tanto. ¿Tan efectiva era la savia de matapomo?

Llegó al carromato y empezó a subir de nuevo al asiento, pero Bluth escogió ese momento para llegar corriendo al campamento.

—¡Apagad la hoguera! —exclamó.

Tvlakv lo miró, aturdido.

Bluth siguió corriendo, adelantó a Shallan y llegó a la hoguera, donde agarró la olla en la que se calentaba el guiso. La volcó sobre las llamas, esparciendo cenizas y vapor con un siseo y dispersando llamaspren, que se difuminaron.

Tvlakv se levantó de un salto, mirando cómo el sucio guiso, apenas iluminado por las ascuas moribundas, pasaba ante sus pies. Shallan, apretando los dientes para resistir el dolor, se bajó del carromato y se acercó. Tag llegó corriendo desde el otro lado.

—Creo que son varias decenas —decía Bluth en voz baja—. Van bien armados, pero no tienen caballos ni chulls, así que no son ricos.

—¿Qué ocurre? —exigió Shallan.

—Bandidos —dijo Bluth—. O mercenarios. O como quieras llamarlos.

—No hay patrullas en esta zona, brillante —explicó Tvlakv. La miró, pero retiró enseguida la mirada, obviamente impresionado todavía—. Estamos en territorio salvaje, ya ves. La presencia de los alezi en las Llanuras Quebradas significa que hay muchos viajeros. Caravanas de comerciantes como nosotros, artesanos buscando trabajo, vendedores de armas ojos claros de baja cuna que pretenden reclutar gente... Esas dos características, la ausencia de ley acompañada de la abundancia de viajeros, atrae a cierto tipo de rufianes.

—Peligroso —reconoció Tag—. Esos tipos toman lo que quieren. Solo dejan cadáveres.

—¿Han visto nuestra hoguera? —preguntó Tvlakv, retorciendo su gorra en las manos.

—No lo sé —dijo Bluth, mirando por encima del hombro. Shallan apenas distinguió su expresión en la oscuridad—. No quise acercarme. Solo me asomé a hacer recuento y luego volví corriendo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que son bandidos? —preguntó Shallan—. Tal vez sean soldados que van camino de las Llanuras Quebradas, como ha dicho Tvlakv.

—No llevan estandartes ni banderas —dijo Bluth—. Pero tienen buen equipo y montan férrea guardia. Apostaría los chulls a que son desertores.

—Bah —dijo Tvlakv—. Serían mis chulls los que apostarás, Bluth. Pero, brillante, a pesar de todas las tonterías sobre el juego, creo que este necio tiene razón. Debemos enganchar los chulls y partir inmediatamente. La oscuridad de la noche es nuestra aliada, y debemos aprovecharla al máximo.

Ella asintió. Los hombres actuaron con rapidez, incluso el grueso

Tvlakv. Desmantelaron el campamento y engancharon los animales. Los esclavos se quejaron por no recibir su comida para la noche. Shallan se detuvo junto a su jaula, sintiéndose avergonzada. Su familia había tenido esclavos, y no solo parshmenios y fervorosos. Esclavos corrientes. En la mayoría de los casos, no vivían peor que los ojos oscuros sin derecho a viajar.

Estas pobres criaturas, en cambio, estaban enfermas y medio desnutridas.

«Estás solo a un paso de verte dentro de una de esas jaulas, Shallan —pensó con un escalofrío mientras Tvlakv pasaba por su lado, maldiciendo a los cautivos—. No. No se atrevería a meterte ahí dentro. Te mataría sin más».

Hubo que recordar de nuevo a Bluth que le echara una mano para subir al carromato. Tag azuzó a los parshmenios para que corrieran a su carreta, maldiciéndolos por moverse tan despacio, y luego subió a su asiento y se puso a la cola de la caravana.

La primera luna empezaba a salir, iluminándolo todo más de lo que Shallan habría deseado. La parecía que cada paso de los chulls resonaba como un trueno mientras aplastaban las plantas que había bautizado cortezaespinas, cuyas ramas eran como tubos de arenisca. Las ramas crujieron y se estremecieron.

El avance no fue rápido: los chulls nunca eran veloces. A medida que se movían, ella fue captando luces en la colina, aterradoramente cercanas. Hogueras a menos de diez minutos de marcha. Una ráfaga de viento les trajo el sonido de voces lejanas, de metal contra metal, quizás hombres entrenando.

Tvlakv dirigió las carretas hacia el este. Shallan frunció el ceño en la oscuridad.

—¿Por qué este camino? —susurró.

—¿Recuerdas ese barranco que vimos? —susurró Bluth—. Así lo interpondremos entre ellos y nosotros, por si nos oyen y vienen a echar un vistazo.

Shallan asintió.

—¿Qué haremos si nos alcanzan?

—No será bueno.

—¿Podremos sobornarlos para que nos dejen continuar?

—Los desertores no son como los bandidos corrientes —dijo Bluth—. Esos hombres han renunciado a todo. Juramentos.

Familias. Cuando desertas, te rompes por dentro. Estás dispuesto a cualquier cosa, porque ya has renunciado a cuanto te importaba en la vida.

—Vaya —dijo Shallan, mirando por encima del hombro.

—Yo... Sí, te pasas la vida entera con una decisión como esa. Desearías que te quedara algo de honor, pero sabes que ya has renunciado a él de todas formas.

Guardó silencio, y Shallan se sentía demasiado nerviosa para instarlo a seguir hablando. Ella se quedó observando aquellas luces en la colina mientras las carretas, por fortuna, continuaban internándose en la noche, hasta que por fin se perdieron en la oscuridad.



*La forma diestra tiene un toque delicado.
Dieron los dioses esta forma a muchos.
Cuando los desafiaron, los dioses los aplastaron.
Esta forma ansía precisión y abundancia.*

*De La canción de las clasificaciones de los oyentes,
estrofa 27*

—¿Sabes? —dijo Moash desde un lado—. Siempre pensé que este lugar sería...

—¿Más grande? —comentó Drehy con su voz cargada de acento.

—Mejor —replicó Moash, contemplando los terrenos de prácticas—. Es igual que el lugar donde entrenan los soldados ojos oscuros.

Estos terrenos de entrenamiento estaban reservados para los ojos claros de Dalinar. En el centro, el gran patio despejado estaba recubierto de una gruesa capa de arena. Una grada de madera recorría el perímetro, extendiéndose entre la arena y el estrecho edificio que la rodeaba, que constaba de una sola habitación. Ese estrecho edificio envolvía el patio excepto en la parte frontal, que tenía una pared con una entrada en forma de arco y un ancho puente que se extendía dando sombra a la grada. Oficiales ojos claros charlaban a la sombra o veían entrenar a otros hombres al sol del patio, y los fervorosos se movían de un lado a otro, repartiendo

armas o bebidas.

Era la estructura común de los terrenos de entrenamiento. Kaladin había estado en varios edificios como ese, la mayoría cuando hizo por primera vez la instrucción en el ejército de Amaram.

Kaladin apretó los dientes y apoyó la mano en el túnel que conducía al interior. Habían pasado varios días desde la llegada de Amaram a los campamentos de guerra. Siete días para asimilar el hecho de que Amaram y Dalinar eran amigos.

Había decidido mostrarse absolutamente feliz por la llegada de Amaram. Después de todo, significaba que podría encontrar una oportunidad para clavarle por fin una lanza en el pecho.

«No —pensó mientras entraba en el coso—, una lanza no. Un cuchillo. Quiero estar cerca de él, cara a cara, para poder ver su pánico mientras muere. Quiero sentir cómo entra ese cuchillo».

Kaladin saludó a sus hombres, obligándose a concentrarse en lo que le rodeaba en vez de fijarse en Amaram. Aquel túnel era de buena piedra de las canteras cercanas, construido con la estructura tradicional de refuerzo hacia el este. A juzgar por los modestos depósitos de crem, esas paredes no llevaban allí mucho tiempo. Era otra señal de que Dalinar empezaba a pensar en los campamentos como algo permanente, pues estaba derribando los edificios sencillos y provisionales para sustituirlos por estructuras más recias.

—No sé qué esperabas —le dijo Drehy a Moash mientras inspeccionaba los terrenos—. ¿Cómo puedes hacer un lugar de entrenamiento distinto para los ojos claros? ¿Usando polvo de diamante en vez de arena?

—Ahí lo tienes —dijo Kaladin.

—No sé cómo —replicó Moash—. Es que le dan tanta importancia... Ningún ojos oscuros puede entrar en estos lugares de entrenamiento «especiales». Y para mí no hay nada especial.

—Eso es porque no piensas como los ojos claros —dijo Kaladin—. Este sitio es especial por una sencilla razón.

—¿Cuál? —preguntó Moash.

—Porque nosotros no estamos aquí —dijo Kaladin, abriendo el camino hacia el interior—. O al menos casi nunca.

Llevaba consigo a otros cinco hombres, una mezcla de miembros del Puente Cuatro y unos cuantos supervivientes de la antigua

Guardia de Cobalto. Dalinar se los había asignado, y para sorpresa y placer de Kaladin, ellos lo habían aceptado como líder sin una palabra de queja. Todos lo habían impresionado. La antigua Guardia se merecía su reputación.

Unos cuantos guardias, todos ojos oscuros, habían empezado a comer con el Puente Cuatro. Habían pedido insignias del puente, y Kaladin les había conseguido algunas, pero les había ordenado que se pusieran las de la Guardia de Cobalto en el otro hombro, y continuaran llevándolas como marca de orgullo.

Lanza en mano, Kaladin condujo a su equipo hacia un grupo de fervorosos que venían en su dirección. Los fervorosos llevaban atuendos religiosos vorin: pantalones anchos y túnicas atadas a la cintura con sencillas cuerdas. Ropas de pobre. Eran esclavos, y a la vez no lo eran. Kaladin nunca les había dado mayor importancia. Su madre probablemente habría lamentado lo poco que le importaban las observancias religiosas. Pero en opinión de Kaladin, si el Todopoderoso no se preocupaba demasiado por él, ¿por qué no habría de pagarle con la misma moneda?

—Estos son los terrenos de entrenamiento de los ojos claros —dijo con firmeza la líder fervorosa. Era una mujer delgada, aunque se suponía que no había que considerar a los fervorosos ni masculinos ni femeninos. Llevaba la cabeza afeitada, como todos los fervorosos. Sus compañeros varones llevaban barbas cuadradas y el labio superior afeitado.

—Capitán Kaladin, Puente Cuatro —dijo Kaladin, observando el terreno y echándose la lanza al hombro. Sería fácil que en ese lugar se produjera un accidente, durante un entrenamiento. Tendría que andarse con cuidado—. Venimos a proteger a los chicos de Kholin mientras practican hoy.

—¿Capitán? —rezongó uno de los fervorosos—. Eres...

Otro fervoroso lo hizo callar susurrándole algo. Las noticias sobre Kaladin habían recorrido rápidamente el campamento, pero a veces los fervorosos podían ser un grupo bastante aislado.

—Drehy —señaló Kaladin—, ¿ves aquellos rocabrotes que crecen en lo alto de la muralla?

—Sí.

—Son cultivados. Eso significa que hay un camino de subida.

—Pues claro que lo hay —dijo la líder fervorosa—. La escalera

está en la esquina noroccidental. Yo tengo la llave.

—Bien, puedes dejarle entrar —respondió Kaladin—. Drehy, échales un ojo a las otras cosas que haya allí arriba.

—Me pongo a ello —dijo Drehy, dirigiéndose a paso ligero hacia la escalera.

—¿Y qué clase de peligros esperas que haya aquí dentro? —preguntó la fervorosa, cruzando los brazos.

—Veo montones de armas, gran cantidad de gente entrando y saliendo, y... ¿eso de allí son hojas esquirladas? Me pregunto qué podría salir mal. —Le dirigió una elocuente mirada. La mujer suspiró y acabó por entregarle la llave a un ayudante, que echó a correr detrás de Drehy.

Kaladin señaló las posiciones para que sus otros hombres vigilaran. Se marcharon, dejando allí solo a Moash y a él. El hombre delgado se había vuelto inmediatamente al oír mencionar las hojas esquirladas, y en ese momento las miraba ansiosamente. Un par de ojos claros se habían situado en el centro del coso. Una espada era larga y fina, con una cazoleta grande, mientras que la otra era ancha y enorme, con puntas afiladas, ligeramente parecidas a llamas, que sobresalían a ambos lados del tercio inferior. Ambas armas tenían tiras protectoras en los filos, como una vaina parcial.

—Hum —dijo Moash—. No reconozco a ninguno de esos hombres. Creí que conocía a todos los portadores del campamento.

—No son portadores —replicó la fervorosa—. Están utilizando las armas del rey.

—¿Elhokar deja que la gente use su hoja esquirlada? —preguntó Kaladin.

—Es una tradición —puntualizó la fervorosa, que parecía molesta por tener que dar explicaciones—. Los altos príncipes lo hacían en sus territorios, antes de la reunificación, y ahora es el honor y la obligación del rey. Los hombres pueden usar la espada y la armadura del rey para practicar. Los ojos claros de nuestros ejércitos deben tener formación con las esquirlas, por el bien de todos. La hoja y la armadura son difíciles de dominar, y si un portador cae en batalla, es importante que otros sean capaces de usarlas inmediatamente.

Kaladin supuso que la estrategia tenía sentido, aunque le resultó difícil imaginar que ningún ojos claros dejara a otra persona tocar

su espada.

—¿El rey tiene dos hojas esquirradas?

—Una es la de su padre, conservada para la tradición de entrenar a los portadores. —La fervorosa miró a los hombres que practicaban—. Alezkar ha tenido siempre a los mejores portadores de esquirrada del mundo. La tradición es parte de ello. El rey ha dado a entender que algún día tal vez entregue la espada de su padre a algún guerrero digno.

Kaladin asintió.

—No está mal —apreció—. Apuesto a que un montón de hombres vendrán a practicar, con la esperanza de demostrar que cada uno es el más habilidoso y quien más lo merece. Elhokar ha encontrado un buen modo de engañarlos para que entrenen.

La fervorosa rezongó y se marchó. Kaladin observó las hojas esquirradas destellar en el aire. Los hombres que las utilizaban apenas sabían lo que estaban haciendo. Los portadores auténticos que había visto, los portadores auténticos contra los que había luchado, no blandían las enormes espadas como si fueran picas. Incluso el duelo de Adolin el otro día había...

—Tormentas, Kaladin —dijo Moash, viendo alejarse a la fervorosa—. ¿Y tú me decías que fuera respetuoso?

—¿Mmm?

—No has usado ningún título honorífico para el rey. Luego diste a entender que los ojos claros que vienen a practicar son perezosos y hay que engañarlos para que lo hagan. ¿No se suponía que debíamos evitar enfrentamientos?

Kaladin dejó de mirar a los portadores.

—Tienes razón —contestó con aire ausente—. Gracias por recordármelo.

Moash asintió.

—Te quiero junto a la puerta —señaló Kaladin. Un grupo de parshmenios entró, cargando con cajas, probablemente con comida. Esos no serían peligrosos. ¿O sí?—. Presta especial atención a los criados, a los que traen las espadas, o a cualquiera que no parezca sospechoso y se acerque a los hijos del alto príncipe Dalinar. Una cuchillada en el costado por parte de alguien así sería una de las mejores formas de perpetrar un asesinato.

—Bien. Pero dime una cosa, Kal. ¿Quién es ese Amaram?

Kaladin se volvió bruscamente hacia Moash.

—Veo cómo lo miras —dijo Moash—. Veo qué cara se te pone cuando los otros hombres de los puentes lo mencionan. ¿Qué te hizo?

—Estuve en su ejército —respondió Kaladin—. El último lugar donde luché, antes de...

Moash indicó la frente de Kaladin.

—¿Eso es obra suya, entonces?

—Sí.

—Así que no es el héroe que dice la gente —comentó Moash. Parecía complacido por el hecho.

—Su alma es la más oscura que he conocido.

Moash cogió a Kaladin por el brazo.

—Se la devolveremos de algún modo. A Sadeas, a Amaram. A los que nos han hecho esto. —Los furiaspren borbotearon a su alrededor, como charcos de sangre en la arena.

Kaladin lo miró a los ojos. Asintió.

—Para mí basta —dijo Moash, echándose la lanza al hombro antes de echar a correr hacia la posición que Kaladin había indicado. Los spren se desvanecieron.

—Otro que necesita aprender a sonreír más —susurró Syl. Kaladin no la había advertido revoloteando a su alrededor hasta ese momento, cuando se posó en su hombro.

Kaladin se puso a recorrer el perímetro del terreno de entrenamiento, fijándose en cada entrada. Tal vez se estaba pasando de prudente, pero le gustaba hacer bien su trabajo, y había pasado toda una vida desde que tuvo una misión que no fuera salvar el Puente Cuatro.

A veces, sin embargo, parecía que era imposible hacerlo bien. Durante la alta tormenta de la semana anterior alguien había vuelto a colarse en los aposentos de Dalinar para garabatear un segundo número en la pared. Marcando una cuenta atrás, indicaba la misma fecha, para la que apenas faltaba un mes.

El alto príncipe no parecía preocupado y prefería silenciar el hecho. Tormentas... ¿estaba escribiendo los glifos él mismo mientras sufría ataques? ¿O era algún tipo de spren? Kaladin estaba seguro de que nadie habría conseguido burlarlo para entrar esta vez.

—¿Quieres hablar sobre eso que te molesta? —preguntó Syl desde su percha.

—Me preocupa lo que sucede con Dalinar durante las altas tormentas —respondió Kaladin—. Esos números... algo no está bien. ¿Sigues viendo esos spren alrededor?

—¿Los rayos rojos? —preguntó ella—. Creo que sí. Son difíciles de localizar. ¿No los ha visto?

Kaladin negó con la cabeza, sopesó su lanza y se acercó a la grada que rodeaba el coso. Se asomó a la sala de almacenaje. Espadas de madera para practicar, algunas del tamaño de hojas esquirradas, y cueros de entrenamiento ocupaban la pared.

—¿Eso es todo lo que te molesta? —preguntó Syl.

—¿Qué más podría ser?

—Amaram y Dalinar.

—No es gran cosa. Dalinar Kholin es amigo de uno de los peores asesinos que he conocido. ¿Y qué? Dalinar es ojos claros. Probablemente sea amigo de un montón de asesinos.

—Kaladin...

—Amaram es peor que Sadeas, ¿sabes? —dijo Kaladin, comprobando las puertas de la sala de almacenaje—. Todo el mundo sabe que Sadeas es una rata. Pero al menos no se anda con rodeos. «Eres un hombre del puente —me dijo—, y voy a utilizarte hasta que mueras». Amaram, en cambio... Me prometió ser más, un brillante señor como los de las historias. Me dijo que protegería a Tien. Fingió honor. Eso es peor que ninguna baja en la que pudiera caer Sadeas.

—Dalinar no es como Amaram —dijo Syl—. Lo sabes.

—La gente dice de él lo mismo que decía y sigue diciendo de Amaram. —Kaladin volvió a salir al sol y continuó su circuito por el terreno, pasando ante ojos claros en duelo que daban patadas a la arena mientras gruñían, sudaban y hacían entrechocar sus espadas de madera.

Cada pareja de combatientes recibía el apoyo de media docena de sirvientes ojos oscuros encargados de toallas y cantimploras, y muchos tenían un parshmenio o dos que les llevaban sillas para sentarse cuando descansaban. Padre Tormenta. Incluso en un proceso rutinario como este había que mimar a los ojos claros.

Syl se lanzó al aire delante de Kaladin y se precipitó como una

tormenta. Literalmente como una tormenta. Se detuvo en el aire delante de él, con una nube agitándose bajo sus pies, y destellando de rayos.

—¿Puedes decir sinceramente que en tu opinión Dalinar Kholin solo finge ser honorable? —exigió.

—Yo...

—No me mientas, Kaladin —advirtió, dando un paso adelante y señalándolo con un dedo. Pese a su diminuto tamaño, en ese momento parecía enorme como una alta tormenta—. Nada de mentiras. Nunca.

Él inspiró profundamente.

—No —dijo por fin—. No, Dalinar renunció a su espada por nosotros. Es un buen hombre. Lo acepto. Amaram lo tiene engañado. Me engañó a mí también, así que supongo que no puedo reprochárselo demasiado a Kholin.

Syl asintió con ademán cortante mientras la nube se disipaba.

—Deberías hablarle de Amaram —dijo, caminando en el aire junto a su cabeza mientras él continuaba explorando la estructura. Sus pasos eran pequeños y debería haberse quedado atrás, pero no lo hizo.

—¿Y qué podría decirle? —preguntó Kaladin—. ¿Voy y acuso a un ojos claros de tercer dahn de asesinar a sus propias tropas? ¿De robar mi hoja esquirlada? Pareceré un necio o un loco.

—Pero...

—No me hará caso, Syl —dijo Kaladin—. Es posible que Dalinar Kholin sea un buen hombre, pero no me permitirá hablar mal de un ojos claros poderoso. El mundo es así. Y eso se considera la verdad.

Continuó su inspección, pues quería saber qué había en las habitaciones desde donde la gente podía ver los entrenamientos. Algunas eran para almacenaje, otras para bañarse y descansar. Varias estaban cerradas con llave, y los ojos claros que había dentro se recuperaban del ejercicio del día. A los ojos claros les gustaba bañarse.

La parte trasera de la estructura, frente a la puerta de entrada, albergaba los habitáculos de los fervorosos. Kaladin jamás había visto tantas cabezas afeitadas y tanta gente ataviada con túnicas corriendo de un lado a otro. Allá en Piedralar, el señor de la ciudad solo tenía unos cuantos fervorosos ancianos para que instruyeran a

su hijo, hombres que además bajaban periódicamente a la ciudad para quemar plegarias y elevar las Peticiones de los ojos oscuros.

Sin embargo, estos fervorosos no parecían del mismo tipo. Su aspecto físico coincidía más bien con el de un guerrero, y a menudo se ponían a practicar con los ojos claros que necesitaban un compañero de entrenamiento. Algunos de los fervorosos tenían ojos oscuros, pero igualmente empleaban la espada: no se les consideraba ojos claros ni ojos oscuros. Eran simplemente fervorosos.

«¿Y qué hago si uno de ellos intenta matar a los príncipes?». Tormentas, algunos aspectos del trabajo de guardaespaldas eran un incordio. Si no sucedía nada, nunca estabas seguro de que fuera porque no pasaba nada malo o si era porque habías disuadido a los asesinos potenciales.

Adolin y su hermano llegaron por fin, los dos completamente ataviados con sus armaduras esquirradas, los yelmos bajo el brazo. Los acompañaban Cikatriz y un grupo de antiguos miembros de la Guardia de Cobalto. Estos saludaron a Kaladin cuando se acercó e indicó que podían retirarse, pues su turno cambiaba oficialmente. Cikatriz se marchó para reunirse con Teft y el grupo que protegía a Dalinar y Navani.

—La zona está asegurada hasta donde puedo hacerlo sin interrumpir los entrenamientos, brillante señor —dijo Kaladin, acercándose a Adolin—. Mis hombres y yo estaremos alerta mientras entrenáis, pero no vaciles en darnos una voz si parece que hay algo raro.

Adolin gruñó, escrutando el lugar, sin apenas prestar atención a Kaladin. Era un hombre alto, y sus pocos cabellos negros alezi se mezclaban con una maraña de pelo dorado. Su padre no los tenía así. ¿Tal vez la madre de Adolin era de Rira?

Kaladin se dio media vuelta para dirigirse a la parte norte del patio, donde tendría una panorámica diferente a la de Moash.

—Hombre del puente —llamó Adolin—. ¿Has decidido empezar a utilizar títulos adecuados para tus superiores? ¿No llamaste a mi padre «señor»?

—Está en mi cadena de mando —respondió Kaladin, volviéndose. La respuesta directa parecía la mejor.

—¿Y yo no lo estoy? —preguntó Adolin, frunciendo el ceño.

—No.

—¿Y si te doy una orden?

—Obedeceré cualquier petición razonable, brillante señor. Pero si deseas que alguien te sirva el té entre asaltos, tendrás que llamar a otro. Habrá gente de sobra dispuesta a lamerte el culo.

Adolin se acercó a él. Aunque la armadura esquirrada azul oscuro solo añadía unas cuantas pulgadas a su altura, le confería más corpulencia. Tal vez aquel comentario sobre lamerle el culo había sido demasiado atrevido.

Sin embargo, Adolin representaba algo. El privilegio de los ojos claros. No era como Amaram o Sadeas, que provocaban el odio de Kaladin. Hombres como Adolin solamente le molestaban, recordándole que en este mundo algunos bebían vino y vestían ropas caras mientras otros eran convertidos en esclavos casi por capricho.

—Te debo la vida —gruñó Adolin, como si le doliera decir las palabras—. Es el único motivo por el que todavía no te he arrojado por una ventana. —Extendió un dedo enguantado y dio un golpecito sobre el pecho de Kaladin—. Pero mi paciencia no se extenderá tanto como la de mi padre, hombrecito del puente. Hay algo en ti, algo que no logro situar. Te vigilo. Recuerda cuál es tu sitio.

Magnífico.

—Te mantendré con vida, brillante señor —respondió Kaladin, apartando el dedo—. Ese es mi sitio.

—Puedo encargarme de mí mismo —dijo Adolin, dándose media vuelta y dirigiéndose al coso con un tintineo de armadura—. Tu trabajo es vigilar a mi hermano.

Kaladin se sintió más que contento de dejarlo marchar.

—Niño malcriado —murmuró. Suponía que Adolin era unos cuantos años mayor que él. Recientemente, Kaladin se había dado cuenta de que había cumplido su vigésimo cumpleaños en el puente y no se había percatado. Adolin tenía pocos años más. Pero ser un niño tenía poco que ver con la edad.

Renarin seguía esperando incómodo cerca de la puerta principal, vistiendo la antigua armadura esquirrada de Dalinar y la espada recién ganada. El rápido duelo de ayer de Adolin era la comidilla de los campamentos, y Renarin todavía tardaría cinco días en formar

un vínculo con su hoja antes de poder hacerla desaparecer.

La armadura esquirrada del joven era del color del acero oscuro, sin pintar. Así era como había preferido llevarla Dalinar. Al cederla, el alto príncipe sugería que sentía la necesidad de ganar sus siguientes victorias como político. Era una acción loable: no siempre cabía esperar que los hombres siguieran a un cabecilla porque temieran que fuera a darles una paliza o porque fuera el mejor soldado. Hacía falta más, mucho más, para ser un auténtico líder.

Sin embargo, Kaladin deseaba que Dalinar hubiera conservado la armadura. Todo lo que ayudara al hombre a permanecer con vida habría sido un regalo para el Puente Cuatro.

Kaladin se apoyó contra una columna, cruzó los brazos sin soltar el arma, y contempló la zona en busca de problemas inspeccionando a todos los que se acercaban demasiado a los príncipes. Adolin agarró a su hermano por el hombro y lo condujo a través del patio. Varias personas que practicaban se detuvieron e inclinaron la cabeza o, si no iban de uniforme, saludaron a los príncipes al pasar. Un grupo de fervorosos de túnicas grises se había congregado al fondo del patio, y la mujer de antes se adelantó a charlar con los hermanos. Adolin y Renarin la saludaron formalmente.

Habían pasado ya tres semanas desde que Renarin consiguió su armadura. ¿Por qué había esperado tanto Adolin para traerlo allí a entrenarse? ¿Había esperado al duelo, para poder ganarle también una espada al muchacho?

Syl se posó en el hombro de Kaladin.

—Adolin y Renarin se inclinan ante ella.

—Sí —dijo Kaladin.

—Pero ¿la fervorosa no es una esclava? ¿Una de las que posee su padre?

Kaladin asintió.

—Los humanos son raros —dijo ella.

—Si te das cuenta ahora, es que no has estado prestando atención.

Syl se agitó el pelo, que se movió de manera realista. El gesto en sí era muy humano. Tal vez sí que había prestado atención después de todo.

—No me caen bien —dijo, arrogante—. Ninguno de los dos. Ni Adolin ni Renarin.

—No te cae bien nadie que lleve esquirilas.

—Exactamente.

—Antes llamaste abominaciones a las espadas —dijo Kaladin—. Pero los Radiantes las llevaban. ¿Hacían mal, pues?

—Desde luego que no —respondió ella, como si él acabara de decir una estupidez—. En esa época las esquirradas no eran una abominación.

—¿Qué cambió?

—Los caballeros —dijo Syl, más calmada—. Los caballeros cambiaron.

—Entonces, si las armas no son una abominación en sí mismas, es que las llevan las personas equivocadas —dijo Kaladin.

—Lo malo es que ya no hay personas adecuadas para ello —susurró Syl—. Tal vez nunca las hubo...

—¿Y de dónde vinieron en primer lugar? —preguntó Kaladin—. Hojas esquirradas. Armaduras esquirradas. Ni siquiera los fabriales modernos son tan hábiles. ¿De dónde sacaron los antiguos unas armas tan sorprendentes?

Syl guardó silencio. Tenía la frustrante costumbre de hacerlo cuando sus preguntas se volvían demasiado concretas.

—De dónde —insistió él.

—Ojalá pudiera decírtelo.

—Entonces hazlo.

—Ojalá funcionara así. Pero no es el caso.

Kaladin suspiró y devolvió su atención a Adolin y Renarin, como se suponía que era su deber. La fervorosa los había llevado al fondo del patio, donde había un grupo de personas sentadas en el suelo. Eran fervorosos también, pero se advertía algo distinto en ellos. ¿Serían maestros de algún tipo?

Mientras Adolin se dirigía a ellos, Kaladin hizo otro rápido repaso al patio. Entonces frunció el ceño.

—¿Kaladin? —preguntó Syl.

—Allí, en las sombras, hay alguien —dijo Kaladin, señalando con la lanza un lugar bajo los aleros. En efecto, había un hombre apoyado contra la balaustrada de madera que le llegaba a la altura de la cintura—. Está mirando a los príncipes.

—Hum, como todo el mundo.

—Es diferente —dijo Kaladin—. Vamos.

Echó a andar de manera relajada, nada amenazante. El hombre probablemente era solo un criado. Llevaba el pelo largo, la barba corta pero desaliñada, ropa parda y holgada sujeta con cuerdas. Parecía fuera de lugar en el patio de entrenamiento, y eso en sí mismo probablemente era suficiente para indicar que no era un asesino. Los mejores asesinos procuraban no llamar la atención en ningún caso.

Con todo, el hombre tenía una constitución robusta y una cicatriz en la mejilla, así que entendía de lucha. Era mejor comprobarlo. Observaba a Renarin y Adolin intensamente, y desde este ángulo Kaladin no distinguía si sus ojos eran claros u oscuros.

Cuando se acercaba, su pie produjo un rumor sobre la arena. El hombre se volvió de inmediato y Kaladin alzó la lanza de forma instintiva. En ese momento distinguió los ojos del hombre (eran marrones), pero no supo calcular su edad. Por algún motivo, los ojos parecían muy viejos, pero la piel del hombre no estaba tan arrugada como correspondería a esa edad. Podía tener tanto treinta y cinco años como setenta.

«Demasiado joven», pensó Kaladin, aunque no pudo decir por qué.

Kaladin bajó la lanza.

—Lo siento, estoy un poco nervioso. Las primeras semanas en el trabajo —dijo, tratando de resultar amistoso.

No lo consiguió. El hombre lo miró de arriba abajo, mostrando todavía la amenaza contenida del guerrero que está decidiendo si debe golpear. Finalmente, se dio media vuelta y se relajó, mirando a Adolin y Renarin.

—¿Quién eres? —preguntó Kaladin, acercándose—. Como te he dicho, soy nuevo. Intento aprender los nombres de todos.

—Tú eres el hombre del puente. El que salvó al alto príncipe.

—En efecto —reconoció Kaladin.

—No es necesario que sigas vigilando —dijo el hombre—. No voy a hacerle daño a tu príncipe de Condenación. —Tenía la voz grave y cascada, además de un acento extraño.

—No es mi príncipe —replicó Kaladin—. Solo mi responsabilidad. —Examinó de nuevo al hombre y se fijó en un

detalle. La ropa ligera, atada con cuerdas, era muy similar a la que llevaban algunos fervorosos. La mata de pelo era lo que había despistado a Kaladin.

—Eres soldado —dedujo—. Ex soldado, quiero decir.

—Sí —confirmó el hombre—. Me llaman Zahel.

Kaladin asintió al tiempo que iba asimilando los datos. De vez en cuando, algún soldado se retiraba y se unía a los fervorosos, si no tenía otra vida a la que regresar. Kaladin pensaba que al menos le habrían exigido que se afeitara la cabeza.

«Me pregunto si Hav estará en alguno de esos monasterios en alguna parte —reflexionó Kaladin—. ¿Qué pensaría de mí ahora?». Probablemente se sentiría orgulloso. Siempre había considerado el servicio de guardia como una de las más respetables misiones del soldado.

—¿Qué están haciendo? —le preguntó a Zahel, indicando con la cabeza a Renarin y Adolin, que a pesar de lo aparatoso de sus armaduras esquirladas se habían sentado en el suelo ante los fervorosos.

Zahel gruñó.

—Un maestro tiene que elegir al joven Kholin para entrenarlo.

—¿No pueden elegir ellos al que quieran?

—No, la cosa no va así. Pero es una situación embarazosa. El príncipe Renarin no tiene mucha práctica con la espada. —Zahel hizo una pausa—. La mayoría de los muchachos ojos claros de rango adecuado son elegidos por un maestro cuando tienen diez años.

Kaladin frunció el ceño.

—¿Por qué no ha entrenado más?

—Problemas de salud.

—¿Serían capaces de rechazarlo? —preguntó Kaladin—. ¿Al propio hijo del alto príncipe?

—Podrían hacerlo, pero probablemente no lo harán. No tienen suficiente valor. —El hombre entornó los ojos cuando Adolin se incorporó e hizo un gesto—. Maldición. Ya me parecía sospechoso que esperara a que yo volviera para esto.

—¡Maestro armero Zahel! —llamó Adolin—. ¡No estás sentado con los demás!

Zahel suspiró antes de dirigirle a Kaladin una mirada de

resignación.

—Probablemente yo tampoco tengo suficiente valor. Procuraré no hacerle demasiado daño.

Se acercó a la balaustrada y saltó. Adolin le estrechó la mano con ansiedad y luego señaló a Renarin. Zahel parecía a todas luces fuera de lugar entre los demás fervorosos con sus cabezas calvas, sus barbas perfectamente recortadas y sus pulcras vestimentas.

—Mmm —dijo Kaladin—. ¿Te ha parecido raro?

—Todos me parecéis raros —dijo Syl sin alterarse—. Todos menos Roca, que es un perfecto caballero.

—Piensa que eres un dios. Sería mejor que lo desengañaras.

—¿Por qué? Soy un dios.

Él volvió la cabeza y la miró con aire de cansancio mientras se posaba en su hombro.

—Syl...

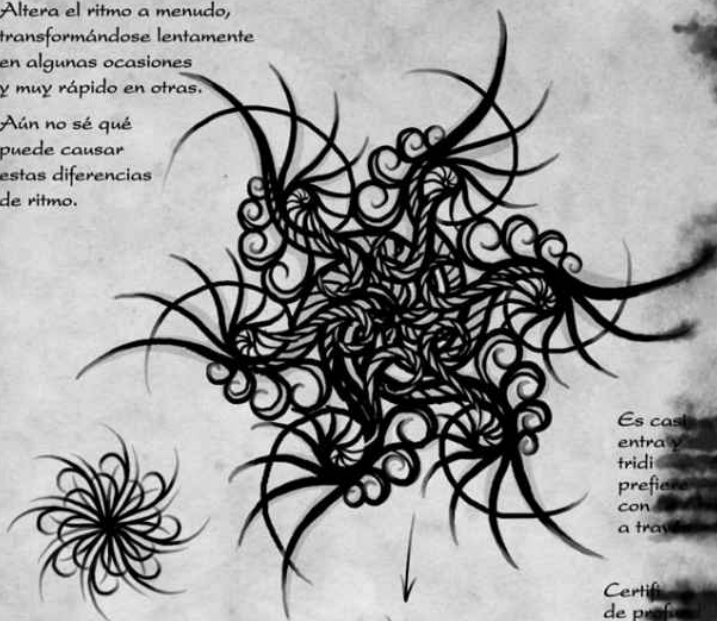
—¿Qué? ¡Lo soy! —Ella sonrió y alzó los dedos, como si cogiera algo muy pequeño—. Un trocito de uno. Muy, muy pequeño. Ahora tienes permiso para inclinarte ante mí.

—Es un poco difícil hacerlo mientras estás sentada en mi hombro —murmuró Kaladin. Vio que Lopen y Shen llegaban a la puerta, probablemente con los informes diarios de Teft—. Vamos. A ver si Teft necesita algo de mí. Luego daremos una vuelta al lugar y comprobaremos cómo están Drehy y Moash.

Patrón cambia de forma casi constantemente.

Altera el ritmo a menudo, transformándose lentamente en algunas ocasiones y muy rápido en otras.

Aún no sé qué puede causar estas diferencias de ritmo.



Es casi
entra y
tridi
prefiere
con
a trav

Certifi
de pref
parecen
dimensiones en

¡Parece tener una gama infinita de permutaciones!

Las líneas que componen Patrón se extienden, enroscan, alisan y retuercen; se dividen, se combinan y se separan de nuevo en una maraña constante de líneas. Nunca parece algo caótico: siempre se intuye un patrón en las formas.

Las divisiones de Patrón varían, pero siempre parecen ser consistentes.



Estoy casi
he visto esto
en alguna

Tiene cierto parec
observé en
los

No tienes ni idea de lo que tuve que pasar para recuperar esto del fondo del océano de Roshar. Me debes un abrigo nuevo. —Nazh.



*Temida forma gris, con la mente casi perdida.
La más baja, y sin inteligencia.
Para hallar esta forma, hay que olvidar el precio.
Te encuentra y te lleva a la desgracia.*

*De La canción de las clasificaciones de los oyentes,
estrofa final*

Mientras viajaba en su carromato, Shallan disimulaba su ansiedad estudiando. Era imposible saber si los desertores habían localizado las huellas de rocabrotes aplastados que dejaba la caravana. Podían estar siguiéndolos. O quizá no.

No servía de nada preocuparse, se dijo. Y por eso buscó una distracción.

—Las hojas pueden iniciar sus propios brotes —dijo, alzando una de las pequeñas hojas redondas en la punta de su dedo. La volvió hacia la luz del sol.

Bluth estaba sentado a su lado, prominente como un peñasco. Ese día llevaba puesto un sombrero que era demasiado refinado para él: blanco sucio, con alas que se doblaban hacia arriba por los lados. De vez en cuando agitaba su vara de guía, que tenía al menos la altura de Shallan, y golpeaba la concha del chull que iba delante.

En la parte trasera de su libro Shallan iba confeccionando una

lista para llevar la cuenta de los golpes que daba. Bluth golpeó dos veces, hizo una pausa y volvió a golpear. Eso hizo que el animal fuera despacio ya que la carreta que tenían delante, conducida por Tvlakv, empezó a ascender por una colina cubierta de diminutos rocabrotes.

—¿Ves? —dijo Shalla, mostrándole la hoja—. Por eso los tallos de la planta son tan frágiles. Cuando llega la tormenta, quiebra estas ramas y rompe las hojas. El viento se las lleva e inician nuevos brotes, construyendo su propia concha. Crecen muy rápido. Más de lo que cabría esperar en estas tierras yermas.

Bluth gruñó.

Shalla suspiró, bajó el dedo y puso de nuevo la diminuta planta en la taza que había estado utilizando para nutrirla. Miró por encima del hombro.

No había rastros de persecución. En efecto, tendría que dejar de preocuparse.

Volvió a su nuevo libro de bocetos (uno de los cuadernos de Jasnah al que le quedaban bastantes páginas libres), y entonces empezó un rápido esbozo de la pequeña hoja. No disponía de buenos materiales, solo de un lápiz de carboncillo, algunas plumillas y un poco de tinta, pero Patrón tenía razón. No podía parar.

Había empezado con un nuevo boceto del santhid tal como lo recordaba tras su zambullida en el mar. El dibujo no era igual al que había hecho justo después del acontecimiento, pero tenerlo de nuevo, en cualquier forma, le ofrecía consuelo.

Terminó la hoja, pasó la página y empezó a dibujar a Bluth. No es que le interesara especialmente reiniciar con él su colección de personas, pero sus opciones eran limitadas. Por desgracia, aquel sombrero parecía absurdo: le quedaba demasiado pequeño. La imagen del hombretón con la espalda encorvada como un cangrejo y el sombrero en la cabeza... bueno, al menos sería una composición interesante.

—¿De dónde has sacado el sombrero? —le preguntó mientras dibujaba.

—Lo cambié —murmuró Bluth, sin mirarla.

—¿Te costó mucho?

Él se encogió de hombros. Shalla había perdido sus sombreros

en el naufragio, pero había persuadido a Tvlakv para que le diera uno de los que tejían los parshmenios. No era particularmente atractivo, pero la protegía del sol.

A pesar de los traqueteos de la carreta, Shallan consiguió terminar su dibujo de Bluth. Lo examinó, poco satisfecha. Era una pobre manera de iniciar su colección, sobre todo porque, en cierta medida, le parecía que le había hecho una caricatura. Frunció los labios. ¿Cómo sería Bluth si no la mirara siempre con tan mala cara? ¿Si sus ropas fueran más limpias, si llevara un arma adecuada en vez de aquella vieja cachiporra?

Pasó la página y empezó de nuevo. Una composición distinta; idealizada, tal vez, pero de algún modo también adecuada. Sin duda Bluth podía parecer elegante vestido de manera adecuada. Un uniforme. Una lanza plantada a su lado. Los ojos perdidos en el horizonte. Para cuando terminó se sentía mucho mejor. Sonrió ante el resultado y luego lo alzó para que Bluth lo viera mientras Tvlakv ordenaba el alto de mediodía.

El hombre miró el dibujo, pero no dijo nada. Le dio al chull unos cuantos azotes para que se detuviera junto al que tiraba del carro de Tvlakv. Tag acercó el suyo: esta vez, él llevaba los esclavos.

—¡Matapomo! —dijo Shallan, retirando su dibujo y señalando un grupo de finos juncos que crecían tras una roca cercana.

Bluth gruñó.

—¿Más plantas de esas?

—Sí. ¿Serías tan amable de recogerlas para mí?

—¿No pueden hacerlo los parshmenios? Yo tengo que dar de comer a los chulls...

—¿A quién prefieres hacer esperar, guardia Bluth? ¿A los chulls o a la mujer ojos claros?

El tipo se rascó la cabeza por debajo del sombrero, luego bajó rezongando de la carreta y se dirigió hacia los juncos. Cerca, Tvlakv permanecía de pie en su carromato, escrutando el horizonte al sur.

Una fina columna de humo se alzaba en esa dirección.

Shallan sintió un inmediato escalofrío. Bajó del carromato y corrió hacia Tvlakv.

—¡Tormentas! ¿Son los desertores? —preguntó—. ¿Nos están siguiendo?

—Sí. Parece que se han parado a comer a mediodía —dijo

Tvlakv desde lo alto de su carreta—. Eso es buena señal. Probablemente saben que solo somos tres carros y que apenas merece la pena perseguirnos. Mientras sigamos en marcha y no nos detengamos a menudo, renunciarán a la persecución. Sí. Estoy seguro.

Saltó del carro y se apresuró a dar agua a los esclavos. No se molestó en obligar a los parshmenios a hacerlo: se encargó él mismo del trabajo. Eso, más que cualquier otra cosa, indicaba su nerviosismo. Quería ponerse en marcha lo más rápido posible.

Eso permitió que los parshmenios continuaran tejiendo en su jaula tras el carro de Tvlakv. Ansiosa, Shalla se quedó allí mirando. Los desertores habían localizado la pista de rocabrotes rotos por las carretas.

Notó que sudaba, pero ¿qué podía hacer? No podía azuzar a la caravana. No le quedaba más remedio que esperar, como había dicho Tvlakv, que pudieran mantener la distancia.

Sin embargo, eso no parecía probable. Las carretas tiradas por chulls no podían ser más rápidas que hombres en marcha.

«Distráete —pensó Shalla mientras sentía los primeros azotes del pánico—. Encuentra algo que te distraiga».

¿Y los parshmenios de Tvlakv? Shalla los miró. ¿Tal vez un dibujo de los dos en su jaula?

No. Estaba demasiado nerviosa para dibujar, pero quizá podría averiguar algo. Se acercó a los parshmenios. Sintió cierta molestia en los pies, pero el dolor era soportable. De hecho, a diferencia de cómo se había encontrado los días anteriores, en ese momento tuvo que exagerar sus respingos. Era mejor hacer creer a Tvlakv que estaba peor de lo que en realidad se sentía.

Se detuvo ante los barrotes de la jaula. La parte trasera no estaba cerrada con llave: los parshmenios nunca huían. Para Tvlakv, el hecho de comprar a esos dos debía de haber supuesto toda una inversión. Los parshmenios no eran baratos, y muchos monarcas y ojos claros poderosos los acaparaban.

Uno de los dos miró a Shalla y luego volvió a su trabajo. ¿Sería una hembra? Era difícil distinguir a los varones de las hembras sin desnudarlos. Ambos tenían piel roja con manchas blancas, una constitución robusta, quizá de metro y medio de altura, y eran calvos.

Resultaba muy difícil considerar que estos dos humildes trabajadores suponían una amenaza.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Shallan.

Uno alzó la cabeza mientras que el otro siguió trabajando.

—Tu nombre —instó Shallan.

—Uno —contó el parshmenio. Señaló a su compañero—. Dos. — Agachó la cabeza y siguió con su labor.

—¿Eres feliz con tu vida? —preguntó Shallan—. ¿Preferirías ser libre, si pudieras decidir?

El parshmenio la miró y frunció el ceño. Torció el gesto, silabeando unas cuantas palabras, pero acabó por negar con la cabeza. No comprendía.

—¿Libertad? —instó Shallan.

El parshmenio volvió al trabajo.

«Parece incómodo —pensó Shallan—. Avergonzado por no comprender». Su postura parecía decir: «Por favor, no me hagas más preguntas». Shallan se guardó el cuaderno de bocetos bajo el brazo y tomó una memoria de los dos trabajadores.

«Son monstruos malignos —se obligó a pensar—, criaturas de leyenda que pronto se lanzarán a destruir todo lo que les rodea». Allí de pie, mirándolos, le costaba trabajo creerlo, aunque había aceptado la evidencia.

Tormentas. Jasnah tenía razón. Convencer a los ojos claros para que se deshicieran de sus parshmenios iba a ser casi imposible. Necesitaría pruebas muy, muy sólidas. Preocupada, regresó a su carromato y subió a su asiento, procurando demostrar dolor. Bluth le había dejado un manojo de matapomo y en ese momento atendía a los chulls, mientras que Tvlakv sacaba algo de comida para un almuerzo rápido, que probablemente tomarían en marcha.

Shallan aplacó sus nervios y se obligó a hacer algunos bocetos de las plantas cercanas. Pronto pasó a dibujar el panorama y las formaciones rocosas. El aire no parecía tan frío como los primeros días con los mercaderes de esclavos, aunque su aliento aún formaba vaho ante ella por las mañanas.

Cuando Tvlakv pasó por su lado, le dirigió una mirada incómoda. Desde su enfrentamiento ante la hoguera la noche anterior, la trataba de manera distinta.

Shallan continuó dibujando. Este lugar era mucho más llano que

su tierra. Y había muchas menos plantas, aunque eran más robustas. Y...

¿Y eso que veía ahí delante era otra columna de humo? Se levantó y alzó una mano para protegerse los ojos. Sí. Más humo. Miró hacia el sur, hacia los mercenarios que los perseguían.

Tag se detuvo, advirtiéndole que ella lo había hecho. Corrió hacia Tvlakv, y los dos empezaron a discutir en voz baja.

—Mercader Tvlakv. —Shallan se negaba a llamarlo «maestro mercader», el título que le correspondía como comerciante pleno—. Quiero oír vuestra discusión.

—Desde luego, brillante, desde luego. —Se acercó, retorciendo las manos—. Has visto el humo de ahí delante. Hemos entrado en un pasillo que corre entre las Llanuras Quebradas y las Criptas Huecas y sus aldeas hermanas. Aquí hay más tráfico que en otras partes de las Tierras Heladas, ¿sabes? Así que no es extraño que nos encontremos con otros...

—¿Esos de ahí delante?

—Otra caravana, con suerte.

«Y si no...». No le hizo falta preguntar. Serían más desertores o bandidos.

—Podemos evitarlos —aseguró Tvlakv—. Solo un grupo grande se atrevería a hacer humo para el almuerzo, ya que supone una invitación... o una advertencia. Las caravanas pequeñas, como la nuestra, no se arriesgan a ello.

—Si es una caravana grande —dijo Tag, frotándose la frente con un grueso dedo—, tendrán guardias. Buena protección. —Miró hacia el sur.

—Sí —convino Tvlakv—. Pero también podríamos estar situándonos entre dos enemigos. Peligro por todos lados...

—Los que llevamos detrás nos alcanzarán, Tvlakv —dijo Shallan.

—Yo...

—El cazador regresará con una visión si no encuentra telms —sentenció ella—. Esos desertores tendrán que matar para sobrevivir aquí. ¿No dijiste que probablemente habrá una alta tormenta esta noche?

—Sí —admitió Tvlakv, a regañadientes—. Dos horas después de la puesta de sol, si la lista que compré es correcta.

—No sé cómo suelen capear los bandidos las tormentas —dijo

Shallan—, pero es evidente que ahora están decididos a perseguirnos. Apuesto a que planean usar los carros como refugio después de matarnos. No van a dejarnos escapar.

—Sí —convino Tag, como si acabara de darse cuenta en ese instante—. Desviémonos hacia el este. Es posible que los asesinos sigan a ese otro grupo.

—¿Dejaremos que ataquen a otra gente en vez de a nosotros? —dijo Shallan, cruzándose de brazos.

—¿Qué otra cosa esperas que hagamos, brillante? —preguntó Tvlakv, exasperado—. Somos pequeños cremlinos, ¿no lo ves? Nuestra única oportunidad es mantenernos alejados de las criaturas más grandes y esperar que se den caza unas a otras.

Shallan entornó los párpados, inspeccionando la pequeña columna de humo que tenían delante. ¿Eran sus ojos, o se volvía más densa? Miró hacia atrás. De hecho, las columnas parecían tener el mismo tamaño.

«No cazarán presas de su propio tamaño —pensó—. Son desertores del ejército, cobardes».

Advirtió que Bluth miraba también hacia atrás, observando aquel humo con una expresión que no supo interpretar. ¿Disgusto? ¿Anhelo? ¿Miedo? No había ningún spren que le diera alguna pista.

«Cobardes... —pensó de nuevo—, ¿o solo hombres desilusionados? ¿Rocas que empezaron a rodar colina abajo, solo para empezar a precipitarse tan rápido que ya no saben cómo parar?».

No importaba. Esas rocas aplastarían a Shallan y a los demás, si tenían la oportunidad. Desviarse hacia el este no serviría de nada. Los desertores se centrarían en la presa fácil, las carretas que se movían despacio, en vez de la presa potencialmente más difícil que tendrían delante.

—Nos dirigiremos a la segunda columna de humo —determinó Shallan, sentándose.

Tvlakv la miró.

—No te...

Se interrumpió cuando ella lo miró a los ojos.

—No... —dijo Tvlakv, lamiéndose los labios—. Verás, brillante, tardarás mucho más en llegar a... las Llanuras Quebradas si nos unimos a una caravana más grande. Podría ser contraproducente.

—Cuando llegue el momento ya me ocuparé de eso, mercader Tvlakv.

—Los que tenemos delante siguen avanzando —advirtió el hombre—. Puede que lleguemos al campamento y descubramos que se han ido.

—En ese caso, o bien se dirigirán hacia las Llanuras Quebradas o vendrán hacia aquí por el camino que conduce a las ciudades portuarias. Nos encontraremos con ellos de un modo u otro.

Tvlakv suspiró, luego asintió y gritó a Tag para que se apresurase.

Shallan se sentó, sintiendo un escalofrío. Bluth regresó y ocupó su puesto antes de lanzar unas cuantas raíces marchitas en su dirección. El almuerzo, por lo visto. Poco después, las carretas echaron a rodar hacia el norte. Esta vez el carromato de Shallan era el tercero de la fila.

Shallan se acomodó en su asiento para el viaje: aunque consiguieran alcanzar al segundo grupo, estaban a horas de distancia. Para evitar preocuparse, terminó sus dibujos del paisaje. Entonces volvió a hacer bocetos sin ton ni son, dejando simplemente que su lápiz fuera a donde quería.

Dibujó anguilas aéreas danzando en el aire. Dibujó los muelles de Kharbranth. Hizo un boceto de Yalb, aunque la cara no le salió del todo bien y no llegó a plasmar aquella chispa maliciosa de sus ojos. Quizás esos fallos se debían a lo triste que se había puesto al pensar en lo que probablemente le había sucedido.

Pasó la página y empezó un boceto al azar, lo que se le pasara por la cabeza. Su lápiz se movió trazando el retrato de una mujer elegante con un regio atuendo. El vestido era holgado pero estilizado por debajo de la cintura, mientras que se ajustaba al pecho y el estómago. Las mangas eran largas y abiertas, una ocultando la mano segura, la otra cortada a la altura del codo revelando el antebrazo y colgando por debajo.

Una mujer atrevida, serena. Todavía dibujando inconscientemente, Shallan añadió su propio rostro a la cabeza de la elegante mujer.

Vaciló y el lápiz tembló sobre la imagen. Esa no era ella. ¿Verdad que no? ¿Podía serlo?

Contempló la imagen mientras la carreta traqueteaba sobre

piedras y vegetación. Pasó a la página siguiente y empezó otro dibujo. Un vestido de baile, una mujer de la corte, rodeada por la élite de Alezkar tal como la imaginaba. Alta, fuerte. La mujer encajaba entre ellos.

Shallan añadió su rostro a la figura.

Pasó la página e hizo otro dibujo. Y luego otro.

El último era un boceto de ella en la linde de las Llanuras Quebradas tal como las imaginaba. Mirando hacia el este, hacia los secretos que había buscado Jasnah.

Shallan pasó la página y dibujó de nuevo. Una imagen de su maestra en el barco, sentada ante su escritorio, con los papeles y los libros desperdigados a su alrededor. No era el entorno lo que importaba, sino el rostro. Aquel rostro preocupado, aterrorizado. Agotado, empujado al límite.

Este le salió bien. Era la primera vez desde el desastre que lograba plasmar perfectamente lo que había visto. La carga de Jasnah.

—Detén la carreta —dijo Shallan sin alzar la cabeza.

Bluth la miró. Ella resistió la urgencia de repetir la orden. Por desgracia, él no obedeció inmediatamente.

—¿Por qué? —preguntó.

Shallan alzó la cabeza. La columna de humo seguía estando lejos, pero ella tenía razón: se hacía más densa. El grupo de delante se había detenido y encendido una hoguera apreciable para el almuerzo. A juzgar por el humo, era un grupo mucho más numeroso que el que los perseguía.

—Voy a la parte de atrás —dijo Shallan—. Tengo que mirar una cosa. Puedes continuar cuando esté acomodada, pero por favor, para y llámame cuando llegemos cerca del grupo de delante.

Bluth suspiró, pero detuvo el chull con unos cuantos golpes en la concha. Shallan se bajó del carromato, luego cogió el matapomo y el cuaderno, y se dirigió a la parte trasera del carromato. Una vez dentro, Bluth arrancó casi de inmediato mientras respondía a gritos a Tvlakv, que quería saber a qué se debía el retraso.

Con las paredes alzadas, la carreta de Shallan estaba en sombras y le ofrecía intimidad, sobre todo al ser la última en la fila, por lo que nadie podía asomarse a mirar. Por desgracia, viajar detrás no era tan cómodo como hacerlo en el pescante. Aquellos diminutos

roca brotes causaban una sorprendente cantidad de sacudidas y tembleques.

El baúl de Jasnah estaba atado cerca de la pared delantera. Abrió la tapa, dejando que las esferas proporcionaran una tenue iluminación, y luego se acomodó en su improvisado cojín, una pila de telas que Jasnah había usado para envolver sus libros. La manta que usaba por las noches (ya que Tvlakv había sido incapaz de proporcionarle una) era el forro de terciopelo que había arrancado del baúl.

Tras acomodarse, retiró la venda de sus pies para aplicar el nuevo matapomo. Los pies estaban cubiertos de costras y habían mejorado mucho respecto a su estado del día anterior.

—¿Patrón?

Él vibró desde algún lugar cercano. Shallan le había pedido que permaneciera en la parte de atrás del carromato para no alarmar a Tvlakv y los guardias.

—Mis pies están sanando —dijo—. ¿Es cosa tuya?

—Mmm... Casi no sé nada de por qué se rompe la gente. Sé aún menos de por qué se... desrompe.

—¿Tu especie no sufre heridas? —preguntó ella, quebrando un tallo de matapomo y apretándolo para dejar caer unas gotas en su pie izquierdo.

—Sí nos rompemos. Pero lo hacemos... de forma distinta a las personas. Y no nos desrompemos sin ayuda. No sé por qué os desrompéis. ¿Por qué?

—Es una función natural de nuestros cuerpos —explicó ella—. Los seres vivos se reparan a sí mismos automáticamente. —Alzó una de las esferas y la observó, buscando signos de pequeños putrispren rojos. Cuando encontró unos pocos a lo largo de un corte, aplicó rápidamente savia y los espantó.

—Me gustaría saber cómo funcionan las cosas —dijo Patrón.

—También a muchos de nosotros —apuntó Shallan, inclinándose. Hizo una mueca cuando la carreta golpeó una roca especialmente grande—. Me hice brillar anoche, junto a la hoguera, con Tvlakv.

—Sí.

—¿Sabes por qué?

—Mentiras.

—Mi vestido cambió —dijo Shallan—. Te aseguro que anoche no tenía ningún jirón, estaba todo impecable. En cambio ahora está otra vez hecho un desastre.

—Mmm. Sí.

—Tengo que aprender a controlar esto que podemos hacer. Jasnah lo llamaba «tejer con luz». Era mucho más seguro que moldear almas.

—¿El libro?

Shallan frunció el ceño y se apoyó contra los barrotes del costado de la carreta. Junto a ella había una larga fila de arañazos en el suelo que parecían haber sido hechos con las uñas. Como si uno de los esclavos, en un arrebato de locura, hubiera intentado abrirse paso arañando hacia la libertad.

El libro que le había dado Jasnah, *Palabras radiantes*, se lo había tragado el océano. Parecía una pérdida mayor que el otro que le había dado, el *Libro de las páginas interminables*, que extrañamente estaba en blanco. Aún no comprendía el significado completo de todo aquello.

—No tuve oportunidad de leer ese libro —dijo Shallan—. Intentaremos encontrar otro ejemplar cuando lleguemos a las Llanuras Quebradas. —No obstante, como su destino era un campamento de guerra, dudaba de que hubiera muchos libros a la venta.

Shallan alzó una de las esferas. Empezaba a oscurecerse y había que volver a insuflarla. ¿Qué pasaría si llegaba la alta tormenta y no habían alcanzado al otro grupo? ¿Se abrirían paso los desertores a través de la tormenta misma para alcanzarlos? ¿Y, si acaso, hallar la seguridad potencial de sus carretas?

Tormentas, qué lío. Necesitaba hacer algo.

—Los Caballeros Radiantes formaron un vínculo con los spren —dijo, más para sí misma que para Patrón—. Era una relación simbiótica, como un pequeño cremlino que vive en la cortezapizarra. El cremlino limpia el liquen, consigue comida, pero también mantiene limpia a la cortezapizarra.

Patrón zumbó, confundido.

—¿Yo soy... la cortezapizarra o el cremlino?

—Cualquiera de los dos —respondió Shallan, haciendo girar en sus manos la esfera de diamante. La diminuta gema atrapada en su

interior brillaba con luz vigilante, suspendida en cristal—. Las potencias, las fuerzas que gobiernan el mundo, influyen a los spren. O... bueno... ya que los spren son piezas de esas potencias, tal vez los spren se influyan unos a otros. Nuestro vínculo me da la habilidad de manipular una de las potencias. En este caso, la luz, el poder de la iluminación.

—Mentiras —susurró Patrón—. Y verdades.

Shallan cerró el puño en torno a la esfera y la luz brilló a través de su piel, haciendo que su mano adquiriera un resplandor rojizo. Deseó que la luz entrara en ella, pero no sucedió nada.

—Bien, ¿cómo hago que funcione?

—¿Comiéndotela, quizá? —dijo Patrón, moviéndose por la pared junto a su cabeza.

—¿Comérmela? —preguntó Shallan, escéptica—. No tuve que comérmela antes para conseguir la luz tormentosa.

—Pero tal vez sirva de algo. ¿Lo intentas?

—Dudo de que pudiera tragarme una esfera entera —dijo Shallan—. Aunque quisiera, que desde luego no es el caso.

—Mmm —dijo Patrón, y sus vibraciones hicieron temblar la madera—. Esto... ¿entonces no es una de las cosas que comen los humanos?

—Tormentas, no. ¿Es que no has estado prestando atención?

—Lo he hecho —dijo él, vibrando molesto—. ¡Pero es difícil saberlo! Consumes algunas cosas, y las conviertes en otras... Cosas muy curiosas que ocultas. ¿Tienen valor? En cualquier caso las dejas. ¿Por qué?

—Hemos terminado con esta conversación —dijo Shallan, abriendo el puño y sosteniendo de nuevo la esfera en su palma. Aunque, sin duda, algo de lo que él decía parecía acertado. No había comido ninguna esfera antes, pero de algún modo había... consumido la luz. Como si se la hubiese bebido.

La había inhalado al respirar, ¿no? Contempló la esfera durante un momento y luego contuvo bruscamente la respiración.

Funcionó. La luz brotó de la esfera rápida como un latido, una brillante línea que fluyó hacia su pecho y se extendió desde allí, llenándola. La inusitada impresión hizo que se sintiera ansiosa, alerta, preparada. Ansiosa por hacer... algo. Sus músculos se tensaron.

—Ha funcionado —dijo, aunque cuando habló la luz tormentosa, brillando débilmente, formó un vaho delante de ella y brotó también de su piel. Tenía que practicar antes de que desapareciera toda. Tejer con luz... Necesitaba crear algo. Decidió continuar con lo que había empezado antes, mejorando el aspecto de su vestido.

Una vez más, no sucedió nada. No sabía qué hacer, qué músculos usar, ni qué parte de su cuerpo importaba siquiera. Frustrada, se quedó allí sentada intentando encontrar un modo de que la luz tormentosa cumpliera su efecto, sintiéndose inepta mientras escapaba a través de su piel.

Tardó varios minutos en disiparse por completo.

—Bueno, eso no ha sido nada impresionante —dijo, disponiéndose a coger más tallos de matapomo—. Tal vez debería practicar mejor cómo moldear almas.

Patrón zumbó.

—Peligroso.

—Eso me dijo Jasnah —contestó Shallan—. Pero ya no está aquí para enseñarme nada, y por lo que sé, es la única que podía haberlo hecho. O practico por mi cuenta o nunca aprenderé a usar la habilidad. —Exprimió otras cuantas gotas de savia de matapomo y se dispuso a masajearla en un corte del pie, pero se detuvo. La herida era claramente más pequeña que unos momentos antes.

—La luz tormentosa me está sanando —dijo Shallan.

—¿Te desrompe?

—Sí. ¡Padre Tormenta! Hago las cosas casi sin querer.

—¿Puede ocurrir algo «casi» sin querer? —preguntó Patrón, genuinamente intrigado—. No sé qué significa esa frase.

—Yo... Bueno, es una forma de hablar. —Entonces, antes de que él pudiera preguntar de nuevo, continuó—: Y con eso me refiero a algo que decimos para expresar una idea o un sentimiento, no un hecho literal.

Patrón zumbó.

—¿Qué significa eso? —preguntó Shallan, masajeando igualmente el matapomo—. Cuando zumbas así, ¿qué sientes?

—Hum... Emoción. Sí. Ha pasado mucho tiempo desde que alguien aprendió de vosotros y vuestra especie.

Shallan exprimió más savia en los dedos de los pies.

—¿Has venido a aprender? Espera... ¿eres un estudioso?

—Pues claro. Hum. ¿Por qué si no iba a venir? Aprenderé mucho antes de...

Se detuvo bruscamente.

—¿Patrón? —preguntó ella—. ¿Antes de qué?

—Una forma de hablar. —Lo dijo en un tono completamente inexpresivo. Cada vez hablaba más como un ser humano, y en ocasiones lo parecía. Pero en ese momento todo el color había desaparecido de su voz.

—Estás mintiendo —lo acusó ella, mirando a su patrón en la pared. Se había encogido, haciéndose pequeño como un puño, la mitad de su tamaño habitual.

—Sí —admitió él, de mala gana.

—Mientes fatal —advirtió Shallan, sorprendida.

—Sí.

—¡Pero te encantan las mentiras!

—Me fascinan... Sois todos tan fascinantes...

—Cuéntame qué ibas a decir —ordenó Shallan—. Antes de que te interrumpieras. Si mientes, lo sabré.

—Hum. Hablas como ella. Cada vez más como ella.

—Dímelo.

Él zumbó con un sonido molesto, rápido y agudo.

—Aprenderé lo que pueda de ti antes de que me mates.

—¿Crees... crees que voy a matarte?

—Ya les sucedió a otros —dijo Patrón con voz más suave—. Y me sucederá a mí. Es... un patrón.

—Esto tiene que ver con los Caballeros Radiantes —dijo Shallan, alzando las manos para empezar a trenzarse el pelo. Eso sería mejor que dejarlo al viento, aunque sin peine y cepillo, incluso trenzárselo era difícil. «Tormentas», pensó, «necesito un baño. Y jabón. Y una docena de cosas más».

—Sí —dijo Patrón—. Los caballeros mataron a sus spren.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Sus juramentos —dijo Patrón—. Es todo lo que sé. Mi especie, los que no estaban enlazados, nos retiramos, y muchos conservamos nuestras mentes. Incluso así, es difícil pensar aparte de mi especie, a menos que...

—¿A menos que...?

—A menos que tengamos a una persona.

—Entonces esto es lo que consigues —dijo Shallan, desenmarañándose el pelo con los dedos—. Simbiosis. Yo consigo acceso a la potenciación, tú al pensamiento.

—Sapiencia —dijo Patrón—. Pensamiento. Vida. Son de los humanos. Nosotros somos ideas. Ideas que desean vivir.

Shallan continuó trabajando en su pelo.

—No voy a matarte —declaró con firmeza—. Me niego a hacerlo.

—No creo que los otros quisieran hacerlo —dijo él—. Pero no tiene importancia.

—Sí que la tiene. No lo haré. No soy una de los Caballeros Radiantes. Jasnah lo dejó claro. El hombre que sabe usar una espada no es necesariamente un soldado. Que yo pueda hacer lo que hago no me convierte en uno de ellos.

—Hiciste juramentos.

Shallan se detuvo.

«Vida antes que muerte»... Las palabras volaron hacia ella desde las sombras de su pasado. Un pasado en el que no quería pensar.

—Vives mentiras —dijo Patrón—. Eso te da fuerza. Pero la verdad... Sin decir verdades no podrás crecer, Shallan. No sé cómo, pero lo sé.

Acabó con su peinado y pasó a vendarse de nuevo los pies. Patrón se había movido hasta el otro lado de la oscilante carreta y estaba posado en la pared, apenas visible en la penumbra. A Shallan le quedaban pocas esferas infusas. No mucha luz tormentosa, considerando lo rápido que la otra la había dejado. ¿Debería usar lo que tenía para sanar aún más sus pies? ¿Podría hacerlo intencionadamente, o se le escaparía la habilidad, como había hecho la propia luz?

Guardó las esferas en la bolsa de su manga. Las ahorraría, por si acaso. De momento, estas esferas y su luz podrían ser la única arma disponible.

Terminados los vendajes, se puso en pie y descubrió que el dolor de su pie casi había desaparecido. Podía andar casi con normalidad, aunque no podría ir muy lejos sin zapatos. Complacida, llamó en la madera más cercana a Bluth.

—¡Detén la carreta!

Esta vez, no tuvo que repetirlo. Rodeó la carreta y, tras sentarse junto a Bluth, advirtió inmediatamente la columna de humo de delante. Se había vuelto más oscura, más grande, y se retorció violentamente.

—Eso no es un fuego de campamento —dijo Shallan.

—No —coincidió Bluth con expresión sombría—. Algo grande está ardiendo. Probablemente carretas. —La miró—. Parece que las cosas no les han ido bien a los que están ahí arriba.



La forma sabia mostrada para la paciencia y el pensamiento.

Cuidado con su innata ambición.

*Aunque el estudio y la diligencia traen su recompensa,
la pérdida de la inocencia puede ser tu destino.*

*De La canción de las clasificaciones de los oyentes,
estrofa 69*

Viene gente nueva, gancho —dijo Lopen, dándole un mordisco a algo que comía, envuelto en papel—. Con uniformes, hablando como hombres de verdad. Qué curioso. Solo han tardado unos pocos días. A nosotros nos llevó semanas.

—Al resto les llevó semanas, pero a ti no —contestó Kaladin, protegiéndose los ojos del sol y apoyándose en la lanza. Todavía se hallaba en los terrenos de prácticas de los ojos claros, vigilando a Adolin y Renarin, que recibía sus primeras instrucciones de Zahel, el maestro espadachín—. Tuviste una buena actitud desde el primer día que te encontramos, Lopen.

—Bueno, la vida era bastante buena, ¿sabes?

—¿Bastante buena? Te acababan de destinar a cargar puentes de asedio hasta que murieras en las mesetas.

—Eh —dijo Lopen, dándole un mordisco a su comida. Parecía

un grueso trozo de pan plano que envolvía algo viscoso. Se lamió los labios, luego se lo tendió a Kaladin para poder tener libre su única mano y rebuscar un momento en su bolsillo—. Hay días malos y días buenos. Todo acaba por equilibrarse.

—Eres un hombre extraño, Lopen —dijo Kaladin, inspeccionando lo que el otro estaba comiendo—. ¿Qué es esto?

—Chouta.

—¿Chota?

—Cho-u-ta. Comida herdaziana, gon. Está buena. Puedes darle un mordisco, si quieres.

Parecían trozos de carne indefinible rociados de líquido oscuro, todo ello envuelto en pan.

—Repulsivo —dijo Kaladin, devolviéndoselo cuando Lopen le dio lo que había sacado del bolsillo: una concha con glifos escritos por ambos lados.

—Tú te lo pierdes —repuso Lopen, dando otro mordisco.

—No deberías ir por ahí comiendo así —advirtió Kaladin—. Es desagradable.

—No, es conveniente. ¿Ves? Está bien envuelto. Puedes caminar, hacer cosas, comer al mismo tiempo...

—Es sucio —replicó Kaladin, inspeccionando la concha. Mostraba la lista de Sigzil de cuántos soldados tenían, cuánta comida pensaba Roca que iban a necesitar, y las valoraciones de Teft de cuántos de los antiguos hombres de los puentes eran susceptibles de ser entrenados.

La última cifra era bastante alta. Si los hombres de los puentes sobrevivían, cargar con los puentes los hacía más fuertes. Como había demostrado Kaladin, eso se traducía en formar buenos soldados, suponiendo que se les pudiera motivar.

En el otro lado de la concha Sigzil había esbozado una ruta para que Kaladin patrullara la zona exterior de los campamentos. Pronto tendría a suficientes novatos preparados para que patrullaran la región, como le había dicho a Dalinar que harían. Teft consideraba que sería bueno que Kaladin fuera en persona, ya que eso permitiría que los nuevos hombres pasaran tiempo con él.

—Alta tormenta esta noche —advirtió Lopen—. Sig dice que será dos horas después de la puesta de sol. Pensó que querrías hacer los preparativos.

Kaladin asintió. Otra oportunidad para que aparecieran los misteriosos números: las dos veces anteriores se habían producido durante las tormentas. Esta vez se aseguraría de que Dalinar y su familia estuvieran vigilados.

—Gracias por la información —dijo, guardándose la concha en el bolsillo—. Vuelve y dile a Sigzil que la ruta que propone me aleja demasiado de los campamentos. Que trace otra. También dile a Teft que vengan unos cuantos hombres más y releven a Moash y Drehy. Los dos han estado trabajando demasiadas horas últimamente. Yo mismo protegeré a Dalinar esta noche... Sugierele al alto príncipe que sería conveniente que toda su familia permanezca junta durante la tormenta.

—Si lo quieren los vientos, gon —dijo Lopen, terminando su último bocado de chouta. Silbó entonces, echando un vistazo a los terrenos de prácticas—. Eso tiene lo suyo, ¿eh?

Kaladin siguió su mirada. Adolin, tras dejar a su hermano con Zahel, ejecutaba una secuencia de entrenamiento con su hoja esquilada. Grácilmente, giraba y se retorció en las arenas, blandiendo su espada en patrones amplios y fluidos.

En un portador experto, la armadura esquilada nunca parecía torpe. Impresionante, resplandeciente, encajaba con la forma de quien la llevaba puesta. La de Adolin reflejaba la luz del sol como un espejo mientras blandía la espada, cambiando de una postura a la siguiente. Kaladin sabía que era solo una secuencia de calentamiento, más impresionante que funcional. En el campo de batalla nunca se hacía algo así, aunque muchos de los movimientos de ataque y posturas individuales representaban movimientos prácticos.

Incluso sabiendo eso, Kaladin tuvo que reconocer su asombro. Los portadores de esquilada con sus armaduras parecían inhumanos cuando combatían, más parecidos a Heraldos que a hombres.

Divisó a Syl sentada en el filo del tejado que colgaba cerca de Adolin, observando al joven. Estaba demasiado lejos para que pudiera ver su expresión.

Adolin terminó su calentamiento con un movimiento en el que cayó sobre una rodilla y hundió su hoja esquilada en el suelo. El arma se hundió hasta la mitad de la hoja y se desvaneció en cuanto

la soltó.

—Lo he visto invocar esa arma antes —dijo Kaladin.

—Sí, gancho, en el campo de batalla, cuando salvamos su pobre culo de Sadeas.

—No, antes de eso —dijo Kaladin, recordando un incidente con una puta en el campamento de Sadeas—. Salvó a una persona a la que estaban acorralando.

—Vaya —repuso Lopen—. Entonces no puede ser tan malo, ¿no?

—Supongo. De todas formas, ponte en marcha. Asegúrate de enviar ese equipo de reemplazo.

Lopen saludó y recogió a Shen, que había estado husmeando las espadas de práctica que había a un lado del patio. Juntos, marcharon corriendo a cumplir su encargo.

Kaladin hizo sus rondas, comprobó a Moash y los demás y regresó al lugar donde Renarin estaba sentado en el suelo, todavía con la armadura puesta, ante su nuevo maestro.

Zahel, el fervoroso de ojos ancianos, estaba sentado en una postura solemne que su barba desaliñada contradecía.

—Al llevar esa armadura, tendrás que volver a aprender a luchar. Cambia la forma en que un hombre pisa, empuña, se mueve.

—Yo... —Renarin agachó la cabeza. Era muy extraño ver a un hombre con gafas llevando aquella magnífica armadura—. No necesitare volver a aprender a combatir, maestro. Nunca he aprendido.

Zahel gruñó.

—Eso está bien. Significa que no tendré que romper ningún hábito antiguo y malo.

—Sí, maestro.

—Entonces el principio será fácil —dijo Zahel—. Hay unas escaleras en aquella esquina. Sube al tejado. Luego salta.

Renarin alzó bruscamente la cabeza.

—¿Que salte?

—Soy viejo, hijo —dijo Zahel—. Al repetirme no hago más que comer la flor equivocada.

Kaladin frunció el ceño y Renarinladeó la cabeza, luego lo miró, indeciso. Kaladin se encogió de hombros.

—¿Comer... qué? —preguntó Renarin.

—Significa que me pongo furioso —replicó Zahel—. No tenéis

expresiones adecuadas para nada. ¡Ve!

Renarin se puso en pie de un salto, levantando arena, y se puso en marcha.

—¡Tu yelmo, hijo! —llamó Zahel.

Renarin se detuvo, luego volvió y recogió el yelmo del suelo. Estuvo a punto de caer de bruces mientras lo hacía. Se dio media vuelta, perdió el equilibrio, y corrió torpemente hacia las escaleras. Casi chocó con una columna por el camino.

Kaladin bufó suavemente.

—Oh —dijo Zahel—. ¿Crees que lo harías mejor la primera vez que llevaras puesta una armadura esquirrada, guardaespaldas?

—Dudo de que se me olvidara el yelmo —respondió Kaladin, echándose la lanza al hombro y estirándose—. Si Dalinar Kholin pretende hacer entrar en cintura a los otros altos príncipes, creo que va a necesitar mejores portadores de esquirrada que este. Tendría que haber elegido a otro para esa armadura.

—¿Como tú?

—Tormentas, no —dijo Kaladin, quizá con demasiada vehemencia—. Soy soldado, Zahel. No quiero saber nada de esquirradas. El muchacho es bastante agradable, pero no confiaría a nadie a sus órdenes, mucho menos una armadura que podría mantener vivo en el campo de batalla a un soldado mucho mejor.

—Te sorprenderá —replicó Zahel—. Le di la charla completa de «soy tu maestro y harás lo que yo diga» y me escuchó.

—Todos los soldados oyen esa charla el primer día. A veces escuchan. Que lo hiciera el muchacho no es especialmente llamativo.

—Si supieras cuántos mocosos malcriados de diez años han pasado por aquí —dijo Zahel—, pensarías que merece la pena. Creí que un muchacho de diecinueve años como él sería insoportable. Y no le llares muchacho, muchacho. Probablemente tiene tu misma edad, y es hijo del humano más poderoso de este...

Se interrumpió cuando un sonido de roce en lo alto del edificio anunció que Renarin Kholin cargaba y se lanzaba al aire, tras lo cual las botas chirriaron contra la piedra que remataba el tejado. Navegó sus buenos tres o cuatro metros por encima del patio (los portadores expertos lograban resultados mucho mejores) antes de precipitarse como una anguila aérea y chocar contra el suelo.

Zahel miró a Kaladin, alzando una ceja.

—¿Qué? —preguntó Kaladin.

—Entusiasmo, obediencia, ningún temor a quedar como un tonto —dijo Zahel—. Puedo enseñarle a luchar, pero esas cualidades son innatas. Este muchacho lo hará bien.

—Siempre que no caiga encima de nadie.

Renarin se incorporó y se miró, como sorprendido de no haberse roto nada.

—¡Sube y vuelve a hacerlo! —le ordenó Zahel—. ¡Y esta vez, cae de cabeza!

Renarin asintió, dio media vuelta y echó a correr hacia la escalera.

—Quieres que confíe en la protección de la armadura —dijo Kaladin.

—Parte del aprendizaje consiste en conocer los límites de la armadura —respondió Zahel, volviéndose hacia él—. Además, quiero que se mueva con ella. Me hace caso, y eso es bueno. Enseñarle va a ser un verdadero placer. Tu caso es distinto.

Kaladin alzó una mano.

—Gracias, pero no.

—¿Rechazas una oferta para entrenarte con un maestro de armas experto? —preguntó Zahel—. Podría contar con los dedos de una mano los ojos oscuros a los que les han ofrecido esa oportunidad.

—Sí, bueno, ya he pasado por lo del «nuevo recluta». He sufrido los gritos de los sargentos, he sangrado hasta el hueso, he marchado durante horas interminables. De verdad, ya he tenido bastante.

—Esto no es lo mismo —dijo Zahel, llamando a uno de los fervorosos que pasaban por allí. El hombre llevaba una hoja esquilada con guardas de metal sobre los agudos filos, una de las armas que el rey proporcionaba para los entrenamientos.

Zahel cogió la espada del fervoroso y la alzó.

Kaladin asintió.

—¿Qué hay en la hoja?

—Nadie lo sabe con seguridad —dijo Zahel, blandiendo la espada—. Encaja en los bordes, y se adapta a la forma del arma y la vuelve roma y segura. Fuera de las armas, se rompen con sorprendente facilidad. Son inútiles en la lucha. Pero resultan

perfectas para los entrenamientos.

Kaladin gruñó. ¿Algo creado hacía tanto tiempo, para usarlo en los entrenamientos? Zahel inspeccionó la hoja esquilada un momento y apuntó con ella a Kaladin.

Incluso roma, y sabiendo que el hombre no iba a atacarlo de verdad, Kaladin sintió un repentino momento de pánico. Una hoja esquilada. Esta tenía una forma fina y estilizada, con una guarnición grande. Los planos de la espada mostraban grabados de los diez glifos fundamentales. Tenía un palmo de ancho y un metro ochenta de largo, aunque Zahel la sostenía con una sola mano y no parecía perder el equilibrio.

—Niter —dijo Zahel.

—¿Qué? —preguntó Kaladin, frunciendo el ceño.

—Era el jefe de la Guardia de Cobalto antes que tú —explicó Zahel—. Un buen hombre, y un amigo. Murió protegiendo a los hombres de la casa Kholin. Ahora tú tienes el mismo trabajo, y va a costarte hacerlo la mitad de bien que él.

—No veo qué tiene eso que ver con que me apuntes con una hoja esquilada.

—Todo el que envíe asesinos a por Dalinar o sus hijos será poderoso —dijo Zahel—. Tendrán acceso a portadores de esquilada. Contra eso te enfrentas, hijo. Vas a necesitar mucho más entrenamiento que el que da el campo de batalla a un lancero. ¿Has luchado alguna vez contra un hombre armado con una de estas espadas?

—Una o dos veces —dijo Kaladin, relajándose contra la columna cercana.

—No me mientas.

—No te miento —replicó, mirándolo a los ojos—. Pregúntale a Adolin de dónde saqué a su padre hace unas semanas.

Zahel bajó la espada. Tras él, Renarin se lanzó de cabeza desde el techo y se estrelló contra el suelo. Gruñó dentro de su yelmo y se dio la vuelta. El yelmo filtraba luz tormentosa, pero por lo demás parecía ileso.

—Bien hecho, príncipe Renarin —dijo Zahel, sin mirar—. Ahora haz unos cuantos saltos más, a ver si consigues aterrizar de pie.

El joven se levantó y obedeció.

—Muy bien, pues —prosiguió Zahel, blandiendo la espada en el

aire—. Vamos a ver qué puedes hacer, muchacho. Convénceme de que te deje en paz.

La respuesta de Kaladin fue agarrar su lanza y adoptar una posición defensiva, con un pie adelantado y el otro algo más atrás. Sostuvo el arma con la empuñadura hacia delante, en vez de la punta. Cerca de ellos, Adolin entrenaba con otro de los maestros, que tenía la segunda espada del rey y una armadura.

¿Cómo saldría esto? Si Zahel lograba golpear la lanza de Kaladin, ¿fingirían que la había cortado?

El fervoroso se acercó velozmente, alzando la espada con ambas manos. La familiar calma y la concentración de la batalla envolvió a Kaladin. No inspiró luz tormentosa. Necesitaba estar seguro de no confiar demasiado en ella.

«Cuidado con esa hoja esquivada», pensó, dando un paso al frente y tratando de entrar en el perímetro de alcance del arma. Al combatir con un portador de esquivada, todo se centraba en la hoja. La hoja que nada podía parar, la hoja que no solo mataba el cuerpo, sino que cercenaba también el alma. La hoja...

Zahel la soltó.

Golpeó el suelo mientras Zahel se colocaba al alcance de Kaladin, que había estado demasiado concentrado en el arma. Aunque Kaladin intentó colocar la lanza en posición para golpear, Zahel se retorció y le enterró el puño en el estómago. El siguiente golpe, a la cara, lo derribó al suelo.

Kaladin rodó inmediatamente, haciendo caso omiso de los dolores que se retorcían en la arena. Logró incorporarse mientras la vista se le nublaba. Sonrió con una mueca.

—Buen movimiento.

Zahel se volvía ya hacia él, tras recuperar la espada. Kaladin retrocedió, con la lanza todavía adelantada. Zahel sabía manejar su arma. No luchaba como Adolin: daba menos golpes de lado a lado, más tajos de arriba abajo. Rápido y furioso. Hizo retroceder a Kaladin por todo el coso.

«Se cansará de esta estrategia —se decía Kaladin—. Haz que siga moviéndose».

Después de rodear casi por completo el coso, Zahel frenó su ofensiva y empezó a dar vueltas en torno a Kaladin, buscando una brecha.

- Tendrías problemas si yo llevara una armadura —dijo Zahel—.
- Sería más rápido, no me cansaría.
- No llevas ninguna armadura.
- ¿Y si alguien ataca al rey llevándola?
- Utilizaré una táctica diferente.

Zahel gruñó cuando Renarin se estrelló en el suelo. El príncipe casi conservó el equilibrio, pero finalmente se tambaleó y cayó de lado, resbalando en la arena.

—Bueno, si esto fuera un intento de asesinato de verdad —dijo Zahel—, yo también emplearía tácticas distintas.

Se abalanzó hacia Renarin.

Kaladin soltó una maldición y corrió tras Zahel.

Inmediatamente, el hombre se volvió, deteniéndose en la arena y girando para lanzar a Kaladin un poderoso mandoble. El golpe conectó con la lanza, de la que arrancó un sonoro crujido que resonó por todo el terreno de prácticas. Si la espada no hubiera estado embotada, habría roto la lanza en dos y quizás habría arañado el pecho de Kaladin.

Uno de los fervorosos que contemplaba el combate le arrojó a Kaladin media lanza. Habían estado esperando que su arma quedara «cortada» y querían reproducir con la máxima fidelidad posible un combate real. Moash acababa de llegar y parecía preocupado, pero varios fervorosos lo interceptaron y le explicaron la situación.

Kaladin miró de nuevo a Zahel.

—En un combate de verdad —dijo el hombre—, ya habría abatido al príncipe.

—En un combate de verdad —replicó Kaladin—, te habría clavado media lanza cuando hubieras creído que estaba desarmado.

—No habría cometido ese error.

—Entonces no estés tan seguro de que yo habría cometido el error de dejarte llegar hasta Renarin.

Zahel sonrió, una expresión que en su semblante parecía peligrosa. Dio un paso adelante y Kaladin comprendió. Esta vez no habría marcha atrás ni lo mantendría a raya. Kaladin no tendría esa opción si estuviera protegiendo a uno de los miembros de la familia de Dalinar. En cambio, tendría que intentarlo con todas sus fuerzas y fingir que su intención era matar a este hombre.

Eso significaba atacar.

Un combate prolongado y de cerca favorecería a Zahel, ya que Kaladin no podía detener a una hoja esquirrada. Lo mejor que podía hacer era golpear con rapidez y esperar alcanzarlo pronto. Cargó hacia delante y luego se arrojó de rodillas, resbalando en el suelo bajo el golpe de Zahel. Eso le permitiría acercarse y...

Zahel le dio una patada en la cara.

Con la visión borrosa, Kaladin clavó su falsa lanza en la pierna de Zahel. La hoja esquirrada del hombre bajó un segundo después, deteniéndose entre el hombro y el cuello de Kaladin.

—Estás muerto, hijo —dijo Zahel.

—Tienes una herida de lanza en la pierna —dijo Kaladin, jadeando—. Así no puedes perseguir a Renarin. He vencido.

—De todas formas estás muerto —insistió Zahel con un gruñido.

—Mi trabajo consiste en impedir que mates a Renarin. Y eso es lo que acabo de hacer. Él sigue con vida. No importa si el guardaespaldas muere.

—¿Y si el asesino tuviera un amigo? —preguntó una voz desde atrás.

Kaladin se volvió y descubrió a Adolin, ataviado con la armadura y la hoja esquirrada clavada en el suelo ante él. Se había quitado el yelmo y lo sostenía en una mano, mientras que la otra reposaba en la guarda de la espada.

—¿Y si hubiera dos, muchacho del puente? —insistió Adolin con una sonrisa despectiva—. ¿Podrías luchar contra dos portadores a la vez? Si yo quisiera matar a mi padre o al rey, nunca enviaría a uno solo.

Kaladin se puso en pie, haciendo girar el hombro. Miró a Adolin fijamente. Qué condescendiente. Qué seguro de sí mismo. Qué arrogante, el desgraciado.

—Muy bien —intervino Zahel—. Estoy seguro de que entiende el argumento, Adolin. No es necesario...

Kaladin cargó contra el príncipe y le pareció oír que Adolin se reía mientras se colocaba el yelmo.

Algo hervía en el interior de Kaladin.

El portador sin nombre que había matado a tantos amigos suyos. Sadeas, majestuoso con su armadura roja.

Amaram, las manos en una espada manchada de sangre.

Kaladin gritó mientras la espada sin embotar de Adolin se

precipitaba hacia él con uno de los cuidadosos golpes horizontales de la sesión de prácticas del ojos claros. Kaladin se detuvo en seco, alzó su media lanza y dejó que la espada pasara ante él. Entonces golpeó el filo trasero de la hoja esquivada con su lanza, desviando el golpe de Adolin e impidiendo el revés.

Kaladin se abalanzó hacia delante y golpeó al príncipe con el hombro. Fue como chocar contra una pared. Sintió un estallido de dolor, pero el impulso, junto con la sorpresa del golpe inesperado, desequilibró a Adolin. Los dos cayeron, y el portador de esquivada golpeó el suelo con estrépito y un gruñido de sorpresa.

Renarin produjo un estrépito similar al caer al suelo cerca de allí. Kaladin alzó su media lanza como si fuera una daga para clavársela a Adolin en la visera. Por desgracia, este había soltado la espada al caer y alzó una mano enguantada.

Kaladin golpeó con su arma.

Adolin consiguió detener el embate con el guantelete.

El golpe de Kaladin no conectó; en cambio, se encontró volando por los aires, lanzado con toda la fuerza de un portador aumentada por la armadura esquivada, y se retorció en el aire antes de caer a tres metros de distancia. La arena le rozó el costado y el hombro con el que había golpeado a Adolin le ardió de nuevo de dolor. Kaladin jadeó.

—¡Idiota! —gritó Zahel.

Kaladin gruñó, rodando en el suelo. La cabeza le daba vueltas.

—¡Podrías haber matado al muchacho! —Se dirigía a Adolin, que estaba en algún lugar, muy lejos.

—¡Me atacó! —respondió la voz de Adolin, apagada por el yelmo.

—Tú mismo lo desafiaste. —La voz de Zahel sonó más cerca.

—Entonces él se lo buscó —replicó Adolin.

Dolor. Alguien al lado de Adolin. ¿Zahel?

—Llevas una armadura, Adolin. —Sí, era Zahel arrodillado junto a Kaladin, quien empezaba a recuperar la visión—. No se lanza a un compañero de prácticas sin armadura como si fuera un saco de patatas. ¡Tu padre te enseñó algo mejor que eso!

Kaladin inhaló profundamente y se obligó a abrir los ojos. La luz tormentosa de la bolsa que llevaba en el cinturón lo inundó. «No demasiado. No dejes que lo vean. ¡No dejes que te la quiten!».

El dolor desapareció. Su hombro se recompuso: no sabía si se lo había roto o tan solo se lo había dislocado. Zahel soltó un grito de sorpresa cuando Kaladin volvió a ponerse en pie y arremetió de nuevo contra Adolin.

El príncipe retrocedió y llevó la mano al costado, obviamente invocando a su hoja. Kaladin levantó de una patada su media lanza y la atrapó al vuelo mientras se acercaba.

En ese momento lo abandonaron las fuerzas. La tempestad de su interior se desvaneció sin aviso y él tropezó, jadeando al sentir que el dolor se adueñaba de nuevo de su hombro.

Adolin lo agarró por el brazo con un puño enguantado. La hoja esquilada del príncipe se formó en su otra mano, pero en ese momento una segunda hoja se detuvo en el cuello de Kaladin.

—Estás muerto —dijo Zahel desde atrás—. Otra vez.

Kaladin se desplomó en mitad del terreno de prácticas, soltando su media lanza. Se sentía completamente agotado. ¿Qué había sucedido?

—Ve a ayudar a tu hermano con sus saltos —ordenó Zahel a Adolin. ¿Por qué podía darle órdenes a los príncipes?

Adolin se marchó y Zahel se arrodilló junto a Kaladin.

—No te inmutas cuando alguien blande una hoja esquilada ante ti. Es verdad que has luchado antes contra portadores, ¿no?

—Sí.

—Entonces tienes suerte de estar vivo —dijo Zahel, examinándole el hombro—. Eres tenaz. Estúpidamente tenaz. Estás en buena forma, y piensas bien en la pelea. Pero apenas sabes lo que haces contra un portador de esquilada.

—Yo...

¿Qué podía decir? Zahel tenía razón. Sería presuntuoso decir otra cosa. Dos peleas (tres, si contaba la de hoy) no convertían a nadie en un experto. Soltó un gemido cuando Zahel palpó un tendón lastimado. Más dolores en el suelo. Los estaba haciendo trabajar hoy.

—Aquí no hay nada roto —señaló Zahel con un gruñido—. ¿Cómo tienes las costillas?

—Bien —respondió Kaladin, contemplando el cielo mientras permanecía tendido en la arena.

—Bueno, no te obligaré a aprender —dijo Zahel, levantándose

—. De todas formas, no creo que pudiera hacerlo.

Kaladin cerró los ojos. Se sentía humillado, pero ¿por qué? Había perdido combates de entrenamiento antes. Sucedió continuamente.

—Me recuerdas mucho a él —añadió Zahel—. Adolin tampoco accedió a que le enseñara. No al principio.

Kaladin abrió los ojos.

—No me parezco a él.

Zahel soltó una carcajada antes de levantarse para marcharse, riendo, como si acabaran de contarle el mejor chiste del mundo. Kaladin continuó tendido en la arena, mirando al cielo azul, escuchando los sonidos de los hombres que entrenaban. Al cabo de un rato, Syl llegó revoloteando y se posó sobre su pecho.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kaladin—. Me he quedado sin luz tormentosa. Noté como desaparecía.

—¿A quién estabas protegiendo? —quiso saber Syl.

—Yo... estaba entrenándome, como cuando practicaba con Cikatriz y Roca en los abismos.

—¿De verdad era eso? —preguntó Syl.

No lo sabía. Permaneció allí tendido, contemplando el cielo, hasta que por fin recuperó el aliento y se obligó a ponerse en pie con un gruñido. Después de sacudirse el polvo, fue a comprobar cómo estaban Moash y los demás guardias. Mientras tanto, inspiró un poco de luz tormentosa y surtió efecto: sanó lentamente su hombro y alivió sus magulladuras.

Las físicas, al menos.



CINCO AÑOS Y MEDIO ANTES

La seda del nuevo vestido de Shallan era más suave que nada que hubiera poseído en toda su vida. Le acariciaba la piel como una brisa reconfortante. La manga izquierda se cerraba sobre la mano: ya era lo bastante mayor para cubrir su mano segura. Antes soñaba con llevar un vestido de mujer. Su madre y ella...

Su madre...

La mente de Shallan se detuvo. Como una vela que se apaga de pronto, dejó de pensar. Se echó hacia atrás en su asiento, con las piernas recogidas y las manos sobre el regazo. El sombrío comedor de piedra hervía de actividad mientras la mansión Davar se preparaba para recibir a sus invitados. Shallan no sabía quiénes eran, solo que su padre quería que el lugar estuviera immaculado.

No es que pudiera hacer nada para ayudar.

Dos doncellas pasaron corriendo.

—Ella lo vio —le susurraba una a la otra, una muchacha nueva—. La pobrecilla estaba en la habitación cuando sucedió. No ha dicho una palabra en cinco meses. El amo mató a su propia esposa y a su amante, pero no permitió...

Continuaron charlando, pero Shallan no las oía.

Mantuvo las manos sobre su regazo. El vibrante azul de su vestido era el único color real en la habitación. Ella estaba sentada

en el estrado, junto a la alta mesa. Media docena de criadas vestidas de marrón, con guantes en sus manos seguras, fregaban el suelo y pulían los muebles. Los parshmenios trajeron unas cuantas mesas más. Una doncella abrió las ventanas de par en par, dejando entrar el húmedo aire fresco de la reciente tormenta.

Shallan captó que volvían a mencionar su nombre. Al parecer las criadas pensaban que, puesto que no hablaba, tampoco las oía. En ocasiones se preguntaba si era invisible. Tal vez no era real. Eso estaría bien...

La puerta del salón se abrió de golpe y entró Nan Helaran. Alto, musculoso, de barbilla cuadrada. Su hermano mayor era ya todo un hombre. Los demás... eran niños. Incluso Tet Balat, que ya había alcanzado la mayoría de edad. Helaran escrutó la sala, quizá buscando a su padre. Entonces se acercó a Shallan con un pequeño bulto bajo el brazo. Las criadas se marcharon a toda prisa.

—Hola, Shallan —dijo Helaran, agachándose junto a su silla—. ¿Has venido a supervisar?

Era un lugar permitido para ella. A su padre no le gustaba que estuviera en ningún sitio donde no pudieran vigilarla. Le preocupaba.

—Te he traído una cosa —dijo Helaran, desenvolviendo el paquete—. Lo ordené para ti en Tenaza del Norte, y el mercader acaba de llegar. —Sacó un zurrón de cuero.

Shallan lo cogió, vacilante. La sonrisa de Helaran era tan amplia que prácticamente brillaba. Era difícil fruncir el ceño en una habitación donde él estaba sonriendo. Cuando estaba cerca, ella casi podía fingir... Casi podía...

Su mente se quedó en blanco.

—¿Shallan? —preguntó él, sacudiéndola.

La joven abrió el zurrón. Dentro había una libreta de papel para dibujar, del grueso y caro, y unos cuantos lápices de carboncillo. Se llevó a los labios la mano segura cubierta.

—He echado de menos tus dibujos —dijo Helaran—. Creo que podrías ser muy buena, Shallan. Deberías practicar más.

Ella pasó los dedos de la mano derecha sobre el papel, luego cogió un lápiz. Empezó a dibujar. Había pasado mucho tiempo.

—Necesito que vuelvas, Shallan —dijo Helaran suavemente.

Ella se encorvó, el lápiz rascando sobre el papel.

—¿Shallan?

Ninguna palabra. Solo dibujos.

—Voy a estar fuera muchas veces en los próximos años —dijo Helaran—. Necesito que cuides a los demás por mí. Me preocupa Balat. Le di un nuevo cachorro de sabueso-hacha y él... no lo trató bien. Tienes que ser fuerte, Shallan. Por ellos.

Las criadas se habían quedado calladas tras la llegada de Helaran. Enredaderas aletargadas colgaban ante la ventana. El lápiz de Shallan continuó moviéndose como si no fuera ella quien hacía el dibujo, como si este saliera de la página y el carboncillo absorbiera la textura. Como si fuera sangre.

Helaran suspiró y se puso en pie. Entonces vio lo que ella estaba dibujando. Cuerpos, boca abajo, en el suelo con...

Agarró el papel y lo arrugó. Sobresaltada, Shallan retrocedió, sujetando el lápiz con los dedos temblorosos.

—Dibuja plantas y animales —dijo Helaran—. Cosas seguras, Shallan. No te obsesiones con lo sucedido.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Shallan.

—No podemos vengarnos todavía —añadió Helaran en voz baja—. Balat no puede dirigir la casa y yo debo estar fuera. Pero será pronto.

La puerta se abrió. Su padre era un hombre corpulento, con barba descuidada, que no seguía ninguna moda. Sus ropas vedan evitaban los diseños modernos. En cambio, llevaba una especie de falda de seda llamada ulatu y una ajustada camisa con una túnica encima. Tampoco vestía pieles de armiño, como sin duda hicieron sus abuelos, pero por lo demás era muy tradicional.

Era más alto que Helaran, más alto que cualquier otra persona de la mansión. Más parshmenios entraron tras él, cargando fardos de comida para las cocinas. Los tres tenían la piel moteada: dos de ellos con manchas rojas sobre un fondo negro y la tercera con marcas rojas sobre blanco. A su padre le gustaban los parshmenios: no replicaban.

—¡Me he enterado de que fuiste a los establos para ordenar que prepararan uno de mis carruajes, Helaran! —gritó—. ¡No permitiré más vagabundeos!

—Hay cosas más importantes en este mundo —replicó Helaran—. Más importantes incluso que tú y tus crímenes.

—No consiento que me hables así —dijo el hombre, avanzando y señalando a Helaran con un dedo—. Soy tu padre.

Las criadas corrieron hacia un lado, intentando quitarse de en medio. Shallan apretó el zurrón contra su pecho e intentó hacerse más pequeña en su silla.

—Eres un asesino —declaró Helaran sin alterarse.

Su padre se detuvo, con el rostro enrojecido bajo la barba. Entonces continuó avanzando.

—¿Cómo te atreves? ¿Crees que no puedo ordenar que te encarcelen? Porque eres mi heredero, crees que yo...

Algo se formó en la mano de Helaran, una línea de bruma que se convirtió en una espada plateada. Una hoja de dos metros de largo, curvada y gruesa, con el lado romo alzándose en forma de llamas o quizás ondas de agua. Tenía una gema en la empuñadura, y cuando la luz se reflejó en el metal, los rebordes parecieron moverse.

Helaran era un portador de esquirlada. ¡Padre Tormenta! ¿Cómo? ¿Cuándo?

Su padre se detuvo en seco. Helaran saltó del bajo estrado y apuntó con la espada a su progenitor. La punta le tocó el pecho.

El hombre alzó las manos a los costados, mostrando las palmas.

—Eres una vil corrupción en esta casa —dijo Helaran—. Debería clavarte esto en el pecho. Sería un acto de clemencia.

—Helaran... —La pasión parecía haberse borrado de su padre, como el color de su rostro, que se había vuelto completamente blanco—. No sabes lo que crees que sabes. Tu madre...

—No pienso escuchar tus mentiras —dijo Helaran, girando la muñeca y con ella la espada, cuya punta todavía estaba apoyada contra el pecho del otro hombre—. Así que tranquilo.

—No —susurró Shallan.

Helaran ladeó la cabeza y se volvió, sin mover la espada.

—No —dijo Shallan—, por favor.

—¿Ahora hablas? ¿Para defenderle? —La risa de Helaran sonó como un ladrido salvaje. Apartó la espada del pecho de su padre, que se sentó en una silla, todavía pálido.

—¿Cómo? Una hoja esquirlada. ¿Dónde? —Su padre alzó súbitamente la cabeza—. Pero no. Es diferente. ¿Tus nuevos amigos? ¿Ellos te confiaron esta riqueza?

—Tenemos un trabajo importante que hacer —anunció Helaran,

dando media vuelta y acercándose a Shallan. Posó afectuosamente una mano sobre su hermana. Continuó, en voz más baja—: Otro día te lo contaré, hermana. Me alegra oír tu voz de nuevo antes de marcharme.

—No te vayas —susurró ella. Las palabras parecieron una gasa en su boca. Habían pasado meses desde la última vez que habló.

—No me queda más remedio. Por favor, haz algunos dibujos para mí mientras estoy fuera. De cosas bonitas. De días más alegres. ¿Lo harás?

Ella asintió.

—Adiós, padre —dijo Helaran antes de dar media vuelta y salir de la habitación—. Trata de no estropear demasiadas cosas mientras estoy fuera. Volveré periódicamente para comprobarlo. —Su voz resonó en el pasillo mientras se marchaba.

El brillante señor Davar se levantó, rugiendo. Las pocas criadas que quedaban en la habitación huyeron a los jardines por la puerta lateral. Shallan se encogió, horrorizada, mientras su padre levantaba la silla y la lanzaba contra la pared. Volcó de una patada una mesa pequeña, y luego cogió las sillas una por una y las destrozó contra el suelo con golpes brutales y repetidos.

Respirando profundamente y volvió la mirada hacia ella.

Shallan gimió ante la ira y la falta de humanidad que se apreciaba en sus ojos. Cuando sus pupilas se centraron en ella, la vida regresó a ellas. Su padre soltó una silla rota y le dio la espalda, como avergonzado, antes de huir de la habitación.



La forma artística para la belleza y el tono.

Uno anhela las canciones que crea.

*La mayoría incomprensida por el artista es cierto,
vienen los spren a los destinos de los cimientos.*

*De La canción de las clasificaciones de los oyentes,
estrofa 90*

El sol era un ascua ardiente que se hundía en el horizonte hacia el olvido, mientras Shallan y su pequeña caravana se acercaban a la fuente del humo que tenían delante. Aunque la columna había menguado de tamaño, en ese momento distinguió que procedía de tres puntos distintos.

Se puso en pie en la bamboleante carreta mientras ascendían una última colina, y luego se detuvieron a pocos metros de poder ver qué había allí. Ah, claro: remontar la colina sería muy mala idea si había bandidos esperando al otro lado.

Bluth bajó de la carreta y echó a correr. No era demasiado ágil, pero sí el mejor explorador que tenían. Se agachó y se quitó el sombrero demasiado elegante, antes de ascender por la colina para echar un vistazo. Un momento después se irguió, olvidado el

intento de sigilo.

Shallan saltó de su asiento y echó a correr, aunque las faldas se le enganchaban en las retorcidas ramas de los brezos aquí y allá. Llegó a la cima de la colina antes de que lo hiciera Tvvlakv.

Reinaba el silencio. Tres carretas humeaban y los signos de una batalla cubrían el terreno: flechas diseminadas y un montón de cadáveres. A Shallan le dio un vuelco el corazón cuando vio a los vivos entre los muertos. Unas cuantas figuras cansadas rebuscaban entre los restos o movían los cuerpos. No iban vestidos como bandidos, sino como honrados trabajadores de las caravanas. Cinco carros más se apiñaban al otro extremo del campamento. Algunos estaban chamuscados, pero todos parecían operativos y seguían cargados de mercancías.

Hombres y mujeres armados atendían sus heridas. Guardias. Un grupo de asustados parshmenios cuidaban a los chulls. Habían atacado a esta gente, pero habían sobrevivido.

—Por el aliento de Kelek... —dijo Tvvlakv. Se dio media vuelta e indicó a Bluth y Shallan que retrocedieran—. Atrás, antes de que nos vean.

—¿Qué? —dijo Bluth, aunque obedeció—. Pero si es otra caravana, como esperábamos.

—Sí, y no tienen por qué saber que estamos aquí. Es posible que quieran hablar con nosotros, y eso nos retrasaría. ¡Mira! —Señaló hacia atrás.

A la luz del crepúsculo, Shallan distinguió una sombra que remontaba una colina no muy lejos tras ellos. Los desertores. Indicó a Tvvlakv que le entregara su catalejo y este obedeció a regañadientes. La lente estaba resquebrajada, pero Shallan pudo echar un buen vistazo. La treintena aproximada de hombres eran soldados, como había informado Bluth. No llevaban ningún estandarte, no marchaban en formación ni vestían uniforme alguno, pero parecían bien equipados.

—Tenemos que bajar y pedir ayuda a la otra caravana —decidió Shallan.

—¡No! —exclamó Tvvlakv, recuperando el catalejo—. ¡Tenemos que huir! ¡Los bandidos verán a este grupo, más rico pero más débil, y caerán sobre ellos en vez de sobre nosotros!

—¿Y crees que luego no nos perseguirán? —repuso Shallan—.

Nuestras huellas serán fácilmente visibles. ¿Crees que no nos alcanzarán dentro de unos días?

—Habrá una alta tormenta esta noche. Puede que cubra nuestras huellas y se lleve las conchas de las plantas que aplastamos.

—No creo —replicó ella—. Si nos quedamos con esta nueva caravana, podremos añadir nuestra fuerza a la de ellos. Podremos aguantar. Es...

Bluth alzó de repente una mano y se volvió.

—He oído algo. —Dio media vuelta, buscando su cachiporra.

Había una figura cerca, oculta por las sombras. Al parecer, la caravana de abajo tenía un explorador propio.

—Los condujisteis directamente hacia nosotros, ¿no? —preguntó una voz de mujer—. ¿Qué son? ¿Más bandidos?

Tvlakv alzó su esfera y descubrieron que el explorador era una mujer ojos claros de altura media y constitución atlética. Llevaba pantalones y un largo gabán que casi parecía un vestido, sujeto a la cintura. En la mano segura llevaba un guante pardo y hablaba alezi sin ningún acento.

—Yo... —dijo Tvlakv—. Solo soy un humilde mercader, y...

—Los que nos persiguen son sin duda bandidos —interrumpió Shallan—. Vienen persiguiéndonos todo el día.

La mujer soltó una maldición y alzó su propio catalejo.

—Bien equipados —murmuró—. Desertores, supongo. Lo que nos faltaba. ¡Yix!

No lejos de allí, se levantó una segunda figura, vestida con ropas oscuras del color de la piedra. Shallan dio un respingo. ¿Cómo era posible que no lo hubiera visto? ¡Con lo cerca que estaba! Llevaba una espada al cinto. ¿Un ojos claros? No, un forastero, a juzgar por el cabello dorado. Ella nunca estaba segura de lo que significaba el color de ojos para su estatus social. No había gente con ojos claros en la región de Makabaki, aunque tenían reyes, y prácticamente todo el mundo en Iri tenía los ojos color amarillo claro.

Se acercó corriendo, con la mano en el arma, observando a Bluth y Tag con evidente hostilidad. La mujer le dijo algo en una lengua que Shallan no conocía, y el hombre asintió antes de echar a correr hacia la caravana de más abajo. La mujer lo siguió.

—Espera —la llamó Shallan.

—No tengo tiempo para charlar —replicó—. Hemos de luchar

contra dos grupos de bandidos.

—¿Dos? ¿No derrotasteis al que os atacó antes?

—Conseguimos que se retiraran, pero volverán pronto. —La mujer se detuvo un instante—. El fuego fue un accidente, creo. Usaban antorchas para asustarnos. Se retiraron para que apagáramos los incendios, ya que no querían perder más mercancía.

Dos fuerzas, entonces. Bandidos por delante y por detrás. Shallan notó que sudaba pese al aire frío mientras el sol desaparecía bajo el horizonte occidental.

La mujer miró hacia el norte, hacia el lugar donde debía de haberse retirado su grupo de bandidos.

—Sí, volverán —añadió—. Querrán acabar con nosotros antes de que llegue la tormenta esta noche.

—Os ofrezco mi protección —se oyó decir Shallan.

—¿Tu protección? —repitió la mujer, sorprendida, al tiempo que se volvía hacia ella.

—Si nos aceptáis a mí y a los míos en vuestro campamento —dijo Shallan—, me encargaré de vuestra seguridad esta noche. Después necesitareé vuestro servicio para que me llevéis a las Llanuras Quebradas.

La mujer se echó a reír.

—Eres decidida, seas quien seas. ¡Puedes unírte a nuestro campamento, pero morirás con nosotros!

Se oían unos gritos procedentes de la caravana. Al cabo de un instante, una lluvia de flechas atravesó la noche desde esa dirección, arrasando a las carretas y los trabajadores de la caravana.

Chillidos.

Los bandidos surgieron de la oscuridad. No estaban tan bien equipados como los desertores, pero no hacía falta. A la caravana le quedaban menos de una docena de guardias. La mujer soltó una maldición y echó a correr colina abajo.

Shallan se estremeció, abriendo mucho los ojos ante la súbita carnicería que se estaba produciendo más abajo. Entonces se dio media vuelta y se encaminó hacia las carretas de Tvlakv. Ese súbito escalofrío le resultaba familiar. El frío de la claridad. Sabía lo que debía hacer. Ignoraba si funcionaría, pero vio la solución, como las líneas de un boceto, uniéndose para transformar garabatos aleatorios en un dibujo completo.

—Tvlakv —dijo—, lleva a Tag abajo e intenta ayudar a esa gente a luchar.

—¿Qué? No. No, no pienso arriesgar la vida por tu necesidad.

Ella lo miró a los ojos en medio de la penumbra y el hombre se detuvo. Shallan sabía que brillaba levemente: notaba la tormenta en su interior.

—Hazlo. —Lo dejó y se encaminó hacia su carreta—. Bluth, da la vuelta al carro.

Él estaba de pie junto a la carreta con una esfera en la mano, contemplando algo. ¿Una hoja de papel? Sin duda Bluth no entendía de glifos.

—¡Bluth! —exclamó Shallan al tiempo que se encaramaba en la carreta—. Tenemos que ponernos en marcha. ¡Ahora mismo!

Él se estremeció, guardó el papel y ocupó su asiento junto a ella. No tardó en azuzar al chull para que se diera la vuelta.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—Vamos al sur.

—¿Hacia los bandidos?

—Sí.

Por una vez siguió sus indicaciones sin quejarse, azuzando al chull para que fuera más rápido, como si estuviera ansioso por acabar con todo eso de una vez. La carreta se sacudió y estremeció mientras bajaban por una colina y luego subían por otra.

Llegaron a la cima y contemplaron a los bandidos que subían hacia ellos. Llevaban antorchas y linternas de esferas, así que Shallan pudo verles las caras. Expresiones oscuras en hombres sombríos con las armas desenvainadas. Sus petos o sus jubones de cuero tal vez tuvieron en algún momento símbolos de vasallaje, pero ella advirtió que los habían recortado o arrancado.

Los desertores la miraron con clara sorpresa. No esperaban que su presa viniera hacia ellos. Su llegada los aturdió durante un momento. Un momento importante.

«Habrà un oficial —pensó Shallan, de pie en su asiento—. Son soldados, o lo fueron en el pasado. Tendrán una estructura de mando».

Shallan inspiró profundamente. Bluth alzó su esfera, mirándola, y gruñó como con sorpresa.

—¡Bendito sea el Padre Tormenta por haberos traído aquí! —les

gritó Shallan a los hombres—. Necesito vuestra ayuda desesperadamente.

El grupo de desertores se la quedó mirando.

—¡Bandidos! —exclamó Shallan—. Unos bandidos despiadados están atacando a nuestros amigos de la caravana, dos colinas más allá. ¡Es una masacre! Dije que había visto soldados aquí atrás, dirigiéndose hacia las Llanuras Quebradas, pero nadie me creyó. Por favor, tenéis que ayudarnos.

De nuevo, ellos se la quedaron mirando. «Un poco como el visón que se cuele en el cubil del espinablanca y pregunta cuándo es la cena...», pensó Shallan. Finalmente, los hombres arrastraron inquietos los pies y se volvieron hacia un hombre que estaba en el centro del grupo. Alto, barbudo, tenía brazos que parecían demasiado largos para su cuerpo.

—Bandidos, dice —replicó el hombre, con voz inexpresiva.

Shallan saltó de la carreta y caminó hacia el hombre, dejando a Bluth sentado como si fuera un bulto silencioso. Los desertores le dejaron paso. Iban vestidos con ropas sucias y desgarradas, con el pelo revuelto y descuidado, y sus caras no habían visto una navaja (ni una toalla) en años. Y, sin embargo, a la luz de las antorchas, sus armas brillaban sin una mancha de óxido y sus petos estaban pulidos hasta el punto de reflejar sus rasgos.

La mujer que Shallan vio en uno de los petos parecía demasiado alta, demasiado regia, para ser ella misma. En vez del pelo enmarañado, tenía una larga melena roja y ondulada. En vez de harapos de refugiada, lucía un vestido con bordados de oro. No llevaba collar antes, y cuando alzó la mano hacia el jefe de la banda, sus uñas lastimadas parecieron perfectamente cuidadas.

—Brillante —dijo el hombre mientras ella se acercaba—, no somos lo que crees que somos.

—Al contrario —respondió Shallan—. Vosotros no sois lo que creéis que sois.

Los que la rodeaban a la luz del fuego la contemplaban con miradas ansiosas, y ella sintió que todo su cuerpo se erizaba. En el cubil del depredador, en efecto. Sin embargo, la tormenta que se había desatado en su interior la espoleó a la acción, y la instaba a sentir más confianza.

El jefe abrió la boca como para dar alguna orden, pero Shallan

lo interrumpió.

—¿Cuál es tu nombre?

—Me llaman Vathah —respondió el tipo, volviéndose hacia sus aliados. Era un nombre vorin, igual que el de Shallan—. Y yo decidiré qué hacer contigo más tarde. Gaz, coge a esta y...

—¿Qué serías capaz de hacer, Vathah, para borrar el pasado? —lo interrumpió Shallan, hablando en voz alta.

Él se volvió a mirarla y la luz de las antorchas le iluminó un lado del rostro.

—¿Protegerías en vez de matar, si tuvieras la oportunidad? —preguntó Shallan—. ¿Rescatarías en vez de robar si pudieras empezar de nuevo? Hay buenas personas que están muriendo mientras nosotros hablamos. Puedes impedirlo.

Los oscuros ojos del hombre parecían muertos.

—No podemos cambiar el pasado.

—Pero yo puedo cambiar vuestro futuro.

—Somos hombres buscados.

—En efecto, he venido en busca de hombres. Esperaba encontrar hombres. Se os ofrece la oportunidad de volver a ser soldados. Venid conmigo. Me encargaré de que tengáis una nueva vida. Una nueva vida que empezará salvando en vez de matar.

Vathah bufó, despectivo. Su rostro parecía inacabado, tosco, como un boceto.

—Los brillantes señores nos han fallado en el pasado.

—Escucha —dijo Shallan—. ¿No oyes los gritos?

Unos chillidos agónicos los alcanzaron. Alaridos de ayuda. Trabajadores de la caravana, tanto hombres como mujeres. Estaban muriendo. Sonidos espantosos. Shallan se sorprendió, a pesar de haberlos señalado, de la claridad con que llegaban los sonidos. Hasta qué punto parecían súplicas de ayuda.

—Date otra oportunidad —insistió Shallan en voz baja—. Si regresas conmigo, me encargaré de que tus delitos sean perdonados. Te lo prometo por todo lo que tengo, por el mismísimo Todopoderoso. Podéis empezar de nuevo. Comenzar como héroes.

Vathah le sostuvo la mirada. Este hombre era de piedra. Shallan advirtió con tristeza que no se dejaba conmover. La tempestad de su interior empezó a difuminarse y sus temores aumentaron. ¿Qué estaba haciendo? ¡Eso era una locura!

Vathah apartó de nuevo la mirada y ella supo que había perdido la ocasión. El hombre ladró la orden para que la apresaran.

Nadie se movió. Shallan se había centrado solo en él, no en las otras dos docenas de hombres que se habían ido acercando con las antorchas en alto. La miraban con aire expectante y sin asomo de la lujuria que ella había advertido antes. En cambio, tenían los ojos muy abiertos, ansiosos, reaccionando a los lejanos gritos. Los hombres acariciaron sus uniformes, el lugar donde antes habían llevado sus insignias. Otros miraban sus lanzas y hachas, armas de un servicio quizá no muy lejano en el tiempo.

—¡Estúpidos! ¿Os lo estáis pensando? —masculló Vathah.

Un hombre, un tipo bajo con la cara marcada de cicatrices y un parche en un ojo, asintió.

—No me importaría empezar de nuevo —murmuró—. Tormentas, sí que estaría bien.

—Una vez le salvé la vida a una mujer —dijo otro, un hombre alto y calvo de cuarenta y pocos años—. Me sentí como un héroe durante varias semanas. Me invitaba en la taberna. Recibí afecto. ¡Maldición! Aquí nos estamos muriendo.

—¡Nos marchamos para escapar de su opresión! —gritó Vathah.

—¿Y qué hemos hecho con nuestra libertad, Vathah? —preguntó un hombre desde el fondo del grupo.

En el silencio que siguió, Shallan solo oyó los gritos de ayuda.

—Por todas las tormentas, yo pienso ir —dijo el hombre del parche, y echó a correr colina arriba. Otros se dieron la vuelta y lo siguieron.

Shallan se volvió, con las manos unidas, mientras casi el grupo entero echaba a correr. Bluth permanecía de pie en lo alto de la carreta, con el rostro sorprendido iluminado por las luces de las antorchas que pasaban junto a él. Entonces soltó un aullido, saltó del carro y alzó su cachiporra mientras se unía a los desertores que cargaban hacia la batalla.

Shallan se quedó con Vathah y dos hombres más. Estos parecían aturdidos por lo que acababa de suceder. El jefe se cruzó de brazos y soltó un fuerte suspiro.

—Son todos unos idiotas.

—No son idiotas por querer estar mejor de lo que están —dijo Shallan.

Él bufó, mirándola de arriba abajo. Shallan sintió un inmediato arrebató de miedo. Unos momentos antes, ese hombre estaba dispuesto a robarle o hacerle algo peor. No hizo ningún movimiento hacia ella, aunque su cara parecía aún más amenazadora ahora que las antorchas ya no estaban.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Shallan Davar.

—Bien, brillante Shallan —dijo él—. Espero por tu bien que puedas mantener tu palabra. Vamos, muchachos. Veamos si podemos salvar la vida a esos idiotas. —Se marchó con los otros que habían quedado atrás y subieron la colina hacia la batalla.

Shallan se quedó sola en la noche, resoplando suavemente. No brotó ninguna luz: la había consumido toda. Los pies no le dolían ya tanto, pero se sentía agotada, vacía como un odre de vino pinchado. Se dirigió a la carreta y se desplomó contra ella, hasta acabar sentada en el suelo. Echó atrás la cabeza y miró al cielo. Unos cuantos agotaspren se alzaron a su alrededor, pequeños remolinos de polvo que giraban en el aire.

Salas, la primera luna, creó un disco violeta en el centro de un amasijo de brillantes estrellas blancas. Los gritos y alaridos de la lucha continuaban. ¿Serían suficientes los desertores? No sabía cuántos bandidos había.

Allí sería inútil, solo una molestia. Cerró los ojos, luego se subió al asiento y sacó su cuaderno. Entre los sonidos de lucha y muerte, dibujó los glifos para una oración de esperanza.

—Te escucharon —dijo Patrón, zumbando junto a ella—. Los cambiaste.

—No puedo creer que funcionara —dijo Shallan.

—Ah... Se te dan bien las mentiras.

—No, quiero decir que eso era una forma de hablar. Parece imposible que me hayan hecho caso. Criminales endurecidos.

—Eres mentiras y verdad —dijo Patrón en voz baja—. Esas cosas transforman.

—¿Qué quieres decir? —Era difícil dibujar solo con la luz de Salas, pero lo hizo lo mejor que pudo.

—Antes hablaste de una potencia —explicó Patrón—. Tejer con luz, el poder de la luz. Pero tienes algo más. El poder de la transformación.

—¿Moldear almas? —dijo Shallan—. No he moldeado a nadie.

—Mmm. Sin embargo, los transformaste. Y aun así... Mmm.

Shallan terminó su oración, aunque no creía que al Todopoderoso fuera a importarle. La apretujó contra su pecho y cerró los ojos, esperando hasta que los gritos de la batalla se acallaron.



La forma meditación hecha para la paz, se dice.

Forma de enseñanza y consuelo.

*Cuando la usaron los dioses, en cambio,
se convirtió en forma de mentiras y desolación.*

*De La canción de las clasificaciones de los oyentes,
estrofa 33*

Shallan cerró los ojos de Bluth, sin mirar el agujero abierto en su torso por el que asomaban las entrañas sanguinolentas. A su alrededor, los trabajadores recuperaban lo que podían del campamento. La gente gemía, aunque algunos de aquellos lamentos se apagaron cuando Vathah fue ejecutando a los bandidos uno por uno.

Shallan no lo detuvo. Hacía su trabajo sombríamente, y cuando pasó por su lado no la miró. «Está pensando que estos bandidos podrían haber sido fácilmente sus hombres y él —pensó Shallan, mirando de nuevo a Bluth, su rostro muerto iluminado por las llamas—. ¿Qué separa a los héroes de los villanos? ¿Un discurso en la noche?».

Bluth no era la única baja del ataque; Vathah había perdido a siete soldados. Habían matado a más del doble de bandidos. Agotada, Shallan se levantó, pero vaciló al ver que algo sobresalía

en la chaqueta de Bluth. Se agachó y abrió la prenda.

Allí, en el bolsillo, estaba el dibujo que ella le había hecho. El que lo mostraba no como era, sino como ella imaginaba que podría haber sido. Un soldado en un ejército, con un uniforme radiante. Los ojos al frente, en vez de mirando al suelo todo el tiempo. Un héroe.

¿Cuándo lo había cogido del cuaderno? Shallaan lo soltó y lo dobló, alisando las arrugas.

—Me equivoqué —susurró—. Eras una buena forma de volver a iniciar mi colección, Bluth. Lucha bien por el Todopoderoso en tu sueño, valiente.

Se levantó y contempló el campamento. Varios de los parshmenios de la caravana arrastraban cadáveres hacia las hogueras para incinerarlos. La intervención de Shallaan había rescatado a los mercaderes, pero no sin grandes bajas. No las había contado, pero parecían elevadas. Docenas de muertos, incluyendo a la mayoría de los guardias de la caravana, entre ellos el hombre iriali que había encontrado antes.

Agotada, Shallaan quiso arrastrarse a su carreta y acurrucarse para dormir. En cambio, se fue a buscar a los líderes de la caravana.

La exploradora de antes, demacrada y cubierta de sangre, estaba de pie junto a una mesa de viaje, donde hablaba con un hombre mayor y barbudo que tenía una gorra de fieltro. Sus ojos eran azules, y se pasaba los dedos por la barba mientras examinaba una lista que le había traído la mujer.

Los dos alzaron la cabeza cuando Shallaan se acercó. La mujer se llevó la mano a la espada; el hombre continuó acariciándose la barba. Cerca, los trabajadores de la caravana rebuscaban en los contenidos de una carreta que había volcado, desparramando fardos de tela.

—Y aquí está nuestra salvadora —dijo el hombre—. Brillante, los vientos mismos no pueden hablar de tu majestuosidad o de lo maravilloso de tu llegada providencial.

Shallaan no se sentía majestuosa. Se sentía cansada, dolorida, y malhumorada. Sus pies descalzos, ocultos por lo largo de sus faldas, habían empezado a dolerle de nuevo, y su habilidad para tejer con luz se había agotado. Su vestido parecía casi tan pobre como el de una mendiga, y su pelo, aunque trenzado, era un absoluto caos.

—¿Eres el dueño de la caravana? —preguntó Shallan.

—Mi nombre es Macob —respondió el hombre. Ella no acertó a identificar su acento. No era thayleño ni alezi—. Ya conoces a mi socia, Tyn —indicó a la mujer con la cabeza—. Es la jefa de nuestros guardias. Tanto sus soldados como mis artículos se han visto... menguados tras los encuentros de esta noche.

Tyn se cruzó de brazos. Seguía llevando su gabán pardo, y a la luz de las esferas de Macob Shallan pudo ver que era de buen cuero. ¿Cómo interpretar a una mujer que vestía como un soldado y llevaba una espada al cinto?

—Le estaba contando a Macob tu oferta —dijo Tyn—. Lo de antes, en la colina.

Macob se echó a reír, un sonido incongruente considerando el ambiente que los rodeaba.

—Oferta, lo llama. ¡Mi asociada tiene la impresión de que en realidad fue una amenaza! Esos mercenarios trabajan obviamente para ti. Nos preguntamos cuáles son tus intenciones para esta caravana.

—Los mercenarios no trabajaban para mí antes —contestó Shallan—, pero lo hacen ahora. Hizo falta un poco de persuasión.

Tyn alzó una ceja.

—Debe de haber sido una persuasión bastante poderosa, brillante...

—Shallan Davar. Todo lo que te pido es lo que le dije a Tyn antes. Acompañadme a las Llanuras Quebradas.

—Sin duda eso podrán hacerlo tus soldados —dijo Macob—. No necesitas nuestra ayuda.

«Os quiero para que recordéis a los “soldados” lo que han hecho», pensó Shallan. Su intuición le decía que cuantos más recordatorios de la civilización tuvieran los desertores, mejor estaría ella.

—Son soldados —dijo Shallan—. No tienen ni idea de cómo tratar adecuadamente a una dama ojos claros. En cambio tú tienes bonitas carretas y mercancías en abundancia. No sé si te habrás fijado en mi humilde aspecto, pero necesito desesperadamente un poco de lujo. Prefiero no llegar a las Llanuras Quebradas pareciendo una vagabunda.

—Podríamos utilizar a sus soldados —intervino Tyn—. Mis

fuerzas han quedado muy mermadas. —Inspeccionó de nuevo a Shallan, esta vez con curiosidad. No era una mirada hostil.

—Entonces haremos un trato —propuso Macob, sonriendo de oreja a oreja y extendiendo la mano sobre la mesa hacia Shallan—. En agradecimiento por mi vida, me encargaré de que tengas nuevos vestidos y buena comida durante nuestro viaje. Tus hombres y tú aseguraréis nuestra seguridad durante el resto del camino, y cuando nos separemos, estaremos en paz.

—De acuerdo —asintió Shallan, estrechando su mano—. Os permitiré que os unáis a mí, tu caravana a la mía.

Macob vaciló.

—Tu caravana.

—Sí.

—¿Y tu autoridad, entonces, supongo?

—¿Acaso te sorprende?

Él suspiró, pero no retiró la mano.

—No, supongo que no. Supongo que no. —Le soltó la mano, y luego señaló a un par de personas que esperaban junto a las carretas. Tvlakv y Tag—. ¿Y esos?

—Son míos —dijo Shallan—. Yo me encargaré de ellos.

—Mantenlos en la parte de atrás de la caravana, por favor —dijo Macob, torciendo el gesto—. Oficio sucio. Preferiría que nuestra caravana no apestara a esa mercancía. Sea como sea, es mejor que reúnas a tu gente. Habrá una alta tormenta pronto. Después de haber perdido las carretas, no nos sobran refugios.

Shallan los dejó y cruzó el valle, procurando que no la afectara el hedor a sangre mezclado con el tufo a quemado. Una forma se separó de la oscuridad y se situó a su lado. A pesar de estar a la luz, Vathah no parecía menos intimidatorio.

—Dime —pidió Shallan.

—Algunos de mis hombres han muerto —expuso, con voz inexpresiva.

—Murieron haciendo muy buen trabajo —dijo Shallan—, y las familias de los que vivieron los bendecirán por su sacrificio.

Vathah la agarró por el brazo, obligándola a detenerse. Su tenaza fue firme, incluso dolorosa.

—No tienes el mismo aspecto de antes —dijo. Ella no se había dado cuenta de lo alto que era—. ¿Me confundieron mis ojos? Allí,

en la oscuridad, vi a una reina. Ahora solo se me presenta una niña.

—Quizá viste lo que tu conciencia necesitaba que vieras —replicó Shallan, tirando sin éxito de su brazo. Se ruborizó.

Vathah se inclinó hacia ella. Su aliento no era particularmente agradable.

—Mis hombres han hecho cosas peores que esta —susurró, señalando con la otra mano a los muertos que estaban quemando—. En las tierras salvajes, robamos. Matamos. ¿Crees que lo ocurrido una noche nos absuelve? ¿Crees que una noche detendrá las pesadillas?

Shallan sintió un vacío en el estómago.

—Si vamos contigo a las Llanuras Quebradas, somos hombres muertos —prosiguió Vathah—. Nos ahorcarán en el momento en que regresemos.

—Mi palabra...

—¡Tu palabra no significa nada, mujer! —gritó él, apretando su tenaza.

—Deberías soltarla —intervino Patrón tranquilamente desde atrás.

Vathah se dio la vuelta, pero no había nadie cerca. Shallan divisó a Patrón detrás del uniforme de Vathah cuando este se volvió.

—¿Quién ha dicho eso? —exigió Vathah.

—Yo no he oído nada —dijo Shallan, consiguiendo parecer tranquila.

—Deberías soltarla —repitió Patrón.

Vathah miró de nuevo a su alrededor y luego de nuevo a Shallan, que lo miró a su vez, impávida. Incluso forzó una sonrisa.

La soltó y se frotó la mano en los pantalones antes de retirarse. Patrón se deslizó por su espalda y su pierna hasta llegar al suelo, luego corrió hacia Shallan.

—Ese será un problema —dijo Shallan, frotándose el lugar donde la había agarrado.

—¿Es una forma de hablar? —preguntó Patrón.

—No. Lo digo en serio.

—Curioso —dijo Patrón, viendo retirarse a Vathah—, porque creo que es ya un problema.

—Cierto.

Ella continuó dirigiéndose hacia Tvlakv, que estaba sentado en el asiento de su carreta, con las manos cruzadas. Le sonrió al verla llegar, aunque ese día su expresión parecía particularmente forzada.

—Bien —dijo, como sin darle importancia—, ¿lo sabías desde el principio?

—¿Saber qué? —preguntó Shallan, cansada, indicando a Tag que se marchara para poder hablar con Tvlakv en privado.

—El plan de Bluth.

—Por favor, cuéntamelo.

—Obviamente —dijo Tvlakv—, estaba conchabado con los desertores. Esa primera noche, cuando volvió corriendo al campamento, se había reunido con ellos y prometió dejar que nos alcanzaran a cambio de compartir las riquezas. Por eso no te mataron inmediatamente cuando fuiste a hablar con ellos.

—¿Ah, sí? —preguntó Shallan—. En ese caso, ¿por qué volvió Bluth y nos alertó esa noche? ¿Por qué huyó con nosotros, en vez de dejar que sus «amigos» nos mataran allí mismo?

—Quizá solo se reunió con unos cuantos —aventuró Tvlakv—. Sí, encendieron fuegos en aquella colina en la noche para hacernos pensar que había más, y entonces sus amigos fueron a congregarse un grupo más grande... Y... —Se desinfló—. Tormentas. Eso no tiene ningún sentido. Pero ¿cómo, por qué? Deberíamos estar muertos.

—El Todopoderoso nos protegió —declaró Shallan.

—El Todopoderoso es una farsa.

—Más te vale que lo sea —dijo Shallan, acercándose a la parte trasera del carro de Tag—. Porque si no es así, entonces Condénación misma espera a los hombres como tú. —Inspeccionó la jaula. Cinco esclavos con sucias ropas se acurrucaban dentro, cada uno de ellos con aspecto de estar solo, aunque estaban hacinados unos contra otros.

—Ahora son míos —le dijo a Tvlakv.

—¡Qué! —El hombre se incorporó—. Te...

—Te he salvado la vida, listillo —dijo Shallan—. Me darás estos esclavos como pago. Ese es el precio por la protección que mis soldados brindaron a tu vida indigna.

—Esto es un robo.

—Es justicia. Si no estás de acuerdo, presenta una queja al rey cuando lleguemos a las Llanuras Quebradas.

—No voy a ir a las Llanuras Quebradas —escupió Tvlakv—. Ahora tienes a otros que te acompañen, brillante. Yo voy al sur, como me propuse inicialmente.

—Entonces lo harás sin estos —dijo Shallan, sacando la llave que le habían dado para entrar en su carreta con intención de abrir la jaula—. Me darás sus papeles de esclavitud. Y que el Padre Tormenta te ayude si no está todo en orden, Tvlakv. No hay falsificación que se me escape.

Ni siquiera había visto nunca un papel de esclavitud, y desde luego no sabría distinguir si era falso o no. Pero eso no le importaba. Estaba cansada, frustrada y ansiosa por que esa noche diera a su fin.

Uno a uno, los cinco vacilantes esclavos bajaron del carro, con barbas hirsutas y sin camisa. Su viaje con Tvlakv no había sido agradable, pero comparado con lo que habían vivido esos hombres había resultado un auténtico lujo. Varios contemplaron la oscuridad que los rodeaba, como ansiosos.

—Podéis huir si queréis —dijo Shallan en un tono más suave—. No os perseguiré. Sin embargo, necesito sirvientes, y os pagaré bien. Seis marcos de fuego a la semana si estáis de acuerdo en dedicar cinco de ellos a cancelar vuestra deuda de esclavos. Uno si no.

Uno de los hombresladeó la cabeza.

—Entonces... ¿recibimos la misma cantidad de todas formas? ¿Qué sentido tiene eso?

—El mejor —dijo Shallan, volviéndose hacia Tvlakv, que rumiaba en su asiento—. Tienes tres carros pero solo dos conductores. ¿Me venderás el tercer carromato? —No necesitaría el chull: Macob tendría alguno que podría usar, ya que varios de sus carros se habían quemado.

—¿Vender el carro? ¡Bah! ¿Por qué no me lo robas?

—Deja de comportarte como un niño, Tvlakv. ¿Quieres mi dinero o no?

—Cinco broams de zafiro —replicó él—. Y a ese precio es un robo. No discutas lo contrario.

Ella no sabía si era un robo o no, pero podía permitírselo, con las esferas que tenía, aunque la mayoría fueran opacas.

—No puedes llevarte a ningún parshmenio —repuso Tvlakv.

—Quédatelos —dijo Shallan. Tendría que hablar con el jefe de la

caravana para conseguir calzado y ropa para sus criados.

Mientras se dirigía a ver si podía usar un chull de los que le sobraban a Macob, pasó ante un grupo de trabajadores de la caravana que esperaban junto a una de las hogueras. Los desertores arrojaron el último cadáver (uno de los suyos) a las llamas, y luego retrocedieron, secándose la frente.

Una de las mujeres ojos oscuros de la caravana se adelantó y le entregó una hoja de papel a uno de los antiguos desertores. El hombre la cogió, rascándose la barba. Era el hombre bajo y tuerto que había hablado durante el discurso de Shallan. Alzó la hoja hacia los demás. Era una oración hecha con runas familiares, pero no de duelo, como Shallan había esperado. Era una oración de agradecimiento.

Los que habían sido desertores se reunieron ante las llamas y miraron la oración. Entonces se volvieron hacia el otro lado y, como si las vieran por primera vez, contemplaron a las dos docenas de personas que había allí observando en el silencio de la noche. Algunos tenían lágrimas en las mejillas, otros llevaban a niños de la mano. Shallan no había reparado en los niños antes, pero no le sorprendió verlos. Los trabajadores de las caravanas se pasaban la vida viajando, y sus familias los acompañaban.

Shallan se detuvo tras la gente de la caravana, la mayoría oculta en la oscuridad. Los desertores no parecían saber cómo reaccionar, rodeados por aquella constelación de ojos agradecidos y lloros de gratitud. Finalmente, quemaron la oración. Shallan inclinó la cabeza mientras lo hacían, como hicieron la mayoría de los que observaban.

Los dejó sintiéndose más nobles, contemplando las cenizas de aquella oración elevarse hacia el Todopoderoso.



*Página de una ficha de moda de Liafor.
Debe advertirse que el modelo es alezi, y esta
ficha se vendía en los mercados alezi y veden.*

LUCES EN
LA TORMENTA

*La forma de la tormenta se dice que causa
una tempestad de vientos y lluvias,
cuidado con sus poderes, cuidado con sus poderes.
Aunque su llegada trae a los dioses su noche,
sirve a un spren rojo sangre.
Cuidado con su fin, cuidado con su fin.*

De *La canción de los vientos de los oyentes*, estrofa 4

Kaladin observó los postigos de la ventana. El movimiento llegaba a ráfagas.

Primero, quietud. Sí, captaba un aullido lejano, el viento que pasaba a través de algún hueco, pero nada más.

Un temblor. La madera se sacudía poderosamente en su marco y golpeaba con violencia, al tiempo que el agua se filtraba por las hendeduras. Había algo ahí fuera, en el oscuro caos de la alta tormenta. Algo que se debatía y golpeaba la ventana, como si quisiera entrar.

La luz destellaba en el exterior, brillando a través de las gotas de agua. Otro destello.

Y en un momento determinado la luz permaneció. Firme, como esferas brillantes, justo al otro lado de la ventana. De un rojo débil. Por algún motivo que no podía explicar, Kaladin tuvo la impresión de que eran unos ojos.

Paralizado, alzó una mano hacia el pestillo para abrir la ventana y ver.

—Habría que hacer arreglar ese postigo suelto —comentó el rey Elhokar, molesto.

La luz se difuminó. Las sacudidas cesaron. Kaladin parpadeó y bajó la mano.

—Que alguien me recuerde que le pida a Nakal que se encargue —dijo Elhokar, caminando tras su diván—. El postigo no debería tener grietas. ¡Esto es mi palacio, no la taberna de una aldea!

—Nos aseguraremos de que lo arreglen —dijo Adolin. Estaba sentado en un asiento junto a la chimenea, hojeando un libro de dibujos. Su hermano estaba sentado a su lado, con las manos en el regazo. Probablemente estaba dolorido por el entrenamiento, pero no lo mostraba. En cambio, había sacado una cajita de su bolsillo y la abría una y otra vez al tiempo que la hacía girar en su mano, frotando un lado y luego cerrándola con un chasquido. Lo hacía constantemente y con la mirada perdida, como si se tratara de una costumbre suya.

Elhokar continuó caminando. Idrin, el jefe de la Guardia del Rey, permanecía cerca, muy erguido y con sus ojos verdes mirando al frente. Tenía la piel oscura para ser alezi, quizá porque por sus venas corría algo de sangre azish, y su barba era poblada.

Los hombres del Puente Cuatro se habían ido turnando con los hombres de Idrin, como había sugerido Dalinar, y hasta el momento a Kaladin le había impresionado el hombre y el equipo que dirigía. No obstante, cuando sonaran los cuernos para iniciar una carga en las mesetas, Idrin se volvería hacia ellos y su expresión se volvería añorante. Quería estar ahí fuera luchando. La traición de Sadeas había vuelto igualmente ansiosos a muchos de los soldados del campamento, como si quisieran aprovechar la oportunidad de demostrar lo fuerte que era el ejército de Dalinar.

Más sonidos llegaron de la tormenta que se desataba en el exterior. Le resultaba extraño no sentir frío durante una tormenta: en el barracón la temperatura era gélida. En cambio esa habitación estaba bien caldeada, aunque no por fuego. Sin embargo, en la chimenea había un rubí del tamaño del puño de Kaladin con el que se podría haber pagado los alimentos necesarios para mantener a la gente de su pueblo durante semanas.

Kaladin se apartó de la ventana y se encaminó hacia la chimenea con el pretexto de examinar la gema. En realidad, quería echar un vistazo a lo que estaba hojeando Adolin. Muchos hombres se negaban incluso a mirar un libro, considerándolo algo impropio de varones. En cambio a Adolin no parecía molestarle eso. Curioso.

Mientras se acercaba a la chimenea, Kaladin pasó ante la puerta de una habitación contigua donde se habían retirado Dalinar y Navani con la llegada de la tormenta. Kaladin había querido apostar un guardia en el interior, pero ellos se habían negado.

«Bueno, el cuarto solo tiene una entrada —pensó—. Ni siquiera tiene ventanas». Esta vez, si aparecían palabras en la pared, sabría con seguridad que no había sido obra de un intruso.

Se agachó e inspeccionó el rubí de la chimenea, que quedaba sujeto en su sitio por un entramado de alambre. Su intenso calor hizo que la cara se le cubriera de sudor; tormentas, aquel rubí era tan grande que la luz que lo insuflaba tendría que haberlo cegado. En cambio, podía mirar sus profundidades y ver la luz moviéndose en su interior.

La gente creía que la iluminación que proporcionaban las gemas era firme y constante, pero eso era solo el contraste con las luces temblorosas de las velas. Si mirabas intensamente una gema, podías ver la luz moviéndose con el caótico patrón de una tormenta. No había calma en su interior. No provocada por un viento o un susurro.

—¿Nunca habías visto un fabrial de calefacción, supongo? —preguntó Renarin.

Kaladin miró al príncipe de las lentes. Llevaba un uniforme de alto señor alezi, como el de Adolin. De hecho, Kaladin nunca los había visto vestir de otra manera... aparte de la armadura esquirrada, naturalmente.

—No, nunca —respondió.

—Es una tecnología nueva —dijo Renarin, todavía jugando con su cajita de metal—. Ese fabrial lo construyó mi tía. Cada vez que me doy la vuelta, parece que el mundo ha cambiado.

Kaladin gruñó. «Sé cómo te sientes», pensó. Una parte de sí mismo ansiaba inspirar la luz de aquella gema, por más que fuera un gesto estúpido. En su interior habría suficiente para hacerlo brillar como una hoguera. Bajó las manos y pasó de largo ante el

asiento de Adolin.

Los bocetos del libro mostraban a unos hombres ataviados con bellos ropajes. Los dibujos eran bastante buenos, y los rostros se mostraban con tanto detalle como los atuendos.

—¿Moda? —preguntó Kaladin. No era su intención hablar en voz alta, pero hizo el comentario de todas formas—. ¿Te pasas la tormenta buscando ropa nueva?

Adolin cerró el libro de golpe.

—Pero si solo vistes uniformes —observó Kaladin, confundido.

—¿Tienes que estar aquí, muchacho del puente? —exigió Adolin—. Es imposible que suframos un ataque durante una alta tormenta.

—El hecho de que lo creas es justamente el motivo por el que tengo que estar aquí —respondió Kaladin—. ¿Qué mejor momento para un intento de asesinato? El aullido del viento impediría que se oyeran los gritos, y la ayuda tardaría en acudir si todo el mundo se ha puesto a cubierto para capear la tormenta. Me parece que este es uno de los momentos en que su majestad más necesita guardias.

El rey dejó de caminar y asintió.

—Entiendo. ¿Por qué nadie me lo había explicado antes? —miró a Idrin, que continuó con su estoica pose.

Adolin suspiró.

—Al menos podrías dejarnos a Renarin y a mí fuera de aquí —le dijo en voz baja a Kaladin.

—Es más fácil protegeros cuando estáis todos juntos, brillante señor —objetó Kaladin, apartándose—. Además, podéis defenderos el uno al otro.

Dalinar pretendía quedarse con Navani durante la tormenta de todas formas. Kaladin se acercó de nuevo a la ventana y escuchó el embate de la tormenta. ¿De verdad había visto las cosas que creía haber visto durante el momento en que estuvo ahí fuera en la tormenta? ¿Un rostro tan vasto como el cielo? ¿El mismísimo Padre Tormenta?

«Soy un dios —había dicho Syl—. O al menos un fragmento de uno».

Al cabo de un rato la tormenta pasó y cuando Kaladin abrió la ventana se vio un cielo negro, donde unas cuantas nubes fantasmales brillaban a la luz de Nomon. La tormenta había comenzado unas horas después del anochecer, pero nadie podía

dormir cuando se desataba su furia. Kaladin detestaba que las tormentas se produjeran tan tarde: a menudo se sentía agotado al día siguiente.

La puerta de la habitación contigua se abrió y Dalinar salió, seguido de Navani. La escultural mujer llevaba un gran cuaderno de notas. Kaladin había oído hablar, naturalmente, de los ataques del alto príncipe durante las tormentas. Sus hombres estaban divididos al respecto. Algunos pensaban que a Dalinar le asustaban las altas tormentas, y que su terror le provocaba convulsiones. Otros susurraban que con la edad la Espina Negra estaba perdiendo la cabeza.

Kaladin quería saber qué sucedía. Su destino, y el de sus hombres, estaba unido a la salud de Dalinar Kholin.

—¿Números, señor? —preguntó, asomándose a la habitación para examinar las paredes.

—No —respondió Dalinar.

—A veces vienen justo después de la tormenta —dijo Kaladin—. Tengo hombres en el pasillo ahí fuera. Preferiría que todo el mundo se quedara aquí durante un rato.

Dalinar asintió.

—Como deseas, soldado.

Kaladin se dirigió a la salida. Más allá, algunos hombres del Puente Cuatro y de la Guardia del Rey vigilaban. Kaladin saludó a Leyten, luego les indicó que vigilaran el balcón. Kaladin atraparía al fantasma que garabateaba aquellos números. Si en efecto existía tal persona.

En la habitación, Renarin y Adolin se acercaron a su padre.

—¿Algo nuevo? —preguntó Renarin en voz baja.

—No —dijo Dalinar—. La visión fue repetida. Pero no vienen en el mismo orden que la última vez, y algunas son nuevas, así que tal vez hay que aprender algo que aún no hemos descubierto... —Al ver a Kaladin, bajó la voz y cambió de tema—. Bueno, mientras estamos esperando aquí, tal vez pueda conseguir una puesta al día. Adolin, ¿podemos esperar más duelos?

—Lo estoy intentando —contestó Adolin con una mueca—. Pensé que derrotar a Salinor impulsaría a los demás a desafiarme, pero en cambio se muestran reacios.

—Eso es un problema —dijo Navani—. ¿No decías siempre que

todos querían enfrentarse en duelo contigo?

—¡Y querían! Cuando no podía batirme, al menos. Ahora, cada vez que hago una invitación, la gente empieza a arrastrar los pies y a desviar la mirada.

—¿Has probado con alguien del campamento de Sadeas? —preguntó el rey ansiosamente.

—No —respondió Adolin—. Pero solo hay un portador aparte de él mismo. Amaram.

Kaladin sintió un escalofrío.

—Bueno, no te batirás con él —dijo Dalinar, riendo. Se sentó en el diván, la brillante Navani se sentó a su lado, posando afectuosamente la mano en su rodilla—. Podríamos tenerlo de nuestro lado. He estado hablando con el alto señor Amaram...

—¿Crees que puedes hacer que se decante por la secesión? —preguntó el rey.

—¿Es eso posible? —preguntó Kaladin, sorprendido.

Los ojos claros se volvieron hacia él. Navani parpadeó, como si reparara en él por primera vez.

—Sí, es posible —dijo Dalinar—. La mayor parte del territorio que Amaram supervisa permanecería con Sadeas, pero podría traer su tierra personal a mi principado... junto con sus esquirlas. Normalmente es necesario un trueque de tierras con un principado que sea fronterizo con el del que desea unirse.

—No ha sucedido en más de una década —dijo Adolin, sacudiendo la cabeza.

—Estoy trabajando con él —dijo Dalinar—. Pero Amaram... quiere en cambio unirnos a Sadeas y a mí. Cree que podemos volver a llevarnos bien.

Adolin bufó.

—Esa posibilidad saltó por los aires el día que Sadeas nos traicionó.

—Probablemente mucho antes de ese día —dijo Dalinar—, aunque yo no lo viera. ¿Hay alguien más a quien pudieras desafiar, Adolin?

—Voy a intentarlo con Talanor, y luego con Kalishor.

—Ninguno de los dos son portadores plenos —dijo Navani, frunciendo el ceño—. El primero solo tiene la espada, y el segundo solo la armadura.

—Todos los portadores plenos me han rechazado —dijo Adolin, encogiéndose de hombros—. Esos dos están ansiosos de notoriedad. Uno de ellos podría acceder donde otros no lo han hecho.

Kaladin se cruzó de brazos y se apoyó contra la pared.

—Y si los derrotas, ¿no espantará a los demás a la hora de batirse contigo?

—Cuando los derrote —dijo Adolin, mirando la postura relajada de Kaladin y frunciendo el ceño—, mi padre convencerá a los otros para que accedan a batirse en duelo.

—Pero eso tendrá que acabarse en algún momento, ¿no? —preguntó Kaladin—. Tarde o temprano los otros altos príncipes se darán cuenta de lo que está pasando. Se negarán a dejarse engañar para luchar. Puede que esté sucediendo ya. Por eso no aceptan.

—Alguien lo hará —dijo Adolin, poniéndose en pie—. Y cuando empiece a ganar, otros empezarán a verme como un auténtico desafío. Querrán ponerse a prueba.

A Kaladin le pareció una idea demasiado optimista.

—El capitán Kaladin tiene razón —dijo Dalinar.

Adolin se volvió hacia su padre.

—No hay necesidad de combatir con todos los portadores de esquirlada del campamento —dijo Dalinar en voz baja—. Tenemos que estrechar nuestro ataque, elegir duelos que nos lancen hacia el objetivo final.

—¿Que es...? —preguntó Adolin.

—Debilitar a Sadeas. —Dalinar parecía casi apenado—. Matarlo en duelo, si es necesario. Todo el mundo en el campamento conoce los bandos en esta lucha por el poder. Esto no funcionará si castigamos a todos por igual. Tenemos que mostrarles a los que están en el centro, a los que deciden a quién seguir, las ventajas de la confianza. Cooperación en las cargas en las mesetas. Ayuda de los portadores de esquirlada de otros. Les demostraremos cómo es formar parte de un reino de verdad.

Los demás guardaron silencio. El rey se dio media vuelta, sacudiendo la cabeza. No creía, al menos no por completo, en lo que Dalinar deseaba conseguir.

Kaladin se sintió molesto. ¿Por qué debería estarlo? Dalinar había coincidido con él. Reflexionó un momento, y advirtió que probablemente seguía molesto porque alguien había mencionado a

Amaram.

Simplemente oír su nombre lo sacaba de quicio. Kaladin seguía pensando que algo debería suceder, algo debería cambiar, ya que ese asesino estaba en el campamento. Sin embargo, todo seguía igual. Era frustrante. Le hacía querer revolverse.

Tenía que hacer algo al respecto.

—Supongo que ya hemos esperado el tiempo suficiente, ¿no? —le dijo Adolin a su padre—. ¿Puedo irme?

Dalinar suspiró, asintiendo. Adolin abrió la puerta y se marchó; Renarin lo siguió más despacio, arrastrando aquella hoja esquilada con la que seguía unido, envuelta en sus tiras protectoras. Cuando pasaron ante el grupo de guardias que Kaladin había apostado en el exterior, Cikatriz y otros tres hombres se dispusieron a seguirlos.

Kaladin se acercó a la puerta e hizo un rápido recuento de quién faltaba. Cuatro hombres en total.

—Moash —dijo, advirtiéndole que el otro bostezaba—. ¿Cuánto tiempo llevas hoy de servicio?

Moash se encogió de hombros.

—Un turno protegiendo a la brillante Navani. Un turno con la Guardia del Rey.

«Los estoy haciendo esforzarse demasiado —pensó Kaladin—. Padre Tormenta. No tengo suficientes hombres. Ni siquiera con los restos de la Guardia de Cobalto que Dalinar me envía».

—Vuelve y duerme un poco —dijo—. Tú también, Bisig. Te vi en el turno de esta mañana.

—¿Y tú? —le preguntó Moash a Kaladin.

—Estoy bien. —Tenía la luz tormentosa para mantenerlo alerta. Ciertamente, usarla de esa forma podía ser peligroso: le instaba a actuar, a ser más impulsivo. No estaba seguro de que le gustara lo que le hacía cuando la usaba fuera de la batalla.

Moash alzó una ceja.

—Tienes que estar al menos tan cansado como yo, Kal.

—Volveré en un momento —dijo Kaladin—. Necesitas descansar un poco, Moash. Te volverás descuidado si no lo haces.

—Tengo que cumplir dos turnos —dijo Moash, encogiéndose de hombros—. Al menos si quieres que entrene a la Guardia del Rey además de cumplir mi servicio de guardia normal.

Kaladin frunció los labios. Eso era importante. Moash tenía que

pensar como un guardaespaldas, y no había mejor forma de hacerlo que actuar con un equipo ya establecido.

—Mi turno aquí con la Guardia del Rey casi ha terminado —recalcó Moash—. Volveré después.

—Bien —contestó Kaladin—. Llévate a Leyten. Natam, Mart y tú protegés a la brillante Navani. Yo acompañaré a Dalinar de vuelta al campamento y apostaré guardias ante su puerta.

—¿Y entonces dormirás un poco? —preguntó Moash. Los demás miraron a Kaladin. También estaban preocupados.

—Sí, de acuerdo. —Kaladin volvió a la habitación, donde Dalinar ayudaba a levantarse a Navani. La acompañaría hasta su puerta, como hacía todas las noches.

Kaladin vaciló un momento, luego se dirigió al alto príncipe.

—Señor, hay algo de lo que tengo que hablar contigo.

—¿No puede esperar hasta que termine aquí? —dijo Dalinar.

—Sí, señor —respondió Kaladin—. Esperaré en las puertas principales del palacio, luego te acompañaré de vuelta al campamento.

Dalinar se llevó a Navani, acompañados por dos guardias del puente. Kaladin recorrió el pasillo, pensando. Los criados habían llegado ya para abrir las ventanas del pasillo, y Syl entró flotando por una de ellas, como una especie de remolino de bruma. Riendo, giró alrededor de Kaladin varias veces antes de salir por otra ventana. Siempre se volvía más parecida a un spren durante una alta tormenta.

El aire olía húmedo y fresco. El mundo entero parecía más limpio después de una tormenta, fregado por el abrasivo poder de la naturaleza.

Llegó a la parte delantera del palacio, donde vigilaban un par de guardias del rey. Kaladin los saludó y recibió a cambio tajantes saludos, luego cogió una linterna de esferas del puesto de guardia y la llenó con sus propias esferas.

Desde allí, Kaladin podía ver los diez campamentos de guerra. Como siempre después de una tormenta, la luz de las esferas refrescada chispeaba por todas partes, sus gemas encendidas con los fragmentos capturados de la tempestad que había pasado.

Allí de pie, Kaladin sopesó lo que tenía que decirle a Dalinar. Lo repasó en silencio más de una vez, pero aún no estaba preparado

cuando el alto príncipe salió por fin por las puertas del palacio. Natam saludó tras ellos, entregó a Dalinar al servicio de Kaladin, y corrió para reunirse con Mart ante la puerta de la brillante Navani.

El alto príncipe empezó a recorrer el camino lleno de curvas en zigzag que bajaba desde el Pináculo hasta los establos. Kaladin se colocó a su lado. Dalinar parecía distraído por algo.

«Ni siquiera ha anunciado nada sobre sus ataques durante las altas tormentas —pensó Kaladin—. ¿No debería decir algo?».

Habían hablado de las visiones antes. ¿Qué era lo que veía Dalinar, o lo que creía ver?

—Bien, soldado —dijo Dalinar mientras caminaban—. ¿Qué es lo que querías comentar?

Kaladin inspiró profundamente.

—Hace un año, fui soldado en el ejército de Amaram.

—Así que ahí es donde aprendiste —dijo Dalinar—. Tendría que haberlo imaginado. Amaram es el único general del principado de Sadeas que tiene capacidad de liderazgo.

—Señor —dijo Kaladin, deteniéndose en los escalones—. Nos traicionó a mis hombres y a mí.

Dalinar se detuvo y se volvió para mirarlo.

—¿Una mala decisión en la batalla, entonces? Nadie es perfecto, soldado. Si envió a tus hombres a una mala situación, dudo de que pretendiera hacerlo.

«Insiste —se dijo Kaladin, advirtiendo a Syl sentada en un risco de cortezapizarra a la derecha. Ella le asintió—. Tiene que saberlo». Era que...

Nunca había hablado de esto, no en su totalidad. Ni siquiera con Roca, Teft, y los demás.

—No fue eso, señor —dijo, mirando a Dalinar a los ojos a la luz de las esferas—. Sé dónde consiguió Amaram su hoja esquirrada. Estuve allí. Yo maté al portador que la tenía.

—Eso no puede ser —dijo Dalinar lentamente—. Si lo hubieras hecho, tendrías la armadura y la hoja.

—Amaram la cogió para sí, y luego mató a todos los que conocían la verdad. Todos menos un soldado solitario a quien, en su culpa, Amaram marcó como esclavo y vendió en vez de asesinarlo.

Dalinar se quedó callado. Desde este ángulo, la colina tras él estaba completamente oscura, iluminada solo por las estrellas. Unas

cuantas esferas resplandecían en el bolsillo de Dalinar, brillando a través del tejido de su uniforme.

—Amaram es uno de los mejores hombres que conozco —dijo Dalinar—. Su honor es inmaculado. Nunca he sabido que se aprovechara de un oponente en un duelo, a pesar de algunos casos en que habría sido aceptable.

Kaladin no respondió. También él había creído lo mismo, en un momento determinado.

—¿Tienes alguna prueba? —preguntó Dalinar—. Comprenderás que no puedo aceptar la palabra de nadie en un asunto de esta naturaleza.

—La palabra de un ojos oscuros, quieres decir —dijo Kaladin, rechinando los dientes.

—El problema no es el color de tus ojos, sino la gravedad de la acusación. Las palabras que pronuncias son peligrosas. ¿Tienes alguna prueba, soldado?

—Había otros tres cuando cogió las esquirladas. Hombres de su guardia personal que se encargaron de matar en su nombre. Y había un predicetormentas. De edad mediana, rostro afilado. Llevaba barba, como si fuera un fervoroso. —Hizo una pausa—. Todos fueron cómplices en el acto, pero tal vez...

Dalinar suspiró en voz baja.

—¿Has hablado de esto con alguien más?

—No —dijo Kaladin.

—Sigue conteniendo la lengua. Hablaré con Amaram. Gracias por contármelo.

—Señor —dijo Kaladin, avanzando un paso hacia Dalinar—. Si realmente crees en la justicia, te...

—Eso no es suficiente por el momento, hijo —cortó Dalinar con voz tranquila pero fría—. Ya has dicho lo que tenías que decir, a menos que puedas ofrecerme algo más que sea una prueba.

Kaladin contuvo su arrebató de furia. Fue difícil.

—Agradecí tu intervención cuando hablamos antes de los duelos de mi hijo —dijo Dalinar—. Es la segunda vez que añades algo importante a una de nuestras conferencias, creo.

—Gracias, señor.

—Pero, soldado, caminas por una línea entre la ayuda y la insubordinación en la forma en que me tratas a mí y a los míos.

Tienes una espina clavada en el hombro del tamaño de un peñasco. Lo ignoro, porque sé lo que te hicieron, y puedo ver al soldado que hay debajo. Ese es el hombre al que contraté para este trabajo.

Kaladin apretó los dientes y asintió.

—Sí, señor.

—Bien. Ahora márchate.

—Señor, debo escoltar...

—Creo que volveré al palacio —dijo Dalinar—. No creo que vaya a dormir mucho esta noche, así que tal vez moleste a la viuda con mis pensamientos. Sus guardias pueden protegerme también. Llevaré uno conmigo cuando regrese a mi campamento.

Kaladin dejó escapar un largo suspiro. Entonces saludó. «Bien», pensó, y recorrió el oscuro y húmedo sendero. Cuando llegó abajo del todo, Dalinar seguía de pie allí arriba, convertido en una sombra. Parecía perdido en sus pensamientos.

Kaladin se dio media vuelta y regresó al campamento de Dalinar. Syl se acercó revoloteando y se posó en su hombro.

—¿Ves? —dijo—. Te escuchó.

—No, no lo hizo, Syl.

—¿Qué? Respondió y dijo...

—Le dije algo que no quería oír —dijo Kaladin—. Aunque lo investigue, encontrará montones de motivos para descartar lo que he dicho. Al final, será mi palabra contra la de Amaram. ¡Padre Tormenta! No tendría que haber dicho nada.

—¿Lo dejarás correr, entonces?

—Tormentas, no —dijo Kaladin—. Encontraré mi propia justicia.

—Oh... —Syl se acomodó en su hombro.

Caminaron durante un rato, hasta que llegaron al campamento.

—No eres un Rompedor del Cielo, Kaladin —dijo Syl por fin—. Se supone que no eres así.

—¿Un qué? —preguntó él, pisando por encima de los cremlinos en la oscuridad. Salían abundantemente después de una tormenta, cuando las plantas se desplegaban para lamer el agua—. Esa era una de las órdenes, ¿no? —Conocía algo de ellas. Todo el mundo lo sabía, por las leyendas.

—Sí —dijo Syl suavemente—. Me preocupas, Kaladin. Creía que las cosas mejorarían cuando quedaras libre de los puentes.

—Las cosas han mejorado —respondió él—. Ninguno de mis

hombres ha muerto desde que fuimos liberados.

—Pero tú... —Ella no parecía saber qué más decir—. Creía que podrías ser como la persona que eras antes. Puedo recordar a un hombre en un campo de batalla... Un hombre que luchaba...

—Ese hombre murió, Syl —dijo Kaladin, saludando a los guardias mientras entraba en el campamento. Una vez más, la luz y el movimiento lo rodearon, gente que se ocupaba de sus asuntos, parshmenios reparando edificios dañados por la tormenta—. Durante el tiempo que pasé en el puente solo tenía que preocuparme de mis hombres. Ahora todo ha cambiado. He de convertirme en alguien distinto. Pero aún no sé en quién.

Cuando llegó al barracón del Puente Cuatro, Roca estaba repartiendo el guiso de la noche. Era mucho más tarde que de costumbre, pero algunos hombres hacían turnos irregulares. Los hombres ya podían elegir otras comidas, pero seguían insistiendo en que el guiso fuera su cena. Kaladin aceptó un cuenco de buen grado y dirigió un gesto a Bisig, que se relajaba con algunos otros hombres y charlaban de lo mucho que echaban de menos cargar con el puente. Kaladin había instaurado en ellos el respeto por su trabajo, igual que un soldado respeta su lanza.

Guiso. Puentes. Hablaban afectuosamente de cuestiones que habían sido los emblemas de su cautiverio. Kaladin dio un bocado y luego se detuvo, advirtiéndole que un hombre nuevo estaba apoyado contra una roca junto al fuego.

—¿Te conozco? —preguntó, señalando al hombre, que era calvo y musculoso. Tenía la piel bronceada, como un alezi, pero no parecía tener la estructura facial adecuada. ¿Herdaziano?

—Oh, no te preocupes por Punio —exclamó Lopen—. Es mi primo.

—¿Tenías un primo en las cuadrillas de los puentes? —preguntó Kaladin.

—Qué va. Se enteró por mi madre de que necesitábamos más guardias y decidió venir a ayudar. Le conseguí un uniforme y eso.

El recién llegado, Punio, sonrió y alzó su cuchara.

—Puente Cuatro —dijo con un acusado acento herdaziano.

—¿Eres soldado? —le preguntó Kaladin.

—Sí —respondió el hombre—. En el ejército del brillante señor Roion. No te preocupes. Ahora he jurado lealtad a Kholin. Por mi

primo. —Sonrió afablemente.

—No puedes dejar tu ejército, Punio —señaló Kaladin, frotándose la frente—. Se llama deserción.

—En nuestro caso, no —comentó Lopen—. Somos herdazianos: nadie puede distinguarnos, de todas formas.

—Sí —dijo Punio—. Me marchó a casa una vez al año. Cuando vuelvo, nadie me recuerda. —Se encogió de hombros—. Esta vez, vine aquí.

Kaladin suspiró, pero al parecer el hombre sabía manejar una lanza, y necesitaba más gente.

—Bien. Finge que has sido uno de los hombres del puente desde el principio, ¿de acuerdo?

—¡Puente Cuatro! —exclamó el hombre con entusiasmo.

Kaladin siguió su camino y buscó su sitio de costumbre junto al fuego para relajarse y pensar. Sin embargo, no tuvo la oportunidad, ya que alguien se acercó y se sentó en cuclillas ante él: un hombre de piel moteada que llevaba el uniforme del Puente Cuatro.

—¿Shen? —preguntó Kaladin.

—Señor.

El hombre continuó mirándolo.

—¿Querías algo? —preguntó Kaladin.

—¿Soy de verdad del Puente Cuatro?

—Pues claro.

—¿Dónde está mi lanza?

Kaladin lo miró a los ojos.

—¿Tú qué crees?

—Creo que no soy del Puente Cuatro —dijo Shen, tomándose su tiempo para pensar cada palabra—. Soy esclavo del Puente Cuatro.

Fue como un puñetazo en el estómago de Kaladin. En todo el tiempo que había pasado con ese hombre, apenas le había oído pronunciar tres o cuatro frases, ¿y ahora le venía con esto?

En cualquier caso, esas palabras le dolieron. Ahí tenía a un hombre que, al contrario que los demás, no podía marcharse y encontrar su sitio en el mundo. Dalinar había liberado al resto del Puente Cuatro, pero un parshmenio... siempre sería esclavo, no importaba adónde fuera o lo que hiciera.

¿Qué podía decir Kaladin? Tormentas.

—Agradezco tu ayuda cuando estábamos haciendo los trabajos

de rescate. Sé que en ocasiones tuvo que ser difícil para ti ver lo que hacíamos allá abajo.

Shen esperó, todavía en cuclillas, escuchando, sin dejar de mirar a Kaladin con aquellos impenetrables ojos negros suyos.

—No puedo empezar a dar armas a los parshmenios, Shen —dijo Kaladin—. Los ojos claros apenas nos aceptan como somos. Si te doy una lanza, piensa en la tormenta que causaría.

Shen asintió sin mostrar el menor atisbo de emoción. Se irguió.

—Soy un esclavo, entonces.

Se retiró.

Kaladin apoyó la cabeza contra la piedra que tenía detrás y contempló el cielo. Tormentas, qué hombre. Tenía una buena vida, para ser parshmenio. Y, desde luego, mucha más libertad que cualquier otro miembro de su especie.

«¿Y tú te contentaste con eso? —preguntó una voz en su interior—. ¿Fuiste feliz siendo un esclavo bien tratado? ¿O intentaste huir y abrirte paso hacia la libertad?».

Qué lío. Siguió pensando mientras removía su guiso. Dio dos bocados antes de que Natam, uno de los hombres que guardaban el palacio, llegara dando tumbos, sudoroso, frenético, y con las mejillas arreboladas por la carrera.

—¡El rey! —dijo, jadeando—. Un asesino.



*La forma nocturna predice lo que será,
la forma de las sombras, mente para prever.
Cuando los dioses se marcharon, la sombra nocturna
susurró.*

*Una nueva tormenta vendrá, algún día romperá.
Una nueva tormenta para hacer un mundo nuevo.
Una nueva tormenta un nuevo camino que emprender;
la forma nocturna escucha.*

De La canción de los secretos de los oyentes, estrofa 17

El rey estaba bien.

Kaladin se detuvo, jadeando, con una mano apoyada en el marco de la puerta, después de volver al palacio a la carrera. En el interior de la habitación, Elhokar, Dalinar, Navani y los dos hijos de Dalinar hablaban. No había muerto nadie. No había muerto nadie.

«Padre Tormenta —pensó, entrando—. Por un momento, me sentí igual que en las mesetas, viendo a mis hombres cargar contra los parshendi». Apenas conocía a esta gente, pero era su deber salvaguardarlos. No había pensado que su sentido de la protección pudiera aplicarse a los ojos claros.

—Bueno, al menos ha venido corriendo hasta aquí —masculló el rey, rechazando los cuidados de una mujer que intentaba vendar un corte que tenía en la frente—. ¿Ves, Idrin? Eso es un buen

guardaespaldas. Apuesto a que no habría dejado que sucediera esto.

El capitán de la guardia real, que estaba de pie cerca de la puerta, ruborizado, apartó la mirada y salió al pasillo. Kaladin se llevó una mano a la cabeza, asombrado. Comentarios como el que acababa de hacer el rey no contribuirían precisamente a que sus hombres se llevaran bien con los soldados de Dalinar.

Dentro de la estancia, un grupo de guardias, sirvientes y miembros del Puente Cuatro parecían confusos o avergonzados. Allí estaba Natam, que estaba de servicio con la Guardia del Rey, y también Moash.

—Moash —llamó Kaladin—. ¿No se suponía que habías de estar en el campamento, durmiendo?

—Igual que tú —respondió Moash.

Kaladin gruñó, se acercó a él y le habló en voz baja.

—¿Estabas aquí cuando sucedió?

—Acababa de marcharme al terminar mi turno con la Guardia del Rey. Oí gritos y volví lo más rápido que pude. —Indicó con la cabeza la puerta abierta del balcón—. Ven a echar un vistazo.

Salieron al balcón, que era un camino circular de piedra que corría por las habitaciones superiores del palacio, una terraza tallada en la piedra misma. Desde esta altura, el balcón ofrecía una visión inconmensurable de los campamentos y las llanuras. Algunos miembros de la Guardia del Rey estaban inspeccionando la barandilla del balcón con lámparas de esferas. Una sección de la estructura de hierro se había torcido hacia fuera y colgaba precariamente sobre el abismo.

—Por lo que he deducido —señaló Moash—, el rey salió aquí a pensar, como le gusta hacer.

Kaladin asintió. El suelo de piedra bajo sus pies estaba aún húmedo por la lluvia de la alta tormenta. Llegaron al lugar donde la barandilla estaba desgarrada y varios guardias les dejaron sitio. Kaladin se asomó. La caída a las rocas de abajo tenía una buena treintena de metros. Syl revoloteaba allí abajo, trazando perezosos círculos resplandecientes.

—¡Maldición, Kaladin! —dijo Moash, cogiéndolo por el brazo—. ¿Intentas darme un susto de muerte?

«Me pregunto si sobreviviría a esa caída...». En una ocasión Kaladin había caído la mitad de esa altura, lleno de luz tormentosa,

y había aterrizado sin problemas. Dio un paso atrás en atención a Moash, aunque las alturas siempre lo habían fascinado, incluso antes de conseguir sus habilidades especiales. Se sentía liberado al estar tan alto. Solo él y el aire mismo.

Se arrodilló y examinó los lugares donde las monturas de la barandilla de hierro habían sido cimentadas en agujeros hechos en la piedra.

—¿La barandilla se soltó de sus anclajes? —preguntó, metiendo el dedo en un agujero y retirándolo manchado de polvo de argamasa.

—Sí —dijo Moash. Varios de los hombres de la guardia real asintieron.

—Podría ser un defecto de construcción —dijo Kaladin.

—Capitán —dijo uno de los guardias—. Yo estaba presente cuando sucedió, lo custodiaba en el balcón. Se cayó sin más. Solo se oyó un pequeño ruido. Yo estaba aquí, contemplando las Llanuras ensimismado, y a continuación vi a su majestad colgando allí mismo, agarrado por su vida y maldiciendo como un caravanero. — El guardia se ruborizó—. Señor.

Kaladin se levantó para inspeccionar el metal. Así que el rey se había apoyado contra esta sección de la barandilla, que se había doblado hacia delante al ceder los anclajes de abajo. Se habían soltado casi por completo, pero por fortuna un barrote había aguantado. El rey se había aferrado a él el tiempo suficiente hasta que lo rescataron.

Esto no debería haber sido posible jamás. Parecía que la estructura había sido construida primero con madera y cuerda, y luego moldeada para convertirla en hierro. Tras sacudir otra sección, descubrió que era sumamente segura. Aunque unas cuantas sujeciones cedieran, la construcción no habría cedido: para eso las piezas de metal habrían tenido que romperse.

Se dirigió a la derecha para inspeccionar algunas de las que se habían soltado. Las dos piezas de metal habían sido cortadas. Limpia, claramente.

La puerta de la cámara del rey se oscureció cuando Dalinar Kholin salió al balcón.

—Entrad —ordenó a Moash y los otros guardias—. Cerrad la puerta. Me gustaría hablar con el capitán Kaladin.

Obedecieron, aunque Moash se marchó reacio. Dalinar se acercó a Kaladin mientras se cerraban las ventanas para darles intimidad. A pesar de su edad, la figura del alto príncipe era intimidatoria: ancho de hombros, con una constitución tan robusta como una pared de ladrillo.

—Señor —dijo Kaladin—. Tendría que haber...

—No ha sido culpa tuya —lo interrumpió Dalinar—. El rey no estaba a tu cargo. Y aunque lo hubiera estado, no podría reprocharte nada, igual que no se lo reprocho a Idrin. No cabía esperar que los guardaespaldas inspeccionaran la construcción.

—Sí, señor —dijo Kaladin.

Dalinar se arrodilló para inspeccionar los anclajes.

—Te gusta aceptar la responsabilidad de las cosas, ¿no? Un atributo encomiable en un oficial. —Dalinar se levantó y miró el lugar donde habían cortado la barandilla—. ¿Cuál es tu valoración?

—Alguien picó en la argamasa y sabotó la barandilla.

Dalinar asintió.

—Estoy de acuerdo. Esto ha sido un atentado deliberado contra la vida del rey.

—Sin embargo... señor...

—¿Sí?

—Quien lo intentó ha de ser idiota.

Dalinar lo miró. Alzó una ceja a la luz de las linternas.

—¿Cómo podían saber dónde iba a apoyarse el rey? —añadió Kaladin—. ¿O que fuera a hacerlo, siquiera? Esta trampa podría haber pillado a cualquiera, y entonces los supuestos asesinos se habrían expuesto por nada. De hecho, eso es precisamente lo que ha sucedido. El rey sobrevivió, y ahora estamos al corriente de su existencia.

—Esperábamos asesinos —dijo Dalinar—. Y no solo por el incidente con la armadura del rey. Es posible que la mitad de los hombres poderosos de este campamento estén planeando algún tipo de intento de asesinato, así que un atentado contra la vida de Elhokar no nos dice tanto como crees. En cuanto a cómo supieron que se apoyaría aquí, este es su lugar favorito para contemplar las Llanuras Quebradas. Todo el que vigile sus movimientos habría sabido dónde llevar a cabo su sabotaje.

—Pero, señor, esto es demasiado retorcido —dijo Kaladin—. Si

tienen acceso a los aposentos privados del rey, ¿por qué no esconder a un asesino dentro? ¿O usar veneno?

—El veneno es tan improbable como esto —replicó Dalinar, indicando la barandilla—. La comida y la bebida del rey se prueban. En cuanto a un asesino oculto, podría toparse con los guardias. —Se levantó—. Pero estoy de acuerdo en que esos métodos probablemente tendrían mayor probabilidad de éxito. El hecho de que no los intentaran nos dice algo. Suponiendo que sean los mismos que colocaron las gemas defectuosas en la armadura del rey, prefieren métodos que no implican un enfrentamiento directo. No es que sean idiotas, es que son...

—Cobardes —concluyó Kaladin—. Quieren que el asesinato parezca un accidente. Puede que hayan esperado tanto para acallar las sospechas.

—Sí —dijo Dalinar, levantándose con aire de preocupación.

—Sin embargo, esta vez han cometido un gran error.

—¿Cómo?

Kaladin se acercó a la sección cortada que había inspeccionado antes y se arrodilló para frotar la sección lisa.

—¿Qué material corta tan limpiamente el hierro?

Dalinar se agachó, inspeccionó el corte y sacó una esfera para darse más luz. Gruñó.

—Yo diría que se supone que tiene que parecer que el anclaje se soltó.

—¿Y es así? —preguntó Kaladin.

—No. Eso ha sido una hoja esquilada.

—Lo cual reduce bastante nuestros sospechosos.

Dalinar asintió.

—No se lo digas a nadie. Ocultaremos que hemos visto el corte de esquilada, y así tal vez tengamos algo de ventaja. Es demasiado tarde para fingir que creemos que ha sido un accidente, pero no tenemos que revelar nada.

—Sí, señor.

—El rey insiste en que te ponga a cargo de su protección —dijo Dalinar—. Puede que tengamos que alterar tu calendario de trabajo.

—No estoy preparado para eso —dijo Kaladin—. Mis hombres no pueden asumir todas sus tareas.

—Lo sé —respondió Dalinar en voz baja. Parecía vacilante—.

Pero supongo que comprendes que esto lo ha hecho alguien desde dentro.

Kaladin sintió frío.

—¿En los mismos aposentos del rey? Eso significa que es un criado. O uno de sus guardias. Los hombres de la Guardia del Rey pueden haber tenido también acceso a su armadura. —Dalinar miró a Kaladin, el rostro iluminado por la esfera que tenía en la mano. Un rostro fuerte, con una nariz rota. Roma. Real—. No sé en quién puedo confiar hoy en día. ¿Puedo confiar en ti, Kaladin Bendito por la Tormenta?

—Sí. Lo juro.

Dalinar asintió.

—Voy a retirar a Idrin de su cargo y asignarlo a un puesto de mando en mi ejército. Eso satisfará al rey, pero me aseguraré de que Idrin sepa que no se trata de un castigo. Sospecho que disfrutará más del nuevo trabajo, de todas formas.

—Sí, señor.

—Le preguntaré cuáles son sus mejores hombres y de momento los pondré a tus órdenes. Úsalos lo menos posible. Quiero que al final el rey sea protegido solo por hombres de los puentes: hombres en quienes confíes, hombres que no tengan nada que ver con la política de los campamentos de guerra. Elige con cuidado. No quiero sustituir a traidores potenciales por antiguos ladrones que puedan ser comprados fácilmente.

—Sí, señor —dijo Kaladin, sintiendo que un gran peso se posaba sobre sus hombros.

Dalinar se levantó.

—No sé qué más hacer. Un hombre tiene que poder confiar en sus propios guardias. —Se volvió para entrar en la habitación. El tono de su voz parecía profundamente preocupado.

—¿Señor? —preguntó Kaladin—. Esto no ha sido el intento de asesinato que estabas esperando, ¿verdad?

—No —contestó Dalinar, con la mano en el pomo de la puerta—. Estoy de acuerdo con tus valoraciones. Esto no ha sido obra de alguien que sepa lo que hace. Considerando lo retorcido del plan, me sorprende lo cerca que ha estado de funcionar. —Miró a Kaladin a los ojos—. Si Sadeas decide golpear... o, peor aún, el asesino que se llevó la vida de mi hermano... no nos irá tan bien. La tormenta

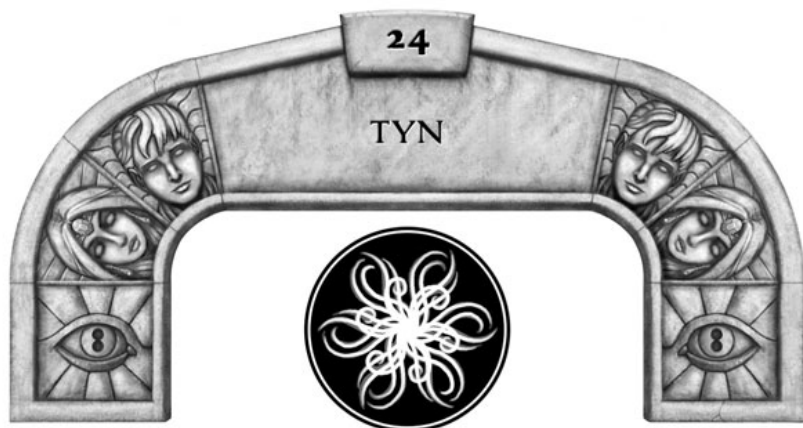
tiene que llegar todavía.

Al abrir la puerta se oyeron claramente las quejas del rey, que hasta entonces habían sonado apagadas. Elhokar clamaba que nadie se tomaba su seguridad en serio, que nadie escuchaba, que deberían estar buscando las cosas que él veía por encima del hombro en el espejo, significara lo que significara eso. La invectiva parecían las protestas de un niño malcriado.

Kaladin miró la barandilla torcida, imaginando al rey colgando de ella. Tenía buenos motivos para estar enfadado. Pero ¿no se suponía que un rey había de estar por encima de todo eso? ¿No exigía su Llamada que pudiera mantener la compostura bajo presión? A Kaladin le resultaba difícil imaginar a Dalinar reaccionando de forma tan infantil, no importaba cuál fuera la situación.

«Tu trabajo no es juzgar —se dijo, llamando a Syl para marcharse del balcón—. Tu trabajo es proteger a esta gente».

Como fuera.



La forma pútrida destruye las almas de los sueños.

Una forma que evitan los dioses, parece.

No busques su contacto, ni oigas sus gritos, niégala.

*Mira por dónde andas, por dónde pisan tus pies:
sobre colina o lecho rocoso de río.*

Contén los temores que llenan tu cabeza, desafíala.

De La canción de los secretos de los oyentes, estrofa 27

Bueno, verás —dijo Gaz mientras lijaba la madera del asiento de Shallan. Ella estaba sentada cerca, escuchando mientras trabajaba—. La mayoría de nosotros nos unimos a la lucha en las Llanuras Quebradas como venganza, ¿sabes? Los moteados mataron al rey. Iba a ser un acto grandioso y tal. Una lucha por venganza, una forma de mostrar al mundo que los alezi no toleran la traición.

—Sí —coincidió Red. El soldado barbudo y larguirucho soltó una barra de la carreta. Sin esta, solo quedaban tres en cada esquina para sostener el techo. Soltó la barra con satisfacción, luego se sacudió el polvo de los guantes de trabajo. Esto ayudaría a transformar el vehículo para que dejara de ser una jaula rodante y fuera un transporte más adecuado para una dama ojos claros—. Lo recuerdo —continuó diciendo Red, sentándose en el carruaje con las piernas colgando—. La llamada a las armas nos la hizo el

mismísimo alto príncipe Vamah, y se extendió por toda Costa Lejana como un mal olor. Todo hijo segundo de edad adecuada se unió a la causa. La gente se preguntaba si eras un cobarde si ibas a la taberna a tomar una copa y no llevabas la insignia de recluta. Yo me enrolé con cinco de mis amigos. Ahora están todos muertos, pudriéndose en esos abismos malditos por las tormentas.

—Entonces os... ¿cansasteis de luchar? —preguntó Shallan. Para entonces ya tenía un escritorio. Bueno, una mesa: un pequeño mueble de viaje que podía desmontarse con facilidad. La habían sacado del carro y ella lo utilizaba para repasar algunas de las notas de Jasnah.

La caravana acampaba mientras el día tocaba a su fin: habían viajado bien, pero Shallan no los presionaba demasiado, después de lo que habían pasado. Tras cuatro jornadas de viaje, se acercaban a la parte del camino donde era mucho menos probable que los atacaran los bandidos. Se acercaban a las Llanuras Quebradas, y la seguridad que estas ofrecían.

—¿Cansados de luchar? —dijo Gaz, riendo mientras cogía una bisagra y empezaba a clavarla en su sitio. De vez en cuando, miraba hacia un lado, una especie de tic nervioso—. Maldición, no. ¡No fuimos nosotros, fueron los malditos ojos claros! Disculpa si te ofende, brillante. ¡Pero a las tormentas con ellos, y a las tormentas para siempre!

—Dejaron de luchar para vencer —añadió Red en voz baja—. Y empezaron a luchar por las esferas.

—Todos los días —terció Gaz—. Todos los atormentados días, nos levantábamos y luchábamos en esas mesetas. Y no hacíamos ningún progreso. ¿A quién le importaba? Los altos príncipes iban tras las gemas corazón. Y allí estábamos nosotros, convertidos prácticamente en esclavos debido a nuestros juramentos militares. Ningún derecho a viajar como lo tendrían los buenos ciudadanos, desde que nos alistamos. ¡Moríamos, sangrábamos y sufríamos para que ellos pudieran enriquecerse! De eso se trataba. Así que nos marchamos. Éramos un grupo que estábamos bebiendo juntos, aunque servíamos a altos príncipes diferentes. Los abandonamos a ellos y a su guerra.

—Bueno, Gaz —intervino Red—. Eso no es todo. Sé sincero con la dama. ¿No debías también algunas esferas a los prestamistas?

¿Qué era eso que nos dijiste de que estabas a un paso de convertirte en un hombre de los puentes...?

—Vale —dijo Gaz—. Eso fue en mi antigua vida. Y ya no hay nada de mi antigua vida que tenga importancia. —Terminó de trabajar con el martillo—. Además, la brillante Shallan dijo que nuestras deudas se olvidarían.

—Todo será perdonado —asintió Shallan.

—¿Ves?

—Excepto tu aliento —añadió ella.

Gaz alzó el rostro cubierto de cicatrices, ruborizado, pero Red se echó a reír. Había algo conmovedor en esos soldados. Habían aprovechado la oportunidad de llevar de nuevo una vida normal y estaban decididos a conservarla. No se había producido ni un solo problema de disciplina en los días que llevaban juntos, y la obedecían rápidamente, incluso con ansiedad.

La prueba de eso se produjo cuando Gaz plegó hacia arriba el costado de su carreta y luego abrió un pestillo y bajó una ventanita para dejar entrar la luz. Hizo un gesto hacia su nueva ventana, sonriente.

—Tal vez no sea lo suficientemente elegante para una dama ojos claros, pero al menos ahora podrás ver el exterior.

—No está mal —dijo Red, aplaudiendo lentamente—. ¿Por qué no nos dijiste que tenías formación de carpintero?

—No la tengo —dijo Gaz, con expresión solemne—. Trabajé algún tiempo en un aserradero, eso es todo. Ahí se aprenden un par de cosas.

—Es muy bonita, Gaz —lo felicitó Shallan—. Te lo agradezco mucho.

—No es nada. Creo que deberías tener otra en el otro lado también. Veré si puedo sablear otro gozne a los mercaderes.

—¿Ya estás besando los pies de nuestra nueva ama, Gaz? —Vathah se acercó al grupo. Shallan no lo había visto aproximarse.

El líder de los antiguos desertores tenía en las manos un cuenco de humeante curry del caldero de la cena. Shallan captó el olor de los pimientos picantes. Aunque habría sido un cambio agradable tras el guiso que había comido con los traficantes de esclavos, la caravana tenía comida apropiada para mujeres, que se veía obligada a tomar. Tal vez pudiera probar ese curry cuando no

hubiera nadie mirando.

—Ni siquiera te ofreciste a hacerme este tipo de cosas, Gaz —dijo Vathah, mojando su pan en la salsa y arrancando un bocado con los dientes. Habló mientras masticaba—. Pareces feliz de volver a ser un criado de los ojos claros. Me extraña que no tengas la camisa hecha jirones después de tanto arrastrarte.

Gaz volvió a ruborizarse.

—Por lo que sé, Vathah —intervino Shallaan—, no tenías carreta. ¿Dónde querías que Gaz te pusiera una ventana? ¿En la cabeza, tal vez? Estoy segura de que podemos arreglar eso.

Vathah sonrió mientras comía, aunque no fue una sonrisa particularmente agradable.

—¿Te ha hablado del dinero que debe?

—Nos encargaremos de ese problema cuando llegue el momento.

—Este grupo va a ser más problemático de lo que piensas, pequeña ojos claros —dijo Vathah, sacudiendo la cabeza mientras volvía a mojar el pan—. Volverán a donde estaban antes.

—Esta vez serán héroes por haberme rescatado.

Él bufó.

—Esos nunca serán héroes. Son crem, brillante. Ni más ni menos.

Gaz agachó la cabeza y Red se dio media vuelta, pero ninguno se mostró en desacuerdo con aquellas palabras.

—Te tomas muchas molestias para humillarlos, Vathah —señaló Shallaan, poniéndose en pie—. ¿Tanto temes estar equivocado? Se diría que ya habrías de estar acostumbrado.

Él gruñó.

—Ten cuidado, niña. No vayas a ofender a alguien sin proponértelo.

—Lo último que querría es ofenderte sin proponérmelo, Vathah —respondió Shallaan—. ¡Pensar que no podría conseguirlo a propósito si quisiera!

Él la miró, luego se ruborizó y vaciló un momento, intentando hallar una respuesta.

Shallaan lo interrumpió antes de que pudiera hacerlo.

—No me sorprende que no encuentres las palabras adecuadas, una experiencia a la que, sin duda, también estás acostumbrado.

Seguramente la experimentas cada vez que alguien te hace una pregunta difícil... como de qué color es tu camisa.

—Muy graciosa —replicó él—. Pero las palabras no van a cambiar a estos hombres ni los problemas en los que están metidos.

—Al contrario —replicó Shallan, mirándolo a los ojos—. Por experiencia sé que la mayoría de los cambios parten de las palabras. Les he prometido una segunda oportunidad. Mantendré mi promesa.

Vathah gruñó, pero se marchó sin hacer más comentarios. Shallan suspiró, se sentó y volvió a su trabajo.

—Ese siempre va por ahí actuando como si un abismoide se hubiera comido a su madre —dijo con una sonrisa—. O tal vez el abismoide era su madre.

Red soltó una carcajada.

—Si no te importa que lo diga, brillante, ¡tienes una lengua muy larga!

—La verdad es que nunca he medido la lengua de nadie —respondió Shallan, pasando una página y sin alzar la cabeza—. Me atrevería a decir que ha de ser una experiencia bastante desagradable.

—No es tan mala —dijo Gaz.

Los dos lo miraron.

Él se encogió de hombros.

—Lo decía por decir. No es que...

Red se echó a reír y le dio a Gaz una palmada en el hombro.

—Voy a buscar comida. Te ayudaré a conseguir esa bisagra más tarde.

Gaz asintió, aunque miró de nuevo hacia el lado (el mismo tic nervioso), y no siguió a Red cuando este se encaminó hacia el caldero de la cena. En cambio, se puso a lijar la madera de la carreta en los lugares donde había empezado a astillarse.

Shallan apartó el cuaderno que tenía delante, en el que había intentado diseñar formas de ayudar a sus hermanos. Incluían de todo, desde comprar uno de los moldeadores de almas que tenían los alezi a intentar localizar a los Sangre Espectral y desviar de algún modo su atención. Sin embargo, no podía hacer nada hasta que llegara a las Llanuras Quebradas... y entonces la mayoría de sus planes requerirían tener aliados poderosos.

Tenía que hacer que su compromiso nupcial con Adolin Kholin siguiera adelante; no solo por su familia, sino por el bien del mundo. Shallan necesitaría aliados y recursos que la ayudaran. Pero ¿y si no podía mantener su compromiso? ¿Y si no lograba que la brillante Navani la apoyara? Tal vez tendría que continuar buscando Urithiru y preparándose para los Portadores del Vacío por su cuenta. Esa idea la aterrorizaba, pero quería estar preparada.

Sacó un libro distinto, uno de los pocos de la colección de Jasnah que no describían a los Portadores del Vacío ni a la legendaria Urithiru. En cambio, era una lista de los altos príncipes alezi y registraba sus maniobras y objetivos políticos.

Shallan tenía que estar preparada, informarse del paisaje político de la corte alezi. No podía permitirse ser ignorante. Tenía que saber quiénes podían ser aliados potenciales, si todo lo demás le fallaba.

«¿Y este Sadeas?», pensó, pasando a una página del cuaderno. Se le describía como conspirador y peligroso, y detallaba que tanto él como su esposa poseían una aguda inteligencia. Un hombre inteligente podría atender los argumentos de Shallan y comprenderlos.

Aladar era otro alto príncipe a quien Jasnah respetaba. Era poderoso y conocido por sus soberbias maniobras políticas, además de ser aficionado a los juegos de azar. Tal vez se arriesgaría a organizar una expedición para encontrar Urithiru, si Shallan insistía en las riquezas que podrían encontrarse allí.

Hatham quedaba descrito como un hombre de política incisiva y cuidadosa planificación. Otro aliado potencial. Jasnah no tenía en gran consideración a Thanadal, Bethan ni a Sebarial. Al primero lo consideraba empalagoso; al segundo, lerdo, y al tercero, escandalosamente burdo.

Estudió a los nobles y sus motivaciones durante un rato. Poco después, Gaz se levantó y se sacudió el serrín de los pantalones, le dirigió un respetuoso saludo y se fue a buscar comida.

—Un momento, maestro Gaz —dijo ella.

—No soy ningún maestro —respondió el hombre, acercándose de nuevo—. Sexto nahn solamente, brillante. Nunca pude comprarme nada mejor.

—¿A cuánto ascienden exactamente esas deudas tuyas? —preguntó Shallan, sacando algunas esferas de su bolsa segura para

colocarlas en el cuenco de su escritorio.

—Bueno, uno de mis acreedores fue ejecutado —dijo Gaz, frotándose la barbilla—. Pero hay más. —Vaciló—. Ochenta broams de rubí, brillante. Aunque puede que ya no los acepten. A día de hoy, lo que quieren es mi cabeza.

—Una suma bastante elevada para un hombre como tú. ¿Deudas de juego?

—Qué más da —respondió él—. Pero sí, es eso.

—No me lo creo —dijo Shallan, ladeando la cabeza—. Me gustaría que me contaras la verdad, Gaz.

—Entrégame a ellos —replicó él, que dio media vuelta y se dispuso a alejarse para ir a buscar la sopa—. No me importa. Lo prefiero a estar aquí, preguntándome cuándo me encontrarán.

Shallan se quedó mirándolo mientras él se marchaba, luego sacudió la cabeza y volvió a sus estudios. «Jasnah escribió que Urithiru no está en las Llanuras Quebradas —pensó, pasando unas cuantas páginas—. Pero ¿cómo estaba tan segura? Las Llanuras nunca se han explorado del todo, debido a los abismos. ¿Quién sabe qué hay ahí fuera?».

Por fortuna, las anotaciones de Jasnah eran muy detalladas. Parecía que la mayoría de los antiguos archivos situaban a Urithiru en las montañas. Las Llanuras Quebradas ocupaban una cuenca.

«Nohadon pudo ir allí caminando», pensó Shallan, encontrando una cita de *El camino de los reyes*. Jasnah cuestionaba la validez de aquella declaración, aunque a decir verdad Jasnah lo cuestionaba casi todo. Después de una hora de estudio, cuando el sol empezaba a descender ya hacia el horizonte, Shallan se encontró frotándose las sienes.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Patrón en voz baja. Le gustaba salir cuando estaba más oscuro, y ella no se lo prohibía. Buscó y lo encontró en la mesa, creando una compleja formación de rugosidades en la madera.

—Las historiadoras son un hatajo de mentirosas —dijo Shallan.

—Mmm —comentó Patrón, satisfecho.

—No era un cumplido.

—Oh.

Shallan cerró el libro.

—¡Se supone que estas mujeres eran sabias! En vez de registrar

hechos, escribían opiniones y las presentaban como verdades. Parecían tomarse muchas molestias en contradecirse unas a otras, y danzaban alrededor de los temas importantes como los spren alrededor del fuego: sin proporcionar calor, solo alardeando.

Patrón zumbó.

—La verdad es individual.

—¿Qué? No, no lo es. La verdad es... la verdad. La realidad.

—Tu verdad es lo que ves —dijo Patrón, confundido—. ¿Qué otra cosa podría ser? Esa es la verdad de la que puedes hablarme, la verdad que proporciona poder.

Al mirarlo ella advirtió que sus rugosidades proyectaban sombras a la luz de las esferas. Las había renovado con la alta tormenta de la noche anterior, mientras se acurrucaba en su carreta. Patrón había empezado a zumbar en mitad de la tormenta: un sonido extraño y furioso. Después de eso, soltó una diatriba en un lenguaje que no comprendió, asustando a Gaz y los otros soldados que ella había invitado al refugio. Por suerte, dieron por hecho que durante las altas tormentas sucedían cosas terribles, y ninguno había hablado del tema desde entonces.

«Tonta —se dijo, pasando a una página vacía de las notas—. Empieza a actuar como una estudiosa. Jasnah se sentiría decepcionada». Anotó lo que Patrón acababa de decir.

—Patrón —dijo, cogiendo el lápiz que, junto con el papel, le habían proporcionado los mercaderes—. Esta mesa tiene cuatro patas. ¿No dirías que eso es una verdad, al margen de mi punto de vista?

Patrón zumbó, inseguro.

—¿Qué es una pata? Depende de tu definición. Sin un punto de vista, no existe ni una pata, ni una mesa. Solo es madera.

—Me dijiste que la mesa se percibe así a sí misma.

—Porque la gente la ha considerado, durante mucho tiempo, como una mesa —dijo Patrón—. Para la mesa se vuelve la verdad por la verdad que la gente creó para ella.

«Interesante», pensó Shallan, escribiendo en su cuaderno de notas. No le interesaba tanto la naturaleza de la verdad en este momento, sino cómo la percibía Patrón. «¿Es porque pertenece al Reino Cognitivo? Los libros dicen que el Reino Espiritual es un lugar de verdad pura, mientras que el Cognitivo es más fluido».

—Los spren —dijo Shallan—. Si los humanos no estuvieran aquí, ¿tendrían pensamiento los spren?

—Aquí, en este reino, no —respondió Patrón—. En el otro reino, no lo sé.

—No pareces preocupado —señaló Shallan—. Tu existencia podría depender de los humanos.

—En efecto —asintió Patrón, de nuevo sin parecer preocupado—. Pero también los niños dependen de sus padres. —Vaciló—. Además, hay otros que piensan.

—Los Portadores del Vacío —declaró Shallan con frialdad.

—Sí. No creo que mi especie viviera en un mundo donde solo estuvieran ellos. Tienen sus propios spren.

Shallan se irguió bruscamente en su asiento.

—¿Sus propios spren?

Patrón se encogió en la mesa y sus rugosidades se volvieron menos claras al replegarse unas sobre otras.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Shallan.

—No hablamos de esto.

—Pues empieza. Es importante.

Patrón zumbó. Shallan pensó que iba a insistir en su negativa, pero después de un instante continuó, con voz muy débil:

—Los spren son... poder... poder roto. Poder al que se da pensamiento por las percepciones de los hombres. Honor, refinamiento y... y otro. Fragmentos desgajados.

—¿Otro? —instó Shallan.

El zumbido de Patrón se convirtió en un gemido, tan agudo que ella casi no pudo oírlo.

—Odium. —Pronunció la palabra como si necesitara escupirla.

Shallan escribió rápidamente. Odium. Odio. ¿Un tipo de spren? Quizás uno grande y único, como Cusicesh de Iri o la Vigilante Nocturna. Spren de odio. Nunca había oído hablar de ello.

Mientras escribía, uno de sus esclavos se acercó en la oscuridad. Era un hombre tímido, vestido con una sencilla túnica y pantalones, parte del equipo que los mercaderes le habían dado a Shallan. Era un regalo de agradecer, ya que las últimas esferas que tenía la mujer estaban en el cuenco que tenía delante, y ni siquiera alcanzarían para pagar una comida en los mejores restaurantes de Kharbranth.

—¿Brillante? —preguntó el hombre.

—¿Sí, Suna?

—Yo... esto... —Señaló—. La otra dama me pidió que te dijera...

Señalaba hacia la tienda que utilizaba Tyn, la mujer alta que era la jefa de los pocos guardias de la caravana supervivientes.

—¿Quiere que la visite? —preguntó Shallan.

—Sí —dijo Suna, agachando la cabeza—. Creo que para comer.

—Gracias, Suna —respondió Shallan, dándole permiso para que regresara a la hoguera donde los otros esclavos y él ayudaban con la cocina mientras los parshmenios reunían leña.

Los esclavos de Shallan formaban un grupo silencioso. Llevaban tatuajes en la frente, en vez de marcas. Era la forma más amable de hacerlo, y normalmente identificaban a la persona que había entrado voluntariamente en el servicio y no había sido obligada como castigo por un delito violento o terrible. Eran hombres con deudas o hijos de esclavos que aún tenían que saldar la deuda de sus padres. Estaban acostumbrados al trabajo y parecía asustarles la idea de que ella les pagara. Pese a que el sueldo era miserable, en menos de dos años la mayoría quedaría en libertad. Obviamente, se sentían incómodos ante esa perspectiva.

Shallan sacudió la cabeza y guardó sus cosas. Mientras se dirigía a la tienda de Tyn, Shallan se detuvo ante la hoguera y le pidió a Red que volviera a guardar su mesa en la carreta y la asegurara allí.

Le preocupaban sus pertenencias, pero ya no tenía ninguna esfera allí, y había dejado los baúles abiertos para que Red y Gaz pudieran echar un vistazo y vieran solo libros. Era de esperar que no supusieran ningún atractivo para que nadie fuera a ir a robarlos.

«Tú también andas bailando alrededor de la verdad —pensó mientras se apartaba de la hoguera—. Igual que esas historiadoras de las que te quejabas». Fingía que esos hombres eran héroes, pero no tenía ninguna ilusión respecto a lo rápido que podrían cambiar de bando en las circunstancias equivocadas.

La tienda de Tyn era grande y bien iluminada. La mujer no viajaba como una simple guardia. En muchos aspectos, era la persona más intrigante de la caravana. Una de las pocas ojos claros, aparte de los mercaderes. Una mujer que llevaba espada.

Shallan se asomó a las puertas de lona abiertas y encontró a

varios parshmenios sirviendo la comida en una mesa baja de viaje pensada para comer sentado en el suelo. Los parshmenios salieron rápidamente y Shallaan los observó con recelo.

Tyn estaba de pie junto a una ventana abierta en la lona. Llevaba su gabán largo y pardo, sujeto con un cinturón. Tenía aspecto de vestido, aunque era más rígido que ningún vestido que Shallaan hubiera llevado nunca, a juego con los rígidos pantalones que la mujer vestía debajo.

—Pregunté a tus hombres —dijo Tyn sin volverse—, y me dijeron que no habías cenado todavía. Hice que los parshmenios trajeran suficiente comida para dos.

—Gracias —respondió Shallaan al tiempo que entraba, procurando disimular la vacilación. Entre esta gente no era una muchacha tímida, sino una mujer poderosa. Al menos en teoría.

—He ordenado a mi gente que mantenga el perímetro despejado —añadió Tyn—. Podemos hablar libremente.

—Muy bien.

—Eso significa que puedes decirme quién eres realmente.

¡Padre Tormenta! ¿A qué venía eso?

—Soy Shallaan Davar, como ya sabes.

—Sí —convino Tyn, acercándose y sentándose a la mesa—. Por favor —señaló.

Shallaan se sentó con cuidado en una postura adecuada para una dama, con las piernas dobladas hacia un lado.

Tyn se sentó y cruzó las piernas después de extender el gabán a su alrededor. Se lanzó a su comida, mojando pan ácimo en un curry que parecía demasiado oscuro y olía demasiado picante para ser femenino.

—¿Comida de hombre? —preguntó Shallaan.

—Nunca he entendido esa clasificación —dijo Tyn—. Me crie en Tu Bayla, hija de padres que trabajaban como intérpretes. No supe qué determinadas comidas eran para hombres o para mujeres hasta que visité la patria de mis padres por primera vez. Me sigue pareciendo una tontería. Comeré lo que quiera, muchas gracias.

La comida de Shallaan era más adecuada, y olía a dulce en vez de a picante. Comió. En ese momento se dio cuenta de lo hambrienta que estaba.

—Tengo una vinculacañas —dijo Tyn.

Shallan alzó la cabeza, la punta de su pan en el cuenco.

—Está conectada con otra en Tashikk —continuó la mujer—, en una de sus nuevas casas de información. Se contrata a un intermediario allí, y pueden hacer servicios por ti. Investigación, preguntas... incluso transmitir mensajes por ti a través de vinculacañas a cualquier ciudad importante del mundo. Es bastante espectacular.

—Parece útil —comentó Shallan con prudencia.

—En efecto. Se pueden descubrir todo tipo de cosas. Por ejemplo, hice que mi contacto buscara todo lo que pudiera sobre la casa Davar. Al parecer es una casa pequeña y apartada, con grandes deudas y un líder errático que puede o no estar vivo. Tiene una hija, Shallan, a quien al parecer nadie conoce.

—Yo soy esa hija. Así que diría que «nadie» es un poco exagerado.

—¿Por qué la hija desconocida de una familia veden menor viajaría por las Tierras Heladas con un grupo de traficantes de esclavos? —prosiguió Tyn—. ¿Diciendo, además, que la esperan en las Llanuras Quebradas, y que su rescate será celebrado? ¿Que tiene conexiones poderosas, suficientes para pagar los salarios de toda una tropa de mercenarios?

—La verdad es a veces más sorprendente que la mentira.

Tyn sonrió y luego se inclinó hacia delante.

—No pasa nada: no tienes que seguir fingiendo ante mí. Estás haciendo un buen trabajo. He olvidado mi malestar contigo y he decidido dejarme impresionar. Eres nueva en esto, pero tienes talento.

—¿Esto? —preguntó Shallan.

—El arte del timo, naturalmente. El gran acto de fingir ser quien no eres, y luego ir a por todas. Me gusta lo que conseguiste con esos desertores. Fue una gran jugada, y dio sus frutos.

»Pero ahora estás en una situación incómoda. Finges ser alguien que está varios peldaños por encima de ti y prometes una gran recompensa. He visto ese timo antes, y la parte más difícil es el final. Si no lo manejas bien, estos “héroes” que has reclutado no tendrán el menor reparo en colgarte del cuello. He advertido que arrastras los pies mientras nos diriges a las Llanuras. Te sientes insegura, ¿verdad? ¿Es demasiado para ti?

—En efecto —admitió Shallan en voz baja.

—Bueno —dijo Tyn, atacando su comida—. Estoy aquí para ayudar.

—¿A qué precio? —A esta mujer le gustaba hablar. Shallan se sintió inclinada a dejarla continuar.

—Quiero participar de lo que sea que estés planeando —dijo Tyn, clavando el pan en su cuenco como si fuera una espada en un conchagrande—. Viniste hasta las Tierras Heladas por algo. Probablemente planeas un timo a lo grande, pero me da toda la impresión de que no tienes experiencia para llevarlo a cabo.

Shallan dio un golpecito en la mesa con el dedo. ¿Quién debería ser para esta mujer? ¿Quién necesitaba ser?

«Parece una maestra del engaño —pensó, sudando—. No puedo engañar a alguien así».

Excepto que ya lo había hecho. Sin proponérselo.

—¿Cómo has acabado aquí? —preguntó Shallan—. ¿Por qué diriges guardias en una caravana? ¿Forma parte de un timo?

Tyn se echó a reír.

—¿Esto? No, no merecería la pena las molestias. Puede que haya exagerado mi experiencia cuando hablé con los líderes de la caravana, pero necesitaba llegar a las Llanuras Quebradas y no tenía recursos para llegar sana y salva por mi cuenta.

—¿Cómo una mujer como tú acaba sin recursos? —preguntó Shallan, frunciendo el ceño—. Pensaba que nunca estarías desprovista.

—Y no lo estoy —dijo Tyn, señalando a su alrededor—. Como puedes ver claramente. Tendrá que acostumbrarte a reconstruir, si quieres unirme a la profesión. Como viene, se va. Me quedé atascada en el sur sin ninguna esfera, y voy camino de países más civilizados.

—De las Llanuras Quebradas —dijo Shallan—. ¿Tienes allí también algún tipo de trabajo? ¿Un... timo que intentas colar?

Tyn sonrió.

—No se trata de mí, muchacha. Se trata de ti, y de qué puedo hacer por ti. Conozco a gente en los campamentos de guerra. Es prácticamente la nueva capital de Alezkar: todo lo interesante del país está sucediendo allí. El dinero fluye como los ríos después de una tormenta, pero todo el mundo lo considera una frontera, y por eso las leyes no son muy estrictas. Una mujer puede progresar si

conoce a la gente adecuada.

Tyn se inclinó adelante y su semblante se ensombreció.

—Pero si no lo hace, puede encontrar enemigos muy rápidamente. Créeme, querrás conocer a quienes conozco, y querrás trabajar con ellos. Sin su aprobación, no sucede nada de importancia en las Llanuras Quebradas. Así que te repito la pregunta: ¿qué esperas conseguir allí?

—Yo... sé algo sobre Dalinar Kholin.

—¿La vieja Espina Negra en persona? —dijo Tyn, sorprendida—. Vive una vida aburrida últimamente, tan superior a todo, como si fuera un héroe de las leyendas.

—Sí, bueno, lo que sé será muy importante para él. Mucho.

—Bien, ¿cuál es ese secreto?

Shallan no respondió.

—No estás dispuesta a divulgar la mercancía aún —observó Tyn—. Bueno, es comprensible. El chantaje es complicado. Te alegrarás de tenerme a tu lado. Porque vas a tenerme a tu lado, ¿verdad?

—Sí —respondió Shallan—. Creo que podría aprender algunas cosas de ti.



Forma de humo para ocultarse y escabullirse entre los hombres.

Una forma de poder, como las potencias humanas.

Devuelta otra vez.

*Aunque creada por dioses,
fue por mano de No-creados.*

Deja su fuerza para ser amiga o enemiga.

De La canción de las historias de los oyentes, estrofa

127

Kaladin creía que haría falta algo muy fuerte para ponerlo en una situación que no hubiera visto antes. Había sido esclavo y cirujano, servido en un campo de batalla y en un comedor de ojos claros. Había visto lo suyo para los veinte años que tenía. En ocasiones, parecía que demasiado. De hecho, habría preferido pasar sin muchos de los recuerdos que tenía.

Debido a ello, no esperaba que ese día le presentara algo tan completa y desconcertantemente desconocido.

—¿Señor? —preguntó, dando un paso atrás—. ¿Qué es... lo que quieres que haga?

—Subirte a ese caballo —respondió Dalinar Kholin, señalando al animal que pastaba cerca de ellos. La bestia estaba inmóvil,

esperando a que la hierba saliera de sus agujeros. Entonces saltaría, daría un rápido bocado y eso haría que la hierba volviera a esconderse en sus madrigueras. Daba un bocado cada vez, a menudo arrancando la hierba de raíz.

Era uno de los muchos animales que brincaban y holgazaneaban por la zona. A Kaladin no dejaba de sorprenderle lo rica que era la gente como Dalinar: cada caballo valía muchísimas esferas. Y Dalinar quería que se subiera a uno de ellos.

—Soldado —dijo Dalinar—, tienes que saber cabalgar. Puede que llegue el momento en que necesites proteger a mis hijos en el campo de batalla. Además, ¿cuánto tardaste en llegar al palacio el otro día, cuando te enteraste del accidente del rey?

—Casi tres cuartos de hora —admitió Kaladin. Habían pasado cuatro jornadas desde esa noche, y Kaladin se sentía nervioso desde entonces.

—Tengo establos cerca de los barracones —dijo Dalinar—. Podrías haber hecho el trayecto en una fracción de ese tiempo si supieras cabalgar. Tal vez no pases mucho tiempo a caballo, pero es importante que tus hombres y tú aprendáis esta habilidad.

Kaladin se volvió a mirar a los otros miembros del Puente Cuatro. Los hombres se encogieron de hombros, algunos con timidez, excepto Moash, que asintió ansiosamente.

—Supongo —dijo Kaladin, mirando de nuevo a Dalinar—. Si consideras que es importante, señor, lo intentaremos.

—Bien dicho. Enviaré a Jenet, el jefe del establo.

—Estaremos esperándolo, señor —dijo Kaladin, tratando de parecer sincero.

Dos de los hombres de Kaladin escoltaron a Dalinar mientras se encaminaba hacia los establos, un grupo de edificios grandes y recios. Por lo que Kaladin veía, cuando los caballos no estaban dentro, se les permitía corretear en libertad por el interior de la zona al aire libre que estaba situada al oeste del campamento. Un bajo muro de piedra rodeaba el recinto, pero sin duda los caballos podían saltarlo cuando quisieran.

Pero no lo hacían. Los animales deambulaban por el lugar, acechando la hierba o tumbándose, resoplando o relinchando. Para Kaladin, todo el lugar olía extraño. No a mierda sino a... caballo. Kaladin observó a uno que comía cerca, junto al muro. No se fiaba

de él: había algo demasiado inteligente en los caballos. Las bestias de carga adecuadas como los chulls eran lentas y dóciles. Preferiría montar a un chull. Sin embargo, una criatura como esa... ¿quién sabía qué estaba pensando?

Moash se detuvo a su lado mientras Dalinar se marchaba.

—Te cae bien, ¿no? —preguntó en voz baja.

—Es un buen comandante —dijo Kaladin, mientras buscaba instintivamente a Adolin y Renarin, que cabalgaban cerca. Al parecer, aquellos bichos tenían que hacer ejercicio de forma regular para que funcionaran bien. Criaturas diabólicas.

—No te acerques mucho a él, Kal —dijo Moash, todavía mirando a Dalinar—. Y no te fíes demasiado. Es un ojos claros, recuérdalo.

—No soy de los que olvidan —dijo Kaladin con sequedad—. Además, eres tú quien parecía a punto de desmayarse cuando se ofreció a dejarnos montar esos monstruos.

—¿Has visto alguna vez a un ojos claros montando uno de esos bichos? —preguntó Moash—. En el campo de batalla, quiero decir.

Kaladin recordó el tronar de los cascos, un hombre con armadura plateada, amigos muertos.

—Sí.

—Entonces conoces la ventaja que supone —dijo Moash—. Aceptaré alegremente el ofrecimiento de Dalinar.

El jefe de establos resultó ser una mujer. Kaladin alzó una ceja mientras la joven y bonita ojos claros se acercaba a ellos, seguida por un par de mozos de cuabras. Llevaba un tradicional vestido vorin, aunque no era de seda, sino de un tejido más áspero, y estaba abierto por delante y por detrás, del tobillo al muslo. Debajo llevaba unos femeninos pantalones. La mujer tenía el pelo oscuro recogido en una trenza, ningún adorno, y una tirantez en el rostro que Kaladin no esperaba en una mujer ojos claros.

—El alto príncipe dice que he de permitir que toquéis a mis caballos, rufianes —declaró Jenet, cruzándose de brazos—. No me hace ninguna gracia.

—Por fortuna, a nosotros tampoco —contestó Kaladin.

Ella lo miró de arriba abajo.

—Eres tú, ¿no? Ese del que habla todo el mundo.

—Tal vez.

Ella torció el gesto.

—Necesitas un corte de pelo. ¡Muy bien, escuchad, soldaditos! Vamos a hacer esto bien. No consentiré que hagáis daño a mis caballos, ¿entendido? Prestad atención.

Lo que siguió fue una de las charlas más aburridas e insoportables que Kaladin había sufrido en su vida. La mujer habló y habló sobre la postura: la espalda recta, pero no demasiado tensa. Sobre cómo hacer que los caballos se movieran: una indicación con los talones, no demasiado brusca. Sobre cómo cabalgar, respetar al animal, sujetar bien las riendas y mantener el equilibrio. Todo eso antes incluso de tocar a una de esas criaturas.

Al cabo de un rato, el aburrimiento quedó interrumpido por la llegada de un hombre a caballo. Por desgracia, era Adolin Kholin a lomos de su caballo blanco. Un auténtico monstruo, varios palmos más alto que el que Jenet les mostraba. El de Adolin casi parecía una especie completamente distinta, con aquellos enormes cascos, el pelaje blanco brillante y los ojos insondables.

Adolin contempló a los hombres del puente con una sonrisita, luego miró a los ojos a la jefa del establo y sonrió de manera menos condescendiente.

—Jenet —dijo—. Arrebatadora como siempre. ¿Es un nuevo traje de montar?

La mujer se agachó sin mirar (en ese momento estaba hablando de cómo guiar a los caballos), y seleccionó una piedra del suelo. De pronto se dio media vuelta y se la lanzó a Adolin.

El príncipe dio un respingo y alzó una mano para protegerse la cara, aunque el tiro de Jenet salió muy desviado.

—Oh, venga ya —dijo Adolin—. No estarás todavía molesta por...

Otra piedra. Esta le dio en el brazo.

—Muy bien, pues —masculló Adolin antes de marcharse con su caballo, encogido en la silla para evitar en la medida de lo posible los proyectiles.

Poco después, tras demostrar cómo se ensillaba y enjaezaba el caballo, Jenet terminó la charla y los consideró dignos de tocar algunos caballos. Un grupo de palafreneros, hombres y mujeres, corrieron al prado con el propósito de seleccionar las monturas adecuadas para los seis hombres del puente.

—Hay muchas mujeres entre tu personal —comentó Kaladin a

Jenet mientras los palafreneros trabajaban.

—Montar a caballo no se menciona en *Artes y Majestuosidad* —respondió ella—. Los caballos no eran demasiado conocidos entonces. Los Radiantes disponían de ryshadios, pero incluso los reyes tenían poco acceso a los caballos corrientes. —A diferencia de la mayoría de las palafreneras ojos oscuros, que usaban guantes, ella llevaba su mano segura dentro de la manga.

—¿Y eso es importante porque...? —dijo Kaladin.

Ella lo miró frunciendo el ceño para expresar su sorpresa.

—*Artes y Majestuosidad*... —instó Jenet—. Los cimientos de las artes masculinas y femeninas... Naturalmente. Sigo viendo esas insignias de capitán en tu hombro, pero...

—Pero solo soy un ojos oscuros ignorante.

—Vale, si así es como quieres expresarlo. Como quieras. Mira, no voy a darte un sermón sobre las artes... estoy ya cansada de hablar con vosotros. Digamos que todo aquel que quiera puede ser palafrenero, ¿de acuerdo?

Jenet carecía del pulido refinamiento que Kaladin esperaba de una mujer ojos claros, y eso le parecía refrescante. Prefería una mujer que fuera claramente condescendiente. Los palafreneros sacaron a los caballos de su redil y los llevaron al terreno de monta, que tenía forma circular. Un grupo de parshmenios, con la mirada baja, llevó las sillas, los arreos y las bridas: equipo que, después de la charla de Jenet, Kaladin sabía identificar.

Kaladin seleccionó una bestia que no parecía demasiado maligna, un caballo bajo de crin despeinada y pelaje marrón. Lo ensilló con ayuda de un palafrenero. Cerca de él, Moash terminó y se aupó a la silla. Cuando el palafrenero lo soltó, la montura de Moash echó a andar sin que él le pidiera que lo hiciese.

—¡Eh! —exclamó Moash—. Alto. Quieto. ¿Cómo hago para que se pare?

—Has soltado las riendas —exclamó Jenet—. ¡Necio de las tormentas! ¿Es que no te has enterado de nada?

—Riendas —murmuró Moash, echando mano a ellas—. ¿No puedo golpearlo en la cabeza con una caña como se hace con un chull?

Jenet se frotó la frente mientras Kaladin miraba fijamente a los ojos a la bestia que había escogido.

—Mira —dijo en voz baja—, tú no quieres esto. Yo tampoco. Seamos agradables el uno con el otro y acabemos lo más rápido posible.

El caballo resopló suavemente. Kaladin inspiró hondo, luego se agarró a la silla tal como le habían instruido y puso un pie en el estribo. Tomó impulso unas cuantas veces y se aupó a la silla. Se aferró al pomo con todas sus fuerzas y aguantó, listo para volar por los aires en cuanto la bestia saliera al trote.

El caballo agachó la cabeza y empezó a lamer algunas rocas.

—Eh, venga —lo animó Kaladin, alzando las riendas—. Vamos. Muévete.

El caballo no le hizo ni caso. Kaladin trató de azuzarlo en los flancos como le habían dicho. El animal ni se movió.

—Se supone que eres una especie de carreta con patas —le dijo Kaladin a la criatura—. Vales más que toda una aldea. Demuéstramelo. ¡Venga! ¡Avanza! ¡Adelante!

Él lamió las rocas.

«¿Qué está haciendo este bicho? —pensó Kaladin, inclinándose hacia un lado. Con sorpresa, vio que la hierba asomaba en sus agujeros—. Vaya, lamen la hierba para fingir que ha llegado la lluvia». A menudo después de una tormenta, las plantas se desplegaban para saciarse de agua aunque los insectos decidieran comérselas. «Bestia inteligente. Perezosa, pero inteligente».

—Tienes que mostrarle que estás al mando —dijo Jenet, pasando de largo—. Tensa las riendas, siéntate recto, alza la cabeza y no permitas que coma. Si no muestras firmeza, será él quien se imponga.

Kaladin trató de seguir las indicaciones y por fin consiguió apartar a la yegua de su comida. Olía extraño, pero en realidad no era desagradable. Consiguió que echara a andar, y cuando eso sucedió, guiarla no fue tan difícil. Sin embargo, resultaba extraño tener otra cosa que controlaba adónde iba. Sí, él tenía las riendas, pero en cualquier momento la yegua podía rebelarse y echar a correr, y él no podría hacer nada al respecto. La mitad de la charla de Jenet había tratado de no asustar a los caballos, de quedarse quieto si uno empezaba a galopar, y no sorprender a ninguno desde atrás.

Desde lo alto del animal todo parecía más alto de lo que creía.

La caída al suelo sería considerable. Kaladin guio al animal, y poco después consiguió detenerlo junto a Natam a propósito. El hombre del puente sujetaba las riendas como si fueran gemas preciosas, temeroso de tirar de ellas o dirigir a su caballo.

—No soy capaz de imaginar para qué monta la gente a estos bichos, por las tormentas —dijo Natam. Tenía un acento alezi rural y hablaba de forma entrecortada y brusca, como si mordiera las palabras antes de terminarlas—. No me parece que avancemos más rápido que andando, ¿no?

Una vez más, Kaladin recordó la imagen de hacía tanto tiempo de aquel portador de esquirlada cargando a caballo. Sí, entendía los motivos para utilizar caballos. Estar en una posición elevada facilitaba golpear con fuerza, y el tamaño del caballo, su masa y el impulso, asustaba a los soldados de a pie y los dispersaba.

—Creo que la mayoría van más rápidos que estos —dijo Kaladin—. Apuesto a que nos han dado los caballos viejos para que practiquemos.

—Sí, supongo —dijo Natam—. Está caliente. No me lo esperaba. He montado en chulls antes. Este bicho no debería estar tan... caliente. Me cuesta trabajo comprender que valga tanto. Es como si estuviera montado encima de una pila de broams de esmeralda. —Vaciló y miró hacia atrás—. Solo que las partes traseras de las esmeraldas no están tan ocupadas...

—Natam —dijo Kaladin—. ¿Recuerdas el día en que intentaron matar al rey?

—Oh, claro —respondió Natam—. Estaba con los tipos que llegaron allí corriendo y lo encontraron sacudiéndose al viento, como las orejas del Padre Tormenta.

Kaladin sonrió. En otros tiempos, este hombre apenas decía dos frases seguidas y miraba siempre al suelo, sombrío. Agotado por su trabajo en los puentes. Esas últimas semanas habían sido buenas para Natam. Buenas para todos.

—Antes de la tormenta de esa noche —dijo Kaladin—. ¿Había alguien en el balcón? ¿Algún criado que no reconocieras? ¿Algún soldado que no perteneciera a la Guardia del Rey?

—Ningún criado que yo recuerde —dijo Natam, entornando los ojos. El antiguo granjero adoptó una expresión pensativa—. Escolté al rey todo el día, señor, con la Guardia. No vi nada destacado.

Yo... ¡ea! —Su caballo de pronto adquirió velocidad, adelantando al de Kaladin.

—¡Piénsalo! —le gritó Kaladin—. ¡A ver qué recuerdas!

Natam asintió, todavía sujetando las riendas como si fueran de cristal, negándose a tirar de ellas o a guiar al caballo. Kaladin sacudió la cabeza.

Un caballo pequeño pasó al galope. En el aire. Hecho de luz. Syl rio, cambiando de forma y girando como un haz de luz antes de posarse en el cuello de la yegua de Kaladin, justo delante de él.

Se echó hacia atrás, sonriendo, luego frunció el ceño al ver su expresión.

—No te lo estás pasando bien —dijo Syl.

—Empiezas a parecerte cada vez más a mi madre.

—¿Cautivadora? —dijo Syl—. ¿Sorprendente, ingeniosa, profunda?

—Repetitiva.

—¿Cautivadora? —insistió Syl—. ¿Sorprendente, ingeniosa, profunda?

—Muy graciosa.

—Y eso lo dice el hombre que nunca se ríe —replicó ella, cruzándose de brazos—. Muy bien, ¿qué te está deprimiendo hoy?

—¿Deprimiendo? —Kaladin frunció el ceño—. ¿Esa palabra existe?

—¿No la conoces?

Él negó con la cabeza.

—Sí —dijo Syl con aire solemne—. Sí, rotundamente sí.

—Hay algo raro —dijo él—. En la conversación que acabo de tener con Natam. —Tiró de las riendas, impidiendo a la yegua inclinar la cabeza y mordisquear de nuevo la hierba. El animal estaba muy decidido.

—¿De qué hablasteis?

—Del intento de asesinato —dijo Kaladin, entornando los ojos—. Y si vio a alguien antes de... —Hizo una pausa—. Antes de la tormenta.

Bajó la cabeza y miró a Syl a los ojos.

—La tormenta se habría llevado la barandilla por delante —dijo.

—¡Doblándola! —dijo Syl, levantándose sonriente—. Ooohh...

—Fue un corte limpio, y la argamasa del anclaje aparecía picada —continuó Kaladin—. En mi opinión, la fuerza del viento no podía ser tan distinta del peso del rey.

—Entonces el sabotaje debió de producirse después de la tormenta.

Una franja de tiempo mucho más reducida. Kaladin volvió su montura hacia el lugar donde cabalgaba Natam. Por desgracia, alcanzarlo fue difícil y descorazonador. Natam se movía al trote, y Kaladin no conseguía que su yegua fuera más rápido.

—¿Tienes problemas, muchacho del puente? —preguntó Adolin, acercándose al trote.

Kaladin miró al príncipe. Padre Tormenta, era difícil no sentirse diminuto junto al enorme corcel de Adolin, que por su tamaño casi parecía monstruoso. Kaladin trató de espolear a su montura. La yegua siguió trotando a su única velocidad, recorriendo el círculo que era una especie de pista de carreras para los caballos.

—Es posible que *Spray* fuera rápida durante su juventud —dijo Adolin, indicando la montura de Kaladin—, pero eso fue hace quince años. Me sorprende que siga viva, la verdad, pero parece muy adecuada para entrenar a los niños. Y a los hombres de los puentes.

Kaladin prescindió de sus palabras, con la mirada al frente, procurando todavía que la yegua aumentara su velocidad y alcanzara a Natam.

—Eso sí, si quieres algo con más chispa —dijo Adolin, señalando hacia un lado—, *Sueño de Tormenta* tal vez sea más de tu gusto.

Indicó un animal más grande y esbelto, encerrado en su propia cuadra, ensillado y atado a un palo firmemente clavado en el suelo. La larga cuerda le permitía dar pequeñas carreras, aunque solo en círculo. El animal agitó la cabeza, resoplando.

Adolin espoleó a su caballo y adelantó a Natam.

«*Sueño de Tormenta*, ¿eh?», pensó Kaladin, inspeccionando al animal. Desde luego, parecía tener más chispa que *Spray*. También parecía querer darle un mordisco a todo el que se acercara demasiado.

Kaladin hizo que *Spray* se volviera en esa dirección. Cuando estuvo más cerca, frenó (*Spray* estuvo encantada de hacerlo), y desmontó. Hacerlo resultó más difícil de lo que esperaba, pero

consiguió no caerse de bruces.

Una vez en el suelo, puso los brazos en jarras e inspeccionó al caballo en su cercado.

—¿No te quejabas de que preferías caminar a permitir que un caballo te llevara? —dijo Syl, subiéndose a la cabeza de *Spray*.

—Sí —respondió Kaladin. No se había dado cuenta, pero había estado conteniendo algo de luz tormentosa. Solo un poquito. Escapó cuando habló, invisible a menos que mirara con atención y detectara una ligera conmoción en el aire.

—Entonces, ¿qué haces proponiéndote montar eso?

—Este caballo es solo para caminar —dijo, señalando a *Spray*—. Y yo puedo caminar bien por mi cuenta. Ese otro es un animal para la guerra.

Moash tenía razón. Los caballos representaban una ventaja en el campo de batalla, así que Kaladin debería estar al menos familiarizado con ellos.

«El mismo argumento que me dio Zahel para aprender a luchar contra un portador de esquirlada —pensó Kaladin con incomodidad—. Y yo lo rechacé».

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó Jenet, acercándose a caballo.

—Voy a montarlo —dijo Kaladin, señalando a *Sueño de Tormenta*.

Jenet bufó.

—Te lanzará al suelo en un abrir y cerrar de ojos y te romperás la crisma, hombre del puente. No acepta que la monten.

—Tiene puesta una silla.

—Para que se acostumbre a llevarla.

La yegua terminó de trotar en círculo y frenó el paso.

—No me gusta esa expresión en tus ojos —le dijo Jenet, volviendo su propio animal hacia el lado. Golpeó el suelo impaciente, como ansioso por correr.

—Voy a intentarlo —dijo Kaladin, echando a andar.

—Ni siquiera podrás subirte —le advirtió la mujer. Lo observó con atención, como si sintiera curiosidad por lo que iba a hacer, aunque a él le pareció que quizá se preocupaba más por la seguridad del caballo que por la suya.

Syl se posó en el hombro de Kaladin.

—Esto va a ser como en los terrenos de prácticas de los ojos claros, ¿no? —preguntó Kaladin—. Voy a acabar tumbado de espaldas en el suelo, sintiéndome como un idiota.

—Es lo más probable —dijo Syl, tan tranquila—. Pero entonces, ¿por qué lo haces? ¿Por Adolin?

—No. Al príncipe se lo pueden llevar las tormentas.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque me dan miedo estos bichos.

Syl se lo quedó mirando, desconcertada, pero para Kaladin tenía todo el sentido del mundo. Ante él, *Sueño de Tormenta*, resoplando por los ollares, lo miró a los ojos.

—¡Tormentas! —exclamó desde atrás la voz de Adolin—. ¡Muchacho del puente, no lo hagas! ¿Estás loco?

Kaladin se acercó a la yegua, que retrocedió unos pasos, pero le permitió tocar la silla. Inspiró entonces un poco más de luz tormentosa y se lanzó.

—¡Maldición! ¿Qué...? —exclamó Adolin.

Eso fue todo lo que oyó Kaladin. Su salto, ayudado por la luz tormentosa, lo llevó más alto de lo que ningún hombre corriente podría haber imaginado, pero calculó mal la distancia. Se agarró al pomo y pasó una pierna por encima del animal, pero el caballo empezó a sacudirse.

La bestia era increíblemente fuerte, un contraste absoluto con *Spray*. Kaladin casi fue arrojado de la silla con el primer corcoveo.

Agitando frenético la mano Kaladin vertió luz tormentosa en la silla y se sujetó. Eso solo significó que en vez de verse lanzado del lomo del caballo como un trapo, se vio sacudido adelante y atrás como un trapo. De algún modo consiguió agarrarse a la crin del animal y, con los dientes apretados, hizo lo que pudo para no ser derribado y perder el sentido.

Los establos se convirtieron en un borrón. Los únicos sonidos que captaba eran los latidos de su propio corazón y el golpeteo de los cascos. La bestia Portadora del Vacío se movía como una tormenta, pero Kaladin estaba aferrado a la silla con tanta seguridad como si lo hubieran clavado allí. Después de lo que pareció una eternidad, el animal resopló grandes vaharadas espumosas y acabó por calmarse.

La visión de Kaladin dejó de dar vueltas y distinguió a un grupo

de hombres del puente que, manteniendo las distancias, lo vitoreaban. Adolin y Jenet, ambos a caballo, lo miraban con lo que parecía ser una mezcla de horror y asombro. Kaladin sonrió.

Entonces, con un último y poderoso movimiento, *Sueño de Tormenta* lo descabalgó.

Kaladin no había advertido que la luz tormentosa que lo sujetaba a la silla se había agotado. Cumpliendo al pie de la letra su anterior predicción, Kaladin se encontró aturdido en el suelo, mirando al cielo, y con problemas para recordar los últimos segundos de su vida. Varios doloresprens brotaron del suelo a su lado, como manos anaranjadas que se movían aquí y allá.

Una cabeza equina de insondables ojos oscuros se inclinó hacia Kaladin. El animal le bufó. El olor era húmedo y herboso.

—Monstruo —masculló Kaladin—. Esperaste a que me confiara y aprovechaste para derribarme.

El caballo volvió a bufar, y Kaladin se echó a reír. Tormentas, ¡sí que se había sentido bien! No podía explicar por qué, pero el acto de aferrarse al animal que se agitaba había sido verdaderamente estimulante.

Mientras Kaladin se levantaba y se sacudía el polvo, Dalinar salió de entre la multitud frunciendo el ceño. Kaladin no había reparado en que el alto príncipe estaba todavía cerca. Miró a *Sueño de Tormenta*, luego a Kaladin, y alzó una ceja.

—No se persiguen asesinos subido en una montura plácida, señor —alegó Kaladin, saludando.

—En efecto —respondió Dalinar—, pero es costumbre empezar a entrenar a los hombres usando armas sin filo, soldado. ¿Te encuentras bien?

—Sí, señor.

—Bien, parece que tus hombres se aficianan al entrenamiento —observó Dalinar—. Voy a ponerlos una fecha. Tú y cinco hombres que selecciones vais a venir aquí a practicar todos los días durante las próximas semanas.

—Sí, señor —dijo Kaladin. Ya vería la manera de encontrar el tiempo.

—Bien. Recibí tu propuesta para realizar patrullas por el exterior de los campamentos, y me pareció bien. ¿Por qué no empiezas dentro de dos semanas y llevas algunos caballos para practicar en el

campo?

Jenet produjo un sonido apagado.

—¿Fuera de la ciudad, brillante señor? Pero... los bandidos...

—Los caballos están aquí para ser utilizados, Jenet —dijo Dalinar—. Capitán, te asegurarás de llevar soldados para proteger a los caballos, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Bien. Pero deja a ese aquí —dijo Dalinar, señalando a *Sueño de Tormenta*.

—Eh, sí, señor.

Dalinar asintió, apartándose y alzando la mano hacia alguien a quien Kaladin no veía. Kaladin se frotó el codo, que se había lastimado en la caída. El resto de luz tormentosa que le quedaba en el cuerpo le había sanado la cabeza, pero antes de llegar al brazo se había agotado.

El Puente Cuatro se dirigió a sus caballos cuando Jenet les ordenó que montaran e iniciaran una segunda fase del entrenamiento. Kaladin se encontró de pie junto a Adolin, que permanecía montado.

—Gracias —dijo Adolin a regañadientes.

—¿Por? —preguntó Kaladin, dirigiéndose hacia *Spray*, que continuaba mordisqueando la hierba, ajena al jaleo.

—Por no decirle a mi padre que yo te empujé a esto.

—No me tomes por tonto, Adolin —replicó Kaladin, subiendo a su silla—. Yo ya sabía dónde me metía. —Con dificultad, logró que la yegua dejara la comida y un palafrenero le dio unas cuantas indicaciones más.

Poco después, Kaladin volvió a acercarse a Natam. El trote era irregular, pero más o menos le pilló el truco a moverse con el caballo (se llamaba trotar a la mano), para no cimbreade demasiado.

Natam lo observó mientras se acercaba.

—Eso es injusto, señor.

—¿Lo que hice con *Sueño de Tormenta*?

—No. La forma en que cabalgas. Parece natural en ti.

Kaladin no se sentía así.

—Quiero hablar un poco más de esa noche.

—¿Señor? —preguntó el hombre de la cara alargada—. No he

pensado nada todavía. He estado un poco distraído.

—Tengo otra pregunta —añadió Kaladin, acercando los dos caballos—. Te pregunté por tu turno durante el día, pero ¿y justo después de que yo me marchara? ¿Salió al balcón alguien más, aparte del rey?

—Solo algunos guardias, señor —respondió Natam.

—Dime cuáles. Es posible que ellos vieran algo.

Natam se encogió de hombros.

—Yo vigilaba la puerta. El rey estuvo un rato en la sala. Supongo que Moash salió.

—Moash —dijo Kaladin, frunciendo el ceño—. ¿No se suponía que su turno había terminado?

—Sí —confirmó Natam—. Se quedó un poco más: dijo que quería asegurarse de que el rey estaba bien acomodado. Mientras esperaba, Moash salió a observar el balcón. Normalmente quieres que uno de nosotros esté allí.

—Gracias. Se lo preguntaré a él.

Kaladin encontró a Moash escuchando con atención a Jenet mientras esta le explicaba algo. Al parecer había aprendido a montar enseguida: parecía captarlo todo con suma facilidad. En efecto, de los hombres del puente, él había sido el más destacado en el aprendizaje de la lucha.

Kaladin lo observó unos instantes con el ceño fruncido. Y entonces cayó en la cuenta. «¿Qué estás pensando? ¿Que Moash pudo tener algo que ver con el intento de asesinato? No seas estúpido». Era una ridiculez. Además, el hombre no tenía una hoja esquivada.

Kaladin hizo volverse a su caballo. Sin embargo, mientras lo hacía, vio a la persona que Dalinar había ido a recibir. El brillante señor Amaram. Los dos estaban demasiado lejos para que Kaladin pudiera oírlos, pero vio la diversión en el rostro de Dalinar. Adolin y Renarin se acercaron cabalgando a ellos, sonriendo de oreja a oreja cuando Amaram los saludó.

La ira que brotó en el interior de Kaladin —súbita, apasionada, casi asfixiantemente fuerte—, le hizo cerrar los puños. Exhaló, siseando. Eso le sorprendió. Creía que había enterrado el odio más profundo que eso.

Volvió a su yegua en la otra dirección, ansiando de pronto la

oportunidad de salir de patrulla con los nuevos reclutas.

Alejarse de los campamentos de guerra se le antojó muy apetecible.

LA PLUMA



*Acusan a nuestro pueblo
de la pérdida de aquella tierra.
La ciudad que la cubrió una vez
se extendía por la cordillera oriental.
El poder transmitió en los libros de nuestro clan
que nuestros dioses no fueron quienes quebraron estas
llanuras.*

De La canción de las guerras de los oyentes, estrofa 55

Adolin atacó las líneas parshendi, haciendo caso omiso de las armas, cargando con el hombro contra el primer enemigo. El parshendi gruñó, interrumpiendo su canción, mientras Adolin giraba sobre sí mismo y barría con su hoja esquirrada. Notó el tirón en el arma cuando esta atravesó la carne.

Adolin terminó su giro, prescindiendo del brillo de luz que brotaba de una grieta en su hombro. A su alrededor caían los cuerpos, los ojos ardiendo en los cráneos. El aliento de Adolin, caliente y húmedo, llenó su yelmo mientras inspiraba y espiraba.

«Allí», pensó, alzando la espada y atacando, mientras sus hombres lo seguían. No aquellos hombres de los puentes, por una vez, sino soldados de verdad. Había dejado a los del puente en la meseta de ataque. No quería a su alrededor a gente que no quisiera

combatir a los parshendi.

Adolin y sus soldados se abrieron paso entre los enemigos, uniéndose con un frenético grupo de soldados de uniforme verde y acento dorado que giraba un portador de esquirlada ataviado con los mismos colores. El hombre luchaba con un gran martillo de portador: no tenía espada propia.

Adolin se abrió paso hasta él.

—¿Jakamav? —preguntó—. ¿Estás bien?

—¿Bien? —respondió Jakamav, la voz apagada por el yelmo. Se subió de golpe la visera, revelando una sonrisa—. Estoy maravillosamente. —Se echó a reír y sus ojos verde claro se encendieron con la Emoción de la lucha. Adolin conocía bien esa sensación.

—¡Casi te habían rodeado! —dijo este, volviéndose para enfrentarse a un grupo de parshendi que se acercaban corriendo en parejas. Adolin los respetaba por enfrentarse a los portadores de esquirlada en vez de huir. Eso significaba una muerte casi segura, pero si vencías, podías darle la vuelta a la batalla.

Jakamav soltó una carcajada, tan contento como cuando escuchaba a un cantante de taberna, y su risa era contagiosa. Adolin no pudo evitar sonreír mientras se enfrentaba a los parshendi, abatiéndolos golpe tras golpe. Nunca disfrutaba tanto de la guerra como de un buen duelo, pero por el momento, a pesar de ello, encontraba desafío y alegría en la lucha.

Al cabo de un rato, cuando los muertos yacían ya a sus pies, se dio media vuelta y buscó otro reto. Esta meseta tenía una forma extraña: fue una alta colina antes de que las Llanuras se quebraran, pero la mitad había acabado en la meseta adjunta. No podía imaginar qué clase de fuerza habría hendido la colina por el centro, en vez de romperla por la base.

Bueno, no era una colina que tuviera un aspecto corriente, así que tal vez eso tuvo algo que ver con la hendedura. Tenía más bien la forma de una ancha pirámide plana con solo tres escalones. Una base grande, una segunda parte plana encima que tendría unos treinta metros de diámetro, y luego un pico más pequeño encima de los otros dos, colocado justo en el centro. Casi como una tarta de tres pisos que hubieran cortado por el centro con un cuchillo grande.

Adolin y Jakamav luchaban en el segundo piso del campo de batalla. Técnicamente, Adolin no tenía que estar en este ataque. No era el turno de su ejército en la rotación. Sin embargo, había llegado el momento de poner en marcha otra parte del plan de Dalinar. Adolin había llegado solo con una pequeña fuerza de asalto, pero había sido una suerte. Jakamav estaba rodeado allí arriba, en el segundo piso, y el ejército regular no había podido abrirse paso.

Los parshendi habían sido expulsados hacia los lados de ese piso. Todavía dominaban por completo el superior, donde habían aparecido las crisálidas. Eso los ponía en mala situación. Sí, tenían la ventaja del terreno elevado, pero también se veían obligados a conservar las pendientes entre los pisos para asegurar la retirada. Obviamente habían esperado terminar con la cosecha antes de que llegaran los humanos.

Adolin empujó de una patada a un soldado parshendi, haciéndolo caer diez metros sobre los que luchaban en el piso inferior, y luego miró a la derecha. La pendiente de ascenso estaba allí delante, pero los parshendi tenían cubierto el acceso. Tendría que llegar hasta arriba...

Miró la cara cortada a pico del acantilado entre este piso y el superior.

—Jakamav —llamó, señalando.

Jakamav siguió el gesto de Adolin y alzó la mirada. Entonces se apartó de la refriega.

—¡Es una locura! —dijo, mientras Adolin empezaba a correr.

—Claro que lo es.

—¡Pues entonces, a ello! —Le tendió el martillo a Adolin, que lo guardó en la vaina que su amigo llevaba a la espalda. Entonces los dos corrieron hasta la pared de roca y empezaron a escalar.

Los dedos protegidos por la armadura esquivada de Adolin rechinaron contra la roca mientras subía. Abajo, los soldados los vitorearon. Había bastantes asideros, aunque nunca habría querido hacer esto sin armadura que impulsara la escalada y lo protegiera si caía.

De todas formas, igualmente era una locura: acabarían rodeados. Sin embargo, dos portadores podían hacer cosas sorprendentes cuando se apoyaban el uno al otro. Además, si se veían superados,

siempre podían saltar al vacío, suponiendo que las armaduras estuvieran en suficiente buen estado para sobrevivir a la caída. Era el tipo de movimiento arriesgado que Adolin nunca se atrevía a realizar cuando su padre estaba en el campo de batalla.

Se detuvo a la mitad de la escalada. Los parshendi se agruparon en el borde del piso superior, preparándose para recibirlos.

—¿Tienes un plan para poner un pie ahí arriba? —preguntó Jakamav, aferrándose a las rocas junto a él.

Adolin asintió.

—Prepárate para apoyarme.

—Claro. —Jakamav observó las alturas con el rostro oculto tras su yelmo—. ¿Qué estás haciendo aquí, por cierto?

—Supuse que ningún ejército podría rechazar a portadores que quisieran echar una mano.

—¿Portadores? ¿En plural?

—Renarin está ahí abajo.

—Menos mal que no lucha.

—Se encuentra rodeado de un gran pelotón de soldados con instrucciones de no dejarlo participar en la lucha. Pero mi padre quería que viese cómo es esto.

—Sé lo que está haciendo Dalinar —dijo Jakamav—. Intenta mostrar un espíritu de cooperación, para que los altos príncipes se dejen de rivalidades. Así que envía a sus portadores de esquirlada a ayudar, aunque esta carga no sea suya.

—¿Tienes quejas?

—No. Veamos cómo haces un hueco ahí arriba. Espera un momento a que saque el martillo.

Adolin sonrió dentro de su yelmo y continuó escalando. Jakamav era señor de tierras y portador de esquirlada del alto príncipe Roion, además de un buen amigo. Era importante que ojos claros como él vieran a Dalinar y Adolin trabajando activamente para construir una Alezkar mejor. Tal vez unos cuantos episodios como este mostrarían el valor de una alianza basada en la confianza, en vez de la traicionera coalición temporal que Sadeas representaba.

Adolin siguió escalando, con Jakamav detrás, hasta quedar a una docena de palmos de la cima. Los parshendi se agrupaban allí, con los martillos y mazas preparados: armas para combatir a

hombres ataviados con armaduras esquirradas. Unos cuantos situados un poco más lejos lanzaron flechas, que rebotaron en la armadura.

«Muy bien», pensó Adolin, extendiendo la mano a un lado y aferrándose a la roca con la otra. Invocó la espada. Golpeó con ella directamente a la pared de roca con el plano de la hoja hacia arriba y escaló apoyándose en ella.

Las hojas esquirradas no se rompían (apenas se podían doblar), así que el arma aguantó su peso. De pronto tuvo un buen asidero y equilibrio, así que cuando se agachó y saltó, la armadura lo impulsó hacia arriba. Cuando pasó el borde del piso superior, agarró la roca, justo bajo los pies de los parshendi, y se impulsó en ella para lanzarse contra los enemigos que lo esperaban.

Los parshendi interrumpieron sus cánticos cuando chocó contra ellos con la fuerza de un peñasco. Se incorporó, invocando mentalmente a su espada, y cargó con el hombro contra un grupo. Empezó a lanzar puñetazos, aplastó el pecho de un parshendi, luego la cabeza de otro. Las armaduras de caparazón de los soldados se quebraban con sonidos espantosos, y los puñetazos los lanzaban volando hacia atrás, expulsando a algunos del montículo.

Adolin recibió unos cuantos golpes en los brazos antes de que su hoja se volviera a formar en sus manos. Se volvió, tan concentrado en conservar el terreno que no advirtió a Jakamav hasta que el portador de verde apareció a su lado, aplastando parshendi con su martillo.

—Gracias por lanzarme a un pelotón entero de parshendi a la cabeza —exclamó Jakamav mientras golpeaba—. Ha sido una sorpresa maravillosa.

Adolin sonrió al tiempo que señalaba un punto.

—Crisálidas.

En el piso superior no había muchos combatientes, aunque cada vez más parshendi subían por la pendiente. Adolin y Jakamav tenían una ruta directa hasta la crisálida, un peñasco grande y oblongo marrón y verde claro. La vieron pegada a las rocas con el mismo material que componía su caparazón.

Adolin saltó por encima de un parshendi que se retorció con las piernas destrozadas y atacó la crisálida, seguido por Jakamav al trote. Llegar hasta la gema corazón era difícil, pues las crisálidas

tenían una piel como roca, pero con una hoja esquirrada podía resultar sencillo. Solo tenían que matar a la criatura, abrir un agujero para poder arrancar el corazón y...

La crisálida estaba ya abierta.

—¡No! —dijo Adolin, lanzándose hacia ella y agarrándose a los bordes del agujero para asomarse al viscoso interior violeta. Trozos de caparazón flotaban dentro de la masa gelatinosa, y había un agujero donde la gema normalmente conectaba con venas y tendones.

Adolin se volvió, buscando en la meseta. Jakamav llegó haciendo ruido y maldijo.

—¿Cómo la han sacado tan rápido?

Allí. No muy lejos, los soldados parshendi se dispersaban, gritando en su impenetrable y rítmico lenguaje. Tras ellos había una alta figura con una armadura plateada y una capa roja ondeando al viento. La armadura tenía las coyunturas puntiagudas y los bordes se alzaban como las puntas del caparazón de un cangrejo. Tenía fácilmente más de dos metros de altura, pues la armadura lo hacía parecer enorme, quizá porque cubría a un parshendi cuya piel había desarrollado esa armadura caparazón.

—¡Es él! —dijo Adolin echando a correr. Era el parshendi con quien su padre había combatido en la Torre, el único portador de esquirrada que habían visto entre los parshendi durante semanas, tal vez meses.

Tal vez el último que tenían.

El portador se volvió hacia Adolin, sosteniendo una gran gema corazón sin cortar en la mano. Goteaba icor y plasma.

—¡Lucha contra mí! —dijo Adolin.

Un grupo de soldados parshendi cargaron entonces, corriendo hacia el largo precipicio al fondo de la formación, donde la colina se había hendido por el centro. El portador de esquirrada le entregó la gema a uno de esos hombres, luego se dio media vuelta y los vio saltar.

Cruzaron el vacío para aterrizar en lo alto de la otra mitad de la colina, la que estaba en la meseta adyacente. A Adolin seguía sorprendiéndole que estos soldados parshendi pudieran saltar abismos. Se sintió como un idiota cuando advirtió que esas alturas no eran una trampa para ellos como podían serlo para los humanos.

Para ellos, una montaña hendida por la mitad era solo otro abismo que saltar.

Más y más parshendi dieron el salto, apartándose de los humanos de abajo para dirigirse a lugar seguro. Adolin divisó a uno que tropezó al saltar. El pobre tipo gritó mientras se precipitaba al vacío. Esto era peligroso para ellos, pero mucho menos que intentar luchar contra los humanos, eso quedaba claro.

El portador de esquirlada se quedó. Adolin ignoró a los parshendi que huían, ignoró a Jakamav, que le gritaba que retrocediera, y corrió hacia aquel portador, blandiendo su espada a plena potencia. El parshendi alzó su propia hoja y desvió el golpe de Adolin.

—Eres el hijo, Adolin Kholin —dijo el parshendi—. ¿Y tu padre? ¿Dónde está?

Adolin se detuvo al advertir que le hablaba en alezi. Con mucho acento, sí, pero comprensible.

El portador se subió la visera. Y, para sorpresa de Adolin, apareció un rostro lampiño. ¿Sería una mujer? No resultaba fácil identificar las diferencias sexuales de los parshendi. El timbre de la voz era áspero y grave, aunque supuso que podía ser femenino.

—He de hablar con Dalinar —dijo la mujer, avanzando un paso—. Lo conocí hace mucho tiempo.

—Rechazasteis a todos nuestros mensajeros —replicó Adolin, retrocediendo espada en mano—. ¿Ahora deseáis hablar con nosotros?

—Eso fue hace mucho. Los tiempos cambian.

Padre Tormenta. Algo en el interior de Adolin lo instaba a descargar un golpe, a abatir a esta portadora de esquirlada y conseguir algunas respuestas, ganar algunas esquirlas. ¡Luchar! ¡Estaba allí para luchar!

La voz de su padre, en el fondo de su mente, lo contuvo. Dalinar querría esta oportunidad. Podía cambiar el curso de toda la guerra.

—Él querrá contactar contigo —dijo Adolin, inspirando profundamente para contener la Emoción de la batalla—. ¿Cómo?

—Enviaremos un mensajero —respondió la portadora—. No matéis al que vaya.

Alzó su hoja esquirlada en un gesto de saludo antes de dejarla caer y desmaterializarse. Dio media vuelta para correr hacia el

abismo y lo cruzó con un salto prodigioso.

Adolin se quitó el yelmo mientras cruzaba la meseta. Los cirujanos atendían a los heridos mientras los sanos se sentaban en grupos, bebiendo agua y quejándose de su futuro.

Un extraño ánimo se había impuesto en los ejércitos de Roion y Ruthar. Por lo general, cuando los alezi perdían una incursión era porque los parshendi los obligaban a retroceder en una loca retirada entre los puentes. No era frecuente que una carga terminara con los alezi controlando la meseta, pero sin gema corazón que reclamar.

Adolin se quitó un guantelete y las correas se soltaron automáticamente a su voluntad antes de engancharse en su cintura. Se apartó el pelo mojado con una mano sudorosa. ¿Dónde se había metido Renarin?

Lo localizó en la meseta base, sentado en una roca rodeado por guardias. Adolin cruzó uno de los puentes y saludó con la mano a Jakamav, que se estaba quitando la armadura. Querría volver sin incomodidades.

Adolin se acercó a su hermano, que estaba sentado en un peñasco con el yelmo quitado, contemplando el suelo.

—Eh —dijo Adolin—. ¿Listo para volver?

Renarin asintió.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Adolin.

Renarin continuó mirando el suelo. Finalmente, uno de los guardias, un hombre fornido de pelo canoso, indicó con la cabeza hacia un lado. Adolin se apartó unos pasos con él.

—Un grupo de cabezas de concha trató de apoderarse de uno de los puentes, brillante señor —dijo el hombre en voz baja—. El brillante señor Renarin insistió en acudir en su ayuda. Señor, intentamos disuadirlo con todas nuestras fuerzas. Entonces, cuando nos acercamos y él invocó su espada, simplemente se... quedó plantado. Lo sacamos de allí, señor, pero lleva mirando esa roca desde entonces.

Uno de los ataques de Renarin.

—Gracias, soldado —dijo Adolin. Volvió junto a su hermano y colocó la mano desnuda sobre su hombro—. No importa, Renarin. Son cosas que pasan.

Renarin volvió a encogerse de hombros. Bueno, si estaba en uno de sus momentos de melancolía, lo único que podía hacer era dejarlo meditar. Ya hablaría del tema cuando estuviera preparado.

Adolin organizó a sus doscientos soldados, luego presentó sus respetos a los altos príncipes. Ninguno pareció muy agradecido. De hecho, Ruthar parecía convencido de que la acción de Adolin y Jakamav había hecho que los parshendi escaparan con la gema. Como si no se hubieran retirado de todas formas en el momento en que la tuvieran. Idiotas.

De cualquier manera, Adolin sonrió afablemente. Era de esperar que su padre tuviera razón, y la mano extendida de la amistad les ayudara. Personalmente, Adolin solo quería tener una oportunidad de enfrentarse a cada uno de ellos en duelo, para poder enseñarles un poco de respeto.

De vuelta a su ejército, buscó a Jakamav, que estaba sentado bajo un pequeño pabellón, tomando una copa de vino mientras veía al resto de sus hombres cruzar los puentes de regreso. Había un montón de hombros hundidos y caras largas.

Jakamav le indicó a su mayordomo que le trajera a Adolin una copa de chispeante vino amarillo. Adolin la aceptó con la mano descubierta, aunque no bebía.

—Ha sido asombroso —dijo Jakamav, contemplando la meseta de la batalla. Desde este lugar más bajo, parecía verdaderamente impresionante, con aquellos tres pisos.

«Casi parece hecha por el hombre», pensó Adolin, considerando la forma.

—Bastante —reconoció—. ¿Puedes imaginar cómo sería un ataque si tuviéramos a la vez veinte o treinta portadores de esquirlada en el campo de batalla? ¿Qué posibilidades tendrían los parshendi?

Jakamav gruñó.

—Tu padre y el rey están convencidos de esto, ¿no?

—Igual que yo.

—Comprendo lo que tu padre y tú hacéis aquí, Adolin. Pero si sigues enfrentándote en duelo, perderás tus esquirladas. Ni siquiera tú puedes ganar siempre. Tarde o temprano tendrás un mal día. Entonces lo perderás todo.

—Puede que pierda en algún momento —reconoció Adolin—.

Pero para entonces ya habré ganado la mitad de las esquirradas del reino, así que podré conseguir un sustituto.

Jakamav sorbió su vino, sonriendo.

—Eres un bastardo arrogante, lo reconozco.

Adolin sonrió, luego se puso en cuclillas junto a la silla de Jakamav (él no podía sentarse en una con la armadura esquirrada puesta) para poder mirar a su amigo a los ojos.

—La verdad, Jakamav, es que no me preocupa perder mis esquirradas... me preocupa más encontrar gente con quien batirme en duelo. Parece que no consigo dar con ningún portador dispuesto a hacerlo, al menos apostando las esquiras.

—Ha habido ciertos... alicientes —admitió Jakamav—. Han hecho promesas a los portadores si se negaban a batirse contigo.

—Sadeas.

Jakamav inspeccionó su vino.

—Prueba con Eranniv. Alardeaba de ser mejor de lo que le adjudican las clasificaciones. Conociéndolo, verá que todos los demás se niegan y lo considerará una oportunidad para hacer algo espectacular. Pero es bastante bueno.

—Yo también —dijo Adolin—. Gracias, Jak. Te debo una.

—¿Qué es eso que he oído de que te has comprometido?

Tormentas. ¿Cómo se habían enterado de eso?

—Es solo un acuerdo previo —respondió Adolin—. Y puede que no llegue a nada. El barco de la mujer parece que se ha retrasado enormemente.

Llevaban ya dos semanas sin noticias. Incluso la tía Navani empezaba a preocuparse. Jasnah debería haber enviado mensajes.

—Nunca pensé que fueras de los que se dejan someter a un matrimonio acordado, Adolin —dijo Jakamav—. Hay un montón de vientos que capear en eso, ¿lo sabes?

—Como te decía, dista mucho de ser oficial.

Seguía sin saber cómo se sentía al respecto. Una parte de él había querido negarse en redondo simplemente porque se resistía a someterse a las manipulaciones de Jasnah. Pero claro, su historia reciente no era motivo para sentirse orgulloso. Después de lo que le había sucedido con Danlan... No era culpa suya que fuera un hombre sociable, ¿no? ¿Por qué todas las mujeres tenían que ser tan celosas?

La idea de dejar que otra persona se encargara de todo por él era más tentadora de lo que jamás habría admitido en público.

—Puedo decirte los detalles —propuso Adolin—. ¿Quizás en la taberna más tarde? Trae a Inkima. Podréis recriminarme mi estupidez, darme algo de perspectiva.

Jakamav miró su vino.

—¿Qué? —preguntó Adolin.

—Hoy en día, si ven a alguien contigo, su reputación se verá resentida, Adolin —dijo Jakamav—. Tu padre y el rey no son particularmente populares.

—Todo se lo llevará el viento.

—Estoy seguro. Así que... esperemos hasta entonces, ¿de acuerdo?

Adolin parpadeó. Las palabras lo golpearon con más fuerza que ningún ataque en el campo de batalla.

—Claro —se obligó a decir.

—Buen chico. —Jakamav tuvo la audacia de sonreírle y alzar su copa de vino.

Sangre Segura estaba listo y esperándolo cuando Adolin llegó junto a sus hombres. Se dispuso a montar, irritado, pero el ryshadio blanco lo rechazó, agitando la cabeza. Adolin suspiró y rascó las orejas del caballo.

—Lo siento —dijo—. No te he prestado mucha atención últimamente, ¿verdad?

Rascó a fondo al caballo, y se sintió un poco mejor después de montar en la silla. Adolin palmeó el cuello de *Sangre Segura*, y el caballo brincó un poco cuando empezaron a moverse. A menudo lo hacía cuando Adolin se sentía molesto, como intentando mejorar el estado de ánimo de su amo.

Sus cuatro guardias de ese día lo siguieron. Habían traído el antiguo puente del ejército de Sadeas para llevar al equipo de Adolin donde fuera necesario. Al parecer les resultaba gracioso que los soldados de Adolin se turnaran para transportarlo.

A las tormentas con Jakamav. «Esto se venía venir —admitió Adolin para sí—. Cuanto más defiendas a tu padre, más se retirarán». Eran como niños. Dalinar tenía razón.

¿Tenía Adolin algún amigo de verdad? ¿Alguien que estuviera a su lado cuando las cosas se ponían difíciles? Conocía a

prácticamente a todos los que tenían un lugar destacado en los campamentos. Y, por supuesto, todos lo conocían a él. Pero ¿cuántos se preocupaban de verdad?

—No tuve un ataque —dijo Renarin en voz baja.

Adolin salió de su ensimismamiento. Cabalgaban el uno al lado del otro, aunque la montura de Adolin era varios palmos más alta. Al lado de Adolin, que montaba un ryshadio, Renarin parecía un niño en un poni, y eso a pesar de llevar la armadura.

Las nubes velaban el sol, reduciendo su resplandor, aunque el aire se había vuelto frío últimamente y parecía que el invierno era inminente. Las mesetas desiertas se extendían ante ellos, yermas y desoladas.

—Me quedé allí plantado —dijo Renarin—. No me quedé inmóvil por mi... mal. Simplemente, soy un cobarde.

—No eres ningún cobarde —dijo Adolin—. Te he visto actuar con tanto valor como cualquiera. ¿Recuerdas la caza del abismoide?

Renarin se encogió de hombros.

—No sabes luchar, Renarin. Hiciste bien al quedarte quieto. Eres demasiado nuevo en esto para entrar en batalla ahora mismo.

—No debería serlo. Tú empezaste a entrenarte cuando tenías seis años.

—Eso es distinto.

—Tú eres distinto, quieres decir —contestó Renarin, mirando al frente. No llevaba puestas sus gafas. ¿Por qué? ¿No las necesitaba?

«Intenta actuar como si no le hicieran falta», pensó Adolin. Renarin quería desesperadamente ser útil en el campo de batalla. Había resistido todas las sugerencias de que se convirtiera en fervoroso y en erudito, como tal vez habría sido más adecuado para él.

—Solo necesitas más entrenamiento —dijo Adolin—. Zahel te pondrá en forma. Tú dale tiempo y ya verás.

—Tengo que estar preparado —contestó Renarin—. Algo va a suceder.

La forma en que lo dijo provocó un escalofrío en Adolin.

—Estás hablando de los números que aparecieron en las paredes.

Renarin asintió. Habían encontrado otro grupo, después de la reciente alta tormenta, ante la habitación de su padre. «Cuarenta y nueve días. Viene una nueva tormenta».

Según los guardias, nadie había entrado ni salido. No eran los mismos hombres de la última vez, lo cual hacía improbable que hubiera sido uno de ellos. Tormentas. Habían sabotado el anclaje de la pared mientras Adolin dormía en la habitación de al lado. ¿Quién, o qué, lo había hecho?

—Tengo que estar preparado —dijo Renarin—. Para la tormenta que viene. Tan poco tiempo...



CINCO AÑOS ANTES

A Shallan le encantaba estar al aire libre. Allí, en los jardines, las personas no se gritaban unas a otras. Allí reinaba la paz.

Por desgracia, era una paz falsa: una paz de cortezapizarra cuidadosamente plantada y enredaderas cultivadas. Una mentira, diseñada para divertir y distraer. Cada vez ansiaba más escapar y visitar sitios donde las plantas no fueran recortadas para darles forma, donde la gente no anduviera de puntillas, como temiendo causar un desprendimiento de rocas. Un lugar lejos de los gritos.

Un viento fresco bajó desde las montañas y barrió los jardines, haciendo que las enredaderas se contrajeran. Shallan se mantenía apartada de los lechos de flores, y los estornudos que la causarían, y estudiaba en cambio una sección de recia cortezapizarra. El cremlino que dibujaba se volvió hacia el viento, retorciendo sus enormes palpos, antes de volverse para seguir mordiendo la cortezapizarra. Había muchísimos tipos de cremlinos. ¿Alguien había intentado contarlos todos?

Por suerte, su padre poseía un libro de dibujos (una de las obras de Dandos *el Ilustre*), y ella lo había utilizado para aprender, dejándolo abierto a su lado.

Se oyó un grito en la mansión cercana. La mano de Shallan se envaró, trazando una línea errática en el dibujo. Inspiró

profundamente y trató de concentrarse en su trabajo, pero otra serie de gritos se lo impidió. Soltó el lápiz.

Casi había agotado las páginas que su hermano le había llevado la última vez. Helaran regresaba cuando menos se lo esperaba, pero nunca durante demasiado tiempo, y cuando llegaba, su padre y él se evitaban.

Nadie en la mansión sabía adónde iba cuando se marchaba.

Shallan perdió el sentido del tiempo mientras contemplaba la hoja de papel en blanco. Le sucedía a veces. Cuando alzó los ojos, el cielo empezaba a oscurecer. Casi era la hora de la fiesta de su padre, unos festejos que en los últimos tiempos celebraba regularmente.

Shallan guardó sus cosas en el zurrón, se quitó el sombrero con el que se protegía del sol y regresó a la mansión. Alto e imponente, el edificio era un ejemplo del ideal veden. Solitario, fuerte, dominante. Una obra de bloques cuadrados y ventanas pequeñas, cubierto de liquen oscuro. Algunos libros decían que mansiones como esta eran el alma de Jah Keved: estados aislados en los que cada brillante señor gobernaba con independencia. En opinión de Shallan, esos autores idealizaban la vida rural. ¿Habían visitado alguna vez una de esas mansiones, experimentado en persona el auténtico aburrimiento de la vida campestre, o simplemente fantaseaban al respecto desde la comodidad de sus ciudades cosmopolitas?

Ya dentro de la casa, Shallan subió las escaleras para dirigirse a sus aposentos. Su padre querría que estuviera bella para la fiesta. En su habitación habría un vestido esperándola para que lo luciera mientras permanecía sentada en silencio, sin interrumpir la conversación. Su padre nunca lo había manifestado de manera expresa, pero ella sospechaba que lamentaba que hubiera vuelto a hablar.

Tal vez no quería que hablara de las cosas que había visto. Shallan se detuvo en el pasillo con la mente en blanco.

—¿Shallan?

Salió de su ensimismamiento y encontró a Van Jushu, su cuarto hermano, que la seguía por las escaleras. ¿Cuánto tiempo llevaba allí de pie mirando a la pared? ¡La fiesta empezaría pronto!

Jushu llevaba la chaqueta desabrochada y mal puesta, el pelo

revuelto, las mejillas encendidas por el vino. No llevaba gemelos ni cinturón, que en su momento fueron piezas hermosas, cada una con una gema brillante. Los habría perdido jugando.

—¿Por qué gritaba nuestro padre antes? —preguntó ella—. ¿Estabas con él?

—No —respondió Jushu, pasándose la mano por el pelo—. Pero lo oí. Balat ha empezado a encender fuegos de nuevo. Casi quemó el edificio de los criados. —Su hermano pasó de largo, tropezó y se agarró a la barandilla para no caer.

A su padre no iba a gustarle que el joven llegara en semejante estado a la fiesta. Más gritos.

—Idiota maldito por las tormentas —masculló Jushu mientras Shallan lo ayudaba a erguirse—. Balat se está volviendo loco. En esta familia soy el único que queda con un poco de sensatez. Volvías a mirar la pared, ¿no?

Ella no respondió.

—Tendrá un vestido nuevo para ti —añadió Jushu, mientras ella lo ayudaba a llegar a su habitación—. Y para mí solo maldiciones. Hijo de puta. Él amaba a Helaran, y ninguno de nosotros somos él, así que no importamos. ¡Helaran no está aquí nunca! Traicionó a nuestro padre, casi lo mató. Y, sin embargo, es el único que cuenta...

Pasaron ante los aposentos de su padre. La pesada puerta estaba entreabierta y una doncella arreglaba la habitación, lo que permitió a Shallan ver la pared del fondo.

Y la brillante caja fuerte.

Estaba oculta tras un cuadro de una tormenta en el mar que no hacía nada para disimular el poderoso brillo blanco. Justo detrás del lienzo vio el contorno de la caja fuerte ardiendo como un incendio. Se tambaleó y se detuvo.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Jushu, agarrado a la barandilla.

—La luz.

—¿Qué luz?

—Detrás del cuadro.

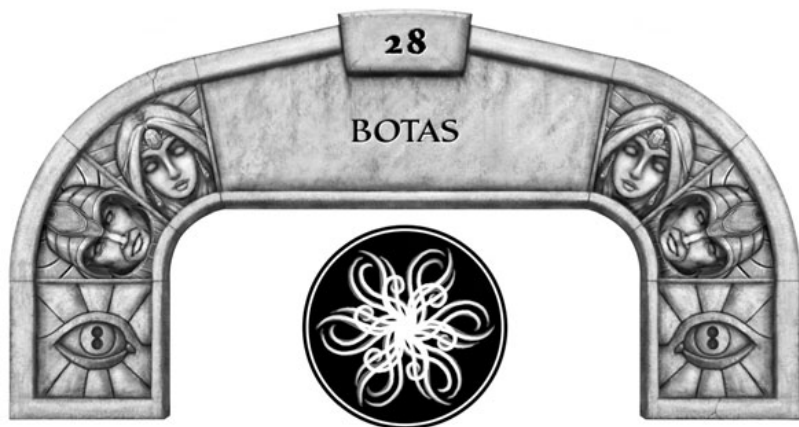
Él entornó los ojos al tiempo que se inclinaba hacia delante.

—¿De qué hablas, en nombre de los Salones, niña? ¿Te volviste loca cuando lo viste matar a nuestra madre? —Jushu se zafó de ella,

maldiciendo en voz baja—. Soy el único en esta familia que no se ha vuelto loco. El único, por las tormentas...

Shallan se quedó contemplando aquella luz. Allí se ocultaba un monstruo.

Allí se ocultaba el alma de su madre.



*La traición de los spren nos ha traído aquí.
Dieron sus potencias a los herederos humanos,
pero no a aquellos a quienes sabemos que más temían,
antes que a nosotros.
No es ninguna sorpresa que nos volviéramos.
En los dioses pasamos nuestros días
y para convertirnos en su barro, nos cambiaron.*

De La canción de los secretos de los oyentes, estrofa 40

—*Esta informació te coshtará dose broams* —dijo Shallan—. De rubí, ¿vale? Los comprobaré uno por uno.

Tyn se echó a reír, echando atrás la cabeza, el pelo negro cayendo libre sobre sus hombros. Estaba sentada en el asiento de conductor de la carreta. Donde solía hacerlo Bluth.

—¿Y a eso lo llamas acento bav? —preguntó Tyn.

—Solo los he oído tres o cuatro veces.

—¡Hablabas como si tuvieras piedras en la boca!

—¡Suenan así!

—No, más bien es como si tuvieran guijarros. Pero hablan muy despacio, enfatizando los sonidos. Así: «He mirao los cuadros que me enzeñaste, y son bonitos. Mu bonitos. Nunca he tenío un lienzo pa mi culo tan agradable».

—¡Estás exagerando! —le recriminó Shallan, aunque no pudo evitar reírse.

—Un poco —admitió Tyn, echándose hacia atrás y agitando su larga vara para guiar al chull como si fuera una hoja esquirrada.

—No veo por qué el hecho de conocer el acento bav puede ser útil —dijo Shallan—. Tampoco es que sean gente tan importante.

—Chica, por eso son importantes.

—Son importantes porque no son importantes. Muy bien, sé que a veces me falla el razonamiento lógico, pero algo en esas palabras me parece un poco fuera de sitio.

Tyn sonrió. Se mostraba tan relajada, tan... libre. No se parecía en absoluto a lo que Shallan había esperado después de su primer encuentro. Pero en aquel entonces la mujer interpretaba un papel: jefa de los guardias. En cambio, la mujer con la que Shallan estaba ahora parecía real.

—Mira —dijo Tyn—, si vas a engañar a la gente, tendrás que aprender a actuar por debajo de sus expectativas, no solo por encima. Todo ese asunto de la «ojos claros importante» lo clavas. Supongo que has tenido buenos ejemplos.

—Podríamos decir que sí —respondió Shallan, pensando en Jasnah.

—Lo cierto es que en muchas situaciones, ser una ojos claros importante no sirve de nada.

—No ser importante es importante. Ser importante es inútil. Vale, ya lo he captado.

Tyn la miró, masticando tasajo. Su cinturón con la espada colgada de un clavo a un lado del asiento, bamboleándose al ritmo del paso del chull.

—¿Sabes, muchacha? Te vuelves muy locuaz cuando dejas caer tu máscara.

Shallan se ruborizó.

—Me gusta —añadió Tyn—. Prefiero la gente que sabe reírse de la vida.

—Comprendo lo que intentas enseñarme —dijo Shallan—. Estás diciendo que una persona con acento de Bav, alguien que parece llano y simple, puede ir a sitios que están vedados a los ojos claros.

—Y pueden oír o hacer cosas inaccesibles para un ojos claros. El acento es importante. Pronuncia con distinción, y a menudo no

importará que estés sin blanca. Límpiame la nariz en el brazo y habla como un bav, y a veces la gente ni siquiera mirará si tienes una espada.

—Pero mis ojos son celestes —dijo Shallan—. ¡Nunca pasaré por alguien humilde, no importa cómo suene mi voz!

Tyn buscó en el bolsillo de su pantalón. Había colgado el gabán en la percha y por eso solo llevaba los pantalones marrón claro (ajustados, con botas altas) y una camisa abrochada. Casi una camisa de obrero, aunque de mejor calidad.

—Toma —dijo, arrojándole algo.

Shallan apenas lo cazó al vuelo. Se ruborizó ante su torpeza mientras lo alzaba al sol: un frasquito lleno de un líquido oscuro.

—Gotas para los ojos —dijo Tyn—. Te los oscurecen durante unas cuantas horas.

—¿En serio?

—No son difíciles de encontrar, si tienes los contactos adecuados. Material útil.

Shallan bajó el frasco, sintiendo de pronto un escalofrío.

—¿Hay también...?

—¿Lo contrario? —interrumpió Tyn—. ¿Algo que convierta a un ojos oscuros en un ojos claros? No, que yo sepa. A menos que creas las historias sobre los portadores de esquirlada.

—Tiene sentido —dijo Shallan, relajándose—. Se puede oscurecer el cristal pintándolo, pero no creo que se pueda aclarar sin fundirlo todo.

—De todas formas —insistió Tyn—, necesitarás un par de acentos soeces. Herdaziano, bavlandés, algo así.

—Probablemente tengo acento rural veden.

—Eso no funcionará aquí. Jah Keved es un país culto, y vuestros acentos internos se parecen todos demasiado para que los forasteros los distingan. Los alezi no te creerán rural, como lo haría un compatriota veden. Solo te encontrarán exótica.

—Has estado en un montón de sitios, ¿no? —preguntó Shallan.

—Voy allá donde me lleven los vientos. Es una buena vida, mientras no tengas apego a las cosas.

—¿A las cosas? —preguntó Shallan—. Pero eres... perdóname, eres una ladrona. ¡Se trata de conseguir más cosas!

—Tomo lo que puedo conseguir, pero eso solo demuestra lo

fugaz que es todo. Te llevas unas cosas y luego las pierdes. Igual que el trabajo que conseguí en el sur. Mi grupo nunca regresó de su misión. Estoy medio convencida de que huyeron sin encargarse de pagarme. —Se encogió de hombros—. Suele pasar. No hay por qué enfadarse.

—¿Qué clase de trabajo era? —preguntó Shallan, parpadeando a conciencia para tomar una memoria de Tyn allí sentada, agitando su vara como si dirigiera a unos músicos, sin una sola preocupación en el mundo. Habían estado a punto de morir un par de semanas atrás, pero Tyn se lo tomaba con calma.

—Era un trabajo grande —dijo—. Importante, para la clase de gente que hace que las cosas cambien en el mundo. Aún no he tenido noticias de los que nos contrataron. Tal vez mis hombres no huyeron: tal vez solo fracasaron. No lo sé con certeza. —En este punto Shallan captó la tensión en el rostro de Tyn. Una tensión en la piel en torno a los ojos, distancia en la mirada. Le preocupaba lo que pudieran hacerle sus jefes. Entonces desapareció—. Echa un vistazo —dijo Tyn, indicando con la cabeza hacia delante.

Shallan siguió el gesto y advirtió figuras en movimiento unas cuantas colinas más allá. El paisaje había cambiado lentamente a medida que se acercaban a las Llanuras. Las colinas se volvían más empinadas, pero el aire era un poco más cálido, y las plantas más abundantes. Manojos de árboles se arracimaban en algunos valles, donde fluían las aguas después de las altas tormentas. Los árboles eran pequeños, diferentes a la alta majestuosidad de los que ella había conocido en Jah Keved, pero seguía siendo agradable ver algo distinto a arbustos.

La hierba era más tupida y se apartaba diestramente de las carretas, hundiéndose en sus madrigueras. Los rocabrotes eran grandes, y la cortezapizarra crecía en abundancia, a menudo con vidaspren correteando alrededor como diminutas motas verdes. Durante sus días de viaje se habían encontrado con otras caravanas, cada vez con más frecuencia a medida que se acercaban a las Llanuras Quebradas. Así que Shallan no se sorprendió al ver a alguien allí delante. Las figuras, sin embargo, montaban caballos. ¿Quién podía permitirse animales como esos? ¿Y por qué no tenían escolta? Parecía que solo eran cuatro.

La caravana se detuvo cuando Macob ladró una orden desde la

primera carreta. Shallan había aprendido, por horrible experiencia, lo peligroso que podía ser cualquier encuentro en estos caminos. Un jefe de caravana no se tomaba ninguno a la ligera. Ella era la autoridad allí, pero permitía que quienes tenían más experiencia dieran la orden de parar y eligieran la ruta.

—Vamos —dijo Tyn, deteniendo al chull con una sacudida de la vara. Bajó luego de la carreta y recogió el gabán y la espada que colgaban en sus respectivos clavos.

Shallan se bajó también, poniéndose su máscara de Shallan. Con Tyn, se permitía ser ella misma. Con los demás, necesitaba ser una líder. Envarada, severa, pero también inspiradora. Para ese fin, se sentía satisfecha con el vestido azul que le había dado Macob. Bordado en plata, hecho de la seda más fina, era un cambio maravilloso tras su anterior vestido hecho jirones.

Adelantaron a Vathah y sus hombres, que marchaban detrás de la primera carreta. El líder de los desertores miró a Tyn con mala cara. Su repulsa hacia la mujer era un motivo más para respetarla, a pesar de sus tendencias criminales.

—La brillante Davar y yo nos encargaremos de esto —le dijo Tyn a Macob al pasar.

—¿Brillante? —dijo Macob, poniéndose en pie y mirando hacia Shallan—. ¿Y si son bandidos?

—Solo son cuatro, maestro Macob —dijo Shallan, animosamente—. El día en que no pueda encargarme yo sola de cuatro bandidos será el día en que merezca que me roben.

Dejaron atrás la carreta. Tyn se ató el cinturón.

—¿Y si son bandidos? —susurró Shallan cuando no pudieron oírla.

—Creí que habías dicho que podías encargarte de cuatro.

—¡Tan solo estaba siguiendo tus consejos!

—Eso es peligroso, muchacha —dijo Tyn con una mueca—. Mira, los bandidos no nos dejarían verlos, y desde luego no se quedarían ahí quietos.

El grupo de cuatro hombres esperaba en lo alto de la colina. Mientras Shallan se acercaba, pudo ver que llevaban uniformes azules que parecían auténticos. Al fondo del barranco entre las colinas, Shallan se lastimó el pie con un rocabrote. Hizo una mueca: Macob le había dado zapatos a juego con su vestido de ojos claros.

Eran lujosos, y probablemente valían una fortuna, pero eran poco más que zapatillas.

—Esperaremos aquí —dijo—. Que se acerquen ellos.

—Me parece bien —respondió Tyn. En efecto, allá arriba, los hombres empezaron a bajar por la colina cuando advirtieron que ellas los estaban esperando. Dos más aparecieron y los siguieron a pie. No iban de uniforme, sino con ropas de trabajo. ¿Palafreneros?

—¿Quién vas a ser? —preguntó Tyn en voz baja.

—¿Yo misma...? —replicó Shallan.

—¿Qué tiene eso de divertido? ¿Cómo está tu comecuernos?

—¡Comecuernos! Yo...

—Demasiado tarde —dijo Tyn mientras los hombres se acercaban.

A Shallan los caballos la intimidaban. Aquellos grandes brutos no eran dóciles como los chulls. Los caballos siempre se estaban moviendo, bufando.

El primero de los jinetes refrenó a su caballo con obvio malestar. No parecía controlar por completo al animal.

—Brillante —dijo, inclinando la cabeza cuando le vio los ojos. Sorprendentemente, era un ojos oscuros, un hombre alto con negro pelo alezi que le llegaba hasta los hombros. Miró a Tyn y advirtió la espada y el uniforme de soldado, pero no mostró ninguna reacción. Era un hombre duro, este tipo.

—¡Su alteza —anunció Tyn en voz alta, indicando a Shallan—, la princesa Unulukuak'kina'autu'atai! ¡Estás en presencia de la realeza, ojos oscuros!

—¿Una comecuernos? —dijo el hombre, agachándose e inspeccionando el pelo rojo de Shallan—. Con un vestido vorin. A Roca le daría un ataque.

Tyn miró a Shallan y alzó una ceja.

«Voy a estrangularte, mujer», pensó Shallan antes de tomar aire.

—Esta cosa —dijo, señalando su vestido—. ¿No es lo que vuestras princesas llevan? Es bueno para mí. ¡Muestra respeto! —Afortunadamente, su cara roja encajaría con los comecuernos. Eran un pueblo apasionado.

Tyn asintió, satisfecha.

—Lo siento —dijo el hombre, aunque no parecía muy apurado. ¿Qué estaba haciendo un ojos oscuros cabalgando a un animal tan

caro? Uno de sus compañeros inspeccionaba la caravana con un catalejo. También era ojos oscuros, pero parecía más cómodo en su montura.

—Siete carretas, Kal —dijo el hombre—. Bien protegidas.

El hombre, Kal, asintió.

—Me han enviado a buscar signos de bandidos —le dijo a Tyn—. ¿Todo bien en vuestra caravana?

—Nos topamos con unos bandidos hace tres semanas —contestó Tyn, indicando con el pulgar por encima de su hombro—. ¿Por qué te importa?

—Representamos al rey. Y pertenecemos a la guardia personal de Dalinar Kholin.

Oh, tormentas. Bueno, eso iba a ser un inconveniente.

—El brillante señor Kholin —continuó Kal— está investigando la posibilidad de ampliar el control en torno a las Llanuras Quebradas. Si realmente os han atacado, me gustaría conocer los detalles.

—¿Si nos han atacado? —preguntó Shallan—. ¿Dudas de nuestra palabra?

—No...

—¡Me siento ofendida! —declaró Shallan, cruzándose de brazos.

—Será mejor que tengáis cuidado —les dijo Tyn a los hombres—. A su alteza no le gusta que la ofendan.

—Qué sorprendente —dijo Kal—. ¿Dónde tuvo lugar el ataque? ¿Los rechazasteis? ¿Cuántos bandidos había?

Tyn le suministró los detalles, lo cual le dio a Shallan una oportunidad para pensar. Dalinar Kholin era su futuro suegro, si el matrimonio acordado se cumplía. Con suerte no volvería a toparse con esos soldados.

«De verdad que voy a estrangularte, Tyn...».

Su líder escuchó los detalles del ataque con aire estoico. No parecía un hombre muy agradable.

—Lamento vuestras pérdidas —dijo Kal—. Pero ya solo estáis a día y medio en caravana de las Llanuras Quebradas. Deberíais estar a salvo el resto del camino.

—Siento curiosidad —dijo Shallan—. Estos animales, ¿son caballos? Pero sois ojos oscuros. Ese... Kholin confía en vosotros.

—Cumpló con mi deber —dijo Kal, estudiándola—. ¿Dónde está el resto de vuestra gente? Parece que en esa caravana todos son

vorin. También se te ve un poco delgaducha para ser una comecuernos.

—¿Acabas de insultar a la princesa por su peso? —preguntó Tyn, escandalizada.

¡Tormentas! Era buena. Consiguió producir iraspren con la observación.

Bueno, no había otra cosa que hacer sino apoyarla.

—¡Me siento ofendida! —gritó Shallan.

—¡Has vuelto a ofender a su alteza!

—¡Muy ofendida!

—Será mejor que te disculpes.

—¡Nada de disculpas! —declaró Shallan—. ¡Botas!

Kal se echó hacia atrás, mirándolas a ambas e intentando comprender lo que acababan de decir.

—¿Botas?

—Sí —dijo Shallan—. Me gustan tus botas. Te disculparás con botas.

—¿Tú... quieres mis botas?

—¿No has oído a su alteza? —preguntó Tyn, los brazos cruzados—. ¿Tan irrespetuosos son los soldados del ejército de ese Dalinar Kholin?

—No soy irrespetuoso —replicó Kal—. Pero no voy a darle mis botas.

—¡Me insultas! —declaró Shallan, dando un paso adelante y señalándolo. ¡Padre Tormenta, aquellos caballos eran enormes!—. ¡Les diré a todos que me escuchen! Cuando llegue, diré: Kholin es un ladrón de botas y de la virtud de las mujeres.

—¡Virtud! —borbotó Kal.

—Sí —espetó Shallan; entonces miró a Tyn—. ¿Virtud? No, palabra no buena. Verdur... No. Vestir... ¡Vestido! ¡Ladrón de vestido de mujer! Esa palabra quería.

El soldado miró a sus compañeros, confundido. «Rayos —pensó Shallan—. Las buenas bromas se pierden en los hombres con poco vocabulario».

—No importa —dijo Shallan, alzando la mano—. Todos sabrán lo que has hecho. Me has dejado desnuda, aquí en este desierto. ¡Desnuda! Es un insulto a mi casa y mi clan. Todos sabrán que Kholin...

—Oh, alto, alto —dijo Kal, extendiendo la mano y quitándose torpemente la bota, todavía a caballo. Su calcetín tenía un agujero en el talón—. Mujer de las tormentas —murmuró. Le lanzó la primera bota, luego se quitó la otra.

—Tu disculpa es aceptada —dijo Tyn, recogiendo las botas.

—Por Condenación, más vale —dijo Kal—. Transmitiré tu historia. Tal vez podemos hacer que patrullen este lugar. Vamos, hombres. —Se dio media vuelta y se marchó sin decir otra palabra, quizá temiendo otra diatriba comecuernos.

Cuando ya no pudieron oírlas, Shallan miró las botas, luego empezó a reír incontrolablemente. Alegrespren brotaron a su alrededor, como hojas azules que empezaron a sus pies y luego ascendieron en remolino antes de desaparecer sobre su cabeza como si se los llevara una ráfaga de viento. Shallan los observó con una gran sonrisa. Esos eran muy raros.

—Ah —sonrió Tyn—. No voy a negarlo. Ha sido divertido.

—Pero voy a estrangularte de todas formas —replicó Shallan—. Sabía que nos estábamos quedando con él. Esa debe de haber sido la peor interpretación de una comecuernos que se ha hecho jamás.

—En realidad estuvo bastante bien. Te pasaste un poco con las palabras, pero clavaste el acento. Pero ese no era el tema. —Le tendió las botas.

—¿Cuál era el tema? —preguntó Shallan mientras volvían hacia la caravana—. ¿Hacerme quedar como una idiota?

—En parte.

—Eso es sarcasmo.

—Si vas a aprender a hacer esto, tienes que sentirte cómoda en una situación como esa. No puedes cortarte cuando te haces pasar por otra persona. Cuando más descabellado el intento, más cara de palo tienes que poner. La única forma de mejorar es practicar... y delante de gente que pueda pillarte.

—Supongo —dijo Shallan.

—Esas botas son demasiado grandes para ti —advirtió Tyn—. Pero me encantó la expresión del rostro de ese hombre cuando se las pediste. «Nada de disculpas. ¡Botas!».

—La verdad es que necesito unas botas —dijo Shallan—. Estoy cansada de caminar sobre las rocas descalza o en zapatillas. Un poco de relleno, y me vendrán bien. —Las alzó. Eran bastante

grandes—. Bueno, eso creo. —Miró hacia atrás—. Espero que no tenga problemas sin ellas. ¿Y si tiene que luchar con bandidos en el camino de vuelta?

Tyn puso los ojos en blanco.

—Alguna vez tendremos que hablar de ese corazón tan amable que tienes, niña.

—No es malo ser amable.

—Te estás entrenando para convertirte en timadora —dijo Tyn—. Por ahora, volvamos a la caravana. Quiero examinar contigo los mejores puntos de un acento comecuernos. Con ese pelo rojo tuyo, probablemente encontrarás más oportunidades de usarlo que otros.



*Forma de arte para colores más allá de nuestra
comprensión;
pues anhelamos sus grandes canciones.
Debemos atraer a los creacionspren;
estas canciones bastarán hasta que aprendamos.*

De La canción de revisión de los oyentes, estrofa 279

Torol Sadeas cerró los ojos y apoyó a *Juramentada* sobre su hombro, inhalando el dulce olor a moho de la sangre parshendi. La Emoción de la batalla ardía en su interior, una fuerza bendita y hermosa.

Su propia sangre latía con tanta fuerza en sus oídos que apenas oía los gritos y gemidos de dolor del campo de batalla. Durante un momento, se refociló solamente en el delicioso bienestar de la Emoción, la embriagadora euforia de haberse pasado una hora enzarzado en lo único que le proporcionaba ya verdadera alegría: luchar por su vida, y tomar la de los enemigos que eran inferiores a él.

No tardó en desaparecer. Como solía ocurrir, la Emoción se desvanecía rápidamente cuando la batalla terminaba. Se había ido volviendo cada vez menos dulce durante estos ataques a los parshendi, acaso porque en el fondo sabía que esa competición era

inútil. No le colmaba, no lo llevaba hacia sus objetivos definitivos de conquista. Masacrar salvajes cubiertos de crem en una tierra olvidada por los Heraldos había perdido todo su sabor.

Suspiró, bajando la espada, y abrió los ojos. Amaram se acercaba cruzando el campo de batalla, pasando por encima de los cadáveres de hombres y parshendi. Su armadura esquirrada estaba manchada de sangre púrpura hasta los codos y llevaba una brillante gema corazón en una mano recubierta por un guantelete. Apartó de una patada el cadáver de un parshendi y se unió a Sadeas, mientras su propia guardia de honor se desplegaba para unirse a la de su alto príncipe. Sadeas experimentó un momento de irritación por lo eficazmente que se movían, sobre todo comparados con sus propios hombres.

Amaram se quitó el casco y sopesó la gema, lanzándola al aire y capturándola.

—¿Te das cuenta de que tu maniobra ha fracasado?

—¿Fracasado? —dijo Sadeas, alzando su visor. Cerca, sus soldados masacraban a un grupo de cincuenta parshendi que no habían conseguido huir de la meseta cuando los demás se retiraron —. Creo que la cosa ha salido bastante bien.

Amaram señaló. En las llanuras al oeste, hacia los campamentos, había aparecido una mancha. Los estandartes indicaban que Hatham y Roion, los dos altos príncipes que supuestamente tenían que participar en esa carga, habían llegado juntos: usaban puentes como los de Dalinar, lentas maquinarias que pudieron dejar atrás con facilidad. Una de las ventajas de las cuadrillas que prefería Sadeas era que necesitaban poco entrenamiento. Si Dalinar creyó que iba a retrasarlo con su trueque de *Juramentada* a cambio de los hombres del puente de Sadeas, es que no tenía ni idea.

—Teníamos que llegar aquí —dijo Amaram—, apoderarnos de la gema y regresar antes de que llegaran los otros. Entonces podrías haber puesto la excusa de que no te diste cuenta de que no estabas en la rotación hoy. La llegada de los otros dos ejércitos anula esa posibilidad.

—Te equivocas —respondió Sadeas—. Das demasiado por hecho.

Los últimos parshendi murieron entre gritos de rabia; Sadeas se sintió orgulloso de eso. Había quien decía que los guerreros

parshendi nunca se rendían, pero él los había visto intentarlo una vez, hacía mucho tiempo, en el primer año de la guerra, cuando habían depuesto sus armas. Sadeas los había matado a todos de su propia mano, con martillo y armadura esquirlada, ante los ojos de sus compañeros en retirada, que los observaban desde una meseta cercana.

Nunca más le había negado ningún parshendi, ni a él ni a sus hombres, su derecho a terminar la batalla de la forma adecuada. Sadeas llamó a la vanguardia para que se reuniera y lo escoltara de vuelta a los campamentos mientras el resto del ejército se lamía las heridas. Amaram se unió a él, y cruzaron un puente y pasaron ante los cansados porteadores que yacían en el suelo y dormían mientras hombres mejores que ellos habían muerto.

—El honor me obliga a unirme a ti en el campo de batalla, excelencia —dijo Amaram mientras caminaban—, pero quiero que sepas que no apruebo nuestras acciones aquí. Deberíamos intentar zanjar nuestras diferencias con el rey y Dalinar, no agravarlas más.

Sadeas hizo una mueca.

—No me vengas con nobles argumentos. Es posible que eso te dé resultado con otros, pero yo sé que en realidad eres un desgraciado.

Amaram apretó la mandíbula, mirando fijamente al frente. Cuando llegaron a sus caballos, extendió la mano y agarró el brazo de Sadeas.

—Torol —dijo en voz baja—, en el mundo existen muchas otras cosas aparte de tus pendencias. Tienes razón respecto a mí, naturalmente. Acepta esta admisión junto con la seguridad de que a ti, por encima de todos los demás, puedo decirte la verdad. Alezkar necesita ser fuerte para lo que ha de venir.

Sadeas subió al escabel que el palafrenero había preparado. Montar un caballo con la armadura esquirlada puesta podía ser peligroso para el animal si no se hacía correctamente. Además, una vez se le había roto un estribo cuando lo pisó para subir a la silla y había acabado cayendo de culo.

—Alezkar debe ser fuerte, sí —dijo Sadeas, extendiendo una mano cubierta por el guantelete—. Y haré que así sea por la fuerza del puño y el gobierno de la sangre.

De mala gana, Amaram le ofreció la gema corazón y Sadeas la agarró, sujetando las riendas con la otra mano.

—¿Te preocupa alguna vez lo que haces? —preguntó Amaram—. ¿Lo que tenemos que hacer todos? —Indicó hacia un grupo de cirujanos que llevaban a los heridos a través de los puentes.

—¿Preocuparme? —se extrañó Sadeas—. ¿Por qué? Los despojos tienen una oportunidad de morir en batalla haciendo algo digno.

—Me he fijado en que últimamente sueles decir este tipo de cosas muy a menudo —dijo Amaram—. Antes no eras así.

—He aprendido a aceptar el mundo como es, Amaram —replicó Sadeas, haciendo que su caballo se volviera—. Eso es algo que muy poca gente está dispuesta a hacer. Siguen dando tumbos, esperando, soñando, fingiendo. Eso no cambia nada en la vida. Hay que mirar al mundo a los ojos, toda su sucia brutalidad. Hay que reconocer sus depravaciones. Vivir con ellas. Es el único modo de conseguir algo significativo.

Sadeas azuzó a su montura, que echó a andar y dejó atrás a Amaram.

El hombre continuaría siéndole leal. Sadeas y él se comprendían mutuamente. Ni siquiera el hecho de que Amaram fuese un portador de esquirlada podía cambiar eso.

Mientras Sadeas y su vanguardia se acercaban al ejército de Hatham, advirtió a un grupo de parshendi en una meseta cercana, observando. Aquellos oteadores se volvían cada vez más atrevidos. Envío a un equipo de arqueros a perseguirlos, luego se dirigió hacia una figura ataviada con una resplandeciente armadura esquirlada que cabalgaba al frente del ejército de Hatham: el propio alto príncipe, montado en un ryshadio. Maldición. Esos animales eran mucho más superiores a cualquier otro caballo. ¿Cómo conseguir uno?

—¿Sadeas? —lo llamó Hatham—. ¿Qué has hecho aquí?

Tras un rápido momento de decisión, Sadeas echó el brazo hacia atrás y lanzó la gema a través de la meseta que los separaba. La gema golpeó la roca cerca de Hatham y rebotó rodando, brillando débilmente.

—Estaba aburrido —gritó Sadeas a modo de respuesta—. Se me ocurrió ahorrarte las molestias.

Entonces, sin prestar oídos a ninguna otra pregunta, continuó su camino. Adolin Kholin tenía un duelo hoy, y él había decidido no perderselo, por si el joven volvía a quedar en ridículo.

Unas cuantas horas más tarde, Sadeas ocupó su asiento en la arena de duelos, tirándose de la tela del cuello. Adornos insufribles: a la moda, pero insufribles. Nunca se lo diría a nadie, ni siquiera a Ialai, pero en secreto deseaba poder ir por ahí con un simple uniforme como Dalinar.

Nunca podría hacerlo, naturalmente. No solo porque no quería inclinarse ante los Códigos y la autoridad del rey, sino porque un uniforme militar era en realidad un error hoy en día. Las batallas que se libraban por Alezkar en este momento no eran batallas con espada y escudo.

Era importante vestirse a tono cuando tenías un papel que representar. Los atuendos militares de Dalinar demostraban que estaba perdido, que no comprendía el juego al que estaba jugando.

Sadeas se dispuso a esperar mientras los susurros llenaban la arena como agua en un cuenco. Mucho público hoy. La añagaza de Adolin en su duelo anterior había llamado la atención, y todo lo novedoso causaba interés en la corte. El asiento de Sadeas tenía un espacio despejado alrededor para concederle sitio e intimidad, aunque en realidad era solo un simple sillón construido en las gradas de piedra de esta parte del coso.

Odiaba cómo se sentía su cuerpo fuera de la armadura esquirrada, y odiaba más su propio aspecto. Antaño, las cabezas se volvían a su paso. Su poder llenaba las habitaciones: todos lo miraban, y muchos sentían deseo al verlo. Deseo por su poder, por quien era.

Estaba perdiendo eso. Oh, aún era poderoso, quizá más que antes. Pero la expresión en los ojos de los otros era diferente. Y todas las formas de responder a su pérdida de juventud le hacían parecer petulante.

Se estaba muriendo, paso a paso. Como todos los hombres, cierto, pero él sentía la muerte acercarse. A décadas de distancia, era de esperar, pero proyectaba una sombra larga, larguísima. El único camino a la inmortalidad era a través de la conquista.

Un roce de tela anunció que Ialai ocupaba su asiento a su lado. Sadeas extendió una mano, ausente, posándola en la parte inferior de su espalda y rascando en el lugar que a ella le gustaba. Su nombre era simétrico. Una nota de blasfemia por parte de sus padres: algunas personas se atrevían a dar a entender que sus hijos

eran santos. A Sadeas le gustaban esos tipos. De hecho, el nombre fue lo primero que le intrigó de ella.

—Mmm —dijo su esposa con un suspiro—. Muy bien. Veo que el duelo no ha empezado todavía.

—Creo que solo faltan unos instantes.

—Bien. No puedo soportar la espera. He oído que renunciaste a la gema corazón que habías capturado hoy.

—La arrojé a los pies de Hatham y me marché a caballo, como si no me importara.

—Muy astuto. Tendría que haber considerado esa opción. Así desacreditarás la tesis de Dalinar de que solo nos oponemos a él por codicia.

En el coso, Adolin salió por fin al terreno, llevando su armadura azul. Algunos ojos claros aplaudieron entusiasmados. Al otro lado, Eranniv salió de su propia sala de preparación, luciendo su bruñida armadura de color natural a excepción del peto, que había pintado de negro.

Sadeas entornó los ojos, todavía acariciando la espalda de Ialai.

—Este duelo ni siquiera tendría que estar celebrándose —dijo—. Se suponía que todo el mundo debía mostrarse demasiado asustado, o demasiado displicente, para aceptar sus desafíos.

—Idiotas —dijo Ialai en voz baja—. Saben, Torol, lo que se supone que deben hacer... he dejado caer las promesas e insinuaciones adecuadas. Y sin embargo todos y cada uno de ellos quieren ser en secreto el hombre que derrote a Adolin. Los duelistas no son un grupo especialmente digno de confianza. Son audaces, apasionados, y les gusta mucho alardear y conseguir celebridad.

—No podemos permitir que el plan de su padre salga adelante —dijo Sadeas.

—Eso no ocurrirá.

Sadeas miró el lugar donde se había situado Dalinar. Su asiento no estaba demasiado lejos, a la distancia de un grito. Dalinar no lo miró.

—Yo construí este reino —dijo Sadeas en voz baja—. Sé lo frágil que es, Ialai. No debería ser tan difícil derribarlo.

Sería la única forma de construirlo adecuadamente de nuevo. Como volver a forjar un arma: era preciso fundir los restos de la antigua antes de crear la sustituta.

El duelo empezó: Adolin cruzó la arena en dirección a Eranniv, que empuñaba la antigua espada de Gavilar, con su retorcido diseño. Adolin atacó demasiado rápidamente. ¿Tan ansioso estaba el muchacho?

Entre el público, los ojos claros guardaron silencio y los ojos oscuros gritaron, deseosos de una exhibición similar a la de la última vez. Sin embargo, en esta ocasión el duelo no se convirtió en un combate de lucha libre. Los dos intercambiaron golpes de prueba y Adolin retrocedió tras recibir un golpe en el hombro.

«Chapucero», pensó Sadeas.

—Por fin he descubierto la naturaleza de esa perturbación en los aposentos del rey hace dos semanas —comentó Ialai.

Sadeas sonrió, sin dejar de mirar el combate.

—Naturalmente.

—Un intento de asesinato —dijo ella—. Alguien sabotó el balcón del rey en un burdo intento de que cayera varias docenas de metros hasta las rocas. Por lo que he oído, estuvo a punto de funcionar.

—No tan burdo, entonces, si estuvo a punto de matarlo.

—Perdona, Torol, pero «a punto de» es una gran diferencia en cuestión de asesinatos.

Cierto.

Sadeas buscó en su interior algún signo de emoción ante la noticia de que Elhokar había estado al borde de la muerte. No encontró ninguno, aparte de una leve sensación de piedad. Apreciaba al muchacho, pero para reconstruir Alezkar había que eliminar todos los vestigios del antiguo gobierno. Elhokar tendría que morir. Preferiblemente de forma tranquila, después de que se hubiera encargado de Dalinar. Sadeas esperaba poder cortarle el cuello al muchacho él mismo, por respeto al viejo Gavilar.

—¿Quién crees que contrató a los asesinos? —preguntó, hablando en voz tan baja que, con el perímetro que sus guardias mantenían alrededor de sus asientos, no tenía que preocuparse de que lo oyeran.

—Es difícil decirlo —respondió Ialai, volviéndose hacia un lado y retorciéndose para que él le rascara una parte diferente de la espalda—. No serían ni Ruthar ni Aladar.

Sadeas los tenía a ambos en la palma de la mano. Aladar con

cierta resignación; Ruthar con ansia. Roion era demasiado cobarde, otros demasiado cuidadosos. ¿Quién más podría haberlo hecho?

—Thanadal —dedujo Sadeas.

—Es el más probable. Pero veré qué puedo descubrir.

—Podrían ser los mismos que atentaron contra la armadura del rey —apuntó Sadeas—. Tal vez podríamos averiguar más si ejercito mi autoridad.

Sadeas era Alto Príncipe de Información, una de las antiguas denominaciones, de siglos anteriores, que dividía los deberes del reino entre los altos príncipes. Técnicamente, concedía a Sadeas autoridad sobre las investigaciones y la vigilancia policial.

—Tal vez —dijo Ialai, vacilante.

—¿Pero...?

Ella sacudió la cabeza mientras contemplaba otro intercambio de golpes entre los duelistas allá abajo. Este asalto dejó a Adolin filtrando luz tormentosa por uno de sus guanteletes, para abucheo de algunos ojos oscuros. ¿Por qué se permitía siquiera entrar a esta gente? Había ojos claros que no podían asistir porque Elhokar reservaba asientos para sus inferiores.

—Dalinar ha respondido a nuestro plan de nombrarte Alto Príncipe de Información —dijo Ialai—. Lo usó como precedente para nombrarse Alto Príncipe de la Guerra. Y por eso ahora cada vez que das un paso invocando tus derechos como Alto Príncipe de Información, eso cimienta su autoridad en este conflicto.

Sadeas asintió.

—¿Tienes un plan, entonces?

—Todavía no —dijo Ialai—. Pero estoy trabajando en uno. ¿Has visto cómo ha empezado a patrullar el exterior de los campamentos? ¿Y en el mercado externo? ¿No debería ser deber tuyo?

—No, eso es trabajo del Alto Príncipe de Comercio, que el rey no ha nombrado. Sin embargo, yo debería tener autoridad sobre la vigilancia de los diez campamentos, y para nombrar jueces y magistrados. Tendría que haber consultado conmigo en el momento en que se atentó contra la vida del rey. Pero no lo hizo.

Sadeas reflexionó sobre esa idea durante un momento, retirando la mano de la espalda de Ialai y dejándola que se sentara recta.

—Hay una debilidad que podemos explotar —dijo—. A Dalinar

siempre le ha resultado difícil renunciar a su autoridad. Nunca se fía de que los demás hagan el trabajo. No acudió a mí cuando debería haberlo hecho. Esto debilita su tesis de que el reino al completo debería trabajar unido. Es una mella en su armadura. ¿Puedes introducir una daga en ella?

Ialai asintió. Utilizaría a sus informadores para empezar a preguntar en la corte: ¿por qué, si Dalinar intentaba forjar una Alezkar mejor, no accedía a renunciar a ningún poder? ¿Por qué no abría sus puertas a los jueces de Sadeas?

¿Qué autoridad tenía en realidad el trono si hacía nombramientos como el de Sadeas, solo para actuar luego como si no lo hubiera hecho?

—Deberías renunciar a tu nombramiento como Alto Príncipe de Información para dejar claro tu desacuerdo —dijo Ialai.

—No. Todavía no. Esperaremos a que los rumores empiecen a hacer mella en el viejo Dalinar. Tarde o temprano acabará comprendiendo que necesita dejarme hacer mi trabajo. Entonces, justo antes de que intente involucrarme, renunciaré.

Eso aumentaría las grietas, tanto en Dalinar como en el reino.

El duelo de Adolin continuaba. Desde luego, no parecía tener puesto el corazón en el combate. Seguía dejándose al descubierto, recibiendo golpes. ¿Este era el joven que tanto alardeaba de su habilidad? Era hábil, sin duda, pero no tanto. Y desde luego no alcanzaba el nivel que Sadeas le había visto en el campo de batalla luchando contra...

Estaba fingiendo.

Sadeas sonrió a su pesar.

—Eso es casi inteligente —dijo en voz baja.

—¿El qué? —preguntó Ialai.

—Adolin lucha por debajo de sus capacidades —explicó Sadeas mientras el joven golpeaba, a duras penas, el yelmo de Eranniv—. No quiere desplegar su verdadera habilidad, ya que teme asustar a los otros que puedan batirse con él. Si apenas parece capaz de ganar este combate, es posible que otros decidan aprovechar la oportunidad.

Ialai entornó los ojos, contemplando la lucha.

—¿Estás seguro? ¿No podría ser que tiene un mal día?

—No me cabe la menor duda —contestó Sadeas. Ahora que

sabía dónde tenía que mirar, identificaba con facilidad los movimientos concretos de Adolin, la forma en que incitaba a Eranniv a atacarlo y luego apenas detenía los golpes. Adolin Kholin era más listo de lo que Sadeas había pensado.

Y también dominaba el arte de los duelos. Hacía falta habilidad para ganar un encuentro, pero había que ser un auténtico maestro para vencer después de mostrar que todo el tiempo ibas por detrás. Mientras el combate continuaba, la multitud se fue entusiasmando, y Adolin lo convirtió en un duelo igualado. Sadeas dudaba de que muchos otros se dieran cuenta de lo que él había detectado.

Cuando Adolin, moviéndose de manera letárgica y filtrando luz tormentosa por una docena de golpes (todos cuidadosamente permitidos en diferentes secciones de la armadura, para que ninguno la rompiera y lo expusiera a verdadero peligro), consiguió abatir a Eranniv con un golpe «de suerte» al final, la multitud rugió en señal de reconocimiento. Incluso los ojos claros parecieron caer en el engaño.

Eranniv se marchó, quejándose a gritos de la suerte de Adolin, pero Sadeas se sentía impresionado. «Puede que este muchacho tenga futuro —pensó—. Más que su padre, al menos».

—Otra esquirla ganada —dijo Ialai con insatisfacción mientras Adolin levantaba una mano y se marchaba del campo—. Redoblaré mis esfuerzos para asegurarme de que esto no vuelva a suceder.

Sadeas dio un golpecito con el dedo en el respaldo de su asiento.

—¿Qué es lo que dijiste de los duelistas? ¿Que eran audaces? ¿Apasionados?

—Sí. ¿Y...?

—Adolin es esas dos cosas y más —dijo Sadeas en voz baja, reflexionando—. Uno puede provocarle, manipularle, irritarle. Tiene pasión como su padre, pero la controla con menos firmeza.

«¿Podré llevarlo hasta el borde del precipicio —pensó Sadeas—, y luego empujarlo?».

—Deja de disuadir a la gente para que se enfrente a él —le dijo a su esposa—. Pero no los animes a hacerlo tampoco. Retírate. Quiero ver cómo se desarrolla esto.

—Eso parece peligroso —dijo Ialai—. Ese muchacho es un arma, Torol.

—Cierto —dijo Sadeas, poniéndose en pie—, pero rara vez te

corta un arma si eres el que la sostiene por la empuñadura. — Ayudó a su mujer a incorporarse—. También quiero que le digas a la esposa de Ruthar que puede cabalgar conmigo la próxima vez que decida salir a capturar mi propia gema corazón. Ruthar es ansioso. Puede sernos útil.

Ella asintió, encaminándose hacia la salida. Sadeas la siguió, pero vaciló y dirigió una mirada a Dalinar. ¿Cómo serían las cosas si ese hombre no estuviera atrapado en el pasado? ¿Si estuviera dispuesto a ver el mundo real, en vez de imaginarlo?

«Probablemente acabarías matándolo también —admitió Sadeas—. No intentes fingir lo contrario».

Era mejor ser sincero, al menos con uno mismo.

El borde superior de la formación que configura el lait muestra claros signos de acumulación de crem, lo que provoca grandes espinas que adornan el borde en la dirección predominante de los vientos.

Muchas de estas especies son nuevas para mí. La vida vegetal no es tan exuberante como en las posesiones de mi padre, ni siquiera en Kharbranth, pero se intuye una frenética determinación en su crecimiento.





*Se dice que hacía calor en la tierra lejana
cuando los Portadores del Vacío entraron en nuestras
canciones.*

*Los trajimos a casa para alojarlos
y esas casas se volvieron suyas.*

Sucedió gradualmente.

*Y pasaron años antes de que se dijera que así tenía que
ser.*

De La canción de las historias de los oyentes, estrofa 12

Shallan se quedó boquiabierta ante el súbito estallido de color.

Rompía el paisaje como un rayo en el cielo despejado. Shallan soltó sus esferas (Tyn la estaba haciendo practicar con ellas) y se puso en pie en la carreta, sujetándose con la mano libre al respaldo de su asiento. Sí, era inconfundible. Rojo brillante y amarillo en un lienzo marrón y verde por lo demás poco llamativo.

—Tyn —dijo Shallan—. ¿Qué es eso?

La otra mujer estaba sentada con los pies colgando y un sombrero blanco de ala ancha cubriéndole los ojos, a pesar de que se suponía que estaba conduciendo la carreta. Shallan llevaba el sombrero de Bluth, que había recuperado de sus cosas, para librarse del sol.

Tyn se volvió hacia un lado, alzando el sombrero.

—¿Eh?

—¡Allí! —dijo Shallan—. El color.

Tyn entornó los ojos.

—No veo nada.

¿Cómo podía no ver aquel color, tan vibrante en comparación con las colinas llenas de rocabrote, juncos y zonas de hierba? Shallan cogió el catalejo de la mujer y lo alzó para mirar con más atención.

—Plantas —dijo—. Hay un saliente de roca allí delante, que las protege del este.

—Oh, ¿eso es todo? —Tyn volvió a acomodarse y cerró los ojos—. Aunque también podrían ser las tiendas de una caravana o algo.

—Tyn, son plantas.

—¿Y...?

—¡Flora divergente en un ecosistema por lo demás uniforme! —exclamó Shallan—. ¡Vamos! Voy a decirle a Macob que dirija la caravana hacia allí.

—Chica, sí que eres extraña —dijo Tyn mientras Shallan les gritaba a las otras carretas para que se detuvieran.

Macob se mostró reacio a desviarse, pero por fortuna aceptó la autoridad de Shallan. La caravana estaba a un día de las Llanuras Quebradas. Se lo habían estado tomando con calma. Shallan trató de contener su entusiasmo. Allí en las Tierras Heladas casi todo era uniformemente aburrido; algo nuevo que dibujar era más emocionante de lo normal.

Se acercaron a la cordillera, que había creado un alto saliente de roca justo en el ángulo adecuado para formar un rompiente. Las versiones más grandes de estas formaciones se llamaban laits. Valles protegidos donde podía florecer una ciudad. Bueno, esto no era tan grande, pero tenía vida alrededor. Una especie de bosquecillo crecía allí, árboles blancos como el hueso. Tenían vívidas hojas rojas. Enredaderas de numerosas variedades cubrían la pared de roca, y el suelo rebosaba de rocabrote, una variedad que permanecía abierta incluso cuando no había lluvia, los capullos cargados de pesados pétalos que caían desde el interior, junto con tentáculos como lenguas que se movían como gusanos en busca de agua.

Un pequeño estanque reflejaba el cielo azul, alimentando a los rocabrotes y los árboles. La sombra de las hojas, a cambio, daba

refugio a brillante musgo verde. La belleza era como veta de rubí y esmeralda en una piedra parda.

Shallan se bajó de un salto en el momento en que las carretas se detuvieron. Asustó a algo en los matorrales, y unos cuantos sabuesoshacha, muy pequeños y salvajes, huyeron. Shallan no estaba segura de a qué raza pertenecían; en realidad, ni siquiera sabía a ciencia cierta si eran sabuesos-hacha, tan rápido se movían.

«Bueno —pensó, acercándose al diminuto lait—, esto probablemente significa que no tendré que preocuparme por criaturas más grandes». Un depredador como un espinablanca habría espantado a las criaturas más pequeñas.

Shallan avanzó con una sonrisa. Era casi como un jardín, aunque por supuesto las plantas eran silvestres, no cultivadas. Se movieron con rapidez para retirar capullos, palpos y hojas, abriendo un hueco a su alrededor. Shallan contuvo un estornudo y continuó caminando hasta encontrar un estanque verde oscuro.

Allí colocó su manta sobre un peñasco y se sentó a dibujar. Los otros miembros de la caravana fueron a explorar por todo el lait o alrededor de la cima de la pared de roca.

Shallan inspiró la maravillosa humedad mientras las plantas se relajaban. Los pétalos de los rocabrotes se extendieron, desplegando tímidas hojas. El color aumentó a su alrededor como si la naturaleza se ruborizara. ¡Padre Tormenta! No se había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos la variedad de plantas hermosas. Abrió su cuaderno y sacó una rápida oración en nombre de Shallash, Herald de la Belleza, por quien Shallan llevaba el nombre.

Las plantas volvieron a retraerse cuando alguien se movió entre ellas. Gaz pasó ante un grupo de rocabrotes, maldiciendo mientras trataba de no pisar las enredaderas. Se acercó a Shallan, luego vaciló y miró el estanque.

—¡Tormentas! —exclamó—. ¿Eso son peces?

—Anguilas —supuso Shallan mientras algo hacía ondular la verde superficie del estanque—. De color naranja brillante, según parece. Teníamos algunas similares en el jardín ornamental de mi padre.

Gaz se agachó, tratando de echar un buen vistazo, hasta que una de las anguilas rompió la superficie con un coletazo y lo salpicó de agua. Shallan se echó a reír, tomando una memoria del ojo tuerto

asomado a aquellas profundidades verdes, los labios arrugados, secándose la frente.

—¿Qué quieres, Gaz?

—Bueno —dijo él, vacilando—. Me preguntaba... —Miró la libreta.

Shallan pasó a una nueva página.

—Naturalmente. Como el que hice para Glurv, supongo.

Gaz tosió llevándose la mano a la boca.

—Sí. Ese estaba bien.

Shallan sonrió y empezó a dibujar.

—¿Necesitas que pose o algo? —preguntó Gaz.

—Claro —dijo ella, más que nada para mantenerlo entretenido mientras dibujaba.

Él se arregló el uniforme, encogió su panza, levantó la barbilla. Sin embargo, la principal diferencia tuvo que ver con su expresión. Miraba al cielo, a la distancia. Con la expresión adecuada, el parche del ojo se volvía un elemento noble, aquella cara surcada de cicatrices se tornaba sabia, el uniforme se convertía en una marca de orgullo. Shallan añadió algunos detalles en segundo plano que recordaban aquella noche junto a las hogueras, cuando la gente de la caravana le dio las gracias a Gaz y los demás por rescatarlos.

Arrancó la hoja del cuaderno y la volvió hacia él. Gaz la aceptó con reverencia, pasándose la mano por el pelo.

—Tormentas —susurró—. ¿De verdad tengo ese aspecto?

—Sí —dijo ella. Sintió ligeramente a Patrón mientras vibraba con suavidad cerca de ella. Una mentira... pero también una verdad. Así era, sin duda, como la gente a la que Gaz había salvado lo veía.

—Gracias, brillante —dijo este—. Yo... gracias.

¡Ojos de Ceniza! ¿Estaba llorando?

—Guárdalo bien y no lo dobles hasta esta noche —dijo Shallan—. Le daré barniz para que no se emborrone.

Él asintió y se marchó, asustando a las plantas de nuevo mientras se retiraba. Era el sexto hombre que le pedía un retrato. Shallan recibía de buen grado las peticiones. Cualquier cosa que les recordara lo que podían, y deberían, ser.

«¿Y tú, Shallan? —pensó—. Todo el mundo parece querer que seas algo. Jasnah, Tyn, tu padre... ¿Qué quieres ser tú?».

Volvió a repasar el cuaderno hasta que dio con las páginas donde se había dibujado a sí misma en media docena de situaciones diferentes. Erudita, mujer de la corte, artista. ¿Qué quería ser?

¿Podría serlo todo?

Patrón zumbó. Shallan miró hacia un lado y descubrió que Vathah acechaba en los árboles cercanos. El alto jefe de los mercenarios no había dicho nada de los dibujos, pero ella interpretó sin vacilar su expresión.

—Deja de asustar a mis plantas, Vathah —dijo Shallan.

—Macob dice que nos quedaremos a pasar la noche —respondió el hombre antes de marcharse.

—Problema... —zumbó Patrón—. Sí, problema.

—Lo sé —dijo Shallan, esperando a que el follaje regresara para dibujarlo. Por desgracia, aunque había conseguido carboncillo y barniz de los mercaderes, no tenía tizas de colores, así que no podía intentar algo más ambicioso. Con todo, sería una bonita serie de estudios. Todo un cambio respecto al resto de su cuaderno de dibujos.

No quiso pensar en lo que había perdido.

Dibujó y dibujó, disfrutando de la paz del pequeño bosquecillo. Los vidaspren se unieron a ella, sus diminutas motas verdes flotando entre las hojas y capullos. Patrón se acercó al agua y, curiosamente, empezó a contar las hojas de un árbol cercano. Shallan hizo varios dibujos del estanque y los árboles, con la esperanza de poder identificarlos en algún libro más adelante. Se aseguró de plasmar imágenes que mostraran las hojas en detalle, y luego se entretuvo retratando todo lo que le llamaba la atención.

Era muy agradable no tener que dibujar en una carreta en marcha. Allí el entorno era perfecto: suficiente luz, paz y tranquilidad, rodeada de vida...

Se detuvo, advirtiendo lo que había dibujado: una costa rocosa, con claros acantilados que se alzaban detrás. La perspectiva era lejana; en la orilla escarpada, algunas figuras en sombras se ayudaban unas a otras a salir del agua. Juraría que una de ellas era Yalb.

Una vana esperanza. Deseaba tanto que estuvieran vivos... Probablemente nunca lo sabría.

Pasó la página y dibujó lo que se le ocurrió. Una mujer

arrodillada sobre un cuerpo, alzando un martillo y un cincel, como para clavarlo en la cara de aquella persona. El que estaba en el suelo estaba tieso, acartonado... ¿Tal vez era de piedra?

Shallan sacudió la cabeza mientras soltaba el lápiz y estudiaba ese boceto. ¿Por qué lo había dibujado? El primero tenía sentido: le preocupaban Yalb y los otros marineros. Pero ¿qué decía de su subconsciente que hubiera dibujado esta extraña imagen?

Alzó la cabeza, advirtiéndole que las sombras se estiraban y el sol se disponía a descansar sobre el horizonte. Shallan le sonrió, luego dio un brinco cuando vio a alguien de pie ni a diez pasos de distancia.

—¡Tyn! —dijo Shallan, llevándose la mano segura al pecho—. ¡Padre Tormenta! Me has dado un susto.

La mujer se abrió paso entre el follaje, que se retiró.

—Esos dibujos son bonitos, pero creo que deberías pasar más tiempo practicando para falsificar firmas. Tienes un don natural, y es un tipo de trabajo que puedes hacer sin tener que preocuparte por meterte en líos.

—Lo practico —contestó Shallan—. Pero también necesito desarrollar mi arte.

—Te metes de verdad en esos dibujos, ¿no?

—No me meto en ellos. Pongo a los demás en ellos.

Tyn sonrió mientras llegaba junto a ella.

—Siempre rápida en la respuesta. Eso me gusta. Tengo que presentarte a unos amigos cuando lleguemos a las Llanuras Quebradas. Te desplumarán antes de que te des cuenta.

—Eso no suena muy prometedor.

—Bah —dijo Tyn, saltando a una parte seca de la roca cercana—. Seguirías siendo tú misma. Lo único que tus chistes serían un poco más subidos de tono.

—Vaya —replicó Shallan, ruborizándose.

Pensaba que Tyn se reiría de su rubor, pero en cambio la mujer pareció pensativa.

—Tendremos que buscar la manera de hacerte saborear la realidad, Shallan.

—¿Ah, sí? ¿Ahora viene en forma de tónico?

—No, viene en forma de un puñetazo en la cara —replicó Tyn—. Y deja a las niñas bonitas llorando, suponiendo que tengan la suerte

de salir con vida.

—Creo que descubrirás que mi vida no ha sido toda de dulce y caramelos.

—Estoy segura de que eso crees —dijo Tyn—. Le pasa a todo el mundo. Shallan, te aprecio, de verdad. Creo que tienes muchísimo potencial. Pero para lo que te propones... hará falta hacer cosas muy difíciles. Cosas que retuercen el alma, la destrozan. Vas a verte en situaciones en las que no has estado nunca antes.

—Apenas me conoces —contestó Shallan—. ¿Cómo puedes estar tan segura de que nunca he hecho esas cosas?

—Porque no estás rota por dentro —respondió Tyn con expresión distante.

—Quizás estoy fingiendo.

—Muchacha, haces dibujos de criminales para convertirlos en héroes. Bailas entre lechos de flores con un cuaderno de dibujo, y te ruborizas con la simple mención de algo picante. Por mal que creas haberlo pasado, prepárate. Será peor. Y, sinceramente, no sé si podrás soportarlo.

—¿Por qué me dices esto?

—Porque dentro de poco más de un día alcanzaremos las Llanuras Quebradas. Esta es tu última oportunidad de dar marcha atrás.

—Yo...

¿Qué iba a hacer con Tyn cuando llegaran? ¿Admitir que solo le había seguido la corriente para aprender de ella? «Conoce gente —pensó Shallan—. Gente en los campamentos de guerra que sería muy útil conocer».

¿Debería continuar con el subterfugio? Quería hacerlo, aunque una parte de ella sabía que era porque le caía bien Tyn, y no quería darle a la mujer ningún motivo para que dejara de enseñarle.

—Estoy decidida —se encontró diciendo—. Quiero seguir adelante con mi plan.

Una mentira.

Tyn suspiró antes de asentir.

—Muy bien. ¿Estás dispuesta a contarme cuál es ese gran timo?

—Dalinar Kholin —dijo Shallan—. Su hijo está prometido a una mujer de Jah Keved.

Tyn alzó una ceja.

—Vaya, eso es curioso. ¿Y la mujer no va a llegar?

—No cuando él espera.

—¿Y te pareces a ella?

—Digamos que sí.

Tyn sonrió.

—Bien. Por lo que me dijiste, interpreté que se trataría de hacer chantaje, que es muy duro. Esto, sin embargo, es un timo que podrías llevar adelante. Me siento impresionada. Es osado, pero factible.

—Gracias.

—Entonces, ¿cuál es tu plan? —inquirió Tyn.

—Bueno, me presentaré ante Kholin, indicaré que soy la mujer con la que se va a casar su hijo, y permitiré que me instale en su casa.

—No me parece bien.

—¿No?

Tyn sacudió bruscamente la cabeza.

—Te pone demasiado en manos de Kholin. Te hará parecer necesitada, y eso socavará tu capacidad de ser respetada. Lo que vas a hacer se llama el timo de la cara bonita, un intento de limpiar a un hombre rico de sus esferas. Ese tipo de trabajo se basa en la presentación y la imagen. Tienes que instalarte en una posada en un campamento diferente y actuar como si fueras completamente autosuficiente. Mantén un aire de misterio. Que el hijo no te capture demasiado fácilmente. ¿Cuál es, por cierto? ¿El mayor o el menor?

—Adolin —dijo Shallan.

—Hum... No estoy segura de que sea mejor o peor que Renarin. Adolin Kholin tiene fama de conquistador, así que comprendo que su padre quiera verlo casado. Pero será difícil mantener su atención.

—¿De verdad? —preguntó Shallan, sintiendo una punzada de auténtica preocupación.

—Sí. Ha estado a punto de comprometerse una docena de veces. Creo que llegó a hacerlo una vez. Menos mal que me tienes a mí. Tendré que reflexionar sobre esto para determinar la estrategia adecuada, pero desde luego no aceptarás la hospitalidad de Kholin. Adolin nunca expresará interés si de algún modo no eres inalcanzable.

—Es difícil ser inalcanzable cuando ya tenemos un acuerdo previo.

—Sigue siendo importante —dijo Tyn, alzando un dedo—. Tú eres la que quiere realizar un timo amoroso. Son difíciles, pero relativamente seguros. Lo resolveremos.

Shallan asintió, aunque por dentro sus preocupaciones habían aumentado. ¿Qué sucedería con el compromiso matrimonial? Jasnah ya no estaba para insistir en ello. La mujer quería relacionar a Shallan con su familia, presumiblemente por el potencial para absorber. Shallan dudaba de que el resto de la casa Kholin estuviera tan dispuesto a aceptar en la familia a una muchacha vedén que no era nadie.

Mientras Tyn se levantaba, Shallan contuvo su ansiedad. Si el compromiso terminaba, que así fuera. Tenía preocupaciones mucho más importantes con Urithiru y los Portadores del Vacío. Sin embargo, tendría que hallar un modo de tratar con Tyn... un modo que no implicara timar de verdad a la familia Kholin. Una cosa más que tener en cuenta.

Extrañamente, se sintió tan entusiasmada por la perspectiva que decidió hacer un dibujo más antes de ir a buscar algo de comer.



Forma de humo para ocultarse y deslizarse entre los hombres.

Una forma de poder... como potencias de spren.

¿Nos atreveremos a volver a llevar esta forma? Espía.

Creada por dioses, esta forma que tememos.

Por contacto con No-creados soportamos su maldición, formada de la sombra... y la muerte está cerca. Miente.

De La canción de los secretos de los oyentes, estrofa 51

Kaladin condujo a su tropa de hombres doloridos y cansados a los barracones del Puente Cuatro y, como había pedido en secreto, los hombres fueron recibidos con aplausos y vítores. Era temprano, y el olor familiar del guiso de la cena era una de las cosas más apetecibles que Kaladin podía imaginar.

Se hizo a un lado y dejó que los cuarenta hombres lo adelantaran. No eran miembros del Puente Cuatro, pero por esta noche eran considerados como tales. Mantenían las cabezas altas y sonrieron cuando les pasaron cuencos de guiso. Roca preguntó cómo había ido la patrulla, y aunque Kaladin no pudo oír la respuesta de los soldados, pudo oír claramente la carcajada que arrancó en Roca.

Sonrió, apoyado contra la pared del barracón, cruzado de

brazos. Entonces se puso a comprobar el cielo. El sol no se había puesto del todo, pero en el cielo cada vez más oscuro habían empezado a asomar las estrellas alrededor de la Cicatriz de Taln. La Lágrima flotaba justo sobre el horizonte, una estrella mucho más brillante que las demás, llamada así por la única lágrima que decían que había derramado Reya. Algunas de las estrellas se movían (estrellaspren, nada de lo que sorprenderse), pero había algo raro en la noche. Kaladin inhaló profundamente. ¿Olía el aire a rancio?

—¿Señor?

Kaladin se volvió. Uno de los hombres del puente, un tipo serio de pelo corto y rasgos fuertes, no se había unido a los demás ante el caldero del guiso. Kaladin intentó recordar su nombre...

—Pitt, ¿verdad?

—Sí, señor —respondió el hombre—. Puente Diecisiete.

—¿Qué querías?

—Yo... —El hombre miró el fuego acogedor, donde los hombres del Puente Cuatro reían y charlaban con el grupo de la patrulla. Cerca, alguien había colgado unas cuantas piezas de armadura en las paredes del barracón. Eran yelmos y petos de caparazón, atados a los cueros que vestían los hombres de los puentes, aunque por entonces los habían sustituido por cascos y petos de acero. Kaladin se preguntó quién habría colgado los antiguos trajes. Ni siquiera sabía que algunos hombres los hubieran conservado: eran los trajes de repuesto que Leyten había fabricado para los hombres y había escondido en los abismos antes de que los liberaran.

—Señor —dijo Pitt—, solo quería decir que lo siento.

—¿El qué?

—Cuando estábamos en los puentes. —Pitt se llevó una mano a la cabeza—. Tormentas, parece otra vida. En aquella época no sabía lo que me hacía. Todo es una bruma. Pero me acuerdo de que me alegraba de que enviaran a vuestra cuadrilla en vez de a la mía. Recuerdo haber esperado que fracasaraís, ya que os atrevíais a ir por ahí con aires de grandeza. Y...

—No importa, Pitt —dijo Kaladin—. No fue culpa tuya. Puedes achacárselo a Sadeas.

—Supongo. —Pitt adoptó una expresión distante—. Nos dio una buena, ¿verdad, señor?

—Sí.

—Pero resulta que los hombres pueden volver a ser forjados. No se me habría ocurrido. —Pitt miró por encima del hombro—. Voy a tener que hacer esto para los otros muchachos del Puente Diecisiete, ¿no?

—Con ayuda de Teft, sí, pero esa es la esperanza —contestó Kaladin—. ¿Crees que podrás?

—Tendré que fingir que soy tú, señor —dijo Pitt. Sonrió y siguió su camino, cogió un cuenco de guiso y se reunió con los demás.

Estos cuarenta estarían preparados pronto, dispuestos a convertirse en sargentos de sus propias cuadrillas. La transformación había sucedido con más rapidez de lo que Kaladin esperaba. «Ah, maravilloso Teft —pensó—. Lo has conseguido».

¿Dónde estaba Teft, por cierto? Había estado con ellos en la patrulla, y había desaparecido. Kaladin miró por encima del hombro pero no lo vio; tal vez había ido a comprobar cómo estaban las otras cuadrillas. Vio a Roca alejando a un hombre larguirucho vestido con una túnica de fervoroso.

—¿Qué era eso? —preguntó Kaladin, alcanzando al comecuernos al pasar.

—Ese tipo —respondió Roca—. Sigue viniendo con su cuaderno. Quiere dibujar a los hombres del puente. ¡Ja! Porque somos famosos, ya ves.

Kaladin frunció el ceño. Extraño gesto para un fervoroso. Pero claro, todos los fervorosos eran extraños, en mayor o menor grado. Dejó que Roca regresara a su guiso y se apartó de la hoguera, disfrutando de la paz.

Todo estaba tranquilo allí en el campamento. Como si estuviera conteniendo la respiración.

—La patrulla parece que ha funcionado —dijo Sigzil, acercándose a él—. Estos hombres han cambiado.

—Es curioso lo que un par de días de marcha como unidad pueden hacerles a los soldados —dijo Kaladin—. ¿Has visto a Teft?

—No, señor —respondió Sigzil. Indicó la hoguera con un gesto—. Más vale que tomes algo de guiso. No tendremos mucho tiempo para charlar esta noche.

—Alta tormenta —advirtió Kaladin. Parecía demasiado pronto después de la última, pero las tormentas no eran siempre regulares, no como pensaba en ellas. Los predicetormentas tenían que hacer

complejos cálculos matemáticos para predecirlas. El padre de Kaladin era aficionado a hacerlos.

Tal vez era eso lo que le pasaba. ¿De repente predecía las altas tormentas porque la noche parecía demasiado... algo?

«Estás imaginando cosas», pensó Kaladin. Superando su fatiga tras la larga marcha y la cabalgada, fue a buscar algo de guiso. Tendría que comer rápido: querría estar con los hombres que protegían a Dalinar y el rey durante la tormenta.

Los hombres de la patrulla lo vitorearon cuando llenó su cuenco.

Shallan estaba sentada en el bamboleante carromato y movía la mano sobre la esfera que tenía a su lado en el asiento, la tocó y dejó caer otra.

Tyn alzó una ceja.

—He oído el cambio.

—¡Redesecas! —exclamó Shallan—. Creí que lo tenía.

—¿Redesecas?

—Es una imprecación —explicó Shallan, ruborizándose—. La oí a los marineros.

—Shallan, ¿tienes la menor idea de lo que significa?

—Es algo de... ¿pesca? —aventuró Shallan—. ¿Que las redes están secas, tal vez? Suponía que no habían pescado nada, y que por eso era malo.

Tyn sonrió.

—Querida, me estoy esforzando al máximo para corromperte. Hasta entonces, creo que deberías evitar utilizar maldiciones de marineros. Por favor.

—De acuerdo. —Shallan pasó de nuevo la mano sobre la esfera, intercambiándolas—. ¡No ha sonado nada! ¿Has oído? O, más bien, ¿no has oído? ¡No ha hecho ningún ruido!

—Bien —dijo Tyn, sacando una pizca de una especie de sustancia musgosa. Empezó a frotarla entre sus dedos, y a Shallan le pareció que veía humo alzarse entre el musgo—. Vas progresando. También creo que tendríamos que pensar un modo de usar ese talento tuyo con el dibujo.

Shallan ya había pensado en ello. Cada vez eran más los desertores que le pedían dibujos.

—¿Has estado trabajando en los acentos? —preguntó Tyn con los ojos vidriosos mientras frotaba el musgo.

—En efecto, mi buena mujer —dijo Shallan con acento thayleño.

—Bien. Ya nos dedicaremos a la ropa cuando tengamos más recursos. Yo, desde luego, me voy a divertir mucho viendo qué cara pones cuando tengas que salir en público con esa mano tuya descubierta.

Inmediatamente, Shallan se llevó la mano segura al pecho.

—¿Qué?

—Ya te avisé de que vendrían cosas difíciles —dijo Tyn, sonriendo con malicia—. Al oeste de Marat, casi todas las mujeres van con ambas manos descubiertas. Si vas a ir a esos sitios y no quieres llamar la atención, tendrás que poder ir como ellas.

—¡Es indecoroso! —dijo Shallan, roja como la grana.

—Es solo una mano, Shallan. Tormentas, sí que sois recatados los vorin. Esa mano es exactamente igual que la otra.

—Muchas mujeres tienen pechos que no son mucho más pronunciados que los de los hombres —replicó Shallan—. ¡Y no por eso salen a la calle sin camisa, como haría un hombre!

—Lo cierto es que en algunas regiones de las islas Reshi y en Iri no es extraño ver a las mujeres desnudas de cintura para arriba. Hace calor allí. A nadie le importa. A mí me gusta.

Shallan se llevó las dos manos a la cara (una cubierta, la otra no), ocultando su rubor.

—Todo esto lo dices solo para provocarme.

—Sí —se mofó Tyn—. Así es. ¿Esta es la muchacha que engañó a toda una tropa de desertores y se hizo con nuestra caravana?

—No tuve que ir desnuda para hacerlo.

—Menos mal. ¿Sigues pensando que eres experimentada y mundana? Te sonrojas ante la mera mención de descubrir tu mano segura. ¿No ves lo difícil que va a ser que ejecutes cualquier tipo de timo productivo?

Shallan inspiró profundamente.

—Lo imagino.

—Enseñar la mano no será lo más duro que tengas que hacer —dijo Tyn, distante—. Ni por una brisa ni por un viento de tormenta. Yo...

—¿Qué? —preguntó Shallan.

Tyn negó con la cabeza.

—Ya hablaremos más adelante. ¿Puedes ver ya los campamentos de guerra?

Shallan se levantó en su asiento, protegiéndose los ojos contra el sol que se ponía por el oeste. Al norte vio una bruma. Cientos de hogueras (no, miles), absorbían la oscuridad del cielo. Contuvo la respiración.

—Hemos llegado.

—Ordena que acampemos para pasar la noche —dijo Tyn, sin cambiar su cómoda postura.

—Parece que solo estamos a unas horas de distancia —observó Shallan—. Podríamos apretar el paso...

—Y llegar después de que anochezca, y vernos obligados a acampar de todas formas —la interrumpió Tyn—. Mejor llegar descansados por la mañana. Confía en mí.

Shallan se sentó, llamó a uno de los trabajadores de la caravana, un joven que caminaba descalzo (sus callos debían ser terroríficos) junto a las carretas. Solo los mayores iban montados.

—Pregúntale al maestro Macob qué opina de pararnos aquí a pasar la noche —le dijo al joven.

Él asintió, luego echó a correr fila abajo, dejando atrás los lentos chulls.

—¿No te fías de mi valoración? —preguntó Tyn, divertida.

—Al maestro Macob no le gusta que le digan lo que tiene que hacer. Si detenernos es buena idea, quizás él lo sugiera. Parece una mejor forma de liderar.

Tyn cerró los ojos, el rostro hacia el cielo. Todavía tenía una mano en alto, frotando ausente el musgo entre sus dedos.

—Puede que tenga información para ti esta noche.

—¿Sobre qué?

—Tu patria. —Tyn entreabrió un ojo. Aunque su postura era perezosa, el ojo mostraba curiosidad.

—Muy bien —dijo Shallan, evasiva. Trataba de no hablar mucho de su tierra ni de su vida allí; tampoco le había hablado a Tyn de su viaje, ni del hundimiento del barco. Cuanto menos hablara de su pasado, menos probable era que Tyn advirtiera la verdad de su nueva estudiante.

«Es culpa suya por sacar conclusiones apresuradas sobre mí —

pensó Shallan—. Además, ella es la que me está enseñando a fingir. No debería sentirme mal mintiéndole. Ella le miente a todo el mundo».

Pensarlo le hizo dar un respingo. Tyn tenía razón: Shallan era una ingenua. ¡No podía dejar de sentirse culpable por mentir, ni siquiera ante una timadora confesa!

—Esperaba más de ti —dijo Tyn, cerrando el ojo—. Visto lo visto.

Eso provocó a Shallan, que se agitó en su asiento.

—¿Visto lo visto qué? —preguntó por fin.

—Así que no lo sabes. Eso pensaba.

—Hay muchas cosas que no sé, Tyn —dijo Shallan, exasperada—. No sé construir una carreta, no sé hablar iriali, y desde luego no sé cómo impedir que seas una lata. Y no es que no haya intentado descubrir las tres cosas.

Tyn sonrió, con los ojos cerrados.

—Tu rey vedén está muerto.

—¿Hanavanan? ¿Muerto? —Nunca había conocido al alto príncipe, mucho menos al rey. La monarquía era algo muy lejano. Descubrió que no le importaba especialmente—. Su hijo será el heredero, ¿entonces?

—Lo sería. Si no estuviera muerto también. Junto con seis de los altos príncipes de Jah Keved.

Shallan se quedó boquiabierta.

—Dicen que fue el Asesino de Blanco —dijo Tyn en voz baja, con los ojos todavía cerrados—. El shin que mató al rey alezi hace seis años.

Shallan se debatió con su confusión. Sus hermanos. ¿Estaban todos bien?

—Seis altos príncipes. ¿Cuáles? —Si supiera eso, podría tener noticias de cómo le iba a su principado.

—No lo sé con certeza —dijo Tyn—. Jal Mala y Evinor con toda seguridad, y probablemente Abrial. Algunos murieron en el ataque, otros antes, aunque la información es vaga. Conseguir cualquier tipo de información fiable en Vedenar hoy en día es difícil.

—Valam. ¿Vive aún? —Su propio alto príncipe.

—Los informes dicen que luchaba por la sucesión. Mis informadores me enviarán noticias esta noche a través de

vinculacañas. Puede que entonces tenga algo para ti.

Shallan se sentó. ¿El rey muerto? ¿Una guerra de sucesión? ¡Padre Tormenta! ¿Cómo podría averiguar cómo estaba su familia y sus posesiones? No se encontraban cerca de la capital, pero si la guerra consumía al país entero, podía llegar incluso a las zonas más remotas. No era fácil contactar con sus hermanos. Había perdido su propia vinculacañas con el hundimiento del *Placer del Viento*.

—Cualquier información será agradecida —dijo Shallan—. Cualquiera.

—Ya veremos. Te avisaré.

Shallan se acomodó para asimilar esta información. «Ella sospechaba que no lo sabía, pero no me lo ha dicho hasta ahora». A Shallan le agradaba Tyn, pero tenía que recordar que la mujer tenía por oficio ocultar información. ¿Qué más sabía que no estaba compartiendo?

Por delante, el joven de la caravana rehízo la fila de carretas en movimiento. Cuando llegó a Shallan, se volvió y caminó junto a su vehículo.

—Macob dice que eres sabia al preguntar, y dice que probablemente deberíamos acampar aquí. Los campamentos tienen fronteras férreas, y no cree que nos dejen entrar durante la noche. Además, no está seguro de que podamos llegar a los campamentos antes de la tormenta.

A un lado, con los ojos todavía cerrados, Tyn sonrió.

—Acampamos, entonces —dijo Shallan.

EL QUE ODIA



*A menudo se piensa que los spren nos traicionaron.
Nuestras mentes están demasiado cerca de su reino,
el cual nos da nuestras formas. Y por más
que los spren más listos aumenten su exigencia,
no podemos proporcionar lo que los humanos prestan:
aunque somos el caldo, su carne son los hombres.*

De La canción de los spren de los oyentes, estrofa 9

En su sueño, Kaladin era la tormenta.

Surcaba la tierra, reclamándola, una furia purificadora. Todo era barrido ante él, todo se rompía. En su oscuridad, la tierra renacía.

Volaba, vivo de luz, sus destellos de inspiración. El aullido del viento era su voz, el trueno los latidos de su corazón. Dominaba, vencía, abrumaba, y...

Y no era la primera vez que lo hacía.

Una conciencia lo inundó, como cuando el agua se cuela bajo una puerta. Estaba seguro. No era la primera vez que soñaba esto.

Con esfuerzo, se dio media vuelta. Un rostro tan grande como la eternidad se extendía ante él, la fuerza que causaba y mantenía la tempestad, el mismísimo Padre Tormenta.

HIJO DE HONOR, dijo una voz como un viento rugiente.

—¡Esto es real! —gritó Kaladin a la tormenta. Él era el viento

mismo. Spren. De algún modo, encontró la voz—. ¡Eres real!

ELLA CONFÍA EN TI.

—¿Syl? —exclamó Kaladin—. Sí, es verdad.

NO DEBERÍA HACERLO.

—¿Eres el que le prohibió que viniera a mí? ¿Eres el que detiene a los spren?

LA MATARÁS. La voz, tan grave, tan poderosa, parecía apenada. Apesadumbrada. MATARÁS A MI HIJA Y DEJARÁS SU CADÁVER A LOS HOMBRES PERVERSOS.

—¡No! —gritó Kaladin.

YA HAS EMPEZADO.

La tormenta continuó. Kaladin vio el mundo desde arriba. Barcos en bahías al socaire de las violentas mareas. Ejércitos acurrucados en valles, preparándose para la guerra en un lugar de muchas colinas y montañas. Un vasto lago seco antes de su llegada, pues el agua se retiraba en los agujeros abiertos en la roca.

—¿Cómo puedo evitarlo? —preguntó Kaladin—. ¿Cómo puedo protegerla?

ERES HUMANO. SERÁS UN TRAIADOR.

—¡No!

CAMBIARÁS. LOS HOMBRES CAMBIAN. TODOS LO HACEN.

El continente era inabarcable. Había incontables seres que hablaban idiomas que él no comprendía, todos ocultos en sus habitaciones, sus cavernas, sus valles.

AH, dijo el Padre Tormenta. ASÍ TERMINARÁ.

—¿Qué? —gritó Kaladin a los vientos—. ¿Qué ha cambiado? Es como si...

VIENE A POR TI, PEQUEÑO TRAIADOR. LO SIENTO.

Algo se alzó ante Kaladin. Una segunda tormenta, de relámpagos rojos, tan enorme que en comparación con ella el continente y el mundo mismo no eran nada. Todo lo cubrió su sombra.

LO SIENTO, dijo el Padre Tormenta. YA VIENE.

Kaladin despertó con el corazón desbocado.

Casi se cayó de la silla. ¿Dónde estaba? En el Pináculo, la sala de reuniones del rey. Kaladin se había sentado un momento y...

Se ruborizó. Se había quedado dormido.

Adolin estaba de pie allí cerca, charlando con Renarin.

—No estoy seguro de que la reunión vaya a servir de algo, pero

me alegra que nuestro padre estuviera de acuerdo. El mensajero parshendi tardó tanto en llegar que ya casi había perdido la esperanza.

—¿Estás seguro de que la persona que viste allí era una mujer? —preguntó Renarin. Parecía más tranquilo desde que había establecido por completo su vínculo con su espada hacía un par de semanas y ya no necesitaba llevarla encima—. ¿Una mujer portadora de esquirlada?

—Los parshendi son muy extraños —dijo Adolin, encogiéndose de hombros. Miró hacia Kaladin y sus labios se curvaron en una mueca—. ¿Durmiendo en el trabajo, muchacho del puente? —El postigo de la ventana cercana se sacudía, filtrando agua bajo la madera. Navani y Dalinar estarían en la habitación de al lado.

El rey no estaba presente.

—¡Su majestad! —exclamó Kaladin, poniéndose en pie.

—En el excusado, muchacho —dijo Adolin, indicando otra puerta—. Eres capaz de dormirte durante una alta tormenta. Impresionante. Casi tan impresionante como lo mucho que babeas cuando roncas.

No había tiempo para burlas. Ese sueño... Kaladin se volvió hacia la puerta del balcón, respirando entrecortadamente.

«Ya viene...».

Kaladin abrió la puerta del balcón. Adolin gritó y Renarin chilló, pero Kaladin hizo caso omiso y se encaró a la tempestad.

El viento seguía aullando y la lluvia bañaba el balcón de piedra con un sonido que recordaba el de las ramas al romperse. Sin embargo, no había relámpagos y el viento, aunque violento, no era lo suficientemente fuerte para sacudir los peñascos o derribar los muros. Lo peor de la alta tormenta había pasado.

Oscuridad. Viento de las profundidades de la nada, golpeándolo. Se sintió como si estuviera de pie sobre el vacío mismo, Condenación, conocido como Braize en las canciones antiguas. Hogar de demonios y monstruos. Vacilante, avanzó un paso en el balcón mojado, iluminado por la claridad proveniente de la puerta aún abierta. Encontró la barandilla (una parte que todavía era segura) y la agarró con dedos helados. La lluvia lo mordió en la mejilla, se coló por su uniforme, se internó entre la tela, buscando la piel caliente.

—¿Estás loco? —preguntó Adolin desde la puerta. Kaladin apenas oyó su voz por encima del viento y el distante retumbar de los truenos.

Patrón zumbaba suavemente mientras la lluvia caía sobre la carreta.

Los esclavos de Shallan se acurrucaban y gemían. Ella deseó poder hacer callar al maldito spren, pero Patrón no respondía a sus órdenes. Al menos la alta tormenta casi había pasado. Quería terminar de una vez y leer lo que los corresponsales de Tyn tenían que decir sobre su patria.

Los zumbidos de Patrón se convirtieron casi en un gemido. Shallan frunció el ceño y se inclinó hacia él. ¿Eran palabras?

—Malo... malo... muy malo...

Syl surgió de la densa oscuridad de la alta tormenta, un súbito destello de luz en las tinieblas. Giró alrededor de Kaladin antes de posarse en la barandilla de hierro ante él. Su vestido parecía más largo y holgado que de costumbre. La lluvia pasaba a través de ella sin perturbar su forma.

Syl miró al cielo, luego volvió bruscamente la cabeza por encima del hombro.

—Kaladin. Algo va mal.

—Lo sé.

Syl se volvió, primero hacia un lado, luego hacia otro. Sus ojitos se abrieron de par en par.

—Ya viene.

—¿Quién? ¿La tormenta?

—El que odia —susurró ella—. La oscuridad interior. Kaladin, está observando. Algo va a ocurrir. Algo malo.

Kaladin vaciló solo un momento, luego volvió a entrar en la habitación, pasó de largo ante Adolin y entró en la zona iluminada.

—Llama al rey. Nos vamos. Ahora mismo.

—¿Qué? —preguntó Adolin.

Kaladin abrió la puerta del cuartito donde esperaban Dalinar y Navani. El alto príncipe estaba sentado en un sofá, con expresión

distante, mientras Navani le sostenía la mano. Esto no era lo que Kaladin esperaba. El alto príncipe no parecía asustado ni enloquecido, solo pensativo. Hablaba en voz baja.

Kaladin se detuvo. «Ve cosas durante las tormentas».

—¿Qué estás haciendo? —exigió Navani—. ¿Cómo te atreves?

—¿Puedes despertarlo? —preguntó Kaladin, entrando en la habitación—. Tenemos que salir de aquí, dejar el palacio.

—Tonterías. —Era la voz del rey. Elhokar entró en la habitación también—. ¿Qué estás farfullando?

—No estás a salvo aquí, majestad —declaró Kaladin—. Tenemos que sacarte del palacio y llevarte al campamento.

Tormentas. ¿Sería seguro eso? ¿Debería ir a algún sitio que no esperara nadie?

Los truenos rugieron en el exterior, pero el sonido de la lluvia menguó. La tormenta moría.

—Esto es ridículo —intervino Adolin desde detrás del rey, levantando las manos—. Este es el lugar más seguro de los campamentos. ¿Quieres que nos marchemos? ¿Que saquemos al rey a la tormenta?

—Tenemos que despertar al alto príncipe —dijo Kaladin, extendiendo una mano hacia Dalinar.

Este le detuvo el brazo.

—El alto príncipe está despierto —dijo al tiempo que su mirada se despejaba, regresando del lejano lugar donde había estado—. ¿Qué está pasando aquí?

—El muchacho del puente quiere que evacuemos el palacio —dijo Adolin.

—¿Soldado? —preguntó Dalinar.

—Este sitio no es seguro, señor.

—¿Qué te hace decir eso?

—Mi intuición, señor.

Todos quedaron en silencio en la habitación. En el exterior, la lluvia se convirtió en un golpeteo más suave. Los coletazos habían llegado.

—Entonces nos vamos —dijo Dalinar, poniéndose en pie.

—¿Qué? —exclamó el rey.

—Pusiste a este hombre al mando de tu guardia, Elhokar —dijo Dalinar—. Si considera que nuestra posición no es segura,

deberíamos hacer lo que dice.

Había un «de momento» implícito detrás de aquella frase, pero a Kaladin no le importó. Pasó ante el rey y Adolin, apresurándose hacia la puerta de salida. Su corazón tamborileaba dentro de su pecho, sentía los músculos tensos. Syl, visible solo a sus ojos, revoloteaba por la habitación, frenética.

Kaladin abrió las puertas. Seis hombres montaban guardia en el pasillo, todos ellos procedentes de los puentes excepto por un miembro de la Guardia del Rey, un tipo llamado Ralinor.

—Nos marchamos —anunció Kaladin, señalándolos—. Beld y Hobber, sois la avanzadilla. Explorad el exterior del edificio, la parte posterior, hasta las cocinas, y dad la voz de alarma si veis algo inusual. Moash y Ralinor, seréis la retaguardia: vigilad esta habitación hasta que yo haya llevado a lugar seguro al rey y al alto príncipe, y luego seguidme. Mart y Eth, os quedaréis junto al rey, pase lo que pase.

Los guardias se pusieron en movimiento sin hacer preguntas. Mientras los exploradores corrían al exterior, Kaladin volvió junto al monarca y lo agarró por el brazo para tirar de él hacia la puerta. Elhokar lo permitió con aire de desconcierto.

Los ojos claros los siguieron. Los camaradas Mart y Eth ocuparon sus puestos, flanqueando al rey, mientras Moash guardaba la puerta. Agarraba su lanza nervioso, apuntando con ella primero en una dirección, luego en otra.

Kaladin recorrió presuroso con el rey y su familia el camino escogido. En vez de dirigirse a la izquierda y bajar la pendiente hacia la entrada formal del palacio, siguieron hacia la derecha, internándose en sus entrañas. Luego a la derecha, atravesaron las cocinas, para salir luego a la noche.

Los pasillos estaban en silencio: todo el mundo se refugiaba en su habitación durante las tormentas.

Dalinar se unió a Kaladin a la cabeza del grupo.

—Siento curiosidad por oír qué te impulsó exactamente a esto, soldado —dijo—. Cuando hayamos terminado la evacuación.

«A mi spren le ha dado un ataque —pensó Kaladin, viendo a Syl correr adelante y atrás por el pasillo—. Eso es lo que me ha impulsado». ¿Cómo iba a explicar eso? ¿Cómo afirmar que había oído a un vientospren?

Siguieron bajando. Tormentas, estos pasillos vacíos eran preocupantes. Gran parte del palacio era solo una madriguera tallada en la roca, con ventanas abiertas en los lados.

Kaladin se detuvo en seco.

Las luces de delante estaban apagadas, el pasillo se iba oscureciendo hasta volverse negro como una mina.

—Espera —dijo Adolin, deteniéndose—. ¿Por qué está oscuro? ¿Qué ha pasado con las esferas?

«Les han absorbido la luz».

Maldición. ¿Y qué había en la pared del pasillo allí delante? Una gran mancha de negrura. Kaladin sacó frenético una esfera de su bolsillo y la alzó. ¡Era un agujero! Habían abierto una puerta en este pasillo desde el exterior, cortando directamente a través de la roca. Una fría brisa soplaba hacia el interior.

La luz de Kaladin iluminó también algo en el suelo justo delante, donde los pasillos se encontraban. Un cuerpo tendido con uniforme azul. Se trataba de Beld, uno de los hombres que Kaladin había enviado a explorar.

Todos se quedaron contemplando horrorizados el cadáver. El extraño silencio del pasillo, la falta de luces, habían acallado incluso las protestas del rey.

—Él está aquí —susurró Syl.

Una solemne figura salió del pasillo lateral, empuñando una larga espada plateada que cortaba un rastro en el suelo de piedra. La figura llevaba ondulantes ropas blancas: finos pantalones y una camisola que ondeaba con cada paso. Cabeza calva, piel pálida. Un shin.

Kaladin lo reconoció. Todo el mundo en Alezkar había oído hablar de ese hombre: el Asesino de Blanco. Kaladin lo había visto una vez en un sueño, aunque en ese momento no lo había reconocido.

La luz tormentosa salía a raudales del cuerpo del asesino.

Era un absorbedor.

—¡Adolin, conmigo! —gritó Dalinar—. ¡Renarin, protege al rey! ¡Llévalo de vuelta por donde hemos venido!

Con esas palabras, Dalinar, la Espina Negra, cogió una lanza de uno de los hombres de Kaladin y atacó al asesino.

«Al final acabarán matándolo», pensó Kaladin, corriendo tras él.

—¡Id con el príncipe Renarin! —gritó a sus hombres—. ¡Haced lo que os dice! ¡Proteged al rey!

Los hombres (incluyendo a Moash y Ralinor, que los habían alcanzado) iniciaron una frenética retirada, tirando de Navani y el rey.

—¡Padre! —gritó Renarin. Moash lo agarró por el hombro y tiró de él—. ¡Puedo luchar!

—¡Vete! —rugió Dalinar—. ¡Protege al rey!

Mientras Kaladin atacaba con Dalinar y Adolin, lo último que oyó del grupo fue la voz lloriqueante del rey Elhokar.

—Ha venido a por mí, tal como siempre supe que ocurriría. Como vino a por mi padre...

Kaladin inspiró tanta luz tormentosa como fue capaz. El Asesino de Blanco esperaba tranquilamente en el pasillo, envuelto en su propia luz. ¿Cómo podía ser un absorbedor? ¿Qué spren había escogido a este hombre?

La hoja esquilada de Adolin se formó en sus manos.

—Tridente —dijo Dalinar en voz baja, reduciendo el paso mientras los tres se aproximaban al asesino—. Yo en el centro. ¿Estás familiarizado con esto, Kaladin?

—Sí, señor. —Era una sencilla formación de batalla para los pelotones poco numerosos.

—Deja que yo me encargue de esto, padre —dijo Adolin—. Tiene una hoja esquilada, y no me gusta el aspecto de ese brillo...

—No —lo atajó Dalinar—, lo atacaremos juntos. —Entornó los ojos mientras observaba al asesino, todavía allí de pie sobre el cadáver del pobre Beld—. Esta vez no estoy dormido en la mesa, hijo de puta. ¡No me vas a quitar a otro!

Los tres atacaron juntos. Dalinar, como punta central del tridente, intentaría captar la atención del asesino mientras Kaladin y Adolin lo atacaban uno por cada lado. Sabiamente había elegido la lanza en vez de usar su espada. Atacaron al mismo tiempo para confundir y abrumar a su enemigo.

El asesino esperó hasta que estuvieron cerca, luego saltó, dejando un trazo de luz. Se retorció en el aire mientras Dalinar soltaba un grito y atacaba con su lanza. El atacante no cayó. En cambio, se aferró al techo del pasillo, a unos tres metros por encima del suelo.

—Es cierto —dijo Adolin, asustado. Se echó hacia atrás, alzando su hoja esquirrada para atacar en tan extraño ángulo. El asesino, sin embargo, bajó corriendo por la pared con un rumor de tela blanca, deteniendo la hoja esquirrada de Adolin con la suya propia, y golpeó con la mano el pecho del joven.

Adolin saltó hacia arriba como si lo hubieran empujado. Su cuerpo filtraba luz tormentosa y chocó contra el techo. Gimió, rodando, pero permaneció en el techo.

«¡Padre Tormenta!», pensó Kaladin con el corazón desbocado, mientras la tempestad interior ardía. Atacó con su lanza junto a la Espina Negra en un intento de alcanzar al asesino.

El hombre no los esquivó.

Las dos lanzas alcanzaron la carne, la de Dalinar en el hombro, la de Kaladin en el costado. El asesino giró, blandiendo su hoja esquirrada a través de las lanzas y cortándolas por la mitad, como si no concediera la menor importancia a las heridas. Se lanzó hacia delante, abofeteó a Dalinar en el rostro y lo derribó, antes de volver su espada hacia Kaladin.

Este apenas esquivó el golpe, cayó hacia atrás y la punta de su espada golpeó el suelo junto a Dalinar, que giró con un gemido, llevándose una mano a la mejilla, donde lo había abofeteado el asesino. De la piel desgarrada manaba sangre. El golpe de un absorbedor lleno de luz tormentosa no podía ser pasado por alto.

El asesino esperaba tranquilo en el centro del pasillo. La luz tormentosa revoloteaba en los tajos de sus ropas manchadas de rojo, sanando sus heridas.

Kaladin retrocedió, empuñando la lanza sin cabeza. Las cosas que hacía este hombre... No podía ser un Corredor del Viento, ¿verdad?

Imposible.

—¡Padre! —gritó Adolin desde arriba. El joven se había puesto en pie, pero la luz tormentosa que brotaba de él casi se había agotado. Trató de atacar al asesino, pero resbaló en el techo y cayó al suelo, golpeándose el hombro. Su hoja esquirrada desapareció cuando cayó de sus dedos.

El asesino pasó por encima de Adolin, que se agitó pero no se levantó.

—Lo siento —dijo el asesino, de cuya boca brotaba luz—. No

quiero hacer esto.

—No te daré la oportunidad —rugió Kaladin, abalanzándose hacia delante. Syl giraba a su alrededor y él sintió el viento agitarse. Sintió la tempestad ardiendo, instándolo a continuar. Atacó al asesino con el resto de su lanza, empuñándola como una pica, y sintió al viento guiarlo.

Golpes dados con precisión, un momento de unidad con el arma. Olvidó sus preocupaciones, olvidó sus fracasos, olvidó incluso su rabia. Solo Kaladin y la lanza.

Como tenía que ser el mundo.

El asesino recibió un golpe en el hombro, luego en el costado. No pudo ignorarlos todos: su luz tormentosa se agotaba a medida que lo iba sanando. Maldijo, dejando escapar otra bocanada de luz y mientras retrocedía, sus ojos shin (un poco demasiado grandes, del color de zafiros pálidos) se abrieron de par en par ante el continuo aluvión de golpes.

Kaladin sorbió el resto de su luz tormentosa. Tan poca. No había cogido esferas nuevas antes de venir a cumplir su turno de guardia. Estúpido. Torpe.

El asesino volvió el hombro, alzando su hoja esquirrada, preparándose para atacar. «Ahí», pensó Kaladin. Supo lo que iba a suceder. Giraría ante el ataque, alzando la culata de su lanza. Golpearía al asesino en la sien, un golpe potente que ni siquiera la luz tormentosa podría compensar del todo. Quedaría aturdido. Una oportunidad.

«Ya es mío».

De algún modo, el asesino se apartó.

Se movía demasiado rápido, más velozmente de lo que Kaladin preveía. Tan velozmente... como el propio Kaladin. Su golpe solo encontró aire, y a duras penas evitó que la hoja esquirrada lo atravesara.

Los siguientes movimientos de Kaladin se produjeron por instinto. Años de entrenamiento le proporcionaron músculos mentales propios. Si estuviera luchando contra un enemigo corriente, la forma en que alzaba automáticamente su arma para bloquear el siguiente golpe habría sido perfecta. Pero el asesino tenía una hoja esquirrada. Los instintos de Kaladin, tan diligentemente instalados, le traicionaron.

El arma plateada cortó el resto de la lanza, y luego atravesó el brazo derecho de Kaladin, justo por debajo del codo. Sintió una descarga de dolor insoportable, jadeó y cayó de rodillas.

Luego... nada. No notaba el brazo. Se volvió gris y opaco, sin vida, con la palma de la mano abierta, los dedos extendidos mientras la mitad del mango de su lanza caía y golpeaba el suelo.

El asesino apartó a Kaladin de una patada, golpeándolo contra la pared. Kaladin gimíó y se desplomó.

El hombre de blanco recorrió el pasillo siguiendo la dirección que había tomado el rey. Pasó de nuevo por encima de Adolin.

—¡Kaladin! —dijo Syl; su forma era un lazo de luz.

—No puedo derrotarlo —susurró este, con lágrimas en los ojos. Eran lágrimas de dolor. Lágrimas de frustración—. Es uno de los nuestros. Un Radiante.

—¡No! —exclamó Syl, angustiada—. No. Es algo mucho más terrible. No lo guía ningún spren, Kaladin. Por favor. Levántate.

Dalinar había vuelto a ponerse en pie y se interponía en el pasillo entre el asesino y el camino que había seguido el rey. La mejilla de la Espina Negra era una masa ensangrentada, pero sus ojos conservaban toda su lucidez.

—¡No dejaré que te lleves a Elhokar! —gritó Dalinar—. ¡Me quitaste a mi hermano! ¡No me arrebatarás lo único que me queda de él!

El asesino se detuvo en el pasillo justo delante de Dalinar.

—Pero no estoy aquí por él, alto príncipe —susurró, mientras la luz tormentosa escapaba de sus labios—. Estoy aquí por ti.

El asesino se abalanzó hacia delante, esquivando el golpe de Dalinar, y le dio una patada en la pierna a la Espina Negra.

Dalinar cayó sobre una rodilla y su gemido resonó en el pasillo mientras soltaba la lanza. Un viento helado sopló en el corredor a través de la abertura en la pared.

Kaladin gruñó, obligándose a incorporarse y cargar pasillo abajo, una mano inútil y muerta. Nunca volvería a empuñar una lanza. En ese momento no podía pensar en ello. Tenía que alcanzar a Dalinar.

Demasiado lento.

«Voy a fracasar».

El asesino descargó su terrible hoja con un último golpe de

arriba abajo. Dalinar no lo esquivó.

En cambio, atrapó la hoja.

Dalinar unió las palmas de las manos mientras la hoja caía, y la detuvo antes de que golpeará.

El asesino soltó un gruñido de sorpresa.

En ese momento, Kaladin se lanzó contra él, usando su peso y su impulso para arrojarlo contra la pared. Pero no había ninguna pared: fueron a parar al lugar donde el asesino había abierto su entrada al pasillo.

Ambos cayeron al vacío.



*Pero no es imposible unir
sus potencias a las nuestras.
Se ha prometido y puede ser.
¿O comprendemos la suma?
No nos preguntamos entonces si podemos tenerlas,
sino si nos atrevemos a volver a hacerlo.*

De La canción de los spren de los oyentes, estrofa 10

Kaladin cayó con la lluvia.

Se agarró a las ropas blancas como hueso del asesino con su única mano útil. La hoja esquirolada que el asesino soltó se disolvió en bruma junto a ellos, y los dos cayeron hacia el suelo situado treinta metros más abajo.

La tempestad en el interior de Kaladin estaba casi muerta. ¡Le faltaba luz tormentosa!

De pronto, el asesino empezó a brillar más poderosamente.
«Tiene esferas».

Kaladin inspiró profundamente y la luz brotó de las esferas que el asesino llevaba en el cinto. Mientras la luminosidad pasaba a Kaladin, el asesino le asestó una patada. Agarrarse con una mano no era suficiente, y Kaladin acabó cayendo.

Golpeó el suelo. Golpeó con fuerza. Sin preparación, sin poder

colocar los pies. Chocó contra la piedra fría y mojada, y su visión destelló como un relámpago.

Al cabo de un instante logró despejarse y se encontró tendido en las rocas en la base del promontorio que conducía al palacio del rey, mientras una suave lluvia lo salpicaba. Miró la lejana luz del agujero en la pared de arriba. Había sobrevivido.

«Una incógnita despejada», pensó, esforzándose por arrodillarse en la roca mojada. La luz tormentosa actuaba ya en su pie, despellejado al igual que su costado derecho. Se había roto algo en el hombro; podía sentir la curación como un dolor ardiente que se retiraba lentamente.

Pero la mano y el brazo derechos, débilmente iluminados por la luz tormentosa que brotaba del resto de su ser, eran aún de un gris apagado. Como una vela muerta en un candelabro, esta parte de su cuerpo no brillaba. No podía sentirla, ni siquiera podía mover los dedos. Cayeron, flácidos, mientras se acunaba la mano.

Cerca, el Asesino de Blanco se alzó bajo la lluvia. De algún modo había conseguido aterrizar de pie, sin perder el control, con desenvoltura. Este hombre tenía un nivel de experiencia con sus poderes que hacían que Kaladin pareciera un recluta novato.

El asesino se volvió hacia él y de pronto se detuvo en seco. Habló en voz baja en un idioma de sonidos sibilantes que Kaladin no comprendió.

«Tengo que moverme —pensó Kaladin—, antes de que vuelva a invocar esa espada». Por desgracia, no pudo controlar el horror de haber perdido la mano. No más combates. No más operaciones quirúrgicas. Los dos hombres que había aprendido a ser ya estaban fuera de su alcance.

Excepto que... casi pudo sentir...

—¿Te he atado? —preguntó el asesino en un alezi cargado de acento. Sus ojos se habían ensombrecido, perdiendo la cualidad azul zafiro—. ¿Al suelo? Pero ¿por qué no moriste al caer? No. Debo de haberte atado hacia arriba. Imposible. —Retrocedió un paso.

Un momento de sorpresa. Un momento para vivir. Tal vez... Kaladin sintió la acción de la luz, la tempestad que pujaba en su interior. Apretó los dientes y, sin saber cómo, logró alzarse.

El color regresó a su mano y la sensación —un dolor frío— inundó de pronto su brazo, la mano, los dedos. La luz empezó a

brotar de la extremidad.

—No... —murmuró el asesino—. ¡No!

Lo que quiera que Kaladin le había hecho a su mano había consumido gran parte de su luz tormentosa y su brillo general se difuminó, dejándolo apenas iluminado. Todavía de rodillas, apretando los dientes, Kaladin agarró el cuchillo que llevaba al cinto, pero notó que su agarre era débil. El arma estuvo a punto de caérsele cuando la soltó.

Pasó el cuchillo a su otra mano. Tendría que contentarse con eso.

Se puso en pie de un salto y atacó al asesino. «Tengo que golpearlo rápido si quiero tener alguna oportunidad».

El asesino saltó hacia atrás, cubriendo unos buenos tres metros, sus ropas blancas ondulando en el aire. Aterrizó grácilmente y la hoja esquirrada apareció en su mano.

—¿Qué eres? —preguntó.

—Lo mismo que tú —dijo Kaladin. Sintió una oleada de náusea, pero se obligó a parecer firme—. Corredor del Viento.

—No puede ser.

Kaladin alzó el cuchillo, mientras las últimas vaharadas de luz escapaban de su piel. La lluvia lo salpicaba.

El asesino retrocedió con los ojos muy abiertos, como si Kaladin se hubiera convertido en un abismoide.

—¡Me dijeron que mentía! —gritó el asesino—. ¡Me dijeron que estaba equivocado! Szeth-hijo-hijo-Vallano... Sin verdad. ¡Me llamaron Sinverdad!

Kaladin avanzó un paso con el aire más amenazador que pudo, esperando que su luz tormentosa durara el tiempo suficiente para ser impresionante. Exhaló y dejó que se acumulara ante él, levemente luminiscente en la oscuridad.

El asesino pisó un charco al retroceder.

—¿Han vuelto? —preguntó—. ¿Han vuelto todos?

—Sí —dijo Kaladin. Parecía la respuesta adecuada. La respuesta que, al menos, lo mantendría con vida.

El asesino lo miró un instante más, luego se dio media vuelta y huyó. Kaladin vio cómo huía aquella forma brillante y se lanzaba luego al cielo. Se dirigió al este como un veta de luz.

—Tormentas —dijo Kaladin, luego exhaló los últimos restos de

su luz y se desplomó como un saco.

Cuando recuperó el conocimiento, Syl se encontraba a su lado en el suelo rocoso, con los brazos en jarras.

—¿Durmiendo cuando se suponía que estabas de guardia?

Kaladin gruñó y se sentó en el suelo. Se sentía enormemente débil, pero estaba vivo. Era suficiente. Alzó la mano, pero no vio gran cosa en la oscuridad, ya que la luz tormentosa se había desvanecido.

Podía mover los dedos. Le dolía toda la mano y el antebrazo, pero era el dolor más maravilloso que había sentido jamás.

—Me he curado —susurró. Empezó a toser—. Me he curado de una herida causada por un portador de esquirlada. ¿Por qué no me dijiste que podía hacer eso?

—Porque no sabía que podías hacerlo hasta que lo hiciste, tonto. —Lo dijo como si fuera lo más obvio del mundo. Suavizó la voz—. Hay muertos. Ahí arriba.

Kaladin asintió. ¿Podía caminar? Consiguió ponerse en pie y lentamente rodeó la base del Pináculo, dirigiéndose a las escaleras del otro lado. Syl revoloteaba ansiosamente a su alrededor. Notó que recuperaba un poco las fuerzas cuando llegó a los escalones y empezó a subirlos. Tuvo que detenerse varias veces para recuperar el aliento, y en un momento determinado tuvo que arrancarse la manga de la guerrera para ocultar que la había cortado una hoja esquirlada.

Llegó arriba. Una parte de su ser temía encontrarlos a todos muertos. Los pasillos estaban en silencio. No había gritos, ni guardias. Nada. Continuó su camino, sintiéndose solo, hasta que vio luz por delante.

—¡Alto! —ordenó una voz temblorosa. Era Mart, del Puente Cuatro—. ¡Tú, el de la oscuridad! ¡Identifícate!

Kaladin avanzó hacia la luz, demasiado exhausto para responder. Mart y Moash, que montaban guardia ante la puerta de los aposentos del rey junto con algunos hombres de la Guardia, dejaron escapar un suspiro de sorpresa al reconocer a Kaladin. Lo condujeron al calor y la luz de las habitaciones de Elhokar.

Allí encontró a Dalinar y Adolin, vivos, sentados en los sofás.

Eth atendía sus heridas; Kaladin había instruido a varios hombres del Puente Cuatro en la medicina de campaña básica. Renarin estaba desplomado en un asiento en un rincón, su hoja esquilada arrojada a sus pies como si fuera basura. El rey caminaba de un lado a otro al fondo de la habitación, hablando en voz baja con su madre.

Dalinar se levantó, rechazando los cuidados de Eth, cuando vio entrar a Kaladin.

—Por el décimo nombre del Todopoderoso —dijo, con voz apagada—. ¿Estás vivo?

Kaladin asintió antes de desplomarse en uno de los mullidos sillones reales, sin importarle si lo manchaba de agua o de sangre. Dejó escapar un suave gemido, medio de alivio por verlos a todos bien, medio de agotamiento.

—¿Cómo? —preguntó Adolin—. Caíste. Yo apenas estaba consciente, pero sé que te vi caer.

«Soy una potenciación —pensó Kaladin mientras Dalinar lo examinaba—. Usé luz tormentosa». Quiso expresarlo en voz alta, pero las palabras se negaron a salir delante de Elhokar y Adolin.

«Tormentas. Soy un cobarde».

—Lo tenía bien agarrado —dijo—. No sé. Giramos en el aire y cuando golpeamos el suelo, no morí.

El rey asintió.

—¿No dices que te pegó al techo? —le dijo a Adolin—. Probablemente flotaron hasta abajo.

—Sí —contestó el aludido—, supongo que sí.

—¿Pudiste matarlo después de aterrizar? —preguntó el rey, esperanzado.

—No —respondió Kaladin—. Huyó. Creo que le sorprendió que combatiéramos de manera tan competente.

—¿Competente? —preguntó Adolin—. Fuimos como tres niños atacando a un abismoide con palos. ¡Padre Tormenta! Nunca me han derrotado tan completamente en mi vida.

—Al menos estuvimos sobre aviso —dijo el rey, impresionado—. Este hombre del puente... es un buen guardaespaldas. Serás recompensado, joven.

Dalinar se levantó y cruzó la habitación. Eth le había limpiado la cara y taponado su nariz sangrante. Tenía la piel levantada por todo

el pómulo izquierdo, la nariz rota, aunque sin duda no era la primera vez en su larga carrera militar. Eran heridas que tenían peor aspecto de lo que eran en realidad.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó.

Kaladin le miró a los ojos. Tras él, Adolin se volvió, entornando los ojos. Luego contempló el brazo de Kaladin y frunció el ceño.

«Este ha visto algo», pensó Kaladin. Como si no tuviera ya suficientes problemas con Adolin.

—Capté una luz que se movía en el aire —dijo Kaladin—. Actué por instinto.

Syl entró revoloteando en la habitación y lo miró con el ceño fruncido. Sin embargo, Kaladin no mentía: había visto una luz en la noche. La suya.

—Hace muchos años —dijo Dalinar— no hice caso a las historias que contaban los testigos sobre el asesinato de mi hermano. Hombres que caminaban por las paredes, que caían hacia arriba en vez de hacia abajo... Todopoderoso de los cielos. ¿Qué es?

—La muerte —susurró Kaladin.

Dalinar asintió.

—¿Por qué ha vuelto ahora, después de todos estos años? —pregunto Navani, acercándose a Dalinar.

—Viene a por mí —dijo Elhokar. Estaba de espaldas a ellos, y Kaladin observó que tenía una copa en las manos. El rey apuró el contenido e inmediatamente la volvió a llenar, aunque con mano temblorosa.

Kaladin miró a Dalinar a los ojos. El alto príncipe lo había oído. Este Szeth no había venido a por el monarca, sino a por él.

Dalinar no dijo nada para corregir al rey, así que Kaladin tampoco lo hizo.

—¿Qué hacemos si vuelve? —preguntó Adolin.

—No lo sé —respondió Dalinar, sentándose de nuevo en el sofá junto a su hijo—. No lo sé...

«Atiende sus heridas. —Era la voz del padre de Kaladin, el cirujano, que susurraba en su interior—. Cose esa mejilla. Arregla la nariz».

Pero en ese momento tenía un deber más importante. Kaladin se obligó a ponerse en pie, aunque se sentía como si cargara con plomo, y cogió la lanza de uno de los hombres de la puerta.

—¿Por qué hay tanto silencio en los pasillos? —preguntó a Moash—. ¿Sabes dónde están los sirvientes?

—El alto príncipe —dijo Moash, indicando a Dalinar con la cabeza—. El brillante señor Dalinar envió a un par de hombres a las habitaciones de los criados para que sacaran de allí a todo el mundo. Pensó que si el asesino regresaba, podría empezar a matar indiscriminadamente. Supuso que cuanta más gente abandonara el palacio, menos bajas habría.

Kaladin asintió, cogió una lámpara de esferas y salió al pasillo.

—Esperad aquí. Tengo que hacer una cosa.

Adolin se desplomó en su asiento cuando salió el muchacho del puente. Kaladin no dio ninguna explicación, naturalmente, ni solicitó permiso al rey para retirarse. Parecía considerarse por encima de los ojos claros. No: más bien parecía considerarse por encima del rey.

«Luchó a tu lado», dijo una parte de él. ¿Cuántos hombres, ya fueran ojos claros u oscuros, se habrían mostrado tan firmes contra un portador de esquirlada?

Preocupado, Adolin miró al techo. No podía haber visto lo que creía haber visto. Sin duda la caída desde tanta altura lo había dejado aturdido. Era imposible que el asesino hubiera atravesado el brazo de Kaladin con su hoja esquirlada. Después de todo, en ese momento el brazo no parecía tener ningún daño.

Pero ¿por qué le faltaba la manga?

«Cayó ante el asesino —pensó—. Luchó y pareció que sufría una herida, pero no fue así». ¿Podría ser algún tipo de engaño?

«Basta —se dijo Adolin—. Acabarás siendo tan paranoico como Elhokar». Observó al rey, que en ese momento estaba muy pálido, mirando fijamente la copa de vino vacía. ¿Se había bebido de verdad la jarra entera? Elhokar se dirigió a su dormitorio, donde habría más esperándolo, y abrió la puerta.

Navani jadeó, haciendo que el rey se detuviera en seco. Se volvió hacia la puerta. La parte interior de la madera había sido marcada con un cuchillo, líneas entrecortadas que formaban una serie de glifos.

Adolin se levantó. Varios eran números, ¿no?

—Treinta y ocho días —leyó Renarin—. El final de todas las naciones.

Kaladin recorrió, cansado, los pasillos del palacio, rehaciendo la ruta que habían seguido poco antes. Hacia las cocinas, hacia el pasillo con el agujero abierto. Más allá del palacio donde la sangre de Dalinar salpicaba el suelo, hasta el cruce.

Donde yacía el cadáver de Beld. Kaladin se arrodilló y le dio la vuelta. Tenía los ojos quemados. Por encima de aquellos ojos muertos quedaban los tatuajes de libertad que Kaladin había diseñado.

Kaladin cerró los párpados. «Te he fallado», pensó. El hombre había sobrevivido al Puente Cuatro y el rescate de los ejércitos de Dalinar. Había sobrevivido a la misma Condención solo para caer allí, ante un asesino con poderes que no debería haber tenido.

Kaladin rugió.

—Murió protegiendo —dijo la voz de Syl.

—Yo tendría que haberlos protegido —dijo Kaladin—. ¿Por qué no los dejé marchar en libertad? ¿Por qué los traje a este deber, y a más muerte?

—Alguien tiene que luchar. Alguien tiene que proteger.

—¡Han hecho suficiente! Han derramado ya su parte de sangre. Debería despedirlos a todos. Dalinar puede encontrar otros guardaespaldas.

—Ellos lo decidieron —dijo Syl—. No puedes arrebatárselo.

Kaladin se arrodilló, luchando con el dolor que lo abrumaba.

«Tienes que aprender cuándo has de preocuparte, hijo. —Era la voz de su padre—. Y cuándo quedarte al margen. Te endurecerás».

Eso no lo había conseguido. Tormentas, nunca lo había conseguido. Por eso no podía ser un buen cirujano. No podía perder pacientes.

¿Y ahora, ahora mataba? ¿Ahora era soldado? ¿Qué sentido tenía eso? Odiaba lo bien que se le daba acabar con la vida ajena.

Inspiró profundamente, recuperando el control con esfuerzo.

—Él puede hacer cosas que yo no puedo —dijo por fin, abriendo los ojos y mirando a Syl, que estaba de pie en el aire cerca de él—. El asesino. ¿Es porque aún he de aprender más palabras?

—Sí, hay más —dijo Syl—. Pero creo que aún no estás preparado para ellas. De todas formas, creo que ya estás en situación de hacer lo mismo que él. Es cuestión de práctica.

—Pero ¿cómo absorbe? Dijiste que el asesino no tenía spren.

—Ningún honorspren daría a esa criatura medios para matar como lo hace.

—Las perspectivas pueden ser diferentes entre los humanos —dijo Kaladin, tratando de mantener la emoción apartada de su voz mientras ponía boca abajo a Beld para no tener que ver aquellos ojos encogidos y quemados—. ¿Y si los honorspren pensaran que este asesino estaba haciendo lo correcto? Tú me diste los medios para matar parshendi.

—Para proteger.

—Desde su punto de vista, los parshendi protegen a su especie. Para ellos, yo soy el agresor.

Syl se sentó, rodeándose las rodillas con los brazos.

—No sé. Es posible. Pero ningún otro honorspren hace lo que estoy haciendo yo. Soy la única que desobedeció. Pero su hoja esquirlada...

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Kaladin.

—Era diferente. Muy diferente.

—A mí me pareció corriente. Bueno, todo lo corriente que puede ser una hoja esquirlada.

—Era diferente —repitió ella—. Siento que debería saber por qué. Algo en la cantidad de luz que consumía...

Kaladin se levantó y recorrió el pasillo, alzando su lámpara. Contenía zafiros, que confería a las paredes una tonalidad azulada. El asesino había abierto aquel agujero con su espada, había entrado en el pasillo y había matado a Beld. Pero Kaladin había enviado a dos hombres a explorar.

Sí, otro cadáver. Hobber, uno de los primeros hombres que había salvado en el Puente Cuatro. ¡Las tormentas se llevarán a aquel asesino! Kaladin recordaba haber salvado a este hombre después de que todos los demás lo dejaran para que muriese en la meseta.

Se arrodilló junto al cadáver y le dio la vuelta.

Y lo encontró llorando.

—Yo... lo... siento —sollozó Hobber, abrumado por la emoción

y apenas capaz de hablar—. Lo siento, Kaladin.

—¡Hobber! ¡Estás vivo!

Entonces advirtió que las perneras del uniforme de Hobber estaban cortadas a la altura de medio muslo. Bajo el tejido, las piernas del hombre eran oscuras y grises, muertas, como estuvieron los brazos de Kaladin.

—Ni siquiera lo vi —dijo Hobber—. Me abatió, y luego atravesó a Beld. Oí la lucha. Pensé que habíais muerto todos.

—Tranquilo —susurró Kaladin—. Tranquilo.

—No noto las piernas —añadió Hobber—. Ya no están. Ya no soy soldado, señor. Ahora estoy inútil. Yo...

—No —replicó Kaladin con firmeza—. Sigues siendo del Puente Cuatro. Siempre serás del Puente Cuatro. —Se obligó a sonreír—. Haremos que Roca te enseñe a cocinar. ¿Cómo se te da el guiso?

—Fatal, señor —se lamentó Hobber—. Se me quema la sopa.

—Entonces no desentonarás de la mayoría de los cocineros militares. Venga, vamos a llevarte con los demás. —Kaladin hizo un esfuerzo y colocó los brazos bajo Hobber, tratando de levantarlo.

Su cuerpo no lo permitió. Dejó escapar un gemido involuntario y soltó al hombre.

—No importa, señor —murmuró Hobber.

—Sí —respondió Kaladin, sorbiendo la luz de una de las esferas de la lámpara—. Sí que importa.

Volvió a intentarlo, levantó a Hobber, y lo llevó de vuelta con los otros.



*Nuestros dioses nacieron siendo fragmentos de un alma,
un alma que pretende tomar el control,
Destruye todas las tierras que contempla, con rencor.
Son sus spren, su don, su precio.
Pero las formas nocturnas hablan de vida futura,
un campeón retado. Una lucha que incluso él debe
atender.*

De *La canción de los secretos de los oyentes*, estrofa
final

El alto príncipe Valam podría haber muerto, brillante Tyn — escribió la vinculacañas—. Nuestros informadores no lo saben con seguridad. Nunca gozó de buena salud y ahora hay rumores de que su enfermedad se lo ha llevado por fin. Sin embargo, sus fuerzas se preparan para tomar Vedenar, así que si está muerto es probable que su hijo bastardo esté fingiendo que sigue con vida».

Shallan se echó hacia atrás en su asiento, aunque la vinculacañas siguió escribiendo. Se movía aparentemente siguiendo su propia voluntad, en paralelo a un vinculacañas idéntica utilizada por los socios de Tyn en algún lugar de Tashikk. Habían acampado después de la alta tormenta, y Shallan se había reunido con Tyn en su magnífica tienda. El aire aún olía a lluvia, y el suelo de la tienda

dejaba filtrar algo de agua que humedecía la alfombra. Shallan deseó haberse puesto sus enormes botas en vez de zapatillas.

¿Qué significaría para su familia que el alto príncipe estuviera muerto? Había sido uno de los principales problemas de su padre en los últimos días de su vida, y su casa se había endeudado buscando aliados con los que ganarse la atención del alto príncipe, o quizás tratando de destronarlo. Una guerra de sucesión podía meter presión a las familias que controlaban las deudas familiares, y eso podría hacer que fueran en busca de sus hermanos exigiendo que las pagaran. O, en cambio, el caos podría causar que los acreedores se olvidaran de los hermanos de Shallan y su insignificante casa. ¿Y qué sería de los Sangre Espectral? ¿La guerra de sucesión haría más o menos improbable que vinieran, exigiendo su moldeador de almas?

¡Padre Tormenta! Necesitaba más información.

La caña continuó moviéndose, escribiendo la lista de los que intentaban hacerse con el trono de Jah Keved.

—¿Conoces a alguno personalmente? —preguntó Tyn con los brazos cruzados mientras esperaba tras el escritorio—. Lo que está ocurriendo podría ofrecernos algunas oportunidades.

—Para estos tipos yo no era suficientemente importante —respondió Shallan con una mueca. Era verdad.

—De todas formas, tal vez nos interese ir a Jah Keved —dijo Tyn—. Conoces la cultura, la gente. Será útil.

—¡Es zona de guerra!

—La guerra significa desesperación, y la desesperación es nuestro pan, niña. Cuando terminemos tu asunto en las Llanuras Quebradas (y tal vez elijamos a un par de miembros más para nuestro equipo), probablemente querremos ir a visitar tu patria.

Shallan sintió una inmediata puñalada de culpabilidad. Por lo que decía Tyn, por las historias que contaba, había quedado claro que a menudo elegía tener a alguien como ella bajo su ala. Una acólita, alguien a quien formar. Shallan sospechaba que en parte eso se debía a que le gustaba tener a alguien cerca para impresionar.

«Su vida debe de ser tan solitaria... —pensó—. Siempre viajando, siempre tomando lo que pueda llevarse, sin dar nunca. Excepto de vez en cuando, a alguna joven ladrona a quien pueda

instruir...».

Una extraña sombra se movió por la pared de la tienda. Patrón, aunque Shallan solo lo veía porque sabía dónde mirar. Podía ser prácticamente invisible cuando lo deseaba, aunque a diferencia de algunos spren, no podía desaparecer por completo.

La vinculacañas continuó escribiendo, ofreciendo a Tyn un informe más amplio de la situación en diversos países. Después de eso, hizo una curiosa declaración.

«He acudido a nuestros informadores en las Llanuras Quebradas —escribió la pluma—. Esos por los que preguntaste son, en efecto, hombres buscados. La mayoría son antiguos miembros del ejército del alto príncipe Sadeas. Y él no perdona a los desertores».

—¿Qué es esto? —preguntó Shallan, levantándose de su taburete y acercándose para mirar con más atención lo que escribía la pluma.

—Ya te comenté que tendríamos que discutirlo —dijo Tyn, cambiando el papel de la vinculacañas—. Como te he repetido varias veces, la vida que llevamos exige hacer algunas cosas desagradables.

«El líder, a quien llamas Vathah, vale una recompensa de cuatro broams de esmeralda —escribió la pluma—. El resto, dos broams cada uno».

—¿Recompensa? —preguntó Shallan—. ¡Les hice una promesa a esos hombres!

—¡Calla! —ordenó Tyn—. No estamos solas en el campamento, estúpida. Si quieres que muramos, lo único que tienes que hacer es permitir que oigan esta conversación.

—No vamos a entregarlos a cambio de dinero —dijo Shallan, en voz más baja—. Tyn, di mi palabra.

—¿Tu palabra? —Tyn se echó a reír—. Muchacha, ¿qué crees que somos? ¿Tu palabra?

Shallan se ruborizó. En la mesa, la vinculacañas continuó escribiendo, ajena al hecho de que ellas no le estaban prestando atención. Decía algo sobre un trabajo que Tyn había hecho antes.

—Tyn, Vathah y sus hombres pueden ser útiles.

Tyn sacudió la cabeza, se acercó a un lado de la tienda y se sirvió una copa de vino.

—Deberías estar orgullosa de lo que has hecho. Apenas tenías

experiencia, y sin embargo dominaste a tres grupos separados, convenciéndolos de que te pusieran, prácticamente sin esferas ni autoridad ninguna, al mando. ¡Brillante!

»Pero ese es el tema. Las mentiras que decimos, los sueños que creamos, no son reales. No podemos permitir que sean reales. Puede que esta sea la lección más difícil que tengas que aprender.

Se volvió hacia Shallaan con ademán severo, ya sin rastro de diversión.

—Cuando una buena timadora muere, a menudo es porque empieza a creerse sus propias mentiras. Encuentra algo bueno y quiere continuar. Sigue adelante, creyendo que puede manejarlo. Un día más, se dice. Un día más, y luego...

Tyn dejó caer la copa, que golpeó el suelo y manchó de vino rojo como la sangre el suelo de la tienda y la alfombra.

«Alfombra roja... Antes era blanca...».

—Tu alfombra —comentó Shallaan, aturdida.

—¿Crees que puedo permitirme ir cargando con una alfombra cuando deje las Llanuras Quebradas? —preguntó Tyn en voz baja, pasando por encima del vino derramado y cogiendo a Shallaan por el brazo—. ¿Crees que puedo llevarme algo de todo esto? No tiene sentido. Has mentido a esos hombres. Has creado una farsa y mañana, cuando entremos en el campamento, la verdad te golpeará en la cara como una bofetada.

»¿De verdad crees que podrás conseguir clemencia para estos hombres? ¿De alguien como el alto príncipe Sadeas? No seas tonta. Aunque puedas engañar a Dalinar, ¿quieres perder la poca credibilidad que puedas conseguir con el engaño para librar a unos asesinos del enemigo político de Dalinar? ¿Cuánto tiempo crees que podrías mantener esta mentira?

Shallaan volvió a sentarse en el taburete, inquieta, tanto por Tyn como por ella misma. No debería sorprenderle que Tyn quisiera traicionar a Vathah y sus hombres: sabía lo que era Tyn, y había dejado que la mujer le enseñara. En realidad, Vathah y sus hombres probablemente se merecían el castigo.

Eso no significaba que Shallaan fuera a traicionarlos. Les había dicho que podían cambiar. Les había dado su palabra.

«Mentiras...».

Por el mero hecho de haber aprendido a mentir no podía

permitir que la mentira la gobernara. Pero ¿cómo proteger a Vathah sin molestar a Tyn? ¿Tenía siquiera otra opción?

¿Qué haría Tyn cuando Shallan demostrara que era en verdad la mujer prometida al hijo de Dalinar Kholin?

«¿Cuánto tiempo crees que podrías mantener esta mentira?».

—Bueno —dijo Tyn, sonriendo de oreja a oreja—. Esto sí es una buena noticia.

Shallan se sacudió de sus meditaciones y miró lo que la vinculacañas había estado escribiendo.

«En cuanto a tu misión en Amydlatn —leyó—, nuestros benefactores han escrito diciendo que están satisfechos. Quieren saber si recuperaste la información, aunque creo que para ellos este tema es secundario. Dieron a entender que habían recuperado la información que necesitan en otra parte, algo sobre una ciudad que han estado buscando.

»Por tu parte, no hay noticias de que el objetivo sobreviviera. Parece que sus preocupaciones por el fracaso de la misión son infundadas. Lo que pasó a bordo del barco juega a nuestro favor. El *Placer del Viento* se ha perdido con toda su tripulación. Jasnah Kholin está muerta».

Jasnah Kholin está muerta.

Shallan jadeó, boquiabierta. «Eso... no es...».

—Tal vez esos idiotas consiguieron terminar el trabajo —dijo Tyn, satisfecha—. Parece que me pagarán después de todo.

—Tu misión en Amydlatn era asesinar a Jasnah Kholin —susurró Shallan.

—Dirigir la operación, al menos —admitió Tyn, distraída—. Habría ido yo misma, pero no soporto los barcos. Esos mares revueltos me afectan al estómago...

Shallan no podía hablar. Tyn era una asesina. Tyn estaba detrás del ataque a Jasnah Kholin.

La vinculacañas seguía escribiendo.

«... algunas noticias interesantes. Preguntaste por la casa Davar de Jah Keved. Parece que Jasnah, antes de salir de Kharbranth, tomó una nueva pupila...».

Shallan extendió la mano hacia la vinculacañas. Tyn le detuvo la mano, abriendo mucho los ojos mientras la caña escribía unas últimas frases más.

«... una chica llamada Shallan. Pelo rojo. Piel clara. Nadie sabe mucho de ella. A nuestros informadores no les parecía importante hasta que pregunté por ella».

Shallan alzó la vista justo cuando lo hacía Tyn, y las dos mujeres se miraron a los ojos.

—Ah, Condenación —dijo Tyn.

Shallan trató de zafarse, pero la otra la levantó de la silla. La joven no pudo seguir el rápido movimiento de Tyn cuando esta la lanzó al suelo de bruces. La bota de la mujer se clavó en su espalda, dejándola sin aire y provocando una descarga de dolor por todo su cuerpo. La visión de Shallan se nubló mientras boqueaba en busca de aire.

—¡Condenación, Condenación! —exclamó Tyn—. ¿Eres la pupila de Kholin? ¿Sobrevivió?

—¡Socorro! —masculló Shallan, apenas capaz de hablar mientras intentaba arrastrarse hacia la pared de la tienda.

Tyn clavó una rodilla sobre la espalda de Shallan, dejándola de nuevo sin aire.

—Hice que mis hombres despejaron la zona alrededor de esta tienda. Me preocupaba que alertaras a los desertores de que íbamos a entregarlos. ¡Padre Tormenta! —Se arrodilló, acercando la cara al oído de Shallan. Cuando la muchacha se debatió, la agarró por el hombro y apretó con fuerza—. ¿Sobrevivió Jasnah?

—No —susurró Shallan, con los ojos llenos de lágrimas de dolor.

—Puede que te hayas dado cuenta de que el barco tiene dos camarotes muy agradables que contraté para nosotras a un precio bastante alto —dijo la voz de Jasnah tras ellas.

Tyn maldijo, se incorporó de un salto y se dio media vuelta para ver quién había hablado. Por supuesto, era Patrón. Shallan no le dio una oportunidad y siguió arrastrándose hacia la pared de la tienda. Vathah y los demás estaban ahí fuera, en alguna parte. Si pudiera...

Tyn le agarró la pierna y tiró de ella.

«No puedo escapar», pensó una parte primigenia de ella. El pánico brotó en su interior, trayendo recuerdos de días pasados en los que se había sentido completamente impotente. La violencia cada vez más destructiva de su padre. Una familia hecha pedazos.

Impotente.

«No puedo huir, no puedo huir, no puedo huir...».

«Lucha».

Shallan liberó una pierna y se rebulló, lanzándose contra Tyn. No volvería a sentirse impotente. ¡Nunca!

Tyn jadeó cuando Shallan la atacó con todas sus fuerzas. Una lucha frenética, furiosa, a arañazos. No sirvió de nada. Shallan apenas sabía pelear, y en unos instantes se encontró gimiendo de dolor por segunda vez. Tyn le enterró el puño en el estómago.

Shallan cayó de rodillas con las mejillas bañadas en lágrimas. Intentó inhalar, pero fue en vano. Tyn la golpeó en la sien, haciendo que su visión se nublara.

—¿De dónde ha salido eso? —le preguntó.

Shallan parpadeó y al alzar la cabeza advirtió que seguía viendo borroso. Estaba en el suelo de nuevo. Sus uñas habían dejado una serie de marcas ensangrentadas en la mejilla de Tyn, que se llevó la mano a la cara y vio que la retiraba teñida de rojo. Su expresión se ensombreció y extendió la mano hacia la mesa, donde estaba su espada envainada.

—Qué estropicio —gruñó—. ¡A la tormenta! Voy a tener que invitar a ese Vathah, para encontrar un modo de echarle la culpa por eso. —Desenvainó la espada.

Shallan consiguió ponerse de rodillas, pero sus piernas cedieron y la habitación rodó a su alrededor, como si todavía estuviera a bordo del barco.

—¿Patrón? —dijo con voz ahogada—. ¿Patrón?

Oyó algo en el exterior. ¿Gritos?

—Lo siento —dijo Tyn, con voz fría—. Voy a tener que acabar con esto de una vez. En cierto modo, me siento orgullosa de ti. Me has engañado. Se te habría dado bien este negocio.

«Calma —se dijo Shallan—. ¡Ten calma!».

Diez latidos.

Pero, para ella, no tenían que ser diez, ¿no?

«No. Tiene que ser. ¡Tiempo, necesito tiempo!».

Tenía esferas en la manga. Mientras Tyn se acercaba, Shallan inspiró profundamente. La luz tormentosa se convirtió en una rugiente tempestad en su interior y alzó la mano, lanzando un pulso de luz. No logró darle ninguna forma (seguía sin saber cómo hacerlo), pero durante un momento pareció que mostraba la imagen ondulante de Shallan, orgullosamente erguida como una mujer de la

corte.

Tyn se detuvo en seco al ver la proyección de luz y color, luego blandió la espada ante ella. La luz onduló, disipándose en hilillos de humo.

—Así que me estoy volviendo loca —dijo—. Oigo voces. Tengo visiones. Supongo que una parte de mí no quiere hacer eso. —Avanzó, alzando la espada—. Lamento que hayas de aprender la lección de esta manera. A veces, tenemos que hacer cosas que no queremos, niña. Cosas difíciles.

Shallan rugió, extendiendo las manos hacia delante. La bruma se retorció y rebulló en sus manos mientras una brillante hoja plateada se formaba allí y atravesaba el pecho de Tyn. La mujer apenas tuvo tiempo de jadear de sorpresa mientras sus ojos se quemaban en su cráneo.

El cadáver de Tyn resbaló del arma hasta desplomarse.

—Cosas desagradables —masculló Shallan—. Sí. Creo que ya te lo había dicho. Ya he aprendido esa lección. Gracias. —Se arrastró hasta ponerse en pie, temblando.

La puerta de la tienda se abrió y Shallan se dio la vuelta, empuñando la hoja esquilada con la punta hacia la entrada. Vathah, Gaz y unos cuantos soldados más se detuvieron, con las armas manchadas de sangre. Miraron primero a Shallan y luego al cadáver que yacía en el suelo con los ojos quemados, antes de volver a mirar a Shallan.

Ella se sintió aturdida. Quiso hacer desaparecer la espada, esconderla. Era terrible.

No lo hizo. Contuvo aquellas emociones y las reprimió profundamente en su interior. En ese momento necesitaba algo fuerte a lo que aferrarse, y el arma servía a ese propósito. Aunque la odiara.

—¿Los soldados de Tyn? —¿Era esa su voz, completamente fría, carente de emoción?

—¡Padre Tormenta! —exclamó Vathah mientras entraba en la tienda, con la mano en el pecho, mientras miraba la hoja esquilada—. Esa noche, cuando te enfrentaste a nosotros, podrías habernos matado a todos, y también a los bandidos. Podrías haberlo hecho con tu propia...

—¡Los hombres de Tyn! —gritó Shallan.

—Muertos, brillante —respondió Red—. Oímos... oímos una voz. Diciéndonos que viniéramos a por ti, y no nos dejaron pasar. Entonces te oímos gritar, y...

—¿Era la voz del Todopoderoso? —preguntó Vathah en un susurro.

—Era mi spren —dijo Shallan—. Es todo lo que necesitáis saber. Registrad la tienda. Esta mujer fue contratada para asesinar-me. —Era verdad, en cierto modo—. Puede que haya algún documento de quién la contrató. Traedme todo lo que encontréis con escritos.

Mientras ellos terminaban de entrar y se disponían a obedecer, Shallan se sentó en el taburete junto a la mesa. La vinculacañas seguía allí, flotando, detenida en la parte inferior de la página. Necesitaba una hoja nueva.

Shallan hizo desaparecer la hoja esquirrada.

—No habléis con los demás de lo que habéis visto aquí —le dijo a Vathah y sus hombres. Aunque lo prometieron rápidamente, ella dudaba de que cumplieran su palabra mucho tiempo. Las hojas esquirradas eran objetos casi míticos, ¿y una mujer empuñando una? Los rumores se extenderían. Justo lo que necesitaba.

«Estás viva a causa de esa maldita cosa —pensó para sí—. Otra vez. Deja de quejarte».

Cogió la vinculacañas, cambió el papel y colocó la punta en una esquina. Un momento después, el lejano cómplice de Tyn empezó a escribir de nuevo.

«Tus benefactores del trabajo en Amydlatn desean reunirse contigo —escribió el papel—. Parece que los Sangre Espectral tienen algo más para ti. ¿Te gustaría concertar una reunión con ellos en los campamentos de guerra?».

La pluma se detuvo en su sitio, esperando una respuesta. ¿Qué había dicho la vinculacañas más arriba? Que esta gente, los benefactores de Tyn, los Sangre Espectral, habían encontrado la información que buscaban... información sobre una ciudad.

Urithiru. La gente que había matado a Jasnah, la gente que amenazaba a su familia, buscaba también la ciudad. Shallan miró el papel y sus palabras durante largo rato mientras Vathah y sus hombres empezaban a sacar ropas del baúl de Tyn y golpeaban sus costados en busca de algo oculto.

«¿Te gustaría concertar una reunión con ellos...?».

Shallan cogió la vinculacañas, cambió los parámetros del fabrial y escribió una sola palabra.

«Sí».

Fin de la Segunda parte

INTERLUDIOS



ESHONAI ♦ ZAHIEL ♦ TALN



En la ciudad de Narak, la gente cerró las ventanas mientras la noche caía y la tormenta acechaba. Introdujeron trapos bajo las puertas, colocaron en su sitio los puntales de refuerzo, clavaron fuertes travesaños de madera en las ventanas.

Eshonai no se unió a los preparativos, sino que se quedó ante la vivienda de Thude, escuchando su informe. Él acababa de regresar de la reunión con los alezi y había concertado un encuentro para discutir la paz. Eshonai había querido enviar a alguien antes, pero los Cinco deliberaron y se quejaron hasta que tuvo ganas de estrangularlos a todos. Por fin, accedieron a dejarla enviar un mensajero.

—Siete días —dijo Thude—. La reunión tendrá lugar en una meseta neutral.

—¿Lo viste? —preguntó Eshonai, ansiosa—. ¿A la Espina Negra? Thude negó con la cabeza.

—¿Y al otro? —preguntó Eshonai—. ¿El absorbedor?

—Ni rastro de él tampoco. —Thude parecía preocupado. Miró hacia el este—. Será mejor que te marches ya. Podré darte más detalles después de que pase la tormenta.

Eshonai asintió y apoyó la mano en el hombro de su amigo.

—Gracias.

—Buena suerte —dijo Thude al Ritmo de la Resolución.

—Para todos nosotros —respondió ella mientras él cerraba la

puerta, dejándola sola en una ciudad oscura y aparentemente vacía. Eshonai comprobó el escudo de tormenta que llevaba a la espalda, luego se sacó del bolsillo la esfera con el spren cautivo de Venli y armonizó al Ritmo de la Resolución.

Había llegado el momento. Corrió hacia la tormenta.

Resolución era un ritmo majestuoso con una intensa sensación de importancia y poder que iba en aumento. Eshonai dejó Narak, y al llegar al primer abismo saltó. Solo la forma de guerra tenía la fuerza para esos saltos: para que los trabajadores llegaran a las mesetas exteriores y cultivaran alimento, usaban puentes de cuerda que retiraban y guardaban antes de cada tormenta.

Aterrizó sin dejar de correr, sus pisadas al ritmo de la Resolución. La muralla de tormenta apareció en la distancia, apenas visible en la oscuridad. Saltaron los vientos, presionando contra ella, como para contenerla. En lo alto, los vientospren revoloteaban y danzaban en el aire. Eran heraldos de lo que habría de venir.

Eshonai saltó dos abismos más, luego redujo el ritmo y ascendió hasta la cima de una colina baja. La muralla de tormenta dominaba el cielo nocturno, avanzando a velocidad terrible. La enorme mancha de oscuridad mezclaba escombros con lluvia, un estandarte de agua, roca, polvo, y plantas caídas. Eshonai se descolgó de la espalda el enorme escudo que llevaba.

Para los oyentes, había cierto romanticismo en salir a la tormenta. Sí, las tormentas eran terribles, pero todo oyente tenía que pasar varias noches en ellas, a solas. Las canciones decían que quien buscara una nueva forma debía ser protegido. Ella no estaba segura de si era verdad o ficción, pero las canciones no impedían que la mayoría de los oyentes se escondieran en una grieta en la roca para evitar la muralla de tormenta y salieran una vez había pasado.

Eshonai prefería un escudo. Era más parecido a enfrentarse al Jinete. Este, el alma de la tormenta, era el que los humanos llamaban Padre Tormenta, y no era uno de los dioses de su pueblo. De hecho, las canciones lo llamaban traidor, un spren que había decidido proteger a los humanos en vez de a los oyentes.

Con todo, su pueblo lo respetaba. Mataría a quien no lo hiciera.

Eshonai colocó la base del escudo contra un saliente de roca en el suelo, apoyó el hombro contra él, agachó la cabeza, y se preparó,

retrasando un pie. Su otra mano sujetaba la piedra con el spren dentro. Habría preferido llevar su armadura esquirrada, pero por algún motivo tenerla puesta interfería con el proceso de transformación.

Sintió y oyó que se aproximaba la tormenta. El suelo tembló, el aire rugió. Trozos de hojas la barrieron con una ráfaga helada, como exploradores ante un ejército que fuera a atacar detrás, teniendo al ulular del viento como grito de batalla.

Cerró los ojos con fuerza.

El viento chocó contra ella.

A pesar de la postura y de sus músculos preparados, algo crujió contra el escudo y le dio la vuelta. El viento se apoderó de él y se lo arrancó de los dedos. Eshonai retrocedió tambaleándose, luego se arrojó al suelo, el hombro contra el viento, la cabeza gacha.

Los truenos resonaron contra ella mientras el feroz viento trataba de arrancarla de la meseta y arrojarla por los aires. Mantuvo los ojos cerrados, ya que dentro de la tormenta todo era negro menos los destellos de los relámpagos. No se sentía protegida. El hombro contra el viento, acurrucada contra la cima de una colina, parecía que el viento hacía todo lo posible para destruirla. Las rocas se aplastaban contra la oscura meseta, sacudiendo el suelo. Todo lo que Eshonai podía oír era el rugido del viento en sus oídos, recalcado de vez en cuando por los truenos. Una terrible canción sin ritmo.

Mantuvo Resolución armonizada en su interior. Al menos la sentía, aunque no la oyera.

La lluvia que caía como puntas de flechas golpeó su cuerpo, rebotando en su casco y su armadura. Apretó los dientes contra el gélido frío y aguantó. Lo había hecho muchas veces antes, bien cuando se transformaba o cuando realizaban el ocasional ataque sorpresa contra los alezi. Podría sobrevivir. Iba a sobrevivir.

Se concentró en el ritmo dentro de su cabeza, aferrándose a unas rocas mientras el viento trataba de expulsarla de la meseta. Demid, antañocompañero de Venli, había iniciado un movimiento donde la gente que quería transformarse esperaba dentro de edificios hasta que la tormenta llevaba un rato en su apogeo. Solo salían cuando el estallido inicial de furia había pasado. Era arriesgado, ya que nunca se sabía cuándo se produciría el punto de transformación.

Eshonai nunca lo había intentado. Las tormentas eran violentas y peligrosas, pero también eran momentos de descubrimiento. Dentro de ellas, lo familiar se convertía en algo grandioso, majestuoso y terrible. Eshonai no anhelaba entrar en ellas, pero cuando tenía que hacerlo, la experiencia siempre le parecía emocionante.

Alzó la cabeza, los ojos cerrados, y mostró el rostro a los vientos, sintiéndolos arrasarla, sacudirla. Sintió la lluvia en la piel. El Jinete de las Tormentas era un traidor, sí, pero no se puede ser traidor si antes no has sido amigo. Estas tormentas pertenecían a su pueblo. Los oyentes eran de las tormentas.

Los ritmos cambiaron en su mente. En un momento, todos se alinearon y se convirtieron en lo mismo. No importaba con cuál armonizara, oía el mismo ritmo: simples y firmes latidos. Como los de un corazón. El momento había llegado.

La tormenta se desvaneció. Viento, lluvia, sonido... desaparecieron. Eshonai se levantó, empapada, los músculos helados, la piel entumecida. Sacudió la cabeza, chorreando agua, y miró al cielo.

El rostro estaba allí. Infinito, expansivo. Los humanos hablaban de su Padre Tormenta, pero no lo conocían como hacían los oyentes. Tan ancho como el mismo cielo, con ojos llenos de incontables estrellas. La gema que Eshonai tenía en la mano se llenó de luz.

Poder, energía. Eshonai imaginó que la recorría, llenándola de vida. Lanzó la gema al suelo, rompiéndola y liberando el spren. Se esforzó por controlar la sensación adecuada. Como la había entrenado Venli.

¿DE VERDAD ES ESTO LO QUE QUIERES? La voz reverberó a través de ella como un trueno que restallase.

¡El Jinete le había hablado! Eso sucedía en las canciones, pero no... nunca... Armonizó Apreciación, pero naturalmente era el mismo ritmo. Latido. Latido. Latido.

El spren escapó de su prisión y revoloteó a su alrededor, desprendiendo una extraña luz roja. Fragmentos de rayos brotaron de él. ¿Furiaspren?

Esto estaba mal.

SUPONGO QUE DEBE SER, dijo el Jinete de la Tormenta. IBA A

SUCEDER.

—No —dijo Eshonai, apartándose de ese spren. En un momento de pánico, apartó de su mente los preparativos que Venli le había enseñado—. ¡No!

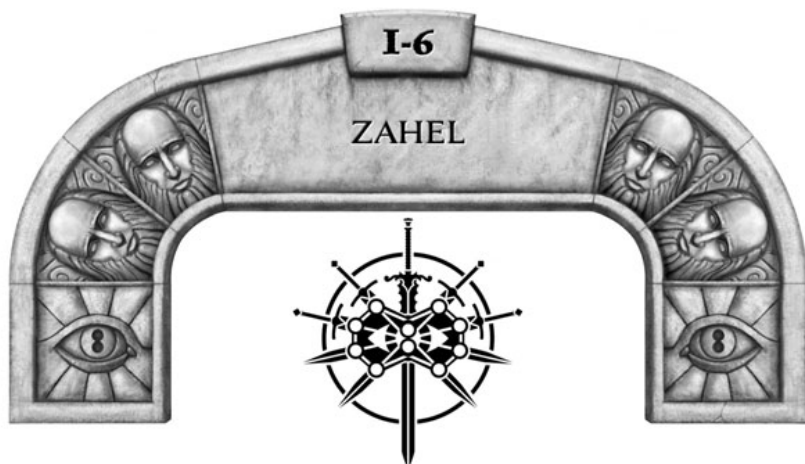
El spren se convirtió en un rayo de luz roja y la golpeó en el pecho. Tentáculos de rojo se desplegaron.

NO PUEDO DETENER ESTO, dijo el Jinete. TE PROTEGERÍA, PEQUEÑA, SI TUVIERA ESE PODER. LO SIENTO.

Eshonai jadeó, los ritmos escaparon de su mente, y cayó de rodillas. Sintió que la atravesaba. Era la transformación.

LO SIENTO.

Las lluvias vinieron de nuevo y su cuerpo empezó a cambiar.



Había alguien cerca.

Zahel despertó, abrió los ojos de golpe y supo al instante que alguien se aproximaba a su habitación.

¡Rayos! Era entrada la noche. Si era otro mocoso ojos claros de los que había rechazado y venía a suplicar... Gruñó para sí, levantándose de la cama. «Soy demasiado, demasiado viejo para esto».

Abrió la puerta, descubriendo el patio de los terrenos de prácticas de noche. El aire estaba todavía húmedo. Oh, bueno. Una de esas tormentas había venido, invertida hasta el fondo y buscando un lugar donde destruirlo todo. Malditas cosas.

Un joven, con la mano en la aldaba, dio un salto atrás de sorpresa cuando se abrió la puerta. Kaladin. El hombre del puente convertido en guardaespaldas. El que tenía aquel spren que Zahel podía sentir revoloteando siempre alrededor.

—Pareces la misma muerte —le dijo al muchacho, desabrido. Kaladin tenía las ropas manchadas de sangre, el uniforme desgarrado en el costado. Le faltaba la manga derecha—. ¿Qué ha pasado?

—Han atentado contra la vida del rey —dijo el muchacho en voz baja—. No hace ni dos horas.

—Hum.

—¿Sigue en pie tu oferta de enseñarme a luchar contra una hoja

esquirlada?

—No. —Zahel cerró la puerta. Se volvió hacia su camastro.

El muchacho abrió la puerta, naturalmente. Malditos monjes. Se consideraban a sí mismos una propiedad y no podían poseer nada, así que pensaban que no necesitaban cerrojos en las puertas.

—Por favor —insistió el muchacho—. Yo...

—Chico —dijo Zahel, volviéndose hacia él—, en esta habitación viven dos personas.

El muchacho frunció el ceño al ver un único camastro.

—La primera —dijo Zahel— es un espadachín gruñón que simpatiza con los muchachos que se creen algo. Sale durante el día. El otro es un espadachín muy, muy gruñón que considera que todo y todos son completamente despreciables. Sale cuando algún idiota lo despierta a horas intempestivas de la noche. Te sugiero que busques al primero y no al segundo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asintió el muchacho—. Volveré.

—Bien —respondió Zahel, sentándose en la cama—. Y no seas verde como el suelo.

El muchacho se detuvo junto a la puerta.

—¿No seas...? ¿Eh?

«Estúpido lenguaje —pensó Zahel, metiéndose en la cama—. No tienen metáforas adecuadas».

—Deja a un lado tu actitud y ven a aprender. Odio darle palizas a gente más joven que yo. Hace que me sienta como un matón.

El muchacho gruñó y cerró la puerta con cuidado. Zahel se cubrió con la manta (los malditos monjes solo tenían una) y se dio la vuelta en el camastro. Esperó que una voz le hablara en la mente mientras se dormía. Naturalmente, no hubo ninguna.

No la había habido en años.



De fuegos que ardían y sin embargo estaban apagados. De calor que podía sentir cuando otros no lo hacían. De gritos propios que nadie oía. De tortura sublime, pues significaba la vida.

—Solo se queda así mirando, majestad.

Palabras.

—No parece ver nada. A veces murmura. A veces grita. Pero siempre, siempre mira.

El Don y las palabras. No tuyas. Nunca tuyas. Tuyo ahora.

—Tormentas, da miedo, ¿no? Tuve que cabalgar hasta aquí con eso, majestad. Escucharlo hablar en la parte trasera del carro la mitad del tiempo. Y sentir su mirada fija en mi codo el resto.

—¿Y Sagaz? Lo mencionaste.

—Empezó el viaje conmigo, majestad. Pero el segundo día dijo que necesitaba una roca.

—Una... roca.

—Sí, majestad. Saltó del carro y buscó una, y entonces se golpeó con ella en la cabeza, majestad. Lo hizo tres o cuatro veces. Volvió a la carreta con una sonrisa extraña, y dijo... hum...

—¿Sí?

—Bueno, dijo que necesitaba... Lo memoricé para ti. Dijo: «Necesito un marco de referencia objetivo para juzgar la experiencia de tu compañía. La sitúo entre cuatro y cinco golpes». No comprendo bien lo que significa, señor. Creo que se estaba

burlando de mí.

—No lo dudes.

¿Por qué gritaban? ¡Aquel calor! De muerte. De muerte y los muertos y los muertos y su cháchara y no gritar de la muerte excepto de la muerte que no venía.

—Después de eso, majestad, Sagaz, bueno, se marchó. A las montañas. Como un comecuernos de las tormentas.

—No trates de comprender a Sagaz, Bordin. Solo te causarás dolor.

—Sí, brillante señor.

—Me cae bien ese Sagaz.

—Somos conscientes de ello, Elhokar.

—Sinceramente, majestad, prefería al loco por compañía.

—Pues claro. Si a la gente le gustara tener cerca a Sagaz, no sería Sagaz, ¿no?

Estaban ardiendo. Las paredes estaban ardiendo. El suelo estaba ardiendo. Ardiendo y el interior de un sitio que no podía ser y era. ¿Dónde?

Un viaje. ¿Agua? ¿Ruedas?

Fuego. Sí, fuego.

—¿Me oyes, loco?

—Elhokar, míralo. No creo que comprenda nada.

—Soy Talenel'Elin, Herald de la Guerra.

Voz. Hablaba él. No lo pensó. Las palabras acudían, como acudían siempre.

—¿Qué has dicho? Habla más fuerte, hombre.

—La época del Retorno, la Desolación, se acerca. Debemos prepararnos. Habréis olvidado mucho, tras la destrucción de los tiempos pasados.

—Puedo entender algo, Elhokar. Es alezi. Acento del norte. No es lo que cabría esperar de alguien de piel tan oscura.

—¿De dónde sacaste la hoja esquirlada, loco? Dime. La mayoría de las hojas están localizadas desde hace generaciones, pues se registra su linaje y su historia. Esta es completamente desconocida. ¿De quién la obtuviste?

—Kalak os enseñará a forjar bronce, si lo habéis olvidado. Moldearemos bloques de metal directamente para vosotros. Ojalá pudiéramos enseñaros en acero, pero moldear almas es mucho más

fácil que forjar, y necesitáis algo que podamos producir rápidamente. Vuestras herramientas de piedra no servirán contra lo que ha de venir.

—Ha dicho algo sobre el bronce. ¿Y la piedra?

—Vedel puede instruir a vuestros cirujanos, y Jezrien... te enseñará liderazgo. Se ha perdido tanto entre los Retornos...

—¡La hoja esquilada! ¿De dónde la has sacado?

—¿Cómo la separaste de él, Bordin?

—No lo hicimos, brillante señor. Él la soltó.

—¿Y no se desvaneció? Entonces es que no estaba vinculada. No la tendría desde hacía mucho tiempo. ¿Eran sus ojos de este color cuando lo encontrasteis?

—Sí, señor. Un ojos oscuros con una hoja esquilada. Todo muy raro.

—Entrenaré a vuestros soldados. Deberíamos tener tiempo. Ishar sigue hablando de un modo de impedir que se pierda la información tras las Desolaciones. Y habéis descubierto algo inesperado. Usaremos eso. Absorbedores que actúen como guardianes... Caballeros...

—Ha dicho todo esto antes, majestad. Cuando murmura, uh, lo dice una y otra vez. Creo que ni siquiera sabe lo que dice. Extraño, cómo no cambia su expresión mientras habla.

—Es acento alezi.

—Parece que ha estado viviendo en el desierto algún tiempo, con ese pelo largo y esas uñas rotas. Quizás algún aldeano ha perdido a su padre loco.

—¿Y la espada, Elhokar?

—No creerás que es suya, tío.

—Los próximos días serán difíciles, pero con entrenamiento, la humanidad sobrevivirá. Debéis traerme a vuestros líderes. Los otros Heraldos se nos unirán pronto.

—Estoy dispuesto a considerar cualquier cosa hoy en día. Majestad, sugiero que lo envíes a los fervorosos. Tal vez ellos puedan ayudarle a recuperar la cabeza.

—¿Qué harás con la hoja esquilada?

—Estoy seguro de que podremos darle buen uso. De hecho, se me está ocurriendo una cosa ahora mismo. Puede que te necesite, Bordin.

—Lo que tú me digas, brillante señor.

—Creo... que llego tarde... esta vez...

¿Cuánto tiempo había pasado?

¿Cuánto tiempo había pasado?

¿Cuánto tiempo había pasado?

¿Cuánto tiempo había pasado?

¿Cuánto tiempo había pasado?

¿Cuánto tiempo había pasado?

¿Cuánto tiempo había pasado?

Demasiado.



Cuando Eshonai regresó, la estaban esperando.

Una congregación de millares de oyentes abarrotaba la linde de la meseta ante Narak. Trabajadores, soldados, diestros e incluso algunos carnales que habían hecho a un lado su hedonismo ante la perspectiva de algo novedoso. ¿Una nueva forma, una forma de poder?

Eshonai avanzó hacia ellos, maravillándose ante la energía. Líneas diminutas, casi invisibles de relámpagos rojos brotaban de su mano si cerraba rápidamente el puño. Su piel moteada (casi toda negra, con una ligera veta de líneas rojas) no había cambiado, pero había perdido la voluminosa armadura de la forma de guerra. En cambio, pequeñas crestas asomaban a través de la piel de sus brazos, que se tensaba en algunos lugares. Había probado la nueva armadura contra las piedras y había descubierto que era muy resistente.

Volvía a tener una mata de pelo. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que las sintió? Lo más maravilloso de todo, se sentía concentrada. No más preocupaciones por el destino de su pueblo. Sabía lo que tenía que hacer.

Venli se abrió paso hasta la parte delantera de la multitud mientras Eshonai llegaba al borde del abismo. Se miraron la una a la otra a través del vacío, y Eshonai detectó la pregunta en los labios de su hermana. «¿Funcionó?».

Eshonai cubrió el abismo de un salto. No necesitó tomar carrerilla como sucedía con la forma de guerra: se agachó y luego se lanzó al aire. El viento pareció rebullir a su alrededor. Cruzó el abismo y aterrizó entre su pueblo, líneas rojas de poder corrieron por sus piernas mientras se agachaba, absorbiendo el impacto del aterrizaje.

La gente retrocedió. Clarísimo. Todo estaba sumamente claro.

—He regresado de las tormentas —dijo al Ritmo de Alabanza, que también podía ser utilizado para la auténtica satisfacción—. Traigo conmigo el futuro de dos pueblos. Nuestro tiempo de no saber qué hacer ha terminado.

—¿Eshonai? —Era Thude, llevando su largo abrigo—. Eshonai, tus ojos.

—¿Sí?

—Son rojos.

—Son una representación de lo que me he convertido.

—Pero, en las canciones...

—¡Hermana! —llamó Eshonai a Resolución—. ¡Ven a mirar lo que has forjado!

Venli se acercó, tímida al principio.

—Forma tormenta —susurró a Asombro—. ¿Funciona, entonces? ¿Puedes moverte en las tormentas sin peligro?

—Más que eso —dijo Eshonai—. Los vientos me obedecen. Y Venli, puedo sentir algo... algo acumulándose. Una tormenta.

—¿Sientes una tormenta ahora? ¿En los ritmos?

—Más allá de los ritmos —dijo Eshonai. ¿Cómo podía explicarlo? ¿Cómo podía describir el sabor a quien no tiene boca, la visión a quien nunca ha visto?—. Siento una tempestad preparándose justo más allá de nuestra conciencia. Una tempestad poderosa y furiosa. Una alta tormenta. Con suficientes de nosotros con esta forma, podríamos atraerla. Podríamos doblegar las tormentas a nuestra voluntad, y podríamos lanzarlas contra nuestros enemigos.

La canción al Ritmo del Asombro se extendió entre los que observaban. Como eran oyentes, podían sentir el ritmo, oírlo. Todos estaban en armonía, todos a ritmo con los demás. Perfección.

Eshonai extendió los brazos a los lados y habló en voz alta.

—¡Haced a un lado la desesperación y cantad al Ritmo de la

Alegría! He mirado en las profundidades de los ojos del Jinete de la Tormenta, y he visto su traición. Conozco su mente, y he visto su intención de ayudar a los humanos contra nosotros. ¡Pero mi hermana ha descubierto la salvación! ¡Con esta forma podremos plantar batalla, ser independientes y expulsar a nuestros enemigos de esta tierra como a hojas antes de la tempestad!

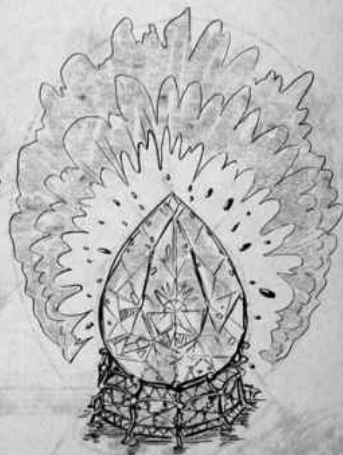
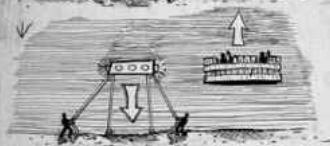
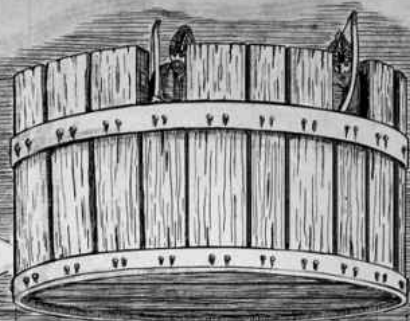
El canturreo del Asombro se hizo más fuerte, y algunos empezaron a cantar. Eshonai se regocijó en él.

Ignoró conscientemente la voz en su interior que gritaba llena de horror.

TERCERA PARTE

Letal

SHALLAN ♦ KALADIN ♦ ADOLIN ♦ NAVANI



LA TENSION
MULTIPLICADA DE LA
INFUSIÓN SIMULTÁNEA

También ellos, cuando dispusieron sus gobiernos según la naturaleza de cada vínculo, lo llamaron el vínculo Nahel, refiriéndose a su efecto sobre las almas de los que fueron capturados en su tenaza; en esta descripción, cada uno estaba relacionado con los vínculos que dirigen al propio Roshar, diez potencias, nombradas por turno y dos por cada orden: a esta luz, se observa que cada orden compartiría por necesidad una potencia con cada una de sus vecinas.

De *Palabras radiantes*, capítulo 8, página 6

Adolin soltó su hoja esquirrada.

Empuñar las armas era mucho más que practicar las posiciones y acostumbrarse al manejo de la espada, siempre demasiado ligera. Un maestro de la espada aprendía a sacar el máximo partido del vínculo que lo unía a ella. Aprendía a ordenarle a permanecer en un sitio después de haberla soltado, y a invocarla de nuevo para recuperarla de las manos de quien se la hubiera apropiado. Aprendía que hombre y espada eran, en cierto modo, uno. El arma se convertía en una pieza del alma de su portador.

Adolin había aprendido a controlar su hoja de esta forma. Casi siempre. Ese día, el arma se desintegró casi inmediatamente

después de dejar sus dedos.

La larga hoja plateada se convirtió en vapor blanco, manteniendo su forma solo durante un breve instante, como un anillo de humo, antes de explotar en una vaharada de retorcidas vetas blancas. Adolin gruñó de frustración, caminó de un lado a otro por la meseta, y extendió la mano a un lado mientras volvía a invocar el arma. Diez latidos. En ocasiones, parecía una eternidad.

Llevaba la armadura esquirrada sin el yelmo, que había dejado en una roca cercana, de modo que su pelo se agitaba con la brisa de la mañana. Necesitaba la armadura: su hombro y su costado izquierdos eran una masa de cardenales. Todavía le dolía la cabeza después de habérsela golpeado contra el suelo durante el ataque del asesino de la noche pasada. Sin la armadura esquirrada, hoy no estaría tan ágil.

Además, necesitaba su fuerza. No dejaba de mirar por encima del hombro, esperando que el asesino estuviera allí. Había permanecido despierto toda la noche, sentado en el suelo ante la habitación de su padre, con la armadura esquirrada puesta, con los brazos cruzados sobre las rodillas, masticando corteza rugosa para permanecer despierto.

En una ocasión lo habían pillado sin la armadura. Nunca más.

«¿Y qué harás? —pensó mientras su hoja esquirrada volvía a aparecer—. ¿Llevarla puesta todo el tiempo?».

La parte de Adolin que hacía esas preguntas era racional. Sin embargo, en ese momento no quería ser racional.

Sacudió la condensación de la hoja, luego la giró y la lanzó, transmitiendo las órdenes mentales que le dirían que aguantara. Una vez más, el arma se convirtió en bruma momentos después de abandonar sus dedos. Ni siquiera cruzó la mitad de la distancia hasta la formación rocosa a la que había apuntado.

¿Qué le sucedía? Hacía ya años que dominaba la hoja. Ciertamente, no practicaba desde hacía tiempo el lanzamiento, pues esas técnicas estaban prohibidas en los duelos y ni siquiera se le había ocurrido que necesitara utilizar la maniobra. Pero claro, eso fue antes de quedar atrapado en el techo de un pasillo, incapaz de enfrentarse adecuadamente a un asesino.

Adolin se acercó al borde de la meseta, contemplando la irregular extensión de las Llanuras Quebradas. Tres guardias lo

vigilaban de cerca. Ridículo. ¿Qué harían tres hombres del puente si regresaba el Asesino de Blanco?

«Kaladin valió de algo en el ataque —pensó Adolin—. Más que tú». Aquel hombre había sido sospechosamente efectivo.

Renarin decía que Adolin se mostraba injusto con el capitán de los hombres del puente, pero había algo extraño en él. Más que su actitud, era su forma de hablar, como si estuviera haciéndole un favor a su interlocutor. Y la forma en que parecía tan decididamente melancólico respecto a todo, furioso con el mundo mismo. Era desagradable, sin duda, pero Adolin había conocido a un montón de gente desagradable.

Kaladin era extraño. Por algún motivo que Adolin no acertaba a explicar.

Bueno, pese a todo, los hombres de Kaladin cumplían con su deber. No tenía sentido tratarlos mal, así que les dirigió una sonrisa.

La hoja esquirrada cayó de nuevo en sus dedos, demasiado liviana para su tamaño. Siempre había sentido cierta fuerza cuando la empuñaba; jamás se había visto indefenso. Incluso rodeado por los parshendi, incluso cuando estaba seguro de que iba a morir, había sentido ese poder.

¿Dónde había quedado esa sensación?

Se dio media vuelta y lanzó el arma, concentrándose como le había enseñado Zahel hacía años, enviando una instrucción directa a la hoja, imaginando lo que necesitaba que hiciera. Aguantó, girando sobre sí, destellando en el aire. Se hundió hasta la empuñadura en la piedra de la formación rocosa. Adolin soltó el aliento que había estado conteniendo. Por fin. Liberó la espada, que se convirtió en bruma que brotaba como un río diminuto del agujero abierto en la piedra.

—Venid —le dijo a sus guardaespaldas. Recogió el yelmo de la roca y se encaminó hacia el cercano campamento. Como cabría esperar, el borde del cráter que formaba la muralla del campamento estaba más erosionado allí, en el este. El campamento se había extendido como el contenido de un huevo de tortuga roto y, a lo largo de los años, incluso había empezado a ocupar las mesetas contiguas.

De aquella zona de la civilización emergió una procesión extrañísima. La congregación de fervorosos cantaba al unísono,

rodeando a los parshmenios que llevaban grandes varas en alto, erguidas como lanzas. Entre aquellas varas titilaban mantos de seda, de unos cuarenta palmos de ancho, que ondulaban con la brisa e impedían ver lo que había en el centro.

¿Moldeadores de almas? Por lo general no salían durante el día.

—Esperad aquí —les dijo a sus guardaespaldas, y echó a correr hacia los fervorosos.

Los tres hombres del puente obedecieron. Si Kaladin hubiera estado con ellos, habría insistido en seguirlo. Tal vez la manera en que aquel tipo actuaba era resultado de su extraña situación. ¿Por qué había puesto su padre a un soldado ojos oscuros fuera de la estructura de mando? Adolin estaba a favor de tratar a los hombres con respeto y honor sin importar el color de sus ojos, pero el Todopoderoso había puesto a determinados hombres al mando y a otros a sus órdenes. Ese era el orden natural de las cosas, y punto.

Los parshmenios que llevaban las varas lo vieron llegar y bajaron la mirada. Los fervorosos lo dejaron pasar, aunque parecían incómodos. Adolin podía ver a los moldeadores de almas, pero visitarlos era irregular.

Dentro de la sala de seda temporal, Adolin encontró a Kadash —uno de los fervorosos más destacados, quien en otros tiempos había sido soldado, como podía comprobarse por las cicatrices que tenía en la cabeza—, hablando con otros fervorosos ataviados con túnicas color rojo sangre.

Moldeadores de almas. Era la palabra para la gente que realizaba ese arte y los fabriles que empleaban. Kadash no era uno de ellos: llevaba túnica gris y no roja, la cabeza afeitada, y el rostro enmarcado por una barba cuadrada. Advirtió a Adolin, vaciló brevemente, y luego inclinó la cabeza en gesto de respeto. Como todos los fervorosos, Kadash era técnicamente un esclavo.

Eso también podía aplicarse a los cinco moldeadores de almas. Cada uno de ellos estaba de pie con la mano en el pecho, mostrando un chispeante fabrial en el dorso de la mano. Una de los fervorosos miró a Adolin. Padre Tormenta, aquella mirada no era completamente humana, ya no. El uso prolongado del moldeador de almas le había transformado los ojos, que ahora chispeaban como gemas con su propia luz. La piel de la mujer se había endurecido hasta convertirse en algo parecido a una piedra, lisa, con finas

grietas. Era como si la persona fuera una estatua viviente.

Kadash corrió hacia Adolin.

—Brillante señor —dijo—, no había advertido que venías a supervisar.

—No estoy aquí para supervisar —respondió Adolin, mirando con incomodidad a los moldeadores de almas—. Simplemente, me sorprende. ¿No soléis hacer esto de noche?

—Ya no podemos permitirnos hacerlo así, brillante —explicó Kadash—. Se piden demasiadas cosas a los moldeadores de almas. Edificios, comida, eliminación de residuos... Para abarcarlo todo, tendremos que empezar a formar a múltiples fervorosos en cada fabrial, para que luego trabajen por turnos. Tu padre lo aprobó a principios de esta semana.

Esto atrajo las miradas de varios de los fervorosos de túnica roja. ¿Qué les parecía que otros se entrenaran con sus fabriles? Sus rostros eran inexpresivos.

—Comprendo —dijo Adolin. «Tormentas, confiamos mucho en estas cosas». Todos hablaban de las hojas y armaduras esquirladas, y de sus ventajas en el combate. Pero en realidad eran estos extraños fabriles (y el alimento que creaban) lo que había permitido que la guerra siguiera adelante como lo había hecho.

—¿Podemos continuar, brillante? —preguntó Kadash.

Cuando Adolin asintió, Kadash regresó con los otros cinco y dio unas breves órdenes. Habló con rapidez, nervioso. Era extraño ver eso en Kadash, por lo general tan plácido e imperturbable. Los moldeadores de almas tenían ese efecto en todo el mundo.

Los cinco empezaron a cantar en voz baja, en armonía con los fervorosos de fuera. Los cinco avanzaron y alzaron sus manos en una línea, y Adolin descubrió que tenía el rostro cubierto de sudor, un sudor que helaba el viento que conseguía colarse por las paredes de seda.

Al principio no hubo nada. Y luego, piedra.

A Adolin le pareció ver un atisbo de bruma formándose, igual que el momento en que aparecía una hoja esquirlada, mientras una enorme muralla cobraba vida. El viento sopló hacia dentro, como absorbido por aquella roca que se materializaba, haciendo que la tela se agitara violentamente, sacudiéndose y ondeando en el aire. ¿Por qué debería el viento soplar hacia dentro? ¿No debería haber

soplado hacia fuera por la roca que lo desplazaba?

La gran barrera bordeó la tela a cada lado, haciendo que las pantallas de seda se hincharan hacia fuera y se alzaran al aire.

—Necesitaremos varas más altas —murmuró Kadash para sí.

La muralla de piedra tenía la misma función que los barracones, pero esta era una forma nueva: plana por el lado que daba a los campamentos de guerra e inclinada por el otro, como una cuña. Adolin lo reconoció como algo que su padre llevaba meses intentando construir.

—¡Un rompevientos! —exclamó—. Es maravilloso, Kadash.

—Sí, bueno, parece que a tu padre le gustó la propuesta. Con unas cuantas docenas de estos, las cuadrillas de constructores podrán expandirse a toda la meseta sin temor a las altas tormentas.

Eso no era completamente cierto. Siempre había que preocuparse por las altas tormentas, ya que podían levantar peñascos y soplar lo bastante fuerte para arrancar los edificios de sus cimientos. Pero un rompevientos bueno y sólido sería una bendición del Poderoso allí, en las tierras de tormentas.

Los moldeadores de almas se retiraron sin hablar con los demás fervorosos. Los parshmenios se esforzaron en seguirlos, los que estaban a un lado de la barrera corrieron con su seda y abrieron la parte trasera para dejar que un nuevo rompevientos saliera del recinto. Pasaron ante Adolin y Kadash, dejándolos en la meseta a la sombra de la nueva y enorme estructura de piedra.

La muralla de seda se alzó, bloqueando la visión de los moldeadores de almas. Justo antes de hacerlo, Adolin reparó en las manos de uno de ellos. El brillo del fabrial había desaparecido. Probablemente, una o más de las gemas que tenía dentro se habían roto.

—Sigue pareciéndome increíble —dijo Kadash, contemplando la barrera de piedra—. Incluso después de todos estos años. Si necesitábamos pruebas de la intervención del Todopoderoso en nuestras vidas, esta lo es. —Unos cuantos glorispren aparecieron a su alrededor, dorados, trazando vueltas.

—Los Radiantes podían moldear almas, ¿no? —preguntó Adolin.

—Está escrito que podían —dijo Kadash con cuidado. La Traición (el término aplicado al abandono de la humanidad por parte de los Radiantes) a menudo era considerado un fracaso del

vorinismo como religión. La manera en que la Iglesia trató de hacerse con el poder en los siglos que siguieron era aún más vergonzosa.

—¿Qué más podían hacer los Radiantes? —preguntó Adolin—. Tenían poderes extraños, ¿verdad?

—No he leído mucho sobre el tema, brillante —respondió Kadash—. Quizá debería pasar más tiempo estudiándolos, aunque solo sea para recordar los males del orgullo. Me aseguraré de hacerlo, brillante, para seguir siendo fiel y recordar cuál es el sitio adecuado de todos los fervorosos.

—Kadash —dijo Adolin, viendo retirarse la titilante procesión de seda—. Ahora mismo necesito información, no humildad. El Asesino de Blanco ha regresado.

Kadash se quedó boquiabierto.

—¿Los disturbios de anoche en el palacio? ¿Son ciertos los rumores?

—Sí.

No tenía sentido ocultarlo. Su padre y el rey se lo habían contado a los altos príncipes, y estaban pensando en cómo comunicárselo a todos los demás.

Adolin miró al fervoroso a los ojos.

—Ese asesino andaba por las paredes, como si el tirón de la tierra no fuera nada para él. Cayó treinta metros sin herirse. Era como un Portador del Vacío, la muerte hecha forma. Así que vuelvo a preguntarte. ¿Qué podían hacer los Radiantes? ¿Tenían habilidades como estas?

—Esas y más, brillante —susurró Kadash, pálido—. Hablé con algunos de los soldados que sobrevivieron a aquella primera, y terrible, noche en que mataron al antiguo rey. Creí que las cosas que dijeron haber visto eran el resultado del trauma...

—Necesito saberlo —dijo Adolin—. Investígalo. Lee. Dime qué podría ser capaz de hacer esa criatura. Tenemos que aprender a combatirlo. Porque regresará.

—Sí —respondió Kadash, visiblemente aturdido—. Pero... ¿Adolin? Si lo que dices es cierto... ¡Tormentas! Podría significar que los Radiantes no están muertos.

—Lo sé.

—El Todopoderoso nos proteja —susurró Kadash.

A Navani Kholin le encantaban los campamentos de guerra. En las ciudades normales, todo resultaba demasiado desordenado. Las tiendas estaban donde no encajaban, las calles se negaban a extenderse en línea recta.

Los militares, en cambio, valoraban el orden y la racionalidad: al menos, los mejores de ellos lo hacían. Sus campamentos lo reflejaban. Los barracones se encontraban alineados en filas ordenadas, y los comercios se confinaban a los mercados y no se hallaban en cada esquina. Desde su torre de observación, Navani podía ver gran parte del campamento de Dalinar. «Tan ordenado, tan bien pensado».

Esta era la marca de la humanidad: coger el mundo salvaje y desorganizado y convertirlo en algo lógico. Todo resultaba mucho más útil cuando estaba en su sitio, cuando resultaba fácil encontrar la persona o la cosa que necesitabas. La creatividad requería esas cosas.

Una planificación cuidadosa era, de hecho, el agua que nutría la innovación.

Inspiró profundamente y se volvió hacia la zona de ingeniería, que dominaba la sección oriental del campamento de Dalinar.

—¡Muy bien, todo el mundo! —exclamó—. ¡Vamos a intentarlo!

Esta prueba había sido planeada mucho antes del ataque del asesino, y ella había decidido seguir adelante. ¿Qué otra cosa iba a hacer? ¿Quedarse sentada y preocuparse?

Los terrenos de más abajo se convirtieron en un hervidero de actividad. Su plataforma de observación tenía unos siete metros y medio de altura, y le ofrecía una buena perspectiva de la zona de ingeniería. La acompañaba una docena de fervorosos y eruditos, e incluso Matain y unos cuantos predicetormentas. Seguía sin estar segura de qué pensar de esta gente: se pasaban demasiado tiempo hablando de numerología y leyendo los vientos, unas habilidades que llamaban ciencia en un intento de evitar las prohibiciones vorin respecto a la predicción del futuro. Habían ofrecido su útil sabiduría de vez en cuando. Ella los había invitado por ese motivo... y porque quería vigilarlos de cerca.

El objeto de su atención, y el sujeto de la prueba de ese día, era una gran plataforma circular en el centro de los terrenos de ingeniería. La estructura de madera parecía la parte superior de una

torre de asalto que hubieran cortado y colocado en el suelo. La rodeaban unas almenas donde habían dispuesto muñecos, como los que utilizaban los soldados para las prácticas de tiro con arco. Junto a aquella plataforma había una alta torre de madera con un andamiaje por los lados. Los trabajadores subían y bajaban por allí, comprobando que todo funcionara.

—Tendrías que leer esto, Navani —dijo Rushu, examinando un informe. La joven era fervorosa y no tenía ningún derecho a estar en posesión de unas pestañas tan sensuales ni de unos rasgos delicados. Se había unido al fervor para evitar las insinuaciones de los hombres. Una decisión poco acertada, teniendo en cuenta el entusiasmo con que los varones fervorosos se mostraban dispuestos a trabajar con ella. Por fortuna, también era inteligente. Y Navani siempre podía encontrar utilidad para una persona inteligente.

—Lo leeré más tarde —replicó Navani en un tono de ligero reproche—. Ahora tenemos trabajo, Rushu.

—... cambió incluso cuando estaba en la otra habitación —murmuró Rushu, pasando a otra página—. Repetible y medible. Solo llamaspren de momento, pero con tantas aplicaciones potenciales...

—Rushu —dijo Navani, con un poco más de firmeza esta vez—. ¿La prueba?

—¡Oh! Lo siento, brillante. —La mujer guardó las páginas dobladas en un bolsillo de su túnica antes de pasarse la mano por la cabeza rapada, frunciendo el ceño—. Navani, ¿te has preguntado alguna vez por qué el Todopoderoso concedió barba a los hombres y no a las mujeres? Y ya puestos, ¿por qué consideramos femenino que las mujeres lleven el pelo largo? ¿No debería ser eso una tendencia masculina? Muchos de ellos tienen de sobra, ¿no?

—Concéntrate, muchacha —advirtió Navani—. Quiero que estés atenta cuando tenga lugar la prueba. —Se volvió hacia los demás—. Eso va para todos vosotros. ¡Si esta cosa vuelve a caerse al suelo, no quiero perder otra semana intentando descubrir qué ha salido mal!

Los otros asintieron y Navani notó que empezaba a emocionarse, olvidando por fin parte de la tensión del ataque de la noche. Repasó mentalmente los protocolos de la prueba. La gente alejada de los lugares de peligro... Los fervorosos en las diversas plataformas cercanas, observando intensamente con plumas y papel para

anotarlo todo... Las piedras infusas...

Lo habían hecho y repasado todo tres veces. Dio un paso hacia la parte delantera de su plataforma, se agarró con fuerza a la barandilla con la mano libre y la mano segura enguantada, y bendijo al Todopoderoso por lo útiles que resultaban los proyectos fabriles para acaparar los pensamientos. Había usado este al principio para distraerse y no pensar en Jasnah, aunque acabó por convencerse de que su hija estaría bien. Ciertamente, los informes decían que el navío se había perdido con todos los pasajeros, pero no era la primera vez que el desastre golpeaba a Jasnah. Su hija jugaba con el peligro como un niño con un cremlino cautivo, y siempre salía bien librada.

Sin embargo, el regreso del asesino... Oh, Padre Tormenta. Si se llevaba a Dalinar como había hecho con Gavilar...

—Dad la señal —indicó a los fervorosos—. Lo hemos comprobado todo más veces de lo que es útil.

Los fervorosos asintieron y escribieron, a través de vinculacañas, a los trabajadores de abajo. Navani advirtió molesta que una figura con una armadura esquirrada de color azul se había acercado a la zona, con el yelmo bajo el brazo, revelando una despeinada mata de pelo rubio moteado de negro. Se suponía que los guardias tenían que haber cerrado el paso a cualquier intruso, pero esas prohibiciones no se aplicaban al heredero del alto príncipe. Bueno, Adolin sabría mantenerse a distancia. O eso se suponía.

Se volvió hacia la torre de madera. Los fervorosos de lo alto habían activado los fabriales que había allí, y en ese momento bajaban por las escalerillas laterales, desenganchando los cierres mientras lo hacían. Una vez estuvieron abajo, tiraron con cuidado de los lados, montados sobre ruedas. Eran lo único que había mantenido en su sitio la parte superior de la torre. Sin ellos, caería.

Sin embargo, la parte superior permaneció en su sitio, colgando en el aire de manera imposible. Navani contuvo la respiración. Lo único que la conectaba con el suelo era un conjunto de dos poleas y cuerdas, pero estas no ofrecían ninguna sujeción. La sección de madera gruesa y cuadrada colgaba en el aire sin ningún tipo de apoyo.

Los fervorosos que rodeaban a Navani murmuraron entusiasmados. A continuación venía la auténtica prueba. Navani

hizo una señal, y los hombres de abajo manejaron las manivelas de las poleas, haciendo bajar la sección de madera. El cercano parapeto para los arqueros se meció, se estremeció, y empezó a alzarse en el aire con un movimiento exactamente opuesto al de la sección cuadrada.

—¡Funciona! —exclamó Rushu.

—No me gusta ese bamboleo —masculló Falilar. El viejo ingeniero fervoroso se rascó la barba—. El ascenso debería ser más suave.

—No se cae —repuso Navani—. Me contento con eso.

—Quieran los vientos que aguante. He estado ahí arriba —dijo Rushu, alzando un catalejo—. No distingo ni una chispa en las gemas. ¿Y si se están rompiendo?

—Entonces lo descubriremos tarde o temprano —repuso Navani, aunque en realidad no le importaría haber estado en lo alto del parapeto. Dalinar sufriría un ataque al corazón si se enterara que hacía algo así. Era un encanto, pero un poco demasiado protector. Igual que una alta tormenta podía considerarse un poco demasiado ventosa.

El parapeto ascendió, tambaleándose como si lo estuvieran izando, aunque no tenía ningún apoyo. Por fin llegó a lo más alto. El cuadrado de madera que colgaba en el aire antes había quedado contra el suelo, sujeto. El parapeto redondo flotaba en cambio en el aire, ligeramente desequilibrado.

No se cayó.

Adolin subió hasta la plataforma de observación, que se sacudió y tembló por el peso de la armadura esquirrada. Cuando llegó junto a Navani, los otros eruditos charlaban entre sí y tomaban furiosamente notas. Logispren, en forma de diminutas nubes de tormenta, revoloteaban a su alrededor.

Había funcionado. Por fin.

—Eh —dijo Adolin—. ¿Esa plataforma está volando?

—¿Ahora acabas de darte cuenta, querido? —preguntó Navani.

Él se rascó la cabeza.

—He estado distraído, tía. Hum. Es... es realmente raro. — Parecía preocupado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Navani.

—Es, es como...

«Él». El asesino que, según Adolin y Dalinar, había manipulado de algún modo los gravedaspren.

Navani miró a los eruditos.

—¿Por qué no bajáis todos y les ordenáis que desciendan las plataformas? Podéis inspeccionar las gemas a ver si se ha roto alguna.

Los demás lo interpretaron como una invitación a retirarse y bajaron los escalones, emocionados y en tropel, aunque Rushu (la querida Rushu) se quedó.

—¡Oh! —dijo la mujer—. Sería mejor verlo desde aquí arriba, por si...

—Quiero hablar con mi sobrino. A solas, por favor. —A veces, al trabajar con estudiosos, había que ser un poquito ruda.

Rushu se ruborizó, hizo una reverencia y se marchó rápidamente. Adolin se acercó a la barandilla. Era difícil no sentirse empujada ante un hombre vestido con armadura esquivada, y cuando él extendió la mano para agarrarse a la barandilla, a Navani incluso le pareció que oía el crujido de la madera bajo la fuerza de aquella mano. Adolin podría haber quebrado la barandilla sin vacilar.

«Tendré que calcular cómo sacar más partido de eso», pensó. Aunque no era una guerrera, sin duda habría cosas que pudiera hacer para proteger a su familia. Cuando más comprendiera los secretos de la tecnología y el poder de los spren encerrados en las gemas, más cerca estaría de encontrar lo que buscaba.

Adolin le estaba mirando la mano. Oh, así que por fin se había dado cuenta, ¿eh?

—¿Tía? —dijo, la voz forzada—. ¿Un guante?

—Es mucho más práctico —respondió ella, alzando la mano segura y agitando los dedos—. Oh, no pongas esa cara. Las mujeres ojos oscuros lo hacen todo el tiempo.

—No eres una ojos oscuros.

—Soy la reina viuda —replicó Navani—. A nadie le importa qué hago, por Condenación. Podría andar por ahí completamente desnuda y lo único que harían sería sacudir la cabeza y comentar lo excéntrica que soy.

Adolin suspiró, pero dejó correr el tema e indicó la plataforma con un gesto.

—¿Cómo lo hicisteis?

—Fabriales conjuntados —explicó Navani—. El truco consistía en encontrar un modo de superar la debilidad estructural de las gemas, que sucumben fácilmente a la tensión multiplicada de infusión simultánea y fuerza física. Nosotros...

En cuanto vio la expresión de Adolin, se interrumpió. Su sobrino era un joven inteligente en lo referente a la mayoría de las interacciones sociales, pero definitivamente, la erudición no era lo suyo. Navani sonrió y pasó a una explicación más sencilla.

—Si rompes de cierto modo una piedra fabrial —dijo—, puedes enlazar las dos piezas para que cada una imite los movimientos de la otra. Como una vinculacañas.

—Ah, de acuerdo —asintió Adolin.

—Bien. También podemos hacer que dos mitades se muevan de forma opuesta. Llenamos el suelo de ese parapeto con esas gemas y ponemos la otra mitad en el cuadrado de madera. Cuando las conectamos todas para que se imiten unas a otras a la inversa, podemos hacer bajar una plataforma y subir la otra.

—Hum —dijo Adolin—. ¿Y eso funcionaría en el campo de batalla?

Eso era exactamente lo que le había preguntado Dalinar cuando ella le enseñó los conceptos.

—De momento, la distancia supone un problema —explicó—. Cuanto más lejos estén las parejas, más débil es la interacción, y eso hace que se rompan más fácilmente. Cuando se trata de algo ligero como una vinculacañas apenas se nota, pero al trabajar con objetos pesados... Bueno, probablemente podremos hacer que funcionen en las Llanuras Quebradas. De momento, ese es nuestro objetivo. Podríamos llevar rodando una de estas hasta allí, conectarla y comunicarnos a través de vinculacañas. Bajamos la plataforma aquí, y tus arqueros se elevan quince metros para conseguir una posición de tiro perfecta.

Esto pareció entusiasmar a Adolin.

—¡El enemigo no podría derribarla ni escalarla! Padre Tormenta. ¡Qué ventaja táctica!

—Desde luego.

—No pareces muy entusiasmada.

—Lo estoy, querido —dijo Navani—. Pero no es la idea más

ambiciosa que he tenido para esta técnica. Ni por una leve brisa ni por una tormenta de viento.

Él la miró con el ceño fruncido.

—Ahora mismo todo es muy técnico y teórico —sonrió Navani—. Pero espera. Cuando veas las cosas que los fervorosos están imaginando...

—¿Tú no? —preguntó Adolin.

—Soy su jefa, querido —dijo Navani, dándole una palmadita en el brazo—. No tengo tiempo para hacer todos los diagramas y cifras, aunque me pusiera manos a la obra. —Miró a los fervorosos concentrados y a las científicas que inspeccionaban el suelo de la plataforma parapeto—. Me soportan.

—Seguro que es algo más que eso.

Tal vez en otra vida podría haber sido así. Navani estaba segura de que algunas de ellas la consideraban una colega. Muchas, sin embargo, solo la veían como la mujer que las patrocinaba para poder tener nuevos fabriles de los que alardear en sus fiestas. Tal vez solo era eso. Una dama de ojos claros y rango debía tener algunas aficiones, ¿no?

—Imagino que estás aquí para escoltarme a la reunión. —Los altos príncipes, nerviosos por el ataque del asesino, habían exigido que Elhokar se reuniera ese día con ellos.

Adolin asintió, se volvió y miró por encima del hombro cuando oyó un ruido, e instintivamente dio un paso para colocarse entre Navani y lo que fuera. Sin embargo, solo eran unos trabajadores que retiraban el costado de uno de los enormes puentes rodantes de Dalinar. Estos terrenos existían para eso; ella simplemente se había apropiado de la zona para su prueba.

Navani extendió un brazo hacia él.

—Eres tan malo como tu padre.

—No te lo niego —dijo él, cogiéndola del brazo. Aquella mano suya cubierta por la armadura esquivada podría haber hecho que algunas mujeres se sintieran incómodas, pero ella llevaba mucho tiempo entre armaduras, mucho más tiempo que la mayoría.

Bajaron juntos los anchos escalones.

—Tía —dijo Adolin—. ¿Has estado..., ejem, has hecho algo para animar los avances de mi padre? Entre vosotros dos, quiero decir. —Para tratarse de un muchacho que se había pasado media vida

flirteando con todo lo que llevara faldas, desde luego se ruborizó mucho al decirlo.

—¿Animarlo? —replicó Navani—. He hecho más que eso, niño. Prácticamente tuve que seducirlo. Tu padre es testarudo.

—No me había dado cuenta —soltó Adolin con sequedad—. ¿Te das cuenta de lo mucho que has dificultado su situación? Intenta que los otros altos príncipes sigan los Códigos usando las contenciones sociales del honor, y sin embargo pasa por alto algo similar.

—Una molesta tradición.

—Pareces muy satisfecha de prescindir solo de las que te parecen molestas, pero esperas que los demás sigamos todas las otras.

—Pues claro —admitió Navani con una sonrisa—. ¿No te habías dado cuenta antes?

La expresión de Adolin se tornó sombría.

—No te enfades —dijo Navani—. Estás libre del compromiso matrimonial, ya que al parecer Jasnah ha decidido viajar a alguna otra parte. No tendré la oportunidad de casarte todavía, al menos hasta que ella aparezca. —Conociéndola, eso podía ser al día siguiente... o al cabo de meses.

—No me enfado.

—Pues claro que no —dijo ella, dándole una palmada en el brazo blindado mientras llegaban al pie de las escaleras—. Vayamos al palacio. No sé si tu padre podrá retrasar la reunión si no llegamos a tiempo.



Y cuando la gente corriente les pidió cuentas, los Liberadores dijeron que habían sido malinterpretados por la terrible naturaleza de su poder; y cuando trataron con otros, siempre se mostraron firmes al asegurar que otros epítetos, sobre todo «Portadores del Polvo», a menudo oído en el habla corriente, eran sustitutos inaceptables, en concreto por su similitud con «Portadores del Vacío». También mostraron ira por el gran prejuicio que esa confusión les causaba, aunque para muchos hablantes había poca diferencia entre ambos términos.

De Palabras radiantes, capítulo 17, página 11

Cuando Shallan despertó, era una mujer nueva.

Aún no estaba completamente segura de quién era esa mujer, pero sabía qué mujer no era. No era la niña asustada que había sufrido las tormentas de un hogar roto. No era la muchacha ingenua que había tratado de robarle a Jasnah Kholin. No era la mujer que había caído en el engaño de Kabsal y luego de Tyn.

Eso no significaba que no siguiera estando asustada ni siguiera siendo ingenua. Pero estaba cansada. Cansada de verse avasallada, manipulada, despreciada. Durante el viaje con Tvlakv, había fingido

que era capaz de liderar y hacerse cargo de todo. Ya no sentía la necesidad de fingir.

Se arrodilló junto a uno de los baúles de Tyn. Había evitado que los hombres lo forzaran (quería unos cuantos baúles para guardar la ropa), pero aunque había buscado por toda la tienda no había encontrado la llave adecuada.

—Patrón —dijo—. ¿Puedes mirar dentro? ¿Colarte por el ojo de la cerradura?

—Mmm... —Patrón se acercó al lateral del baúl, luego se encogió hasta el tamaño de una uña. Entró fácilmente. Ella oyó su voz desde el interior—. Oscuro.

—Rayos —masculló Shalla, sacando una esfera y acercándola al ojo de la cerradura—. ¿Te sirve esto?

—Veo un patrón —respondió él.

—¿Un patrón? ¿Qué clase de...?

Click.

Boquiabierta, Shalla extendió la mano para alzar la tapa del baúl. Patrón zumbaba felizmente en el interior.

—Lo has abierto.

—Un patrón —dijo tan contento.

—¿Puedes mover cosas?

—Un empujoncito aquí y allá —dijo él—. Muy poca fuerza en este lado. Mmm...

El baúl estaba lleno de ropas y tenía una bolsa de tela negra con esferas. Todo aquello podía ser muy útil. Shalla rebuscó hasta encontrar un vestido con finos bordados y estilo moderno. Tyn, naturalmente, lo necesitaba para las ocasiones en que fingía tener un estatus superior. Shalla se lo puso, descubrió que le quedaba grande de pecho, pero por lo demás resultaba aceptable, y luego se arregló la cara y el cabello ante el espejo usando el maquillaje y los cepillos de la muerta.

Cuando salió de la tienda esa mañana, por primera vez en lo que parecían años se sintió como una auténtica ojos claros. Era buena cosa, pues hoy finalmente llegaría a las Llanuras Quebradas. Y, supuestamente, a su destino.

Salió a la luz de la mañana. Sus hombres trabajaban junto a los parshmenios de la caravana para levantar el campamento. Muertos los guardias de Tyn, la única fuerza armada le pertenecía a ella.

Vathah se acercó.

—Anoche quemamos los cuerpos como ordenaste, brillante. Y otra patrulla de guardia se pasó por aquí esta mañana mientras te estabas preparando. Obviamente querían que supiéramos que pretenden mantener la paz. Si alguien acampa en este lugar y encuentra los huesos de Tyn y sus soldados entre las cenizas, podrían haber preguntas. No sé si los trabajadores de la caravana mantendrían tu secreto si se les preguntara.

—Gracias —dijo Shallan—. Que uno de tus hombres recoja los huesos y los meta en un saco. Yo me encargaré de ellos.

¿De verdad había dicho eso?

Vathah asintió secamente, como si esa fuera la respuesta que esperaba.

—Ahora que estamos tan cerca de los campamentos, algunos hombres se sienten incómodos.

—¿Sigues pensando que soy incapaz de cumplir la promesa que les hice?

Vathah sonrió.

—No. Creo que me has convencido, brillante.

—¿Entonces?

—Yo me encargaré de serenar los ánimos.

—Excelente.

Se separaron y Shallan fue en busca de Macob. Cuando lo encontró, el viejo y barbudo jefe de la caravana se inclinó ante ella con muchísimo más respeto que el que le había mostrado antes. Ya se había enterado de lo de la hoja esquilada.

—Necesitaré que uno de tus hombres se adelante hasta los campamentos y me encuentre un palanquín —dijo Shallan—. Enviar a uno de mis soldados es ahora mismo imposible. —No estaba dispuesta a arriesgarse a que los reconocieran y encarcelaran.

—Por supuesto —respondió Macob con voz tensa—. El precio será...

Ella lo miró intensamente.

—... pagado de mi propia bolsa, como agradecimiento por habernos traído a salvo. —Puso un extraño énfasis en la expresión «a salvo», como si hubiera un mérito cuestionable en la frase.

—¿Y el precio por tu discreción? —preguntó Shallan.

—Mi discreción siempre estará asegurada, brillante —dijo él—. Y mis labios no son los que deberían preocuparte.

Tenía razón.

El tipo se subió a su carreta.

—Uno de mis hombres se adelantará y te enviaremos un palanquín. Con eso me despido de ti. No quisiera ofenderte al decir, brillante, que espero que no volvamos a encontrarnos.

—En esta cuestión, nuestros puntos de vista coinciden.

Él asintió y fustigó a su chull. La carreta echó a rodar.

—Anoche estuve escuchando —zumbó Patrón con voz nerviosa desde detrás de su vestido—. ¿De verdad es tan fascinante para los humanos un concepto como la no existencia?

—Hablaban de la muerte, ¿no? —preguntó Shallan.

—Se preguntaban si tú «irías a por ellos». Me doy cuenta de que la no existencia no es algo que anhelar, pero hablaban y hablaban al respecto. Fascinante, desde luego.

—Bueno, mantén los oídos abiertos, Patrón. Sospecho que el día de hoy se va a volver aún más interesante. —Se encaminó hacia la tienda.

—Pero si no tengo oídos —objetó él—. Ah, sí. ¿Una metáfora? Qué mentiras tan deliciosas. Recordaré esa expresión.

Los campamentos de guerra alezi eran mucho más de lo que Shallan esperaba. Diez ciudades compactas en fila, cada una emitiendo el humo de millares de fuegos. Hileras de caravanas entraban y salían junto a los bordes de los cráteres que componían sus murallas. En cada campamento ondeaban cientos de estandartes que proclamaban la presencia de ojos claros de alto rango.

Mientras el palanquín la transportaba pendiente abajo, Shallan se sintió verdaderamente asombrada por la magnitud de la población. ¡Padre Tormenta! Antaño había considerado que la feria regional de las tierras de su padre era una congregación enorme de gente. ¿Cuántas bocas había que alimentar ahí abajo? ¿Cuánta agua tenían que recolectar tras cada alta tormenta?

El palanquín dio una sacudida. Shallan había dejado atrás la carreta: los chulls pertenecían a Macob. Intentaría venderla si todavía estaba allí cuando enviara más tarde a alguien a

recuperarla. De momento, viajaba en el palanquín, que cargaban parshmenios bajo los ojos vigilantes de un ojos claros que era su dueño y había alquilado el vehículo. A Shallan no se le escapó la ironía de ser llevada a hombros de los Portadores del Vacío cuando entraba en los campamentos.

Tras el vehículo marchaban Vathah y sus dieciocho guardias, seguidos de sus cinco esclavos, que transportaban los baúles. Los había dotado de zapatos y ropas de los mercaderes, pero no se podían disimular meses de esclavitud con un atuendo nuevo, y los soldados no ofrecían mucho mejor aspecto. Solo se lavaban el uniforme cuando los alcanzaba una alta tormenta, e incluso en esas ocasiones era más un remojón que un lavado. El hedor que desprendían era el motivo por el que les había ordenado marchar detrás del palanquín.

Shallan esperaba no estar en el mismo estado. Se había puesto el perfume de Tyn, pero la élite alezi prefería bañarse con frecuencia y oler a limpio, parte de la sabiduría de los Heraldos. «Lávense con la inminente alta tormenta, tanto siervo como brillante señor, para alejar los putrispren y purificar el cuerpo».

Ella había hecho todo lo posible con algunos baldes de agua, pero no había podido permitirse el lujo de detenerse a prepararse. Necesitaba la protección de un alto príncipe, y rápido. Ahora que había llegado, la inmensidad de sus tareas empezó a pesarle: descubrir qué había estado buscando Jasnah en las Llanuras Quebradas. Usar la información para convencer a los líderes alezi para que tomaran medidas contra los parshmenios. Investigar a la gente con la que trataba Tyn y... ¿hacer qué? ¿Engañarlos de algún modo? ¿Descubrir lo que sabían de Urithiru, desviar su atención de sus hermanos, y quizá encontrar un modo de devolverles lo que le habían hecho a Jasnah?

«Hay mucho que hacer». Necesitaría recursos. Dalinar Kholin era su mejor esperanza para ello.

—Pero ¿me aceptará? —susurró.

—¿Mmm? —dijo Patrón desde el asiento de al lado.

—Lo necesitaré como patrón. Si las fuentes de Tyn saben que Jasnah está muerta, entonces es muy probable que Dalinar también lo sepa. ¿Cómo reaccionará ante mi llegada inesperada? ¿Cogerá sus libros, me dará una palmadita en la cabeza y me enviará de regreso

a Jah Keved? La casa Kholin no tiene ninguna necesidad de aliarse con una veden menor como yo. Y yo... solo estoy divagando en voz alta, ¿verdad?

—Mmm —dijo Patrón. Parecía adormilado, aunque ella no sabía si los spren podían cansarse.

Su ansiedad aumentó mientras la comitiva se acercaba a los campamentos de guerra. Tyn se había mostrado inflexible para que no pidiera la protección de Dalinar, ya que eso le haría estar en deuda con él. Shallan había matado a la mujer, pero seguía respetando su opinión. ¿Tenía razón en lo que había dicho de Dalinar?

Llamaron a la ventana del palanquín.

—Vamos a hacer que los parshmenios te bajen un momento —dijo Vathah—. Tenemos que preguntar dónde está el alto príncipe.

—Bien.

Ella esperó impaciente. Tendrían que haber enviado al dueño del palanquín con el encargo: Vathah estaba tan nervioso como ella ante la idea de enviar a los campamentos a uno de sus hombres. Al poco rato oyó una conversación apagada en el exterior, y Vathah regresó arrastrando las botas sobre la roca. Ella retiró la cortina y lo miró.

—Dalinar Kholin está con el rey —anunció Vathah—. Todos los altos príncipes se encuentran reunidos. —Se volvió hacia los campamentos; parecía preocupado—. Hay algo en los vientos, brillante. —Entornó los ojos—. Demasiadas patrullas. Montones de soldados fuera. El dueño del palanquín no dice nada, pero por lo que parece, ha sucedido algo hace poco. Algo letal.

—Entonces, llevadme ante el rey —exigió Shallan.

Vathah alzó una ceja. El rey de Alezkar era indiscutiblemente el hombre más poderoso del mundo.

—No vas a matarlo, ¿verdad? —preguntó él en voz baja, inclinándose hacia delante.

—¿Qué?

—Supongo que es algo que podría hacer una mujer... ya sabes. —No la miró a los ojos—. Acercarse, invocar la espada, clavársela en el pecho antes de que nadie se diera cuenta de lo que había pasado.

—No voy a matar a tu rey —declaró ella, divertida.

—No me importaría si lo hicieras —respondió él en voz baja—. Casi espero que lo hagas. Es un niño que lleva la ropa de su padre, eso es todo. Las cosas han empeorado para Alezkar desde que ocupa el trono. Pero mis hombres lo tendrían difícil para quitarse de en medio si hicieras algo así. Muy difícil.

—Mantendré mi promesa.

Él asintió, y Shallan dejó caer de nuevo las cortinas sobre la ventana del palanquín. Padre Tormenta. Darle a una mujer una hoja esquirrada, acercarse... ¿Acaso alguien lo había intentado alguna vez? Tenían que haberlo hecho, aunque la idea la asqueaba.

El palanquín se dirigió al norte. Tardaron un buen rato en atravesar los campamentos, pues eran enormes. Por fin Shallan se asomó y vio una alta colina a la izquierda con un edificio esculpido en la piedra. ¿Un palacio?

¿Y si convencía al brillante señor Dalinar para que la aceptara y le confiara la investigación de Jasnah? ¿Qué habría sido ella en la casa de Dalinar? ¿Una escriba menor, apartada e ignorada? Así había pasado la mayor parte de su vida. De pronto, decidió con todo su corazón no permitir que eso sucediera de nuevo. Necesitaba la libertad y los recursos para investigar sobre Urithiru y el asesinato de Jasnah. Shallan no aceptaría otra cosa. No podía aceptar nada más.

«Entonces, haz que suceda», pensó.

Ojalá hubiese sido tan fácil. Mientras el palanquín empezaba a subir las serpenteantes cuestas que conducían al palacio, su nueva cartera (conseguida de entre las cosas de Tyn) se sacudió y golpeó el suelo. Shallan la recogió y fue pasando las páginas del interior, hasta encontrar el arrugado dibujo de Bluth tal como lo había imaginado. Un héroe en vez de un esclavista.

—Mmm... —dijo Patrón en el asiento a su lado.

—Este dibujo es mentira —comentó Shallan.

—Sí.

—Y sin embargo no lo es. Se convirtió en esto, al final. En cierto modo.

—Sí.

—Entonces, ¿qué es la mentira y qué es la verdad?

Patrón zumbó suavemente para sí, como un sabueso-hacha feliz ante el fuego del hogar. Shallan acarició el dibujo, alisándolo, antes

de sacar una libreta y un lápiz para empezar a dibujar. Con el bamboleo del palanquín no era nada fácil, y el resultado sin duda no sería su mejor dibujo. Con todo, sus dedos se movieron con una intensidad que no sentía desde hacía semanas.

Anchas líneas al principio, para fijar la imagen en su cabeza. No copiaba una memoria esta vez. Estaba buscando algo nebuloso: una mentira que pudiera ser real si la imaginaba de forma adecuada.

Dibujó frenéticamente en el papel, encogida, y pronto dejó de sentir el ritmo de los pasos de los porteadores. Solo veía el dibujo, solo conocía las emociones que vertía en esa página. La determinación de Jasnah. La confianza de Tyn. Una sensación de idoneidad que no podía describir pero que extraía de su hermano Helaran, la mejor persona que había conocido jamás.

Todo pasó de ella al lápiz y a la página. Manchas y líneas que se convirtieron en sombras y patrones que se convirtieron en figuras y rostros. Un rápido boceto, apresurado, y sin embargo vivo. Mostraba a Shallan como una joven segura de sí misma de pie ante Dalinar Kholin, tal como lo imaginaba. Lo había dibujado con su armadura esquivada y él, y los que lo rodeaban, estudiaban a Shallan con penetrante consternación. La joven se mostraba firme, con la mano extendida hacia ellos mientras hablaba con confianza y poder. No había ningún temblor. Ningún miedo a la confrontación.

«Esto es lo que yo habría sido —pensó Shallan—, si no me hubiera criado en una casa donde imperaba el miedo. Así es como seré hoy».

No era una mentira. Era una verdad alternativa.

Llamaron a la puerta del palanquín. Habían dejado de moverse y ella apenas lo había advertido. Asintiendo para sí, dobló el boceto y lo guardó en el bolsillo de la manga de su mano segura. Luego bajó del vehículo y pisó la fría piedra. Se sentía fortalecida, y comprendió que había absorbido una diminuta cantidad de luz tormentosa sin pretenderlo.

Este palacio era a la vez más hermoso y más prosaico de lo que había esperado. En efecto, se encontraba en un campamento de guerra, y por eso la morada del rey no podía revestir la majestuosidad de las residencias reales de Kharbranth. Al mismo tiempo, era sorprendente que semejante estructura hubiera sido formada allí, lejos de la cultura y los recursos de Alezkar. La alta

fortaleza de roca esculpida, de varios pisos de altura, se alzaba en la cima de la colina.

—Vathah, Gaz —dijo—. Acompañadme. Los demás, quedaos aquí. Mandaré mensajes.

Ellos la saludaron. Shallan no estuvo segura de si era apropiado o no. Echó a andar, y advirtió con diversión que había escogido a uno de los desertores más altos y a uno de los más bajos para que la escoltaran, y por eso cuando la flanquearon crearon una pendiente de altura graduada: Vathah, ella misma, Gaz. ¿Había elegido realmente a sus guardias por motivos estéticos?

Las puertas del complejo palaciego daban al oeste, y allí Shallan encontró un buen número de guardias ante otras puertas abiertas que conducían a un profundo túnel que se internaba en la colina. ¿Dieciséis guardias ante la puerta? Había leído que el rey Elhokar era paranoico, pero esto parecía excesivo.

—Tendrás que anunciarme, Vathah —dijo en voz baja mientras avanzaban.

—¿Como...?

—Brillante Shallan Davar, pupila de Jasnah Kholin y prometida informal de Adolin Kholin. No lo digas hasta que yo te lo indique.

El hombre asintió, con la mano apoyada en el hacha. Shallan no compartía su incomodidad. En todo caso, estaba expectante. Pasó ante los guardias con la cabeza bien alta, actuando como si perteneciera a este lugar.

La dejaron pasar.

Shallan estuvo a punto de tropezar. Más de una docena de guardias en la puerta, y no le daban el alto. Varios alzaron la mano como para hacerlo (lo vio con el rabillo del ojo), pero en última instancia retrocedieron en silencio. Vathah bufó en voz baja junto a ella mientras entraban en el túnel más allá de las puertas.

La acústica trajo los susurros resonantes de los guardias cuando estos intercambiaron unos comentarios. Finalmente, uno de ellos la llamó.

—¿Brillante...?

Ella se detuvo, se volvió hacia ellos y alzó una ceja.

—Lo siento, brillante —dijo el guardia—. Pero ¿eres...?

Shallan dirigió un gesto a Vathah.

—¿No reconoces a la brillante Davar? —soltó el hombre—. ¿La

prometida informal del brillante señor Adolin Kholin?

Los guardias permanecieron en silencio y Shallan dio media vuelta para continuar su camino. La conversación a sus espaldas comenzó de nuevo casi inmediatamente, esta vez lo bastante fuerte para que pudiera captar algunas palabras:

—... nunca puedo llevar la cuenta de las novias de ese hombre...

Llegaron a un cruce. Shallan miró hacia un lado, luego hacia otro.

—Arriba, supongo —dijo.

—A los reyes les gusta estar en lo más alto —dijo Vathah—. La actitud puede que te permita pasar la puerta exterior, brillante, pero no va a permitirme ver a Kholin.

—¿Eres de verdad su prometida? —preguntó Gaz, nervioso, rascándose el parche del ojo.

—Así era la última vez que lo comprobé —dijo Shallan, abriendo camino—. Lo cual, debo admitir, fue antes de que mi barco se hundiera. —No le preocupaba llegar a ver a Kholin. Al menos conseguiría una audiencia.

Continuaron subiendo, preguntando a la servidumbre para saber por dónde ir. Los criados caminaban apresuradamente en grupos y se sobresaltaban cuando los abordaban. Shallan conocía ese tipo de timidez. ¿Era el rey un amo tan terrible como lo había sido su padre?

Mientras continuaban ascendiendo, la estructura empezó a parecer menos una fortaleza y más un palacio. Había bajorrelieves en las paredes, mosaicos en el suelo, postigos tallados, un número cada vez mayor de ventanas. Para cuando llegaron a la sala de audiencias del rey cerca de la cima, vigas de madera enmarcaban las paredes de piedra, laminadas en plata y oro. Las lámparas sostenían enormes zafiros, superiores en tamaño a las denominaciones corrientes, que irradiaban una brillante luz azul. Al menos no le faltaría luz tormentosa si la necesitaba.

El pasillo que desembocaba en la sala de audiencias del rey estaba abarrotado de hombres, sobre todo soldados con una docena de uniformes diferentes.

—Condenación —dijo Gaz—. Esos de ahí son los colores de Sadeas.

—Y de Thanadal, y Aladar, y Ruthar... —explicó Vathah—. Está

reunido con todos los altos príncipes, como dije.

Shallan detectó fácilmente las facciones, extrayendo de sus estudios del libro de Jasnah los nombres (y los escudos de armas) de los diez altos príncipes. Los soldados de Sadeas charlaban con los del alto príncipe Ruthar y el alto príncipe Aladar. Los de Dalinar estaban aparte, y Shallan detectó la hostilidad que reinaba entre ellos y los otros que ocupaban el pasillo.

Los guardias de Dalinar tenían muy pocos ojos claros entre ellos. Eso era extraño. ¿Y no conocía de algo al hombre que estaba ante la puerta? El alto ojos oscuros del gabán azul que le llegaba a las rodillas, con el cabello hasta los hombros, ligeramente ondulado... Hablaba en voz baja con otro soldado, que era uno de los de las puertas de abajo.

—Parece que aquí nos quedamos —dijo Vathah casi en un susurro.

El hombre se dio media vuelta y miró a Shallan a los ojos, antes de bajar la mirada hasta sus pies.

«Oh, no».

El hombre (un oficial, por el uniforme) avanzó directamente hacia la recién llegada, haciendo caso omiso de las miradas hostiles de los soldados de los otros altos príncipes mientras se encaminaba hacia ella.

—¿El príncipe Adolin está prometido con una comecuernos? —dijo llanamente.

Ella casi había olvidado el encuentro de hacía dos días ante los campamentos de guerra. «Voy a estrangular a esa...». Se interrumpió, sintiendo una punzada de aguda tristeza. Ya había matado a Tyn.

—Desde luego que no —dijo Shallan, alzando la barbilla y sin usar el acento comecuernos—. Viajaba sola por tierras salvajes. Revelar mi auténtica identidad no me pareció prudente.

El hombre gruñó.

—¿Dónde están mis botas?

—¿Así es como te diriges a una dama de ojos claros y rango?

—Así es como me dirijo a una ladrona —replicó el hombre—. Acababa de conseguir esas botas.

—Haré que te envíen un par de docenas. Después de que haya hablado con el alto príncipe Dalinar.

—¿Crees que voy a permitir que lo veas?

—¿Crees que puedes elegir?

—Soy el capitán de su guardia, mujer.

«Rayos», pensó ella. Aquello era un inconveniente. Pero al menos no estaba temblando por la confrontación. Lo había superado. Por fin.

—Bien, dime entonces, capitán: ¿cómo te llamas?

—Kaladin.

Qué extraño, sonaba como un nombre de ojos claros.

—Excelente. Ahora tengo un nombre que mencionar cuando le hable de ti al alto príncipe. No creo que le guste que traten así a la prometida de su hijo.

Kaladin hizo una señal a varios de sus soldados y los hombres de azul rodearon a Vathah, a ella y... ¿Dónde se había metido Gaz?

Shallan dio media vuelta y lo encontró retrocediendo por el pasillo. Kaladin lo divisó y se sobresaltó.

—¿Gaz? —exclamó Kaladin—. ¿Qué es esto?

—Uh... —El tuerto tartamudeó—. Señ... hum... Kaladin. ¿Eres... ah, un oficial? Así que las cosas te han ido bien...

—¿Conoces a este hombre? —preguntó Shallan a Kaladin.

—Intentó matarme —respondió este con frialdad—. En múltiples ocasiones. Es una de las ratas más repugnantes que he conocido.

Perfecto.

—No eres la prometida de Adolin —declaró Kaladin, mirándola a los ojos mientras varios de sus hombres atrapaban alegremente a Gaz, que se había topado con los otros guardias que venían de abajo—. La prometida de Adolin se ahogó. Eres una oportunista con muy mal sentido de la oportunidad. Dudo de que a Dalinar Kholin le alegre encontrar a una buscona tratando de aprovecharse de la muerte de su sobrina.

Ella empezó a ponerse nerviosa. Vathah la miró, obviamente preocupado por si las acusaciones de Kaladin eran correctas. Shallan hizo acopio de fuerzas y buscó en su bolsa segura y sacó un papel que había encontrado en las notas de Jasnah.

—¿Está la alta dama Navani en esa habitación?

Kaladin no respondió.

—Muéstrale esto, por favor —dijo Shallan.

Kaladin vaciló, luego cogió la hoja de papel. La examinó, pero

obviamente no podía saber que lo estaba haciendo boca abajo. Era una de las comunicaciones escritas entre Jasnah y su madre, disponiendo el compromiso informal. Realizada a través de vinculacañas, tendría que haber dos copias: la escrita desde el lado de Jasnah, y la del lado de la brillante Navani.

—Veremos —dijo Kaladin.

—Nosotros... —farfulló Shallan. Si no conseguía ver a Dalinar, entonces... Entonces... ¡A la tormenta con ese hombre! Lo agarró por el brazo con la mano libre cuando él se volvía para dar órdenes a sus hombres—. ¿Todo esto es porque te mentí? —preguntó con voz más suave.

Él la miró.

—Estoy haciendo mi trabajo.

—¿Tu trabajo es ser ofensivo y necio?

—No, ofensivo y necio también lo soy en mi tiempo libre. Mi trabajo consiste en impedir que gente como tú moleste a Dalinar Kholin.

—Te garantizo que querrá verme.

—Bueno, perdóname por no confiar en la palabra de una princesa comecuernos. ¿Te gustaría tener unas cuantas conchas que masticar mientras mis hombres te arrojan a los calabozos?

«Muy bien, ya es suficiente».

—¡Los calabozos me parecen maravillosos! —dijo ella—. ¡Al menos allí estaré lejos de ti, idiota!

—Solo por poco tiempo. Bajaría a interrogarte.

—¿Qué? ¿No podría elegir una opción más agradable? ¿Como ser ejecutada?

—Estás dando por hecho que podría encontrar a un verdugo dispuesto a soportar tu cháchara el tiempo suficiente para colocarte la sogá.

—Bueno, si quieres matarme, siempre puedes dejar que tu aliento haga el trabajo.

Él se ruborizó y varios guardias cercanos empezaron a reírse, aunque trataron de disimular cuando el capitán Kaladin los miró.

—Debería envidiarte —dijo, volviéndose hacia ella—. Para matar con mi aliento, he de acercarme. En cambio tú, con esa cara que tienes, podrías matar a cualquier hombre desde lejos.

—¿A cualquier hombre? —preguntó ella—. Vaya, pues contigo

no funciona. Supongo que eso demuestra que no eres hombre.

—Me has entendido mal. No me referí a cualquier hombre, solo a los machos de tu especie... Pero no te preocupes, me encargaré de no dejar que nuestros chulls se te acerquen.

—¿Sí? ¿Es que tus padres han venido a verte?

Él abrió mucho los ojos y por primera vez pareció que ella lo superaba.

—Mis padres no tienen nada que ver con esto.

—La verdad, no me extraña. Es normal que no quisieran tener nada que ver contigo.

—¡Al menos mis antepasados tuvieron el sentido de no emparejarse con una esponja! —replicó él, posiblemente como referencia a los cabellos rojos de Shallan.

—¡Al menos yo conozco a mi parentela! —replicó ella.

Se miraron mutuamente. Una parte de Shallan sentía satisfacción por haber podido hacerle perder los nervios, aunque por el calor que sentía en la cara, ella también lo había hecho. Jasnah se habría sentido decepcionada. El verdadero ingenio era el ingenio controlado. No debería permitirse que corriera libre, igual que una flecha no puede lanzarse en una dirección aleatoria.

Por primera vez, Shallan advirtió que el gran pasillo había quedado en silencio. Gran número de soldados y auxiliares los estaban mirando al oficial y a ella.

—¡Bah! —Kaladin se zafó el brazo: ella no lo había soltado después de recabar su atención antes—. Reviso mi opinión de ti. Sin duda eres una ojos claros de alta cuna. Solo ellos son capaces de resultar tan insoportables. —Se apartó de ella y se encaminó hacia las puertas de la habitación del rey.

Cerca de ella, Vathah se relajó visiblemente.

—¿Meterte en una pelea a gritos con el jefe de la guardia del alto príncipe Dalinar —le susurró— ha sido inteligente por tu parte?

—Hemos creado un incidente —dijo ella, calmándose—. Ahora Dalinar Kholin se enterará de esto de un modo u otro. Ese guardia no podrá mantenerle mi llegada en secreto.

Vathah vaciló.

—Así que formaba parte de un plan.

—No creas —dijo ella—. No soy tan lista. Pero debería funcionar de todas formas. —Miró a Gaz, al que los guardias de Kaladin

habían liberado para que pudiera reunirse con ellos dos, aunque todos seguían bajo férrea vigilancia.

—Incluso para desertor, eres un cobarde, Gaz —dijo Vathah entre dientes.

El aludido se limitó a mirar el suelo.

—¿De qué lo conoces? —preguntó Shallan.

—Era esclavo en los aserraderos donde yo trabajaba —contestó Gaz—. Tormenta de hombre. Es peligroso, brillante. Violento, un tipo problemático. No sé cómo ha conseguido una posición tan alta en tan poco tiempo.

Kaladin no había entrado en la sala de reuniones. Sin embargo, las puertas chirriaron un momento después. La reunión parecía haber terminado, o al menos habían hecho una pausa. Varios ayudados de cámara corrieron a ver si sus altos príncipes necesitaban algo, y los guardias empezaron a charlar. El capitán Kaladin le dirigió una mirada a Shallan y entró en la habitación, reacio, llevando su hoja de papel.

Shallan se obligó a permanecer de pie con las manos cruzadas (una en la manga, la otra no), para no parecer nerviosa. Al cabo de un rato, Kaladin volvió a salir, con una expresión de molesta resignación en el rostro. La señaló, luego indicó con el pulgar por encima del hombro, indicándole que podía entrar. Sus guardias la dejaron pasar, aunque cuando Vathah intentó seguirla lo detuvieron.

Ella le indicó que retrocediera, inspiró profundamente y se abrió paso entre la multitud de soldados y ayudados de cámara, para entrar en la sala de audiencias del rey.

UNA CUESTIÓN DE PERSPECTIVA



Y así, a medida que cada orden se igualaba a la naturaleza y el temperamento del Heraldo que era su patrono, no hubo más arquetipos de esto que los Custodios de Piedra, que seguían a Talenelat'Elin, Tendón de Piedra, Heraldo de la Guerra: consideraban un elemento de virtud dar ejemplo de resolución, fuerza y fiabilidad. Por desgracia, tuvieron menos cuidado con la imprudente práctica de su testarudez, incluso ante los errores demostrados.

De Palabras radiantes, capítulo 13, página 1

La reunión por fin celebró un descanso. No habían terminado (Padre Tormenta, parecía que no terminarían jamás), pero la discusión había acabado por el momento. Adolin se levantó, entre las protestas de las heridas de su pierna y su costado, y dejó a su padre y a su tía hablando en voz baja mientras la sala se llenaba de un zumbido de conversación.

¿Cómo lo soportaba su padre? Habían pasado dos horas enteras, según el reloj fabrial que Navani tenía en la pared. Dos horas de altos príncipes y sus esposas quejándose del Asesino de Blanco. Nadie podía ponerse de acuerdo respecto a lo que había que hacer.

Todos ignoraban la verdad que los apuñalaba en la cara. No se

podía hacer nada. Nada excepto que Adolin permaneciera alerta y practicara, que se entrenara para enfrentarse al monstruo cuando regresara.

«¿Y crees que podrás derrotarlo, Cuando puede caminar por las paredes y hacer que los mismos spren de la naturaleza le obedezcan?».

Era una pregunta incómoda. A instancia de su padre y no de buen grado, Adolin se había quitado la armadura esquirrada y se había puesto algo más apropiado. «Tenemos que proyectar confianza en esta reunión —había dicho Dalinar—. No miedo».

Era el general Khal quien llevaba puesta la armadura, escondido en una habitación contigua con una fuerza de asalto. Dalinar parecía pensar que era improbable que el asesino atacara durante la reunión. Si quisiera matar a los altos príncipes, podría hacerlo mucho más fácilmente uno a uno, de noche. Atacarlos a todos juntos, en compañía de guardias y docenas de portadores de esquirrada, sería una decisión imprudente. De hecho, en la reunión había abundancia de esquirras. Tres de los altos príncipes llevaban puestas sus armaduras, y los demás contaban con la asistencia de portadores. Abrobadar, Jakamav, Resi, Relis... Adolin rara vez había visto tantos juntos a la vez.

¿Importaría algo? De todos los rincones del mundo, desde hacía semanas, llegaban las noticias. Reyes asesinados. Gobernantes decapitados por todo Roshar. En Jah Keved, el asesino había matado, según decían, a docenas de soldados que llevaban escudos semiesquirrados que podían bloquear su espada, además de a tres portadores, incluyendo al rey. Era una crisis que abarcaba el mundo entero, y detrás había un solo hombre. Suponiendo que realmente fuera un hombre.

Adolin pidió una copa de vino dulce en la mesa situada en un rincón de la sala y que le sirvió un atento criado vestido de azul y oro. Vino naranja, básicamente solo zumo. Se tomó la copa entera de todas formas y luego fue a buscar a Relis. Tenía que hacer algo que no fuera estar sentado escuchando a la gente quejarse.

Por fortuna, mientras soportaba todo aquello, se le había ocurrido una idea.

Relis, el hijo de Ruthar y portador estrella, era un hombre con una cara que parecía una pala: ancha y plana, con una nariz como

si la hubieran aplastado. Llevaba un traje verde y amarillo muy ornamentado. Ni siquiera resultaba interesante. ¿Tenía la posibilidad de vestir cualquier cosa, y elegía esto?

Era portador pleno, uno de los pocos del campamento. También era el campeón vigente de los duelos, lo cual, junto con su parentela, hacía que fuera de particular interés para Adolin. Estaba hablando con su primo Elit y un grupo de ayudantes de Sadeas: mujeres vestidas con el tradicional havah de los vorin. Una de esas mujeres, Melali, dirigió a Adolin una mirada cargada de rencor. Estaba tan bonita como siempre, con el pelo recogido en complejas trenzas y adornada con alfileres. ¿Qué le había hecho para molestarla? Había pasado una eternidad desde que la cortejó.

—Relis —dijo Adolin, alzando su copa—, solo quería que supieras que me ha parecido muy valiente por tu parte ofrecerte a combatir al asesino, como dijiste antes. Es inspirador que estés dispuesto a morir por la corona.

Relis lo miró con el ceño fruncido. ¿Cómo podía tener nadie una cara tan plana? ¿Se había caído de niño?

—Estás dando por hecho que perderé.

—Pues claro que perderías —replicó Adolin, riendo—. Quiero decir, seamos sinceros, Relis. Llevas viviendo de tu título desde hace casi medio año. No has ganado ningún duelo de importancia desde que derrotaste a Epinar.

—Esto lo dice un hombre que se ha pasado años rechazando casi todos los desafíos —dijo Melali, mirando a Adolin de arriba abajo—. Me sorprende que tu papaíto te dé libertad para venir a hablar. ¿No tiene miedo de que puedas hacerte daño?

—Me alegro de verte a ti también, Melali —replicó Adolin—. ¿Cómo está tu hermana?

—Prohibida.

«Oh, bien». Conque se trataba de eso. Un error sin mala intención.

—Relis —dijo Adolin—, ¿dices que te enfrentarías al asesino y sin embargo tienes miedo de librar un duelo conmigo?

Relis se encogió de hombros, mientras sujetaba en una mano una brillante copa de vino tinto.

—¡Es protocolo, Adolin! Lucharé contigo cuando te hayas sacudido la molicie durante un año o dos. No puedo enfrentarme a

cualquier antiguo retador, ¡y mucho menos en un duelo en el que nuestras esquiras estén en juego!

—¿Cualquier antiguo retador? —dijo Adolin—. Relis, soy uno de los mejores que hay.

—¿Ah, sí? —preguntó Relis, sonriendo—. ¿Después de lo que hiciste con Eranniv?

—Sí, Adolin —dijo Elit, un tipo calvo y bajo, primo de Relis—. Últimamente solo has librado unos pocos duelos importantes: ¡en uno hiciste trampas, y en el segundo ganaste por pura suerte!

Relis asintió.

—Si me salto las reglas y acepto tu desafío, será como abrir la tormenta. Tendré a docenas de espadachines inferiores molestándome.

—Eso no pasará —dijo Adolin—. Porque ya no serás portador de esquirrada. Habrás perdido ante mí.

—Qué seguro de sí mismo —comentó Relis, riendo, mientras se volvía hacia Elit y las mujeres—. Escuchadlo. Se olvida las clasificaciones durante meses, luego cambia de idea y da por hecho que puede derrotarme.

—Apostaré mi espada y mi armadura —declaró Adolin—. Y la espada y la armadura de mi hermano, junto con la esquirra que le gané a Eranniv. Cinco esquiras contra las dos tuyas.

Elit se sobresaltó. Era un portador que solo tenía una armadura, la que le había dado su primo. Se volvió hacia Relis con expresión de ansiedad.

Este vaciló. Entonces cerró la boca y ladeó perezosamente la cabeza mientras miraba a Adolin a los ojos.

—Eres un necio, Kholin.

—Lo ofrezco aquí, ante testigos —replicó este—. Si ganas este duelo, te quedarás con todas las esquiras que posee mi familia. ¿Qué podrá más? ¿Tu avaricia o tu miedo?

—Mi orgullo —manifestó Relis—. Nada de duelos, Adolin.

Adolin apretó los dientes. Había creído que el duelo con Eranniv haría que los demás lo subestimaran, que fuera más probable que se enfrentaran a él. No era así. Relis soltó una risotada. Extendió el brazo hacia Melali y se la llevó, seguida por sus ayudantes.

Elit vaciló.

«Bueno, es mejor que nada», pensó Adolin, formando un plan.

—¿Y tú? —le preguntó al primo.

Elit lo miró de arriba abajo. Adolin no lo conocía bien. Se decía que era un duelista pasable, aunque a menudo estaba a la sombra de su primo.

Pero estaba ansioso... Elit quería ser un portador pleno.

—¿Elit? —dijo Relis.

—¿La misma oferta? —preguntó Elit, mirando a Adolin a los ojos—. ¿Tus cinco esquirlas contra la mía?

Qué terrible trato.

—La misma oferta —confirmó Adolin.

—Acepto.

Tras él, el hijo de Ruthar gimió. Agarró a Elit por el hombro y lo apartó a un lado con un gruñido.

—Me dijiste que luchara hasta sacudirme la molicie —le dijo Adolin a Relis—. Es lo que estoy haciendo.

—Con mi primo no.

—Demasiado tarde. Ya lo has oído. Las damas lo han oído. ¿Cuándo nos enfrentamos, Elit?

—Dentro de siete días —respondió él—. En Chachel.

Siete días... una larga espera, considerando las características del desafío. Bueno, quería tiempo para entrenar, ¿no?

—¿Qué tal si es mañana?

Relis rugió a Adolin, una expresión muy poco digna de un alezi, y empujó a su primo para llevárselo.

—No comprendo a qué viene tanta impaciencia, Adolin. ¿No deberías concentrarte en proteger a tu padre? Siempre es triste ver a un soldado que vive lo suficiente como para perder el seso. ¿Ya ha empezado a mearse en público?

«Tranquilo», se dijo Adolin. Relis estaba intentando provocarlo, tal vez hacer que lo golpease. Eso le permitiría solicitar que el rey interviniera y retirara todos los contactos con su casa... Incluyendo el duelo acordado con Elit. Pero el insulto había ido demasiado lejos. Sus acompañantes se quedaron boquiabiertos, retrocediendo ante aquella brusquedad tan poco alezi.

Adolin no cedió a la provocación. Tenía lo que quería. No estaba seguro de lo que podía hacer respecto al asesino, pero esto era una forma de progresar en sus propósitos. Elit no estaba muy alto en las clasificaciones de duelistas, pero servía a Ruthar, que actuaba cada

vez más como la mano derecha de Sadeas. Derrotarlo lo acercaría un paso más al objetivo real. Un duelo con el mismísimo Sadeas.

Se dio media vuelta para marcharse y se detuvo en seco. Había alguien tras él, un hombre recio de rostro bulboso y pelo negro y rizado. Su tez era rubicunda, la nariz demasiado colorada, las finas venillas visibles en sus mejillas. El hombre tenía brazos de soldado, a pesar de su frívolo atuendo... que era, admitió Adolin a regañadientes, bastante elegante. Pantalones oscuros con reborde de seda verde bosque, un chaleco abierto con una camisa almidonada a juego y pañuelo al cuello.

Torol Sadeas, alto príncipe, portador de esquirlada y el mismo hombre en el que Adolin estaba pensando... La persona que más odiaba en el mundo.

—Otro duelo, joven Adolin —dijo Sadeas, dando un sorbo de vino—. Estás decidido a ponerte en ridículo. Sigue pareciéndome raro que tu padre retirara su prohibición de que te enfrentaras en duelo... De hecho, creí que para él era una cuestión de honor.

Adolin pasó de largo, sin dignarse decirle ni una sola palabra a esa anguila humana. Su presencia le traía recuerdos de pánico absoluto cuando vio a Sadeas retirarse del campo de batalla y dejarlos a él y a su padre solos y rodeados.

Havar, Perethon, e Ilamar (buenos soldados, buenos amigos) habían muerto ese día. Ellos y seiscientos hombres más.

Sadeas agarró a Adolin por el hombro al pasar.

—Piensa lo que quieras, hijo —susurró el hombre—, pero lo que hice fue un gesto de amabilidad hacia tu padre. Un reconocimiento a un viejo aliado.

—Déjame pasar.

—Si pierdes la cabeza al hacerte mayor, reza al Todopoderoso para que haya gente como yo dispuesta a concederte una muerte digna. Gente que se preocupe lo suficiente para no burlarse, sino que te sujete la espada mientras caes sobre ella.

—Tendré tu garganta en mis manos, Sadeas —susurró Adolin—. Apretaré y apretaré, y luego te clavaré mi daga en el vientre y la retorceré. Una muerte rápida será demasiado buena para ti.

—Chist —dijo Sadeas, sonriente—. Cuidado. La sala está llena. ¿Y si alguien te oyera amenazando a un alto príncipe?

La costumbre alezi. Él podía abandonar a un aliado en el campo

de batalla, y todos podían saberlo sin que pasara nada... Pero una ofensa en persona, ni hablar, eso no podía consentirse. La sociedad frunciría el ceño ante eso. ¡Por la mano de Nalan! Su padre tenía razón respecto a todos ellos.

Adolin se volvió con un rápido movimiento, invirtiendo la tenaza de Sadeas. Su reacción fue instintiva cuando cerró las manos y se dispuso a plantar un puñetazo en aquel rostro satisfecho de sí mismo y sonriente.

Una mano cayó sobre el hombro de Adolin, haciendo que el joven vacilara.

—No me parece aconsejable, brillante señor Adolin —dijo una voz suave pero firme. A Adolin le recordó a su padre, aunque el timbre era distinto. Miró a Amaram, que había aparecido a su lado.

Alto, con el rostro como piedra cincelada, el brillante señor Meridas Amaram era uno de los únicos ojos claros de la sala que llevaba un uniforme adecuado. Por mucho que Adolin quisiera vestir algo más a la moda, había llegado a comprender la importancia del uniforme como símbolo.

El joven inspiró profundamente y bajó el puño. Amaram dirigió a Sadeas un gesto de asentimiento, luego hizo que Adolin se diera media vuelta y lo apartó del alto príncipe.

—No caigas en su provocación, excelencia —dijo Amaram en voz baja—. Te utilizará para dejar en ridículo a tu padre, si puede.

Atravesaron la sala llena de ayudantes que charlaban unos con otros. Habían repartido bebida y aperitivos. La breve pausa en la reunión se había convertido en una fiesta en todo su apogeo. No era sorprendente. Con todos los ojos claros importantes allí, la gente querría relacionarse y conspirar.

—¿Por qué sigues con él, Amaram? —preguntó Adolin.

—Es mi señor. Le debo fidelidad.

—¡Con tu rango, podrías elegir a un nuevo señor, Padre Tormenta! Ahora eres portador de esquirlada. Nadie te cuestionaría siquiera. Ven a nuestro campamento. Únete a mi padre.

—Si lo hiciera, crearía una división —objetó Amaram en voz baja—. Mientras siga con Sadeas, puedo ayudar a restañar heridas. Él confía en mí. Tu padre también. Mi amistad con ambos es un paso para mantener la unidad de este reino.

—Sadeas te traicionará.

—No. El alto príncipe Sadeas y yo tenemos un acuerdo.

—Eso pensábamos nosotros también. Luego nos traicionó.

Amaram adoptó una expresión distante. Incluso su forma de andar mostraba decoro, con la cabeza recta, saludando respetuosamente a cuantos encontraba al paso. El perfecto general ojos claros: inteligente y capaz, pero no altanero. Una espada al servicio de su alto príncipe. Se había pasado la mayor parte de la guerra entrenando diligentemente a nuevos soldados mientras protegía secciones de Alezkar. Amaram era responsable de la mitad del éxito que había tenido Sadeas en las Llanuras Quebradas.

—Tu padre es un hombre rígido —dijo Amaram—. Yo no quisiera que fuese de otra forma, Adolin, pero eso significa que se ha convertido en alguien que difícilmente podría trabajar con el alto príncipe Sadeas.

—¿Y tú eres diferente?

—Sí.

Adolin hizo una mueca. Amaram era uno de los mejores hombres del reino, con una reputación intachable.

—Lo dudo.

—Sadeas y yo estamos de acuerdo en que el medio que elegimos para conseguir un objetivo honorable puede ser desagradable. Tu padre y yo estamos de acuerdo en lo que debería ser ese objetivo: un Alezkar mejor, un lugar sin todas estas rencillas. Es una cuestión de punto de vista...

Continuó hablando, pero Adolin dejó de prestarle atención. Había oído muchas veces este mismo discurso en boca de su padre. Si Amaram empezaba a citarle *El camino de los reyes*, probablemente gritaría. Al menos...

¿Quién era esa?

Hermoso cabello rojo. No había ni un solo mechón negro en él. Esbelta, muy distinta de las curvilíneas alezi. Un vestido de seda azul, sencillo pero elegante. Un leve toque de pecas en los pómulos, que le confería un aire exótico.

La joven parecía deslizarse por la habitación. Adolin se dio media vuelta para mirarla mientras ella pasaba. Era tan diferente...

—¡Por los ojos de Ceniza! —exclamó Amaram, riendo—. Sigues haciéndolo, ¿verdad?

Adolin apartó los ojos de la chica.

—¿A qué te refieres?

—A que se te van los ojos detrás de todas las mujeres guapas que pasan. Tienes que sentar la cabeza, hijo. Elige a una. Tu madre se sentiría decepcionada si pudiera ver que sigues soltero.

—Jasnah sigue soltera también. Y tiene diez años más que yo. —Suponiendo que aún estuviera viva, como sostenía la tía Navani.

—Tu prima no puede considerarse un modelo a seguir en ese tema. —Su tono implicaba más: en ningún tema.

—Mírala, Amaram —dijo Adolin, volviéndose a mirar a la joven, que en ese momento se acercaba a su padre—. Ese pelo. ¿Alguna vez habías visto a alguien con un tono rojo tan intenso?

—Veden, diría yo —respondió Amaram—. Sangre comecuernos. Hay linajes que se enorgullecen de eso.

Veden. No podía ser... ¿O sí?

—Discúlpame —dijo Adolin, apartándose de Amaram y abriéndose amablemente paso hacia donde la joven hablaba con su padre y su tía.

—Me temo que la brillante dama Jasnah se hundió con el barco —estaba diciendo la mujer—. Les acompaño en el sentimiento...



Ahora bien, mientras los Corredores del Viento intervenían, se produjo el acontecimiento que se menciona: es decir, aquel descubrimiento de una perversidad destacada, aunque Avena no sugiere si se trata de alguna vileza entre los acólitos de los Radiantes o algo de origen externo.

De Palabras radiantes, capítulo 38, página 6

... Acompaño en el sentimiento —dijo Shallan—. He traído conmigo las pertenencias de Jasnah que pude recuperar. Mis hombres las tienen ahí fuera.

Descubrió que le resultaba sorprendentemente difícil pronunciar las palabras sin alterarse. Había llorado por Jasnah durante sus semanas de viaje, pero hablar de la muerte, recordar aquella terrible noche, devolvía las emociones en oleadas que amenazaban con abrumarla de nuevo.

La imagen que había dibujado de sí misma acudió al rescate. Podía ser esa mujer, y esa mujer, aunque no carente de emociones, podía superar la pérdida. Concentró su atención en el momento y la tarea que la ocupaba, sobre todo en las dos personas que tenía delante. Dalinar y Navani Kholin.

El alto príncipe era exactamente como había imaginado: un

hombre de rasgos duros, el cabello corto y negro, plateado en las sienes. Su rígido uniforme le hacía parecer el único en la sala que sabía algo de la guerra. Shallan se preguntó si las magulladuras que mostraba su rostro eran el resultado de la campaña contra los parshendi. Por su parte, Navani parecía una versión veinte años mayor de Jasnah, todavía hermosa, aunque con aire maternal. Shallan no imaginaba a Jasnah siendo maternal.

Navani había empezado a sonreír cuando Shallan se acercó, pero en ese momento cualquier impostura social había desaparecido. «Todavía tenía esperanzas por su hija —pensó Shallan mientras la mujer se sentaba en una silla cercana—. Acabo de aplastarla».

—Te agradezco que nos traigas esta noticia —dijo el brillante señor Dalinar—. Es... un consuelo tener la confirmación.

Era terrible. No solo recordar la muerte, sino cargar a otros con su peso.

—Tengo información que ofreceros —añadió Shallan, intentando ser delicada—. Sobre las cuestiones en las que estaba trabajando Jasnah.

—¿Más sobre esos parshmenios? —replicó Navani—. Tormentas, estaba fascinada con ellos desde que se le metió en la cabeza que tenían la culpa de la muerte de Gavilar.

¿Qué era esto? Shallan nunca había oído esta parte de la historia.

—Su investigación puede esperar —añadió Navani con mirada fiera—. Quiero saber exactamente qué sucedió cuando piensas que la viste morir. Exactamente tal como lo recuerdes, muchacha. Sin omitir ningún detalle.

—Tal vez después de la reunión... —aconsejó Dalinar, posando una mano sobre el hombro de Navani. El contacto fue sorprendentemente tierno. ¿No era la esposa de su hermano? Aquella expresión en sus ojos, ¿era el familiar afecto por una hermana, o tal vez algo más?

—No, Dalinar —rebatía Navani—. Ahora. Quiero oírlo ahora.

Shallan inspiró profundamente, preparándose para empezar, dispuesta a dominar sus emociones... y para su sorpresa descubrió que tenía el control. Mientras ordenaba sus pensamientos, advirtió a un joven de cabellos rubios que la estaba mirando. Probablemente sería Adolin. Era guapo, como indicaban los rumores, y llevaba

uniforme azul, al igual que su padre. Y, sin embargo, el de Adolin era de algún modo más... ¿estiloso? ¿Era esa la palabra adecuada? Le gustaba la forma en que su pelo, algo despeinado, contrastaba con el severo uniforme. Le hacía parecer más real, menos pintoresco.

Se volvió hacia Navani.

—Desperté en mitad de la noche, entre gritos y el olor a humo. Abrí la puerta y encontré a unos hombres desconocidos ante el camarote de Jasnah, que estaba frente al mío. La habían colocado en el suelo, y... brillante, vi que la apuñalaban en el corazón. Lo siento.

Navani se tensó y su cabeza se sacudió, como si la hubieran abofeteado.

Shallan continuó. Trató de contarle a Navani tanta parte de la verdad como le fuera posible, pero obviamente las cosas que había hecho (tejer luz, moldeando el barco) no era aconsejable compartirlas, al menos de momento. En cambio, indicó que se había pertrechado en su camarote, una mentira que ya había preparado.

—Oí a los hombres gritar en cubierta mientras los iban ejecutando, uno a uno —dijo—. Comprendí que la única esperanza que podía ofrecerles era provocar una crisis entre los forajidos, así que usé la antorcha que había cogido y le prendí fuego al barco.

—¿Le prendiste fuego? —preguntó Navani, horrorizada—. ¿Estando mi hija inconsciente?

—Navani... —dijo Dalinar, apretándole el hombro.

—La condenaste —declaró Navani, mirándola fijamente a los ojos—. Jasnah no sabía nadar, como los otros. Ella...

—Navani —repitió Dalinar, con más firmeza—. La decisión de esta muchacha fue acertada. No puedes esperar que se enfrentara con las manos desnudas a una banda de forajidos. Y lo que vio... Jasnah no estaba inconsciente, Navani. Era ya demasiado tarde para hacer nada por ella.

La mujer inspiró profundamente, esforzándose por controlar sus emociones.

—Yo... te pido disculpas —le dijo a Shallan—. No soy yo misma en este momento, me comporto de manera irracional. Te agradezco... te agradezco que nos hayas traído la noticia. —Se levantó—. Discúlpame.

Dalinar asintió, permitiéndole que se marchara de forma relativamente airosa. Shallan dio un paso atrás, con las manos unidas, sintiéndose impotente y avergonzada mientras contemplaba a Navani cuando esta se marchaba. No había esperado que su entrevista fuera a salir demasiado bien. Y no lo había hecho.

Dedicó un momento a inspeccionar a Patrón, que estaba en su falda, prácticamente invisible. Aunque repararan en él, lo considerarían parte del diseño del tejido; siempre y cuando él hiciera lo que le había ordenado y no se moviera ni hablara.

—Imagino que tu viaje hasta aquí habrá sido una terrible experiencia —dijo Dalinar, volviéndose hacia ella—. ¿Naufragaste en las Tierras Heladas?

—Sí. Por suerte, me encontré con una caravana y viajé con ellos hasta aquí. Nos encontramos con bandidos, lamento decir, pero nos rescató la oportuna llegada de unos soldados.

—¿Soldados? —dijo Dalinar, sorprendido—. ¿De qué bandera?

—No lo dijeron —respondió Shallan—. Imagino que habían pertenecido a las Llanuras Quebradas.

—¿Desertores?

—No les pregunté detalles, brillante señor —contestó ella—. Pero sí que les prometí clemencia por sus posibles anteriores delitos, en reconocimiento a su acción de nobleza. Salvaron docenas de vidas. Todos los miembros de la caravana a la que me uní pueden atestiguar la valentía de esos hombres. Sospecho que buscaban expiar sus acciones y una oportunidad para empezar de nuevo.

—Me encargaré de que el rey les conceda el perdón —anunció Dalinar—. Prepara una lista. Ahorcar soldados siempre ha sido un desperdicio.

Shallan se relajó. Un asunto resuelto.

—Hay otra cuestión un tanto delicada que debemos discutir, brillante señor —dijo Shallan. Los dos se volvieron hacia Adolin, que deambulaba cerca. Sonrió. Y tenía una sonrisa muy atractiva.

Cuando Jasnah le había hablado por primera vez del compromiso, el interés de Shallan había sido meramente teórico. ¿Un enlace con una poderosa casa alezi? ¿Aliados para sus hermanos? ¿Legitimidad y un modo de seguir trabajando con Jasnah para la salvación del mundo? En ese momento le parecieron

excelentes ventajas.

Sin embargo, al mirar la sonrisa de Adolin, no consideró ninguna de esas cuestiones. El dolor que sentía al hablar de Jasnah no se difuminó por completo, pero le resultaba mucho más fácil soportarlo cuando lo miraba. Descubrió que se ruborizaba.

«Esto podría ser peligroso», pensó.

Adolin se acercó a ellos. El sonido de las conversaciones que se desarrollaban alrededor les permitía cierta intimidad entre la multitud. El joven había encontrado en alguna parte una copa de vino naranja, que le tendió.

—¿Shallan Davar? —preguntó.

—Hum... —¿Lo era? Ah, sí. Ella aceptó el vino—. ¿Sí?

—Adolin Kholin —se presentó él—. Lamento oír tus penalidades. Tendremos que contarle al rey lo de su hermana. Puedo ahorrarte esa tarea, si quieres que lo haga en tu lugar.

—Gracias —contestó Shallan—. Pero preferiría verle yo misma.

—Naturalmente. En cuanto a nuestra... relación, tenía mucho más sentido cuando eras la pupila de Jasnah, ¿no?

—Probablemente.

—Aunque, ahora que estás aquí, quizá deberíamos pasear y ver cómo nos sentimos.

—Me gusta pasear —dijo Shallan. «¡Estúpida! ¡Rápido, di algo ingenioso!».—. Hum. Tienes un pelo muy bonito.

Una parte de ella (la parte entrenada por Tyn) gruñó.

—¿Mi pelo? —dijo Adolin, tocándoselo.

—Sí —contestó Shallan, tratando de poner de nuevo en funcionamiento su embotado cerebro—. Los cabellos rubios no son frecuentes en Jah Keved.

—Algunas personas lo consideran una señal de que mi linaje es impuro.

—Qué curioso. Dicen lo mismo de mí por mi pelo. —Le sonrió. Y por lo visto era el movimiento adecuado, puesto que él le devolvió la sonrisa. Su recuperación verbal no había sido la mejor de su carrera, pero al parecer no lo estaba haciendo tan mal, ya que él sonreía.

Dalinar carraspeó. Shallan parpadeó. Se había olvidado por completo de que el alto príncipe estaba allí.

—Adolin, tráeme un poco de vino.

—¿Padre? —Adolin se volvió hacia él—. Oh. Muy bien, claro.

Se marchó. Por los ojos de Ceniza, sí que era guapo. Shallan se volvió hacia Dalinar que, bueno, no lo era. Oh, era distinguido, pero tenía la nariz rota, y sus facciones resultaban un tanto desafortunadas. Por otra parte, las magulladuras tampoco ayudaban.

De hecho, resultaba intimidatorio.

—Querría saber más de ti —dijo con amabilidad—, el estatus exacto de tu familia, y por qué estás tan ansiosa por relacionarte con mi hijo.

—Mi familia está en la ruina —respondió Shallan, optando por la sinceridad para enfrentarse a ese hombre—. Mi padre ha muerto, aunque la gente a quien debía dinero no lo sabe. No había pensado en una unión con Adolin hasta que Jasnah lo sugirió, pero la aprovecharía al instante, si se me permitiera. Un enlace con tu casa proporcionaría a mi familia mucha protección.

Seguía sin saber qué hacer con el moldeador de almas que debían sus hermanos. Pero todo se andaría.

Dalinar gruñó. No esperaba que la joven fuera tan directa.

—Así que no tienes nada que ofrecer —señaló.

—Por lo que me contó Jasnah acerca de ti, no pensé que mi situación económica o política fuera tu primera consideración —replicó Shallan—. Si ese fuera tu objetivo, habrías hecho que el príncipe Adolin se casara hace años. —Dio un respingo ante su propio descaro—. Con el debido respeto, brillante señor.

—Ninguna ofensa por mi parte —aseguró Dalinar—. Me gusta que la gente sea directa. Que quiera que mi hijo tenga algo que decir en el asunto no significa que no desee verlo casado, y bien casado. ¿Una mujer de una casa extranjera menor que confiesa que su familia está arruinada y que no aporta nada a la unión?

—No he dicho que no pueda ofrecer nada —replicó Shallan—. Brillante señor, ¿cuántas pupilas ha tomado Jasnah Kholin en los últimos diez años?

—Ninguna, que yo sepa —admitió él.

—¿Sabes a cuántas ha rechazado?

—Tengo una leve idea.

—Sin embargo, me aceptó a mí. ¿No podría eso constituir un apoyo a lo que puedo ofrecer?

Dalinar asintió lentamente.

—Mantendremos el compromiso informal por ahora —manifestó—. La razón por la que accedí en primer lugar sigue en pie: quiero que Adolin quede fuera del alcance de aquellos que desearían manipularlo para obtener ventajas políticas. Si de algún modo consigues convencerme a mí, a la brillante Navani, y naturalmente al muchacho, podemos convertir el compromiso informal en compromiso pleno. Mientras tanto, te ofreceré un puesto entre mis escribas menores. Puedes demostrar tu valía allí.

La oferta, aunque generosa, fue como si la ahogaran con una cuerda. El salario de una escriba menor le alcanzaría para mantenerse, pero no era para permitirse despilfarros. Y no tenía ninguna duda de que Dalinar la estaría vigilando. Esos ojos suyos eran alarmantemente perspicaces. No podría moverse sin que lo informaran de sus acciones.

Su caridad sería su prisión.

—Es muy generoso por tu parte, brillante señor —se encontró diciendo—, pero de hecho tengo...

—¡Dalinar! —llamó otro de los presentes en la sala—. ¿Vamos a empezar esta reunión en algún momento de hoy, o voy a tener que pedir una cena en condiciones?

Dalinar se volvió hacia un hombre rechoncho y barbudo vestido con ropajes tradicionales: la túnica abierta por delante sobre una camisa ancha y falda de guerrero, llamada «takama». «El alto príncipe Sebarial», pensó Shallan. Las notas de Jasnah lo consideraban molesto e inútil. Tenía palabras aún más amables para el alto príncipe Sadeas, a quien había descrito como una persona poco de fiar.

—Bien, bien, Sebarial —dijo Dalinar, separándose de Shallan y acercándose a un grupo de sillones situados en el centro de la sala. Ocupó uno junto al escritorio. Un hombre de aspecto orgulloso y nariz prominente se sentó a su lado. Ese debía de ser el rey, Elhokar. Era más joven de lo que Shallan lo había dibujado. ¿Por qué había llamado Sebarial a Dalinar para que continuara la reunión, y no al rey?

Los siguientes momentos constituyeron toda una prueba a la preparación de Shallan mientras hombres y mujeres de alta cuna se sentaban en los lujosos sillones. Junto a cada uno había una mesa

pequeña, y detrás, un maestro de sirviente para atender las principales necesidades. Varios parshmenios mantenían las mesas bien surtidas de vino, nueces, y frutos frescos y secos. Shallan temblaba cuando alguno de ellos pasaba por su lado.

Contó mentalmente a los altos príncipes. Sadeas era fácil de localizar, con su tez roja debido a las venas visibles bajo la piel, como su padre después de beber. Otros le asintieron con la cabeza y le dejaron sentarse primero. Parecía causar tanto respeto como Dalinar. Su esposa, Ialai, era una mujer de cuello largo y labios gruesos, busto generoso y boca grande. Jasnah había anotado que era tan retorcida como su marido.

Dos altos príncipes se sentaron a cada lado de la pareja. Uno era Aladar, renombrado duelista. El hombre aparecía citado en las notas de Jasnah como un poderoso alto príncipe, aficionado a correr riesgos, proclive al tipo de juegos aleatorios que los devotarios prohibían. Sadeas y él parecían tratarse con gran franqueza. ¿No eran enemigos? Shallan había leído que a menudo se disputaban tierras. Bueno, en cualquier caso eso sería ya agua pasada, pues en ese momento parecían unidos mientras observaban a Dalinar.

Junto a ellos estaban el alto príncipe Ruthar y su esposa. Jasnah los consideraba poco más que ladrones, pero advertía que la pareja era peligrosa y oportunista.

La sala parecía orientada para que todos los ojos se dirigieran hacia aquellas dos facciones. El rey y Dalinar contra Sadeas, Ruthar y Aladar. Obviamente, los alineamientos políticos habían cambiado desde que Jasnah tomó sus notas.

La sala quedó en silencio y a nadie pareció importarle que Shallan estuviera presente. Adolin tomó asiento detrás de su padre, junto a un hombre más joven con gafas y un sillón vacío que probablemente había dejado vacante Navani. Shallan rodeó cuidadosamente la sala, cuyo perímetro estaba repleto de guardias, auxiliares e incluso algunos hombres con armaduras esquivadas, para salir de la línea directa de visión de Dalinar, por si reparaba en ella y decidía expulsarla.

La brillante dama Jayla Ruthar habló primero, inclinándose hacia delante, con las manos cruzadas.

—Majestad —empezó—, me temo que nuestra conversación de

hoy ha girado en círculos y que no se ha conseguido nada. Tu seguridad es, naturalmente, nuestra mayor preocupación.

Al otro lado del grupo de altos príncipes, Sebarial bufó con fuerza mientras masticaba rodajas de melón. Todos parecían ignorar a propósito al molesto hombre de la barba.

—Sí —dijo Aladar—. El Asesino de Blanco. Tenemos que hacer algo. No pienso quedarme en mi palacio esperando a que me asesinen.

—¡Está matando a príncipes y reyes por todo el mundo! —añadió Roion. A Shallan le parecía una tortuga, con aquellos hombros encogidos y la cabeza calva. ¿Qué había dicho Jasnah sobre él...?

«Que es un cobarde —pensó Shallan—. Siempre escoge la opción segura».

—Debemos presentar un Alezkar unificado —intervino Hatham. Ella lo reconoció de inmediato, con aquel largo cuello y su refinada forma de hablar—. No debemos permitir que nos ataquen uno a uno, y no debemos pelearnos.

—Por eso deberíais seguir exactamente mis órdenes —declaró el rey, mirando a los altos príncipes con el ceño fruncido.

—No —replicó Ruthar—, ¡por eso debemos abandonar esas ridículas restricciones que nos has impuesto, majestad! No es el momento de parecer necios ante el mundo.

—Escuchad a Ruthar —dijo Sebarial secamente, echándose hacia atrás en su asiento—. Es experto en parecer necio.

La discusión continuó, y Shallan captó mejor el ambiente de la sala. Había tres facciones, en realidad. Dalinar y el rey, el grupo de Sadeas, y los que llamó pacifistas. Dirigidos por Hatham (que por su forma de hablar parecía el político más natural de los presentes), este tercer grupo pretendía mediar.

«Así que de esto se trata —pensó, escuchando mientras Ruthar discutía con el rey y Adolin Kholin—. Cada uno intenta convencer a estos altos príncipes neutrales para que se unan a su facción».

Dalinar dijo poco. Lo mismo respecto a Sadeas, que parecía contentarse dejando que el alto príncipe Ruthar y su esposa hablaran por él. Los dos se miraban mutuamente, Dalinar con expresión neutral, Sadeas con una leve sonrisa. Parecía bastante inocente hasta que te fijabas en sus ojos. Centrados unos en otros,

sin parpadear apenas.

Había una tormenta en esta sala. Una tormenta silenciosa.

Todos parecían encajar en una de las tres facciones excepto Sebarial, que seguía poniendo los ojos en blanco, intercalando ocasionalmente algún comentario que rozaba lo obsceno. Era obvio que, con sus aires arrogantes, los otros alezi se sentían incómodos.

Lentamente, Shallan fue captando cuanto se estaba exponiendo en la conversación sin que fuera dicho. Todos los comentarios acerca de las prohibiciones y reglas ordenadas por el rey... no eran las reglas en sí mismas lo que parecía importar, sino la autoridad que subyacía. ¿Hasta qué punto se sometían los altos príncipes al rey, y cuánta autonomía podían exigir? Era fascinante.

Hasta que uno de ellos la mencionó.

—Esperad —dijo Vamah, uno de los príncipes neutrales—. ¿Quién es esa muchacha de ahí? ¿Tiene alguien a una veden en su séquito?

—Estaba hablando con Dalinar —respondió Roion—. ¿Hay noticias de Jah Keved que nos estés ocultando, Dalinar?

—Tú, muchacha —intervino Ialai Sadeas—. ¿Qué puedes decirnos de la guerra de sucesión de tu tierra? ¿Tienes información de ese asesino? ¿Por qué alguien a sueldo de los parshendi querría socavar vuestro trono?

Todas las miradas se centraron en Shallan, que experimentó un momento de puro pánico. La gente más importante del mundo estaba interrogándola, observándola con ojos críticos.

Y entonces recordó el dibujo. Y quién era ella.

—Por desgracia, os seré de poca utilidad, brillantes señores y brillantes damas —contestó—. Estaba lejos de mi tierra cuando sucedió ese trágico asesinato, y no tengo conocimiento del tema.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó Hatham, amable pero inquisitivo.

—Está observando el zoo, obviamente —dijo Sebarial—. Veros a todos poniéndoos en ridículo es la mejor diversión gratis que puede encontrarse en estos desiertos yermos.

Probablemente era mejor hacer caso omiso de sus palabras.

—Soy la pupila de Jasnah Kholin —explicó Shallan, mirando a Hatham a los ojos—. Mi estancia aquí es de índole personal.

—Ah —dijo Aladar—. El compromiso fantasma del que he oído

rumores.

—Eso es —asintió Ruthar. Tenía un aspecto decididamente untuoso, con el pelo negro engominado, los brazos velludos y una barba que le rodeaba la boca. Sin embargo, lo más perturbador era aquella sonrisa suya: un gesto que parecía demasiado depredador—. Muchacha, ¿qué hace falta para que visites mi campamento y hables con mis escribas? Necesito saber qué está ocurriendo en Jah Keved.

—Yo haré algo mejor —intervino Roion—. ¿Dónde te alojas, muchacha? Te ofrezco una invitación para visitar mi palacio. Yo también quiero oír hablar de tu patria.

Pero... si acababa de decir que no sabía nada...

Shallan recurrió a las enseñanzas de Jasnah. No les importaba Jah Keved. Querían obtener información sobre su compromiso: sospechaban que en todo aquel asunto había algo más.

Los dos que acababan de invitarla se contaban entre los que Jasnah consideraba de menor astucia política. Los otros, como Aladar y Hatham, esperarían a un momento en privado para plantear la invitación, así que no revelaron su interés en público.

—Tu preocupación es injustificada, Roion —dijo Dalinar—. Naturalmente, la joven se aloja en mi campamento y tiene un puesto entre mis escribas.

—Lo cierto es que no tuve oportunidad de responder a tu ofrecimiento, brillante señor Kholin —señaló Shallan—. Me encantaría tener la oportunidad de estar a tu servicio, pero ya me he instalado en otro campamento.

Se produjo un tenso silencio.

Ella sabía lo que quería decir a continuación. Una jugada arriesgada, una argucia que Jasnah no habría aprobado bajo ningún concepto. Habló de todas formas, confiando en su intuición. Después de todo, cuando se trataba de arte esa estrategia daba buen resultado.

—El brillante señor Sebarial —dijo, mirando hacia el hombre barbudo que tanto detestaba Jasnah— fue el primero en ofrecerme un puesto e invitarme a alojarme con él.

El hombre casi se atragantó con el vino y la miró por encima de la copa, entornando los ojos.

Ella se encogió de hombros con lo que esperaba que fuese un

gesto inocente, y sonrió. «Por favor...».

—Pues..., así es —dijo Sebarial, echándose hacia atrás en su asiento—. Es familia lejana. Los remordimientos no me dejarían vivir si no le diera un lugar donde alojarse.

—Su oferta fue bastante generosa —añadió Shallan—. Tres broams a la semana.

A Sebarial se le salieron los ojos de las órbitas.

—No era consciente de eso —dijo Dalinar, mirando primero a Sebarial y luego a ella.

—Lo siento, brillante señor —dijo Shallan—. Tendría que habértelo dicho. No me pareció adecuado quedarme en la casa de un hombre que me estuviera cortejando. Sin duda comprendes mi situación.

Él frunció el ceño.

—Lo que me cuesta comprender es por qué nadie querría estar más cerca de Sebarial de lo que es necesario.

—Oh, el tío Sebarial es bastante tolerable, cuando te acostumbras a él —respondió Shallan—. Como un ruido muy molesto que al final aprendes a ignorar.

La mayoría pareció horrorizarse ante el comentario, aunque Aladar sonrió. Sebarial, como ella esperaba, soltó una carcajada.

—Supongo que el asunto queda zanjado —dijo Ruthar, contrariado—. Espero que al menos estés dispuesta a venir a informarme brevemente.

—Déjalo, Ruthar —replicó Sebarial—. Es demasiado joven para ti. Aunque, desde luego, tratándose de ti seguro que sería breve.

Ruthar balbuceó.

—No quería decir... Viejo decrepito... ¡Bah!

Shallan se alegró de que entonces la atención volviera a otros temas, porque ese último comentario la había hecho ruborizarse. En efecto, Sebarial era irreverente. Con todo, parecía estar haciendo un esfuerzo por mantenerse al margen de las discusiones políticas, y ese parecía el lugar donde Shallan quería estar. La postura con más libertad. Seguiría trabajando con Dalinar y Navani en las notas de Jasnah, pero no quería sentirse obligada hacia ellos.

«¿Y quién dice que sentirse obligada hacia este hombre suponga diferencia alguna?», pensó, rodeando la sala para acercarse al lugar donde estaba sentado Sebarial, sin esposa ni familiares que lo

acompañaran. No estaba casado.

—Casi te hago expulsar, muchacha —dijo Sebarial rápidamente, bebiendo su vino sin mirarla—. Ha sido un movimiento estúpido, ponerte en mis manos. Todo el mundo sabe que me gusta pegarles fuego a las cosas y verlas arder.

—Sin embargo, no me expulsaste —señaló ella—. Así que no fue un movimiento estúpido. Simplemente un riesgo que tuvo su recompensa.

—Todavía puedo rechazarte. Desde luego, no voy a pagar esos tres broams. Es casi tanto como cuesta mi amante, y al menos de ese acuerdo saco algo.

—Pagarás —aseguró Shallan—. Ahora es asunto público. Pero no te preocupes. Me ganaré el sueldo.

—¿Tienes información sobre Kholin? —preguntó Sebarial, estudiando su vino.

Así que le importaba.

—Información, sí —dijo Shallan—. Menos sobre Kholin que sobre el mundo. Confía en mí, Sebarial. Acabas de cerrar un acuerdo muy ventajoso.

Probablemente tendría que idear por qué.

Los demás continuaron discutiendo sobre el Asesino de Blanco, y ella dedujo que había atacado allí pero que habían conseguido ahuyentarlo. Cuando Aladar desvió la conversación a la queja de que la corona se había quedado con sus gemas (Shallan no sabía el motivo por el que se las habían quitado), Dalinar Kholin se levantó lentamente. Se movía como un peñasco que rodara por una pendiente: inevitable, implacable.

Aladar se calló.

—En el camino me encontré un curioso montón de piedras —comentó Dalinar—. De un tipo que me llamó la atención. La pizarra rota había sido desgastada por las altas tormentas, empujada contra piedra de naturaleza más resistente. Este montón de finas capas parecía amontonado por una mano mortal.

Los otros miraron a Dalinar como si estuviera loco. Algo en esas palabras produjo un destello en la memoria de Shallan. Eran una cita de algo que había leído.

Dalinar dio media vuelta y se dirigió a las ventanas abiertas en la parte a sotavento de la sala.

—Pero ningún hombre había apilado esas piedras. Pese a que parecían precarias, eran en realidad bastante sólidas, una formación de estratos antaño enterrados expuesta al aire libre. Me pregunté cómo era posible que permanecieran tan ordenadas, soportando la furia de las tempestades.

»Pronto comprendí su verdadera naturaleza. Descubrí que la fuerza de una dirección las empujaba a unas contra otras y a la roca de detrás. Por más que las presioné, no pude moverlas. Sin embargo, cuando retiré una piedra de la parte inferior (empujándola hacia el interior en lugar de tirar de ella), toda la formación se desmoronó en un alud en miniatura.

Los ocupantes de la sala lo miraron hasta que por fin Sebarial habló por todos ellos.

—Dalinar —dijo el hombre regordete—, por el undécimo nombre de Condenación, ¿de qué estás hablando?

—Nuestros métodos no funcionan —dijo Dalinar, mirándolos—. Años de guerra, y nos encontramos en la misma situación que antes. No podemos luchar contra ese asesino al igual que tampoco pudimos hacerlo la noche que mató a mi hermano. El rey de Jah Keved puso a tres portadores de esquirlada y medio ejército contra la criatura, pero luego murió con una hoja en el pecho y sus esquirlas cayeron en manos de los oportunistas.

»Si no podemos derrotar al asesino, entonces debemos acabar con sus motivos para atacarnos. Si logramos capturarlo o eliminar a sus jefes, entonces tal vez consigamos invalidar el contrato que lo ata. Lo último que sabemos es que estaba a sueldo de los parshendi.

—Magnífico —dijo Ruthar secamente—. Todo lo que tenemos que hacer es ganar la guerra, cosa que solo llevamos cinco años intentando.

—No lo hemos intentado —replicó Dalinar—. Al menos con la fuerza suficiente. Pretendo hacer la paz con los parshendi. Si no la aceptan en nuestros términos, entonces me lanzaré a las Llanuras Quebradas con mi ejército y todo aquel que se me una. Se acabaron los juegos en las mesetas y luchar por las gemas. Buscaré el campamento parshendi, lo encontraré y los derrotaré de una vez por todas.

El rey suspiró en voz baja, acomodándose tras su escritorio. Shallan dedujo que se esperaba esto.

—Salir a las Llanuras Quebradas —dijo Sadeas—. Parece un intento maravilloso por tu parte.

—Dalinar —intervino Hatham, hablando con cautela—, no veo que nuestra situación haya cambiado. Gran parte de las Llanuras Quebradas sigue inexplorada, y el campamento parshendi podría estar literalmente en cualquier lugar, oculto entre kilómetros y kilómetros de terreno que nuestro ejército no puede recorrer sin gran dificultad. Acordamos que atacar su campamento era imprudente, mientras estuvieran dispuestos a venir a enfrentarse a nosotros.

—Su disposición a venir hacia nosotros, Hatham —dijo Dalinar—, ha demostrado ser un problema, porque pone la batalla en sus términos. No, nuestra situación no ha cambiado. Lo ha hecho nuestra resolución. Esta guerra ya ha durado demasiado. Yo le pondré fin, de un modo u otro.

—Parece maravilloso —repitió Sadeas—. ¿Partirás mañana o esperarás a pasado?

Dalinar le dirigió una mirada despectiva.

—Solo intento calcular cuándo habrá un campamento libre —dijo Sadeas con aire de inocencia—. El mío se me está quedando pequeño, y no me importaría extenderme a un segundo cuando los parshendi os hayan masacrado a ti y a los tuyos. Pensar que, después de todos los problemas en los que te viste cuando te rodearon allí, vayas a hacerlo de nuevo...

Adolin se levantó detrás de su padre con la cara enrojecida, mientras los furiaspren borboteaban a sus pies como charcos de sangre. Su hermano lo obligó a sentarse de nuevo. Obviamente, allí había algo que Shallan no acababa de captar.

«Me he metido aquí en medio sin suficiente contexto —pensó Shallan—. Tormentas, tengo suerte de que no me hayan devorado ya». De repente, ya no estuvo tan orgullosa de lo que había conseguido.

—Antes de la última alta tormenta —dijo Dalinar—, nos llegó un mensajero de los parshendi..., el primero dispuesto a hablar con nosotros desde hace años. Dijo que sus líderes querían discutir las posibilidades de paz.

Los altos príncipes parecieron aturridos. «¿Paz?», pensó Shallan con el corazón desbocado. Eso sin duda le facilitaría ponerse en

marcha y buscar Urithiru.

—Esa misma noche —dijo Dalinar en voz baja—, el asesino golpeó. De nuevo. La última vez que vino fue justo después de que firmáramos un tratado de paz con los parshendi. Ahora regresa justo el día de otra oferta de paz.

—Esos hijos de puta —murmuró Aladar—. ¿Es alguna especie de retorcido ritual suyo?

—Podría ser una coincidencia —dijo Dalinar—. El asesino ha estado golpeando por todo el mundo. Sin duda los parshendi no habrán contactado con toda esa gente. Sin embargo, los hechos me hacen ser cauteloso. Casi he llegado a preguntarme si están involucrando a los parshendi, si alguien está utilizando a este asesino para asegurarse de que Alezkar nunca conozca la paz. Pero claro, los parshendi reconocieron haberlo contratado para matar a mi hermano...

—Tal vez estén desesperados —dijo Roion, encogiéndose en su asiento—. Una facción busca la paz mientras que otra hace todo lo posible por destruirnos.

—Sea lo que sea, planifico basándome en lo peor —dijo Dalinar, mirando a Sadeas—. Me dirigiré al centro de las Llanuras Quebradas, bien para derrotar definitivamente a los parshendi, bien para aceptar su rendición y desarme... pero hace falta tiempo para organizar esa expedición. Tendré que entrenar a mis hombres para una operación extensa y enviar exploradores que tracen nuevos mapas del centro de las Llanuras. Además, habré de elegir algunos nuevos portadores.

—¿Nuevos portadores? —preguntó Roion, alzando con curiosidad la cabeza, tan similar a la de una tortuga.

—Pronto poseeré más esquiras —dijo Dalinar.

—¿Y se nos permite conocer la fuente de tan sorprendente tesoro? —preguntó Aladar.

—Claro, Adolin os las va a ganar a todos vosotros.

Algunos de los presentes se rieron, como si se tratara de una broma, aunque Dalinar no parecía haber pretendido que lo fuera. Volvió a sentarse, y los demás interpretaron su gesto como el final de la reunión. Una vez más, pareció que era Dalinar, y no el rey, quien gobernaba realmente.

«Todo el equilibrio de poder ha cambiado aquí —pensó Shallan

—. Igual que la naturaleza de la guerra». Las notas de Jasnah sobre la corte habían quedado obsoletas.

—Bueno, supongo que ahora me acompañarás de vuelta a mi campamento —le dijo Sebarial, poniéndose en pie—. Lo que significa que esta reunión no ha sido la habitual pérdida de tiempo, solo escuchando a esos gallitos hacerse amenazas veladas unos a otros... En realidad me ha costado dinero.

—Podría ser peor —dijo Shallan, ayudando al hombre a levantarse, ya que parecía un poco inestable. Una vez en pie, él liberó su brazo.

—¿Peor? ¿Cómo?

—Yo podría ser aburrida además de cara.

Él la miró, luego se echó a reír.

—Supongo que tienes razón. Bueno, vamos.

—Un momentito —dijo Shallan—. Ve tú delante, y te alcanzaré en tu carruaje.

Se marchó en busca del rey, a quien comunicó directamente la noticia de la muerte de Jasnah. Él se lo tomó con regia dignidad. Probablemente Dalinar le había informado ya.

Terminada la tarea, buscó a las escribas del rey. Poco después, dejó la sala de audiencias y encontró a Vathah y a Gaz esperando nerviosos en el exterior. Le entregó a Vathah una hoja de papel.

—¿Qué es esto? —preguntó él, dándole la vuelta al papel.

—Un indulto. Sellado por el rey. Para ti y tus hombres. Pronto recibiremos otros escritos específicos con el nombre de cada uno, pero mientras tanto esto evitará que os arresten.

—No puedo creerlo —dijo Vathah al tiempo que examinaba el escrito, aunque obviamente no podía encontrarle sentido—. Tormentas, ¿de verdad has cumplido tu palabra?

—Pues claro —dijo Shallan—. Te advierto que solo cubre los delitos pasados, así que di a tus hombres que se comporten. Ahora, vámonos. He buscado un sitio para alojarnos.



CUATRO AÑOS ANTES

Lin Davar celebraba fiestas porque pretendía fingir que todo iba bien. Invitaba a los brillantes señores de las aldeas cercanas, les daba de comer y les servía vino, y de paso exhibía a su hija Shallan.

Luego, al día siguiente, cuando todo el mundo se había ido, se sentaba a la mesa y escuchaba a sus escribas, quienes le informaban del alcance de su ruina. Shallan lo veía después, a veces, con las manos en la cabeza, mirando al frente, a la nada.

Sin embargo, esa noche festejaron y fingieron.

—Conocéis a mi hija, naturalmente —dijo su padre, señalando a Shallan mientras sus invitados tomaban asiento—. La joya de la casa Davar, nuestro mayor orgullo.

Los visitantes, ojos claros de dos valles más allá, asintieron amablemente mientras los parshmenios servían vino. Tanto la bebida como los esclavos eran una forma de exhibir riquezas que en realidad no poseían. Shallan había empezado a ayudar con las cuentas, como parte de su deber como hija. Sabía la verdad de su situación económica.

El calor de la chimenea intentaba contrarrestar el frío de la noche: la sala habría resultado acogedora en cualquier otro lugar. Allí no.

Los criados le sirvieron vino. Amarillo, ligeramente

embriagador. Su padre lo bebía violeta, bien sazonado. El hombre ocupaba la mesa alta, que se extendía por todo el ancho de la sala, la misma donde Helaran había amenazado con matarlo un año y medio antes. Habían recibido una breve carta suya hacía seis meses, junto con un libro de la famosa Jasnah Kholin para que Shallan lo leyera.

Shallan había leído su nota para su padre con un tembloroso susurro. No decía mucho. Casi todo amenazas veladas. Esa noche, Lin Davar golpeó a una de las criadas casi hasta matarla. Isan todavía cojeaba. La servidumbre ya no rumoreaba que su padre había matado a su esposa.

«Nadie hace nada para resistirse —pensó Shallan, mirando hacia su padre—. Tenemos todos demasiado miedo».

Los otros tres hermanos de Shallan estaban sentados juntos en su propia mesa. Evitaban mirar a su padre o relacionarse con los invitados. Varios pequeños cuencos con esferas brillaban en las mesas, pero a la sala en conjunto le habría venido bien un poco más de luz. Ni las esferas ni la luminosidad de la chimenea bastaban para espantar la penumbra. Shallan pensaba que a su padre le gustaba así.

El ojos claros que estaba de visita, el brillante señor Tavinar, era un hombre esbelto y bien vestido con una chaqueta de seda rojo oscuro. Su esposa y él estaban sentados juntos en la mesa alta, con su hija adolescente en medio. Shallan no se había enterado de su nombre.

A medida que la velada avanzaba, su padre trató de conversar unas cuantas veces, pero ellos solo le ofrecieron respuestas lacónicas. Aunque se suponía que se estaba celebrando una fiesta, nadie parecía divertirse. Los visitantes parecían desear no haber aceptado nunca la invitación, pero Lin Davar era políticamente más importante que ellos, y era conveniente estar en buenas relaciones con él.

Shallan picoteó su comida, escuchando a su padre alardear de su nuevo semental de sabueso-hacha. Hablaba de su prosperidad. Mentiras.

Shallan no quería contradecirlo. Había sido bueno con ella. Siempre era bueno con ella. Sin embargo, ¿no debería alguien hacer algo?

Helaran podría haber intervenido. Pero los había abandonado.

«La cosa va de mal en peor. Alguien tiene que hacer algo, decir algo, cambiar la situación». Su padre no debería comportarse como lo hacía: emborracharse, golpear a los ojos oscuros...

Terminó el primer plato. Entonces Shallan advirtió algo. Balat, a quien su padre había empezado a llamar Nan Balat, como si fuera el mayor, no dejaba de mirar a los invitados. Eso era sorprendente. Por lo general hacía caso omiso de ellos.

La hija de Tavinar se dio cuenta de que la estaba mirando, sonrió, y luego volvió a mirar su comida. Shallan parpadeó. Balat y... ¿una chica? Qué raro.

Su padre no pareció advertirlo. Al cabo de un rato se incorporó y alzó la copa a la sala.

—Esta noche es momento de celebración. Buenos vecinos, vino fuerte.

Tavinar y su esposa alzaron sus copas con aire vacilante. Shallan solo acababa de empezar a estudiar etiqueta (era difícil hacerlo, ya que sus tutoras siempre acababan marchándose), pero sabía que un buen brillante señor vorin no debía brindar por estar borracho. No es que no se emborracharan, pero los vorin no hablaban de esas cosas. Aunque semejantes sutilezas no eran el punto fuerte de su padre.

—Es una noche importante —dijo Lin Davar, después de tomar un sorbo de vino—. Acabo de recibir noticias del brillante señor Gevelmar, a quien creo que conoces, Tavinar. Llevo sin esposa demasiado tiempo. El brillante señor Gevelmar me envía a su hija más joven junto con documentos matrimoniales. Mis fervorosos realizarán la ceremonia a final de mes, y tendré una esposa.

Shallan sintió frío. Se arrebujó en su chal. Los mencionados fervorosos estaban sentados a su propia mesa, cenando en silencio. Los tres hombres eran ancianos de la misma edad, y habían servido el tiempo suficiente para conocer al abuelo de Shallan de joven. Sin embargo, a ella la trataban con amabilidad, y estudiar con ellos le producía placer cuando todo lo demás parecía estar desmoronándose a su alrededor.

—¿Por qué no habla nadie? —exigió su padre, volviéndose para abarcar toda la sala—. ¡Acabo de comprometerme! Parecéis un montón de alezi, malditos por las tormentas. ¡Somos veden! Haced

ruido, idiotas.

Los visitantes aplaudieron amablemente, aunque parecían aún más incómodos que antes. Balat y los mellizos se miraron y luego golpearon un poco la mesa.

—Al vacío con todos vosotros. —Lin Davar se desplomó en la silla mientras los parshmenios se acercaban a la mesa baja, cada uno con una caja—. Regalos para mis hijos para celebrar la ocasión —exclamó agitando una mano—. No sé ni por qué me molesto. ¡Bah! —Apuró el resto del vino.

Los muchachos recibieron dagas, piezas muy hermosas talladas como hojas esquirladas. El regalo de Shallan fue un collar de gruesos eslabones de plata que ella alzó en silencio. Pese a que su padre no aprobaba que hablara mucho en las fiestas, siempre colocaba la mesa cerca de la suya. Nunca le gritaba. Al menos, no directamente, aunque a veces ella llegaba a desear que lo hiciera. Tal vez así Jushu no se molestaría. Le...

La puerta del salón se abrió de golpe y la pobre luz reveló en el umbral a un hombre alto vestido de oscuro.

—¿Qué es esto? —exigió el padre de Shallan, levantándose y asestando un golpe sobre la mesa—. ¿Quién interrumpe mi fiesta?

El hombre entró. Su cara era tan larga y delgada que parecía como si la hubieran desinflado. Llevaba volantes en las mangas de su casaca marrón, y por la forma en que frunció los labios parecía como si acabara de encontrar una letrina que hubiera rebosado con la lluvia.

Uno de sus ojos era de un azul intenso. El otro marrón oscuro. A la vez ojos claros y ojos oscuros. Shallan sintió un escalofrío.

Un criado de la casa Davar corrió a la alta mesa y le susurró algo a su padre. Shallan no captó lo que decía, pero fuera lo que fuese, alteró la expresión de su padre, que permaneció de pie, pero boquiabierto.

Unos criados de librea marrón entraron después del recién llegado. El hombre avanzó con aire preciso, como si midiera sus pasos con cuidado para evitar pisar algo.

—Me ha enviado su excelencia, el alto príncipe Valam, señor de estas tierras. Ha llamado su atención que oscuros rumores persistan en el territorio. Rumores referidos a la muerte de una ojos claros. —Miró al padre de Shallan.

—Mi esposa fue asesinada por su amante —dijo este—. Que luego se suicidó.

—Otros cuentan una historia diferente, brillante señor Lin Davar —puntualizó el recién llegado—. Esos rumores son... preocupantes. Incomodan a su excelencia. Si un brillante señor a sus órdenes asesinara a una mujer ojos claros de rango, no podría pasarlo por alto.

El padre de Shallan no respondió con el estallido de ira que ella habría esperado. En cambio, agitó la mano hacia su hija y los visitantes.

—Marchaos —ordenó—. Hacedme sitio. Tú, mensajero, vamos a hablar a solas. No hace falta manchar de barro el pasillo.

Los Tavinar se levantaron, ansiosos por marcharse. La muchacha miró a Balat mientras salía, susurrando algo.

Lin Davar miró a su hija, y ella advirtió que se había quedado inmovilizada de nuevo ante la mención de su madre, sentada en su mesa.

—Niña —dijo su padre en voz baja—, ve a sentarte con tus hermanos.

Al retirarse, la joven pasó ante el mensajero mientras este se acercaba a la alta mesa. Esos ojos... Era Redin, el hijo bastardo del alto príncipe. Se decía que su padre lo empleaba como verdugo y asesino. Como los hermanos de Shallan no habían sido despedidos explícitamente de la sala, se sentaron en torno a la chimenea, lo bastante lejos para permitir intimidad a su padre. Dejaron un sitio libre y ella se sentó, arrugando la fina seda de su vestido. La voluminosa forma en que la envolvía la hacía sentirse como si no estuviera realmente allí y solo importara el vestido.

El bastardo del alto príncipe se sentó a la mesa. Al menos alguien se enfrentaba a Lin Davar. Pero ¿y si decidía que el padre de Shallan era culpable? ¿Entonces, qué? ¿Una investigación? Ella no quería que su padre cayera: quería detener la oscuridad que los estaba estrangulando a todos lentamente. Parecía que la luz había desaparecido con la muerte de su madre.

Con la muerte...

—¿Shallan? —preguntó Balat—. ¿Te encuentras bien?

Ella se estremeció.

—¿Puedo ver las dagas? Parecían muy bonitas desde mi mesa.

Wikim continuó mirando el fuego, pero Balat le arrojó la suya. Ella la atrapó con torpeza, luego la sacó de la vaina y admiró el modo en que los pliegues de metal reflejaban la luz del hogar.

Los muchachos contemplaban los llamaspren danzando en el fuego. Los tres hermanos ya no hablaban nunca.

Balat miró por encima del hombro, hacia la mesa alta.

—Ojalá pudiera oír lo que están diciendo —susurró—. Tal vez se lo lleven. Eso sería lo justo, por lo que hizo.

—No mató a nuestra madre —dijo Shallan en voz baja.

—¿No? —bufó Balat—. Entonces, ¿qué ocurrió?

—Yo...

No lo sabía. No podía pensar. Al menos no en ese momento, precisamente ese día. ¿Lo había hecho de verdad su padre? Sintió de nuevo frío, a pesar del calor del fuego.

De nuevo se instauró el silencio.

Alguien... alguien tenía que hacer algo.

—Están hablando de plantas —dijo Shallan.

Balat y Jushu la miraron. Wikim continuó contemplando el fuego.

—Plantas —repitió Balat.

—Sí. Puedo oírlos.

—Yo no oigo nada.

Shallan se encogió de hombros dentro de su vestido, demasiado envolvente.

—Tengo mejor oído que tú. Sí, plantas. Nuestro padre se queja de que los árboles de sus jardines nunca escuchan cuando les dice que obedezcan. «Han estado soltando sus hojas por causa de una enfermedad», dice, «y se niegan a desarrollar hojas nuevas».

»“¿Has intentado pegarles por su desobediencia?”, pregunta el mensajero.

»“Continuamente”, responde nuestro padre. “¡Incluso les rompo las ramas, pero siguen sin obedecer! Es asqueroso... Al menos, deberían limpiarse”.

»“Sí, ya veo tu problema”, dice el mensajero. “Los árboles sin follaje no merecen la pena. Por fortuna, tengo la solución. Mi primo tenía árboles que actuaban así, y descubrió que todo lo que tenía que hacer era cantarles y las ramas les volvían a brotar”.

»“Ah, por supuesto”, dice nuestro padre. “Lo intentaré

inmediatamente”.

»“Espero que te funcione”.

»“Bueno, si sale bien, me sentiré muy aliviado”.

Sus hermanos se quedaron mirándola, aturdidos.

Finalmente, Jushu ladeó la cabeza. Era el más joven de los hermanos, el que venía justo detrás de Shallan.

—Arbo... li... viado.

Balat se echó a reír. Tan fuerte, que su padre los fulminó con la mirada.

—Oh, es horrible —dijo Balat—. Horrible de verdad, Shallan. Deberías sentirte avergonzada.

Ella se encogió en su vestido, sonriendo. Incluso Wikim, el mayor de los mellizos, forzó una sonrisa. Ella no lo había visto sonreír desde... ¿cuánto tiempo hacía?

Balat se secó los ojos.

—Por un momento llegué a pensar que de verdad podías oírlos. Pequeña Portadora del Viento. —Dejó escapar un profundo suspiro—. Tormentas, sí que ha estado bien.

—Tendríamos que reírnos más —dijo Shallan.

—Este no es un lugar de risas —replicó Jushu, sorbiendo su vino.

—¿Por nuestro padre? —preguntó Shallan—. Él es uno y nosotros somos cuatro. Tenemos que ser más optimistas.

—Ser optimistas no cambia los hechos —sentenció Balat—. Ojalá Helaran no se hubiera marchado. —Soltó un puñetazo en el lado de su silla.

—No le reproches sus viajes, Tet Balat —señaló Shallan en voz baja—. Hay muchos sitios que ver, lugares que probablemente no visitaremos nunca. Que al menos uno de nosotros lo haga. Piensa en las historias que nos contará. Los colores.

Balat contempló la sombría habitación de piedra negra, con sus silenciosas chimeneas que emitían un fulgor rojo anaranjado.

—Colores. No me importaría tener un poco más de color aquí.

Jushu sonrió.

—Cualquier cosa sería un buen cambio respecto de la cara de nuestro padre.

—Venga, no te metas ahora con su cara —replicó Shallan—. Siempre cumple con su cometido de forma impecable.

—¿Y cuál es ese cometido?

—Recordarnos que hay cosas peores que su olor. Es una noble llamada.

—¡Shallan! —dijo Wikim. No se parecía nada a Jushu. Delgado y de ojos hundidos, llevaba el pelo tan corto que casi parecía un fervoroso—. No digas nada donde nuestro padre pueda oírte.

—Está enfrascado en su conversación —respondió ella—. Pero tienes razón. Probablemente no debería burlarme de nuestra familia. La casa Davar es genuina e imperecedera.

Jushu alzó su copa. Wikim asintió bruscamente.

—Por supuesto —añadió Shallan—, lo mismo podría decirse de una verruga.

Jushu estuvo a punto de escupir el vino al tiempo que Balat soltaba otra carcajada.

—¡Basta de jaleo! —les gritó su padre.

—¡Es una fiesta! —replicó Balat—. ¿No nos pediste que fuéramos más veden?

Su padre lo fulminó con la mirada antes de volver a su conversación con el mensajero. Los dos seguían en la alta mesa; la postura del padre era suplicante, mientras que el bastardo del alto príncipe permanecía sentado con una ceja arqueada y el rostro impasible.

—Tormentas, Shallan —dijo Balat—. ¿Cuándo te has vuelto tan lista?

¿Lista? No se sentía lista. De repente fue consciente de la audacia de sus palabras y se encogió en su asiento. A veces parecía que las palabras se le escaparan de la boca.

—Son cosas... cosas que leí en un libro.

—Pues deberías leer más libros, pequeña —dijo Balat—. Así esto parece más animado.

Su padre dio un puñetazo sobre la mesa, haciendo estremecer las copas y sacudir los platos. Shallan lo miró, preocupada mientras él señalaba con el dedo al mensajero y decía algo. Estaba demasiado lejos y hablaba en voz demasiado baja como para enterarse, pero conocía aquella expresión en sus ojos. La había visto muchas veces antes de que él cogiera su bastón (e incluso el atizador de la chimenea, una vez) para golpear a los criados.

El mensajero se levantó con un rápido movimiento. Sus

refinados modales parecieron un escudo que resistía el temperamento de su padre.

Shallan lo envidió.

—Parece que no llegaré a ninguna parte con esta conversación —dijo el mensajero en voz alta. Miró a Lin Davar, pero su tono parecía implicar que sus palabras iban dirigidas a todos ellos—. Vine aquí preparado para esta contingencia. El alto príncipe me ha concedido autoridad, y me gustaría mucho conocer la verdad de lo que sucedió en esta casa. Todo ojos claros de nacimiento que pueda presentar testigos será bienvenido.

—Necesitan el testimonio de un ojos claros —dijo Jushu en voz baja a sus hermanos—. Nuestro padre es lo bastante importante para que no puedan eliminarlo sin más.

—Hubo uno que se mostró dispuesto a contarnos la verdad —dijo el mensajero en voz alta—. Pero desde entonces ha desaparecido. ¿Alguno de vosotros tiene tanto valor como él? ¿Acudiréis a mí y declararéis ante el alto príncipe los crímenes que se cometieron en estas tierras?

Miró hacia ellos cuatro. Shallan se encogió en su silla, tratando de parecer más pequeña. Wikim no dejó de mirar las llamas. En un momento pareció que Jushu estaba a punto de levantarse, pero entonces volvió a prestar atención a su vino, maldiciendo, con la cara colorada.

Balat. Balat se agarró a los lados de su asiento como para ponerse en pie, pero entonces miró a su padre. La intensidad de los ojos de Lin Davar no cejaba. Cuando su ira estaba al rojo vivo, gritaba y arrojaba cualquier cosa a los criados. Sin embargo, era entonces, cuando su ira se enfriaba, cuando se volvía verdaderamente peligroso. Entonces era cuando se callaba. Cuando cesaban los gritos.

Los gritos de su padre, al menos.

—Me matará —susurró Balat—. Si digo una palabra, me matará. —Su anterior bravuconería se disolvió. Dejó de parecer un hombre y se convirtió en un jovencito, un adolescente aterrorizado.

—Podrías hacerlo tú, Shallan —le susurró Wikim—. Nuestro padre no se atreverá a hacerte daño. Además, tú viste lo que pasó.

—No lo vi —murmuró ella.

—¡Estabas allí!

—No sé qué sucedió. No lo recuerdo.

No sucedió. No pasó.

Un tronco chasqueó en el hogar. Balat miró al suelo y no se puso en pie. Ninguno de ellos lo hizo. Un grupo de pétalos de metal translúcidos revoloteó entre ellos, haciéndose visible. Vergüenzaspren.

—Comprendo —dijo el mensajero—. Si alguno de vosotros... recuerda la verdad en algún momento, en Vedenar encontraréis oídos dispuestos a escuchar.

—No destruirás esta casa, bastardo —profirió Lin Davar, levantándose—. Estamos unidos.

—Salvo los que ya no pueden estar, supongo.

—¡Sal de esta casa!

El mensajero le dirigió una mirada de disgusto, una mueca despectiva. Decía: «Soy un bastardo, pero no caigo tan bajo como tú». Se marchó entonces, abandonando la sala para reunir a sus hombres fuera, indicando con sus bruscas órdenes que deseaba volver a ponerse en camino a pesar de lo intempestivo de la hora, a cumplir otra misión más allá de los territorios de Lin Davar.

Cuando el mensajero se marchó, el padre de Shallan apoyó las dos manos en la mesa y resopló con fuerza.

—Marchaos —ordenó a los cuatro, bajando la cabeza.

Ellos vacilaron.

—¡Marchaos! —rugió Lin Davar.

Todos escaparon de la sala, y Shallan echó a correr tras sus hermanos. Lo último que vio fue a su padre hundido en el sillón, sujetándose la cabeza con las manos. El regalo que le había hecho, aquel bonito collar, quedó olvidado en la caja abierta, sobre la mesa de al lado.



Que respondieron inmediatamente y con gran consternación es innegable, ya que se contaron principalmente entre aquellos que juraron y olvidaron sus votos. El término Traición no se aplicó en ese momento, pero desde entonces se ha convertido en el título popular para referirse a este acontecimiento.

De Palabras radiantes, capítulo 38, página 6

Sebarial compartió su carruaje con Shallan cuando se marcharon del palacio del rey y se dirigieron a su campamento de guerra. Patrón seguía vibrando suavemente en los pliegues de su falda, y ella tuvo que hacerlo callar.

El alto príncipe estaba sentado frente a ella, con la cabeza apoyada en el tapizado, roncando suavemente mientras el carruaje se sacudía. El terreno había sido limpiado de rocabrotes y había una línea de losas en el centro, para dividir izquierda y derecha.

Los soldados de Shallan estaban a salvo y la alcanzarían más tarde. Tenía una base de operaciones y unos ingresos. Con la tensión de la reunión y la posterior retirada de Navani, la casa Kholin no le había exigido todavía que les devolviera las pertenencias de Jasnah. Aún tenía que abordar a Navani para que la ayudara en su investigación, pero de momento el día había salido

bastante bien.

Lo único que le quedaba pendiente a Shallan era salvar el mundo.

Sebarial bufó y despertó de su breve cabezada. Se acomodó en el asiento, frotándose la mejilla.

—Has cambiado.

—¿Cómo dices?

—Pareces más joven. Allí dentro calculé que tendrías veinte, tal vez veinticinco años. Pero ahora veo que no puedes tener más de catorce.

—Tengo diecisiete —puntualizó Shallan secamente.

—Lo mismo da —gruñó Sebarial—. Podría haber jurado que antes tu vestido era más vibrante, tus rasgos más definidos, más hermosos... Debe de haber sido la luz.

—¿Siempre tienes la costumbre de insultar a las damas jóvenes? —preguntó Shallan—. ¿O es solo después de haber babeado delante de ellas?

Él sonrió.

—Obviamente, no te han educado para la corte. Eso me gusta. Pero ten cuidado: insulta a la gente equivocada en este lugar, y la venganza puede ser rápida.

A través de la ventanilla del carruaje Shallan vio que por fin se acercaban al campamento donde ondeaba el estandarte de Sebarial. Tenía los glifos «sebes» y «laial» grabados en una anguila aérea, oro sobre sable.

Los soldados de las puertas saludaron y Sebarial impartió órdenes a uno de ellos para que condujera a los hombres de Shallan a su mansión cuando llegaran. El carruaje continuó su camino, y Sebarial se acomodó para observarla, como si previera algo, aunque ella no pudo deducir qué. Tal vez lo estaba interpretando mal. Volvió su atención hacia la ventana y no tardó en comprender que ese lugar era un campamento de guerra solo de nombre. Las calles eran más rectas que en una ciudad que se hubiese expandido de modo natural, pero Shallan vio a muchos más civiles que soldados.

Dejaron atrás tabernas, mercados al aire libre, tiendas, y altos edificios que sin duda podían albergar a una docena de familias. Muchas de las calles estaban abarrotadas. El lugar no resultaba tan diverso y vibrante como Kharbranth, pero los edificios eran de

sólida madera y piedra, contruidos unos contra otros para compartir la carga del peso.

—Tejados redondeados —dijo Shallan.

—Mis ingenieros dicen que soportan mejor los vientos —dijo Sebarial con orgullo—. Además, los edificios también tienen las esquinas y las fachadas redondeadas.

—¡Cuánta gente!

—Casi todos son residentes permanentes. Tengo el equipo más completo de sastres, artesanos y cocineros de todos los campamentos. Ya he abierto doce fábricas: de ropa, zapatos, cerámica, varios hornos. Controlo también el vidrio.

Shallan se volvió hacia él. El orgullo que se advertía en su voz no encajaba con la descripción que había hecho Jasnah de aquel hombre. Naturalmente, la mayoría de las notas y su conocimiento de los altos príncipes procedía de visitas esporádicas a las Llanuras Quebradas, y ninguna había sido reciente.

—Por lo que he oído —dijo Shallan—, tus soldados son los que tienen menos éxito en la guerra contra los parshendi.

Los ojos de Sebarial chispearon.

—Los otros buscan obtener ingresos rápidos con las gemas corazón, pero ¿en qué se gastarán el dinero? Mis empresas textiles pronto producirán uniformes a un precio mucho más barato que si los mandan traer, y mis granjeros no tardarán en proporcionar comida mucho más variada de la que se suministra moldeando almas. Estoy cultivando lavis y arroz, por no mencionar mis granjas de cerdos.

—Anguila astuta —dijo Shallan—. Mientras los demás luchan en la guerra, tú fundamentas una economía.

—He tenido que ser cuidadoso —respondió él, inclinándose hacia delante—. Al principio no quería que vieran lo que estaba haciendo.

—Qué astuto. Pero ¿por qué me lo cuentas?

—Igualmente ibas a verlo, si vas a trabajar como empleada mía. Además, el secreto ya no importa. Las fábricas están produciendo, y mis ejércitos apenas tienen una carga al mes en las mesetas. Tengo que pagar las multas de Dalinar por evitarlas y obligarlo a enviar a otros, pero incluso así compensa. Por otra parte, los altos príncipes más listos han descubierto en qué ando. Los demás piensan que soy

un loco perezoso.

—¿Entonces no eres un loco perezoso?

—¡Pues claro que lo soy! —exclamó él—. Luchar es demasiado cansado. Además, los soldados mueren, y cuando eso ocurre tengo que pagar a sus familias. Es una pérdida de tiempo. —Miró por la ventanilla—. Descubrí el secreto hace tres años. Todo el mundo se mudaba aquí, pero nadie consideraba que fuera a ser permanente, a pesar del valor de esas gemas corazón, que aseguran que Alezkar tendrá siempre presencia aquí... —Sonrió.

El carruaje se detuvo ante una modesta mansión entre los edificios más altos. Los terrenos alrededor de la mansión estaban adornados con cortezapizarra ornamental, un camino de losas e incluso algunos árboles. Aunque no era enorme, tenía un refinado diseño clásico, con columnas en la parte delantera, y se servía de la fila de edificios de piedra más altos que tenía detrás como cortavientos.

—Probablemente tendremos una habitación para ti —dijo Sebarial—. Tal vez en los sótanos. Parece que nunca hay espacio suficiente para todas las cosas que estoy esperando. Tres comedores completos. ¡Bah! Como si alguna vez fuera a invitar a alguien.

—No tienes muy buen concepto de los demás, ¿no? —preguntó Shallan.

—Los odio —reconoció Sebarial—. Pero procuro odiar a todo el mundo. Así no corro el riesgo de dejar fuera a alguien que se lo merezca especialmente. Bueno, pues ya hemos llegado. No esperes que te ayude a bajar del carruaje.

Shallan no necesitó su intervención, ya que un lacayo llegó rápidamente y la ayudó a bajar los escalones de piedra contruidos a un lado del camino de acceso. Otro lacayo atendió a Sebarial, que lo maldijo, pero aceptó la asistencia.

Una mujer de baja estatura con un elegante vestido esperaba en las escalinatas de la mansión, con las manos en jarras. Tenía el pelo rizado. ¿Sería, pues, del norte de Alezkar?

—Ah —dijo Sebarial mientras se acercaba a ella en compañía de Shallan—. La ruina de mi existencia. Por favor, intenta contener la risa hasta que nos separemos. Mi frágil y fatigado ego ya no puede soportar las burlas.

Shallan le dirigió una mirada confundida.

Entonces la mujer tomó la palabra.

—Por favor, dime que no la has secuestrado, Turi.

«No, no es alezi —pensó Shallan, tratando de situar el acento de la mujer—. Herdaziana». Las uñas, pintadas de negro roca, lo demostraban. Era ojos oscuros, pero su hermoso vestido indicaba que no era una criada.

Por supuesto. La amante.

—Insistió en venir conmigo, Palona —respondió Sebarial, subiendo los escalones—. No pude convencerla de lo contrario. Tendremos que darle una habitación o algo.

—¿Quién es?

—Una extranjera —explicó Sebarial—. Cuando dijo que quería venir conmigo, el viejo Dalinar pareció molestarse, así que lo permití. —Vaciló—. ¿Cómo dijiste que te llamabas? —preguntó, volviéndose hacia Shallan.

—Shallan Davar —respondió ella, inclinándose ante Palona. Puede que fuera ojos oscuros, pero por lo visto era la dueña de esta casa.

La herdaziana alzó una ceja.

—Bueno, es educada, lo que significa que probablemente no encajará aquí. La verdad, no puedo creer que hayas traído a casa a una desconocida solo porque pensabas que molestaría a uno de los altos príncipes.

—¡Bah! —replicó Sebarial—. Mujer, me conviertes en el hombre más denostado de todo Alezkar.

—No estamos en Alezkar.

—... ¡y ni siquiera estoy casado, por todas las tormentas!

—No voy a casarme contigo, así que no insistas —dijo Palona, cruzándose de brazos y mirando a Shallan de arriba abajo especulativamente—. Es demasiado joven para ti.

Sebarial sonrió.

—Ya he recurrido a este argumento. Con Ruthar. Fue delicioso: farfulló tanto, que casi parecía una tormenta.

Palona sonrió y luego le indicó que pasara.

—Hay vino caliente con canela en tu estudio.

Él se encaminó hacia la puerta.

—¿Y de comer?

—Despediste al cocinero, ¿recuerdas?

—Oh, cierto. Bueno, podrías haber hecho la comida tú.

—Y tú también.

—Bah. ¡Eres una inútil, mujer! Lo único que haces es gastar mi dinero. ¿Por qué te soporto?

—Porque me amas.

—Eso es imposible —sentenció Sebarial, deteniéndose ante las puertas principales—. No soy capaz de amar. Demasiado cascarrabias. Bueno, haz algo con la chica. —Entró en la mansión.

Palona indicó a Shallan que la acompañara.

—¿Qué pasó en realidad, niña?

—No ha faltado a la verdad —respondió Shallan, advirtiendo que se ruborizaba—. Pero no ha mencionado unos cuantos detalles. He venido con el propósito de casarme con Adolin Kholin, con quien tengo un compromiso provisional. Se me ocurrió que si me quedaba en la casa Kholin eso me limitaría demasiado, así que busqué otras opciones.

—Mmm. Eso hace que parezca que Turi...

—¡No me llames así! —exclamó una voz desde el interior.

—... que el idiota ha hecho algo políticamente inteligente.

—Bueno —dijo Shallan—, lo presioné un poco para que me aceptara. Y di a entender en público que iba a darme un generosísimo estipendio.

—¡Demasiado grande! —apuntó la voz desde el interior.

—¿Está... ahí de pie escuchando? —preguntó Shallan.

—Se le da bien merodear —respondió Palona—. Bueno, vamos. Busquemos dónde alojarte. Tú dime cuánto te ha prometido de paga, aunque sea por implicación. Yo me aseguraré de que se cumpla.

Varios lacayos descargaron los baúles de Shallan del carruaje. Sus soldados no habían llegado todavía. Era de esperar que no se hubieran metido en problemas. Siguió a Palona al interior del edificio, que demostró tener una decoración tan clásica como implicaba el exterior. Abundancia de mármol y cristal. Estatuas repujadas de oro. Una amplia escalera que desembocaba en el salón de entrada. Shallan no vio al alto príncipe por allí, ni merodeando ni haciendo ninguna otra cosa.

Palona la condujo a unas habitaciones muy hermosas en el ala este. Todas eran blancas, y ricamente amuebladas, las duras paredes

y los suelos de piedra suavizados con tapices de seda y gruesas alfombras. Ella no se merecía semejante decoración.

«Supongo que no debería sentirme así —pensó Shallan mientras Palona buscaba sábanas y toallas en los armarios—. Estoy comprometida con un príncipe».

Con todo, tanta elegancia le recordaba a su padre. Los encajes, las joyas y la seda que le había regalado en un intento de hacerle olvidar... otros tiempos.

Shallan parpadeó y se volvió hacia Palona, que hablaba de algo.

—¿Disculpa?

—Los criados —dijo Palona—. ¿Dispones de tu propia doncella?

—No —respondió Shallan—. Pero tengo dieciocho soldados y cinco esclavos.

—¿Y ellos te ayudarán a cambiarte de ropa?

Shallan se ruborizó.

—Quiero decir que me gustaría que los alojaran, si puedes conseguirlo.

—Puedo —contestó Palona animosamente—. Puede que incluso pueda encontrarles algo de provecho que hacer. Querrás que les paguen de tu sueldo, supongo. Y a tu doncella también, supongo. La comida se sirve a la segunda campanada, a mediodía, y a la décima campanada. Si quieres algo en otro momento, pide en las cocinas. El cocinero se quejará, suponiendo que esta vez consiga convencerlo de que vuelva. Tenemos una cisterna de tormentas, así que suele haber agua corriente. Si la quieres caliente para darte un baño, los muchachos necesitarán una hora o así para calentarla.

—¿Agua corriente? —inquirió Shallan, ansiosa. La había visto por primera vez en Kharbranth.

—Como decía, una cisterna de tormentas. —Palona señaló hacia arriba—. Las altas tormentas la llenan, y la forma de la cisterna elimina el crem. No uses el sistema hasta el mediodía siguiente a una alta tormenta, o el agua estará marrón. Y te veo demasiado ansiosa al respecto.

—Lo siento —murmuró Shallan—. No teníamos este tipo de comodidades en Jah Keved.

—Bienvenida a la civilización. Confío en que dejaras la maza y el taparrabos en la puerta. Déjame que te busque una doncella.

—¿Palona? —preguntó Shallan cuando la mujer empezaba a

marcharse.

—Dime, niña.

—Gracias.

La mujer sonrió.

—Los vientos saben que no eres la primera niña perdida que ha traído a casa. Algunas de nosotras incluso acabamos quedándonos —dijo antes de marcharse.

Shallan se sentó en la mullida cama blanca y se hundió casi hasta el cuello. ¿De qué estaba hecha? ¿De aire y deseos? Era todo un lujo.

En su sala de estar (su «sala de estar»), unos golpes anunciaron la llegada de los lacayos con sus baúles. Se marcharon un momento después, cerrando la puerta. Por primera vez en muchísimo tiempo, Shallan se encontró no luchando por su supervivencia o preocupándose de que no la asesinara uno de sus compañeros de viaje.

Así que se quedó dormida.



Este acto de gran villanía fue más allá de la impudicia que hasta entonces se había aplicado a las órdenes; como la lucha fue particularmente intensa en esta época, muchos atribuyeron este acto a una sensación de traición inherente; y después de que se retiraran, unos dos mil los atacaron, destruyendo gran parte de sus huestes; pero fueron solo nueve de diez, ya que uno dijo que no abandonaría sus armas para huir, y en cambio forjó un gran subterfugio a expensas de los otros nueve.

De Palabras radiantes, capítulo 38, página 20

Kaladin apoyó los dedos en la pared del abismo mientras el Puente Cuatro formaba tras él.

Recordó lo mucho que le asustaron los abismos la primera vez que bajó a ellos. Había temido que las copiosas lluvias causaran una riada mientras sus hombres estaban recuperando materiales. Le sorprendió un poco que Gaz no hubiera encontrado un modo de asignar «accidentalmente» al Puente Cuatro trabajo en los abismos los días de alta tormenta.

El Puente Cuatro había abrazado el castigo, reclamando estos pozos. Kaladin se sorprendió al darse cuenta de que estar allí abajo era cada vez más como volver a casa que regresar a Piedralar con

sus padres. Los abismos eran suyos.

—Los muchachos están preparados, señor —dijo Teft, deteniéndose a su lado.

—¿Dónde te metiste la otra noche? —preguntó Kaladin, mirando hacia la cuña de cielo abierto que tenían encima.

—Estaba libre de servicio, señor —respondió Teft—. Fui a ver qué podía encontrar en el mercado. ¿Tengo que informar de todo lo que hago?

—¿Fuiste al mercado en medio de una alta tormenta?

—Puede que se me pasara un poco la hora... —concedió Teft, desviando la mirada.

Kaladin quería seguir insistiendo, pero el soldado tenía derecho a su intimidad. «Ya no son hombres del puente. No tienen que pasar todo el tiempo juntos. Volverán a tener sus propias vidas».

Quería potenciar eso. Con todo, le resultaba preocupante. Si no sabía dónde estaban sus hombres, ¿cómo podía estar seguro de que se encontraban a salvo?

Se volvió a contemplar al Puente Diecisiete, un grupo diverso. Algunos habían sido esclavos, comprados para trabajar en los puentes. Otros habían sido delincuentes, aunque los delitos castigados con servicio en los puentes en el ejército de Sadeas podían ser prácticamente cualquier cosa: desde deudas hasta insultar a un oficial, pasando por peleas.

—Sois el Puente Diecisiete, a las órdenes del sargento Pitt —dijo Kaladin a los hombres—. No sois soldados. Puede que llevéis los uniformes, pero no los merecéis todavía. Son un disfraz. Vamos a cambiar eso.

Los hombres arrastraron los pies y desviaron la mirada. Aunque Teft había estado trabajando con ellos, todavía no se consideraban soldados. Mientras eso fuera así, empuñarían mal aquellas lanzas, mirarían alrededor de forma perezosa cuando se les hablara y se mostrarían incómodos en formación.

—Estos abismos son míos —declaró Kaladin—. Os doy permiso para practicar aquí. ¡Sargento Pitt!

—¡Sí, señor! —dijo Pitt, cuadrándose.

—Esto que tienes ahí para trabajar es una triste mezcla de residuos de tormentas, pero los he visto peores.

—¡Me resulta difícil de creer, señor!

—Pues créelo —replicó Kaladin, examinando a los hombres—. Estuve en el Puente Cuatro. Teniente Teft, son tuyos. Hazlos sudar.

—A la orden, señor —dijo Teft, quien empezó a gritar mientras Kaladin cogía su lanza y se internaba en los abismos. Poner en forma a las veinte cuadrillas sería lento, pero al menos Teft había entrenado con éxito a los sargentos. Quisieran los Heraldos que esa misma instrucción funcionara con los hombres corrientes.

Kaladin deseaba poder explicar, incluso a sí mismo, por qué se sentía tan ansioso por preparar a esos hombres. Sentía que corría hacia algo, aunque no sabía qué. Aquel texto escrito en la pared... Tormentas, eso lo inquietaba. Treinta y nueve días.

Encontró a Syl sentada en las hojas de un florvolante que crecía en la pared. El florvolante se cerró cuando Kaladin se acercaba. Ella no se dio cuenta y permaneció sentada en el aire.

—¿Qué es lo que quieres, Kaladin? —preguntó.

—Mantener a mis hombres con vida —respondió él inmediatamente.

—No —adujo Syl—, eso es lo que «querías».

—¿Estás diciendo que no quiero que estén a salvo?

Ella se deslizó hasta su hombro, moviéndose como si una fuerte brisa la hubiera movido. Cruzó las piernas y se sentó como una dama, con la falda ondeando.

—En el Puente Cuatro, dedicaste todo lo que tenías a salvarlos —declaró Syl—. Bueno, pues ya están salvados. No puedes seguir protegiéndolos a todos como... como un...

—¿Como un padre kurl protege a sus huevos?

—¡Exactamente! —Syl vaciló—. ¿Qué es un kurl?

—Un crustáceo —respondió Kaladin— del tamaño de un sabueso-hacha pequeño. Es una especie de cruce entre cangrejo y tortuga.

—Oooh... —exclamó Syl—. ¡Quiero ver uno!

—No viven por aquí.

Kaladin caminaba mirando al frente, así que ella le dio golpecitos en el cuello hasta que se volvió a mirarla. Entonces puso exageradamente los ojos en blanco.

—Así que admites que tus hombres están a salvo, dentro de lo que cabe —dijo—. Eso implica que en realidad no has contestado a mi pregunta. ¿Qué quieres?

Kaladin pasó ante pilas de huesos y madera recubiertos de musgo. En un montón, putrispren y vidaspren giraban unos alrededor de otros, como motas de rojo y verde brillando alrededor de las enredaderas que brotaban incongruentemente de la masa de muerte.

—Quiero derrotar a ese asesino —dijo Kaladin, sorprendido por la vehemencia con que lo sentía.

—¿Por qué?

—Porque mi trabajo es proteger a Dalinar.

Syl negó con la cabeza.

—No es eso.

—¿Qué? ¿Crees que te has vuelto una experta en interpretar las intenciones humanas?

—No las de todos los humanos. Solo las tuyas.

Kaladin gruñó, rodeando con cuidado el borde de un charco oscuro. Prefería no pasarse el resto del día con las botas mojadas. Estas nuevas no le protegían del agua tan bien como deberían.

—Tal vez quiero derrotar a ese asesino porque todo esto es culpa suya —dijo—. Si no hubiera matado a Gavilar, no habrían reclutado a Tien, yo no lo habría seguido y él no habría muerto.

—¿Y no crees que Roshone habría encontrado otro modo de desquitarse de tu padre?

Roshone era el señor de la ciudad natal de Kaladin allá en Alezkar. Enviar a Tien al ejército había sido un acto de mezquina venganza por su parte, un modo de desquitarse del padre de Kaladin por no haber sido lo suficientemente buen cirujano para salvar a su hijo.

—Probablemente habría hecho alguna otra cosa —admitió Kaladin—. Con todo, ese asesino merece la muerte.

Oyó a los otros antes de alcanzarlos, pues sus voces resonaban por todo el cavernoso fondo del abismo.

—Lo que intento explicar —decía uno—, es que nadie parece estar haciendo las preguntas adecuadas. —Era la voz de Sigzil, con su marcado acento azishiano—. Llamamos salvajes a los parshendi, y todo el mundo dice que no habían conocido a los humanos hasta aquel día que se toparon con la expedición alezi. Si esas cosas son ciertas, ¿entonces qué tormentas les consiguió un asesino shin? Un asesino shin que puede absorber, nada menos.

Kaladin se internó en el círculo de luz de sus esferas dispersas por el suelo del abismo, que habían despejado de restos desde la última vez que estuvo allí. Sigzil, Roca y Lopen estaban sentados en unos peñascos, esperándolo.

—¿Estás dando a entender que en realidad el Asesino de Blanco nunca ha trabajado para los parshendi? —preguntó Kaladin—. ¿O que los parshendi mintieron y no estaban tan aislados como decían?

—No estoy dando a entender nada —replicó Sigzil, volviéndose hacia él—. Mi amo me entrenó para hacer preguntas, y eso hago. Hay algo que no cuadra en todo este asunto. Los shin son enormemente xenófobos. Rara vez salen de sus tierras, y nunca se les encuentra trabajando como mercenarios. ¿Y ahora este va por ahí asesinando reyes? ¿Con una hoja esquilada? ¿Sigue trabajando para los parshendi? Si es así, ¿por qué han esperado tanto tiempo a lanzarlo contra nosotros?

—¿Importa para quién trabaja? —preguntó Kaladin, absorbiendo luz tormentosa.

—Pues claro que importa —dijo Sigzil.

—¿Por qué?

—Porque es una pregunta —manifestó Sigzil, casi ofendido—. Además, el hecho de descubrir a su verdadero jefe podría darnos una pista sobre su objetivo, y eso a su vez podría ayudarnos a derrotarlo.

Kaladin sonrió e intentó correr por la pared. Después de caer en el suelo y acabar tendido de espaldas, suspiró. Roca se inclinó sobre él.

—Es divertido de ver —dijo—. Pero ¿estás seguro de que puede funcionar?

—El asesino caminó por el techo —respondió Kaladin.

—¿Estás seguro de que no hizo lo mismo que nosotros? —preguntó Sigzil, escéptico—. ¿Usar la luz tormentosa para pegar un objeto a otro? Puede que rociara el techo de luz, y luego saltara para pegarse allí.

—No —declaró Kaladin, y la luz tormentosa escapó de sus labios—. Saltó y aterrizó en el techo. Luego corrió por la pared y envió a Adolin al techo, no sé cómo. El príncipe no se quedó allí pegado, cayó hacia arriba. —Kaladin vio que su luz tormentosa se elevaba y evaporaba—. Al final de todo, el asesino... escapó.

—¡Ja! —exclamó Lopen desde su percha de roca—. Lo sabía. Cuando tengamos esto resuelto, el rey de toda Herdaz me dirá: «Lopen, estás brillando, y es impresionante. Pero también puedes volar. Por eso, puedes casarte con mi hija».

—El rey de Herdaz no tiene ninguna hija —objetó Sigzil.

—¿No? ¡Y pensar que me han tenido todo este tiempo engañado!

—¿No conoces a tu familia real? —preguntó Kaladin, sentándose.

—Gon, no he estado en Herdaz desde que era un bebé. Hoy en día hay tantos herdazianos en Alezkar y Jah Keved como en nuestra tierra. ¡Que me sacudan las chispas, soy prácticamente alezi! Solo que no soy tan alto ni tan gruñón.

Roca extendió una mano hacia Kaladin y lo ayudó a ponerse en pie. Syl se había sentado en la pared.

—¿Sabes cómo funciona esto? —le preguntó Kaladin.

Ella negó con la cabeza.

—Pero el asesino es un Corredor del Viento —dijo Kaladin.

—¿Ah, sí? —dijo Syl—. ¿Tal vez algo como tú? —Se encogió de hombros.

Sigzil siguió la dirección en la que miraba Kaladin.

—Ojalá yo también pudiera verlo —murmuró—. Sería un... ¡Gah! —Dio un salto hacia atrás y señaló—. ¡Parece una persona pequeña!

Kaladin miró a Syl alzando una ceja.

—Me cae bien —dijo esta—. Por cierto, soy una chica y no un chico, muchas gracias.

—¿Los spren tienen género? —preguntó Sigzil, sorprendido.

—Por supuesto —respondió ella—. Aunque, técnicamente, tendrá algo que ver con la forma en que nos ve la gente. La personificación de las fuerzas de la naturaleza o algún galimatías similar.

—¿No te molesta eso? —preguntó Kaladin—. ¿Que puedas ser una creación de la percepción humana?

—Tú eres creación de tus padres. ¿A quién le importa cómo nacimos? Puedo pensar. Es suficiente. —Sonrió con picardía y se lanzó en forma de lazo de luz hacia Sigzil, que se había sentado en una roca con expresión anonadada. Se detuvo justo delante de él, volvió a la forma de mujer joven, y luego se inclinó hacia delante e

hizo que su cara fuese exactamente igual que la suya.

—¡Gah! —exclamó Sigzil de nuevo, apartándose. Ella se echó a reír y cambió de nuevo de cara.

Sigzil miró a Kaladin.

—Habla... habla como una persona normal. —Se llevó una mano a la cabeza—. Las historias dicen que la Vigilante Nocturna podría ser capaz de eso... Spren poderoso. Spren grande.

—¿Me está llamando gorda? —dijo Syl, ladeando la cabeza—. No estoy segura de qué pensar de eso.

—Sigzil —dijo Kaladin—, ¿los Corredores del Viento podían volar?

El hombre se sentó torpemente sin dejar de mirar a Syl.

—Las historias y leyendas no son mi especialidad —respondió él—. Cuento cosas de lugares diferentes, para hacer el mundo más pequeño y ayudar a los hombres a entenderse unos con otros. He oído leyendas que hablan de gente que bailaba en las nubes, pero ¿quién puede decir qué es mentira y qué es verdad, tratándose de historias tan antiguas?

—Tenemos que averiguarlo —dijo Kaladin—. El asesino volverá.

—Venga —intervino Roca—, salta un poco más a la pared. No me reiré mucho. —Se sentó en un peñasco y cogió un cangrejillo del suelo. Lo inspeccionó, se lo metió en la boca y empezó a masticar.

—Puajj —masculló Sigzil.

—Está rico —comentó Roca, hablando con la boca llena—. Pero queda mejor con sal y aceite.

Kaladin observó la pared, luego cerró los ojos y absorbió más luz tormentosa. La sintió en su interior, latiendo contra las paredes de sus venas y arterias, tratando de escapar. Impulsándolo a actuar. A saltar, a moverse, a hacerlo.

—Bien —dijo Sigzil a los demás—, ¿damos por hecho que el Asesino de Blanco es quien sabotó la barandilla del rey?

—Bah —replicó Roca—. ¿Por qué iba a complicarse tanto? Podría matar más fácilmente.

—Sí —coincidió Lopen—. Tal vez la barandilla fue cosa de alguno de los altos príncipes.

Kaladin abrió los ojos y se miró el brazo, la palma contra la resbaladiza pared del abismo, el codo recto. La luz tormentosa brotaba de su piel. Volutas de luz que se vaporizaban en el aire.

Roca asintió.

—Todos los altos príncipes quieren ver muerto al rey, aunque no hablan de eso. Uno de ellos envió al saboteador.

—¿Y cómo llegó ese saboteador al balcón? —preguntó Sigzil—. Cortar los anclajes debió de requerir tiempo. Era metal. A menos que... ¿Cómo de liso era ese corte, Kaladin?

Este entornó los ojos, observando la luz tormentosa surgir. Era poder puro. No. «Poder» era un término equivocado. Era una fuerza, como las potencias que gobernaban el universo. Hacían arder el fuego, caer las rocas, brillar la luz. Esas volutas eran las potencias reducidas a algún tipo de forma primaria.

Podía usarla. Usarla para...

—¿Kal? —preguntó la voz de Sigzil, aunque parecía lejana. Como un zumbido poco importante—. ¿Era muy liso el corte de la barandilla? ¿Es posible que lo hicieran con una hoja esquilada?

La voz se difuminó. Por un instante a Kaladin le pareció ver sombras de un mundo que no era, sombras de otro lugar. Y en ese lugar, un cielo lejano con un sol velado por una especie de halo de nubes.

«Allí».

Hizo que la dirección de la pared fuera abajo.

De repente, su brazo fue todo lo que le sujetaba. Cayó hacia delante, contra la pared, gruñendo. Su conciencia de cuanto le rodeaba regresó de golpe... pero su perspectiva era extraña. Se incorporó, y descubrió que estaba de pie en la pared.

Retrocedió unos pasos, caminando por el lado del abismo. Para él, esa pared era el suelo, y los otros tres hombres del puente estaban en el suelo de verdad, que parecía la pared...

«Esto va a ser algo confuso», pensó.

—Guau —dijo Lopen, levantándose lleno de emoción—. Sí, esto va a ser divertido. ¡Corre por la pared, gancho!

Kaladin vaciló, luego dio media vuelta y empezó a correr. Era como si estuviera en una cueva y las dos paredes del abismo fueran su arriba y su abajo. Lentamente se apretujaron mientras se dirigía hacia el cielo.

Sintiendo el hervir de la luz tormentosa en su interior, Kaladin sonrió mientras Syl revoloteaba a su lado, riendo. Cuando más se acercaban a la cima, más estrecho se volvía el abismo. Kaladin

redujo el ritmo y por fin se detuvo.

Syl se le adelantó volando y salió del abismo como si saltara de la boca de la cueva. Se dio media vuelta, un lazo de luz.

—¡Vamos! —lo llamó—. ¡A la meseta! ¡A la luz del sol!

—Hay exploradores ahí fuera, buscando gemas corazón —dijo él.

—Sal de todas formas. Deja de esconderte, Kaladin. Sé.

Lopen y Roca aullaban de emoción allá abajo. Kaladin miró hacia el cielo azul.

—Tengo que saber —susurró.

—¿Saber?

—Me preguntas por qué protejo a Dalinar. Tengo que saber si realmente es lo que parece, Syl. Tengo que saber si uno de ellos está a la altura de su reputación. Eso me dirá...

—¿Decirte? —preguntó ella, convirtiéndose en la imagen de una mujer a tamaño normal, de pie en la pared junto a él. Era casi tan alta como Kaladin y tenía el vestido envuelto en bruma—. ¿Decirte qué?

—Si el honor ha muerto —susurró Kaladin.

—Sí, ha muerto —dijo Syl—. Pero depende de los hombres. Y de mí.

Kaladin frunció el ceño.

—Dalinar Kholin es un buen hombre —dijo Syl.

—Es amigo de Amaram. Interiormente podría ser igual.

—No crees eso.

—Tengo que saber, Syl —dijo él, dando un paso adelante. Trató de cogerla por los brazos como habría hecho con una mujer humana, pero ella era demasiado insustancial y su mano la atravesó—. No puedo creerlo sin más. Tengo que saberlo. Me preguntaste qué quiero. Bueno, pues es esto. Quiero saber si puedo confiar en Dalinar. Y si puedo...

Indicó con la cabeza la luz del día fuera del abismo.

—Si puedo, le confiaré mi secreto. Creeré que al menos un ojos claros no intentará quitarme todo lo que tengo. Como hizo Roshone. Como hizo Amaram. Como hizo Sadeas.

—¿Y eso es lo que hará falta?

—Te advertí que estaba roto, Syl.

—No. Has sido forjado de nuevo. Los hombres pasan por eso.

—Otros hombres, sí —dijo Kaladin, alzando la mano para palpar las cicatrices en su frente. ¿Por qué la luz tormentosa no las había sanado nunca?—. Aún no estoy seguro de mí mismo. Pero protegeré a Dalinar Kholin con todo lo que tengo. Descubriré quién es, quién es realmente. Luego, tal vez... le daremos sus Caballeros Radiantes.

—¿Y Amaram? ¿Qué será de él?

Dolor. Tien.

—A él voy a matarlo.

—Kaladin —dijo ella, uniendo las manos—, no dejes que esto te destruya.

—Eso es imposible —replicó él, quedándose sin luz tormentosa. La guerrera de su uniforme empezó a caer hacia atrás, hacia el suelo, igual que sus cabellos—. Amaram ya se encargó de eso.

El terreno de abajo se reubicó de nuevo y Kaladin cayó hacia atrás. Sorbió luz tormentosa, retorciéndose en el aire mientras sus venas volvían a cobrar vida. Aterrizó de pie en un remolino de poder y luz.

Los otros tres permanecieron sentados durante unos instantes mientras él se erguía.

—Es una forma muy rápida de bajar —observó Roca—. ¡Ja! Pero no incluyó caer de cara, que habría sido divertido. Así que solo recibes un aplauso suave. —Hizo como que aplaudía muy suave, en efecto. Lopen, en cambio, vitoreó y Sigzil asintió con una amplia sonrisa.

Kaladin bufó y cogió un odre de agua.

—Cortaron la barandilla del rey con una hoja esquirrada, Sigzil —declaró antes de tomar un trago—. Y, no, no fue el Asesino de Blanco. Ese atentado contra la vida de Elhokar fue demasiado burdo.

Sigzil asintió.

—Es más —añadió Kaladin—, debieron de cortar la barandilla después de la alta tormenta de esa noche. De lo contrario, el viento la habría doblado. Así que nuestro saboteador, un portador de esquirrada, salió de algún modo al balcón después de la tormenta.

Lopen sacudió la cabeza y recogió el odre de agua cuando Kaladin se lo lanzó.

—¿Hemos de creer que uno de los portadores del campamento se coló en el palacio y salió a ese balcón, gon? ¿Y que nadie lo vio?

—¿Podría haberlo hecho alguien más? —preguntó Roca, señalando la pared—. ¿Subiendo en vertical?

—Lo dudo —dijo Kaladin.

—Una cuerda —propuso Sigzil.

Todos lo miraron.

—Si yo quisiera colar a un portador de esquirlada, sobornaría a algún criado para que dejara caer una cuerda. —Sigzil se encogió de hombros—. Una cuerda que pudiera sacarse al balcón fácilmente, quizás envuelta en el cuerpo del mismo sirviente, bajo las ropas. El saboteador y tal vez algunos amigos podrían escalar por la soga, cortar los anclajes, picar la argamasa y luego bajar. El cómplice luego solo habría de cortar la cuerda y volver a entrar.

Kaladin asintió lentamente.

—Bueno —dijo Roca—, descubrimos quién salió al balcón después de la tormenta y encontramos al cómplice. ¡Es fácil! Ja. Tal vez no estás mareado, Sigzil. No. Probablemente solo un poco.

Kaladin se sintió inquieto. Moash había estado en aquel balcón entre la tormenta y el momento en que el rey casi se precipitó al vacío.

—Indagaré —dijo Sigzil, poniéndose en pie.

—No —intervino Kaladin rápidamente—. Lo haré yo. No habléis ni una palabra de esto con nadie más. Quiero ver qué puedo averiguar.

—Muy bien —dijo Sigzil. Indicó la pared—. ¿Puedes volver a hacerlo?

—¿Más pruebas? —preguntó Kaladin con un suspiro.

—Tenemos tiempo. Además, creo que Roca quiere ver si te caes de narices.

—¡Ja!

—Muy bien —dijo Kaladin—. Pero voy a tener que absorber de esas esferas que usamos como iluminación. —Las miró, colocadas en montoncitos en el terreno despejado—. Por cierto, ¿por qué habéis limpiado los escombros de esta zona?

—¿Limpiado? —preguntó Sigzil.

—Sí. No había necesidad de ir removiendo restos, aunque sean solo esqueletos. Es...

Se interrumpió cuando Sigzil cogió una esfera y la acercó a la pared, revelando algo que Kaladin había pasado antes por alto:

profundos surcos donde habían rascado el musgo y calcinado la roca.

Abismoide. Uno de los enormes conchasgrandes había pasado por la zona, y su masa lo había rozado todo.

—Creía que no se acercaban tanto a los campamentos —dijo Kaladin—. Tal vez los muchachos no deberían entrenar aquí abajo durante una temporada, por si acaso.

Los demás asintieron.

—Ya se ha ido —dijo Roca—. De lo contrario, nos habría devorado. Es obvio. Así que de vuelta al entrenamiento.

Kaladin asintió, aunque aquellos surcos lo acosaron mientras practicaba.

Unas horas más tarde, condujeron a un cansado grupo de antiguos hombres de los puentes de vuelta a sus barracones. Sin embargo, por agotados que estuvieran, los hombres del Puente Diecisiete parecían más alegres que antes de bajar al abismo, y se animaron aún más cuando llegaron a su barracón y encontraron a uno de los aprendices de cocinero de Roca preparándoles una gran olla de guiso.

Había oscurecido ya cuando Kaladin y Teft regresaron al barracón del Puente Cuatro. Otro de los aprendices preparaba la cena allí, y el propio Roca, que había vuelto un poco antes que Kaladin, la probaba y hacía sus comentarios. Shen se movía detrás de él apilando cuencos.

Algo iba mal.

Kaladin se detuvo justo ante la luz de la hoguera y Teft lo imitó.

—Pasa algo —dijo este último.

—Sí —coincidió Kaladin, estudiando a los hombres. Estaban agrupados a un lado de la hoguera, algunos sentados, otros de pie. Sus risas eran forzadas; sus posturas delataban nerviosismo. Cuando los hombres se entrenaban para la guerra, empezaban a usar posiciones de combate siempre que se sentían incómodos. Algo al otro lado del fuego era una amenaza.

Kaladin salió a la luz y encontró a un hombre allí sentado, vestido con un bonito uniforme, las manos al costado, la cabeza inclinada. Renarin Kholin. Extrañamente, se mecía adelante y atrás,

lentamente, mirando al suelo.

Kaladin se relajó.

—Brillante señor —dijo, acercándose a él—. ¿Necesitas algo?

Renarin se puso en pie y saludó.

—Me gustaría servir a tus órdenes, señor.

Kaladin gruñó para sus adentros.

—Hablemos un poco más allá, brillante señor. —Cogió del brazo al delgado príncipe, apartándolo del fuego y de los oídos de los demás.

—Señor —dijo Renarin, hablando en voz baja—, quiero...

—No deberías llamarme señor —susurró Kaladin—. Eres ojos claros. Tormentas, eres hijo del hombre más poderoso del este de Roshar.

—Quiero estar en el Puente Cuatro —terminó Renarin.

Kaladin se frotó la frente. Durante su tiempo como esclavo, tratando con problemas mucho mayores, había olvidado los dolores de cabeza que suponía tratar con ojos claros de alta cuna. En otro tiempo, podría haber asumido que había oído la más ridícula de sus exigencias. Pero parecía que no.

—No puedes estar en el Puente Cuatro. Somos guardaespaldas de tu propia familia. ¿Qué vas a hacer? ¿Protegerte a ti mismo?

—No seré una molestia, señor. Trabajaré duro.

—No lo dudo, Renarin. A ver, ¿por qué quieres estar en el Puente Cuatro?

—Mi padre y mi hermano son guerreros —dijo Renarin en voz baja, con la cara en sombras—. Soldados. Yo no lo soy, por si no te habías dado cuenta.

—Sí. Algo en tu...

—Problemas físicos —dijo Renarin—. Tengo una debilidad en la sangre.

—Esa descripción incluye muchos estados diferentes —dijo Kaladin—. ¿Qué tienes realmente?

—Soy epiléptico. Significa...

—Sí, sí. ¿Es idiopático o sintomático?

Renarin se quedó completamente inmóvil en la oscuridad.

—Uh...

—¿Fue causado por una herida cerebral concreta o es algo que empezó a suceder sin ningún motivo?

—Lo padezco desde que era niño.

—¿De qué intensidad son los ataques?

—No muy graves —dijo Renarin rápidamente—. No es tan malo como todo el mundo dice. No es que me caiga al suelo y me ponga a babear, como todos piensan. Mi brazo se sacude unas cuantas veces, o me estremezco de manera incontrolable durante unos momentos.

—¿Conservas la conciencia?

—Sí.

—Mioclónico, probablemente —murmuró Kaladin—. ¿Te han dado hojamarga para masticar?

—Yo... Sí. No sé si sirve de gran cosa. Los espasmos no son todo el problema. Muchas veces, cuando sucede, me quedo muy débil. Sobre todo en un lado del cuerpo.

—Mmm —dijo Kaladin—. Supongo que guardará relación con los ataques. ¿Has tenido alguna vez una relajación persistente de los músculos, la incapacidad de sonreír con un lado de la cara, por ejemplo?

—No. ¿Cómo sabes estas cosas? ¿No eres soldado?

—Sé un poco de medicina de campo.

—¿Medicina de campo... para la epilepsia?

Kaladin tosió con disimulo.

—Bueno, comprendo que no quieran que entres en batalla. He visto hombres con heridas que causaban síntomas similares, y los cirujanos siempre los liberaban del servicio. No es ninguna vergüenza no ser apto para la batalla, brillante señor. No todo el mundo ha de combatir.

—Claro —replicó Renarin amargamente—. Me lo dicen todos. Luego vuelven a la lucha. Los fervorosos dicen que cada Llamada es importante, pero ¿qué enseñan luego sobre la otra vida? Que hay una gran guerra para recuperar los Salones Tranquilos. Que los mejores soldados de esta vida serán glorificados en la siguiente.

—Si la otra vida es de verdad una gran guerra —dijo Kaladin—, entonces espero acabar en Condenación. Al menos allí podría echar una cabezadita o dos. De todas formas, no eres soldado.

—Quiero serlo.

—Brillante señor...

—No tienes que ponerte a hacer nada importante —dijo

Renarin—. He acudido a vosotros, en vez de a otro batallón, porque la mayoría de tus hombres se pasan el tiempo patrullando. Si estoy de patrulla, no correré mucho peligro, y mis ataques no harán daño a nadie. Pero al menos podré ver, podré sentir cómo es.

—Yo...

Renarin continuó hablando atropelladamente. Kaladin nunca le había oído decir tantas palabras seguidas.

—Obedeceré tus órdenes —dijo—. Trátame como a un nuevo recluta. Cuando esté aquí, no seré el hijo de un príncipe, no seré un ojos claros. Seré solo otro soldado. Por favor. Quiero ser parte de todo esto. Cuando Adolin era joven, mi padre le hizo servir dos meses como lancero en un pelotón.

—¿Eso hizo? —preguntó Kaladin, sinceramente sorprendido.

—Mi padre dice que cada oficial debería servir como lo hacen sus hombres —dijo Renarin—. Ahora tengo esquiras. Voy a estar en la guerra, pero nunca he sentido lo que es ser soldado de verdad. Creo que esto es lo más cerca que estaré. Por favor.

Kaladin se cruzó de brazos y examinó al joven. Renarin parecía ansioso. Muy ansioso. Había cerrado los puños, aunque Kaladin no podía ver ningún rastro de la caja con la que jugueteaba cuando estaba nervioso. Había empezado a respirar profundamente, pero tenía la mandíbula apretada, y seguía mirando al frente.

Venir a ver a Kaladin, a pedirle esto, había aterrorizado al joven por algún motivo. Pero lo había hecho de todas formas. ¿Se podía pedir algo más a un recluta?

«¿De verdad me lo estoy pensando?». Parecía ridículo. Y, sin embargo, uno de los trabajos de Kaladin era proteger a Renarin. Si podía enseñarle algunas sólidas habilidades defensivas, sería bueno para ayudarlo a sobrevivir a intentos de asesinato.

—Debería señalar —dijo Renarin—, que te resultaría mucho más fácil protegerme si me entrenara con tus hombres. Tus recursos son limitados, señor. Tener una persona menos que proteger debe ser atractivo. Las únicas ocasiones en que no estaré será los días en que practique con mis esquiras bajo la tutela del maestro Zahel.

Kaladin suspiró.

—¿De verdad quieres ser soldado?

—¡Sí, señor!

—Coge esos cuencos sucios y friégalos —señaló Kaladin—.

Luego ayuda a Roca a limpiar su caldero y recoge los utensilios de cocina.

—¡Sí, señor! —dijo Renarin con un entusiasmo que Kaladin no había oído nunca a nadie a quien asignaran las labores de fregado. Renarin echó a correr y empezó a recoger cuencos felizmente.

Kaladin se cruzó de brazos y se apoyó contra el barracón. Los hombres no sabían cómo reaccionar ante la presencia del joven príncipe. Entregaban cuencos de guiso a medio comer para complacerlo, y las conversaciones se silenciaban cuando estaba demasiado cerca. Pero también se habían mostrado nerviosos con Shen, antes de acabar por aceptarlo. ¿Podrían hacer lo mismo por un ojos claros?

Moash se había negado a entregarle su cuenco a Renarin, y lo fregaba él mismo, como era su costumbre común. Cuando terminó, se acercó a Kaladin.

—¿De verdad que vas a dejar que se una a nosotros?

—Hablaré mañana con su padre. A ver si el alto príncipe lo aprueba.

—No me gusta. El Puente Cuatro, nuestras conversaciones nocturnas... se supone que estas cosas están a salvo de ellos, ¿sabes?

—Sí —dijo Kaladin—. Pero es un buen chico. Creo que si un ojos claros puede encajar aquí, sería él.

Moash se dio media vuelta y lo miró, alzando una ceja.

—¿No estás de acuerdo? —preguntó Kaladin.

—No actúa bien, Kal. La forma en que habla, la forma en que mira a la gente. Es extraño. Pero eso no es importante: es ojos claros, y eso debería ser suficiente. Significa que no podemos fiarnos de él.

—No nos hace falta —respondió Kaladin—. Solo vamos a vigilarle, y tal vez lo entrenaremos para que se defienda solo.

Moash gruñó, asintiendo. Pareció aceptar que eran buenos motivos para permitir quedarse a Renarin.

«Tengo a Moash aquí —pensó Kaladin—. No hay nadie lo bastante cerca para oírnos. Debería preguntar...».

Pero ¿cómo dar forma a las palabras? «Moash, ¿estuviste implicado en un plan para matar al rey?».

—¿Has pensado en lo que vamos a hacer? —preguntó Moash—.

Respecto a Amaram, quiero decir.

—Amaram es mi problema.

—Eres del Puente Cuatro —dijo Moash, cogiendo a Kaladin por el brazo—. Tu problema es nuestro problema. Él te convirtió en esclavo.

—Hizo más que eso —gruñó Kaladin en voz baja, ignorando los gestos de Syl para que guardara silencio—. Mató a mis amigos, Moash. Delante de mis ojos. Es un asesino.

—Entonces hay que hacer algo.

—Sí, pero ¿qué? ¿Crees que debería acudir a las autoridades?

Moash se echó a reír.

—¿Y qué van a hacer? Tienes que retarlo a duelo, Kaladin. Luchar con él, hombre contra hombre. Hasta que no lo hagas, algo te hará sentir mal, en el fondo del estómago.

—Parece que conoces el sentimiento.

—Sí. —Moash mostró una leve sonrisa—. También tengo algunos Portadores del Viento en mi pasado. Tal vez por eso te comprendo. Y por eso tú me comprendes a mí.

—¿Entonces qué...?

—No quiero hablar de ello —dijo Moash.

—Somos el Puente Cuatro, como has dicho. Tus problemas son míos.

«¿Qué le hizo el rey a tu familia, Moash?».

—Supongo que así es —dijo Moash, dándose media vuelta—. Es que... Esta noche no. Esta noche solo quiero descansar.

—¡Moash! —llamó Teft desde la hoguera—. ¿Vienes?

—Voy —respondió él—. ¿Y tú, Lopen? ¿Listo?

El aludido sonrió, se puso en pie y se despidió junto al fuego.

—Soy Lopen, lo que significa que estoy listo para todo en cualquier momento. Ya tendrías que saberlo.

Drehy bufó y le lanzó un trozo de raizlarga cocida a Lopen. Chocó contra la cara del herdaziano.

Lopen siguió hablando.

—Como puedes ver, estaba perfectamente preparado para eso, como evidencia la posición que muestro al hacer este gesto decididamente grosero.

Teft se echó a reír mientras se acercaba con Peet y Sigzil a Lopen. Moash se dispuso a ir con ellos, luego vaciló.

—¿Vienes, Kal?

—¿Adónde?

—A salir por ahí —dijo Moash, encogiéndose de hombros—. A visitar unas cuantas tabernas, jugar algunas manos, conseguir algo de beber.

Salir. Los hombres de los puentes rara vez hacían esas cosas en el ejército de Sadeas, al menos no como grupo, con amigos. Al principio, estuvieron demasiado agotados para preocuparse de algo que no fuera emborracharse. Más tarde, a falta de dinero y el prejuicio general contra ellos entre los soldados había servido para que los hombres de los puentes se mantuvieran aislados.

Ya no era el caso. Kaladin respondió tartamudeando.

—Yo... probablemente debería quedarme... hum, para visitar las hogueras de las otras cuadrillas...

—Vamos, Kal —dijo Moash—. No puedes trabajar siempre.

—Iré con vosotros en otra ocasión.

—Bien. —Moash corrió para unirse a los demás.

Syl abandonó la hoguera, donde había estado bailando con los llamaspren, y regresó con Kaladin. Flotó en el aire, contemplando la marcha del grupo.

—¿Por qué no has ido? —le preguntó.

—Ya no puedo vivir esa vida, Syl —dijo Kaladin—. No sabría qué hacer conmigo mismo.

—Pero...

Kaladin se marchó y se sirvió un cuenco de guiso.

MEROS VAPORES



En cuanto a Ishi'Elin, al principio la suya fue la parte más importante; él comprendía realmente las implicaciones de que se concedieran las potencias a los hombres y se les confiara su organización; como tenía grandes poderes, hizo saber que destruiría a todos y cada uno, a menos que accedieran a estar limitados por leyes y preceptos.

De Palabras radiantes, capítulo 2, página 4

Shallan despertó al oír un zumbido. Abrió los ojos y se encontró acurrucada en la lujosa cama de la mansión de Sebarial. Se había quedado dormida vestida.

El zumbido era Patrón en la colcha que tenía al lado. Parecía como si fuera de encaje bordado. Habían corrido las cortinas (ella no recordaba haberlo hecho) y fuera estaba oscuro. Era la noche del día de su llegada a las Llanuras.

—¿Ha entrado alguien? —le preguntó a Patrón, sentándose en la cama y apartando de sus ojos unos mechones.

—Mmm. Alguienes. Se han ido ya.

Shallan se levantó y se dirigió a la sala de estar. Por los ojos de Ceniza, apenas se atrevía a pisar la impoluta alfombra blanca. ¿Y si dejaba huellas y la estropeaba?

Los «álguienes» de Patrón habían dejado comida en la mesa. De pronto Shallaan sintió hambre, se sentó en el sofá, alzó la tapa de la bandeja y encontró pan ácimo que habían horneado con pasta dulce en el centro, junto con salsas para mojar.

—Recuérdame que le dé las gracias a Palona por la mañana —dijo—. Esa mujer es divina.

—Mmm. No, creo que es... Ah... ¿Una exageración?

—Lo pillas rápido —dijo Shallaan mientras Patrón se convertía en una masa tridimensional de líneas retorcidas, una bola flotando en el aire sobre el asiento junto a ella.

—No. Soy demasiado lento. Prefieres algunos alimentos y no otros. ¿Por qué?

—Por el sabor —dijo Shallaan.

—Debería entender este mundo. Pero no, hay muchas cosas que se me escapan.

Tormentas. ¿Cómo describir el sabor?

—Es como el color... ves con la boca. —Shallaan hizo una mueca—. Esa sí que ha sido una metáfora horrible. Lo siento. Me cuesta pensar con el estómago vacío.

—Dices que piensas «con» el estómago —dijo Patrón—. Pero sé que no lo dices en serio. El contexto me permite deducir lo que quieres decir en realidad. En cierto modo, esa frase es una mentira.

—No es una mentira si todo el mundo entiende y sabe lo que significa.

—Mmm. Esas son algunas de las mejores mentiras.

—Patrón —dijo Shallaan, partiendo un trozo de pan ácimo—, a veces eres tan inteligible como un bavlandés intentando citar poesía vorin antigua.

Una nota junto a la comida informaba de que Vathah y sus soldados habían llegado y que habían sido instalados en un edificio cercano. Sus esclavos habían sido incorporados al personal de la mansión por el momento.

Mientras masticaba el pan (estaba delicioso), Shallaan se dirigió a sus baúles con la intención de desempaquetar. Sin embargo, cuando abrió el primero, se encontró ante una parpadeante luz roja. La vinculacañas de Tyn.

Shallaan se la quedó mirando. Sería la persona que le transmitía información a Tyn. Shallaan asumía que se trataba de una mujer,

aunque como la estación transmisora de información estaba en Tashikk, era posible que ni siquiera fuera vorin. Podía tratarse de un hombre.

Sabía tan poco... Tendría que ser muy prudente. Tormentas, podía hacer que la mataran incluso yendo con mucho cuidado. Sin embargo, estaba cansada de que la manipularan.

Esta gente sabía algo de Urithiru. Fuera peligroso o no, era la mejor pista que tenía. Sacó la vinculacañas, cargó de papel el teclado, y colocó la caña. Cuando giró el dial para indicar que estaba lista, la pluma permaneció flotando allí, inmóvil, pero no empezó a escribir inmediatamente. La persona que intentaba contactar con ella se había ido: la pluma podía estar allí parpadeando durante horas. Tendría que esperar a que su corresponsal regresara.

—Qué inconveniente —dijo, pero luego sonrió para sí mismo. ¿Se quejaba de verdad por tener que esperar unos pocos minutos para comunicarse instantáneamente con alguien a medio mundo de distancia?

«Tendré que encontrar un modo de contactar con mis hermanos», pensó. Sin una vinculacañas sería incómodamente lento. ¿Podría transmitir un mensaje a través de una de las estaciones de Tashikk usando quizás un intermediario distinto?

Volvió a sentarse en el sofá, con la pluma y la mesa de escribir cerca de la bandeja de comida, y revisó el fajo de comunicaciones previas que Tyn había intercambiado con esta persona lejana. No eran muchas. Tyn probablemente las había ido destruyendo. Las que quedaban se referían a preguntas relacionadas con Jasnah, la casa Davar y los Sangre Espectral.

Un detalle le llamó la atención. La forma en que Tyn hablaba de este grupo no era la de una ladrona y sus jefes. Tyn hablaba de «llevarse bien» y «ascender» dentro de los Espectros.

—Patrón —dijo Patrón.

—¿Qué? —preguntó Shallan, mirándolo.

—Patrón —respondió él—. En las palabras. Mmm.

—¿En esta hoja? —preguntó Shallan, alzando la página.

—Allí y en otras. ¿Ves las primeras palabras?

Shallan frunció el ceño e inspeccionó las hojas. En cada una de ellas, las primeras palabras pertenecían al escritor de otro lado. Una

sencilla frase preguntando por la salud o el estatus de Tyn, que respondía siempre también con sencillez.

—No comprendo —dijo Shallan.

—Forman grupos de cinco —dijo Patrón—. Quintetos, las letras. Mmm. Cada mensaje sigue un patrón: las primeras tres palabras empiezan cada una con tres de las letras del quinteto. La respuesta de Tyn, con las dos que faltan.

Shallan lo examinó, aunque no acababa de entender lo que quería decir Patrón. Él lo volvió a explicar, y entonces le pareció captarlo, aunque el patrón era complejo.

—Un código —dijo Shallan. Tenía sentido: era necesario corroborar que la persona adecuada estaba al otro extremo de la vinculacañas. Se ruborizó al darse cuenta de que casi había estropeado esta oportunidad. Si Patrón no lo hubiera visto, o si la vinculacañas hubiera empezado a escribir inmediatamente, Shallan se habría descubierto.

No podía hacer esto. No podía infiltrarse en un grupo lo bastante hábil y poderoso para eliminar a la propia Jasnah. No podía, simplemente.

Y sin embargo tenía que hacerlo.

Sacó su cuaderno de bocetos y empezó a dibujar, dejando que sus dedos se movieran por su cuenta. Necesitaba ser mayor, pero no demasiado. Sería ojos oscuros. La gente haría comentarios si una ojos claros que no conocían se movía por el campamento. Una ojos oscuros, en cambio, sería más invisible. Sin embargo, para la gente adecuada, podría parecer que estaba usando las gotas.

Cabello oscuro. Largo, como su pelo real, pero no rojo. La misma altura, la misma constitución, pero un rostro muy diferente. Rasgos algo ajados, como los de Tyn. Una cicatriz en la barbilla, una cara mucho más angulosa. No tan bonita, pero tampoco fea. Más... sería.

Absorbió luz tormentosa de la lámpara que tenía al lado y esa energía le permitió dibujar más rápidamente. No era entusiasmo. Era la necesidad de seguir adelante.

Terminó con una floritura y encontró un rostro mirándola desde la página, casi vivo. Shallan exhaló luz y la sintió envolverla, arremolinarse a su alrededor. Su visión se nubló durante un momento y solo vio el resplandor de aquella luz tormentosa que se difuminaba.

Entonces desapareció. Shallan dejó de sentirse diferente. Se tocó la cara. Era la misma. ¿Había...?

El mechón de pelo que caía sobre su hombro era negro. Shallan lo miró, luego se levantó del asiento, ansiosa y tímida al mismo tiempo. Se dirigió al cuarto de baño y se acercó al espejo que allí había, para ver un rostro transformado, un semblante de piel bronceada y ojos oscuros. El rostro de su dibujo, con color y vida.

—Funciona... —susurró. Esto era más que modificarse el vestido o hacerse parecer mayor, como había hecho antes. Era una transformación completa—. ¿Qué podemos hacer con esto?

—Cualquier cosa que imaginemos —dijo Patrón desde la pared cercana—. O lo que imagines tú. No se me da bien manejar lo que no es. Me gusta el... sabor... de esto. —Pareció muy satisfecho consigo mismo por el comentario.

Había algo que fallaba. Shallan frunció el ceño, alzó el dibujo y advirtió que había dejado un punto sin terminar al lado de la nariz. El tejido de luz no cubría su nariz por completo en ese punto, y tenía una especie de agujero difuso en el lado. Era pequeño; cualquier otra persona probablemente solo lo consideraría una extraña cicatriz. Sin embargo a ella le parecía escandaloso y ofendía su sentido artístico.

Retocó el resto de la nariz. La había hecho ligeramente más grande que la de verdad, y podía extender la mano a través de la imagen para tocársela. La imagen no tenía sustancia. De hecho, si movía el dedo rápidamente por encima de la punta de la nariz falsa, se convertía en luz tormentosa, como humo que hubiera dispersado una ráfaga de viento.

Retiró los dedos y la imagen volvió a su sitio, aunque todavía tenía un agujero en el lado. Un dibujo torpe por su parte.

—¿Cuánto tiempo durará la imagen? —preguntó.

—Se alimenta de luz —dijo Patrón.

Shallan sacó las esferas de su bolsa segura. Todas estaban opacas: probablemente las había usado en la conversación con los altos príncipes. Cogió una de la lámpara de la pared, sustituyéndola por una esfera opaca del mismo valor, y la llevó en su puño.

Shallan volvió a la sala de estar. Necesitaría un atuendo distinto, naturalmente. Una mujer ojos oscuros no...

La vinculacañas estaba escribiendo.

Shallan corrió al sofá y contuvo la respiración cuando vio aparecer las palabras. «Creo que la información que tengo hoy funcionará». Una simple introducción, pero seguía el patrón del código.

—Mmm —dijo Patrón.

Necesitaba que las dos primeras palabras de su respuesta empezaran con las letras adecuadas. «Pero dijiste eso la última vez», escribió, esperando completar el código.

«No te preocupes —escribió el mensajero—. Te gustará esto, aunque quizá sea justo de tiempo. Quieren reunirse».

«Bien», respondió Shallan, relajándose... y bendiciendo el tiempo que Tyn había pasado obligándola a practicar las técnicas de falsificación. Lo había hecho con rapidez, pero las sugerencias de Tyn le permitían imitar la escritura más descuidada de la mujer con considerable habilidad.

«Quieren reunirse esta noche, Tyn», escribió la caña.

¿Esa noche? ¿Qué hora era? Un reloj en la pared indicaba que era media primera campanada nocturna pasada. Era solo la primera luna, justo después de oscurecer. Cogió la vinculacañas y empezó a escribir: «No sé si estoy preparada», pero se detuvo. Tyn no lo habría dicho así.

«No estoy lista», escribió en cambio.

«Insistieron —respondió el corresponsal—. Por eso intenté contactar contigo antes. Al parecer, la pupila de Jasnah ha llegado hoy. ¿Qué ha pasado?».

«No es asunto tuyo», replicó Shallan, reproduciendo el tono que Tyn había usado previamente en estas conversaciones. La persona al otro lado de la comunicación era un criado, no un colega.

«Desde luego —escribió la caña—. Pero quieren reunirse contigo esta noche. Si te niegas, podrían cortar los vínculos».

¡Padre Tormenta! ¿Esta noche? Shallan se pasó los dedos por el pelo mientras miraba la página. ¿Podría hacerlo esta noche?

¿Cambiaría realmente algo esperar?

Con el corazón desbocado, escribió: «Creí que tenía prisionera a la pupila de Jasnah, pero la chica me traicionó. No estoy bien. Pero enviaré a mi aprendiz».

«¿Otra, Tyn? —escribió la caña—. ¿Después de lo que pasó con Si? De todas formas, dudo de que quieran reunirse con una

aprendiz».

«No tienen otra opción», escribió Shallan.

Tal vez podría haber creado a su alrededor un tejido de luz que la hiciera parecer Tyn, pero no creía estar preparada para hacer algo así. Fingir ser alguien que ella misma se había inventado ya sería lo bastante difícil, pero ¿imitar a una persona concreta? La descubrirían con toda seguridad.

«Voy a ver», escribió el mensajero.

Shallan esperó. En la lejana Tashikk, el mensajero estaría sacando otra vinculacañas y actuando como intermediario ante los Sangre Espectral. Shallan se entretuvo mientras comprobaba la esfera que había traído del cuarto de baño.

Su luz se había reducido al mínimo. Mantener este tejido de luz le exigiría llevar encima un puñado de esferas infusas.

La vinculacañas empezó a escribir de nuevo. «Aceptan. ¿Puedes llegar rápidamente al campamento de Sebarial?».

«Creo que sí —escribió Shallan—. ¿Por qué allí?».

«Es uno de los pocos que tienen las puertas abiertas toda la noche —escribió el corresponsal—. Hay un edificio donde tus jefes se reunirán con tu aprendiz. Te dibujaré un mapa. Que tu aprendiz llegue al cenit de Salas. Buena suerte».

Siguió un dibujo que indicaba el emplazamiento. ¿Al cenit de Salas? Tendría veinticinco minutos, y no conocía el campamento. Shallan se puso en pie de un salto y a continuación se detuvo. No podía ir así, vestida como una ojos claros. Corrió al baúl de Tyn y empezó a buscar ropa.

Unos minutos después se plantó delante del espejo, vestida con unos pantalones marrones holgados, una camisa blanca y un fino guante en su mano segura. Se sentía desnuda con la mano expuesta de esa forma. Los pantalones no estaban tan mal: las mujeres ojos oscuros los llevaban cuando trabajaban en la plantación allá en casa, aunque nunca había visto a una dama ojos claros usarlos. Pero ese guante...

Se estremeció, advirtiendo que su rostro falso se ruborizaba. La nariz se movía cuando fruncía la suya también. Era buena cosa, aunque había esperado poder disimular su vergüenza.

Sacó uno de los blancos gabanes de Tyn. Era rígido y le llegaba hasta la caña de las botas, y se lo ató a la cintura con un grueso

cinturón negro de piel de cerdo, de modo que quedó cerrado casi entero por la parte delantera, como lo llevaba Tyn. Terminó cambiando las esferas de su bolsa por las esferas infusas de las lámparas de la habitación.

Aquel defecto de su nariz seguía molestandole. «Algo para darle sombra a la cara», pensó, corriendo al baúl. Sacó de allí el sombrero blanco de Bluth, el que tenía las alas que se doblaban hacia arriba. Esperaba que le sentara mejor a ella que a Bluth.

Se lo puso, regresó al espejo y descubrió que le gustaba cómo cubría su cara. Se veía un poco tonta. Pero claro, todo lo de este atuendo le parecía tonto. ¿Una mano enguantada? ¿Guantes? El gabán parecía impresionante en Tyn: indicaba experiencia y sensación de estilo personal. Cuando Shallan lo llevaba, parecía que estaba fingiendo. A través de la ilusión veía a la muchacha asustada de la rural Jah Keved.

«La autoridad no es algo real. —Las palabras de Jasnah—. Son meros vapores: una ilusión. Yo puedo crear esa ilusión... igual que tú».

Shallan se irguió, enderezó el sombrero, luego se dirigió al dormitorio y se guardó unas cuantas cosas en los bolsillos, incluyendo el mapa del lugar donde tenía que ir. Se acercó a la ventana y la abrió. Por fortuna, estaba en la planta baja.

—Allá vamos —le susurró a Patrón.

Y salió a la noche.



Y así se calmaron las perturbaciones en la toparquía Revv, cuando, después de cesar de perseguir sus disensiones civiles, Nalan'Elin se dispuso a aceptar finalmente a los Rompedores del Cielo que le habían nombrado su amo, pese a que inicialmente él había rechazado sus avances y, en su propio interés, se había negado a permitir lo que consideraba una búsqueda de la vanidad y el incordio; este fue el último de los Heraldos en admitir ese apoyo.

De Palabras radiantes, capítulo 5, página 17

A pesar de la hora, el campamento estaba todavía concurrido. Shallan no se sorprendió: su estancia en Kharbranth le había enseñado que no todo el mundo consideraba que la llegada de la noche era un motivo para dejar de trabajar. Había casi tanta gente en las calles como durante su llegada. Y casi nadie le prestó atención.

Por una vez, no se sintió conspicua. Incluso en Kharbranth, la gente la miraba, se fijaba en ella, la observaba. Algunos habían pensado en robarle, otros en timarla. Una joven ojos claros sin escolta adecuada llamaba la atención y posiblemente constituía una oportunidad. Sin embargo, con el pelo negro y los ojos marrón

oscuro, bien podría haber sido invisible. Era maravilloso.

Shallan sonrió y se metió las manos en los bolsillos del gabán; todavía se sentía cohibida por aquella mano enguantada, aunque la gente ni siquiera la miraba.

Llegó a un cruce. En una dirección, el campamento de guerra brillaba con antorchas y lámparas de aceite. Un mercado, tan bullicioso que nadie iluminaba sus lámparas con esferas. Shallan se dirigió hacia allí: estaría más segura en las calles más concurridas. Sus dedos rozaron el papel que tenía en el bolsillo y lo sacó cuando se detuvo para dejar pasar a un grupo de gente que charlaba.

El mapa parecía bastante fácil de interpretar. Solo debía averiguar dónde estaba. Aguardó, hasta que se dio cuenta de que la gente que tenía delante no iba a moverse. Estaba esperando que tuvieran una deferencia hacia ella, como harían ante cualquier ojos claros. Sacudiendo la cabeza por su estupidez, los rodeó.

Sucedió lo mismo varias veces: se vio obligada a apretujarse entre la gente para pasar por sitios estrechos, y le dieron empujones. En el mercado la gente fluía como dos ríos que pasaran el uno frente al otro, con tiendas a cada lado y vendedores atendiendo sus puestos de alimentos en el centro. En algunos sitios estaba cubierto por toldos que se extendían de un edificio a otro.

Quizá de solo unos diez pasos de diámetro, era un caos claustrofóbico, desbordante, ruidoso. Y a Shallan le encantaba. Quiso detenerse y dibujar a la mitad de la gente con la que se iba encontrando. Todos parecían llenos de vida, ya estuvieran regateando o simplemente caminando con un amigo o dando cuenta de un tentempié. ¿Por qué no había salido más en Kharbranth?

Se detuvo, sonriente, ante un hombre que representaba un teatrillo con títeres y una caja. Más allá, un herdaziano usaba un chispero y algún tipo de aceite para crear estallidos de llamas en el aire. Si pudiera pararse un momentito y hacerle un dibujo...

No. Tenía cosas que hacer. Por lo visto una parte de ella no quería continuar, y su mente intentaba distraerla. Cada vez era más consciente de esta defensa suya. La usaba, la necesitaba, pero no podía permitir que controlara su vida.

Sin embargo, se detuvo ante el carro de una mujer que vendía fruta glaseada. Las piezas eran rojas y jugosas, y las habían atravesado con un palito antes de sumergirlas en azúcar derretido.

Shallan sacó una esfera de su bolsillo y la tendió.

La mujer se quedó inmóvil, mirando la esfera. La gente cercana se detuvo. ¿Qué pasaba? Era solo un marco esmeralda. No es que hubiera sacado el broam.

Miró los glifos que indicaban los precios. Un palo de fruta acaramelada costaba un chip. Los valores de las esferas no era algo en lo que tuviera que pensar a menudo, pero si no recordaba mal...

Su marco valía doscientas cincuenta veces el precio de la golosina. Incluso en el estado de ruina de su familia, esto no se habría considerado una gran suma. Pero eso era hablando de casas y posesiones, no al nivel de vendedores callejeros y trabajadores ojos oscuros.

—Uh, creo que no tengo cambio para eso —dijo la mujer—. Esto... ciudadana. —Un título que se daba a los ojos oscuros ricos de primer o segundo nahn.

Shallan se ruborizó. ¿Cuántas veces tendría que demostrar lo ingenua que era?

—Es por una golosina, y un poco de ayuda. Soy nueva en la zona. Busco unas direcciones.

—Una forma bastante cara de conseguirlas, señorita —observó la mujer, que de todas formas se guardó la esfera con dedos diestros.

—Necesito encontrar la calle Nar.

—Ah. Va en sentido contrario, señorita. Vuelva por el mercado y gire a la derecha. Tendrá que seguir... unas seis manzanas, creo. Es fácil de encontrar: el alto príncipe hizo que todo el mundo trazara sus construcciones en cuadrados, como en una ciudad de verdad. Busque las tabernas, y habrá llegado. Pero, señorita, creo que no es el sitio más adecuado para una persona como usted, sin ánimo de ofender sea dicho.

Incluso como ojos oscuros la gente la consideraba incapaz de defenderse.

—Gracias —dijo Shallan, cogiendo una de las golosinas de fruta. Se marchó apresuradamente y cruzó de nuevo la multitud abriéndose paso entre los que recorrían el mercado en sentido contrario.

—¿Patrón? —susurró.

—Mmm. —Él estaba aferrado a la parte exterior del gabán,

cerca de las rodillas.

—Ponte detrás y mira si alguien me sigue —pidió Shallan—. ¿Crees que puedes hacerlo?

—Dejarán un patrón si vienen —dijo él, cayendo al suelo. Durante un breve instante, en el aire entre el gabán y la piedra, fue una masa oscura de líneas retorcidas. Y de pronto desapareció como una gota de agua en un lago.

Shallan se apresuró entre la multitud, aferrando con la mano segura la bolsa de esferas de su bolsillo y el palo de fruta con la mano libre. Demasiado bien recordaba que, en Kharbranth, Jasnah había exhibido una suma excesiva de dinero y eso había atraído a ladrones como el agua de las tormentas a las enredaderas.

Siguió las indicaciones que le había dado la vendedora, mientras su sensación de libertad quedaba menoscabada por la ansiedad. La esquina que marcaba el final del mercado la condujo a una calle mucho menos concurrida. ¿Intentaba la vendedora de fruta dirigirla a una trampa donde podría robarle con facilidad? Con la cabeza gacha, Shallan avivó el paso. No podía moldear almas para protegerse como hacía Jasnah. ¡Tormentas! ¡Si ni siquiera había podido hacer arder unas ramas! Dudaba de que fuera capaz de transformar cuerpos vivos.

Podía tejer con luz, pero eso lo estaba haciendo ya. ¿Lograría tejer una segunda imagen al mismo tiempo? ¿Y cómo andaba su disfraz, por cierto? Estaría absorbiendo la luz de sus esferas. Estuvo a punto de sacarlas para ver cuánto había gastado, pero se detuvo. Idiota. ¿Le preocupaba que le robaran, y no se le ocurría más que mostrar dinero?

Se detuvo después de dos manzanas. Había gente caminando por esa calle, unos cuantos hombres con ropas de obrero que volvían a sus casas para pasar la noche. Los edificios, desde luego, no eran tan bonitos como los que había dejado atrás.

—No nos sigue nadie —dijo Patrón desde sus pies.

Shallan dio un respingo y se llevó la mano libre al pecho, respirando entrecortadamente. ¿De verdad pensaba que podía infiltrarse en un grupo de asesinos? Su propio spren le ponía la piel de gallina.

«Tyn dijo que nada me enseñaría mejor que la experiencia personal —pensó—. Voy a tener que ir a tientas durante las

primeras veces y espero acostumbrarme antes de hacerme matar».

—Sigamos —dijo Shallan—. Se nos acaba el tiempo. —Echó a andar, comiendo la fruta. Estaba deliciosa, aunque se sentía tan nerviosa que no la disfrutaba del todo.

La calle de las tabernas estaba a cinco manzanas, no a seis. El papel cada vez más arrugado de Shallan mostraba el punto de reunión como un edificio frente a una taberna con luces azules en las ventanas.

Tiró el palo de fruta cuando se encaminó hacia el edificio. No podía ser antiguo, pues nada en esos campamentos de guerra podía tener más de cuatro o cinco años, sin embargo parecía vetusto, con las piedras erosionadas y los postigos colgando torcidos en muchos sitios. Le sorprendió que una alta tormenta no se lo hubiera llevado por los aires.

Plenamente consciente de que podía estar metiéndose en el cubil de un espinablanca para servirle la cena, se detuvo y llamó a la puerta. La abrió un ojos oscuros del tamaño de un peñasco con la barba recortada como los comecuernos. Su pelo sí que tenía algo de rojo.

Shallan resistió la urgencia de cambiar su peso de un pie a otro mientras él la medía con la mirada. Finalmente terminó de abrirle la puerta y le indicó que pasara haciendo un gesto con sus gruesos dedos. Ella no dejó de advertir la gran hacha que había apoyada contra la pared, a su lado, iluminada por una débil lámpara de luz tormentosa que parecía tener solo un chip dentro.

Inspirando profundamente, Shallan entró.

El lugar olía a rancio. Oyó agua goteando más adentro, agua de tormenta que se abría paso desde una gotera del techo, cayendo, cayendo hasta el suelo. El guardia no habló mientras la conducía a través de la sala. El suelo era de madera. El hecho de caminar pisando madera tenía algo que le hacía pensar que iba a caerse. La tarima parecía gemir con cada paso. La buena piedra nunca hacía algo así.

El guardia indicó con la cabeza una abertura en la pared y Shallan escrutó la negrura. Escalones hacia abajo.

«Tormentas, ¿qué estoy haciendo?».

No ser tímida. Eso era lo que estaba haciendo. La joven miró al fornido guardia y alzó una ceja, obligándose a conservar la calma.

—Habéis tirado la casa por la ventana con la decoración. ¿Cuánto tiempo tuvisteis que buscar hasta encontrar una madriguera en las Llanuras Quebradas que tuviera unas escaleras tan espeluznantes?

El guardia sonrió, pero el gesto no hizo que resultara menos intimidatorio.

—Las escaleras no se desplomarán bajo mi peso, ¿verdad?

—Están bien —dijo el guardia. Su voz era sorprendentemente aguda—. No se desplomaron conmigo, y he desayunado dos veces hoy. —Se palpó el estómago—. Ve. Te esperan.

Shallan sacó una esfera para iluminarse y empezó a bajar las escaleras. Las paredes de piedra de esa parte de la vivienda habían sido excavadas. ¿Quién se habría tomado la molestia de cavar un sótano en un edificio medio podrido? La respuesta llegó cuando advirtió varios extensos hilillos de crem en la pared. Parecían cera derretida que cayera por el lado de una vela, endurecida y convertida en piedra hacía mucho tiempo.

«Este agujero estaba aquí antes de que llegaran los alezi», pensó. Cuando emplazó el campamento, Sebarial construyó ese edificio sobre un sótano ya existente. En otro tiempo los cráteres de los campamentos debían de haber servido para albergar a personas. No había otra explicación. ¿Quiénes serían? ¿Los natanos del pasado?

La escalera desembocaba en una habitación vacía y pequeña. Resultaba extraño encontrar un sótano en un edificio tan desvencijado; lo normal era encontrarlos en los hogares pudientes, como precaución necesaria contra las riadas. Shallan se cruzó de brazos, confusa, hasta que una esquina del suelo se abrió, bañando la habitación de luz. Shallan retrocedió un paso, conteniendo la respiración. Una parte del suelo de roca era falso y ocultaba una trampilla.

Había un sótano bajo el sótano. Shallan se acercó al borde del agujero y vio una escala que bajaba hacia una alfombra roja y una luz que parecía casi cegadora. Ese lugar debía de inundarse casi por completo después de una tormenta.

Empezó a bajar por la escala, alegrándose de llevar pantalones. La trampilla se cerró por encima de ellos: por lo visto tenía algún tipo de mecanismo de poleas.

Saltó a la alfombra y se dio media vuelta, para encontrarse ante

una habitación que era incongruentemente palaciega. Una larga mesa se extendía en el centro, chispeando con copas de cristal con gemas en los lados: su brillo inundaba la sala de luz. Acogedores estantes flanqueaban las paredes, cargados de libros y adornos. Muchos estaban en pequeñas urnas de vidrio. ¿Trofeos de algún tipo?

De la media docena de personas que había en la sala, una le llamó la atención especialmente. De espalda recta, el pelo negro, vestía de blanco y estaba de pie delante del chisporroteante hogar. Le recordó a alguien, un hombre de su infancia. El mensajero de ojos sonrientes, el enigma que sabía tanto. «Dos ciegos esperaban al final de una era, reflexionando sobre la belleza...».

El hombre se dio la vuelta, revelando unos ojos de color violeta claro y un rostro marcado por antiguas heridas, entre ellas una cicatriz que le cruzaba la mejilla y le deformaba el labio superior. Aunque parecía refinado, sujetando una copa de vino con la mano izquierda y vestido con un elegante traje, su cara y sus manos contaban otra historia, un relato de batallas, muerte y lucha.

No era el mensajero del pasado de Shallan. El hombre alzó la mano derecha, con la que sujetaba una especie de caña larga, y se la llevó a los labios. Empuñaba el objeto como si se tratara de un arma, y apuntó con ella a Shallan.

Ella se detuvo, incapaz de moverse, observando el arma al otro lado de la habitación. Finalmente, miró por encima del hombro. En la pared colgaba un blanco en forma de tapiz con diversas criaturas. Shallan dejó escapar un grito y saltó a un lado justo cuando el hombre soplaba su arma y disparaba un pequeño dardo que pasó a pocas pulgadas de ella antes de clavarse en una de las figuras del tapiz.

Shallan se llevó la mano segura al pecho e inspiró profundamente. «Tranquila —se dijo—. Tranquila».

—¿Tyn no se encuentra bien? —preguntó el hombre, bajando la cerbatana. La suavidad de su expresión hizo que Shallan se estremeciera. No acertaba a situar su acento.

—Sí —dijo Shallan, encontrando la voz.

El hombre dejó la copa en la repisa de la chimenea y sacó otro dardo del bolsillo para colocarlo con cuidado en el extremo de la cerbatana.

—No parece de las que dejan que algo tan trivial la aparte de una reunión importante.

Miró a Shallan con la cerbatana cargada. Aquellos ojos violeta parecían de cristal, y el rostro cubierto de cicatrices se mantenía completamente inexpresivo. Todos los presentes en la estancia parecieron contener la respiración.

Había calado su mentira. Shallan sintió un sudor frío.

—Tiene razón —admitió ella—. Tyn está bien. Sin embargo, el plan no salió según lo prometido. Jasnah Kholin está muerta, pero la ejecución del plan fue una chapuza. A Tyn le pareció más prudente trabajar con una intermediaria, al menos de momento.

El hombre entornó los ojos, alzó la caña y sopló con fuerza. Shallan saltó, pero el dardo no la alcanzó, sino que voló hacia el tapiz de la pared.

—Eso demuestra que es una cobarde —declaró él—. ¿Has venido aquí voluntariamente, sabiendo que podría matarte por sus errores?

—Hay que empezar por alguna parte, brillante señor —respondió Shallan, con la voz temblorosa de rebeldía—. No puedo ascender sin correr unos cuantos riesgos. Si no me mata, entonces habré tenido una oportunidad de conocer a gente a la que Tyn no me habría presentado nunca.

—Atrevida —dijo el hombre. Hizo un gesto con dos dedos y una de las personas sentadas junto al hogar, un ojos claros flacucho con dientes tan grandes que podía tener ratas como antepasados, se adelantó y dejó caer algo en la mesa cerca de Shallan.

Un saco de esferas. Dentro debía de haber broams; el saco, aunque marrón oscuro, brillaba con fuerza.

—Dime dónde está y podrás quedarte con ese dinero —declaró el hombre de las cicatrices, cargando otro dardo—. Tienes ambición. Eso me gusta. Te pagaré no solo por conocer su situación, sino que intentaré encontrarte un puesto en mi organización.

—Perdone, brillante señor —contestó Shallan—, pero sabe que no la traicionaré.

Evidentemente, el hombre era consciente del miedo que ella sentía, pues el sudor le empapaba el borde del sombrero y le bajaba por las sienes. De hecho, los miedospren revoloteaban por el suelo junto a la joven, aunque tal vez la mesa impedía que él los viera.

—Si estuviera dispuesta a traicionar a Tyn por un precio, ¿entonces qué valor tendría para usted? Sabría que podría hacer lo mismo contigo, si me ofrecieran lo suficiente.

—¿Honor? —preguntó el hombre con la misma frialdad, manteniendo el dardo sujeto entre dos dedos—. ¿En una ladrona?

—Perdone de nuevo, brillante señor, pero no soy una simple ladrona.

—¿Y si te torturase? Podría conseguir la información de esa forma, te lo aseguro.

—No dudo de que podría hacerlo, brillante señor —concedió Shallan—. Pero ¿de verdad cree que Tyn me enviaría con el conocimiento de su paradero? ¿Qué sentido tendría torturarme?

—Bueno —dijo el hombre, colocando el dardo en su sitio—, para empezar, sería divertido.

«Respira —se dijo Shallan—. Lentamente. Con normalidad». Fue difícil lograrlo.

—No creo que hiciera eso, brillante señor.

Él alzó la caña y sopló con un rápido movimiento. El dardo sonó con fuerza cuando chocó contra la pared.

—¿Y por qué no?

—Porque no parece de los que desperdician algo útil. —Indicó con la cabeza las reliquias en las urnas de cristal.

—¿Presumes de ser de utilidad para mí?

Shallan alzó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Sí.

Él le sostuvo la mirada. La chimenea crujió.

—Muy bien —dijo por fin, volviéndose hacia el hogar y cogiendo de nuevo su copa. Continuó sosteniendo la caña con una mano, pero bebió con la otra, de espaldas a ella.

Shallan se sentía como una marioneta con las cuerdas cortadas. Resopló aliviada, con las piernas temblando, y se sentó en una de las sillas junto a la mesa. Con dedos temblorosos, sacó un pañuelo y se secó la frente y las sienes, echando hacia atrás el sombrero.

Cuando se detuvo a guardar el pañuelo, advirtió que alguien se había sentado a su lado. Ni siquiera lo había visto moverse y su presencia la sobresaltó. La criatura, baja y bronceada, tenía una especie de máscara de caparazón apretujada contra el rostro. De hecho, parecía... como si la piel hubiera empezado a crecer de

algún modo alrededor de los bordes de la máscara.

La disposición de piezas rojas y anaranjadas del caparazón era como un mosaico que dejaba entrever las cejas, llenas de furia e ira. Tras aquella máscara, un par de ojos oscuros la observaban sin pestañear, y una barbilla y una boca impasible quedaban también al descubierto. El hombre... No, la mujer: Shallan se fijó en la forma de los pechos y el torso. La mano segura expuesta la había despiestado.

Shallan contuvo un instante de rubor. La mujer llevaba ropas marrón oscuro, sencillas, atadas a la cintura mediante un intrincado cinturón repujado con más caparazones. Otras cuatro personas vestidas con ropas alezi más tradicionales charlaban en voz baja junto al fuego. El hombre alto que la había interrogado no volvió a hablar.

—¿Brillante señor? —dijo Shallan, mirándolo.

—Estoy reflexionando —replicó el hombre—. Pensaba matarte y dar caza a Tyn. Puedes decirle que no habría tenido problemas acudiendo a verme: no estoy enfadado por que no consiguiera información de Jasnah. Contraté a la cazadora que consideré más adecuada para la tarea, consciente de los riesgos. Kholin está muerta, y Tyn tenía que conseguirlo a toda costa. Puede que no la felicite por el trabajo, pero estoy satisfecho.

»Sin embargo, el hecho de que no haya querido venir a explicarlo en persona... esa cobardía me revuelve el estómago. Se esconde, como una presa. —Tomó un sorbo de vino—. Tú no eres una cobarde. Ella ha enviado a alguien que sabía que no iba a matar. Siempre ha sido lista.

Magnífico. ¿Qué implicaba eso para Shallan? Vacilante, la muchacha se levantó de su asiento, deseando alejarse de la extraña mujer que no parpadeaba. En cambio, aprovechó la oportunidad para inspeccionar la habitación con más detalle. ¿Adónde iba el humo de la chimenea? ¿Habían abierto un tiro hasta allí abajo?

La pared de la derecha tenía mayor número de trofeos, incluyendo varias gemas corazón de enorme tamaño. Todas juntas acaso valían más que las posesiones de su padre. Por fortuna, no estaban infusas. Incluso sin tallar, era posible que brillaran lo suficiente para cegar. También había caparazones que Shallan reconoció vagamente. Aquel colmillo tal vez pertenecía a un

espinablanca. Y aquella cuenca ocular se parecía de forma aterradora a la estructura del cráneo de un santhid.

Otras curiosidades la dejaron sin saber qué pensar. Un frasquito de arena pálida. Un par de gruesas pinzas para el pelo. Un mechón de cabello dorado. La rama de un árbol con escritos que no supo leer. Un cuchillo de plata. Una extraña flor preservada en una especie de solución. No había placas que explicaran los artículos. Aquel trozo de cristal rosa claro parecía una especie de gema, pero ¿por qué era tan delicada? Unos cuantos copos se habían desgajado dentro de la urna, como si se posaran después de haber sido aplastados.

Shallan se dirigió, vacilante, a la parte trasera de la habitación. El humo de la chimenea se alzaba, luego se enroscaba y retorció en torno a algo que colgaba encima del hogar. ¿Una gema?... No, un fabrial, que atrapaba el humo como si fuera un ovillo de lana. Shallan nunca había visto nada parecido.

—¿Conoces al hombre llamado Amaram? —preguntó el de las cicatrices.

—No, brillante señor.

—Me llaman Mraize —dijo él—. Puedes usar ese título conmigo. ¿Y tú eres...?

—Me llamo Velo —respondió Shallan, usando un nombre con el que había estado jugueteando.

—Muy bien. Amaram es un portador de esquirlada de la corte del alto príncipe Sadeas. También es mi actual presa.

Shallan sintió un escalofrío al oír aquellas palabras.

—¿Y qué desea de mí, Mraize? —Aunque lo intentó, no logró pronunciarlo del todo bien. No era un término vorin.

—Posee una mansión cerca del palacio de Sadeas —dijo Mraize—. Dentro, Amaram oculta secretos. Quiero saber cuáles. Dile a tu ama que investigue y que vuelva con información la semana que viene en Chachel. Ella sabrá lo que busco. Si lo hace, mi decepción desaparecerá.

¿Infiltrarse en la mansión de un portador de esquirlada? ¡Tormentas! Shallan no tenía ni idea de cómo conseguir una cosa así. Debería salir de este lugar, abandonar su disfraz y considerarse afortunada por haber escapado con vida.

Mraize soltó su copa vacía y ella vio que también tenía la mano

derecha cubierta de cicatrices, los dedos retorcidos, como si se los hubiera roto y no hubieran sanado bien. Allí, brillante y dorado en su dedo medio, había un sello en el que destacaba el mismo símbolo que había dibujado Jasnah. El símbolo que llevaba el criado de Shallaan, el símbolo que Kabsal se había tatuado en el cuerpo.

No había marcha atrás. Shallaan haría lo que tuviera que hacer para averiguar lo que sabía esta gente. Sobre su familia, sobre Jasnah, y sobre el fin del mundo.

—La tarea se hará —le dijo a Mraize.

—¿Ninguna pregunta acerca del pago? —inquirió Mraize, divertido, sacando un dardo del bolsillo—. Tu ama siempre preguntaba al respecto.

—Brillante señor, no se regatea el precio del vino en las mejores tabernas. Su pago será aceptado.

Por primera vez desde que entró vio sonreír a Mraize, aunque no la estaba mirando a ella.

—No hagáis daño a Amaram, pequeña daga —advirtió—. Su vida pertenece a otro. No alertéis a nadie ni levantéis sospechas. Tyn tiene que investigar y regresar. Nada más.

Dio media vuelta y lanzó un dardo contra la pared. Shallaan miró a las otras cuatro personas junto al fuego y tomó recuerdos de ellas, parpadeando rápidamente ante cada una. Entonces, comprendiendo que la habían despedido, se dirigió a la escala.

Sintió los ojos de Mraize en la espalda cuando el hombre alzó la cerbatana una última vez. La trampilla se abrió arriba y Shallaan notó que su mirada la seguía mientras ascendía.

Un dardo pasó justo bajo ella, entre los peldaños, y golpeó la pared. Respirando con rapidez, Shallaan dejó la cámara oculta y regresó al polvoriento sótano superior. La trampilla se cerró, aislándola en la oscuridad.

Incapaz de seguir controlándose, corrió escaleras arriba y salió del edificio. Se detuvo en el exterior, respirando entrecortadamente. La calle se había vuelto más bulliciosa, no menos, pues todas aquellas tabernas habían atraído a una multitud. Shallaan se apresuró.

Advirtió que no tenía ningún plan para cuando se reuniera con los Sangre Espectral. ¿Qué iba a hacer? ¿Sonsacarles información de algún modo? Eso implicaría ganarse su confianza. Mraize no parecía

de los que se fiaban de la gente. ¿Cómo iba Shallaan a averiguar lo que sabía sobre Urithiru? ¿Cómo alejar a estos tipos de sus hermanos? ¿Cómo...?

—Siguiéndonos —dijo Patrón.

Shallaan se detuvo en seco.

—¿Qué?

—Nos sigue gente —explicó Patrón con voz agradable, como si no sospechara lo problemática que había sido esta experiencia para Shallaan—. Me pediste que vigilara. Vigilé.

Por supuesto, Mraize había enviado a alguien para que la siguiera. Shallaan volvió a sudar frío. Se obligó a ponerse en marcha sin mirar por encima del hombro.

—¿Cuántos? —le preguntó a Patrón, que se había aupado a un lado del gabán.

—Una. La persona de la máscara, aunque ahora lleva una capa negra. ¿Deberíamos hablar con ella? Ahora sois amigos, ¿no?

—No. Yo no diría eso.

—Mmm... —dijo Patrón. Shallaan sospechaba que estaba intentando dilucidar la naturaleza de las relaciones humanas. Le deseó buena suerte.

¿Qué hacer? Shallaan dudaba de que pudiera darle el esquinazo. La mujer tendría práctica en este tipo de situaciones, mientras que ella... Bueno, tenía mucha práctica leyendo libros y haciendo dibujos.

«Tejer con luz —pensó—. ¿Puedo hacer algo al respecto?». Su disfraz funcionaba todavía: el pelo oscuro que le caía sobre los hombros lo demostraba. ¿Podría cambiar a una imagen diferente superpuesta?

Inspiró luz tormentosa y eso la impulsó a avivar el paso. Por delante, un callejón serpenteaba entre dos grupos de edificios. Ignorando los recuerdos de un callejón similar en Kharbranth, Shallaan se internó en este con paso rápido, luego exhaló rápidamente luz, tratando de darle forma. Tal vez la imagen de un hombre grande, para cubrir su gabán, y...

Y la luz tormentosa se disolvió ante ella, sin hacer nada. Sintió pánico, pero se obligó a seguir recorriendo el callejón.

No funcionaba. ¿Por qué no funcionaba? ¡Le había salido bien cuando lo intentó en sus habitaciones! Lo único que pudo recordar

que fuera distinto era su boceto. En sus habitaciones, había hecho un dibujo detallado. Y ya no lo tenía.

Buscó en el bolsillo y sacó la hoja de papel con el mapa. El dorso estaba en blanco. Buscó en el otro bolsillo el lápiz que había metido allí instintivamente y trató de dibujar mientras andaba. Imposible. Salas casi se había puesto y estaba demasiado oscuro. Si se detenía a dibujar, ¿no levantaría eso sospechas? Tormentas, estaba tan nerviosa que apenas conseguía sujetar bien el lápiz.

Necesitaba un sitio donde esconderse, agazaparse y hacer un buen dibujo. Como uno de aquellos huecos en las puertas que había dejado atrás en el callejón.

Empezó a dibujar una pared.

Eso sí podía hacerlo mientras caminaba. Bajó por una calle lateral; la luz de una taberna abierta la iluminó. Hizo caso omiso del alboroto de risas y gritos, aunque unos cuantos parecían dirigidos a ella, y dibujó en la hoja una sencilla pared de piedra.

No tenía ni idea de si esto iba a funcionar, pero bien podía intentarlo. Entró en otro callejón y casi tropezó con el borracho descalzo que roncaba en el suelo, luego echó a correr. Un poco más adelante, se metió en un hueco de un par de palmos de profundidad. Exhaló los restos de luz tormentosa e imaginó la pared que había dibujado cubriendo el portal.

Todo se volvió negro.

El callejón estaba oscuro de todas formas, pero ahora Shallan no podía ver nada. Ni la luz espectral de la luna, ni el brillo de las antorchas de las tabernas al fondo del callejón. ¿Significaba eso que su imagen estaba funcionando? Se apretujó contra la puerta que tenía detrás y se quitó el sombrero, asegurándose de que nada de su cuerpo asomaba a través de la pared ilusoria. Oyó un débil roce fuera, botas sobre la piedra, y un sonido como ropa rozando la pared que tenía enfrente. Luego nada.

Shallan permaneció allí, petrificada, prestando atención, pero solo oía los latidos de su corazón. Finalmente, susurró:

—Patrón, ¿estás ahí?

—Sí.

—Ve a ver si esta mujer está ahí cerca.

Él no hizo ningún ruido mientras se marchaba y luego regresaba.

—Se ha ido.

Shallan dejó escapar el aliento. Luego, haciendo acopio de valor, atravesó la pared. Un brillo, como el de la luz tormentosa, llenó su visión. De pronto se encontró fuera, de pie en el callejón. La ilusión tras ella se arremolinó brevemente, como humo revuelto, y luego volvió a formarse.

La imitación era bastante buena. Examinada de cerca, las juntas entre las piedras no se alineaban a la perfección con las de verdad, pero era difícil verlo de noche. Sin embargo, apenas unos instantes después, la visión volvió a convertirse en luz tormentosa y se evaporó. Shallan no tenía más luz para mantenerla.

—Tu disfraz ha desaparecido —advirtió Patrón.

Pelo rojo. Shallan jadeó, luego inmediatamente se metió la mano segura en el bolsillo. La tímida ojos oscuros que Tyn había entrenado podía ir por ahí medio desnuda, pero Shallan no. No estaba bien.

Era también una estupidez, y lo sabía, pero no podía cambiar sus sentimientos. Dudó un momento y luego se quitó el gabán. Sin la ropa y el sombrero, además del pelo y el rostro cambiados, era una persona diferente. Salió por el extremo del callejón contrario al que suponía que había tomado la mujer.

Shallan vaciló mientras se orientaba. ¿Dónde estaba la mansión? Trató de rehacer su ruta mentalmente, pero le costó trabajo fijar su posición. Necesitaba algo que poder ver. Sacó el papel arrugado y dibujó un rápido mapa del camino que había seguido hasta el momento.

—Yo puedo llevarte de vuelta a la mansión —dijo Patrón.

—Ya me las arreglaré. —Shallan alzó el mapa y asintió.

—Mmm. Es un patrón. ¿Ves eso?

—Sí.

—¿Y no veías el patrón de letras de la vinculaña?

¿Cómo podía explicarlo?

—Aquello eran palabras —adujo Shallan—. El campamento es un lugar, algo que puedo dibujar. —La imagen del camino le resultó más clara.

—Ah... —dijo Patrón.

Shallan regresó a la mansión sin incidentes, pero no podía estar segura de haber dado el esquinazo a la mujer, ni de si alguien del

servicio de Sebarial la había visto cruzar los terrenos y entrar por la ventana. Ese era el problema de lo subrepticio. Si parecía que nada había salido mal, rara vez sabías si era porque estabas a salvo o si alguien te había localizado y no había hecho nada. Todavía.

Tras cerrar los postigos y correr las ventanas, Shallan se tumbó en la mullida cama, respirando temblorosamente.

«Eso ha sido lo más ridículo que he hecho en mi vida», pensó.

Y sin embargo se sentía emocionada, arrebatada por la tensión. ¡Tormentas! Había disfrutado. La tensión, el sudor, escapar a la muerte, incluso la persecución al final. ¿Qué le sucedía? Cuando intentó robarle a Jasnah, cada segundo de la experiencia la había asqueado.

«Ya no soy aquella niña —pensó Shallan, sonriendo, mirando al techo—. Hace semanas que no lo soy».

Encontraría un modo de investigar a ese brillante señor Amaram, y se ganaría la confianza de Mraize para poder descubrir qué sabía. «Sigo necesitando una alianza con la familia Kholin —pensó—. Y el camino para ello es el príncipe Adolin». Tendría que encontrar un modo de volver a relacionarse con él en cuanto fuera posible, pero de algún modo eso no la hacía sentirse desesperada.

La parte relacionada con él era probablemente la más agradable de sus tareas. Todavía sonriendo, se levantó de la cama y fue a ver si todavía quedaba comida en la bandeja que le habían dejado.

UNA FORMA
DE JUSTICIA

En cuanto a los Forjadores de Vínculos, solo tenían tres miembros, un número que no era extraño en ellos. Tampoco buscaban aumentarlo con grandes obligaciones, pues durante los tiempos de Madasa, solo uno de su orden estaba acompañado continuamente de Urithiru y sus tronos. Se entendía que sus spren eran específicos, y convencerlos de que crecieran hasta la magnitud de las otras órdenes se consideraba sedicioso.

De Palabras radiantes, capítulo 16, página 14

Cuando más sentía Kaladin que llamaba la atención era en las ocasiones en que visitaba los terrenos de entrenamiento de los ojos claros de Dalinar, donde todos los demás soldados eran de alta cuna.

Dalinar ordenaba que sus soldados vistieran de uniforme durante las horas de servicio, y estos hombres obedecían. Con su propio uniforme azul, Kaladin no debería haberse sentido apartado de ellos, pero así era. Sus uniformes eran más lujosos, con brillantes botones en los lados de las hermosas guerreras y joyas incrustadas en los botones. Otros adornaban sus uniformes con bordados. Los pañuelos de colores se estaban haciendo populares.

Los ojos claros se quedaron mirando a Kaladin y sus hombres

cuando estos entraron. Por mucho que los soldados rasos trataran a sus hombres como héroes, por mucho que los oficiales respetaran a Dalinar y sus decisiones, sus posturas eran hostiles.

«No os queremos aquí —decían aquellas miradas—. Cada uno tiene su sitio. Estáis fuera del vuestro. Como un chull en un comedor».

—¿Podría excusarme de la instrucción de hoy, señor? —preguntó Renarin. El joven llevaba un uniforme del Puente Cuatro.

Kaladin asintió. Su partida hizo que los otros hombres del puente se relajaran. Kaladin señaló tres posiciones de guardia, y tres de sus hombres corrieron a ocuparlas. Moash, Teft y Yake se quedaron con él.

Kaladin los condujo hasta Zahel, que estaba al fondo del patio cubierto de arena. Aunque los otros fervorosos se dedicaban a acarrear agua, toallas o armas para los ojos claros que practicaban sus duelos, Zahel había dibujado un círculo en la arena y lanzaba pequeñas piedras de colores dentro.

—Vengo a aceptar tu oferta —dijo Kaladin, acercándose a él—. He traído a tres de mis hombres para que aprendan conmigo.

—No me ofrecí a entrenar a cuatro —respondió Zahel.

—Lo sé.

Zahel gruñó.

—Dad cuarenta vueltas por fuera de este edificio, al trote, y luego volved. Tenéis para regresar hasta que me canse de jugar.

Kaladin hizo un rápido gesto y los cuatro echaron a correr.

—Esperad —los llamó Zahel.

Kaladin se detuvo y las botas aplastaron la arena.

—Quería comprobar hasta qué punto estabais dispuestos a obedecerme —dijo Zahel, lanzando una piedra a su círculo. Gruñó, como satisfecho consigo mismo. Finalmente, se volvió a mirarlos—. Supongo que no hace falta que os ponga a prueba. Pero, chicos, tenéis las orejas más rojas que nunca.

—Yo... ¿las orejas rojas? —preguntó Kaladin.

—Lenguaje de Condenación... Significa que os sentís como si tuvierais que demostrar algo, que os morís por una pelea. Significa que estáis enfadados con todo y contra todos.

—¿Puedes reprochárnoslo? —preguntó Moash.

—Supongo que no puedo. Pero si he de entrenaros, no puedo

tener por medio vuestras orejas rojas. Vais a escuchar, y vais a hacer lo que yo diga.

—Sí, maestro Zahel —dijo Kaladin.

—No me llames maestro —replicó Zahel. Indicó con el pulgar a Renarin, que se estaba poniendo su armadura esquirrada con la ayuda de algunos fervorosos—. Soy maestro de él. En cuanto a vosotros, solo soy una parte interesada que quiere ayudaros a mantener a mis amigos con vida. Esperad aquí hasta que vuelva.

Se dio media vuelta y se dirigió hacia Renarin. Mientras Yake se agachaba a recoger una de las piedras de colores que Zahel había estado arrojando, el hombre dijo, sin mirar atrás:

—¡Y no toquéis mis piedras!

Yake dio un salto y soltó la piedra.

Kaladin se acomodó, apoyándose en una de las columnas que sostenían el saliente del tejado, y vio que Zahel instruía a Renarin. Syl bajó revoloteando y empezó a inspeccionar las piedras con expresión curiosa, tratando de descubrir qué tenían de especial.

Poco después, Zahel pasó de largo con Renarin, explicándole al muchacho su entrenamiento para ese día. Al parecer, quería que almorzara. Kaladin sonrió cuando unos fervorosos trajeron rápidamente una mesa, utensilios y un recio taburete que podía sostener el peso de un portador de esquirrada. Incluso trajeron un mantel. Zahel dejó al asombrado Renarin, que se quedó allí sentado con la inmensa armadura y la visera levantada, contemplando el almuerzo. Cogió con torpeza un tenedor.

—Le estás enseñando a tener delicadeza con sus nuevas fuerzas —le dijo Kaladin a Zahel cuando el hombre pasó de vuelta.

—La armadura esquirrada es poderosa —dijo Zahel, sin mirarlo—. Controlarla implica algo más que abrir agujeros en las paredes a puñetazos y saltar desde lo alto de los edificios.

—Entonces, ¿cuándo nos...?

—Seguid esperando. —Zahel se marchó.

Kaladin miró a Teft, que se encogió de hombros.

—Me cae bien.

Yake se echó a reír.

—Eso es porque es casi tan gruñón como tú, Teft.

—Yo no soy gruñón —replicó este—. Solo tengo poca paciencia con la estupidez.

Esperaron hasta que Zahel volvió a la carrera. Los hombres se pusieron alerta de inmediato, con los ojos muy abiertos. El entrenador llevaba una hoja esquilada.

Lo estaban esperando. Kaladin les había dicho que podrían empuñar una como parte de su instrucción. Sus ojos siguieron el arma como habrían hecho con una mujer hermosa que se quitara el guante.

Zahel se acercó y clavó la espada en la arena ante ellos, retiró la mano de la empuñadura y señaló.

—Muy bien. Intentad sacarla.

Ellos se la quedaron mirando.

—Por el aliento de Kelek —dijo Teft finalmente—. Lo dices en serio, ¿verdad?

Syl, no muy lejos, se había apartado de las piedras y miraba la hoja.

—La mañana después de hablar con vuestro capitán en mitad de la noche de Condenación —dijo Zahel—, fui a ver al brillante señor Dalinar y al rey y les pedí permiso para entrenaros con las posiciones de esgrima. No tenéis que llevar espadas ni nada de eso, pero si vais a combatir a un asesino armado con una hoja esquilada, tenéis que conocer las posiciones y cómo responder a ellas.

Bajó la mirada y apoyó la mano en la espada.

—El brillante señor Dalinar sugirió que os permitiera manejar una de las hojas esquiladas del rey. Es listo.

Zahel retiró la mano e hizo un gesto. Teft intentó tocar la espada, pero Moash la agarró primero, tomándola por la empuñadura y arrancándola, con demasiada fuerza, del suelo. Retrocedió tambaleándose y Teft se apartó.

—¡Ten cuidado! —ladró este—. Si actúas como un necio acabarás cortándote el brazo, por las tormentas.

—No soy ningún necio —replicó Moash, alzando la espada con la punta hacia fuera. Un único glorispren cobró existencia cerca de su cabeza—. Pesa más de lo que suponía.

—¿De veras? —dijo Yake—. ¡Todo el mundo dice que son livianas!

—Son gente acostumbrada a las espadas normales —adujo Zahel—. Si te has entrenado toda la vida con una espada larga, cuando

alzas algo que parece tener dos o tres veces esa cantidad de acero esperas que pese más. No menos.

Moash gruñó mientras hacía un delicado movimiento con el arma.

—Por cómo se cuentan las historias, creí que no pesaría nada. Que sería liviana como una risa. —Vacilante, la clavó en el suelo—. También tiene más resistencia al cortar de lo que esperaba.

—Supongo que es cuestión de lo que uno espera —dijo Teft, rascándose la barba e indicándole a Yake que cogiera el arma a continuación. El hombretón la desclavó con mucho más cuidado que Moash.

—Padre Tormenta, sí que es raro empuñarla —dijo.

—Es solo una herramienta —replicó Zahel—. Valiosa, pero herramienta al fin y al cabo. Recuérdalo.

—Es más que una herramienta —aseguró Yake, blandiéndola—. Lo siento, pero es así. Podría pensar eso con una espada corriente, pero esto... esto es arte.

Zahel sacudió la cabeza, molesto.

—¿Qué? —preguntó Kaladin mientras Yake, reacio, le tendía la espada a Teft.

—Hombres que tienen prohibido usar la espada porque son de cuna demasiado baja —dijo Zahel—. Incluso después de todos estos años, sigue pareciéndome una tontería. No hay nada sagrado en las espadas. Son mejores en unas situaciones y peores en otras.

—Eres fervoroso —dijo Kaladin—. ¿No se supone que debéis mantener las artes y tradiciones vorin?

—Bueno, por si no te habías dado cuenta, no soy un fervoroso de los mejores. Pero da la casualidad de que como espadachín soy excelente. —Señaló la espada con la cabeza—. ¿Vas a intentarlo?

Syl miró a Kaladin bruscamente.

—Pasaré a menos que lo ordenes —le dijo Kaladin a Zahel.

—¿No sientes curiosidad?

—Estas cosas han matado a demasiados amigos míos. Preferiría no tocarla, si no te importa.

—Como quieras —dijo Zahel—. La sugerencia del brillante señor Dalinar era que te acostumbraras a estas armas para que dejaras de asombrarte ante ellas. La mitad de las veces que muere un hombre es porque está demasiado entretenido mirando para esquivarlas.

—Sí —dijo Kaladin en voz baja—. Lo he visto. Blándela contra mí. Tengo que practicar.

—Claro. Déjame que le ponga el protector.

—No —replicó Kaladin—. Nada de protector, Zahel. Necesito tener miedo.

Zahel estudió a Kaladin durante un momento, luego asintió, y recogió la espada de manos de Moash, que había iniciado un segundo turno blandiéndola.

Syl pasó revoloteando sobre las cabezas de los hombres, que no podían verla.

—Gracias —dijo, posándose en el hombro de Kaladin.

Zahel dio un paso atrás y adoptó una posición. Kaladin la reconoció como una de las posiciones de duelo de los ojos claros, pero no sabía cuál. Zahel dio un paso adelante y atacó.

Pánico.

Kaladin no pudo evitarlo. En un instante vio morir a Dallet, la hoja esquirrada cortándole la cabeza. Vio caras con ojos calcinados reflejándose en la plateada superficie de la hoja.

La espada pasó a pocas pulgadas por delante. Zahel avanzó e hizo revolotear de nuevo la espada con un fluido movimiento. Esta vez lo alcanzaría, así que Kaladin tuvo que dar un paso atrás.

Tormentas, esos monstruos eran preciosos.

Zahel volvió a blandir la espada, y Kaladin tuvo que saltar a un lado para esquivarla. «Te estás entregando demasiado, Zahel», pensó. Esquivó otra vez, luego reaccionó a una sombra que había visto con el rabillo del ojo. Se dio media vuelta, y se encontró cara a cara con Adolin Kholin.

Se miraron mutuamente a los ojos. Kaladin esperó un comentario mordaz. Los ojos de Adolin se dirigieron hacia Zahel y la hoja esquirrada, luego volvieron a posarse en Kaladin. Finalmente, el príncipe asintió. Giró sobre sus talones y se encaminó hacia Renarin.

La implicación era sencilla. El Asesino de Blanco los había superado a ambos. No había por qué burlarse de los preparativos para volver a combatirlo.

«Lo cual no significa que no sea un fanfarrón engreído», pensó Kaladin, volviéndose hacia Zahel. El hombre había hecho una seña a otro fervoroso y le había entregado la espada.

—Tengo que ir a entrenar al príncipe Renarin —dijo Zahel—. No puedo dejarlo todo el día por vosotros, necios. Ivis repasaré algunos movimientos y hará que os enfrentéis a una hoja esquirrada, como ha hecho Kaladin. Acostumbraos a verla, para que no os quedéis paralizados cuando una de esas os ataque.

Kaladin y los demás asintieron. Solo después de que Zahel se marchara corriendo advirtió Kaladin que el nuevo fervoroso, Ivis, era una mujer. Pese a su condición, mantenía la mano enguantada, así que había cierto reconocimiento a su género, aunque las holgadas túnicas y la cabeza rapada disimularan algunos de los otros rasgos más evidentes.

Una mujer con espada. Extraña visión. Pero ¿acaso era más raro que ver a hombres ojos oscuros empuñando hojas esquirradas?

Ivis les dio unos palos que, por peso y equilibrio, se parecían bastante a una hoja esquirrada. Como el garabato de un niño con tiza, podía ser una aproximación decente a una persona. Entonces les hizo ejecutar varias rutinas, demostrándoles las diez posiciones de hoja esquirrada.

Kaladin había ansiado matar ojos claros desde el momento en que tocó por primera vez una lanza, y durante los años posteriores, antes de ser esclavizado, había llegado a ser bastante bueno en ello. Pero aquellos ojos claros a los que había perseguido en los campos de batalla no tenían demasiadas capacidades. La mayoría de los hombres que eran verdaderamente buenos con una espada habían venido a las Llanuras Quebradas, así que las posiciones le resultaban nuevas.

Empezó a ver y comprender. Conocer las posiciones le permitiría prever el siguiente movimiento de un espadachín. No tenía por qué empuñar una espada él mismo (seguía pareciéndole un arma inflexible) para hacer uso de ese conocimiento.

Aproximadamente una hora más tarde, Kaladin soltó su espada de madera y se dirigió al barril de agua. Ni los fervorosos ni los parshmenios les servían de beber a él y a sus hombres. No le importaba: no era ningún niño rico mimado. Se apoyó contra el barril, cogió un cucharón de agua y sintió en lo más profundo de sus músculos ese buen cansancio que le decía que había hecho algo que merecía la pena.

Escrutó el terreno en busca de Adolin y Renarin. No le tocaba

estar de guardia con ninguno de los dos: Adolin habría venido con Mart y Eth, y Renarin estaba bajo la vigilancia de los tres hombres que Kaladin le había asignado antes. Con todo, no podía evitar mirar para ver dónde se encontraban. Un accidente allí podía ser...

Había una mujer en los terrenos de prácticas. No era una fervorosa, sino una auténtica ojos claros, la que tenía el cabello de un rojo encendido. Acababa de llegar y miraba a su alrededor.

Kaladin no le guardaba rencor por el incidente con sus botas. Aquello simplemente era una muestra más de cómo, para los ojos claros, los hombres como Kaladin eran juguetes. Jugaban con los ojos oscuros, les quitaban lo que necesitaban, y no tenían la menor impresión de haberlos dejado peor que antes.

Así era Roshone. Así era Sadeas. Así era esa mujer. En realidad, no era mala. Simplemente, no le importaba.

«Tal vez sea buena pareja para el príncipe», pensó mientras Yake y Teft se acercaban corriendo a tomar agua. Moash continuó con el entrenamiento, concentrado en sus posiciones con la espada.

—No está mal —dijo Yake, siguiendo la mirada de Kaladin.

—¿No está mal el qué? —preguntó este, tratando de dilucidar qué estaba haciendo la mujer.

—No está mal de aspecto, capitán —añadió Yake con una carcajada—. ¡Tormentas! A veces parece que solo puedes pensar en qué deber hay que cumplir a continuación.

Syl, que estaba allí cerca, asintió enfáticamente.

—Es ojos claros —adujo Kaladin.

—¿Y qué? —replicó Yake, dándole una palmada en el hombro—. ¿Una dama ojos claros no puede ser atractiva?

—No. —Era así de sencillo.

—Sí que eres extraño, señor —comentó Yake.

Al cabo de un rato, Ivis llamó a Yake y Teft para que dejaran de perder el tiempo y volvieran a los ejercicios. No llamó a Kaladin, que parecía intimidar a muchos de los fervorosos.

Yake volvió corriendo, pero Teft se entretuvo un momento y asintió indicando a la muchacha, Shallan.

—¿Crees que tenemos que preocuparnos por ella? Una mujer extranjera de la que sabemos muy poco llega aquí y de pronto resulta que está comprometida con Adolin. Sin duda, sería una buena asesina.

—Condenación —dijo Kaladin—. Tendría que haberlo pensado. Buen ojo, Teft.

Este se encogió de hombros en un gesto de modestia y luego volvió corriendo a su entrenamiento.

Kaladin había supuesto que la mujer era una oportunista, pero ¿podía ser una asesina? Kaladin cogió su espada de madera y se acercó a ella, pasando ante Renarin, que practicaba alguna de las posiciones que los hombres del puente estaban ensayando.

Mientras Kaladin se acercaba a Shallan, Adolin, con su armadura esquirlada, se detuvo ruidosamente a su lado.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Kaladin.

—Supongo que ha venido a verme entrenar —dijo Adolin—. Casi siempre tengo que quitármelas de encima.

—¿Quitártelas?

—Ya sabes. Muchachas que quieren mirarme mientras lucho. No me importaría, pero si lo permitimos, abarrotarían todo este lugar cada vez que yo viniera. Nadie podría entrenar.

Kaladin lo miró alzando una ceja.

—¿Qué? —preguntó Adolin—. ¿No vienen mujeres a verte entrenar, muchacho del puente? Pequeñas damas ojos oscuros, a las que les faltan siete dientes y les da miedo el agua hasta para lavarse...

Kaladin apartó la mirada y frunció los labios. «La próxima vez —pensó—, dejaré que el asesino se cargue a este».

Adolin se echó a reír un momento, aunque su risa se apagó con cierta incomodidad.

—De todas formas —continuó—, probablemente tenga mejores motivos para estar aquí que otras, considerando nuestra relación. Pero habrá que echarla igualmente. No puede sentar un mal precedente.

—¿De verdad que aceptas una cosa así? —preguntó Kaladin—. ¿Comprometerte con una mujer a la que nunca has visto?

Adolin se encogió de hombros.

—Las cosas siempre salen bien al principio, y luego... se desmoronan. Nunca consigo comprender dónde me equivoco. Pensé que tal vez si hubiera establecido algo más formal...

Hizo una mueca, como si recordara con quién estaba hablando, y avanzó a paso rápido para dejar atrás a Kaladin. Llegó junto a

Shallan, quien, tarareando para sí, pasó de largo sin mirar. Adolin alzó una mano, la boca abierta para hablar, mientras se volvía y la veía internarse en el patio. Ella tenía la mirada puesta en Nall, fervorosa jefa de los terrenos de prácticas. Shallan se inclinó ante ella en gesto de reverencia.

Adolin frunció el ceño y se dio media vuelta para seguirla. Dejó atrás a Kaladin, que le dirigió una sonrisita.

—Ya veo que ha venido a verte —dijo Kaladin—. Es obvio que está completamente fascinada contigo.

—Cállate —gruñó Adolin.

Kaladin corrió detrás de Adolin y alcanzó a Shallan y Nall en mitad de la conversación.

—... los archivos visuales de estos trajes son patéticos, hermana Nall —estaba diciendo Shallan, tendiéndole a la fervorosa una cartera de cuero—. Necesitamos nuevos dibujos. Aunque pasaré gran parte de mi tiempo trabajando para el alto señor Sebarial, me gustaría tener unos cuantos proyectos propios durante mi estancia en las Llanuras Quebradas. Con tu bendición, me gustaría hacerlo.

—Tu talento es admirable —dijo Nall, hojeando las páginas—. ¿Tu Llamada es el arte?

—La historia natural, hermana Nall, aunque dibujar es para mí una prioridad también en esa línea de estudio.

—Como debe de ser. —La fervorosa pasó otra página—. Tienes mi bendición, querida niña. Dime, ¿qué devotario llamas propio?

—Eso es... un tema que me causa cierta consternación —respondió Shallan, recogiendo el portafolios—. ¡Oh! Adolin. No había visto que estabas aquí. Cielos, qué grande se te ve cuando llevas esa armadura.

—¿Vas a permitir que se quede? —le preguntó Adolin a Nall.

—Desea poner al día con nuevos dibujos el archivo real de armaduras y hojas esquirladas de los campamentos de guerra —dijo Nall—. Parece buena idea. El archivo actual del rey incluye muchos bocetos generales, pero muy pocos dibujos detallados de las esquirlas.

—Entonces, ¿vas a necesitar que pose para ti? —preguntó Adolin, volviéndose hacia Shallan.

—Lo cierto es que los dibujos de tu armadura son bastante completos —dijo Shallan—, gracias a tu madre. Me concentraré

primero en las armaduras y espadas del rey, que nadie ha pensado en dibujar con detalle.

—Solo procura mantenerte apartada de los hombres que se entrenan, niña —dijo Nall. Alguien la llamó y se marchó.

—Vaya —dijo Adolin, volviéndose hacia Shallan—. Ya veo que hay materias donde te creces.

—Un metro setenta —dijo Shallan—. Sospecho que es todo lo que creceré, por desgracia.

—Un metro... —dijo Adolin, frunciendo el ceño.

—Sí —comentó Shallan, escrutando los terrenos de prácticas—. Pensaba que era una buena estatura, pero luego vine aquí. Los alezi sois altísimos, ¿no? Yo diría que aquí todo el mundo es más de cinco centímetros más alto que la media veden.

—No, eso no es... —Adolin frunció el ceño—. Has venido porque quieres verme entrenar. Admítelo. Lo de los dibujos es una excusa.

—Hum. Por lo visto hay alguien que se tiene en muy alta consideración. Supongo que será cosa de la realeza. Como los sombreros curiosos y la afición a las decapitaciones. Vaya, pero si es tu capitán de la guardia. —Y volviéndose hacia Kaladin, espetó—: tus botas van por mensajero camino de tus barracones.

Kaladin dio un respingo cuando se dio cuenta de que le hablaba a él.

—¿Ah, sí?

—Le he mandado cambiar las suelas. Eran terriblemente incómodas.

—¡Me gustaba cómo me quedaban!

—Entonces debes de tener piedras por pies. —Ella bajó la mirada y luego enarcó una ceja.

—Espera —dijo Adolin, frunciendo aún más el ceño—. ¿Llevabas puestas las botas del muchacho del puente? ¿Cómo es eso?

—Con incomodidad —replicó Shallan—. Y tres pares de calcetines. —Dio una palmadita en el brazo blindado de Adolin—. Si de verdad quieres que te dibuje, Adolin, lo haré. No tienes que ponerte celoso, aunque sigo esperando ese paseo que me prometiste. ¡Oh! ¡Tengo que ver eso! Discúlpame.

Se dirigió al lugar donde Renarin recibía golpes de Zahel, supuestamente para que se acostumbrara a aguantar una paliza

mientras llevaba la armadura esquirrada. El vestido verde y los cabellos rojos de Shallan eran vibrantes pinceladas de color en los terrenos. Kaladin la estudió, preguntándose hasta dónde podía fiarse de ella. Probablemente no mucho.

—Mujer insufrible —gruñó Adolin. Miró a Kaladin—. Deja de mirarle el trasero, muchacho del puente.

—No la estoy mirando. ¿Y a ti qué te importa? Acabas de decir que es insufrible.

—Sí —dijo Adolin, volviéndose a mirarla con una amplia sonrisa—. No me hizo caso, ¿eh?

—Supongo.

—Insufrible —dijo Adolin, aunque parecía querer decir algo completamente diferente. Su sonrisa se hizo más amplia mientras echaba a andar detrás de ella, moviéndose con la gracia de la armadura esquirrada que tan poco cuadraba con su aparente masa.

Kaladin sacudió la cabeza. Los ojos claros y sus juegos. ¿Cómo había acabado por encontrarse en una situación donde tenía que pasar tanto tiempo con ellos? Volvió de nuevo al barril y tomó otro trago. Poco después, una espada de madera aplastando la arena anunció que Moash se reunía con él.

—¿Te ha dejado marchar? —preguntó Kaladin, señalando a su entrenadora.

Moash se encogió de hombros y bebió agua.

—No me inmuté.

Kaladin asintió apreciativamente.

—Lo que estamos haciendo aquí es bueno, Kaladin —dijo Moash—. Importante. Después del entrenamiento que nos diste en esos abismos, pensé que no me quedaba nada que aprender. Eso demuestra cuánto sabía.

Kaladin asintió, cruzándose de brazos. Adolin mostró varias posiciones de duelo para Renarin, mientras Zahel asentía con aprobación. Shallan se había sentado a dibujarlos. ¿Era todo esto una excusa para acercarse y así poder esperar el momento adecuado para clavarle un cuchillo en la barriga a Adolin?

Tal vez fuera una forma paranoica de pensar, pero era su trabajo. Así que no quitó ojo de Adolin cuando el hombre se volvió y empezó a practicar con Zahel, para darle a Renarin un poco de perspectiva sobre cómo usar las posiciones.

Adolin era buen espadachín. Kaladin estaba dispuesto a reconocerlo. También lo era Zahel, ya puestos.

—Fue el rey —dijo Moash—. Mandó ejecutar a mi familia.

Kaladin tardó un momento en comprender de qué estaba hablando Moash. La persona que Moash quería matar, la persona contra la que sentía rencor, era el rey.

Kaladin sintió una punzada atravesarlo, como si le hubieran clavado una aguja. Se volvió hacia Moash.

—Somos el Puente Cuatro —continuó Moash, mirando a un lado hacia nada en concreto. Tomó otro sorbo—. Permanecemos unidos. Deberías saber... por qué soy como soy. Mis abuelos fueron la única familia que conocí. Mis padres murieron cuando era niño. Ana y Da me criaron. El rey... los mató.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Kaladin en voz baja, asegurándose de que ninguno de los fervorosos estaba lo bastante cerca para oírlos.

—Yo estaba fuera —dijo Moash—, trabajando en una caravana que venía hacia aquí, hacia estos páramos. Ana y Da eran segundo nahn. Importantes para ser ojos oscuros, ¿sabes? Tenían su propia tienda. Plateros. Yo nunca seguí el negocio. Me gustaba andar por ahí. Ir a alguna parte.

»Un ojos claros poseía dos o tres platerías en Kholinar, una de las cuales estaba frente a la de mis abuelos. Nunca le gustó la competencia. Eso fue más o menos un año antes de que el antiguo rey muriera y Elhokar quedara a cargo del reino mientras Gavilar estaba en las llanuras. Elhokar era buen amigo del ojos claros que competía con mis abuelos.

»Así que le hizo un favor a su amigo. Elhokar hizo que acusaran a Ana y Da de cargos lo bastante importantes como para exigir el derecho a juicio, una investigación ante magistrados. Creo que a Elhokar le sorprendió que no pudiera ignorar por completo la ley. Se le acabó el tiempo y envió a Ana y Da a los calabozos a esperar a que pudiera prepararse una investigación. —Moash volvió a meter el cazo en el barril—. Murieron allí unos meses después, todavía esperando a que Elhokar aprobara sus alegaciones.

—Eso no es exactamente lo mismo que matarlos.

Moash miró a Kaladin a los ojos.

—¿Me estás diciendo que enviar a una pareja de ancianos de

setenta y cinco años a los calabozos del palacio no es una sentencia de muerte?

—Supongo... supongo que tienes razón.

Moash asintió con brusquedad y arrojó el cazo dentro del barril.

—Elhokar sabía que iban a morirse allí dentro. De esa forma, la audiencia nunca se presentó a los magistrados y no se descubrió su corrupción. Ese hijo de puta los mató... los asesinó para guardar su secreto. Volví a casa de mi viaje con la caravana y encontré la casa vacía, y los vecinos me dijeron que mi familia había muerto hacía ya dos meses.

—Y ahora intentas asesinar al rey Elhokar —dijo Kaladin en voz baja, sintiendo un escalofrío al pronunciar aquellas palabras. No había nadie lo bastante cerca para oírlos, y menos con el ruido de las armas y los gritos habituales de los terrenos de entrenamiento. Con todo, las palabras parecieron flotar ante él, fuertes como la llamada de una trompeta.

Moash se quedó callado, mirándolo a los ojos.

—Esa noche en el balcón —dijo Kaladin—, ¿hiciste que pareciera que una hoja esquivada cortó la barandilla?

Moash lo cogió con fuerza por el brazo y miró alrededor.

—No deberíamos hablar de esto aquí.

—¡Por el Padre Tormenta, Moash! —dijo Kaladin, asumiendo la gravedad del asunto—. ¡Nos han contratado para proteger a ese hombre!

—Nuestro trabajo es mantener a Dalinar con vida —replicó Moash—. Puedo estar de acuerdo con eso. No parece demasiado malo, para ser un ojos claros. Tormentas, este reino estaría mucho mejor si él fuera el rey. No me digas que no piensas lo mismo.

—Pero matar al rey...

—Aquí no —masculló Moash, apretando los dientes.

—No puedo permitirlo. ¡Por la mano de Nalan! Voy a tener que decir...

—¿Y qué vas a hacer? —exigió Moash—. ¿Entregar a un miembro del Puente Cuatro?

Se miraron fijamente a los ojos.

Kaladin se volvió.

—Maldición. No, no lo haré. Al menos, si accedes a dejarlo. Puede que tengas motivos para odiar al rey, pero no puedes

intentar..., ya sabes...

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? —preguntó Moash en voz baja. Se había acercado mucho a Kaladin—. ¿Qué clase de justicia puede conseguir un hombre como yo contra un rey, Kaladin? Dímelo.

«Esto no puede estar sucediendo».

—Lo dejaré por ahora —dijo Moash—. Si accedes a reunirme con una persona.

—¿Con quién? —preguntó Kaladin, volviéndose para mirarlo.

—Este plan no fue idea mía. Hay otros implicados. Todo lo que tuve que hacer fue lanzarles una cuerda. Quiero que los escuches.

—Moash...

—Escucha lo que tienen que decir —insistió Moash, apretando con más fuerza el brazo de Kaladin—. Solamente escucha, Kal. Eso es todo. Si no estás de acuerdo con lo que te digan, me retiraré. Por favor.

—¿Prometes no hacer nada más contra el rey hasta que haya tenido esa reunión?

—Por el honor de mis abuelos.

Kaladin suspiró, pero acabó por asentir.

—De acuerdo.

Moash se relajó visiblemente. Asintió, recogió su falsa espada y se marchó corriendo para seguir practicando con la hoja esquirrada. Kaladin suspiró, se volvió para coger su espada, y se encontró cara a cara con Syl, que flotaba tras él. Sus diminutos ojos estaban abiertos de par en par, las manos cerradas a los costados.

—¿Qué acabas de hacer? —exigió—. Solo he oído la última parte.

—Moash estaba implicado —susurró Kaladin—. Tengo que seguir adelante, Syl. Si alguien está intentando matar al rey, mi trabajo es investigarlo.

—Oh. —Syl frunció el ceño—. Sentí algo. Algo más. —Sacudió la cabeza—. Kaladin, esto es peligroso. Deberíamos acudir a Dalinar.

—Se lo he prometido a Moash —dijo él, arrodillándose para desatarse las botas y quitarse los calcetines—. No puedo acudir a Dalinar hasta que sepa más.

Syl lo siguió en forma de lazo de luz mientras él cogía la hoja esquirrada falsa y se encaminaba hacia los terrenos de duelo. Notó

la arena fría bajo sus pies descalzos. Quería sentirla.

Adoptó la posición del viento y practicó unos cuantos mandobles que Ivis les había enseñado. Un poco más allá, un grupo de ojos claros se dieron codazos y asintieron, señalando en su dirección. Uno dijo algo en voz baja, haciendo reír a los demás, pero varios continuaron con el ceño fruncido. La imagen de un ojos oscuros con una hoja esquirrada, aunque fuera de prácticas, no era algo que les resultara divertido.

«Es mi derecho —pensó Kaladin, blandiendo la espada, ignorándolos—. Derroté a un portador de esquirrada. Pertenezco a este lugar».

¿Por qué no se animaba a los ojos oscuros a practicar así? Los ojos oscuros que habían ganado hojas esquirradas a través de la historia eran loados en canciones y relatos. Evod Marcador, Lanacin, Raninor de los Prados... Esos hombres eran reverenciados. Pero cuando se trataba de los ojos oscuros contemporáneos, bueno, se les decía que no pensaran más allá de su situación. O que se atuvieran a las consecuencias.

Pero ¿cuál era el precepto de la Iglesia vorin? ¿De los fervorosos y las Llamadas y las artes? «Mejora. Supérate». ¿Por qué los hombres como él no podían pensar a lo grande? Nada parecía encajar. La sociedad y la religión se contradecían.

«Los soldados viven la gloria de los Salones Tranquilos. Pero sin granjeros, los soldados no pueden comer, así que ser granjero probablemente también es digno».

«Supérate con una Llamada en la vida. Pero no te vuelvas demasiado ambicioso o te encerraremos».

«No te vengues del rey por ordenar la muerte de tus abuelos. Pero véngate de los parshendi por ordenar la muerte de alguien a quien no has visto nunca».

Kaladin dejó de blandir la espada, sudoroso pero sin sentirse a gusto. Cuando luchaba o se entrenaba, se suponía que no debía de ser así. Se suponía que eran Kaladin y el arma, como una sola cosa, no con todos los problemas dando vueltas en su cabeza.

—Syl —dijo, intentando una estocada—, eres honorspren. ¿Eso significa que puedes decirme lo que hay que hacer?

—Sin duda —respondió ella, flotando cerca en forma de mujer joven, con las piernas colgando de un saliente invisible. No

revoloteaba en forma de lazo, como solía hacer cuando él practicaba.

—¿Está mal que Moash intente matar al rey?

—Claro.

—¿Por qué?

—Porque matar está mal.

—¿Y los parshendi que he matado?

—Ya hemos hablado de eso. Había que hacerlo.

—¿Y si uno de ellos era un absorbedor? —dijo Kaladin—. ¿Con su propio honorspren?

—Los parshendi no pueden convertirse en absorbe...

—Supongamos que sí —dijo Kaladin, gruñendo mientras lanzaba otra estocada. No lo estaba haciendo bien—. Yo diría que a estas alturas, el único propósito de los parshendi es sobrevivir. Tormentas, es posible que los implicados en la muerte de Gavilar ni siquiera sigan con vida. Sus líderes fueron ejecutados en Alezkar, después de todo. Así que dime, si un parshendi corriente que protege a su pueblo se enfrenta a mí, ¿qué diría su honorspren? ¿Que está haciendo lo adecuado?

—Yo... —Syl se encogió. No soportaba este tipo de preguntas—. No importa. Dijiste que no ibas a matar más parshendi.

—¿Y a Amaram? ¿Puedo matarlo?

—¿Es justicia? —preguntó Syl.

—Una forma.

—Hay una diferencia.

—¿Cuál? —preguntó Kaladin, lanzando una estocada. ¡Tormentas! ¿Por qué no podía lograr que la estúpida arma fuera donde debía?

—Por lo que te hace —dijo Syl en voz baja—. Pensar en ello te cambia. Te retuerce. Se supone que tienes que proteger, Kaladin. No matar.

—Para proteger es necesario matar —replicó él—. Tormentas. Empiezas a hablar igual que mi padre.

Probó unas cuantas posiciones más, hasta que por fin Ivis se acercó y le hizo algunas correcciones. Ella se rio de su frustración cuando empuñó de nuevo mal la espada.

—¿Esperabas aprender en un día?

Más o menos, sí. Conocía la lanza; había entrenado duramente,

mucho tiempo. Pensaba que tal vez todo aquello le serviría.

Pero no era así. Continuó entrenándose, realizando los movimientos, dando patadas en la arena fría, mezclándose con los ojos claros que entrenaban y ensayaban sus propias estrategias. Al cabo de un rato, Zahel pasó junto a él.

—Continúa —dijo el hombre, sin mirar siquiera cómo se desenvolvía Kaladin.

—Suponía que me entrenarías personalmente —exclamó Kaladin a sus espaldas.

—Demasiado trabajo —replicó Zahel, sacando una cantimplora de debajo de un montón de prendas de ropa junto a una de las columnas. Otro fervoroso había puesto allí sus piedras de colores, cosa que le hizo fruncir el ceño.

Kaladin corrió a alcanzarlo.

—Vi a Dalinar Kholin, desarmado y sin armadura, coger en el aire una hoja esquivada con las palmas de las manos.

—El viejo Dalinar realizó una palmada, ¿eh? Bien por él.

—¿Puedes enseñarme?

—Es una maniobra estúpida —replicó Zahel—. Cuando sale bien, es solo porque la mayoría de los portadores han aprendido a blandir sus armas sin tanta fuerza como harían con una espada normal. Por lo general, es un desastre: suele fracasar y acabas muerto. Es mejor concentrarte en practicar estrategias que te ayuden de verdad.

Kaladin asintió.

—¿No vas a insistir? —preguntó Zahel.

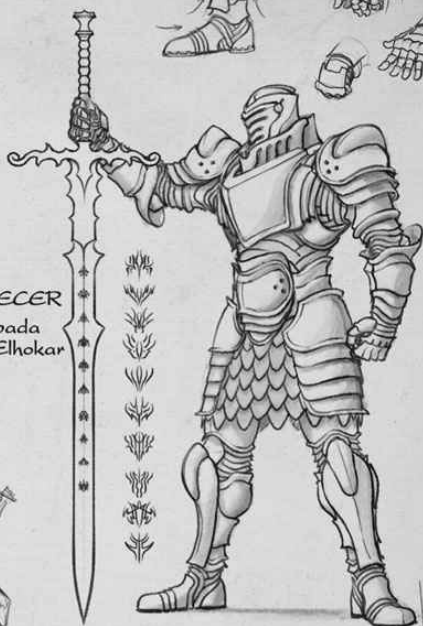
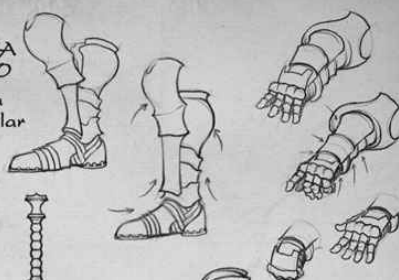
—Tus argumentos me han convencido —dijo Kaladin—. Sólida lógica de soldado. Tiene sentido.

—Mmm. Tal vez haya esperanza para ti después de todo. —Zahel tomó un trago de su cantimplora—. Ahora sigue practicando.



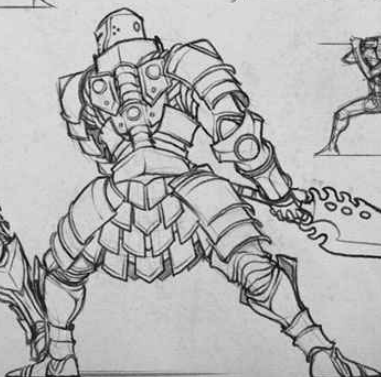
TORMENTA DE FUEGO

La espada
del rey Gavilar



AMANECEER

La espada
del rey Elhokar



LA FIESTA MEDIA



TRES AÑOS Y MEDIO ANTES

Shallan metió el dedo en la jaula y la pintoresca criatura que había dentro se agitó en su asidero, mirándola con la cabeza ladeada.

Era el ser más extraño que había visto jamás. Se alzaba sobre dos patas como una persona, aunque tenía garras. Solo tenía un palmo de altura, pero la forma en que giraba la cabeza mientras la miraba indicaba una personalidad inconfundible.

La criatura solo tenía una concha pequeña (en la nariz y la boca), pero lo más extraño de todo era su pelaje, un pelo verde brillante, como recortado, que le cubría todo el cuerpo. Mientras la observaba, la criatura se volvió y empezó a picotearse el pelaje: un gran alerón se alzó y ella advirtió que surgía de un espinazo central.

—¿Qué le parece mi pollo a la joven dama? —dijo orgullosamente el mercader, de pie con las manos unidas a la espalda, el ancho estómago hacia delante como la proa de un barco. Detrás, una turba de gente recorría la feria. Había tantas personas... Quinientas, quizás incluso más, en el mismo sitio.

—Pollo —dijo Shallan, hurgando en la jaula con un dedo tímido—. He comido pollo antes.

—¡No de esta raza! —replicó el thayleño, riendo—. Los pollos que se comen son estúpidos, pero este es listo. ¡Casi tanto como un

hombre! Sabe hablar. Escucha. ¡*Jeksonofnone*! ¡Di tu nombre!

—*Jeksonofnone* —dijo la criatura.

Shallan dio un salto atrás. La palabra sonó rara por la voz inhumana de la criatura, pero era reconocible.

—¡Un Portador del Vacío! —susurró, llevándose la mano segura al pecho—. ¡Un animal que habla! ¡Harás caer sobre nosotros los ojos de los No-creados!

El mercader se echó a reír.

—Estos bichos viven por todo Shinovar, joven dama. ¡Si su habla atrajera a los No-creados, todo el país estaría maldito!

—¡Shallan! —llamó su padre, que esperaba con sus guardaespaldas en el lugar donde había estado hablando con otro mercader. La muchacha echó a correr hacia él, mirando por encima del hombro a la extraña criatura. Por raro que fuera el animal, si podía hablar lamentaba que estuviera encerrado en aquella jaula.

La feria de la Fiesta Media era un momento destacado del año. Situada durante la Media-paz, un período opuesto al Llanto, cuando no había tormentas, atraía a la gente de las aldeas y villorrios cercanos. Muchos de los que asistían procedían de tierras que su padre supervisaba, incluyendo ojos claros menores que habían gobernado en las mismas aldeas durante siglos.

Los ojos oscuros acudían también, naturalmente, entre ellos mercaderes, ciudadanos de primero y segundo nahn. Su padre no hablaba a menudo del tema, pero ella sabía que consideraba que sus riquezas y posición social era inadecuada. El Todopoderoso había elegido a los ojos claros para gobernar, no a esos mercaderes.

—Ven —le dijo su padre.

Shallan lo siguió a él y sus guardaespaldas por la bulliciosa feria, situada en las posesiones de su padre a medio día de viaje de la mansión. La llanura estaba bien resguardada y las colinas cercanas, cubiertas de árboles jella. Sus fuertes ramas producían hojas delgadas, largas picas rosadas, amarillas y anaranjadas, y por eso los árboles parecían explosiones de color. Shallan había leído en un libro de su padre que los árboles absorbían crem y luego lo usaban para que su madera fuera dura como la piedra.

En la cuenca del valle habían talado la mayoría de los árboles, aunque algunos se usaban para sostener doseles de varios metros de ancho que ataban en lo más alto. Pasaron ante un mercader que

maldecía mientras un viento soplen revoloteaba por su recinto, haciendo que los objetos chocaran. Shallan sonrió y sacó su cartera de debajo del brazo. Sin embargo, no tuvo tiempo de dibujar, pues su padre se encaminó hacia los terrenos de duelo donde, si sucedía como en años anteriores, ella se pasaría la mayor parte de la feria.

—Shallan —dijo, haciendo que ella corriera para alcanzarlo.

A sus catorce años, la muchacha se sentía delgaducha y con una figura demasiado masculina. Como empezaba a ser mujer, había descubierto que se avergonzaba de su pelo rojo y su piel pecosa, ya que eran una marca de herencia impura. Eran colores tradicionales veden, pero eso era debido a que, en su pasado, sus linajes se habían mezclado con los de los comecuernos de las montañas.

Algunas personas estaban orgullosas de esos colores. Su padre no, y Shallan tampoco.

—Llegas a una edad en que debes actuar más como una dama —dijo su padre. Los ojos oscuros se apartaron a su paso, haciéndoles reverencias. Dos de los fervorosos los seguían con las manos a la espalda, reflexionando—. Tendrás que dejar de pararte a mirar tan a menudo. No pasará mucho antes de que queramos encontrarte marido.

—Sí, padre —dijo ella.

—Puede que tenga que dejar de traerte a eventos de este tipo. Lo único que haces es corretear y actuar como una niña. Lo que está claro es que necesitas una nueva tutora, como mínimo.

Él mismo había espantado a la última, una experta en idiomas con la que Shallan había aprendido el azish bastante bien. Al día siguiente de uno de los... episodios del padre, la madrastra de Shallan había aparecido con magulladuras en la cara, y la brillante Hasheh, la tutora, hizo las maletas y se marchó sin comunicárselo a nadie.

Shallan asintió ante las palabras de su padre, pero en el fondo esperaba poder escabullirse y encontrar a sus hermanos. Ella hoy tenía trabajo que hacer. Se acercaron a la «arena de duelos», que era un término grandilocuente para una sección de terreno delimitada con cuerdas donde los parshmenios habían vaciado el equivalente a media playa de arena y habían instalado mesas con toldos para que los ojos claros pudieran sentarse, comer y conversar.

Malise, la madrastra de Shalla, era una mujer joven con la que la chica se llevaba menos de diez años. Baja de estatura, con rasgos finos, permanecía sentada con la espalda recta, el pelo negro iluminado por unos cuantos mechones rubios. Su padre se sentó junto a ella en el palco; era uno de los cuatro hombres de su rango, cuarto dahn, que asistirían a la feria. Los duelistas serían los ojos claros menores de las inmediaciones. Muchos de ellos carecían de tierras, y los duelos eran su único modo de conseguir notoriedad.

Shalla se sentó en el asiento reservado para ella y un criado le sirvió agua helada en un vaso. Apenas había tomado un sorbo cuando alguien se acercó al palco.

El brillante señor Revilar podría haber sido guapo si no hubiera perdido la nariz en un duelo juvenil. Llevaba una postiza de madera, pintada de negro: una extraña mezcla de disimular la falta y de atraer la atención sobre ella al mismo tiempo. Con el cabello plateado y bien vestido con un traje de diseño moderno, tenía el aire distraído de quien ha dejado el horno encendido y sin atender en casa. Sus tierras eran fronterizas con las del padre de Shalla: eran dos de los hombres de similar rango que servían a las órdenes del alto príncipe.

Revilar se acercó acompañado no de uno, sino de dos maestros de sirvientes. Sus uniformes blancos y negros eran una distinción que se negaba a los sirvientes ordinarios, y el padre de Shalla los miró con envidia. Había intentado contratar maestros de sirvientes, pero todos mencionaron su «reputación» y se negaron.

—Brillante señor Davar —dijo Revilar. No esperó a que le dieran permiso y subió los escalones hacia el palco. El padre de Shalla y él tenían el mismo rango, pero todo el mundo conocía las alegaciones en contra de Lin, y que el alto príncipe las consideraba creíbles.

—Revilar —dijo el hombre, mirando al frente.

—¿Puedo sentarme?

Ocupó el asiento junto a Lin, el que Helaran, como heredero, habría utilizado si hubiera estado allí. Los dos sirvientes de Revilar lo hicieron tras él. De algún modo, consiguieron expresar una sensación de desaprobación hacia Lin Davar sin decir nada.

—¿Va a librar un duelo tu hijo hoy? —preguntó el padre de Shalla.

—Pues sí.

—Esperemos que consiga conservar su integridad. No vaya a ser que tu experiencia se convierta en tradición.

—Vamos, vamos, Lin —dijo Revilar—. Esa no es forma de hablarle a un socio.

—¿Socio? ¿Tenemos negocios de los que yo no esté al corriente?

Uno de los sirvientes de Revilar, la mujer, colocó un montoncito de páginas sobre la mesa ante Lin. La madrastra de Shallan las cogió, vacilante, y luego empezó a leer en voz alta. Los términos estipulaban un intercambio de artículos por el que Lin entregaba a Revilar parte de su algodón de brichárbol y shum crudo a cambio de una pequeña cantidad. Revilar pondría entonces los artículos a la venta en los mercados.

Lin detuvo la lectura cuando ya llevaba tres cuartas partes.

—¿Estás loco? ¿Un marco claro por bolsa? ¡Una décima parte de lo que vale ese shum! Teniendo en cuenta las patrullas de carreteras y las tasas de mantenimiento que se pagan a las aldeas donde se cosechan esos materiales, perdería esferas con este trato.

—Oh, no es tan malo —dijo Revilar—. Creo que el acuerdo te parecerá bastante aceptable.

—Estás loco.

—Soy popular.

Lin frunció el ceño con el rostro enrojecido. Shallan podía recordar la época en que rara vez lo veía enfadado. Aquellos días habían pasado hacía ya mucho.

—¿Popular? —preguntó su padre—. ¿Qué significa...?

—Tal vez sepas, o no, que el alto príncipe en persona visitó hace poco mis posesiones. Parece que le gusta lo que he estado haciendo por la industria textil de este principado. Eso, añadido a la habilidad de mi hijo en los duelos, ha atraído la atención sobre mi casa. Me han invitado a visitar al alto príncipe en Vadera una semana de cada diez, empezando el mes próximo.

En ocasiones, el padre de Shallan no destacaba por su perspicacia, pero sí tenía cabeza para la política. Eso pensaba ella, al menos, aunque siempre quería creer lo mejor de él. Fuera como fuese, Lin captó inmediatamente las implicaciones.

—Eres despreciable —susurró.

—Te quedan muy pocas opciones, Lin —dijo Revilar,

inclinándose hacia él—. Tu casa está en declive, tu reputación hecha un desastre. Necesitas aliados. Y yo necesito parecer un genio financiero ante el alto príncipe. Podemos ayudarnos mutuamente.

Lin inclinó la cabeza. Fuera del palco se anunciaron los primeros duelistas, un combate sin importancia.

—Por donde paso, solo encuentro esquinas —susurró Lin—. Me atrapan lentamente.

Revilar empujó de nuevo los papeles hacia la madrastra de Shallan.

—¿Quieres empezar otra vez? Sospecho que tu marido no me prestaba toda la atención. —Miró a Shallan—. ¿Es necesario que la niña esté aquí?

La muchacha se marchó sin decir palabra. Era lo que quería, de todas formas, aunque le parecía mal dejar a su padre. No hablaba a menudo con ella, y mucho menos le pedía opinión, pero parecía más fuerte cuando Shallan estaba cerca.

Lin estaba tan desconcertado que ni siquiera envió a uno de sus guardias con ella. Shallan salió del palco, con la cartera bajo el brazo, y se abrió paso entre los criados que preparaban la comida de su padre.

Libertad.

La libertad era para Shallan tan valiosa como un broam de esmeralda, y tan rara como un larkin. Apuró el paso, no fuera a ser que su padre se diera cuenta de que no había dado orden de que alguien la acompañara. Uno de los guardias del perímetro, Jix, avanzó hacia ella de todas formas, pero entonces miró hacia el palco y se dirigió hacia allí, quizá con intención de preguntar si debía seguirla.

Era mejor que no la encontrara fácilmente cuando volviera. Shallan se encaminó hacia la feria, con sus exóticos mercaderes y sus maravillosas vistas. Allí habría juegos de adivinanzas y quizás un cantamundos contando historias de reinos lejanos. Imponiéndose a los educados aplausos de los ojos claros que contemplaban el duelo que había dejado atrás, Shallan oyó los tambores de los ojos oscuros junto con canciones y risas.

«El trabajo es lo primero». La oscuridad se cernía sobre su casa como la sombra de una tormenta. Pero ella encontraría el sol. Estaba decidida a hacerlo.

De momento eso implicaba volver a los terrenos de duelo. Rodeó los palcos abriéndose camino entre los parshmenios que se inclinaban ante ella y los ojos oscuros que asentían o le hacían reverencias, dependiendo de su rango. Por fin encontró un palco donde varias familias ojos claros de orden menor compartían espacio a la sombra.

Eylita, hija del brillante señor Tavinar, estaba sentada al fondo, en la zona de luz que se colaba por el lateral del palco. Observaba a los duelistas con expresión insulsa, con la cabeza ligeramente ladeada y una sonrisa caprichosa en el rostro. Sus largos cabellos eran de un negro puro.

Shallan se acercó y le chistó. La otra muchacha, algo mayor que ella, se volvió frunciendo el ceño y se llevó una mano a los labios. Miró a sus padres antes de inclinarse hacia delante.

—¡Shallan!

—Te dije que me esperaras. ¿Has pensado en lo que te escribí?

Eylita buscó en el bolsillo de su vestido y sacó una notita. Sonrió con picardía y asintió. Shallan cogió la nota.

—¿Podrás escaparte?

—Tendré que llevar a mi doncella, pero por lo demás puedo ir donde quiera.

¿Cómo sería eso?

Shallan se retiró rápidamente. Técnicamente, era superior a los padres de Eylita, pero la edad era una cosa curiosa entre los ojos claros. A veces, un niño de rango superior no parecía tan importante cuando hablaba con adultos de rango inferior. Además, el brillante señor y la brillante dama Tavinar habían estado presentes ese día, cuando llegó el bastardo. No les agradaba su padre, ni sus hijos.

Shallan se alejó de los palcos, se dirigió a la feria y, una vez allí, se detuvo, nerviosa. La feria de la Fiesta Media era una intimidatoria mezcla de gente y lugares. Cerca, un grupo de dieces sentados ante largas mesas bebían y hacían apuestas sobre los combates. El rango más bajo de los ojos claros apenas estaba por encima de los ojos oscuros. No solo tenían que trabajar para vivir, sino que ni siquiera eran mercaderes o maestros artesanos. Eran solo... gente. Helaran había dicho que había muchos como ellos en las ciudades. Tantos como ojos oscuros. A Shallan eso le parecía

muy extraño. De hecho le resultaba extraño y fascinante al mismo tiempo. Ansiaba encontrar un rincón para mirar sin ser vista, sacar el cuaderno de bocetos y dejar rienda suelta a su imaginación. En cambio, se obligó a moverse por los alrededores de la feria. La tienda de la que habían hablado sus hermanos estaría en el perímetro exterior, ¿no?

Los ojos oscuros que asistían a la feria la evitaban dando un rodeo y Shallan sintió algo de temor. Su padre hablaba de cómo una joven ojos claros podía convertirse en una presa fácil para la gente brutal de las clases inferiores. Por supuesto, nadie le haría daño allí al descubierto, con tanta gente alrededor. Con todo, se llevó la cartera al pecho y descubrió mientras caminaba que estaba temblando.

¿Cómo sería tener tanto valor como Helaran? O como su madre. Su madre...

—¿Brillante?

La joven se estremeció. ¿Cuánto tiempo llevaba allí de pie, en el camino? El sol se había movido. Se dio la vuelta lentamente y encontró a Jix, el guardia, detrás de ella. Aunque tenía barriga y rara vez llevaba el pelo peinado, Jix era fuerte: Shallan lo había visto una vez apartar un carro del camino cuando el tiro del chull se rompió. Era guardia de su padre desde que ella recordaba.

—Ah —dijo, tratando de disimular su nerviosismo—, ¿estás aquí para acompañarme?

—Bueno, iba a llevarte de vuelta...

—¿Te lo ordenó mi padre?

Jix masticó la raíz de yamma, que algunos llamaban hierbaobstinada. Su mejilla se hinchó.

—Estaba ocupado.

—Entonces, ¿me acompañarás? —Shallan se desprendió del nerviosismo al decir aquellas palabras.

—Supongo.

Ella contuvo apenas un suspiro de alivio y se dio media vuelta. En el sendero de piedra habían eliminado los rocabrotes y la cortezapizarra. Se volvió hacia un lado y luego hacia el otro.

—Hum... Tenemos que encontrar el pabellón de juegos.

—Ese no es lugar para una dama. —Jix la miró—. Sobre todo de tu edad, brillante.

—Bueno, supongo que siempre puedes ir a mi padre para contarle lo que estoy haciendo.

—Y, mientras tanto, lo buscarás por tu cuenta, ¿no? ¿Entrarás sola si lo encuentras?

Ella se encogió de hombros, ruborizándose. Era exactamente lo que pensaba hacer.

—Lo cual implica que te habría dejado en un sitio como ese sin protección. —Jix gruñó en voz baja—. ¿Por qué lo desafías así, brillante? Solo vas a conseguir que se enfade.

—Creo... Creo que se enfadará de todas formas, sin importar lo que yo haga, ni lo que haga nadie —dijo ella—. El sol brillará. Las altas tormentas soplarán. Y mi padre gritará. Así es la vida. —Se mordió los labios—. ¿El pabellón de juegos? Te prometo que seré breve.

—Por aquí —dijo Jix. No caminó particularmente rápido mientras la guiaba, y con frecuencia miraba con mala cara a los ojos oscuros que encontraban. Jix era ojos claros, pero solo del octavo dahn.

«Pabellón» resultó ser un término exagerado para referirse a la lona remendada y medio rota situada en la linde de la feria. Shallan lo habría encontrado por su cuenta tarde o temprano. La gruesa lona, con lados que colgaban unos cuantos palmos, hacía que dentro estuviera sorprendentemente oscuro.

Había un montón de hombres apiñados dentro. Las pocas mujeres que Shallan vio habían recortado los dedos de los guantes de sus manos seguras. Escandaloso. Notó que se ruborizaba mientras se detenía en el perímetro y miraba las oscuras formas que se movían de un lado a otro. En el interior, los hombres gritaban con voces estentóreas, todo sentido del decoro vorin abandonado a la luz del sol. No era, en efecto, sitio idóneo para una persona como ella. Le costó trabajo imaginar que fuera lugar adecuado para nadie.

—¿Y si entro yo por ti? —dijo Jix—. ¿Es una apuesta lo que quieres...?

Shallan echó a andar. Prescindiendo de su propio pánico y su incomodidad, se adentró en la oscuridad. Porque si no lo hacía, entonces significaba que ninguno de ellos se resistía, que nada iba a cambiar.

Jix permaneció a su lado, abriéndole un poco de espacio. En el

interior, Shallan encontró el aire irrespirable: apestaba a sudor y maldiciones. Los hombres se volvieron a mirarla. Las reverencias, incluso las inclinaciones de cabeza, tardaron en llegar, si es que llegaron a ser ofrecidas siquiera. La implicación estaba clara. Si ella no obedecía las convenciones sociales quedándose fuera, ellos no tenían por qué obedecerlas mostrándole deferencia.

—¿Buscas algo en concreto? —preguntó Jix—. ¿Cartas? ¿Juegos de azar?

—Peleas de sabuesos-hacha.

Jix gruñó.

—Vas a acabar apuñalada y yo atravesado en una espeta. Esto es una locura...

Ella se dio media vuelta y se fijó en un grupo de hombres que vitoreaban. Eso le pareció prometedor. Hizo caso omiso del temblor cada vez mayor de sus manos y procuró no mirar a un grupo de borrachos sentados en círculo en el suelo y que miraban lo que parecía ser vómito.

Los hombres que vitoreaban estaban sentados en burdos bancos, rodeados de más gente. Entre ellos Shallan vio dos pequeños sabuesoshacha, pero ningún spren. Cuando la gente se congregaba de esta forma, los spren eran raros, aunque las emociones parecieran muy altas.

Uno de los bancos no estaba abarrotado. Allí estaba sentado Balat, con la chaqueta desabrochada, apoyado en un poste y cruzado de brazos. Su pelo despeinado y su figura encorvada le conferían un aspecto descuidado, pero sus ojos... sus ojos estaban llenos de ansia. Veía a los pobres animales matarse entre sí y los observaba con la intensidad de una mujer que lee una novela emocionante.

Shallan se acercó a él. Jix se quedó atrás. Ahora que había visto a Balat, el guardia se relajó.

—¿Balat? —preguntó Shallan tímidamente—. ¡Balat!

Él la miró y estuvo a punto de caerse del banco. Se puso en pie.

—¿Qué de...? ¡Shallan! Sal de aquí. ¿Qué estás haciendo? —
Extendió la mano hacia ella.

Shallan sintió un escalofrío a su pesar al advertir que el joven hablaba como su padre. Cuando él la cogió por el hombro, la muchacha alzó la nota de Eylita. El papel lavanda, espolvoreado de

perfume, parecía brillar.

Balat vaciló. A un lado, uno de los sabuesos-hacha mordió con fuerza la pata del otro. La sangre se derramó por el suelo, violeta oscuro.

—¿Qué es esto? —preguntó Balat—. Es el glifopar de la casa Tavinar.

—Es de Eylita.

—¿Eylita? ¿La hija? ¿Por qué... qué...?

Shallan rompió el sello y abrió la carta para leerse la.

—Desea pasear contigo junto al arroyo. Dice que te esperará allí, con su doncella, si quieres ir.

Balat se pasó una mano por el pelo rizado.

—¿Eylita? Está aquí. Claro que está aquí, como todo el mundo. ¿Has hablado con ella? ¿Por qué...? Pero...

—Sé cómo la miras —lo interrumpió Shallan—. Las pocas veces que estás cerca de ella.

—Entonces, ¿has hablado con ella? —preguntó Balat—. ¿Sin mi permiso? ¿Le dijiste que me interesaría una cosa así? —Cogió la carta.

Shallan asintió y cruzó los brazos.

Balat se volvió a mirar a los sabuesos-hacha que seguían peleando. Apostaba porque era lo que se esperaba de él, pero no iba allí por el dinero, a diferencia de lo que habría hecho Jushu.

Balat se pasó de nuevo la mano por el pelo, luego miró la carta. No era un hombre cruel. Shallan sabía que era extraño pensar una cosa así, considerando lo que hacía en ocasiones. Conocía la amabilidad que podía mostrar, la fuerza que albergaba en su interior. Había adquirido esta fascinación por la muerte desde que su madre los dejó. Podría recuperarse, dejar de ser así. Podría hacerlo.

—Tengo que... —Balat miró hacia fuera de la tienda—. ¡Tengo que ir! Ella me estará esperando. No debería hacerla esperar. —Se abotonó la chaqueta.

Shallan asintió ansiosamente y lo acompañó a la salida del pabellón. Jix los siguió, aunque un par de hombres lo llamaron a voces. Al parecer era bien conocido en ese lugar.

Balat salió a la luz. Parecía un hombre cambiado de repente.

—¿Balat? —preguntó Shallan—. No he visto a Jushu ahí dentro

contigo.

—No vino al pabellón.

—¿Qué? Pensaba...

—No sé adónde ha ido —respondió Balat—. Se encontró con alguien justo cuando llegamos. —El muchacho miró hacia el lejano arroyo que bajaba desde las alturas y abría un canal en los terrenos de la feria—. ¿Qué le digo a Eylita?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Eres una mujer.

—¡Tengo catorce años! —Y, de todas formas, no se pasaría el tiempo tonteando con muchachos. Su padre le elegiría un marido. Su única hija era demasiado preciosa para malgastarla en algo tan poco sólido como su propia capacidad de decisión.

—Supongo... supongo que hablaré con ella sin más —dijo Balat, y echó a correr sin decir nada más.

Shallan lo vio marchar, luego se sentó en una roca y se puso a temblar, abrazándose. Ese lugar... la tienda... había sido horrible.

Permaneció sentada largo rato, sintiéndose avergonzada por su debilidad, pero también orgullosa. Lo había hecho. Era poca cosa, pero lo había hecho.

Por fin se levantó y dirigió un gesto a Jix, permitiéndole que la llevara de vuelta al palco. Su padre habría terminado ya su reunión.

Resultó que había terminado esa reunión solo para comenzar otra. Un hombre a quien ella no conocía estaba sentado a su lado con una copa de agua helada en la mano. Alto, delgado y de ojos azules, cabello negro sin ninguna traza de impureza y llevaba ropas del mismo color. Miró a Shallan cuando entró en el palco.

El hombre se sobresaltó y dejó caer la copa. La capturó con un rápido movimiento, evitando que se derramara, y luego se volvió a mirarla boquiabierto.

La expresión desapareció en un segundo, sustituida por otra de estudiada indiferencia.

—¡Torpe necio! —dijo el padre de Shallan.

El recién llegado se dio la vuelta y habló en voz baja a Lin Davar. La madrastra de Shallan estaba de pie a un lado, con los cocineros. La muchacha se acercó a ella.

—¿Quién es ese hombre?

—Nadie de importancia —respondió Malise—. Dice que trae

noticias de tu hermano, pero es de un dahn tan bajo que ni siquiera puede mostrar un documento de linaje.

—¿Mi hermano? ¿Helaran?

Malise asintió.

Shallan se volvió hacia el recién llegado. Vio que, con un sutil movimiento, el hombre se sacaba algo del bolsillo de la chaqueta y lo acercaba a la bebida. Una descarga eléctrica sacudió a la joven, que levantó una mano. ¿Veneno...?

El recién llegado vertió subrepticamente el contenido de la bolsita en su propia bebida y luego se la llevó a los labios, engullendo el polvillo. ¿Qué era?

Shallan bajó la mano. El recién llegado se levantó un instante después y no le hizo ninguna reverencia a su padre mientras se marchaba. Le dirigió una sonrisa a ella y luego bajó los escalones para abandonar el palco.

Noticias de Helaran. ¿Cuáles serían? Shallan se acercó tímidamente a Lin Davar.

—¿Padre?

Los ojos de su padre estaban centrados en el duelo que se estaba desarrollando en el centro del coso. Dos hombres con espadas, sin escudos, remontándose a los ideales clásicos. Se decía que su método de lucha, barriendo con la espada, era una imitación del combate con hoja esquilada.

—¿Noticias de Nan Helaran? —instó Shallan.

—No pronuncies su nombre.

—Yo...

—No hables de ese —insistió su padre, mirándola con el trueno en su expresión—. Hoy lo declaro desheredado. Tet Balat es ahora oficialmente Nan Balat, Wikim se convierte en Tet y Jushu pasa a ser Asha. Solo tengo tres hijos.

Ella sabía que, cuando su padre se comportaba de esa forma, era mejor no insistir. Pero ¿cómo podía descubrir qué había dicho el mensajero? Se hundió en su asiento, de nuevo aturdida.

—Tus hermanos me evitan —dijo su padre, observando el duelo—. Ninguno de ellos quiere cenar con su padre como sería adecuado.

Shallan cruzó las manos sobre el regazo.

—Jushu probablemente esté bebiendo en alguna parte —

continuó Lin—. Solo el Padre Tormenta sabe dónde se habrá metido Balat. Wikim se niega a bajar del carruaje. —Apuró el vino de su copa—. ¿Quieres hablar con él? No ha sido un buen día. Si fuera a verlo... me preocupa lo que yo pudiera hacer.

Shallan se levantó y apoyó una mano en el hombro de su padre. Él se encogió, inclinándose hacia delante, con una mano en torno a la copa vacía. Alzó la otra mano y palmeó la de ella con la mirada perdida. Lo intentaba. Todos lo hacían.

Shallan fue en busca del carruaje, que estaba aparcado junto a otros más cerca de la colina occidental. Allí se alzaban árboles jella, cuyos troncos endurecidos tenían el color marrón claro del crem. Las agujas brotaban como un millar de lenguas de fuego de cada rama, aunque las más se contrajeron cuando ella se acercó.

Le sorprendió ver a un visón acechando en las sombras: suponía que todos los de la zona habrían sido atrapados ya. Los cocheros jugaban a las cartas cerca; algunos de ellos tenían que quedarse y vigilar los carruajes, aunque Shallan había oído a Ren hablar de algún tipo de rotación para que todos tuvieran ocasión de disfrutar de la feria. De hecho, Ren no estaba allí en ese momento, aunque los demás cocheros se inclinaron cuando pasó.

Wikim se encontraba sentado en su carruaje. El joven pálido y delgado solo era quince meses mayor que Shallan. Compartía cierto parecido con su mellizo, pero pocas personas los confundían. Jushu parecía mayor, y Wikim estaba tan delgado que parecía enfermo.

Shallan se sentó frente a él, colocando su cartera en el asiento a su lado.

—¿Te ha enviado nuestro padre —preguntó Wikim—, o has venido en una de esas misiones piadosas tuyas?

»¿Ambas cosas?

Wikim se volvió y miró por la ventanilla hacia los árboles, lejos de la feria.

—No puedes solucionar nada, Shallan. Jushu se destruirá a sí mismo. Solo es cuestión de tiempo. Balat se está convirtiendo en nuestro padre, paso a paso. Malise se pasa llorando una noche de cada dos. Nuestro padre la matará un día de estos, como hizo con nuestra madre.

—¿Y tú? —preguntó Shallan. Fue un error decirlo, y lo supo en el momento en que las palabras salieron de su boca.

—¿Yo? No estaré aquí para verlo. Ya habré muerto.

Shallan se rodeó con los brazos, recogiendo las piernas en el asiento. La brillante Hasheh la habría reprendido por esa postura tan poco digna de una dama.

¿Qué hizo ella? ¿Qué dijo? «Tiene razón —pensó—. No puedo solucionar nada. Helaran podría haberlo hecho. Yo no».

Todos se estaban destruyendo lentamente.

—¿Qué ha sido? —dijo Wikim—. Por curiosidad, ¿qué se te ha ocurrido para «salvarme»? Supongo que usaste a la muchacha con Balat.

Ella asintió.

—Fuiste muy clara al respecto —señaló Wikim—. Con las cartas que le enviaste. ¿Y Jushu? ¿Qué hay de él?

—Tengo una lista con los duelos de hoy —susurró Shallan—. Se muere de ganas de luchar. Si le enseño los combates, tal vez quiera ir a verlos.

—Primero tendrás que encontrarlo —adujo Wikim con una mueca de desdén—. ¿Y yo? Tienes que saber que en mi caso ni las espadas ni las caras bonitas servirán de nada.

Sintiéndose como una idiota, Shallan rebuscó en su cartera y sacó varias hojas de papel.

—¿Dibujos?

—Problemas de matemáticas.

Wikim frunció el ceño y cogió las hojas, rascándose la mejilla con aire ausente mientras examinaba los problemas.

—No soy fervoroso. No estoy dispuesto a permanecer encerrado y que me obliguen a pasar el resto de mis días convenciendo a la gente para que escuche al Todopoderoso... que sospechosamente no tiene nada que decir por sí mismo.

—Eso no significa que no puedas estudiar —alegó Shallan—. Recopilé estos problemas de los libros de nuestro padre, ecuaciones para determinar la cadencia de las altas tormentas. Los traduje y simplifiqué la escritura a glifos, para que puedas leerlos. Pensé que podrías tratar de calcular cuándo se producirían las siguientes...

Él repasó las páginas.

—Lo has copiado y traducido todo, incluso los dibujos. Tormentas, Shallan. ¿Cuánto tiempo has tardado en hacer esto?

Ella se encogió de hombros. Había tardado semanas, pero si

había algo de lo que no andaba nunca escasa era de tiempo. Se pasaba los días sentada en los jardines, las tardes sentada en su habitación, recibía la visita ocasional de los fervorosos para alguna pacífica lección sobre el Todopoderoso. Era bueno tener algo que hacer.

—Esto es una estupidez —masculló Wikim, bajando los papeles—. ¿Qué imaginas que podrías conseguir? No puedo creer que desperdiciaras tanto tiempo en esto.

Shallan inclinó la cabeza y luego, reprimiendo las lágrimas, bajó del carruaje. Era horrible, no solo las palabras de Wikim, sino la forma en que sus emociones la traicionaban. No podía controlarlas.

Dejó atrás los carruajes, esperando que los cocheros no la vieran secarse los ojos con la mano segura. Se sentó en una piedra y trató de calmarse, pero fracasó, y las lágrimas fluyeron libremente. Volvió la cabeza a un lado cuando unos cuantos parshmenios pasaron corriendo, llevando a los sabuesos-hacha de sus amos. Habría varias cacerías como parte de las festividades.

—Sabueso-hacha —dijo una voz tras ella.

Shallan dio un respingo, con la mano segura en el pecho, y se volvió.

Él estaba apoyado en la rama de un árbol, ataviado con su traje negro. Se movió cuando ella lo vio y las hojas afiladas a su alrededor se retiraron en una oleada de rojo y naranja evanescente. Era el mensajero que había hablado con su padre poco antes.

—Me preguntaba si alguno de vosotros encuentra raro el término —dijo el mensajero—. Sabéis lo que es un «hacha». Pero ¿y lo que es un «sabueso»?

—¿Por qué es importante? —preguntó Shallan.

—Porque es un término —replicó el mensajero—. Un simple término que encierra todo un mundo, como un capullo que espera a abrirse. —La estudió—. No esperaba encontrarte aquí.

—Yo... —Su intuición le dijo que se alejara de ese hombre extraño. Y, sin embargo, tenía noticias de Helaran... noticias que su padre no compartiría nunca—. ¿Y dónde esperabas encontrarme? ¿En los terrenos de duelos?

El hombre se balanceó en la rama y saltó al suelo.

Shallan dio un paso atrás.

—No es necesario que huyas —dijo el hombre, sentándose en

una roca—. No tienes nada que temer de mí. En cuanto a hacer daño a la gente, soy un completo desastre. Debe de ser cosa de mi educación.

—Tienes noticias de mi hermano Helaran.

El mensajero asintió.

—Es un joven muy decidido.

—¿Dónde está?

—Haciendo cosas que considera muy importantes. No le arriendo la ganancia, ya que nada me parece más aterrador que un hombre que intenta hacer lo que ha decidido que es importante. Muy pocas cosas en el mundo se han estropeado, al menos a gran escala, porque una persona ha decidido ser frívola.

—Pero ¿se encuentra bien? —preguntó ella.

—Bastante bien. El mensaje para tu padre era que tiene ojos cerca, y está vigilando.

No era extraño que eso hubiera puesto a Lin de tan mal humor.

—¿Dónde está? —dijo Shallan, dando tímidamente un paso adelante—. ¿Te dijo que hablaras conmigo?

—Lo siento, jovencita —respondió el hombre, suavizando su expresión—. Únicamente me dio ese breve mensaje para tu padre, y solo porque mencioné que venía en esta dirección.

—¡Oh! Pensaba que te había enviado él. Quiero decir, que venir a vernos era tu propósito principal.

—Resulta que así era. Dime, jovencita. ¿Te hablan los spren?

Las luces apagándose, extinguiéndose sin vida.

Símbolos retorcidos que el ojo no debería ver.

El alma de su madre en una caja.

—Yo... No. ¿Por qué iban a hablarme los spren?

—¿Ninguna voz? —dijo el hombre, inclinándose hacia delante—. ¿Se oscurecen las esferas cuando estás cerca?

—Lo siento —replicó Shallan—, pero debo regresar con mi padre. Me estará echando de menos.

—Tu padre está destruyendo lentamente tu familia —añadió el mensajero—. Tu hermano tenía razón en ese aspecto. Se equivocaba en todo lo demás.

—¿Como por ejemplo?

—Mira. —El hombre señaló hacia los carruajes. Ella estaba en el ángulo adecuado para poder ver a través de la ventanilla del

vehículo de su padre. Entornó los ojos.

En el interior, Wikim estaba inclinado hacia delante, usando un lápiz de la cartera que ella había olvidado. Resolvía los problemas matemáticos que Shallen le había dejado.

Estaba sonriendo.

Calidez. La calidez que la joven sintió, un brillo profundo, fue como la alegría que había conocido antes. Mucho tiempo atrás. Antes de que todo se torciera. Antes de lo de su madre.

—Dos ciegos esperaban al final de una era —susurró el mensajero—, reflexionando sobre la belleza. Se hallaban sentados en la cima de la montaña más alta del mundo, observando la tierra sin ver nada.

—¿Eh? —Ella lo miró.

—«¿Pueden quitarle la belleza a un hombre?», le preguntó el primero al segundo.

»«Me la quitaron a mí», respondió el segundo. “Pues no puedo recordarla”. Este hombre se había quedado ciego en un accidente en la infancia. “Rezo al Dios de Más Allá cada noche para que me devuelva la vista, para poder encontrar de nuevo la belleza”.

»«¿Es la belleza algo que se ve, entonces?”, preguntó el primero.

»«Naturalmente. Esa es su naturaleza. ¿Cómo puedes apreciar una obra de arte sin verla?”.

»«Puedo oír una obra musical”, dijo el primero.

»«Muy bien, puedes oír algunos tipos de belleza..., pero no se puede conocer la belleza plena sin la vista. Solo puedes conocer una pequeña porción de belleza”.

»«Una escultura”, dijo el primero. “¿No puedo sentir sus curvas y planos, el toque del cincel que transformó la piedra en una maravilla poco común?”.

»«Supongo”, dijo el segundo, “que puedes conocer la belleza de una escultura”.

»«¿Y la belleza de la comida? ¿No es una obra de arte cuando un maestro cocinero crea una obra maestra para deleitar los sabores?”.

»«Supongo”, dijo el segundo, “que puedes conocer la belleza de la obra de un maestro cocinero”.

»«¿Y qué hay de la belleza de una mujer?”, dijo el primero. “¿No puedo conocer su belleza en la suavidad de su caricia, la amabilidad de su voz, la perspicacia de su mente cuando me lee filosofía? ¿No

puedo conocer su belleza? ¿No puedo conocer la mayoría de las formas de la belleza, incluso sin mis ojos?”.

»“Muy bien”, dijo el segundo. “Pero ¿y si te quitaran los oídos y te privaran de la capacidad de oír? ¿Si te arrancaran la lengua, te cerraran la boca, te destruyeran el sentido del olfato? ¿Y si te quemaran la piel para que ya no pudieras sentir? ¿Y si todo lo que te quedara fuese dolor? No podrías conocer la belleza entonces. Es posible arrebatarte la belleza a los hombres”.

El mensajero se detuvo, mirando a Shallaan con la cabeza ladeada.

—¿Qué? —preguntó ella.

—¿Qué piensas tú? ¿Es posible arrebatarte la belleza a un hombre? Si no pudiera tocar, saborear, oler, oír, ver... ¿y si todo lo que conociera fuese dolor? ¿Le habrían arrebatado a ese hombre la belleza?

—Yo... —¿Qué tenía esto que ver con nada?—. ¿Cambia el dolor de día en día?

—Digamos que sí —respondió el mensajero.

—Entonces la belleza, para esa persona, sería cuando el dolor se reduce. ¿Por qué me cuentas esta historia?

El mensajero sonrió.

—Ser humano es buscar la belleza, Shallaan. No desesperes, no abandones esa labor por que haya espinas en tu camino. Dime, ¿cuál es la cosa más hermosa que puedes imaginar?

—Mi padre probablemente se está preguntando dónde estoy...

—Sígueme la corriente. Te diré dónde está tu hermano.

—Una pintura maravillosa, entonces. Eso es lo más hermoso.

—Tonterías —replicó el mensajero—. Dime la verdad. ¿Qué es la belleza para ti?

—Yo... —¿Qué era?—. Que mi madre siga viva —se encontró respondiendo, mirándolo a los ojos.

—¿Y?

—Y estemos en los jardines —continuó Shallaan—. Ella habla con mi padre y él se ríe. Se ríe y la abraza. Todos estamos allí, también Helaran. Nunca se fue. La gente que mi madre conoció... Dreder... no llegó a nuestra casa. Mi madre me quiere. Me enseña filosofía, y a dibujar.

—Bien —asintió el mensajero—. Pero puedes hacerlo mejor.

¿Qué hay en ese lugar? ¿Cómo te sientes?

—Es primavera —replicó Shallan, molesta—. Y las enredaderas de musgo florecen con un rojo vigoroso. Desprenden un dulce aroma, y el aire está húmedo por la alta tormenta de la mañana. Mi madre susurra, pero hay música en su tono, y la risa de mi padre no hace eco... se alza en el aire, bañándonos a todos.

»Helaran está enseñando a luchar con espadas a Jushu, y practican cerca. Wikim se ríe cuando Helaran es alcanzado en una pierna. Está estudiando para ser fervoroso, como quería mi madre. Yo los dibujo a todos, el carboncillo roza el papel. Siento calor, a pesar del leve frío del aire. Tengo una humeante taza de sidra a mi lado y saboreo la dulzura del sorbo que acabo de tomar. Es precioso porque podría haber sido. Tendría que haber sido. Yo...

Parpadeó y las lágrimas se agolparon en sus ojos. Lo vio. Padre Tormenta, lo vio. Oyó la voz de su madre, vio a Jushu entregando esferas a Balat tras perder el duelo, pero reía mientras pagaba, sin importarle la pérdida. Sintió el aire, captó los aromas, oyó los sonidos de los cantarines en los matorrales. Casi se hizo real.

Hilillos de luz se alzaron ante ella. El mensajero había sacado un puñado de esferas y las tendió hacia ella mientras la miraba a los ojos. La vaporosa luz tormentosa brotó entre ellos. Shallan alzó los dedos mientras la imagen de su vida ideal la envolvía como una manta.

«No».

Retrocedió un paso. La luz brumosa se desvaneció.

—Ya veo —dijo el mensajero en voz baja—. No entiendes todavía la naturaleza de las mentiras. Al principio, hace mucho tiempo, a mí también me costaba. Las esquiras aquí son muy estrictas. Tendrás que ver la verdad, niña, antes de poder ampliarla. Igual que un hombre debe conocer la ley antes de quebrantarla.

Las sombras del pasado de Shallan se removieron en las profundidades, emergiendo apenas un instante hacia la luz.

—¿Podrías ayudarme?

—No. Ahora no. Para empezar, no estás preparada, y yo tengo trabajo que hacer. Otro día. Sigue cortando esas espinas y abre un camino hacia la luz. Las cosas contra las que combates no son completamente naturales. —Se levantó e inclinó la cabeza ante ella.

—Mi hermano.

—Está en Alezkar.

¿Alezkar?

—¿Por qué?

—Porque ahí es donde considera que es necesario, naturalmente.

Si vuelvo a verlo, le diré que te he visto.

El mensajero se alejó rápidamente, con paso elástico, casi como los movimientos de una danza.

Shallan lo contempló mientras él se marchaba. Lo que había en su interior se apaciguó de nuevo, regresando a las partes olvidadas de su mente. Se dio cuenta de que no le había preguntado al hombre cómo se llamaba.



Cuando Simol fue informado de la llegada de los Danzantes del Filo, una oculta sensación de consternación y terror, como es común en estos casos, se abatió sobre él. Aunque no era la más exigente de las órdenes, sus movimientos ágiles y gráciles ocultaban una letalidad que para entonces había alcanzado ya cierta reputación. Además, eran los más elocuentes y refinados de los Radiantes.

De Palabras radiantes, capítulo 20, página 12

Kaladin llegó al final de la fila de hombres del puente que permanecían firmes, con las lanzas al hombro y la mirada al frente. La transformación era maravillosa. Asintió bajo el cielo oscuro.

—Impresionante —le dijo a Pitt, el sargento del Puente Diecisiete—. Rara vez he visto un pelotón de lanceros mejor.

Era el tipo de mentira que los comandantes aprendían a decir. Kaladin no mencionó cómo algunos de los hombres del puente arrastraban los pies, o cómo sus maniobras en formación eran torpes. Lo estaban intentando. Podía sentirlo en sus serias expresiones, y en la forma en que habían empezado a sentirse orgullosos de sus uniformes. Estaban preparados para patrullar, al menos cerca de los campamentos de guerra. Kaladin anotó

mentalmente que tenía que ordenar a Teft que empezara a sacarlos por turnos con las otras dos cuadrillas que estaban ya listas.

Estaba orgulloso de ellos, y se lo hizo saber mientras la tarde declinaba y caía la noche. Entonces dio la orden de romper filas para que pudieran ir a tomar su cena, que olía bastante diferente al guiso comecuernos de Roca. El Puente Diecisiete consideraba que sus alubias con curry de cada noche eran parte de su identidad. Individualismo a través de la opción de la cena: a Kaladin le resultó divertido mientras se perdía en la noche, la lanza al hombro. Tenía otras tres cuadrillas que inspeccionar.

La siguiente, el Puente Dieciocho, era una de las que tenían problemas. Su sargento, aunque dedicado, no tenía la presencia necesaria para ser un buen oficial. Aunque en realidad ninguno de los hombres de los puentes la tenía. Simplemente, era débil: tendía a suplicar más que a ordenar, y resultaba torpe en las situaciones sociales.

Sin embargo, no todo era achacable a las carencias de Vet. También le había caído en suerte un grupo de hombres especialmente discordante. Kaladin encontró a los soldados del Dieciocho sentados en grupos aislados, tomando su cena. No había risas ni ambiente de camaradería. No eran tan solitarios como lo fueron los hombres de los puentes, pero se habían dividido en pequeños grupos que no se mezclaban.

El sargento Vet les llamó la atención y se levantaron con desgana, sin molestarse en ponerse en fila recta ni saludar. Kaladin vio la verdad en sus ojos. ¿Qué podía hacerles? Sin duda nada tan malo como habían sido sus vidas en los puentes. Así que, ¿por qué esforzarse?

Kaladin les habló de motivación y unidad durante un rato. «Tendré que hacer otra sesión de entrenamiento en los abismos con este grupo», pensó. Y si eso tampoco servía de nada... bueno, probablemente tendría que disolverlos y colocarlos en pelotones que tuvieran un buen rendimiento.

Acabó por dejar el Dieciocho, sacudiendo la cabeza. Parecía que no querían ser soldados. ¿Por qué habían aceptado la oferta de Dalinar, entonces, en vez de marcharse?

«Porque ya no quieren tomar decisiones —pensó—. Decidir puede ser difícil».

Kaladin sabía lo que era aquello. Tormentas, claro que lo sabía. Recordaba haber estado sentado mirando una pared vacía, demasiado pasivo para levantarse siquiera y suicidarse.

Se estremeció. No era una época que quisiera recordar.

Mientras se dirigía al Puente Diecinueve, Syl pasó flotando en una corriente de aire en forma de una pequeña nube de bruma. Se convirtió en un lazo de luz y revoloteó a su alrededor antes de posarse en su hombro.

—Todos los demás están cenando —dijo.

—Bien —respondió Kaladin.

—No era un informe de situación, Kaladin —adujo ella—. Era un punto de contención.

—¿Contención? —Él se detuvo en la oscuridad cerca del barracón del Puente Diecinueve, cuyos hombres lo estaban haciendo bien y comían en grupo alrededor de su hoguera.

—Estás trabajando —dijo Syl—. Todavía.

—Necesito tener preparados a esos hombres. —Kaladin volvió la cabeza para mirarla—. Sabes que va a suceder algo. Esas cuentas atrás en las paredes... ¿Has visto más spren rojos?

—Sí —admitió ella—. Eso creo, al menos. Con el rabillo del ojo, observándome. Muy de vez en cuando, pero allí están.

—Va a suceder algo —dijo Kaladin—. Esa cuenta atrás señala el día del Llanto. Pase lo que pase entonces, haré que los hombres de los puentes estén listos para soportarlo.

—¡Bueno, si no te caes muerto de cansancio antes! —Syl vaciló—. Las personas pueden hacer eso, ¿no? Oí a Teft decir que iba a hacerlo.

—A Teft le gusta exagerar. Es una característica de los buenos sargentos.

Syl frunció el ceño.

—Y esa última parte... ¿fue una broma?

—Sí.

—Ah. —Lo miró a los ojos—. Descansa de todas formas, Kaladin. Por favor.

Kaladin contempló el barracón del Puente Cuatro. Estaba lejos, al fondo de las filas, pero le pareció oír la risa de Roca resonando en la noche.

Finalmente suspiró, admitiendo su cansancio. Al día siguiente ya

comprobaría el estado de los dos últimos pelotones. Lanza en mano, se dio media vuelta y regresó. La llegada de la oscuridad significaba que pasarían menos de dos horas antes de que los dos hombres empezaran a retirarse a dormir. Kaladin llegó al familiar olor del guiso de Roca, aunque Hobber, sentado en un alto tocón que los hombres le habían hecho, con una sábana sobre sus piernas grises e inútiles, estaba sirviendo. Roca estaba de pie allí cerca, los brazos cruzados, con aspecto orgulloso.

Renarin estaba allí, recogiendo y fregando los platos de los que habían terminado. Lo hacía todas las noches, arrodillado en silencio junto a la piletta con su uniforme de hombre del puente. Desde luego, el muchacho era formal. No mostraba el temperamento desconsiderado de su hermano. Aunque había insistido en unirse a ellos, a menudo se sentaba apartado del grupo, casi al fondo. Un joven extraño.

Kaladin pasó junto a Hobber y le dio un apretón en el hombro. Asintió, mirándolo a los ojos, alzando un puño. «Sigue luchando». Kaladin extendió la mano para pedir guiso y de pronto se detuvo.

Sentados en un tronco cercano había no uno, sino tres corpulentos herdazianos de fuertes brazos. Todos llevaban uniformes del Puente Cuatro, aunque Kaladin solo reconoció a Punio.

Encontró a Lopen allí cerca, mirándose la mano, que por algún motivo había cerrado. Kaladin hacía tiempo que había dejado de intentar comprender a Lopen.

—¿Tres? —le preguntó.

—¡Primos! —respondió Lopen, alzando la mirada.

—Tienes demasiados.

—¡Eso es imposible! ¡Rod, Huio, saludad!

—Puente Cuatro —dijeron los dos hombres, alzando sus cuencos.

Kaladin sacudió la cabeza, aceptó su guiso y se dirigió a la zona más oscura junto al barracón. Echó un vistazo a la sala de almacenamiento y encontró a Shen apilando sacos de arroz, iluminado solamente por un chip de diamante.

—¿Shen?

El parshmenio continuó apilando sacos.

—¡Firmes! —ordenó Kaladin.

Shen se quedó inmóvil, luego se irguió, con la espalda recta, y se puso firme.

—Descansa, soldado —indicó Kaladin suavemente, dando un paso hacia él—. Hablé antes con Dalinar Kholin y le pregunté si podía armarte. Él me preguntó si confiaba en ti y yo le dije la verdad. —Kaladin le tendió la lanza—. Confío.

Shen miró primero a la lanza y luego a Kaladin con aire vacilante.

—El Puente Cuatro no tiene esclavos —dijo Kaladin—. Lamento haber tenido miedo antes. —Instó al hombre a coger la lanza y Shen finalmente así lo hizo—. Leyten y Natam practican por las mañanas con unos cuantos hombres. Están dispuestos a ayudarte para que no tengas que entrenar con los novatos.

Shen sujetó la lanza con lo que pareció una reverencia. Kaladin dio media vuelta para marcharse.

—Señor —lo llamó el hombre.

Kaladin se detuvo.

—Eres —dijo Shen, hablando a su lenta manera— un buen hombre.

—Me he pasado la vida siendo juzgado por el color de mis ojos, Shen. No pienso hacerte a ti algo similar por el color de tu piel.

—Señor, yo... —El parshmenio parecía preocupado por algo.

—¡Kaladin! —llamó la voz de Moash desde el exterior.

—¿Ibas a decir algo más? —preguntó Kaladin a Shen.

—Más tarde —respondió el parshmenio—. Más tarde.

Kaladin asintió y luego salió a ver cuál era el problema. Encontró a Moash buscándolo cerca del caldero.

—¡Kaladin! —dijo Moash, localizándolo—. Venga. Vamos a salir, y tú nos acompañarás. Incluso Roca vendrá esta noche.

—¡Ja! El guiso está en buenas manos —dijo Roca—. Claro que iré. Será bueno librarse del olor de los pequeños hombres del puente.

—¡Eh! —protestó Drehy.

—Ah. Y del olor de los grandes también.

—Vamos —dijo Moash, agitando los brazos—. Lo prometiste.

No había hecho nada de eso. Solo quería sentarse junto al fuego, comer su guiso y contemplar los llamaspren. Sin embargo, todos lo estaban mirando. Incluso los que no iban a ir con Moash esta noche.

—Yo... —dijo Kaladin—. Bien. Vamos.

Los hombres vitorearon y aplaudieron. Necios de las tormentas. ¿Aplaudían por ver a su comandante ir a beber? Kaladin engulló unos bocados de guiso, luego le tendió el resto a Hobber. De mala gana, se dispuso a reunirse con Moash, como hicieron Lopen, Peet y Sigzil.

—¿Sabes? —le susurró Kaladin a Syl—. Si este hubiera sido uno de mis antiguos grupos de lanceros, habría pensado que querían sacarme del campamento para así poder hacer algo mientras yo estaba fuera.

—Dudo de que sea así —dijo Syl, frunciendo el ceño.

—No —dijo Kaladin—. Estos hombres solo quieren verme como humano.

Y precisamente por eso debía ir. Ya se sentía demasiado apartado de los hombres. No quería que lo consideraran como a los ojos claros.

—¡Ja! —dijo Roca, corriendo para reunirse con ellos—. Estos tipos dicen que pueden beber más que un comecuernos. Llaneros atontados. No es posible.

—¿Una competición bebiendo? —dijo Kaladin, arrepintiéndose de su decisión. ¿Dónde se había metido?

—Ninguno de nosotros está de servicio hasta bien tarde por la mañana —explicó Sigzil, encogiéndose de hombros. Teft vigilaba a los Kholin esa noche, junto con el equipo de Leyten.

—Esta noche yo seré el vencedor —dijo Lopen, levantando un dedo—. ¡Se dice que nunca hay que apostar contra un herdaziano manco en una competición de bebidas!

—¿Eso se dice? —preguntó Moash.

—Se dirá —continuó Lopen—. ¡Nunca deberías apostar contra el herdaziano manco en una competición de bebidas!

—Pesas tanto como un sabueso-hacha famélico, Lopen —dijo Moash, escéptico.

—Ah, pero yo controlo.

Continuaron bajando por el camino que conducía al mercado. El campamento de guerra estaba organizado con conjuntos de barracones que formaban un gran círculo en torno a los edificios de los ojos claros situados más cerca del centro. Camino del mercado, que se alzaba en el anillo exterior del campamento, más allá de

donde se alojaban los militares, pasaron ante varios barracones ocupados por soldados rasos, dedicados a tareas que Kaladin rara vez había visto en el ejército de Sadeas: afilaban lanzas, pulían petos, antes de que los llamaran a cenar.

Sin embargo, los hombres de Kaladin no eran los únicos que salían esa noche. Otros grupos de soldados habían comido ya, y se dirigían al mercado, riendo. Se recuperaban, lentamente, de la masacre que había mermado al ejército de Dalinar.

El mercado brillaba de vida, con antorchas y lámparas de aceite encendidas en la mayoría de los edificios. Kaladin no se sorprendió. Un ejército normal tendría seguidores en abundancia, y eso que eran ejércitos en marcha. Allí, los mercaderes exhibían sus artículos. Los voceadores vendían noticias que aseguraban haber recibido a través de vinculacañas, informando sobre lo que sucedía en el mundo. ¿Qué era eso de una guerra en Jah Keved? ¿Y un nuevo emperador en Azir? Kaladin solo tenía una vaga idea de dónde estaba eso.

Sigzil se adelantó para enterarse de las noticias, por las que pagó al voceador una esfera, mientras Lopen y Roca discutían qué taberna iban a visitar esta noche. Kaladin contempló el fluir de la vida. Soldados camino de su guardia nocturna. Un grupo de mujeres ojos oscuros que charlaban mientras pasaban de un puesto de especias a otro. Una mensajera ojos claros que colgaba las fechas y horas de la alta tormenta prevista en un tablón, acompañada por un esposo que bostezaba y parecía aburrido, como si se hubiera visto obligado a ir con ella. El Llanto tendría lugar pronto, la época de lluvia constante sin altas tormentas, cuya única pausa era el Día Claro, justo en el centro. Era año impar en el ciclo de dos años de mil días, lo que significaba que esa vez el Llanto sería tranquilo.

—Se acabaron las discusiones —dijo Moash a Roca, Lopen y Peet—. Vamos a ir al Chull Gruñón.

—¡Agh! —exclamó Roca—. ¡Pero si allí no tienen cerveza comecuernos!

—Eso es porque la cerveza comecuernos te funde los dientes —dijo Moash—. De todas formas, esta noche me toca a mí elegir.

Peet asintió ansiosamente. Esa taberna había sido también su elección.

Sigzil volvió después de escuchar las noticias, y al parecer se

había detenido también en otra parte, ya que traía algo humeante envuelto en papel.

—¿Tú también? ¡No! —gimió Kaladin.

—Está bueno —adujo Sigzil a la defensiva, y le dio un bocado al chouta.

—Ni siquiera sabes qué es.

—Pues claro que lo sé. —Sigzil vaciló—. Eh, Lopen. ¿Qué lleva esto?

—Flangria —respondió Lopen, satisfecho, mientras Roca corría hacia el vendedor callejero para procurarse también algo de chouta.

—¿Qué es? —preguntó Kaladin.

—Carne.

—¿Qué clase de carne?

—De la carnosa.

—Moldeada —intervino Kaladin, mirando a Sigzil.

—En el puente tomabas comida moldeada cada noche —dijo Sigzil, encogiéndose de hombros y dando un bocado.

—Porque no me quedaba más remedio. Mirad. Está friendo ese pan.

—También se fríe el flangria —dijo Lopen—. Se hacen bolitas y se mezclan con lavis de tierra. Se baten y se fríen, y luego se meten en el pan frito y se les echa salsa. —Hizo un sonido satisfecho, lamiéndose los labios.

—Es más barato que el agua —advirtió Peet mientras Roca volvía corriendo.

—Probablemente porque incluso el trigo es moldeado —señaló Kaladin—. Todo sabrá a moho. Roca, me decepcionas.

El comecuernos pareció avergonzado, pero tomó un bocado. Su chouta crujió.

—¿Conchas? —preguntó Kaladin.

—Zarpas de cremlino —respondió Roca, sonriendo—. Empanadas.

Kaladin suspiró, pero finalmente volvieron a mezclarse con la multitud, hasta que llegaron a un edificio de madera construido al socaire de una gran estructura de piedra. Naturalmente, todo estaba dispuesto para que tantas puertas como fuera posible surgieran del Origen y el trazado de las calles iba de este a oeste a fin de proporcionar un camino para que soplaran los vientos.

De las tabernas brotaba una cálida luz anaranjada. Luz de fuego. Ninguna taberna usaba esferas para iluminarse. Incluso con cerrojos en las lámparas, el rico brillo de las esferas podría resultar demasiado tentador para los clientes borrachos. Tras abrirse paso hasta el interior, los hombres del puente se encontraron con un grave rumor de charlas, gritos y canciones.

—Será imposible encontrar una mesa libre —dijo Kaladin, intentando imponerse a la algarabía. Incluso con la reducida población del campamento de Dalinar, este lugar estaba repleto.

—Pues claro que encontraremos dónde sentarnos —respondió Roca, sonriendo—. Tenemos un arma secreta. —Señaló a Peet, que se abría paso a través de la sala hacia la barra principal. Una bonita ojos oscuros fregaba un vaso allí, y sonrió animosamente al verlo.

—Bueno —le dijo Sigzil a Kaladin—, ¿has pensado dónde vas a alojar a los casados del Puente Cuatro?

¿Casados? Al ver la expresión de Peet mientras se apoyaba en la barra y se ponía a charlar con la mujer, pareció que eso no estaba muy lejos. Kaladin no había pensado en ello, y tendría que haberlo hecho. Sabía que Roca estaba casado: el comecuernos ya había enviado cartas a su familia, aunque los Picos estaban tan lejos que aún no había recibido respuesta. Teft estuvo casado, pero su esposa estaba muerta, igual que gran parte de su familia.

Algunos de los demás podían tener familia. Siendo hombres de los puentes, no hablaban mucho de su pasado, pero Kaladin había captado insinuaciones aquí y allá. Lentamente, recuperarían sus vidas normales, y las familias serían parte de ello, sobre todo allí, en un campamento estable.

—¡Tormentas! —exclamó Kaladin, llevándose una mano a la cabeza—. Tendré que pedir más espacio.

—Hay muchos barracones divididos para albergar familias —advirtió Sigzil—. Y algunos de los soldados casados alquilan casas en el mercado. Los hombres podrían aprovechar una de esas opciones.

—¡Eso rompería el Puente Cuatro! —dijo Roca—. No se puede permitir.

En realidad los hombres casados solían ser mejores soldados. Kaladin tendría que encontrar un modo de hacerlo viable. Habían quedado cantidad de barracones vacíos alrededor del campamento

de Dalinar. Tal vez debería pedir unos cuantos más.

Kaladin indicó con la cabeza la mujer de la barra.

—Supongo que no es la dueña del garito.

—No, Ka es solo camarera —explicó Roca—. Peet está bastante entusiasmado con ella.

—Tendremos que ver si sabe leer —dijo Kaladin, haciéndose a un lado mientras un cliente medio borracho salía a la noche—. Tormentas, sería bueno tener a alguien que supiera hacerlo.

En un ejército normal, Kaladin sería ojos claros, y su esposa o su hermana actuarían como escriba y administradora del batallón.

Peet les hizo señas para que se acercaran y Ka los condujo a una mesa apartada. Kaladin se sentó con la espalda apoyada en la pared, lo bastante cerca de una ventana para poder asomarse si quería, pero donde no se viera su silueta. Sintió pena por la silla de Roca cuando el comecuernos se sentó. Roca era el único del grupo que superaba a Kaladin en altura, y era prácticamente el doble de ancho.

—¿Cerveza comecuernos? —preguntó Roca, esperanzado, mirando a Ka.

—No, que nos derrite las copas —respondió ella—. ¿De malta?

—De malta —accedió Roca con un suspiro—. Esa cosa debería ser bebida para mujeres, no para grandes hombres comecuernos. Al menos no es vino.

Kaladin le dijo que trajera lo que fuese, sin apenas prestar atención. El lugar no era acogedor: le parecía ruidoso, molesto, apestoso y lleno de humo. Pero también estaba vivo. Risas. Gritos y voces, jarras entrechocando. Eso... eso era para lo que vivían algunos. Un día de honrado trabajo, seguido por una noche en la taberna con los amigos.

No era una vida tan mala.

—Hay ruido esta noche —advirtió Sigzil.

—Siempre hay ruido —replicó Roca—. Pero esta noche tal vez más.

—El ejército ganó una meseta junto con las escuadras de Bethab —informó Peet.

Bien por ellos. Dalinar no había acudido, pero Adolin sí, junto con tres hombres del Puente Cuatro. Sin embargo, no les habían pedido que entraran en batalla, y cualquier carga en las mesetas

que no pusiera en peligro a los hombres de Kaladin era buena.

—Tanta gente está bien —dijo Roca—. Hace que la taberna sea más cálida. Fuera hace demasiado frío.

—¿Demasiado frío? —exclamó Moash—. ¡Eres de los Picos Comecuernos!

—¿Y qué? —replicó Roca, frunciendo el ceño.

—¡Pues que son montañas! Tiene que hacer mucho más frío allá arriba que aquí abajo.

Roca farfulló en una divertida mezcla de indignación e incredulidad, tiñendo de color rojo su clara piel comecuernos.

—¡Demasiado aire! Es difícil pensar. ¿Frío? ¡Los Picos Comecuernos son cálidos! Maravillosamente cálidos.

—¿De verdad? —preguntó Kaladin, escéptico, recelando que fuera una de las bromas de Roca. A veces esas bromas solo las entendía él mismo.

—Es verdad —dijo Sigzil—. Los picos tienen manantiales calientes.

—Ah, pero no son manantiales —dijo Roca, agitando un dedo ante Sigzil—. Esa es una palabra llanera. Los océanos comecuernos son aguas de vida.

—¿Océanos? —preguntó Peet, frunciendo el ceño.

—Océanos muy pequeños —admitió Roca—. Uno por cada pico.

—La cima de cada montaña forma una especie de cráter —explicó Sigzil—, que está lleno de un gran lago de agua caliente. El calor es suficiente para crear una zona cerrada donde se puede vivir, a pesar de la altura. Sin embargo, si te alejas demasiado de las ciudades comecuernos, solo encuentras temperaturas gélidas y campos de hielo causados por las altas tormentas.

—Estás contando mal la historia —dijo Roca.

—Son hechos, no una historia.

—Todo son historias —dijo Roca—. Escucha. Hace mucho tiempo, los unkalaki (mi pueblo, al que vosotros llamáis comecuernos) no vivían en los picos. Vivían abajo, donde el aire era denso y pensar era difícil. Pero nos odiaban.

—¿Quién podía odiar a los comecuernos? —dijo Peet.

—Todo el mundo —respondió Roca mientras Ka llevaba las bebidas. Más atenciones especiales. Casi todos los demás clientes tenían que ir a la barra a recoger sus bebidas. Roca le sonrió a la

mujer y agarró su gran jarra—. Esta es la primera bebida. Lopen, ¿intentas derrotarme?

—Estoy en ello, mancha —dijo Lopen, alzando su propia jarra, que no era tan grande.

El enorme comecuernos dio un sorbo a su bebida y se manchó el labio de espuma.

—Todo el mundo quería matar comecuernos —dijo, dando un puñetazo contra la mesa—. Nos tenían miedo. Las historias dicen que éramos demasiado buenos luchadores. Así que nos cazaron y casi nos destruyeron.

—Si erais tan buenos luchadores —señaló Moash—, ¿cómo es que fuisteis casi destruidos?

—Somos pocos —dijo Roca, indicándose orgulloso el pecho con la mano—. Y vosotros muchos. Estáis por todas las tierras bajas. No se puede andar sin encontrar pies de alezi bajo la bota. Y por eso los unkalaki estuvimos a punto de ser destruidos. Pero nuestro *tana'kai* (es como un rey, pero más) fue a los dioses a suplicar ayuda.

—Dioses —dijo Kaladin—. Te refieres a los spren. —Buscó a Syl, que se había encaramado en una viga y contemplaba a un par de pequeños insectos subir por un poste.

—Esos son dioses —dijo Roca, siguiendo la mirada de Kaladin—. Sí. Pero algunos dioses son más poderosos que otros. Fue primero a los dioses de los árboles. «¿Podéis escondernos?», preguntó. Pero los dioses de los árboles no pudieron. «Los hombres nos cazan también», dijeron. «Si os ocultáis aquí, os encontrarán, y os usarán como leña como hacen con nosotros».

—Usar comecuernos como leña —dijo Sigzil débilmente.

—Calla —replicó Roca—. A continuación *tana'kai* visitó a los dioses de las aguas. «¿Podemos vivir en vuestras profundidades?», suplicó. «Dadnos poder para respirar como peces, y os serviremos bajo los océanos». Ay, las aguas no pudieron ayudar. «Los hombres excavan en nuestros corazones con garfios, y se llevan a aquellos que protegemos. Si vivierais aquí, os convertiríais en su comida». Así que no pudimos vivir allí.

»Por fin *tana'kai*, desesperado, visitó a los dioses más poderosos, los de las montañas. “Mi pueblo se está muriendo”, suplicó. “Por favor. Dejadnos vivir en vuestras faldas y adoraros, y que vuestras nieves y hielos proporcionen nuestra protección”.

»Los dioses de las montañas pensaron largamente. “No podéis vivir en nuestras faldas”, dijeron, “pues no hay vida allí. Este es un lugar de espíritus, no de hombres. Pero si podéis encontrar un lugar que sea para hombres y espíritus, os protegeremos”. Y así, *tana’kai* regresó a los dioses de las aguas y dijo: “Dadnos vuestra agua, para que podamos beber y vivir en las montañas”. Y estos se lo prometieron. Luego *tana’kai* fue a los dioses de los árboles y dijo: “Dadnos vuestro fruto en abundancia, para que podamos vivir en las montañas”. Y se lo prometieron. Luego, *tana’kai* regresó a las montañas y dijo: “Dadnos vuestro calor, eso que está en vuestro corazón, para que podamos vivir en vuestros picos”.

»Y esto complació a los dioses de las montañas, que vieron que los unkalaki trabajaban duro. No era una carga para ellos, pues los hombres resolvían los problemas por su cuenta. Y así, los dioses de las montañas replegaron sus picos y dejaron espacio para las aguas de la vida. Los océanos fueron creados por los dioses de las aguas. La hierba y la fruta para dar vida fueron dadas por la promesa de los dioses de los árboles. Y el calor del corazón de las montañas nos dio un lugar para que pudiéramos vivir.

Se echó hacia atrás en su silla, tomando un buen sorbo de su jarra, y luego la dejó con fuerza sobre la mesa, sonriente.

—Así que a los dioses les gustó que resolvierais los problemas por vuestra cuenta —dijo Moash, acariciando su bebida—... ¿acudiendo a otros dioses y suplicándoles a ellos ayuda?

—Calla —replicó Roca—. Es una buena historia. Y es verdad.

—Pero has llamado agua a los lagos que hay allí arriba —dijo Sigzil—. Así que son manantiales calientes. Como yo decía.

—Es diferente —replicó Roca, levantando la mano para llamar a Ka, mientras sonreía de oreja a oreja y agitaba la jarra de manera suplicante.

—¿Cómo?

—No es solo agua —añadió Roca—. Es agua de vida. La conexión con los dioses. Si los unkalaki nadan en ella, a veces ven el lugar de los dioses.

Kaladin se inclinó hacia delante al escuchar esas palabras. Se había distraído pensando cómo ayudar al Puente Dieciocho con sus problemas de disciplina y esas palabras le llamaron la atención.

—¿El lugar de los dioses?

—Sí —contestó Roca—. Ahí es donde vivimos. Las aguas de la vida te dejan ver el lugar. En ellas comulgas con los dioses, si tienes suerte.

—¿Por eso puedes ver spren? —preguntó Kaladin—. ¿Porque nadaste en esas aguas y te hicieron algo?

—No es parte de la historia —contestó Roca mientras llegaba una segunda jarra de cerveza. Sonrió a Ka—. Eres una mujer maravillosa. Si vienes a los Picos, te haré de mi familia.

—Tú paga la cuenta, Roca —replicó Ka, poniendo los ojos en blanco. Mientras se disponía a recoger las jarras vacías, Peet se levantó de un salto para ayudarla, sorprendiéndola al reunir algunas de otra mesa.

—Puedes ver los spren —insistió Kaladin—, por lo que te sucedió en esas aguas.

—No es parte de la historia —insistió Roca, mirándolo—. Está... relacionado. No diré más sobre este tema.

—Me gustaría ir de visita —dijo Lopen—. Ir a darme un chapuzón.

—¡Ja! Es la muerte para los que no son de nuestro pueblo —aseguró Roca—. No podría permitirte que nadaras. Aunque me derrotaras bebiendo esta noche. —Alzó una ceja, indicando la bebida de Lopen.

—Nadar en las lagunas esmeralda es la muerte para los forasteros —señaló Sigzil—, porque ejecutáis a los forasteros que las tocan.

—No, eso no es cierto. Escucha la historia. No seas tan aburrido.

—Solo son manantiales cálidos —gruñó Sigzil, pero volvió a su bebida.

Roca hizo un gesto de impaciencia.

—Arriba, hay agua. Debajo, no. Es otra cosa. Agua de vida. El lugar de los dioses. Es la verdad. Yo mismo he visto a un dios.

—¿Un dios como Syl? —preguntó Kaladin—. ¿O tal vez un ríospren? —Esos eran raros, pero supuestamente en ocasiones hablaban de forma sencilla, como los vientospren.

—No —dijo Roca. Se inclinó hacia delante, como para decir un secreto—. Vi a Lunu'anaki.

—Oh, magnífico —bufó Moash—. Maravilloso.

—Lunu'anaki —declaró Roca— es el dios del viaje y el engaño.

Muy poderoso. Vino de las profundidades del océano de los picos, del reino de los dioses.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Lopen, abriendo mucho los ojos.

—Como una persona —respondió Roca—. Alezi tal vez, aunque su piel era más clara. Rostro muy anguloso. Apuesto, creo. Con el pelo blanco.

Sigzil alzó bruscamente la cabeza.

—¿El pelo blanco?

—Sí —dijo Roca—. No gris, como los viejos, sino blanco... aunque es un hombre joven. Me habló en la orilla. ¡Ja! Se burló de mi barba. Me preguntó qué año era, según el calendario comecuernos. Y mi nombre le pareció gracioso. Era un dios muy poderoso.

—¿Tuviste miedo? —preguntó Lopen.

—No, claro que no. Lunu'anaki no puede herir a los hombres. Está prohibido por otros dioses. Lo sabe todo el mundo. —Roca apuró el resto de su segunda jarra que alzó al aire, sonriendo, y la agitó de nuevo ante Ka cuando pasó.

Lopen bebió apresuradamente el resto de su primera jarra. Sigzil parecía preocupado, y solo había tomado la mitad de su bebida. Se la quedó mirando, aunque cuando Moash le preguntó qué le pasaba, Sigzil puso la excusa de que estaba cansado.

Kaladin finalmente tomó un sorbo de su propia bebida. Cerveza de lavis, espumosa, dulzona. Le recordaba a su hogar, aunque solo había empezado a beber una vez estuvo en el ejército.

Los otros continuaron conversando sobre las incursiones de las mesetas. Al parecer, Sadeas había estado desobedeciendo las órdenes de hacerlas en equipo. Había hecho una por su cuenta, apoderándose de la gema corazón antes de que nadie llegara allí, para luego descartarla como si no tuviera importancia. Sin embargo, apenas unos días después, Sadeas y el alto príncipe Ruthar habían hecho una carga juntos... una carga en la que se suponía que no debían de participar. Dijeron que no habían podido conseguir la gema, pero todo el mundo sabía que la habían obtenido y luego habían ocultado la ganancia.

Estos claros desafíos a Dalinar eran la comidilla de los campamentos, y mucho más teniendo en cuenta que Sadeas parecía

enfurecido porque no le permitían enviar investigadores al campamento de Dalinar para indagar «hechos importantes» que consideraba relacionados con la seguridad del rey. Para él todo era un juego.

«Alguien tiene que acabar con Sadeas —pensó Kaladin, sorbiendo su bebida, saboreando el frío líquido en la boca—. Es tan malo como Amaram; trató de acabar conmigo y con los míos repetidas veces. ¿No tengo motivos, incluso el derecho, de devolverle el favor?».

Kaladin estaba aprendiendo a hacer lo que hacía el asesino: correr por las paredes, tal vez llegar a ventanas que se consideraban inaccesibles. Podría visitar el campamento de Sadeas de noche. Brillante, violento...

Kaladin, el justiciero.

Pero algo en su interior le decía que había más de un error en ese proceso lógico, aunque no conseguía expresarlo razonadamente. Bebió un poco más y miró en derredor, advirtiendo de nuevo lo relajado que parecía todo el mundo. Esta era su vida. Trabajo, luego diversión. Para ellos era suficiente.

Para él no. Necesitaba algo más. Sacó una esfera brillante, solo un chip de diamante, y empezó a hacerla rodar perezosamente por la mesa.

Después de una hora de conversación, en la que Kaladin solo participó de vez en cuando, Moash le dio un codazo en el costado.

—¿Estás listo? —susurró.

—¿Listo? —Kaladin frunció el ceño.

—Sí. La reunión es en la habitación del fondo. Los vi entrar hace un momento. Estarán esperando.

—¿Quiénes...? —Kaladin guardó silencio, advirtiendo lo que pretendía Moash. Le había dicho que se reuniría con sus amigos, los hombres que habían intentado matar al rey. Kaladin sintió frío en la piel, pues el aire de pronto pareció helado—. ¿Por eso querías que viniera esta noche?

—Sí —dijo Moash—. Creí que ya lo sabías. Vamos.

Kaladin miró su jarra de líquido ocre. Finalmente, apuró el resto y se levantó. Tenía que saber quiénes eran estos hombres. Su deber lo exigía.

Moash se excusó, diciendo que había visto a un viejo amigo que

quería presentarle a Kaladin. Roca, que no parecía borracho en lo más mínimo, se echó a reír y los despidió alegremente. Iba por su... ¿sexta bebida? ¿Por la séptima? Lopen ya estaba achispado después de la tercera. Sigzil apenas había terminado la segunda, y no parecía tener muchas ganas de continuar.

«Se acabó la competición», pensó Kaladin, dejando que Moash se lo llevara. El lugar seguía atestado, aunque no tanto como antes. Al fondo había un pasillo con comedores privados, de los que usan los comerciantes ricos que no quieren someterse a la rudeza de la sala común. Un hombre moreno esperaba ante uno de ellos. Podría haber sido parte azishiano, o tal vez solo era un alezi de piel muy oscura. Llevaba cuchillos muy largos al cinto, pero no dijo nada cuando Moash abrió la puerta.

—Kaladin... —La voz de Syl. ¿Dónde estaba? Desaparecida, al parecer, incluso para sus ojos. ¿Lo había hecho antes?—. Ten cuidado.

Entró en la habitación con Moash. Tres hombres y una mujer bebían vino en una mesa. Había otro guardia al fondo, envuelto en una capa, con una espada al cinto y la cabeza gacha, como si apenas estuviera prestando atención.

La mujer y uno de los hombres eran ojos claros. Kaladin tendría que haberlo esperado, considerando el hecho de que había implicada una hoja esquirlada, pero siguió sorprendiéndolo.

El hombre se levantó de inmediato. Era quizás un poco mayor que Adolin, y tenía el pelo alezi completamente negro, bien peinado. Llevaba una chaqueta abierta con una camisa negra con aspecto de ser cara debajo, bordada con enredaderas blancas entre los botones, y un pañuelo al cuello.

—¡Así que este es el famoso Kaladin! —exclamó el hombre, dando un paso adelante y extendiendo una mano para estrechar la del aludido—. Tormentas, es un placer conocerte. ¿Poner en evidencia a Sadeas mientras salvabas la mismísima Espina Negra? Bien hecho, amigo mío. Bien hecho.

—¿Y tú eres...? —preguntó Kaladin.

—Un patriota —respondió el hombre—. Llámame Graves.

—¿Eres el portador de esquirlada?

—Directo al grano, ¿eh? —dijo Graves, indicándole que se sentara a la mesa.

Moash tomó asiento inmediatamente, saludando con la cabeza al otro hombre, un ojos oscuros de pelo corto y ojos hundidos. «Mercenario», dedujo Kaladin, advirtiendo los gruesos atuendos de cuero que llevaba y el hacha junto a su asiento. Graves continuó señalando, pero Kaladin se retrasó, inspeccionando a la joven que permanecía sentada con ademán comedido y bebía la copa de vino que sostenía con las dos manos, una de ellas cubierta en su manga abotonada. Bonita, con los labios rojos fruncidos, llevaba el pelo recogido salpicado de diversos adornos de metal.

—Te conozco —dijo Kaladin—. Eres una de las escribas de Dalinar.

Ella lo miró, atenta, aunque intentó parecer relajada.

—Danlan pertenece al séquito del alto príncipe —explicó Graves—. Por favor, Kaladin. Siéntate. Toma un poco de vino.

Kaladin se sentó, pero no se sirvió una copa.

—Queréis matar al rey.

—Es directo, ¿no? —comentó Graves a Moash.

—Y efectivo también —respondió este—. Por eso nos gusta.

Graves se volvió hacia Kaladin.

—Somos patriotas, como he dicho antes. Patriotas de Alezkar. El Alezkar que podría ser. —«¿Patriotas que desean asesinar al gobernante del reino?».

Graves se inclinó hacia delante y cruzó las manos sobre la mesa. Una parte de su talante chistoso lo abandonó, lo cual estaba bien. Lo estaba intentando con demasiada intensidad de todas formas.

—Muy bien, continuemos. Elhokar es un rey rematadamente malo. Sin duda, te habrás dado cuenta.

—No es cosa mía juzgar a un rey.

—Oh, por favor —dijo Graves—. ¿Me estás diciendo que no te has fijado en cómo actúa? Caprichoso, petulante, paranoide. Disputa en vez de consultar, plantea exigencias infantiles en vez de dirigir. Está destruyendo el reino.

—¿Tienes idea del tipo de política que llevó a cabo antes de que Dalinar lo pusiera bajo su control? —preguntó Danlan—. Me pasé los tres últimos años en Kholinar ayudando a las burócratas a desentrañar el lío que había organizado con los códigos reales. Hubo una época en que prácticamente lo convertía todo en ley si se le convencía de la manera adecuada.

—Es un incompetente —dijo el mercenario ojos oscuros, cuyo nombre Kaladin ignoraba—. Hace matar a hombres buenos. Permite que ese hijo de puta de Sadeas cometa alta traición y se salga con la suya.

—¿Y por eso intentáis asesinarlo? —preguntó Kaladin.

Graves lo miró a los ojos.

—Sí.

—Si un rey destruye su país —dijo el mercenario—, ¿no es el derecho y el deber del pueblo eliminarlo del cargo?

—Si fuera eliminado —dijo Moash—, ¿qué sucedería? Hazte esa pregunta, Kaladin.

—Probablemente Dalinar ocuparía el trono —dijo Kaladin. Elhokar tenía un hijo en Kholinar, de pocos años de edad. Aunque Dalinar solo se proclamara regente en nombre del heredero legítimo, gobernaría.

—El reino mejoraría mucho con él a la cabeza —dijo Graves.

—Prácticamente gobierna ya de todas formas —objetó Kaladin.

—No —replicó Danlan—. Dalinar se contiene. Sabe que debería hacerse con el trono, pero vacila por lealtad a su hermano muerto. Los otros altos príncipes lo interpretan como debilidad.

—Necesitamos al Espina Negra —intervino Graves, dando un puñetazo en la mesa—. De lo contrario, este reino caerá. La muerte de Elhokar lanzaría a Dalinar a la acción. Recuperaríamos al hombre que tuvimos hace veinte años, el hombre que unificó a los altos príncipes en primer lugar.

—Aunque ese hombre no regresara del todo —añadió el mercenario—, no podríamos estar peor de lo que estamos ahora.

—Así que, sí, somos asesinos —le dijo Graves—. O lo somos en potencia. No queremos un golpe de Estado, y no queremos matar a guardias inocentes. Solo queremos eliminar al rey. En silencio. Preferiblemente en un accidente.

Danlan hizo una mueca y luego tomó un sorbo de vino.

—Por desgracia, hasta ahora no hemos sido demasiado efectivos.

—Y por eso queríamos reunirnos contigo —dijo Graves.

—¿Esperáis que os ayude? —preguntó Kaladin.

Graves se encogió de hombros.

—Piensa en lo que hemos dicho. Es todo lo que pido. Piensa en las acciones del rey, obsérvalo. Pregúntate a ti mismo: «¿Cuánto

durará el reino con este hombre a la cabeza?».

—El Espina Negra debe ocupar el trono —dijo Danlan en voz baja—. Sucederá tarde o temprano. Queremos ayudarlo, por su bien. Ahorrarle la difícil decisión.

—Podría denunciaros —dijo Kaladin, mirando a Graves a los ojos. A un lado, el hombre de la capa, que había estado apoyado contra la pared escuchando, se movió, irguiéndose—. Invitarme a venir era un riesgo.

—Moash dice que eras cirujano —dijo Graves, que no parecía preocupado en lo más mínimo.

—Sí.

—¿Y qué haces si la mano se infecta, amenazando a todo el cuerpo? ¿Esperas a ver si mejora, o actúas?

Kaladin no respondió.

—Ahora controlas la Guardia del Rey, Kaladin —añadió Graves—. Necesitaremos una oportunidad, un momento en que ningún guardia vaya a resultar herido, para golpear. No queríamos mancharnos las manos con la sangre del rey, queríamos que pareciera un accidente, pero he comprendido que es una cobardía. Yo mismo lo haré. Todo lo que quiero es una oportunidad, y el sufrimiento de Alezkar habrá terminado.

—Será mejor para el rey de esta forma —dijo Danlan—. Se está muriendo lentamente en ese trono, como un hombre que se ahoga lejos de tierra. Es mejor acabar rápido.

Kaladin se levantó. Moash hizo lo propio, vacilante.

Graves miró a Kaladin.

—Me lo pensaré —dijo este.

—Bien, bien —respondió Graves—. Puedes volver a contactar con nosotros a través de Moash. Sé el cirujano que necesita el reino.

—Vamos —le dijo Kaladin a Moash—. Los demás se estarán preguntando dónde nos hemos metido.

Salió de la habitación y Moash lo siguió después de despedirse apresuradamente. Kaladin, sinceramente, esperaba que alguno de ellos intentara detenerlo. ¿No les preocupaba que los denunciara, como había amenazado?

Lo dejaron marchar. De vuelta a la ruidosa sala común.

«Tormentas —pensó—, ojalá sus argumentos no hubieran sido tan sólidos».

—¿Cómo los conociste? —le preguntó a Moash cuando este corrió a alcanzarlo.

—Rill, el tipo que estaba sentado a la mesa, era mercenario en alguna de las caravanas en las que trabajé antes de acabar en las cuadrillas de los puentes. Vino a verme cuando nos libramos de la esclavitud. —Moash cogió a Kaladin por el brazo, haciendo que se detuviera antes de llegar a la mesa—. Tienen razón. Sabes que la tienen, Kal. Lo noto.

—Son traidores —dijo Kaladin—. No quiero tener nada que ver con ellos.

—¡Has dicho que te lo pensarías!

—Lo he dicho para que me dejaran marchar —declaró Kaladin en voz baja—. Tenemos un deber que cumplir, Moash.

—¿Y es más grande que el deber hacia el país mismo?

—A ti el país te trae sin cuidado —replicó Kaladin—. Lo que en realidad quieres es llevar a cabo tu venganza.

—Muy bien, de acuerdo. Pero, Kaladin, ¿no te has dado cuenta? Graves trata a todos los hombres por igual, sin tener en cuenta el color de los ojos. No le importa que seamos ojos oscuros. Está casado con una mujer ojos oscuros.

—¿De veras? —Kaladin había oído hablar de ricos ojos oscuros que se casaban con ojos claros de baja cuna, pero nunca nadie que tuviera un dahn tan alto como un portador de esquirlada.

—Sí —dijo Moash—. Uno de sus hijos incluso es un único-ojo. A Graves no le importa una tormenta lo que piense la gente de él. Hace lo que es correcto. Y en este caso —Moash miró alrededor al comprobar que estaban rodeados de gente—, es lo que ha dicho. Alguien tiene que hacerlo.

—No vuelvas a hablarme de esto —dijo Kaladin, zafando su brazo y caminando hacia la mesa—. Y no vuelvas a reunirte con ellos.

Se sentó. Moash ocupó su sitio, molesto. Kaladin trató de volver a participar en la conversación con Roca y Lopen, pero no pudo.

A su alrededor, la gente reía o gritaba.

«Sé el cirujano que necesita el reino».

Tormentas, menudo problema.



Sin embargo, las órdenes no se desanimaron por tan gran derrota, pues los Tejedores de Luz proporcionaron sustento espiritual; fueron seducidos por aquellas gloriosas creaciones a aventurarse en un segundo asalto.

De Palabras radiantes, capítulo 21, página 10

No tiene sentido —dijo Shallan—. Patrón, estos mapas son incomprensibles.

El spren flotaba cerca en su forma tridimensional llena de ángulos y líneas retorcidas. Dibujarlo había sido difícil, ya que cada vez que ella miraba con atención una sección de su forma, descubría que tenía tantos detalles que desafiaba una descripción adecuada.

—¿Mmm? —preguntó Patrón con su voz zumbante.

Shallan se levantó de la cama y arrojó el libro sobre el escritorio pintado de blanco. Se arrodilló junto al baúl de Jasnah y rebuscó en él hasta encontrar un mapa de Roshar. Era antiguo, y no demasiado preciso: Alezkar era demasiado grande y el mundo en conjunto estaba deformado, con las rutas de comercio recalcadas. Era claramente anterior a los métodos modernos de investigación y cartografía. Con todo, revestía importancia, pues mostraba a los Reinos Plateados como supuestamente fueron durante la época de

los Caballeros Radiantes.

—Urithiru —dijo Shallan, señalando una brillante ciudad que en el mapa aparecía como el centro de todo. No estaba en Alezkar, o Alezela, como se conocía en aquellos tiempos. El mapa la situaba en mitad de las montañas que podrían haber sido la moderna Jah Keved. Sin embargo, las anotaciones de Jasnah decían que otros mapas de la época la situaban en otra parte—. ¿Cómo es posible que no supieran dónde estaba su capital, el centro de las órdenes de caballeros? ¿Por qué discute cada mapa con sus compañeros?

—Mmm... —dijo Patrón, pensativo—. Tal vez muchos oyeron hablar de ella, pero nunca llegaron a visitarla.

—¿Los cartógrafos también? —preguntó Shallan—. ¿Y los reyes que encargaron estos mapas? Sin duda, alguno de ellos tuvo que haber estado allí. ¿Por qué, en nombre de Roshar, es tan difícil de situar?

—Quizá deseaban mantener su emplazamiento en secreto.

Shallan pegó el mapa en la pared usando un poco de cera de gorgojo de los suministros de Jasnah. Dio un paso atrás y se cruzó de brazos. No se había vestido todavía, y llevaba puesta la bata, con las manos descubiertas.

—Si es así —dijo—, hicieron un buen trabajo.

Sacó unos cuantos mapas más de la época, creados por otros reinos. En cada uno de ellos, advirtió, el país de origen estaba representado mucho más grande de lo que debería haber sido. Los pegó también a la pared.

—Cada uno muestra a Urithiru en un emplazamiento distinto —dijo Shallan—. Notablemente cerca de sus propias tierras, pero no en ellas.

—Diferentes lenguas en cada mapa —dijo Patrón—. Mmm... Aquí hay patrones. —Intentó deducirlas.

Shallan sonrió. Según le había contado Jasnah, se creía que varios estaban escritos en el canto del alba, una lengua muerta. Las eruditas llevaban años intentando...

—Rey Behardan... algo que no comprendo... orden, quizá —dijo Patrón—. ¿Mapa? Sí, eso probablemente es «mapa». Así que lo siguiente tal vez signifique «dibujar»... dibujar... algo que no comprendo...

—¿Lo estás leyendo?

—Es un patrón.

—Estás leyendo el canto del alba.

—No muy bien.

—¡Estás leyendo el canto del alba! —exclamó Shalla. Se acercó al mapa ante el que flotaba Patrón, y apoyó los dedos en el texto del pie—. ¿Behardan, dices? Tal vez Bajarden... El mismísimo Nohadon.

—¿Bajarden? ¿Nohadon? ¿Por qué ha de tener tantos nombres una persona?

—Uno es honorífico —explicó Shalla—. Su nombre original no se consideraba lo suficientemente simétrico. Bueno, supongo que no era nada simétrico, por eso los fervorosos le dieron uno nuevo hace siglos.

—Pero... el nuevo tampoco es simétrico.

—El sonido «h» puede ser cualquier letra —dijo Shalla, sin prestarle mucha atención—. Lo escribimos como una letra simétrica, para equilibrar la palabra, pero añade una marca diacrítica para indicar que suena como una «h» para que la palabra sea más fácil de pronunciar.

—Eso... ¡No se puede fingir que una palabra es simétrica cuando en realidad no lo es!

Shalla hizo caso omiso de sus balbuceos y se quedó mirando el registro que supuestamente era el canto del alba. «Si encontramos la ciudad de Jasnah —pensó—, y si tiene archivos, podría estar en este lenguaje».

—Tenemos que ver cuánto canto del alba puedes traducir.

—No lo he leído —dijo Patrón, molesto—. He postulado unas cuantas palabras. Pude traducir el nombre por los sonidos de las ciudades de arriba.

—¡Pero esas no están escritas en cantamanecer!

—Los escritos derivan unos de otros —señaló Patrón—. Es evidente.

—Tan evidente que ningún erudito humano ha podido descubrirlo jamás.

—Los patrones no es lo que mejor se os da —dijo él, petulante—. Sois abstractos. Pensáis en mentiras y os las decís a vosotros mismos. Eso es fascinante, pero no ayuda a identificar los patrones.

«Sois abstractos...». Shalla rodeó la cama y sacó un libro del

montón que allí había, un libro escrito por la erudita Ali-hija-Hasweth de Shinovar. Las eruditas shin eran las que ofrecían un punto de vista más interesante, ya que sus perspectivas sobre el resto de Roshar podían ser muy sinceras, muy diferentes.

Encontró el párrafo que quería. Jasnah lo indicaba en sus notas, así que Shallan tuvo que conseguir el libro entero. El estipendio de Sebarial (que le estaba pagando, en efecto) le venía muy bien. Vathah y Gaz, a petición suya, se habían pasado los últimos días visitando mercaderes de libros y preguntando por *Palabras radiantes*, el título que Jasnah le había dado justo antes de morir. De momento no había habido suerte, aunque un mercader había dicho que tal vez podría conseguirlo desde Kholinar.

—«Urithiru era la conexión de todas las naciones» —leyó en voz alta del libro de la escritora shin—. «Y, en ocasiones, nuestro único camino para salir del mundo, con sus piedras desconsagradas». —Miró a Patrón—. ¿Qué significa eso para ti?

—Significa lo que dice —respondió Patrón, todavía flotando junto a los mapas—. Que Urithiru estaba bien conectada. ¿Carreteras, tal vez?

—Siempre he interpretado esa frase metafóricamente. Conectada en propósito, en pensamiento, y en sabiduría.

—Ah. Mentiras.

—¿Y si no es una metáfora? ¿Y si es como dices? —Shallan se levantó y cruzó la habitación para acercarse a los mapas. Apoyó los dedos en Urithiru, en el centro—. Conectada... pero no por carreteras. Algunos de estos mapas no tienen carreteras que conduzcan a Urithiru. Todos la sitúan en las montañas, o al menos en las colinas...

—Mmm.

—¿Cómo se llega a una ciudad, si no es por carretera? —preguntó Shallan—. Nohadon podía ir andando, o eso decía. Pero otros no hablan de ir a Urithiru a caballo, o caminando.

Desde luego, había muy pocos relatos de viajeros que hubieran visitado la ciudad. Era una leyenda. La mayoría de las eruditas modernas la consideraban un mito.

Necesitaba más información. Se dirigió al baúl de Jasnah y sacó uno de sus cuadernos.

—Jasnah decía que Urithiru no estaba en las Llanuras

Quebradas, pero ¿y si el camino está aquí? No un camino corriente, claro. Urithiru era la ciudad de los potenciadores. De antiguos portentos, como las espadas esquirradas.

—Mmm... —dijo Patrón en voz baja—. Las espadas esquirradas no son ningún portento...

Shallan encontró la referencia que estaba buscando. No era una cita que le hubiera llamado la atención, pero sí la anotación que había hecho Jasnah. «Otra leyenda popular, esta registrada en *Entre los ojos oscuros* de Calinam. Página 102. Relatos de viajes instantáneos y las Puertas Juradas invaden estas historias».

Viajes instantáneos. Puertas Juradas.

—Para eso he venido —susurró Shallan—. Esperaba poder encontrar un paso aquí, en las Llanuras. Pero son tierras yermas, asoladas por las tormentas, solo piedra, crem y conchasgrandes. —Miró a Patrón—. Tenemos que ir a las Llanuras Quebradas.

Su anuncio fue acompañado por un aciago tañido del reloj. Aciago porque significaba que era mucho más tarde de lo que había calculado. ¡Tormentas! Había quedado en reunirse con Adolin a mediodía. Tenía que salir al cabo de media hora si quería llegar a tiempo.

Soltó un refunfuño de contrariedad y corrió al cuarto de baño, donde abrió el grifo para llenar la bañera. Después de un momento de escupir aguacrem sucia, empezó a salir agua cálida y clara, y puso el tapón. Metió la mano dentro, maravillándose de nuevo. Agua corriente y caliente. Sebarial había dicho que los artefabrianos habían ido de visita hacía poco, y se habían puesto a preparar un fabrial que mantendría el agua de la cisterna siempre caliente, como los que había en Kharbranth.

—Me temo —dijo, quitándose la bata—, que voy a acostumbrarme mucho, muchísimo a esto.

Se metió en la bañera mientras Patrón se movía por la pared sobre ella. Había decidido no ser tímida con él. Ciertamente, tenía voz masculina, pero en realidad no era un hombre. Además, había spren por todas partes. La bañera probablemente tenía uno dentro, igual que las paredes. Había visto con sus propios ojos que todo tenía un alma, o un spren, o lo que fuera. ¿Le importaba que las paredes la miraran? No. Entonces, ¿por qué iba a preocuparse por Patrón?

Sin embargo, había de repetirse este razonamiento cada vez que

él la veía desnudarse. Por otra parte, si él no fuera tan condenadamente curioso por todo, ella se habría sentido mucho más tranquila.

—Las diferencias anatómicas entre los sexos son tan ligeras —comentó Patrón, canturreando para sí—, y sin embargo tan profundas... Y tú las enfatizas. Cabello largo. Mejillas sonrosadas. Anoche fui a ver a Sebarial cuando se bañaba y...

—Por favor, dime que no hiciste eso —dijo Shallan, ruborizándose mientras cogía jabón de la jarra situada junto a la bañera de hierro.

—Pero... si acabo de decirte que lo hice. De todas formas, no me vio. No necesitaría hacer esto si fueras más colaboradora.

—No voy a hacer dibujos de desnudos para ti.

Shallan había cometido el error de mencionar que muchas de las grandes artistas se habían dedicado a esa disciplina. Después de mucho suplicar allá en casa, había conseguido que varias doncellas posaran para ella, aunque le hicieron prometer que destruiría los dibujos. Cosa que había hecho. Nunca había dibujado a hombres de esa forma. ¡Tormentas, sería embarazoso!

No se permitió entretenerse en el baño. Un cuarto de hora más tarde, según el reloj, estaba vestida y peinándose el pelo mojado ante el espejo.

¿Cómo iba a regresar a Jah Keved y a una plácida vida rural? La respuesta era sencilla. Probablemente no regresaría nunca. Antaño, ese pensamiento la habría horrorizado. En ese momento la entusiasmaba, aunque estaba decidida a traer a sus hermanos a las Llanuras Quebradas. Estarían mucho más seguros allí que en las posesiones de su padre, ¿y qué dejarían atrás? Prácticamente nada. Había empezado a pensar que era la mejor solución posible, y que además les permitiría evitar el asunto del moldeador de almas perdido, hasta cierto punto.

Había ido a una de las estaciones de comunicación conectadas con Tashikk (había una en todos los campamentos de guerra), y pagado para que enviaran una carta, junto con una vinculacañas, para sus hermanos desde Valath. Tardaría semanas en llegar, por desgracia. Si es que realmente alcanzaba su destino. El mercader con el que había hablado en la estación de información le había advertido que recorrer Jah Keved era peligroso, debido a la guerra

de sucesión. Para asegurarse, había enviado una segunda carta desde Tenaza del Norte, que estaba lo más lejos posible de los campos de batalla. Era de esperar que al menos una de las dos llegara.

Cuando estableciera contacto de nuevo, les diría una sola cosa a sus hermanos. Que abandonaran las posesiones de Davar. Que cogieran el dinero que había enviado Jasnah y huyeran a las Llanuras Quebradas. De momento, había hecho cuanto estaba en su mano.

Recorrió la habitación, saltando a la pata coja mientras se ponía una zapatilla y pasó ante los mapas. «Ya me ocuparé de vosotros más tarde».

Era hora de ir a seducir a su prometido. Como fuera que se hiciera eso. En las novelas que había leído parecía algo fácil. Un movimiento de pestañas, ruborizarse en los momentos adecuados. Bueno, de esto último andaba sobrada. Aunque tal vez no lo hacía en los momentos adecuados. Se abotonó la manga sobre la mano segura y se detuvo en la puerta para mirar atrás. Vio su cuaderno de bocetos y su lápiz sobre la mesa.

No quería volver a salir sin ellos. Los metió en la cartera y se marchó. Mientras recorría la casa de mármol blanco pasó ante una habitación de enormes ventanales de cristal que daba a los jardines, a sotavento. Dentro, Palona yacía boca abajo, recibiendo un masaje, con la espalda completamente desnuda, mientras Sebarial estaba tumbado comiendo dulces. Una joven estaba de pie ante un atril en un rincón, recitándoles poesía.

Shallan no acertaba a juzgar a aquellos dos. Sebarial. ¿Era un astuto conspirador o un glotón indolente? ¿Ambas cosas? A Palona desde luego le gustaban los lujos que proporciona la riqueza, pero no parecía nada arrogante. Shallan se había pasado los tres últimos días repasando los libros de contabilidad de Sebarial, y había descubierto que eran un auténtico caos. ¿Cómo podía haber dejado que sus cuentas se desfasaran tanto?

Shallan no era especialmente dotada para los números, al menos en comparación con el arte, pero a veces disfrutaba de las matemáticas y estaba decidida a ordenar aquellos libros de cuentas.

Gaz y Vathah la aguardaban. La siguieron hasta el carruaje de Sebarial, que la estaba esperando, junto con uno de sus esclavos

para hacer de lacayo. En dijo que había hecho ese trabajo antes, y le sonrió cuando se acercó al vehículo. Eso la alegró. No recordaba que ninguno de los cinco esclavos hubiera sonreído durante el viaje, ni siquiera cuando los liberó de la jaula.

—¿Te tratan bien, En? —le preguntó cuando él le abrió la puerta del carruaje.

—Sí, señora.

—¿Me lo dirías si no fuera así?

—Pues... sí, señora.

—¿Y tú, Vathah? —preguntó, volviéndose hacia él—. ¿Qué te parece tu alojamiento?

Él gruñó.

—Supongo que eso significa que no tienes nada que objetar.

Gaz se echó a reír. Le gustaban los comentarios mordaces.

—Has cumplido tu palabra —dijo Vathah—. Eso te lo reconozco. Los hombres están contentos.

—¿Y tú?

—Aburrido. Lo único que hacemos es pasarnos todo el día sentados, recoger lo que nos pagas y salir a beber.

—Para la mayoría, este plan sería ideal. —Shallan le sonrió a En y subió al carruaje.

Vathah cerró la puerta y luego se asomó a la ventana.

—La mayoría de los hombres son idiotas.

—¿Pero qué dices? —replicó ella, sonriendo—. Según las estadísticas, solo la mitad lo son.

Él gruñó. Shallan estaba aprendiendo a interpretar aquellos gruñidos, esenciales para hablar en vathahés. Este significaba más o menos: «No voy a reírme de este chiste porque eso echaría por tierra mi reputación de total y absoluto cascarrabias».

—Supongo que tendremos que viajar ahí arriba —dijo él.

—Gracias por ofrecerte —respondió Shallan, y luego corrió la cortina. Fuera, Gaz volvió a reírse. Los dos subieron a las posiciones de guardia en la parte superior trasera del carruaje, y En se unió al cochero delante. Era un carruaje de verdad, tirado por caballos y todo. Al principio Shallan se había sentido mal al pedir su uso, pero Palona se echó a reír.

—¡Llévatelo siempre que quieras! —le había dicho—. Yo tengo el mío, y si el carruaje de Turi no está, así tendrá una excusa para

no ir cuando la gente lo invite. Le encanta hacerlo.

Shallan cerró la otra cortina mientras el cochero ponía el vehículo en marcha. Sacó entonces su cuaderno de dibujos. Patrón esperaba en la primera página en blanco.

—Vamos a averiguar qué podemos hacer —susurró Shallan.

—¡Qué emocionante! —dijo Patrón.

Shallan sacó su bolsa de esferas, inspiró un poco de luz tormentosa y enseguida la sopló ante ella, tratando de darle forma, de mezclarla.

Nada.

A continuación trató de mantener una imagen muy concreta en su cabeza: ella misma, con un pequeño cambio, el pelo negro en vez de rojo. Exhaló la luz tormentosa. Esta vez la luminosidad revoloteó a su alrededor y flotó un instante antes de desaparecer también.

—Esto es una tontería —dijo en voz baja, mientras la luz escapaba de sus labios. Hizo un rápido boceto de sí misma con el pelo oscuro—. ¿Qué importa que lo dibuje primero o no? Los lápices ni siquiera muestran el color.

—No debería importar —dijo Patrón—. Pero a ti te importa. No sé por qué.

Ella terminó el boceto. Era muy simple: en realidad no mostraba sus rasgos, sino solo el cabello, todo lo demás se plasmaba sin detalles. Sin embargo, cuando usó de nuevo la luz tormentosa, esa vez la imagen prendió y su pelo se volvió negro.

Shallan suspiró. La luz escapó de sus labios.

—¿Y cómo hago desaparecer una ilusión?

—Deja de alimentarla.

—¿Cómo?

—¿Se supone que he de saberlo? —preguntó Patrón—. Tú eres la experta en alimentación.

Shallan reunió todas sus esferas (varias estaban ya opacas) y las colocó en el asiento frente a ella, fuera de su alcance. No fue lo bastante lejos, pues cuando su luz tormentosa se agotó, inspiró usando instintos que no sabía que tenía. La luz cruzó el carruaje y entró en ella.

—Me sale bastante bien —dijo agriamente—, considerando el poco tiempo que llevo haciéndolo.

—¿Poco tiempo? —dijo Patrón—. Pero primero...

Ella dejó de escuchar hasta que él terminó.

—Necesito encontrar otro ejemplar de *Palabras radiantes* —dijo Shallan, comenzando otro boceto—. Tal vez hable de cómo hacer desaparecer las ilusiones.

Continuó trabajando en el boceto, un retrato de Sebarial. Había tomado un recuerdo suyo mientras cenaban la noche anterior, justo después de regresar de una sesión de exploración en el complejo de Amaram. Quería hacer bien los detalles de este dibujo para su colección, así que tardó algún tiempo. Por fortuna, la carretera lisa implicaba que no había grandes sacudidas. No era ideal, pero parecía que cada día tenía menos tiempo, con su investigación, su trabajo para Sebarial, y los encuentros con Adolin Kholin. Tenía mucho más tiempo cuando era más joven. No podía evitar pensar que había desperdiciado gran parte de ese tiempo.

Dejó que el trabajo la consumiera. El sonido familiar del lápiz sobre el papel, el foco de creación. La belleza estaba ahí fuera, todo alrededor. Crear arte no era capturarla, sino participar en ella.

Cuando terminó, una ojeada por la ventanilla le indicó que se acercaban al Pináculo. Alzó el dibujo, estudiándolo, y luego asintió para sí. Satisfactorio.

A continuación trató de usar luz tormentosa para crear una imagen. Exhaló gran cantidad, y se formó inmediatamente, convirtiéndose en una imagen de Sebarial sentado frente a ella en el carruaje. Tenía la misma postura que en el dibujo, las manos extendidas para servirse comida que no estaba incluida en la imagen.

Shallan sonrió. El detalle era perfecto. Pliegues en la piel, cabellos individuales. No los había dibujado: ningún dibujo podía capturar todos los cabellos de la cabeza, todos los poros de la piel. Su imagen tenía estas cosas, así que no creaba exactamente lo que ella dibujaba, sino que el dibujo era un foco. Un modelo a partir del cual se construía la imagen.

—Mmm —dijo Patrón, satisfecho—. Una de tus mentiras más verdaderas. Maravilloso.

—No se mueve —dijo Shallan—. Nadie lo confundiría con algo vivo, no importa lo innatural que sea la posición. Los ojos carecen de vida, el pecho no sube y baja con la respiración. Los músculos no se mueven. Tiene detalles... pero igual que una estatua puede ser

detallada y seguir estando muerta.

—Una estatua de luz.

—No he dicho que no fuera impresionante —dijo Shallan—. Pero será mucho más difícil utilizar las imágenes si no puedo darles vida. —Qué extraño debía ser que sus bocetos cobraran vida, pero esta cosa (que era mucho más realista) estaba muerta.

Extendió la mano para atravesar la imagen. Si la tocaba despacio, la perturbación era menor. Mover la mano la agitaba como si fuera humo. Advirtió algo más. Mientras su mano estaba dentro de la imagen...

Sí. Absorbió el aliento y la imagen se disolvió en brillante humo, atraída hacia su piel. Podía recuperar luz tormentosa de la ilusión. «Una pregunta resuelta», pensó, acomodándose y tomando notas sobre la experiencia en la parte de atrás de su cuaderno.

Empezó a guardar el zurrón mientras el carruaje llegaba al Mercado Exterior, donde Adolin la estaría esperando. Habían dado el paseo prometido el día anterior, y a ella le parecía que las cosas estaban saliendo bien. Pero también sabía que necesitaba impresionarlo. Sus esfuerzos con la alta dama Navani no habían sido fructíferos hasta el momento, y necesitaba una alianza con la casa Kholin.

Eso la hizo reflexionar. Se le había secado ya el pelo, pero le gustaba llevarlo largo y liso hasta la espalda, con solo su ondulación natural para darle cuerpo. Las mujeres alezi, en cambio, solían llevar intrincadas trenzas.

Su piel era pálida y levemente pecosa y su cuerpo no era tan curvilíneo como para inspirar envidia. Podía cambiar todo esto con una ilusión. Una ampliación. Como Adolin la había visto ya, no podía cambiar nada que llamara mucho la atención, pero sí mejorarse. Sería como llevar maquillaje.

Vaciló. Si Adolin accedía al matrimonio, ¿sería por ella o por las mentiras?

«Niña tonta —pensó Shallan—. ¿Estabas dispuesta a cambiar tu aspecto para que Vathah te siguiera y ocupar un sitio con Sebarial, y en cambio ahora no?».

Pero capturar la atención de Adolin con ilusiones la llevaría por un camino difícil. No podía llevar siempre una ilusión, ¿no? ¿De casada? Era mejor ver qué podía hacer sin eso, pensó mientras

bajaba del carruaje. Tendría que confiar en sus argucias femeninas.
Ojalá supiera si tenía alguna.



TRES AÑOS ANTES

—Son excepcionales, Shallan —dijo Balat, hojeando las páginas de dibujos. Los dos estaban sentados en los jardines acompañados por Wikim, que estaba sentado en el suelo arrojando una pelota de tela para que *Sakisa*, su sabueso-hacha, la cogiera.

—La anatomía no se me da bien del todo —dijo Shallan, sonrojándose—. No me salen las proporciones. —Necesitaba modelos que posaran para poder trabajar en eso.

—Se te da mejor que a nuestra madre —dijo Balat, pasando a otra página, donde ella lo había dibujado en los terrenos de entrenamiento con su tutor de esgrima. Se lo enseñó a Wikim, que alzó una ceja.

Su hermano mediano tenía mucho mejor aspecto desde hacía cuatro meses. Menos flaco, más fuerte. Casi constantemente se entretenía con problemas matemáticos.

Su padre le había reprendido una vez por eso, diciendo que era algo femenino e indecoroso; pero en una extraña muestra de disensión, los fervorosos se habían acercado a su padre y le aconsejaron que se calmase, añadiendo además que el Todopoderoso aprobaba el interés de Wikim. Esperaban que el

joven encontrara su camino entre sus filas.

—Me he enterado de que has recibido otra carta de Eylita —dijo Shallan, tratando de distraer a Balat del cuaderno de bocetos. No pudo evitar ruborizarse mientras él pasaba una página tras otra. Estos dibujos no eran para que los viera nadie. No eran buenos.

—Sí —respondió él, sonriendo.

—¿Vas a pedirle a Shallan que te la lea? —preguntó Wikim, lanzando la pelota.

Balat tosió.

—Le pedí a Malise que lo hiciera. Shallan estaba ocupada.

—¡Estás avergonzado! —dijo Wikim, señalando—. ¿Qué dicen esas cartas?

—¡Cosas que mi hermana de catorce años no tiene por qué saber! —dijo Balat.

—Subidita de tono, ¿eh? —preguntó Wikim—. No lo habría pensado de la chica de Tavinar. Parece muy correcta.

—¡No! —Balat se ruborizó aún más—. No son subidas de tono. Solo es que son privadas.

—Privadas como tus...

—Wikim —lo cortó Shallan.

Él alzó la cabeza y entonces advirtió que bajo los pies de Balat empezaban a brotar furiaspren.

—Tormentas, Balat. Te estás volviendo demasiado susceptible con esa chica.

—El amor nos hace parecer necios a todos —dijo Shallan, distrayéndolos.

—¿El amor? —preguntó Balat, mirándola—. Shallan, si casi no tienes edad de abrocharte la mano segura. ¿Qué sabes tú del amor?

Shallan se ruborizó.

—Yo... no importa.

—Oh, mira eso —dijo Wikim—. Una ocurrencia. Ahora vas a tener que decirlo, Shallan.

—No tiene sentido guardarse esas cosas —coincidió Balat.

—Ministara dice que hablo demasiado. No es un atributo femenino.

Wikim se echó a reír.

—Creo que eso todavía no ha detenido a ninguna mujer que yo conozca.

—Sí, Shallan —dijo Balat—. Si no puedes decirnos lo que piensas a nosotros, entonces ¿a quién puedes decírselo?

—A los árboles —contestó ella—, a las rocas, a los matorrales. De hecho, a cualquier cosa que no pueda meterme en problemas con mis tutoras.

—Entonces no tienes que preocuparte por Balat —señaló Wikim—. No podría decir ninguna ocurrencia ni por repetición.

—¡Eh! —protestó Balat. Aunque, por desgracia, no estaba muy lejos de la verdad.

—El amor —dijo Shallan, aunque en parte solo para distraerlos — es como un montón de mierda de chull.

—¿Apestosa? —preguntó Balat.

—No —respondió Shallan—, pues aunque tratemos de evitar ambas cosas, acabamos pisándolas de todas formas.

—Profundas palabras para una chica que alcanzó la adolescencia hace solo unos pocos meses —comentó Wikim con una risita.

—El amor es como el sol —dijo Balat, suspirando.

—¿Cegador? —preguntó Shallan—. ¿Blanco, cálido, poderoso... pero también capaz de quemarte?

—Quizás —asintió Balat.

—El amor es como un cirujano herdaziano —declaró Wikim, mirándola.

—¿Y cómo es eso? —preguntó Shallan.

—Dímelo tú —dijo Wikim—. Creo que eres capaz de adivinarlo.

—Hum... ¿Los dos te dejan incómodo? —dijo Shallan—. No. ¡Ooh! ¡El único motivo por el que quieres uno es si te han dado un golpe fuerte en la cabeza!

—¡Ja! El amor es como la comida estropeada.

—Necesaria para la vida por un lado —dijo Shallan—, pero también nauseabunda.

—Los ronquidos de nuestro padre.

Ella se estremeció.

—Hay que experimentarlos para creer lo entretenidos que pueden ser.

Wikim se echó a reír. Tormentas, sí que era bueno verlo reír.

—Basta, vosotros dos —dijo Balat—. Ese tipo de conversación es irrespetuosa. El amor... el amor es como una melodía clásica.

Shallan sonrió.

—¿Si acabas la actuación demasiado rápido, el público se siente decepcionado?

—¡Shallan! —dijo Balat.

Wikim, sin embargo, se revolcaba por el suelo. Después de un momento, Balat sacudió la cabeza y soltó una risita de aceptación. Shallan, por su parte, se ruborizó. «¿De verdad he dicho eso?». El último comentario había sido ingenuo, mucho mejor que los otros. También había sido poco adecuado.

Sintió un escalofrío de culpabilidad. Balat parecía cohibido, y se ruborizó ante el doble sentido, recopilando vergüenzaspren. Por lo que ella sabía, había renunciado a su costumbre de matar cremlinos por diversión. Estar enamorado lo había hecho más fuerte, lo había cambiado.

El sonido de ruedas sobre piedra anunció la llegada de un carruaje a la casa. No eran cascos de caballo: su padre poseía algunos de estos animales, pero muy pocos de sus vecinos podían decir lo mismo. Sus carruajes eran tirados por chulls o parshmenios.

Balat se levantó para ver quién había llegado y *Sakisa* lo siguió, correteando emocionada. Shallan recogió su libreta. Hacía poco su padre le había prohibido que dibujara a los parshmenios o a los ojos oscuros de la mansión: le parecía indecoroso. Eso dificultaba a la muchacha encontrar figuras para practicar.

—¿Shallan?

Se sobresaltó al darse cuenta de que Wikim no había seguido a Balat.

—Sí.

—Estaba equivocado —dijo su hermano, entregándole un objeto. Era una bolsita—. Sobre lo que estás haciendo. Lo he examinado. Y... y sigue funcionando. Condenación, sigue funcionando. Gracias.

Ella se dispuso a abrir la bolsa que él le había dado.

—No —dijo él.

—¿Qué es?

—Ruinaoscura —dijo Wikim—. Una planta, las hojas al menos. Si las comes, te paralizan. También se te para la respiración.

Perturbada, ella cerró la bolsa. Ni siquiera quería saber cómo podía Wikim reconocer una planta letal como esa.

—Las llevo encima desde hace casi un año —dijo Wikim en voz baja—. Cuanto más las conservas, más potentes se vuelven las

hojas. Creo que ya no las necesito. Puedes quemarlas, o lo que sea. Pensé que deberías tenerlas.

Ella sonrió, aunque se sintió inquieta. ¿Wikim había estado llevando ese veneno? ¿Y sentía la necesidad de dárselo a ella?

El joven echó a correr tras Balat y Shallan se metió la bolsa en su zurrón. Ya encontraría el modo de destruirla más tarde. Recogió sus lápices y continuó dibujando.

Unos gritos en el interior de la mansión la distrajeron poco después. Alzó la cabeza, sin saber a ciencia cierta cuánto tiempo había pasado. Se levantó, con el zurrón pegado al pecho, y cruzó el patio. Las enredaderas se estremecieron y retiraron ante ella, aunque a medida que avivaba el paso fue pisando cada vez más, sintiéndolas rebullirse bajo sus pies y tratar de apartarse. Las enredaderas cultivadas tenían el instinto muy mermado.

Llegó a la casa entre más gritos.

—¡Padre! —Era la voz de Asha Jushu—. ¡Padre, por favor!

Shallan abrió las puertas de madera, el vestido de seda rozando contra el suelo mientras entraba y encontraba a tres hombres vestidos a la antigua usanza (falda ulatu hasta las rodillas, brillantes camisas sueltas, finos gabanes que llegaban hasta el suelo), de pie ante su padre.

Jushu estaba arrodillado con las manos atadas a la espalda. Con los años, Jushu había engordado por sus episodios de excesos.

—Bah —dijo su padre—. No sufriré esta extorsión.

—Su crédito es tu crédito, brillante señor —señaló uno de los hombres con voz pausada y suave. Era ojos oscuros, aunque no hablaba como tal—. Nos prometió que pagarías sus deudas.

—Mintió —replicó el padre, mientras Ekel y Jix, los guardias de la casa, permanecían de pie a ambos lados, con las manos sobre las armas.

—Padre —susurró Jushu entre lágrimas—. Me llevarán...

—¡Se suponía que debías estar controlando nuestras posesiones exteriores! —gritó el padre—. ¡Se suponía que estabas controlando nuestras tierras, no cenando con ladrones y dilapidando en apuestas nuestra hacienda y nuestro buen nombre!

Jushu inclinó la cabeza, encogiéndose en sus ataduras.

—Es vuestro —dijo el padre, dándose media vuelta y saliendo de la cámara.

Shallan se quedó boquiabierta cuando uno de los hombres suspiró e hizo un gesto hacia Jushu. Los otros dos lo agarraron. No parecían contentos por marcharse sin cobrar. Jushu temblaba mientras lo sacaban a rastras, dejando atrás a Balat y Wikim, que observaban a un lado. Una vez fuera, Jushu pidió piedad y suplicó a los hombres que le dejaran volver a hablar con su padre.

—Balat —dijo Shallan, acercándose a él y cogiéndolo por el brazo—. ¡Haz algo!

—Todos sabíamos adónde lo llevaría el juego —dijo Balat—. Se lo dijimos, Shallan. No quiso escuchar.

—¡Pero es nuestro hermano!

—¿Qué esperas que haga? ¿Dónde voy a encontrar suficientes esferas para saldar su deuda?

El llanto de Jushu se hizo más débil mientras los hombres se marchaban de la mansión.

Shallan dio media vuelta y corrió tras su padre, dejando atrás a Jix, que se rascaba la cabeza. Lin Davar había entrado en su estudio, dos habitaciones más allá. Ella vaciló en la puerta al ver a su padre desplomado en su sillón junto al hogar, pero enseguida entró y pasó ante el escritorio donde los fervorosos (y a veces su madrastra) llevaban sus libros de cuentas y le leían informes.

En ese momento no había nadie, pero los libros de cuentas estaban abiertos, mostrando una verdad brutal. Shallan se llevó una mano a la boca al advertir varias notificaciones de deudas. Había ayudado con cuentas menores, pero nunca había visto el panorama general, y lo que vio la dejó anonadada. ¿Cómo podía deber tanto dinero la familia?

—No voy a cambiar de opinión, Shallan —dijo su padre—. Márchate. Jushu preparó esta pira él mismo.

—Pero...

—¡Déjame! —rugió su padre, poniéndose en pie.

Shallan retrocedió, con los ojos muy abiertos y el corazón en un puño. Los miedospren se rebulleron a su alrededor. Su padre no le gritaba nunca. Nunca.

Lin Davar inspiró profundamente y se volvió hacia la ventana de la habitación. De espaldas a ella, continuó:

—No puedo permitirme las esferas.

—¿Por qué? —preguntó Shallan—. Padre, ¿es por el acuerdo con

el brillante señor Revilar? —Miró los libros de cuentas—. No, es más que eso.

—Por fin haré algo por esta casa —declaró su padre—. Conseguiré que dejen de criticarnos, acabaré con las preguntas. La casa Davar se convertirá en una fuerza en este principado.

—¿Comprando favores a base de sobornos a los supuestos aliados? —preguntó Shallan—. ¿Usando dinero que no tenemos?

Él la miró. Su rostro permanecía en sombras, pero los ojos reflejaban la luz, como ascuas gemelas en la oscuridad de su cráneo. En ese momento, Shallan sintió un odio terrible hacia su padre. Lin Davar dio un paso y la agarró por los brazos. El zurrón cayó al suelo.

—He hecho esto por ti —rugió, sujetándole los brazos con una tenaza fuerte y dolorosa—. Y me obedecerás. Me equivoqué al permitir que aprendieras a cuestionarme.

Ella gimió de dolor.

—Habrá cambios en esta casa —prosiguió su padre—. No más debilidades. He encontrado un modo...

—Por favor, basta.

Él la miró y pareció que por primera vez veía las lágrimas que se acumulaban en los ojos de su hija.

—Padre... —susurró Shallan.

El hombre miró hacia arriba, hacia sus habitaciones. Ella supo que estaba mirando hacia el alma de su madre. La soltó entonces, haciendo que se desplomara en el suelo, y el pelo rojo le cubrió la cara.

—Quedas confinada a tus habitaciones —exclamó él—. Vete y no salgas hasta que te dé permiso.

Shallan se puso en pie, recogió el zurrón y salió de la estancia. En el pasillo, apoyó la espalda contra la pared, jadeando entrecortadamente, mientras las lágrimas le resbalaban por la barbilla. Las cosas habían ido a mejor... su padre estaba mejor...

Cerró los ojos con fuerza. La emoción se agitó en su interior, revolviéndose. No pudo controlarla.

Jushu.

«Parecía que quería hacerme daño de verdad —pensó Shallan, estremeciéndose—. Ha cambiado mucho». Empezó a resbalar hacia el suelo, rodeándose con los brazos.

Jushu.

«Sigue cortando esas espinas, fuerte... Haz un sendero para la luz».

Shallan se obligó a ponerse en pie y echó a correr, todavía llorando, de regreso al salón. Balat y Wikim se habían sentado, y Minara les servía bebidas en silencio. Los guardias se habían marchado, quizás a sus puestos en los terrenos de la mansión.

Cuando Balat vio a Shallan, se levantó, con los ojos como platos. Corrió hacia ella, derribando la copa con las prisas y derramando el vino por el suelo.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó—. ¡Maldición! ¡Lo mataré! Acudiré al alto príncipe y...

—No me ha hecho daño —aseguró Shallan—. Por favor. Balat, tu daga. La que te regaló nuestro padre.

Él se miró el cinto.

—¿Qué pasa?

—Vale un buen dinero. Voy a intentar cambiarla por Jushu.

Balat dirigió la mano hacia la daga, protegiéndola.

—Jushu preparó su pira él mismo, Shallan.

—Eso es exactamente lo que me ha dicho padre —replicó Shallan, secándose los ojos y mirando luego a su hermano.

—Yo... —Balat volvió la vista por encima del hombro hacia la dirección por donde se habían llevado a Jushu. Suspiró, soltó la vaina de su cinturón y se la tendió—. No será suficiente. Dicen que debe casi cien broams de esmeralda.

—También tengo mi collar —dijo Shallan.

Wikim, que bebía su vino en silencio, echó mano a su cinturón y sacó su daga, que depositó en el filo de la mesa. Shallan la recogió al pasar y salió corriendo de la sala. ¿Podría alcanzar a los hombres a tiempo?

En el exterior, divisó el carruaje carretera abajo, no muy lejos. Precariamente calzada con las sandalias, corrió cuanto pudo por el resbaladizo empedrado y salió al camino. No era rápida, pero tampoco lo eran los chulls. A medida que fue acercándose, vio que habían atado a su hermano para que fuera caminando detrás del carruaje. Jushu no alzó la cabeza cuando Shallan lo adelantó.

Cuando el carruaje se detuvo, el muchacho cayó al suelo y se encogió. El ojos oscuros de aire altivo abrió la puerta para mirar a

Shallan.

—¿Ha enviado a la niña?

—Vengo por mi cuenta —dijo ella, alzando las dagas—. Por favor, son muy buenas.

El hombre alzó una ceja, luego indicó a uno de sus compañeros que se bajara del carruaje y las cogiera. Shallan se soltó el collar y lo dejó caer en las manos del hombre junto con las dos dagas. El hombre sacó una de las dagas y la inspeccionó mientras ella esperaba, nerviosa, cambiando su peso de un pie a otro.

—Has estado llorando —dijo el hombre del carruaje—. ¿Tanto te importa?

—Es mi hermano.

—¿Y qué? —preguntó el hombre—. Yo maté a mi hermano cuando intentó engañarme. No deberías dejar que el parentesco te empañe los ojos.

—Le quiero —susurró Shallan.

El hombre que examinaba las dagas volvió a envainarlas.

—Son obras maestras —admitió—. Yo diría que valen veinte broams de esmeraldas.

—¿Y el collar? —preguntó Shallan.

—Sencillo, pero de aluminio, que solo puede hacerse moldeando —le dijo el hombre a su jefe—. Diez esmeraldas.

—Todo junto es la mitad de lo que debe tu hermano —declaró el hombre del carruaje.

Shallan se estremeció.

—Pero... ¿qué haríais con él? Venderlo como esclavo no resarciría una deuda tan grande.

—A menudo me gusta recordar que los ojos claros sangran igual que los ojos oscuros —dijo el hombre—. Y a veces es útil tener un elemento disuasorio para los demás, un modo de recordarles que no pidan préstamos que no pueden pagar. Puede que me ahorre más dinero de lo que cuesta, si lo exhibo con prudencia.

Shallan se sintió insignificante. Unió las manos, una cubierta, la otra no. ¿Había perdido, entonces? Las mujeres de los libros de su padre, las mujeres que ella admiraba, no habrían suplicado para ganarse el corazón de ese hombre. Habrían intentado convencerlo mediante la lógica.

Pero a ella no se le daba bien. No tenía la formación necesaria, y

desde luego en ese momento no estaba de humor. Pero a medida que las lágrimas volvían a aparecer, se obligó a decir lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Puede que te ahorre dinero de esa forma. O puede que no. En cualquier caso, es algo azaroso, y no me pareces el tipo de persona que confía en los juegos de azar.

El hombre se echó a reír.

—¿Qué te hace decir eso? ¡El juego es lo que me ha traído aquí!

—No —dijo ella, secándose las lágrimas—. Eres el tipo de hombre que se beneficia del juego de los demás. Sabes que suele llevar a perder. Yo te ofrezco artículos de verdadero valor. Tómalos. Por favor.

El hombre se lo pensó. Extendió las manos hacia las dagas y su compañero se las tendió. Desenvainó una y la inspeccionó.

—Dime un motivo por el que debiera mostrar piedad por este hombre. En mi casa fue un glotón arrogante que actuó sin pensar en las dificultades que os causaría a vosotros, su familia.

—Nuestra madre fue asesinada —dijo Shallan—. Esa noche, mientras yo lloraba, Jushu me abrazó.

Era todo lo que tenía.

El hombre siguió pensándose. Shallan sintió redoblar su corazón. Finalmente, le devolvió el collar.

—Quédatelo. —Hizo un gesto con la cabeza hacia su compañero—. Suelta al pequeño cremlino. Niña, si eres lista, enseñarás a tu hermano a ser más... conservador. —Cerró la puerta.

Shallan dio un paso atrás mientras el criado soltaba a Jushu. El hombre subió entonces a la parte trasera del vehículo y llamó con los nudillos. El carruaje echó a andar.

Shallan se arrodilló junto a Jushu. Parpadeó con un ojo (el otro estaba hinchado y empezaba a cerrarse) mientras ella le desataba las manos ensangrentadas. No había pasado ni un cuarto de hora desde que su padre había declarado que los hombres podían quedárselo, pero obviamente se habían tomado su tiempo para demostrar a Jushu qué pensaban de no recibir su pago.

—¿Shallan? —preguntó el muchacho con los labios manchados de sangre—. ¿Qué ha pasado?

—¿No estabas escuchando?

—Me zumban los oídos. Todo me da vueltas. ¿Estoy... estoy

libre?

—Balat y Wikim cambiaron sus dagas por ti.

—¿Mill aceptó tan poco a cambio?

—Obviamente, no conocía tu verdadero valor.

Jushu sonrió mostrando los dientes.

—Siempre tienes respuesta para todo, ¿eh? —Se puso en pie con ayuda de Shallan y empezó a volver a casa cojeando.

A medio camino, Balat se reunió con ellos y cogió a su hermano por debajo del brazo.

—Gracias —susurró Jushu—. Dice que me habéis salvado. Gracias. —Empezó a llorar.

—Yo... —Balat miró a Shallan y luego de nuevo a Jushu—. Eres mi hermano. Vamos a casa para lavarte.

Sabiendo que cuidarían a Jushu, Shallan los dejó y entró en la mansión. Subió las escaleras, pasó de largo ante la brillante habitación de su padre y entró en sus aposentos. Se sentó en la cama.

Allí, esperó la alta tormenta.

Sonaron gritos abajo. Shallan cerró los ojos.

Finalmente, la puerta de sus aposentos se abrió.

Shallan abrió los ojos. Su padre estaba allí fuera. La joven distinguió una forma arrugada tras él, tendida en el suelo del pasillo. Era Minara, la criada. Su cuerpo estaba en una postura poco natural: un brazo estaba doblado en un ángulo extraño. Su figura se sacudió, gimiendo, y dejó un rastro de sangre en la pared mientras intentaba alejarse a rastras.

Su padre entró en la habitación y cerró la puerta tras él.

—Sabes que nunca te haría daño, Shallan —dijo en voz baja.

Ella asintió con los ojos inundados de lágrimas.

—He encontrado un modo de controlarme —dijo su padre—. Solo tengo que dejar salir la ira. No puedo echarme la culpa de esa ira. Otros la crean cuando me desobedecen.

La objeción de Shallan (que él no le había dicho que fuera inmediatamente a su cuarto, solo que no saliera cuando estuviera allí) murió en sus labios. Una excusa tonta. Los dos sabían que ella había desobedecido adrede.

—No quisiera castigar a nadie más por tu culpa, Shallan.

Este frío monstruo, ¿era de verdad su padre?

—Llegó el momento —asintió su padre—. Se acabó la tolerancia. Si vamos a ser importantes en Jah Keved, no pueden considerarnos débiles. ¿Comprendes?

Ella asintió, incapaz de detener las lágrimas.

—Bien —dijo él, apoyando la mano en su cabeza, y pasando luego los dedos por su pelo—. Gracias.

La dejó y cerró la puerta.



Esta ficha muestra diseños contemporáneos de Azir, usando modelos locales. Aunque son atuendos de burócratas específicamente masculinos, los estilos han influido profundamente en toda la moda azish.



Estos Tejedores de Luz, y no es coincidencia, incluían a muchos que se dedicaban a las artes; es decir: escritores, artistas, músicos, pintores, escultores. Considerando la naturaleza general de la orden, las historias de sus extrañas y diversas habilidades mnemónicas pueden haber sido embellecidas.

De *Palabras radiantes*, capítulo 21, página 10

Después de dejar su carruaje en el establo del Mercado Exterior, Shallan se dirigió a unas escaleras excavadas en la piedra de una colina. Las subió, y luego salió vacilante a una terraza que habían tallado en la ladera. Ojos claros con ropas a la moda charlaban mientras bebían vino en las numerosas mesas de hierro del patio.

Se encontraban a suficiente altura para poder contemplar los campamentos de guerra. Estaban encarados hacia el este, hacia el Origen. Qué disposición tan extraña: la hacía sentirse desprotegida. Shallan estaba acostumbrada a balcones, jardines y patios al socaire de las tormentas. Ciertamente, no era probable que nadie estuviera allí fuera cuando se esperara una alta tormenta, pero le parecía un poco raro.

Un maestro de sirvientes vestido de blanco y negro llegó e hizo una reverencia, llamándola «brillante Davar» sin necesidad de

presentación. Tendría que acostumbrarse a eso: en Alezkar era una novedad, y fácilmente reconocible. Dejó que el sirviente la guiara entre las mesas, tras despedir a sus guardias, y ellos se encaminaron hacia la derecha, a una sala más grande abierta en la piedra. Tenía techo y paredes, así que podía quedar completamente aislada, y un grupo de guardias esperaba allí las órdenes de sus amos.

Shallan atrajo las miradas de los otros clientes. Bueno. Había ido allí para trastocar su mundo. Cuanto más hablaran de ella, más posibilidades tendría de convencerlos, cuando llegara el momento, de que le hicieran caso en lo concerniente a los parshmenios. Estaban por todas partes en el campamento, incluso allí, en esa lujosa taberna. Divisó a tres en un rincón, pasando botellas de vino de los anaqueles de las paredes a unas cajas y moviéndose a un ritmo moroso pero implacable.

Unos cuantos escalones más la llevaron a la balaustrada de mármol situada justo en el borde de la terraza. Allí Adolin tenía reservada una mesa desde donde se podía ver el este sin obstáculos. Dos miembros de la guardia de la casa Dalinar permanecían de pie junto a la pared poco más allá; al parecer, Adolin era lo bastante importante para no tener que esperar con los demás.

Adolin estaba repasando un libro tamaño folio, un diseño enorme para que no lo confundieran con un libro de mujer. Shallan había visto algunas fichas con mapas de batallas, otros con diseños de armaduras o dibujos arquitectónicos. Le hizo gracia ver los glifos de esta, con letra de mujer debajo para aclarar los puntos más difíciles. Modas de Liafor y Azir.

Adolin estaba tan guapo como siempre. Tal vez más, ya que obviamente se sentía más relajado. Shallan no permitiría que ofuscará su mente. Esta reunión tenía un propósito: una alianza con la casa Kholin para ayudar a sus hermanos y conseguir recursos para denunciar a los Portadores del Vacío y descubrir Urithiru.

No podía permitirse parecer débil. Tenía que controlar la situación, no podía actuar como una adúladora, y no podía...

Adolin la vio y cerró el libro. Se levantó, sonriendo.

Oh, tormentas. Esa sonrisa...

—Brillante Shallan —dijo él, extendiendo una mano—. ¿Te vas adaptando al campamento de Sebarial?

—Sí —contestó ella, sonriéndole. Aquella mata de pelo

despeinado la hacía querer alargar la mano y pasarle los dedos por encima. «Nuestros hijos tendrían el pelo más raro del mundo —pensó—. Sus mechones alezi dorados y negros, los míos rojos, y...».

¿De verdad estaba pensando en sus hijos? ¿Ya? Niña tonta.

—Sí —continuó, tratando de centrarse un poco—. Ha sido muy amable conmigo.

—Probablemente porque sois familia —dijo Adolin, ayudándola a sentarse y acercando luego su silla. Lo hizo él mismo, en vez de permitir que el maestro de sirvientes lo hiciera. Shallan no habría esperado ese gesto de alguien de tan alta cuna—. Sebarial solo hace lo que considera que es forzoso.

—Creo que podría sorprenderte —dijo Shallan.

—Oh, ya lo ha hecho en varias ocasiones.

—¿De veras? ¿Cuándo?

—Bueno —dijo Adolin, sentándose—, una vez hizo un, ejem, ruido muy fuerte e inadecuado en un encuentro con el rey... —Adolin sonrió, encogiéndose de hombros como avergonzado, pero no se ruborizó como habría hecho Shallan en una situación similar—. ¿Eso cuenta?

—No estoy segura. Sabiendo lo que sé del tío Sebarial, dudo de que una cosa así sea particularmente sorprendente en él. Más bien es de esperar.

Adolin se echó a reír, echando atrás la cabeza.

—Sí, supongo que tienes razón. Desde luego.

Parecía tan confiado... No de un modo particularmente presuntuoso, no como el padre de Shallan. De hecho, se le ocurrió que la actitud de su padre no se debía a la confianza, sino todo lo contrario.

Adolin parecía muy cómodo con su situación y con los que le rodeaban. Cuando llamó a una maestra-sierva para que le trajera una lista de vinos, sonrió a la mujer, aunque era ojos oscuros. Esa sonrisa era motivo suficiente para causar rubor incluso en una maestra-sierva.

¿Y se suponía que Shallan tenía que conseguir que este hombre la cortejara? ¡Tormentas! Se había sentido mucho más capaz cuando intentó engañar al líder de los Sangre Espectral. «Actúa de manera refinada —se dijo—. Adolin se relaciona con la élite, y ha tenido relaciones con las damas más sofisticadas del mundo.

Esperará eso de ti».

—Bueno —dijo él, repasando la lista de vinos, descritos por glifos—, se supone que vamos a casarnos.

—Yo aligeraría esa expresión, brillante señor —dijo Shallan, escogiendo cuidadosamente las palabras—. No se supone que estemos obligados a casarnos. Tu prima Jasnah tan solo quiso que consideráramos una unión, y tu tía pareció estar de acuerdo.

—El Todopoderoso salve al hombre a quien las mujeres de su familia planifiquen el futuro —dijo Adolin con un suspiro—. Bueno, por lo visto está muy bien que Jasnah vaya por el mundo sin esposo, en cambio yo cumplo veintitrés años sin esposa y soy una especie de amenaza. Sexista por su parte, ¿no crees?

—Bueno, quería casarme a mí también —señaló Shallan—. Así que no lo llamaría sexista. Más bien... ¿jasnaginista? —Hizo una pausa—. ¿Jasnaginista? No, rayos. Tendría que ser misjasnaginista, y esa palabra no suena muy bien, ¿no?

—¿Me lo preguntas a mí? —dijo Adolin, dándole la vuelta al menú para que ella pudiera leerlo—. ¿Qué crees que deberíamos pedir?

—Tormentas —murmuró ella—. ¿Todo eso son tipos distintos de vino?

—Sí —dijo Adolin. Se inclinó hacia ella como para conspirar—. Sinceramente, no presto mucha atención. Renarin conoce la diferencia entre ellos... te la contará con pelos y señales si se lo permites. Yo siempre pido algo que suene importante, pero en realidad escojo según el color. —Hizo una mueca—. Técnicamente, estamos en guerra. No podré tomar nada demasiado embriagador, por si acaso. Es un poco tonto, ya que no habrá ninguna carga en las mesetas hoy.

—¿Estás seguro? Creí que eran aleatorias.

—Sí, pero no le toca a mi campamento. De todas formas, casi nunca se producen demasiado cerca de una alta tormenta. —Se echó hacia atrás, observando el menú, antes de señalar uno de los vinos y hacerle un guiño a la camarera.

Shallan sintió frío.

—Espera. ¿Una alta tormenta?

—Sí —dijo Adolin, comprobando el reloj de la esquina. Sebarial había mencionado que cada vez eran más frecuentes por allí—.

Debe producirse de un momento a otro. ¿No lo sabías?

Ella farfulló, mirando hacia el oeste, a través del paisaje resquebrajado. «¡Compórtate de manera refinada! —pensó—. ¡Elegante!». En cambio, una parte primigenia de sí misma quiso echar a correr en busca de un agujero y esconderse. De repente imaginó que notaba físicamente la bajada de la presión, como si el aire mismo intentara escapar. ¿No era eso la tormenta que empezaba? No, no era nada. Entornó los ojos de todas formas.

—No he mirado la lista de tormentas que lleva Sebarial —se obligó a decir. Con toda sinceridad: conociéndolo, lo más probable era que estuviera desfasada—. He estado ocupada.

—Oh —dijo Adolin—. Me extrañaba que no preguntaras por este lugar. Di por hecho que ya habías oído hablar de él.

Ese lugar. El balcón abierto, encarado al este. Los ojos claros que bebían vino le parecieron de pronto expectantes, con cierto aire de nerviosismo. La segunda sala (la grande para los guardaespaldas que había visto, la de las puertas recias) tenía mucho más sentido.

—¿Hemos venido a mirar? —susurró Shallan.

—Es la nueva moda —dijo Adolin—. Al parecer tenemos que esperar aquí hasta que tengamos la tormenta casi encima, y luego hay que salir corriendo a refugiarse en la otra sala. Hace semanas que quiero venir, y acabo de convencer a mis cuidadores de que estaría a salvo aquí. —Dijo las últimas palabras con cierta amargura—. Pero podemos pasar a la sala segura enseguida, si quieres.

—No —dijo Shallan, obligándose a retirar los dedos del borde de la mesa—. Estoy bien.

—Estás pálida.

—Es natural.

—¿Y eso es porque eres veden?

—Porque siempre estoy al borde del pánico, últimamente. Oh, ¿ese es tu vino?

«Elegancia», volvió a recordarse, procurando no mirar hacia el este.

La camarera les trajo dos copas de brillante vino azul. Adolin cogió la suya y la estudió. La olió, tomó un sorbo, asintió satisfecho y despidió a la camarera con una sonrisa. Se quedó mirando el trasero de la mujer mientras se retiraba.

Shallan lo miró alzando una ceja, pero Adolin no pareció

considerar que hubiera hecho nada malo. Miró de nuevo a Shallan y se inclinó hacia delante.

—Sé que se supone que hay que agitar un poco el vino y saborearlo y esas cosas —susurró—, pero nadie me ha explicado qué tengo que buscar.

—¿Bichos flotando en el líquido, tal vez?

—No, mi nuevo catador los habría localizado. —Sonrió, pero Shallan advirtió que probablemente no estaba bromeando. Un hombre delgado que no vestía uniforme se había acercado a charlar con los guardaespaldas. Probablemente era el catador.

Shallan probó su vino. Estaba bueno: ligeramente dulce y aromático. No es que pudiera dedicar mucha atención al sabor, con aquella tormenta...

«Basta», se dijo, dirigiendo una sonrisa a Adolin. Tenía que asegurarse de que la cita fuera una buena experiencia para él. «Haz que hable de sí mismo». Era un consejo que recordaba de los libros.

—Las incursiones en las mesetas —dijo Shallan—. ¿Cómo se sabe cuándo empezar una, por cierto?

—¿Hum? Oh, tenemos oteadores —respondió Adolin, acomodándose en su asiento—. Hombres que vigilan desde lo alto de torres con esos enormes catalejos. Inspeccionan todas las mesetas a las que podemos llegar en un tiempo razonable, buscando crisálidas.

—He oído que has capturado bastantes.

—Bueno, probablemente no debería hablar de ello. A mi padre no le gusta que siga siendo una competición. —La miró con aire expectante.

—Pero sin duda puedes hablar de lo que pasaba antes —dijo Shallan, como si estuviera cumpliendo el papel que se esperaba de ella.

—Supongo —respondió Adolin—. Hubo una carga hace unos meses en la que me apoderé de las crisálidas prácticamente yo solo. Verás, mi padre y yo solemos saltar los abismos los primeros y despejar el camino para los puentes.

—¿No es peligroso? —preguntó Shallan, mirándolo diligente con los ojos muy abiertos.

—Sí, pero somos portadores de esquirlada. Tenemos la fuerza y el poder que nos otorga el Todopoderoso. Es una gran

responsabilidad, y nuestro deber es usarla para proteger a nuestros hombres. Salvamos cientos de vidas cruzando primero. Eso nos permite dirigir al ejército por nosotros mismos.

Hizo una pausa.

—Qué valiente —dijo Shallan, con lo que esperaba que fuese una voz susurrante y llena de adoración.

—Bueno, es lo correcto. Pero es peligroso. Ese día salté, pero mi padre y yo quedamos muy separados por los parshendi. Él se vio obligado a saltar hacia atrás, y al aterrizar recibió un golpe en la pierna que le resquebrajó la greba, la pieza de armadura de la pierna. Era peligroso que volviera a saltar. Me quedé solo mientras él esperaba que tendieran el puente.

Hizo de nuevo una pausa. Probablemente Shallan debía preguntar qué sucedió a continuación.

—¿Y si necesitas hacer de vientre? —preguntó en cambio.

—Bueno, me puse de espaldas al abismo y me defendí con la espada, con intención de... Espera. ¿Qué has dicho?

—Hacer de vientre —repitió Shallan—. Estás ahí en el campo de batalla, envuelto en metal como un cangrejo en su caparazón. ¿Qué haces si sientes la llamada de la naturaleza?

—Yo... esto... —Adolin la miró con el ceño fruncido—. No es algo que me haya preguntado antes ninguna mujer.

—¡Viva la originalidad! —exclamó Shallan, aunque se ruborizó al decirlo. A Jasnah no le habría hecho la menor gracia. ¿No podía Shallan contener la lengua durante una sola conversación? Había conseguido que él hablara de algo que le gustaba; todo estaba saliendo muy bien. Y ahora esto.

—Bueno —respondió Adolin lentamente—, toda batalla tiene sus cambios de ritmo, y los hombres rotan para entrar y salir de las líneas de batalla. Por cada cinco minutos que estás combatiendo, a menudo tienes otros tantos de descanso. Cuando un portador de esquirlada se retira, los hombres inspeccionan su armadura en busca de grietas, le dan algo de comer o de beber, y le ayudan con... lo que acabas de mencionar. No es algo que sea un buen tema de conversación, brillante. En realidad preferimos no hablar del tema.

—Eso es exactamente lo que lo convierte en un buen tema de conversación —replicó ella—. Puedo encontrar datos sobre las

guerras y los portadores y las gloriosas matanzas en los registros oficiales. Sin embargo, los detalles escabrosos... nadie los menciona.

—Bueno, sí que es escabroso —dijo Adolin con una mueca, tomando un sorbo—. En realidad no puedes... No puedo creer que esté diciendo esto... En fin, que no puedes limpiarte tú mismo cuando tienes puesta la armadura esquirrada, así que alguien tiene que ocuparse de ello. Hace que me sienta como un bebé. Luego, a veces, no tienes tiempo...

—¿Y?

Él la estudió, entornando los ojos.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Estoy intentando decidir si eres en realidad Sagaz disfrazado con una peluca. Es el tipo de cosa que me haría.

—No voy a hacerte nada —replicó ella—. Solo es curiosidad. —Y, sinceramente, así era. Había pensado en este asunto. Quizá más de lo debido.

—Bueno —prosiguió Adolin—, por si quieres saberlo, un viejo adagio en el campo de batalla dice que es mejor estar avergonzado que muerto. No puedes permitir que nada aparte tu atención de la lucha.

—Así que...

—Así que, sí, yo, Adolin Kholin, primo del rey, heredero del principado Kholin, me lo he hecho dentro de la armadura. Tres veces, todas a propósito. —Apuró el resto del vino—. Eres una mujer muy extraña.

—Permíteme recordarte —dijo Shallan— que fuiste tú quien inició hoy la conversación con una broma sobre las flatulencias de Sebarial.

—Supongo que tienes razón. —Adolin sonrió—. Esto no está saliendo exactamente como se suponía, ¿no?

—¿Es malo?

—No —contestó Adolin, y su sonrisa aumentó—. En realidad, es refrescante. ¿Sabes cuántas veces he contado la historia de cómo salvé la carga en la meseta?

—Estoy segura de que fuiste muy valiente.

—Bastante.

—Aunque probablemente no tan valiente como los pobres hombres que tuvieron que limpiar tu armadura.

Adolin soltó una carcajada. Por primera vez pareció algo genuino, una emoción que no estaba previamente escrita y preparada. Dio un puñetazo sobre la mesa y pidió más vino, secándose una lágrima de los ojos. La sonrisa que le dirigió amenazó con provocar en ella otro arrebato de rubor.

«Espera —pensó Shalla—, ¿ha funcionado?». Se suponía que tenía que parecer femenina y delicada, no andar preguntando cómo defecaban los caballeros cuando estaban en plena batalla.

—Muy bien —dijo Adolin, cogiendo la copa de vino. Esta vez ni siquiera miró a la camarera—. ¿Qué otros secretos escabrosos quieres conocer? Me has pillado. Hay montones de detalles que los relatos y las historias oficiales no mencionan.

—Las crisálidas —dijo Shalla, ansiosa—. ¿Qué aspecto tienen?

—¿Eso es lo que quieres saber? —dijo Adolin, rascándose la cabeza—. Pensaba que querías saber cómo roza la armadura...

Shalla sacó su zurrón, colocó una hoja de papel sobre la mesa y empezó a dibujar.

—Por lo que he podido determinar, nadie ha hecho un estudio a conciencia acerca de los abismoides. Hay algunos dibujos de criaturas muertas, pero nada más, y la anatomía es fatal.

»Deben de tener un ciclo vital interesante. Acechan estos abismos, pero dudo de que vivan aquí. No hay suficiente alimento para mantener a criaturas de su tamaño. Eso significa que han de seguir algún tipo de pauta migratoria. Vienen aquí a pupar. ¿Has visto alguna vez a un abismoide joven? ¿Antes de que forme la crisálida?

—No —dijo Adolin, acercando su silla a la mesa—. A menudo sucede de noche, y no los localizamos hasta la mañana. Son difíciles de ver ahí fuera, por su color de roca. Eso me hace pensar que los parshendi deben de estar vigilándonos. Acabamos combatiendo por las mesetas continuamente. Puede que nos localicen cuando nos ponemos en movimiento, luego usan la dirección para calcular dónde encontrar las crisálidas. Partimos con ventaja, pero ellos se mueven más rápido por las Llanuras, así que llegamos casi al mismo tiempo...

Guardó silencio y ladeó la cabeza para ver mejor el dibujo.

—¡Tormentas! Está muy bien, Shalla.

—Gracias.

—No, quiero decir que está realmente muy bien.

Ella había hecho un boceto rápido de varios tipos de crisálidas que había visto en libros, al lado de un hombre, para que sirviera de referencia de tamaño. No era muy bueno: lo había hecho a toda prisa. Sin embargo, Adolin parecía verdaderamente impresionado.

—La forma y la textura de las crisálidas —dijo Shallan— podrían ayudar a catalogar a los abismoides en una familia de animales similares.

—Se parece más a este —dijo Adolin, acercándose más y señalando uno de los bocetos—. Cuando he tocado alguno, son duros como una roca. Es difícil abrirlos sin una hoja esquirlada. Los hombres pueden golpearlos durante una eternidad con los martillos para lograrlo.

—Hum —dijo Shallan, tomando nota—. ¿Estás seguro?

—Sí. Ese aspecto tienen. ¿Por qué?

—Esto es la crisálida de un yu-nerig —dijo Shallan—. Un conchagrande de los mares de Marabethia. Me han dicho que allí arrojan a los criminales para que los devoren.

—Uf.

—Podría ser un falso positivo, una coincidencia. Los yu-nerig son una especie acuática. Solo salen a tierra a pupar. Asumir una relación con los abismoides es demasiado atrevido...

—Claro —dijo Adolin, tomando un sorbo de vino—. Si tú lo dices...

—Probablemente sea importante.

—Para investigar. Sí, lo sé. Tía Navani siempre está hablando de ese tipo de cosas.

—Esto podría tener más importancia práctica —aseguró Shallan—. ¿Cuántos matan en total cada mes tus ejércitos y los parshendi? Adolin se encogió de hombros.

—Uno cada tres días o así, supongo. A veces más, a veces menos. Pongamos... ¿quince al mes?

—¿Ves el problema?

—Yo... —Adolin negó con la cabeza—. No. Lo siento. No se me da bien cualquier cosa que no sea apuñalar al adversario.

Ella le sonrió.

—Tonterías. Has demostrado saber elegir el vino.

—Fue más bien al azar.

—Y está delicioso —dijo Shallan—. La prueba empírica del acierto de tu metodología. Probablemente no ves el problema porque no tienes los datos adecuados. Los conchasgrandes, en general, se reproducen y crecen muy lentamente. Esto se debe a que la mayoría de los ecosistemas solo pueden mantener una población pequeña de superdepredadores de este tamaño.

—He oído algo de eso antes.

Shallan lo miró alzando una ceja. Se había acercado mucho a ella para mirar sus dibujos. Usaba una colonia suave, un leve aroma a bosque. «Oh, vaya...».

—Muy bien, muy bien —dijo él, riéndose mientras inspeccionaba los dibujos—. No soy tan obtuso como quiero dar a entender. Comprendo lo que quieres decir. ¿De verdad crees que podríamos matar tantos como para que supusiera un problema? Quiero decir que la gente lleva generaciones realizando cacerías de conchasgrandes, y las bestias siguen existiendo.

—No las estáis cazando, Adolin. Las estáis cosechando. Estáis destruyendo sistemáticamente su población de crías. ¿Han pupado menos últimamente?

—Sí —dijo él, aunque parecía reacio—. Pensamos que podría ser cosa de la estación.

—Es posible. O también puede ocurrir que después de cinco años de cosecha, la población empiece a menguar. Los animales como los abismoides no suelen tener depredadores. Perder de repente ciento cincuenta o más miembros en un año podría ser catastrófico para su población.

Adolin frunció el ceño.

—Las gemas corazón que conseguimos alimentan a la gente de los campamentos de guerra. Sin un aporte constante de piedras nuevas de tamaño razonable, los moldeadores de almas acabarían por recurrir a las que tenemos, y entonces no podríamos mantener a los ejércitos.

—No estoy diciendo que acabéis con las cacerías —dijo Shallan, ruborizándose. Probablemente no tendría que estar hablando de esto. Urithiru y los parshmenios, ese era el problema inmediato. Con todo, necesitaba ganarse la confianza de Adolin. Si podía proporcionar ayuda útil en lo referido a los abismoides, tal vez le haría caso cuando lo abordara con algo aún más revolucionario.

—Lo único que digo es que merece la pena tenerlo en consideración —continuó—. ¿Y si pudierais empezar a criar abismoides, cultivando a los jóvenes en hornadas como se hace con los chulls? ¿Y si en vez de cazar tres por semana pudierais criar y cosechar cientos?

—Sería útil —concedió Adolin, pensativo—. ¿Qué haría falta para hacerlo posible?

—Bueno, no estaba diciendo... Quiero decir... —Se detuvo—. Tengo que ir a las Llanuras Quebradas —declaró con más firmeza—. Si voy a tratar de deducir cómo criarlos, tendré que ver una de esas crisálidas antes de que las abran. Probablemente, a un abismoide adulto también... y lo ideal sería una cría capturada para estudiarla.

—Solo una pequeña lista de imposibilidades.

—Bueno, tú me lo has preguntado.

—Puede que consiga llevarte a las Llanuras —dijo Adolin—. Mi padre le prometió a Jasnah que le enseñaría un abismoide muerto, así que creo que planeaba llevarla después de una cacería. Sin embargo, ver una crisálida... rara vez aparecen cerca del campamento. Tendría que llevarte peligrosamente cerca de territorio parshendi.

—Estoy segura de que eres plenamente capaz de protegerme.

Él la miró, expectante.

—¿Qué? —preguntó Shallan.

—Estoy esperando el final del chiste.

—No, en serio —insistió Shallan—. Contigo allí, estoy segura de que los parshendi no se atreverían a acercarse.

Adolin sonrió.

—Quiero decir que solo con el pestazo...

—Sospecho que nunca voy a poder olvidar el haberte contado eso.

—Nunca —reconoció Shallan—. Fuiste sincero, detallado y cautivador. No son el tipo de cosas que me permita olvidar en un hombre.

Su sonrisa se amplió. Tormentas, aquellos ojos...

«Cuidado —se dijo Shallan—. ¡Cuidado! Kabsal te cautivó fácilmente. No lo repitas».

—Veré qué puedo hacer —prometió Adolin—. Puede que los

parshendi no sean un problema en el futuro cercano.

—¿De veras?

Él asintió.

—No es de dominio general, aunque se lo hemos contado a los altos príncipes. Mi padre va a reunirse con algunos de los líderes parshendi mañana. Podría acabar iniciando negociaciones de paz.

—¡Eso es fantástico!

—Sí —dijo Adolin—. No tengo muchas esperanzas. El asesino... bueno, ya veremos qué pasa mañana, aunque tendré que hacer esto entre los demás trabajos que me ha encomendado mi padre.

—Los duelos —dijo Shallan, inclinándose hacia delante—. ¿Qué está pasando aquí, Adolin?

Él pareció vacilante.

—Sea lo que sea que está pasando en los campamentos ahora mismo —dijo ella, hablando en voz baja—, Jasnah no estaba al corriente. Me siento muy ignorante en asuntos de política, Adolin. Tu padre y el alto príncipe Sadeas tuvieron una disputa, según he deducido. El rey ha cambiado la naturaleza de las cargas en las mesetas, y todo el mundo habla de tus duelos. Pero por lo que he podido comprender, nunca has dejado de librar duelos.

—Es diferente —respondió él—. Ahora me bato para ganar.

—¿Y antes no?

—No, antes lo hacía para castigar. —Echó un vistazo alrededor antes de mirarla a los ojos—. Comenzó cuando mi padre empezó a tener visiones...

Continuó hablando. Contó una historia sorprendente, con muchos más detalles de lo que ella esperaba. Una historia de traición y esperanza. Visiones del pasado. Un Alezkar unificado, preparado para capear una tormenta inminente.

Shallan no sabía qué pensar de todo aquello, aunque imaginaba que Adolin se lo estaba contando porque conocía los rumores que corrían en el campamento. Ella estaba enterada de los ataques de Dalinar, naturalmente, y tenía una ligera idea de lo que había hecho Sadeas. Cuando Adolin mencionó que su padre quería que los Caballeros Radiantes regresaran, Shallan sintió un escalofrío. Miró en derredor, buscando a Patrón, que sin duda estaría cerca, pero no logró localizarlo.

El meollo de la historia, al menos según Adolin, era la traición

de Sadeas. Los ojos del joven príncipe se ensombrecieron, su rostro enrojeció, mientras contaba cómo fueron abandonados en las Llanuras, rodeados de enemigos. Pareció avergonzado cuando contó que los había salvado una cuadrilla de hombres de los puentes.

«Se está sincerando conmigo», pensó Shallan, sintiendo un escalofrío. Posó la mano libre en su brazo mientras hablaba, un gesto inocente que pareció impulsarlo a seguir mientras explicaba en voz baja el plan de Dalinar. No estaba segura de que debiera compartir todo esto con ella. Apenas se conocían. Pero hablar del tema pareció quitarle un peso de encima, y se relajó más.

—Supongo que eso es todo —concluyó Adolin—. Tengo que ganarles las hojas esquivadas a todos los demás, arrebatarles su ventaja, avergonzarlos. Pero no sé si servirá de gran cosa.

—¿Por qué no? —preguntó Shallan.

—Los que acceden a batirse conmigo en duelo no tienen suficiente rango —dijo él, cerrando el puño—. Si gano demasiado, los verdaderos objetivos, los altos príncipes, me tendrán miedo y se negarán a enfrentarse a mí. Necesito objetivos de perfil superior. No, lo que necesito es batirme con Sadeas. Aplastar ese rostro sonriente contra las piedras y recuperar la espada de mi padre. Pero es demasiado sibilino. Nunca conseguiremos que acceda.

Shallan deseó desesperadamente hacer algo, lo que fuera, para ayudar. Sintió que se derretía ante la intensa preocupación de aquellos ojos, ante la pasión que los inflamaba.

«Recuerda a Kabsal...», pensó de nuevo.

—¡Vaya! —exclamó—. Te he inquietado. No se me da muy bien esto de los cortejos.

—Podrías haberme engañado... —dijo Adolin, posando la mano sobre su brazo.

Shallan disimuló otro arrebató de rubor bajando la cabeza y rebuscando en su zurrón.

—Tienes que saber en qué estaba trabajando tu prima antes de morir.

—¿Otro volumen en la biografía de su padre?

—No —respondió Shallan, sacando una hoja de papel—. Adolin, Jasnah pensaba que los Portadores del Vacío iban a regresar.

—¿Qué? —dijo él, frunciendo el ceño—. Ni siquiera creía en el Poderoso. ¿Por qué iba a creer en los Portadores del Vacío?

—Tenía pruebas —contestó Shallan, señalando el papel con un dedo—. Me temo que casi todo el material se perdió en el océano, pero conservo algunas notas tuyas, y... Adolin, ¿crees que costaría mucho convencer a los altos príncipes para que se deshicieran de los parshmenios?

—¿Deshacerse de qué?

—¿Sería muy difícil que todo el mundo dejara de utilizar a los parshmenios como esclavos? Expulsarlos, o... —Tormentas. No quería iniciar un genocidio, ¿no? Pero eran los Portadores del Vacío —... o liberarlos o algo. Sacarlos de los campamentos de guerra.

—¿Que si sería muy difícil? —repitió Adolin—. De entrada, yo diría que imposible. O, para ser más exacto, completamente imposible. ¿Por qué habríamos de hacer una cosa así?

—Jasnah pensaba que podían estar relacionados con los Portadores del Vacío y su regreso.

Adolin sacudió la cabeza, divertido.

—Shallan, apenas podemos conseguir que los altos príncipes libren esta guerra adecuadamente. Si mi padre o el rey exigieran que todo el mundo se deshiciera de sus parshmenios... ¡Tormentas! El reino se rompería en un segundo.

Así que Jasnah tenía también razón en eso. No le extrañaba. A Shallan le interesaba ver hasta qué punto se oponía Adolin a la idea. Él tomó un gran sorbo de vino, completamente anonadado.

Hora de dar marcha atrás, entonces. La cita había salido bastante bien: Shallan no quería acabarla con una nota amarga.

—Era lo que decía Jasnah, pero en realidad preferiría que la brillante dama Navani juzgara lo importante que era esa sugerencia. Ella conocía a su hija y los estudios de esta mejor que nadie.

Adolin asintió.

—Entonces ve a verla.

Shallan tamborileó con los dedos el papel.

—Lo he intentado. No está muy dispuesta a colaborar.

—A veces la tía Navani puede ser abrumadora.

—No es eso —dijo Shallan, mirando las palabras de la carta. Era una respuesta que había recibido después de solicitar reunirse con la mujer para discutir el trabajo de su hija—. No quiere reunirse conmigo. Apenas parece reconocer que existo.

Adolin suspiró.

—No quiere creerlo. Lo de Jasnah, quiero decir. Así que para ella representas la verdad, en cierto modo. Dale tiempo. Necesita superar la pena.

—No estoy segura de que sea algo que pueda esperar, Adolin.

—Hablaré con ella. ¿Qué te parece?

—Maravilloso —dijo Shallan—. Digno de ti.

Él sonrió.

—No es nada. Quiero decir, si vamos a casi-más-o-menos-tal-vez casarnos, deberíamos cuidar de los intereses del otro. —Hizo una pausa—. Pero no menciones ese asunto de los parshmenios a nadie más. No es algo que vaya a sentar bien.

Ella asintió con aire ausente y luego advirtió que se había quedado mirándolo. Iba a besar aquellos labios algún día. Se permitió imaginarlo.

Y, por los ojos de Ceniza..., Adolin tenía un aire muy amistoso. No esperaba una cosa así en una persona de tan alta cuna. En realidad nunca había conocido a nadie de su rango antes de ir a las Llanuras Quebradas, pero todos los hombres que conocía cerca de su nivel se habían mostrado estirados e incluso furiosos.

Adolin no. Tormentas, estar con él era una de las cosas a las que podría acostumbrarse mucho, mucho.

La gente comenzó a agitarse en el patio. Al principio Shallan no les hizo caso, pero luego muchos empezaron a levantarse de sus asientos para mirar hacia el este.

La alta tormenta. Claro.

Shallan sintió una punzada de alarma cuando volvió la vista hacia el Origen de las Tormentas. El viento arreció, hojas y otros restos revolotearon por el patio. Allá abajo, en el Mercado Externo, los comerciantes habían recogido las cosas, plegado las tiendas, retirado los toldos y cerrado las ventanas. Todos los campamentos de guerra se preparaban.

Shallan guardó sus pertenencias en el zurrón, luego se puso en pie, se acercó al borde de la terraza y apoyó los dedos de la mano libre sobre la barandilla de piedra. Adolin la siguió. Tras ellos, la gente susurraba y se congregaba. Shallan oyó el hierro rechinando contra la piedra: los parshmenios habían empezado a retirar las mesas y sillas, guardándolas para protegerlas y abrir un camino para que los ojos claros se retiraran a lugar seguro.

El horizonte había pasado de rojo claro a rojo oscuro, como un hombre que se ruboriza de ira. Shallan se aferró a la barandilla, contemplando cómo el mundo entero se transformaba. Las enredaderas se retiraron, los rocabrotes se cerraron. La hierba se escondió en sus agujeros. Lo sabían, de algún modo. Todos lo sabían.

El aire se volvió gélido y húmedo, y los vientos previos a la tormenta la asaltaron, revolviéndole el pelo.

Bajo ellos, al norte, los campamentos de guerra habían apilado las basuras y todo tipo de material sobrante para que se los llevara la tormenta. Era una práctica prohibida en la mayoría de las zonas civilizadas, donde los residuos podían llegar a la ciudad siguiente. Pero allí no había ninguna otra ciudad.

El horizonte se oscureció aún más. Unas cuantas personas huyeron del balcón a la seguridad de la habitación trasera, vencidas por los nervios, pero la mayoría se quedó, en silencio. Los vientos pren zigzagueaban en las alturas como diminutos ríos de luz. Shallan cogió a Adolin del brazo y miró hacia el este. Transcurrieron varios minutos hasta que por fin la vio.

La muralla de la tormenta.

Una enorme cortina de agua y residuos que volaba ante la tormenta. En algunos lugares destellaba con luces, revelando movimiento y sombras interiores. Como el esqueleto de una mano cuando la luz iluminaba la carne, había algo dentro de esta muralla de destrucción.

La mayor parte de la gente huyó del balcón, aunque la muralla de la tormenta aún quedaba lejos. En unos instantes solo quedaron unos pocos, Shallan y Adolin entre ellos. Ella observó, transfigurada, mientras la tormenta se acercaba. Tardó más de lo que esperaba. Se movía a velocidad increíble, pero era tan grande que habían podido localizarla desde muy lejos.

Consumió las Llanuras Quebradas, meseta a meseta, y no tardó en alzarse sobre los campamentos de guerra con un rugido.

—Deberíamos retirarnos —dijo por fin Adolin. Ella apenas lo oyó.

Vida. Algo vivía dentro de esa tormenta, algo que ninguna artista había plasmado jamás, que ninguna erudita había descrito nunca.

—¡Shallan! —Adolin empezó a tirar de ella hacia la sala protegida. Ella se agarró a la barandilla con la mano libre, permaneciendo en el sitio, apretando el zurrón contra su pecho con la mano segura. Aquel zumbido era Patrón.

Nunca había estado tan cerca de una alta tormenta. Aunque había permanecido solo a centímetros de una, separada por un postigo, no había estado tan cerca como en ese momento. Viendo aquella oscuridad descender sobre los campamentos...

«Tengo que dibujar».

—¡Shallan! —exclamó Adolin, soltándola de la barandilla—. ¡Cerrarán las puertas si no nos vamos ya!

Con un sobresalto, ella advirtió que todos los demás se habían marchado del balcón. Permitió que Adolin se la llevara y se unió a él en la carrera por cruzar el patio vacío. Llegaron a la habitación lateral, repleta de ojos claros agazapados que observaban llenos de terror. Los guardias de Adolin entraron justo después que ella y varios parshmenios cerraron las gruesas puertas. La barra encajó en su sitio, bloqueando el cielo, dejándolos con la luz de las esferas de las paredes.

Shallan contó. Sintió la llegada de la alta tormenta. Algo más allá de los golpes en la puerta y el distante sonido del trueno.

—Seis segundos —dijo.

—¿Qué? —preguntó Adolin. Su voz sonaba apagada, y todos los demás en la habitación hablaban en susurros.

—Han pasado seis segundos desde que los criados cerraron las puertas y la llegada de la tormenta. Podríamos haber pasado ese tiempo ahí fuera.

Adolin la miró con expresión de incredulidad.

—Cuando te diste cuenta de lo que estábamos haciendo en ese balcón, parecías aterrorizada.

—Lo estaba.

—¿Y ahora deseas haberte quedado hasta el último momento antes de que la tormenta nos alcanzara?

—Yo... Sí —contestó ella, ruborizándose.

—La verdad, me desconciertas. —Adolin la miró—. No te pareces a nadie que haya conocido.

—Es mi aire de mística femenina.

Él alzó una ceja.

—Es un término que utilizamos cuando nos sentimos particularmente erráticas —explicó Shallan—. Se considera educado no comentar que lo sabes. Y ahora... ¿esperamos aquí dentro?

—¿En esta madriguera? —preguntó Adolin, divertido—. Somos ojos claros, no ganado. —Hizo un gesto hacia un lado, donde varios criados habían abierto las puertas que conducían a otros lugares excavados más profundamente en la montaña—. Dos salas de estar. Una para los hombres, otra para las mujeres.

Shallan asintió. A veces durante una alta tormenta, hombres y mujeres se retiraban a charlar en habitaciones separadas. Parecía que esa taberna seguía tal tradición. Probablemente tendrían comida para picar. Shallan se dirigió a la sala indicada, pero Adolin le puso una mano en el brazo para que se detuviera.

—Me encargaré de llevarte a las Llanuras Quebradas —declaró—. Amaram ha dicho que quiere explorar más de lo que puede hacer durante las cargas en las mesetas. Creo que mi padre y él van a cenar para hablar sobre el tema mañana por la noche, y les preguntaré si puedo llevarte. También hablaré con mi tía Navani. Tal vez podamos discutir qué he conseguido en el banquete de la próxima semana.

—¿Hay un banquete la próxima semana?

—Siempre hay un banquete la próxima semana —dijo Adolin—. Solo tenemos que descubrir quién lo ofrece. Ya te lo indicaré.

Ella sonrió y entonces se separaron. «Falta demasiado para la próxima semana —pensó Shallan—. Tendré que encontrar un modo que no sea demasiado embarazoso para encontrarme con él».

¿De verdad le había prometido ayuda para criar abismoides? Como si necesitara algo más en lo que ocupar su tiempo. Con todo, se sintió bien por cómo había ido el día mientras entraba en la sala de estar de las mujeres, al tiempo que sus guardias ocupaban su lugar en la sala de espera adecuada.

Shallan recorrió la sala de las mujeres, que estaba bien iluminada con gemas reunidas en cuencos: piedras talladas, pero no en forma de esfera. Una muestra cara.

Pensó que, si sus maestras pudieran verla, ambas se sentirían decepcionadas por su conversación con Adolin. Tyn habría querido que manipulara más al príncipe; Jasnah habría recomendado que Shallan se mostrara más elegante y que hubiera moderado su

lengua.

De todas formas, parecía que le gustaba a Adolin. Eso la hizo querer aplaudir.

Las expresiones de las mujeres que la rodeaban sofocaron esa emoción. Algunas le dieron la espalda, otras fruncieron los labios y la miraron con escepticismo de arriba abajo. Cortejar al soltero más codiciado del reino no iba a hacerla más popular, sobre todo siendo una extranjera.

Eso no la molestó. No anhelaba la aceptación de estas mujeres: solo necesitaba encontrar Urithiru y los secretos que contenía. Ganarse la confianza de Adolin era un gran paso en esa dirección.

Decidió recompensarse atiborrándose de dulces y pensando en su plan para colarse en la casa del brillante señor Amaram.



Mas si había una gema sin tallar entre los Radiantes, eran los Formadores de Voluntad; pues aunque eran emprendedores, también eran erráticos, e Invia escribió de ellos: «Caprichosos, frustrantes, poco fiables», ya que daban por hecho que los demás estarían de acuerdo; puede que se tratara de una visión intolerante, como Invia expresó a menudo, pues se decía que esta orden era la más variada, de temperamento voluble salvo por un amor generalizado hacia la aventura, la novedad y la rareza.

De Palabras radiantes, capítulo 7, página 1

Adolin estaba sentado en una silla de respaldo alto, con una copa de vino en la mano, escuchando el rugido de la alta tormenta en el exterior. Tendría que haberse sentido a salvo en ese búnker de roca, pero había algo en las tormentas que minaban cualquier sensación de seguridad, sin importar lo racional que esta fuera. Se alegraría cuando llegara el Llanto y el final de las altas tormentas durante unas pocas semanas.

Adolin alzó su copa hacia Elit, que pasaba de largo. No había visto al hombre arriba, en la terraza de la taberna, pero esa cámara también servía como búnker para varias tiendas del Mercado

Exterior.

—¿Estás preparado para nuestro duelo? —le preguntó Adolin—. Llevas una semana entera haciéndome esperar, Elit.

El hombre, bajo y calvo, tomó un sorbo de vino y luego bajó la copa sin mirar a Adolin.

—Mi primo está planeando matarte por haberme desafiado —dijo—. Después me va a matar a mí por aceptar el desafío. —Finalmente se volvió hacia Adolin—. Pero cuando te aplaste en la arena y reclame todas las esquirlas de tu familia, seré rico y a él lo olvidarán. ¿Que si estoy preparado para el duelo? Lo espero anhelante, Adolin Kholin.

—Tú eres quien ha querido esperar —observó Adolin.

—Más tiempo para saborear lo que voy a hacer contigo. —Elit sonrió con sus labios blancos y pasó de largo.

Un tipo extraño. Bueno, Adolin se encargaría de él al cabo de dos días, para cuando estaba establecido su duelo. Sin embargo, antes de eso estaba la reunión que se celebraría a la mañana siguiente con el portador de esquirlada parshendi. Un hecho que gravitaba sobre él como una nube de tormenta. ¿Qué sucedería si finalmente lograban la paz?

Reflexionó sobre el tema, mirando su vino y escuchando a medias a Elit charlar con alguien allá atrás. A Adolin le pareció reconocer la voz.

Se irguió en el asiento y miró por encima del hombro. ¿Cuánto tiempo llevaba allí Sadeas, y por qué no lo había visto al entrar?

Sadeas se volvió hacia él con una sonrisa tranquila en el rostro.

«Tal vez solo...».

Sadeas se le acercó con las manos a la espalda, vestido con una casaca corta de color marrón y un abrigo verde bordado. Los botones de la casaca eran gemas: esmeraldas a juego con el abrigo.

Tormentas. Ese día no tenía ganas de tratar con Sadeas.

El alto príncipe se sentó junto a Adolin, de espaldas a la chimenea que un parshmenio había empezado a encender. La sala era un murmullo de nerviosas conversaciones. Nunca se podía estar cómodo del todo, no importaba lo bonito que fuera el decorado, cuando una alta tormenta se desencadenaba en el exterior.

—Joven Adolin —dijo Sadeas—, ¿qué te parece mi casaca?

Adolin tomó un sorbo de vino, sin confiar en su respuesta.

«Tendría que levantarme e irme». Pero no lo hizo. Una pequeña parte de sí mismo deseaba que Sadeas lo provocara, que le obligara a olvidar sus inhibiciones, que lo impulsara a cometer una estupidez. Matar al hombre allí mismo, en ese instante, probablemente causaría la ejecución de Adolin... o al menos el exilio. Tal vez mereciera la pena sufrir el castigo.

—Siempre has tenido muy buen ojo en cuestiones de estilo —continuó Sadeas—. Me gustaría conocer tu opinión. Creo que la casaca es espléndida, pero me preocupa que al ser tan corta esté pasada de moda. ¿Qué es lo último en Liafor?

Sadeas se tiró de la casaca, moviendo la mano para mostrar un anillo a juego con los botones. La esmeralda del anillo, como las de la chaqueta, no estaba tallada. Brillaban suavemente con luz tormentosa.

«Esmeraldas sin tallar», pensó Adolin, y luego alzó la cabeza para encontrar la mirada de Sadeas. El hombre sonrió.

—Las gemas son adquisiciones recientes —señaló—. Me gustan.

Conseguidas tras una incursión en la meseta con Ruthar en la que no tendría que haber estado. Adelantarse a los otros altos príncipes era propio de los viejos tiempos, cuando cada uno de ellos trataba de ser el primero y reclamar sus ganancias.

—Te odio —susurró Adolin.

—Haces bien —dijo Sadeas, retirando la mano de la casaca. Asintió hacia los guardias de Adolin, hombres de los puentes, que observaban con clara hostilidad—. ¿Mi antigua propiedad te trata bien? Los he visto patrullar por el mercado. Me resulta divertido por motivos que dudo poder explicar.

—Patrullan para conseguir un Alezkar mejor —dijo Adolin.

—¿Eso es lo que quiere Dalinar? Me sorprende oírlo. Habla de justicia, naturalmente, pero no permite que la justicia siga su curso. No adecuadamente.

—Sé adónde quieres ir a parar, Sadeas —replicó Adolin—. Te molesta que no te hayamos permitido que, como Alto Príncipe de Información, tus jueces intervengan en nuestro campamento. Bueno, te haré saber que mi padre ha decidido dejar...

—¿Alto Príncipe de... Información? ¿No te has enterado? Hace poco he renunciado a ese título.

—¿Qué?

—Sí —dijo Sadeas—. Me temo que nunca fui muy buena elección para ese puesto. Mi temperamento shalashiano, tal vez. Le deseo buena suerte a Dalinar para encontrar un sustituto... aunque por lo que he oído, los otros altos príncipes han llegado al acuerdo de que ninguno de nosotros está... capacitado para ese tipo de nombramientos.

«Renuncia a la autoridad del rey», pensó Adolin. Tormentas, eso no era buena señal. Apretó los dientes y se encontró extendiendo la mano hacia el costado para invocar su espada. No. Retiró la mano. Encontraría un modo de forzar a Sadeas a batirse en duelo. Si lo mataba en ese momento (sin importar cuánto lo mereciera) socavaría las mismas leyes y códigos que el padre de Adolin tanto se esforzaba por mantener.

Pero, tormentas... Adolin se sintió tentado.

Sadeas volvió a sonreír.

—¿Me consideras un hombre malvado, Adolin?

—Ese es un término demasiado simple —replicó Adolin—. No eres solo malvado, eres una anguila egoísta repleta de crem que intenta estrangular a este reino con su mano bulbosa y bastarda.

—Elocuente —dijo Sadeas—. Pero sin duda serás consciente de que yo creé este reino.

—Solo ayudaste a mi padre y mi tío.

—Ninguno de los dos existe ya —replicó Sadeas—. El Espina Negra está tan muerto como el viejo Gavilar. En cambio, dos idiotas gobiernan este reino, y cada uno de ellos es, en cierto modo, una sombra del hombre que amé. —Se inclinó hacia delante, mirando a Adolin directamente a los ojos—. No estoy estrangulando a Alezkar, hijo. Estoy intentando por todos los medios que unos pocos pedazos sean lo bastante fuertes para soportar el colapso que está provocando tu padre.

—No me llames hijo —susurró Adolin.

—De acuerdo —replicó Sadeas, poniéndose en pie—. Pero te diré una cosa. Me alegra que sobrevivieras a los hechos de la Torre aquel día. Serás un buen alto príncipe en los meses venideros. Tengo la sensación de que dentro de unos diez años, después de una extensa guerra civil entre nosotros dos, nuestra alianza será fuerte. Para entonces, comprenderás por qué hice lo que hice.

—Lo dudo. Te habré atravesado el vientre con mi espada mucho

antes, Sadeas.

El interpelado alzó su copa de vino y luego se marchó para reunirse con otro grupo de ojos claros. Adolin soltó un largo suspiro de cansancio antes de arrellanarse en su asiento. Cerca, su hombre del puente, el de pequeña estatura y sienes canosas, asintió con la cabeza en gesto de respeto.

Adolin permaneció allí sentado, sintiéndose exhausto, hasta mucho después de que la alta tormenta terminara y la gente empezara a marcharse. Adolin prefería esperar a que la lluvia cesara por completo antes de irse, de todas formas. Nunca le había gustado el aspecto de su uniforme cuando se mojaba.

Al cabo de un rato se levantó, reunió a sus dos guardias y salió de la taberna a un cielo gris y un Mercado Exterior desierto. Había superado más o menos la conversación con Sadeas y no dejaba de recordarse que hasta ese momento el día había ido muy bien.

Shallan y su carruaje se habían marchado ya, naturalmente. Adolin podría haber mandado pedir uno, pero después de permanecer encerrado tanto tiempo, le apetecía caminar al aire libre, en el ambiente helado, húmedo y fresco que quedaba tras la tormenta.

Con las manos en los bolsillos de su uniforme, echó a andar por el Mercado Exterior, evitando los charcos. Los jardineros habían empezado a cultivar cortezapizarra ornamental a los lados del camino, aunque todavía no era muy alta, apenas unas pulgadas. Un buen risco de cortezapizarra podía tardar años en crecer adecuadamente.

Aquellos dos insufribles hombres del puente lo siguieron. No es que Adolin tuviera nada personal contra ellos, pues parecían tipos bastante amigables, sobre todo cuando estaban lejos de su comandante. Pero es que no le gustaba tener niñera. Aunque la tormenta se había perdido hacia el este, la tarde seguía siendo sombría. No encontró a mucha gente, así que sus únicos acompañantes eran los hombres del puente... Bueno, ellos y una legión de cremlinos que habían emergido para cebarse con las plantas que lamían el agua de los charcos.

¿Por qué pasaban las plantas más tiempo en sus conchas allí que en casa? Shallan probablemente lo sabría. Adolin sonrió, arrinconando en el fondo de su mente la imagen de Sadeas. Su

relación con Shallan estaba funcionando. Sin embargo, siempre funcionaba al principio, así que contuvo su entusiasmo.

La joven era maravillosa. Exótica, ingeniosa, y no asfixiada por el decoro alezi. Era más lista que él, pero eso no lo hacía sentirse estúpido. Era un gran punto a su favor.

Salió del mercado y cruzó el terreno descubierto que había más allá, hasta llegar al campamento de guerra de Dalinar. Los guardias le dejaron pasar con firmes saludos. Se detuvo en el mercado del campamento, comparando los artículos que veía allí con los del mercado cercano al Pináculo.

«¿Qué sucederá con este lugar cuando termine la guerra?», pensó. La guerra terminaría algún día. Quizás al día siguiente, con las negociaciones con el portador de esquivada parshendi.

La presencia alezi allí no terminaría, sobre todo teniendo en cuenta que había que cazar a los abismoides, pero sin duda esta población tan grande no podría mantenerse, ¿no? ¿De verdad sería testigo de un cambio permanente en la sede del rey?

Horas más tarde, después de pasarse un rato en las joyerías buscando algo para Shallan, Adolin llegó al complejo de su padre en compañía de sus custodios. Para entonces, los pies empezaban a dolerle y el campamento estaba oscuro. Bostezó, encaminándose entre las cavernosas tripas de la morada de su padre, tan parecida a un búnker. ¿No era hora de construir una mansión adecuada? Ser un ejemplo estaba bien y todo eso, pero había ciertas cuestiones que una familia como la suya debería mantener. Sobre todo si las Llanuras Quebradas iban a continuar siendo tan importantes como hasta entonces. Era...

Vaciló, deteniéndose en un cruce y mirando a la derecha. Pretendía visitar las cocinas para tomar un tentempié, pero un grupo de hombres se movía y proyectaba sombras en la otra dirección mientras hablaban entre susurros.

—¿Qué ocurre? —exigió Adolin, quien se dirigió al grupo seguido por sus dos guardias—. ¿Soldados? ¿Qué habéis descubierto?

Los hombres se dieron la vuelta para formar y saludar con las lanzas al hombro. Eran más hombres del puente de la unidad de Kaladin. Justo más allá estaban las puertas del ala donde Dalinar, Adolin y Renarin tenían sus aposentos. Las puertas estaban abiertas,

y los hombres habían colocado esferas en el suelo.

¿Qué estaba pasando? En circunstancias normales habría dos o tal vez cuatro hombres de guardia allí. No ocho. Y... ¿por qué había un parshmenio con uniforme de guardia y empuñando una lanza como los demás?

—¡Señor! —dijo el hombre delgado que parecía dirigirlos—. Nos dirigíamos a comprobar el estado del alto príncipe cuando...

Adolin no escuchó el resto. Se abrió paso entre los hombres del puente y por fin vio lo que las esferas iluminaban en el suelo de la sala de estar.

Más glifos garabateados. Adolin se arrodilló, tratando de leerlos. Por desgracia, no habían sido dibujados con ningún tipo de imagen que ayudara. Le pareció que eran números...

—Treinta y dos días —dijo uno de los hombres del puente, un bajo azishiano—. Busca el centro.

Maldición.

—¿Se lo habéis contado a alguien? —preguntó Adolin.

—Acabamos de encontrarlo —dijo el azishiano.

—Colocad guardias en cada extremo del pasillo —ordenó Adolin—. Y mandad llamar a mi tía.

Adolin invocó su hoja esquilada, la descartó y finalmente volvió a invocarla. Una costumbre nerviosa. La bruma blanca apareció, manifestándose como diminutas enredaderas que brotaban en el aire, antes de tomar la forma de una espada esquilada, que de repente pesó en su mano.

Permaneció de pie en la sala de estar. Aquellas marcas ominosas lo miraban, como en un silencioso desafío. La puerta cerrada mantenía a los hombres del puente fuera, de modo que solo Dalinar, Navani y él participaban en la discusión. Adolin quería usar la espada para destruir aquellos malditos glifos. Dalinar había demostrado que estaba cuerdo. La tía Navani casi había traducido un documento entero escrito en el canto del alba, usando las palabras de las visiones de su padre como guía.

Las visiones eran del Todopoderoso. Todo tenía sentido.

Y ahora esto.

—Las han hecho con un cuchillo —dijo Navani, arrodillada

junto a los glifos. La sala de estar era una zona grande y descubierta, usada para recibir a las visitas o celebrar reuniones. Las puertas más allá conducían al estudio y los dormitorios.

—Este cuchillo —replicó Dalinar, alzando una daga similar a las que llevaban la mayoría de los ojos claros—. Mi cuchillo.

El filo estaba embotado y aún mostraba restos de piedra. Los arañosos cuadraban con el tamaño de la hoja. Lo habían encontrado delante de la puerta del estudio de Dalinar, donde este había pasado la alta tormenta. Solo. El carruaje de Navani se había retrasado y se había visto obligada a regresar al palacio para no arriesgarse a que la atrapara la tormenta.

—Alguien más podría haberlo cogido para hacer esto —exclamó Adolin—. Podrían haberse colado en tu estudio y apoderarse de él mientras te consumían las visiones, para salir aquí y...

Los otros dos lo miraron.

—A menudo ocurre que la respuesta más sencilla es la correcta —dijo Navani.

Adolin suspiró, descartó su espada y se desplomó en una silla junto a los ofensivos glifos. Su padre permanecía firme. De hecho, nunca había parecido más firme que en ese momento, con las manos a la espalda, los ojos apartados de los glifos mirando a la pared... hacia el este.

Dalinar era una roca, un peñasco demasiado grande para que lo movieran incluso las tormentas. Parecía tan seguro... Era algo a lo que aferrarse.

—¿No recuerdas nada? —le preguntó Navani a Dalinar, poniéndose en pie.

—No. —Dalinar se volvió hacia Adolin—. Creo que ahora ha quedado claro quién estaba detrás de esto. ¿Por qué te molesta tanto, hijo?

—Es la idea de que escribas en el suelo —dijo Adolin, estremeciéndose—. Perdido en una de esas visiones, sin control de ti mismo.

—El camino que el Todopoderoso ha elegido para mí es extraño —dijo Dalinar—. ¿Por qué necesito obtener así la información? ¿Arañosos en el suelo o en la pared? ¿Por qué no decírmelo claramente en las visiones?

—Es una predicción —dijo Adolin en voz baja—. Ver el futuro.

Algo propio de los Portadores del Vacío.

—Sí. —Dalinar entornó los ojos—. Busca el centro. ¿Tú que crees, Navani? ¿El centro de las Llanuras Quebradas? ¿Qué verdades se esconden allí?

—Los parshendi, obviamente.

Hablaban del centro de las Llanuras Quebradas como si conocieran el lugar. Pero allí no había estado ningún hombre, solo parshendi. Para los alezi, la palabra «centro» solo se refería a la enorme extensión de mesetas inexploradas que había más allá de los bordes conocidos.

—Sí —dijo el padre de Adolin—. Pero ¿dónde? ¿Tal vez se mueven de sitio? Tal vez no haya ninguna ciudad parshendi en el centro.

—Solo podrían moverse si tuvieran moldeadores de almas —dijo Navani—, cosa que dudo personalmente. Se habrán atrincherado en alguna parte. No son un pueblo nómada, y no hay motivo para que se trasladen.

—Si podemos lograr la paz —murmuró Dalinar—, llegar al centro sería mucho más fácil... —Miró a Adolin—. Que los hombres del puente llenen esos arañazos de crem, y luego coloquen la alfombra sobre esa sección del suelo.

—Me encargaré de que así se haga.

—Bien. —Dalinar parecía distante—. Después de eso, duerme un poco, hijo. Mañana es un gran día.

Adolin asintió.

—Padre, ¿sabías que había un parshmenio entre los hombres del puente?

—Sí. Hay uno entre sus filas desde el principio, pero no lo armaron hasta que di permiso.

—¿Por qué hiciste una cosa así?

—Por curiosidad —respondió Dalinar. Se dio la vuelta e indicó con la cabeza los glifos del suelo—. Dime, Navani, suponiendo que esos números sean una cuenta atrás hacia una fecha, ¿es un día en que vaya a haber una alta tormenta?

—¿Treinta y dos días? —preguntó Navani—. Será en mitad del Llanto. Treinta y dos días ni siquiera será el final exacto del año, sino dos días antes. No logro dilucidar el significado.

—Ah, era una respuesta demasiado conveniente de todas formas.

Muy bien. Dejemos que entren los guardias y hagámosles jurar que mantendrán el secreto. No nos interesa que cunda el pánico.



En resumen, si alguien piensa que Kazilah era inocente, que examine los hechos y los niegue por completo; decir que los Radiantes perdieron su integridad al ejecutar a uno de los suyos, alguien que había confraternizado de manera tan obvia con los elementos insanos, indica el más indolente de los razonamientos; pues la siniestra influencia del enemigo exigía vigilancia en todas las ocasiones, en la paz y en la guerra.

De Palabras radiantes, capítulo 32, página 17

Al día siguiente, Adolin se calzó las botas, con el pelo todavía mojado tras el reconfortante baño matutino. Resultaba sorprendente la diferencia que podían suponer un poco de agua caliente y algo de tiempo para reflexionar. Había tomado dos decisiones.

No iba a preocuparse por la desconcertante conducta de su padre durante las visiones. Todo aquello (las visiones, la orden de volver a fundar los Caballeros Radiantes, la preparación para un desastre que podía producirse o no) formaba parte de lo mismo. Adolin ya había decidido creer que su padre no estaba loco. Seguir preocupándose carecía de sentido.

La otra decisión podía crearle problemas. Salió de sus aposentos y se dirigió a la sala de estar, donde Dalinar estaba ya haciendo

planes con Navani, el general Khal, Teshav, y el capitán Kaladin. Renarin, frustrantemente, guardaba la puerta, ataviado con un uniforme del Puente Cuatro. Se había negado a renunciar a aquella decisión suya, a pesar de la insistencia de Adolin.

—Necesitaremos a los hombres de los puentes de nuevo —dijo Dalinar—. Si algo sale mal, puede que nos haga falta una retirada rápida.

—Prepararé a los puentes Cinco y Doce para ese día, señor —dijo Kaladin—. Esos hombres parecen echar de menos sus puentes, y hablan con afecto de las cargas.

—¿No eran baños de sangre? —preguntó Navani.

—En efecto —contestó Kaladin—, pero los soldados son gente extraña, brillante. El desastre los une. Esos hombres nunca querrían volver, pero siguen identificándose como hombres de los puentes.

El general Khal asintió, aunque Navani seguía asombrada.

—Yo tomaré mi posición aquí —dijo Dalinar, indicando un mapa de las Llanuras Quebradas—. Podemos explorar la meseta de reunión primero, mientras yo espero. Al parecer tiene algunas formaciones rocosas extrañas.

—Parece buena idea —dijo la brillante Teshav.

—Lo es —intervino Adolin, uniéndose al grupo—, excepto en una cosa. Tú no estarás allí, padre.

—Adolin —repuso Dalinar con tono dolido—, sé que piensas que es demasiado peligroso, pero...

—Es demasiado peligroso, sí —añadió Adolin—. El asesino sigue ahí fuera... y la última vez nos atacó el mismo día que el mensajero parshendi llegó al campamento. ¿Y ahora vamos a reunirnos con el enemigo en las Llanuras Quebradas? Padre, no puedes ir.

—Tengo que hacerlo. Adolin, esto podría significar el final de la guerra. Podría significar repuestas: por qué nos atacaron en primer lugar. No renunciaré a esta oportunidad.

—No vamos a renunciar a nada —declaró Adolin—. Solo vamos a hacer las cosas de manera un poco distinta.

—¿Cómo? —preguntó Dalinar, entornando los ojos.

—Bueno, para empezar, yo iré en tu lugar.

—Imposible —replicó Dalinar—. No arriesgaré a mi hijo en...

—¡Padre! —exclamó Adolin—. ¡Eso queda fuera de discusión!

La habitación quedó en silencio. Dalinar retiró la mano del mapa

mientras Adolin tensaba la mandíbula, soportando la mirada de su padre. Tormentas, era difícil oponerse a Dalinar Kholin. ¿Se daba cuenta su padre de la presencia que tenía, de la forma en que hacía actuar a la gente simplemente por lo que esperaba de ellos?

Nadie le llevaba la contraria. Dalinar hacía lo que quería. Por fortuna, entonces esos motivos tenían un propósito noble. Pero en muchos aspectos era el mismo hombre que veinte años antes había conquistado un reino. Era el Espina Negra, y conseguía lo que deseaba.

Excepto ese día.

—Eres demasiado importante —insistió Adolin, señalándolo—. Niégalo. Niega que las visiones son vitales. Niega que si mueres Alezkar se hará pedazos. Niega que todos los que estamos presentes en esta sala son menos importantes que tú.

Dalinar inspiró profundamente, luego exhaló despacio.

—No debería ser así. El reino tiene que ser lo bastante fuerte para sobrevivir a la pérdida de un hombre, no importa quién sea.

—Bueno, no hemos llegado ahí todavía —repuso Adolin—. Para hacerlo, vamos a necesitarte. Y eso significa que tienes que permitir que cuidemos de ti. Lo siento, padre, pero de vez en cuando debes dejar que la gente haga su trabajo. No puedes resolver todos los problemas tú solo.

—Tiene razón, señor —dijo Kaladin—. No deberías arriesgarte en las Llanuras Quebradas. No si hay otra opción.

—No veo que haya ninguna —declaró Dalinar con frialdad.

—Ya lo creo que la hay —contestó Adolin—. Pero voy a tener que pedir prestada la armadura esquilada de Renarin.

Para Adolin, lo más extraño de toda esta experiencia no era llevar la antigua armadura de su padre. A pesar de las diferencias estilísticas externas, las armaduras esquiladas solían encajar de modo similar. La armadura se adaptó, y poco después de llevarla puesta sintió como si fuera exactamente la suya propia.

Tampoco le resultaba raro cabalgar al frente del ejército, con el estandarte de Dalinar ondeando sobre su cabeza. Adolin llevaba ya seis semanas dirigiéndolo a la batalla.

No, lo más impropio era cabalgar el caballo de su padre.

Galante era un gran animal negro, más fornido y recio que *Sangre Segura*, el caballo de Adolin. *Galante* parecía un caballo de guerra incluso cuando se le comparaba con otro ryshadio. Por lo que Adolin sabía, ningún otro hombre aparte de Dalinar lo había montado jamás. Los ryshadios eran susceptibles. Dalinar había tenido que dar largas explicaciones al caballo para conseguir que este permitiera que Adolin sujetara las riendas, y aún más para montarse en la silla.

Al final lo había logrado, pero Adolin no se atrevería a cabalgar con *Galante* a la batalla: estaba bastante seguro de que el animal lo desazonaría y escaparía, buscando proteger a Dalinar. En efecto, parecía raro montar un caballo que no fuera *Sangre Segura*. Seguía esperando que *Galante* se moviera de forma diferente a como lo hacía, girando la cabeza en momentos distintos. Cuando Adolin le palmeaba el cuello, la crin del caballo se movía de maneras que no podía explicar. Su ryshadio y él eran más que simplemente jinete y caballo, y sintió una extraña melancolía por estar cabalgando sin *Sangre Segura*.

Tonterías. Tenía que permanecer concentrado. La comitiva se acercó a la llanura de reunión, que tenía un extraño montículo de roca cerca del centro. La meseta estaba más cerca del lado alezi que del parshendi, pero se encontraba mucho más al sur de lo que Adolin había llegado jamás. Las primeras patrullas de reconocimiento habían dicho que los abismoides eran más comunes en esta región, pero nunca habían divisado una crisálida allí. Una especie de territorio de caza, pero ¿no un lugar donde pupar?

Los parshendi no habían llegado todavía. Cuando los oteadores indicaron que la meseta era segura, Adolin instó a *Galante* a cruzar el puente móvil. Sentía calor con la armadura: las estaciones, según parecía, habían decidido acercarse un poco a la primavera y quizás incluso al verano.

Se aproximó al montículo de roca del centro. Era realmente extraño. Adolin lo rodeó, advirtiéndolo su forma, abultada en algunos sitios, casi como...

—Es un abismoide —advirtió. Pasó ante la cara, una piedra ahuecada que evocaba exactamente el aspecto de la cabeza de un abismoide. ¿Una estatua? No, parecía demasiado natural. Un abismoide había muerto allí hacía siglos y en vez de haberse

desintegrado con los vientos, se había cubierto lentamente de crem.

El resultado era espeluznante. El crem había reproducido la forma de la criatura, aferrándose al caparazón, enterrándolo. La enorme roca parecía un ser nacido de la piedra, como en las antiguas historias de los Portadores del Vacío.

Adolin se estremeció, apartó al caballo del cadáver de piedra y se dirigió al otro lado de la meseta. Poco después, oyó a los vigías dar la alarma. Venían los parshendi. Se preparó, listo para invocar su hoja esquirlada. Tras él se desplegaron un grupo de hombres de los puentes, diez en total, incluyendo al parshmenio. El capitán Kaladin se había quedado con Dalinar en el campamento, por si acaso.

Adolin era el que estaba más expuesto. Una parte de él deseaba que el asesino acudiera ese día. Así podría volver a ponerse a prueba. De todos los duelos que esperaba librar en el futuro, ese (contra el hombre que había matado a su tío) sería el más importante, aún más que eliminar a Sadeas.

El asesino no apareció mientras un grupo de doscientos parshendi cruzaba desde la meseta contigua, saltando ágilmente y aterrizando en la del encuentro. Los soldados de Adolin se agitaron, las armaduras tintinearón, las lanzas se aprestaron. Habían pasado años desde que hombres y parshendi se reunieron por última vez sin derramamiento de sangre.

—Muy bien —dijo Adolin—. Traed a mi escriba.

La brillante Inadara se abrió paso entre los hombres, sentada en un palanquín. Dalinar había querido que Navani se quedara con él, ostensiblemente porque quería su consejo, pero también para protegerla.

—Vamos —dijo Adolin, instando a *Galante* para que avanzara. Cruzaron la meseta, solo él y la brillante Inadara, que se bajó del palanquín para ir caminando. Era una matrona madura, con el pelo gris, que llevaba corto por comodidad. Adolin había visto escobas más voluptuosas que ella, pero era de inteligencia aguda y una escriba tan digna de fiar como la que más.

La portadora de esquirlada parshendi salió de entre las filas y avanzó sola entre las rocas. Tranquila, sin preocupaciones. Era una criatura llena de confianza.

Adolin desmontó y continuó a pie el resto del camino, con

Inadara a su lado. Se detuvieron a pocos pasos de la parshendi, los tres solos en la extensión rocosa, con el abismoide fosilizado mirándolos desde la izquierda.

—Soy Eshonai —se presentó la parshendi—. ¿Me recuerdas?

—No —respondió Adolin. Habló con voz grave para intentar imitar el tono de su padre y esperó que, con el yelmo puesto, lograra engañar a la mujer, que no podía saber bien cómo hablaba Dalinar.

—No me extraña —dijo Eshonai—. Yo era joven y sin importancia la primera vez que nos vimos. Apenas digna de recordar.

Adolin había esperado que la conversación de la parshendi fuera cantarina, por lo que había oído de ellos. Pero no fue así. Eshonai imprimía ritmo a sus palabras, en la forma en que las recalca y dónde se detenía. Cambiaba de tonos, pero el resultado era más un recitado que una canción.

Inadara sacó una tabla de escribir y una vinculacañas, luego empezó a anotar lo que decía Eshonai.

—¿Qué es esto? —exigió Eshonai.

—He venido solo, como pediste —dijo Adolin, tratando de proyectar el aire de mando de su padre—. Pero registraré lo que se diga y lo enviaré a mis generales.

Eshonai no se alzó la visera, así que Adolin tuvo una buena excusa para no levantar la suya. Se miraban mutuamente a través de las rendijas para los ojos. Esto no iba tan bien como había esperado su padre, pero Adolin contaba con ello.

—Estamos aquí —dijo Adolin, utilizando las palabras que su padre le había sugerido— para discutir los términos de una rendición parshendi.

Eshonai se echó a reír.

—Ese no es el objetivo.

—Entonces, ¿cuál es? —exigió Adolin—. Parecías ansiosa por reunirte conmigo. ¿Por qué?

—Hay cosas que han cambiado desde que hablé con tu hijo, Espina Negra. Cosas importantes.

—¿Qué cosas?

—Cosas que no puedes imaginar —dijo Eshonai.

Adolin esperó, como reflexionando, pero en realidad estaba

dándole tiempo a Inadara para comunicarse con el campamento. La mujer se inclinó hacia él y le susurró lo que Navani y Dalinar le habían escrito para que dijera.

—Estamos cansados de esta guerra, parshendi —dijo Adolin—. Vuestro número disminuye. Lo sabemos. Establezcamos una tregua, una tregua que nos beneficie a ambos.

—No estamos tan débiles como crees —dijo Eshonai.

Adolin frunció el ceño. Cuando ella le había hablado antes parecía apasionada, acogedora. En cambio en ese momento se mostraba fría y despectiva. ¿Era correcto? Era parshendi. Tal vez las emociones humanas no podían aplicarse a ella.

Inadara volvió a susurrarle.

—¿Qué quieres? —preguntó Adolin, diciendo las palabras que le enviaba su padre—. ¿Cómo puede haber paz?

—Habrá paz, Espina Negra, cuando uno de nosotros esté muerto. He venido aquí porque quería verte con mis propios ojos, y quería advertirte. Acabamos de cambiar las normas de este conflicto. Ya no importa disputarnos las gemas.

¿Ya no importa? Adolin empezó a dudar. «Habla como si hubieran estado jugando a su propio juego todo este tiempo. No está desesperada, ni mucho menos». ¿Podrían los alezi haber errado tan profundamente en su valoración?

Ella se dio media vuelta para marcharse.

No. Todo esto, ¿solo para que la reunión acabara en nada? ¡Tormentas!

—¡Espera! —gritó Adolin, dando un paso al frente—. ¿Por qué? ¿Por qué actúas así? ¿Qué ha fallado?

Ella se volvió a mirarlo.

—¿De verdad quieres acabar con esto?

—Sí. Por favor. Quiero la paz. No importa a qué precio.

—Entonces tendrás que destruirnos.

—¿Por qué? —repitió Adolin—. ¿Por qué matasteis a Gavilar hace años? ¿Por qué traicionar nuestro tratado?

—El rey Gavilar —dijo Eshonai, como si reflexionara sobre el nombre—. No tendría que habernos revelado sus planes aquella noche. Pobre necio. No sabía. Alardeó, pensando que nosotros agradeceríamos el regreso de nuestros dioses. —Sacudió enérgicamente la cabeza, luego se volvió otra vez y saltó, haciendo

tintinear su armadura.

Adolin dio un paso atrás, sintiéndose inútil. Si su padre hubiera estado allí, ¿habría podido hacer más? Inadara seguía escribiendo, enviando las palabras a Dalinar.

Una respuesta suya llegó por fin.

—Regresad a los campamentos. No hay nada que tú, ni yo, pudiéramos haber hecho. Está claro que ya ha tomado su decisión.

Adolin se pasó el viaje de regreso de mal humor. Cuando finalmente unas horas más tarde llegó a los campamentos de guerra, encontró a su padre reunido con Navani, Khal, Teshav y los cuatro lores de batallón del ejército.

Juntos examinaban las palabras que había enviado Inadara. Un grupo de criados parshmenios servía en silencio vino y fruta. Teleb, vestido con la armadura que Adolin le había ganado a Eranniv en duelo, observaba desde un lado de la habitación, el martillo esquirlado a la espalda, la visera alzada. Su pueblo había gobernado antaño Alezkar. ¿Qué pensaba de todo esto? El hombre normalmente guardaba sus opiniones para sí.

Adolin entró en tromba en la sala, quitándose el yelmo de su padre..., bueno, de Renarin.

—Tendría que haberte permitido ir —declaró—. No era una trampa. Tal vez podrías haberla hecho entrar en razones.

—Son la gente que asesinó a mi hermano la misma noche en que firmaron un tratado con él —dijo Dalinar, inspeccionando los mapas sobre la mesa—. Parece que no han cambiado nada desde aquel día. Lo hiciste perfectamente, hijo; sabemos todo lo que necesitábamos saber.

—¿Ah, sí? —preguntó Adolin mientras se acercaba a la mesa con el yelmo bajo el brazo.

—Sí —respondió Dalinar, alzando la cabeza—. Sabemos que no accederán a la paz, pase lo que pase. Mi conciencia está limpia.

Adolin contempló los mapas desplegados.

—¿Qué es esto? —preguntó, advirtiendo los símbolos que representaban los movimientos de tropas. Todos estaban desplegados por las Llanuras Quebradas.

—Un plan de ataque —dijo Dalinar en voz baja—. Los parshendi no quieren tratar con nosotros, y están planeando algo grande. Algo para cambiar la guerra. Ha llegado el momento de llevarles la lucha

directamente y acabar de una vez, de un modo u otro.

—Padre Tormenta —dijo Adolin—. ¿Y si nos rodean mientras estamos ahí fuera?

—Nos llevaremos a todo el mundo —contestó Dalinar—, al ejército entero y a tantos altos príncipes como quieran unirse a mí. Moldeadores de almas para proporcionar alimento. Los parshendi no podrán convocar una fuerza semejante, y aunque lo hicieran, no importaría. Podremos enfrentarnos a ellos.

—Partiremos justo después de la última alta tormenta antes del Llanto —dijo Navani, escribiendo unos números a un lado del mapa—. Es Año Claro; sin duda tendremos lluvias, pero no altas tormentas durante semanas. No quedaremos expuestos a ninguna mientras estemos en las Llanuras.

También estarían en las Llanuras Quebradas, solos, a pocos días de la fecha que había aparecido marcada en las paredes y el suelo... Adolin contuvo un escalofrío.

—Tendremos que forzarlos a luchar —dijo Dalinar en voz baja, contemplando los mapas—. Interrumpir lo que estén planeando. Antes de que termine la cuenta atrás. —Miró a Adolin—. Necesito que te batas en más duelos. Combates importantes, lo más importantes que puedas. Gana esquivlas para mí, hijo.

—Me bato con Elit mañana —dijo Adolin—. A partir de ahí, tengo un plan para mi próximo objetivo.

—Bien. Para vencer en las Llanuras, necesitaremos portadores de esquivlada... y la lealtad de cuantos altos príncipes quieran seguirme. Concentra tus duelos en los portadores de la facción leal a Sadeas, y derrótalos con tanto derroche de exhibición como puedas. Yo acudiré a los altos príncipes neutrales y les recordaré su juramento de llevar a cabo el Pacto de Venganza. Si logramos arrebatrar las esquivlas a los que siguen a Sadeas y usarlas para poner fin a la guerra, servirá para demostrar lo que llevo diciendo todo el tiempo. La unidad es el camino a la grandeza alezi.

Adolin asintió.

—Me encargaré de que así sea.

HACIA EL CIELO



Mas, como los Vigilantes de la Verdad eran esotéricos por naturaleza, su orden estaba formada completamente por aquellos que nunca hablaban o escribían acerca de lo que hacían, y eso provocó gran frustración en aquellos que veían sus excesivos secretos desde fuera: no sentían una inclinación natural a dar explicaciones; y en el caso de los desacuerdos de Corberon, su silencio no fue signo de excesiva abundancia de desdén, sino más bien de excesiva abundancia de tacto.

De Palabras radiantes, capítulo 11, página 6

Kaladin caminaba por las Llanuras Quebradas de noche, dejando atrás penachos de cortezapizarra y enredaderas, donde los vidaspren revoloteaban como motas. Todavía quedaban charcos en los lugares bajos tras la alta tormenta del día anterior, repletos de crem para que las plantas se cebaran. A su izquierda, oía los sonidos de los campamentos, un hervidero de actividad. A la derecha... silencio. Solo aquellas interminables mesetas.

Cuando era un hombre de los puentes, las tropas de Sadeas no le habían impedido seguir ese camino. ¿Qué había allí, en las Llanuras? En cambio, Sadeas había apostado guardias en las lindes de los campamentos y en los puentes, para que los esclavos no

pudieran escapar.

¿Qué había allí? Nada más que la salvación, descubierta en las profundidades de aquellos abismos.

Kaladin se dio media vuelta y recorrió uno de los abismos, dejando atrás soldados de guardia en los puentes, mientras las antorchas vacilaban al viento. Ellos lo saludaron.

«Allí», pensó, abriéndose paso por esta meseta concreta. Los campamentos a su izquierda manchaban el aire de luz, suficiente para ver por dónde iba. En el borde de la meseta llegó al lugar donde se había reunido con el sagaz del rey aquella noche, hacía semanas. Una noche de decisión, una noche de cambio.

Kaladin se acercó al borde del abismo y miró hacia el este.

Cambio y decisión. Echó un vistazo por encima del hombro. Había dejado atrás el puesto de guardia, y ya no había nadie lo bastante cerca para verlo. Así que, con el cinturón cargado con una bolsa de esferas, saltó al abismo.

A Shallan no le gustaba el campamento de guerra de Sadeas.

El ambiente era distinto que en el campamento de Sebarial. Apestaba y olía a desesperación.

¿Era la desesperación un olor siquiera? Le parecía poder describirlo. El hedor del sudor, de la bebida barata y del crem que no había desaparecido, sino que se acumulaba en calles pobremente iluminadas. En el campamento de Sebarial, la gente caminaba en grupos. Ahí lo hacían en manada.

El campamento de Sebarial olía a especias e industria: a cuero nuevo y, a veces, a ganado. El de Dalinar olía a aceite y lustre; cada dos esquinas alguien hacía algo práctico. Últimamente había pocos soldados, pero todos y cada uno de ellos vestía su uniforme, como si fuera un escudo contra el caos de los tiempos.

En el campamento de Sadeas, en cambio, los hombres que vestían uniforme los llevaban con las guerreras desabrochadas y los pantalones arrugados. Shallan pasó ante una serie de tabernas y en todas ellas había alboroto. Las mujeres que esperaban delante de algunos de los establecimientos indicaban que no todos eran simples tabernas. Las casas de putas eran comunes en todos los campamentos, naturalmente, pero allí parecían más descaradas.

Encontró a menos parshmenios de los que habitualmente veía en el campamento de Sebarial. Sadeas prefería esclavos tradicionales: hombres y mujeres con las frentes marcadas, que siempre andaban con la espalda encorvada y los hombros hundidos.

Esto era, sinceramente, lo que esperaba de todos los campamentos de guerra. Había leído descripciones de soldados en campaña, de los seguidores de los campamentos y los problemas de disciplina. De las animadversiones, de la actitud de los hombres que habían sido entrenados para matar. Quizás, en vez de asombrarse por lo horrible del campamento de Sadeas, tendría que maravillarse de que los demás no fueran igual.

Shallan se apresuró. Llevaba la cara de un joven ojos oscuros, el pelo recogido dentro del casco y un par de recios guantes. Incluso disfrazada de muchacho, no estaba dispuesta a andar por ahí con la mano segura expuesta.

Antes de salir esa noche había hecho una serie de dibujos para usarlos como caras nuevas, por si acaso. A partir de sus experimentos había descubierto que podía hacer un dibujo por la mañana y luego usarlo para crear una imagen durante la tarde. Sin embargo, si esperaba más de un día, la imagen que creaba era borrosa y a veces parecía derretida. A Shallan le parecía lógico. El proceso de creación dejaba una imagen en su mente que poco a poco iba desapareciendo.

Su rostro actual estaba basado en los jóvenes mensajeros que pululaban por el campamento de Sadeas. Aunque el corazón le daba un vuelco cada vez que se encontraba con un grupo de soldados, nadie le dirigía una segunda mirada.

Amaram era un alto señor, perteneciente al tercer dahn, lo que hacía que fuera un rango superior al padre de Shallan y dos rangos más que ella misma. Esto le permitía disponer de su propio dominio dentro del campamento de su señor. Su mansión tenía su propio estandarte, y había hecho que su personal militar ocupara los edificios cercanos. Postes clavados en la piedra y adornados con sus colores (burdeos y verde bosque) señalaban su esfera de influencia. Shallan pasó de largo ante ellos.

—¡Eh, tú!

Shallan se detuvo, sintiéndose muy pequeña en la oscuridad. Aunque no lo suficientemente pequeña. Se volvió despacio y vio a

un par de guardias de patrulla que se acercaban. Sus uniformes estaban en mucho mejor estado que ningún otro que hubiera visto en ese campamento. Incluso los botones estaban pulidos, aunque de cintura para abajo usaban takama y no pantalones. Amaram era tradicionalista y sus uniformes reflejaban esta tendencia.

Los guardias eran mucho más altos que ella, como casi todos los alezi.

—¿Un mensajero? —preguntó uno—. ¿A esta hora de la noche? —Era un tipo fornido de barba gris y nariz gruesa y ancha.

—Ni siquiera es segunda luna todavía, señor —dijo Shallan con lo que esperaba fuese voz de muchacho.

Él la miró con el ceño fruncido. ¿Qué había dicho? «Señor —advirtió—. No es oficial».

—A partir de ahora, cuando vengas debes informar a los puestos de guardia —dijo el hombre, señalando una pequeña zona iluminada en la distancia tras ellos—. Vamos a empezar a montar un perímetro de seguridad.

—Sí, sargento.

—Oh, deja de incordiar al chico, Hav —dijo el otro soldado—. No puedes esperar que esté al corriente de las reglas que la mitad de los soldados ni siquiera conocen todavía. Puedes continuar —dijo, haciendo un gesto. Shallan se apresuró a obedecer. ¿Un perímetro de seguridad? No envidiaba la tarea de estos hombres. Amaram no tenía un muro para mantener a la gente a raya, solo unos postes con colores.

La mansión de Amaram era relativamente pequeña: dos plantas, con unas pocas habitaciones en cada una. Puede que hubiera sido una taberna, y era provisional, ya que acababa de llegar a los campamentos de guerra. Cerca de las instalaciones, unas pilas de ladrillos de crem y piedra indicaban que se estaba planeando un edificio más grande. No lejos de las pilas se alzaban otros edificios que habían sido apropiados como barracones para la guardia personal de Amaram, que incluía solamente unos cincuenta hombres. La mayoría de los soldados que había traído consigo, reclutados en las tierras de Sadeas y que le habían jurado fidelidad, se alojarían en otra parte.

Una vez cerca de la casa de Amaram, Shallan se escabulló tras un pabellón exterior y se agachó. Había pasado tres noches

explorando esta zona, llevando una cara distinta cada vez. Quizá se había pasado de cautelosa. No estaba segura. Nunca había hecho nada como esto antes. Con dedos temblorosos, se quitó el casco (esa parte de su uniforme era auténtica) y dejó que sus cabellos cayeran sobre sus hombros. Entonces se sacó un dibujo doblado del bolsillo y esperó.

Pasaron unos minutos mientras observaba la mansión. «Vamos... —pensó—. Vamos...».

Finalmente, una joven ojos oscuros salió de la mansión, del brazo de un hombre alto con pantalones y camisola ancha abotonada. La mujer soltó una risita cuando su amigo dijo algo, y luego se perdió en la noche. El hombre la llamó y la siguió. La criada (Shallan aún no había averiguado su nombre) se marchaba todas las noches a esa misma hora. Dos veces con ese hombre. Una con otro.

Shallan inspiró profundamente, absorbiendo luz tormentosa, y luego alzó el dibujo de la muchacha que había hecho antes. Más o menos de su altura, el cabello de la misma longitud, similar constitución... Tendría que servir. Exhaló y se convirtió en otra persona.

«Se ríe continuamente —pensó Shallan, quitándose los guantes masculinos y sustituyendo el de su mano segura por otro marrón, femenino—, y a menudo camina pavoneándose, de puntillas. Su voz es más aguda que la mía, y no tiene acento».

Shallan había practicado el tono, pero esperaba no tener que descubrir hasta qué punto era verosímil su voz. Lo único que tenía que hacer era entrar por la puerta, subir las escaleras y colarse en la habitación adecuada. Fácil.

Se levantó, conteniendo la respiración y absorbiendo luz tormentosa, y se encaminó hacia el edificio.

Kaladin llegó al fondo del abismo en una brillante nube de luz y echó a correr con la lanza al hombro. Era difícil quedarse quieto cuando la luz tormentosa corría por sus venas.

Dejó caer unas cuantas bolsas de esferas para utilizarlas más tarde. La luz que brotaba de su piel expuesta bastaba para iluminar el abismo y proyectaba sombras en las paredes mientras corría. Esas

sombras parecían convertirse en figuras, talladas con los huesos y las ramas que se extendían de los montones del suelo. Cuerpos y almas. Sus movimientos hacían retorcerse las sombras, como si se volvieran a mirarlo.

Corría ante un público silencioso. Syl bajó revoloteando en forma de lazo de luz y se situó junto a su cabeza, acompasando su ritmo. A medida que Kaladin saltaba los obstáculos y chapoteaba en los charcos, sus músculos iba calentándose con el ejercicio.

Entonces saltó a la pared.

Chocó contra ella torpemente, resbalando y rodando sobre algunos florvolantes. Se detuvo boca abajo, tendido en la pared. Gruñó y se puso en pie mientras la luz tormentosa restañaba un pequeño corte en su brazo.

Saltar contra la pared parecía demasiado innatural; cuando chocó, tardó un momento en volver a orientarse.

Echó a correr de nuevo, absorbiendo más luz tormentosa y acostumbrándose al cambio de perspectiva. Cuando llegó a la siguiente abertura entre mesetas, a sus ojos les pareció como si hubiera alcanzado un profundo pozo. Las paredes del abismo eran su suelo y su techo.

Saltó de la pared, concentrado en el suelo del abismo, y parpadeó, deseando que esa dirección volviera a ser su abajo. Aterrizó de nuevo de mala manera y esta vez resbaló en un charco.

Rodó hasta ponerse de espaldas, suspirando, tendido en el agua fría. El crem que se había asentado en el fondo chirrió entre sus dedos cuando cerró los puños.

Syl aterrizó en su pecho, tomando la forma de mujer joven. Se llevó las manos a las caderas.

—¿Qué? —preguntó él.

—Eso ha sido patético.

—No puedo estar más de acuerdo.

—Quizá vas demasiado rápido —señaló ella—. ¿Por qué no intentas saltar a la pared sin echar a correr enseguida?

—El asesino lo hace así —repuso Kaladin—. Tengo que poder luchar como lo hace él.

—Comprendo. Y supongo que él empezó a hacer todo eso en el momento en que nació, sin ninguna práctica.

Kaladin resopló.

—Hablas como lo hacía Tukks.

—¿Sí? ¿Era brillante, hermoso y siempre tenía razón?

—Era gritón, intolerante y profundamente desagradable —dijo Kaladin, incorporándose—. Pero sí, a grandes rasgos siempre tenía razón. —Se encaró a la pared y apoyó la lanza contra ella—. Szeth llamó a esto «vínculo».

—Un buen término —reconoció Syl, asintiendo.

—Bueno, para aprenderlo, voy a tener que practicar unas cuantas destrezas básicas. —Igual que se aprendía con la lanza.

Eso probablemente significaba saltar del suelo a la pared y viceversa un par de cientos de veces.

«Mejor que morir bajo la hoja esquivada de ese asesino», pensó Kaladin, y se puso manos a la obra.

Shallan entró en las cocinas de Amaram, tratando de moverse con la enérgica gracia de la muchacha cuyo rostro llevaba. La gran sala olía al curry que se calentaba en el hogar: los restos de la cena, por si a algún ojos claros le apetecía comer algo. La cocinera hojeaba una novela en un rincón mientras sus chicas fregaban los utensilios. La sala estaba bien iluminada con esferas. Al parecer, Amaram confiaba en sus sirvientes.

Un largo tramo de escaleras conducía a la planta superior, proporcionando rápido acceso a los criados para servir al brillante señor. Shallan había dibujado un esquema del edificio a partir de lo que suponía por la situación de las ventanas. La habitación con los secretos había sido fácil de localizar: Amaram tenía postigos en esas ventanas, y no las abría nunca. Parecía que no se había equivocado respecto a las escaleras de la cocina. Se dirigió hacia allí tarareando por lo bajo, como hacía a menudo la mujer que imitaba.

—¿Ya has vuelto? —dijo la cocinera, sin levantar los ojos de su novela. Por el acento, era herdaziana—. ¿Su regalo de esta noche no fue lo bastante bonito? ¿O es que el otro os ha visto juntos?

Shallan no dijo nada, tratando de disimular su ansiedad con el tarareo.

—Pues ya puedes empezar a trabajar —dijo la cocinera—. Stine quería que alguien puliera los espejos por él. Está en el estudio, limpiando las flautas del amo.

¿Flautas? ¿Un soldado como Amaram tenía flautas?

¿Qué haría la cocinera si Shallan subía las escaleras y desobedecía la orden? Probablemente la mujer tendría un rango alto entre los ojos claros. Un miembro importante del personal de la casa.

La cocinera no dejó de leer su novela, pero continuó diciendo en voz baja:

—No creas que no nos hemos dado cuenta de que este mediodía te has saltado las tareas, niña. Que el amo te aprecie no significa que puedas aprovecharte. Ve a trabajar. Pasarte la noche libre limpiando en vez de jugando tal vez te recuerde que tienes deberes que cumplir.

Apretando los dientes, Shallan miró las escaleras que podían acercarla a su objetivo. La cocinera bajó los ojos lentamente a su novela. Su ceño fruncido era de esos que no se desobedecen.

Shallan asintió, se apartó de las escaleras y se dirigió al pasillo que había más allá. Habría otras escaleras en el salón principal. Solo tenía que caminar en esa dirección y...

La joven se detuvo cuando una figura entró en el pasillo desde una habitación lateral. Alto, con el rostro anguloso y la nariz aguilena, el hombre llevaba un atuendo de diseño moderno: una casaca abierta sobre una camisa abotonada, pantalones recios y un pañuelo atado al cuello.

¡Tormentas! Era el alto señor Amaram (a la moda o no), y se suponía que no tenía que estar en casa. Adolin había dicho que esa noche cenaba con Dalinar y el rey. ¿Por qué estaba allí?

Amaram miraba el libro que tenía en las manos, y no pareció reparar en ella. Dio media vuelta y se encaminó pasillo abajo.

«¡Corre!». Fue su reacción inmediata. Huir por las puertas principales, desaparecer en la noche. El problema era que había hablado con la cocinera. Cuando la mujer a la que Shallan estaba imitando regresara más tarde, habría una tormenta de problemas... y podría demostrar, con testigos, que no había vuelto a la casa antes. Hiciera lo que hiciese Shallan, había muchas posibilidades de que cuando se marchara Amaram descubriera que alguien había entrado en la casa, fingiendo ser una de sus criadas.

¡Padre Tormenta! Acababa de entrar en el edificio y ya lo había echado todo a perder.

Las escaleras crujieron arriba. Amaram subía a su habitación, la que Shallan tenía que inspeccionar.

«Los Sangre Espectral se enfadarán conmigo por alertarlo —pensó Shallan—, pero se enfadarán aún más si regreso sin ninguna información».

Tenía que entrar en aquella estancia, sola. Eso significaba que no podía permitir que Amaram lo hiciera.

Corrió tras él, lanzándose al salón de entrada y agarrándose al poste de la barandilla para impulsarse escaleras arriba. Amaram llegó al rellano superior y se volvió hacia el pasillo. Tal vez al final no entraría en aquella habitación.

Shallan no tuvo tanta suerte. Mientras corría escaleras arriba, Amaram se volvió hacia la puerta, alzó una llave, la introdujo en la cerradura y la giró.

—Brillante señor Amaram —dijo Shallan sin aliento, mientras llegaba al rellano.

Él se volvió a mirarla con el ceño fruncido.

—¿Telesh? ¿No ibas a salir esta noche?

Bueno, así al menos sabía su nombre. ¿Se tomaba Amaram tanto interés en sus sirvientes para conocer los planes de una simple criada?

—En efecto, brillante señor —respondió Shallan—, pero he vuelto.

«Necesito una excusa. Pero no algo demasiado sospechoso. ¡Piensa!». ¿Iba a darse cuenta él de que la voz era diferente?

—Telesh —dijo Amaram, sacudiendo la cabeza—. ¿Sigues sin poder decidirte entre uno de los dos? Le prometí a tu buen padre que cuidaría de ti. ¿Cómo puedo hacerlo si no sientas la cabeza?

—No es eso, brillante señor —dijo Shallan rápidamente—. Hav detuvo en el perímetro a un mensajero que venía a verte. Me envió a decírtelo.

—¿Un mensajero? —dijo Amaram, sacando la llave de la cerradura—. ¿De quién?

—Hav no lo dijo, brillante señor. Pero supongo que le pareció importante.

—Ese hombre... —dijo Amaram con un suspiro—. Es demasiado protector. ¿Se cree que puede mantener un perímetro más férreo en este caos de campamento? —El brillante señor lo consideró y al

cabo se guardó la llave en el bolsillo—. Será mejor que vaya a ver de qué se trata.

Shallan le hizo una reverencia cuando pasó por su lado y empezó a bajar las escaleras. Contó hasta diez cuando lo perdió de vista y después echó a correr hacia la puerta, que seguía cerrada con llave.

—Patrón —susurró Shallan—. ¿Dónde estás?

Él salió de entre los pliegues de su falda, cruzó el suelo y luego subió por la puerta hasta quedar justo ante ella, como una viruta en la madera.

—¿La cerradura? —preguntó Shallan.

—Es un patrón —respondió él, luego se hizo muy pequeño y se introdujo en el agujero. Shallan lo había hecho ensayar unas cuantas veces en las cerraduras de sus habitaciones, y había podido abrirlas, igual que el baúl de Tyn.

La cerradura chasqueó, y Shallan abrió la puerta para entrar en la habitación oscura. Sacó una esfera del bolsillo de su vestido y la estancia se iluminó.

La habitación secreta. La habitación con postigos siempre echados, cerrada en todo momento. Una habitación que los Sangre Espectral querían ver a toda costa.

Estaba llena de mapas.

Kaladin descubrió que lo más difícil de saltar entre superficies no era el aterrizaje. No eran los reflejos ni la coordinación. Ni siquiera era la cuestión del cambio de perspectiva.

Era el miedo.

Era el momento en que, colgando en el aire, su cuerpo pasaba de sentir la atracción hacia abajo a hacerlo hacia el lado. Sus instintos no estaban preparados para asimilarlo. Una parte primigenia de su interior sentía pánico cada vez que abajo dejaba de estar abajo.

Corrió hacia la pared y saltó, lanzando los pies a un lado. No podía vacilar, no podía tener miedo, no podía retroceder. Era como enseñarse a sí mismo a lanzarse de bruces sobre una superficie de piedra sin alzar las manos para protegerse.

Cambió la perspectiva y usó luz tormentosa para hacer que la pared fuera su abajo. Colocó los pies. Incluso quieto, en ese breve

momento, su instinto se rebeló. El cuerpo sabía que iba a caer al suelo del abismo. Se rompería los huesos, se golpearía la cabeza.

Aterrizó en la pared sin tropezar.

Kaladin se irguió, sorprendido, y dejó escapar un suspiro cargado de luz tormentosa.

—¡Bien! —exclamó Syl, revoloteando a su alrededor.

—Es antinatural.

—No. Yo no podría estar implicada nunca en algo innatural. Es solo... extranatural.

—Quieres decir sobrenatural.

—No, no es eso. —Ella se echó a reír y se adelantó revoloteando.

Sí que era antinatural, igual que caminar no era natural para el niño que está aprendiendo. Se volvía natural con el tiempo. Kaladin apenas estaba aprendiendo a gatear, y por desgracia pronto tendría que correr. Como un niño que cae en el cubil de un espinablanca. «Aprende rápido o serás el almuerzo».

Corrió por la pared, saltando por encima de un macizo de cortezapizarra, y luego brincó hacia un lado y pasó al suelo del abismo. Aterrizó con solo un leve traspies.

Mejor. Corrió detrás de Syl y continuó.

Mapas.

Shallan avanzó lentamente al amparo de su solitaria esfera, que revelaba una habitación repleta de mapas y papeles. Estaban cubiertos de glifos escritos a la carrera, no hechos para ser hermosos. Apenas fue capaz de leer la mayoría.

«He oído hablar de esto —pensó—. La letra de los predicetormentas. La forma en que evitan las restricciones de escribir».

¿Amaram era un predicetormentas? Una carta temporal en una pared, con una lista de las altas tormentas y los cálculos para la siguiente (escritas con la misma letra que las notas de los mapas) parecía prueba de ello. Tal vez era eso lo que buscaban los Sangre Espectral: material para hacer chantaje. Los predicetormentas, siendo eruditos masculinos, incomodaban a la mayoría de la gente. Su uso de los glifos de un modo que era básicamente igual que la escritura, su naturaleza secreta... Amaram era uno de los generales

más capaces de todo Alezkar. Lo respetaban incluso sus contrincantes. Si se descubría que era predicetormentas, eso podía perjudicar gravemente su reputación.

¿Por qué se molestaba con tan extrañas aficiones? A Shallan todos aquellos mapas le recordaban vagamente los que había descubierto en el estudio de su padre, después de su muerte, aunque aquellos mapas eran de Jah Keved.

—Vigila fuera, Patrón —dijo—. Avísame enseguida si Amaram regresa al edificio.

—Mmm —zumbó él, retirándose.

Consciente de que disponía de poco tiempo, Shallan corrió a la pared, alzó su esfera y tomó recuerdos de los mapas. ¿Las Llanuras Quebradas? Este mapa era mucho más extenso que ninguno que hubiera visto antes, y eso incluía el Primer Mapa que había estudiado en la Galería de Mapas del rey.

¿Cómo había conseguido Amaram algo tan caro? Trató de descifrar los glifos: no detectó ninguna regla gramatical. Los glifos no se usaban de esa forma. Representaban una sola idea, no una cadena de pensamientos. Leyó unos cuantos seguidos.

«Origen..., dirección..., incertidumbre...». «¿El lugar del centro es incierto?». Probablemente significaba eso.

Otras notas eran similares, y ella las tradujo mentalmente. «Quizás insistir en esta dirección produzca resultados». «Divisados guerreros vigilando a partir de aquí». Otros grupos de glifos resultaban incomprensibles. Esta escritura era extraña. Quizá Patrón pudiera traducirla, pero ella desde luego no sabía hacerlo.

Aparte de los mapas, las paredes estaban cubiertas por largas hojas de papel llenas de textos, cifras y diagramas. Amaram estaba trabajando en algo, algo grande...

«¡Parshendi! —advirtió—. Esto es lo que significan esos glifos. “Parap-shenesh-idi”». Cada uno de los tres glifos tenía un significado propio, pero juntos sus sonidos creaban la palabra «parshendi». Por eso algunos de los escritos parecían un galimatías. Amaram usaba algunos glifos fonéticamente. Los subrayaba al hacerlo, y eso le permitía escribir con glifos cosas que no debería haber podido transcribir. Los predicetormentas estaban convirtiendo los glifos en una escritura completa.

«Los parshendi —tradujo, todavía distraída por la naturaleza de

los caracteres— deben de saber cómo hacer regresar a los Portadores del Vacío».

¿Qué?

«Arrancarles el secreto».

«Llegar al centro antes que los ejércitos alezi».

Algunos de los escritos eran listas de referencias. Aunque habían sido traducidas a glifos, Shallan reconoció algunas de las citas por el trabajo de Jasnah. Se referían a los Portadores del Vacío. Otros eran aproximaciones de bocetos de los Portadores del Vacío y otras criaturas mitológicas.

Esta era la prueba de que los Sangre Espectral estaban interesados en las mismas cosas que Jasnah. Igual que Amaram, aparentemente. Con el corazón martilleando de emoción, la joven dio media vuelta, examinando la habitación. ¿Estaba allí el secreto de Urithiru? ¿Lo había encontrado Amaram?

Era demasiado para que Shallan pudiera traducirlo en este momento. La escritura resultaba demasiado intrincada, y los fuertes latidos de su corazón la ponían demasiado nerviosa. Además, lo más probable era que Amaram no tardara en regresar, así que tomó recuerdos para poder dibujar todo eso más tarde.

Mientras lo hacía, los escritos que traducía de pasada le suscitaron un nuevo tipo de temor. Parecía... parecía que el alto señor Amaram, epítome del honor alezi, estaba intentando activamente causar el regreso de los Portadores del Vacío.

«Tengo que formar parte de esto —pensó Shallan—. No puedo permitirme que los Sangre Espectral me ignoren por haber metido la pata en esta incursión. Tengo que descubrir qué más saben. Y he de averiguar por qué Amaram está haciendo lo que hace».

No podía huir sin más. No podía arriesgarse a dejar que Amaram se pusiera en alerta porque alguien se había infiltrado en su habitación secreta. No podía fastidiar esta misión.

Tenía que urdir alguna excusa creíble.

Se sacó del bolsillo un papel, lo colocó sobre la mesa y empezó a dibujar frenéticamente.

Kaladin saltó de la pared a una velocidad prudente, doblándose hacia un lado y aterrizando en el suelo sin romper el ritmo. No iba

muy rápido, pero al menos ya no se tambaleaba.

Con cada salto, iba arrinconando cada vez más aquel pánico visceral. Arriba, de vuelta a la pared. Abajo de nuevo. Una y otra vez, absorbiendo luz tormentosa.

Sí, esto era natural. Sí, este era él.

Continuó corriendo por el fondo del abismo, sintiendo un arrebató de entusiasmo. Las sombras lo saludaban mientras esquivaba montículos de piedra y musgo. Saltó por encima de un gran charco de agua, pero calculó mal su tamaño y al bajar estuvo a punto de meterse en el agua poco profunda.

Pero por reflejo miró hacia arriba y se lanzó hacia el cielo.

Durante un breve instante, Kaladin dejó de caer hacia abajo y lo hizo en cambio hacia arriba. Aprovechando el impulso, esquivó el charco antes de lanzarse de nuevo hacia abajo y aterrizó al trote, sudando.

«Podría lanzarme hacia arriba —pensó—, y caer hacia el cielo eternamente».

Pero no, así era como pensaba una persona corriente. Una anguila aérea no temía caer, ¿no? Un pez no temía ahogarse.

Mientras no empezara a cambiar su forma de pensar, no controlaría este regalo que le habían hecho. Y era, en efecto, un regalo. Lo aceptaría.

El cielo era suyo.

Kaladin gritó, abalanzándose al frente. Saltó y se lanzó hacia la pared. Sin pausa, sin vacilación, sin miedo. Golpeó la pared a la carrera, y cerca de él Syl se rio llena de alegría.

Pero eso, eso era sencillo. Kaladin saltó de la pared y miró directamente hacia arriba, a la pared opuesta. Se lanzó en esa dirección y giró el cuerpo en una voltereta para aterrizar posando una rodilla en lo que un momento antes había sido el techo.

—¡Lo has logrado! —dijo Syl, revoloteando a su alrededor—. ¿Qué ha cambiado?

—Yo.

—Sí, bueno, pero ¿qué?

—Todo.

Ella lo miró con el ceño fruncido. Él sonrió y echó a correr por el lado del abismo.

Shallan bajó de nuevo a la cocina, pisando los escalones con más fuerza de lo habitual, tratando de fingir que era una persona mucho más corpulenta. La cocinera dejó de leer su novela y la dejó caer llena de pánico, dispuesta a ponerse en pie.

—¡Brillante señor!

—Quédate sentada —silabeó Shallan, rascándose la cara para ocultar sus labios. Patrón pronunciaba las palabras que ella le había dicho con una imitación perfecta de la voz de Amaram.

La cocinera permaneció sentada, como le había ordenado. Con suerte, desde esa posición no advertiría que Amaram era más bajo de lo que debería ser. Incluso caminando de puntillas (algo que enmascaraba la ilusión) era mucho más baja que el alto señor.

—Hace un rato hablaste con la criada Telesh —dijo Patrón, mientras Shallan silabeaba las palabras.

—Sí, brillante señor —respondió la cocinera, hablando en voz baja para no superar el tono de voz de Patrón—. La envié a trabajar con Stine. Me pareció que la chica necesitaba que la encarrilaran.

—No —dijo Patrón—. Regresó por orden mía. La he enviado fuera otra vez, con la orden de que no hable de lo que ha pasado esta noche.

La cocinera frunció el ceño.

—¿Y qué... ha pasado esta noche?

—No debes mencionarlo siquiera. Te has inmiscuido en algo que no es de tu incumbencia. Haz como si no hubieras visto a Telesh. Nunca me hables de esto. Si lo haces, fingiré que nada ha sucedido. ¿Comprendes?

La cocinera palideció y asintió en silencio, hundiéndose en su silla.

Shallan hizo un gesto con la cabeza y luego salió de la cocina. Una vez en el exterior, se escondió en un lado del edificio, con el corazón desbocado pero con una sonrisa en su semblante.

Fuera de la vista, exhaló una nube de luz tormentosa y luego dio un paso al frente. Mientras atravesaba la nube, la imagen de Amaram se desvaneció, sustituida por la del joven mensajero al que había imitado antes. Volvió a la parte delantera del edificio y se sentó en los escalones, desplomándose, con la cabeza entre las manos.

Amaram y Hav llegaron en la oscuridad, hablando en voz baja.

—... no me percaté de que la chica me había visto hablando con el mensajero, brillante señor —estaba diciendo Hav—. Tiene que haberse dado cuenta... —Se calló al ver a Shallan.

Ella se puso en pie de un salto e hizo una reverencia ante Amaram.

—Ya no importa, Hav —dijo Amaram, despidiendo al soldado para que volviera a sus rondas.

—Alto señor —dijo Shallan—. Traigo un mensaje.

—Obviamente, nacido oscuro —dijo el hombre, acercándose—. ¿Qué es lo que quiere él?

—¿Él? —preguntó Shallan—. Es de Shallan Davar.

Amaram ladeó la cabeza.

—¿Quién?

—La prometida de Adolin Kholin. Está intentando poner al día el recuento de todas las hojas esquirladas de Alezkar. Le gustaría concertar una cita para venir a dibujar la tuya, si estás dispuesto.

—Oh —dijo Amaram. Pareció relajarse—. Sí, bueno, eso estaría bien. Estoy libre la mayoría de las tardes. Que envíe a alguien para hablar con mi mayordomo y acordar una reunión.

—Sí, alto señor. Me encargaré de que así sea. —Shallan se dispuso a marcharse.

—¿Has venido a estas horas a hacer una pregunta tan simple? —preguntó Amaram.

Shallan se encogió de hombros.

—No cuestiono las órdenes de los ojos claros, alto señor. Pero mi señora..., bueno, a veces se distrae un poco. Supongo que quiso encomendarme la tarea mientras aún la tenía fresca en la mente. Además, las hojas esquirladas le interesan mucho.

—¿Y a quién no? —murmuró Amaram, dándose la vuelta y hablando en voz baja—. Son maravillosas, ¿verdad?

¿Estaba hablando con ella, o consigo mismo? Shallan vaciló. Una espada se formó en su mano, la bruma se condensó en gotas de agua que perlaban su superficie. Amaram la alzó, mirándose en el reflejo.

—Qué belleza —dijo—. Qué arte. ¿Por qué debemos matar con nuestras más grandes creaciones? Ah, pero estoy divagando y retrasándote. Pido disculpas. La espada sigue siendo una novedad para mí. Busco excusas para invocarla.

Shallan apenas escuchaba. Una hoja con el filo trasero en forma de fluidas olas. O tal vez eran lenguas de fuego. Grabadas en su superficie. Curvada, sinuosa.

Ella conocía esta hoja.

Pertenecía a su hermano Helaran.

Kaladin corrió a través del abismo y el viento se unió a él, soplando a su espalda. Syl volaba por delante en forma de lazo de luz.

Encontró un peñasco en el camino y saltó al aire, impulsándose hacia arriba. Se elevó más de diez metros antes de lanzarse hacia el lado y abajo al mismo tiempo. El lanzamiento hacia abajo redujo su impulso ascendente; el lanzamiento lateral lo llevó a la pared.

Eliminó el lanzamiento hacia abajo y golpeó la pared con una mano, se retorció y se puso en pie. Siguió corriendo por la pared del abismo. Cuando llegó al final de la meseta, saltó hacia la siguiente y se lanzó hacia la pared.

«¡Más rápido!». Conservaba casi toda la luz tormentosa que le quedaba, cogida de las bolsas que había soltado antes. Contenía tanta que brillaba como una hoguera. Eso le animaba mientras saltaba y se lanzaba hacia delante, hacia el este. Le hacía caer a través del abismo. El suelo del abismo pasaba veloz bajo él, las plantas eran un borrrón a los lados.

Tenía que recordar que estaba cayendo. No se trataba de volar, y cada segundo que se movía su velocidad aumentaba. Eso no detenía la sensación de libertad, de libertad total. Solo significaba que podía ser peligroso.

Los vientos arreciaron y Kaladin se lanzó hacia atrás en el último momento, frenando su descenso mientras chocaba contra una pared del abismo ante él.

Esa dirección había pasado a ser abajo para él, así que se incorporó y echó a correr por la pared. Estaba usando luz tormentosa a un ritmo frenético, pero de todas formas no necesitaba escatimar. Le pagaban como a un oficial ojos claros del sexto dahn, y sus esferas contenían no diminutos chips de gemas, sino broams. Para él, una paga de un mes era más de lo que había visto nunca, y la luz tormentosa que contenía era una vasta fortuna comparada

con lo que antaño había percibido.

Gritó mientras saltaba por encima de un grupo de florvolantes, cuyas frondas se retrajeron bajo él. Se lanzó a la otra pared del abismo y cruzó el hueco, aterrizando sobre sus manos. Se impulsó de nuevo hacia arriba, y de algún modo se lanzó solo levemente en esa dirección.

Mucho más ligero, pudo retorcerse en el aire y ponerse en pie sobre la pared, contemplando el abismo, con los puños cerrados y la luz brotando de su interior.

Syl vaciló, revoloteando de un lado a otro.

—¿Qué? —preguntó.

—Más —dijo él, y se lanzó de nuevo hacia delante, pasillo abajo.

Se sentía intrépido. Era suyo este océano donde nadar, eran suyos estos vientos que surcar. Cayó de bruces hacia la siguiente meseta. Justo antes de alcanzarla, se lanzó de lado y hacia abajo.

El estómago le dio un vuelco. Sentía como si alguien lo hubiera atado con una cuerda y lo hubiera arrojado por un precipicio, y luego hubiera tirado de la cuerda, tensándola, cuando llegaba al fondo. Sin embargo, la luz tormentosa en su interior hacía que la incomodidad fuera casi inexistente. Se impulsó de lado, hacia otro abismo.

Los lanzamientos lo enviaron de nuevo hacia el este por otro pasillo, y se abrió paso entre las mesetas, quedándose en los abismos, como una anguila que nada entre las olas, evitando peñascos. Adelante, más rápido, todavía cayendo...

Con los dientes apretados por el asombro y las fuerzas que lo inundaban, hizo a un lado la cautela y se lanzó hacia arriba. Una, dos, tres veces. Se olvidó de todo lo demás, y entre el flujo de luz, se impulsó desde los abismos al aire.

Se lanzó de nuevo hacia el este para poder caer en esa dirección de nuevo, pero ya no había ninguna pared en su camino. Se alzó hacia el horizonte, lejano, perdido en la oscuridad. A medida que ganaba velocidad, el gabán fue ondeando tras él y el pelo se le revolvió. El aire le golpeaba la cara y entornó los ojos sin llegar a cerrarlos del todo.

Debajo, los oscuros abismos iban pasando uno tras otro. Meseta. Pozo. Meseta. Pozo. Esta sensación... de volar sobre la tierra... la había experimentado antes, en sueños. Lo que un hombre de los

puentes tardaba horas en cruzar él lo salvó en pocos minutos. Se sentía como si algo lo impulsara, como si el viento mismo lo llevara. Syl volaba a su derecha.

¿Y a su izquierda? No, eran otros vientospren. Había acumulado docenas, y volaban a su alrededor como lazos de luz. Podía identificar a Syl. No sabía cómo: en realidad no parecía distinta, pero la diferenciaba. Igual que se puede detectar a un miembro de la familia en medio de una multitud solo por su manera de andar.

Syl y sus primos revoloteaban a su alrededor en una espiral de luz, libre y suelta, pero con un atisbo de coordinación.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que se sintió así de bien, así de triunfante, así de vivo? Desde antes de la muerte de Tien, sin duda. Incluso después de salvar al Puente Cuatro, la oscuridad lo había envuelto en sombras.

Aquello se evaporó. Vio una torre de roca por delante en las mesetas y se dirigió hacia ella con un cuidadoso movimiento a la derecha. Otros lanzamientos a su espalda redujeron su caída lo suficiente para que, cuando alcanzó la punta de la torre de roca, pudiera agarrarse a ella y girar, apoyando los dedos en la lisa piedra de crem.

Cien vientospren rompieron a su alrededor como el batir de una ola, desplegándose en un abanico de luz.

Kaladin sonrió. Entonces miró hacia arriba, hacia el cielo.

El alto señor Amaram continuaba mirando la hoja esquirrada en la noche. La alzó ante él para contemplarla a la luz que surgía de la mansión.

Shallan recordó el mudo terror de su padre cuando contempló esa arma apuntándole. ¿Sería una coincidencia? ¿Dos armas tan iguales? Quizá le fallaba la memoria.

No. No, ella nunca olvidaría el aspecto de aquella espada. Era la que había empuñado Helaran y no había dos iguales.

—Brillante señor —dijo Shallan, llamando la atención de Amaram. Él pareció sobresaltarse, como si hubiera olvidado que ella está allí.

—¿Sí?

—La brillante Shallan quiere asegurarse de que los registros son

correctos y que las historias de las espadas y armaduras del ejército alezi han sido debidamente localizadas. Tu espada no figura entre ellas. Me preguntó si te importaría compartir el origen de tu espada, en nombre de la erudición.

—Ya se lo he explicado a Dalinar —contestó Amaram—. No conozco la historia de mis esquivas. Ambas estaban en posesión de un asesino que intentó matarme, un hombre joven vedado de cabello rojo. No sabemos su nombre, y su cara quedó destrozada en mi contraataque. Tuve que apuñalarlo a través de la visera, ¿sabes?

«Joven. Cabello rojo».

Shallan se encontraba ante el asesino de su hermano.

—Yo... —tartamudeó, sintiéndose asqueada—. Gracias. Transmitiré la información.

Se dio media vuelta, tratando de no tropezar mientras se marchaba. Por fin sabía lo que le había sucedido a Helaran.

«Estuviste implicado en todo esto, ¿verdad, Helaran? —pensó—. Igual que nuestro padre. Pero ¿cómo, por qué?».

Parecía que Amaram estaba intentando hacer regresar a los Portadores del Vacío. Helaran había intentado matarlo.

Pero ¿de verdad querría alguien traer de vuelta a los Portadores del Vacío? Quizás estaba confundida. Tenía que llegar a sus aposentos, dibujar aquellos mapas a partir de los recuerdos que había tomado, y tratar de comprender todo esto.

Los guardias, por suerte, no le causaron más problemas cuando salió del campamento de Amaram y se perdió en el anonimato de la oscuridad. Menos mal, porque si hubieran mirado con atención, habrían visto las lágrimas en los ojos del mensajero. Llorando por un hermano que ya, por fin, Shallan sabía que estaba muerto.

Hacia arriba.

Un lanzamiento, luego otro, después un tercero. Kaladin ascendió hacia el cielo. Nada más que una extensión despejada, un mar infinito para su deleite.

El aire se enfrió. Continuó ascendiendo, buscando las nubes. Finalmente, preocupado por quedarse sin luz tormentosa antes de regresar a tierra (solo le quedaba una esfera infusa, la que llevaba en el bolsillo para casos de emergencia), muy a su pesar Kaladin

decidió lanzarse hacia abajo.

No cayó inmediatamente: su impulso hacia arriba tan solo se redujo. Aún se precipitaba hacia el cielo: no había eliminado el lanzamiento hacia arriba.

Curioso, se lanzó hacia abajo para frenar más y luego eliminó todos sus lanzamientos excepto uno arriba y otro abajo. Al final quedó detenido en el aire. La segunda luna había salido ya, bañando las Llanuras de luz. Desde allí, parecían una armadura rota. «No... —pensó, entornando los ojos—. Es un patrón». Ya lo había visto antes. En un sueño.

El viento soplabla contra él, haciendo que flotara como una cometa. Al dejar de cabalgar los vientos, los vientospren que había atraído se dispersaron. Curioso. Nunca había advertido que se podían atraer a los vientospren como se atraían a los spren de las emociones.

Todo lo que había que hacer era caer al cielo.

Syl se quedó girando a su alrededor hasta que por fin se posó en su hombro. Se sentó y miró hacia abajo.

—No muchos hombres llegan a ver este panorama —comentó. Desde allí arriba, los campamentos de guerra (círculos de fuego a la derecha) parecían insignificantes. Hacía suficiente frío para sentir incomodidad. Roca decía que el aire era más fino en las alturas, aunque Kaladin no notaba la diferencia—. Ya llevaba tiempo intentando que hicieras esto.

—Es como la primera vez que empuñé una lanza —susurró Kaladin—. Solo era un niño. ¿Estabas conmigo entonces? ¿Hace tanto tiempo?

—No —dijo Syl—, y sí.

—No puede ser las dos cosas.

—Puede. Sabía que tenía que encontrarte. Y los vientos te conocían. Me condujeron hasta ti.

—Así que todo lo que he hecho, mi habilidad con la lanza, la forma en que lucho... No soy yo. Eres tú.

—Somos nosotros.

—Es hacer trampas. No me lo merezco.

—Tonterías —replicó Syl—. Practicas todos los días.

—Tengo ventaja.

—La ventaja del talento —declaró ella—. Cuando la maestra

música coge por primera vez un instrumento y encuentra en él música que nadie más es capaz de hallar, ¿es eso hacer trampas? ¿Es inmerecido ese arte, solo porque ella tiene más habilidad natural? ¿O es genio?

Kaladin se lanzó hacia el oeste, de vuelta a los campamentos de guerra. No quería quedarse aislado en mitad de las Llanuras Quebradas sin luz tormentosa. La tempestad de su interior se había calmado en gran medida desde que comenzó. Cayó en esa dirección durante un rato, acercándose tanto como se atrevía antes de frenar, y luego eliminó parte del lanzamiento hacia arriba y empezó a flotar hacia abajo.

—Lo aceptaré —accedió Kaladin—. Sea lo que sea lo que me da esa ventaja, la usaré. Lo necesitaré para derrotarlo.

Syl asintió, todavía sentada en su hombro.

—Crees que no tiene ningún spren —dijo Kaladin—. Pero ¿cómo hace lo que hace?

—El arma —respondió Syl, con más seguridad que nunca antes—. Es algo especial. Fue creada para dar habilidades a los hombres, igual que nuestro vínculo.

Kaladin asintió, un leve viento agitaba su casaca mientras caía a través de la noche.

—Syl... —¿Cómo abordar la cuestión?—. No puedo luchar contra él sin una hoja esquivada.

Ella miró hacia el otro lado, abrazándose a sí misma. Los gestos eran tan humanos...

—He evitado el entrenamiento con las espadas que ofrece Zahel —continuó Kaladin—. Es difícil de justificar. Necesito aprender a usar una de esas armas.

—Son malignas —objetó ella con voz tímida.

—Porque son los símbolos de los juramentos rotos de los caballeros —dijo Kaladin—. Pero ¿de dónde surgieron? ¿Cómo fueron forjadas?

Syl no respondió.

—¿Puede forjarse una nueva? ¿Una que no lleve la mancha de las promesas rotas?

—Sí.

—¿Cómo?

Ella no respondió. Flotaron hacia abajo en silencio durante un

rato, hasta que se posaron suavemente en una meseta oscura. Kaladin se orientó, echó a andar y se acercó al borde para bajar al abismo. No quería regresar usando los puentes. A los vigías les resultaría raro que volviera sin haberse ido.

Tormentas. Lo habrían visto echar a volar, ¿no? ¿Qué pensarían? ¿Estaban lo bastante cerca para verlo aterrizar?

Bueno, en ese momento no podía hacer nada al respecto. Llegó al fondo del abismo y empezó a andar hacia los campamentos de guerra, mientras la luz tormentosa se apagaba lentamente y lo dejaba sumido en la oscuridad. Sin ella se sentía desmoralizado, vacío, cansado.

Se sacó del bolsillo la última esfera infusa y la utilizó para iluminar su camino.

—Hay una pregunta que estás evitando —dijo Syl, posándose en su hombro—. Han pasado dos días. ¿Qué vas a decirle a Dalinar de esos hombres que te llevó a conocer Moash?

—No me escuchó cuando le hablé de Amaram.

—Obviamente, esto es distinto.

Lo era, y ella tenía razón. Pero ¿por qué no se lo había dicho a Dalinar?

—Esos hombres no parecían de los que esperan mucho tiempo —añadió Syl.

—Haré algo al respecto —respondió Kaladin—. Pero prefiero pensármelo un poco más. No quiero que Moash quede atrapado en la tormenta cuando vayamos a por ellos.

Syl guardó silencio mientras él recorría andando el resto del camino, recuperaba su lanza y luego subía por la escala hasta la meseta. El cielo estaba cubierto de nubes, pero el clima anunciaba la llegada de la primavera.

«Disfruta mientras puedas —pensó Kaladin—. El Llanto llegará pronto». Semanas de lluvia incesante. Sin Tien para animarlo. Su hermano siempre conseguía elevarle el ánimo.

Amaram se lo había arrebatado. Kaladin bajó la cabeza y echó a andar. En la linde de los campamentos, giró a la derecha y se encaminó hacia el norte.

—¿Kaladin? —preguntó Syl, revoloteando a su lado—. ¿Por qué vas por aquí?

Él alzó la cabeza. Por allí se iba al campamento de Sadeas. El

campamento de Dalinar estaba en la otra dirección.

Siguió andando.

—¿Kaladin? ¿Qué estás haciendo?

Finalmente se detuvo. Amaram estaría allí delante, dentro del campamento de Sadeas, en alguna parte. Era tarde: Nomon se dirigía lentamente hacia su cenit.

—Podría acabar con él —murmuró Kaladin—. Entrar por su ventana con un destello de luz tormentosa, matarlo, y marcharme antes de que nadie tenga tiempo de reaccionar. Tan fácil... Todo el mundo le echaría la culpa al Asesino de Blanco.

—Kaladin...

—Es justicia, Syl —dijo él, furioso de pronto, volviéndose hacia ella—. Me dices que tengo que proteger. ¡Si lo mato, es lo que haré! Proteger a la gente, impedir que los destruya. Como me destruyó a mí.

—No me gusta cómo te pones cuando lo recuerdas —dijo ella, y de repente le pareció más pequeña—. Dejas de ser tú. Dejas de pensar. Por favor.

—Mató a Tien —dijo Kaladin—. Acabaré con él, Syl.

—¿Esta noche? —preguntó ella—. ¿Después de lo que acabas de descubrir, después de lo que acabas de hacer?

Él inspiró profundamente, recordando la emoción de los abismos y la libertad de volar. Por primera vez en lo que parecían siglos había experimentado verdadera alegría.

¿Quería mancillar ese recuerdo con Amaram? No. Ni siquiera con la muerte del hombre, que sin duda conformaría un día maravilloso.

—De acuerdo —accedió, volviéndose hacia el campamento de Dalinar—. Esta noche no.

Cuando llegó a los barracones se había acabado el guiso. Dejó atrás la hoguera, donde aún brillaban las ascuas, y se dirigió a su habitación. Syl ascendió en el aire. Cabalgaría los vientos esta noche, jugando con sus primos. Por lo que Kaladin sabía, no necesitaba dormir.

Entró en su habitación privada, sintiéndose cansado y vacío, pero de un modo agradable. Era...

Alguien se movió en la estancia.

Kaladin se dio media vuelta, alzando la lanza, y absorbió la

última luz que quedaba en la esfera que había estado utilizando para guiarse. La luz que brotó de él reveló un rostro rojo y negro. Shen parecía perturbadoramente siniestro en aquellas sombras, como un spren maligno de las leyendas.

—Shen —dijo Kaladin, bajando la lanza—. ¿Qué de...?

—Señor —respondió él—. Tengo que marcharme.

Kaladin frunció el ceño.

—Lo siento —añadió Shen, hablando a su modo lento y deliberado—. No puedo decirte por qué. —Parecía estar esperando algo, las manos tensas en la lanza. La lanza que Kaladin le había dado.

—Eres un hombre libre, Shen —declaró Kaladin—. No te obligaré a quedarte si consideras que debes irte, pero no creo que haya otro sitio donde puedas disfrutar mejor de tu libertad.

Shen asintió y se dispuso a marcharse.

—¿Te vas esta noche?

—Inmediatamente.

—Los guardias de las lindes de las Llanuras puede que intenten detenerte.

Shen sacudió la cabeza.

—Los parshmenios no huyen del cautiverio. Solo verán a un esclavo haciendo una tarea asignada. Dejaré tu lanza al lado de la hoguera. —Se encaminó hacia la puerta, pero vaciló al pasar junto a Kaladin y le puso una mano en el hombro—. Eres un buen hombre, capitán. He aprendido mucho. Mi nombre no es Shen. Es Rlain.

—Que los vientos te traten bien, Rlain.

—Los vientos no son lo que temo —dijo Rlain. Palmeó a Kaladin en el hombro, inspiró profundamente, como si esperara algo difícil, y salió de la habitación.

PERFECCIÓN



En cuanto a las otras órdenes inferiores en esta visita del lejano reino de los spren, los Nominadores de lo Otro eran prodigiosamente benévolos y permitían que los demás intervinieran en sus visitas e interacciones, aunque nunca renunciaron a su puesto como principales contactos con los grandes de los spren. Los Tejedores de Luz y los Escultores de Voluntad mostraban afinidad con este mismo aspecto, aunque ninguno de ellos era el verdadero amo de ese reino.

De Palabras radiantes, capítulo 6, página 2

Adolin rechazó la hoja esquirrada de Elit con el antebrazo. Los portadores no utilizaban escudos: cada sección de la armadura era más fuerte que la piedra.

Avanzó, usando la posición del viento mientras se movía por la arena del coso.

«Gana esquirras para mí, hijo».

Adolin ejecutaba con fluidez los golpes de la posición, una dirección, luego la otra, obligando a Elit a retroceder. A medida que el hombre reculaba desordenadamente, la armadura filtraba luz por una docena de lugares donde Adolin lo había golpeado.

Cualquier esperanza de terminar pacíficamente la guerra en las

Llanuras Quebradas había desaparecido. Por completo. Sabía cuánto quería su padre ponerle fin, y la arrogancia parshendi lo enfurecía. Se sentía frustrado.

Contuvo esos pensamientos. No podía dejarse consumir por ellos. Ejecutó la posición con cuidado, manteniendo la calma.

Al parecer Elit esperaba que Adolin se mostrara impulsivo, como en su primer duelo por las esquirlas. Elit seguía retrocediendo, esperando aquel momento de intrepidez. Adolin no se lo dio.

Había decidido combatir con precisión, riguroso en la forma y la posición, todo según las normas. Rebajar su habilidad en su duelo anterior no había engañado a nadie para que accediera a un encuentro. Adolin apenas había persuadido a Elit.

Era el momento de una táctica diferente.

Adolin pasó ante el lugar donde observaban Sadeas, Aladar y Ruthar. El núcleo de la coalición contra su padre. A estas alturas, cada uno de ellos había realizado cargas ilícitas en las mesetas, robando la gema corazón antes de que pudieran llegar los que habían sido asignados. En todas las ocasiones, pagaron las multas que Dalinar impuso por su desobediencia. Dalinar no podía hacerles nada más sin arriesgarse a una guerra abierta.

Pero Adolin podía castigarlos de otra forma.

Elit retrocedió a trompicones mientras su contrincante avanzaba. Cuando el hombre intentó lanzar una estocada, Adolin desvió la hoja, lanzó un revés y alcanzó el antebrazo de Elit. También de ahí empezó a filtrarse luz tormentosa.

La multitud murmuró, el tono de las conversaciones se alzó sobre el coso. Elit atacó de nuevo y Adolin paró sus golpes, pero no contraatacó.

Todo según lo estipulado. Cada paso en su sitio. La Emoción brotó en su interior, pero la contuvo. Le disgustaban los altos príncipes y sus riñas, pero hoy no les mostraría esa furia. En cambio, les mostraría perfección.

—¡Quiere agotarte, Elit! —Era la voz de Ruthar desde las gradas cercanas. En su juventud también había sido duelista, aunque no tan bueno como Dalinar o Aladar—. ¡No se lo permitas!

Adolin sonrió por dentro de su yelmo mientras Elit asentía y avanzaba con la posición de humo, enarbolando la espada. Una apuesta arriesgada. La mayoría de las competiciones contra las

armaduras esquivadas se ganaban rompiendo secciones, pero en ocasiones lograbas clavar la punta de la hoja a través de una junta entre las placas, rompiéndolas y consiguiendo un impacto.

También era un modo de intentar herir a tu oponente, en vez de limitarte a derrotarlo.

Adolin retrocedió con calma y usó la posición del viento, adecuada para parar un golpe de frente. El arma deELIT se apartó y la multitud volvió a rugir. El primer día, Adolin les había ofrecido un espectáculo brutal, que los había enfurecido. Luego, les dio una lucha cerrada, con emociones de sobra.

Esta vez hacía algo completamente distinto, negando los emocionantes golpes que tan a menudo eran parte de un duelo.

Se hizo a un lado y golpeó levemente el yelmo deELIT. Una pequeña grieta filtró luz. Sin embargo, no tanto como debería.

«Excelente».

ELIT gruñó audiblemente dentro de su yelmo y lanzó otra estocada. Justo contra la visera de Adolin.

«Tratando de matarme, ¿eh?», pensó Adolin, apartando una mano de su espada y alzándola bajo la hoja deELIT, para dejar que se deslizara entre su pulgar y su índice.

La espada deELIT rozó la mano de Adolin cuando este la movió hacia arriba y la derecha. Era un movimiento que no se podía realizar sin armadura: si el contendiente intentaba hacerlo con una espada normal, acababa con la mano cortada por la mitad; si el arma era una hoja esquivada, el asunto era aún mucho peor.

Con la armadura guio fácilmente la estocada por encima de su cabeza. Luego atacó con la otra mano, descargando su espada contra el costado deELIT.

Alguien en la multitud aplaudió el golpe directo. Otros, en cambio, abuchearon. El golpe clásico habría sido a la cabeza, para intentar romper el yelmo.

ELIT trastabilló hacia delante, intentando recuperar el equilibrio perdido tras la estocada fallida y el golpe subsiguiente. Adolin cargó contra él con el hombro, derribándolo al suelo. Entonces, en vez de golpear, dio un paso atrás.

Más abucheos.

ELIT se levantó, dio un paso. Se tambaleó levemente, dio un paso más. Adolin retrocedió y colocó su espada esquivada con la punta

hacia el suelo, esperando. En lo alto, el cielo rugía. Probablemente llovería más tarde... no una alta tormenta, por suerte. Solo un trivial aguacero.

—¡Lucha conmigo! —gritó Elit por dentro de su yelmo.

—Ya lo he hecho —respondió Adolin sin alterarse—. Y he vencido.

Elit se abalanzó hacia él. Adolin retrocedió. Entre los abucheos de la multitud, esperó hasta que Elit se detuvo por completo, la armadura vacía de luz tormentosa. Las docenas de pequeñas grietas que había causado en la armadura del hombre habían hecho efecto por fin.

Entonces Adolin dio un paso adelante, colocó una mano contra el pecho de Elit, y lo empujó. Elit se desplomó.

Adolin miró a la brillante dama Istow, la alta jueza.

—El juicio —dijo la alta jueza con un suspiro— se inclina de nuevo por Adolin Kholin. El vencedor. Elit Ruthar pierde su armadura.

A la multitud no le hizo mucha gracia. Adolin se volvió hacia ellos, blandiendo su espada unas cuantas veces antes de hacerla desaparecer, se quitó el yelmo e inclinó la cabeza ante sus abucheos. Tras él, sus armeros (a quienes había preparado para esto) salieron corriendo y despojaron a Elit de sus piezas para llevarse la armadura, que había pasado a pertenecer a Adolin.

Él sonrió y, cuando terminaron, los siguió a la sala de espera bajo las gradas. Renarin esperaba junto a la puerta, con su armadura esquivada puesta, y la tía Navani estaba sentada junto al brasero de la habitación.

Renarin echó un vistazo a la insatisfecha multitud.

—Padre Tormenta. El primer duelo que hiciste lo terminaste en menos de un minuto, y te odiaron. Hoy has tardado casi una hora, y parece que te odian más.

Adolin se sentó con un suspiro en uno de los bancos.

—He ganado.

—Has ganado —dijo Navani, inspeccionando para ver si tenía heridas, como siempre hacía después de un duelo—. Pero ¿no tenías que hacerlo con gran derroche de exhibición?

Renarin asintió.

—Es lo que pidió nuestro padre.

—Esto será recordado —dijo Adolin, aceptando una copa de agua de manos de Peet, uno de los hombres del puente que ese día estaba de guardia. Asintió agradecido—. La exhibición es para que todo el mundo preste atención. Esto servirá.

Al menos eso esperaba. Lo siguiente era igual de importante.

—Tía —dijo Adolin mientras ella empezaba a escribir una plegaria de agradecimientos—. ¿Has pensado en lo que te pregunté?

Navani siguió escribiendo.

—El trabajo de Shallan parece importante —dijo Adolin—. Quiero decir...

Llamaron a la puerta de la cámara.

«¿Tan rápido?», pensó Adolin, poniéndose en pie. Uno de los hombres del puente abrió.

Shallan Davar entró apresuradamente, ataviada con un vestido violeta, con el cabello rojo destellando mientras cruzaba la habitación.

—¡Ha sido increíble!

—¡Shallan! —No era la persona que estaba esperando, pero no le disgustó verla—. Miré a tu asiento antes del duelo y no estabas allí.

—Me olvidé de quemar una plegaria —respondió ella—, así que me detuve a hacerlo. Pero he visto casi todo el combate. —Vaciló ante él, como avergonzada durante un momento. A Adolin le encantaba esa timidez. Solo llevaban oficialmente haciéndose la corte poco más de una semana, pero con el compromiso informal... ¿cuál era su relación?

Navani se aclaró la garganta. Shallan se dio media vuelta y se llevó la mano libre a los labios, como si acabara de reparar por primera vez en la presencia de la antigua reina.

—Brillante —dijo, e hizo una reverencia.

—Shallan —dijo Navani—. Mi sobrino solo tiene elogios para ti.

—Gracias.

—Os dejaré, entonces —dijo Navani, encaminándose hacia la puerta, sin terminar su glifoguarda.

—Brillante... —dijo Shallan, alzando una mano hacia ella.

Navani se marchó y cerró la puerta.

Shallan bajó la mano y Adolin dio un respingo.

—Lo siento —dijo—. He intentado hablar con ella. Creo que

necesita unos cuantos días más, Shallan. Se recuperará: sabe que no debería desairarte, lo noto. Pero le recuerdas lo que ha sucedido.

Shallan asintió. Los armeros de Adolin se acercaron para quitarle la armadura, pero él los despidió. Ya era bastante malo mostrarle el pelo en desorden, pegado a la cabeza por efecto del yelmo. La ropa que llevaba debajo (un uniforme acolchado) se vería horrible.

—Así que..., ejem, ¿te gustó el duelo? —preguntó Adolin.

—Estuviste maravilloso —respondió Shallan, volviéndose hacia él—. Elit seguía saltando contra ti, y tú lo rechazabas como si fuera un cremlino molesto que intentara trepar por tu pierna.

Adolin sonrió.

—Al resto del público no le pareció tan maravilloso.

—Vinieron para verte humillado. Fuiste muy desconsiderado al no ofrecerles eso.

—Soy un poco picajoso a ese respecto —dijo Adolin.

—Por lo que he descubierto, casi nunca pierdes. Horriblemente aburrido por tu parte. Tal vez deberías intentar un empate de vez en cuando. Para variar.

—Lo tendré en cuenta. ¿Qué te parece si lo comentamos mientras cenamos esta noche? ¿En el campamento de mi padre?

Shallan sonrió.

—Esta noche estoy ocupada. Lo siento.

—Oh.

—Pero puede que pronto tenga algo que ofrecerte —dijo, acercándose un paso—. No he tenido mucho tiempo para estudiar (he estado trabajando mucho para reconstruir los libros de cuentas de Sebarial), pero puede que me haya topado con algo que pueda ayudarte. Con tus duelos.

—¿Qué? —preguntó él, frunciendo el ceño.

—Me acordé de algo que aparece en la biografía del rey Gavilar. Aunque tendrías que ganar un duelo de manera espectacular. Algo sorprendente, algo que dejara boquiabierta a la multitud.

—Menos abucheos, entonces —dijo Adolin, rascándose la cabeza.

—Creo que todo el mundo lo agradecería —comentó Renarin desde la puerta.

—Espectacular... —dijo Adolin.

—Te explicaré más mañana —prometió Shallan.

—¿Qué pasa mañana?

—Me vas a invitar a cenar.

—¿Ah, sí?

—Y me llevarás a dar un paseo.

—¿Yo?

—Sí.

—Soy un hombre afortunado. —Le sonrió—. Muy bien, pues, podemos...

La puerta se abrió de golpe.

Los guardias de Adolin, los hombres del puente, reaccionaron de un salto, y Renarin maldijo, incorporándose. Adolin tan solo se dio media vuelta, apartando amablemente a Shallan a un lado para poder ver quién había más allá. Era Relis, actual campeón de los duelos e hijo mayor del alto príncipe Ruthar.

Como esperaba.

—¿Qué ha sido eso? —exigió Relis, entrando en la habitación. Lo seguía un grupito de ojos claros, incluyendo a la brillante dama Istow, la alta jueza—. Nos insultas a mí y a mi casa, Kholin.

Adolin se cruzó las manos enguantadas a la espalda mientras Relis se acercaba y plantaba el rostro delante del suyo.

—¿No te gustó el duelo? —preguntó Adolin casualmente.

—Eso no ha sido un duelo —replicó Relis—. Avergonzaste a mi primo negándote a luchar adecuadamente. Exijo que esta farsa quede invalidada.

—Ya te he dicho, príncipe Relis —adujo Istow desde atrás—, que el príncipe Adolin no quebró ninguna...

—¿Quieres recuperar la armadura de tu primo? —preguntó Adolin sin alterarse, mirando a Relis a los ojos—. Combate conmigo por ella.

—No me dejaré embaucar —dijo Relis, marcando con un dedo el centro del peto de Adolin—. No te dejaré que me arrastres a otra de tus pantomimas.

—Seis esquivlas, Relis —dijo Adolin—. Las mías, las de mi hermano, la armadura de Eranniv y la de tu primo. Las apuesto todas a un solo duelo. Tú y yo.

—Estás loco si crees que voy a acceder a eso.

—¿Tienes miedo? —preguntó Adolin.

—Eres inferior a mí, Kholin. Los dos últimos combates lo

demuestran. Ya ni siquiera sabes batirte... todo lo que conoces son trucos.

—Entonces deberías poder derrotarme con facilidad.

Relis vaciló, cambiando su peso de un pie a otro. Finalmente, señaló de nuevo a Adolin.

—Eres un hijo de puta, Kholin. Sé que luchaste contra mi primo para avergonzarnos a mi padre y a mí. Me niego a dejarme engañar.

—Se volvió para marcharse.

—Si tienes miedo —insistió Adolin, mirándolo—, no tienes que batirte contra mí tú solo.

Relis se detuvo y se volvió para mirarlo.

—¿Estás diciendo que te enfrentarás conmigo y con alguien más al mismo tiempo?

—Así es —asintió Adolin—. Lucharé contra ti y contra quien traigas, juntos.

—Estás loco —jadeó Relis.

—¿Sí o no?

—Dos días —replicó Relis—. Aquí en el coso. —Miró a la alta jueza—. ¿Eres testigo de esto?

—Lo soy —asintió ella.

Relis salió apresuradamente. Los demás lo siguieron. La alta jueza se quedó atrás, mirando a Adolin.

—¿Eres consciente de lo que has hecho?

—Conozco bastante bien las convenciones de los duelos. Sí. Soy consciente.

Ella suspiró, pero asintió y acabó por marcharse.

Peet cerró la puerta y luego miró a Adolin, alzando una ceja. Magnífico. Ahora recibía reprimendas de los hombres del puente. Adolin se desplomó en el banco.

—¿Valdrá eso como espectacular? —le preguntó a Shallan.

—¿De verdad crees que puedes derrotar a dos a la vez?

Adolin no respondió. Luchar contra dos hombres simultáneamente era difícil, sobre todo si ambos eran portadores de esquirlada. Podían atacar juntos, sorprender a su contrincante por el flanco, engañarlo. Era mucho más difícil que luchar contra dos, uno después de otro.

—No lo sé —dijo—. Pero querías algo espectacular, así que intentaré que lo sea. Eso sí, espero que de verdad tengas un plan.

Shallan se sentó a su lado.

—¿Qué sabes del alto príncipe Yenev...?

EL PASO DE UNA DAMA

Por la brillante cara-hacha

Un dama vorin camina con la
mano segura cubierta por la
mano libre, ambas por delante.

¡Camina con elegancia
y decisión!

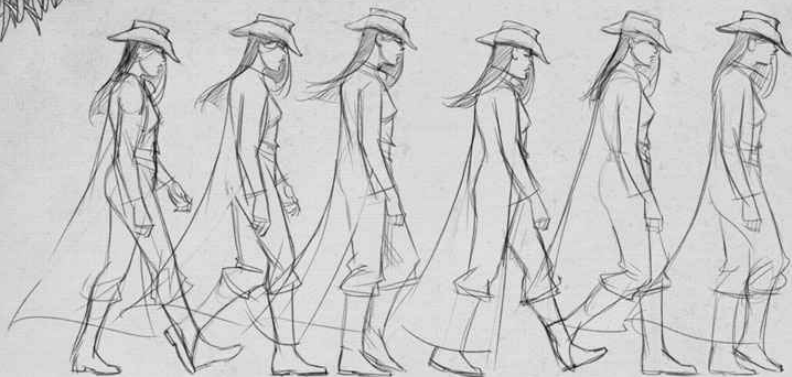
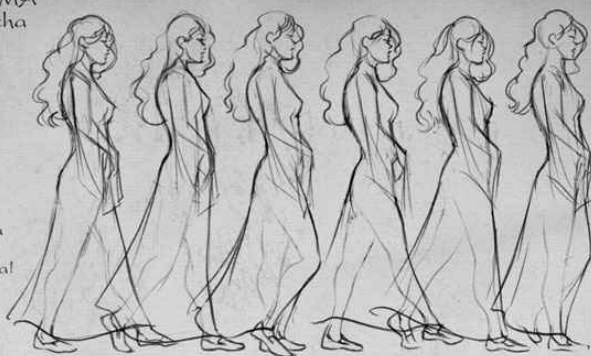
-¡La cabeza alta!

-¡La espalda recta!

-¡Los pies a ras del suelo!

¡NO agita los brazos ni levanta
los pies como una ojos oscuros
cualquiera en un baile de granja!

¡No anda encorvada!





Vinieron también dieciséis de la orden de los Corredores del Viento, y con ellos un considerable número de escuderos, y encontraron en ese lugar a los Rompedores del Cielo separando a los inocentes de los culpables, y se produjo una gran batalla.

De Palabras radiantes, capítulo 28, página 3

Shallan bajó del carruaje mientras caía una leve llovizna. Llevaba el gabán blanco y los pantalones de la versión ojos oscuros de sí misma que había llamado Velo. La lluvia salpicaba en el ala de su sombrero. Había pasado demasiado tiempo charlando con Adolin después del duelo y había tenido que apresurarse para llegar a su cita, que había de tener lugar en las Montañas Irreclamadas, a una hora de viaje de los campamentos de guerra.

Pero ahí estaba, disfrazada, a tiempo. Por los pelos. Avanzó, escuchando la lluvia salpicar la roca a su alrededor. Siempre le habían gustado este tipo de aguaceros. Hermanos menores de las altas tormentas, traían vida sin la furia de estas. Incluso las desoladas tierras de tormenta que había allí, al oeste de los campamentos, florecían con la llegada del agua. Los rocabrotes se abrían, y aunque no tenían flores como los de casa, de ellos

asomaban enredaderas verdes. La hierba salía sedienta de sus agujeros y se negaba a retirarse hasta que casi la pisaban. Algunos juncos producían flores para atraer a los cremlinos, que se cebaban en los pétalos y al hacerlo se rociaban con esporas que producirían la siguiente generación, una vez mezcladas con las esporas de otras plantas.

En su casa solía haber muchas más enredaderas; tantas, que resultaba difícil caminar sin tropezar. En las zonas de bosques se necesitaba un machete para avanzar más de un par de pasos. Allí, en cambio, la vegetación era pintoresca, pero no resultaba un impedimento.

Shallan sonrió ante aquel maravilloso paraje, la ligera lluvia, la hermosa vida vegetal. Un poco de humedad era un inconveniente menor a cambio de los melódicos sonidos de la lluvia chispeante, el aire fresco y límpido, y el hermoso cielo lleno de nubes que abarcaban todos los tonos de gris.

Shallan caminaba con una cartera impermeable bajo el brazo, mientras el cochero contratado (no podía usar el carruaje de Sebarial para la actividad de esta noche) esperaba su regreso, tal como le había indicado. Este carruaje iba tirado por parshmenios en vez de caballos, pero eran más rápidos que los chulls y habían trabajado bastante bien.

Se dirigió hacia una colina cercana, el destino indicado en el mapa que había recibido por vinculacañas. Llevaba un bonito par de recias botas. Las ropas de Tyn podían ser poco corrientes, pero se alegraba de ello. El gabán y el sombrero la protegían de la lluvia, y las botas le proporcionaban un buen agarre sobre las resbaladizas rocas.

Rodeó la colina y descubrió que estaba rota al otro lado, pues la roca se había resquebrajado y caído en un pequeño alud. Los estratos de crem endurecido eran claramente visibles en los bordes de los trozos de roca, lo que significaba que se trataba de una fractura reciente. Si hubiera sido antigua, el nuevo crem habría oscurecido aquella coloración.

La grieta creaba un pequeño valle en la falda de la colina, llena de hendeduras y riscos por la roca desplomada. Estos habían capturado esporas y tallos arrastrados por el viento, que a su vez habían creado una explosión de vida. De momento, las plantas

crecían ansiosamente, a veces unas encima de otras, brotando, floreciendo, temblando, retorciéndose, vivas. Era un ejemplo de la naturaleza en estado puro.

El pabellón, en cambio, no lo era.

Cubría a cuatro personas que estaban sentadas en sillas demasiado elegantes para el entorno. Comían al calor de un brasero colocado en el centro de la tienda, abierta por un lado. Shallan se acercó, tomando recuerdos de las caras de la gente. Las dibujaría más tarde, como había hecho con el primer grupo de Sangre Espectral que había conocido. Dos eran los mismos que la última vez. Otros dos no. La inquietante mujer de la máscara no parecía estar presente.

Mraize, alto y orgulloso, de pie, inspeccionaba su larga cerbatana. No alzó la mirada cuando Shallan entró.

—Me gusta aprender a usar las armas locales —dijo Mraize—. Es una extravagancia, aunque considero que está justificada. La forma en que los hombres se matan unos a otros dice mucho más sobre una cultura que la etnografía de ninguna erudita.

Alzó el arma hacia Shallan, que se quedó inmóvil donde estaba. Luego se volvió hacia la grieta y sopló, lanzando un dardo contra el follaje.

Shallan se detuvo a su lado. El dardo clavó a un cremlino a uno de los tallos. La pequeña criatura de muchas patas se rebulló, tratando de liberarse, aunque sin duda ser atravesada por un dardo sería letal.

—Esto es una cerbatana parshendi —comentó Mraize—. ¿Qué crees que nos dice sobre ellos, pequeña daga?

—Obviamente, no es para abatir presas grandes —dijo Shallan—. Lo cual tiene sentido. Las únicas presas grandes que conozco en esta zona son los abismoides, y se dice que los parshendi los adoran como dioses.

No estaba convencida de que en realidad fuera así. Los primeros informes (que había leído en detalle a instancia de Jasnah) suponían que los dioses de los parshendi eran los abismoides. Pero no estaba tan claro.

—Probablemente la utilizan para acechar a las presas pequeñas —continuó Shallan—. Lo que significa que cazan para alimentarse más que por placer.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Mraize.

—Los hombres que se vanaglorian de la caza buscan presas grandes —dijo Shallan—. Trofeos. Esa cerbatana es el arma de un hombre que simplemente quiere alimentar a su familia.

—¿Y si la usara contra otros hombres?

—No sería útil en la guerra. Le faltaría alcance, imagino, y los parshendi tienen arcos de todas formas. Tal vez podría emplearse para cometer asesinatos, aunque me sorprendería.

—¿Por qué? —preguntó Mraize.

Se trataba de una especie de prueba.

—Bueno —dijo Shallan—, la mayoría de las poblaciones indígenas, los nativos silnasen, los pueblos reshi, los corredores de las llanuras de Iri... no conocen el concepto del asesinato. Por lo que sé, no parecen participar en muchas batallas. Los cazadores son demasiado valiosos, y por eso una «guerra» en estas culturas implicaría muchos gritos y posiciones, pero pocas muertes. Ese tipo de sociedad que alardea no parece de las que tienen asesinos.

Y, sin embargo, los parshendi habían enviado uno. Contra los alezi.

Mraize la estudiaba, la observaba con ojos indescifrables, con la larga cerbatana sujeta ligeramente entre sus dedos.

—Ya veo —dijo por fin—. ¿Tyn ha elegido una erudita para que sea su aprendiz esta vez? Me parece extraño.

Shallan se ruborizó. Se le ocurrió que la persona en la que se convertía cuando se ponía el sombrero y el pelo oscuro no era una imitación de otra, ni una persona distinta. Era solo una versión de sí misma.

Eso podía ser peligroso.

—Bien —dijo Mraize, sacando otro dardo del bolsillo de su camisa—, ¿qué excusa te dio Tyn hoy?

—¿Excusa? —preguntó Shallan.

—Para fracasar en su misión. —Mraize cargó el dardo.

¿Fracasar? Shallan empezó a sudar, frías gotas en su frente. ¡Pero si había investigado si sucedía algo fuera de lo corriente en el campamento de Amaram! Esa mañana había regresado (el verdadero motivo por el que había llegado tarde al duelo de Adolin) bajo la apariencia de un trabajador. Prestó atención por si alguien hablaba de allanamiento, o de que Amaram recelaba de algo. No

había encontrado nada.

Bueno, era evidente que Amaram no había hecho públicas sus sospechas. Después de todo el trabajo que había realizado para ocultar su incursión, había fracasado. Probablemente no debería sorprenderse, pero no pudo evitarlo de todas formas.

—Yo... —comenzó a decir.

—Empiezo a preguntarme si Tyn está realmente enferma —dijo Mraize, alzando la cerbatana y lanzando otro dardo contra el follaje—. Para ni siquiera haber intentado cumplir la tarea asignada.

—¿No haberlo intentado? —preguntó Shallan, aturdida.

—Oh, ¿esa es la excusa? ¿Que hizo un intento y fracasó? Tengo a gente vigilando esa casa. Si hubiera...

Se calló cuando Shallan sacudió el agua de su cartera y la abrió con cuidado para sacar una hoja de papel. Era una representación de la habitación cerrada de Amaram, con sus mapas en las paredes. Había tenido que improvisar algunos de los detalles (estaba oscuro, y su única esfera no había ofrecido demasiada iluminación), pero suponía que era bastante aproximado.

Mraize cogió el dibujo y lo alzó. Lo estudió, consciente de que Shallan sudaba de puro nerviosismo.

—Es raro que demuestren que soy un necio —dijo Mraize—. Felicidades.

¿Eso era buena cosa?

—Tyn no tiene esta habilidad —continuó Mraize, todavía inspeccionando la página—. ¿Viste esta habitación tú misma?

—Hay un motivo por el que eligió a una erudita como ayudante. Mis habilidades tienen por función complementar las suyas.

Mraize bajó la hoja.

—Sorprendente. Tu señora puede que sea una ladrona brillante, pero su elección de socios siempre ha sido poco afortunada. —Tenía una forma muy refinada de hablar, algo que no cuadraba con su rostro marcado por cicatrices, el labio torcido y las manos curtidas. Hablaba como el hombre que se ha pasado la vida bebiendo vino y escuchando buena música, pero tenía el aspecto de alguien que se ha roto los huesos muchas veces... y probablemente había devuelto el favor otras tantas.

—Lástima que no haya más detalle en estos mapas —advirtió, inspeccionando de nuevo el dibujo.

Shallan sacó entonces las otras cinco imágenes que había dibujado para él. Cuatro eran los mapas en detalle, la otra una descripción más cercana de los textos con la escritura de Amaram. En cada una de ellas, la escritura auténtica era indescifrable, solo líneas retorcidas. Shallan lo había hecho a propósito. Nadie esperaría que una artista pudiera capturar tantos detalles de memoria, aunque ella sí que podía.

No les mostraría los detalles de la escritura. Pretendía ganarse su confianza, aprender lo que pudiera, pero no los ayudaría más de lo preciso.

Mraize pasó la cerbatana a un lado. La muchacha enmascarada estaba allí, con el cremlino que Mraize había atravesado y un visón muerto que tenía un dardo en el cuello. No, movía una pata. Simplemente estaba aturdido. ¿Había veneno en el dardo, entonces?

Shallan se estremeció. ¿Dónde se había escondido esa mujer? Aquellos ojos oscuros la miraban sin parpadear, mientras el resto del rostro permanecía oculto tras la máscara de pintura y concha. Recogió la cerbatana.

—Sorprendente —dijo Mraize, refiriéndose a los dibujos de Shallan—. ¿Cómo entraste? Vigilamos las ventanas.

¿Cómo lo habría hecho Tyn? ¿Colándose de madrugada por una de las ventanas? No la había entrenado en ese tipo de cosas, solo en acentos e imitación. Tal vez había advertido que Shallan, que a veces tropezaba sin motivo, no sería la mejor acróbata ladrona.

—Son magistrales —admitió Mraize, acercándose a una mesa y colocando allí los dibujos—. Un triunfo, ciertamente. Qué categoría artística.

¿Qué había sucedido con el hombre peligroso y sin emociones que se había enfrentado a ella en su primera reunión con los Sangre Espectral? Abrumado por la emoción, se inclinó, estudiando los dibujos uno por uno. Incluso sacó una lupa para inspeccionar los detalles.

Ella no preguntó lo que ansiaba conocer. ¿Qué estaba haciendo Amaram? ¿Cómo había conseguido su hoja esquirlada? ¿Cómo... había matado a Helaran Davar? La respiración se le atascó en la garganta al pensarlo, pero una parte de ella había admitido hacía años que su hermano no iba a regresar.

Eso no impidió que sintiera un innegable y sorprendente odio

hacia el hombre llamado Meridas Amaram.

—¿Bien? —preguntó Mraize, mirándola—. Siéntate, niña. ¿Hiciste esto tú misma?

—Así es —dijo Shallan, conteniendo sus emociones. ¿La acababa de llamar «niña»? Intencionadamente, había hecho que esta versión suya pareciera mayor, con un rostro más anguloso. ¿Qué debía hacer? ¿Empezar a añadir cabellos grises a su disfraz?

Se sentó en la silla junto a la mesa. La mujer de la máscara apareció a su lado, con una taza y una tetera que humeaba. Shallan asintió, vacilante, y fue recompensada con una copa de vino naranja especiado. Lo bebió; probablemente no tenía que preocuparse de que estuviera envenenado, ya que esa gente podía haberla matado en cualquier momento. Los demás presentes en el pabellón hablaban entre sí en voz baja, pero Shallan no podía distinguir lo que decían. Tenía la impresión de que estaba siendo exhibida en público.

—He copiado parte del texto para vosotros —dijo Shallan, sacando una página de escrito. Había líneas que había escogido específicamente para enseñárselas. No revelaban gran cosa, pero podrían actuar como señuelo para conseguir que Mraize hablara del tema—. No estuvimos mucho tiempo en la habitación, así que solo pude copiar unas cuantas líneas.

—¿Pasaste tanto tiempo allí dentro que pudiste hacer los dibujos, y sin embargo no te dio tiempo de copiar el texto? —preguntó Mraize.

—Ah —respondió Shallan—. No, hice esos dibujos de memoria.

Él la miró con la mandíbula ligeramente entreabierta y una expresión de auténtica sorpresa cruzó su rostro antes de que recuperara su habitual aplomo y confianza.

«Probablemente... no ha sido inteligente admitir eso», advirtió Shallan. ¿Cuántas personas podían dibujar tan bien de memoria? ¿Había mostrado públicamente su habilidad en los campamentos de guerra?

Por lo que recordaba, no. Tendría que mantener en secreto ese aspecto de su habilidad, no fuera a ser que los Sangre Espectral relacionaran a Shallan, la dama ojos claros, con Velo, la timadora ojos oscuros. Tormentas.

Bueno, estaba condenada a cometer algunos errores. Al menos

este no amenazaba su vida. En principio.

—Jin —ordenó Mraize.

Un joven de cabellos dorados y el pecho desnudo bajo una ondulante túnica exterior se levantó de una de las sillas.

—Míralo —le dijo Mraize a Shallan.

Ella tomó un recuerdo.

—Jin, déjanos. Dibújalo, Velo.

Shallan no tuvo más remedio que obedecer. Cuando Jin se marchó, maldiciendo la lluvia entre dientes, empezó a dibujar. Hizo un boceto entero, no solo la cara y los hombros, sino un estudio medioambiental, incluyendo el fondo de peñascos caídos. Nerviosa, no hizo un trabajo tan bueno como podría haber hecho, pero Mraize siguió alabando su dibujo como un padre orgulloso. Terminó y sacó el fijador (lo había hecho al carboncillo, y sería necesario), pero Mraize le quitó el dibujo de las manos antes de que ella pudiera terminar el proceso.

—Increíble —murmuró, alzando la hoja—. Pierdes el tiempo con Tyn. Pero ¿no puedes hacer esto con los textos escritos?

—No —mintió Shallan.

—Lástima. Con todo, sigue siendo maravilloso. Maravilloso. Tiene que haber formas de usar esta habilidad, desde luego. —La miró—. ¿Cuál es tu objetivo, niña? Puede que tenga un puesto para ti en mi organización, si eres de fiar.

«¡Sí!».

—No habría accedido a venir en lugar de Tyn si no hubiera querido esa oportunidad.

Mraize la miró entornando los ojos.

—La mataste, ¿verdad?

«Oh, rayos». Shallan se ruborizó al instante, naturalmente.

—Uh...

—¡Ja! —exclamó Mraize—. Por fin escogió a una ayudante demasiado capaz. Delicioso. Después de tanta arrogancia, cayó ante alguien a quien pensaba convertir en su mascota.

—Señor —dijo Shallan—. Yo no... quiero decir, no pretendía hacerlo. Se volvió contra mí.

—Debe de ser toda una historia —respondió Mraize, sonriendo. No era una sonrisa agradable—. Has de saber que lo que has hecho no está prohibido, pero se desaconseja. No podemos dirigir bien una

organización si los subordinados consideran que cazar a sus superiores es un método infalible de ascenso.

—Sí, señor.

—Tu superior, sin embargo, no era miembro de nuestra organización. Tyn se consideraba cazadora, pero en realidad era una presa. Si vas a unirme a nosotros, debes comprenderlo. No somos como otros que puedas haber conocido. Tenemos un propósito superior, y nos... protegemos unos a otros.

—Sí, señor.

—Por tanto, ¿quién eres? —preguntó, indicando a su sirviente que le trajera la cerbatana—. ¿Quién eres en realidad, Velo?

—Alguien que quiere formar parte de las cosas —dijo Shallan—. De cosas más importantes que robar de vez en cuando a los ojos claros o procurarse un fin de semana de lujo.

—Así que es una caza, entonces —dijo Mraize en voz baja, sonriendo. Se dio media vuelta y regresó al extremo del pabellón—. Ya habrá más instrucciones. Haz la tarea encomendada. Luego ya veremos.

«Es una caza, entonces...».

¿Qué clase de caza? Shallan se quedó helada ante aquellas palabras.

Una vez más, no supo si la habían despedido, pero recogió su cartera y se dispuso a marcharse. Mientras lo hacía, miró a la gente que seguía sentada. Sus expresiones eran frías. Atterradoramente heladas.

Shallan salió del pabellón y descubrió que había dejado de llover. Se marchó, sintiendo las miradas en su espalda. «Todos saben que puedo identificarlos con exactitud —advirtió—, y puedo presentar imágenes precisas de ellos a todo el que lo pida».

Eso no les gustaría. Mraize había dejado claro que los Sangre Espectral no solían matarse unos a otros. Pero también había recalcado que ella no pertenecía al grupo, no todavía. Lo había dicho explícitamente, como si concediera permiso a los que escuchaban.

Por la mano de Talat, ¿dónde se había metido?

«¿Y ahora te das cuenta?», pensó mientras rodeaba la colina. Su carruaje estaba allí delante, con el cochero sentado en lo alto, de espaldas a ella. Shallan miró ansiosamente por encima del hombro.

Todavía no la había seguido nadie, al menos que ella hubiera advertido.

—¿Está mirando alguien, Patrón? —preguntó.

—Mmm. Yo. Ninguna persona.

Una roca. Había dibujado una roca en el boceto para Mraize. Sin pensar, actuando por instinto y no sin cierta medida de pánico, exhaló luz tormentosa y formó una imagen de aquel peñasco ante ella.

Entonces se escondió rápidamente en su interior.

Estaba oscuro allí dentro. Se encogió, sentándose con las piernas recogidas. Se sentía indigna. Las otras personas con las que trabajaba Mraize probablemente no hacían tonterías como esa.

Eran experimentadas, tranquilas, capaces. Tormentas, para empezar no tendría que estar escondiéndose. Sin embargo, permaneció allí sentada de todas formas. Las expresiones en los ojos de aquella gente..., la manera en que había hablado Mraize...

Era mejor pecar de cautelosa que de ingenua. Estaba cansada de que la gente diera por hecho que no sabía cuidar de sí misma.

—Patrón —susurró—. Ve al cochero. Dile esto, con mi voz exacta. «He entrado en el carruaje mientras no mirabas. No mires. Mi marcha debe ser silenciosa. Llévame de vuelta a la ciudad. Acércate a los campamentos de guerra y cuenta hasta diez. Me marcharé. No mires. Tienes tu paga, y la discreción forma parte de tu trabajo».

Patrón zumbó y se marchó. Poco después, el carruaje se puso en marcha, tirado por sus parshmenios. No pasó mucho tiempo hasta que oyera el sonido de cascos. No había visto caballos antes.

Shallan esperó, ansiosa. ¿Se daría cuenta alguno de los Sangre Espectral que ese peñasco no debería estar allí? ¿Volverían a buscarla cuando se dieran cuenta de que no la veían bajar del carruaje en los campamentos de guerra?

Tal vez ni siquiera habían ido tras ella. Tal vez era paranoia por su parte. Esperó, dolorida. Empezó a llover de nuevo. ¿Qué le haría la lluvia a su ilusión? La piedra que había dibujado ya estaba húmeda, así que la sequedad no la traicionaría, pero por la forma en que la lluvia le estaba cayendo encima, obviamente atravesaba la imagen.

«Tengo que encontrar un modo de ver el exterior mientras estoy

escondida así», pensó. ¿Mirillas? ¿Podía crearlas dentro de su ilusión? Tal vez le...

Voces.

—Tenemos que averiguar cuánto sabe. —Era la voz de Mraize—. Llévale estas páginas al maestro Thaidakar. Estamos cerca, pero parece que también lo están los secuaces de Restares.

Contestaron con voz cascada. Shallan no pudo entenderlo.

—No, no me preocupa eso. El viejo necio siembra el caos, pero no busca el poder que ofrece la oportunidad. Se esconde en su insignificante ciudad, escuchando sus canciones, pensando que interviene en los acontecimientos del mundo. No tiene ni idea. No está en la posición del cazador. Esta criatura de Tukar, sin embargo, es diferente. No estoy convencido de que sea humano. Si lo es, desde luego no pertenece a las especies locales...

Mraize siguió hablando, pero Shallan no captó nada más mientras se alejaban. Poco después, oyó más cascos de caballos.

Esperó, mientras el agua le empapaba el gabán y los pantalones. Se estremeció, con la cartera en el regazo, y apretó los dientes para impedir que castañetearan. El clima últimamente había sido más cálido, pero esa lluvia lo desmentía. Esperó hasta que su espalda se quejó y los músculos protestaron. Esperó hasta que, por fin, el peñasco se disolvió en humo luminiscente y desapareció.

Shallan se sobresaltó. ¿Qué había pasado?

«La luz tormentosa», advirtió, estirando las piernas. Comprobó la bolsa que llevaba en el bolsillo, había agotado todas las esferas, inconscientemente, mientras mantenía la ilusión del peñasco.

Habían pasado horas, el cielo se oscurecía con la llegada de la noche. Mantener una cosa sencilla como el peñasco no requería mucha luz, y no tenía que pensar conscientemente en seguir haciéndolo. Era bueno saberlo.

También había demostrado de nuevo que era una idiota al no preocuparse siquiera por cuánta luz había utilizado. Con un suspiro, se puso en pie. Se tambaleó, con las piernas entumecidas. Inspiró profundamente, luego se asomó. El pabellón había desaparecido, junto con todo rastro de los Sangre Espectral.

—Supongo que esto significa que tendré que andar —dijo Shallan, volviéndose hacia los campamentos de guerra.

—¿Esperabas otra cosa? —preguntó Patrón desde su gabán,

genuinamente interesado.

—No —dijo Shallan—. Estaba hablando sola.

—Mmm. No, hablas conmigo.

Ella echó a andar bajo la noche, sintiendo frío. Sin embargo, no era el frío letal que había sufrido en el sur. Resultaba incómodo, pero nada más. Si no hubiera estado mojada, el aire incluso habría sido agradable, a pesar de la oscuridad. Pasó el rato practicando acentos con Patrón: ella hablaba y le hacía repetir exactamente lo que había dicho, en voz y tono. Poder oír de esa manera la ayudaba mucho.

Estaba segura de que había clavado el acento alezi. Eso era buena cosa, ya que Velo fingía ser alezi. No obstante, era fácil, ya que el veden y el alezi se parecían tanto que sabiendo uno se entendían los dos.

Su acento comecuernos era también bastante pasable, ya hablara en veden o en alezi. Estaba mejorando sin pasarse, como había sugerido Tyn. Su acento bav no estaba mal, y durante casi todo el camino de regreso practicó ambas lenguas con acento herdaziano. Palona le proporcionaba un buen ejemplo en alezi, y Patrón podía repetirle las cosas que había dicho la mujer, lo cual era muy valioso para practicar.

—Lo que tengo que hacer —dijo Shallan— es entrenarte para que hables por mis imágenes.

—Deberías dejar que hablaran solas —dijo Patrón.

—¿Puedo hacer eso?

—¿Por qué no?

—Porque... bueno, uso la luz como ilusión, y por eso las imágenes crean una imitación de luz. Tiene sentido. Pero no uso el sonido para crearlas.

—Es una potencia —señaló Patrón—. El sonido forma parte de ellas. Mmm... Son primas. Muy similares. Puede hacerse.

—¿Cómo?

—Mmm. De algún modo.

—Eres una gran ayuda.

—Me alegro... —Se calló—. ¿Una mentira?

—Sí.

Shallan se metió la mano segura en el bolsillo, que también estaba mojado, y continuó andando entre zonas de hierba que se

retiraban a su paso. Las colinas lejanas mostraban grano lavis que crecía en ordenados campos de pólipos, aunque no vio a ningún granjero a esta hora.

Al menos había dejado de llover. Seguía gustándole la lluvia, aunque no había considerado lo desagradable que podía ser caminar un largo trecho bajo un aguacero. Y...

¿Qué era eso?

Se detuvo en seco. Una mancha oscura ensombrecía el camino. Se acercó vacilante y descubrió que olía a humo. Ese tipo de humo empapado que queda tras haber apagado una hoguera.

Su carruaje. En ese momento lo distinguió, quemado en parte. Las lluvias habían apagado el fuego: no había ardido mucho tiempo. Probablemente habían iniciado el fuego en el interior, donde habría estado seco.

No cabía duda: era el que ella había contratado. Reconoció las molduras de las ruedas. Se acercó vacilante. Bueno, no se había equivocado al preocuparse. Menos mal que se había quedado atrás. Entonces cayó en la cuenta...

«¡El cochero!».

Echó a correr, temiéndose lo peor. El cadáver del hombre estaba allí, tendido junto al carruaje roto, mirando al cielo. Le habían cortado el cuello. Junto a él, los portadores parshmenios también yacían muertos, amontonados.

Shallan se sentó en una de las piedras mojadas, con la mano en la boca en un intento de contener las náuseas.

—Oh... Todopoderoso que estás en las alturas...

—Mmm... —zumbó Patrón, comunicando de algún modo cierta tristeza.

—Están muertos por mi culpa —susurró Shallan.

—Tú no los mataste.

—Sí —replicó Shallan—. Igual que si hubiera empuñado el cuchillo. Sabía el peligro en el que me metía. El cochero no.

Y los parshmenios. ¿Cómo se sentía al respecto? Portadores del Vacío, sí, pero era difícil no sentirse asqueada por lo que había hecho.

«Causarás algo mucho peor que esto si demuestras lo que sostiene Jasnah», dijo una parte en su interior.

Por un momento, al ver el entusiasmo de Mraize ante su arte,

había querido que aquel hombre le cayera bien. Bueno, pues sería mejor que recordara este momento. Él había permitido estos asesinatos. Acaso no fuera quien le abrió la garganta al cochero, pero había confirmado a los demás que estaba bien eliminarla si podían.

Habían quemado el carruaje para que pareciera que todo había sido cosa de los bandidos, pero ningún bandido se habría acercado tanto a las Llanuras Quebradas.

«Pobre hombre», pensó Shallan, mirando al cochero. Pero si no hubiera contratado el transporte, no habría podido esconderse como había hecho mientras el cochero tendía una pista falsa. ¡Tormentas! ¿Cómo habría manejado la situación para que nadie muriera? ¿Habría sido posible?

Al cabo de un rato se obligó a incorporarse y, encorvada, continuó el camino de regreso a los campamentos.



Las considerables habilidades de los Rompedores del Cielo para hacer aquello implicaban casi una habilidad divina, para lo que ninguna potencia ni ningún spren conceden capacidad. Sin embargo, la orden consiguió tal aptitud, y ese hecho fue real y reconocido incluso por sus rivales.

De *Palabras radiantes*, capítulo 28, página 3

Magnífico. ¿Hoy vas a ser tú mi niñera?

Kaladin se dio media vuelta mientras Adolin salía de su habitación. El príncipe llevaba un elegante uniforme, como siempre. Botones con monograma, botas que costaban más que algunas casas, espada al costado. Una extraña elección para un portador de esquirrada, pero Adolin probablemente la llevaba como adorno. Su pelo era un remolino de rubio salpicado de negro.

—No me fío de ella, príncipe —dijo Kaladin—. Extranjera, compromiso matrimonial secreto, y la única persona que podría hablar en su favor está muerta. Podría ser una asesina, y eso significa que han de vigilarte los mejores que tengo.

—Humilde, ¿eh? —dijo Adolin, avanzando hacia el salón de piedra, mientras Kaladin lo seguía.

—No.

—Era un chiste, muchacho del puente.

—Un error por mi parte. Creía que los chistes habían de ser graciosos.

—Solo para las personas con sentido del humor.

—Ah, claro —dijo Kaladin—. Cambié mi sentido del humor hace mucho tiempo.

—¿Y por qué lo cambiaste?

—Por cicatrices —replicó Kaladin en voz baja.

Los ojos de Adolin se dirigieron a las marcas que Kaladin tenía en la cabeza, aunque la mayoría quedaban cubiertas por el cabello.

—Magnífico —dijo entre dientes—. Simplemente magnífico. Me alegro muchísimo de que vengas conmigo.

Tras recorrer el pasillo, salieron a la luz del día. No había mucha. El cielo seguía nublado por las lluvias de los últimos días.

Desembocaron en el campamento de guerra.

—¿Vamos a recoger a algún guardia más? —preguntó Adolin—. Normalmente sois dos.

—Hoy solo estoy yo. —Kaladin andaba corto de recursos, con el rey bajo su protección y Teft llevándose a los nuevos reclutas de patrulla otra vez. Solo tenía dos o tres hombres para todo lo demás, pero Adolin supuso que podía vigilarlos él solo.

Un carruaje tirado por dos caballos de aspecto irascible los esperaba. Todos los caballos parecían irascibles, con aquellos ojos que todo lo sabían y sus súbitos movimientos. Por desgracia, un príncipe no podía ir a ninguna parte en un carruaje tirado por chulls. Un lacayo abrió una puerta para Adolin, que se acomodó en el interior. El lacayo cerró la puerta, luego se subió a su lugar en la parte trasera del carruaje. Kaladin se preparó para subirse al asiento junto al conductor, pero se detuvo.

—¡Tú! —dijo, señalando al conductor.

—¡Yo! —respondió el sagaz del rey desde donde estaba sentado, sujetando las riendas. Ojos azules, pelo negro, uniforme negro. ¿Qué estaba haciendo conduciendo el carruaje? No era un criado, ¿no?

Kaladin subió cautelosamente a su asiento, y Sagaz agitó las riendas para que los caballos arrancaran.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Kaladin.

—Buscando problemas —replicó Sagaz alegremente, mientras

los cascos de los caballos resonaban contra la piedra—. ¿Has estado practicando con mi flauta?

—Uh...

—No me digas que te la dejaste en el campamento de Sadeas cuando te mudaste.

—Bueno...

—He dicho que no me lo digas —señaló Sagaz—. No hace falta, puesto que ya lo sé. Una lástima. Si conocieras la historia de esa flauta, no lo creerías. Y por eso, quiero decir que te echaría del carruaje por haberme espiado.

—Uh...

—Ya veo que hoy estás de lo más elocuente.

Kaladin, en efecto, había dejado la flauta. Cuando reunió a los hombres del puente que quedaban en el campamento de Sadeas (los heridos del Puente Cuatro y los miembros de las otras cuadrillas) estaba concentrado en las personas, no en las cosas. No había prestado atención a sus escasas posesiones, olvidando que la flauta estaba entre ellas.

—Soy soldado, no músico —replicó Kaladin—. Además, la música es para las mujeres.

—Todo el mundo es músico —replicó Sagaz—. La cuestión es si comparten sus canciones o no. En cuanto a la música femenina, es interesante que la mujer que escribió ese tratado (el que prácticamente todos adoráis en Alezkar) decidiera que todas las tareas femeninas han de implicar estar sentada divirtiéndose mientras las masculinas consisten en andar siempre buscando a alguien para que te clave una lanza. Revelador, ¿eh?

—Supongo.

—¿Sabes? Me estoy esforzando mucho para encontrar temas de conversación interesantes, inteligentes y que te llamen la atención. No puedo dejar de pensar que no cumples con tu parte del acuerdo. Es un poco como tocar música para un sordo. Cosa que podría intentar, ya que parece divertido, siempre que mi flauta no se hubiera perdido.

—Lo siento —dijo Kaladin. Prefería estar pensando en las nuevas posiciones de esgrima que le había enseñado Zahel, pero Sagaz había sido amable con él antes. Lo menos que podía hacer Kaladin era hablar con él—. Entonces... eeeh, ¿conservaste tu empleo?

Como sagaz del rey, quiero decir. Cuando nos encontramos antes, diste a entender que corrías el riesgo de perder tu título.

—Aún no lo he comprobado.

—No... no has... ¿Sabe el rey que has vuelto?

—¡No! Intento pensar una manera adecuadamente espectacular para comunicárselo. Quizás un centenar de abismoides marchando al unísono, cantando una oda a mi magnificencia.

—Eso parece... difícil.

—Sí, los malditos bichos tienen problemas para afinar sus cuerdas tónicas y mantener la entonación.

—No tengo ni idea de lo que acabas de decir.

—Sí, los malditos bichos tienen problemas para afinar sus cuerdas tónicas y mantener la entonación.

—No tiene gracia, Sagaz.

—¡Ah! Así que te estás quedando sordo, ¿eh? Avísame cuando el proceso haya terminado. Quiero probar una cosa. Si puedo acordarme...

—Sí, sí —dijo Kaladin, suspirando—. Quieres tocar la flauta para uno mismo.

—No, no es eso... ¡Ah! Sí. Siempre he querido colarme por detrás y darle a un sordo un golpe en la cabeza. Creo que eso será para troncharse.

—Entonces, ¿has venido a burlarte de mí? —dijo Kaladin.

—Bueno, más o menos. Pero te dejaré en paz. No quiero que explotes por mi culpa.

Kaladin se sobresaltó.

—Ya sabes —dijo Sagaz, tan tranquilo—. Explotar de puro enfado. Ese tipo de cosas. —Kaladin entornó los ojos ante el alto ojos claros.

—¿Qué sabes?

—Casi todo. Ese «casi» puede ser a veces una verdadera patada en los dientes.

—¿Qué quieres entonces?

—Lo que no puedo tener. —Sagaz se volvió hacia él con aire solemne—. Lo mismo que todos los demás, Kaladin Bendito por la Tormenta.

Kaladin vaciló. Sagaz sabía que era una potenciación. Estaba seguro. ¿Debía esperar entonces algún tipo de exigencia?

—Ah, así que estás pensando. Bien. De ti, amigo mío, quiero una cosa. Una historia.

—¿Qué clase de historia?

—Eso tienes que decidirlo tú. —Sagaz le sonrió—. Espero que sea animada. Si hay algo que no soporto es el aburrimiento, así que te rogaría que evitaras ser pesado. De lo contrario, puede que tenga que colarme por detrás y golpearle en la cabeza.

—No me estoy quedando sordo.

—También es para troncharse con la gente que oye bien, obviamente. ¿Qué, pensabas que iba a atormentar a alguien solo porque es sordo? No, atormento a todo el mundo por igual, que lo sepas.

—Magnífico. —Kaladin se acomodó, esperando más. Sorprendentemente, Sagaz pareció contentarse con dejar ahí el asunto.

Kaladin contempló el cielo, tan sombrío. Odiaba los días como ese, que le recordaban el Llanto. Padre Tormenta. Los cielos grises y el clima miserable le hicieron preguntarse por qué se había molestado en levantarse de la cama. Al cabo de un rato, el carruaje llegó al campamento de Sebarial, un lugar que todavía parecía más una ciudad que los demás campamentos de guerra. Kaladin se maravilló de las viviendas perfectamente construidas, los mercados, los...

—¿Granjeros? —preguntó mientras adelantaban a un grupo de hombres que se dirigían a las puertas, llevando cañas antiparasitarias y cubos de crem.

—Sebarial les ha hecho emplazar campos de lavis en las colinas suroccidentales —explicó Sagaz.

—Las altas tormentas son demasiado fuertes aquí para establecer granjas.

—Díselo a los natanos. Antes cultivaban toda esta zona. Hace falta un tipo de planta que no crezca tanto como las que estáis acostumbrados.

—Pero ¿por qué? —preguntó Kaladin—. ¿Por qué no van los granjeros a otro sitio donde sea más fácil, como la propia Alezkar, incluso?

—No sabes mucho de la naturaleza humana, ¿verdad, Bendito por la Tormenta?

—Yo... No, no sé.

Sagaz sacudió la cabeza.

—Qué sincero eres, y qué bruto. Dalinar y tú sois iguales, desde luego. Alguien tiene que enseñaros a los dos cómo pasar un buen rato de vez en cuando.

—Sé perfectamente cómo pasármelo bien.

—¿Ah, sí?

—Sí. Solo hay que estar en cualquier sitio donde tú no estés.

Sagaz se lo quedó mirando, luego se echó a reír, sacudiendo las riendas de modo que los caballos se agitaron un poco.

—Así que tienes una chispa de humor.

Kaladin lo había heredado de su madre. A menudo decía cosas así, aunque nunca tan insultantes. «Estar cerca de Sagaz debe de estar corrompiéndome».

Por fin, Sagaz detuvo el carruaje ante una bonita mansión, del tipo que Kaladin habría esperado en algún agradable *lait*, no allí en un campamento de guerra. Con aquellas columnas y las hermosas ventanas de cristal, era aún más hermosa que la mansión del señor de la ciudad de Piedralar.

En el camino de acceso para el carruaje, Sagaz pidió al lacayo que fuera a buscar a la prometida provisional de Adolin. El príncipe bajó del vehículo a esperarla, alisándose la chaqueta y puliéndose los botones en una manga. Miró hacia el asiento del conductor y se sobresaltó.

—¡Tú! —exclamó.

—¡Yo! —replicó Sagaz. Bajó de lo alto del carruaje y ejecutó una florida reverencia—. Siempre a tu servicio, brillante señor Kholin.

—¿Qué has hecho con mi cochero habitual?

—Nada.

—Sagaz...

—¿Cómo? ¿Estás dando a entender que le he hecho daño al pobre tipo? ¿Sería eso propio de mí, Adolin?

—Pues... no.

—En efecto. Además, estoy seguro de que ya se habrá desatado. Ah, aquí está tu encantadora prometida pero-no-del-todo.

Shallan Davar salió de la casa. Bajó rápidamente los escalones, no pavoneándose como habrían hecho la mayoría de las damas ojos claros. «Desde luego, es entusiasta», pensó Kaladin, sujetando las

riendas que había cogido después de que Sagaz las soltara.

Había algo extraño en esta Shallan Davar. ¿Qué ocultaba tras aquella actitud ansiosa y la sonrisa dispuesta? En realidad, la manga abotonada de la mano segura de su vestido podía esconder cualquier instrumento mortal. Una sencilla aguja envenenada, clavada a través del tejido, bastaría para acabar con la vida de Adolin.

Por desgracia, no podría vigilarla todo el tiempo que estuviera con Adolin. Tenía que mostrar más iniciativa: ¿podía confirmar en cambio que ella era quien decía ser? ¿Investigar su pasado para decidir si era una amenaza o no?

Kaladin se levantó con intención de saltar al suelo para controlarla mientras se acercaba a Adolin. Shallan se sobresaltó de pronto y abrió mucho los ojos. Señaló a Sagaz con la mano libre.

—¡Tú! —exclamó.

—Sí, sí. Se ve que hoy todo el mundo me reconoce. Tal vez tendría que ponerme...

Sagaz se interrumpió cuando Shallan se abalanzó hacia él. Kaladin saltó al suelo, echando mano al cuchillo que llevaba al cinto, pero vaciló cuando Shallan envolvió a Sagaz en un abrazo y apoyó la cabeza contra su pecho, cerrando los ojos.

Kaladin retiró la mano del cuchillo y miró alzando una ceja a Sagaz, que parecía completamente aturdido. Permaneció de pie con los brazos a los costados, como si no supiera qué hacer con ellos.

—Siempre he querido darte las gracias —susurró Shallan—. Nunca tuve la oportunidad.

Adolin carraspeó. Finalmente, Shallan soltó a Sagaz y miró al príncipe.

—Has abrazado a Sagaz —dijo Adolin.

—¿Ese es su nombre? —preguntó Shallan.

—Uno de ellos —intervino Sagaz, al parecer todavía desconcertado—. En realidad, hay muchos. Ciertamente, la mayoría están relacionados con algún tipo de insulto...

—Has abrazado a Sagaz —repitió Adolin.

Shallan se ruborizó.

—¿Ha sido indecoroso?

—No se trata de decoro —dijo Adolin—. Se trata de sentido común. Abrazarlo es como abrazar a un espinablanca, o una

montaña de clavos o algo. Quiero decir, es Sagaz. Se supone que no ha de caerte bien.

—Tenemos que hablar —dijo Shallan, mirando a Sagaz—. No recuerdo todo lo que hablamos, pero hay partes...

—Intentaré hacerte un hueco en mi agenda —dijo Sagaz—. Pero estoy muy ocupado. Quiero decir que simplemente el hecho de insultar a Adolin va a llevarme hasta la semana que viene.

Adolin sacudió la cabeza, despidió al lacayo y ayudó a Shallan a subir al carruaje. Después de hacerlo, se inclinó hacia Sagaz.

—Las manos quietas.

—Es demasiado joven para mí, niño —replicó Sagaz.

—Así es —asintió Adolin—. Cíñete a las mujeres de tu edad.

Sagaz sonrió.

—Bueno, eso puede ser un poco difícil. Creo que solo hay una por aquí, y en general no nos llevamos bien.

—Eres muy extraño —dijo Adolin, subiendo al carruaje.

Kaladin suspiró y se dispuso a seguirlos.

—¿Pretendes viajar ahí dentro? —preguntó Sagaz, sonriendo de oreja a oreja.

—Sí —respondió Kaladin. Quería vigilar a Shallan. No era probable que intentara nada mientras viajaba en el carruaje con Adolin, pero tal vez descubriera algo vigilándola, y de todas formas tampoco podía estar absolutamente seguro de que no fuera a intentar hacerle daño.

—Intenta no flirtear con la chica —susurró Sagaz—. El joven Adolin parece estar volviéndose posesivo. Pero... ¿qué estoy diciendo? Al contrario, tú coquetea con la chica, Kaladin. Puede que el príncipe eche chispas.

Kaladin bufó.

—Ella es ojos claros.

—¿Y? —preguntó Sagaz—. Estáis demasiado obcecados con eso.

—No es por ofender —susurró Kaladin—, pero preferiría coquetear con un abismoide.

Dejó que Sagaz condujera el carruaje, y entró. Al verlo, Adolin miró al techo.

—Estás de broma.

—Es mi trabajo —replicó Kaladin, sentándose junto a él.

—Seguro que aquí dentro estoy a salvo —dijo Adolin, apretando

los dientes—. Con mi prometida.

—Bueno, entonces tal vez es que quiero un asiento cómodo —replicó Kaladin, dirigiendo un gesto de saludo a Shallan.

Ella hizo caso omiso y sonrió a Adolin mientras el carruaje se ponía en marcha.

—¿Adónde vamos hoy?

—Bueno, dijiste algo de una cena —respondió Adolin—. Conozco una taberna nueva en el Mercado Exterior, y sirven comida.

—Siempre conoces los mejores lugares —comentó Shallan, ampliando su sonrisa.

«¿Podrías ser más obvia con tus halagos, mujer?», pensó Kaladin.

Adolin le devolvió la sonrisa.

—Simplemente, escucho.

—Si prestaras más atención a qué vinos son buenos...

—¡No lo hago porque es fácil! —Sonrió Adolin—. Todos son buenos.

Ella soltó una risita.

Tormentas, los ojos claros eran un incordio. Sobre todo cuando tonteaban. Continuaron conversando, y a Kaladin le resultó descaradamente palmario hasta qué punto deseaba esa mujer establecer una relación con Adolin. Los ojos claros siempre estaban buscando oportunidades para ascender... o para apuñalarse unos a otros por la espalda, si estaban de ese humor. En cualquier caso, su trabajo no era descubrir si esta mujer era una oportunista. Todos los ojos claros lo eran. Solo tenía que averiguar si era una cazadora de fortunas oportunista o una asesina oportunista.

Siguieron hablando, y Shallan volvió a conducir la conversación a la actividad de ese día.

—No voy a decir que me apetezca otra taberna —dijo—. Pero me pregunto si no se están volviendo una opción demasiado obvia.

—Lo sé —respondió Adolin—. Pero, tormentas, hay poco que hacer aquí de todas formas. No hay conciertos, ni muestras de arte, ni competiciones escultóricas.

«¿De verdad os entretenéis con eso? —se preguntó Kaladin—. Que el Todopoderoso os proteja si no tenéis competiciones escultóricas que mirar».

—Hay una casa de fieras —señaló Shallan, ansiosa—. En el Mercado Exterior.

—Una casa de fieras —dijo Adolin—. ¿No es eso un poco... grosero?

—Oh, vamos. Podríamos mirar a todos los animales, y tú me dirías a cuántos has matado valientemente mientras cazabas. Será muy divertido. —Vaciló, y a Kaladin le pareció detectar algo en sus ojos. Un destello de algo más profundo. ¿Dolor? ¿Preocupación?—. Y me vendría bien un poco de distracción —añadió, en voz más baja.

—En realidad desprecio la caza —dijo Adolin, como si no se hubiera dado cuenta—. No hay ninguna competición real. —Miró a Shallan, que seguía con la sonrisa puesta y asentía con entusiasmo—. Bueno, de todas formas podría ser un cambio agradable. De acuerdo, le diré a Sagaz que nos lleve allí. Esperemos que lo haga, en vez de llevarnos a un abismo para reírse de nuestros gritos de horror.

Se volvió para abrir la pequeña puertecita de corredera que comunicaba con el pescante del cochero. Kaladin observó a Shallan, que se acomodó en su asiento, con una sonrisita de satisfacción en el rostro. Tenía otro motivo para ir a la casa de fieras. ¿Cuál sería?

Adolin se volvió de nuevo y preguntó a su casi prometida cómo le había ido el día. Kaladin escuchó a medias, estudiando a Shallan para tratar de detectar cualquier cuchillo oculto en su persona. Ella se ruborizó por algo que dijo Adolin y luego se echó a reír. A Kaladin en realidad no le caía bien Adolin, pero al menos el príncipe era sincero. Tenía el temperamento formal de su padre, y siempre había sido franco con él. Displicente y altivo, pero franco.

Esa mujer era diferente. Sus movimientos eran calculados. La manera en que se reía, la forma de elegir sus palabras... Se reía y ruborizaba, pero sus ojos siempre estaban alerta, siempre observaban. Era el epítome de todo lo que le asqueaba de la cultura ojos claros.

«Estás de mal humor», reconoció una parte de él. Le sucedía a veces, más a menudo cuando el cielo estaba nublado. Pero ¿de verdad tenían que actuar de esa manera tan repugnantemente alegre?

No le quitó a Shallan la vista de encima mientras continuaba el

viaje, y al final acabó por decidir que recelaba demasiado. La joven no era una amenaza inmediata para Adolin. Se puso a divagar y recordó la última noche en los abismos. Cabalgando los vientos, la luz removiéndose en su interior. La libertad.

No, no solo la libertad. El propósito.

«Tienes un propósito —pensó Kaladin, obligándose a volver al presente—. Proteger a Adolin». Era un trabajo ideal para un soldado, el trabajo con el que otros soñaban. Buena paga, su propio escuadrón, una tarea importante. Un comandante digno de confianza. Era perfecto.

Pero aquellos vientos...

—¡Oh! —dijo Shallan, echando mano a su zurrón y buscando en él—. Te he traído esa relación, Adolin. —Vaciló, mirando a Kaladin.

—Puedes fiarte de él —dijo Adolin, un poco a regañadientes—. Me ha salvado la vida dos veces, y mi padre le permite protegernos incluso en las citas más importantes.

Shallan sacó varias hojas de papel con notas hechas en el galimatías que era el tipo de escritura femenina.

—Hace dieciocho años, el alto príncipe Yenev era importante en Alezkar, uno de los más poderosos altos príncipes que se opusieron a la campaña de unificación del rey Gavilar. Yenev no fue derrotado en batalla. Murió en un duelo. Contra Sadeas.

Adolin asintió, inclinándose hacia delante, ansioso.

—Aquí está la narración de los hechos realizada por la brillante Ialai —explicó Shallan—: «Derrotar a Yenev fue un acto de inspirada sencillez. Mi esposo habló con Gavilar en relación al Derecho de Desafío y el Premio del Rey, antiguas tradiciones que muchos de los ojos claros conocían pero ignoraban en circunstancias modernas».

»«Siendo tradiciones que invocaban una relación con la Corona histórica, invocarlas reflejaba nuestro derecho a gobernar. La ocasión fue una gala de poderío y renombre, y mi esposo se enfrentó primero en duelo con otro hombre».

—¿Una qué de poderío y renombre? —preguntó Kaladin.

Los dos lo miraron, como sorprendidos por oírlo hablar. «Seguís olvidando que estoy aquí, ¿no? —pensó Kaladin—. Preferís ignorar a los ojos oscuros».

—Una gala de poderío y renombre —dijo Adolin—. Es una

forma de referirse a un torneo. Era común entonces. La manera que tenían de alardear los altos príncipes que estaban en paz unos con otros.

—Tenemos que encontrar un modo de que Adolin se bata en duelo o al menos desacredite a Sadeas —explicó Shallan—. Mientras pensaba sobre ello, recordé una referencia al duelo con Yenev en la biografía de Jasnah del antiguo rey.

—De acuerdo... —dijo Kaladin, frunciendo el ceño.

—«El propósito —continuó Shallan, alzando el dedo mientras seguía leyendo el relato— de este duelo preliminar era asombrar e impresionar de manera perceptible a los altos príncipes. Aunque lo habíamos planeado de antemano, el primer hombre no conocía su papel en nuestro plan. Sadeas lo derrotó con calculado espectáculo. Detuvo la lucha en varios momentos y subió las apuestas, primero con dinero, luego con tierras.

»Al final, la victoria fue toda una exhibición. Con la multitud tan entregada, el rey Gavilar se puso en pie y ofreció a Sadeas un premio por haberlo complacido siguiendo la antigua tradición. La respuesta de Sadeas fue sencilla: “¡No quiero más premio que el cobarde corazón de Yenev en la punta de mi espada, majestad!”».

—Estás bromeando —dijo Adolin—. ¿Golpe Duro Sadeas dijo eso?

—El hecho, junto con sus palabras, está registrado en varias crónicas importantes —dijo Shallan—. Sadeas se enfrentó luego a Yenev, lo mató, y creó una oportunidad para que un aliado, Aladar, tomara el control de aquel principado.

Adolin asintió, pensativo.

—Tal vez dé resultado, Shallan. Puedo intentar lo mismo: ofrecer espectáculo con mi duelo contra Relis y la otra persona que traiga, asombrar a la multitud, ganarme la felicitación del rey y exigir el Derecho de Desafío contra el mismísimo Sadeas.

—Tiene cierto encanto —reconoció Shallan—. Recurrir a una maniobra que él mismo ha empleado, y luego usarla contra él.

—No aceptará nunca —dijo Kaladin—. Sadeas no se dejará atrapar de esa forma.

—Tal vez —repuso Adolin—. Pero creo que subestimas la situación en la que se encontrará, si lo hacemos correctamente. El Derecho de Desafío es una tradición antigua... algunos dicen que la

instituyeron los Heraldos. Un guerrero ojos claros que ha demostrado su valía ante el Todopoderoso y el rey, que se vuelve y exige justicia contra alguien que lo ha agraviado...

—Aceptaré —dijo Shalla—. Tendrá que hacerlo. Pero ¿puedes ser espectacular, Adolin?

—La multitud espera que haga trampas —contestó él—. No me tendrán en mucha consideración después de mis últimos duelos... eso debería actuar a mi favor. Si puedo ofrecerles un verdadero espectáculo, estarán entusiasmados. Además, ¿derrotar a dos hombres a la vez? Solo eso debería concedernos ya la atención que necesitamos.

Kaladin los miró de uno a otro. Se lo estaban tomando muy en serio.

—¿De verdad pensáis que podría salir bien? —dijo, pensativo.

—Sí —respondió Shalla—, aunque, por tradición, Sadeas podría nombrar un campeón que luchara por él, así que tal vez Adolin no logre enfrentarse a él personalmente. Pero ganará de todas formas las esquiras de Sadeas.

—No será tan satisfactorio —dijo Adolin—. Pero sería aceptable. Derrotar a su campeón en duelo cortaría a Sadeas por las rodillas. Perdería muchísima credibilidad.

—Pero en realidad no significaría nada —dijo Kaladin—. ¿Verdad?

Los otros dos se le quedaron mirando.

—Es solo un duelo —dijo Kaladin—. Un juego.

—Esto sería diferente —repuso Adolin.

—No veo por qué. Ciertamente, puede que ganes sus esquiras, pero su título y su autoridad seguirían igual.

—Es cuestión de percepción —dijo Shalla—. Sadeas ha formado una coalición contra el rey. Eso implica que es más fuerte que Elhokar. Perder ante el campeón del rey desmontaría esa idea.

—Pero no son más que juegos —insistió Kaladin.

—Sí —dijo Adolin. Kaladin no se esperaba que fuera a estar de acuerdo—. Pero es un juego cuyas reglas Sadeas ha aceptado.

Kaladin se acomodó en el asiento, reflexionando sobre aquellas palabras. «Esta tradición podría ser una respuesta —pensó—. La tradición que he estado buscando para...».

—Sadeas era un fuerte aliado —dijo Adolin, lamentándolo—. Se

me habían olvidado determinadas cuestiones, como su derrota a Yenev.

—Entonces, ¿qué ha cambiado? —preguntó Kaladin.

—Gavilar murió —dijo Adolin en voz baja—. El viejo rey era lo que mantenía a mi padre y a Sadeas apuntando en la misma dirección. —Se inclinó hacia delante y miró las hojas de notas de Shallan, aunque obviamente no sabía leerlas—. Tenemos que conseguir esto, Shallan. Tenemos que colocar la soga alrededor del cuello de esa anguila. Esto es brillante. Gracias.

Ella se ruborizó, luego metió las notas en un sobre y se lo entregó.

—Dale esto a tu tía. Detalla lo que he encontrado. Tu padre y ella sabrán mejor que yo si es una buena idea o no.

Adolin aceptó el sobre y le cogió la mano al hacerlo. Los dos compartieron un momento, mutuamente absortos el uno en el otro. Sí, Kaladin estaba cada vez más convencido de que esa mujer no iba a suponer ningún peligro inmediato para Adolin. Si era una especie de impostora, no iba tras la vida de Adolin. Solo de su dignidad.

«Demasiado tarde —pensó, viendo al príncipe echarse hacia atrás con una sonrisa estúpida en la cara—. Ya está muerto y calcinado».

El carruaje llegó poco después al Mercado Exterior, donde adelantaron a varios grupos de hombres de patrulla, ataviados con los uniformes azules de Kholin: hombres de los puentes que no pertenecían al Puente Cuatro. Hacer la ronda de guardia allí era una de las formas que tenía Kaladin de entrenarlos.

Kaladin bajó el primero del carruaje, advirtiendo las filas de carros de tormenta alineados cerca. La zona quedaba bloqueada por unas cuerdas alrededor de unos postes, para impedir que la gente entrara, aunque los hombres con porras que esperaban apoyados en los postes harían probablemente un mejor trabajo.

—Gracias por traernos, Sagaz —dijo Kaladin, volviéndose—. Lamento de nuevo lo de esa flauta tuya...

Sagaz había desaparecido de lo alto del carruaje. En su lugar había otro hombre, un tipo más joven con pantalones marrones, camisa blanca y una gorra que se quitó, cohibido.

—Lo siento, señor —dijo. Tenía un acento que Kaladin no acertó a identificar—. Me pagó bien, sí que lo hizo. Dijo exactamente

dónde tenía que estar para que cambiáramos de sitio.

—¿Qué es esto? —preguntó Adolin, bajando del carruaje y alzando la mirada—. Oh, Sagaz suele hacer esto, muchacho del puente.

—¿Esto?

—Le gusta desaparecer misteriosamente.

—No fue tan misterioso, señor —dijo el muchacho, que se volvió y señaló—. Yo estaba allí atrás, donde el carruaje se detuvo antes de girar. Lo estaba esperando para encargarme de conducir. Tuve que subirme sin que nadie se diera cuenta. Él se marchó riendo como un niño, sí señor.

—Le gusta sorprender a la gente —dijo Adolin, ayudando a Shallan a bajar del carruaje—. No le hagas caso.

El nuevo conductor se encogió, como avergonzado. Kaladin no lo conocía de nada: no era uno de los sirvientes habituales de Adolin. «Tendré que viajar ahí arriba en el viaje de vuelta. Echarle un ojo a este tipo».

Shallan y Adolin se dirigieron a la casa de fieras. Kaladin recogió su lanza de la parte trasera del carruaje y luego echó a correr para alcanzarlos, hasta situarse a unos pasos por detrás de ellos. Los escuchó reír y le entraron ganas de darles un puñetazo en la cara.

—Vaya —dijo la voz de Syl—. Se supone que tienes que controlar las tormentas, Kaladin, no llevarlas en los ojos.

Él la miró mientras danzaba y revoloteaba en el aire a su alrededor en forma de lazo de luz. Se echó la lanza al hombro y siguió andando.

—¿Qué pasa? —preguntó Syl, deteniéndose ante él. No importaba hacia dónde girara Kaladin la cabeza, ella automáticamente se deslizaba hacia ese lado, como si estuviera sentada en una plataforma invisible, el vestido juvenil disolviéndose en niebla justo por debajo de sus rodillas.

—Nada —dijo él en voz baja—. Es que estoy cansado de escuchar a esos dos.

Syl miró por encima del hombro a la pareja que tenía delante. Adolin pagó la entrada, indicó con el pulgar a Kaladin y pagó también la suya. Un azishiano de aspecto pomposo con un sombrero extraño y un largo gabán de intrincado diseño les dejó pasar, señalando diferentes filas de jaulas e indicando qué animales

contenían.

—Shallan y Adolin parecen felices —dijo Syl—. ¿Qué tiene eso de malo?

—Nada —respondió Kaladin—. Mientras yo no tenga que escucharlo.

Syl torció el gesto.

—No son ellos, eres tú. Eres agrio. Casi noto el sabor en la boca.

—¿El sabor? —preguntó Kaladin—. Tú no comes, Syl. Dudo de que tengas sentido del sabor.

—Es una metáfora. Y puedo imaginarlo. Y sabes agrio. Y deja de discutir, porque tengo razón. —Se marchó para flotar cerca de Shallan y Adolin mientras ellos inspeccionaban la primera jaula.

«Maldita spren —pensó Kaladin, acercándose a la pareja—. Discutir con ella es como... bueno, como discutir con el viento, supongo».

La carreta se parecía mucho a la jaula en la que Kaladin había viajado a las Llanuras Quebradas, aunque el animal que había dentro parecía haber sido mejor tratado que los esclavos. Estaba sentado en una roca, y la jaula había sido cubierta con crem por dentro, como para imitar una cueva. La criatura en sí no era más que un bulto de carne con dos ojos saltones y cuatro largos tentáculos.

—Oooh... —exclamó Shallan, con los ojos muy abiertos. Parecía como si le hubieran regalado un montón de joyas, solo que en realidad era una masa viscosa de algo que Kaladin habría esperado encontrar pegado en la suela de su bota.

—Es el bicho más feo que he visto en mi vida —dijo Adolin—. Es como lo que hay dentro de un hasper, pero sin concha.

—Es un sarpenhtyn —informó Shallan.

—Pobrecillo. ¿Le puso su madre ese nombre?

Shallan le dio un golpecito en el hombro.

—Es una familia.

—Así que la madre estaba detrás de todo eso.

—Una familia de animales, idiota. Hay más en el oeste, donde las tormentas no son tan fuertes. Solo he visto unos pocos: los tenemos más pequeños en Jah Keved, pero no como este. Ni siquiera sé a qué especie pertenece. —Vaciló, luego metió los dedos entre los barrotes y agarró uno de los tentáculos.

El bicho tiró inmediatamente, inflándose para parecer más grande y alzando dos de sus brazos tras la cabeza de manera amenazante. Adolin gritó y tiró de Shallan.

—¡Nos han dicho que no los tocáramos! —exclamó—. ¿Y si es venenoso?

Shallan no le hizo caso y sacó un cuaderno de su cartera.

—Es cálido al tacto —murmuró para sí—. Sangre caliente. Fascinante. Necesito dibujarlo. —Entornó los ojos ante una plaquita que había en la jaula—. Bueno, esto es inútil.

—¿Qué dice? —preguntó Adolin.

—«Roca diablo capturado en Marabethia. Los lugareños dicen que es el espíritu vengativo renacido de un niño que fue asesinado». Ni siquiera una mención a su especie. ¿Qué clase de investigación es esta?

—Es una casa de fieras, Shallan —dijo Adolin, riendo—. Lo han traído desde tan lejos para entretener a los soldados y los que siguen al campamento.

En efecto, la casa de fieras era popular. Mientras Shallan dibujaba, Kaladin se entretuvo observando a los que pasaban, asegurándose de que mantenían la distancia. Vio de todo, desde fregonas y dieces a oficiales, e incluso algunos ojos claros. Tras ellos, una mujer ojos claros pasó en su palanquín, sin apenas mirar las jaulas. Resultó un verdadero contraste con los ansiosos dibujos de Shallan y los comentarios jocosos de Adolin.

Kaladin no estaba reconociendo a estos dos lo que valían. Puede que lo ignorasen, pero no eran claramente despectivos hacia él. Eran felices y agradables. ¿Por qué le molestaba tanto?

Al cabo de un rato, Shallan y Adolin pasaron a la siguiente jaula, que contenía anguilas aéreas y una gran tina de agua para que se zambulleran. No parecían tan cómodas como la «roca diablo». No había mucho espacio para moverse en la jaula, y no volaban. No era muy interesante.

A continuación había una criatura que parecía un pequeño chull, pero con garras más grandes. Shallan quiso dibujarlo también, así que Kaladin se puso a esperar junto a la jaula, observando a la gente que pasaba y escuchando a Adolin tratar de hacer chistes que divirtieran a su prometida. No era muy bueno, pero Shallan se reía de todas formas.

—Pobre animal —dijo Syl, aterrizando en el suelo de la jaula y mirando a su triste ocupante—. ¿Qué clase de vida es esta?

—Una vida segura. —Kaladin se encogió de hombros—. Al menos no tiene que preocuparse por los depredadores. Le dan de comer. Dudo de que un chull o un bicho de esos pueda pedir más.

—¿Sí? —preguntó Syl—. Supongo que, en su lugar, tú estarías encantado de la vida.

—Por supuesto que no. No soy un chull ni un bicho de esos. Soy soldado.

Siguieron adelante, pasando de una jaula a otra. Shallan quiso dibujar algunos animales, mientras que en el caso de otros llegó a la conclusión de que no necesitaba un boceto inmediato. El que le pareció más fascinante era también el más extraño, una especie de pintoresco pollo con alas azules, rojas y verdes. Sacó lápices de colores para hacer ese boceto. Al parecer, había perdido la oportunidad de dibujar uno de estos animales hacía mucho tiempo.

Kaladin tuvo que admitir que el bicho era bonito. Pero ¿cómo sobrevivía? Tenía la concha justo delante de la cara, pero el resto no era blando, así que no podía esconderse en las grietas como la roca diablo. ¿Qué hacía ese pollo cuando llegaba una tormenta?

Syl se apoyó en el hombro de Kaladin.

—Soy soldado —repitió Kaladin, hablando en voz muy baja.

—Eso eras —dijo Syl.

—Es lo que quiero volver a ser.

—¿Estás seguro?

—Casi. —Se cruzó de brazos, apoyando de nuevo la lanza contra su hombro—. Lo único es que... Es una locura, Syl. Absurdo. El tiempo que estuve en los puentes fue el peor de mi vida. Sufrimos muerte, opresión, indignidad. Sin embargo, creo que nunca me he sentido tan vivo como en aquellas últimas semanas.

Comparado con el trabajo que había hecho con el Puente Cuatro, ser un simple soldado (incluso un soldado muy respetado, como capitán de la guardia de un alto príncipe) parecía una ocupación banal. Intrascendente.

Pero surcar los vientos... eso había sido cualquier cosa menos intrascendente.

—Estás casi preparado, ¿verdad? —susurró Syl.

Él asintió lentamente.

—Sí. Sí, creo que lo estoy.

La siguiente jaula tenía una gran cantidad de público delante, e incluso unos cuantos miedospren rebullendo en el suelo. Kaladin empujó, aunque no tuvo que despejar el sitio: la gente se apartó para dejar pasar al heredero de Dalinar en cuanto se dieron cuenta de quién era. Adolin pasó ante ellos sin mirarlos, obviamente acostumbrado a esa deferencia.

La jaula era distinta a las demás. Los barrotes estaban más juntos, la madera reforzada. El animal que había dentro no parecía merecer el tratamiento especial. La triste bestia yacía delante de unas rocas, los ojos cerrados. La cara cuadrada mostraba unas mandíbulas afiladas (como dientes, pero de algún modo más feroz) y un par de largos colmillos como dientes que salían de la mandíbula superior. Las afiladas púas que corrían desde la cabeza hasta la sinuosa espalda, junto con sus poderosas patas, eran indicativos de qué era esta bestia.

—Espinablanca —jadeó Shallan, acercándose a la jaula.

Kaladin nunca había visto uno. Recordó a un joven, muerto en la mesa de operaciones, sangre por todos lados. Recordó el miedo, la frustración. Y luego la tristeza.

—Esperaba —dijo Kaladin, tratando de asimilarlo todo—, que la criatura fuera... más.

—No viven bien en cautividad —explicó Shallan—. Esta probablemente se habría dormido en cristal hace mucho tiempo, si se lo hubieran permitido. Tienen que mojarla continuamente para reblandecer la concha.

—No te compadezcas de la criatura —dijo Adolin—. He visto lo que le pueden hacer a un hombre.

—Sí —dijo Kaladin en voz baja.

Shallan sacó sus útiles de dibujo, aunque cuando comenzó su boceto la gente empezó a marcharse de la jaula. Al principio, Kaladin pensó que era algo referido a la bestia misma... pero el animal continuó allí tendido, los ojos cerrados, bufando de vez en cuando por los ollares.

No, la gente se congregaba al otro lado de la casa de fieras. Kaladin llamó la atención de Adolin y señaló. «Voy a comprobar eso», implicaba el gesto. Adolin asintió y posó la mano en su espada. «Estaré atento», decía el suyo.

Kaladin se marchó a investigar, la lanza al hombro. Por desgracia, pronto reconoció un rostro familiar por encima de la multitud. Amaram era un hombre alto. Dalinar iba a su lado, protegido por varios hombres de Kaladin, que mantenían a la asombrada multitud a distancia segura.

—He oído que mi hijo estaba por aquí —le dijo Dalinar al bien vestido dueño de la casa de fieras.

—¡No tienes que pagar, alto príncipe! —dijo el dueño, hablando con acento similar al de Sigzil—. Tu presencia es una gran bendición de los Heraldos sobre mi humilde colección. Y la de tu distinguido invitado.

Amaram. Llevaba una extraña capa de color amarillo dorado brillante, con un glifo negro en la espalda. ¿Juramento? Kaladin no reconoció la forma. Sin embargo, parecía familiar.

«El ojo doble», advirtió. Símbolo de...

—¿Es cierto? —preguntó el dueño de la casa de fieras, mirando a Amaram—. Los rumores en el campamento son tan intrigantes...

Dalinar suspiró audiblemente.

—Íbamos a anunciarlo en la fiesta de esta noche, pero ya que Amaram insiste en llevar la capa, supongo que hay que aclararlo. Por indicación del rey, he ordenado la reinstauración de los Caballeros Radiantes. Que se hable de ello en los campamentos. Los antiguos juramentos vuelven a pronunciarse, y el brillante señor Amaram fue, a petición mía, el primero en hacerlo. Los Caballeros Radiantes han sido restablecidos, y él está a la cabeza.

EL ESPINABLANCA SUELTO



Veintitrés cohortes siguieron, contribuciones del rey de Makabakam, pues aunque el vínculo de unión entre hombre y spren era a veces inexplicable, la habilidad de los spren enlazados para manifestarse en nuestro mundo en vez de en el suyo se hizo más fuerte a través de los juramentos dados.

De Palabras radiantes, capítulo 35, página 9

—Es evidente: Amaram no tiene habilidades de potenciación — dijo Sigzil en voz baja, de pie junto a Kaladin.

Dalinar, Navani, el rey y Amaram bajaban de su carruaje. La arena de duelos se alzaba ante ellos, otra de las formaciones parecidas a cráteres que bordeaban las Llanuras Quebradas. Sin embargo, era mucho más pequeño que los que había en los campamentos de guerra, y tenía asientos repartidos en gradas.

Con la asistencia de Elhokar y Dalinar (por no mencionar a Navani y los dos hijos de Dalinar), Kaladin había traído a todos los guardias posibles. Eso incluía a algunos de los hombres del Puente Diecisiete y el Puente Dos, que se mantenían erguidos y orgullosos, agarrando con fuerza sus lanzas, claramente entusiasmados por haber recibido al fin su primera misión de vigilancia. En total, Kaladin tenía a cuarenta hombres de guardia.

Ninguno de ellos valdría una gota de lluvia si atacaba el Asesino de Blanco.

—¿Podemos estar seguros? —preguntó Kaladin, señalando con la cabeza a Amaram, que seguía llevando su capa amarillo dorada con el símbolo de los Caballeros Radiantes en la espalda—. No le he mostrado a nadie mis poderes. Tiene que haber otros entrenándose igual que yo. Tormentas, Syl me prometió que los había.

—Habría mostrado las habilidades si las tuviera —dijo Sigzil—. Los chismorreos recorren los diez campamentos de guerra como una riada. La mitad de la gente piensa que lo que Dalinar está haciendo es blasfemo y estúpido. La otra mitad no sabe qué pensar. Si Amaram mostrara poderes de potenciación, el movimiento del brillante señor Dalinar parecería menos precario.

Probablemente Sigzil tenía razón. Pero... ¿Amaram? El hombre caminaba con aire orgulloso, la cabeza alta. Kaladin sintió que se acaloraba y durante un momento pareció que lo único que podía ver era a Amaram. La capa dorada. El rostro arrogante.

Manchado de sangre. Ese hombre estaba manchado de sangre. ¡Kaladin se lo había dicho a Dalinar!

Dalinar no haría nada.

Alguien tendría que hacerlo.

—¿Kaladin? —preguntó Sigzil.

Kaladin advirtió que había dado un paso hacia Amaram, las manos apretadas contra la lanza. Inspiró profundamente, luego señaló.

—Sitúa a los hombres en el borde del coso, allí. Cikatriz y Eth están en la sala de preparación con Adolin, aunque no le servirá de nada en el combate. Pon otros pocos al pie del coso, por si acaso. Tres hombres en cada puerta. Yo me llevaré a seis a los asientos del rey. —Hizo una pausa antes de añadir—: Pongamos también dos guardias con la prometida de Adolin, por si acaso. Estará sentada con Sebarial.

—Muy bien.

—Dile a los hombres que estén concentrados, Sig. Es probable que sea una lucha tremenda. Quiero que sus mentes se concentren en la posibilidad de que se cometa un asesinato, no en el duelo.

—¿De verdad va a luchar contra dos hombres a la vez?

—Sí.

—¿Podrá vencer?

—No lo sé, y en realidad no me importa. Nuestro trabajo es vigilar otras amenazas.

Sigzil asintió y se dispuso a marcharse. Sin embargo, vaciló y cogió a Kaladin por el brazo.

—Podrías unirme a ellos, Kal —dijo en voz baja—. Si el rey va a reinstaurar los Caballeros Radiantes, tienes una excusa para demostrar lo que eres. Dalinar lo está intentando, pero tanta gente piensa que los Radiantes son una fuerza del mal, que olvidan el bien que hicieron antes de traicionar a la humanidad. Pero si mostraras tus poderes, podrían cambiar de opinión.

Unirse. A las órdenes de Amaram. Jamás.

—Ve a transmitir mis órdenes —dijo Kaladin, señalando, y entonces se zafó de la tenaza de Sigzil y corrió tras el rey y su séquito. Al menos había salido el sol, y el aire primaveral era cálido.

Syl flotó tras Kaladin.

—Amaram te está echando a perder —susurró—. No se lo permitas.

Él apretó los dientes y no contestó. En cambio, se situó junto a Moash, que estaba a cargo del equipo que vigilaba a la brillante Navani: ella prefería ver los duelos desde abajo, en las salas de preparación.

Una parte de Kaladin dudaba sobre si permitir que Moash vigilara a alguien que no fuera Dalinar, pero, tormentas, Moash le había jurado que no emprendería más acciones contra el rey. Kaladin confiaba en él. Eran el Puente Cuatro.

«Te sacaré de esto, Moash —pensó Kaladin, apartando al hombre a un lado—. Lo arreglaremos».

—Moash —dijo, hablando en voz baja—. A partir de mañana te pondré en el servicio de patrullas.

El aludido frunció el ceño.

—Creía que querías que protegiera siempre... —Su expresión se endureció—. Esto es por lo que pasó en la taberna.

—Quiero que te encargues de una patrulla importante —dijo Kaladin—. Dirígete hacia Nueva Natanan. No quiero que estés aquí cuando actuemos contra Graves y su gente. —Ya había dejado pasar demasiado tiempo.

—No voy a marcharme.

—Lo harás, y no es tema de...

—¡Lo que están haciendo es justo, Kal!

Kaladin frunció el ceño.

—¿Has seguido viéndote con ellos?

Moash apartó la mirada.

—Solo una vez. Para asegurarles que cambiarías de opinión.

—¡Has desobedecido una orden! —estalló Kaladin—.

¡Tormentas, Moash!

El ruido en el coso aumentaba.

—El combate está a punto de empezar —dijo Moash, soltándose el brazo de la tenaza de Kaladin—. Podemos hablar de esto más tarde.

Kaladin apretó los dientes, pero por desgracia Moash tenía razón. No era el momento.

«Tendría que haberlo detenido esta mañana —pensó Kaladin—. No, lo que tendría que haber hecho es tomar una decisión hace ya días».

Era culpa suya.

—Irás en esa patrulla, Moash —dijo—. No creas que puedes insubordinarte porque eres mi amigo. Vamos.

El hombre echó a correr, para reunir a su escuadrón.

Adolin se arrodilló ante su espada en la sala de preparación y descubrió que no sabía qué decir.

Contempló su reflejo en la hoja. Dos portadores de esquirlada a la vez. Ni siquiera lo había intentado fuera de los terrenos de entrenamiento.

Luchar contra múltiples oponentes era duro. En las historias, cuando se contaba que un hombre lucha contra seis a la vez o lo que fuera, la verdad era probablemente que había conseguido eliminarlos de algún modo uno a uno. Dos a la vez era difícil, si estaban preparados y eran cuidadosos. No imposible, pero sí realmente difícil.

—Todo se reduce a esto —dijo Adolin. Tenía que decirle algo a la espada. Era la tradición—. Vamos a ser espectaculares. Luego borraremos esa sonrisa de la cara de Sadeas.

Al levantarse hizo desaparecer su espada. Salió de la pequeña sala de preparación y recorrió el túnel adornado con duelistas tallados y pintados. En la otra habitación estaba sentado Renarin con su uniforme Kholin (lo llevaba en actos oficiales como este, en vez de aquel maldito uniforme del Puente Cuatro), esperando ansioso. La tía Navani abrió la tapa de un frasco de pintura para hacer una glifoguarda.

—No hace falta —dijo Adolin, sacándose una del bolsillo. Pintada en azul Kholin, decía «excelencia».

Navani enarcó una ceja.

—¿La muchacha?

—Sí —respondió Adolin.

—La caligrafía no está mal —observó Navani, a regañadientes.

—Es una chica maravillosa, tía —dijo Adolin—. Me gustaría que le dieras una oportunidad. Y quiere compartir su erudición contigo.

—Ya veremos —replicó Navani. No parecía tan tajante como antes en relación a Shallan. Buena señal.

Adolin colocó la glifoguarda en el brasero e inclinó la cabeza mientras ardía: una plegaria al Todopoderoso para que le ayudara. Sus rivales de ese día probablemente estarían quemando sus propias plegarias. ¿Cómo decidía el Todopoderoso a quién ayudar?

«No puedo creer que quiera que los que sirven a Sadeas, aunque sea indirectamente, tengan éxito», pensó, alzando la cabeza.

—Estoy preocupada —dijo Navani.

—Mi padre piensa que el plan podría funcionar, y a Elhokar le gusta.

—Elhokar puede ser impulsivo —dijo Navani, cruzando los brazos mientras veía arder los restos de la glifoguarda—. Los términos cambian las cosas.

Los términos, acordados con Relis y pronunciados delante de la alta jueza un momento antes, indicaban que el duelo continuaría hasta la rendición, no hasta que se rompieran cierto número de secciones de la armadura esquirlada. Eso significaba que si Adolin conseguía derrotar a uno de sus contrincantes y lograba que se rindiera, el otro podía seguir luchando.

También significaba que Adolin no tenía que dejar de luchar hasta que estuviera convencido de que había sido derrotado.

O hasta que quedara incapacitado.

Renarin se acercó y apoyó una mano en el hombro de su hermano.

—Creo que es un buen plan —dijo—. Puedes conseguirlo.

—Van a intentar hacerte pedazos —dijo Navani—. Por eso insistieron en que fuera un combate hasta la rendición. Te lisiarán si pueden, Adolin.

—No es distinto al campo de batalla —contestó él—. De hecho, si ese es el caso, querrán dejarme con vida. Si lo que quieren es dar una lección, para ellos es mejor dejarme con las piernas muertas por las hojas esquirladas que como cenizas.

Navani cerró los ojos, conteniendo la respiración. Parecía pálida. Fue un poco como tener a su madre de vuelta. Un poco.

—Asegúrate de que no dejas ninguna salida a Sadeas —le dijo Renarin mientras los armeros entraban con la armadura esquirlada de Adolin—. Cuando lo acorrales con el desafío, buscará un modo de eludirlo. No se lo permitas. Tráelo a estas arenas y derrótalo, hermano.

—Con placer.

—¿Comiste el pollo? —preguntó Renarin.

—Dos platos, con curry.

—¿La cadena de nuestra madre?

Adolin se palpó el bolsillo.

Luego se palpó el otro.

—¿Qué? —preguntó Renarin, y sus dedos se tensaron en el hombro de Adolin.

—Habría jurado que la guardé.

Renarin maldijo.

—Puede que esté en mis aposentos —dijo Adolin—. En el campamento. En mi mesa. —Suponiendo que no la hubiera cogido y perdido por el camino. Tormentas.

Era solo un amuleto de buena suerte. No significaba nada. Empezó a sudar mientras Renarin enviaba un mensajero a buscarlo. No volvería a tiempo. Ya se oía a la multitud fuera, el creciente rugido que se producía antes de un duelo. Adolin, a su pesar, permitió que sus armeros empezaran a equiparlo.

Cuando le entregaron el yelmo, había recuperado la mayor parte de su ritmo: la expectación que era una extraña mezcla de ansiedad en el estómago y relajación en los músculos. No se podía luchar

estando tenso. Era posible hacerlo estando nervioso, pero no tenso.

Dirigió un gesto de asentimiento a sus sirvientes, y estos abrieron las puertas para permitirle salir a la arena. Por los aplausos supo dónde estaban los ojos oscuros. En contraste, los ojos claros redujeron la intensidad de sus vítores cuando salió. Era bueno que Elhokar reservara sitio para los ojos oscuros. A Adolin le gustaba el ruido. Le recordaba el campo de batalla.

«Hubo una época en que no me gustaba el campo de batalla porque no era silencioso, como un duelo», pensó. A pesar de su reticencia original, se había convertido en soldado.

Se situó en el centro del ruedo. Los otros no habían salido aún de la sala de preparación. «Elimina a Relis primero —se dijo Adolin—. Conoces su estilo de lucha». El hombre prefería la posición de la enredadera, lenta y firme, pero con súbitos y rápidos ataques. Adolin no estaba seguro de a quién iba a traer para luchar a su lado, aunque había pedido prestada una hoja y una armadura esquirladas al rey. ¿Quizá su primo querría intentarlo de nuevo, por venganza?

Shallan estaba allí, al otro lado del coso; su cabello rojo destacaba como sangre sobre la piedra. La acompañaban dos guardias del puente. Adolin asintió, agradeciéndolo, y la saludó alzando el puño. Ella le devolvió el saludo.

El combatiente danzó de un pie a otro, dejando que el poder de la armadura fluyera a través de su cuerpo. Podía ganar, incluso sin la cadena de su madre. El problema era que tenía intención de desafiar a Sadeas después de esto. Así que tenía que conservar fuerzas suficientes para ese duelo.

Comprobó, ansioso, si Sadeas se hallaba presente. En efecto, estaba sentado a poca distancia de su padre y el rey. Adolin entornó los ojos, recordando el terrible momento en que comprendió que los ejércitos de Sadeas se retiraban de la Torre.

Eso le reafirmó. Ya había rumiado suficiente esa traición. Era el momento, por fin, de hacer algo.

Las puertas se abrieron frente a él.

De ellas surgieron cuatro hombres con armaduras esquirladas.

—¿Cuatro? —exclamó Dalinar, incorporándose de un salto.

Kaladin bajó un paso hacia el coso. Sí, los que salían a batirse en

duelo eran todos portadores de esquirlada. Uno llevaba una armadura del rey; los otros tres las suyas propias, adornadas y pintadas.

Abajo, la alta jueza del duelo se volvió hacia el monarca.

—¿Qué es esto? —gritó Dalinar, dirigiéndose a Sadeas, que estaba sentado a poca distancia. Los ojos claros que se encontraban sentados entre ellos se agacharon o huyeron, dejando una línea directa de visión entre los altos príncipes.

Sadeas y su esposa se volvieron con movimientos perezosos.

—¿Por qué me lo preguntas a mí? —replicó Sadeas—. Ninguno de esos hombres es de los míos. Hoy no soy más que un observador.

—Oh, no me vengas con esas, Sadeas —dijo Elhokar—. Sabes perfectamente bien lo que está pasando. ¿Por qué hay cuatro? ¿Es que Adolin va a escoger los dos a los que quiera enfrentarse?

—¿Dos? —preguntó Sadeas—. ¿Cuándo se dijo que tenían que ser dos?

—¡Es lo que dijo cuando concertó el duelo! —gritó Dalinar—. ¡Duelo de parejas en desventaja, dos contra uno, como dicen las convenciones!

—De hecho —replicó Sadeas—, no es eso a lo que accedió el joven Adolin. Sé de buena fuente lo que le dijo al príncipe Relis: «Lucharé contra ti y contra quien traigas, juntos». No hay especificación de número, lo cual somete a Adolin a un duelo en desventaja pleno, no por parejas. Relis puede traer a cuantos quiera. Conozco a varias escribas que registraron las palabras exactas de Adolin, y yo oí que la alta jueza le preguntaba específicamente si comprendía lo que estaba haciendo, y él dijo que sí.

Dalinar soltó un gruñido bajo. Era un sonido que Kaladin nunca le había oído, el rugido de una bestia encadenada. Eso le sorprendió. Sin embargo, el alto príncipe se contuvo y se sentó con un movimiento brusco.

—Ha sido más listo que nosotros —le dijo Dalinar en voz baja al rey—. Otra vez. Tendremos que retirarnos y considerar nuestro próximo movimiento. Que alguien le diga a Adolin que abandone el duelo.

—¿Estás seguro? —dijo el soberano—. Retirarse obligaría a Adolin a darse por vencido, tío. Son seis esquirlas, creo. Todo lo que posees.

Kaladin se dio cuenta del conflicto que dominaba a Dalinar: el ceño arrugado, la furia roja alzándose en sus mejillas y la indecisión en sus ojos no dejaban lugar a dudas. ¿Rendirse? ¿Sin luchar? Probablemente era lo más conveniente.

Kaladin dudaba de que pudiera haberlo hecho.

Abajo, tras una larga pausa, inmóvil en la arena, Adolin alzó la mano en signo de acuerdo. La jueza dio comienzo al duelo.

«Soy un idiota. Soy un idiota. ¡Soy un idiota maldito por las tormentas!».

Adolin corrió hacia atrás por el círculo cubierto de arena. Tenía que ponerse de espaldas a la pared para evitar que lo rodearan por completo. Eso significaba que empezaría el duelo sin sitio para retirarse, como encerrado en una jaula. Acorralado.

¿Por qué no había sido más concreto? Ahora se daba cuenta de los defectos de su desafío: había accedido a un duelo en plena desventaja sin darse cuenta. Podría haber dicho, específicamente, que Relis podía traer a un luchador más. Pero no, eso habría sido inteligente por su parte. ¡Y Adolin era un completo idiota!

Reconoció a Relis por su armadura y su espada, pintadas de negro, y la capa con el glifopar de su padre. El hombre que llevaba la armadura del rey, a juzgar por su altura y la forma en que caminaba, debía ser Elit, el primo de Relis, listo para el desquite. Llevaba un enorme martillo en vez de una espada. Los dos se movieron con cuidado y sus dos compañeros ocuparon los flancos. Uno de naranja, el otro de verde.

Adolin reconoció las armaduras. Aquel tenía que ser Abrodabar, portador pleno del campamento de Aladar, y... Jakamav, con la armadura del rey que Relis había pedido prestada.

Jakamav. El amigo de Adolin.

El retador maldijo. Aquellos dos se contaban entre los mejores duelistas del campamento. Jakamav habría ganado su propia hoja hacía años si le hubieran permitido arriesgar su armadura. Al parecer, eso había cambiado. ¿Le habían prometido a él y a su casa una parte de los despojos?

Mientras la espada se formaba en su mano, Adolin retrocedió hasta la fría sombra de la pared. Justo encima, los ojos oscuros

rugían en sus bancos. Adolin no sabía si estaban entusiasmados u horrorizados por el combate que iba a producirse. Había planteado el duelo con la intención de ofrecer un combate espectacular. Sería todo lo contrario. Una rápida carcajada.

Bueno, él mismo se había preparado esta pira. Si iba a arder en ella, al menos plantaría cara primero.

Relis y Elit se acercaron (uno de gris pizarra, el otro de negro) mientras sus aliados se situaban a los lados. Se mantendrían aparte para intentar que Adolin se concentrara en los dos que tenía delante. Entonces podrían atacarlo desde los costados.

—¡Uno a uno, muchacho! —Un grito desde las gradas pareció separarse de los demás. ¿Era la voz de Zahel?—. ¡No estás acorralado!

Relis avanzó con un rápido movimiento, poniendo a prueba a Adolin, que adoptó la posición del viento (la mejor contra tantos adversarios), empuñando la espada con ambas manos, colocado de lado con un pie hacia delante.

«¡No estás acorralado!». ¿Qué quería decir Zahel? ¡Pues claro que estaba acorralado! Era el único modo de enfrentarse a los cuatro. ¿Y cómo podía enfrentarse a ellos uno a uno? Nunca lo permitirían.

Relis intentó avanzar de nuevo, haciendo que Adolin se arrastrara de lado por la pared, concentrado en él. Sin embargo, tuvo que girarse un poco para enfrentarse a él, y eso puso a Abrobadar (que se acercaba por el otro lado, vestido de naranja) en su punto ciego. ¡Tormentas!

—Te tienen miedo. —La voz de Zahel, alzándose de nuevo sobre la multitud—. ¿No lo ves? ¡Muéstrales por qué!

Adolin vaciló. Relis dio un paso adelante, lanzando un golpe de posición de piedra, para quedar inmóvil. Elit se acercó a continuación, empuñando el martillo amenazadoramente, y ambos hicieron que Adolin retrocediera por la pared hacia Abrobadar.

No. Adolin había exigido este duelo. Lo había querido. No se convertiría en una rata asustada.

«Muéstrales por qué».

Adolin atacó. Saltó hacia delante, blandiendo la espada con una descarga de golpes contra Relis. Elit maldijo mientras se apartaba de un salto. Eran como hombres con lanzas contra un espinablanca.

Y ese espinablanca no estaba enjaulado todavía.

Adolin gritó al tiempo que atacaba a Relis, descargando golpes en su yelmo y el avambrazo izquierdo, hasta quebrarlo. La luz tormentosa escapó del antebrazo de Relis. Mientras Elit se recuperaba, Adolin se volvió hacia él y golpeó, dejando a Relis deslumbrado por el ataque. Su ataque obligó a Elit a retirar su martillo y bloquear con el antebrazo, no fuera a ser que Adolin rompiera el martillo en dos y lo dejara desarmado.

A esto se refería Zahel. Atacar con furia. No darles tiempo a responder ni a evaluar. Cuatro hombres. Si pudiera intimidarlos para que vacilaran... Tal vez...

Adolin dejó de pensar. Permitió que el fluir de la lucha lo consumiera, que el ritmo de su corazón guiara los golpes de su espada. Elit maldijo y se retiró, dejando escapar luz tormentosa por el hombro y el antebrazo izquierdos.

Adolin se volvió y golpeó con el hombro a Relis mientras este volvía a su posición. El empujón lanzó al hombre de la armadura negra dando tumbos al suelo. Entonces, con un grito, Adolin se volvió y se enfrentó a Abrobadar, que corría a ayudar. Adoptó la posición de piedra, descargando golpes con su espada de arriba abajo una y otra vez contra la espada levantada de Abrobadar hasta que solo oyó gruñidos y maldiciones. Hasta que sintió el miedo que emanaba el hombre de naranja como si fuera un hedor y pudo ver los miedospren en el suelo.

Elit se acercó, cauteloso, mientras Relis se ponía en pie. Adolin adoptó la posición del viento y blandió la espada a su alrededor con un movimiento amplio y fluido. Elit se apartó de un salto y Abrobadar retrocedió, apoyando la mano protegida por el guantelete contra la pared del coso.

Adolin se volvió hacia Relis, que se había recuperado bien, considerando las circunstancias. Con todo, Adolin logró descargar un segundo golpe contra el peto del campeón. De haberse encontrado en un campo de batalla y haber sido ellos enemigos corrientes, Relis estaría muerto y Elit mutilado. Adolin seguía intacto.

Pero no eran contrincantes corrientes. Eran portadores de esquirlada, y un segundo golpe contra el peto de Relis no rompió la armadura. Adolin se vio obligado a volverse hacia Abrobadar antes

de lo que quería, de manera que el hombre estaba preparado para la furia de su ataque y alzaba la espada a la defensiva. La descarga de golpes de Adolin no lo aturdió esta vez. El combatiente soportó la ofensiva mientras Elit y Relis se colocaban en posición.

Solo tenía que...

Algo golpeó a Adolin desde atrás.

Jakamav. Adolin había tardado demasiado tiempo, y había permitido que el cuarto hombre, su supuesto amigo, se colocara. Adolin giró sobre sus talones, moviéndose en medio de una vaharada de luz tormentosa que escapaba de la parte trasera de su armadura. Alzó la espada para detener el siguiente embate de Jakamav, pero eso descubrió su flanco izquierdo. Elit atacó, y el martillo golpeó el costado de Adolin. La armadura se resquebrajó y el golpe desequilibró a Adolin.

Se volvió, desesperado. Esta vez, sus enemigos no retrocedieron, sino todo lo contrario: Jakamav atacó, con la cabeza gacha, sin blandir siquiera la espada. Era listo. Su armadura verde estaba intacta. Aunque el movimiento permitiera que Adolin arremetiera y lo golpeará en la espalda, haría que perdiera por completo su posición.

Adolin retrocedió, evitando a duras penas caer al suelo cuando Jakamav chocó contra él. Apartó al hombre de un empujón, conservando de algún modo su hoja esquilada, pero los otros tres hombres actuaron. Sobre sus hombros, sobre su yelmo, sobre su peto llovieron golpes. Tormentas. El martillo golpeaba duro.

La cabeza le resonó por un golpe. Casi lo había logrado. Se permitió sonreír mientras lo golpeaban. Cuatro a la vez. Y casi lo había logrado.

—Me rindo —dijo, con la voz apagada por el yelmo.

Ellos continuaron atacando. Lo dijo más fuerte.

Nadie le hizo caso.

Alzó la mano para indicar a la jueza que detuviera el combate, pero alguien la golpeó y le obligó a bajarla.

«¡No!», pensó Adolin, girando sobre sí mismo, dominado por el pánico.

La jueza no podía dar por terminado el combate. Si Adolin salía del duelo con vida, lo haría lisiado.

—Ya basta —dijo Dalinar, viendo que los cuatro portadores de esquirlada se turnaban para golpear a Adolin, que obviamente estaba desorientado, apenas capaz de repelerlos—. Las reglas permiten que Adolin tenga ayuda, mientras su parte esté en desventaja: uno menos que en el equipo de Relis. Elhokar, necesitaré tu espada esquirlada.

—No —replicó Elhokar. El rey estaba sentado a la sombra, con los brazos cruzados. Los que lo rodeaban contemplaban el duelo (no, la paliza) en silencio.

—¡Elhokar! —exclamó Dalinar, volviéndose—. Es mi hijo.

—No tienes armadura —respondió Elhokar—. Si te entretienes en ponértela, llegarás demasiado tarde. Si bajas, no salvarás a Adolin. Simplemente, perderás mi espada además de todas las demás.

Dalinar apretó los dientes. Había cierta prudencia en aquellas palabras, y lo sabía. Adolin estaba perdido. Tenían que poner fin al combate en ese instante y no arriesgar más.

—Podrías ayudarlo, ¿sabes? —dijo la voz de Sadeas.

Dalinar se volvió hacia el hombre.

—Las convenciones de los duelos no lo prohíben —añadió Sadeas, hablando en voz alta para que Dalinar lo oyera bien—. Lo comprobé para asegurarme. El joven Adolin puede ser ayudado por hasta dos personas. El Espina Negra que conocí una vez ya estaría ahí abajo, luchando contra una roca si fuera preciso. Aunque supongo que ya no eres ese hombre.

Dalinar tomó aire y acto seguido se levantó.

—Elhokar, pagaré la tarifa y tomaré prestada tu hoja por derecho de la tradición de la espada del rey. Así no la perderás. Voy a luchar.

Elhokar lo sujetó por el brazo al tiempo que se ponía en pie.

—No seas idiota, tío. ¡Escúchalo! ¿No ves lo que está haciendo? Salta a la vista, quiere que bajas a luchar.

Dalinar se volvió a mirar al rey a los ojos. Verde claro. Como los de su padre.

—Tío —insistió Elhokar, apretándole el brazo con más fuerza—, escúchame por una vez. Piensa un momento. ¿Por qué va a querer Sadeas que bajas? ¿Para que pueda ocurrir un «accidente»? Quiere que te eliminen, Dalinar. Te garantizo que si bajas a ese ruedo, los

cuatro te atacarán al instante. Con hoja esquilada o sin ella, estarás muerto antes de que puedas adoptar una posición de combate.

Dalinar inspiró y espiró. Elhokar tenía razón. Tormentas, tenía razón. Pero había que hacer algo.

Un murmullo se alzó entre la multitud, susurros como arañosos en un papel. Dalinar se dio media vuelta y descubrió que alguien más se había unido a la batalla, saliendo de la sala de preparación, empuñando nerviosamente una hoja esquilada con las dos manos, pero sin armadura.

Renarin.

«Oh, no...».

Uno de los atacantes se retiró, haciendo crujir la arena bajo sus pies blindados. Adolin se lanzó en esa misma dirección, abriéndose paso entre los otros tres. Se dio media vuelta y retrocedió. Empezaba a sentir el peso de su armadura. ¿Cuánta luz tormentosa había perdido?

«No hay secciones rotas», pensó, apuntando con su espada a los otros tres hombres que se desplegaban para avanzar contra él. Tal vez podría...

No. Era hora de acabar con eso. Se sentía como un idiota, pero un idiota vivo era mejor que uno muerto. Se volvió hacia la alta jueza para indicar su rendición. Sin duda ella lo veía.

—Adolin —dijo Relis, avanzando, su armadura filtrando luz por las diversas grietas que tenía en el pecho—. Vamos, no querrás acabar con esto prematuramente, ¿verdad?

—¿Qué gloria crees que puede conseguirse de esta lucha? —escupió Adolin, empuñando la espada con cuidado, listo para dar la señal—. ¿Crees que la gente os aplaudirá? ¿Por derrotar a un hombre cuatro contra uno?

—Esto no es cuestión de honor —dijo Relis—. Es, simplemente, castigo.

Adolin bufó. Solo entonces advirtió algo al otro lado del coso. Renarin, vestido de azul Kholin, empuñando una temblorosa hoja esquilada y enfrentándose a Abrobadar, que permanecía de pie con la espada al hombro como si no sintiera ningún tipo de amenaza.

—¡Renarin! —gritó Adolin—. ¿Qué tormentas estás haciendo?

Vuelve...

Abrobadar atacó, y Renarin lo esquivó torpemente. El muchacho había completado su entrenamiento con la armadura esquirrada, pero no había tenido tiempo de ponerse la armadura. El golpe de Abrobadar le arrancó el arma de las manos.

—Mira —dijo Relis, acercándose a Adolin—, Abrobadar aprecia al joven Renarin, y no quiere hacerle daño. Así que se enfrentará a él, presentando una buena pelea. Mientras estés dispuesto a cumplir lo que prometiste y mantener un buen duelo con nosotros. Si te rindes como un cobarde, o si pides al rey que ponga fin al duelo, existe el peligro de que la espada de Abrobadar resbale.

Adolin sintió pánico. Miró hacia la alta jueza. Ella podía cancelar el duelo por su cuenta, si consideraba que el combate había llegado demasiado lejos.

Pero permanecía sentada imperiosamente en su asiento, mirándolo. A Adolin le pareció ver algo tras su expresión tranquila. «Está de su parte —pensó—. Sobornada, tal vez».

Adolin sujetó su espada con más fuerza y se volvió a mirar a sus tres contrincantes.

—Hijos de puta —susurró—. Jakamav, ¿cómo has accedido a participar en esto?

Jakamav no respondió, y Adolin no pudo verle la cara detrás del yelmo verde.

—Bien —dijo Relis—. ¿Continuamos?

La respuesta de Adolin fue pasar al ataque.

Dalinar llegó al asiento de la jueza, en su pequeño estrado de piedra que se mantenía unos pocos centímetros sobre el terreno de duelo.

La brillante Istow era una mujer alta y madura. Estaba sentada con las manos sobre el regazo, contemplando el duelo. No se volvió a mirar a Dalinar cuando se le acercó.

—Es hora de acabar con esto, Istow —dijo Dalinar—. Cancela el combate. Otorga la victoria a Relis y su equipo.

La mujer siguió con la vista fija al frente, contemplando el duelo.

—¿Me has oído? —exigió Dalinar.

Ella no dijo nada.

—Bien —replicó él—. Entonces lo acabaré yo.

—Yo soy aquí el alto príncipe, Dalinar —intervino la mujer—. En este coso, mi palabra es la única ley, concedida por la autoridad del monarca. —Se volvió hacia él—. Tu hijo no se ha rendido y no está incapacitado. Los términos del duelo no se han cumplido, y no le pondré fin hasta que lo hayan hecho. ¿Es que no sientes respeto por la ley?

Dalinar rechinó los dientes antes de mirar al coso. Renarin se enfrentaba a uno de los hombres. El muchacho apenas se había entrenado con la espada. De hecho, mientras lo miraba, vio que el hombro del joven empezaba a estremecerse, alzándose violentamente contra su cabeza. Uno de sus ataques.

Adolin luchaba contra los otros tres, tras haberse lanzado de nuevo contra ellos. Luchaba maravillosamente, pero no podía esquivarlos a todos. Los tres lo rodearon y golpearon.

La hombrera izquierda de Adolin estalló en una explosión de metal fundido, y los trozos dejaron un rastro de humo en el aire. El más grande resbaló por la arena. Eso dejó la piel de Adolin expuesta al aire, y a las espadas que se enfrentaban a él.

«Por favor... Todopoderoso...».

Dalinar se volvió hacia las gradas llenas de expectantes ojos claros.

—¿No lo veis? —les gritó—. ¡Mi hijo lucha solo! Hay portadores de esquirlada entre vosotros. ¿No hay ninguno de vosotros que esté dispuesto a defenderlo?

Escrutó a la multitud. El rey se miraba los pies. Amaram. ¿Y Amaram? Dalinar lo encontró sentado junto al monarca. Lo miró a los ojos.

Amaram desvió la mirada.

«No...».

—¿Qué nos ha sucedido? —preguntó Dalinar—. ¿Dónde está nuestro honor?

—El honor ha muerto —susurró una voz a su lado.

Dalinar se volvió y miró al capitán Kaladin. No había advertido que el hombre del puente bajaba los escalones tras él.

Kaladin inspiró profundamente y luego miró a Dalinar.

—Pero veré qué puedo hacer. Si sale mal, cuida de mis hombres.

Lanza en mano, se agarró al borde de la muralla y saltó a las arenas de abajo.

MATAR AL VIENTO



Malchin se sentía frustrado, pues aunque no era inferior a nadie en las artes de la guerra, no resultaba adecuado para los Tejedores de Luz; deseaba que sus juramentos fueran elementales y sinceros, y sin embargo sus spren eran vagos, para nuestra comprensión, en lo referente a las definiciones de este asunto. El proceso implicaba decir verdades como medio de alcanzar un umbral de autoconsciencia que Malchin nunca podría conseguir.

De Palabras radiantes, capítulo 12, página 12

Shallan se levantó en su asiento, contemplando la paliza que Adolin estaba recibiendo en la arena. ¿Por qué no se rendía? ¿Por qué no renunciaba al duelo?

Cuatro hombres. Ella tendría que haber detectado ese defecto. Como esposa suya, su deber sería estar atenta a las intrigas. De momento, apenas prometida, ya le había fallado de una forma desastrosa. Y, además, el fiasco había sido idea suya.

Adolin pareció a punto de ceder, pero por algún motivo se lanzó de nuevo a la lucha.

—Necio —dijo Sebarial, sentado junto a ella, con Palona al otro lado—. Demasiado arrogante para ver que está derrotado.

—No —replicó Shallan—. Hay algo más. —Su mirada se dirigió

al pobre Renarin, completamente abrumado mientras trataba de enfrentarse a un portador de esquirlada.

Durante un brevísimo instante, Shallan pensó en bajar a ayudar. Una absoluta estupidez: sería aún más inútil que Renarin. ¿Por qué no los ayudaba nadie más? Miró a los alezi ojos claros congregados allí, incluido el alto señor Amaram, el supuesto Caballero Radiante.

Desgraciado.

Sorprendida por lo rápido que ese sentimiento se alzaba en su interior, Shallan apartó la mirada de aquel hombre. «No lo pienses». Bueno, ya que nadie iba a ayudar, ambos príncipes parecían tener buenas posibilidades de morir.

—Patrón —susurró—. Ve a ver si puedes distraer a ese portador que lucha contra el príncipe Renarin. —No quería interferir en el combate de Adolin, ya que obviamente él había decidido por algún motivo que tenía que continuar. Pero intentaría impedir que lisieran a Renarin, si era posible.

Patrón zumbó y se deslizó desde su falda, cruzando la piedra de los bancos. A ella le parecía dolorosamente conspicuo, moviéndose al descubierto, pero todo el mundo estaba concentrado en la lucha que se desarrollaba en el coso.

«No te dejes matar por mi culpa, Adolin Kholin —pensó Shallan, mirándolo mientras se debatía contra sus tres oponentes—. Por favor...».

Alguien más saltó a las arenas.

Kaladin cruzó corriendo el coso.

«Otra vez», pensó, recordando cuando acudió al rescate de Amaram, tanto tiempo atrás.

—Será mejor que esto termine mejor que la última vez.

—Así será —prometió Syl, revoloteando junto a su cabeza, un trazo de luz—. Confía en mí.

Confiar. Había confiado en ella y le había hablado a Dalinar de Amaram. Aquello había salido de maravilla.

Uno de los portadores de esquirlada (Relis, el de la armadura negra) filtraba luz tormentosa por una grieta en el avambrazo izquierdo. Miró a Kaladin mientras este se aproximaba y luego se dio media vuelta, indiferente. Por lo visto no consideraba que un

simple lancero supusiera ninguna amenaza.

Kaladin sonrió antes de sorber un poco de luz tormentosa. En ese día diáfano, con el sol brillando blanco en el cielo, podía arriesgarse más que de costumbre. Nadie lo vería. O al menos eso esperaba.

Tomó impulso y se abalanzó entre dos de los portadores, clavando su lanza en el avambrazo agrietado de Relis. El hombre dejó escapar un grito de dolor y Kaladin retiró el arma, se revolvió entre los atacantes y se acercó a Adolin. El joven de la armadura azul lo miró antes de volverse rápidamente para colocarse espalda contra espalda.

Kaladin imitó el gesto a fin de impedir que ninguno de los dos fuera atacado desde atrás.

—¿Qué estás haciendo aquí, muchacho del puente? —siseó Adolin por dentro de su yelmo.

—Interpretar a uno de los diez locos.

Adolin gruñó.

—Bienvenido a la fiesta.

—No podré atravesar sus armaduras —dijo Kaladin—. Tendrás que quebrarlas por mí.

Cerca de ellos, Relis sacudió el brazo, maldiciendo. La punta de la lanza de Kaladin tenía sangre. No mucha, por desgracia.

—Distráeme a uno de ellos —dijo Adolin—. Puedo encargarme de dos.

—Yo... De acuerdo. —Probablemente era el mejor plan.

—Échale un ojo a mi hermano, si puedes —dijo Adolin—. Si las cosas van mal para estos tres, puede que decidan usarlo como palanca contra nosotros.

—Hecho —dijo Kaladin, luego se retiró y saltó hacia un lado mientras el hombre del martillo (Dalinar lo había llamado Elit) trataba de atacar a Adolin. Relis atacó por el otro lado blandiendo la espada, como intentando atravesar a sus dos enemigos.

El corazón de Kaladin dio un brinco, pero Zahel había hecho bien su trabajo. Podía mirar aquella hoja esquivada y sentir solo un leve pánico. Se retorció en torno a Relis, esquivando la espada.

El hombre de la armadura negra miró a Adolin y dio un paso en esa dirección, pero Kaladin se abalanzó como para golpearlo de nuevo en el brazo.

Relis se volvió y permitió, a su pesar, que Kaladin lo apartara de la lucha con Adolin. El hombre atacó con rapidez, usando lo que Kaladin había aprendido a identificar como la posición de la enredadera, un estilo de lucha que se concentraba en la flexibilidad y la capacidad defensiva.

Atacó a Kaladin, pero este se retorció y giró, adelantándose siempre a sus movimientos. Relis empezó a maldecir, luego se volvió para pelear con Adolin.

Kaladin le golpeó en un lado de la cabeza con la culata de su lanza. Era un arma muy poco adecuada para enfrentarse a un portador de esquirlada, pero el golpe llamó de nuevo la atención del hombre. Relis se volvió y barrió con su espada.

Kaladin se retiró un poco demasiado lento y la hoja cortó la punta de su lanza. Un recordatorio. Su carne ofrecería menos resistencia. Si le herían en la columna vertebral acabaría muerto, y ninguna cantidad de luz tormentosa podría deshacer eso.

Con cuidado, trató de apartar a Relis de la lucha. Sin embargo, cuando se alejó demasiado, el hombre se limitó a dar media vuelta para dirigirse hacia Adolin.

El príncipe luchaba a la desesperada contra sus dos oponentes, blandiendo la espada entre los dos hombres. Y, tormentas, era bueno. Kaladin no había visto nunca este nivel de habilidad en los terrenos de prácticas: allí nada había supuesto un desafío demasiado grande. Adolin se movía entre los barridos de su espada, desviando la hoja esquirlada del guerrero de verde, haciendo retroceder luego al del martillo.

Muchas veces se quedaba a escasas pulgadas de golpear a sus oponentes. Dos contra Adolin parecía una pelea igualada.

Pero saltaba a la vista que tres lo superarían. Kaladin tenía que distraer a Relis. Pero ¿cómo? No podía atravesar aquella armadura con la lanza. Los únicos puntos débiles eran la visera y la pequeña grieta en el avambrazo.

Tenía que hacer algo. El hombre volvía hacia Adolin, con el arma alzada. Apretando los dientes, Kaladin atacó.

Cruzó las arenas con un veloz movimiento y entonces, justo antes de alcanzar a Relis, saltó para poner los pies hacia el portador y se lanzó en esa dirección muchas veces en rápida sucesión. Tantas como se atrevió, tantas que consumió toda su luz tormentosa.

Aunque Kaladin cayó a poca distancia (la suficiente para no resultar demasiado extraña para el público), golpeó con la fuerza de haber caído mucho más lejos. Sus pies chocaron contra la armadura con la sacudida del impacto.

El dolor subió por sus piernas como un relámpago y oyó el crujido de sus huesos. La patada lanzó al portador negro hacia delante, como si lo hubiera golpeado un peñasco. Relis aterrizó de bruces y la hoja cayó de sus manos. Se disolvió en niebla.

Kaladin cayó al suelo, gimiendo, con la luz tormentosa agotada. Por reflejo, absorbió más luz de las esferas de su bolsillo, dejando que curaran sus piernas. Se había roto ambas, igual que los pies.

El proceso de curación pareció durar una eternidad, y se obligó a rodar y mirar a Relis. Increíblemente, el ataque de Kaladin había agrietado la armadura esquirrada. No en el centro de la placa trasera donde había golpeado, sino en los hombros y los costados. Relis logró ponerse de rodillas, sacudiendo la cabeza. Miró a Kaladin con lo que pareció una mueca de asombro.

Más allá del hombre caído, Adolin se volvió y se lanzó contra uno de sus oponentes (Elit, el del martillo), y golpeó con su hoja esquirrada en un golpe a dos manos contra el pecho del hombre. El peto explotó con luz derretida. Adolin recibió un golpe en el lado del yelmo por parte del hombre de verde al hacerlo.

Adolin tenía problemas. Prácticamente todas las piezas de la armadura del joven filtraban luz tormentosa. A este ritmo, pronto no le quedaría ninguna, y la armadura se volvería demasiado pesada para poder moverse con ella.

De momento, afortunadamente, casi había incapacitado a uno de sus adversarios. Un portador de esquirrada podía luchar con el peto roto, pero se suponía que era muy difícil. De hecho, mientras Elit retrocedía, sus pasos fueron torpes, como si de pronto su armadura pesara mucho más.

Adolin tuvo que volverse para enfrentarse al otro portador que tenía cerca. Al otro lado del coso, el cuarto hombre (el que había estado «luchando» con Renarin) agitaba su espada en el suelo por algún motivo. Alzó la cabeza y vio lo mal que le iban las cosas a sus aliados, y entonces dejó a Renarin y cruzó corriendo el coso.

—Espera —dijo Syl—. ¿Qué es eso?

Voló hacia Renarin, pero Kaladin no pudo dedicarle mucha

atención a su conducta. Cuando el hombre de naranja alcanzara a Adolin, estaría rodeado de nuevo.

Kaladin se puso en pie. Por fortuna, podía moverlos: los huesos se habían soldado lo suficiente para permitirle andar. Atacó a Elit, levantando arena al correr, sujetando la lanza con una mano.

Elit avanzó tambaleándose hacia Adolin, con intención de continuar la lucha a pesar de su armadura estropeada. Sin embargo, Kaladin lo alcanzó primero y pasó bajo el cruel golpe de martillo. Se volvió sin pensarlo, empuñando la lanza rota con las dos manos y atacando con todo lo que podía.

La lanza chocó contra el pecho descubierto de Elit, provocando un gratificante crujido. El hombre dejó escapar un gemido y se dobló. Kaladin alzó la lanza para golpear de nuevo, pero Elit alzó una mano temblorosa, tratando de decir algo.

—Me rindo... —dijo con voz débil.

—¡Más alto! —le gritó Kaladin.

El hombre lo intentó, sin aliento. La mano que alzó, sin embargo, fue suficiente. La jueza habló.

—El brillante señor Elit abandona el combate —dijo, sin poder disimular su contrariedad.

Kaladin retrocedió para apartarse del hombre caído, sintiéndose ligero de pies y con la luz tormentosa tronando en su interior. La multitud rugió, incluso muchos de los ojos claros hicieron ruido.

Quedaban tres portadores de esquirlada. Relis se había unido a su compañero de verde y ambos acosaban a Adolin. Tenían al príncipe contra la pared. El último portador, vestido de naranja, llegó para unirse a ellos, tras dejar atrás a Renarin.

Renarin estaba sentado en el suelo, con la cabeza gacha y la hoja esquirlada clavada en el suelo ante él. ¿Lo habían derrotado? Kaladin no había oído ningún anuncio por parte de la jueza.

No había tiempo para preocuparse. Adolin se enfrentaba de nuevo a tres contrincantes. Relis le golpeó en el yelmo y la pieza estalló, dejando al descubierto la cara del príncipe. No duraría mucho.

Kaladin corrió hacia Elit, que cojeaba intentando abandonar el campo, derrotado.

—Quítate el yelmo —le gritó.

El hombre se volvió hacia él, anonadado.

—¡El yelmo! —gritó Kaladin, alzando su arma para volver a golpear.

En las gradas, la gente gritó. Kaladin no estaba seguro de las reglas, pero tenía la sospecha de que si golpeaba a ese hombre, perdería el duelo. Tal vez incluso se enfrentaría a cargos criminales. Por fortuna, no se vio obligado a cumplir su amenaza, pues Elit se quitó el yelmo. Kaladin se lo arrancó de la mano, luego lo dejó y corrió hacia Adolin.

Mientras corría, soltó su lanza rota y metió la mano en el yelmo. Había aprendido algo de las armaduras esquirladas: se unían automáticamente a su portador. Esperó que diera resultado con el yelmo... y así fue. El interior se tensó alrededor de su muñeca. Cuando lo soltó, el yelmo permaneció sujeto en su mano como un guante muy extraño.

Inspirando profundamente, Kaladin echó mano al cuchillo que llevaba al cinto. Había empezado a llevar uno para arrojarlo como hacía cuando era lancero antes de su cautiverio, aunque había perdido la práctica. De todas formas, no serviría de nada contra la armadura: era un arma patética contra los portadores de esquirlada. Con todo, no podía usar la lanza con una sola mano. Atacó de nuevo a Relis.

Esta vez Relis retrocedió inmediatamente. Miró a Kaladin, con la espada preparada. Al menos Kaladin había conseguido preocuparlo.

Kaladin avanzó. Relis retrocedió con tranquilidad, manteniendo la distancia. Kaladin hizo un amago de ataque, internándose en su guardia, haciéndolo retroceder como para darles a ambos espacio para luchar. El portador desearía ansiosamente esto: con su espada, querría una buena zona despejada alrededor. La cercanía jugaría a favor del cuchillo de Kaladin.

Sin embargo, una vez estuvo a suficiente distancia, Kaladin se volvió y se lanzó hacia Adolin y los dos hombres contra los que combatía. Dejó a Relis allí de pie, en una posición ansiosa, momentáneamente aturdido por su retirada.

Adolin miró a Kaladin y asintió.

El hombre de verde se volvió, sorprendido ante el avance de Kaladin. Blandió su espada y Kaladin desvió el golpe con el yelmo que llevaba. El hombre gruñó cuando Adolin se lanzó con todas sus fuerzas contra el otro portador, el de naranja, descargando su arma

una y otra vez.

Durante un breve instante, Adolin solo tuvo un enemigo al que combatir. Era de esperar que pudiera usar bien ese tiempo, aunque sus pasos eran letárgicos y la pérdida de luz tormentosa de su armadura se había convertido en un hilillo. Tenía las piernas casi paralizadas.

El de la armadura verde atacó de nuevo a Kaladin. Este desvió el golpe con el yelmo, que se resquebrajó y empezó a filtrar luz tormentosa. Relis atacó desde el otro lado, pero no se unió a la lucha contra Adolin: en cambio, se lanzó contra Kaladin.

Kaladin apretó los dientes, esquivó a un lado y sintió la espada pasar por el aire. Tenía que conseguirle tiempo a Adolin. Momentos. Necesitaba momentos.

El viento empezó a soplar a su alrededor. Syl volvió a su lado, zigzagueando por el aire como un lazo de luz.

Kaladin esquivó otro golpe, luego golpeó con su escudo improvisado contra la espada del otro, empujándola hacia atrás. La arena revoloteó cuando Kaladin saltó hacia atrás y una hoja esquirrada mordía el polvo ante él.

Viento. Movimiento. Kaladin luchaba contra dos portadores de esquirrada a la vez, apartando sus espadas con el yelmo. No podía atacar: no se atrevía a intentarlo. Solo podía sobrevivir, y en esto, los vientos parecían guiarlo.

Primero el instinto, y luego algo más profundo, guiaron sus pasos. Danzó entre aquellas hojas esquirradas, envuelto en el frío aire. Y por un momento sintió, absurdamente, que podría haberlas esquivado igual si hubiera tenido los ojos cerrados.

Los portadores maldijeron, intentándolo una y otra vez. Kaladin oyó a la jueza decir algo, pero estaba demasiado absorto en la pelea para prestar atención. La multitud rugía cada vez más. Saltó esquivando un ataque, luego se hizo a un lado para esquivar otro.

No se podía matar al viento. No se le podía detener. Estaba más allá del alcance de los hombres. Era infinito...

Su luz tormentosa se agotó.

Kaladin se detuvo. Intentó absorber más, pero todas sus esferas estaban gastadas.

«El yelmo», advirtió, comprendiendo que había estado chupando luz por sus numerosas grietas, pero no había explotado. De algún

modo, se había alimentado de su luz tormentosa.

Relis atacó y Kaladin apenas pudo apartarse. Su espalda golpeó la pared del coso.

El de la armadura verde vio su oportunidad y alzó su espada.

Alguien saltó sobre él desde atrás.

Kaladin vio, aturdido, cómo Adolin agarraba al de la armadura verde, aferrándose a él. Su armadura apenas filtraba ya: su luz tormentosa se había agotado. Parecía que apenas podía moverse: la arena cercana mostraba una serie de huellas que conducían hasta el de la armadura naranja, que yacía en tierra, derrotado.

Eso era lo que la jueza había dicho un momento antes: el hombre de naranja se había rendido. Adolin había derrotado a su enemigo y luego se había acercado despacio, trabajosamente, hasta el lugar donde luchaba Kaladin. Parecía que había empleado sus últimos restos de energía para saltar sobre la espalda del hombre de la armadura verde y agarrarse a él.

Armadura Verde maldijo, golpeando a Adolin. El príncipe aguantó, y su armadura se cerró, como solían definirla cuando se volvía pesada y casi imposible de mover.

Los dos se tambalearon, luego se desplomaron.

Kaladin miró a Relis, que miró primero a Armadura Verde y luego al hombre de naranja, y después a él.

Relis se dio media vuelta y corrió hacia Renarin.

Kaladin maldijo, corriendo tras él y arrojando el yelmo a un lado. Sentía la lentitud de su cuerpo sin la luz tormentosa para ayudarlo.

—¡Renarin! —gritó—. ¡Ríndete!

El muchacho alzó la cabeza. Tormentas, había estado llorando. ¿Lo habían herido? No lo parecía.

—¡Ríndete! —vociferó Kaladin al tiempo que trataba de correr más rápido, haciendo acopio de hasta la última gota de energía de unos músculos que sentía agotados, exhaustos tras haberse henchido de luz tormentosa.

El muchacho se concentró en Relis, que se cernía sobre él, pero no dijo nada. En cambio, soltó su espada.

Relis resbaló hasta detenerse. Alzó la espada por encima de la cabeza hacia el príncipe indefenso. Renarin cerró los ojos y levantó la cabeza, como exponiendo la garganta.

Kaladin no iba a llegar a tiempo. Era demasiado lento comparado con un hombre con armadura.

Relis vaciló, afortunadamente, como si dudara sobre si golpear a Renarin.

Kaladin llegó. Relis se dio media vuelta y lo atacó a él en cambio. El hombre de los puentes resbaló de rodillas en la arena, llevado por el impulso mientras la espada caía. Alzó las manos y las unió.

Cogió la hoja.

Gritos.

¿Por qué oía gritos? ¿Dentro de su cabeza? ¿Era la voz de Syl?

El sonido reverberó por todo su cuerpo. Aquel horrible y espantoso alarido lo estremeció, hizo que sus músculos temblaran. Soltó la hoja esquivada con un jadeo, cayendo hacia atrás.

Relis soltó la espada como si lo hubieran mordido. Retrocedió, llevándose las manos a la cabeza.

—¿Qué es esto? ¡Qué es esto! ¡No, no te maté! —Chillaba como poseído por un gran dolor, luego corrió por la arena y abrió la puerta de la sala de preparación y huyó al interior. Kaladin oyó sus gritos resonando por los pasillos mucho después de que el hombre hubiera desaparecido.

El coso quedó en silencio.

—El alto señor Relis Ruthar —anunció por fin la jueza, preocupada— pierde por abandonar la zona del duelo.

Kaladin, temblando, se puso en pie. Miró a Renarin, comprobó que el muchacho estaba bien, y cruzó lentamente el coso. Incluso los ojos oscuros se habían quedado en silencio. Sin embargo, Kaladin estaba seguro de que no habían oído aquel extraño grito. Solo había sido audible para Relis y para él.

Se acercó a Adolin y Armadura Verde.

—¡Levántate y lucha conmigo! —gritó Armadura Verde. Yacía boca arriba en el suelo, mientras Adolin lo sujetaba con una llave de lucha.

Kaladin se arrodilló. Armadura Verde se debatió un poco más mientras Kaladin recogía su cuchillo de la arena y colocaba la punta en la abertura de la armadura.

El hombre se quedó completamente inmóvil.

—¿Vas a rendirte? —rugió Kaladin—. ¿O habré de matar a mi

segundo portador de esquirrada?

Silencio.

—¡Que las tormentas os maldigan a ambos! —gritó por fin Armadura Verde—. ¡Esto no ha sido un duelo, sino un circo! ¡Forcejear es de cobardes!

Kaladin apretó más con el cuchillo.

—¡Me rindo! —chilló el hombre, alzando la mano—. ¡Tormentas, me rindo!

—El brillante señor Jakamav se rinde —anunció la jueza—. La victoria del día pertenece al brillante señor Adolin.

Los ojos oscuros vitorearon desde sus asientos. Los ojos claros parecían aturridos. En lo alto, Syl giraba con los vientos y Kaladin captó su alegría.

Adolin soltó a Armadura Verde, que rodó y se marchó. El príncipe quedó hundido en una depresión en la arena, la cabeza y el hombro expuestos a través de las piezas rotas de la armadura.

Se estaba riendo.

Kaladin se sentó junto al príncipe mientras Adolin se reía como un tonto, con los ojos llenos de lágrimas.

—Es la cosa más ridícula que he hecho en mi vida —dijo Adolin—. Oh, vaya... ¡Ja! Creo que acabo de ganar tres armaduras esquirradas y dos espadas, muchacho del puente. Ayúdame a quitarme esta armadura.

—Eso puede hacerlo tu armero —respondió Kaladin.

—No hay tiempo —dijo Adolin, tratando de sentarse—. Tormentas. Está completamente agotada. Deprisa, ayúdame con esto. Todavía tengo algo que hacer.

«Desafiar a Sadeas», comprendió Kaladin. Todo había sido para eso. Extendió la mano bajo el guantelete de Adolin, ayudándole a desatar la correa. El guantelete no se desprendió automáticamente, como tenía que haber hecho. Adolin, en efecto, había agotado por completo la armadura.

Quitaron el guantelete y se pusieron a destrabar el otro. Unos minutos más tarde, Renarin se acercó a ayudar. Kaladin no le preguntó qué había sucedido.

El muchacho proporcionó unas cuantas esferas, y después de que Kaladin las colocara debajo del peto suelto de Adolin, la armadura empezó a funcionar otra vez.

Trabajaron entre el rugido de la multitud hasta que por fin Adolin se liberó y se levantó. El rey se había situado junto a la jueza, con un pie en la barandilla. Miró a Adolin, que asintió.

«Esta es la oportunidad de Adolin —advirtió Kaladin—. Pero también puede ser la mía».

El rey alzó las manos para apaciguar a la multitud.

—Guerrero, maestro de duelos —gritó el rey—. Estoy enormemente complacido por lo que habéis conseguido hoy. Ha sido un combate como no se veía en Alezkar desde hace generaciones. Habéis complacido grandemente a vuestro rey.

Aplausos.

«Podría hacerlo», pensó Kaladin.

—Ofrezco un premio —proclamó el rey, señalando a Adolin mientras la multitud se callaba—. Cualquier cosa que se desee de mí o de esta corte. Será concedido. Ningún hombre, tras haber visto esta exhibición, podría negarlo.

«El Derecho de Desafío», pensó Kaladin.

Adolin buscó a Sadeas, que se había levantado y se disponía a huir escalinatas arriba. Había comprendido lo que se proponía.

A la derecha, con su capa dorada, estaba sentado Amaram.

—Como premio —gritó Adolin en medio del silencio—, exijo el Derecho de Desafío. ¡Exijo batirme en duelo contra el alto príncipe Sadeas, aquí y ahora, como desquite por los crímenes que cometió contra mi casa!

Sadeas se detuvo en las escalinatas. Un murmullo recorrió la multitud. Pareció que Adolin iba a decir algo más, pero vaciló cuando Kaladin se plantó a su lado.

—¡Y en cuanto a mi premio! —gritó Kaladin—. ¡Exijo el Derecho de Desafío contra el asesino Amaram! Me robó y asesinó a mis amigos para encubrirlo. ¡Amaram me marcó como esclavo! Me enfrentaré a él en duelo, aquí y ahora. ¡Ese es el premio que exijo!

El rey se quedó boquiabierto.

La multitud guardó completo silencio.

Junto a él, Adolin gimió.

Kaladin no dirigió un solo pensamiento a ninguno de ellos. Al otro lado del coso, miró fijamente al brillante señor Amaram, el asesino.

Vio horror en sus ojos.

Amaram se levantó, luego retrocedió tambaleándose. No había reconocido a Kaladin hasta ese momento.

«Tendrías que haberme matado», pensó Kaladin. La multitud empezó a gritar y chillar.

—¡Arrestadlo! —gritó el rey por encima del estrépito.

Perfecto. Kaladin sonrió.

Hasta que se dio cuenta de que los soldados venían a por él y no a por Amaram.

NUNCA MÁS



Entonces Melishi se retiró a su tienda y decidió destruir a los Portadores del Vacío al día siguiente, aunque esa noche presentó una estratagema diferente, relacionada con las habilidades únicas de los Forjadores de Vínculos; y como tenía prisa, no pudo hacer ninguna relación concreta de su proceso; estaba relacionado con la misma naturaleza de los Heraldos y sus deberes divinos, un atributo que solo los Forjadores de Vínculos podían abordar.

De Palabras radiantes, capítulo 30, página 18

—¡El capitán Kaladin es un hombre de honor, Elhokar! —gritó Dalinar, señalando a Kaladin, que estaba sentado cerca—. Es el único que fue a ayudar a mis hijos.

—¡Ese es su trabajo! —replicó Elhokar.

Kaladin escuchaba aturdido, encadenado a una silla en los aposentos de Dalinar en el campamento de guerra. No habían ido al palacio. Kaladin no sabía por qué.

Los tres estaban solos.

—Insultó a un alto señor delante de toda la corte —dijo Elhokar, caminando de un lado a otro—. Se atrevió a desafiar a un hombre tan superior en estatus, que la brecha que los separa podría albergar

un reino.

—Se dejó llevar por el impulso —dijo Dalinar—. Sé razonable, Elhokar. ¡Acababa de ayudar a derrotar a cuatro portadores de esquirlada!

—En un terreno de duelos, donde se solicitó su ayuda —dijo Elhokar, alzando las manos al aire—. Sigo sin estar de acuerdo en que los ojos oscuros se batan con portadores de esquirladas. Si no me hubieras contenido... ¡Bah! No estoy dispuesto a soportar esto, tío. No lo consentiré. ¿Soldados corrientes desafiando a nuestros generales más destacados? Es una locura.

—Lo que dije es verdad —susurró Kaladin.

—¡Silencio! —gritó Elhokar, deteniéndose y apuntándolo con un dedo—. ¡Lo has estropeado todo! ¡Perdimos nuestra oportunidad con Sadeas!

—Adolin lanzó su desafío —dijo Kaladin—. Sadeas no podrá ignorarlo.

—Pues claro que no —gritó Elhokar—. ¡Ya ha respondido!

Kaladin frunció el ceño.

—Adolin no tuvo la oportunidad de cerrar el duelo —dijo Dalinar, mirando a Kaladin—. En cuanto salió del coso, Sadeas envió un mensaje diciendo que aceptaba batirse en duelo contra Adolin... dentro de un año.

¿Un año? Kaladin sintió un mazazo en la boca del estómago. Cuando hubiera pasado un año, era muy posible que el duelo ya no importara.

—Se escapó de la horca —dijo Elhokar, alzando las manos—. ¡Necesitábamos ese momento en el coso para acorralarlo, para avergonzarlo y obligarle a luchar! Nos robaste ese momento, hombre del puente.

Kaladin agachó la cabeza. Se habría levantado para enfrentarse a ellos, de no ser por las cadenas. Notaba su frialdad en los tobillos, sujetándolo a la silla.

Recordaba otras cadenas como estas.

—Eso es lo que consigues, tío —dijo Elhokar—, por poner a un esclavo al cargo de nuestra guardia. ¡Tormentas! ¿En qué estabas pensando? ¿En qué estaba pensando yo cuando te lo permití?

—Lo has visto luchar, Elhokar —respondió Dalinar en voz baja—. Es bueno.

—¡El problema no es su habilidad, sino su disciplina! —El rey se cruzó de brazos—. Ejecución.

Kaladin alzó bruscamente la cabeza.

—No seas ridículo —espetó Dalinar, deteniéndose junto a la silla de Kaladin.

—Es el castigo por difamar a un alto señor —replicó Elhokar—. Es la ley.

—Puedes perdonar cualquier crimen, como rey —dijo Dalinar—. No me digas que de verdad quieres ahorcar a este hombre por lo que ha hecho hoy.

—¿Me detendrías? —dijo Elhokar.

—No lo consentiría, esto tenlo por seguro.

Elhokar cruzó la habitación, deteniéndose ante Dalinar. Durante un momento, Kaladin pareció olvidado.

—¿Soy rey? —preguntó Elhokar.

—Claro que lo eres.

—Pues no actúas en consecuencia. Habrás de tomar una decisión, tío. No voy a dejar que sigas gobernando, haciendo de mí un títere.

—Yo no...

—Digo que el muchacho será ejecutado. ¿Cuál es tu respuesta?

—Respondería que si intentas algo así, me convertirás en tu enemigo, Elhokar. —Dalinar se había puesto tenso.

«Intenta ejecutarme... —pensó Kaladin—. Tú inténtalo».

Los dos se sostuvieron la mirada durante un largo instante. Por fin, Elhokar se dio media vuelta.

—Prisión.

—¿Cuánto tiempo? —dijo Dalinar.

—¡Hasta que yo diga! —replicó el rey, agitando una mano y dirigiéndose a la salida. Se detuvo allí y miró a Dalinar con aire desafiante.

—Muy bien —dijo Dalinar.

El rey se marchó.

—Hipócrita —susurró Kaladin—. Fue él quien insistió en que me pusieras al mando de su guardia. ¿Y ahora te echa la culpa?

Dalinar suspiró y se arrodilló junto a él.

—Lo que hiciste hoy fue una maravilla. Al proteger a mis hijos, justificaste mi fe en ti delante de toda la corte. Por desgracia, luego

la echaste a perder.

—¡Me ofreció un premio! —exclamó Kaladin, alzando sus manos esposadas—. Y parece que conseguí uno.

—Le ofreció un premio a Adolin. Sabías lo que teníamos previsto, soldado. Escuchaste el plan en la conferencia esta mañana. Lo anulaste en nombre de tu propia venganza.

—Amaram...

—No sé de dónde has sacado esa idea sobre Amaram —dijo Dalinar—, pero tienes que olvidarlo. Comprobé lo que dijiste, después de que me lo contaras la primera vez. Diecisiete testigos aseguraron que Amaram ganó su hoja esquilada hace solo cuatro meses, mucho después de la fecha en que los libros registran que te hicieron esclavo.

—Mentiras.

—Diecisiete hombres —repitió Dalinar—. Ojos claros y oscuros, junto con la palabra de un hombre al que conozco desde hace décadas. Te equivocas con él, soldado. Simplemente, te equivocas.

—Si es tan honorable —susurró Kaladin—, ¿entonces por qué no luchó para salvar a tus hijos?

Dalinar vaciló.

—No importa —dijo Kaladin, desviando la mirada—. Vas a dejar que el rey me meta en prisión.

—Sí —dijo Dalinar, poniéndose en pie—. Elhokar tiene mal genio. Cuando se calme, conseguiré tu libertad. Por ahora, puede que lo mejor sea que tengas tiempo para pensar.

—Les va a costar lo suyo obligarme a ir a prisión —señaló Kaladin en voz baja.

—¿Es que no has estado escuchando? —estalló Dalinar de repente.

Kaladin se echó hacia atrás, con los ojos muy abiertos, mientras Dalinar se inclinaba hacia él, con el rostro enrojecido, y lo cogía por los hombros como para sacudirlo.

—¿No te das cuenta de lo que va a pasar? ¿No has visto cómo se tambalea el reino? ¡No tenemos tiempo para juegos! ¡Deja de comportarte como un niño y empieza a actuar como un soldado! Irás a prisión, y lo harás de buena fe. Es una orden. ¿Es que ya no obedeces las órdenes?

—Yo... —Kaladin descubrió que tartamudeaba.

Dalinar se incorporó y se frotó las sienes.

—Creí que teníamos acorralado a Sadeas. Pensé que tal vez podríamos cortarle las alas y salvar este reino. Ahora no sé qué hacer. —Se volvió para encaminarse hacia la puerta—. Gracias por salvar a mis hijos.

Dejó a Kaladin solo en la fría habitación de piedra.

Torol Sadeas cerró de golpe la puerta de sus aposentos. Se dirigió a su mesa y se inclinó sobre ella, con las manos sobre su superficie, contemplando el corte en el centro que había hecho con *Juramentada*.

Una gota de sudor manchó la superficie junto a ese punto. Había conseguido no temblar hasta que regresó a la seguridad de su campamento de guerra: de hecho, había logrado sonreír. No había mostrado ninguna preocupación, ni siquiera mientras le dictaba a su esposa una respuesta al desafío.

Y, mientras tanto, en el fondo de su mente, una voz se reía de él.

Dalinar. Dalinar casi lo había vencido en astucia. Si aquel desafío se hubiera mantenido, Sadeas se habría encontrado rápidamente en el coso contra un hombre que había derrotado no a uno, sino a cuatro portadores de esquirlada.

Se sentó. No buscó vino. El vino hacía olvidar, y no quería olvidar eso. No debía olvidarlo nunca.

Qué gratificante sería clavarle algún día a Dalinar su propia espada en el pecho. Tormentas. Pensar que casi había sentido piedad por su antiguo amigo. Y ahora el hombre se sacaba de la manga una cosa así. ¿Cómo se había vuelto tan diestro?

«No —se dijo Sadeas—. No ha sido destreza. Ha sido suerte. Pura suerte, nada más».

Cuatro portadores de esquirlada. ¿Cómo? Incluso permitiendo la ayuda de aquel esclavo, quedaba claro que Adolin por fin se estaba convirtiendo en el hombre que fue su padre. Eso aterrizzaba a Sadeas, porque el hombre que fuera Dalinar (el Espina Negra) había sido gran parte de lo que había conquistado este reino.

«¿No es esto lo que querías? —pensó—. ¿Reavivarlo?».

No. La profunda verdad era que Sadeas no quería que Dalinar volviera. Quería quitar a su antiguo amigo de en medio, y llevaba

en ello muchos meses, no importaba lo que quisiera decirse a sí mismo.

Poco después, la puerta de su estudio se abrió y entró Ialai. Al verlo perdido en sus pensamientos, se detuvo en el umbral.

—Organiza a todos tus informadores —dijo Sadeas, mirando al techo—. Todos los espías que tengas, todas las fuentes que conozcas. Búscame algo, Ialai. Algo para herirlo.

Ella asintió.

—Y después de eso —dijo Sadeas—, será el momento de utilizar a esos asesinos que has colocado.

Tenía que asegurarse de que Dalinar estuviera desesperado y herido, tenía que garantizar que los demás lo vieran roto, destrozado.

Entonces acabaría con eso.

Los soldados acudieron para llevarse a Kaladin poco después. Hombres a quienes no conocía. Se mostraron respetuosos mientras lo soltaban de la silla, aunque le dejaron las cadenas en manos y pies. Uno lo saludó alzando el puño, un signo de respeto. «Sé fuerte», decía el puño.

Kaladin agachó la cabeza y fue con ellos, arrastrando los pies, conducido por el campamento ante los ojos curiosos de soldados y escribas por igual. Captó algún uniforme del Puente Cuatro en la multitud.

Llegó a la prisión del campamento de Dalinar, donde los soldados cumplían condena por pelearse o por otras ofensas. Era un edificio pequeño, casi sin ventanas, con gruesas paredes.

Dentro, en una sección aislada, metieron a Kaladin en una celda con paredes de piedra y una puerta con barrotes de acero. Le dejaron puestas las cadenas al encerrarlo.

Se sentó en un banco de piedra, esperando, hasta que Syl entró por fin.

—Esto es lo que pasa por fiarse de los ojos claros —dijo Kaladin. Mirándola—. Nunca más, Syl.

—Kaladin...

Cerró los ojos, se dio la vuelta y se tumbó en el frío banco de piedra.

Estaba enjaulado una vez más.

Fin de la Tercera parte

INTERLUDIOS



LIFT ♦ SZETH ♦ ESHONAI



Lift nunca había robado en un palacio antes. Intentarlo parecía peligroso. No porque pudieran pillarla, sino porque una vez que robabas un maldito palacio, ¿adónde ibas luego?

Escaló la muralla exterior y contempló el terreno. Todo (los árboles, las rocas, los edificios) reflejaba la luz de las estrellas de forma extraña. Un edificio de aspecto bulboso destacaba en mitad de todo, como una burbuja en un estanque. De hecho, la mayoría de los edificios tenían la misma forma redonda, a menudo con pequeñas protuberancias en lo alto. No había una línea recta en todo el famélico lugar. Solo montones y montones de curvas.

Los compañeros de Lift escalaron para asomarse a la muralla. Eran un grupo variopinto y peleón. Seis hombres, supuestamente maestros ladrones. Ni siquiera sabían escalar una muralla en condiciones.

—El Palacio de Bronce —susurró Huqin.

—¿De bronce? ¿De eso está hecho todo? —preguntó Lift, sentándose en la muralla y dejando colgar una pierna al otro lado —. Parecen un montón de pechos.

Los hombres la miraron, sorprendidos. Todos eran azishianos, de pelo y piel oscuros. Ella era reshi, de las islas del norte. Eso le había dicho su madre, aunque Lift nunca había visto el lugar.

—¿Qué? —preguntó Huqin.

—Pechos —dijo Lift, señalando—. ¿Ves? Como una dama

tendida de espaldas. Esas puntas allá en lo alto son pezones. El tipo que construyó este lugar debió de estar soltero muuuucho tiempo.

Huqin se volvió hacia uno de sus compañeros. Usando las cuerdas, bajaron por la pared para conferenciar entre susurros.

—Desde este lado parece que está vacío, como indicó mi informador —dijo Huqin, que estaba a cargo del grupo. Tenía una nariz como si alguien se la hubiera agarrado cuando era niño y hubiera tirado con todas sus fuerzas. A Lift le sorprendía que no le golpeará a la gente en la cara cuando se volvía.

—Todo el mundo está concentrado en elegir al nuevo Aqasix Supremo —dijo Maxin—. Podríamos lograrlo. Robar en el Palacio de Bronce, y justo ante las narices del visirato.

—¿Es... hum... seguro? —preguntó el sobrino de Huqin. Era adolescente, y la pubertad no había sido amable con él. Solo había que mirarle la cara, oír su voz y observar esas piernas flacuchas.

—Calla —ordenó Huqin.

—No —dijo Tigzikk—, el chico tiene derecho a expresar cautela. Esto será muy peligroso.

Consideraban a Tigzikk el culto del grupo porque sabía maldecir en tres idiomas. Todo un intelectual. Llevaba ropas caras, mientras que la mayoría de los otros iba de negro.

—Habrá caos —continuó Tigzikk—, porque mucha gente se mueve por el palacio de noche, pero también habrá peligro. Muchos, muchos guardaespaldas y la probabilidad de sospechas por todas partes.

Tigzikk era un tipo mayor y el único del grupo a quien Lift conocía bien. No podía pronunciar su nombre. Cuando se pronunciaba correctamente, el sonido «quq» del final sonaba como si alguien se atragantara. Ella lo llamaba simplemente Tig.

—Tigzikk —dijo Huqin. Sí. Atragantándose—. Tú fuiste quien sugirió esto. No me digas que ahora te está entrando miedo.

—No me estoy echando atrás. Solo pido cautela.

Lift se inclinó hacia ellos desde lo alto del muro.

—Menos discusiones —dijo—. En marcha. Tengo hambre.

Huqin alzó la cabeza.

—¿Por qué la hemos traído?

—Será útil —respondió Tigzikk—. Ya lo verás.

—¡No es más que una niña!

—Es una muchacha. Al menos tiene doce años.

—No tengo doce años —dijo ella, alzándose sobre ellos.

Se volvieron a mirarla.

—No los tengo —insistió—. Doce es un número de mala suerte.

—Mostró las manos—. Tengo estos.

—¿Diez...? —preguntó Tigzikk.

—¿Esos son? Pues eso, entonces. Diez. —Bajó las manos—. Si no puedo contarlos con los dedos, trae mala suerte. —Y llevaba así tres años ya. Por eso.

—Parece que hay un montón de edades de mala suerte —dijo Huqin, divertido.

—Claro —reconoció ella. Escrutó de nuevo el terreno, luego se volvió a mirar por donde habían llegado, hacia la ciudad.

Un hombre recorría una de las calles que conducían al palacio. Sus ropas oscuras se fundían con la penumbra, pero sus botones de plata brillaban cada vez que pasaba ante una farola.

«Tormentas —pensó Lift, mientras un escalofrío le corría por la espalda—. Al final resulta que no lo he perdido».

Miró a los hombres.

—¿Vais a venir conmigo o no? Porque me marchó.

Pasó por encima de la muralla y se dejó caer a los patios del palacio. Se quedó allí agazapada, sintiendo el frío suelo. Sí, era de metal. Todo era de bronce. A la gente rica, decidió, les gustaba ceñirse a un tema.

Mientras los muchachos por fin dejaban de discutir y empezaban a escalar, un fino y retorcido sendero de enredaderas brotó de la oscuridad y se acercó a Lift. Parecía un hilillo de agua derramada que se abriera paso por el suelo. Aquí y allá, trocitos de cristal claro asomaban de las enredaderas, como secciones de cuarzo en una piedra por lo demás oscura. No eran afilados, sino lisos como cristal pulido, y no brillaban de luz tormentosa.

Las enredaderas crecieron rapidísimamente, enroscándose unas en otras en una maraña que formó una cara.

—Señora —dijo la cara—. ¿Es aconsejable esto?

—Hola, Portador del Vacío —dijo Lift, escrutando el terreno.

—¡No soy un Portador del Vacío! Y lo sabes. Así que... ¡así que deja de decir eso!

Lift sonrió.

—Eres mi Portador del Vacío mascota, y ninguna mentira va a cambiar eso. Te capturé. Nada de robar almas, ahora. No hemos venido a por almas. Solo un pequeño robo, de esos que no hacen daño a nadie.

El rostro de enredadera (se llamaba a sí mismo Wyndle) suspiró. Lift cruzó corriendo el suelo de bronce para llegar a un árbol que, naturalmente, también estaba hecho de bronce. Huqin había elegido para colarse el momento más oscuro de la noche, entre lunas, pero la luz de las estrellas era suficiente para ver en una noche sin nubes como esta.

Wyndle se le acercó, dejando un pequeño rastro de enredaderas que la gente no parecía ser capaz de ver. Las enredaderas se endurecían después de un momento de inmovilidad, se convertían brevemente en cristal sólido y luego se desmoronaban en polvo. La gente lo advertía en alguna ocasión, aunque no podían ver a Wyndle.

—Soy un spren —le dijo Wyndle—. Parte de una noble y orgullosa...

—Calla —dijo Lift, asomándose desde detrás del árbol de bronce. Un carruaje descubierto pasó por el camino más allá, transportando a algunos azishianos importantes. Se notaba por la ropa. Grandes gabanes hinchados con mangas muy anchas y diseños que se daban de patadas unos a otros. Todos parecían niños que se hubieran metido en el armario de sus padres. Los sombreros, sin embargo, eran bonitos.

Los ladrones la siguieron, moviéndose con considerable sigilo. En realidad no eran tan malos. Aunque no supieran escalar bien una muralla.

Se congregaron a su alrededor, y Tigzikk se irguió, alisándose la chaqueta, que era una imitación de las que llevaban los ricos escribas que trabajaban en el gobierno. Allí en Azir, trabajar para el gobierno era realmente importante. Todo el mundo decía que había que ser «discreto», significara lo que significase eso.

—¿Preparado? —le dijo Tigzikk a Maxin, que era el otro ladrón bien vestido.

Maxin asintió, y los dos se desviaron hacia la derecha, encaminándose hacia el jardín de esculturas del palacio. Se suponía que la gente importante paseaba por allí, especulando sobre quién

debía ser el próximo Supremo.

Un trabajo peligroso, ese. A los dos últimos les había cortado la cabeza un tipo de blanco con una hoja esquirrada. ¡El Supremo más reciente no había durado ni dos famélicos días!

Cuando Tigzikk y Maxin se marcharon, Lift solo se quedó con otros cuatro hombres para preocuparse. Huqin, su sobrino, y dos hermanos delgados que no hablaban mucho y no paraban de palpar sus cuchillos bajo las chaquetas. A Lift no le gustaban. Para robar no hacía falta dejar cadáveres. Dejar cadáveres era fácil. No había ningún reto si podías matar a todo el que te viera.

—Puedes colarnos ahí dentro —le dijo Huqin—. ¿Verdad?

Lift puso los ojos en blanco y echó a correr por los terrenos de bronce hacia la estructura principal del palacio.

«De verdad que parece un pecho...».

Wyndle se arrastró por el suelo tras ella y su rastro de enredaderas hizo brotar diminutos trozos de cristal aquí y allá. Era tan sinuoso y veloz como una anguila, solo que en vez de desplazarse, crecía. Los Portadores del Vacío eran raros con ganas.

—Eres consciente de que yo no te elegí —dijo, y un rostro apareció en las enredaderas mientras se movían. Su habla producía un extraño efecto, y el rastro detrás de él se pobló de rostros congelados. La boca parecía moverse porque crecía muy rápido junto a ella—. Quería escoger a una distinguida matrona iriali. Una abuela, una jardinera experta. Pero no, el Anillo dijo que debíamos elegirte a ti. «Ha visitado la Antigua Magia», dijeron. «Nuestra madre la ha bendecido». «Será joven y podemos moldearla», dijeron. Bueno, ellos no tuvieron que soportar...

—Cállate, Portador del Vacío —susurró Lift, apretujándose contra la pared del palacio—. Si no, me bañaré en agua bendita e iré a escuchar a los sacerdotes. Tal vez para que me hagan un exorcismo.

Lift avanzó de lado hasta que pudo asomarse a la curva de la pared y divisar a la patrulla de guardia: hombres con chalecos de cuadros y cascos, con largas alabardas. Miró hacia arriba. La pared se combaba hacia fuera sobre ella, como un rocabrote, antes de seguir ascendiendo. Era de liso bronce, sin asideros.

Esperó a que los guardias se alejaran.

—Muy bien —le susurró a Wyndle—. Tienes que hacer lo que te

diga.

—Nada de eso.

—Claro que sí. Te capturé, como en las historias.

—Yo acudí a ti —puntualizó Wyndle—. ¡Tus poderes proceden de mí! ¿Escucharás alguna vez...?

—Sube por la pared —señaló Lift.

Wyndle suspiró, pero acabó por obedecer y reptó por la pared trazando un amplio patrón. Lift saltó y se agarró a los pequeños asideros que dejaba la enredadera a medida que esta se adhería a la pared mediante miles de tallos con discos pegajosos. Wyndle avanzaba ante ella, creando una especie de escala.

No era fácil. Al contrario: aquella forma abultada convertía la ascensión en un suplicio y los asideros de Wyndle no eran muy grandes. Pero lo logró y consiguió llegar hasta casi la cima de la cúpula del edificio, donde había ventanas que se asomaban al terreno.

Miró hacia la ciudad. No había ni rastro del hombre del uniforme negro. Tal vez lo había perdido.

Se volvió para examinar la ventana. Su bonito marco de madera sostenía un cristal muy grueso, aunque apuntaba al este. Era injusto lo bien protegida que estaba Azimir de las altas tormentas. Tendrían que vivir con el viento, como la gente normal.

—Tenemos que vaciar eso —dijo, señalando la ventana.

—¿Te has dado cuenta —dijo Wyndle—, que aunque tú dices ser una maestra ladrona, soy yo quien hace todo el trabajo?

—También haces todas las quejas. ¿Cómo atravesamos esto?

—¿Tienes las semillas?

Ella asintió, rebuscando en un bolsillo. Luego, en el otro. Después, en el bolsillo trasero. Ah, allí estaban. Sacó un puñado de semillas.

—No puedo afectar al Reino Físico excepto en aspectos menores —dijo Wyndle—. Eso significa que tendrás que usar Investidura para...

Lift bostezó.

—Usar Investidura para...

Bostezó con más fuerzas. Los famélicos Portadores del Vacío nunca captaban una indirecta.

Wyndle suspiró.

—Esparce las semillas sobre el marco.

Ella así lo hizo, lanzando las semillas contra la ventana.

—Tu vínculo conmigo ofrece dos tipos principales de habilidad —dijo Wyndle—. La primera, la manipulación de fricción, ya la has descubierto. ¡No me bosteces! Llevamos usándola bien desde hace ya muchas semanas, y es hora de que aprendas la segunda, el poder de la Generación. Aún no estás preparada para lo que una vez fue conocido como Regeneración, la curación de...

Lift colocó la palma de la mano contra las semillas y pasó a invocar su maravilla.

No estaba segura de cómo lo hacía. Simplemente, lo hacía. Había empezado más o menos en la época en que Wyndle apareció por primera vez.

Por entonces él no hablaba. Lift echaba de menos aquellos tiempos.

Su mano brilló levemente con luz blanca, como vapor que brotara de la piel. Las semillas que vieron la luz empezaron a crecer. Rápidamente. De las semillas brotaron enredaderas que se colaron en las grietas entre la ventana y el marco.

Las enredaderas crecieron a su antojo, produciendo sonidos apagados y forzados. El cristal se resquebrajó, luego el marco de la ventana se soltó.

Lift sonrió.

—Bien hecho —dijo Wyndle—. Todavía conseguiremos hacer de ti una bailarina del filo. —A Lift le gruñó el estómago. ¿Cuándo fue la última vez que comió? Había usado gran parte de su maravilla practicando antes. Probablemente tendría que haber robado algo de comer. No era tan maravillosa cuando tenía hambre.

Se coló por la ventana. Tener a un Portador del Vacío era útil, aunque no estaba completamente segura de que sus poderes procedieran de él. Parecía el tipo de asunto sobre el que un Portador del Vacío mentiría. Ella lo había capturado, así de claro. Había utilizado palabras. Los Portadores del Vacío no tenían cuerpo, en realidad. Para capturar algo así, tenías que usar palabras. Todo el mundo lo sabía. Igual que las maldiciones hacían que seres malvados fueran a buscarte.

Tuvo que sacar una esfera (un marco de diamante, el de la suerte) para ver adecuadamente allí dentro. El pequeño dormitorio

estaba decorado al estilo azishiano, como montones de intrincados patrones en las alfombras y la tela de las paredes, casi todo rojo y dorado. Esos patrones lo eran todo para los azishianos. Eran como palabras.

Se asomó a la ventana. Sin duda había escapado de Oscuridad, el hombre de negro y plata con la clara marca de nacimiento en forma de media luna en la mejilla. El hombre de la mirada sin vida. Seguro que no la había seguido desde Marabethia. ¡Eso estaba a medio continente de distancia! Bueno, a un cuarto, al menos.

Convencida, desenrolló la cuerda que llevaba a la cintura y los hombros. La ató a la puerta de un armario empotrado y la arrojó por la ventana. La cuerda se tensó cuando los hombres empezaron a escalar. Cerca de ella, Wyndle creció en torno a uno de los postes de la cama, enroscado como una anguila.

Lift oyó susurros abajo.

—¿Has visto eso? Ha escalado directamente. No hay ni un asidero a la vista. ¿Cómo...?

—Calla. —Era Huqin.

Lift empezó a hurgar en cajones y armarios mientras los muchachos entraban uno por uno a través de la ventana. Una vez dentro, los ladrones recogieron la cuerda y cerraron la ventana lo mejor que pudieron. Huqin estudió las enredaderas que habían crecido a partir de las semillas que había en el marco.

Lift metió la cabeza en el fondo de un guardarropa y tanteó.

—En esta habitación no hay nada más que zapatos mohosos.

—Mi sobrino y tú os quedaréis en esta habitación —le dijo Huqin—. Nosotros tres buscaremos en los dormitorios cercanos. Volveremos dentro de poco.

—Probablemente encontraréis un saco entero de zapatos mohosos... —intervino Lift, saliendo del guardarropa.

—Niña ignorante —masculló Huqin, señalando al guardarropa. Uno de sus hombres cogió los zapatos y las prendas que había dentro y los metió en un saco—. Esta ropa se venderá con facilidad. Es exactamente lo que estamos buscando.

—¿Y riquezas de verdad? —dijo Lift—. Esferas, joyas, arte... — Ella había perdido interés en esas cosas, pero pensaba que era lo que buscaba Huqin.

—Todo eso estará demasiado bien protegido —contestó Huqin

mientras sus dos socios se apoderaban rápidamente de las ropas que había en la habitación—. La diferencia entre un ladrón de éxito y un ladrón muerto es que el primero sabe cuándo hay que escapar con las ganancias. Este alijo nos permitirá vivir con lujo durante un año o dos. Con eso basta.

Uno de los hermanos se asomó a la puerta que daba al pasillo. Asintió, y los tres salieron de la habitación.

—Atento a la señal —le dijo Huqin a su sobrino, luego dejó la puerta casi cerrada tras el.

Tigzikk y su cómplice estarían atentos allá abajo a cualquier tipo de alarma. Si algo parecía ir mal, se quitarían de en medio y harían sonar sus silbatos. El sobrino de Huqin se agazapó para escuchar junto a la ventana, tomándose obviamente muy en serio su trabajo. Parecía tener unos dieciséis años. Edad de mala suerte, esa.

—¿Cómo escalaste así por la pared? —preguntó el joven.

—Agallas —dijo Lift—. Y saliva.

Él la miró con el ceño fruncido.

—Tengo saliva mágica.

Él pareció creerla. Idiota.

—¿Te sientes sola? —preguntó—. ¿Lejos de tu pueblo?

Ella se levantó. Pelo negro liso (lo llevaba hasta la cintura), piel bronceada, rasgos suaves. Todo el mundo la identificaba inmediatamente como reshi.

—No lo sé —contestó, encaminándose hacia la puerta—. Nunca he estado con mi pueblo.

—¿No eres de las islas?

—No. Crecí en Rall Elorim.

—¿La... Ciudad de las sombras?

—Ajá.

—¿Es...?

—Ajá. Tal como dicen.

Se asomó a la puerta. Huqin y los demás ya se habían alejado. El pasillo era de bronce, paredes y todo, pero una alfombra roja y azul, con montones de pequeños patrones de enredaderas, corría por el centro. En las paredes colgaban cuadros.

Lift abrió la puerta del todo y salió.

—¡Lift! —El sobrino corrió hacia la puerta—. ¡Nos han dicho que esperemos aquí!

—¿Y?

—¡Pues que deberíamos esperar aquí! ¡No queremos que el tío Huqin se meta en un lío!

—¿Qué sentido tiene colarte en un palacio si no es para meterte en un lío? —Lift sacudió la cabeza. Qué raros eran estos tipos—. Esto debe de ser un lugar interesante, con todos esos ricachones pululando. —Tenía que haber comida realmente buena por allí.

Salió al pasillo y Wyndle creció a lo largo del suelo tras ella. Curiosamente, el sobrino la siguió. Ella había supuesto que se quedaría en la habitación.

—No deberíamos estar haciendo esto —dijo él mientras pasaban ante una puerta que estaba ligeramente abierta. Escucharon sonidos apagados dentro. Huqin y sus hombres, robando el lugar a placer.

—Entonces quédate —susurró Lift, que llegaba a unas grandes escaleras. Abajo los criados se afanaban de un lado a otro, incluso unos cuantos parshmenios, pero no vio a nadie con uno de aquellos largos gabanes—. ¿Dónde está la gente importante?

—Leyendo impresos —dijo el sobrino, tras ella.

—¿Impresos?

—Claro. Con el Supremo muerto, los visires, escribas y árbitros tienen todos la oportunidad de rellenar el papeleo adecuado para solicitar el puesto.

—¿Se solicita el puesto de emperador? —dijo Lift.

—Claro —respondió él—. Hace falta un montón de papeleo. Y un ensayo. El ensayo tiene que ser realmente bueno para conseguir el puesto.

—Tormentas. Estáis locos.

—¿Otras naciones lo hacen mejor? ¿Con sangrientas guerras de sucesión? De esta forma, todo el mundo tiene una oportunidad. Incluso los funcionarios de rangos inferiores pueden entregar los papeles. Y también puedes ser discreto y acabar en el trono, si eres lo bastante convincente. Sucedió una vez.

—De locos.

—Y eso lo dice la chica que habla sola.

Lift lo miró bruscamente.

—No digas que no. Te he visto. Hablas al aire, como si hubiera alguien.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Lift.

—Gawx.

—Vaya. Bueno, verás, Gawx. No hablo sola porque esté loca.

—¿No?

—Lo hago porque soy maravillosa. —Empezó a bajar las escaleras, esperó a que hubiera un hueco entre los criados que pasaban, y luego se dirigió a una alacena al otro lado. Gawx maldijo y la siguió.

Lift se sintió tentada de usar su maravilla para deslizarse rápidamente por el suelo, pero no le hacía falta. Además, Wyndle no paraba de quejarse de que usaba la maravilla demasiado a menudo. Que corría riesgo de malnutrición, significara eso lo que significase.

Se acercó a la alacena, usando solamente sus habilidades cotidianas, y se metió dentro. Gawx se coló tras ella justo antes de que cerrara. La vajilla que había en un carrito tintineó tras ellos, y apenas pudieron apretujarse en aquel espacio. Gawx se movió, provocando más tintineos, y ella le dio un codazo. Gawx se calló mientras pasaban dos parshmenios cargados con grandes barriles de vino.

—Deberías volver arriba —le susurró Lift—. Esto podría ser peligroso.

—Oh, ¿así que colarte en el palacio real es peligroso, por las tormentas? Gracias. No me había dado cuenta.

—Lo digo en serio —replicó Lift, asomándose—. Vuelve arriba y márchate cuando regrese Huqin. Me abandonará sin pensárselo dos veces. Y probablemente a ti también.

Además, no quería ser maravillosa con Gawx delante. Eso provocaría preguntas. Y rumores. Odiaba ambas cosas. Por una vez, le gustaría poder quedarse en un sitio durante un rato sin verse obligada a echar a correr.

—No —contestó Gawx en voz baja—. Si vas a robar algo bueno, quiero mi tajada. Así tal vez Huqin ya no me obligue a quedarme atrás ni me dé los trabajos fáciles.

Vaya. Por lo visto tenía valor.

Una criada pasó cargada con una gran bandeja llena de platos. Los olores de la comida hicieron que el estómago de Lift rugiera. Comida de ricos. Una pura delicia.

En cuanto Lift vio pasar a la mujer, salió de la alacena y la

siguió. Esto iba a ser difícil con Gawx pegado a sus talones. Su tío lo había entrenado bastante bien, pero moverse sin ser visto por un edificio habitado no era fácil.

La criada abrió una puerta que estaba oculta en la pared. Los pasillos del servicio. Lift la detuvo cuando ya se cerraba, esperó unos segundos, luego la abrió y se deslizó dentro. El estrecho pasillo estaba mal iluminado y olía a la comida que acababa de pasar.

Gawx entró detrás de ella y luego cerró silenciosamente la puerta. La criada desapareció al doblar una esquina por delante: probablemente había montones de pasillos como aquel en el palacio. Detrás de Lift, Wyndle creció en torno al marco de la puerta: un manojo de enredaderas como hongos, verde oscuro, que cubrió la puerta y luego la pared.

Formó un rostro en las enredaderas y puntos de cristal, y luego sacudió la cabeza.

—¿Demasiado estrecho? —preguntó Lift.

Él asintió.

—Está oscuro aquí dentro. Apenas se nos ve.

—Vibraciones en el suelo, ama. Alguien se acerca.

Ella miró ansiosamente hacia el lugar por donde había ido la criada con la comida, luego hizo a un lado a Gawx y abrió la puerta para salir de nuevo al pasillo principal.

Gawx maldijo.

—¿Sabes siquiera lo que estás haciendo?

—No —respondió ella, y dobló una esquina del pasillo grande flanqueado de lámparas de gemas verdes y amarillas. Por desgracia, un criado de estirado uniforme blanco y negro se dirigía hacia ella.

Gawx dejó escapar un silbidito de preocupación y volvió a doblar la esquina. Lift se irguió, con las manos a la espalda, y avanzó.

Pasó ante el hombre. Su uniforme indicaba que era alguien importante, para tratarse de un criado.

—¡Eh, tú! —exclamó el hombre—. ¿Qué es esto?

—La señora quiere tarta —dijo Lift, alzando la barbilla.

—Oh, por el amor de Yaezir. ¡La comida está servida en los jardines! ¡Allí hay tarta!

—No de la que ella quiere —respondió Lift—. La señora quiere tarta de moras.

El hombre alzó las manos al aire.

—Las cocinas están por el otro lado —dijo—. Trata de convencer a la cocinera, aunque probablemente te cortará las manos antes de aceptar otra petición especial. ¡País de escribas de las tormentas! ¡Las necesidades culinarias especiales hay que enviarlas por adelantado, con los impresos adecuados! —Se marchó, dejando a Lift con las manos a la espalda, observándolo.

Gawx se asomó a la esquina.

—Ya me daba por muerto.

—No seas estúpido —dijo Lift, apresurándose pasillo abajo—. Todavía no hemos llegado a lo más difícil.

Al fondo, el pasillo se cruzaba con otro que tenía la misma ancha alfombra en el centro, las paredes de bronce y las brillantes lámparas de metal. Enfrente había una puerta sin luz asomando debajo. Lift comprobó en ambas direcciones, luego se dirigió a la puerta, la abrió un poco, se asomó y le hizo señas a Gawx para que se reuniera con ella dentro.

—Tendrías que seguir ese pasillo de fuera —susurró Gawx mientras ella entornaba la puerta—. Por ahí, encontraremos los aposentos de los visires. No creo que haya nadie, porque todo el mundo estará en el ala del Supremo, deliberando.

—¿Conoces el trazado del palacio? —preguntó ella, agazapada en la penumbra junto a la puerta. Estaba en una pequeña sala de espera, con un par de sillas en sombras y una mesita.

—Sí —respondió Gawx—. Memorice los planos del palacio antes de venir. ¿Tú no?

Ella se encogió de hombros.

—He estado aquí una vez antes —dijo Gawx—. Vi al Supremo dormido.

—¿Que hiciste qué?

—Es público, pertenece a todo el mundo. Puedes participar en un sorteo para venir a verlo dormir. La gente rota cada hora.

—¿Cómo? ¿En un día especial o algo?

—No, todos los días. También puedes verlo comer, o realizar sus rituales diarios. Si pierde un cabello o se recorta una uña, hasta es posible que te lo quedes como reliquia.

—Parece repulsivo.

—Un poco.

—¿Por dónde se va a sus aposentos? —preguntó Lift.

—Por ahí —dijo Gawx, señalando a la izquierda del pasillo: la dirección opuesta a los aposentos de los visires—. No querrás entrar ahí, Lift. Ahí es donde los visires y toda la gente importante estará revisando las solicitudes. En presencia del Supremo.

—Pero si está muerto.

—El nuevo Supremo.

—¡Si no lo han elegido todavía!

—Bueno, es un poco raro —dijo Gawx. A la tenue luz de la puerta entreabierta, ella vio que se ruborizaba, como si se diera cuenta de lo extravagante que era todo esto—. Nunca ha faltado un Supremo. Simplemente, todavía no sabemos quién es. Quiero decir, está vivo, y ya es Supremo... ahora mismo. Solo que de momento no conocemos su identidad. Así que, estos son sus aposentos, y los vástagos y visires quieren estar en su presencia mientras deciden quién es. Aunque la persona que decidan no esté en la habitación.

—Eso no tiene sentido.

—Pues claro que lo tiene —dijo Gawx—. Es el gobierno. Todo está muy detallado en los códigos y... —Se calló cuando vio bostezar a Lift. Los azishianos podían ser aburridísimos. Al menos, él era capaz de captar una indirecta.

»De todas formas —continuó Gawx—, todo el mundo que está ahí fuera en los jardines espera que lo llamen para una entrevista personal. Puede que no lleguen a eso. Los vástagos no pueden ser Supremo, ya que están demasiado ocupados visitando y bendiciendo aldeas por todo el reino... Pero un visir sí puede, y suelen entregar las mejores solicitudes. Por lo general eligen a uno de los suyos.

—Los aposentos del Supremo —dijo Lift—. Por ahí ha ido la comida.

—¿Qué te pasa con la comida?

—Me voy a comer su cena —respondió ella, en voz baja pero intensa.

Gawx parpadeó, sorprendido.

—¿Que vas a... qué?

—Voy a comerme su comida. Los ricos tienen la mejor comida.

—Pero... puede que haya esferas en los aposentos de los visires...

—Eh —dijo ella—. Me las gastaría en comida.

Robar cosas corrientes no era divertido. Ella quería un auténtico desafío. A lo largo de los dos últimos años, había escogido los lugares más difíciles de acceder. Y luego había irrumpido en ellos.

Y se había comido sus cenas.

—Vamos —dijo, saliendo del portal y dirigiéndose a la izquierda, hacia los aposentos del Supremo.

—Estás loca de atar —susurró Gawx.

—No. Solo me aburro.

Él miró hacia el otro lado.

—Yo me voy a los aposentos de los visires.

—Como quieras —respondió ella—. Yo en tu lugar volvería escaleras arriba. No tienes suficiente práctica para este tipo de cosas. Si no vienes conmigo, probablemente te meterás en líos.

Él vaciló, luego se marchó en dirección a los aposentos de los visires. Lift se encogió de hombros.

—¿Por qué vienes con ellos? —preguntó Wyndle, saliendo de la habitación—. ¿Por qué no trabajas por tu cuenta?

—Tigzikk descubrió todo este asunto de la elección —dijo ella—. Me dijo que esta noche era un buen momento para colarse. Se lo debía. Además, quería estar allí por si se metía en problemas. Para ayudar si hace falta.

—¿Por qué te molestas?

¿Por qué, en efecto?

—Alguien tiene que preocuparse —dijo, echando a andar pasillo abajo—. Muy poca gente lo hace, hoy en día.

—Dices esto cuando vienes a robarle a la gente.

—Claro. No les hará daño.

—Tienes un extraño sentido de la moralidad, ama.

—No seas estúpido —dijo ella—. Todo sentido de la moralidad es extraño.

—Supongo.

—Sobre todo para un Portador del Vacío.

—Yo no soy...

Ella sonrió y avivó el paso hacia los aposentos del Supremo. Supo que los había encontrado cuando se volvió a mirar un pasillo lateral y divisó guardias al fondo. Sí. Aquella puerta era tan bonita que tenía que pertenecer a un emperador. Solo la gente

extraordinariamente rica construía puertas así. Tenía que salirte el dinero por las orejas para gastarlo en una puerta.

Los guardias eran un problema. Lift se arrodilló y se asomó a la esquina. El pasillo era estrecho, como un callejón. Qué inteligente. Era difícil colarse en un sitio así. Y esos dos guardias no eran de los de aspecto aburrido. Eran de los de «tenemos que estar aquí y poner cara de malas pulgas». Estaban tan erguidos que cualquiera diría que les habían metido una escoba por el trasero.

Lift alzó la mirada. El pasillo era alto: a los ricos les gustaban las cosas altas. Si hubieran sido pobres, habrían construido otro piso encima para que vivieran allí sus tíos y primos. Los ricos desperdiciaban el espacio. Como tenían tanto dinero, podían malgastarlo.

Robarles parecía de lo más natural.

—Allí —susurró Lift, señalando un pequeño saliente ornamental que corría por la pared allá arriba. No sería lo bastante ancho para caminar por él, a menos que fueras Lift. Cosa que, por fortuna, era. Estaba oscuro allí arriba también. Las lámparas de araña eran de las que colgaban bajas, con espejos reflejando hacia abajo la luz de sus esferas.

—Allá vamos —dijo Lift.

Wyndle suspiró.

—Tienes que hacer lo que digo o te podaré.

—Me... podarás.

—Claro. —Eso sonaba amenazador, ¿no?

Wyndle creció por la pared, proporcionándole asideros. Las enredaderas que había dejado por el pasillo tras ellos se estaban desvaneciendo ya, volviéndose cristal y desintegrándose en polvo.

—¿Por qué no han reparado en ti? —susurró Lift. Nunca se lo había preguntado, a pesar de los meses que llevaban juntos—. ¿Es porque solo pueden verte los puros de corazón?

—No lo dirás en serio.

—Claro que sí. Eso encajaría con las historias y leyendas.

—Oh, la teoría en sí misma no es ridícula —dijo Wyndle, hablando desde un trozo de enredadera cercano; los diversos tallos verdes se movían como labios—. Solo la idea de que te consideres pura de corazón.

—Soy pura —susurró ella, gruñendo mientras escalaba—. Soy

una niña y todo eso. Soy tan pura, tormentas, que prácticamente eructo arcoiris.

Wyndle volvió a suspirar (le gustaba hacerlo) mientras llegaban al saliente. Creció a lo largo, haciéndolo un poco más ancho, y Lift se encaramó. Se equilibró con cuidado, luego le asintió a Wyndle. Él siguió creciendo a lo largo del saliente, luego se dio media vuelta y creció por la pared hasta un punto por encima de la cabeza de Lift. A partir de ahí, creció en horizontal para proporcionarle un asidero. Con la pulgada extra de espacio y el asidero arriba, ella consiguió ir avanzando, el estómago contra la pared. Inspiró profundamente, luego dobló la esquina que desembocaba en el pasillo de los guardias.

Lo siguió despacio, con Wyndle moviéndose adelante y atrás, ampliando los asideros para sus manos y sus pies. Los guardias no dieron ningún grito de alarma. Lo estaba consiguiendo.

—No pueden verme —dijo Wyndle, creciendo junto a ella para crear otra fila de asideros—, porque existo principalmente en el Reino Cognitivo, aunque he trasladado mi conciencia a este Reino. Puedo hacerme visible para cualquiera, si lo deseo, aunque no me resulta fácil. Algunos spren son más habilidosos en ello, mientras que otros tienen el problema contrario. Naturalmente, no importa cómo me manifieste, nadie puede tocarme, ya que apenas tengo ninguna sustancia en este Reino.

—Nadie más que yo —susurró Lift, avanzando poco a poco por el pasillo.

—Tú tampoco deberías —dijo él, preocupado—. ¿Qué pediste, cuando visitaste a mi madre?

Lift no tenía una respuesta para eso, o al menos la que tenía no servía para dársela a un condenado Portador del Vacío. Por fin llegó al final del pasillo, donde estaba la puerta. Por desgracia, allí era exactamente donde se encontraban los guardias.

—Esto no parece muy meditado, ama —advirtió Wyndle—. ¿Habías considerado qué ibas a hacer cuando llegaras aquí?

Ella asintió.

—¿Bien?

—Espera —susurró Lift.

Y esperaron, ella apretada de cara contra la pared, los talones colgando tres metros por encima de los guardias. No quería caer.

Estaba segura de que era lo bastante maravillosa para sobrevivir, pero si los hombres la veían, sería el final del juego. Tendría que huir, y sin la cena.

Por fortuna no se había equivocado..., para su desgracia. Un guardia apareció en el otro extremo del pasillo, con aspecto inquieto y no poco molesto. Los otros dos guardias corrieron hacia él. El hombre se volvió y señaló hacia la dirección opuesta.

Era la oportunidad de Lift. Wyndle hizo crecer una enredadera hacia abajo, y ella la agarró. Pudo sentir los cristales brotando entre los zarcillos, pero eran lisos y planos, no angulosos y afilados. Se dejó caer, la enredadera suave entre los dedos, y se detuvo justo ante la puerta.

Solo tenía unos pocos segundos.

—... capturado a un ladrón intentando saquear los aposentos de los visires —dijo el guardia recién llegado—. Puede que haya más. Seguid vigilando. ¡Por Yaezir! No puedo creer que se atrevan. ¡Esta noche, nada menos!

Lift abrió un poco la puerta de las habitaciones del emperador y se asomó. Una sala grande. Hombres y mujeres ante una mesa. Nadie miraba en su dirección. Atravesó la puerta.

Entonces se volvió maravillosa.

Se agachó, se lanzó hacia delante y, durante un momento, el suelo (la alfombra, el suelo debajo) no tuvo efecto sobre ella. Se deslizó como si lo hiciera sobre hielo, sin hacer ningún ruido mientras recorría los tres metros de distancia. Nada podía detenerla cuando se deslizaba así. Los dedos no lograban agarrarla, y era capaz de deslizarse eternamente. Creía que no se detendría a menos que se quedara sin maravilla. Le parecía posible deslizarse hasta el condenado océano.

Esa noche se detuvo bajo la mesa usando los dedos (que no eran deslizantes) y luego eliminó el deslizamiento de las piernas. Su estómago gruñó, quejándose. Necesitaba comida. Y rápido, o no habría más maravilla.

—De algún modo, estás en parte en el Reino Cognitivo —dijo Wyndle, enroscándose a su lado y alzando una retorcida maraña de enredaderas que podían componer un rostro—. Es la única respuesta que encuentro a que puedas tocar a los spren. Y puedes metabolizar comida directamente en luz tormentosa.

Ella se encogió de hombros. Él siempre decía palabras así. Trataba de confundirla, famélico Portador del Vacío. Bueno, no iba a responderle, y menos en ese momento. Los hombres y mujeres que estaban alrededor de la mesa podrían oírla, aunque no captaran a Wyndle.

La comida estaba allí, en alguna parte. Le llegaba el aroma.

—Pero ¿por qué? —dijo Wyndle—. ¿Por qué te dio Ella este increíble talento? ¿Por qué a una niña? Hay soldados, grandes reyes, sabios increíbles entre la humanidad. En cambio, te eligió a ti.

Comida, comida, comida. El olor era una delicia. Lift se arrastró bajo la larga mesa. Los hombres y mujeres que compartían la cena hablaban con voces muy preocupadas.

—Tu solicitud fue claramente la mejor, Dalksi.

—¡Qué! ¡Me equivoqué al escribir tres palabras solo en el primer párrafo!

—No me di cuenta.

—No te... ¡Pues claro que te diste cuenta! Pero esto es absurdo, porque está claro que el ensayo de Axikk es superior al mío.

—No me vuelvas a meter en esto. Nos hemos descalificado. No soy adecuado para ser Supremo. Tengo la espalda mala.

—Ashno de Sages tenía problemas de espalda. Y fue el más grande de los Supremos Emuli.

—¡Bah! Mi ensayo era una completa basura, y lo sabéis.

Wyndle se detuvo junto a Lift.

—Mi madre ha renunciado a tu especie. Lo noto. Ya nada le preocupa. Ahora que Él no está...

—Esta discusión no nos beneficia —dijo una imperiosa voz femenina—. Deberíamos votar. La gente está esperando.

—Que sea uno de esos idiotas de los jardines.

—Sus ensayos eran horribles. Mira lo que escribió Pandri encima del suyo.

—Bueno... yo... no sé lo que significa la mitad de lo que pone, pero parece injurioso.

Eso llamó por fin la atención de Lift. Alzó la mirada hacia la mesa. ¿Buenos insultos? «Vamos —pensó—. Lee unos cuantos».

—Tendremos que escoger a uno de ellos —dijo la otra voz, que parecía al mando—. Kadaseises y Estrellas, esto es un

rompecabezas. ¿Qué hacemos cuando nadie quiere ser Supremo?

¿Nadie quería ser Supremo? ¿De pronto al país entero le había entrado algo de sensatez? La vida continuaba. Ser rico parecía divertido y todo eso, pero ¿estar a cargo de tanta gente? Sería lo peor de lo peor.

—Tal vez deberíamos elegir la peor solicitud —dijo una de las voces—. En esta situación, eso indicaría al aspirante más listo.

—Seis monarcas distintos asesinados... —dijo una de las voces, una nueva—. En solo dos meses. Altos príncipes muertos por todo el este. Líderes religiosos. Y luego, dos Supremos asesinados en una sola semana. Tormentas... Casi parece que otra Desolación nos ha caído encima.

—Una Desolación en forma de un solo hombre. Yaezir ayude a quien elijamos. Es una sentencia de muerte.

—Hemos tardado demasiado. Estas semanas de espera sin Supremo han sido dañinas para Azir. Escojamos la peor solicitud. De este fajo.

—¿Y si escogemos a alguien que sea legítimamente de lo peor? ¿No es nuestro deber cuidar del reino, sin importarnos el riesgo que corra quien elijamos?

—Pero al elegir al mejor entre nosotros, condenamos a nuestros más brillantes, a los mejores, a morir por la espada... Yaezir nos ayude. Vástago Ethid, una plegaria como guía sería de agradecer. Necesitamos que el mismo Yaezir nos muestre su voluntad. Tal vez si escogemos a la persona adecuada, su mano lo protegerá.

Lift llegó al final de la mesa y contempló el banquete que habían colocado en una mesa más pequeña al otro lado de la sala. Este lugar era muy azishiano. Bordados por todas partes. Alfombras tan finas que probablemente habían dejado ciega a alguna pobre mujer mientras las tejía. Colores oscuros y luces tenues. Pinturas en las paredes.

«Vaya —pensó Lift—, alguien ha borrado una cara de esa». ¿Quién estropearía una pintura así, y tan bonita, con todos los Heraldos en fila?

Bueno, nadie parecía dispuesto a tocar ese banquete. El estómago de Lift gruñó, pero esperó una distracción.

Poco después se produjo: la puerta se abrió. Probablemente los guardias venían a informar sobre el ladrón que habían encontrado.

Pobre Gawx. Tendría que ir a sacarlo de allí más tarde.

En ese momento era la hora de comer. Lift se puso de rodillas y usó su maravilla para deslizar sus piernas. Cruzó el suelo y se agarró a la pata de la mesa de la comida. Su impulso la hizo girar y rodearla. Se agachó, casi oculta por el mantel, y eliminó el deslizamiento de sus piernas.

Perfecto. Extendió una mano y cogió un rollito de la mesa. Dio un bocado y enseguida se detuvo.

¿Por qué todo se había vuelto tan silencioso? Se arriesgó a mirar por encima de la mesa.

Él había llegado.

El alto azishiano de la marca blanca en la mejilla, como una media luna. Uniforme negro con una doble fila de botones de plata en la pechera, un rígido cuello plateado asomando de la camisa que llevaba debajo. Sus gruesos guantes tenían bocamangas que se extendían hacia sus antebrazos.

Ojos muertos. Era Oscuridad mismo.

«Oh, no».

—¿Qué significa esto? —exigió una de los visires, una mujer vestida con uno de aquellos grandes gabanes de mangas demasiado grandes. Su gorra tenía un diseño diferente, y chocaba espectacularmente con el gabán.

—Estoy aquí —dijo Oscuridad—, por un ladrón.

—¿Te das cuenta de dónde estás? ¿Cómo te atreves a interrumpir?

—Tengo los impresos adecuados —aseguró Oscuridad, sin la menor emoción. No manifestaba ningún malestar por ser desafiado, ninguna arrogancia o pomposidad. Nada en absoluto. Uno de sus sicarios entró tras él, un hombre con uniforme negro y plata, menos ornamentado. Le ofreció a su amo un ordenado fajo de papeles.

—Los impresos están muy bien —dijo la visir—. Pero este no es el momento, alguacil.

Lift echó a correr.

Sus instintos finalmente fueron más fuertes que su sorpresa y corrió, saltando por encima de un sofá camino de la puerta trasera de la sala. Wyndle se movió tras ella como un rayo.

Arrancó con los dientes un trozo del rollo: iba a necesitar la comida. Más allá de aquella puerta habría un dormitorio, y un

dormitorio tendría una ventana. Abrió de golpe la puerta y la atravesó.

Algo saltó de las sombras al otro lado.

Un garrote le golpeó en el pecho, rompiéndole las costillas. Lift jadeó y cayó de bruces al suelo.

Otro de los sicarios de Oscuridad salió de entre las sombras.

—Incluso lo caótico puede predecirse con el estudio adecuado —dijo Oscuridad. Sus pies resonaron por el suelo tras ella.

Lift apretó los dientes, enroscada en el suelo. «No comí lo suficiente...». ¡Tenía tanta hambre!

Los pocos bocados que había tomado antes actuaron en su interior. Notó la familiar sensación, como una tormenta en sus venas. Maravilla líquida. El dolor se disolvió en su pecho mientras se curaba.

Wyndle corría en círculo a su alrededor, un pequeño lazo de enredaderas del que brotaban hojas, envolviéndola una y otra vez. Oscuridad se acercó.

«¡Huye!». Lift se puso a cuatro patas de un salto. Él la agarró por el hombro, pero pudo eludirlo. Invocó su maravilla.

Oscuridad le arrojó algo.

El animalillo era como un cremlino, pero con alas. Alas pegadas, patas atadas. Tenía una carita extraña, no de cangrejo como los cremlinos. Más bien como un diminuto sabueso-hacha, con hocico, boca y ojos.

Parecía enfermo, y sus ojos brillantes mostraban dolor. ¿Cómo podía ella saberlo?

La criatura absorbió la maravilla de Lift. Ella la vio brotar, una brillante blancura blanca que pasó de ella al animalito, que abrió la boca y la bebió.

De repente, Lift se sintió muy cansada y muy, muy hambrienta.

Oscuridad le entregó el animal a uno de sus sicarios, que se aseguró de hacerlo desaparecer en una bolsa negra que luego se guardó en el bolsillo. Lift estaba segura de que los visires (de pie ante la mesa, airados) no habían visto nada de esto, no con Oscuridad de espaldas a ellos y los sicarios alrededor.

—Quítadle todas las esferas —dijo Oscuridad—. No debe infundir.

Lift sintió terror, un pánico como no había conocido en años,

desde sus días en Rall Elorim. Se debatió, revolviéndose, mordiendo la mano que la sujetaba. Oscuridad ni siquiera gruñó. La puso en pie, y otro sicario la cogió por los brazos y se los retorció hacia atrás hasta que gimió de dolor.

No. ¡Se liberaría! No podían capturarla así. Wyndle seguía girando a su alrededor en el suelo, inquieto. Era un buen tipo, para ser un Portador del Vacío.

Oscuridad se volvió hacia los visires.

—No os molestaré más.

—¡Ama! —gritó Wyndle—. ¡Toma!

El rollito a medio comer estaba en el suelo. Lift lo había dejado caer cuando la golpeó el garrote. Wyndle corrió hacia él, pero no pudo hacer más que sacudirlo. Lift se debatió, tratando de liberarse, pero sin aquella tormenta en su interior, era solo una niña sujeta por un soldado entrenado.

—Me preocupa enormemente la naturaleza de esta incursión, alguacil —dijo el visir principal, repasando el fajo de papeles que Oscuridad les había mostrado—. Tu papeleo está en orden, y veo que incluso has incluido una solicitud, concedida por los árbitros, para buscar a esta ladronzuela en el palacio. Pero sin duda no tenías que molestar un cónclave sagrado. Por una vulgar ladrona, nada menos.

—La justicia no espera a ningún hombre o mujer —dijo Oscuridad, completamente tranquilo—. Y esta ladrona es de todo menos vulgar. Con vuestro permiso, dejaré de molestaros.

No pareció importarle si le daban permiso o no. Se dirigió hacia la puerta, y su sicario arrastró consigo a Lift. Ella logró alcanzar el rollo con el pie, pero solo consiguió darle una patada y empujarlo bajo la larga mesa de los visires.

—Esto es un permiso de ejecución —dijo la visir con sorpresa, alzando la última hoja del fajo—. ¿Matarás a esa niña? ¿Solo por robar?

¿Matar? «No. ¡No!».

—Por eso, además de por irrumpir en el palacio del Supremo —respondió Oscuridad, alcanzando la puerta—. Y por interrumpir un sagrado cónclave en sesión.

La visir lo miró a los ojos. Sostuvo la mirada y luego la bajó.

—Yo... —dijo—. Ag, por supuesto... er... alguacil.

Oscuridad dio media vuelta y abrió la puerta. La visir apoyó una mano en la mesa y se llevó la otra a la cabeza.

El sicario arrastró a Lift hacia la puerta.

—¡Ama! —dijo Wyndle, retorciéndose—. Oh... oh, cielos. ¡Hay algo muy malo en ese hombre! No es bueno, no es nada bueno. Tienes que usar tus poderes.

—Lo intento —dijo Lift, gruñendo.

—Te has quedado demasiado delgada —dijo Wyndle—. No es bueno. Siempre consumes el exceso... Baja grasa corporal... Eso podría ser el problema. ¡No sé cómo funciona esto!

Oscuridad vaciló junto a la puerta y miró las lámparas de araña que colgaban en el pasillo, con sus espejos y gemas chispeantes. Alzó la mano e hizo un gesto. El sicario que sujetaba a Lift salió al pasillo y buscó las cuerdas de las lámparas.

Lift trató de invocar su maravilla. Solo un poco más. Apenas necesitaba un poquito.

Estaba exhausta. Agotada. En efecto, se había excedido. Se debatió, cada vez más presa del pánico. Cada vez más desesperada.

En el pasillo, el sicario elevó la lámpara. Cerca, el visir principal miró primero a Oscuridad y luego a Lift.

—Por favor —silabeó ella.

El visir empujó la mesa. Dio un golpe en el codo del sicario que sujetaba a Lift. El hombre maldijo y retiró la mano.

Lift se lanzó al suelo, escapando de su presa, se rebulló y se metió bajo la mesa.

El sicario la agarró por los tobillos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Oscuridad con voz inexpresiva.

—He resbalado —dijo el visir.

—Ten cuidado.

—¿Eso es una amenaza, alguacil? Estoy más allá de tu alcance.

—Nadie está más allá de mi alcance —declaró, sin revelar ninguna emoción.

Lift se rebulló bajo la mesa, dando patadas al sicario. El hombre maldijo en voz baja y tiró de las piernas de la chica antes de obligarla a ponerse en pie. Oscuridad observaba, inexpresivo.

Ella lo miró a los ojos, con un rollito a medio comer en la boca. Lo miró, masticando rápidamente. Tragó.

Por una vez, él mostró emoción. Asombro.

—¿Todo eso por un rollito?

Lift no dijo nada.

«Vamos...».

La condujeron pasillo abajo, luego rodearon la esquina. Uno de los sicarios se adelantó y retiró las esferas de las lámparas de las paredes. ¿Estaban robando el palacio? No: después de que ella pasara, el sicario se apresuró a poner de nuevo las esferas en su sitio.

«Vamos...».

Pasaron ante un guardia en el pasillo. El hombre advirtió algo en Oscuridad (quizá la cuerda atada en su antebrazo, trenzada con una secuencia de colores azishiana), y saludó.

—¿Señor? ¿Ha encontrado otro?

Oscuridad se detuvo a mirar mientras el guardia abría la puerta que protegía. Dentro, Gawx estaba sentado en una silla, desplomado entre otros dos guardias.

—¡Así que tenías cómplices! —gritó uno de los guardias de la habitación. Abofeteó a Gawx.

Wyndle susurró tras Lift, asombrado.

—¡Eso no era necesario!

«Vamos...».

—Eso no es asunto vuestro —le dijo Oscuridad a los guardias, esperando a que uno de sus sicarios realizara el extraño ritual de la retirada de gemas. ¿Por qué se molestaban en hacerlo?

Algo se agitó en el interior de Lift. Como los pequeños remolinos de viento que anunciaban la llegada de una tormenta.

Oscuridad se volvió bruscamente para mirarla.

—Algo se...

La maravilla regresó.

Lift se volvió deslizante, toda ella menos los pies y las palmas de las manos. Dio un tirón con el brazo, que escapó de entre los dedos del sicario, y luego se lanzó hacia delante para caer de rodillas y deslizarse bajo la mano de Oscuridad, que intentó cogerla.

Wyndle dejó escapar un grito de júbilo y zigzagó junto a ella mientras Lift empezaba a golpear el suelo como si estuviera nadando, usando cada movimiento de los brazos para impulsarse hacia delante. Se deslizó por el suelo del pasillo del palacio con las rodillas resbaladizas, como si estuvieran engrasadas.

La postura no era particularmente digna. La dignidad era para los ricos que tenían tiempo para inventar juegos en los que entretenerse.

Empezó a ir muy rápido, tanto que tuvo que controlarse, relajar su maravilla y tratar de ponerse en pie. Chocó contra una pared al fondo hecha un guiñapo.

Se levantó con una sonrisa. Le había salido bastante mejor que las últimas veces que lo había intentado. Su primer intento había sido vergonzoso a más no poder. Estaba tan deslizante que ni siquiera había conseguido ponerse de rodillas.

—¡Lift! —dijo Wyndle—. Detrás.

Ella miró pasillo abajo. Habría jurado que el hombre brillaba levemente, y desde luego corría demasiado rápido.

Oscuridad también era maravilloso.

—¡Esto no es justo! —gritó Lift, incorporándose y echando a correr por un pasillo lateral, el mismo que había seguido cuando se coló con Gawx. Su cuerpo ya había empezado a acusar el cansancio. Un rollito no daba para mucho.

Corrió por el lujoso pasillo, haciendo que una criada retrocediera de un salto, chillando como si hubiera visto a una rata. Lift rodeó una esquina deslizándose, se dirigió a toda velocidad hacia los agradables olores e irrumpió en las cocinas.

Corrió entre la gente que había allí dentro. La puerta se abrió de golpe tras ella un instante después. Oscuridad.

Ignorando a las sorprendidas cocineras, Lift saltó a una larga encimera, deslizándose la pierna y colocándola de lado, por lo que derribó cuencos y sartenes, provocando un auténtico estrépito. Se bajó de la encimera por el otro extremo mientras Oscuridad se abría paso entre el personal de cocina, alzando su hoja esquirlada.

No maldecía molesto. Era algo que debería hacerse. La gente se volvía real cuando maldecía.

Pero, naturalmente, Oscuridad no era una persona de verdad. De eso, aunque de poco más, estaba segura.

Lift agarró una salchicha de un humeante plato y corrió hacia los pasillos de los criados. Masticó mientras corría. Wyndle crecía por la pared junto a ella, dejando un rastro de oscuras enredaderas verdes.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Afuera.

La puerta del pasillo de los criados se abrió tras ella. Lift dobló una esquina, sorprendiendo a un escudero. Se volvió maravillosa, y se lanzó hacia el lado, esquivando fácilmente al hombre en el estrecho pasillo.

—¿En qué me he convertido? —preguntó Wyndle—. Ladrón nocturno, perseguido por abominaciones. Yo era jardinero. ¡Un jardinero maravilloso! Crípticos y honorspren por igual venían a ver los cristales que yo cultivaba con las mentes de tu mundo. Y ahora esto. ¿En qué me he convertido?

—En un quejica —replicó Lift con un bufido.

—Tonterías.

—¿Así que siempre fuiste uno, entonces? —Miró por encima del hombro. Oscuridad empujó al escudero, sin apenas alterar su ritmo mientras cargaba contra el hombre.

Lift llegó a una puerta y la golpeó con el hombro, para salir de nuevo a los ricos pasillos del otro lado.

Necesitaba una salida. Una ventana. Su huida la había hecho regresar a las inmediaciones de los aposentos del Supremo. Escogió una dirección por instinto y echó a correr, pero uno de los sicarios de Oscuridad apareció en una esquina al fondo. También llevaba una hoja esquirrada. Vaya suerte famélica que tenía.

Se volvió hacia el otro lado y pasó junto a Oscuridad deslizándose por el pasillo de los criados. Apenas logró esquivar un tajo de su espada encogiéndose, escurriéndose y resbalando por el suelo. Se puso en pie sin tropezar esta vez. Era algo, al menos.

—¿Quiénes son esos hombres? —preguntó Wyndle a su lado.

Lift gruñó.

—¿Por qué les importamos tanto? Hay algo en esas armas que llevan...

—Hojas esquirradas —expuso Lift—. Valen lo que todo un reino. Forjadas para matar Portadores del Vacío. —Y encima tenían dos. Qué locura.

Forjadas para matar Portadores del Vacío...

—¡A ti! —dijo, sin dejar de correr—. ¡Te quieren a ti!

—¿Qué? ¡Pues claro que no!

—Sí. No te preocupes. Eres mío. No permitiré que se te lleven.

—Eso es conmovedoramente leal —dijo Wyndle—. Y un tanto

insultante. Pero no van a por...

El segundo de los sicarios de Oscuridad apareció en el pasillo ante ella. Sujetaba a Gawx.

Sostenía un cuchillo en la garganta del joven.

Lift se detuvo a trompicones. Gawx, sometido, gemía en manos del hombre.

—No te muevas —dijo el sicario—, o lo mataré.

—Bastardo famélico —masculó Lift. Escupió hacia un lado—. Eso es jugar sucio.

Oscuridad llegó corriendo tras ella, seguido de su otro sicario. La acorralaron. La entrada a los aposentos del Supremo estaba ahí mismo, y los visires y vástagos habían salido al pasillo, donde discutían unos con otros en tono airado.

Gawx sollozaba. Pobre necio.

Bueno. Este tipo de cosas nunca terminaban bien. Lift siguió su instinto (que era básicamente lo que hacía siempre), y aceptó el farol del sicario lanzándose hacia delante. Era agente de la ley. No mataría a un cautivo a sangre...

El sicario le cortó la garganta a Gawx.

Brotó sangre escarlata y manchó las ropas del muchacho. El sicario lo dejó caer, luego retrocedió, como sorprendido por lo que había hecho.

Lift se quedó inmóvil. No podía. No de...

Oscuridad la agarró por atrás.

—Mal ejecutado —le dijo Oscuridad al sicario, en un tono sin emoción. Lift apenas lo oía. «Tanta sangre»—. Serás castigado.

—Pero... —dijo el sicario—. Tuve que cumplir mi amenaza...

—No has hecho el papeleo adecuado en este reino para matar a ese chico —señaló Oscuridad.

—¿No estamos por encima de sus leyes?

Oscuridad soltó a Lift y tras dar una zancada abofeteó al sicario.

—Sin la ley, no hay nada. Te someterás a sus reglas y aceptarás los dictados de la justicia. Es todo lo que tenemos, lo único que hay seguro en este mundo.

Lift contempló al muchacho agonizante, que se sujetaba el cuello con la mano, como para detener la hemorragia. Aquellas lágrimas...

El otro sicario se acercó por detrás.

—¡Huye! —dijo Wyndle.

Ella se sobresaltó.

—¡Huye!

Lift echó a correr.

Dejó atrás a Oscuridad y se abrió paso entre los visires, que gemían y chillaban ante la muerte. Entró en los aposentos del Supremo, se deslizó por la mesa, cogió otro rollo del plato, e irrumpió en el dormitorio. Salió por la ventana un segundo más tarde.

—Arriba —le dijo a Wyndle, y se metió el rollo en la boca. Él se desparramó por la pared, y Lift escaló, sudando. Un segundo después, uno de los sicarios saltó por la ventana tras ella.

No miró hacia arriba. Se lanzó al suelo, girándose, buscando, su hoja esquilada destellando en la oscuridad mientras reflejaba la luz de las estrellas.

Lift llegó a las alturas del palacio y se ocultó allí en las sombras. Se agachó, con las manos en las rodillas, sintiendo frío.

—Apenas lo conocías —dijo Wyndle—. Pero lo lloras.

Ella asintió.

—Has visto mucha muerte —continuó Wyndle—. Lo sé. ¿No te has acostumbrado?

Ella negó con la cabeza.

Abajo, el sicario se alejó, buscándola. Estaba libre. Solo tenía que cruzar el tejado, deslizarse al otro lado, desaparecer.

¿Qué era ese movimiento en el muro que rodeaba el palacio? Sí, aquellas sombras que se movían eran hombres. Los otros ladrones escalaban el muro y desaparecían en la noche. Huqin había abandonado a su sobrino, como era de esperar.

¿Quién lloraría por Gawx? Nadie. Sería olvidado, abandonado.

Lift se soltó las piernas y se arrastró por la cúpula curva del tejado hasta la ventana por la que había entrado antes. Las enredaderas de las semillas, al contrario de las que hacía crecer Wyndle, estaban vivas todavía. Habían superado la ventana, y las hojas temblaban al viento.

«Corre —le decían sus instintos—. Huye».

—Antes hablaste de algo —susurró—. La Re...

—Regeneración —dijo Wyndle—. Cada vínculo concede poder sobre dos potencias. Puedes influir en cómo crecen las cosas.

—¿Puedo usarlo para ayudar a Gawx?

—Si estuvieras mejor entrenada, sí. Pero tal como están las cosas, lo dudo. No eres muy fuerte, ni tienes mucha práctica. Y puede que él esté ya muerto.

Lift tocó una de las enredaderas.

—¿Por qué te importa? —volvió a preguntar Wyndle. Parecía curioso. No era un reto, sino un intento por comprender.

—Porque alguien tiene que hacerlo.

Por una vez, Lift hizo caso omiso de su intuición y, en cambio, se coló por la ventana. Cruzó corriendo la habitación.

Salió al pasillo. Llegó a las escaleras. Las bajó sin detenerse, saltando la mayor parte. Atravesó una puerta. Giró a la izquierda. Recorrió un pasillo. A la izquierda otra vez.

Una multitud en el lujoso pasillo. Lift los alcanzó, luego se escabulló entre ellos. No necesitó su maravilla para hacerlo. Llevaba abriéndose paso entre la multitud desde que empezó a andar.

Gawx yacía en un charco de sangre que había oscurecido la bella alfombra. Los visires y guardias lo rodeaban, hablando en voz baja.

Lift se arrastró hasta él. Su cuerpo estaba todavía caliente, pero la sangre parecía haber dejado de manar. Tenía los ojos cerrados.

—¿Demasiado tarde? —susurró ella.

—No lo sé —respondió Wyndle, enroscándose a su lado.

—¿Qué hago?

—Yo... no estoy seguro. Ama, la transición a vuestro lado fue difícil y dejó agujeros en mi memoria, incluso con las precauciones que tomó mi pueblo. Yo...

Lift tendió a Gawx de espaldas, mirando al cielo. En realidad, no era nada para ella, eso era verdad. Apenas se acababan de conocer, y él había sido un necio. Le había dicho que se volviera.

Pero esto era lo que era ella, lo que tenía que ser.

«Recordaré a aquellos que han sido olvidados».

Lift se inclinó hacia delante, tocó su frente con la suya, y exhaló. Una especie de titilar salió de sus labios, una nubecilla de luz brillante. Flotó delante de los labios de Gawx.

«Vamos...».

La nube se agitó antes de colarse por la boca del muchacho.

Una mano cogió a Lift por el hombro, apartándola de Gawx. Ella se desplomó, súbitamente agotada. Verdaderamente agotada, tanto que incluso estar de pie le suponía un esfuerzo.

Oscuridad la apartó de la multitud, tirando de ella.

—Ven —dijo.

Gawx se agitó. Los visires jadearon, volviendo su atención hacia el joven, que gimió y luego se sentó.

—Parece que eres una bailarina del filo —dijo Oscuridad, empujándola por el pasillo mientras la multitud rodeaba a Gawx, parloteando. Ella se tambaleó, pero él la sujetó—. Me preguntaba cuál de los dos lo sería.

—¡Milagro! —exclamó un visir.

—¡Yaezir ha hablado! —dijo uno de los vástagos.

—Bailarina del filo —replicó Lift—. No sé lo que es eso.

—Una vez fueron una orden gloriosa —dijo Oscuridad, empujándola. Todos los ignoraban, concentrados en Gawx—. Donde tú tropiezas, ellos tenían una elegante belleza. Podían cabalgar la cuerda más fina a gran velocidad, danzar en los tejados, moverse por un campo de batalla como un lazo al viento.

—Eso parece... sorprendente.

—Lo es. Por desgracia, siempre les preocuparon demasiado estas tonterías e ignoraron otras cuestiones de mayor importancia. Parece que compartes su temperamento. Te has convertido en uno de ellos.

—No lo pretendía.

—Ya lo veo.

—¿Por qué... por qué me persigues?

—En nombre de la justicia.

—Hay montones de personas que hacen cosas malas —alegó ella. Tenía que esforzarse con cada palabra. Hablar era difícil. Pensar también. Estaba tan cansada...—. Tú... podrías perseguir a grandes jefes criminales, a asesinos. Y me eliges en cambio a mí. ¿Por qué?

—Hay otros que pueden ser detestables, pero no se refocilan en artes que podrían traer de nuevo a Desolación a este mundo. —Sus palabras eran duras—. Lo que haces debe ser detenido.

Lift se sentía aturdida. Trató de invocar su maravilla, pero la había agotado toda. Y algo más, probablemente.

Oscuridad la hizo volverse y la apretó contra la pared. Ella no pudo mantenerse en pie y fue resbalando hasta quedar sentada. Wyndle se acercó, desplegando un estallido de enredaderas.

—Lo salvé —dijo Lift—. Hice algo bueno, ¿eh?

—El bien es irrelevante —dijo Oscuridad. La hoja esquirolada apareció en su mano.

—Ni siquiera te importa, ¿no?

—No —dijo él—. No me importa.

—Deberías —murmuró ella, agotada—. Deberías... intentarlo. Una vez quise ser como tú. No funcionó. Ni siquiera era... como estar viva...

Oscuridad alzó su espada.

Lift cerró los ojos.

—¡Está perdonada!

La presa de Oscuridad sobre el hombro de Lift se tensó.

Sintiéndose completamente agotada, como si alguien la hubiera agarrado por los tobillos y la hubiera apretado para vaciarla entera, Lift se obligó a abrir los ojos. Gawx se detuvo junto a ellos, respirando entrecortadamente. Detrás, los visires y vástagos se acercaron también.

Con las ropas ensangrentadas, los ojos muy abiertos, Gawx sostenía un papel en la mano. Se lo arrojó a Oscuridad.

—Perdono a esta chica. ¡Suéltala, alguacil!

—¿Quién eres para hacer algo así? —dijo Oscuridad.

—Soy el Aqasix Supremo —declaró Gawx—. ¡Gobernante de Azir!

—Ridículo.

—Los Kadaseises han hablado —dijo uno de los vástagos.

—¿Los Heraldos? —dijo Oscuridad—. No han hecho nada de eso. Os confundís.

—Hemos votado —manifestó un visir—. La solicitud de este joven fue la mejor.

—¿Qué solicitud? ¡Es un ladrón!

—Realizó el milagro de la Regeneración —adujo uno de los vástagos mayores—. Estaba muerto y regresó. ¿Qué mejor solicitud podíamos pedir?

—Se ha producido una señal —intervino el visir principal—. Tenemos un Supremo que puede sobrevivir a los ataques del Todo de Blanco. Alabado sea Yaezir, Kadaseis de Reyes, para que nos guíe con sabiduría. Este joven es Supremo. Siempre ha sido Supremo. Solo ahora nos hemos dado cuenta y le pedimos perdón por no haber visto antes la verdad.

—Como siempre se ha hecho —sentenció el vástago mayor—. Como se hará de nuevo. Apártate, alguacil. Se te ha dado una orden.

Oscuridad miró a Lift.

Ella sonrió, cansada. Mostrarle los dientes a aquel tipo famélico. Eso era lo que había que hacer.

La hoja esquirlada se disolvió en bruma. Había sido vencido, pero no pareció importarle. Ni una imprecación, ni siquiera una mueca. Se levantó y se tiró de los guantes, primero de uno, luego de otro.

—Alabado sea Yaezir, Heraldo de Reyes —dijo—. Que gobierne con sabiduría. Si alguna vez deja de babear.

Oscuridad se inclinó ante el nuevo Supremo y se marchó luego con paso seguro.

—¿Sabe alguien el nombre de ese alguacil? —preguntó uno de los visires—. ¿Cuándo empezamos a permitir que los agentes de la ley tuvieran hojas esquirladas?

Gawx se arrodilló junto a Lift.

—Así que ahora eres emperador o algo —dijo ella, cerrando los ojos, echando la cabeza atrás.

—Sí. Todavía estoy confuso. Parece que realicé un milagro o algo por el estilo.

—Bien por ti —dijo Lift—. ¿Puedo comerme tu cena?



Szeth-hijo-hijo-Vallano, Sinverdad de Shinovar, estaba sentado en la torre más alta del mundo y reflexionaba sobre el Final de Todas las Cosas.

Las almas de la gente que había asesinado acechaban en las sombras. Le susurraban. Si se acercaba, gritaban.

También gritaban cuando cerraba los ojos. Había acabado por parpadear lo menos posible. Sentía los ojos secos en el cráneo. Era lo que haría cualquier hombre... cuerdo.

La torre más alta de este mundo, oculta en las cimas de las montañas, era perfecta para su reflexión. Si no estuviera atado a una piedra jurada, si hubiera sido otro hombre por completo, se habría quedado allí. El único lugar del este donde las piedras no estaban malditas, donde se permitía caminar sobre ellas. Este lugar era sagrado.

La brillante luz del sol expulsaba las sombras, manteniendo esos gritos reducidos al mínimo. Quienes gritaban se merecieron la muerte, naturalmente. Tendrían que haber matado a Szeth. «Os odio. Os odio... a todos». Glorias internas, qué extraña emoción.

No alzó la cabeza. No quería enfrentarse a la mirada del Dios de Dioses. Pero era bueno estar al sol. Allí no había nubes que trajeran oscuridad: ese lugar se alzaba por encima de toda ellas. Urithiru gobernaba incluso a las nubes.

La gran torre estaba también vacía: era otro motivo por el que le

gustaba. Cien niveles, contruidos en círculo, cada uno más grande que el superior para proporcionar balcones iluminados. Sin embargo, la cara este era un borde plano que hacía que desde lejos pareciera que la torre había sido cortada por una hoja esquilada. Qué forma tan extraña.

Estaba sentado en ese borde, en lo más alto, con los pies colgando sobre cien plantas de altura y una caída al abismo. El cristal chispeaba en la superficie lisa del lado plano.

Ventanas de cristal. Encaradas al este, hacia el Origen. La primera vez que visitó el lugar (justo después de ser exiliado de su tierra) no había comprendido lo extrañas que eran esas ventanas. Por entonces todavía estaba acostumbrado a las altas tormentas suaves. Lluvia, viento y meditación.

Las cosas eran diferentes en esas tierras malditas de los que caminaban sobre la piedra. Esas tierras odiosas. Esas tierras rebosantes de sangre, muerte y gritos. Y... Y...

Respirar. Se obligó a tomar y expulsar aire y se puso de pie en el borde del parapeto en lo alto de la torre.

Había combatido a un imposible. Un hombre con luz tormentosa, un hombre que conocía la tormenta interior. Eso significaba... problemas. Años atrás, Szeth había sido desterrado por causar la alarma. La falsa alarma, se dijo.

Los Portadores del Vacío ya no existen, le dijeron.

Los espíritus de las piedras mismas lo prometieron.

Los poderes de antaño ya no existen.

Los Caballeros Radiantes han caído.

Nosotros somos todo lo que queda.

Todo lo que queda... Sinverdad.

—¿No he sido fiel? —gritó Szeth, alzando por fin la cabeza para mirar al sol. Su voz resonó contra las montañas y sus almas-espíritu—. ¿No he obedecido, no he mantenido mi juramento? ¿No he hecho lo que me ordenaste?

Las muertes, los asesinatos. Parpadeó, los ojos cansados.

—¿Y si el shamanato se equivoca? ¿Y si me desterraron por error?

Sería el Final de Todas las Cosas. El final de la verdad. Significaría que nada tenía sentido, que su juramento era vacuo.

Significaría que había matado por ningún motivo.

Saltó por el lado de la torre, las ropas blancas (que para él se habían convertido en un símbolo de muchas cosas) ondeando al viento. Se llenó de luz tormentosa y se lanzó hacia el sur. Su cuerpo se abalanzó en esa dirección, cayendo a través del cielo. Solo podía viajar así poco tiempo: su luz tormentosa no duraba mucho.

Un cuerpo demasiado imperfecto. Los Caballeros Radiantes... se decía... se decía que eran mejores en esto... como los Portadores del Vacío.

Apenas tenía suficiente luz para liberarse de las montañas y aterrizar en la aldea que había al pie. A menudo le dejaban allí esferas como ofrenda, pues lo consideraban una especie de dios. Él se alimentaba de esa luz, que le permitía recorrer mayores distancias hasta encontrar otra ciudad y más luz tormentosa.

Tardaría días en llegar a su destino, pero hallaría respuestas. O, si no, alguien a quien matar.

Por elección propia, esta vez.



Eshonai agitó la mano mientras subía a la torre central de Narak, tratando de espantar al diminuto spren que bailaba alrededor de su cabeza, desprendiendo anillos de luz de sus formas de cometa. Horrible criatura. ¿Por qué no la dejaba en paz?

Tal vez no podía alejarse. Después de todo, ella estaba experimentando algo maravillosamente nuevo. Algo que no se había visto en siglos. Forma de tormenta. Una forma de auténtico poder.

Una forma dada por los dioses.

Continuó subiendo los escalones, y a medida que lo hacía la armadura esquirrada iba tintineando. Se sentía bien con ella.

Llevaba ya quince días conteniendo esta forma, quince días de oír nuevos ritmos. Al principio, los había armonizado a menudo, pero eso ponía muy nervioso a su pueblo. Se retiró, y se obligó a armonizar los ritmos antiguos y familiares cuando hablaba.

Era difícil, pues aquellos antiguos ritmos eran muy aburridos. Enterrados dentro de los nuevos ritmos, cuyos nombres intuía de algún modo, casi podía oír voces hablándole. Aconsejándole. Si su pueblo hubiera tenido esa guía a lo largo de los siglos, sin duda no habrían caído tanto.

Eshonai llegó a lo alto de la torre, donde la esperaban los otros cuatro. Una vez más, su hermana Venli estaba allí, llevando también la nueva forma, con sus placas de armadura puntiagudas, sus ojos rojos, su flexible peligro. Esta reunión sería muy distinta a

la anterior. Eshonai sorteó los nuevos ritmos, procurando no cantarlos. Los demás no estaban preparados todavía.

Se sentó, luego se quedó boquiabierta.

¡Aquel ritmo! Sonaba como... como su propia voz chillándole. Gritando de dolor. ¿Qué era eso? Sacudió la cabeza, y descubrió que por reflejo se había llevado la mano al pecho, llena de ansiedad. Cuando la abrió, brotaron spren como cometas.

Armonizó a Irritación. Los otros Cinco la miraron con las cabezas hacia un lado, un par canturreando a Curiosidad. ¿Por qué actuaba de esa manera?

Eshonai se sentó y la armadura esquirrada rechinó contra la piedra. Tan cerca del sosiego (el tiempo que los humanos llamaban el Llanto), las altas tormentas se hacían cada vez más escasas. Eso había creado un pequeño impedimento en su marcha para encargarse de que todos los oyentes tuvieran forma tormenta. Solo había habido una desde la transformación de la propia Eshonai, y durante ella, Venli y sus estudiosos habían tomado la forma tormenta junto con doscientos soldados elegidos por Eshonai. No oficiales. Soldados rasos. Esos que estaba segura de que obedecerían.

La siguiente alta tormenta estaba a pocos días de distancia, y Venli había estado reuniendo sus spren. Tenían dispuestos miles. Era el momento.

Eshonai observó a los otros miembros de los Cinco. Del cielo claro llovía luz blanca, y unos cuantos vientospren se acercaban con la brisa. Se detuvieron al aproximarse, luego se marcharon en la dirección opuesta.

—¿Por qué habéis convocado esta reunión? —preguntó Eshonai a los demás.

—Has estado hablando de un plan —dijo Davim, con sus anchas manos de trabajador unidas ante él—. Se lo has estado diciendo a todos. ¿No deberías haberlo planteado primero a los Cinco?

—Lo siento —contestó Eshonai—. Simplemente, estoy entusiasmada. Sin embargo, creo que ahora deberíamos ser Seis.

—Eso no ha sido decidido —dijo Abronai, débil y rollizo. La forma carnal era repulsiva—. Esto va demasiado deprisa.

—Tenemos que movernos rápido —replicó Eshonai a Resolución—. Solo tenemos dos altas tormentas antes del sosiego. Ya conocéis

los informes de los espías. Los humanos planean un ataque final contra nosotros, hacia Narak.

—Es una lástima que tu reunión con ellos saliera tan mal —dijo Abronai a Consideración.

—Querían hablarme de la destrucción que planeaban traer —mintió Eshonai—. Querían alardear. Era el único motivo de la reunión.

—Tenemos que estar preparados para combatirlos —dijo Davim al Ritmo de Ansiedad.

Eshonai se echó a reír. Un uso descarado de emoción, pero lo sentía de verdad.

—¿Combatiros? Puedo invocar una alta tormenta.

—Con ayuda —dijo Chivi a Curiosidad. Forma diestra. Otra forma débil. Tendrían que eliminarlos de sus filas—. Has dicho que no puedes hacerlo sola. ¿A cuántos más necesitas? Es evidente que con los doscientos de los que dispones ha de bastar.

—No, no bastan —replicó Eshonai—. Pienso que cuanta más gente consigamos en esta forma, más probabilidades de vencer tendremos. Por eso me gustaría proceder a transformarnos.

—Sí —dijo Chivi—. Pero ¿cuántos de nosotros?

—Todos.

Davim canturreó a Diversión, pensando que era un chiste. Se calló cuando los demás guardaron silencio.

—Solo tendremos una oportunidad —dijo Eshonai a Resolución—. Los humanos saldrán juntos de sus campamentos de guerra, en un gran ejército que pretende llegar a Narak durante el sosiego. En las mesetas quedarán completamente expuestos, sin refugio. Una alta tormenta en ese momento los destruiría.

—Ni siquiera sabemos si se puede invocar una —dijo Abronai a Escepticismo.

—Por eso necesitamos tantos de nosotros en forma tormenta como sea posible —respondió Eshonai—. Si perdemos esta oportunidad, nuestros hijos nos cantarán las canciones de los Malditos, suponiendo que vivan lo suficiente para hacerlo. Esta es nuestra oportunidad, nuestra única oportunidad. ¡Imaginad diez ejércitos de hombres, aislados en las mesetas, acorralados y superados por una tempestad completamente imprevista! Con la forma tormenta, nosotros seríamos inmunes a sus efectos. Y si

sobrevive alguno, podremos destruirlo fácilmente.

—Es tentador —convino Davim.

—No me gusta el aspecto de los que han tomado esa forma —se opuso Chivi—. No me gusta cómo clama la gente que la ha conseguido. Quizá doscientos sean suficientes.

—Eshonai —dijo Davim—, ¿cómo se siente esa forma?

Estaba preguntando más que de costumbre. Cada forma cambiaba a la persona en algunos aspectos. La forma de guerra la volvía más agresiva, la forma carnal hacía que el sujeto fuera fácil de distraer, la forma diestra potenciaba la concentración, y la forma de trabajo hacía que quien la ostentaba fuera obediente.

Eshonai armonizó Paz.

No. Esa era la voz que gritaba. ¿Cómo se había pasado semanas en esta forma y no se había dado cuenta?

—Me siento viva —dijo Eshonai a Alegría—. Me siento fuerte, y me siento poderosa. Siento una conexión con el mundo que siempre tendría que haber conocido. Davim, es como cambiar de la forma gris a cualquiera de las otras formas: así de grande es el avance. Ahora que tengo esta fuerza, me doy cuenta de que antes no estaba viva del todo.

Alzó la mano y cerró el puño. Sintió la energía correrle por el brazo mientras flexionaba los músculos, aunque quedaba oculta bajo la armadura esquirrada.

—Ojos rojos —susurró Abronai—. ¿Hemos llegado a eso?

—Si decidimos hacerlo —admitió Chivi—. Quizá deberíamos evaluarlo primero, y luego decidir si los demás deberían unirse a nosotros. —Venli abrió la boca para hablar, pero Chivi agitó una mano, interrumpiéndola—: Ya has dicho lo que tenías que decir, Venli. Conocemos tu punto de vista.

—Por desgracia, no podemos esperar —dijo Eshonai—. Si queremos atrapar a los ejércitos alezi, necesitaremos tiempo para transformarnos todos antes de que ellos partan hacia Narak.

—Estoy dispuesto a intentarlo —intervino Abronai—. Tal vez deberíamos proponer una transformación en masa de nuestro pueblo.

—No —replicó Zuln al Ritmo de la Paz.

La miembro gris de los Cinco estaba sentada en cuclillas, mirando al suelo. Casi nunca decía nada.

Eshonai armonizó a Malestar.

—¿Qué has dicho?

—No —repitió Zuln—. No está bien.

—Tendríamos que estar todos de acuerdo —dijo Davim—. Zuln, ¿no puedes escuchar a razones?

—No está bien —repitió de nuevo la forma gris.

—Es tonta —dijo Eshonai—. Deberíamos prescindir de ella.

Davim canturreó a Ansiedad.

—Zuln representa el pasado, Eshonai. No deberías decir esas cosas de ella.

—El pasado está muerto.

Abronai se unió a Davim para cantar en Ansiedad.

—Quizás esto merezca más reflexión. Eshonai, tú... no hablas como antes. No me había dado cuenta de que los cambios eran tan grandes.

Eshonai armonizó uno de los nuevos ritmos, el Ritmo de la Furia. Contuvo la canción en su interior y se encontró canturreándola. ¡Eran tan pusilánimes, tan débiles! Por su culpa su pueblo podía acabar destruido.

—Volveremos a reunirnos más tarde hoy mismo —dijo Davim—. Pasemos ese tiempo reflexionando. Eshonai, quisiera hablar contigo a solas durante ese período, si estás dispuesta.

—Naturalmente.

Se levantaron de sus sitios alrededor de la columna. Eshonai se acercó al borde y miró desde las alturas mientras los demás bajaban en fila. La torre era demasiado alta para saltar desde allí, incluso con la armadura esquirrada. Quería intentarlo con tantas ganas...

Parecía que todas las personas de la ciudad se habían congregado alrededor de la base de la torre para escuchar la decisión. En las semanas transcurridas desde la transformación de Eshonai, los comentarios de lo que le había sucedido (primero a ella y luego a los demás) habían imbuido a la ciudad de una curiosa mezcla de ansiedad y esperanza. Muchos habían acudido a verla, suplicando que les dieran la forma. Veían el cambio que ofrecía.

—No van a estar de acuerdo —vaticinó Venli desde detrás, cuando los demás se marcharon. Hablaba a Rencor, uno de los nuevos ritmos—. Has mostrado demasiada agresividad, Eshonai.

—Davim está con nosotros —dijo Eshonai a Confianza—. Chivi

vendrá también, con persuasión.

—No es suficiente. Si los Cinco no alcanzan un consenso...

—No te preocupes.

—Nuestro pueblo tiene que tomar esa forma, Eshonai —dijo Venli—. Es inevitable.

Eshonai se encontró armonizando la nueva versión de la Diversión... Ridículo. Se volvió hacia su hermana.

—Lo sabías, ¿verdad? Sabías exactamente lo que me haría esta forma. Lo sabías antes de que tú misma la adoptaras.

—Yo... Sí.

Eshonai agarró a su hermana por la túnica y tiró de ella sujetándola con fuerza. Con la armadura esquirrada era fácil, aunque Venli se resistió más de lo que debería, y una pequeña chispa roja corrió por los brazos y el rostro de la mujer. Eshonai no estaba acostumbrada a tanta fuerza por parte de una erudita como su hermana.

—Podría habernos destruido —adujo—. ¿Y si esta forma hubiera hecho algo terrible?

Gritos. En su cabeza. Venli sonrió.

—¿Cómo lo descubriste? —preguntó Eshonai—. No vino de las canciones. Hay más.

Venli no dijo nada. Miró a Eshonai a los ojos y armonizó a Confianza.

—Debemos asegurarnos de que los Cinco están de acuerdo con este plan —dijo—. Si queremos sobrevivir, y si queremos derrotar a los humanos, debemos estar en esta forma: todos nosotros. Tenemos que invocar esa tormenta. Ha estado... esperando, Eshonai. Esperando y acumulando.

—Me encargaré de ello —dijo Eshonai, soltándola—. ¿Puedes reunir suficientes spren para transformar a todo nuestro pueblo?

—Mi personal lleva semanas trabajando en esto. Estaremos preparados para transformar a miles y miles en el curso de las dos últimas altas tormentas antes del sosiego.

—Bien. —Eshonai empezó a bajar las escaleras.

—¿Hermana? —preguntó Venli—. Estás planeando algo. ¿Qué es? ¿Cómo convencerás a los Cinco?

Eshonai siguió bajando los peldaños. Con el equilibrio y la fuerza añadida de la armadura esquirrada, no tenía que molestarse

con las cadenas para asegurarse. Mientras se acercaba al pie, donde los otros miembros de los Cinco hablaban con la gente, se detuvo a poca distancia sobre la multitud e inspiró profundamente.

Allí, lo más fuerte que pudo, Eshonai gritó:

—Dentro de dos días, llevaré a todos los que quieran a la tormenta y les daré esta nueva forma.

La multitud guardó silencio, su canturreo se apagó.

—Los Cinco pretenden negaros este derecho —gritó Eshonai—. No quieren que tengáis esta forma de poder. Tienen miedo, como cremlinos escondidos en sus grietas. ¡No os lo pueden negar! Toda persona tiene derecho a elegir su propia forma.

Alzó las manos por encima de la cabeza, canturreando a Resolución, e invocó una tormenta.

Una tormenta diminuta, un mero goteo comparado con lo que esperaba. Creció entre sus manos un viento cargado de relámpagos. Una tempestad en miniatura en sus palmas, luz, poder y el viento girando en un vórtice. Habían pasado siglos desde que se utilizó este poder por última vez, y por eso, como un río contenido en una presa, la energía esperaba impaciente a ser liberada.

La tempestad creció tanto que agitó sus ropas, girando en torno a ella como un remolino, haciendo restallar relámpagos rojos y bruma oscura. Por fin, se disipó. Oyó cantar Asombro entre la multitud: canciones enteras, no canturreos. Sus emociones eran fuertes.

—Con este poder —declaró Eshonai—, podemos destruir a los alezi y proteger a nuestro pueblo. He visto vuestra desesperación. Os he oído cantar a Duelo. ¡No tiene por qué ser así! Venid conmigo a las tormentas. Es vuestro derecho, vuestro deber, uniros a mí.

Tras ella, en las escaleras, Venli canturreó a Tensión.

—Esto nos dividirá, Eshonai. ¡Demasiado agresivo, demasiado brusco!

—Funcionará —dijo Eshonai a Confianza—. Tú no los conoces como yo.

Debajo, los otros miembros de los Cinco la miraban con mala cara, sintiéndose traicionados, aunque no podía oír sus canciones.

Eshonai terminó de bajar de la torre y luego se abrió camino entre la multitud. Sus soldados, en forma de tormenta, se le unieron. La gente les dejó pasar, muchos canturreando a Ansiedad.

La mayoría de los que habían venido eran trabajadores o formas grises. Eso tenía sentido. Los formas de guerra eran demasiado pragmáticas para acudir a mirar boquiabiertos.

Eshonai y sus guerreros dejaron el anillo central de la ciudad. Permitió que Venli los siguiera, pero no le hizo caso. Eshonai acabó por llegar a los barracones de la zona a sotavento de la ciudad, un gran grupo de edificios construidos para formar una comunidad para los soldados. Aunque no se exigía a sus tropas que durmieran allí, muchos lo hacían.

Los terrenos de prácticas de una meseta más allá resonaban con los guerreros afinando sus habilidades, o (lo más probable) con los soldados recién transformados entrenándose. La segunda división, ciento veintiocho en total, había salido a vigilar la llegada de los humanos a las mesetas centrales. Los exploradores, en parejas de guerra, recorrían las Llanuras. Los había enviado poco después de obtener su forma, ya que sabía incluso entonces que tendría que cambiar la manera en que funcionaba esta batalla. Quería toda la información que pudiera conseguir sobre los alezi y sus tácticas.

Sus soldados ignorarían las crisálidas por el momento. Ya no seguiría perdiendo soldados con aquel estúpido juego, no cuando cada hombre y mujer bajo sus órdenes representaba el potencial de la forma tormenta.

Sin embargo, las otras divisiones estaban todas allí. Diecisiete mil soldados en total. Una fuerza poderosa en ciertos aspectos, pero al mismo tiempo muy pocos, comparados con lo que fueron en otro momento. Alzó el puño, y su división en forma tormenta llamó a los soldados para que los soldados del ejército oyente se reunieran. Prácticamente soltaron sus armas y echaron a correr. Otros salieron de los barracones. En poco tiempo, todos se reunieron con ella.

—Es hora de poner fin a la lucha contra los alezi —anunció Eshonai en voz alta—. ¿Cuáles de vosotros estáis dispuestos a seguirme para hacerlo?

El cántico a la Resolución se extendió entre la multitud. Por lo que Eshonai pudo oír, nadie canturreaba a Escepticismo. Excelente.

—Eso exigirá que cada soldado se una a mí en esta forma —gritó Eshonai, y sus palabras se repitieron entre las filas.

Más canturreos a Resolución.

—Estoy orgullosa de vosotros —dijo Eshonai—. Voy a hacer que

la División Tormenta vaya y os tome juramento, uno a uno, para esta transformación. Si hay alguien que no desee cambiar, quiero saberlo personalmente. Es vuestra decisión, por derecho, y no os forzaré a ella... pero debo saberlo.

Se volvió hacia sus formas tormenta, que saludaron y rompieron filas, moviéndose en parejas de guerra. Eshonai dio un paso atrás, se cruzó de brazos y vio cómo cada pareja visitaba a las divisiones por turnos. Los nuevos ritmos latían en su cráneo, aunque se mantuvo lejos del Ritmo de la Paz, con sus extraños gritos. No se podía luchar contra lo que se había convertido. Los ojos de los dioses la miraban con demasiada fuerza.

Algunos soldados se reunieron cerca, rostros familiares bajo placas-cráneo endurecidas, los hombres con trozos de gemas atados a las barbas. Su propia división, antaño sus amigos.

No podía explicar del todo por qué los había elegido los primeros para la transformación, en vez de escoger a doscientos soldados de varias divisiones. Necesitaba soldados que fueran obedientes, pero no conocidos por su inteligencia.

Thude y los soldados de la antigua división de Eshonai... la conocían demasiado bien. Habrían planteado preguntas.

Pronto recibió noticias. De sus diecisiete mil soldados, solo unos pocos se negaban a la transformación requerida. Estos estaban reunidos en los terrenos de prácticas.

Mientras pensaba en su próximo movimiento, Thude se acercó. Alto y de gruesas extremidades, siempre había llevado la forma de guerra excepto dos semanas como compañero de Bila. Canturreó a Resolución, la manera que tenían los soldados de indicar que estaban dispuestos a obedecer órdenes.

—Me preocupa esto, Eshonai —planteó—. ¿Tienen que cambiar tantos?

—Si no nos transformamos, estamos muertos —respondió ella—. Los humanos nos destruirán.

Él siguió canturreando a Resolución para indicar que confiaba en ella. Pero sus ojos parecían decir lo contrario.

Melu, de sus formas de tormenta, regresó y saludó.

—El recuento ha terminado, señor.

—Excelente —dijo Eshonai—. Transmite la orden a las tropas. Vamos a hacer lo mismo con todos los de la ciudad.

—¿Con todos? —preguntó Thude a Ritmo de Ansiedad.

—Tenemos poco tiempo —respondió Eshonai—. Si no actuamos, perderemos nuestra oportunidad de actuar contra los humanos. Nos quedan dos tormentas: quiero que toda persona dispuesta de esta ciudad tome la forma de tormenta antes de que hayan pasado de largo. Los que no, tienen ese derecho, pero quiero que estén juntos para saber dónde nos hallamos.

—Sí, general —dijo Melu.

—Usa una formación de exploradores cerrada —dijo Eshonai, señalando hacia varias zonas de la ciudad—. Recorred las calles, contad a cada persona. Usad también las divisiones que no tienen forma de tormenta, para ganar velocidad. Decidle a la gente corriente que vamos a determinar cuántos soldados tendremos para la batalla inminente, y que nuestros soldados estén tranquilos y canten a Ritmo de la Paz. Poned a aquellos que estén dispuestos a transformarse en el anillo central. Enviad aquí a los que no quieran hacerlo. Dadles una escolta para que no se pierdan.

Venli se acercó a ella mientras Melu transmitía las órdenes y enviaba a sus soldados a cumplirlas. Thude volvió con su división.

Cada medio año hacían un recuento para determinar su número y ver si las formas estaban adecuadamente equilibradas. De vez en cuando, necesitaban más voluntarios para convertirse en carnales o trabajadores. Con más frecuencia, necesitaban formas de guerra.

Eso significaba que este ejercicio era familiar para los soldados, que acataron rápidamente las órdenes. Después de años de guerra, estaban acostumbrados a hacer lo que ella decía. Muchos tenían la misma depresión que expresaba la gente corriente, solo que para las tropas se manifestaba en sed de sangre. Solo querían luchar. Probablemente habrían atacado de frente a los campamentos humanos, y a diez veces su propio número, si Eshonai se lo hubiera ordenado.

«Los Cinco me lo han puesto en bandeja —pensó mientras los primeros de los no dispuestos empezaban a salir de la ciudad, acompañados por sus soldados—. Durante años he sido la líder absoluta de nuestros ejércitos, y me han entregado todos los que tenían un atisbo de agresividad para que fueran mis soldados».

Los trabajadores obedecerían: era su labor. Muchos de los diestros que no se habían transformado aún eran leales a Venli, ya

que la mayoría aspiraban a ser eruditos. A los carnales no les importaría, y los pocos grises serían demasiado cortos de entendederas para oponerse.

La ciudad era suya.

—Por desgracia, tendremos que matarlos —dijo Venli, contemplando a los no dispuestos que habían congregado. Permanecían juntos, asustados, a pesar de las suaves canciones de los soldados—. ¿Podrán hacerlo tus tropas?

—No —respondió Eshonai, sacudiendo la cabeza—. Muchos se nos resistirían si hiciéramos esto ahora. Tendremos que esperar a que todos mis soldados se hayan transformado. Entonces no se opondrán.

—Qué chapucero —dijo Venli a Rencor—. Creía que te debían lealtad.

—No me cuestiones —advirtió Eshonai—. Yo controlo esta ciudad, no tú.

Venli se calló, aunque su canturreo a Rencor continuó. Intentaría arrebatarse el control a Eshonai. Fue una comprensión incómoda, como saber hasta qué grado la propia Eshonai quería estar al control. No era propio de ella. En absoluto.

«No parezco yo. Es...».

Los compases de los nuevos ritmos brotaron en su cabeza. Descartó aquellos pensamientos mientras un grupo de soldados se aceraba, tirando de una figura que gritaba, Abronai, de los Cinco. Eshonai tendría que haberse dado cuenta de que causaría problemas: mantenía la forma carnal con demasiada avidez, evitando distracciones.

«Transformarlo habría sido peligroso —advirtió—. Tiene demasiado control sobre sí mismo».

Mientras los soldados en forma de tormenta lo empujaban en dirección a Eshonai, dirigió hacia ella sus gritos.

—¡Esto es escandaloso! ¡Los dictados de los Cinco nos gobiernan, no la voluntad de una sola persona! ¿No podéis ver que la forma, la nueva forma la está anulando? ¡Todos perderéis vuestras mentes! O... o peor.

Estaba incómodamente cerca de la verdad.

—Ponedlo con los demás —dijo Eshonai, señalando al grupo de disidentes—. ¿Y el resto de los Cinco?

—Accedieron —dijo Melu—. Algunos reacios, pero accedieron.

—Id a traer a Zuln. Ponedla con los disidentes. No me fío de que vaya a hacer lo que es necesario.

El soldado no hizo ninguna pregunta mientras se llevaba a Abronai. Había tal vez unos mil disidentes en la gran meseta que componía los terrenos de prácticas. Un número aceptablemente pequeño.

—Eshonai... —Cantaban la canción a Ansiedad. Se volvió a ver cómo se acercaba Thude—. No me gusta esto, lo que estamos haciendo aquí.

Qué molestia. Le había preocupado que él fuera a presentar problemas. Lo cogió por el brazo y lo llevó aparte. Los nuevos ritmos surcaban su mente mientras sus pies blindados crujían sobre las piedras. Cuando estuvieron lo bastante alejados de Venli y los demás para tener un poco de intimidad, se volvió hacia Thude y lo miró a los ojos.

—Acaba con eso —dijo a Irritación, escogiendo uno de los antiguos ritmos familiares.

—Eshonai —dijo él suavemente—. Esto no está bien. Sabes que no está bien. Accedí a cambiar, todos los soldados accedieron, pero no está bien.

—¿No estás de acuerdo en que necesitamos nuevas tácticas en esta guerra? —dijo Eshonai a Resolución—. Agonizábamos lentamente, Thude.

—Sí que necesitábamos nuevas tácticas. Pero eso... Hay algo mal en ti, Eshonai.

—No, solo necesitaba una excusa para una acción tan extrema. Thude, llevo meses considerando hacer algo como esto.

—¿Un golpe?

—Un golpe no. Un reajuste. ¡Estamos condenados si no cambiamos nuestros métodos! Mi única esperanza era la investigación de Venli. Lo único que encontró fue esta forma. Bueno, tengo que intentarlo y usarla, hacer una última tentativa de salvar a nuestro pueblo. Los Cinco trataron de detenerme. Te he oído quejarte de cuánto hablan en vez de actuar.

Él canturreó a Consideración. Sin embargo, Eshonai lo conocía lo bastante bien para notar cuándo forzaba un ritmo. La cadencia era demasiado obvia, demasiado fuerte.

«Casi lo había convencido —pensó—. Son los ojos rojos. He inculcado en él, y en algunos de los otros miembros de mi propia división, demasiado miedo a nuestros dioses».

Era una lástima, pero probablemente tendría que encargarse de que él, y sus otros antiguos amigos, fueran ejecutados.

—Veo que no estás convencido —comentó ella.

—Yo... Es que no lo sé, Eshonai. Esto me parece mal.

—Hablaré contigo más tarde —dijo Eshonai—. Ahora mismo no tengo tiempo.

—¿Y qué vas a hacer con todos esos? —preguntó Thude, señalando a los disidentes—. Esto se parece demasiado a una detención de gente que no está de acuerdo contigo. Eshonai..., ¿te has dado cuenta de que tu propia madre está entre ellos?

Ella se sobresaltó, se volvió a buscar y vio a su anciana madre, conducida al grupo por dos formas de tormenta. Ni siquiera habían acudido a preguntarle. ¿Eso significaba que eran absolutamente obedientes y seguían sus órdenes a toda costa, o les preocupaba que ella se debilitara porque su madre se negaba a cambiar?

Pudo oír a su madre cantar mientras la guiaban. Una de las antiguas canciones.

—Puedes vigilar a ese grupo —le dijo Eshonai a Thude—. Pon soldados en quienes confíes. Asignaré mi propia división a cargo de esa gente, contigo a la cabeza. De esa forma no les sucederá nada sin tu consentimiento.

Él vaciló antes de asentir, canturreando a Consideración esta vez genuinamente. Ella lo dejó marchar y dirigirse corriendo a donde estaban Bila y unos cuantos miembros más de su antigua división.

«Pobre, confiado Thude —pensó mientras él se encargaba de la vigilancia de los disidentes—. Gracias por detenerte a ti mismo de forma tan competente».

—Esto lo has manejado bien —dijo Venli cuando Eshonai regresó con ella—. ¿Puedes controlar la ciudad el tiempo suficiente para la transformación?

—Sin problemas —respondió Eshonai, asintiendo a los soldados que venían a darle un informe—. Tú asegúrate de poder entregar los spren correctos y en las cantidades adecuadas.

—Lo haré —dijo Venli a Satisfacción.

Eshonai oyó los informes. Todos los que habían accedido

estaban reunidos en el centro de la ciudad. Era hora de hablar con ellos y comunicar las mentiras que había preparado. Que los Cinco serían restablecidos cuando hubieran terminado con los humanos, que no había motivos para preocuparse. Que todo estaba bien.

Eshonai se encaminó a una ciudad que ya era suya, flanqueada por soldados en la nueva forma. Invocó su espada esquilada para darse importancia, la última que poseía su pueblo, y se la apoyó en el hombro.

Se dirigió al centro de la ciudad, dejando atrás edificios derretidos y chozas hechas con caparazones. Era increíble que fueran capaces de sobrevivir a las altas tormentas. Su pueblo se merecía algo mejor. Con el regreso de los dioses, tendrían lo mejor.

La gente tardó un poco en prepararse para su discurso, y eso la irritó. Unos veinte mil no-formas de guerra reunidos era todo un espectáculo: al mirarlos, la población de la ciudad no parecía tan pequeña. Con todo, eran una fracción de su número original.

Sus soldados los hicieron sentarse a todos y prepararon mensajeros para comunicar sus palabras a los que no estaban lo bastante cerca para oírlas. Mientras esperaba los preparativos, Eshonai escuchó los informes referidos a la población. Sorprendentemente, la mayoría de los disidentes eran trabajadores, de quienes se suponía obediencia. Bueno, eran casi todos mayores, gente que no había luchado en la guerra contra los alezi. Gente que no se había visto obligada a presenciar la muerte de sus amigos.

Esperó junto a la base de la columna hasta que todo estuvo preparado. Subió las escalinatas para iniciar su discurso, pero se detuvo al ver a Varanis, uno de sus lugartenientes, que venía corriendo hacia ella. Era uno de los que había elegido para la forma de tormenta.

Súbitamente alerta, Eshonai armonizó al Ritmo de la Destrucción.

—General —dijo él a Ansiedad—. ¡Han escapado!

—¿Quiénes?

—Los que apartaste, los que no querían transformarse. Han huido.

—Bueno, pues persíguelos —dijo Eshonai a Rencor—. No pueden llegar lejos. Los trabajadores no podrán saltar los abismos: solo llegarán hasta donde lo permitan los puentes.

—¡General! Han cortado uno de los puentes y han usado las cuerdas para bajar al abismo. Han huido por ahí.

—Entonces están muertos de todas formas —señaló Eshonai—. Habrá una tormenta dentro de dos días. Quedarán atrapados en los abismos y morirán. No es necesario que hagas nada.

—¿Y sus guardias? —preguntó Venli a Rencor, abriéndose paso hasta Eshonai—. ¿Por qué no los estaban vigilando?

—Los guardias fueron con ellos —dijo Varanis—. Eshonai, Thude guiaba a esos...

—No importa —dijo Eshonai—. Puedes retirarte.

Varanis obedeció.

—No te sorprende —dijo Venli a Destrucción—. ¿Quiénes son esos guardias que están dispuestos a ayudar a escapar a sus prisioneros? ¿Qué has hecho, Eshonai?

—No me desafíes.

—Yo...

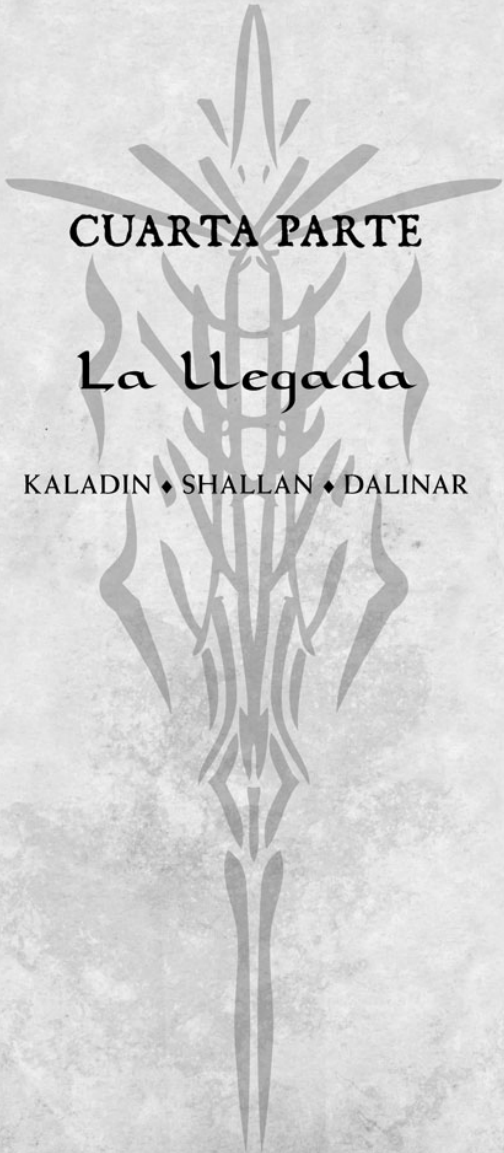
—No me desafíes —repitió Eshonai, agarrando a su hermana por el cuello con una mano cubierta por el guantelete.

—Mátame y lo estropearás todo —dijo Venli, sin un atisbo de miedo en su voz—. Nunca seguirán a una mujer que haya asesinado a su propia hermana en público, y solo yo puedo proporcionar los spren que necesitas para esta transformación.

Eshonai canturreó al Ritmo de Mofa, pero la soltó.

—Voy a pronunciar mi discurso.

Le dio la espalda a Venli y subió la escalinata para dirigirse al pueblo.



CUARTA PARTE

La Llegada

KALADIN ♦ SHALLAN ♦ DALINAR



Dirigiré esta carta a mi «viejo amigo», ya que no tengo ni idea de qué nombre usas actualmente.

Era la primera vez que Kaladin estaba en prisión.

En jaulas, sí. En pozos. En rediles. Custodiado en una habitación. Pero nunca en una prisión propiamente dicha.

Quizá porque las prisiones eran demasiado agradables. Tenía dos mantas, una almohada y un orinal que cambiaban regularmente. Le daban de comer mucho mejor que cuando era esclavo. El saliente de piedra no era la más cómoda de las camas, pero con las mantas no estaba tan mal. No tenía ninguna ventana, pero al menos no estaba al raso, ante las tormentas.

En general, la habitación era muy agradable. Y la odiaba.

En el pasado, las únicas ocasiones en las que había estado retenido en un espacio tan reducido fue para capear las altas tormentas. Pero estar encerrado allí durante horas y horas, sin nada más que hacer excepto permanecer tendido y pensar... Se sentía inquieto, sudoroso, añorando los espacios abiertos. Echaba de menos el viento. La soledad no le molestaba, pero aquellas paredes... Sentía que lo estaban aplastando.

Al tercer día de prisión, oyó un revuelo en el interior de la cárcel, más allá de su celda. Se levantó, ignorando a Syl, que estaba

sentada en un banco invisible en su pared. ¿Qué eran aquellos gritos? Resonaban por todo el pasillo.

Su pequeña celda estaba aparte. Las únicas personas que había visto desde que lo habían encerrado eran los guardias y los criados. En las paredes brillaban esferas, manteniendo el lugar bien iluminado. Esferas en una habitación para delincuentes. ¿Las habían puesto allí para burlarse de los hombres a los que encerraban? Riquezas más allá de su alcance.

Se apretujó contra los fríos barrotes, prestando atención a los confusos gritos. Imaginó que el Puente Cuatro había venido a liberarlo. Ojalá que el Padre Tormenta no permitiera que intentaran algo tan estúpido.

Miró una de las esferas en su engarce en la pared.

—¿Qué? —le preguntó Syl.

—Podría acercarme lo suficiente para absorber esa luz. Solo está un poco más lejos de lo que estaban los parshendi cuando absorbí la luz de sus gemas.

—¿Y luego qué? —preguntó Syl, con voz vacilante.

Buena pregunta.

—¿Me ayudaría eso a escapar, si quisiera?

—¿Quieres?

—No estoy seguro. —Kaladin se dio media vuelta y apoyó la cabeza contra los barrotes—. Puede que tenga que hacerlo. Pero escapar iría contra la ley.

Ella alzó la barbilla.

—No soy ningún altospren. Las leyes no importan. Lo que importa es lo que está bien.

—En ese punto, estamos de acuerdo.

—Pero viniste voluntariamente —dijo Syl—. ¿Por qué habrías de marcharte ahora?

—No dejaré que me ejecuten.

—No van a hacerlo. Ya oíste a Dalinar.

—Dalinar puede pudrirse. Permitted que esto sucediera.

—Intentó...

—¡Permitted que sucediera! —replicó Kaladin, dándose la vuelta y golpeando los barrotes con las manos. Otra jaula de las tormentas. ¡Estaba de vuelta donde empezó!—. Es igual que los demás —gruñó.

Syl se le acercó revoloteando y se detuvo entre los barrotes, con las manos en las caderas.

—Repítelo de nuevo.

—Él... —Kaladin se dio media vuelta. Mentirle era difícil—. Muy bien, de acuerdo. No lo es. Pero el rey sí. Admítelo, Syl. Elhokar es un rey terrible. Al principio me alabó por intentar protegerlo. Ahora, con apenas chasquear los dedos, está dispuesto a ejecutarme. Es un niño.

—Kaladin, me estás asustando.

—¿Sí? Me dijiste que confiara en ti, Syl. Cuando salté al coso, dijiste que esta vez las cosas serían distintas. ¿Distintas en qué?

Ella desvió la mirada y de pronto pareció muy pequeña.

—Incluso Dalinar admitió que el rey había cometido un gran error al dejar que Sadeas escapara del desafío —dijo Kaladin—. Moash y sus amigos tienen razón. Este reino estaría mucho mejor sin Elhokar.

Syl cayó al suelo, con la cabeza gacha.

Kaladin regresó a su banco, pero estaba demasiado inquieto para sentarse. Se puso a caminar de un lado a otro. ¿Cómo iba a vivir un hombre atrapado en una habitación tan pequeña, sin aire fresco? No permitiría que lo dejaran allí.

«Será mejor que cumplas tu palabra, Dalinar. Sácame. Pronto».

El alboroto, fuera cual fuese la causa, se aplacó. Kaladin preguntó a la criada cuando acudió con su comida, que introdujo por la pequeña abertura al pie de los barrotes. Ella no quiso hablarle y se escabulló como un cremlino antes de una tormenta.

Kaladin suspiró, recogió la comida (verdura hervida, regada con una salsa negra salada) y volvió a tenderse en el banco. Siempre le daban alimentos que pudiera tomar con los dedos. Nada de cuchillos ni tenedores, por si acaso.

—Bonito lugar el que tienes aquí, muchacho del puente —dijo Sagaz—. Pensé en mudarme en varias ocasiones. El alquiler puede ser barato, pero el precio de admisión es bastante desalentador.

Kaladin se puso en pie de un salto. Sagaz estaba sentado en un banco en la pared del fondo, fuera de la celda, bajo las esferas, haciendo girar sobre su regazo un extraño instrumento compuesto de cuerdas tensas y madera pulida. No estaba ahí hacía un momento. Tormentas... ¿estaba allí el banco siquiera?

—¿Cómo has entrado? —preguntó Kaladin.

—Bueno, están esas cosas llamadas puertas...

—¿Te han dejado los guardias?

—¿Técnicamente? —preguntó Sagaz. Pellizcó una cuerda y luego se inclinó a escuchar mientras pellizcaba otra—. Sí.

Kaladin se desplomó en el banco de su celda. Sagaz vestía todo de negro, y su fina espada de plata reposaba en el banco a su lado, donde también había un saco marrón. Continuó afinando su instrumento, una pierna cruzada sobre la otra. Tarareaba suavemente para sí. Asintió.

—Un tono perfecto —dijo Sagaz—, hace que todo sea mucho más fácil...

Kaladin permaneció sentado, esperando, mientras Sagaz se recostaba contra la pared. Luego no hizo nada.

—¿Bien? —preguntó Kaladin.

—Sí. Gracias.

—¿Vas a tocar música para mí?

—No. No la apreciarías.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Me gusta visitar a la gente que está encarcelada. Puedo decirles lo que se me antoja, y ellos no pueden hacer nada para impedirlo. —Miró a Kaladin, luego apoyó las manos en el instrumento, sonriendo—. He venido a por una historia.

—¿Qué historia?

—La que tú vas a contarme.

—Bah —dijo Kaladin, tumbándose en el banco—. Hoy no estoy de humor para historias, Sagaz.

Este arrancó una nota a su instrumento.

—Todos dicen siempre lo mismo... lo cual, por cierto, lo convierte en un tópico. Eso me hace preguntarme: ¿alguien está alguna vez de humor para mis juegos? Y si lo están, ¿no acabaría eso con el sentido de mi tipo de juegos?

Kaladin suspiró mientras Sagaz seguía tañendo notas.

—Si te sigo la corriente hoy —preguntó Kaladin—, ¿me libraré de ti?

—Me marcharé en cuanto la historia haya acabado.

—Bien. Un hombre fue a la cárcel. No soportaba estar allí. Fin.

—Ah... —dijo Sagaz—. Así que es una historia que trata de un

niño.

—No, trata de... —Kaladin se interrumpió.

«De mí».

—Quizá sea una historia para un niño —dijo Sagaz—. Te contaré una, para ponerte de buen humor. Un conejito y un polluelo fueron a jugar juntos en la hierba un día soleado.

—¿Un polluelo... una cría de gallina? —dijo Kaladin—. ¿Y un qué?

—Ah, se me olvidaba —dijo Sagaz—. Lo siento. Lo convertiré en un relato más apropiado para ti. Un trozo de cieno húmedo y un repugnante bicho en forma de cangrejo con diecisiete patas se fueron juntos a las rocas un insufrible día de lluvia. ¿Está mejor?

—Supongo. ¿Ya ha acabado la historia?

—No ha empezado todavía.

Sagaz golpeó bruscamente las cuerdas y entonces empezó a tocarlas con feroz intención. Una repetición vibrante, enérgica. Una nota enfática, luego siete seguidas, frenéticas.

El ritmo se metió dentro de Kaladin. Pareció sacudir la celda entera.

—¿Qué ves? —preguntó Sagaz.

—Yo...

—¡Cierra los ojos, idiota!

Kaladin obedeció. «Esto es una estupidez».

—¿Qué ves? —repitió Sagaz.

Estaba jugando con él. Decían que hacía eso. Al parecer, fue el antiguo mentor de Sigzil. ¿No tendría que haberse ganado Kaladin un indulto por haber ayudado a su aprendiz?

No había ningún humor en aquellas notas. Aquellas poderosas notas. Sagaz añadió una segunda melodía, complementando a la primera. ¿Tocaba con la otra mano? ¿Con ambas a la vez? ¿Cómo podía un hombre, un instrumento, producir tanta música?

Kaladin vio... en su mente...

Una incursión.

—Es la canción de un hombre que corre —dijo.

—En el más seco momento del más brillante día, partió el hombre del mar del oriente. —Sagaz lo dijo en sincronía con la música, un cántico que casi era una canción—. Y adónde iba o por qué tanto correr, la respuesta eres tú quien me la debe ofrecer.

—Huía de la tormenta —apuntó Kaladin en voz baja.

—Fugaz era el hombre, ya conoces su nombre: de él se habla en leyenda y se habla en canción. El hombre más rápido que ha vivido jamás. Los pies más seguros que pisaron la tierra. En tiempos pasados, tiempos que he conocido, corrió con el Heraldo Chanarach. Ganó esa incursión, como todas ganó, pero el tiempo de la derrota ahora llegó.

»Pues Fugaz muy seguro, y Fugaz el veloz, a todos los que le oyeron su objetivo gritó: derrotar al viento, a una tormenta ganar. Un deseo tan osado, un deseo para alardear. ¿Derrotar al viento? No se puede vencer. Impertérrito, Fugaz se dispuso a correr. Hacia oriente allá fue. En la orilla su marca se dispuso a poner.

»Arreció la tormenta, desatada tronó. ¿Quién era este hombre que quería ganar? Al Dios de las Tormentas nadie debe tentar. Ningún necio había sido tan temerario jamás.

¿Cómo tocaba Sagaz esta música con solo dos manos? Sin duda otra mano se le había unido. ¿Debería mirar Kaladin?

En su mente vio la incursión. Fugaz, un hombre descalzo. Sagaz decía que todos la conocían, pero Kaladin nunca había oído esta historia. Delgado, alto, con el pelo largo recogido hacia atrás que le llegaba hasta la cintura. Fugaz adoptó su marca en la orilla, inclinándose hacia delante en la postura del corredor, esperando a que el muro de tormenta tronara y barriera el mar hacia él. Kaladin dio un respingo cuando Sagaz tocó una serie de notas, indicando el principio de la incursión.

Fugaz echó a correr delante de una furiosa y violenta muralla de agua, relámpagos y rocas impulsadas por el viento.

Sagaz no volvió a hablar hasta que Kaladin le urgió a hacerlo.

—Al principio —dijo Kaladin—, a Fugaz le fue bien.

—¡Sobre rocas y hierba corrió nuestro Fugaz! ¡Saltó las piedras, los árboles esquivó, sus pies un destello, su alma un sol! ¡La tormenta tan grande rugía y amenazaba, pero lejos de ella nuestro Fugaz avanzaba! Él iba delante, el viento detrás, ¿demostraba el hombre que las tormentas se pueden derrotar?

»Por tierra corrió tan seguro y veloz, y a Alezkar atrás dejó. Pero ahora la prueba le esperaba en verdad, pues las montañas tendría que escalar. La tormenta continuaba, soltó un rugido: vio su oportunidad y aumentó su cometido.

»Por los montes más altos y los picos más fríos, nuestro héroe Fugaz se abrió camino. Las cuestas empinadas, los senderos inseguros. ¿Mantendría su ventaja en el viaje más duro?

—Obviamente, no —dijo Kaladin—. Nunca se puede mantener la ventaja. No durante mucho tiempo.

—¡No! Se acercó la tormenta, hasta roerle los tobillos. En el cuello, Fugaz sintió su escalofrío. Su aliento de hielo alrededor, una boca de noche y alas de gélido estupor. Su voz eran las rocas rompiendo, su canción era la lluvia cayendo.

Kaladin sintió. Agua helada colándose por sus ropas. El viento abofeteando su piel. Un rugido tan fuerte que poco después ya no pudo oír nada.

Había estado allí. Lo había sentido.

—¡Entonces la cima alcanzó! ¡La cumbre encontró! Fugaz ya no escaló más, la cima dio en cruzar. ¡Y al bajar, su velocidad regresó! Fuera de la tormenta, Fugaz encontró el sol. Las llanuras de Azir eran ya su camino. Corrió al oeste, más firme ahora su destino.

—Pero se estaba debilitando —dijo Kaladin—. Ningún hombre puede correr tanto sin cansarse. Ni siquiera Fugaz.

—Mas pronto la incursión su precio se cobró. Sus pies parecían ladrillos, sus piernas de algodón. Respirando entrecortado, nuestro corredor continuaba. El final se acercaba, la tormenta rebasada, pero lentamente nuestro héroe se agotaba.

—Más montañas —susurró Kaladin—. Shinovar.

—Un desafío final por último asomó, una sombra final aumentó su temor. La tierra se alzó una vez más, las Montañas Brumosas que a Shin dan paz. Para dejar los vientos de la tormenta atrás, nuestro Fugaz de nuevo empezó a escalar.

—La tormenta lo alcanzó.

—¡Las tormentas de nuevo a su espalda llegaron, los vientos otra vez lo rodearon! Poco tiempo quedaba, el final se acercaba, mientras aquellos montes nuestros Fugaz escalaba.

—La tenía justo encima. Ni siquiera bajando por el otro lado de la montaña pudo mantener mucha distancia.

—Los picos cruzó, pero la ventaja perdió. Los últimos senderos ante él se extendían, pero había consumido sus fuerzas y pensó que perdía. Cada paso un suplicio, cada aliento un dolor. Una tierra hundida cruzó con dolor, la hierba tan muerta que no se movió.

»Pero aquí la tormenta también se marchitó, con truenos perdidos y relámpagos sin color. Las gotas resbalaron, débiles por doquiera. Pues Shin no es lugar para que lloviera.

»Por delante el mar, de la incursión el destino. Fugaz continuó por delante, los músculos doloridos. Apenas veía, apenas andaba, pero continuó hacia lo que esperaba. El final ya lo sabes, el final vivirá, una sorpresa para los hombres a mí me darás.

Música, pero sin palabras. Sagaz esperó a que Kaladin respondiera. «Ya basta», pensó Kaladin.

—Murió. No lo consiguió. Fin.

La música cesó bruscamente. Kaladin abrió los ojos y miró a Sagaz. ¿Se enfadaría por la pobre conclusión que había dado a la historia?

Sagaz lo miró, el instrumento todavía sobre su regazo. No parecía enfadado.

—Así que conoces esta historia —dijo.

—¿Qué? Creí que te la estabas inventando.

—No, lo hacías tú.

—Entonces, ¿qué hay que saber?

Sagaz sonrió.

—Todas las historias han sido ya contadas antes. Nos las contamos a nosotros mismos, como han hecho todos los hombres que han existido. Y todos los hombres que existirán. Lo único nuevo son los nombres.

Kaladin se irguió en el asiento. Dio un golpecito en el bloque de piedra que era su banco.

—Entonces... Fugaz... ¿Era real?

—Tan real como yo —dijo Sagaz.

—¿Y murió? ¿Antes de que pudiera terminar la incursión?

—Murió. —Sagaz sonrió.

—¿Qué?

Sagaz atacó el instrumento. La música reverberó en la pequeña celda. Kaladin se puso en pie mientras las notas alcanzaban nuevas alturas.

—¡A la tierra y el suelo nuestro héroe cayó y ya no se movió! —gritó Sagaz—. Su cuerpo agotado, su fuerza rendida, Fugaz el héroe se quedó sin vida.

»Se acercó la tormenta y allí lo encontró. ¡Se aplacó y su curso

paró! Las lluvias caían, los vientos soplaban, pero hacia delante ya no avanzaba.

»Pues brille la gloria, y la vida viva, por los objetivos inalcanzados y los esfuerzos por vencer. Intentarlo todos los hombres deben, así el viento lo vio. Esta es la prueba, esto el sueño es.

Kaladin se acercó lentamente a los barrotes. Incluso con los ojos abiertos, podía verlo. Imaginarlo.

—Pues en ese lugar de suelo y tierra, nuestro héroe detuvo a la misma tormenta. Y mientras la lluvia como lágrimas caía, nuestro Fugaz se negó a terminar su ordalía. Muerto su cuerpo, pero no su voluntad, dentro de esos vientos su alma se pudo levantar.

»Voló en la última canción del día, para ganar la incursión y el amanecer reclamar. Tras el mar y las olas, nuestro Fugaz ya el aliento no perdió. Fuerte siempre, rápido siempre, libre siempre para al viento ganar.

Kaladin agarró los barrotes de su jaula. La música siguió resonando en la habitación, hasta apagarse lentamente.

Kaladin le dio un momento, Sagaz miró su instrumento, con una sonrisa orgullosa en los labios. Finalmente, se colocó el instrumento bajo el brazo, cogió su bolsa y su espada, y se encaminó hacia la puerta de salida.

—¿Qué significa? —susurró Kaladin.

—Es tu historia. Tú decides.

—Pero tú ya la conocías.

—Conozco la mayoría de las historias, pero nunca había cantado esta antes. —Sagaz se volvió a mirarlo, sonriendo—. ¿Qué significa, Kaladin del Puente Cuatro? ¿Kaladin Bendito por la Tormenta?

—La tormenta lo alcanzó —dijo Kaladin.

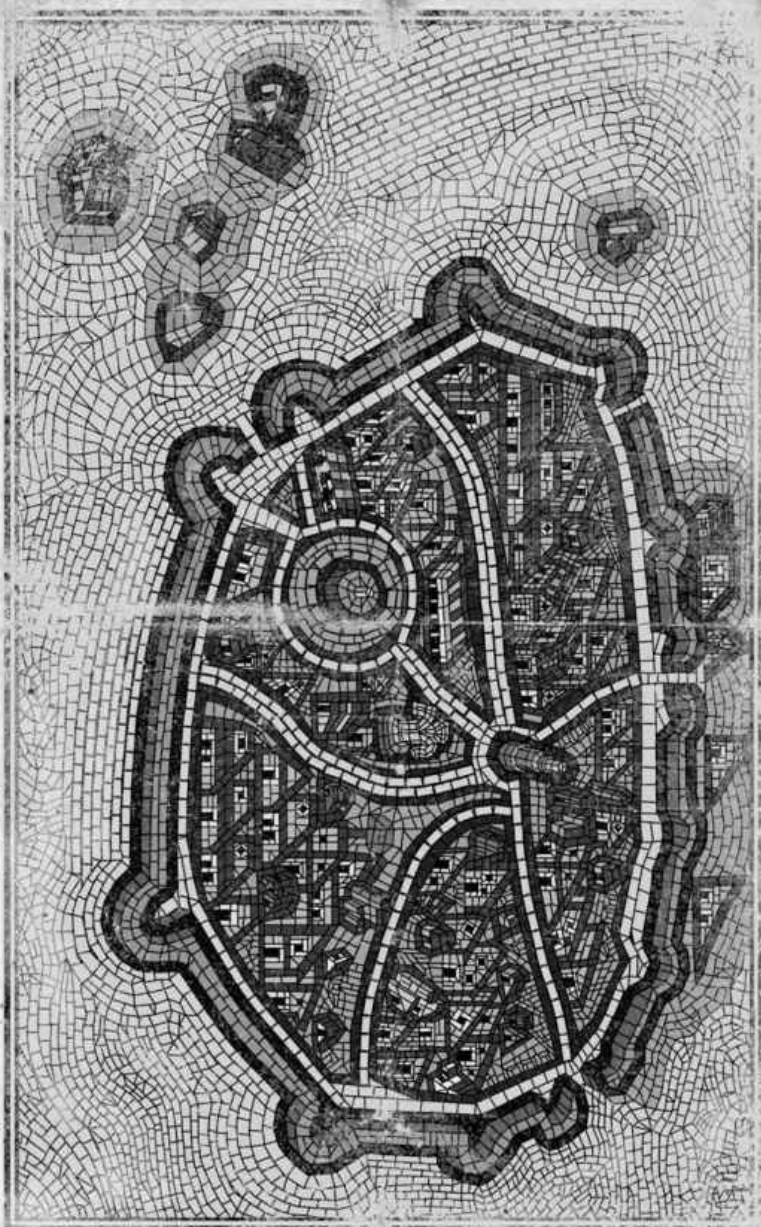
—La tormenta alcanza a todo el mundo, tarde o temprano. ¿Importa?

—No lo sé.

—Bien. —Sagaz alzó la punta de su espada hacia su frente, como en gesto de respeto—. Entonces tienes algo en qué pensar.

Se marchó.

*Reproducción de un mosaico que supuestamente
ilustra la ciudad de Sedetoymenta*





¿Has renunciado a la gema, ahora que está muerta? ¿Y ya no te ocultas tras el nombre de tu antiguo maestro? Me han dicho que en tu actual encarnación has tomado un nombre que hace referencia a la que, según presumes, es una de tus virtudes.

—¡Ajá! —exclamó Shallan. Se revolvió en su mullida cama (hundiéndose prácticamente hasta el cuello con cada movimiento) y se inclinó de manera precaria por el otro lado. Rebuscó entre el montón de papeles que había en el suelo, haciendo a un lado las hojas irrelevantes.

Por fin encontró la que quería y la alzó mientras se apartaba el pelo de los ojos y se lo colocaba tras las orejas. La página era un mapa, uno de los mapas antiguos de los que había hablado Jasnah. Había tardado una eternidad en encontrar en las Llanuras Quebradas un mercader que tuviera una copia.

—Mira —dijo, alzando el mapa junto a uno moderno de la misma zona, copiado por su propia mano de la pared de Amaram.

«Desgraciado», pensó para sí.

Les dio la vuelta a los mapas para que Patrón, que decoraba la pared sobre el cabecero de la cama, pudiera verlos.

—Mapas —dijo él.

—¡Un patrón! —exclamó Shallan.

—No veo ninguna.

—Mira aquí —dijo ella, acercándose a la pared—. En este mapa antiguo, la zona es...

—Natanatan —leyó Patrón, y zumbó suavemente.

—Uno de los Reinos de Época —explicó Shallan—. Organizado por los mismísimos Heraldos para propósitos divinos y bla bla bla. Pero mira. —Indicó la página con el dedo—. La capital de Natanatan, Sedetormenta. Si tuvieras que estimar dónde encontraríamos ruinas, comparando este mapa antiguo con el que tenía Amaram...

—Estaría en algún lugar de esas montañas —dijo Patrón—, entre las palabras «Sombra del Amanecer» y la «I» de «Montañas Irreclamadas».

—No, no —corrigió Shallan—. ¡Usa un poco la imaginación! El mapa antiguo es demasiado impreciso. Sedetormenta estaba aquí mismo. En las Llanuras Quebradas.

—Eso no es lo que dice el mapa —contestó Patrón, zumbando.

—Bastante cerca.

—Eso no es un patrón —alegó él, como ofendido—. Humanos: no comprendéis los patrones. Como ahora mismo. Es segunda luna. Todas las noches duermes durante este tiempo. Pero hoy no.

—No puedo dormir esta noche.

—Más información, por favor —exigió Patrón—. ¿Por qué esta noche no? ¿Es el día de la semana? ¿No duermes siempre en Jesel? ¿O es el clima? ¿Hace demasiado calor? La posición de las lunas respecto a...

—No es nada de eso —contestó Shallan, encogiéndose de hombros—. Simplemente, no puedo dormir.

—Tu cuerpo, sin duda, es capaz de hacerlo.

—Probablemente. Pero mi cabeza no. Está demasiado repleta de ideas, como olas contra las rocas. Rocas que... supongo... están también en mi cabeza. —Hizo un mohín—. Creo que esa metáfora no me hace parecer especialmente inteligente.

—Pero...

—Basta de quejas —dijo Shallan, alzando un dedo—. Esta noche voy a hacer trabajo de investigación.

Puso la página sobre la cama, se inclinó por el borde y cogió

unas cuantas más.

—No me estaba lamentando —se quejó Patrón. Se dirigió hacia la cama—. No recuerdo bien, pero ¿no usaba Jasnah una mesa cuando hacía... «trabajo de investigación»?

—Las mesas son para la gente aburrida —dijo Shallan—. Y para gente que no tiene una cama mullida.

¿Habría una cama así de cómoda para ella en el campamento de Dalinar? Probablemente, la carga de trabajo habría sido menor. Aunque, finalmente, había conseguido resolver las finanzas personales de Sebarial y casi estaba a punto de presentarle unos libros relativamente ordenados.

En un arrebato de inspiración, había metido una copia de una de sus páginas de citas sobre Urithiru (sus riquezas potenciales y su relación con las Llanuras Quebradas) entre los otros informes que había enviado a Palona. Al pie, había escrito: «Entre las notas de Jasnah Kholin hay indicaciones de algo valioso oculto en las Llanuras Quebradas. Os mantendré al corriente de mis descubrimientos». Si Sebarial pensaba que había oportunidades más allá de las gemas corazón en las Llanuras, ella podría llevarlo allí con sus ejércitos, por si las promesas de Adolin no eran posibles.

Por desgracia, preparar todo aquello le había dejado poco tiempo para estudiar. Tal vez por eso no podía dormir. «Esto sería más fácil si Navani accediera a reunirse conmigo», pensó. Le había vuelto a escribir, y la respuesta fue que Navani estaba ocupada cuidando a Dalinar, que había caído enfermo. Nada serio, al parecer, pero se había retirado durante unos días para recuperarse.

¿La hacía responsable la tía de Adolin por haber malogrado el acuerdo de duelo? Después de lo que él había decidido hacer la semana pasada... Bueno, al menos su preocupación había concedido más tiempo a Shallan para leer y pensar en Urithiru. Cualquier cosa que pudiera ayudarla a no angustiarse por sus hermanos, que aún no habían contestado a sus cartas suplicándoles que salieran de Jah Keved y se reunieran con ella.

—Dormir me parece muy raro —dijo Patrón—. Sé que todos los seres del Reino Físico lo hacen. ¿Lo encuentras agradable? Temes la no-existencia, pero ¿no es lo mismo la no-consciencia?

—Al dormir es solo temporal.

—Ah. Es verdad, porque por la mañana todos recuperaréis la

consciencia.

—Bueno, eso depende de la persona —comentó Shallan, ausente—. Para muchos, «consciencia» podría ser un término demasiado generoso.

Patrón zumbó, tratando de entender el significado de lo que decía. Finalmente, zumbó una aproximación a la risa.

Shallan lo miró, alzando una ceja.

—He deducido que lo que has dicho era humorístico —explicó Patrón—. Aunque no sé por qué. No era un chiste. Entiendo los chistes. Un soldado llegó corriendo al campamento después de ir a visitar a las prostitutas. Tenía la cara blanca. Sus amigos le preguntaron si se lo había pasado bien. Él dijo que no. Le preguntaron por qué. Dijo que cuando preguntó cuánto cobraba la mujer, le contestó que un marco más la cama aparte. Les dijo a sus amigos que no sabía que había que comprar también los muebles.

Shallan sonrió.

—Has oído ese chiste a los hombres de Vathah, ¿verdad?

—Sí. Es gracioso porque hay un juego de confusión entre los muebles y la cama. Normalmente en el precio de la suma inicial hay que pagar un alquiler por algo. Y creo que no hace falta comprar ningún mueble aunque los soldados tendrán que buscarse un lugar, y por eso el hombre del chiste pensó que iba a tener que comprar su propia...

—Sí, gracias —lo interrumpió Shallan.

—Es un chiste —continuó Patrón—. Comprendo por qué es gracioso. Ja ja. El sarcasmo es similar. Cambias un resultado esperado por otro que no se espera, y el humor está en la yuxtaposición. Pero ¿por qué fue gracioso tu comentario anterior?

—Es discutible que lo fuera, a estas alturas...

—Pero...

—Patrón, nada es menos gracioso que explicar el humor —dijo Shallan—. Tenemos cosas más importantes de que hablar.

—Mmm... ¿Como el motivo de que hayas olvidado cómo conseguir que tus imágenes produzcan sonido? Lo hiciste una vez, hace mucho.

—Yo...

Shallan parpadeó, luego alzó el mapa moderno.

—La capital de Natanatan estaba aquí, en las Llanuras

Quebradas. Los mapas antiguos están equivocados. Amaram apunta que los parshendi usan armas de diseño magistral, muy superiores a sus capacidades artesanas. ¿De dónde pueden haberlas conseguido? De las ruinas de la ciudad que una vez estuvo aquí.

Shallan rebuscó en sus montones de papeles y sacó un mapa de la ciudad. No mostraba las inmediaciones: era solo un plano, y bastante vago, tomado de un libro que había comprado. Le parecía que era el que Jasnah citaba en sus notas.

El mercader al que se lo había comprado aseguraba que era antiguo, copia de un libro en azir que sostenía ser un dibujo de un mosaico donde se describía la ciudad de Sedetormenta. El mosaico ya no existía, así que casi todo lo que tenían de los días de sombra procedían de fragmentos como este.

—Las eruditas rechazan la idea de que Sedetormenta estuviera aquí en las Llanuras —explicó Shallan—. Dicen que los cráteres de los campamentos de guerra no encajan con las descripciones de la ciudad. En cambio, proponen que las ruinas deben de estar ocultas en las tierras altas, donde tú indicaste. Pero Jasnah no estaba de acuerdo con ellas. Señala que muy pocas eruditas han estado aquí, y que esta zona en general está poco explorada.

—Mmm —dijo Patrón—. Shallan...

—Estoy de acuerdo con Jasnah —dijo ella, dándose media vuelta—. Sedetormenta no era una ciudad grande. Podría haber estado en mitad de las Llanuras, y estos cráteres podrían ser cualquier otra cosa... Amaram cree que tal vez eran cúpulas. Me pregunto si es posible... Serían tan grandes... De todas formas, esto podría haber sido algún tipo de ciudad fuera de la ciudad.

Shallan sentía que se estaba acercando a algo. Las notas de Amaram hablaban sobre todo de intentar reunirse con los parshendi, para preguntarles por los Portadores del Vacío y cómo hacer que regresaran. Sin embargo, mencionaba Urithiru, y parecía haber llegado a la misma conclusión que Jasnah: que en la antigua ciudad de Sedetormenta tal vez había un camino a Urithiru. Diez de ellos conectaron en su tiempo las diez ciudades de los Reinos de Época con Urithiru, que tenía una especie de sala de reuniones para los diez monarcas, y un trono para cada uno.

Por eso ninguno de los mapas situaban la ciudad sagrada en el mismo punto. Era ridículo caminar hasta allí; en lugar de eso había

que dirigirse a la ciudad más cercana con una Puerta Jurada y utilizarla.

«Está buscando la información —pensó Shallan—. Igual que yo. Pero quiere hacer volver a los Portadores del Vacío, no combatirlos. ¿Por qué?».

Alzó el mapa antiguo de Sedetormenta, la copia del mosaico. Tenía marcas artísticas en vez de indicaciones concretas de distancia y emplazamiento. Aunque agradecía lo primero, lo segundo era verdaderamente frustrante.

«¿Estás aquí? —pensó—. ¿El secreto, la Puerta Jurada? ¿Estás aquí, en este escenario, como pensaba Jasnah?».

—Las Llanuras Quebradas no han estado quebradas siempre —susurró Shallan para sí—. Eso es lo que todas las eruditas, menos Jasnah, pasan por alto. Sedetormenta fue destruida durante la Última Desolación, pero ocurrió hace tanto tiempo que nadie habla de cómo pasó. ¿Un incendio? ¿Un terremoto? No. Algo más terrible. La ciudad se rompió, como un bonito plato golpeado con un martillo.

—Shallan —intervino Patrón, acercándose a ella—. Sé que ha olvidado mucho de lo que antaño hubo. Esas mentiras me atrajeron. Pero no puedes continuar así: tienes que admitir la verdad sobre mí. Sobre lo que puedo hacer, y lo que hemos hecho. Mmm... Es más, tienes que conocerte a ti misma. Y recordar.

Ella se sentó con las piernas cruzadas en la cama demasiado agradable. Los recuerdos pugnaban por aflorar. Todos esos recuerdos apuntaban hacia la misma dirección, hacia la alfombra ensangrentada. Y la alfombra... no.

—Quieres ayudar —dijo Patrón—. Quieres prepararte para la Tormenta Eterna, el spren de lo innatural. Tienes que convertirte en algo. No vine a ti solo para enseñarte trucos de luz.

—Viniste a aprender —dijo Shallan, mirando su mapa—. Eso es lo que dijiste.

—Vine a aprender. Nos disponíamos a hacer algo más grande.

—¿Me querías incapaz de reír? —preguntó ella, conteniendo de repente las lágrimas—. ¿Me querías lisiada? Porque eso es lo que me harían estos recuerdos. Puedo ser lo que soy porque los aislé.

Una imagen se formó ante ella, nacida de la luz tormentosa, creada por intuición. No había necesitado dibujarla primero, pues la

conocía demasiado bien.

La imagen de sí misma. Shallan, tal como debería ser. Hecha un ovillo en la cama, incapaz de llorar porque hacía mucho tiempo que se había quedado sin lágrimas. Esta niña... no una mujer, una niña... daba un respingo cada vez que se le hablaba. Esperaba que todos le gritaran. No reía nunca, pues había perdido la risa en una infancia de oscuridad y dolor.

Esa era la verdadera Shallan. Lo sabía con tanta certeza como sabía su propio nombre. La persona en la que se había convertido era una mentira, fabricada en nombre de la supervivencia. Recordarse a sí misma de niña, descubrir luz en los jardines, patrones en la mampostería, y sueños que se hacían realidad...

—Mmm... Qué gran mentira —susurró Patrón—. Una mentira muy grande, en efecto. Pero con todo, debes conseguir tus habilidades. Aprende de nuevo, si es necesario.

—Muy bien —dijo Shallan—. Pero si hicimos esto antes, ¿no puedes decirme ahora cómo se hace?

—Mi memoria es débil. Estuve aturdido mucho tiempo, casi muerto. Mmm. No podía hablar.

—Sí —dijo Shallan, recordándolo dando vueltas en el suelo y chocando contra la pared—. Pero eras simpático. —Desterró la imagen de la niña asustada, acurrucada y llorosa, y luego sacó sus útiles de dibujo. Se llevó un lápiz a los labios, se dio unos golpecitos, y a continuación hizo algo sencillo, un dibujo de Velo, la tímida ojos oscuros.

Velo no era Shallan. Sus rasgos resultaban tan distintos que las dos serían personas diferentes para quien las hubiera visto a ambas. Con todo, Velo tenía ecos de Shallan. Era una versión ojos oscuros, bronceada y alezi de sí misma: una Shallan unos cuantos años mayor con la nariz y la barbilla más afiladas.

Terminado el dibujo, Shallan exhaló luz tormentosa y creó la imagen, que permaneció de pie junto a la cama, con los brazos cruzados y tanto aplomo como un maestro duelista que se enfrentara a un niño con un palo.

Sonido. ¿Cómo se hacía el sonido? Patrón había dicho que era una fuerza, parte de la absorción de la Iluminación, o al menos similar. Shallan se situó en la cama, con una pierna cruzada debajo de su cuerpo, inspeccionando a Velo. Durante la hora siguiente

intentó todo lo que se le ocurrió, desde esforzarse y concentrarse, a intentar dibujar sonidos para hacerlos aparecer. Nada de ello dio resultado.

Por fin se levantó de la cama y fue a servirse una bebida de la botella que se enfriaba en un cubo en la habitación de al lado. Sin embargo, mientras se acercaba, sintió un tirón en su interior. Miró por encima del hombro hacia el dormitorio, y vio que la imagen de Velo había empezado a difuminarse, como líneas de lápiz borrosas.

Rayos, qué inconveniente. Mantener la ilusión exigía que Shallan proporcionara una fuente constante de luz tormentosa. Volvió al dormitorio y colocó una esfera en el suelo, dentro del pie de Velo. Cuando se marchó, la ilusión se volvió difusa, como una burbuja a punto de estallar. Shallan se dio media vuelta, con las manos en las caderas, y contempló la versión de Velo que se había vuelto toda borrosa.

—¡Qué lata! —exclamó.

Patrón zumbó.

—Lamento que tus místicos poderes divinos no funcionen instantáneamente como te gustaría.

Ella lo miró, alzando una ceja.

—Creí que no entendías el humor.

—Sí que lo entiendo. Te acabo de explicar... —Hizo un momento de pausa—. ¿He sido gracioso? Sarcasmo. He sido sarcástico. ¡Sin pretenderlo! —Parecía sorprendido, incluso alegre.

—Supongo que estás aprendiendo.

—Es un vínculo —explicó—. En Shadesmar, no me comunico de esta forma, de esta... manera humana. Mi conexión contigo me proporciona los medios para manifestarme en el Reino Físico como algo más que un destello sin mente. Mmmm. Me enlaza contigo, me ayuda a comunicarme como lo haces tú. Fascinante. Mmmm.

Se sentó como un sabueso-hacha triunfal, completamente feliz. Y entonces Shallan advirtió algo.

—No brillo —señaló—. Contengo un montón de luz tormentosa, pero no brillo.

—Mmm... —dijo Patrón—. La ilusión grande transforma la potencia en otra. Se alimenta de tu luz tormentosa.

Ella asintió. La luz que contenía alimentaba la ilusión, absorbiendo el exceso que normalmente flotaría sobre su piel. Eso

podría ser útil. Mientras Patrón se dirigía a la cama, el codo de Velo (que estaba más cerca de él) se volvió más definido.

Shallan frunció el ceño.

—Patrón, acércate más a la imagen.

Él así lo hizo y cruzó la colcha de la cama hacia donde estaba Velo. La imagen se aclaró. No del todo, pero la presencia de Patrón producía una considerable diferencia.

Shallan se acercó y su proximidad hizo que la ilusión volviera a adquirir total claridad.

—¿Puedes contener luz tormentosa, Patrón?

—Yo no... Quiero decir... La investidura es el modo por el que...

—Toma —dijo Shallan, presionándolo con la mano y apagando sus palabras hasta convertirlas en un zumbido molesto. Era una sensación extraña, como si hubiera atrapado a un cremlino furioso bajo las sábanas. Empujó algo de luz tormentosa hacia él. Cuando retiró la mano, desprendía hilillos de luz, como vapor de un fabrial caliente.

»Estamos vinculados —señaló ella—. Mi ilusión es tu ilusión. Voy a beber algo. Mira a ver si puedes impedir que la imagen se haga pedazos.

Volvió a la salita y sonrió. Patrón, todavía zumbando molesto, se bajó de la cama. No podía verlo (la cama se interponía), pero dedujo que se había situado junto a los pies de Velo.

Dio resultado. La ilusión permaneció.

—¡Ja! —exclamó Shallan, sirviéndose una copa de vino. Regresó a sentarse con cuidado en la cama (tumbarse con una copa de vino tinto no parecía prudente), y miró al suelo, donde Patrón estaba sentado bajo Velo. Era visible a causa de la luz tormentosa.

«Tendré que tener eso en cuenta —pensó Shallan—. Construir ilusiones para que él pueda esconderse en ellas».

—¿Ha salido bien? —preguntó Patrón—. ¿Cómo sabías que pasaría eso?

—No lo sabía. —Shallan tomó un sorbo de vino—. Lo supuse.

Dio otro sorbo mientras Patrón zumbaba. Jasnah no lo habría aprobado. «El estudio requiere una mente aguda y sentidos alerta. Eso no casa bien con el alcohol». Apuró de un trago el resto del vino.

—Toma —dijo, extendiendo la mano. Hizo lo siguiente por

instinto. Tenía una conexión con la ilusión, y una conexión con Patrón, así que...

Con un empujón de luz tormentosa, unió la ilusión a Patrón como a veces la unía a sí misma. El brillo de Patrón remitió.

—Camina.

—Yo no camino... —dijo Patrón.

—Ya sabes a qué me refiero.

Patrón se movió y la imagen se desplazó con él. No caminó, por desgracia. La imagen solo se deslizó. Como la luz de una cuchara que mueves ociosamente en las manos y se refleja en la pared. Se alegró, de todas formas. Después de fracasar tantas veces intentando que una de sus creaciones sonara, este descubrimiento diferente parecía una victoria importante.

¿Podría hacer que se moviera de manera más natural? Cogió su libreta de bocetos y empezó a dibujar.



UN AÑO Y MEDIO ANTES

Shallan se convirtió en la hija perfecta.

Permanecía callada, sobre todo cuando estaba en presencia de su padre. Se pasaba días enteros encerrada en su habitación, sentada junto a la ventana, leyendo los mismos libros una y otra vez o dibujando una y otra vez los mismos objetos. A estas alturas, él había demostrado en varias ocasiones que no le pondría la mano encima si lo enfurecía.

En cambio, golpearía a otros para no hacérselo a ella.

Shallan solo se permitía quitarse la máscara cuando estaba con sus hermanos, ocasiones en las que su padre no podía oírla. Sus tres hermanos a menudo insistían para que les contara historias de sus libros. Cuando estaba segura de que únicamente la oían ellos, les contaba chistes, se burlaba de los visitantes de su padre e inventaba extravagantes historias junto a la chimenea.

Una forma insignificante de contraatacar. Se consideraba una cobarde por no hacer más. Pero sin duda... sin duda las cosas mejorarían. De hecho, a medida que Shallan se iba implicando más con los fervorosos en la contabilidad de la casa, advertía astucia en la forma en que su padre dejaba de ser acosado por otros ojos claros y empezaba a enfrentarlos a unos con otros. Cómo se hacía con el

poder la impresionaba, pero también la asustaba. La fortuna de su padre cambió aún más cuando se descubrió en sus tierras un depósito de mármol que proporcionó recursos para continuar con sus promesas, sobornos y tratos.

Sin duda eso haría que empezara a reír de nuevo. Sin duda eso desterraría la oscuridad de sus ojos.

Pero no fue así.

—Es demasiado ordinaria para que te cases con ella —dijo su padre, apurando su jarra—. No lo consentiré, Balat. Dejarás de relacionarte con esa mujer.

—¡Pertenece a una buena familia! —dijo Balat, poniéndose en pie, con las palmas sobre la mesa. Estaban almorzando, y por eso Shallan tenía que estar presente en vez de quedarse encerrada en su habitación. Estaba sentada a un lado, en su mesa privada. Balat se enfrentaba a su padre en la mesa alta.

—¡Padre, son tus vasallos! —exclamó Balat—. Tú mismo los has invitado a cenar con nosotros.

—Mis sabuesos-hacha cenan a mis pies —replicó su padre—. No permito que mis hijos les hagan la corte. La casa Tavinar no es lo suficientemente ambiciosa para nosotros. Ahora bien, Sudi Valam sí que merecería la pena.

Balat frunció el ceño.

—¿La hija del alto príncipe? No lo dirás en serio. ¡Tiene más de cincuenta años!

—No tiene pareja.

—¡Porque su marido murió en un duelo! Además, el alto príncipe no lo aprobaría.

—Cambiará la percepción que tiene de nosotros —aseguró su padre—. Ahora somos una familia rica, con mucha influencia.

—Y dirigida por un asesino —replicó Balat.

«¡Ha ido demasiado lejos!», pensó Shallan. Al otro lado de su padre, Luesh entrelazó las manos. El nuevo mayordomo de la casa tenía el rostro como un guante muy usado, correoso y gastado en los lugares más utilizados, sobre todo en el ceño.

Su padre se levantó lentamente. Esta nueva ira suya, la ira fría, aterrorizaba a Shallan.

—Tus nuevos cachorros de sabueso-hacha —le dijo a Balat—. Es terrible que se pusieran enfermos durante la última alta tormenta. Trágico. Es una desgracia que hubiera que acabar con ellos. —Hizo un gesto y uno de sus nuevos guardias (un hombre al que Shallan no conocía bien) avanzó un paso, desenvainando su espada.

Shallan se quedó muy quieta. Incluso Luesh parecía preocupado, pues puso una mano sobre el brazo de su padre.

—Maldito cabrón —dijo Balat, palideciendo—. Te...

—¿Qué harás, Balat? —preguntó su padre, zafándose del contacto de Luesh e inclinándose hacia su hijo—. Vamos. Dilo. ¿Me desafiarás? No creas que no te mataré si lo haces. Puede que Wikim sea un despojo patético, pero servirá tan bien como tú las necesidades de esta casa.

—Helaran ha vuelto —anunció Balat.

El padre se detuvo y apoyó las manos sobre la mesa.

—Lo vi hace dos días —continuó Balat—. Me mandó llamar y fui a la ciudad a verlo. Helaran...

—¡Ese nombre no debe pronunciarse en esta casa! ¡Lo digo en serio, Nan Balat! ¡Nunca!

Balat miró a su padre a los ojos y Shallan contó diez latidos de su acelerado corazón antes de que el primero apartara la mirada.

Su padre se sentó con aspecto agotado mientras el joven se marchaba de la sala. Todos quedaron completamente en silencio, Shallan demasiado asustada para hablar. Su padre acabó por levantarse. Empujó su silla hacia atrás y se marchó. Luesh lo siguió.

Shallan se quedó a solas con los criados. Tímidamente, se levantó y luego fue detrás de Balat.

Su hermano estaba en el corral de los sabuesos-hacha. El guardia había actuado con rapidez. Los nuevos cachorros de Balat yacían muertos en un charco de sangre violeta en el suelo de piedra.

Ella había animado a su hermano a criarlos. A lo largo de los años, Balat había hecho progresos con sus demonios. Apenas lastimaba a nada que fuera más grande que un cremlino. En ese momento estaba sentado en una caja, contemplando los pequeños cadáveres, horrorizado. En el suelo, a su alrededor, pululaban dolorspren.

La puerta metálica del corral se sacudió cuando Shallan la empujó para abrirla. La joven se llevó la mano segura a la boca

mientras se acercaba a los tristes restos.

—Los guardias de nuestro padre —dijo Balat—. Es como si estuvieran esperando una oportunidad para hacer algo así. No me gusta el nuevo grupo que tiene. Ese Levrin, el de los ojos furiosos, y Rin... ese me asusta. ¿Qué fue de Ten y Beal? Con ellos se podía bromear, eran casi amigos...

Ella le apoyó una mano en el hombro.

—Balat. ¿Viste de verdad a Helaran?

—Sí. Me pidió que no se lo dijera a nadie. Me advirtió que esta vez, cuando se marche, puede que no regrese en mucho tiempo. Me pidió... me pidió que cuidara de la familia. —Balat llevó las manos a la cabeza—. No puedo ser él, Shallan.

—No tienes que serlo.

—Él es valiente. Es fuerte.

—Nos abandonó.

Balat alzó la cabeza, las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Tal vez tuviera razón. Tal vez sea el único modo, Shallan.

—¿Dejar nuestra casa?

—¿Y qué? —preguntó Balat—. Te pasas el día encerrada, solo te sacan para que nuestro padre pueda exhibirte. Jushu ha vuelto a jugar... lo sabes, aunque ahora lo disimule mejor. Wikim habla de convertirse en fervoroso, pero no sé si nuestro padre se lo permitirá. Es un seguro.

Por desgracia, se trataba de una buena objeción.

—¿Adónde iríamos? —preguntó Shallan—. No tenemos nada.

—Tampoco tengo nada aquí —replicó Balat—. No pienso renunciar a Eylita, Shallan. Es lo único hermoso que me ha pasado en la vida. Si tenemos que vivir en Vedenar como décimo dahn, y yo he de trabajar como mayordomo de una casa o lo que sea, que así sea. ¿No parece una vida mejor que esto? —Indicó los cachorros muertos.

—Tal vez.

—¿Vendrías conmigo si huyera con Eylita? Podrías ser escriba. Nos ganaríamos la vida, estaríamos libres de nuestro padre.

—Yo... No. Tengo que quedarme.

—¿Por qué?

—Algo se ha apoderado de nuestro padre, algo horrible. Si todos nos marchamos, se lo entregaremos en bandeja. Alguien debe

ayudarlo.

—¿Por qué lo defiendes tanto? Sabes lo que hizo.

—No fue él.

—No te acuerdas —dijo Balat—. Me has dicho una y otra vez que tienes la mente en blanco. Lo viste matarla, pero no quieres admitir que fuiste testigo. Tormentas, Shallan. Estás tan destrozada como Wikim y Jushu. Como... lo estoy yo a veces...

Ella se sacudió de su aturdimiento.

—No importa —dijo—. Si te marchas, ¿te llevarás a Wikim y Jushu contigo?

—No podría permitírmelo —contestó Balat—. A Jushu en concreto. Tendríamos que vivir con estrecheces, y no podría fiarme de que él... ya sabes. Pero si tú vinieras, sería más fácil que uno de nosotros encontrara trabajo. Serías mejor que Eylita en cuestiones de arte y escritura.

—No, Balat —respondió Shallan, asustada de la ansiedad con que una parte de su ser deseaba aceptar su propuesta—. No puedo. Y mucho menos si Jushu y Wikim se quedan.

—Comprendo. Tal vez... tal vez haya otra salida. Lo pensaré.

Ella lo dejó en los corrales, preocupada de que su padre la encontrara allí y se molestara. Entró en la mansión, pero no pudo dejar de sentir que intentaba sujetar una alfombra mientras docenas de personas tiraban de los hilos desde los lados.

¿Qué sucedería si Balat se marchaba? Se echaba atrás cuando peleaba con su padre, pero al menos se resistía. Wikim simplemente hacía lo que le decían, y Jushu seguía hecho un lío. «Tenemos que capear esto —pensó Shallan—. Dejar de provocar a nuestro padre, permitir que se relaje. Entonces volverá...».

Subió las escaleras y pasó ante la habitación de su padre. La puerta estaba entreabierta; pudo oírlo dentro.

—... encuéntralo en Valath —decía su padre—. Nan Balat dice que se ha reunido con él en la ciudad, y se debe referir a esto.

—Se hará, brillante señor.

Aquella voz. Era Rin, capitán de los nuevos guardias. Shallan retrocedió y se asomó a la habitación. La caja fuerte de su padre brillaba tras el cuadro de la pared del fondo, una luz brillante que asomaba tras el lienzo. Para ella resultaba casi cegadora, aunque los hombres presentes en la habitación no parecían poder verla.

Rin se inclinó ante su padre, espada en mano.

—Tráeme su cabeza, Rin. Quiero verla con mis propios ojos. Él es quien lo estropeó todo. Sorpréndelo, mávalo antes de que pueda invocar su hoja esquilada. Esa arma será tuya en pago mientras sirvas a la casa Davar.

Shallan se apartó de la puerta antes de que su padre pudiera alzar la cabeza y verla. Helaran. Su padre acababa de ordenar el asesinato de su hijo.

«Tengo que hacer algo. Debo avisarlo». Pero ¿cómo? ¿Podría Balat contactar con él de nuevo? Shallan...

—¿Cómo te atreves? —dijo una voz femenina dentro de la habitación.

Se produjo un silencio aturdido. Shallan volvió a asomarse. Malise, su madrastra, estaba en la puerta que conducía al dormitorio. La mujer, pequeña y regordeta, nunca le había parecido amenazadora antes. Pero ese día la tormenta de su rostro podría haber asustado a un espinablanca.

—Tu propio hijo —le recriminó Malise—. ¿Es que no te queda sentido de la moral? ¿No tienes compasión?

—Ya no es mi hijo —gruñó su padre.

—Creí la historia de tu anterior mujer —dijo Malise—. Te he apoyado. He vivido con esta nube sobre la casa. ¿Y ahora oigo esto? Una cosa es golpear a los criados, pero ¿matar a tu hijo?

Su padre le susurró algo a Rin. Shallan dio un salto y apenas logró apartarse de la puerta antes de que el hombre saliera de la habitación y la cerrara de golpe.

Shallan se encerró en su cuarto mientras empezaban los gritos, una pelea violenta y furiosa entre Malise y su padre. Shallan se acurrucó junto a la cama, trató de usar una almohada para apagar los sonidos. Cuando pensó que había terminado, la retiró.

Su padre salió en tromba al pasillo.

—¿Por qué no obedece nadie en esta casa? —gritó, bajando las escaleras—. Esto no sucedería si todos obedecieran.

EL QUE MATÓ
LAS PROMESAS

Sospecho que esto es como si una mofeta se llamara a sí misma por su hedor.

La vida continuó en la celda de Kaladin. Aunque el lugar era cómodo para tratarse de un calabozo, en ocasiones deseaba estar de vuelta en el carro de esclavos. Al menos allí podía ver el paisaje. Aire fresco, viento, un lavado ocasional con las últimas lluvias de la alta tormenta. La vida desde luego no era buena, pero sí mejor que estar allí encerrado y olvidado.

Durante la noche se llevaban las esferas y lo dejaban a merced de las tinieblas. En la oscuridad, imaginaba que estaba en algún lugar profundo, bajo kilómetros de piedra, sin camino de salida ni esperanza alguna de rescate. No podía concebir una muerte peor. Prefería con creces caer en el campo de batalla, contemplando el cielo despejado mientras se escapaba la vida.

Lo despertó la luz. Suspiró, contemplando el techo mientras los guardias (soldados ojos claros a los que no conocía) sustituían las lámparas de esferas. En ese lugar todo era siempre lo mismo, un día tras otro. Se despertaba con la débil luz de las esferas, lo que solo le hacía desear el sol. La criada llegaba para darle el desayuno. Él

había colocado ya su orinal al alcance de la abertura bajo los barrotes, y el utensilio rozó la piedra mientras ella lo retiraba y lo cambiaba por uno limpio.

Se marchó. Kaladin le daba miedo. Dolorido de puro entumecimiento, Kaladin se sentó y miró la comida. Pan ácimo relleno de pasta de habichuelas. Se levantó, dispersando algunos extraños spren como cables tensos que se cruzaron ante él, y luego se obligó a hacer una serie de flexiones. Conservar su estado físico sería difícil si su encarcelamiento se prolongaba demasiado. Tal vez podría pedir que le dieran algunas piedras para entrenarse. «¿Fue esto lo que les sucedió a los abuelos de Moash? —se preguntó, recogiendo la comida—. ¿Esperaron ir a juicio hasta que murieron en prisión?».

Kaladin se sentó en el banco y empezó a mordisquear el pan. El día anterior se había producido una alta tormenta, pero apenas la había oído, encerrado en la celda.

Oyó a Syl canturrear cerca, pero no pudo encontrarla.

—¿Syl? —preguntó. Ella seguía ocultándose.

—Había un críptico en el combate —dijo su voz suavemente.

—Los has mencionado antes, ¿verdad? ¿Son un tipo de spren?

—Un tipo repugnante. —Hizo una pausa—. Pero no son malignos, no creo. —Parecía envidiosa—. Iba a seguirlo cuando huyó, pero tú me necesitabas. Cuando fui a buscarlo, se había escondido.

—¿Qué significa eso? —preguntó Kaladin, frunciendo el ceño.

—A los crípticos les gusta hacer planes —explicó Syl lentamente, como si recordara algo perdido hacía mucho tiempo—. Sí... me acuerdo. Debaten y observan y nunca hacen nada. Pero...

—¿Qué? —preguntó Kaladin, poniéndose en pie.

—Están buscando a alguien —dijo Syl—. He visto los signos. Puede que pronto dejes de estar solo, Kaladin.

Buscando a alguien. Para elegirlo, igual que a él, como potenciador. ¿Qué clase de Caballero Radiante se había creado con un grupo de spren a los que Syl detestaba de forma tan evidente? No parecía alguien a quien quisiera llegar a conocer.

«Oh, tormentas —pensó Kaladin, sentándose de nuevo—. Si eligen a Adolin...».

La idea tendría que haberle asqueado. En cambio, la revelación

de Syl le resultó extrañamente reconfortante. No estar solo, aunque fuera con Adolin, le haría sentirse mejor y aliviaría parte de su melancolía.

Mientras terminaba la comida, oyó ruido en el pasillo. ¿La puerta que se abría? Solo los ojos claros podían visitarlo, aunque ninguno lo había hecho. Excepto por Sagaz.

«La tormenta alcanza a todo el mundo, tarde o temprano...».

Dalinar Kholin entró en la habitación.

A pesar de sus agrios pensamientos, la reacción inmediata de Kaladin, grabada en él desde hacía años, fue levantarse y saludar. Era su oficial en jefe. Se sintió como un idiota en cuanto lo hizo. ¿Estaba entre rejas y saludaba al hombre que lo había metido allí?

—Descansa —dijo Dalinar, asintiendo. Ancho de hombros, con las manos a la espalda, había en él algo imponente, incluso cuando se mostraba relajado.

«Es como los caudillos de las historias», pensó Kaladin. Rostro ancho y cabello gris, sólido igual que un ladrillo. No llevaba uniforme: el uniforme lo llevaba a él. Dalinar Kholin representaba un ideal que Kaladin había decidido hacía tiempo que no era más que una farsa.

—¿Qué tal tu alojamiento? —preguntó Dalinar.

—¿Señor? Estoy en una maldita prisión.

Una sonrisa agrietó el rostro del general.

—Eso veo. Cálmate, soldado. Si te hubiera ordenado que montaras guardia en una habitación durante una semana, ¿lo habrías hecho?

—Sí.

—Entonces considera que este es tu deber. Montar guardia en esta habitación.

—Me aseguraré de que nadie sin autorización se escape con el orinal, señor.

—Elhokar ha cambiado de opinión. Ha terminado de calmarse y ahora solo le preocupa no liberarte demasiado pronto para evitar parecer débil. Tendrás que quedarte aquí unos cuantos días más, luego cursaremos un perdón formal por tu delito y te devolveremos a tu puesto.

—No veo que tenga otra opción, señor.

Dalinar se acercó a los barrotes.

—Me doy cuenta de que esto te resulta duro.

Kaladin asintió.

—Estás bien atendido, igual que tu gente. Dos de tus hombres de los puentes guardan la entrada a este edificio en todo momento. No hay nada de qué preocuparse, soldado. Si es tu reputación conmigo...

—Señor —dijo Kaladin—. Supongo que no me creo del todo que el rey vaya a soltarme. Tiene fama de dejar que las personas inconvenientes se pudran en los calabozos hasta que mueren.

En cuanto hubo pronunciado aquellas palabras, Kaladin no pudo creer que hubieran salido de sus labios. Parecían insubordinadas, incluso traidoras. Pero estaban allí, en su boca, exigiendo ser pronunciadas.

Dalinar conservó la postura, las manos a la espalda.

—¿Hablas de los plateros de Kholinar?

Así que lo sabía. Padre Tormenta... ¿había estado implicado? Kaladin asintió.

—¿Cómo te enteraste de ese incidente? —preguntó el general.

—Por uno de mis hombres —contestó Kaladin—. Los conocía.

—Esperaba que pudiéramos escapar de esos rumores —dijo Dalinar—. Pero, naturalmente, los rumores crecen como líquenes, se aferran y es imposible eliminarlos por completo. Lo que pasó con esa gente fue un error, soldado. Lo admito. Contigo no sucederá lo mismo.

—Entonces ¿los rumores son ciertos?

—Preferiría no hablar del asunto Roshone.

Roshone.

Kaladin recordó gritos. Sangre en el suelo de la sala donde su padre operaba. Un niño moribundo.

Un día bajo la lluvia. Un día en que un hombre trató de robarle la luz a Kaladin. Acabó por conseguirlo.

—¿Roshone? —susurró Kaladin.

—Sí, un ojos claros menor —dijo Dalinar, suspirando.

—Señor, es importante que sepa esto. Por mi propia paz mental.

Dalinar lo miró de arriba abajo. Kaladin siguió mirando al frente, aturdido. Roshone. Todo había empezado a ir mal cuando Roshone llegó a Piedralar para ser el nuevo señor de la ciudad. Antes de eso, el padre de Kaladin era respetado.

Cuando aquel hombre horrible llegó, arrastrando la envidia tras de sí como una capa, el mundo cambió. Roshone infectó Piedralar como putrispren en una herida sin lavar. Era el motivo por el que Tien fue a la guerra. El motivo por el que Kaladin lo había seguido.

—Supongo que te lo debo —dijo Dalinar—. Pero no debe difundirse. Roshone era un hombre insignificante que se ganó el favor de Elhokar. Por entonces este era príncipe heredero; como tal debía gobernar Kholinar y cuidar del reino mientras su padre organizaba nuestros primeros campamentos aquí en las Llanuras Quebradas. Yo estaba... fuera en esa época.

»Pero no le echas la culpa a Elhokar. Seguía el consejo de alguien en quien confiaba. Roshone, sin embargo, perseguía sus propios intereses en vez de los del trono. Era dueño de varias platerías... bueno, los detalles carecen de importancia. Basta decir que Roshone llevó al príncipe a cometer varios errores. Se resolvió cuando regresé.

—¿Te encargaste de que ese Roshone fuera castigado? —preguntó Kaladin en voz baja, sintiéndose aturdido.

—Fue exiliado —asintió Dalinar—. Elhokar lo destinó a un lugar donde no pudiera hacer más daño.

Un lugar donde no pudiera hacer más daño. Kaladin casi soltó una carcajada.

—¿Tienes algo que decir?

—No quiera saber lo que pienso, señor.

—Tal vez tengas razón. Pero probablemente necesito oírlo de todas formas.

Dalinar era un buen hombre. Ciego en algunos aspectos, pero un buen hombre.

—Bueno, señor —dijo Kaladin, controlando sus emociones con dificultad—. Me resulta... preocupante que alguien como ese Roshone pudiera ser responsable de las muertes de gente inocente y, sin embargo, escapara de la cárcel.

—Fue complicado, soldado. Roshone era uno de los vasallos jurados del alto príncipe Sadeas, primo de hombres importantes cuyo apoyo necesitábamos. Al principio propuse que Roshone fuera despojado de su rango y convertido en un diez, obligado a vivir en la miseria. Pero esto habría molestado a los aliados y podría haber socavado al reino. Elhokar pidió clemencia, y su padre accedió a

través de vinculacañas. Yo cedí, pensando que la piedad no era un atributo que debiera desanimar en Elhokar.

—Naturalmente que no —dijo Kaladin, apretando los dientes—. Aunque parece que esa piedad a menudo acaba sirviendo a los parientes de ojos claros poderosos, y raramente a alguien de bajo rango. —Miró a través de los barrotes que lo separaban de Dalinar.

—Soldado —preguntó Dalinar con frialdad—. ¿Piensas que he sido injusto contigo o con tus hombres?

—No, señor. Pero esto no tiene nada que ver con usted.

Dalinar resopló suavemente, como frustrado.

—Capitán —dijo—, tus hombres y tú estáis en una posición única. Os pasáis la vida alrededor del rey. No veis la cara que da al mundo, veis al hombre. Siempre ha sido así para los guardaespaldas cercanos.

»Por tanto vuestra lealtad tiene que ser mucho más firme y generosa. Sí, el hombre que protegéis tiene sus defectos. Todo hombre los tiene. Sigue siendo vuestro rey, y lo respetaréis.

—Puedo respetar y respeto al trono, señor —dijo Kaladin. No al hombre que estaba sentado en él, tal vez. Pero sí respetaba el cargo. Alguien tenía que gobernar.

—Hijo —dijo Dalinar tras pensárselo un momento—, ¿sabes por qué te puse en el puesto que te ofrecí?

—Dijiste que era porque necesitabas a alguien en quien confiar que no fuera un espía de Sadeas.

—Ese es el argumento racional —admitió Dalinar, acercándose a los barrotes, a solo unas pulgadas de Kaladin—. Pero no es el auténtico motivo. Lo hice porque me pareció bien.

Kaladin frunció el ceño.

—Confío en mis corazonadas. Las tripas me dijeron que eras un hombre que podría ayudar a cambiar este reino. Un hombre que podía sobrevivir hasta la misma Condenación en el campamento de Sadeas y de algún modo seguir inspirando a otros era alguien que quería tener a mis órdenes. —Su expresión se endureció—. Te di un puesto que ningún ojos oscuros ha tenido jamás en este ejército. Te permití participar en conferencias con el rey, y te escuché cuando hablaste. No me hagas lamentar esas decisiones, soldado.

—¿No lo lamenta ya? —preguntó Kaladin.

—He estado a punto —contestó Dalinar—. Pero comprendo. Si

de verdad crees que lo que me has contado de Amaram... Bueno, si estuviera en tu lugar, me habría resultado difícil no hacer lo mismo que tú has hecho. Pero, tormentas, hombre, sigues siendo un ojos oscuros.

—Eso no debería importar.

—Tal vez, pero importa. ¿Quieres cambiar eso? Bueno, no vas a hacerlo gritando como un lunático y desafiando a duelo a hombres como Amaram. Lo harás distinguiéndote en el puesto que te di. Sé el tipo de hombre que otros admiren, sean ojos claros u oscuros. Convince a Elhokar de que un ojos oscuros puede liderar. Eso cambiará el mundo.

Dalinar se dio media vuelta y se marchó. Kaladin no pudo dejar de pensar que sus hombros parecían más encorvados que cuando entró.

Después de que se marchara, Kaladin se sentó en su banco y dejó escapar un largo suspiro de malestar.

—Guarda la calma —susurró—. Haz lo que te dicen, Kaladin. Quédate en tu jaula.

—Intenta ayudarte —dijo Syl.

Kaladin miró hacia un lado. ¿Dónde se ocultaba?

—Ya has oído lo de Roshone.

Silencio.

—Sí —dijo Syl por fin, con voz débil.

—La pobreza de mi familia, la forma en que la ciudad nos dio la espalda, Tien obligado a unirse al ejército, todas esas cosas fueron culpa de Roshone. Elhokar lo envió con nosotros.

Syl no respondió. Kaladin cogió un trozo de pan ácimo de su cuenco y lo mordió. Padre Tormenta, Moash tenía razón. Este reino estaría mejor sin Elhokar. Dalinar lo intentaba lo mejor que podía, pero tenía un enorme punto ciego en lo referido a su sobrino.

Era hora de que alguien interviniera y cortara las cuerdas que ataban las manos de Dalinar. Por el bien del reino, por el bien del propio Dalinar Kholin, el rey tenía que morir.

Algunas personas, como un dedo infectado o una pierna aplastada sin remedio, tenían que ser eliminadas.

UN MUNDO
ARDIENTE

Mira lo que me has hecho decir. Siempre has sido capaz de sacar lo más extremo de mí, viejo amigo. Y sigo llamándote amigo, pese a todo lo que me cansas.

«¿Qué estás haciendo?», le escribió la vinculacañas a Shallan.

«Poca cosa —contestó ella a la luz de las esferas—, solo me ocupo de los libros de cuentas de ingresos de Sebarial». Se asomó a través del agujero de su ilusión, mirando la calle de abajo. La gente pululaba por la ciudad como si marchara siguiendo un ritmo extraño. Un goteo, luego un estallido, luego vuelta al goteo. Rara vez un flujo constante. ¿Qué causaba eso?

«¿Quieres venir de visita? —escribió la pluma—. Esto se vuelve muy aburrido».

«Lo siento —contestó a Adolin—. Tengo que terminar este trabajo. Pero estaría bien tener una conversación a través de vinculacañas para hacerme compañía».

Junto a ella, Patrón zumbó suavemente a la mentira. Shallan había utilizado una ilusión para aumentar el tamaño del cobertizo en lo alto de su habitación en el campamento de Sebarial, proporcionando un escondite donde sentarse y observar la calle de abajo. Cinco horas de espera (bastante cómoda, con el taburete y las esferas para iluminarse) no habían revelado nada. Nadie se había

acercado al solitario árbol de corteza de piedra que crecía junto al sendero.

Shallan no conocía la especie. Era demasiado viejo para que lo hubieran plantado hacía poco: debía de ser anterior a la llegada de Sebarial. La corteza recia y retorcida le hacía pensar que era alguna variante de dendrolito, pero el árbol también tenía largas hojas que se alzaban al aire como gallardetes, retorciéndose y agitándose con el viento. Le recordaban al daliasauce. Ya había hecho un dibujo: lo buscaría en los libros más tarde.

El árbol, acostumbrado a las personas, no recogía sus hojas cuando pasaban por su lado. Si alguien se hubiera acercado con cuidado suficiente para evitar rozar las hojas, Shallan los habría visto. Si, en cambio, se hubieran movido con rapidez, las hojas habrían sentido las vibraciones y se habrían encogido, cosa que también habría visto. Estaba razonablemente segura de que si alguien hubiera intentado coger lo que había en el árbol lo habría sabido, aunque desviara la mirada un momento.

«Supongo que puedo continuar haciéndote compañía —escribió la pluma—. Shoren no tiene otra cosa que hacer».

Shoren era el fervoroso que escribía para Adolin ese día, de visita a instancias suyas. El príncipe había dejado claro que utilizaba a un fervoroso, en vez de a una de las escribas de su padre. ¿Pensaba que se pondría celosa si usaba a otra mujer para labores de escritura?

Parecía sorprendido de que ella no estuviera celosa. ¿Tan bonitas eran las mujeres de la corte? ¿O era Shallan la rara, demasiado relajada? Sus ojos sí que seguían a otras, y tenía que admitir que no era algo que le agradara. Y luego había que tener en cuenta su reputación. Se decía que Adolin, en el pasado, había cambiado de relación con tanta frecuencia como otros hombres se cambiaban de chaqueta.

Tal vez debería aferrarse a él con más firmeza, pero la idea le repugnaba. Esa conducta le recordaba a su padre, agarrado a cuanto le rodeaba con tanta fuerza que al final acababa por romperlo todo.

«Sí —respondió a Adolin, usando el tablero que había colocado en una caja a su lado—. Estoy segura de que el buen fervoroso no tiene otra cosa mejor que hacer que transcribir notas entre dos ojos claros que tontean».

«Es fervoroso —dijo Adolin—. Le gusta servir. Es lo que hacen».

«Creía que lo que hacían era salvar almas», escribió ella.

«Se ha cansado de eso —envió Adolin—. Me ha dicho que ya ha salvado tres esta mañana».

Ella sonrió y comprobó el árbol. Ningún cambio todavía. «¿Eso te ha dicho? —escribió—. ¿Y supongo que las tiene guardadas en el bolsillo para que no se pierdan?».

No, la conducta de su padre no era adecuada. Si quería conservar a Adolin, habría de intentar algo bastante más difícil que aferrarse a él. Tendría que ser tan irresistible que él no quisiera dejarla. Por desgracia, era una materia en la que ella no contaba ni con la formación de Jasnah ni con la ayuda de Tyn. Jasnah fue una mujer indiferente a los hombres, mientras que Tyn no había hablado de conservarlos, solo de distraerlos para un timo rápido.

«¿Se encuentra mejor tu padre?», escribió.

«Sí, la verdad es que sí. Está levantado desde ayer, tan fuerte como siempre».

«Me alegro de saberlo», escribió ella. Los dos continuaron intercambiando comentarios intrascendentes, mientras Shallan vigilaba el árbol. La nota de Mraize le había dicho que acudiera al árbol al amanecer y buscara instrucciones en el agujero del tronco. Así que ella había venido con cuatro horas de antelación, mientras el cielo estaba todavía oscuro, y se había subido a lo alto de ese edificio para observar.

Al parecer, no había llegado lo bastante temprano. Querría haberlos visto colocar las instrucciones.

—No me gusta esto —dijo, susurrándole a Patrón e ignorando la pluma, que escribía las siguientes líneas de Adolin—. ¿Por qué no me ha dado Mraize las instrucciones a través de vinculacañas? ¿Por qué me hace venir aquí?

—Mmm... —dijo Patrón desde el suelo.

El sol había salido hacía un buen rato. Tenía que ir a recoger sus instrucciones, pero vaciló, golpeando con el dedo contra el tablero cubierto de papel que tenía al lado.

—Están vigilando —advirtió.

—¿Qué? —dijo Patrón.

—Están haciendo exactamente lo que yo hice. Se esconden en alguna parte y quieren verme recoger las instrucciones.

—¿Por qué? ¿Qué consiguen con eso?

—Les da información. Y esta gente vive de eso.

Se inclinó hacia el lado y miró por el agujero, que por fuera parecería una grieta entre dos ladrillos.

No creía que Mraize la quisiera muerta, a pesar del horrible incidente con el pobre conductor del carruaje. Les había dado permiso a los otros para que la mataran, si la temían, pero eso (como tantas otras cosas en Mraize) había sido una prueba. «Si eres lo bastante fuerte y lista para unirme a nosotros —implicaba ese incidente—, entonces evitarás que esta gente te asesine».

Esto era otra prueba. ¿Cómo pasarla de un modo que esta vez no dejara muertos?

Estarían vigilando que ella fuera a recoger las instrucciones, pero no había muchos sitios donde observar el árbol. Si ella fuera Mraize y su gente, ¿dónde iría a hacerlo?

Se sintió como una idiota al pensar en ello.

—Patrón —susurró—, ve a asomarte a las ventanas de ese edificio que da a la calle. Mira a ver si hay alguien sentado ante una de ellas, vigilando como nosotros.

—Muy bien —dijo él, saliendo de su ilusión.

Shallan fue de pronto consciente de que la gente de Mraize podría estar escondiéndose en algún lugar muy cercano, pero descartó su nerviosismo y se puso a leer la respuesta de Adolin.

«Buenas noticias, por cierto —escribió la pluma—. Mi padre estuvo de visita anoche, y hablamos un buen rato. Está preparando su expedición a las Llanuras para combatir a los parshendi de una vez por todas. Parte de la preparación implica misiones de exploración en los próximos días. Conseguí que accediera a llevarte a las mesetas durante una de ellas».

«¿Y podremos buscar una crisálida?», preguntó Shallan.

«Bueno —escribió la pluma—, aunque los parshendi ya no luchan por ellas, mi padre no quiere correr riesgos. No puedo llevarte a una expedición cuando es posible que vengan a enfrentarse a nosotros. Pero he estado pensando que probablemente podamos conseguir que la misión de exploración pase junto a una crisálida un día o dos después de que haya sido recolectada».

Shallan frunció el ceño. «¿Una crisálida muerta y recolectada? —escribió—. No sé qué información puedo sacar de eso».

«Bueno —respondió Adolin—, algo es algo, ¿no? Y dijiste que querías tener la oportunidad de abrir una. Esto viene a ser casi lo mismo».

Tenía razón. Además, llegar a las Llanuras era el verdadero objetivo. «Hagámoslo. ¿Cuándo?».

«Dentro de unos días».

—¡Shallan!

Dio un salto, pero solo era Patrón, que zumbaba de emoción.

—Tenías razón —dijo—. Mmmm. Ella está vigilando allá abajo. Solo un piso por debajo de nosotros, segunda habitación.

—¿Ella?

—Mmm. La mujer de la máscara.

Shallan se estremeció. ¿Y ahora qué? ¿Debía volver a sus habitaciones y escribir a Mraize diciéndole que no le gustaba que la espieran?

No conseguiría nada útil. Al mirar a su libreta, advirtió que su relación con Mraize era similar a la que tenía con Adolin. En ambos casos, no podía hacer lo esperado. Tenía que emocionar, deslumbrar.

«Tengo que irme —le escribió a Adolin—. Sebarial me llama. Puede que tarde un rato».

Desconectó la vinculacañas y la guardó junto con el tablero en su zurrón. No era el zurrón de costumbre, sino una gastada bolsa con una correa de cuero que se cruzó al hombro, como habría hecho Velo. Entonces, antes de tener tiempo de cambiar de idea, salió de su escondite ilusorio. Se puso de espaldas a la pared del cobertizo, apartada de la calle, tocó el lado de la ilusión y retiró la luz tormentosa.

Eso hizo que la sección de la pared de la ilusión se desvaneciera, disolviéndose rápidamente y fluyendo hacia su mano. Por fortuna, no había nadie mirando el cobertizo en ese momento. Sin embargo, de haber habido alguien, habría pensado que el rápido cambio era una confusión visual.

A continuación, se arrodilló y empleó luz tormentosa para infundir a Patrón y unirlo a una imagen de Velo a partir del dibujo que había hecho antes. Shallan asintió para que se moviera, y cuando él lo hizo la imagen de Velo caminó.

Tenía buen aspecto, el paso confiado, el gabán ondeando, el

sombrero de pico protegiéndole la cara del sol. La ilusión incluso parpadeaba y volvía la cabeza en ocasiones, como quedaba prescrito en la secuencia que Shallan había dibujado antes.

Observó, vacilante. ¿Tenía de verdad ese aspecto mientras llevaba el rostro y las ropas de Velo? No se sentía tan serena y las ropas siempre le parecían poco apropiadas, exageradas. En esta imagen, en cambio, todo parecía adecuado.

—Baja y camina hasta el árbol —le susurró a Patrón—. Intenta acercarte con cuidado lentamente, y zumba con fuerza para hacer que las hojas del árbol se retiren. Quédate junto al tronco un momento, como si cogieras lo que hay dentro, y luego dirígete al callejón que hay entre este edificio y el de al lado.

—¡Sí! —exclamó Patrón. Se lanzó hacia las escaleras, entusiasmado por formar parte de la mentira.

—¡Más espacio! —advirtió Shallan, dando un respingo al ver que el paso de Velo no casaba con su velocidad—. ¡Como practicamos!

Patrón frenó el ritmo y llegó a las escaleras. La imagen de Velo las bajó. Torpemente. La ilusión podía andar y quedarse quieta en suelo llano, pero en otro terreno (como los escalones) no le salía tan bien. Para quien estuviera mirando, parecería que Velo pisaba la nada y se deslizaba escaleras abajo.

Bueno, era lo mejor que podían hacer por el momento. Shallan inspiró profundamente y se tiró del sombrero, exhalando una segunda imagen que la cubrió y la transformó en Velo. La de Patrón aguantaría mientras él tuviera luz tormentosa. Sin embargo, esta se agotaba en él mucho más rápido que en Shallan. No sabía por qué.

Bajó las escaleras, pero solo una planta, caminando lo más subrepticamente que pudo. Contó dos puertas más allá en el pasillo tenuemente iluminado. La mujer enmascarada estaba allí dentro. Shallan pasó de largo y se metió en cambio en un hueco junto a la escalera, donde quedaría oculta para quien estuviera en el pasillo.

Esperó.

Por fin se abrió una puerta y unas ropas rozaron en el corredor. La mujer enmascarada se deslizó ante el escondite de Shallan, sorprendentemente silenciosa mientras bajaba las escaleras.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Shallan.

La mujer se detuvo en las escaleras. Dio media vuelta, con la

mano segura enguantada sobre el cuchillo que llevaba al costado, y vio a Shallaan de pie en el hueco. Los ojos enmascarados de la mujer se dirigieron hacia la habitación de la que acababa de salir.

—Envié a una doble vestida con mis ropas —explicó Shallaan—. Eso es lo que has visto.

La mujer no se movió, todavía agazapada en las escaleras.

—¿Por qué ha querido Mraize que me siguieras? —preguntó Shallaan—. ¿Tanto le interesa averiguar dónde me alojo?

—No —dijo por fin la mujer—. Las instrucciones en el árbol piden que te pongas manos a la obra inmediatamente, sin tiempo que perder.

Shallaan frunció el ceño, reflexionando.

—Así que tu trabajo no era seguirme a casa, sino seguirme a la misión. ¿Para ver cómo la cumplo?

La mujer no dijo nada.

Shallaan avanzó un paso y se sentó en el escalón superior, cruzando las manos sobre las piernas.

—¿Cuál es el trabajo?

—Las instrucciones están en...

—Prefiero oírlas de tu boca —dijo Shallaan—. Llámame perezosa.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó la mujer.

—Un aliado con buena vista. Le dije que vigilara las ventanas y me avisara de dónde estabas. Yo esperaba arriba. —Hizo una mueca—. Esperaba pillar a uno de vosotros depositando las instrucciones.

—Las pusimos allí incluso antes de contactar contigo —dijo la mujer. Vaciló, luego subió unos pocos escalones—. Iyatil.

Shallaanladeó la cabeza.

—Mi nombre —dijo la mujer—. Iyatil.

—Nunca había oído un nombre igual.

—No me extraña. Tu misión hoy era investigar una nueva llegada al campamento de Dalinar. Deseamos saber más de esa persona, y las alianzas de Dalinar no son seguras.

—Es leal al rey y al trono.

—De puertas para afuera —dijo la mujer—. Su hermano conocía cosas de naturaleza extraña. No estamos seguros de que le contara a Dalinar estas cosas o no, y su relación con Amaram nos preocupa. Este recién llegado tiene algo que ver.

—Amaram está haciendo mapas de las Llanuras Quebradas —

dijo Shallan—. ¿Por qué? ¿Qué hay ahí fuera que pueda querer?

«¿Y por qué quiere hacer volver a los Portadores del Vacío?».

Iyatil no respondió.

—Bueno —dijo Shallan, poniéndose en pie—, pongámonos manos a la obra, ¿no?

—¿Juntas? —dijo Iyatil.

Shallan se encogió de hombros.

—Puedes ir detrás, o puedes venir conmigo. —Extendió la mano.

Iyatil observó la mano y la estrechó con su propia mano libre enguantada, aceptándola. Sin embargo, mantuvo todo el tiempo la otra mano en el pomo de su daga.

Shallan revisó las instrucciones que había dejado Mraize, mientras el enorme palanquín recorría el campamento de guerra de Dalinar. Iyatil estaba sentada frente a ella, con las piernas recogidas bajo su peso, observándola con sus brillantes ojos enmascarados. La mujer llevaba unos sencillos pantalones y una camisa, y por eso Shallan la había confundido al principio con un muchacho.

Su presencia era absolutamente inquietante.

—Un loco —dijo Shallan, pasando a la siguiente página de instrucciones—. ¿Mraize está interesado en un simple loco?

—Dalinar y el rey están interesados —respondió Iyatil—. Por tanto, nosotros también.

En efecto, por lo visto había de por medio algún tipo de encubrimiento. El loco había llegado bajo la custodia de un hombre llamado Bordin, un sirviente a quien Dalinar había dejado en Kholinar años atrás. La información de Mraize indicaba que ese tal Bordin no era un simple mensajero, sino uno de los lacayos de más confianza de Dalinar. Se había quedado en Alezkar para espiar a la reina, o eso deducían los Sangre Espectral. Pero ¿por qué iban a querer vigilar a la reina? El informe no lo decía.

Este Bordin había llegado apresuradamente a las Llanuras Quebradas hacía unas semanas, llevando al loco y otro misterioso cargamento. Shallan tenía que averiguar quién era ese loco y por qué Dalinar lo había ocultado en un monasterio con estrictas instrucciones de que nadie tuviera acceso a él excepto unos fervorosos concretos.

—Tu maestro sabe más de esto de lo que me cuenta —dijo Shallan.

—¿Mi maestro? —preguntó Iyatil.

—Mraize.

La mujer se echó a reír.

—Te confundes. No es mi maestro. Es mi pupilo.

—¿En qué materia? —preguntó Shallan.

Iyatil la miró inexpresivamente en silencio.

—¿Por qué la máscara? —preguntó Shallan, inclinándose hacia delante—. ¿Qué significa? ¿Por qué te ocultas?

—Yo misma me he preguntado muchas veces por qué aquí vais exponiendo tan descaradamente vuestros rasgos a todo el que quiera verlos —respondió Iyatil—. Mi máscara reserva mi esencia. Además, me da capacidad de adaptarme.

Shallan se acomodó en su asiento, pensativa.

—Estás dispuesta a reflexionar en vez de hacer pregunta tras pregunta —observó Iyatil—. Eso es bueno. Tus instintos, sin embargo, deben ser juzgados. ¿Eres la cazadora o la presa?

—Ni una cosa ni la otra —respondió Shallan inmediatamente.

—Todos son una cosa o la otra.

Los porteadores del palanquín redujeron el paso. Shallan se asomó y vio que habían llegado al extrarradio del campamento de Dalinar. Allí, los soldados detenían ante las puertas a todo el que esperaba en cola para entrar.

—¿Cómo nos harás pasar? —preguntó Iyatil mientras Shallan corría las cortinas—. El alto príncipe Kholin se ha vuelto cauteloso últimamente, ya que aparecen asesinos en la noche. ¿Qué mentira nos ganará acceso a su reino?

«Magnífico», pensó Shallan, revisando su lista de tareas. No solo tenía que infiltrarse en el monasterio y descubrir información sobre este loco, sino que tenía que hacerlo sin revelarle a Iyatil demasiado sobre sí misma... ni sobre lo que podía hacer.

Tenía que pensar con rapidez. Los soldados llamaron al palanquín para que avanzara: los ojos claros no tenían que esperar en la fila normal, y los soldados daban por sentado que ese bonito vehículo llevaba a gente rica. Inspirando profundamente, Shallan se quitó el sombrero, se echó el pelo hacia el hombro y asomó la cara por las cortinas de modo que sus cabellos colgaran ante ella por

fuera del palanquín. En el mismo instante, retiró su ilusión y cerró las cortinas tras su cabeza, tensas alrededor del cuello, para impedir que Iyatil viera la transformación.

Los portadores eran parshmenios y dudaba de que fueran a decir nada de lo que la vieran hacer. Su amo ojos claros estaba vuelto hacia delante, por suerte. El palanquín se acercó a la cabeza de la fila. Los guardias se sobresaltaron al verla y la hicieron pasar de inmediato: a esas alturas el rostro de la prometida de Adolin era bien conocido.

Pero ¿cómo volver a ponerse el aspecto de Velo? Había gente en la calle: no podía espiar luz tomentosa mientras estaba asomada a la ventanilla.

—Patrón —susurró—. Ve a hacer ruido en la otra ventanilla del palanquín.

Tyn le había enseñado a hacer un movimiento de distracción con una mano mientras tocaba un objeto con la palma de la otra. El mismo principio podría dar buen resultado en ese momento.

Un agudo alarido sonó en la otra ventanilla. Shallan metió la cabeza en el palanquín con un rápido movimiento, espirando luz tormentosa. Agitó las cortinas como distracción y oscureció su rostro con el sombrero mientras se lo ponía.

Iyatil se volvió tras mirar hacia la ventanilla donde había sonado el chillido, pero Shallan era Velo de nuevo. Se acomodó en su asiento y la miró a los ojos. ¿Había visto algo?

Continuaron su viaje en silencio durante un momento.

—Sobornaste a los guardias de antemano —aventuró por fin Iyatil—. Me gustaría saber cómo lo has conseguido. Los hombres de Kholin son difíciles de sobornar. ¿Compraste quizás a uno de los supervisores?

Shallan sonrió con la esperanza de frustrarla.

El palanquín continuó avanzando hacia el templo del campamento de Dalinar, una zona que Shallan nunca había visitado. De hecho tampoco había visitado muy a menudo a los fervorosos de Sebarial, aunque cuando lo hizo le resultaron sorprendentemente devotos, considerando quién era su señor.

Se asomó a la ventanilla mientras se acercaban. Los terrenos del templo de Dalinar eran tan simples como cabría esperar. Fervorosos de túnicas grises pasaron ante el palanquín en parejas o grupos

pequeños, mezclándose con gente de todo tipo y condición. Habían acudido en busca de plegarias, instrucciones o consejos: un buen templo, adecuadamente equipado, podía proporcionar todas estas cosas y más. Ojos oscuros de casi cualquier dahn podían ir a aprender un oficio, haciendo uso de su divino derecho a aprender, como mandaban los Heraldos. Ojos claros menores acudían también a aprender un oficio, y los dahns superiores a aprender las artes o progresar en sus Llamadas para complacer al Todopoderoso.

Una población de fervorosos tan numerosa como esta había de incluir verdaderos maestros en todas las artes y oficios. Tal vez Shallan tendría que ir y buscar a las artistas de Dalinar para que la instruyeran.

Dio un respingo, preguntándose cuándo encontraría tiempo para ello. Entre el flirteo con Adolin, infiltrarse en los Sangre Espectral, investigar las Llanuras Quebradas y llevar los libros de cuentas de Sebarial, era asombroso que le quedara tiempo para dormir. Con todo, le parecía impío por su parte esperar tener éxito en sus deberes mientras ignoraba al Todopoderoso. Tenía que preocuparse más por esas cosas.

«¿Y qué es lo que piensa de ti el Todopoderoso —se preguntó—, y de las mentiras que cada vez se te dan mejor?». La honradez se contaba entre los atributos divinos del Todopoderoso, después de todo, algo que todo el mundo tenía que intentar practicar.

El complejo del templo incluía más de un edificio, aunque la mayoría de la gente solo visitaba la estructura principal. Las instrucciones de Mraize incluían un mapa, así que Shallan sabía qué edificio concreto necesitaba: uno cercano al fondo, donde los curadores fervorosos se encargaban de los enfermos y cuidaban a los enfermos crónicos.

—No será fácil entrar —dijo Iyatil—. Los fervorosos protegen a sus reclusos y los tienen encerrados al fondo, lejos de las miradas de otros hombres. No les agradará un intento de intrusión.

—Según las instrucciones, hoy era el momento perfecto para colarse —dijo Shallan—. Y tenía que apresurarme para no perder esta oportunidad.

—Una vez al mes, todos vienen al templo a hacer preguntas o ver a un médico sin que haga falta ninguna ofrenda —dijo Iyatil—. Hoy será un día bullicioso, un día de confusión. Será más fácil

infiltrarse, pero eso no significa que te dejen pasar sin más.

Shallan asintió.

—Si prefieres hacer esto de noche —dijo Iyatil—, tal vez pueda convencer a Mraize de que el asunto puede esperar hasta entonces.

Shallan negó con la cabeza. No tenía ninguna experiencia en infiltrarse en la oscuridad. Se pondría en ridículo.

Pero cómo entrar...

—Porteador —ordenó, asomando la cabeza por la ventanilla y señalando—, llévanos a aquel edificio y luego déjanos. Envía a uno de los tuyos a buscar a los maestros curadores. Diles que necesito su ayuda.

El diez que dirigía a los parshmenios, contratado con las esferas de Shallan, asintió bruscamente. Los dieces eran un grupo extraño. Este no era dueño de los parshmenios: solo trabajaba para la mujer que los alquilaba. Velo, con sus ojos oscuros, estaría por debajo de él en la escala social, pero también le pagaba su salario, así que él la trataba como haría con cualquier otra ama.

El palanquín se posó en el suelo y uno de los parshmenios se marchó a transmitir su petición.

—¿Vas a fingir que estás enferma? —preguntó Iyatil.

—Algo así —contestó Shallan mientras oían pasos en el exterior. Al salir se encontró con un par de fervorosos de barba cuadrada que conversaban mientras el parshmenio los guiaba. La miraron, advirtiéndole sus ojos oscuros y sus ropas, que estaban bien cortadas pero cuya apariencia delataba su uso diario. Probablemente la situaron en uno de los nahns de la mitad superior, una ciudadana, pero no encumbrada.

—¿Cuál es el problema, joven? —preguntó el mayor de los dos fervorosos.

—Es mi hermana —dijo Shallan—. Se ha puesto esa extraña máscara y se niega a quitársela.

Un suave gemido brotó del interior del palanquín.

—Muchacha —dijo el fervoroso, con tono sufridor—, una hermana testaruda no es asunto de los fervorosos.

—Lo entiendo, buen hermano —respondió Shallan, alzando las manos ante ella—. Pero no es simple obstinación. Creo... ¡creo que uno de los Portadores del Vacío habita en ella!

Descorrió las cortinas del palanquín, descubriendo a Iyatil en el

interior. Su extraña máscara hizo que los fervorosos se retractaran y olvidaran sus objeciones. El más joven de los dos hombres miró a Iyatil con los ojos muy abiertos.

La joven se volvió hacia Shallaan y con un suspiro casi inaudible empezó a mecerse de un lado a otro.

—¿Deberíamos matarlos? —murmuró—. No. No, no deberíamos. ¡Pero alguien lo hará! No, no digas esas cosas. No. No te escucharé. —Empezó a canturrear.

El fervoroso más joven se volvió y miró a su superior.

—Esto es extraño —dijo el fervoroso, asintiendo—. Porteador, ven. Que tus parshmenios traigan el palanquín.

Poco después, Shallaan esperaba en el rincón de una pequeña sala del monasterio, viendo a Iyatil resistirse a los cuidados de varios fervorosos. Seguía advirtiéndoles que si le quitaban la máscara tendría que matarlos.

Eso no parecía formar parte de la actuación.

Por fortuna, hizo bien su papel en todo lo demás. Sus desvaríos, mezclados con su rostro oculto, provocaron escalofríos incluso en Shallaan. Los fervorosos parecían alternativamente fascinados y horrorizados.

«Concéntrate en dibujar», se dijo Shallaan. Era un esbozo de uno de los fervorosos, un hombre grueso de aproximadamente su altura. El boceto era apresurado, pero valdría. Se preguntó abstraída cómo le sentaría una barba. ¿Picaría? Pero no, el pelo de la cabeza no picaba, así que ¿por qué iba a hacerlo el pelo de la cara? ¿Y cómo se conseguía no mancharla de comida?

Terminó con unos cuantos trazos rápidos y se levantó en silencio. Iyatil mantenía a los fervorosos distraídos con un nuevo arrebató. Shallaan asintió expresando su agradecimiento, salió por la puerta y se internó en el pasillo. Después de mirar a ambos lados para asegurarse de que estaba sola, usó una nube de luz tormentosa para transformarse en el fervoroso. Una vez hecho eso, extendió la mano y escondió su pelo rojo y liso (la única parte suya que amenazaba con estropear la ilusión) por dentro del abrigo.

—Patrón —susurró, dándose la vuelta y recorriendo el pasillo con paso relajado.

—¿Mmm?

—Búscaló —indicó ella, sacando del zurrón un dibujo del loco que Mraize había dejado en el árbol. El dibujo estaba hecho desde lejos, y no era demasiado bueno. Con suerte...

—Segundo pasillo a la derecha —dijo Patrón.

Ella lo miró, aunque su nuevo disfraz, la túnica de fervoroso, ocultaba el lugar donde estaba posado.

—¿Cómo lo sabes?

—Estabas distraída dibujando —dijo él—. Eché una ojeada. Hay una mujer muy interesante cuatro puertas más abajo. Parece estar frotando excrementos por la pared.

—Puaj. —A Shallan le pareció que podía olerlo.

—Patrones... —dijo él mientras andaban—. No pude fijarme bien en lo que estaba escribiendo, pero parecía muy interesante. Creo que iré a mirar y...

—No —susurró Shallan—, quédate conmigo. —Sonrió, asintiendo a varios fervorosos que pasaron de largo. No le hablaron, por fortuna, y se limitaron a devolverle el saludo.

El edificio del monasterio, como casi todo en el campamento de guerra de Dalinar, estaba compuesto por sobrios pasillos sin adornar. Shallan siguió las instrucciones de Patrón hasta una gruesa puerta fijada en la piedra. El cerrojo se abrió con ayuda de Patrón y Shallan se deslizó en silencio al interior.

Una única ventanita, más bien una rendija, demostraba ser insuficiente para iluminar por completo la gran figura sentada en la cama. De piel oscura, como los habitantes de los reinos Makabaki, el hombre tenía el hirsuto cabello del mismo tono y los brazos gruesos; eran brazos de soldado o de trabajador. Estaba sentado con los hombros encorvados y la cabeza gacha, mientras la tenue luz de la ventana dibujaba una línea blanca en su espalda. Componía una silueta sombría y poderosa.

El hombre susurraba. Shallan no acertó a entender las palabras. Se estremeció, de espaldas a la puerta, y alzó el dibujo que le había dado Mraize. Parecía la misma persona, al menos el color de piel y la constitución eran iguales, aunque ese hombre era mucho más musculoso de lo que indicaba la imagen. Tormentas... parecía que aquellas manos podían aplastar a cualquiera como si se tratara de un cremlino.

El hombre no se movió. No alzó la cabeza, no cambió de postura. Era como un peñasco que hubiera rodado hasta detenerse allí.

—¿Por qué está tan oscura esta habitación? —preguntó Patrón, completamente alegre.

El loco no reaccionó al comentario, ni siquiera a Shallan, mientras daba un paso adelante.

—La teoría moderna para ayudar a los locos sugiere confinamientos poco iluminados —susurró Shallan—. Demasiada luz los estimula y puede reducir la efectividad del tratamiento. — Eso era lo que recordaba, al menos, aunque no había leído mucho sobre el tema. En cualquier caso, la habitación estaba realmente oscura. La ventana no podía tener más de cuatro dedos de anchura.

¿Qué susurraba el hombre? Shallan continuó avanzando con cautela.

—¿Señor? —preguntó. Entonces vaciló, advirtiendo que proyectaba la voz de una joven desde el viejo y grueso cuerpo de un fervoroso. ¿Se sobresaltaría el hombre? Como no estaba mirando, retiró la ilusión.

—No parece furioso —dijo Patrón—. Pero lo has llamado loco.

—«Loco» tiene dos acepciones —dijo Shallan—. Una implica estar furioso. La otra tener mal la cabeza.

—Ah, como un spren que ha perdido sus vínculos.

—No exactamente, supongo —dijo Shallan, acercándose al hombre—. Pero parecido.

Se arrodilló a su lado, intentando entender lo que decía.

—El tiempo del Regreso, de la Desolación, está cercano —susurró él. Considerando el color de su piel, Shallan habría esperado que hablara con acento azishiano, pero hablaba en perfecto alezi—. Tenemos que prepararnos. Habréis olvidado mucho, tras la destrucción de tiempos pasados.

Shallan miró primero a Patrón, perdido en las sombras a un lado de la habitación, y luego al hombre. La luz se reflejó en sus ojos castaño oscuro, dos puntos brillantes en un rostro por lo demás en sombra. Aquella postura abatida parecía tan taciturna... Siguió susurrando algo acerca de bronce y acero, de preparativos y entrenamiento.

—¿Quién eres? —susurró Shallan.

—Tanelel'Elin. El que llamáis Tendón de Piedra.

Ella sintió un escalofrío. Entonces el hombre continuó susurrando las mismas cosas que antes, palabra por palabra. Shallan no estaba segura de si su comentario había sido una respuesta a su pregunta o solo parte de su recitado. No contestó a nada más.

—Tanelel —dijo Patrón—. Conozco ese nombre.

—Tanelat'Elin es el nombre de uno de los Heraldos —contestó Shallan—. Es casi lo mismo.

—Ah —dijo Patrón—. ¿Mentira?

—Indudablemente. Va en contra de toda lógica que Dalinar Kholin tenga a uno de los Heraldos del Todopoderoso encerrado en las habitaciones más recónditas de un templo. A veces los locos creen que son otra persona.

Naturalmente, muchos decían que el propio Dalinar estaba loco. Y estaba intentando volver a fundar los Caballeros Radiantes. Recoger a un loco que creyera ser uno de los Heraldos podía encajar con aquello.

—Loco —dijo Shallan—, ¿de dónde vienes?

Él continuó desvariando.

—¿Sabes qué quiere de ti Dalinar Kholin?

Más desvaríos.

Shallan suspiró, pero se arrodilló y escribió sus palabras exactas para transmitírselas a Mraize. Anotó la secuencia entera, y la escuchó de nuevo dos veces para asegurarse de que no iba a decir nada nuevo. Sin embargo, esta vez no dijo su supuesto nombre. Así que había una variación.

No podía ser de verdad uno de los Heraldos, ¿no?

«No seas tonta —pensó Shallan, guardando sus útiles de escribir—. Los Heraldos brillan como el sol, empuñan las hojas de Honor, y hablan con la voz de mil trompetas. Podían derribar edificios con una orden, obligar a las tormentas a obedecer, y sanar al contacto».

Shallan se dirigió a la puerta. A esas alturas ya habrían advertido su ausencia en la otra habitación. Tendría que volver y mentir diciendo que había ido a buscar algo de beber para su garganta reseca. Pero primero tendría que volver a ponerse el disfraz de fervoroso. Absorbió un poco de luz tormentosa, luego exhaló, usando el recuerdo aún fresco del fervoroso para crear...

—¡Aaaaaaah!

El loco se puso en pie de un salto. Se abalanzó sobre ella, moviéndose con increíble velocidad. Mientras Shallan gritaba de sorpresa, él la agarró y la sacó de su nube de luz tormentosa. La imagen se desmoronó, disolviéndose, y el loco la lanzó contra la pared, con los ojos desorbitados de espanto y la respiración entrecortada. La escrutó frenéticamente, con las pupilas corriendo de un lado a otro.

Shallan tembló y contuvo el aliento.

Diez latidos.

—Uno de los Caballeros de Ishar —susurró el loco. Entornó los ojos—. Recuerdo... ¿Los fundó él? Sí. Hace varias Desolaciones. Ya no se habla más. No se habla desde hace miles de años. Pero... Cuando...

Se apartó de ella al tiempo que se llevaba una mano a la cabeza. La hoja esquirolada apareció en las manos de Shallan, pero parecía que ya no la necesitaba. El hombre le dio la espalda y se encaminó a su camastro, donde se tendió y encogió.

Shallan se acercó poco a poco y descubrió que volvía a susurrar lo mismo que antes. Retiró la espada.

«El alma de madre...».

—¿Shallan? —preguntó Patrón—. Shallan, ¿estás loca?

Ella se estremeció. ¿Cuánto tiempo había pasado?

—Sí —dijo, caminando rápidamente hacia la puerta. Se asomó. No podía arriesgarse a usar de nuevo luz tormentosa en esa habitación. Tendría que escabullirse...

Rayos. Varias personas se acercaban por el pasillo. No le quedaba más remedio que esperar a que pasaran de largo. Pero parecía que se dirigían exactamente a esta puerta.

Uno de aquellos hombres era el alto señor Amaram.



Sí, estoy decepcionado. Perpetuamente, como tú dices.

Kaladin yacía en su banco, ignorando el cuenco de humeante arroz especiado que había en el suelo.

Había empezado a verse a sí mismo como aquel espinablanca de la casa de fieras. Un depredador encerrado en una jaula. Las tormentas quisieran que no acabara como aquella pobre bestia: agotada, hambrienta, confusa. «No viven bien en cautividad», había dicho Shallan.

¿Cuántos días habían pasado? Kaladin descubrió que no le importaba. Eso le preocupaba. Durante su tiempo como esclavo, también había dejado de preocuparse por el paso del tiempo.

No estaba tan lejos de aquel despojo que había sido. Sentía que resbalaba de vuelta a aquel estado mental, como un hombre que escala un acantilado cubierto de crem y mugre. Cada vez que intentaba llegar más alto, resbalaba. Acabaría por caer.

Antiguas formas de pensamiento... las formas de pensar del esclavo, se revolvían en su interior. «Deja de preocuparte. Preocúpate solo de la siguiente comida, y mantente alejado de los demás. No pienses demasiado. Pensar es peligroso. Pensar te hace sentir esperanza, te hace desear».

Kaladin gritó, se levantó del banco de un salto y recorrió de un

lado a otro la pequeña celda, llevándose las manos a la cabeza. Se había considerado muy fuerte. Un luchador. ¡Pero todo lo que había que hacer para arrebatarse esa certeza era meterlo en una caja durante unos pocos días, y la verdad regresaba! Se apretujó contra los barrotes y extendió una mano entre ellos, hacia una de las lámparas de la pared. Inspiró.

No sucedió nada. Ninguna luz tormentosa. La esfera continuó brillando con firmeza.

Kaladin gritó, extendiendo más la mano, estirando las yemas de los dedos hacia aquella luz lejana. «No permitas que la oscuridad me lleve», pensó. Entonces... rezó. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que lo hizo? No tenía nadie que escribiera y quemara las palabras, pero el Todopoderoso escuchaba los corazones, ¿no? «Por favor. Otra vez no. No puedo volver a eso.

»Por favor».

Se esforzó por alcanzar aquella esfera, inspirando. La luz pareció resistir, luego gloriosamente fluyó hacia las yemas de sus dedos. La tormenta latió en sus venas.

Kaladin contuvo la respiración, los ojos cerrados, saboreándola. El poder se debatía contra él, intentando escapar. Se apartó de los barrotes y empezó a caminar de nuevo, los ojos cerrados, no tan frenético como antes.

—Me preocupas —dijo Syl—. Te vuelves oscuro.

Kaladin abrió los ojos y por fin la encontró, sentada entre dos barrotes como en un columpio.

—Me pondré bien —dijo Kaladin, dejando que la luz tormentosa brotara de sus labios como humo—. Solo necesito salir de esta jaula.

—Es peor que eso. Es la oscuridad... la oscuridad... —Miró hacia un lado, luego soltó una risita y se lanzó a inspeccionar algo en el suelo. Un pequeño cremlino se arrastraba por el borde de la celda. Se detuvo junto a él, con los ojos muy abiertos ante el color rojo y violeta de su caparazón.

Kaladin sonrió. Seguía siendo un spren. Como una niña. Para Syl el mundo era un lugar de maravilla. ¿Cómo sería eso?

Se sentó y se tomó la comida, sintiendo que se había librado por el momento de la melancolía. Al cabo de un rato uno de los guardias se acercó a comprobarlo y encontró la esfera opaca. La sacó, frunciendo el ceño, y sacudió la cabeza antes de sustituirla y

marcharse.

Amaram se dirigía a esa celda.

«¡Escóndete!».

Shallan se sintió orgullosa de la rapidez con que escupió el resto de su luz tormentosa, envolviéndose en ella. Ni siquiera pensó en cómo había actuado el loco ante su tejido de luz antes, aunque quizá debería haberlo hecho. De todas formas, esta vez no pareció darse cuenta.

¿Debería convertirse en un fervoroso? No. Algo mucho más sencillo, algo más rápido.

Oscuridad.

Sus ropas se volvieron negras. Su piel, su sombrero, su pelo... todo completamente negro. Se apartó de la puerta y se acurrucó en una esquina, lo más lejos posible de aquella ventana mínima, y se quedó quieta. Con su ilusión en su sitio, el tejido de luz consumió los hilillos de luz tormentosa que normalmente brotaban de su piel, enmascarando aún más su presencia.

La puerta se abrió. Shallan sintió tronar su corazón y deseó haber tenido tiempo para crear una pared falsa. Amaram entró en la celda acompañado por un joven ojos oscuros, obviamente alezi, de pelo corto y cejas prominentes. Llevaba una librea Kholin. Cerraron suavemente la puerta tras ellos y Amaram se guardó una llave.

Shallan experimentó un inmediato arretrato de furia al ver allí al asesino de su hermano, pero descubrió que de algún modo se había aplacado. Sentía una repulsa ardiente en vez de un odio intenso. Había pasado ya mucho tiempo desde la última vez que vio a Helaran. Y Balat tenía razón cuando decía que su hermano mayor los había abandonado.

Para intentar matar a ese hombre, aparentemente... o eso había deducido ella por lo que había leído de Amaram y su hoja esquirlada. ¿Por qué había ido su hermano a hacer eso? ¿Y podía reprochárselo a Amaram cuando, en realidad, probablemente solo se estaba defendiendo?

Sintió que sabía muy poco. Aunque Amaram seguía siendo un desgraciado, por supuesto.

Amaram y el ojos oscuros alezi se volvieron hacia el loco.

Shallan no pudo distinguir muy bien sus rasgos en la celda casi completamente a oscuras.

—No sé por qué necesitas oírlo tú mismo, brillante señor —dijo el criado—. Ya te he contado lo que dijo.

—Calla, Bordin —ordenó Amaram mientras cruzaba la celda—. Vigila la puerta.

Shallan se envaró, acurrucada en la esquina. La verían, ¿no?

Amaram se inclinó junto a la cama.

—Gran príncipe —susurró, apoyando una mano en el hombro del loco—. Vuélvete. Déjame verte.

El loco alzó la cabeza, todavía murmurando.

—Ah... —dijo Amaram, resoplando—. Todopoderoso en las alturas, diez nombres, todo cierto. Eres hermoso. Gavilar, lo hemos conseguido. Por fin lo hemos conseguido.

—¿Brillante señor? —dijo Bordin desde la puerta—. No me gusta estar aquí. Si nos descubrieran, podrían hacer preguntas. El tesoro...

—¿De verdad mencionó las espadas esquirradas?

—Sí —dijo Bordin—. Habló de un montón de ellas.

—Las hojas de Honor —susurró Amaram—. Gran príncipe, por favor, dime las mismas palabras que le dijiste a este.

El loco siguió murmurando tal como Shallan había oído. Amaram continuó arrodillado, pero al final se volvió hacia el nervioso Bordin.

—¿Bien?

—Repitió las mismas palabras cada día —dijo Bordin—, pero solo mencionó las espadas una vez.

—Me gustaría oírlas.

—Brillante señor, podríamos esperar aquí durante días y no oír esas palabras. Por favor. Tenemos que irnos. Los fervorosos vendrán tarde o temprano en una de sus rondas.

Amaram se levantó con clara reticencia.

—Gran príncipe —le dijo a la figura encorvada del loco—, voy a recuperar tus tesoros. No hables de ellos a los demás. Daré buen uso a las espadas. —Se volvió hacia Bordin—. Vamos, busquemos ese lugar.

—¿Hoy?

—Dijiste que estaba cerca.

—Sí, bueno, por eso lo traje hasta aquí. Pero...

—Si accidentalmente habla de esto a los otros, haré que vayan al lugar y lo encuentren vacío de tesoros. Vamos, rápido. Serás recompensado.

Amaram se marchó. Bordin se detuvo en la puerta a mirar al loco, luego salió y cerró la puerta con un chasquido.

Shallan dejó escapar un largo suspiro y se desplomó en el suelo.

—Es como aquel mar de esferas.

—¿Shallan? —preguntó Patrón.

—Me he caído dentro y no es que el agua me cubra la cabeza..., es que ni siquiera es agua y no tengo ni idea de cómo nadar en eso.

—No entiendo esta mentira —dijo Patrón.

Ella sacudió la cabeza mientras el color regresaba a su piel y sus ropas. Tras convertirse nuevamente en Velo, se dirigió a la puerta, acompañada por el sonido de los desvaríos del loco. «Heraldo de la Guerra. El tiempo del Regreso está cerca...».

Una vez fuera, regresó a la sala donde estaba Iyatil y pidió profusamente disculpas a los fervorosos que la estaban buscando. Alegó que se había perdido, pero dijo que aceptaría una escolta que la acompañara de vuelta a su palanquín.

Sin embargo, antes de irse, se inclinó para abrazar a Iyatil como para despedirse de su hermana.

—¿Puedes escapar? —susurró.

—No seas estúpida. Claro que puedo.

—Coge esto —dijo Shallan, colocando una hoja de papel en la mano libre enguantada de Iyatil—. En ella he escrito los desvaríos del loco. Se repiten sin cambiar. Vi a Amaram entrar en la celda: parece creer que estas palabras son auténticas, y busca un tesoro del que habló antes el loco. Escribiré un informe completo y os lo enviaré por vinculacañas a ti y a los demás esta noche.

Shallan hizo amago de retirarse, pero Iyatil la sujetó.

—¿Quién eres en realidad, Velo? —preguntó la mujer—. Me sorprendiste espíandote, y puedes perderme en las calles. No es algo fácil de hacer. Tus bonitos dibujos fascinan a Mraize, otra tarea casi imposible, considerando todo lo que ha visto. Y mira lo que has hecho hoy.

Shallan sintió un escalofrío de emoción. ¿Por qué se sentía tan contenta de recibir el respeto de esta gente? Eran asesinos.

Pero que las tormentas se la llevaran: se había ganado ese respeto.

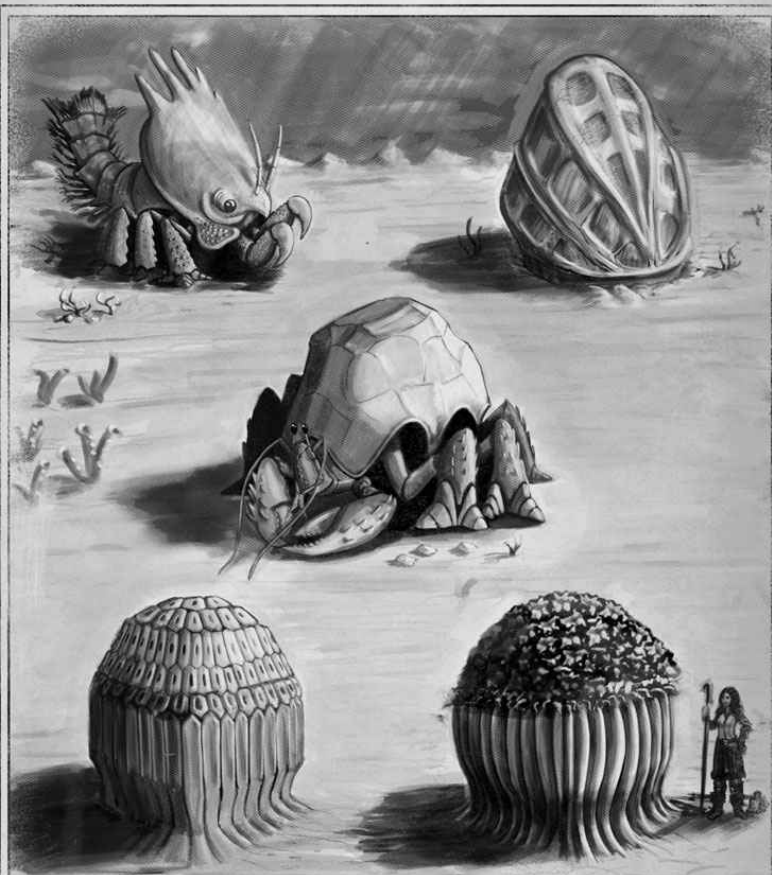
—Busco la verdad —respondió—. Dondequiera que esté, quienquiera que la tenga. Eso es lo que soy. —Saludó con la cabeza a Iyatil, y luego se retiró y escapó del monasterio.

Más tarde, esa noche, después de enviar un informe completo sobre los acontecimientos del día (además de prometedores dibujos del loco, Amaram y Bordin), recibió un sencillo mensaje de Mraize.

«La verdad destruye a más gente de la que salva, Velo. Pero has demostrado tu valía. Ya no tienes nada que temer de nuestros otros miembros: han recibido instrucciones de no tocarte. Se te exige un tatuaje concreto, un símbolo de tu lealtad. Enviaré un dibujo. Puedes ponértelo donde quieras, pero debes mostrármelo la próxima vez que nos veamos.

»Bienvenida a los Sangre Espectral».

recuerdo de la metamorfosis, y el entrenamiento tendrá que comenzar como si fuera una bestia nueva. No hay ninguna garantía de que una dócil larva pupen en



Para potenciar la conversión en pupa de las larvas maduras hay que alimentarlas exclusivamente con hojas de rocalirio. Para evitar la conversión en pupa de los chulls adultos, añadir gotas de aceite de cor-tezapizarra al agua de beber y alimentar a los chulls con concharrapa-ta molida. Poner a cubierto el ganado durante una alta tormenta sigue siendo el mejor método para impedir que los chulls pupen.

FIG. 38 — METAMORFOSIS DEL CHULL: LARVA (EL CREMLINO DEL CHULL), PRIMERA PUPA, CHULL ADULTO, SEGUNDA PUPA, SENECTUD



UN AÑO Y MEDIO ANTES

—¿Cuál es el lugar de la mujer en el mundo moderno? —había escrito Jasnah Kholin—. Me rebelo contra esta pregunta, aunque muchas de mis colegas la plantean. La discriminación inherente a la cuestión parece invisible para muchas de ellas. Se consideran progresistas porque están dispuestas a desafiar muchos de los supuestos del pasado.

»Ignoran el supuesto mayor: que hay que empezar por definir y establecer un “lugar” para las mujeres. La mitad de la población debe ser reducida de algún modo al rol definido por una simple conversación. No importa lo amplio que sea ese rol, será (por naturaleza) una reducción de la infinita variedad que es la condición de ser mujer.

»Yo digo que no hay ningún papel específico para las mujeres, sino que hay, en cambio, un papel para cada mujer, y ella debe crearlo por sí misma. Para algunas, será el rol de la erudita; para otras, será el de la esposa. En algunos casos, será ambas cosas. Pero para otras no será ninguno de los dos.

»No me confundan y asuman que valoro el papel de una mujer por encima de otro. No pretendo estratificar nuestra sociedad: ya lo hemos hecho demasiado a menudo. Mi argumento es diversificar nuestro discurso.

»La fuerza de una mujer no debería residir en su papel, elija cual elija, sino en el poder para elegir ese papel. Me resulta sorprendente que incluso yo tenga que recalcar esto, ya que lo considero la misma base de nuestra conversación».

Shallan cerró el libro. No habían pasado ni dos horas desde que su padre ordenó el asesinato de Helaran. Después de que se retirara a su habitación, una pareja de guardias apareció en el pasillo. Probablemente no para vigilarla a ella: dudaba de que su padre supiera que se había enterado de la orden de matar a Helaran. Los guardias estaban para asegurarse de que Malise, su madrastra, no intentara huir.

Aunque esta suposición podía ser errónea. De hecho, Shallan ni siquiera sabía si Malise seguía viva todavía, después de sus gritos y la fría y furiosa diatriba de su padre.

Quiso esconderse, acurrucarse en su armario envuelta en mantas, con los ojos cerrados. Las palabras del libro de Jasnah Kholin le daban fuerzas, aunque en cierto sentido parecía ridículo que Shallan estuviera leyéndolas. La alta dama Kholin hablaba de la nobleza de la elección, como si todas las mujeres tuvieran semejante oportunidad. La decisión entre ser madre y erudita parecía difícil según la valoración de Jasnah. ¡No lo era en modo alguno! ¡Parecía algo glorioso! Cualquiera de las dos opciones sería una delicia comparada con una vida de miedo en una casa que rebosaba ira, tristeza y desesperanza.

Imaginó cómo debía ser la alta dama Kholin, una mujer capaz que no hacía lo que los demás insistían en que debía hacer. Una mujer con poder, autoridad. Una mujer que podía permitirse perseguir sus sueños.

¿Cómo sería eso?

Shallan se levantó. Se dirigió a la puerta y abrió una rendija. Aunque ya era tarde, los dos guardias seguían de pie en el otro extremo del pasillo. El corazón de Shallan latió con fuerza y la muchacha maldijo su timidez. ¿Por qué no podía ser como las mujeres que actuaban, en vez de ser alguien que se escondía en su habitación con una almohada alrededor de la cabeza?

Temblando, salió del cuarto. Caminó hacia los soldados, sintiendo sus ojos sobre ella. Uno alzó una mano. Shallan no sabía cómo se llamaba ese hombre, aunque en otros tiempos conocía los

nombres de todos los guardias. Pero todos los hombres con los que había crecido habían sido sustituidos.

—Mi padre me necesitará —dijo, sin detenerse ante el gesto del guardia. Aunque era ojos claros, ella no tenía por qué obedecerlo. Podía pasarse casi todo el día en sus habitaciones, pero seguía siendo de un rango muy superior al suyo.

Pasó junto a los hombres, con los puños cerrados y temblorosos. Ellos la dejaron pasar. Cuando cruzó el umbral, oyó un suave llanto en el interior de los aposentos de su padre. Malise estaba viva todavía, afortunadamente.

Encontró a su padre en el salón comedor, sentado solo con ambas chimeneas encendidas, llenas de llamas. Estaba desplomado ante la mesa, iluminado por la fuerte luz, mirando el mantel.

Shallan se escabulló hacia la cocina antes de que reparara en ella, y le preparó su bebida favorita. Vino violeta oscuro caliente, especiado con canela, para combatir el frío del día. Su padre alzó la cabeza cuando ella volvió a entrar en el salón y le puso la copa delante, mirándolo a los ojos. No había oscuridad allí hoy. Solo él. Eso era muy raro, últimamente.

—No me escuchan, Shallan —susurró—. No me escucha nadie. Odio tener que luchar contra mi propia casa. Deberían apoyarme. —Cogió la bebida—. Wikim se queda mirando a la pared la mitad de las veces. Jushu es indigno, y Balat se enfrenta a mí a cada paso. Y ahora Malise también.

—Hablaré con ellos —dijo Shallan.

Él bebió el vino. Asintió.

—Sí. Sí, eso estaría bien. Balat sigue fuera con esos malditos cachorros de sabueso-hacha. Me alegro de que estén muertos. Esa camada era un desastre, solo había animales penosos. Además, no los necesitaba...

Shallan salió al aire helado. El sol se había puesto, pero había lámparas colgando en los aleros de la mansión. De noche rara vez contemplaba los jardines, que adoptaban un tono misterioso en la oscuridad. Enredaderas con aspecto de dedos surgían de la nada, buscando algo que agarrar y arrastrar a las tinieblas.

Balat estaba tendido en uno de los bancos. Los pies de Shallan aplastaron algo cuando se acercó a él. Zarpas de cremlino, arrancadas de sus cuerpos una tras otra y luego arrojadas al suelo.

Shallan se estremeció.

—Deberías irte —le dijo a su hermano.

Él se incorporó.

—¿Qué?

—Nuestro padre ya no puede controlarse —prosiguió Shallan en voz baja—. Tienes que marcharte mientras puedas. Quiero que te lleves a Malise contigo.

Balat se llevó las manos a la maraña de pelo oscuro rizado.

—¿Malise? Nuestro padre nunca permitirá que se marche. Nos perseguiría.

—Te perseguirá de todas formas —alegó Shallan—. Persigue a Helaran. Hoy mismo ha ordenado a uno de sus hombres que busque a nuestro hermano y lo asesine.

—¿Qué? —Balat se levantó—. ¡Ese hijo de puta! Le... le... —Miró a Shallan en la oscuridad, con el rostro iluminado por la luz de las estrellas. Entonces se abatió, volvió a sentarse y se llevó las manos a la cabeza—. Soy un cobarde, Shallan —susurró—. Oh, Padre Tormenta, soy un cobarde. No me enfrentaré a él. No puedo.

—Ve con Helaran. ¿Podrías encontrarlo, si fuera necesario?

—Él... Sí, me dejó el nombre de una persona en Valath que podía ponerme en contacto con él.

—Llévate a Malise y a Eylita. Ve con Helaran.

—Seguro que nuestro padre nos alcanzaría antes de que encontráramos a Helaran.

—Entonces nosotros contactaremos con él —dijo Shallan—. Prepararemos un encuentro con él y podrás planearlo todo para cuando nuestro padre esté fuera. Tiene previsto otro viaje a Vedenar dentro de unos pocos meses. Márchate cuando no esté, sácale una buena ventaja.

Balat asintió.

—Sí... Sí, eso es buena idea.

—Le escribiré una carta a Helaran —dijo Shallan—. Tenemos que avisarle de los asesinos de nuestro padre, y podemos pedirle que os lleve a los tres.

—No tendrías que hacer esto, pequeña —dijo Balat, con la cabeza gacha—. Soy el mayor después de Helaran. Tendría que haber detenido a nuestro padre ya. De algún modo.

—Llévate a Malise —insistió Shallan—. Eso será suficiente.

Él asintió.

Shallan regresó a la casa, pasó ante su padre, que seguía rumiando la desobediencia de su familia, y cogió algunas cosas de la cocina. Luego regresó a las escaleras y alzó la cabeza. Tras respirar hondo unas cuantas veces, repasó lo que iba a decirles a los guardias si la detenían. Entonces los dejó atrás y abrió la puerta de la sala de estar de su padre.

—Espera —dijo el guardia del pasillo—. Nos ha dado órdenes. Nadie entra ni sale.

Shallan sintió un nudo en la garganta, e incluso con su práctica, tartamudeó al contestar.

—Acabo de hablar con mi padre. Quiere que hable con ella.

El guardia la inspeccionó, mascullando algo. Shallan, con el corazón desbocado, sintió que su confianza vacilaba. Confrontación. Era tan cobarde como Balat.

Hizo un gesto al otro guardia, que bajó las escaleras a comprobar. Después regresó asintiendo y el primer hombre, reacio, indicó a Shallan que continuara. Ella entró.

En el Lugar.

No había pisado esa habitación en años. Desde...

Desde...

Alzó una mano, protegiéndose los ojos contra la luz que brotaba desde detrás del cuadro. ¿Cómo podía su padre dormir allí? ¿Cómo era posible que nadie más mirara, que a nadie más le importara? La luz era cegadora.

Por fortuna, Malise estaba acurrucada en un sillón ante esa pared, así que Shallan pudo darle la espalda al cuadro y obstruir la luz. Puso una mano en el brazo de su madrastra.

A pesar de los años que llevaban viviendo juntas, no tenía la impresión de que conociera a Malise. ¿Quién era esa mujer, dispuesta a casarse con un hombre de quien todos decían que había asesinado a su anterior esposa? Malise supervisaba la educación de Shallan (lo que implicaba buscar nuevas tutoras cada vez que las mujeres huían), pero ella misma no podía hacer mucho por enseñarle. No se puede enseñar lo que no se sabe.

—¿Madre? —preguntó Shallan. Empleó la palabra.

Malise alzó la cabeza. A pesar de la ardiente luz de la habitación, Shallan vio que la mujer tenía un labio roto y sangrante,

y que se acunaba el brazo izquierdo. Sí, estaba roto.

Shallan cogió la gasa y el paño que había cogido de la cocina y empezó a lavar las heridas. Tendría que buscar algo que hiciera de cabestrillo para ese brazo.

—¿Por qué no te odia? —dijo Malise bruscamente—. Odia a todo el mundo menos a ti.

Shallan atendió el labio de la mujer.

—Padre Tormenta, ¿por qué vine a esta maldita casa? —Malise se estremeció—. Nos matará a todos. Uno a uno, nos destrozará y nos matará. Hay oscuridad en su interior. La he visto tras sus ojos. Una bestia...

—Vas a marcharte —dijo Shallan en voz baja.

Malise soltó una carcajada.

—Nunca me dejará marchar. Nunca deja marchar nada que sea suyo.

—Es que no se lo preguntarás —susurró Shallan—. Balat va a huir para unirse a Helaran, que tiene amigos poderosos. Es portador de esquirlada. Os protegerá a ambos.

—No lo alcanzaremos —dijo Malise—. Y si lo hacemos, ¿por qué iba a aceptarnos Helaran? No tenemos nada.

—Helaran es un buen hombre.

Malise se retorció en su asiento, apartando la mirada de Shallan, que continuó atendiéndola. La mujer gimió cuando le vendó el brazo, pero no quiso responder a sus preguntas. Por fin Shallan recogió las ropas manchadas de sangre para tirarlas.

—Si me voy —susurró Malise—, y Balat viene conmigo, ¿a quién odiará? ¿A quién golpeará? ¿Tal vez a ti, por fin? ¿A la que lo merece realmente?

—Tal vez —susurró Shallan antes de marcharse.

BENDITORMENTAS



¿No es suficiente la destrucción que hemos causado? Los mundos que ahora recorres tienen la marca y el diseño de Adonalsium. Nuestra interferencia, hasta el momento, no ha provocado más que dolor.

Unos pies rozaron la piedra ante la jaula de Kaladin. Uno de los carceleros que venía otra vez a comprobar su estado. Kaladin continuó tendido, inmóvil, con los ojos cerrados, y no se volvió a mirar.

Para mantener la oscuridad a raya, había empezado a planear. ¿Qué haría cuando saliera? «Cuando» saliera. Tenía que decírselo a la fuerza. No es que no confiara en Dalinar. Su mente, sin embargo... su mente lo traicionaba, y le susurraba cosas que no eran verdad.

Distorsiones. En su estado, podía creer que Dalinar mintiera. Podía creer que el alto príncipe quisiera en secreto que Kaladin estuviera en prisión. Kaladin era muy mal guardia, después de todo. Había fracasado en todo lo referido a las misteriosas cuentas atrás arañadas en las paredes, y tampoco había conseguido detener al Asesino de Blanco.

Con los engaños de su propia mente, Kaladin podía creer que en realidad el Puente Cuatro se alegraba de librarse de él, que todos

ellos fingían que querían ser guardias solo para complacerlo. Que en el fondo solo deseaban seguir adelante con sus vidas, unas vidas de las que hubiesen podido disfrutar si Kaladin no hubiese estado ahí para echarlas a perder.

Estas falsedades deberían haberle parecido ridículas. Pero no era así.

Clink.

Kaladin abrió los ojos y se puso alerta. ¿Habían venido a llevárselo, a ejecutarlo, como quería el rey? Se puso en pie de un salto, adoptando una posición de lucha, listo para lanzar el cuenco vacío de comida.

El carcelero que estaba ante la puerta dio un paso atrás, con los ojos muy abiertos.

—Tormentas, hombre —masculló—. Creí que estabas dormido. Bueno, has cumplido tu sentencia. El rey ha firmado el perdón hoy. Ni siquiera te han privado de tu rango ni posición. —El hombre se frotó la barbilla antes de abrir la puerta de la celda—. Supongo que tienes suerte.

Suerte. La gente siempre decía eso de Kaladin. Con todo, la perspectiva de la libertad apartó la oscuridad que se había instalado en su interior, y Kaladin se acercó a la puerta. Con cautela. Salió mientras el guardia daba un paso atrás.

—Eres desconfiado, ¿eh? —dijo el carcelero, un ojos claros de bajo rango—. Supongo que por eso eres un buen guardaespaldas. —El hombre le indicó que saliera de la habitación primero.

Kaladin esperó.

El guardia acabó por suspirar.

—De acuerdo.

Salió al pasillo al otro lado. Kaladin lo siguió, y con cada paso se sintió que retrocedía unos cuantos días en el tiempo. Descartar la oscuridad. No era un esclavo. Era soldado. El capitán Kaladin. Había sobrevivido a este... ¿cuánto tiempo había sido? ¿Dos, tres semanas? Ese corto espacio de tiempo encerrado en una jaula.

Ya era libre. Podía regresar a su vida como guardaespaldas. Pero una cosa... una cosa había cambiado.

«Nadie volverá a hacerme esto nunca más». Ningún rey ni general, ningún brillante señor ni brillante dama.

Antes que pasar por esto prefería morir.

Pasaron ante una ventana a sotavento y Kaladin se detuvo a respirar el fresco olor del aire libre. La ventana ofrecía una vista corriente y anodina del campamento, pero parecía gloriosa. Una leve brisa le agitó el pelo y se permitió sonreír, llevándose una mano a la barbilla. Varias semanas sin afeitarse. Tendría que pedirle a Roca que se encargara de ello.

—Ya está —dijo el carcelero—. Es libre. ¿Podemos acabar ya con esta farsa, alteza?

—¿Alteza?

Kaladin se volvió en el pasillo y vio que el guardia se había detenido ante otra celda, una de las más grandes del lugar. Kaladin había sido internado en la más profunda, lejos de las ventanas.

El carcelero hizo girar una llave en la cerradura de la puerta de madera y la abrió. Adolin Kholin, vestido con un simple uniforme ajustado, salió de la celda. También tenía barba de varios días, aunque era rubia, moteada de negro. El príncipe inspiró profundamente antes de volverse hacia Kaladin y asentir.

—¿Te encerró a ti también? —dijo Kaladin, aturdido—. ¿Cómo...? ¿Qué...?

—Esperan en la otra habitación, brillante señor —dijo el carcelero, nervioso.

Adolin asintió y se dirigió hacia allí.

Kaladin alcanzó al carcelero y lo cogió por el brazo.

—¿Qué está pasando? ¿El rey ha metido aquí al heredero de Dalinar?

—El rey no tuvo nada que ver —respondió el carcelero—. El brillante señor Adolin insistió. No quiso salir mientras estuvieras recluido. Tratamos de impedirselo, pero es un príncipe. No podemos obligarle a hacer nada, tormentas, ni siquiera a marcharse. Se encerró él mismo en esa celda y tuvimos que soportarlo.

Imposible. Kaladin miró a Adolin, que recorría lentamente el pasillo. El príncipe tenía mucho mejor aspecto que él: obviamente se había bañado en alguna ocasión, y su celda era mucho más grande, con más intimidad.

Pero de todas formas era una celda.

«Eso fue lo que oí aquel día, poco después de que me encarcelaran —pensó Kaladin—. Adolin vino y se encerró él mismo».

Kaladin corrió tras el príncipe.

—¿Por qué?

—No me parecía justo que estuvieras aquí —dijo Adolin, mirando al frente.

—Estropeé tu oportunidad de enfrentarte a Sadeas en duelo.

—A estas alturas, sin ti yo estaría lisiado o muerto —señaló Adolin—. Así que no habría tenido ninguna oportunidad de enfrentarme a Sadeas de todas formas. —El príncipe se detuvo en el pasillo y miró a Kaladin—. Además, salvaste a Renarin.

—Es mi trabajo.

—Entonces tenemos que pagarte más, muchacho del puente. Porque creo que nunca he conocido a otro hombre que saltara, sin armadura, a luchar contra seis portadores de esquirlada.

Kaladin frunció el ceño.

—Espera. ¿Llevas colonia? ¿En prisión?

—Bueno, no había ninguna necesidad de volverse un bárbaro por estar encarcelado.

—Tormentas, sí que eres engreído.

—Soy refinado, granjero insolente —replicó Adolin. Luego sonrió—. Además, te hago saber que tuve que usar agua fría para mis baños mientras estaba aquí.

—Pobrecito.

—Lo sé. —Adolin vaciló, luego extendió una mano.

Kaladin la estrechó.

—Siento haberte estropeado el plan.

—Bah, no fuiste tú —dijo Adolin—. Lo hizo Elhokar. ¿Crees que no podría haber ignorado sin más tu petición, y seguir adelante, permitiéndome continuar con mi desafío a Sadeas? Se dejó llevar por su mal genio en vez de controlar a la multitud y seguir adelante. Tormenta de hombre.

Kaladin parpadeó ante el tono audaz, luego miró al carcelero, que se mantenía apartado, obviamente tratando de no llamar la atención.

—Las cosas que dijiste sobre Amaram... —preguntó Adolin—. ¿Eran ciertas?

—Todas y cada una de ellas.

Adolin asintió.

—Siempre me he preguntado qué escondía ese tipo. —Continuó

andando.

—Espera —dijo Kaladin, corriendo para alcanzarlo—, ¿me crees?

—Mi padre es el mejor hombre que conozco, quizás el mejor hombre vivo. Incluso él pierde los nervios, toma decisiones equivocadas y tiene un pasado problemático. Amaram nunca parece hacer nada mal. Si escuchas las historias que se cuentan de él, es como si todos esperaran que brille en la oscuridad y meee néctar. A mí eso me apesta a alguien que se esfuerza demasiado en mantener su reputación.

—Tu padre dice que no tendría que haber intentado retarlo.

—Sí —dijo Adolin, llegando a la puerta al fondo del pasillo—. Sospecho que no acabas de entender el formalismo de los duelos. Un ojos oscuros no puede retar a un hombre como Amaram, y desde luego no tendrías que haber hecho lo que hiciste. Avergonzó al rey, como si hubieras escupido en un regalo que te hubiera hecho. —Adolin vaciló—. Naturalmente, eso ya no debería importarte, y mucho menos después de hoy.

Adolin abrió la puerta. Al otro lado, la mayoría de los hombres del Puente Cuatro se apiñaban en una pequeña sala donde los carceleros obviamente se pasaban el día. Habían retirado a un rincón mesas y sillas para hacer sitio a los veintitantos hombres que saludaron a Kaladin cuando se abrió la puerta. Sus saludos se disolvieron de inmediato y empezaron a vitorear.

Ese sonido... ese sonido aplastó la oscuridad hasta que desapareció por completo. Kaladin descubrió que sonreía mientras avanzaba para reunirse con ellos, aceptando sus manos, escuchando a Roca hacer una broma sobre su barba. Renarin estaba allí con su uniforme del Puente Cuatro, e inmediatamente se reunió con su hermano, hablándole tranquilamente de manera jovial, aunque había sacado la cajita con la que le gustaba jugar.

Kaladin miró hacia un lado. ¿Quiénes eran estas personas que había junto a la pared? Miembros del séquito de Adolin. ¿Era ese uno de sus armeros? Llevaban algo envuelto en sábanas. Adolin entró en la habitación y dio ruidosamente una palmada, haciendo callar al Puente Cuatro.

—Resulta que ahora poseo no una, sino dos nuevas hojas esquirladas y tres armaduras —declaró—. El principado Kholin ha

pasado a disponer de una cuarta parte de las esquirlas de todo Alezkar, y me han nombrado campeón de duelos. No es sorprendente, considerando que Relis se marchó en una caravana de vuelta a Alezkar la noche después de nuestro duelo, enviado por su padre en un intento de ocultar la vergüenza de ser derrotado tan claramente.

»Un equipo completo de esas esquirlas será para el general Khal, y he ordenado que otros dos sean entregados a los ojos claros de rango adecuados del ejército de mi padre. —Adolin indicó las sábanas con un gesto—. Eso deja un equipo entero. Personalmente, siento curiosidad por saber si las historias son ciertas. Si un ojos oscuros se vincula a una hoja esquilada, ¿cambiarán sus ojos de color?

Kaladin sintió un momento de pánico total. Otra vez. Estaba sucediendo otra vez.

Los armeros retiraron las sábanas, revelando una titilante espada plateada afilada por ambos lados, con un patrón de retorcidas enredaderas que corría por su centro. A sus pies, los armeros descubrieron una armadura, pintada de naranja, tomada de uno de los hombres a quien Kaladin había ayudado a derrotar.

Tomó las esquirlas y todo cambió. Kaladin se sintió inmediatamente enfermo, casi paralizado. Se volvió hacia Adolin.

—¿Puedo hacer con ellas lo que desee?

—Tómalas —dijo Adolin, asintiendo—. Son tuyas.

—Ya no —replicó Kaladin, señalando hacia uno de los miembros del Puente Cuatro—. Moash. Tómalas. Ahora eres portador de esquilada.

El rostro de Moash perdió todo el color. Kaladin se preparó. La última vez... Dio un respingo cuando Adolin lo agarró por el hombro, pero la tragedia del ejército de Amaram no se repitió. En cambio, Adolin lo sacó al pasillo, alzando una mano para hacer callar a los hombres del puente.

—Un segundo —dijo Adolin—. Que nadie se mueva. —Entonces, en voz más baja, le susurró a Kaladin—: Te estoy dando una hoja esquilada y una armadura.

—Gracias —contestó Kaladin—. Moash sabrá darles buen uso. Zahel lo ha entrenado bien.

—No se las he dado a él. Te las he dado a ti.

—Si de verdad son más, puedo hacer con ellas lo que quiera. ¿O es que en realidad no son más?

—Pero ¿qué pasa contigo? —exclamó Adolin—. Este es el sueño de todo soldado, ojos claros u oscuros. ¿Es por rencor? O es... —Adolin parecía completamente anonadado.

—No es por rencor —respondió Kaladin, hablando en voz baja—. Adolin, esas espadas han matado a demasiada gente a la que amaba. No puedo mirarlas ni tocarlas sin ver sangre.

—Serías ojos claros —susurró Adolin—. Aunque no cambiara el color de tus ojos, contarías como uno de nosotros. Los portadores de esquirlada pertenecen inmediatamente al cuarto dahn. Podrías retar a Amaram. Tu vida entera daría un giro.

—No quiero que mi vida cambie por convertirme en ojos claros. Quiero que cambien las vidas de la gente como yo... como yo soy ahora. Este regalo no es para mí, Adolin. No pretendo ofenderte a ti ni a nadie. Es que no quiero una hoja esquirlada.

—Ese asesino va a volver —sentenció Adolin—. Los dos lo sabemos. Preferiría que tuvieras esquirlas para ayudarme.

—Seré más útil sin ellas.

Adolin frunció el ceño.

—Déjame dárselas a Moash —insistió Kaladin—. Viste, en ese caso, que puedo manejarme bien sin espada ni armadura. Si le damos las esquirlas a uno de mis mejores hombres, seremos tres para combatirlo, no solo dos.

Adolin se volvió a mirar la habitación, luego a Kaladin, escéptico.

—Estás loco, ¿lo sabes?

—Lo acepto, sí.

—Bien —dijo Adolin, volviendo a entrar en la habitación—. Tú. Moash, ¿verdad? Supongo que estas esquirlas ya son tuyas. Enhorabuena. Ahora superas en rango al noventa por ciento de Alezkar. Escógete un apellido y pide unirme a una de las casas bajo el estandarte de Dalinar, o inicia la tuya propia si te apetece.

Moash miró a Kaladin en busca de confirmación, y este asintió.

El alto hombre del puente se encaminó hacia el lado de la habitación y extendió una mano para posarla en la hoja esquirlada. Deslizó los dedos hasta la empuñadura, luego la cogió y alzó asombrado la espada. Como la mayoría, era enorme, pero Moash la

sostuvo con facilidad con una mano. El berilo engarzado en la empuñadura destelló con una explosión de luz.

Moash miró a los otros miembros del Puente Cuatro, un mar de ojos muy abiertos y bocas sin habla. A su alrededor brotaron glorispren, un remolino de al menos dos docenas de esferas de luz.

—Sus ojos —dijo Lopen—. ¿No deberían estar cambiando?

—Si sucede —respondió Adolin—, puede que no se produzca hasta que esté vinculado con la espada. Eso dura una semana.

—Ponedme la armadura —pidió Moash a los armeros. Con urgencia, como si temiera que se la quitaran.

—¡Ya está bien de todo esto! —exclamó Roca mientras los armeros empezaban a trabajar, y su voz llenó la habitación como un trueno cautivo—. ¡Tenemos que celebrar una fiesta! Gran capitán Kaladin, Bendito por la Tormenta y habitante de prisiones, ahora te comerás mi guiso. ¡Ja! Lo llevo cocinando desde que te encerraron.

Kaladin dejó que los hombres del puente lo sacaran al exterior, donde esperaba un grupo de soldados, incluyendo a muchos de los hombres de otras cuadrillas de puentes. Vitorearon, y Kaladin vio a Dalinar esperando aparte. Adolin se dirigió al encuentro de su padre, pero este observaba a Kaladin. ¿Qué significaba esa mirada tan pensativa? Kaladin apartó los ojos, aceptando las felicitaciones de los hombres de los puentes mientras le estrechaban la mano y le daban palmadas en la espalda.

—¿Qué has dicho, Roca? —preguntó—. ¿Que has cocinado un guiso por cada día que he estado encerrado?

—No —dijo Teft, rascándose la barba—. El comecuernos de las tormentas ha estado cocinando una sola olla, dejándola a fuego lento durante semanas. No nos deja probarla, e insiste en permanecer despierto por la noche atendiéndola.

—Es un guiso de celebración —intervino Roca, cruzándose de brazos—. Debe estar a fuego lento mucho tiempo.

—Bueno, pues vamos a probarlo —indicó Kaladin—. Desde luego, me vendrá bien algo mejor que la comida de la prisión.

Los soldados vitorearon y se encaminaron a su barracón. Mientras se dirigían hacia allí Kaladin agarró a Teft por el brazo.

—¿Cómo se lo tomaron los hombres? —preguntó—. Me refiero a mi encarcelamiento.

—Se habló de liberarte —admitió Teft en voz baja—. Pero les

hice entrar en razón. No hay ningún buen soldado que no se pase un día o dos encerrado. Forma parte del trabajo. No te degradaron, así que solo querían retorcerte un poco la muñeca. Los hombres lo entendieron.

Kaladin asintió.

Teft miró a los demás.

—Están muy cabreados con ese Amaram. Y hay mucho interés por ti. Cualquiera cosa de su pasado los hace hablar, ya ves.

—Llévalos de vuelta al barracón —dijo Kaladin—. Me reuniré con vosotros dentro de un momento.

—No tardes mucho —advirtió Teft—. Los chicos llevan tres semanas ante esta puerta. Les debes su celebración.

—Enseguida voy —dijo Kaladin—. Solo quiero decirle un par de cosas a Moash.

Teft asintió y corrió a conducir a los demás. La habitación principal de la prisión parecía vacía cuando Kaladin volvió a entrar. Solo quedaban Moash y los armeros. Kaladin se acercó a ellos. Observó a Moash cerrar el puño con el guantelete puesto.

—Todavía no me lo creo, Kal —dijo Moash mientras los armeros le colocaban el peto—. Tormentas... Ahora valgo más que algunos reinos.

—Yo no pensaría en vender las esquirlas, y mucho menos a un forastero —dijo Kaladin—. Esas cosas pueden considerarse traición.

—¿Traición? —dijo Moash, alzando bruscamente la cabeza. Cerró el otro puño—. Nunca. —Sonrió, una mueca de pura alegría mientras el peto encajaba en su sitio.

—Yo le ayudaré con el resto —les dijo Kaladin a los armeros. Estos se retiraron, reacios, dejándolos a solas.

Ayudó a Moash a colocarse una de las hombreras.

—He tenido mucho tiempo para pensar ahí dentro —dijo Kaladin.

—Me lo imagino.

—El tiempo me condujo a tomar unas cuantas decisiones —prosiguió Kaladin mientras la sección de la armadura encajaba en su sitio—. Una es que tus amigos tienen razón.

Moash se volvió bruscamente hacia él.

—Entonces...

—Entonces díles que estoy de acuerdo con su plan. Haré lo que

quieran que haga para ayudarlos a... conseguir su objetivo.

Un extraño silencio se instaló en la estancia.

Moash lo cogió por el brazo.

—Les dije que comprenderías. —Señaló la armadura que llevaba—. Esto también nos ayudará a llevar a cabo lo que tenemos que hacer. Y cuando hayamos terminado, me aseguraré de que el hombre al que desafiaste tenga el mismo tratamiento.

—Solo estoy de acuerdo porque es lo mejor —repuso Kaladin—. Para ti, Moash, es cuestión de venganza... y no intentes negarlo. Yo creo de verdad que es lo que Alezkar necesita. Tal vez lo que necesita el mundo.

—Sí, ya lo sé —dijo Moash, poniéndose el casco, la visera alzada. Inspiró profundamente, dio un paso y se tambaleó, casi a punto de precipitarse al suelo. Lo impidió sujetándose a una mesa, que aplastó entre los dedos, quebrando la madera.

Miró lo que había hecho y se echó a reír.

—Esto... esto va a cambiarlo todo. Gracias, Kaladin. Gracias.

—Llamemos a los armeros para que te ayuden a quitártela —dijo Kaladin.

—No. Ve a la fiesta de Roca. ¡Yo voy a practicar a los terrenos de entrenamiento! No me quitaré esto de encima hasta que pueda moverme con naturalidad.

Tras haber visto los esfuerzos de Renarin para aprender a manejar su armadura, Kaladin sospechó que el proceso iba a durar un poco más de lo que Moash quería. No dijo nada y volvió de nuevo al exterior. Disfrutó un momento de la luz del sol, con los ojos cerrados y la cabeza levantada al cielo.

Luego corrió a reunirse con el Puente Cuatro.

SAÑA Y BILIS



Mi camino ha sido escogido muy deliberadamente. Sí, estoy de acuerdo con todo lo que has dicho de Rayse, incluyendo el serio peligro que supone.

Dalinar se detuvo en el camino de bajada del Pináculo, acompañado de Navani. A la luz del crepúsculo contemplaron la interminable hilera de hombres que volvía a los campamentos de guerra desde las Llanuras Quebradas. Los ejércitos de Bethab y Thanadal regresaban tras su incursión en la meseta, siguiendo a sus altos príncipes, que probablemente lo habían hecho un poco antes.

Un jinete se acercó al Pináculo, tal vez con noticias para el rey. Dalinar miró a uno de sus guardias (tenía cuatro esta noche, dos para él, dos para Navani), e hizo un gesto.

—¿Quieres los detalles, brillante señor? —preguntó el hombre del puente.

—Por favor.

El hombre bajó corriendo el camino en zigzag. Dalinar lo observó, pensativo. Estos hombres eran notablemente disciplinados, considerando su origen... pero no eran soldados de carrera. No les gustaba lo que había hecho al encarcelar a su capitán.

Sospechaba que no permitirían que se convirtiera en un problema. El capitán Kaladin los dirigía bien: era exactamente el

tipo de oficial que Dalinar buscaba. El que mostraba iniciativa no por deseo de ascender, sino por la satisfacción del trabajo bien hecho. Ese tipo de soldado a menudo tenía principios difíciles hasta que aprendía a sentar la cabeza. Tormentas. El propio Dalinar había necesitado lecciones similares en diversos momentos de su vida.

Continuó bajando despacio el camino en zigzag con Navani. Ella estaba radiante esta noche, con un adorno de zafiros que brillaban tenuemente a la luz en el cabello. A Navani le gustaban estos paseos juntos, y no tenían prisa por llegar al banquete.

—Sigo pensando que debería haber un modo de utilizar los fabriles como bombas de extracción —dijo Navani, continuando su conversación anterior—. Has visto que se construyen gemas para atraer ciertas sustancias, pero no otras; algo muy útil cuando se trata de cosas como el humo de un incendio. ¿Podríamos hacer que también pudiera aplicarse al agua?

Dalinar gruñó, asintiendo.

—Cada vez son más los edificios de los campamentos de guerra que tienen instalaciones de fontanería al estilo de Kharbranth —continuó ella—, pero usan la gravedad para conducir el líquido a través de las tuberías. Imagino auténtico movimiento, con gemas en los extremos de los segmentos de los tubos para hacer pasar el agua contra el tirón de la tierra...

Él volvió a gruñir.

—Hicimos un descubrimiento en el diseño de las nuevas hojas esquirradas el otro día.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio? —preguntó él—. ¿Qué pasó? ¿Cuándo tendréis una preparada?

Ella sonrió, cogida de su brazo.

—¿Qué?

—Solo quería comprobar si seguías siendo tú —dijo—. Nuestro descubrimiento fue advertir que las gemas de las hojas, usadas para enlazarlas, puede que no fueran originalmente parte de las armas.

Él frunció el ceño.

—¿Y eso es importante?

—Desde luego. Si fuera cierto, eso significaría que las espadas no reciben el poder de las piedras. Es obra de Rushu, que preguntó por qué puede invocarse y descartarse una hoja esquirrada aunque la gema se haya vuelto opaca. No teníamos ninguna respuesta, y

ella se pasó las últimas semanas en contacto con Kharbranth, usando una de esas nuevas estaciones de información. Encontró un fragmento de texto varias décadas posterior a la Traición donde se habla de hombres que aprendieron a invocar y descartar sus espadas añadiéndoles gemas, un adorno casual según parece.

Él frunció el ceño mientras pasaban ante un macizo de cortezapizarra donde un jardinero trabajaba a estas horas, retirándolos con cuidado y tarareando para sí. Se había puesto el sol: Salas acababa de salir por el este.

—Si esto es cierto —dijo Navani, feliz—, volvemos a no saber absolutamente nada de cómo fueron creadas las espadas esquirradas.

—En ese caso, no veo que se trate de un descubrimiento.

Ella sonrió, palmeándole el brazo.

—Imagina que te hubieras pasado los últimos cinco años creyendo que un enemigo había estado siguiendo la *Guerra* de Dialectur como modelo táctico, y que luego te enteraras de que nunca había oído hablar del tratado.

—Ah...

—Suponíamos que de algún modo la fuerza y la liviandad de las espadas era una construcción fabrial que recibía energía de la gema —siguió explicando Navani—. Puede que no sea así. Parece que el propósito de la gema se usa solo para vincular la espada... algo que los Radiantes no necesitaban hacer.

—Espera. ¿No?

—No, si este fragmento es correcto. De ello se deduce que los Radiantes siempre podían descartar e invocar las espadas... pero durante un tiempo la capacidad se perdió. Solo se recuperó cuando alguien añadió una gema a su espada. Según el documento, las armas cambiaron de forma para aceptar las piedras, pero yo no estoy segura de eso.

»Sea como fuere, después de que los Radiantes cayeran pero antes de que los hombres aprendieran a poner gemas en sus espadas y vincularlas, las armas eran al parecer todavía sobrenaturalmente afiladas y livianas, aunque el vínculo era imposible. Esto explicaría varios otros fragmentos de archivos que hemos leído y nos han resultado confusos...

Ella siguió hablando; a él le gustaba el sonido de su voz. Sin

embargo, los detalles de la construcción del fabrial no le acuciaban en este momento. Le importaba el asunto. Tenía que importarle, tanto por ella como por las necesidades del reino. Sin embargo, de momento no podía preocuparse por eso. Mentalmente iba repasando los preparativos para la expedición a las Llanuras Quebradas. Cómo conseguir que los moldeadores de almas quedaran protegidos de las miradas, tal como ellos preferían. Las redes sanitarias no deberían ser ningún problema, y habría agua en abundancia. ¿Cuántas escritas tendría que llevar? ¿Caballos? Solo quedaba una semana, y tenía listos la mayor parte de los preparativos, como la construcción de los puentes móviles y los cálculos de suministros. Sin embargo, siempre había detalles pendientes.

Por desgracia, la principal variable escapaba a su control. No sabía cuántos soldados tendría. Dependía de cuál de los altos príncipes, si había alguno, accedía a acompañarlo. Faltaba menos de una semana y aún no estaba seguro de que alguno de ellos fuera a hacerlo.

«Podría emplear sobre todo a Hatham —pensó Dalinar—. Dirige un ejército férreo. Si Aladar no se hubiera aliado tan vigorosamente con Sadeas... La verdad es que no entiendo a ese hombre. Thanadal y Bethab... tormentas, ¿tendré que traer mercenarios si ninguno de los dos accede a venir? ¿Ese es el tipo de ejército que quiero? ¿Me atreveré a rechazar cualquier lanza que pueda acudir a mí?».

—No voy a sacar una buena conversación de ti esta noche, ¿verdad? —preguntó Navani.

—No —admitió él mientras llegaban a la base del Pináculo y se dirigían al sur—. Lo siento.

Ella asintió y Dalinar vio la máscara resquebrajarse. Hablaba de su trabajo por tener algo de qué hablar. Se detuvo a su lado.

—Sé que duele —dijo él en voz baja—. Pero mejorará.

—Ella no me dejó comportarme como una madre —dijo Navani, mirando a lo lejos—. ¿Lo sabes? Fue casi como... en cuanto Jasnah llegó a la adolescencia, ya no necesitó una madre. Intenté acercarme a ella y solo encontré frialdad, como si tenerme cerca le recordara que una vez fue una niña. ¿Qué pasó con mi hijita, tan llena de preguntas?

Dalinar la atrajo hacia sí. El decoro podía irse a Condenación.

Los tres guardias arrastraron los pies, mirando hacia otro lado.

—También se llevarán a mi hijo —susurró Navani—. Lo están intentando.

—Yo lo protegeré —prometió Dalinar.

—¿Y quién te protegerá a ti?

Él no tenía respuesta para eso. Responder que sus guardias parecía trivial. No era eso lo que ella había preguntado. «¿Quién te protegerá cuando vuelva el asesino?».

—Casi deseo que fracasases —dijo ella—. Al mantener a este reino unido, te conviertes en el principal objetivo. Si todo se desmoronara y volviéramos a los principados, tal vez nos dejarían en paz.

—Y entonces vendría la tormenta —replicó Dalinar en voz baja. Once días.

Navani dio un paso atrás, asintiendo, recuperando la compostura.

—Tienes razón, claro. Es que... esto es la primera vez para mí. Tratar con todo esto. ¿Cómo lo hiciste, cuando *Shshsh* murió? Sé que la amabas, Dalinar. No tienes que negarlo por mi ego.

Él vaciló. La primera vez: una implicación de que cuando Gavilar murió, ella no quedó destrozada por el hecho. Nunca había reconocido tan directamente las... dificultades que los dos habían tenido.

—Lo siento —dijo Navani—. ¿Ha sido una pregunta demasiado difícil, considerando la fuente? —Guardó el pañuelo que había utilizado para secarse los ojos—. Te pido disculpas: sé que no te gusta hablar de ella.

No es que fuera una pregunta difícil. Era que Dalinar no recordaba a su esposa. Qué extraño poder pasar semanas sin advertir siquiera este agujero en sus recuerdos, este cambio que le había arrancado un pedazo de su ser y le había dejado vacío. Sin una pizca de emoción cuando se mencionaba su nombre, que no podía oír.

Era mejor pasar a otro tema.

—No puedo dejar de pensar que el asesino está implicado en todo esto, Navani. La tormenta que viene, los secretos de las Llanuras Quebradas, incluso Gavilar. Mi hermano sabía algo, algo que nunca compartió con ninguno de nosotros. —«Tienes que encontrar las palabras más importantes que puede decir un

hombre»—. Daría cualquier cosa por saber qué era.

—Lo supongo —dijo Navani—. Volveré a mis diarios de la época, tal vez pusiera algo que nos dé alguna pista... aunque te advierto que he repasado esos archivos docenas de veces.

Dalinar asintió.

—No importa, no es urgente. En este momento, ellos son nuestro objetivo.

Se volvieron para ver los carruajes que pasaban de largo, dirigiéndose a la cercana cuenca de festejos, donde las luces teñían la noche de un suave tono violeta. Dalinar entornó los ojos y vio que se acercaba el carruaje de Ruthar. El alto príncipe había sido despojado de todas sus esquiras, excepto de la espada. Habían cortado la mano derecha de Sadeas en este asunto, pero todavía quedaba la cabeza. Y era venenosa.

Los otros altos príncipes eran un problema casi de la misma envergadura que Sadeas. Se resistían a él porque querían que las cosas siguieran como hasta entonces. Se atiborraban de riquezas y juegos. Los festines lo dejaban claramente al descubierto, con sus platos exóticos y sus ricos ropajes.

El mundo parecía a punto de terminar, y los alezi daban una fiesta.

—No los desprecies —dijo Navani.

Dalinar frunció aún más el ceño. Ella captaba sus pensamientos demasiado bien.

—Escúchame, Dalinar —prosiguió, volviéndose para mirarlo a los ojos—. ¿Ha surgido alguna vez algo bueno de un padre que odia a sus hijos?

—No los odio.

—Te repugna su exceso, y estás a punto de extender esa emoción a ellos también. Viven las vidas que han conocido, las vidas que la sociedad les ha enseñado que son adecuadas. No los cambiarás con desdén. No eres Sagaz: tu trabajo no es despreciarlos. Tu trabajo es abrazarlos, animarlos. Liderarlos, Dalinar.

Él inspiró profundamente y asintió.

—Iré a la isla de las mujeres —añadió ella, advirtiéndole que el guardia del puente regresaba con noticias del ataque a la meseta—. Me consideran un vestigio excéntrico de cosas que estarían mejor en el pasado, pero creo que todavía me escuchan. A veces. Haré lo que

pueda.

Se separaron; Navani se apresuró para llegar a la fiesta, Dalinar se retrasó mientras el hombre del puente le transmitía sus noticias. La carga en la meseta había tenido éxito y habían capturado una gema corazón. Habían tardado un buen rato en llegar al objetivo, pues la meseta estaba en las profundidades de las Llanuras, casi en el borde de la zona explorada. Los parshendi no habían aparecido para disputar la gema, aunque sus exploradores los habían vigilado desde lejos.

«Una vez más deciden no luchar —pensó Dalinar, recorriendo la distancia que lo separaba del banquete—. ¿Qué significa ese cambio? ¿Qué están planeando?».

La cuenca del festín estaba compuesta por una serie de islas animadas junto al complejo del Pináculo. La habían inundado, como sucedía a menudo, de modo que los montículos animados asomaran entre pequeños ríos. El agua brillaba. Al parecer habían sumergido una gran cantidad de esferas para producir ese tono etéreo. Púrpura, en conjunción con la luna que acababa de salir, violeta y frágil en el horizonte.

Había lámparas colocadas de manera intermitente, pero con esferas opacas, quizá para no distraer la atención de las brillantes aguas. Dalinar cruzó los puentes hasta la isla más lejana, la isla del rey, donde hombres y mujeres se mezclaban y solo estaban invitados los más poderosos. Era allí donde encontraría a los altos príncipes. Incluso Bethab, que acababa de regresar de la carga en la meseta, estaba allí ya... aunque, como prefería usar compañías de mercenarios para el grueso de su ejército, no era sorprendente que hubiera vuelto tan rápido. Cuando capturaban la gema corazón, a menudo regresaba velozmente con el premio, dejando que sus hombres se las apañaran.

Dalinar pasó ante Sagaz, que había vuelto a los campamentos con su característico misterio y estaba insultando a todos los que encontraba. Ese día no le apetecía enzarzarse en un duelo verbal con él. En cambio, buscó a Vamah; el alto príncipe parecía haber escuchado de verdad las alegaciones de Dalinar durante su cena más reciente. Quizás insistiendo un poco más, se comprometería a unirse a él para atacar a los parshendi.

Las miradas siguieron a Dalinar cuando cruzó la isla y, a su

paso, como sarpullidos, surgieron conversaciones entre susurros. A estas alturas, esperaba esas miradas, aunque seguían enervándolo. ¿Eran más numerosas esa noche? ¿Eran más prolongadas? No podía moverse en la sociedad alezi hoy en día sin captar una sonrisa en los labios de mucha gente, como si todos fueran parte de un gran chiste que no le hubieran contado.

Encontró a Vamah hablando con un grupo de tres mujeres mayores. Una era Sivi, una alta dama de la corte de Ruthar que, contraviniendo las costumbres, había dejado a su marido en casa atendiendo sus tierras y había acudido sola a las Llanuras Quebradas. Miró a Dalinar con una sonrisa y ojos como dagas. El plan para socavar a Sadeas había fracasado en gran medida, pero en parte porque la vergüenza y el daño habían sido desviados hacia Ruthar y Aladar, que habían sufrido la pérdida de los portadores de esquirlada en los duelos contra Adolin.

Bueno, esos dos nunca iban a ser partidarios de Dalinar: eran los valedores más fuertes de Sadeas.

Las cuatro personas guardaron silencio mientras Dalinar se acercaba. El alto príncipe Vamah entornó los ojos a la tenue luz, mirando a Dalinar de arriba abajo. Tras él había un copero con una botella de líquido exótico. Vamah a menudo llevaba su propia bebida a las fiestas, no importaba quién las celebrara: muchos asistentes consideraban un triunfo político el mero hecho de entablar con él una conversación interesante para ganarse un sorbo de lo que hubiera conseguido importar.

—Vamah —dijo Dalinar.

—Dalinar.

—Hay un asunto que quería discutir contigo. Me parece impresionante lo que has conseguido hacer con caballería ligera en tus cargas de las mesetas. Dime, ¿cómo decides hasta qué punto arriesgarte a un asalto total con tus jinetes? La pérdida de caballos podría anular fácilmente las ganancias de las gemas corazón, pero has conseguido equilibrarlas con astutas estratagemas.

—Yo... —Vamah sonrió, mirando hacia un lado. Un grupo de jóvenes cercanos se reía mientras miraban a Dalinar—. Es cuestión de...

Otro sonido, más fuerte, llegó desde el otro extremo de la isla. Vamah empezó a explicarse de nuevo, pero sus ojos se desplazaron

en esa dirección, y una carcajada sonó con más fuerza. Dalinar se obligó a mirar y advirtió a las mujeres cubriéndose la boca con la mano y a los hombres tosiendo para disimular sus exclamaciones. Un intento medio sentido por mantener el decoro alezi.

Dalinar miró de nuevo a Vamah.

—¿Qué ocurre?

—Lo siento, Dalinar.

Junto a él, Sivi se guardó varias hojas de papel bajo el brazo. Miró a Dalinar a los ojos con forzada indiferencia.

—Discúlpame —dijo este. Con los puños cerrados, cruzó la isla hacia la fuente del ruido. Al acercarse, se callaron y se disolvieron en grupos más pequeños. Por la rapidez con que se dispersaron casi pareció planeado, pues lo dejaron ante Sadeas y Aladar, que estaban de pie el uno al lado del otro.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Dalinar, dirigiéndose a ambos.

—Festejando —dijo Sadeas antes de meterse un trozo de fruta en la boca—. Salta a la vista.

Dalinar inspiró profundamente. Miró a Aladar, largo de cuello y calvo, con el bigote y el mechón de pelo en el labio inferior.

—Deberías avergonzarte —gruñó Dalinar—. Mi hermano te llamó una vez amigo.

—¿Y a mí no? —dijo Sadeas.

—¿Qué has hecho? —exigió Dalinar—. ¿De qué habla todo el mundo, riendo a hurtadillas?

—Siempre das por hecho que soy yo —replicó Sadeas.

—Eso es porque cada vez que pienso que no eres tú, me equivoco.

Sadeas le dirigió una fría sonrisa con los labios apretados. Empezó a responder, pero se lo pensó y finalmente se metió otro trozo de fruta en la boca. Masticó y sonrió.

—Está rica —se limitó a decir. Se dio media vuelta para marcharse.

Aladar vaciló. Entonces sacudió la cabeza y lo siguió.

—Nunca imaginé que fueras un cachorrito que sigue los talones de tu amo, Aladar —le espetó Dalinar.

No hubo respuesta.

Dalinar gruñó y recorrió la isla buscando a alguien de su propio

campamento de guerra que pudiera haberse enterado de lo que sucedía. Parecía que Elhokar llegaba tarde a su propia fiesta, aunque justo entonces Dalinar vio que se acercaba. No había ni rastro de Teshav ni de Khal todavía, pero sin duda aparecería, ahora que era portador de esquirlada.

Quizá tendría que pasar a una de las otras islas, donde estarían confraternizando los ojos claros menores. Se dirigió hacia allí, pero se detuvo cuando oyó algo.

—Vaya, brillante señor Amaram —exclamó Sagaz—, esperaba poder verte esta noche. Me he pasado la vida haciendo que otros se sientan fatal, así que es una verdadera alegría encontrarme con alguien que tiene un talento tan innato como tú en esa destreza.

Dalinar dio media vuelta y reparó en Amaram, que acababa de llegar. Llevaba su capa de los Caballeros Radiantes y un fajo de papeles bajo el brazo. Se detuvo junto a la silla de Sagaz; el agua cercana proyectaba un tono lavanda sobre su piel.

—¿Te conozco? —preguntó el recién llegado.

—No —respondió Sagaz tan tranquilo—, pero por fortuna puedes añadirlo a la lista de muchas, muchísimas cosas en las que eres un ignorante.

—Pero ahora te he conocido —alegó Amaram, extendiendo una mano—. Así que la lista se ha reducido.

—Por favor —dijo Sagaz, rechazando la mano—. No querría que lo froteras en mí.

—¿Qué?

—Lo que sea que hayas estado usando para hacer que tus manos parezcan limpias, brillante señor Amaram. Debe de ser muy potente.

Dalinar se acercó rápidamente.

—Dalinar —dijo Sagaz, asintiendo.

—Sagaz. Amaram, ¿qué son esos papeles?

—Una de tus secretarias los cogió y me los trajo —dijo este—. Se repartieron copias por toda la fiesta antes de tu llegada. Tu secretaria pensó que quizá la brillante Navani querría verlas si no lo ha hecho ya. ¿Dónde está?

—Manteniéndose apartada de ti, desde luego —recalcó Sagaz—. Mujer afortunada.

—Sagaz —dijo Dalinar con severidad—, ¿te importa?

—Rara vez.

Dalinar suspiró, se volvió a mirar a Amaram y cogió los papeles.

—La brillante Navani está en otra isla. ¿Sabes qué dice aquí?

La expresión de Amaram se ensombreció.

—Ojalá no lo supiera.

—Podría golpearte en la cabeza con un martillo —dijo Sagaz felizmente—. Un buen cachiporrazo te haría olvidar y haría maravillas con esa cara tuya.

—Sagaz —advirtió Dalinar fríamente.

—Solo estoy bromeando.

—Bien.

—Un martillo apenas haría mella en un cráneo tan duro.

Amaram se volvió hacia Sagaz con cara de desconcierto.

—Se te da muy bien poner esa expresión —comentó Sagaz—. Mucha práctica, supongo.

—¿Este es el nuevo sagaz? —preguntó Amaram.

—Quiero decir —continuó Sagaz—, no querría llamar imbécil a Amaram...

Dalinar asintió.

—... porque entonces tendría que explicarle lo que significa la palabra, y no estoy seguro de que ninguno de nosotros disponga del tiempo necesario para ello.

Amaram suspiró.

—¿Por qué no lo ha matado nadie todavía?

—Suerte tonta —replicó Sagaz—. En eso soy afortunado de que todos seáis tan tontos.

—Gracias, Sagaz —dijo Dalinar, cogiendo a Amaram por el brazo y llevándolo aparte.

—¡Uno más, Dalinar! —rogó Sagaz—. Un último insulto y lo dejaré en paz.

Ellos continuaron andando.

—Señor Amaram —llamó Sagaz con voz solemne, empezando a inclinarse—. Te saludo. Eres lo que cretinos inferiores como Sadeas solo pueden aspirar a ser.

—¿Los papeles? —le dijo Dalinar a Amaram, ignorando a Sagaz.

—Relatan tus... experiencias, brillante señor —contestó Amaram en voz baja—. Las que tienes durante las tormentas. Escritas por la brillante Navani en persona.

Dalinar cogió los papeles. Sus visiones. Alzó la cabeza y vio a corrillos de gente reunidos en la isla, charlando y riendo, mirándolo.

—Comprendo —dijo en voz baja. Las burlas ocultas cobraban sentido—. Búscame a la brillante Navani, por favor.

—A tu servicio —respondió Amaram, pero se detuvo de pronto, señalando. Navani cruzaba la isla adyacente, dirigiéndose hacia ellos con aire de enfado.

—¿Qué piensas, Amaram? —preguntó Dalinar—. ¿Qué opinas de las cosas que se dicen de mí?

Amaram lo miró a los ojos.

—Obviamente son visiones del mismísimo Todopoderoso, comunicadas en un momento de gran necesidad. Ojalá hubiera sabido su contenido antes. Me dan mayor confianza en mi posición, y en tu nombramiento como profeta del Todopoderoso.

—Un dios muerto no puede tener profetas.

—Muerto... ¡No, Dalinar! Es evidente que malinterpretas ese comentario de tus visiones. Habla de estar muerto en las mentes de los hombres, que ya no escuchan sus órdenes. Los dioses no pueden morir.

Amaram parecía muy serio. «¿Por qué no ayudó a tus hijos?». La voz de Kaladin resonó en la mente de Dalinar. Amaram había acudido a él ese día, naturalmente, expresando sus disculpas y explicando que, con su nombramiento como Radiante, no podría haber ayudado a una facción en contra de otra. Dijo que necesitaba estar por encima de las rencillas entre los altos príncipes, aunque le doliera.

—¿Y el supuesto Herald? —preguntó Dalinar—. ¿Eso que te pedí?

—Sigo investigando.

Dalinar asintió.

—Me sorprendió que pusieras a ese esclavo como jefe de tu guardia —comentó Amaram. Miró hacia un lado, donde estaban los centinelas de esta noche, apartados en su propia zona, esperando con los otros guardaespaldas y asistentes, incluyendo muchas de las pupilas de las altas damas presentes.

Hubo un tiempo no muy lejano en que pocos habían sentido la necesidad de llevar consigo a sus guardias a una fiesta. Ahora el

lugar estaba repleto de ellos. El capitán Kaladin no se hallaba allí: estaba descansando después de su encarcelamiento.

—Es un buen soldado —dijo Dalinar en voz baja—. Solo tiene unas cuantas cicatrices difíciles de curar. —«Vedeled dev sabe que yo mismo tengo unas cuantas iguales», pensó Dalinar.

—Simplemente me preocupa que sea incapaz de protegerte de manera adecuada —dijo Amaram—. Tu vida es importante, Dalinar. Necesitamos tus visiones, tu liderazgo. Con todo, si confías en ese esclavo, así sea... aunque desde luego no me importaría escuchar una disculpa de sus labios. No por mi propio ego, sino por saber que ha descartado esa idea equivocada suya.

Dalinar no respondió al ver que Navani cruzaba el corto puente que conducía a su isla. Sagaz empezó a proferir un insulto, pero ella le golpeó en la cara con un fajo de papeles, sin mirarlo apenas, mientras continuaba hacia Dalinar. Sagaz se la quedó mirando, frotándose la mejilla, y sonrió.

Ella advirtió los papeles que Dalinar tenía en la mano mientras se reunía con ellos dos, que parecían alzarse entre un mar de ojos divertidos y risas silenciadas.

—Han añadido palabras —susurró.

—¿Qué?

Navani agitó los papeles.

—¡Estos papeles! ¿Has oído lo que contienen?

Él asintió.

—No son lo que yo escribí —declaró Navani—. Han cambiado el tono, algunas de mis palabras, para manchar de ridículo toda la experiencia... y hacer que parezca que simplemente te sigo la corriente. Aún peor, han añadido un comentario con otra letra que se burla de lo que dices y haces. —Inspiró profundamente, procurando calmarse—. Dalinar, están intentando destruir cualquier atisbo de credibilidad que quede en tu nombre.

—Ya veo.

—¿Cómo han conseguido estos papeles? —preguntó Amaram.

—Robándolos, no tengo ninguna duda —dijo Dalinar, advirtiendo algo—. Navani y mis hijos siempre tienen guardias... pero cuando se marchan sus habitaciones quedan relativamente desprotegidas. Puede que hayamos sido demasiado descuidados en ese aspecto. Me equivoqué. Pensé que sus ataques serían físicos.

Navani contempló el mar de ojos claros, muchos de ellos congregados en grupos alrededor de diversos altos príncipes bajo la suave luz violeta. Dio un paso hacia Dalinar, y aunque lo miró con fiereza, él la conocía lo suficiente para saber lo que sentía. Traición. Invasión. Lo que era privado para ellos había sido abierto, sometido a escarnio, mostrado al mundo.

—Dalinar, lo siento —dijo Amaram.

—¿No han cambiado las visiones? —preguntó Dalinar—. Las copiaron con exactitud.

—Por lo que yo sé, así es —respondió Navani—. Pero el tono es diferente, y es de burla. Tormentas. Es repugnante. Cuando encuentre a la mujer que hizo esto...

—Paz, Navani —dijo Dalinar, colocando una mano en su hombro.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque esto es la acción de unos hombres infantiles que asumen que la verdad puede avergonzarme.

—¡Pero el comentario! Los cambios. Han hecho todo lo posible por desacreditarte. Incluso han conseguido minar la parte donde ofreces una traducción del canto del alba. Es...

—¡Igual que no temo a un niño con un arma que no puede levantar, nunca temeré a la mente de un hombre que no piensa».

Navani lo miró frunciendo el ceño.

—Es de *El camino de los reyes* —dijo Dalinar—. No soy un jovencito, nervioso por su primera fiesta. Sadeas comete un error al creer que responderé a esto como lo haría él. Al contrario que la espada, el desprecio solo tiene el filo que le das.

—Esto te duele —adujo Navani, mirándolo a los ojos—. Me doy cuenta, Dalinar.

Era de esperar que los demás no lo conocieran tan bien como ella. Sí, dolía. Dolía porque estas visiones eran suyas, habían sido confiadas a él... para compartirlas por el bien de los hombres, no para ser motivo de burla. No era la risa lo que le dolía, sino la pérdida de lo que podía haber sido.

Se apartó de ella y se abrió paso entre la multitud. En ese momento interpretó que algunas de esas miradas expresaban pena, no solo diversión. Tal vez se lo estaba imaginando, pero le pareció que algunos lo compadecían más que lo menospreciaban.

No estaba seguro de qué emoción le afectaba más.

Dalinar llegó a la mesa donde estaba la comida, al fondo de la isla. Allí cogió una gran sartén y se la tendió a una asombrada criada antes de subirse a la mesa. Apoyó una mano en el poste de la lámpara que había al lado y contempló a la pequeña multitud. Eran la flor y nata de Alezkar.

Los que no lo estaban mirando ya se volvieron con sorpresa al verlo allí arriba. A lo lejos, advirtió que Adolin y la brillante Shallan corrían hacia la isla. Probablemente acababan de llegar y se habían enterado de la situación.

Dalinar escrutó a la multitud.

—Lo que habéis oído es cierto —gritó.

Se produjo un silencio aturdido. Convertirse en espectáculo uno mismo de esa manera era algo que no se hacía en Alezkar. Sin embargo, él ya había estado en el espectáculo de esta noche.

—Se han añadido comentarios para desacreditarme —dijo Dalinar—, y el tono de la escritura de Navani se ha cambiado. Pero no ocultaré lo que me ha estado sucediendo. Tengo visiones del Todopoderoso. Esto no debería sorprenderos. Desde hace semanas circulan rumores sobre mi experiencia. Tal vez debería haber comunicado ya esas visiones. En el futuro, se publicarán a medida que las reciba, para que las eruditas de todo el mundo puedan investigar lo que he visto.

Buscó a Sadeas, que se encontraba junto a Aladar y Ruthar. Dalinar se agarró al poste para encararse de nuevo a la multitud de alezi.

—No os reprocho que penséis que estoy loco. Es natural. Pero en noches venideras, cuando la lluvia asole vuestras ventanas y el viento aülle, dudaréis. Os plantearéis preguntas. Y pronto, cuando os ofrezca pruebas, sabréis. Este intento de destruirme me reivindicará.

Contempló sus rostros, algunos asombrados, otros compasivos, otros divertidos.

—Muchos de vosotros asumís que huiré, o quedará destrozado, por este ataque —dijo—. No me conocéis tanto como suponéis. Que la fiesta continúe, pues deseo hablar con todos y cada uno de vosotros. Las palabras que tenéis pueden ser de burla, pero si habéis de reír, hacedlo mientras me miráis a los ojos.

Se bajó de la mesa.

Luego se puso a trabajar.

Horas más tarde, cuando Dalinar se sentó por fin en una silla junto a una mesa del festín, los agotas pren revoloteaban a su alrededor. Se había pasado el resto de la velada moviéndose entre la multitud, inmiscuyéndose en conversaciones, buscando apoyo para su excursión a las Llanuras.

Había ignorado adrede las páginas con sus visiones, excepto cuando le preguntaban directamente qué había visto. En cambio, les había presentado a un hombre confiado y seguro, el Espina Negra convertido en político. Que rumiaran eso y lo compararan con el frágil loco que las transcripciones falseadas le hacían parecer.

Fuera, más allá de los pequeños ríos (brillaban en azul, pues habían cambiado las esferas a juego con la segunda luna), el carruaje del rey se marchó para llevar a Elhokar y Navani al cercano Pináculo, donde los portadores los llevarían en palanquín hasta la cima. Adolin ya se había retirado, escoltando a Shallan de vuelta al campamento de Sebarial, que estaba a un buen trecho.

Adolin parecía más atraído por la joven veden que por ninguna otra mujer de su pasado reciente. Solo por ese motivo, Dalinar se sentía cada vez más inclinado a potenciar esa relación, suponiendo que alguna vez pudiera conseguir de Jah Keved algunas respuestas relevantes sobre su familia. Ese reino era un caos.

La mayoría de los otros ojos claros se había retirado, dejándolo en una isla poblada de sirvientes y parshmenios que retiraban la comida. Unos cuantos maestro de sirvientes de confianza empezaban a recoger las esferas del río con redes sujetas a unos largos palos. Los hombres del puente de Dalinar, a sugerencia suya, atacaban los restos del festín con el voraz apetito propio de los soldados a quienes se les ofrece una comida inesperada.

Un criado pasó de largo, luego se detuvo, posando la mano en su espada. Dalinar se sobresaltó, advirtiéndole que había confundido el uniforme militar negro de Sagaz con el de un aprendiz de maestro de sirvientes.

Dalinar puso cara seria, aunque gimió para sus adentros. ¿Sagaz? ¿Justo en ese momento? Se sentía como si hubiera estado

combatiendo en el campo de batalla durante diez horas seguidas. Qué extraño que unas pocas horas de delicada conversación pudieran ser tan parecidas a eso.

—Lo que has hecho esta noche ha sido astuto —dijo Sagaz—. Has convertido un ataque en una promesa. Los hombres más sabios saben que para ignorar un insulto, a menudo solo hay que abrazarlo.

—Gracias —dijo Dalinar.

Sagaz asintió brevemente, siguiendo con la mirada el carruaje del rey mientras se alejaba.

—No he tenido mucho que hacer esta noche. Elhokar no necesitaba a ningún sagaz, ya que pocos han intentado hablar con él. Todos han acudido a ti, en cambio.

Dalinar suspiró. Parecía haberse quedado sin fuerzas. Sagaz no lo había dicho, pero no hacía falta. Dalinar entendió la implicación.

«Han acudido a ti, en vez de al rey. Porque, en esencia, tú eres el rey».

—Sagaz —preguntó, casi sin darse cuenta—, ¿soy un tirano?

Sagaz alzó una ceja y pareció buscar un retruécano. Un momento después, descartó la idea.

—Sí, Dalinar Kholin —dijo en voz baja, consolándolo, como se le habla a un niño lloroso—. Lo eres.

—No quiero serlo.

—Con el debido respeto, brillante señor, eso no es cierto del todo. Buscas el poder. Te aferras a él, y si has de soltarlo lo haces con gran dificultad.

Dalinar inclinó la cabeza.

—No lo lamente —añadió Sagaz—. Esta es una era para los tiranos. Dudo de que este lugar esté preparado para otra cosa, y un tirano benévolo es preferible al desastre de un gobernante débil. Quizás en otro tiempo y lugar, te habría atacado con saña y bilis. Aquí, hoy, te alabo como lo que necesita este mundo.

Dalinar sacudió la cabeza.

—Tendría que haber dejado que Elhokar ejerciera su derecho a reinar, y no interferir como lo he hecho.

—¿Por qué?

—Porque él es el rey.

—¿Y ese cargo es sacrosanto? ¿Divino?

—No —admitió Dalinar—. El Todopoderoso, o alguien que dice ser él, está muerto. Aunque no lo estuviera, el cetro no llegó de manera natural a nuestra familia. Lo reclamamos, y obligamos a los otros altos príncipes a acatarlo.

—¿Por qué, una vez más?

—Porque nos equivocamos —dijo Dalinar, entornando los ojos—. Gavilar, Sadeas y yo nos equivocamos al hacer lo que hicimos en el pasado.

Sagaz parecía verdaderamente sorprendido.

—Unificaste el reino, Dalinar. Hiciste un buen trabajo, algo que era muy necesario.

—¿Esto es unidad? —preguntó, agitando una mano para señalar lo que quedaba de la fiesta, los ojos claros que se marchaban—. No, Sagaz. Fracasamos. Aplastamos, matamos, y hemos fracasado miserablemente. —Alzó la cabeza—. Recibo, en Alezkar, solo lo que he exigido. Al tomar el trono por la fuerza, dimos a entender (no, gritamos) que la fuerza equivale al derecho de gobierno. Si Sadeas piensa que es más fuerte que yo, entonces su deber es intentar arrebatarme el trono. Estos son los frutos de mi juventud, Sagaz. Por eso necesitamos más que tiranía, aunque sea benévola, para transformar este reino. Eso es lo que enseñaba Nohadon. Y eso es lo que no he hecho.

Sagaz asintió, pensativo.

—Parece que debería volver a leer ese libro tuyo. Sin embargo, quería advertirte. Me marcharé pronto.

—¿Marcharte? Pero si acabas de llegar.

—Lo sé. He de admitir que es increíblemente frustrante. He descubierto un lugar donde tengo que estar, aunque para serte sincero no me siento del todo seguro de por qué debo estar allí. Esto no siempre funciona como me gustaría.

Dalinar lo miró con el ceño fruncido. Sagaz sonrió afablemente.

—¿Eres uno de ellos? —preguntó Dalinar.

—¿Disculpa?

—Un Herald.

Sagaz se echó a reír.

—No. Gracias, pero no.

—¿Eres lo que he estado buscando, entonces? —preguntó Dalinar—. ¿Un Radiante?

Sagaz sonrió.

—No soy más que un hombre, Dalinar, por mucho que en ocasiones desee no serlo. No soy ningún Radiante. Y aunque soy tu amigo, por favor entiende que nuestros objetivos no siempre van parejos. No debes fiarte de mí. Si tengo que ver este mundo desmoronarse y arder para conseguir lo que necesito, lo haré. Con lágrimas, sí, pero dejaré que suceda.

Dalinar frunció el ceño.

—Haré lo que pueda para ayudar —dijo Sagaz—, y por ese motivo debo irme. No puedo arriesgar demasiado, porque si él me encuentra, entonces no seré nada: un alma destrozada y rota en pedazos que no puede ser recompuesta. Lo que hago aquí es más peligroso de lo que puedas imaginar.

Dio media vuelta para marcharse.

—Sagaz —llamó Dalinar.

—¿Sí?

—¿Quién es el que puede encontrarte?

—Aquel a quien combates, Dalinar Kholin. El padre del odio.

Sagaz saludó y se marchó a toda prisa.



Sin embargo, me parece que todas las cosas han sido establecidas para un propósito, y si nosotros, como niños, trasteamos en el taller, nos arriesgamos a exacerbar un problema, no a impedirlo.

Las Llanuras Quebradas.

Kaladin no reclamaba estas tierras como hacía con los abismos, donde sus hombres habían encontrado la seguridad. Recordaba demasiado bien el dolor de los pies ensangrentados en su primera incursión, agotado por esta estéril extensión de piedra resquebrajada. Allí apenas crecía nada, solo el ocasional grupito de rocabrotes o las enredaderas que caían al abismo a barlovento de la meseta. El fondo de las grietas rebosaba de vida, pero allí arriba era yermo.

El dolor de los pies y los hombros erosionados por transportar los puentes no fue nada comparado con la matanza que esperaba a sus hombres al final de cada incursión. Tormentas... el simple hecho de mirar las Llanuras hacía que Kaladin se estremeciera. Le parecía oír el silbido de las flechas en el aire, los gritos de los aterrorizados hombres de los puentes, la canción de los parshendi.

«Tendría que haber salvado a más gente del Puente Cuatro — pensó Kaladin—. Si hubiera aceptado más rápidamente mis poderes,

¿habría sido capaz de hacerlo?».

Inspiró luz tormentosa para tranquilizarse, pero no sirvió de nada. Se quedó allí de pie, aturdido, mientras los soldados cruzaban uno de los enormes puentes mecánicos de Dalinar. Lo intentó otra vez. Nada.

Sacó una esfera del bolsillo. El marco de fuego brillaba con su luz habitual, tiñendo sus dedos de rojo. Algo fallaba. Kaladin no podía sentir la luz en su interior como antes.

Syl revoloteaba sobre el abismo acompañada por un grupo de vientospren. Su risa cantarina lo alcanzó, y Kaladin miró hacia las alturas.

—¿Syl? —preguntó en voz baja. Tormentas. No quería parecer un idiota, pero algo en su interior sentía pánico, como una rata agarrada por la cola—. ¡Syl!

Varios soldados que marchaban lo miraron y luego alzaron la vista al cielo. Kaladin hizo caso omiso de ellos mientras Syl descendía en forma de lazo de luz y revoloteaba a su alrededor, todavía riendo.

La luz tormentosa regresó a él. Kaladin la sintió de nuevo y la sorbió de la esfera con ansiedad... aunque tuvo la presencia de ánimo para ocultarla en su puño y llevárselo al pecho para hacer menos visible el proceso. La luz de un marco no era suficiente para descubrirlo, pero se sintió mucho, muchísimo mejor con esa luz tormentosa surcando en su interior.

—¿Qué ha pasado? —le susurró a Syl—. ¿Le ocurre algo a nuestro vínculo? ¿Es porque no he encontrado las Palabras lo bastante pronto?

Ella se posó en su muñeca y tomó la forma de mujer joven. Le miró la mano, ladeando la cabeza.

—¿Qué hay dentro? —preguntó con un susurro conspirativo.

—Sabes lo que es, Syl —dijo Kaladin sintiéndose helado, como si acabara de ser golpeado por una oleada de agua de tormenta—. Una esfera. ¿No acabas de verla?

Ella lo miró con cara de inocencia.

—Estás tomando malas decisiones. Desagradable. —Sus rasgos lo imitaron durante un momento y dio un salto adelante, como para sorprenderlo. Se echó a reír y se marchó volando.

Syl no podía comprender por qué su decisión era la adecuada.

Era una spren y tenía una moralidad básica y simplista. El hecho de ser humano a menudo implicaba verse obligado a elegir entre opciones desagradables. La vida no era algo limpio y claro como ella quería que fuera. Era sucia, cubierta de crem. Ningún hombre deambulaba por ella sin mancharse, ni siquiera Dalinar.

—Esperas demasiado de mí —le replicó cuando llegó al otro extremo del abismo—. No soy ningún glorioso caballero de días pasados. Soy un hombre roto. ¿Me oyes, Syl? Estoy roto.

Ella se acercó volando y susurró:

—Así estaban todos, tonto. —Se marchó.

Kaladin vio que los soldados cruzaban el puente. No se trataba de una carga, pero de todas formas Dalinar había traído un gran número de hombres. Salir a las Llanuras Quebradas era entrar en una zona de guerra, y los parshendi representaban siempre una amenaza.

El Puente Cuatro cruzó pesadamente el puente mecánico, cargando con el suyo propio, más pequeño. Kaladin no estaba dispuesto a dejar los campamentos sin eso. Los mecanismos que empleaba Dalinar (los enormes puentes tirados por chulls que podían ser encajados en su sitio) eran sorprendentes, pero Kaladin no se fiaba de ellos. No tanto como de un buen puente que cargar sobre sus hombros.

Syl pasó de nuevo revoloteando. ¿De verdad esperaba que viviera según su percepción de lo que estaba bien y lo que estaba mal? ¿Iba a quitarle sus poderes cada vez que hiciera algo que la ofendiera?

Eso sería como vivir con una soga al cuello.

Decidido a no dejar que sus preocupaciones le estropearan el día, fue a comprobar el estado del Puente Cuatro. «Mira el cielo despejado —se dijo—. Respira el viento. Disfruta de la libertad». Después de tanto tiempo de cautiverio, estas cosas eran maravillosas.

Encontró a sus hombres junto al puente, descansando. Era extraño verlos con sus viejos chalecos de cuero de hombreras reforzadas sobre sus nuevos uniformes. Eso los transformaba en una extraña mezcla de lo que habían sido y lo que eran en ese momento. Lo saludaron juntos, y él devolvió el saludo.

—Descansad —les dijo, y ellos rompieron la formación, riendo y

bromeando unos con otros mientras Lopen y sus asistentes repartían odres con agua.

—¡Ja! —dijo Roca, sentándose a beber junto al puente—. Esto no es tan duro como recordaba.

—Es porque vamos más lentos —indicó Kaladin, señalando el puente mecánico de Dalinar—. Y porque recuerdas los primeros días de los puentes, no los últimos, cuando estábamos bien alimentados y bien entrenados. Entonces ya fue más fácil.

—No —replicó Roca—. El puente es ligero porque hemos derrotado a Sadeas. Es la manera adecuada de las cosas.

—Eso no tiene sentido.

—¡Ja! Tiene todo el sentido. —Tomó un sorbo—. Llanero tarado.

Kaladin sacudió la cabeza, pero se permitió sonreír al oír la voz familiar de Roca. Después de saciar su propia sed, cruzó corriendo la meseta para dirigirse al lugar que Dalinar acababa de cruzar. Una alta formación rocosa cercana dominaba la meseta, y en lo alto se er-guía una estructura de madera que parecía un pequeño fuerte. La luz del sol destelló en uno de los catalejos colocados allí.

Ningún puente permanente conducía a esta meseta, que estaba justo fuera del área segura más cercana al campamento de guerra. Los exploradores apostados allí eran saltadores que cubrían los abismos en puntos estrechos con el uso de largas pértigas. Parecía un trabajo que requería un tipo especial de locura, y por eso Kaladin siempre había respetado a esos hombres.

Uno de los saltadores hablaba con Dalinar. Kaladin habría esperado que el hombre fuera alto y delgado, pero era bajo y recio, con gruesos antebrazos. Llevaba un uniforme de la casa Kholin con franjas blancas en el borde de la casaca.

—Vimos algo ahí fuera, brillante señor —estaba explicando a Dalinar—. Yo mismo lo vi con mis propios ojos, y registré la fecha y la hora con glifos en mi archivo. Era un hombre, brillante, que revoloteó por el cielo de las Llanuras de un lado a otro.

Dalinar gruñó.

—No estoy loco, señor —dijo el saltador, cambiando el peso de su cuerpo de un pie a otro—. Los otros muchachos lo vieron también, cuando les...

—Te creo, soldado —aseguró Dalinar—. Era el Asesino de

Blanco. Tenía ese aspecto cuando atentó contra el rey.

El hombre se relajó.

—Brillante señor, es lo que pensé. Algunos en el campamento me dijeron que estaba viendo lo que quería ver.

—Nadie quiere ver a ese —replicó Dalinar—. Pero ¿por qué pasar el tiempo aquí? ¿Por qué no ha vuelto a atacar, si está tan cerca?

Kaladin carraspeó, incómodo, y señaló el puesto de vigilancia.

—¿Ese fuerte es de madera?

—Sí —respondió el saltador, y enseguida advirtió los nudos en los hombros de Kaladin—. Uh, señor.

—No creo que soporte una alta tormenta —comentó Kaladin.

—Lo desmontamos, señor.

—¿Y lo lleváis de vuelta al campamento? —preguntó Kaladin, frunciendo el ceño—. ¿O lo dejáis aquí para la tormenta?

—¿Dejarlo, señor? Nos quedamos aquí con él.

El hombre señaló una sección horadada en la base de la roca, abierta con martillos o con una hoja esquirrada. No parecía muy grande: solo un cubículo, en realidad. Parecía que llevaban el suelo de madera de la plataforma de arriba y luego la encajaban con cierres en el lado del cubículo para formar una especie de puerta.

Un tipo especial de locura, en efecto.

—Brillante señor —le dijo el saltador a Dalinar—, el de blanco podría estar por alguna parte. Esperando.

—Gracias, soldado —respondió el alto príncipe, asintiendo para indicar que podía retirarse—. Vigilad mientras viajamos. Hemos recibido informes de que hay abismoides moviéndose cerca de los campamentos.

—Sí, señor —dijo el hombre, saludando, y corrió de vuelta a la escala de cuerda que conducía a su puesto.

—¿Y si el asesino viene a por ti? —preguntó Kaladin en voz baja.

—No veo por qué aquí tendría que ser diferente —dijo Dalinar—. Volverá tarde o temprano. En las Llanuras o en el palacio, tendremos que enfrentarnos a él.

—Ojalá hubieras aceptado una de esas hojas esquirradas que ganó Adolin, señor. Me sentiría más cómodo si pudieras defenderte.

—Creo que te sorprenderías —respondió Dalinar, protegiéndose

los ojos y volviéndose hacia el campamento—. Pero me siento mal por dejar a Elhokar solo allí atrás.

—El asesino dijo que te quería a ti, señor. Si estás lejos del rey, eso servirá para protegerlo.

—Supongo —dijo Dalinar—. A menos que los comentarios del asesino fueran para despistarnos. —Sacudió la cabeza—. Puede que la próxima vez te ordene que te quedes con él. No puedo dejar de pensar que se me ha pasado por alto algo importante, algo que tengo justo delante.

Kaladin tensó la mandíbula, tratando de ignorar el escalofrío que sentía. «Puede que te ordene que te quedes con él...». Era como si el destino mismo lo empujara a una posición desde la que traicionar al rey.

—Respecto a tu encarcelamiento... —añadió el alto príncipe.

—Ya está olvidado, señor —respondió Kaladin. Al menos la parte referida a Dalinar—. Agradezco que no me hayan degradado.

—Eres un buen soldado —dijo Dalinar—. Casi siempre. —Sus ojos se dirigieron al Puente Cuatro, que volvían a levantar su construcción de madera. Uno de los hombres le llamó la atención: Renarin, vestido con su uniforme del Puente Cuatro, empujaba para colocarlo en su sitio. Cerca, Leyten reía y le indicaba cómo sujetarlo.

—Está empezando a encajar, señor —dijo Kaladin—. Los hombres lo aprecian. Nunca pensé que llegaría a ver el día.

Dalinar asintió.

—¿Cómo se encontró? —preguntó Kaladin en voz baja—. ¿Después de lo que sucedió en el duelo?

—Se negó a practicar con Zahel —respondió Dalinar—. Por lo que sé, no ha invocado su hoja esquilada desde hace semanas. —Siguió mirando un momento más—. No puedo decidir si este tiempo que pasa con tus hombres es bueno para él y le ayuda a pensar como soldado, o si solo le induce a evitar sus responsabilidades superiores.

—Señor, si se me permite decirlo, tu hijo parece un tanto marginado. Fuera de lugar. Delicado, solitario.

Dalinar asintió de nuevo.

—Entonces, puedo decir con confianza que el Puente Cuatro es probablemente el mejor lugar que podría encontrar. —Le pareció

extraño decir eso de un ojos claros, pero era la verdad.

Dalinar gruñó.

—Confiaré en tu opinión. Ve. Asegúrate de que esos hombres tuyos están en guardia por si el asesino vuelve hoy.

Kaladin asintió y dejó al príncipe. Había oído hablar antes de las visiones de Dalinar, y tenía cierta idea de su contenido. No sabía qué pensar, pero pretendía conseguir una copia completa de los registros de las visiones para que Ka pudiera leérsela.

Tal vez esas visiones eran el motivo de que Syl se mostrara siempre tan decidida a confiar en Dalinar.

A medida que pasó el día, el ejército atravesó las Llanuras como el flujo de un líquido viscoso: lodo que resbalaba por una pendiente poco profunda. Todo esto para que Shallan pudiera ver una crisálida de abismoide. Kaladin sacudió la cabeza mientras recorrían una meseta. Adolin estaba perdidamente enamorado: había conseguido reclutar a toda una fuerza de choque, su padre incluido, solo para satisfacer los caprichos de la muchacha.

—¿A pie, Kaladin? —preguntó Adolin, acercándose al trote. El príncipe cabalgaba aquella bestia blanca que era su caballo, el animal con cascos como martillos. Llevaba puesta su armadura esquirlada azul, el yelmo atado a un pomo en la parte trasera de la silla—. Creía que tenías pleno derecho a usar una montura de los establos de mi padre.

—También lo tengo de los intendentes, pero no me verás cargando con un caldero a las espaldas solo porque puedo hacerlo —respondió Kaladin.

Adolin se echó a reír.

—Deberías intentar cabalgar más. Tienes que admitir que hay ventajas. La velocidad del galope, la altura del ataque. —Acarició el cuello de su caballo.

—Supongo que confío demasiado en mis pies.

Adolin asintió, como si eso fuera el comentario más sabio que nadie hubiera hecho jamás, antes de volver cabalgando a comprobar el estado de Shallan en su palanquín. Sintióse un poco fatigado, Kaladin buscó en su bolsillo otra esfera, solo un chip de diamante esta vez, y se la acercó al pecho. Inspiró.

Una vez más, no sucedió nada. ¡Tormentas! Buscó a Syl alrededor, pero no la encontró. Ella se había mostrado tan

juguetera últimamente que Kaladin había empezado a preguntarse si no se trataría de algún tipo de truco. Esperaba que fuera eso, y no algo más. A pesar de sus quejas y resquemores internos, quería desesperadamente ese poder. Había dominado el cielo, los mismos vientos. Renunciar a ello sería como renunciar a sus propias manos.

Llegó por fin al borde de la meseta, donde estaban emplazando el puente mecánico de Dalinar. Allí, afortunadamente, encontró a Syl examinando un cremlino que se arrastraba por las rocas hacia la seguridad de una grieta cercana.

Kaladin se sentó en la roca junto a ella.

—Así que me estás castigando por haber accedido a ayudar a Moash —dijo—. Por eso tengo problemas con la luz tormentosa.

Syl siguió al cremlino, que era una especie de escarabajo con una concha redonda e iridiscente.

—Syl —dijo Kaladin—. ¿Te encuentras bien? Pareces...

«Como eras antes. La primera vez que nos vimos». Una sensación de temor brotó en su interior. Si estaba perdiendo sus poderes, ¿era porque el vínculo se debilitaba?

Ella lo miró y sus ojos se enfocaron más, hasta que su expresión empezó a parecerse a la de su yo normal.

—Tienes que decidir lo que quieres, Kaladin —sentenció.

—No te gusta el plan de Moash. ¿Intentas obligarme a cambiar de opinión respecto a él?

Ella hizo un mohín.

—No quiero obligarte a hacer nada. Tienes que hacer lo que pienses que es correcto.

—¡Eso es lo que estoy intentando hacer!

—No. Creo que no.

—Bien. Le diré a Moash y a sus amigos que estoy fuera, que no voy a ayudarlos.

—¡Pero le diste tu palabra a Moash!

—También le di mi palabra a Dalinar...

Ella redujo sus labios a una fina línea y lo miró a los ojos.

—Ese es el problema, ¿no? —susurró Kaladin—. He hecho dos promesas y no puedo mantener mi palabra en ambas. —Oh, tormentas. ¿Era este tipo de cosas lo que había destruido a los Caballeros Radiantes?

¿Qué pasaba con los honospren cuando alguien los enfrentaba a

una decisión como esa? Un juramento roto de cualquiera de las maneras.

«Idiota», se dijo Kaladin. Parecía que últimamente no era capaz de tomar ninguna buena decisión.

—¿Qué hago, Syl? —susurró.

Ella revoloteó hasta quedar de pie en el aire justo delante de él, mirándolo a los ojos.

—Tienes que pronunciar las Palabras.

—No las conozco.

—Encuétralas. —Miró al cielo—. Encuéntralas pronto, Kaladin. Y no, no servirá de nada que te limites a decirle a Moash que no le ayudará. Hemos llegado demasiado lejos para eso. Tienes que hacer lo que tu corazón tiene que hacer. —Se alzó hacia el cielo.

—Quédate conmigo, Syl —susurró él, poniéndose en pie tras ella—. Resolveré esto. Pero... no te pierdas. Por favor. Te necesito.

Las marchas del mecanismo del puente de Dalinar chirriaron cuando los soldados hicieron girar las palancas, y el puente entero empezó a desplegarse.

—¡Alto, alto, alto!

Shallan Davar llegó corriendo, un borrrón de pelo rojo y seda azul, con un gran sombrero en la cabeza para protegerse del sol. Dos de los guardias corrían tras ella, pero ninguno era Gaz.

Kaladin se volvió, alarmado por su tono, buscando cualquier señal del Asesino de Blanco.

Jadeando, Shallan se llevó la mano segura al pecho.

—Tormentas, ¿qué pasa con los porteadores del palanquín? Se niegan rotundamente a moverse con rapidez. «No es señorial», dicen. Bueno, pues rara vez soy señorial. Muy bien, esperad un momento, luego podéis continuar.

Se sentó en una roca cerca del puente. Los aturridos soldados la miraron mientras sacaba su cuaderno de dibujo y empezaba a hacer bocetos.

—Muy bien —dijo—. Continúa. Llevo todo el día intentando hacer una serie de bocetos de ese puente cuando se despliega. Porteadores de las tormentas...

Qué mujer tan extraña.

Vacilantes, los soldados continuaron colocando el puente, desplegándolo ante los vigilantes ojos de tres de las ingenieras de

Dalinar, viudas de oficiales caídos. Varios carpinteros estaban también cerca, para trabajar a sus órdenes si el puente se atascaba o se rompía alguna pieza.

Kaladin agarró su lanza, tratando de ordenar sus emociones en lo referido a Syl y las promesas que había hecho. Sin duda podría resolver todo el asunto de algún modo. ¿No?

Ver ese puente llenó su mente de ideas de incursiones por las mesetas, y le pareció una distracción agradable. Comprendía por qué Sadeas prefería el simple, aunque brutal, método de las cuadrillas en los puentes: aquellos puentes eran más rápidos, más baratos, menos problemáticos. En cambio esos enormes artilugios eran colosales, como grandes embarcaciones que intentarían maniobrar en una bahía.

«Corredores con armadura para cargar con los puentes es la solución natural —pensó Kaladin—. Hombres con escudos, con pleno apoyo del ejército para ayudarlos a situarse en posición. Se podrían tener puentes móviles y rápidos, pero no dejar que los hombres sean masacrados».

Naturalmente, Sadeas quería que mataran a los hombres de los puentes, como señuelo para evitar que las flechas acribillaran a sus soldados.

Uno de los carpinteros que ayudaba con el puente y examinaba una de las cuñas de madera y hablaba de tallar una nueva le resultó conocido. El hombre, fornido, tenía una marca de nacimiento en la frente, casi oculta por la gorra de carpintero que llevaba.

Kaladin conocía aquella cara. ¿No era un soldado de Dalinar, uno de los que había perdido la voluntad de luchar tras la masacre en la Torre? Algunos de ellos habían pasado a realizar otros trabajos en el campamento.

Lo distrajo Moash al pasar, quien levantó una mano para saludar al Puente Cuatro, arrancando aplausos. Llevaba la brillante armadura esquirlada repintada de azul con tonos rojos en las puntas con sorprendente naturalidad. Todavía no había pasado una semana y Moash caminaba con facilidad con la armadura puesta.

Se acercó a Kaladin y, entre tintineos de la armadura, hincó una rodilla en tierra. Saludó con un brazo sobre el pecho.

Sus ojos... eran más claros: castaño claro en vez de marrón oscuro como habían sido siempre. Llevaba la espada esquirlada

cruzada a la espalda, con una vaina protectora. Faltaba un día para que el vínculo con ella fuera completo.

—No tienes por qué saludarme, Moash —dijo Kaladin—. Ahora eres ojos claros. Me superas en rango por un kilómetro o dos.

—Nunca te superaré en rango, Kal —replicó Moash, con la visera alzada—. Eres mi capitán. Siempre lo serás. —Sonrió—. Pero no puedes ni imaginarte lo divertido que es ver a los ojos claros intentando decidir cómo tratarme.

—Tus ojos están cambiando de verdad.

—Sí —dijo Moash—. Pero no soy uno de ellos, ¿me oyes? Soy el de siempre. Puente Cuatro. Soy nuestra... arma secreta.

—¿Secreta? —preguntó Kaladin, alzando una ceja—. Probablemente ya se habrán enterado hasta en Iri, Moash. Eres el primer ojos oscuros que recibe una espada y una armadura en siglos.

Dalinar incluso le había dado a Moash tierras y un estipendio de ellas, una suma apreciable, y no solo para los baremos de los hombres de los puentes. Moash seguía pasándose a probar el guiso algunas noches, pero no todas. Estaba demasiado ocupado preparando su nueva vivienda.

No había nada malo en ello. Era natural. De hecho, era una de las razones por las que Kaladin había rechazado la espada, y quizá porque siempre le había preocupado mostrar sus poderes a los ojos claros. Aunque no encontraran un modo de arrebatarse sus habilidades (sabía que ese temor era irracional, aunque lo sentía igualmente), podrían encontrar la manera de despojarle del Puente Cuatro. Sus hombres... su propia esencia.

«Puede que no sean ellos quienes te lo quiten —pensó—. Puede que lo estés haciendo tú mismo, mejor de lo que podría hacerlo ningún ojos claros».

La idea lo repugnaba.

—Nos estamos acercando —dijo Moash en voz baja mientras Kaladin sacaba su odre de agua.

—¿Acercándonos? —preguntó este último. Bajó el odre y contempló las mesetas por encima de su hombro—. Creí que aún nos quedaban unas cuantas horas antes de llegar a la crisálida muerta.

Estaba lejos, casi a la máxima distancia que los ejércitos

recorrían en las cargas con los puentes. Bethab y Thanadal la habían reclamado el día anterior.

—No me refiero a eso —adujo Moash, mirando hacia un lado—, sino a otras cosas.

—Oh. Moash, estás... quiero decir...

—Kal. Estás con nosotros, ¿no? Lo dijiste.

Dos promesas. Syl le había dicho que siguiera a su corazón.

—Kaladin —dijo Moash, con más solemnidad—. Me diste estas esquiras, incluso después de enfadarte conmigo por haberte desobedecido. Hay un motivo. En el fondo sabes que lo que estoy haciendo es lo correcto. Es la única solución.

Kaladin asintió.

Moash miró alrededor antes de levantarse entre tintineos de la armadura. Se inclinó hacia delante para susurrar:

—No te preocupes. Graves dice que no vas a tener que hacer mucho. Solo necesitamos una oportunidad.

Kaladin se sintió enfermo.

—No podemos hacerlo cuando Dalinar esté en el campamento —susurró—. No me arriesgaré a que resulte herido.

—No hay problema. Nosotros pensamos lo mismo. Esperaremos al momento adecuado. El plan más reciente es matar al rey de un flechazo, para que no haya ningún riesgo de implicarte a ti ni a nadie más. Lo llevas al lugar adecuado y Graves lo abate con su propio arco. Es un tirador excelente.

Una flecha. Parecía una cobardía.

Pero había que hacerlo. Era necesario.

Moash le dio una palmada en el hombro y se marchó con su tintineante armadura. Tormentas. Todo lo que Kaladin tenía que hacer era llevar al rey a un lugar concreto... Eso, y traicionar la confianza que Dalinar tenía en él.

«Y si no ayudo a matar al rey, ¿no estaré traicionando a la justicia y el honor?». El monarca había asesinado (o prácticamente asesinado) a mucha gente, algunos por indiferencia, otros por incompetencia. Y, tormentas, Dalinar tampoco era inocente. Si fuera tan noble como pretendía, ¿no se habría encargado de encarcelar a Roshone, en vez de enviarlo a un lugar donde «no pudiera causar más daños»?

Kaladin se acercó al puente y observó a los hombres que lo

cruzaban. Shallan Davar estaba sentada decorosamente en una roca, continuando con sus dibujos del mecanismo del puente. Adolin había desmontado y había tendido las riendas de su caballo a unos palafreneros para que lo llevaran a abreviar. Llamó a Kaladin.

—¿Príncipe? —preguntó este, acercándose.

—Han visto al asesino por aquí. En las Llanuras, de noche.

—Sí. Oí al explorador decírselo a tu padre.

—Necesitamos un plan. ¿Y si ataca aquí?

—Espero que lo haga.

Adolin lo miró frunciendo el ceño.

—Por lo que vi —explicó Kaladin—, y por lo que he descubierto del ataque inicial al antiguo rey, el asesino depende de la confusión que causa en sus víctimas. Sube por paredes y techos: hace caer a los hombres en la dirección equivocada. Bueno, aquí no hay paredes ni techos.

—Así que puede volar sin más —concluyó Adolin con una mueca.

—Sí —respondió Kaladin, y señaló con una sonrisa—: Ya que tenemos... ¿cuántos? ¿Trescientos arqueros disponibles?

Kaladin había utilizado con éxito sus habilidades contra las flechas parshendi, y por eso era posible que los arqueros no pudieran matar al asesino. Pero imaginaba que le resultaría difícil luchar mientras lo atacaba una oleada tras otra de flechas.

Adolin asintió lentamente.

—Hablaré con ellos, quiero que se preparen para esa posibilidad.

Echó a andar hacia el puente, así que Kaladin lo siguió. Dejaron atrás a Shallan, tan absorta en su dibujo que ni siquiera advirtió que Adolin la saludaba. Mujeres ojos claros y sus diversiones. Kaladin sacudió la cabeza.

—¿Sabes algo de mujeres, muchacho del puente? —preguntó Adolin, mirando por encima del hombro y observando a Shallan mientras los dos cruzaban la estructura.

—¿Mujeres ojos claros? —replicó Kaladin—. Nada. Afortunadamente.

—La gente cree que sé mucho de mujeres —añadió Adolin—. La verdad es que sé cómo conquistarlas... cómo hacerlas reír, cómo captar su interés. Pero no sé cómo conservarlas. —Vaciló—. De verdad quiero conservar a esta.

—Entonces... ¿no deberías decírselo a ella? —sugirió Kaladin, pensando en Tarah y los errores que había cometido.

—¿Funcionan esas cosas con las mujeres ojos oscuros?

—Le estás preguntando al hombre equivocado. No he tenido mucho tiempo para mujeres últimamente. Estaba demasiado ocupado intentando evitar que me mataran.

Adolin parecía no estar escuchando.

—Quizá podría decirle a ella algo así... Parece demasiado sencillo, y ella es cualquier cosa menos sencilla... —Se volvió hacia Kaladin—. Da igual. El Asesino de Blanco. Necesitamos otro plan, además de indicar a los arqueros que se preparen.

—¿Tienes alguna idea?

—No tendrás una hoja esquilada, pero no la necesitarás, debido a... ya sabes.

—¿Ya sé? —Kaladin sintió una punzada de alarma.

—Sí... ya sabes. —Adolin desvió la mirada y se encogió de hombros, como si intentara mostrar indiferencia—. Esa cosa.

—¿Qué cosa?

—La cosa... con la... hum, ¿cosa?

«No lo sabe —advirtió Kaladin—. Solo está tanteando, intenta averiguar por qué puedo luchar tan bien. Y le sale fatal».

Kaladin se relajó e incluso llegó a sonreír ante el torpe intento de Adolin. Era agradable sentir una emoción diferente a la preocupación o el pánico.

—Creo que no tienes ni la menor idea de lo que estás hablando.

Adolin frunció el ceño.

—Hay algo raro en ti, muchacho del puente. Admítelo.

—No admito nada.

—Sobreviviste a esa caída con el asesino —dijo Adolin—. Y al principio llegué a pensar que trabajabas con él. Ahora...

—¿Ahora qué?

—Bueno, he decidido que, seas lo que seas, estás de mi parte. —Adolin suspiró—. Respecto al asesino... Mi intuición me dice que el mejor plan es el que empleamos cuando luchábamos juntos en el coso. Tú lo distraes mientras yo lo mato.

—Eso podría funcionar, aunque me preocupa que no sea de los que se dejan distraer.

—Tampoco lo era Relis. Lo haremos, muchacho del puente. Tú y

yo. Vamos a abatir a ese monstruo.

—Tendremos que ser rápidos —dijo Kaladin—. En una pelea extensa tiene las de ganar. Y ataca en la columna vertebral o en la cabeza. No intentes un golpe debilitador primero. Ve directo a matar.

Adolin lo miró con curiosidad.

—¿Por qué?

—Vi algo cuando los dos caímos juntos —dijo Kaladin—. Lo herí, pero de algún modo sanó la herida.

—Tengo una espada esquilada. No podrá sanar eso... ¿no?

—Es mejor no averiguarlo. Golpea a matar. Confía en mí.

Adolin lo miró a los ojos.

—No sé muy bien por qué, pero lo hago. Confiar en ti, quiero decir. Es una sensación muy extraña.

—Sí, bueno, intento no revolcarme de alegría por la meseta.

Adolin sonrió.

—Pagaría por ver eso.

—¿Por verme revolcándome?

—Por verte feliz —dijo Adolin, riendo—. ¡Tienes una cara como una tormenta! Casi pienso que podrías espantar a una.

Kaladin gruñó.

Adolin volvió a reír, le dio una palmada en el hombro y se volvió a ver a Shallan, que por fin cruzaba el puente, pues al parecer ya había terminado su dibujo. Ella lo miró con afecto, y cuando él extendió la mano para coger la suya, se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla. Adolin dio un paso atrás, sorprendido. Los alezi solían ser más reservados en público.

Shallan le sonrió antes de dar media vuelta y soltar un grito, llevándose una mano a la boca. Kaladin dio un salto, otra vez atento al peligro... pero Shallan se limitó a ir corriendo hacia un cercano macizo de rocas.

Adolin se llevó la mano a la mejilla y miró a Kaladin con una sonrisa.

—Probablemente ha visto un bicho interesante.

—¡No, es musgo! —exclamó Shallan.

—Ah, claro —dijo Adolin, acercándose seguido de Kaladin—. Musgo. Qué emocionante.

—Calla —exigió Shallan, agitando su lápiz ante él mientras se

agachaba a inspeccionar las rocas—. El musgo crece aquí en un patrón extraño. ¿Qué podría causar eso?

—El alcohol —dijo Adolin.

La joven lo miró y él se encogió de hombros.

—A mí me impulsa a hacer locuras. —Miró a Kaladin, que sacudió la cabeza—. Eso ha sido gracioso —dijo Adolin—. ¡Era un chiste! Bueno, más o menos.

—Oh, calla —exclamó Shallan—. Esto casi parece el mismo patrón que un rocabrote en flor, de los que son corrientes aquí en las Llanuras... —Empezó a dibujar.

Kaladin se cruzó de brazos y suspiró.

—¿Qué significa ese suspiro? —le preguntó Adolin.

—Aburrimiento —respondió Kaladin, mirando hacia el ejército, que seguía cruzando el puente. Mover en ese lugar una fuerza de tres mil hombres (aproximadamente la mitad del ejército actual de Dalinar, tras el reciente reclutamiento intensivo) llevaba tiempo. En las incursiones con los puentes, los cruces eran rápidos. Kaladin siempre se había sentido agotado, saboreando la oportunidad de descansar—. Supongo que este lugar es tan yermo que no hay mucha cosa aparte del musgo para entusiasmarse.

—Calla tú también —le dijo Shallan—. Ve a pulir tu puente o lo que sea. —Se inclinó hacia delante, luego hurgó con el lápiz un bicho que reptaba por el musgo—. Ah... —dijo, luego garabateó apresuradamente unas notas—. De todas formas, te equivocas. Hay un montón de cosas para entusiasmarse, si miras en los sitios adecuados. Algunos soldados dijeron que se ha divisado a un abismoide. ¿Creéis que podría atacarnos?

—Parece como si desearas que sucediera eso —dijo Adolin.

—Bueno, necesito hacer un buen dibujo de uno.

—Te llevaremos a la crisálida. Tendrás que conformarte con eso.

La erudición de Shallan era una excusa: para Kaladin la verdad saltaba a la vista. Dalinar había traído un número inusitado de exploradores ese día, y Kaladin sospechaba que cuando llegaran a la crisálida, que estaba en la linde de las tierras inexploradas, continuarían hacia delante para recopilar información. Todo eso no eran más que preparativos para la expedición de Dalinar.

—No comprendo por qué necesitamos tantos soldados —dijo Shallan, advirtiendo la mirada de Kaladin mientras estudiaba al

ejército—. ¿No dijiste que los parshendi no habían aparecido últimamente para luchar por las crisálidas?

—Y así es —respondió Adolin—. Eso es precisamente lo que nos preocupa.

Kaladin asintió.

—Cada vez que el enemigo cambia las tácticas establecidas, hay que preocuparse. Podría significar que se desesperan. Y la desesperación es muy, muy peligrosa.

—Se te da bien pensar al estilo militar, para ser un muchacho del puente —dijo Adolin.

—Casualmente, tú no eres malo del todo siendo abominable, para ser un príncipe.

—Gracias —dijo Adolin.

—Eso era un insulto, querido —apuntó Shallan.

—¿Qué? —dijo Adolin—. ¿Lo era?

Ella asintió, todavía dibujando, aunque alzó la cabeza para mirar a Kaladin. Él le devolvió tranquilamente la mirada.

—Adolin —dijo Shallan, volviéndose hacia la pequeña formación rocosa—, ¿podrías matar este musgo por mí, por favor?

—Matar... al musgo. —El príncipe miró a Kaladin, que se encogió de hombros. ¿Cómo iba a saber él lo que pretendía una ojos claros? Eran una raza extraña.

—Sí —dijo Shallan, poniéndose en pie—. Dale a ese musgo, y a la roca que tiene detrás, un buen corte. Como favor a tu prometida.

Adolin parecía aturdido, pero hizo lo que le pedía, invocó su hoja esquirlada y golpeó el musgo y la roca. La parte superior de la pequeña pila de piedras se soltó, cortada con facilidad, y cayó al suelo de la meseta.

Shallan se acercó ansiosamente y se agachó junto a la parte superior de la piedra cortada perfectamente plana.

—Mmm —dijo, asintiendo para sí. Empezó a dibujar.

Adolin retiró la espada.

—¡Mujeres! —exclamó, encogiéndose de hombros. Luego se fue a buscar algo de beber sin pedirle a Shallan una explicación.

Kaladin dio un paso para seguirlo, pero entonces vaciló. ¿Qué encontraba Shallan tan interesante allí? Esa mujer era un enigma, y sabía que no se sentiría completamente seguro hasta que la comprendiera. Tenía demasiado acceso a Adolin, y por tanto a

Dalinar, para no investigarla.

Se acercó a mirar por encima de su hombro mientras ella dibujaba.

—Estratos —dedujo—. Estás contando los estratos de crem para deducir qué antigüedad tiene la roca.

—Buena suposición —respondió ella—, pero esta es una mala localización para fechar estratos. El viento sopla con demasiada fuerza en las mesetas, y el crem no se aposenta por igual. Así que los estratos son erráticos e imprecisos.

Kaladin frunció el ceño, entornando los ojos. La sección transversal de roca era piedra de crem normal por fuera, con estratos visibles en diferentes tonos de marrón. Sin embargo, el centro era blanco. No se veían rocas blancas así a menudo: había que excavarlas. Lo cual significaba que esto era una situación muy extraña, o...

—Aquí hubo una estructura —concluyó Kaladin—. Hace mucho tiempo. Deben de haber pasado siglos para que el crem se haya vuelto tan grueso sobre algo que sobresalía del suelo.

Ella lo miró.

—Eres más listo de lo que pareces. —Se volvió hacia el dibujo y añadió—: Menos mal...

Él gruñó.

—¿Por qué todo lo que dices tiene que incluir alguna pulla? ¿Tanta necesidad tienes de demostrar lo lista que eres?

—Quizá solo estoy molesta contigo por aprovecharte de Adolin.

—¿Aprovecharme? —preguntó Kaladin—. ¿Por llamarlo abominable?

—Lo dijiste deliberadamente de un modo que esperabas que no entendiera. Hiciste que pareciera tonto. Y él solo intenta ser amable contigo.

—Sí —dijo Kaladin—. Siempre se muestra magnánimo con todos los pequeños ojos oscuros que revolotean a su alrededor para adorarlo.

Shallan golpeó la página con el lápiz.

—Eres un hombre odioso, ¿verdad? Por debajo de ese aburrimiento fingido, las miradas peligrosas, los gruñidos... simplemente odias a los demás, ¿no?

—¿Qué? No, yo...

—Adolin lo intenta. Se siente mal por lo que te ocurrió, y está haciendo lo que puede por compensarlo. Es un buen hombre. ¿Tanto te costaría dejar de provocarlo?

—Me llama «muchacho del puente» —dijo Kaladin, testarudo—. Él me ha estado provocando a mí.

—Sí, porque él es el que va por ahí con mala cara alternando muecas e insultos. Adolin Kholin, el hombre más difícil de tratar de las Llanuras Quebradas. ¡Míralo! ¡Es tan arisco!

Señaló con el lápiz hacia el lugar donde Adolin reía con los aguadores ojos oscuros. El palafrenero se acercó con su caballo, y Adolin cogió el yelmo de su armadura y se lo ofreció a uno de los chicos para que se lo probara. Le quedaba ridículamente grande.

Kaladin se sonrojó cuando el muchacho adoptó una pose de portador de esquirlada, y todos volvieron a reírse. Kaladin miró a Shallan, que se cruzó de brazos, con la libreta en lo alto de la roca cortada que tenía delante. Ella le sonrió.

Mujer insufrible. ¡Bah!

Kaladin la dejó y cruzó el reseco terreno para unirse al Puente Cuatro, donde insistió en ocupar un turno para empujar la estructura, a pesar de las protestas de Teft de que ya estaba «por encima de esas cosas». No era un ojos claros de las tormentas. Nunca estaría por encima de un honrado día de trabajo.

El familiar peso del puente se posó sobre sus hombros. Roca tenía razón. Parecía más liviano que antes. Sonrió al oír las imprecaciones de los primos de Lopen, quienes (como Renarin) se iniciaban con esta incursión en su primer transporte del puente.

Lo llevaron a través de un abismo, cruzando uno de los puentes de Dalinar, más grande y menos móvil, y empezaron a recorrer la meseta. Durante un tiempo, marchando al frente del Puente Cuatro, Kaladin pudo imaginar que su vida era sencilla. Ningún ataque en las mesetas, ninguna flecha, ningún asesino ni guardaespaldas. Solo él, su equipo y un puente.

Por desgracia, cuando se acercaban al otro extremo de la gran meseta, empezó a sentirse muy cansado y, por reflejo, intentó absorber un poco de luz tormentosa para impulsarse. No consiguió nada.

La vida no era sencilla. Nunca lo había sido, y mucho menos cuando corrían con los puentes. Pretender lo contrario era

maquillar el pasado.

Ayudó a depositar el puente y entonces, al ver que la vanguardia del ejército avanzaba, los hombres y él empujaron el mecanismo sobre el abismo. La vanguardia agradeció la oportunidad de adelantarse, cruzar y asegurar la siguiente meseta.

Kaladin y los demás los siguieron y, media hora más tarde, condujeron a los soldados a la siguiente meseta. Continuaron así durante un buen rato, esperando a que el puente de Dalinar llegara antes de cruzar, y luego guiando a la vanguardia a la siguiente meseta. Pasaron varias horas de agotadora y tensa actividad. Buenas horas. Kaladin no tomó ninguna decisión respecto al rey ni su lugar en el potencial asesinato de aquel hombre, se limitaba a transportar su puente y disfrutar del avance de un ejército que se dirigía hacia su objetivo bajo un cielo despejado.

A medida que fue pasando el día, llegaron a la meseta que era su objetivo, donde las crisálidas vaciadas esperaban el estudio de Shallan. Kaladin y el Puente Cuatro dejaron cruzar a la vanguardia como habían venido haciendo y se dispusieron a esperar. Al cabo de un rato llegó el grueso del ejército y los inmensos puentes de Dalinar se colocaron en posición, extendiéndose para abarcar el abismo.

Kaladin dio un profundo sorbo de agua caliente mientras observaba. Se lavó la cara, luego se secó la frente. Se estaban acercando. Esa meseta estaba lejos en las Llanuras, casi junto a la Torre misma. Tardarían horas en regresar, suponiendo que avanzaran al mismo ritmo relajado que habían empleado para llegar hasta aquí. Habría oscurecido ya cuando regresaran a los campamentos de guerra.

«Si Dalinar quiere atacar el centro de las Llanuras Quebradas —pensó Kaladin—, harán falta días de marcha, y mientras tanto estaremos expuestos en las mesetas, con la posibilidad de ser rodeados y quedar aislados de los campamentos».

El Llanto sería una gran oportunidad para eso. Cuatro semanas seguidas de lluvia, pero sin altas tormentas. Era el año alterno, donde ni siquiera habría una alta tormenta el Día Claro, parte del ciclo de mil días que componían una rotación de tormentas completa. Con todo, sabía que muchas patrullas alezi habían intentado explorar la zona oriental antes. Todas habían sido

destruidas por altas tormentas, abismoides o equipos de asalto parshendi.

Solo un movimiento pleno de recursos hacia el centro sería efectivo. Un ataque que dejaría a Dalinar, y a quien lo acompañara, aislado.

El puente de Dalinar encajó en su sitio. Los hombres de Kaladin hicieron pasar su propio puente y se prepararon para empujarlo para que los siguiera la vanguardia. Kaladin cruzó y a continuación los dejó pasar. Se acercó al lugar donde se había posado el gigantesco puente.

Dalinar lo estaba cruzando acompañado por algunos exploradores, todos ellos saltadores, y criados que cargaban con las largas pértigas.

—Quiero que os despleguéis —les dijo el alto príncipe—. No tendremos mucho tiempo antes de regresar. Quiero que exploréis todas las mesetas que veáis desde aquí. Cuanta más ruta podamos planear ahora, menos tiempo tendremos que perder durante el asalto real.

Los exploradores asintieron y saludaron mientras él los despedía. Dalinar bajó del puente y asintió a Kaladin. Tras ellos, los generales, escribas e ingenieras cruzaron el puente. Los seguiría el grueso del ejército y, por último, la retaguardia.

—Me he enterado de que has ordenado construir más puentes móviles, señor —dijo Kaladin—. Supongo que eres consciente de que esas estructuras metálicas son demasiado lentas para tu asalto.

Dalinar asintió.

—Pero haré que los soldados los carguen. Tus hombres no tendrán que hacerlo.

—Señor, eso es muy considerado por tu parte, pero no creo que tengas que preocuparte. Las cuadrillas de los puentes las cargarán, si lo ordenas. Muchos de ellos probablemente agradecerán la confianza.

—Creía que tus hombres y tú considerabais que estar asignados a esos puentes era una sentencia de muerte, soldado —objetó Dalinar.

—Tal como los dirigía Sadeas, sí. Tú podrías hacer un trabajo mejor. Hombres blindados, entrenados en formaciones, cargando con los puentes. Soldados marchando delante con escudos. Arqueros

con instrucciones para defender a las cuadrillas de los puentes. Además, el peligro es solo para un asalto.

Dalinar asintió.

—Prepara a las cuadrillas, entonces. Si tus hombres se ocupan de los puentes, los soldados estarán libres por si nos atacan.

Empezó a cruzar la meseta, pero uno de los carpinteros al otro lado del abismo lo llamó. Dalinar se dio media vuelta y se dispuso a recorrer de nuevo el puente.

Pasó ante los oficiales y escribas que lo cruzaban, incluyendo a Adolin y Shallan, que caminaban el uno al lado del otro. Ella había renunciado a su palanquín y él a su caballo, y la muchacha parecía estar explicándole algo sobre los restos ocultos de una estructura que había encontrado antes dentro de aquella roca.

Tras ellos, al otro lado del abismo, se encontraba el trabajador que había llamado a Dalinar.

«Es el mismo carpintero —pensó Kaladin. El hombre recio de la gorra y la marca de nacimiento—. ¿Dónde lo he visto...?».

Entonces recordó. Fue en los aserraderos de Sadeas. El hombre era uno de los carpinteros que trabajaban allí, un supervisor de la construcción de puentes.

Kaladin echó a correr.

Se lanzó hacia el puente antes de que la conexión se estableciera plenamente en su cabeza. Ante él, Adolin se volvió de inmediato y empezó a correr en busca del peligro que Kaladin había divisado, dejando a Shallan, asombrada, en el centro del puente. Kaladin la alcanzó en un instante.

El carpintero agarró una palanca situada a un lado de la estructura.

—¡Ese carpintero, Adolin! —gritó Kaladin—. ¡Detén a ese hombre!

Dalinar seguía en el puente. Algo había distraído al alto príncipe. ¿Qué? Kaladin advirtió que también había oído algo. Cuernos, la llamada de que habían divisado al enemigo.

Todo sucedió en un instante. Dalinar se volvió hacia los cuernos. El carpintero tiró de la palanca. Adolin con su brillante armadura esquirrada alcanzó a Dalinar.

El puente se sacudió.

Luego se desplomó.



Rayse está cautivo. No puede salir del sistema que habita ahora. Su potencial destructivo, por tanto, ha quedado inhibido.

Mientras el puente caía bajo sus pies, Kaladin buscó luz tormentosa.

Nada.

El pánico lo asaltó. Sintió que el estómago le daba un vuelco y manoteó en el aire.

La caída a la oscuridad del abismo fue un breve instante, pero también una eternidad. Captó fugazmente a Shallan y a varios hombres de uniforme azul que caían y manoteaban aterrorizados.

Como un hombre que se ahoga y trata de llegar a la superficie, Kaladin se debatió en busca de luz tormentosa. ¡No moriría de esta forma! ¡El cielo era suyo! Los vientos. Los abismos.

¡No moriría así!

Syl gritó, un sonido aterrorizado y dolorido que vibró en los mismos huesos de Kaladin. En ese instante, consiguió una bocanada de luz tormentosa, la vida misma.

Chocó contra el suelo del fondo del abismo y todo se volvió negro.

Nadaba a través del dolor.

El dolor lo inundaba, un líquido, pero no interno. Su piel lo mantenía a raya.

¿QUÉ HAS HECHO? La lejana voz sonaba como un trueno.

Kaladin jadeó, abrió los ojos y el dolor reptó hacia su interior. De repente, le dolió todo el cuerpo.

Yacía de espaldas, contemplando una veta de luz en el aire. ¿Syl? No... No, era la luz del sol. La abertura en lo alto del abismo, muy por encima de él. En esta zona de las Llanuras Quebradas, los abismos tenían docenas de metros de profundidad.

Kaladin gimió y se sentó. Aquella franja de luz parecía imposiblemente lejana. Lo había engullido la oscuridad, y el abismo cercano estaba en penumbra, sombrío. Se llevó una mano a la cabeza.

«Al final conseguí un poco de luz tormentosa —pensó—. He sobrevivido. ¡Pero ese grito!». Lo acosaba, resonando en su mente. Le había resultado demasiado similar al grito que había oído cuando tocó la hoja esquilada del duelista en el coso.

«Busca las heridas», susurraron las enseñanzas de su padre desde lo más profundo de su mente. El cuerpo podía entrar en *shock* por una mala rotura o una herida, y no advertir el daño que se había causado. Siguió el procedimiento de comprobar sus extremidades en busca de fracturas, sin buscar ninguna de las esferas que llevaba en la bolsa. No quería iluminar la penumbra y ver los muertos que habría a su alrededor.

¿Estaría Dalinar entre ellos? Adolin corría hacia su padre. ¿Había conseguido el príncipe alcanzarlo antes de que el puente se desplomara? Llevaba puesta la armadura esquilada, y había saltado al final.

Kaladin se palpó las piernas y a continuación las costillas. Encontró moratones y arañazos, pero nada roto o desgarrado. Esa luz tormentosa que había absorbido al final... lo había protegido, quizás incluso lo había sanado, antes de agotarse. Finalmente rebuscó en su bolsa y encontró las esferas, pero descubrió que todas estaban agotadas. Probó en el bolsillo, pero se detuvo al oír un roce cercano.

Se puso en pie de un salto y giró, deseando tener un arma. El fondo del abismo se volvió más brillante. Un brillo reveló

florvolantes como abanicos y enredaderas en las paredes, ramas dispersas y musgo en el suelo. ¿Era eso una voz? Sintió un instante de confusión mientras las sombras se movían en la pared ante él.

Entonces alguien rodeó la esquina, llevando un vestido de seda y una mochila al hombro. Shallan Davar.

Gritó al verlo, arrojó la mochila al suelo y retrocedió tambaleándose, con las manos en los costados. Incluso dejó caer su esfera.

Mientras comprobaba la movilidad de su brazo, Kaladin se acercó a la luz.

—Cálmate —dijo—. Soy yo.

—¡Padre Tormenta! —exclamó la joven, corriendo a toda prisa para atrapar la esfera del suelo. Dio un paso adelante y alzó la luz para verlo—. Eres tú..., el hombre del puente. ¿Cómo...?

—No lo sé —mintió él, mirando hacia arriba—. Tengo un tirón en el cuello y un dolor de mil truenos en el codo. ¿Qué ha pasado?

—Alguien tiró del cerrojo de emergencia del puente.

—¿Qué es el cerrojo de emergencia?

—Hace caer el puente al abismo.

—Parece un recurso de lo más estúpido —dijo Kaladin, rebuscando en el bolsillo sus otras esferas. Las miró con disimulo y vio que también estaban agotadas. Tormentas. ¿Las había gastado todas?

—Depende —respondió Shallan—. ¿Y si tus hombres se han retirado atravesando el puente y el enemigo te sigue? Se supone que el cerrojo de emergencia tiene un cierre de seguridad para que no se accione por accidente, pero se puede soltar en caso de apuro.

Él gruñó mientras Shallan iluminaba con su esfera más allá, donde las dos mitades del puente se habían estrellado en el fondo del abismo. Allí estaban los cadáveres que había esperado.

Miró. Tenía que hacerlo. Ni rastro de Dalinar, aunque varios oficiales y damas ojos claros que cruzaban el puente cuando se derrumbó la estructura yacían amontonados y retorcidos en el suelo. Una caída de sesenta metros o más no dejaba supervivientes.

Excepto Shallan. Kaladin no recordaba haberla agarrado mientras caía, pero sí gran parte de esa caída aparte del grito de Syl. Aquel grito...

Bueno, tuvo que haber agarrado a Shallan por reflejo,

infundiéndola de luz tormentosa para frenar su caída. Ella parecía descompuesta, con el vestido azul manchado y el pelo en desorden, pero por lo demás parecía ilesa.

—Me desperté aquí en la oscuridad —dijo Shallan—. Ha pasado un rato desde que caímos.

—¿Cómo lo sabes?

—Está casi oscuro allá arriba. Pronto será de noche. Cuando me desperté, oí ecos de gritos. Luchas. Vi algo que brillaba en aquella esquina. Resultó ser un soldado que había caído, y su bolsa de esferas se había roto. —Se estremeció visiblemente—. Algo lo mató antes de que cayera.

—Parshendi —dijo Kaladin—. Justo antes de que el puente se desplomara, oí que la vanguardia hacía sonar los cuernos. Nos atacaron. —Condenación. Eso probablemente significaba que Dalinar se había retirado, suponiendo que hubiera sobrevivido. Allí no había nada por lo que mereciera la pena luchar.

—Dame una de esas esferas —dijo Kaladin.

Ella le tendió una y el hombre se puso a buscar entre los caídos. Aunque hizo como que buscaba el pulso, en realidad buscaba equipo o esferas.

—¿Piensas que puede haber quedado alguien con vida? —preguntó Shallan, y su voz sonó débil en el abismo silencioso.

—Bueno, de algún modo nosotros hemos logrado sobrevivir.

—¿Cómo crees que sucedió? —dijo Shallan, mirando hacia la lejana abertura en las alturas.

—Vi algunos vientospren mientras caíamos —repuso Kaladin—. He oído historias acerca de que protegen a la gente cuando cae. Tal vez sucediera eso.

Shallan guardó silencio mientras él registraba los cadáveres.

—Sí —dijo por fin—. Suena lógico.

Parecía convencida. Todo iba bien mientras no empezara a preguntarse por las historias que se contaban acerca de «Kaladin Bendito por la Tormenta».

No había nadie más con vida, pero comprobó que ni Dalinar ni Adolin se contaban entre los cadáveres.

«No me equivoqué al advertir que iba a producirse un intento de asesinato», pensó Kaladin. Sadeas había intentado por todos los medios desprestigiar a Dalinar en la fiesta unos cuantos días antes,

con la revelación de las visiones. Era una estratagema clásica. Si vas a matar a tu enemigo, primero desacredítalo, así te aseguras de que no se convierta en mártir.

Los cadáveres tenían poca cosa de valor. Unas cuantas esferas, algunos útiles de escribir de los que Shallan se apoderó ansiosamente y guardó en su zurrón. Ningún mapa. Kaladin no tenía ninguna idea concreta de dónde se encontraban. Y con la inminencia de la noche...

—¿Qué hacemos? —preguntó Shallan en voz baja, contemplando el reino de la oscuridad, con sus sombras insospechadas, sus hojas, enredaderas en movimiento, el canturreo de los pólipos con los tentáculos extendidos y agitándose en el aire.

Kaladin recordó las primeras veces que estuvo allí abajo, donde todo parecía demasiado verde, demasiado húmedo, demasiado extraño. Cerca de ellos, dos cráneos asomaban entre el musgo, mirando. El sonido del agua al salpicar sonó en un charco lejano, lo que hizo que Shallan se volviera velozmente. Aunque a esas alturas los abismos eran para Kaladin como su casa, debía admitir que en ocasiones resultaban innegablemente inquietantes.

—Este lugar es más seguro de lo que parece —afirmó—. Durante mi estancia en el ejército de Sadeas, me pasé días aquí abajo, recuperando restos de los caídos. Ten cuidado con los putrispren.

—¿Y los abismoides? —preguntó Shallan, volviéndose para mirar en otra dirección mientras un cremolino correteaba por la pared.

—Nunca he visto ninguno.

Lo cual era cierto, aunque sí había visto la sombra de uno en una ocasión, abriéndose paso por un abismo lejano. El mero hecho de pensar en aquel día le provocaba escalofríos.

—No son tan comunes como la gente imagina —dijo—. El verdadero peligro son las altas tormentas. Si llueve, incluso lejos de aquí...

—Sí, riadas e inundaciones —lo interrumpió Shallan—. Muy peligrosas en un cañón estrecho. He leído acerca de ellas.

—Estoy seguro de que eso resultará muy útil —dijo Kaladin—. ¿Mencionaste que había unos soldados muertos por aquí cerca?

Ella señaló y él se encaminó hacia donde indicaba. Shallan lo siguió, manteniéndose cerca de la luz. Kaladin encontró unos

cuantos lanceros muertos que habían sido empujados desde lo alto de la meseta. Las heridas eran recientes. Más allá había un parshendi muerto, también reciente.

El parshendi tenía gemas sin tallar en la barba. Kaladin tocó una, vacilando, y trató de absorber la luz tormentosa. No sucedió nada. Suspiró, luego inclinó la cabeza ante los caídos, antes de sacar finalmente una lanza de debajo de uno de los cadáveres e incorporarse. La luz de arriba se había convertido en un azul oscuro. Caía la noche.

—Entonces ¿esperamos? —preguntó Shallan.

—¿A qué? —respondió Kaladin, echándose la lanza al hombro.

—A que vuelvan... —Shallan se calló—. No van a volver a por nosotros, ¿verdad?

—Darán por hecho que estamos muertos. Tormentas, deberíamos haber muerto. Supongo que estamos demasiado lejos para que intenten recuperar nuestros cadáveres. Y además los parshendi atacaron. —Se frotó la barbilla—. Quizá podríamos esperar a la expedición de Dalinar. Indicó que vendría por aquí, buscando el centro. Será dentro de solo unos días, ¿no?

Shallan palideció. Bueno, palideció aún más. Aquella piel clara suya era tan extraña... Eso y el pelo rojo la hacían parecer una comecuernos muy pequeña.

—Dalinar planea iniciar la marcha justo después de la última alta tormenta antes del Llanto. Esa tormenta está cerca. E implicará mucha, muchísima lluvia.

—Mala idea, entonces.

—Podríamos decir que sí.

Kaladin había intentado imaginar cómo sería una alta tormenta allí abajo. Había visto los efectos cuando recuperaba material con el Puente Cuatro. Los cadáveres maltratados y retorcidos. Los montones de residuos aplastados contra paredes y grietas. Peñascos altos como un hombre empujados por los abismos hasta que se atascaban entre dos paredes, a veces a quince metros de altura.

—¿Cuándo? —preguntó—. ¿Cuándo es esa alta tormenta?

Ella lo miró, luego rebuscó en su zurrón y hojeó unos papeles con su mano libre mientras lo sujetaba a través del tejido de su mano segura. Le indicó que se acercara con su esfera, ya que tuvo que soltar la suya.

Kaladin la alzó mientras ella revisaba página tras página con líneas de escritura.

—Mañana por la noche —murmuró Shallan—. Justo después de la primera puesta de luna.

Kaladin gruñó. Alzó su esfera e inspeccionó el abismo. «Estamos al norte del abismo del que caímos —pensó—. Así que el camino de regreso sería... ¿por ahí?».

—Muy bien —dijo Shallan. Inspiró profundamente y cerró su zurrón—. Regresaremos andando, y saldremos inmediatamente.

—¿No quieres descansar un momento y recuperar el aliento?

—Mi aliento está bien recuperado —replicó Shallan—. Si no te importa, preferiría ponerme en marcha. Cuando volvamos, podemos sentarnos a beber vino tibio y reírnos de lo tontos que fuimos al ir corriendo todo el camino, ya que nos sobraba tanto tiempo. Me encantaría sentirme así de tonta. ¿Y a ti?

—Sí. —A Kaladin le gustaban los abismos, pero eso no significaba que estuviera dispuesto a pasar una alta tormenta en uno de ellos—. No tendrás un mapa en ese zurrón, ¿verdad?

—No —dijo Shallan con una mueca—. No traje el mío. La brillante Velat tiene los mapas. Estaba usando los suyos. Pero puede que recuerde algo de lo que he visto.

—Entonces creo que deberíamos ir por allí —dijo Kaladin, señalando. Empezó la marcha.

El hombre del puente empezó a andar en la dirección que había señalado, sin darle siquiera una oportunidad para expresar su opinión. Shallan se mordió la lengua y recogió su zurrón y su mochila, pues había encontrado algunos odres de agua que llevaban los soldados. Se apresuró a seguirlo y el vestido se le enganchó en algo que esperaba fuera una rama muy blanca.

El alto hombre del puente sorteaba con destreza los restos, mirando al frente. ¿Por qué había tenido que sobrevivir él? Aunque, para ser sincera, menos mal que había encontrado a alguien. Caminar por allí sola no habría sido nada agradable. Al menos él era lo bastante supersticioso para creer que los había salvado algún quiebro del destino y los spren. Shallan no tenía ni la menor idea de cómo se había salvado, mucho menos él. Patrón viajaba en sus faldas, y antes de que encontrara al hombre del puente había estado especulando que la luz tormentosa la había mantenido con vida.

¿Viva después de una caída de al menos cincuenta metros? Eso solo demostraba lo poco que sabía de sus habilidades. ¡Padre Tormenta! Había salvado también a ese hombre. Estaba segura de ello: había caído junto a ella cuando se precipitaron.

Pero ¿cómo? ¿Y podría descubrir la manera de volver a hacerlo?

Se apresuró para alcanzarlo. Maldito alezi y sus raras piernas largas. Él marchaba como un soldado, sin pensar en que ella tenía que elegir el camino con mucho más cuidado. No quería que su falda se enganchara en todas las ramas que encontrara.

Llegaron a un charco grande y él lo saltó pisando un tronco que hacía las veces de puente, sin apenas romper el paso. Ella se detuvo en el borde.

El hombre la miró, alzando una esfera.

—No vas a pedirme que te entregue mis botas otra vez, ¿verdad?

Ella levantó un pie, mostrando las botas de estilo militar que llevaba debajo del vestido. Al verlo él alzó una ceja.

—No iba a venir a las Llanuras Quebradas en zapatillas —dijo ella, ruborizándose—. Además, nadie puede verte los zapatos bajo un vestido tan largo. —Miró el tronco.

—¿Quieres que te ayude a cruzar?

—La verdad es que me estaba preguntando cómo un árbol toconero ha llegado hasta aquí —confesó ella—. No puede ser nativo de esta parte de las Llanuras Quebradas. Es un territorio demasiado frío. Puede que haya crecido en la costa, pero ¿una alta tormenta lo ha traído hasta tan lejos? ¿Seiscientos kilómetros?

—No irás a pedir que nos paremos para hacer un dibujo, ¿verdad?

—Ni hablar —replicó ella, pisando el tronco y abriéndose paso por él—. ¿Sabes cuántos dibujos tengo de toconeros?

Las otras cosas que había allí abajo eran una cuestión completamente distinta. Mientras continuaban su camino, Shalla usó su esfera (que tenía que llevar en la mano libre, tratando de cargar también con el zurrón en la mano izquierda y la mochila sobre el hombro), para iluminar sus inmediaciones. Eran sorprendentes. Docenas de distintas variedades de enredaderas, florvolantes rojos, naranja y violeta. Diminutos rocabrotes en las paredes, y haspers en pequeños amasijos, abriendo y cerrando sus conchas como si respiraran.

Motas de vidaspren revoloteaban en torno a un montoncillo de cortezapizarra que crecía en patrones retorcidos como dedos. Casi nunca se veía esa formación arriba. Las diminutas manchas brillantes de luz verde vagaban por el abismo hacia una pared entera de plantas tubulares del tamaño de puños con pequeños palpos que se rebullían en lo alto. Cuando Shallan pasó, los palpos se replegaron en una oleada que corrió por toda la pared. Ella se quedó boquiabierta y tomó un recuerdo.

El hombre del puente se detuvo ante ella y se dio media vuelta.

—¿Bien?

—¿Te das cuenta siquiera de lo hermoso que es todo esto?

Él observó la pared de las plantas tubulares. Shallan estaba segura de haber leído acerca de ellas en alguna parte, pero no conseguía recordar el nombre.

El hombre del puente continuó avanzando.

Shallan corrió tras él, con la mochila golpeando su espalda. Casi resbaló en un retorcido montón de enredaderas y ramas muertas cuando lo alcanzó. Maldijo, saltando sobre un pie para mantenerse erguida antes de recuperar el equilibrio.

Él extendió la mano y le recogió la mochila.

«Por fin», pensó ella.

—Gracias.

Él gruñó y se la echó al hombro antes de continuar sin añadir palabra. Llegaron a un cruce en el abismo, un sendero a la derecha y otro a la izquierda. Tendrían que rodear la siguiente meseta antes de continuar hacia el oeste. Shallan miró hacia la grieta (anotando mentalmente qué aspecto tenía ese lado de la meseta), mientras Kaladin escogía uno de los senderos.

—Esto nos llevará un rato —dijo—. Mucho más de lo que tardamos en llegar aquí. Entonces tuvimos que esperar a todo el ejército, pero también podíamos cortar camino por el centro de las mesetas. Tener que rodearlas todas y cada una hará mucho más largo el viaje.

—Bueno, al menos la compañía es agradable.

Él se la quedó mirando.

—Para ti, quiero decir —añadió ella.

—¿Voy a tener que escucharte parlotear todo el camino?

—Pues claro que no —dijo ella—. También pretendo cotorrear,

un poco de verborrea, y el farfullar ocasional. Pero no demasiado, no vaya a ser que me pase.

—Magnífico.

—He estado practicando mi verborrea —añadió.

—Me muero de ganas de oírla.

—Oh, bueno, era eso, en realidad.

Él la estudió, taladrándola con aquellos ojos severos. Shallan se volvió. No confiaba en ella, obviamente. Era guardaespaldas: dudaba de que confiara en mucha gente.

Llegaron a otra intersección y Kaladin tardó algo más en tomar una decisión. Ella comprendió por qué: allí abajo resultaba difícil determinar cuál era el camino. Las formaciones de las mesetas eran variadas y erráticas. Algunas eran largas y finas, otras casi perfectamente redondas. Había salientes y penínsulas a los lados, y eso creaba un laberinto en los serpenteantes caminos que había entre ellas. Tendría que haber sido fácil: había pocos callejones sin salida, después de todo, así que solo tenían que seguir dirigiéndose al oeste.

Pero ¿en qué dirección estaba el oeste? Sería muy, muy sencillo perderse allí abajo.

—No estarás escogiendo el camino al azar, ¿verdad? —preguntó ella.

—No.

—Pareces saber mucho de estos abismos.

—Sí.

—Porque el ambiente sombrío casa con tu disposición, supongo.

Él mantuvo la mirada al frente, caminando sin comentar nada más.

—Tormentas —rezongó ella, apresurándose para alcanzarlo—. Se supone que era un comentario jocoso. ¿Qué hay que hacer para que te relajes, muchacho del puente?

—Supongo que solo soy un... ¿cómo era? ¿Un «hombre odioso»?

—No me has dado ninguna prueba de lo contrario.

—Es porque no te molestas en mirar, ojos claros. Todo el mundo que está por debajo de ti es solo un juguete.

—¿Qué? —replicó ella, ofendida—. ¿De dónde sacas esa idea?

—Salta a la vista.

—¿Para quién? ¿Para ti solamente? ¿Cuándo me has visto tratar

a alguien de un grado más bajo como si fuera un juguete? Ponme un ejemplo.

—Cuando estuve en prisión por hacer algo que, de haberlo hecho cualquier ojos claros, habría recibido felicitaciones —replicó él inmediatamente.

—¿Y eso fue culpa mía? —exigió ella.

—Es culpa de tu clase entera. Cada vez que uno de nosotros es engañado, esclavizado, golpeado o destruido, la culpa es de todos los que lo apoyáis. Aunque sea indirectamente.

—Oh, por favor. ¿El mundo no es justo? ¡Qué gran descubrimiento! ¿Algunas personas que tienen poder abusan de quienes no lo tienen? ¡Sorprendente! ¿Cuándo empezó a suceder esto?

Él no respondió. Había atado sus esferas al extremo de su lanza con una bolsa formada con el pañuelo blanco que había encontrado en una de las escribas. Sujeta en alto, servía bien para iluminar el abismo.

—Diría que estás buscando excusas —expuso ella, guardando su propia esfera para luego—. Sí, te han tratado mal. Lo admito. Pero creo que eres tú quien se preocupa por el color de los ojos. Supongo que te resulta mucho más fácil partir de la base de que todos los ojos claros abusan de ti por tu estatus. ¿Te has preguntado alguna vez si hay una explicación más sencilla? ¿No será que la gente te rechaza no porque seas ojos oscuros, sino porque eres simplemente un incordio?

Él bufó y siguió avanzando más deprisa.

—No —dijo Shallan, prácticamente corriendo para alcanzarlo y seguir sus largas zancadas—. No te vas a librar de esta. No vas a acusarme de que abuso de mi posición y luego marcharte sin una respuesta. Lo hiciste antes, con Adolin. Ahora conmigo. ¿Qué te pasa?

—¿Quieres un ejemplo mejor de cómo juegas con la gente que está por debajo de ti? —soltó Kaladin, esquivando su pregunta—. Bien. Me robaste las botas. Fingiste ser quien no eras y acosaste a un guardia ojos oscuros al que apenas conocías. ¿No es un buen ejemplo de cómo juegas con la gente a quien consideras inferior?

Ella se detuvo. En eso llevaba razón. Quiso achacarlo a la influencia de Tyn, pero su comentario le cortó las ganas de discutir.

Él se detuvo y se volvió a mirar atrás. Finalmente, suspiró.

—Mira —dijo—, no volveré a echarte en cara lo de las botas. Por lo que he visto, no eres tan mala como los otros. Así que dejémoslo así.

—¿No soy tan mala como los otros? —exclamó Shallan, avanzando—. Qué maravilloso cumplido. Bien, pongamos que tienes razón. Tal vez soy una mujer rica e insensible. Eso no cambia el hecho de que puedes ser sumamente mezquino y ofensivo, Kaladin Bendito por la Tormenta.

Él se encogió de hombros.

—¿Eso es todo? —preguntó ella—. ¿Pido disculpas y lo único que recibo a cambio es un gesto de indiferencia?

—Soy lo que los ojos claros han hecho de mí.

—Así que no eres culpable de nada —dijo ella llanamente—. De nada de lo que haces.

—Yo diría que no.

—Padre Tormenta. No puedo decir nada para que dejes de tratarme así, ¿no? Vas a continuar siendo un hombre odioso e intolerante, lleno de rencor. Incapaz de ser amable con los demás. Tu vida debe de ser muy solitaria.

Eso pareció afectarlo, ya que su rostro enrojeció a la luz de las esferas.

—Empiezo a revisar mi opinión de que no eres tan mala como los otros —soltó él.

—No mientas. Nunca te he caído bien. Desde el principio. Y no solo por las botas. Me he dado cuenta de cómo me miras.

—Eso es porque sé que estás mintiendo a todo el mundo con esa sonrisa. ¡Solo pareces sincera cuando insultas a alguien!

—Las únicas cosas sinceras que puedo decirte son insultos.

—¡Bah! —replicó él—. Yo te... ¡Bah! ¿Por qué tu simple presencia hace que me den ganas de arañarme la cara, mujer?

—He recibido una formación especial para eso —contestó ella, mirando hacia un lado—. Y colecciono caras.

¿Qué había sido eso?

—No puedes...

Kaladin se interrumpió al captar un ruido que resonaba en uno de los abismos y cobraba intensidad. Inmediatamente colocó la mano sobre su improvisada lámpara, sumergiéndolos en la

oscuridad. Para Shallan, eso no ayudaba en nada. Avanzó hacia él a tientas y le agarró el brazo con la mano libre. Era molesto, pero también estaba allí.

El roce continuó. Un sonido como de roca sobre roca. O... caparazón sobre roca.

—Supongo que tener una discusión a gritos en una red de abismos que hacen eco no ha sido muy inteligente —susurró ella, nerviosa.

—Ya.

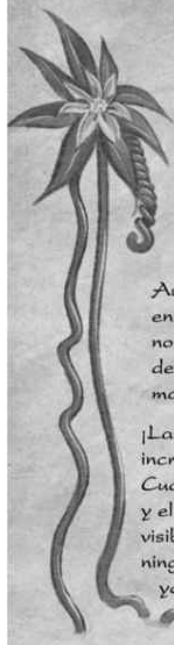
—Se acerca, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces... ¿corremos?

El roce parecía estar justo detrás del siguiente giro.

—Sí —dijo Kaladin, retirando la mano de las esferas y huyendo en dirección contraria al ruido.



Una variedad de
capullo de enredadera
que me es desconocida.

Es difícil de estudiar, ya
que se aferra a la piedra sobre
la línea del agua. ¡Produce una
enorme flor de hojas brillantes,
y las enredaderas se extienden
varios metros!

Aún más interesante, las
enredaderas parecen buscar
no solo agua, sino también otras
de su especie, creando una
maraña ocasional en los abismos.

¡Las enredaderas parecen
increíblemente elásticas!
Cuando se retiran, la longitud
y el diámetro se comprimen
visiblemente más que en
ninguna otra variedad que
yo haya visto.



Una variedad estándar
de florvolante, aunque
muy grande, crece aquí.





Fuera designio de Tanavast o no, han pasado milenios sin que Rayse haya tomado la vida de otro de los dieciséis. Aunque lloro por el gran sufrimiento que Rayse ha causado, no creo que pudiéramos esperar un resultado mejor que este.

Kaladin corrió por el abismo, saltando por encima de ramas y residuos, salpicando en los charcos. La mujer lo seguía mejor de lo que había esperado, pero lastrada por su vestido no era tan rápida como él.

Se contuvo, igualando su paso. Por exasperante que fuera la prometida de Adolin, no iba a abandonarla para que la devorara un abismoide.

Llegaron a una intersección y escogieron un camino al azar. En el siguiente cruce, Kaladin se detuvo solo el tiempo suficiente para comprobar si los seguían.

Así era. Fuertes pisadas tras ellos, garras sobre la piedra. Roces. Cogió el zurrón de la muchacha (ya llevaba su mochila) mientras corrían por otro pasillo. O bien Shallan estaba en excelente forma, o el pánico se había apoderado de ella, porque cuando llegaron a la siguiente intersección ni siquiera le faltaba el aliento.

No había tiempo para vacilaciones. Corrió por un sendero

mientras el chirrido de los caparazones llenaba sus oídos. Un súbito barrido a cuatro voces resonó en el abismo, tan fuerte como mil cuernos sonando a la vez. Shallan gritó, aunque Kaladin apenas la oía debido al horrible sonido.

Las plantas del abismo se retiraron en grandes oleadas. En unos instantes, todo el lugar pasó de fecundo a yermo, como si el mundo se preparara para una alta tormenta. Llegaron a otro cruce y Shallan vaciló, volviendo la vista hacia los sonidos. Extendió las manos, como si se preparase para abrazar a la criatura. ¡Mujer de las tormentas! Kaladin la agarró y tiró de ella. Recorrieron dos abismos sin parar.

La criatura seguía persiguiéndolos, aunque solo la oían. Kaladin no tenía ni idea de a qué distancia estaba, pero los olía. ¿O acaso captaba el ruido que hacían? No tenía ni idea de cómo cazaban los abismoides.

«¡Necesito un plan! No puedo...».

En la siguiente intersección, Shallan se volvió hacia el lado opuesto que él había escogido. Kaladin maldijo, se detuvo y corrió tras ella.

—No hay tiempo —dijo, jadeando—, para discutir por...

—Calla —replicó ella—. Sígueme.

Shallan lo condujo a un cruce, luego a otro. Kaladin notó que le faltaba el aire, sus pulmones protestaban. Ella se detuvo para señalar y echó a correr por uno de los desfiladeros. Él la siguió, mirando por encima del hombro.

Solo vio negrura. La luz de la luna estaba demasiado lejana, demasiado ahogada, para iluminar estas profundidades. No sabrían si tenían a la bestia encima hasta que entrara en la luz de sus esferas. Pero, Padre Tormenta, parecía que estaba cerca.

Kaladin se concentró en la incursión y estuvo a punto de tropezar con algo. ¿Un cadáver? Saltó por encima y alcanzó a Shallan. La falda de su vestido estaba arrugada y desgarrada por la huida, el pelo alborotado, el rostro colorado. Ella los condujo por otro desfiladero y se detuvo, con una mano apoyada en la pared del abismo, jadeando.

Kaladin cerró los ojos, inspirando y espirando. «No podemos descansar mucho. Vendrá ya». Sentía como si fuera a desplomarse.

—Cubre esa luz —susurró Shallan.

Él la miró con el ceño fruncido, pero obedeció.

—No podemos descansar mucho —susurró a su vez.

—Calla.

La oscuridad era completa excepto por la tenue luz que escapaba entre sus dedos. Parecían tener aquel roce casi encima. ¡Tormentas! ¿Podría combatir a uno de esos monstruos? ¿Sin luz tormentosa? Desesperado, trató de absorber la luz que sostenía en su palma.

No llegó ninguna luz tormentosa, y no había visto a Syl desde la caída. El roce continuó. Se preparó para correr pero...

Los sonidos ya no parecían acercarse. Kaladin frunció el ceño. El cuerpo con el que había tropezado era uno de los caídos en la lucha anterior. Shallan lo había guiado de vuelta adonde habían empezado.

Y... al lugar donde había comida para la bestia.

Esperó, tenso, escuchando los latidos de su corazón redoblando en su pecho. Los roces resonaron en el abismo. Extrañamente, una luz destelló detrás. ¿Qué era eso?

—Quédate aquí —susurró Shallan.

Entonces, increíblemente, empezó a avanzar hacia los sonidos. Todavía sujetando torpemente las esferas con una mano, Kaladin extendió la otra y la agarró.

Ella se volvió hacia él, luego bajó la mirada. Sin darse cuenta, él la había agarrado por la mano segura. La soltó inmediatamente.

—Tengo que verlo —le susurró—. Estamos tan cerca...

—¿Estás loca?

—Probablemente.

Continuó avanzando hacia la bestia. Kaladin vaciló, maldiciéndola para sus adentros. Por fin, soltó la lanza y dejó la mochila y el zurrón sobre las esferas para mitigar la luz. La siguió. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Qué le iba a explicar a Adolin? «Sí, príncipe. Dejé que tu prometida deambulara sola en la oscuridad para que se la comiera un abismoide. No, no fui con ella. Sí, soy un cobarde».

Había luz por delante. Mostraba a Shallan (su silueta, al menos) agazapada junto a un giro del desfiladero, asomada. Kaladin se acercó a ella, se agachó también y echó un vistazo.

Allí estaba.

La bestia llenaba el abismo. Larga y estrecha, no era bulbosa ni

gruesa, como algunos pequeños cremlinos, sino sinuosa, lisa, con la cara en forma de flecha y afiladas mandíbulas.

También era equívoca. Equívoca de una manera difícil de describir. Se suponía que las criaturas grandes eran lentas y dóciles, como los chulls. Sin embargo, esta enorme bestia se movía con facilidad, con las patas en los lados del abismo, agarrándose tan fuerte que apenas tocaba el suelo. Se comió el cadáver de un soldado caído, agarrando el cuerpo con las garras más pequeñas que tenía junto a la boca, y luego lo partió por la mitad de un poderoso bocado.

Aquella cara era como algo surgido de una pesadilla. Maligna, poderosa, casi inteligente.

—Esos spren —susurró Shallan, tan bajo que él apenas la oyó—. He visto esos...

Danzaban alrededor del abismoide y eran la fuente de la luz. Parecían pequeñas flechas brillantes que rodeaban a la bestia en grupo, aunque alguno se apartaba ocasionalmente de los demás y se desvanecía en el aire como una pequeña columna de humo.

—Anguilas aéreas —susurró Shallan—. Siguen a las anguilas aéreas también. Al abismoide le gustan los cadáveres. ¿No será una especie carroñera? No, diría que la función de esas garras es romper caparazones. Sospecho que encontraremos manadas de chulls cerca de donde estos animales viven de manera natural. Pero vienen a las Llanuras Quebradas a pupar, y aquí hay muy poca comida, por lo que atacan a los hombres. ¿Por qué se ha quedado este después de pupar?

El abismoide casi había acabado de comer. Kaladin cogió a Shallan por el hombro, y ella permitió (aunque con clara renuencia) que se la llevara.

Regresaron donde estaban sus pertenencias, las recogieron y, lo más silenciosamente que pudieron, se retiraron en la oscuridad.

Caminaron durante horas, siguiendo una dirección completamente distinta a la de antes. Shallan permitió que Kaladin abriera de nuevo la marcha, aunque procuró orientarse en los abismos. Tendría que dibujarlo para estar segura de dónde estaban.

Las imágenes del abismoide no dejaban de rondarle en la

cabeza. ¡Qué majestuoso animal! Sus dedos prácticamente ansiaban dibujarlo a partir del recuerdo que había tomado. Las patas eran más largas de lo que había imaginado; no como los insectos que tenían patitas largas y finas para sostener un cuerpo grueso. Esa criatura exudaba poder. Era como el espinablanca, solo que enorme y más extraña.

Lograron alejarse bastante. Con suerte, eso significaba que estaban a salvo. La noche empezaba a afectar a Shalan, después de haberse levantado temprano para participar en la expedición.

Comprobó a hurtadillas las esferas que llevaba en la bolsa. Las había agotado todas en su huida. Bendito fuera el Todopoderoso por la luz tormentosa; tendría que hacer una glifoguarda en agradecimiento. Sin la fuerza y la resistencia que concedía, nunca habría podido mantener el ritmo de las largas piernas de Kaladin.

Pese a todo, en ese momento estaba exhausta. Como si la luz hubiera incrementado su capacidad pero luego la hubiese dejado desinflada y vacía.

En la siguiente intersección, Kaladin se detuvo y la examinó.

Ella le dirigió una débil sonrisa.

—Tendremos que detenernos para pasar la noche —anunció él.

—Lo siento.

—No eres solo tú —dijo el hombre de los puentes, mirando al cielo—. Sinceramente, no tengo ni idea de si vamos en la dirección correcta o no. Estoy confundido. Si por la mañana vemos por dónde sale el sol, sabremos qué dirección tomar.

Ella asintió.

—Aun así, tardaremos lo nuestro en regresar —añadió Kaladin—. No hay que preocuparse.

La forma en que lo dijo hizo que ella empezara a preocuparse al instante. Con todo, lo ayudó a buscar una porción de terreno relativamente seca, y se sentaron, después de colocar las esferas en el centro como una pequeña hoguera falsa. Kaladin rebuscó en la mochila que ella había encontrado (se la había quitado a un soldado muerto) y encontró unas raciones de pan ácimo y tasajo de chull. No era ni de lejos la comida más apetitosa del mundo, pero era algo.

Ella se sentó con la espalda apoyada en la pared y miró hacia arriba. El pan era de grano moldeado, el sabor rancio lo delataba.

Las nubes le impedían ver los astros, pero algunas estrellas se movían ante ellas, formando patrones lejanos.

—Es extraño —susurró mientras Kaladin comía—. Solo llevo aquí la mitad de una noche, pero parece mucho más tiempo. Las cimas de las mesetas parecen muy lejanas, ¿verdad?

Él gruñó.

—Ah, sí —dijo ella—. El gruñido del hombre del puente. Un lenguaje en sí mismo. Tendré que revisar contigo los tonos y morfema: no lo hablo todavía con fluidez.

—Como hombre de los puentes serías lamentable.

—¿Demasiado bajita?

—Bueno, sí. Y demasiado femenina. Dudo de que tuvieras buen aspecto con los tradicionales pantalones cortos y el chaleco abierto. O, más bien, probablemente tendrías demasiado buen aspecto. Los otros hombres del puente podrían distraerse demasiado.

Ella sonrió, rebuscó en su zurrón y sacó su libreta y sus lápices. Al menos había caído con ellos. Empezó a dibujar, tarareando en voz baja para sí misma y robando una de las esferas para iluminarse. Patrón seguía en sus faldas, feliz de guardar silencio en presencia de Kaladin.

—Tormentas —dijo él—. No estarás haciendo un dibujo tuyo llevando uno de esos atuendos...

—Sí, claro —respondió ella—. Estoy haciendo dibujos procaces de mí misma para ti solo después de haber pasado unas cuantas horas juntos en el abismo. —Trazó una línea—. Tienes mucha imaginación, muchacho del puente.

—Bueno, es de lo que estábamos hablando —gruñó él. Se levantó y se acercó a mirar qué estaba haciendo ella—. Creí que estabas cansada.

—Agotada, más bien. Por eso necesito relajarme. —Por supuesto. El primer dibujo no sería del abismoide. Primero necesitaba ejercitarse un poco.

Así pues, dibujó su viaje a través de los desfiladeros. Una especie de mapa, pero visto desde arriba. Era lo suficientemente imaginativo para resultar interesante, aunque estaba segura de que se había equivocado en algunos riscos y cruces.

—¿Qué es eso? —preguntó Kaladin—. ¿Una imagen de las Llanuras?

—Una especie de mapa —explicó ella, aunque hizo una mueca. ¿Por qué no podía trazar simplemente unas cuantas líneas indicando su situación, como una persona normal? Tenía que hacerlo en forma de dibujo—. No conozco las formas enteras de las mesetas que hemos rodeado, solo los caminos de los abismos que hemos usado.

—¿Tan bien lo recuerdas?

Vientos de tormenta. ¿No pretendía mantener en secreto su memoria visual?

—Uh... No, en realidad no. Gran parte es conjetura.

Se sintió como una tonta por haber revelado su habilidad. Velo habría sabido qué decir. Era una lástima que no estuviera allí. Podría sobrevivir mejor en este lugar inhóspito.

Kaladin le arrancó el dibujo de las manos, se incorporó y usó su esfera para iluminarlo.

—Bien, si tu mapa es correcto, nos hemos desviado al sur en vez de ir hacia el oeste. Necesito luz para orientarme mejor.

—Tal vez —dijo ella, sacando otra hoja para iniciar el dibujo del abismoide.

—Esperaremos al sol —decidió él—. Eso me dirá qué camino tomar.

Ella asintió y comenzó su dibujo mientras él buscaba un sitio para acostarse, usando la guerrera como almohada. Ella también quería dormir, pero aquel dibujo no podía esperar. Al menos tenía algo que hacer.

Solo duró media hora, terminando tal vez una cuarta parte del dibujo, antes de verse obligada a dejarlo, acurrucarse en el duro suelo con la mochila por almohada, y quedarse dormida.

Todavía estaba oscuro cuando Kaladin la despertó empujándola con la culata de su lanza. Shallan gimió, rodó en el suelo del abismo, y adormilada trató de colocarse la almohada sobre la cabeza.

Lo cual, naturalmente, solo la llenó de tasajo de chull. Kaladin se echó a reír.

Claro, tenía que reírse. Hombre de las tormentas. ¿Cuánto tiempo había podido dormir Shallan? Parpadeó sintiéndose

exhausta y se concentró en la grieta del abismo en las alturas.

Nada, ni un atisbo de luz. ¿Dos, quizá tres horas de sueño, entonces? Bueno... «dormir»... El término apropiado para lo que había hecho era discutible. Probablemente tendría que llamarlo «dar vueltas y más vueltas en un suelo de piedra, para despertar de vez en cuando con un sobresalto porque había babeado hasta hacer un charquito». Pero eso no salió de su boca. Algo que no podía decirse de la susodicha baba.

Se sentó y estiró los doloridos miembros, comprobando para asegurarse de que la manga no se le había desabrochado durante la noche o cualquier otra cosa igualmente embarazosa.

—Necesito un baño —gruñó.

—¿Un baño? —preguntó Kaladin—. Solo has estado fuera de la civilización un día.

Ella arrugó la nariz.

—Que tú estés acostumbrado al hedor de los hombres de los puentes sin lavar no significa que yo tenga que sumarme.

Él hizo una mueca, le quitó del hombro un trozo de carne de chull y se la metió en la boca.

—En el pueblo donde crecí, nos bañábamos una vez por semana. Creo que incluso a los ojos claros les habría parecido raro que aquí todo el mundo, incluso los soldados rasos, se bañen más a menudo.

¿Cómo se atrevía a estar tan animado por la mañana? Bueno, si es que a eso podía llamarse la «mañana». Le lanzó otro trozo de carne de chull cuando no miraba. El hombre de las tormentas lo atrapó al vuelo.

«Lo odio».

—Ese abismoide no nos devoró mientras dormíamos —dijo él, volviendo a llenar la mochila menos los odres de agua—. Yo diría que es lo más parecido a una bendición que podíamos esperar, dadas las circunstancias. Venga, en pie. Tu mapa me ha dado una idea de por dónde avanzar, y podemos buscar la luz del sol para asegurarnos de que seguimos el camino adecuado. Queremos derrotar a esa alta tormenta, ¿no?

—A ti quisiera derrotarte yo —gruñó ella—. Pegándote con un palo.

—¿Cómo dices?

—Nada —replicó, poniéndose en pie y tratando de hacer algo

con su pelo en desorden, que sin duda debía de parecer los efectos de un relámpago en un frasco de tinta roja. No disponía de cepillo, y él no parecía muy dispuesto a concederle tiempo para que se hiciera una trenza, así que se calzó las botas (llevar el mismo par de calcetines dos días seguidos era la menor de sus indignidades) y recogió su zurrón. Kaladin cargó con la mochila.

Lo siguió mientras él se abría paso por el abismo. Su estómago se quejaba de lo poco que había comido la noche anterior. La comida no parecía buena, así que lo dejó gruñir. «Te viene bien», pensó. Significara eso lo que significase.

Al cabo de un rato el cielo empezó a iluminarse, y desde una dirección que indicaba que iban por el camino correcto. Kaladin volvió a su silencio habitual, y su animada conducta anterior desapareció. En cambio, parecía consumido por pensamientos agobiantes.

Ella bostezó y lo alcanzó.

—¿En qué estás pensando?

—En lo agradable que es tener un poco de silencio. Sin nadie molestándome.

—Mentiroso. ¿Por qué te esfuerzas tanto en espantar a la gente?

—Tal vez porque no quiero discutir.

—No lo harás —dijo ella, bostezando de nuevo—. Es demasiado temprano para discutir. Inténtalo. Insúltame.

—Yo no...

—¡Insúltame! ¡Ahora!

—Preferiría recorrer estos abismos con un asesino compulsivo que contigo. Al menos así, cuando la conversación se volviera aburrida, tendría una salida fácil.

—Y a ti te apestan los pies —replicó ella—. ¿Ves? Es demasiado temprano. No puedo ser ingeniosa a esta hora. Así que nada de discusiones. —Vaciló, luego continuó más suavemente—: Además, ningún asesino accedería a acompañarte. Todo el mundo necesita tener algún baremo, después de todo.

Kaladin bufó, los labios fruncidos en las comisuras.

—Ten cuidado —añadió ella, saltando por encima de un tronco caído—. Eso casi ha sido una sonrisa... y antes, esta mañana, podría haber jurado que estabas contento. Bueno, ligeramente contento. De todas formas, si empiezas a estar de mejor humor, toda la variedad

de este viaje quedará destruida.

—¿Variedad? —preguntó él.

—Claro. Si los dos somos agradables, no habrá ningún mérito artístico. Verás, el gran arte es una cuestión de contrastes. Algunas luces y algunas sombras. La dama feliz, sonriente y radiante junto al hombre del puente sombrío, ceñudo y maloliente.

—Eso... —Kaladin se detuvo—. ¿Maloliente?

—Una buena representación —prosiguió ella— debe mostrar al héroe con inherente contraste: fuerte, pero con atisbos de vulnerabilidad, de modo que quien lo vea pueda identificarse con él. Tu pequeño problema proporcionaría un contraste dinámico.

—¿Cómo podrías mostrar eso en una pintura? —preguntó Kaladin, frunciendo el ceño—. Además, no huelo mal.

—Oh, ¿así que estás mejorando? ¡Bien!

Él la miró, aturdido.

—Confusión —dijo ella—. Graciosamente lo aceptaré como signo de que te sorprende que pueda estar de buen humor tan temprano. —Se inclinó hacia delante y susurró, con aire conspiratorio—: En realidad no soy muy ingeniosa. Es que tú eres estúpido, y por eso lo parece. Contraste, ¿recuerdas?

Ella le sonrió y continuó su camino, tarareando. De hecho, el día parecía mucho mejor. ¿Por qué había estado de mal humor antes?

Kaladin corrió para alcanzarla.

—Tormentas, mujer. No sé qué hacer contigo.

—Preferiblemente no matarme.

—Me sorprende que no lo hayan hecho ya. —Kaladin sacudió la cabeza—. Dame una respuesta sincera. ¿Por qué estás aquí?

—Bueno, está ese puente que se desplomó, y caí...

Él suspiró.

—Lo siento —dijo Shallan—. Hay algo en ti que me anima a hacer chistes, muchacho del puente. Incluso por la mañana. Pero bueno, ¿por qué vine aquí? ¿Te refieres a las Llanuras Quebradas en primer lugar?

Él asintió. El tipo tenía una especie de tocoso atractivo. Como la belleza de una formación rocosa, en oposición a una escultura refinada como Adolin.

Pero la intensidad de Kaladin la asustaba. Parecía un hombre que tenía constantemente los dientes apretados, un hombre que no

podía permitirse a sí mismo (ni a nadie más) sentarse y descansar.

—Vine aquí por el trabajo de Jasnah Kholin —explicó Shallan—. Los estudios que dejó no deben ser abandonados.

—¿Y Adolin?

—Es una deliciosa sorpresa.

Pasaron ante una pared cubierta por completo de enredaderas que se aferraban a una sección rota de roca más arriba. Se retorcieron y retiraron cuando Shallan pasó. «Muy alerta —advirtió—. Más rápidas que la mayoría de las enredaderas». Eran lo contrario al jardín de su casa, donde las plantas habían pasado tanto tiempo protegidas. Trató de coger una para cortarla, pero se movió demasiado deprisa.

Rayos. Necesitaba un trocito de una para poder plantarla cuando volvieran y experimentar. Fingir que estaba allí para experimentar y registrar nuevas especies la ayudó a olvidar la pesadumbre que la agobiaba. Oyó a Patrón zumbando suavemente desde su falda, como si advirtiera lo que estaba haciendo, distrayéndose de la situación y el peligro. Le dio una palmada. ¿Qué pensaría el hombre del puente si oía zumbar a sus ropas?

—Un momentito —dijo, agarrando por fin una de las enredaderas. Kaladin se quedó mirando, apoyado en su lanza, mientras ella cortaba la punta de la rama con el cuchillito que llevaba en el zurrón.

—La investigación de Jasnah —dijo él—. ¿Tenía algo que ver con las estructuras ocultas aquí, bajo el crem?

—¿Por qué lo preguntas? —Guardó la punta de la enredadera en un frasco de tinta vacío que conservaba para los especímenes.

—Hiciste un esfuerzo demasiado grande para venir hasta aquí solo para investigar la crisálida de un abismoide. Aunque estuviera muerta. Tiene que haber algo más.

—Ya veo que no comprendes la naturaleza compulsiva del estudio. —Sacudió el frasco.

Él hizo una mueca.

—Si de verdad hubieras querido ver una crisálida, podrías haber pedido que te llevaran una. Tienen esos trineos tirados por chulls para los heridos: uno de esos podría haber funcionado. No hacía falta que vinieras en persona.

Rayos. Un buen argumento. Menos mal que no se le había

ocurrido a Adolin. El príncipe era maravilloso, y desde luego no tenía nada de estúpido, pero también era... de mentalidad directa.

Ese hombre del puente era diferente. La manera en que la observaba, la forma en que pensaba. Incluso, advirtió, la forma en que hablaba. Hablaba como un ojos claros educado. Pero ¿y esas marcas de esclavo de su frente? El pelo se interponía, pero le pareció que una de ellas era una marca *sash*.

Tal vez debería pasarse tanto tiempo reflexionando sobre los motivos de este hombre como el que al parecer él pasaba preocupándose por ella.

—Riquezas —dijo Kaladin, mientras continuaban. Apartó unas ramas muertas que sobresalían de una grieta para que ella pudiera pasar—. ¿Aquí hay un tesoro de algún tipo, y eso es lo que buscas? Pero... no. Tendrías riquezas fácilmente a través del matrimonio.

Ella no dijo nada mientras pasaba por el hueco que él le había abierto.

—Nadie había oído hablar de ti antes de esto —continuó Kaladin—. La casa Davar tiene en efecto una hija de tu edad, y encajas con la descripción. Podrías ser una impostora, pero eres ojos claros de verdad, y esa casa veden no es particularmente importante. Si te molestaras en hacerte pasar por alguien, ¿por qué no elegir alguien con más envidia?

—Parece que has pensado mucho en todo esto.

—Es mi trabajo.

—Soy sincera contigo: vine a las Llanuras Quebradas por la investigación de Jasnah. Creo que el mundo podría correr peligro.

—Por eso le hablaste a Adolin de los parshmenios.

—Espera. ¿Cómo sabes...? Tus guardias estaban en la terraza con nosotros. ¿Te lo han contado? No me di cuenta de que podían oírnos.

—Les recalqué que se mantuvieran cerca. En ese momento, estaba medio convencido de que habías venido a asesinar a Adolin.

Bueno, desde luego era sincero. Y rudo.

—Según mis hombres, parecías querer que asesinaran a los parshmenios —continuó Kaladin.

—No dije nada de eso. Aunque me preocupa que puedan traicionarnos. Es un argumento estéril, y dudo de que pueda convencer a los altos príncipes sin más pruebas.

—Sin embargo, si lo consigues, ¿qué harías? —dijo Kaladin, curioso—. Con los parshmenios.

—Los exiliaría.

—¿Y quién los sustituirá? —dijo Kaladin—. ¿Los ojos oscuros?

—No he dicho que fuera fácil.

—Harían falta más esclavos —añadió Kaladin, pensativo—. Un montón de hombres honrados podrían acabar marcados.

—Todavía estás dolido por lo que te sucedió, ya veo.

—¿No lo estarías tú?

—Sí, supongo que sí. Lamento que te trataran de esa forma, pero podría haber sido peor. Podrían haberte ahorcado.

—No habría querido ser el verdugo que lo intentara —replicó él con suave intensidad.

—Ni yo tampoco —repuso Shallan—. Creo que ahorcar a la gente es una mala elección para un verdugo. Mejor ser el tipo que lleva el hacha.

—Ves —dijo ella—. Con el hacha es más fácil ir en cabeza.

Él la miró con el ceño fruncido. Entonces, después de un momento, dio un respingo.

—Oh, tormentas. Eso ha sido malísimo.

—No, ha sido divertido. Parece que confundes continuamente las dos cosas. No te preocupes. He venido para ayudar.

Él sacudió la cabeza.

—No es que no seas ingeniosa, Shallan. Es que da la impresión de que te esfuerzas demasiado. El mundo no es un lugar soleado, y tratar frenéticamente de convertirlo todo en un chiste no va a cambiarlo.

—Técnicamente, es un lugar soleado. La mitad del tiempo.

—Para gente como tú, tal vez —dijo Kaladin.

—¿Qué significa eso?

Él hizo una mueca.

—Mira, no quiero discutir otra vez, ¿vale? Es que... Por favor. Dejemos correr el tema.

—¿Y si prometo no enfadarme?

—¿Eres capaz de eso?

—Pues claro. Me paso la mayor parte del tiempo no enfadándome. Soy enormemente eficiente. La mayoría de esas veces, cierto, tú no estás cerca, pero creo que lo conseguiré.

—Estás volviendo a hacerlo.

—Lo siento.

Caminaron en silencio durante un rato, pasando ante plantas en flor que tenían debajo un esqueleto sorprendentemente bien conservado, apenas afectado por el fluir del agua en el abismo.

—Muy bien —dijo Kaladin—. Vale. Puedo imaginar cómo debe de ser el mundo para alguien como tú. Crecer entre mimos, con todo lo que quieres. Para alguien como tú, la vida es maravillosa y llena de sol y de risas. No es culpa tuya, y no debería reprochártelo. No has tenido que tratar con el dolor o la muerte como yo. La pena no es tu compañera.

Silencio. Shallan no contestó. ¿Cómo podía responder a eso?

—¿Qué? —preguntó Kaladin por fin.

—Estoy intentando decidir cómo reaccionar —dijo Shallan—. Verás, acabas de decir algo muy, muy gracioso.

—Entonces ¿por qué no te ríes?

—Bueno, no es de ese tipo de gracia. —Le tendió el zurrón y pasó a un pequeño promontorio de roca que se prolongaba por el centro de un profundo estanque en el suelo del abismo. El terreno era habitualmente llano (todo aquel poso de crem), pero el agua de ese estanque parecía tener dos o tres palmos de profundidad.

Shallan cruzó con las manos a los costados, equilibrándose.

—Bien, déjame ver —dijo la joven mientras pisaba con cuidado—. Crees que he llevado una vida sencilla y feliz llena de sol y alegría. Pero también das a entender que tengo secretos oscuros y malignos, así que te muestras receloso e incluso hostil conmigo. Me dices que soy arrogante y asumes que para mí los ojos oscuros son juguetes, pero cuando te digo que estoy intentando protegerlos (a ellos y a todos los demás) insinúas que estoy entrometiéndome y que debería dejar a la gente en paz.

Llegó al otro extremo y se volvió.

—¿Dirías que es un buen resumen de nuestras conversaciones hasta este momento, Kaladin Bendito por la Tormenta?

Él hizo una mueca.

—Sí, supongo.

—Vaya, sí que me conoces bien. Sobre todo considerando que empezaste esta conversación diciendo que no sabes qué hacer conmigo. Una extraña declaración para alguien que, desde mi punto

de vista, parece que lo sabe todo. La próxima vez que intente decidir qué hacer, te lo preguntaré a ti, ya que por lo visto me comprendes mejor de lo que yo me comprendo a mí misma.

Kaladin cruzó el mismo saliente de roca mientras ella lo observaba ansiosa, ya que cargaba con su zurrón. Sin embargo, confiaba en que él lo transportaría mejor sobre el agua que ella. Extendió la mano para cogerlo cuando llegó al otro lado, pero en cambio se encontró agarrándolo del brazo para llamar su atención.

—¿Qué te parece esto? —dijo, mirándolo a los ojos—. Prometo, solemnemente y por el décimo nombre del Todopoderoso, que no pretendo causar ningún daño a Adolin ni a su familia. Quiero impedir un desastre. Puede que esté equivocada, y puede que esté confundida, pero te juro que soy sincera.

Ella lo miró a los ojos. Intensamente. Shallan sintió un escalofrío al enfrentarse a aquella expresión. Este era un hombre apasionado.

—Te creo —declaró—. Y supongo que eso valdrá. —Miró hacia arriba y soltó una maldición.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, mirando hacia la lejana luz en las alturas. El sol asomaba por el borde del desfiladero.

El borde equivocado. Ya no iban hacia el oeste. Se habían desviado de nuevo, y se dirigían hacia el sur.

—Rayos —dijo Shallan—. Dame ese zurrón. Tengo que dibujar esto.



Soporta el peso del odio divino de Dios, separado de las virtudes que le dieron contexto. Es lo que le hicimos ser, viejo amigo. Y lo que, por desgracia, quiso ser.

—Yo era joven —dijo Teft—, así que no me enteré de gran cosa. Kelek, en realidad no quería enterarme. Lo que hacía mi familia no eran el tipo de cosas que querías que hicieran tus padres, ¿sabes? Yo no quería saberlo. Así que no es sorprendente que no lo recuerde.

Sigzil asintió a su manera, suave e irritante. El azishiano sabía cosas. Y hacía que los demás las dijeran también. Eso era injusto. Enormemente. ¿Por qué tenía Teft que acabar haciendo guardia con él?

Los dos estaban sentados en rocas cerca de los abismos, al este del campamento de Dalinar. Soplaban un viento frío. Esa noche habría alta tormenta. «Él volverá antes. Sin duda».

Un cremlino pasó correteando. Teft le tiró una piedra, impulsándolo hacia una grieta cercana.

—No sé por qué quieres oír todo eso. No sirve de nada.

Sigzil asintió. Extranjero de las tormentas...

—Muy bien, de acuerdo —dijo Teft—. Era una especie de secta, ¿sabes? Se llamaban los Vislumbradores. Ellos... bueno, pensaban

que si daban con la manera de hacer regresar a los Portadores del Vacío, entonces los Caballeros Radiantes regresarían también. Una estupidez, ¿verdad? Pero sabían cosas. Cosas que no deberían saber, cosas como lo que puede hacer Kaladin.

—Veo que te resulta difícil —dijo Sigzil—. ¿Quieres jugar otra mano de michim para pasar el rato?

—Solo quiero mis esferas, tormentas —replicó Teft, agitando un dedo ante el azishiano—. Y no lo llares por ese nombre.

—Michim es el nombre del juego.

—Es una palabra sagrada, y ningún juego tiene nombre de palabra sagrada.

—La palabra no es sagrada de donde procede —dijo Sigzil, a todas luces molesto.

—No estamos allí ahora, ¿no? Llámalo de otra forma.

—Creí que te gustaba —alegó Sigzil, recogiendo las piedras de colores que se utilizaban en el juego. Se apostaban, poniéndolas en una pila, mientras intentabas adivinar cuáles había ocultado tu oponente—. Es un juego de habilidad, no de azar, así que no ofende sensibilidades vorin.

Teft lo vio recoger las rocas. Tal vez sería mejor si perdiera todas sus esferas en ese juego de las tormentas. No le convenía volver a tener dinero. Era algo que no se le podía confiar.

—Creían que la gente podía manifestar mejor sus poderes si sus vidas corrían peligro —dijo—. Así que... ponían sus vidas en peligro. Siempre a miembros de su propio grupo, nunca a un desconocido inocente, benditos sean los vientos. Pero era terrible. Vi a gente dejarse empujar por precipicios, los vi atados a un sitio mientras una vela quemaba lentamente una cuerda hasta que esta se rompía y dejaba caer una roca que los aplastaba. Era horrible, Sigzil. Espantoso. Algo que nadie tendría que ver, y mucho menos un niño de seis años.

—¿Y entonces qué hiciste? —preguntó Sigzil en voz baja, tensando la correa de su saquito de piedras.

—No es asunto tuyo —respondió Teft—. Ni siquiera sé por qué estoy hablando contigo.

—Tranquilo. Comprendo...

—Los denuncié —estalló Teft—. Al señor de la ciudad. Los llevó a juicio, un juicio grande. Y al final los mandó ejecutar. Nunca

entendí por qué. Solo eran un peligro para sí mismos. Su castigo por intentar suicidarse fue matarlos. Absurdo. Tendrían que haber encontrado un modo de ayudarlos...

—¿Y tus padres?

—Mi madre murió en aquel artillugio de la roca y la cuerda. Creía de verdad, Sig. Que los tenía dentro, ¿sabes? Los poderes. Que si estuviera a punto de morir, vendrían a ella y se salvaría...

—¿Tú lo viste?

—¡Tormentas, no! ¿Crees que dejarían mirar eso a su hijo? ¿Estás loco?

—Pero...

—Sí que vi morir a mi padre —dijo Teft, contemplando las Llanuras—. Ahorcado. —Sacudió la cabeza y rebuscó en su bolsillo. ¿Dónde había puesto aquella petaca? Sin embargo, al darse la vuelta vio a aquel muchacho allí sentado, jugando con su cajita como hacía siempre. Renarin.

Teft no era partidario de todas aquellas tonterías que contaba Moash, que quería derrocar a los ojos claros. El Todopoderoso los había puesto donde los había puesto, ¿y quién era nadie para ponerlo en duda? Desde luego, los lanceros no. Pero en cierto modo, el príncipe Renarin era tan malo como él. Ninguno de los dos sabía cuál era su sitio. Un ojos claros que quería unirse al Puente Cuatro era tan malo como un ojos oscuros que decía estupideces al rey. No encajaba, aunque a los otros hombres del puente parecía caerles bien el chaval.

Y, naturalmente, Moash ya era uno de ellos. Tormentas. ¿Se había dejado su petaca en el barracón?

—En pie, Teft —dijo Sigzil, incorporándose.

El aludido dio media vuelta y vio acercarse a hombres de uniforme. Se puso en pie, agarrando la lanza. Era Dalinar Kholin, acompañado por varios de sus consejeros ojos claros junto con Drehy y Cikatriz del Puente Cuatro, los guardias del día. Con Moash ascendido y Kaladin... bueno, ausente, Teft se había encargado de adjudicar las misiones diarias. Nadie más quería hacerlo, tormentas. Decía que ahora estaba al mando. Idiotas.

—Brillante señor —dijo Teft, golpeándose el pecho a modo de saludo.

—Adolin me ha dicho que ibais a venir —dijo el alto príncipe.

Dirigió una mirada a Renarin, que también se había puesto en pie y saludaba, como si no fuera su propio padre—. Una rotación, tengo entendido.

—Sí, señor —respondió Teft, mirando a Sigzil. Es lo que era.

Aunque Teft estaba en casi todos los turnos.

—¿De verdad crees que sigue vivo, soldado? —preguntó Dalinar.

—Lo está, señor. No tiene nada que ver con lo que piense yo ni nadie.

—Cayó docenas de metros —expuso Dalinar.

Teft continuó firmes. El alto príncipe no había hecho una pregunta, así que Teft no respondió.

Tenía que borrar unas cuantas imágenes terribles de su cabeza. Kaladin golpeándose la cabeza al caer. Kaladin aplastado por el puente al caer. Kaladin yaciendo con una pierna rota, incapaz de encontrar esferas para curarse. El muy necio a veces parecía creer que era inmortal.

Kelek. En realidad todos pensaban que lo era.

—Va a volver, señor —le dijo Sigzil a Dalinar—. Saldrá escalando de ese abismo. Y estaremos aquí para recibirlo. Con los uniformes puestos y las lanzas pulidas.

—Esperamos en nuestro tiempo libre, señor —intervino Teft—. Ninguno de nosotros tres tiene nada más que hacer. —Se ruborizó en cuanto lo hubo dicho. Y él que veía con malos ojos la forma en que Moash respondía a sus superiores.

—No he venido a ordenaros que abandonéis vuestra tarea escogida, soldado —dijo Dalinar—. Solo quería comprobar que os estabais cuidando. Ningún hombre debe saltarse ninguna comida mientras espera aquí, y no quiero que a nadie se le ocurra quedarse durante una alta tormenta.

—Por supuesto, señor —respondió Teft. Había aprovechado la pausa del almuerzo para ir allí. ¿Cómo lo sabía Dalinar?

—Buena suerte, soldado —se despidió el alto príncipe, y continuó su camino, flanqueado por sus asistentes, al parecer para inspeccionar el batallón más cercano al extremo oriental del campamento. Los soldados correteaban por allí como cremlinos después de una tormenta, llevando bolsas de suministro y apilándolas dentro de los barracones. El momento de la gran expedición a las Llanuras se acercaba rápidamente.

—Señor —llamó Teft.

Dalinar se volvió y sus asistentes se callaron a media frase.

—No nos crees —dijo Teft—. Que volverá, quiero decir.

—Está muerto, soldado. Pero comprendo que necesitéis que esté aquí.

El alto príncipe se llevó una mano al hombro, un saludo a los muertos, y continuó su camino.

Bueno, Teft supuso que no pasaba nada por que Dalinar no creyera. Se sorprendería mucho más cuando Kaladin regresara.

«Alta tormenta esta noche —pensó, sentándose de nuevo en su roca—. Vamos, muchacho. ¿Qué estás haciendo ahí fuera?».

Kaladin se sentía como uno de los diez locos.

De hecho, se sentía como todos ellos. Diez veces idiota. Pero sobre todo Eshu, que decía cosas que no comprendía delante de los que sí lo hacían.

Recorrer las profundidades de los abismos era difícil, pero por lo general sabía reconocer las direcciones por la forma en que se depositaban los residuos. El agua llegaba de este a oeste, pero luego se drenaba en el sentido contrario, así que las grietas de las paredes donde los residuos se agolpaban normalmente marcaba una dirección hacia el oeste, pero en los sitios donde los residuos habían sido depositados de manera más natural indicaban dónde el agua, al drenarse, fluía hacia el este.

Sus instintos le decían qué camino tomar. Se equivocaron. No tendría que haberse confiado tanto. Tan lejos de los campamentos de guerra, el fluir del agua debía ser diferente.

Molesto consigo mismo, dejó a Shallan dibujando y se alejó un poco.

—¿Syl? —preguntó.

No hubo respuesta.

—¡Sylphrena! —llamó, más fuerte.

Suspiró y volvió con Shallan, que estaba arrodillada en el suelo musgoso (obviamente había dejado de proteger su traje antaño hermoso de manchas y desgarrones), dibujando en su libreta. Era otro motivo por el que se sentía como un idiota. No debería dejar que lo provocara tanto. Podía aguantar las pullas de otros ojos

claros más molestos. ¿Por qué perdía el control cuando hablaba con ella?

«Tendría que haber aprendido la lección —pensó mientras la joven dibujaba con cara de concentración—. Hasta ahora ha ganado todas las discusiones, sin ninguna duda».

Se apoyó en una sección de la pared del desfiladero, con la lanza en el hueco del brazo y la luz brillando en las esferas firmemente atadas en el extremo. Había hecho un juicio de valor equivocado sobre ella, como le había dejado claro. Una y otra vez. Era como si una parte de él quisiera frenéticamente sentir aversión hacia ella.

Ojalá encontrara a Syl... Todo sería mejor si pudiera verla de nuevo, si pudiera saber si estaba bien. Aquel grito...

Para distraerse, se acercó a Shalla y se inclinó para ver el dibujo. Su mapa era más bien una imagen que se parecía extrañamente a la perspectiva que Kaladin había visto hacía varias noches, cuando volaba sobre las Llanuras Quebradas.

—¿Es necesario todo eso? —preguntó mientras ella sombreaba un lado de una meseta.

—Sí.

—Pero...

—Sí.

Tardó más de lo que él habría deseado. El sol pasó por encima de la grieta en las alturas, desapareciendo de la vista. Ya era más de mediodía. Les quedaban siete horas hasta la alta tormenta, suponiendo que la predicción fuera correcta: incluso los mejores predicetormentas se equivocaban a veces.

Siete horas. «El trayecto hasta aquí duró más o menos lo mismo», pensó. Pero sin duda habrían hecho algún progreso camino del campamento. Llevaban andando toda la mañana.

Bueno, no tenía sentido meter prisa a Shalla. La dejó dibujando, volvió a recorrer el abismo y estudió la forma de la grieta, comparándola con su ilustración. Por lo que pudo ver, el mapa era exacto. Ella dibujaba, de memoria, todo el camino como si lo hubiera visto desde arriba, y lo hacía perfectamente, sin olvidar ni el menor saliente o curva.

—Padre Tormenta —suspiró, regresando a la carrera. Sabía que ella tenía facilidad para dibujar, pero eso era algo completamente diferente.

¿Quién era esa mujer?

Ella seguía dibujando cuando llegó.

—Tu ilustración es sorprendentemente exacta —comentó.

—Puede que anoche... subestimara un poco mi habilidad —dijo Shallan—. Puedo recordar las cosas bastante bien, aunque para ser sincera, no me di cuenta de hasta dónde habíamos llegado hasta que lo dibujé. Estas mesetas me son desconocidas: puede que estemos en las zonas que aún no se han cartografiado.

Él se la quedó mirando.

—¿Recuerdas las formas de todas las mesetas de los mapas?

—Pues... ¿sí?

—Increíble.

Ella se sentó en cuclillas, alzando el dibujo. Se apartó un mechón de pelo rojo.

—Tal vez no. Aquí hay algo muy raro.

—¿Qué?

—Creo que mi dibujo está equivocado. —Se levantó, preocupada—. Necesito más información. Voy a rodear una de las mesetas.

—De acuerdo...

Empezó a andar, todavía concentrada en su dibujo, sin apenas prestar atención al camino mientras sorteaba rocas y ramas. Él la alcanzó con facilidad, pero no la molestó cuando ella se volvió a mirar la grieta. Rodeó toda la base de la meseta que tenían a la derecha.

Tardaron muchísimo tiempo, incluso caminando rápido. Estaban perdiendo minutos preciosos. ¿Sabía ella dónde estaban o no?

—Shallan —dijo Kaladin—. No tenemos...

—Esto es importante.

—También lo es no morir aplastados en una alta tormenta.

—Si no averiguamos dónde estamos, no escaparemos jamás —replicó ella, tendiéndole la hoja de papel—. Espera. Ahora mismo vuelvo. —Echó a correr, arrastrando la falda.

El hombre del puente miró el papel, inspeccionando el camino que ella había dibujado. Aunque habían empezado bien por la mañana, era como había temido: Kaladin los había hecho dar la vuelta hasta que se dirigieron de nuevo al sur. ¡Incluso había conseguido que volvieran a dirigirse hacia el este durante un rato!

Eso los situaba aún más lejos del campamento de Dalinar que

cuando empezaron la noche anterior.

«Por favor, que esté equivocada», pensó, rodeando la meseta en la otra dirección para encontrar a Shallan a la mitad.

Pero si ella estaba equivocada, no sabrían dónde estaban. ¿Qué opción era peor?

Recorrió un breve trecho antes de detenerse. Allí las paredes estaban libres de musgo, los residuos en el suelo amontonados y arañados. Tormentas, eso era reciente. De la última alta tormenta, al menos. El abismoide había pasado por allí.

Tal vez... tal vez había seguido de largo, internándose en los abismos.

Shallan, distraída y murmurando para sí, apareció en el otro lado de la meseta. Caminaba, todavía mirando hacia el cielo, musitando:

—... sé que dije que vi estos patrones, pero esto es demasiado grande para que lo sepa instintivamente. Tendrías que haber dicho algo. Yo...

Se interrumpió bruscamente y dio un salto al ver a Kaladin. Él entornó los ojos. Aquello parecía...

«No seas tonto. No es ningún guerrero». Los Caballeros Radiantes fueron soldados, ¿no? En realidad no sabía mucho de ellos.

Con todo, Syl había visto varios spren extraños.

Shallan echó una ojeada a la pared del desfiladero y los arañazos.

—¿Esto es lo que pienso que es?

—Sí —contestó él.

—Delicioso. Trae, dame ese papel.

Él se lo devolvió y Shallan se sacó un lápiz de la manga. Kaladin le entregó la mochila, que ella depositó en el suelo, usando la parte recia para apoyarse. Incluyó las dos mesetas más cercanas, las dos que había rodeado para tener mejor perspectiva.

—Entonces ¿tu dibujo es correcto o no? —preguntó Kaladin.

—Es correcto —respondió ella sin dejar de dibujar—, pero raro. Por lo que recuerdo de los mapas, este grupo de mesetas más cercanas debería estar más al norte. Hay otro grupo más allá que tienen exactamente la misma forma, solo que invertida.

—¿Tanto recuerdas los mapas?

—Sí.

Él no insistió. Por lo que había visto, tal vez fuera capaz de hacerlo.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Qué posibilidades hay de que una serie de mesetas tenga exactamente la misma forma que otra en una parte distinta de las Llanuras? No solo una, sino la secuencia entera...

—Las Llanuras son simétricas —dijo Kaladin.

Ella se detuvo.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo... fue un sueño. Vi las mesetas desplegadas en una amplia formación simétrica.

Ella miró de nuevo el mapa y abrió la boca. Empezó a tomar notas en el lado.

—Cimáticas.

—¿Qué?

—Sé dónde están los parshendi. —Sus ojos se abrieron de par en par—. Y la Puerta Jurada. El centro de las Llanuras Quebradas. Lo veo todo... puedo cartografiarlas casi enteras.

Él se estremeció.

—Tú... ¿qué?

Ella alzó la cabeza bruscamente, mirándolo a los ojos.

—Tenemos que regresar.

—Sí, lo sé. La alta tormenta.

—Más que eso —dijo ella, poniéndose en pie—. Sé demasiado para morir aquí. Las Llanuras Quebradas son un patrón. Esto no es una formación natural de rocas. —Sus ojos se abrieron aún más—. En el centro de estas Llanuras había una ciudad. Algo la destruyó. Un arma... ¿Vibraciones? ¿Como arena en un plato? Un terremoto que quizá rompió la roca... La piedra se convirtió en arena, y con las altas tormentas, las grietas llenas de arena quedaron huecas.

Sus ojos parecían extrañamente distantes, y Kaladin no entendió la mitad de lo que decía.

—Tenemos que llegar al centro —dijo Shallan—. Puedo encontrar el corazón de las Llanuras, siguiendo el patrón. Y habrá... cosas allí...

—El secreto que estás buscando —concluyó Kaladin. ¿Qué había dicho antes?—. ¿La Puerta Jurada?

Ella se ruborizó.

—Pongámonos en marcha. ¿No mencionaste que tenemos poco tiempo? Sinceramente, si uno de nosotros no estuviera charlando todo el rato y distrayendo al otro, estoy segura de que ya habríamos regresado.

Él la miró alzando una ceja y ella sonrió mientras indicaba la dirección que debían tomar.

—Ahora dirijo yo, por cierto.

—Probablemente sea lo mejor.

—Aunque, pensándolo bien, quizá sería mejor que lo hagas tú. De esa forma, podríamos encontrar nuestro camino hasta el centro por casualidad. Suponiendo que no acabemos en Azir.

Él le dirigió una risita, porque parecía lo más adecuado. En el fondo, sin embargo, se sintió hecho pedazos. Había fallado.

Las horas siguientes fueron agotadoras. Después de recorrer dos mesetas, Shallan tuvo que detenerse a actualizar su mapa. Era una decisión prudente: no podían arriesgarse a perderse de nuevo.

Tardaron demasiado tiempo. Incluso moviéndose lo más rápido que podían entre las sesiones de dibujo, prácticamente corriendo todo el tiempo, su avance resultaba lento.

Kaladin se impacientaba y contemplaba el cielo mientras Shallan dibujaba de nuevo el mapa. La muchacha maldecía y gruñía, y él advirtió que apartaba una gota de sudor que había caído desde su frente al papel cada vez más arrugado.

«Nos quedan tal vez cuatro horas hasta la tormenta —pensó Kaladin—. No lo conseguiremos».

—Intentaré encontrar exploradores de nuevo —dijo el hombre de los puentes.

Ella asintió. Habían entrado en el territorio donde los saltadores de Dalinar buscaban nuevas crisálidas. Gritarles era una esperanza tenue: aunque tuvieran la suerte de encontrar uno de aquellos grupos, Kaladin dudaba de que dispusieran de cuerda suficiente para alcanzar el fondo del abismo.

Pese a todo, era una posibilidad. Así que se apartó, para no molestarla mientras dibujaba, hizo bocina con las manos y empezó a gritar.

—¡Hola! ¡Por favor, responded! ¡Estamos atrapados en los abismos! ¡Por favor, responded!

Caminó durante un rato, gritando, y a continuación se detuvo a escuchar. No hubo ninguna respuesta. Ninguna pregunta a gritos desde arriba, ni el menor rastro de vida.

«Probablemente se habrán retirado ya todos a sus cubículos — pensó Kaladin—. Habrán desmontado sus fuertes y estarán esperando la alta tormenta».

Miró con frustración aquella rendija de cielo atenuado. Tan lejana. Recordó esa sensación, estar allí abajo con Teft y los demás, ansiando escalar y escapar de la horrible vida de los hombres de los puentes.

Por enésima vez, trató de inspirar la luz tormentosa de aquellas esferas. Sujetó una de ellas hasta que la mano y el cristal se humedecieron de sudor, pero la luz tormentosa, el poder interior, no llegó. Ya no sentía la luz.

—¡Syl! —gritó, guardando la esfera y llevándose las manos a la boca—. ¡Syl! ¡Por favor! ¿Estás aquí... en alguna parte? —Se calló—. Sigo sin saberlo —dijo en voz más baja—. ¿Me estás castigando? ¿O es algo más? ¿Qué ocurre?

No hubo respuesta. Sin duda, si ella lo estuviera observando, no lo dejaría morir allí abajo. Suponiendo que pudiera pensar para advertirlo. Kaladin tuvo una terrible imagen de ella cabalgando los vientos, mezclándose con los vientospren, olvidada de sí misma y de él, absoluta y terriblemente ignorante de lo que era en realidad.

Ella temía eso. La aterraba.

Las botas de Shallan rozaron el suelo mientras se acercaba.

—¿No ha habido suerte?

Él negó con la cabeza.

—Bueno, pues continuemos. —Shallan inspiró profundamente—. Agotados y doloridos, hay que continuar. Tú no estarías dispuesto a llevarme en brazos un ratito...

Kaladin la miró y ella se encogió de hombros con una sonrisa.

—¡Piensa lo maravilloso que sería! Incluso podría buscar una caña para azotarte. Cuando llegáramos, podrías contar a todos los demás guardias la horrible persona que soy. Una oportunidad de oro para quejarte. ¿No? Bueno, no pasa nada. Continuemos.

—Eres una mujer extraña.

—Gracias.

Él echó a andar a su lado.

—Vaya —advirtió ella—, veo que otra tormenta que te ronda por la cabeza.

—Moriremos por mi culpa —susurró él—. Me puse a dirigir la marcha y me perdí.

—Bueno, yo tampoco me di cuenta de que íbamos en la dirección equivocada. No lo habría hecho mejor.

—Debería haber pensado que fueras marcando nuestro avance en el mapa desde que emprendimos la marcha hoy. Me confié demasiado.

—Ya está hecho —replicó ella—. Si hubiera sido más clara contigo sobre mi capacidad para dibujar estas mesetas, probablemente habrías empleado mejor los mapas. No lo hice, tú no lo sabías, y aquí estamos. No puedes echarle la culpa de todo, ¿vale?

Él caminó en silencio.

—¿Vale?

—Es culpa mía.

Ella puso exageradamente los ojos en blanco.

—Estás decidido a flagelarte, ¿no?

Su padre le decía lo mismo una y otra vez. Kaladin era así. ¿Esperaban que cambiara?

—Nos irá bien —aseguró Shallan—. Ya lo verás.

Eso lo hizo sentirse aún peor.

—Sigues pensando que soy demasiado optimista, ¿verdad? —dijo Shallan.

—No es culpa tuya. Ya me gustaría ser como tú. Me gustaría no haber llevado la vida que llevo. Ojalá el mundo estuviera lleno solamente de gente como tú, Shallan Davar.

—Gente que no comprende el dolor.

—Oh, todo el mundo comprende el dolor —dijo Kaladin—. No me refiero a eso. Es...

—¿El pesar de ver cómo se desmorona una vida? —terminó Shallan en voz baja—. ¿De esforzarte por cogerla y conservarla, pero sentir que la esperanza se convierte en tendones rotos y sangre entre los dedos mientras todo lo demás se derrumba?

—Sí.

—La sensación... no es pesar, sino algo más profundo..., de estar rota. De ser aplastada tan a menudo, y de manera tan horrible, que

la emoción se vuelve algo que solo puedes desear. Desearías poder llorar, porque entonces sentirías algo. En cambio, no sientes nada. Solo... bruma y humo. Como si ya estuvieras muerta.

Él se detuvo.

Ella se volvió a mirarlo.

—La aplastante verdad de sentirte impotente —añadió—. De desear que te hubieran hecho daño a ti en vez de a quienes te rodean. De gritar y patear y odiar mientras aquellos a quienes amas son destrozados, reventados como un forúnculo. Y tú tienes que ver impotente cómo les arrebatan la alegría. Destruyen a quienes amas, y no a ti. Y suplicas. ¿No puedes golpearme a mí en lugar de a ellos?

—Sí —susurró él.

Shallan asintió, sosteniéndole la mirada.

—Sí. Sería bonito que nadie en el mundo conociera estas cosas, Kaladin Bendito por la Tormenta. Estoy de acuerdo. Con todo lo que tengo.

Él lo vio en sus ojos. La angustia, la frustración. La terrible nada que arañaba en su interior y buscaba sofocarla. Ella lo sabía. Estaba allí dentro. La habían destrozado.

Entonces Shallan sonrió. Oh, tormentas. Sonrió de todas formas.

Era lo más hermoso que Kaladin había visto en toda su vida.

—¿Cómo? —preguntó.

Ella se encogió levemente de hombros.

—El hecho de estar loco ayuda. Vamos. Creo que andamos un poco apurados de tiempo...

Echó a andar desfiladero abajo. Él se quedó atrás, sintiéndose exhausto. Y extrañamente animado.

Debería sentirse como un necio. Lo había vuelto a hacer: le había echado en cara lo fácil que era su vida, sin saber que ella tenía aquello oculto en su interior todo el tiempo. Esta vez, sin embargo, no se sintió como un necio. Creía comprender. Algo. No sabía qué. El abismo parecía un poco más brillante.

«Tien siempre me hacía eso... —pensó—. Incluso en el día más oscuro».

Permaneció allí quieto tanto tiempo que los florvolantes se abrieron a su alrededor, desplegando sus anchas hojas como abanicos con sus venas anaranjadas, rojas y violetas. Al cabo de un

rato echó a correr detrás de Shallan, sobresaltando a las plantas, que se cerraron.

—Creo que tenemos que concentrarnos en la parte positiva de estar aquí en este terrible abismo —dijo ella.

Lo miró. Él no dijo nada.

—Vamos.

—Yo... tengo la sensación de que sería mejor no animarte.

—¿Y dónde queda entonces la diversión?

—Bueno, estamos a punto de ser alcanzados por la riada de una alta tormenta.

—Así se nos lavará la ropa —replicó ella con una sonrisa—. ¿Ves? ¡Positivo!

Él bufó.

—Ah, el dialecto de los gruñidos del hombre del puente otra vez —advirtió ella.

—Ese gruñido significa que al menos si vienen las aguas se llevarán el hedor que desprendes, al menos en parte —dijo él.

—¡Ja! Medianamente divertido, pero no te llevas ningún punto. Ya había quedado establecido que el maloliente eres tú. Reutilizar los chistes está estrictamente prohibido so pena de remojarte en una alta tormenta.

—Muy bien —admitió él—. Menos mal que estamos aquí porque tenía servicio de guardia esta noche. Ahora voy a perdérmelo. Esto es prácticamente como tomarte el día libre.

—¡Para ir a nadar, nada menos!

Él sonrió.

—Yo me alegro de que estemos aquí abajo porque el sol es demasiado intenso allá arriba —apuntó ella—, y suelo quemarme a menos que use sombrero. Es mucho mejor estar en estas profundidades húmedas, apestosas, oscuras, rancias y potencialmente peligrosas para mi vida. Nada de quemaduras. Solo monstruos.

—Yo me alegro de estar aquí porque al menos fui yo, y no uno de mis hombres, quien cayó.

Ella saltó por encima de un charco y lo miró.

—No se te da muy bien esto.

—Lo siento. Quería decir que me alegra estar aquí abajo porque cuando salgamos todos me vitorearán por ser un héroe y haberte

rescatado.

—Eso está mejor. Excepto por el detalle que creo que soy yo quien te va a rescatar a ti.

Él miró el mapa.

—Punto.

—Yo me alegro de estar aquí —dijo ella—, porque siempre me he preguntado cómo es ser un trozo de carne viajando a través de un sistema digestivo, y estos abismos me recuerdan a los intestinos.

—Espero que no lo digas en serio.

—¿Qué? —Ella pareció sorprendida—. Por supuesto que no. Puaff.

—De verdad que te esfuerzas demasiado.

—Es lo que me mantiene loca.

Él se subió a un gran montículo de residuos y le ofreció una mano para ayudarla.

—Yo me alegro de estar aquí —dijo— porque me recuerda la suerte que tengo de haberme librado del ejército de Sadeas.

—Ah —exclamó Shallan, llegando a la cima con él.

—Sus ojos claros nos enviaban aquí abajo a rescatar material —dijo Kaladin, deslizándose por el otro lado del montículo—. Y no nos pagaba mucho por el esfuerzo.

—Trágico.

—Podríamos decir que solo nos daban una miseria —añadió mientras llegaba abajo.

Le sonrió.

Ella ladeó la cabeza.

—Mi-seria —insistió él, indicando la profundidad del agujero—. Ya sabes, lo sería que es mi situación.

—Oh, tormentas —bufó ella—. No esperarás que eso cuente. ¡Es malísimo!

—Lo sé. Lo siento. Mi madre se sentiría decepcionada.

—¿No le gustaban los juegos de palabras?

—No, le encantaban. Solo se enfadaba si intentaba hacerlos cuando ella no estaba presente para reírse de mí.

Shallan sonrió y continuaron avanzando, manteniendo un buen ritmo.

—Me alegro de que estemos aquí abajo —dijo—, porque a estas alturas Adolin estará preocupadísimo por mí, así que cuando

regresemos, estará encantado. Puede que incluso me deje besarlo en público.

Adolin. Bien. Eso enfrió su estado de ánimo.

—Probablemente tendremos que detenernos para que pueda dibujar nuestro mapa —apuntó Shallan, mirando al cielo con el ceño fruncido—. Y para que tú puedas gritar un poco más a nuestra potencial salvación.

—Supongo —dijo Kaladin mientras ella se sentaba para sacar el mapa. Hizo bocina con las manos—. ¡Eh, ahí arriba! ¿Hay alguien? Estamos aquí abajo, haciendo chistes malos. ¡Por favor, salvadnos de nosotros mismos!

Shallan se echó a reír.

Kaladin sonrió, luego se sobresaltó al oír algo que sonaba. ¿Era una voz? O... Un momento...

Un barrido, como la llamada de un cuerno, pero solapándose. Se hizo más fuerte, estrepitoso.

Luego una enorme masa serpenteante de caparazón y garras asomó en la esquina.

Un abismoide.

La mente de Kaladin se llenó de pánico, pero tomó el control por su cuenta. Agarró a Shallan por el brazo, obligándola a ponerse en pie y echar a correr. Ella gritó, soltando su mochila.

Kaladin corrió siguiéndola y no miró atrás. Sentía a la criatura, demasiado cerca, mientras las paredes del abismo temblaban por la persecución. Huesos, ramas, conchas y planchas crujieron y se rompieron.

El monstruo volvió a barritar, un sonido ensordecedor.

Lo tenían casi encima. Tormentas, sí que se movía rápido. Kaladin nunca habría imaginado que algo tan grande fuera tan veloz. Esta vez no podía distraerlo. Lo tenían casi encima: lo notaba justo detrás...

Allí.

Colocó a Shallan delante y la empujó hacia una fisura en la pared. Mientras una sombra se alzaba sobre él, se lanzó hacia la fisura, empujando a Shallan hacia atrás. Ella gruñó mientras él la apretujaba contra los restos de ramas y hojas que las riadas habían depositado en esa grieta.

El abismo quedó en silencio. Kaladin solo oía los jadeos de

Shallan y los latidos de su propio corazón. Habían dejado casi todas sus esferas en el suelo, donde Shallan se disponía a dibujar. Pero él todavía tenía la lanza, su lámpara improvisada.

Lentamente, Kaladin se volvió, dándole la espalda a Shallan. Ella lo agarró por detrás y él notó que temblaba. Padre Tormenta. Él temblaba también. Giró la lanza para darse luz y asomarse al abismo. La fisura era poco profunda, y solo unos palmos lo separaban de la abertura.

La frágil luz lechosa de sus esferas de diamante se reflejó en el suelo húmedo. Iluminó los florvolantes rotos en las paredes y varias enredaderas que se rebullían en el terreno, cortadas de sus plantas. Se retorcían y agitaban, como hombres arqueando las espaldas. El abismoide... ¿dónde estaba?

Shallan jadeó, apretando los brazos en torno a la cintura. Kaladin alzó la mirada. Allí, un poco más arriba en la grieta, un ojo grande e inhumano los miraba. No se distinguía la masa de la cabeza del abismoide, solo parte de la cara y la mandíbula, con aquel terrible ojo verde y vidrioso. Una gran garra golpeó el lado del agujero, tratando de introducirse en él, pero la grieta era demasiado estrecha.

La garra rebuscó en el agujero y acto seguido la cabeza se retiró. Un roce de piedra y quitina, pero la criatura no fue muy lejos antes de detenerse.

Silencio. Una gota caía de continuo en un charco, pero por lo demás, silencio.

—Está esperando —susurró Shallan, cerca de su hombro.

—¡Pareces orgullosa de ello! —replicó Kaladin.

—Un poco. —Ella hizo una pausa—. ¿Cuánto tiempo supones, hasta...?

Él miró hacia arriba, pero no distinguió el cielo. La fisura no ascendía por el lado del abismo, y apenas tenía diez o quince palmos de altura. Se inclinó hacia delante para mirar hacia arriba, sin asomarse del todo pero acercándose un poco más a la abertura para poder ver el cielo. Oscurecía. El sol no se había puesto todavía, pero no faltaba mucho.

—Dos horas, tal vez —dijo—. Yo...

Una tempestad resonó en el abismo. Kaladin saltó hacia atrás, empujando de nuevo a Shallan contra los residuos mientras el

abismoide intentaba, sin mayor éxito, meter una de las patas en la fisura. La pata seguía siendo demasiado grande, y aunque el abismoide pudo extender la punta hacia ellos, lo suficiente para rozar a Kaladin, no bastó para herirlos.

Aquel ojo regresó, reflejando la imagen de Kaladin y Shallan, andrajosos y sucios por su estancia en el abismo. Kaladin parecía menos asustado de lo que se sentía, mirando a aquella cosa directamente, con la lanza en alto para protegerse. Shallan, en vez de aterrorizada, parecía fascinada.

Mujer loca.

El abismoide se retiró de nuevo y se detuvo más abajo. Kaladin oyó que se disponía a vigilar.

—Entonces... —dijo Shallan—. ¿Esperamos?

El sudor le corría a Kaladin por la cara. Esperar. ¿Cuánto tiempo? Podía imaginarse allí dentro, como un amedrentado rocabrote atrapado en su caparazón, hasta que las aguas bajaran por los abismos.

Había sobrevivido a una tormenta antes. A duras penas, y solo porque contaba con la ayuda de la luz tormentosa. Allí dentro sería muy distinto. Las aguas los azotarían al bajar por los desfiladeros, aplastándolos contra las paredes, los peñascos, revolviéndolos con los muertos hasta que se ahogaran o acabaran por desmembrarse...

Sería una forma muy, muy mala de morir.

Apretó la lanza con más fuerza. Esperó, sudoroso, preocupado. El abismoide no se marchó. Pasaron los minutos.

Finalmente Kaladin tomó una decisión. Se dispuso a dar un paso adelante.

—¿Qué vas a hacer? —susurró Shallan, aterrorizada. Trató de sujetarlo.

—Cuando salga, corre hacia el otro lado.

—¡No seas estúpido!

—Lo distraeré —explicó él—. Cuando estés fuera, lo alejaré de ti y luego escaparé. Después nos reuniremos.

—Mentiroso —susurró ella.

Él se retorció para mirarla a los ojos.

—Tú puedes volver a los campamentos por tu cuenta —alegó—. Yo no. Tienes información que Dalinar necesita. Yo no. Tengo entrenamiento de combate. Puede que consiga librarme de esa

criatura después de distraerlo. Tú no. Si esperamos aquí, los dos moriremos. ¿Necesitas más lógica que esa?

—Detesto la lógica —susurró ella—. Siempre la he odiado.

—Ahora no tenemos tiempo para hablar de eso —replicó Kaladin, retorciéndose hacia el otro lado, de espaldas a ella.

—No puedes hacer esto.

—Sí puedo. —Kaladin inspiró profundamente—. ¿Quién sabe? —dijo más suavemente—. Tal vez tenga un golpe de suerte.

Extendió la mano para arrancar las esferas de la lanza y las arrojó al abismo. Necesitaría una luz más firme.

—Prepárate.

—Por favor —susurró ella, cada vez más frenética—. No me dejes sola en estos abismos.

Él sonrió amargamente.

—¿Tanto te cuesta dejarme ganar aunque sea una discusión?

—¡Sí! No, quiero decir... ¡Tormentas! Kaladin, te matará.

Él agarró la lanza. Tal como le habían ido las cosas últimamente, tal vez era lo que se merecía.

—Pídele disculpas a Adolin de mi parte. En realidad, lo aprecio. Es un buen hombre. No solo para ser un ojos claros. Solo... una buena persona. Nunca le he reconocido lo que vale.

—Kaladin...

—Tiene que ser así, Shallan.

—Al menos llévate esto —dijo ella, extendiendo la mano sobre su hombro, por encima de su cabeza.

—¿Qué?

—Esto —se limitó a responder Shallan.

Entonces invocó una espada esquivada.



Sospecho que ahora es más una fuerza que un individuo, a pesar de su insistencia en lo contrario. Esa fuerza está contenida y se ha llegado a un equilibrio.

Kaladin se quedó mirando la brillante hoja de metal, que goteaba de condensación tras haber sido invocada y brillaba suavemente en color granate a lo largo de toda su superficie.

Shallan tenía una espada esquivada.

Volvió la cabeza hacia ella y, al hacerlo, su mejilla rozó el plano de la hoja. No hubo gritos. Se detuvo y cautelosamente alzó un dedo para tocar el frío metal.

No sucedió nada. Los alaridos que había escuchado en su mente cuando luchaba junto a Adolin no se produjeron. Le pareció una mala señal. Aunque no conocía el significado de aquel terrible sonido, estaba relacionado con su vínculo con Syl.

—¿Cómo...? —preguntó.

—No es importante.

—Yo diría que sí.

—¡En este momento no! A ver, ¿piensas cogerla? Sujetarla de esta forma es incómodo. Si se me cae por accidente y te corto el pie, será culpa tuya.

Él vaciló, contemplando su cara reflejada en el metal. Vio

cadáveres, amigos con los ojos abrasados. Siempre que le habían ofrecido un arma de estas, él la había rechazado.

Pero eso siempre había sido después del combate, o al menos en los terrenos de prácticas. Esto era diferente. Además, no iba a convertirse en un portador de esquirlada: solo usaría esta arma para proteger la vida de alguien.

Se decidió. Extendió la mano y cogió la hoja esquirlada por la empuñadura. Al menos esto le decía una cosa: no era probable que Shallan fuera un potenciador. De lo contrario, sospechaba que odiaría esta espada tanto como él.

—Se supone que no se puede dejar que nadie use tu espada —objetó Kaladin—. Por tradición, solo lo hacen el rey y los altos príncipes.

—Magnífico —respondió ella—. Puedes denunciarme a la brillante Navani por ser salvajemente indecente y prescindir del protocolo. Pero, de momento, ¿podemos hacer lo posible por sobrevivir, por favor?

—Sí —dijo él, sopesando la espada—. Me parece bien.

Apenas sabía usar una de estas hojas. Entrenarse con una espada de ejercicios no convertía a nadie en experto con las de verdad. Por desgracia, una lanza iba a servir de poco contra una criatura tan grande y acorazada.

—Ah, y otra cosa... —dijo Shallan—. ¿Podrías no «denunciarme» como he mencionado? Era una broma. Se supone que no debo tener esa espada.

—Nadie me creería de todas formas. Vas a echar a correr, ¿verdad? ¿Como te he dicho?

—Sí. Pero si puedes, por favor, desvía al monstruo hacia la izquierda.

—Esa es la dirección de los campamentos de guerra —respondió Kaladin, frunciendo el ceño—. Planeaba llevarlo hacia el interior de los abismos, para que tú...

—Necesito recuperar mi zurrón —dijo Shallan.

Mujer loca.

—Estamos luchando por nuestras vidas, Shallan. El zurrón no es importante.

—Al contrario, es muy importante. Lo necesito para... Bueno, los dibujos muestran los patrones de las Llanuras Quebradas. Lo

necesitaré para ayudar a Dalinar. Por favor, hazlo.

—De acuerdo. Si puedo.

—Bien. Y esto..., por favor, no te mueras, ¿vale?

De repente Kaladin fue consciente de que ella se apretaba contra su espalda. Agarrándolo con fuerza, el aliento cálido en su nuca. Temblaba, y le pareció que podía oír en su voz a la vez temor y fascinación por su situación.

—Haré lo que pueda —dijo—. Prepárate.

Ella asintió, soltándolo.

Uno.

Dos.

Tres.

Kaladin saltó al abismo, se volvió y se lanzó a la izquierda, hacia el abismoide. Mujer de las tormentas. La bestia acechaba en las sombras en aquella dirección. No, en realidad se trataba de una sombra. Una sombra enorme y acechante, larga como una anguila, se alzó sobre el suelo del abismo y se agarró a las paredes con las patas.

Barritó y se lanzó hacia delante, con el caparazón rozando la roca. Sujetando con fuerza la hoja esquirrada, Kaladin se arrojó al suelo y pasó por debajo del monstruo, esquivándolo. El suelo tembló cuando las garras de la bestia intentaron alcanzarlo, pero el hombre de los puentes se levantó sano y salvo. Blandió salvajemente la espada, marcando una línea en la pared de roca, sin llegar a alcanzar al abismoide.

La bestia se enroscó, retorciéndose, y luego dio media vuelta. La maniobra fue mucho más rápida de lo que Kaladin había esperado.

«¿Cómo se mata a una criatura así?», se preguntó, retrocediendo mientras el abismoide se posaba en el suelo para inspeccionarlo. Descargar un golpe contra ese enorme cuerpo difícilmente lo mataría lo bastante rápido. ¿Tenía corazón? No la gema corazón, sino uno de verdad. Tendría que intentar colocarse debajo otra vez.

Kaladin continuó retrocediendo, tratando de alejar a la criatura de Shallan. Se movía con más cuidado de lo que esperaba. Sintió un momento de alivio al ver que Shallan escapaba de la grieta y corría por el desfiladero.

—Vamos, tú —dijo, agitando la hoja esquirrada ante el abismoide. La bestia retrocedió, pero no contraatacó. Observaba,

con los ojos ocultos en aquella cara oscura. La única luz procedía de la lejana rendija en las alturas y de las esferas que Kaladin había arrojado y que ahora estaban detrás del monstruo.

La hoja de Kaladin brillaba también suavemente, siguiendo un extraño dibujo que corría por su centro. Kaladin nunca había visto a ninguna hacer eso antes, pero claro, tampoco había visto nunca una espada esquivada en la oscuridad.

Mientras contemplaba la extraña silueta que retrocedía ante él, con sus muchas patas, su cabeza retorcida, su armadura segmentada, a Kaladin le pareció que así debían de ser los Portadores del Vacío. Sin duda no podía existir nada más terrible que eso.

Al dar un paso atrás, tropezó con un macizo de cortezapizarra que brotaba del suelo.

El abismoide atacó.

Kaladin recuperó el equilibrio con facilidad, pero tuvo que rodar por el suelo, lo que implicó soltar la hoja esquivada, no fuera a cortarse él mismo. Las oscuras garras golpearon a su alrededor mientras terminaba de rodar y saltaba primero a un lado, luego a otro. Acabó apretado contra el viscoso lado del abismo justo delante del monstruo, jadeando. Estaba demasiado cerca para que las garras lo alcanzaran, quizás, y...

La cabeza bajó, con las mandíbulas abiertas. Kaladin maldijo y tuvo que lanzarse de nuevo hacia un lado. Gruñó, se puso en pie y recogió la espada, que no se había desvanecido: sabía lo suficiente sobre ellas para comprender que una vez que Shallan le había instruido que apareciera, permanecería hasta que volviera a invocarla.

Giró sobre sus talones mientras una garra caía en el lugar donde acababa de estar. Le lanzó un tajo y logró cortar la punta de la garra cuando chocó contra la roca.

El corte no pareció afectarle. La hoja alcanzó el caparazón e hirió la carne de dentro, provocando un grito de ira, pero la garra era enorme. Había hecho el equivalente a cortar la punta del dedo gordo del pie a un enemigo. Tormentas. No estaba combatiendo a la bestia: tan solo la estaba molestando.

La criatura atacó con más agresividad, intentando alcanzarlo con una garra. Por fortuna, los confines del desfiladero dificultaban sus

movimientos: sus brazos rozaron las paredes, y no pudo echarse atrás para equilibrar el golpe. Por eso probablemente Kaladin continuaba vivo. Se apartó, esquivando el ataque a duras penas, pero resbaló de nuevo en la oscuridad. Apenas veía nada.

Cuando otra garra caía hacia él, Kaladin se puso en pie y echó a correr desfiladero abajo, alejándose de la luz, dejando atrás plantas y residuos. El abismoide barritó y corrió tras él, chasqueando y rozando.

Kaladin se sentía tan lento sin luz tormentosa, tan torpe y patoso...

El abismoide estaba cerca. Kaladin calculó por instinto su siguiente movimiento. ¡Ya! Se detuvo de pronto, luego corrió hacia la criatura. El monstruo frenó con gran dificultad, el caparazón rozó contra las paredes, y Kaladin se agachó y pasó por debajo. Lanzó la hoja esquirlada hacia arriba, hundiéndola profundamente en el vientre de la criatura.

La bestia gritó más frenéticamente. Parecía que en efecto la había herido, pues de inmediato se alzó para arrancarle la espada. Entonces se retorció sobre sí misma en un abrir y cerrar de ojos, y Kaladin vio que aquellas espantosas mandíbulas se cernían sobre él. Se lanzó hacia delante, pero las chasqueantes fauces le alcanzaron la pierna.

Un dolor cegador le recorrió toda la extremidad. Kaladin golpeó con la hoja a pesar de que la bestia lo sacudía. Le pareció que la golpeaba en la cara, pero no podía estar seguro.

El mundo giró.

Kaladin chocó contra el suelo y rodó.

No había tiempo para marearse. Mientras todo le daba vueltas, rugió y se volvió. Había perdido la hoja esquirlada: no sabía dónde estaba. Su pierna. No la notaba.

Bajó la mirada, esperando ver solo un muñón desgarrado. Pero no era tan malo. Sangre, el pantalón roto, pero no se veía el hueso. El aturdimiento era producto del *shock*.

Su mente se había vuelto analítica y se concentraba en las heridas. Eso no era bueno. En este momento necesitaba al soldado, no al cirujano. La bestia se erguía en el abismo, y le faltaba un trozo del caparazón facial.

Muévete.

Kaladin se volvió y se puso a cuatro patas para incorporarse. La pierna le sostenía, más o menos. La bota chapoteó sangre al pisar.

¿Dónde estaba la hoja esquirlada? Allí delante. Había caído lejos, clavándose en el suelo cerca de las esferas que había arrojado desde la grieta. Kaladin cojeó hacia ella, pero tenía problemas para andar, muchos más para correr. Había recorrido la mitad de la distancia cuando su pierna cedió. Cayó con fuerza, rozándose el brazo con la cortezapizarra.

El abismoide barritó y...

—¡Eh! ¡Eh!

Kaladin se retorció en el suelo. ¿Shallan? ¿Qué estaba haciendo esa mujer idiota, de pie en el abismo, agitando los brazos como una loca? ¿Cómo había conseguido llegar hasta allí?

Ella volvió a gritar, atrayendo la atención del abismoide. Su voz resonaba extrañamente.

El abismoide se volvió hacia la joven y empezó a cargar.

—¡No! —chilló Kaladin. Pero ¿de qué servía gritar? Necesitaba su arma. Apretando los dientes, se retorció y se arrastró lo mejor que pudo hacia la hoja esquirlada. Tormentas. Shallan...

Arrancó la espada de la roca, pero volvió a desplomarse. La pierna ya no lo sostenía. Se volvió, empuñando la hoja y escrutando el abismo. El monstruo continuaba moviéndose de un lado a otro, barritando, un terrible sonido que resonaba y reverberaba en los estrechos confines del desfiladero. Kaladin no pudo ver ningún cadáver. ¿Había escapado Shallan?

Apuñalar al maldito monstruo en el pecho tan solo parecía haberlo airado más. La cabeza. Su única oportunidad era la cabeza.

El hombre de los puentes pugnó por ponerse en pie. El monstruo dejó de golpear el suelo y con un grito se lanzó hacia él. Kaladin agarró la espada con las dos manos, pero se tambaleó. Trató de apoyarse en una rodilla, pero la pierna cedió por completo y cayó de lado. En el último instante evitó por los pelos cortarse él mismo con la hoja esquirlada.

Chapoteó en un charco de agua. Delante de él, una de las esferas que había arrojado resplandecía con una brillante luz blanca.

Metió la mano en el agua y la cogió, aferrándose al cristal helado. Necesitaba esa luz. Tormentas, su vida dependía de ello.

«Por favor».

El abismoide se alzó sobre él.

Kaladin inhaló con dificultad, como el hombre que jadea en busca de aire. Oyó... como desde muy lejos...

Sollozos.

Ningún poder entró en él.

El abismoide atacó. Kaladin se retorció y, extrañamente, se vio a sí mismo. Su otra versión se alzaba sobre él con la espada en alto, enorme. Era al menos un cincuenta por ciento más grande que él.

«Por los ojos del Todopoderoso, ¿qué...?», pensó Kaladin, aturdido, mientras el abismoide descargaba un brazo contra la figura que tenía a su lado. Aquel no-él se disolvió en una humareda de luz tormentosa.

¿Qué había hecho? ¿Cómo lo había hecho?

No importaba. Conservaba la vida. Con un grito de desesperación, se puso de nuevo en pie y se abalanzó contra el abismoide. Necesitaba acercarse, igual que antes, lo suficiente para que las zarpas no pudieran moverse en ese lugar estrecho.

Lo suficientemente cerca para...

El abismoide retrocedió. Luego intentó darle un mordisco, extendiendo las mandíbulas; los ojos terribles se acercaron.

Kaladin golpeó hacia arriba.

El abismoide se desplomó. El caparazón chasqueó y las patas se estremecieron. Shallan gritó, con la mano libre en la boca, desde donde estaba escondida detrás de un peñasco. Tenía la piel y la ropa manchadas de negro.

El abismoide había caído sobre Kaladin.

Shallan soltó su papel (tenía un dibujo de ella y otro de Kaladin), y corrió entre las rocas sin hacer caso a la negrura que la rodeaba. Había necesitado estar cerca de la lucha para que las ilusiones funcionaran. Habría sido mejor enviarlas con Patrón, pero eso resultó problemático porque...

Se detuvo delante de la bestia, que aún se retorció: un montón de carne y caparazón como un alud de piedra. Vaciló, indecisa.

—¿Kaladin? —llamó. Su voz sonó débil en la oscuridad.

«Basta —se dijo—. Nada de timidez. Ya has superado eso». Tras inspirar profundamente, avanzó, abriéndose paso sobre las enormes

patas acorazadas. Trató de apartar una garra, pero pesaba demasiado para ella, así que se subió encima y resbaló hasta el otro lado.

Se detuvo al oír algo. La cabeza del abismoide yacía cerca, con los enormes ojos velados. De ella empezaron a surgir spren, como hilillos de humo. Los mismos que antes, pero... ¿se marchaban? Acercó su luz.

La mitad inferior del cuerpo de Kaladin sobresalía de la boca del abismoide. ¡Todopoderoso en las alturas! Shallan jadeó y continuó avanzando. Intentó, con dificultad, sacar al hombre de los puentes de la mandíbula cerrada antes de invocar su hoja esquirlada y cortar el maxilar.

—¿Kaladin? —preguntó, asomándose nerviosa a la boca de la criatura desde el lado donde había cortado el maxilar.

—Ough —respondió una débil voz.

¡Vivo!

—¡Aguanta! —dijo, cortando la cabeza de la criatura, con cuidado de no alcanzar a Kaladin. Un icor violeta brotó, manchándole los brazos. Olía a moho húmedo.

—Esto es un poco incómodo... —murmuró Kaladin.

—Estás vivo —repuso Shallan—. Deja de quejarte.

Estaba vivo. Oh, Padre Tormenta. Vivo. Shallan tendría que quemar un enorme montón de plegarias cuando regresaran.

—Aquí huele fatal —se quejó Kaladin débilmente—. Casi tan mal como tú.

—Da las gracias —dijo Shallan mientras trabajaba—. Mira, aquí tengo un espécimen razonablemente perfecto de abismoide (con el pequeño detalle de que está muerto), y lo estoy haciendo pedacitos por ti en vez de estudiarlo.

—Te estaré eternamente agradecido.

—¿Cómo has acabado en la boca, por cierto? —preguntó Shallan, arrancando un trozo de caparazón que produjo un sonido asqueroso. Lo arrojó a un lado.

—Lo apuñalé a través del paladar —dijo Kaladin—, hasta el cerebro. Es la única forma que se me ocurrió de matar al maldito bicho.

Ella se agachó y metió la mano por el gran agujero que había abierto. Con un poco de esfuerzo, y tras cortar un poco más en la

parte delantera de la mandíbula consiguió sacar a Kaladin por el lado. Cubierto de icor y sangre, pálido por la aparente hemorragia, parecía la misma muerte.

—Tormentas —susurró ella mientras él yacía tendido en las rocas.

—Véndame la pierna —dijo Kaladin débilmente—. No te preocupes por el resto. Ya sanará...

Ella miró el estropicio que era su pierna y se estremeció. Parecía... Parecía como... Balat...

Kaladin no caminaría con esa pierna en un futuro inmediato. «Oh, Padre Tormenta», pensó, al tiempo que se rasgaba la falda del vestido a la altura de las rodillas. Vendó la pierna con fuerza, como él le iba indicando. Parecía pensar que no necesitaba torniquete. Shallan le hizo caso: probablemente había vendado muchas más heridas que ella.

Se arrancó la manga del brazo derecho y la usó para vendar una segunda herida que tenía en el costado, donde el abismoide había empezado a partirlo por la mitad cuando mordió. Luego se sentó a su lado, sintiéndose agotada y helada, con los brazos y las piernas expuestos al frío aire del fondo del abismo.

Kaladin inspiró profundamente, descansando en el suelo de piedra, con los ojos cerrados.

—Dos horas hasta la alta tormenta —susurró.

Shallan miró al cielo. Estaba casi oscuro.

—O menos —susurró—. Lo derrotamos, pero estamos muertos de todas formas, ¿no?

—Parece injusto —dijo él. Entonces gimió y se sentó.

—¿No deberías...?

—Bah. He tenido heridas peores que esta.

Ella enarcó una ceja mientras él abría los ojos. Parecía mareado.

—Es verdad —insistió—. No es ninguna bravata de soldado.

—¿Tan malas? —preguntó ella—. ¿Cuántas veces?

—Dos —confesó él. Miró por encima de la enorme masa del abismoide—. Vaya, hemos conseguido acabar con él.

—Es triste, lo sé —dijo ella, deprimida—. Era precioso.

—Me parecería más precioso si no hubiera intentado comerme.

—Desde mi punto de vista —advirtió ella—, no lo intentó: lo consiguió.

—Tonterías —dijo Kaladin—. No logró tragarme, así que no cuenta. —Extendió la mano hacia ella como para pedirle ayuda para ponerse en pie.

—¿Quieres intentar continuar?

—¿Esperas que me quede aquí tendido en el abismo hasta que lleguen las aguas?

—No, pero... —Shallan alzó la cabeza. El abismoide era grande. Tal vez seis metros de altura, y yacía de costado—. ¿Y si nos encaramáramos a ese bicho y tratáramos de escalar hasta lo alto? —Cuanto más se habían dirigido al oeste, más bajos se habían vuelto los abismos.

Kaladin miró hacia arriba.

—Hay unos buenos veinticinco metros de escalada, Shallan. ¿Y qué haríamos en lo alto de la meseta? La tormenta nos barrería igualmente.

—Al menos podríamos buscar algún tipo de refugio... Tormentas, no hay esperanza, ¿verdad?

Extrañamente, él ladeó la cabeza.

—Tal vez.

—¿Solo «tal vez»?

—Refugio... Tienes una hoja esquirlada.

—¿Y? —preguntó ella—. No puedo cortar una muralla de agua.

—No, pero sí puedes cortar la piedra.

Kaladin se volvió a mirar la pared del abismo. Shallan contuvo la respiración.

—¡Podemos abrir un cubículo! Como el que usan los exploradores.

—Ahí arriba —señaló él—. Se ve hasta dónde llega la línea del agua. Si podemos llegar más alto...

Había que escalar, de todas formas. Shallan no tendría que subir hasta donde el abismo se estrechaba en lo más alto, pero no sería una escalada fácil en modo alguno. Y tenía muy poco tiempo.

Pero era una posibilidad.

—Vas a tener que hacerlo tú —dijo Kaladin—. Yo podría mantenerme en pie, con ayuda. Pero escalar y empuñar una hoja esquirlada al mismo tiempo...

—De acuerdo —respondió Shallan, poniéndose en pie. Inspiró profundamente—. De acuerdo.

Empezó escalando la espalda del abismoide. El suave caparazón estaba resbaladizo, pero encontró asideros entre las placas. Una vez en el lomo, miró hacia la línea de agua. Parecía mucho más alta que desde abajo.

—Ve haciendo asideros —indicó Kaladin.

Cierto. Seguía olvidándose de la hoja esquirrada. No quería pensar en ella...

No. No era momento para eso. Invocó la espada y marcó una serie de largas franjas de roca, haciendo que los trozos cayeran y rebotaran en el caparazón. Se echó el pelo hacia atrás mientras trabajaba en la penumbra para crear una especie de escala con asideros por toda la pared.

Empezó a escalar. De pie en una y aferrada a la más alta, invocó de nuevo la hoja esquirrada y trató de tallar un escalón aún más arriba, pero la espada era demasiado larga.

Obediente, se redujo al tamaño de una espada mucho más corta, en realidad un cuchillo grande.

«Gracias», pensó ella, y talló la siguiente línea en la roca.

Ascendió, asidero tras asidero. Era un trabajo agotador, y cada dos por tres tenía que bajar para descansar las manos. Al cabo de un rato, llegó hasta lo más alto que pudo, por encima de la línea de agua. Se quedó allí colgada torpemente, luego empezó a golpear secciones de roca, tratando de cortarlas para que no le cayeran encima de la cabeza.

Las rocas que caían resonaban contra el blindaje del abismoide muerto.

—¡Lo estás haciendo muy bien! —gritó Kaladin—. ¡Sigue así!

—¿Cuándo te has vuelto tan dicharachero?

—Desde que asumí que estaba muerto, y luego de repente ya no lo estuve.

—Eso me recuerda que me conviene intentar matarte de vez en cuando —replicó ella—. Si tengo éxito, me sentiré mejor, y si fracaso, te sentirás mejor tú. ¡Siempre hay alguien que sale ganando!

Ella lo oyó reír mientras seguía cavando en la piedra. Era más difícil de lo que había imaginado. Sí, la hoja cortaba la roca con facilidad, pero tenía que buscar secciones que no se desmoronaran. Tenía que despedazarlas, y luego retirar la espada y coger los trozos

para tirarlos.

Sin embargo, después de una hora de frenético trabajo, consiguió terminar algo que parecía un refugio. No era tan profundo como habría querido, pero tendría que valer. Agotada, volvió a bajar por su improvisada escala una última vez y se desplomó en la espalda del abismoide, entre los escombros. Sentía los brazos como si hubiera levantado algo muy pesado... y técnicamente probablemente lo había hecho, ya que escalar significaba auparse a sí misma.

—¿Has terminado? —preguntó Kaladin desde el suelo.

—No, pero casi. Creo que cabremos los dos.

Kaladin guardó silencio.

—Vas a subir al agujero que acabo de abrir, Kaladin muchacho del puente, matador de abismoide y señor del malhumor. —Se asomó por el lado del abismoide para mirarlo—. No vamos a tener otra estúpida conversación sobre que te quedarás aquí a morir mientras yo continúo con valentía. ¿Entendido?

—No estoy seguro de poder andar, Shallan —dijo Kaladin con un suspiro—. Mucho menos escalar.

—Vas a hacerlo aunque tenga que llevarte en brazos.

Él alzó la cabeza y sonrió, con la cara cubierta de icor violeta seco que se había limpiado lo mejor que había podido.

—Me gustaría ver eso.

—Vamos —indicó Shallan, levantándose con dificultad. Tormentas, sí que estaba cansada. Usó la espada para cortar una enredadera de la pared. Curiosamente, hicieron falta dos golpes para soltarla. El primero le cercenó el alma. Luego, una vez muerta, pudo cortarla con la espada.

La parte superior se retiró, enroscándose como un sacacorchos para ganar altura. Ella arrojó un lado del trozo que había soltado. Kaladin lo cogió con una mano y, tratando de no apoyarse en la pierna herida, subió con cuidado hasta lo alto del abismoide. Una vez allí se desplomó junto a ella. El sudor había dejado surcos en la suciedad de su rostro. Miró la escala abierta en la roca.

—¿De verdad vas a hacerme subir por ahí?

—Sí —dijo ella—. Por motivos totalmente egoístas.

Él la miró.

—No voy a consentir que lo último que veas en la vida sea a mí

aquí de pie con unos andrajos sucios, cubierta de sangre púrpura, con el pelo en completo desorden. Es indigno. En pie, muchacho del puente.

A lo lejos, oyó un rugido. «Mala cosa...».

—Sube tú —dijo él.

—Yo no...

—Sube —ordenó él con más firmeza— y tumbate en el hueco, luego extiende la mano por el borde. Cuando llegue a lo alto, podrás ayudarme los últimos palmos.

Ella vaciló un momento, luego cogió su zurrón y empezó a subir. Tormentas, aquellos asideros eran resbaladizos. Una vez arriba, se arrastró al poco profundo cubículo y se asomó precariamente, extendiendo una mano mientras se sujetaba con la otra. Él la miró, apretó los dientes y empezó a escalar.

Usaba principalmente las manos, apoyándose en la pierna sana y procurando proteger la herida. Sus musculosos brazos de soldado le permitieron ascender grieta a grieta.

Más abajo, el abismo empezó a llenarse de agua. De pronto el agua se convirtió en un torrente.

—¡Vamos! —urgió ella.

El viento aullaba por los abismos, un sonido lúgubre y espectral que se colaba por los barrancos. Como el gemido de espíritus muertos hacía mucho tiempo. El agudo sonido venía acompañado por un grave rugido.

Por todas partes, las plantas se retiraron, las enredaderas se retorcieron y se tensaron, los rocabrotes se cerraron, los florvolantes se plegaron. El abismo se escondía.

Kaladin gruñó, sudando, con el rostro tenso de dolor y esfuerzo, los dedos temblorosos. Se aupó otro peldaño más, luego extendió la mano hacia la de Shallan.

El muro de tormenta golpeó.



UN AÑO ANTES

Shallan entró en la habitación de Balat, sujetando una nota entre los dedos.

Balat se dio media vuelta, incorporándose. Se relajó.

—¡Shallan! Casi me matas del susto.

La habitacioncita, como muchas otras en la mansión, tenía ventanas abiertas con simples postigos de junco. Hoy estaban echados y cerrados, ya que se acercaba una alta tormenta. La última antes del Llanto. En el exterior, los criados martilleaban las paredes mientras colocaban postigos más recios sobre los de junco.

Shallan llevaba puesto uno de sus vestidos nuevos, uno de los caros que le había comprado su padre, de estilo vorin, recto y entallado con un bolsillo en la manga. Un vestido de mujer. También llevaba el collar que le había regalado. A él le gustaba que se lo pusiera.

Jushu estaba repantingado en un sillón, frotando entre los dedos una especie de planta, con aire distante. Había perdido peso durante los dos años pasados desde que sus acreedores lo sacaron a rastras de la casa, aunque con aquellos ojos hundidos y las cicatrices en las muñecas seguía sin parecerse mucho a su mellizo.

Shallan miró los bultos que Balat había estado preparando.

—Menos mal que nuestro padre nunca viene a comprobar qué

estás haciendo, Balat. Esos bultos cantan tanto que podríamos llamar al resto del coro.

Jushu se echó a reír, frotándose la cicatriz de una muñeca con la otra mano.

—Tampoco ayuda que dé un salto cada vez que un criado estornuda en el pasillo.

—Callaos, los dos —dijo Balat, mirando la ventana donde los trabajadores colocaban los postigos—. No es momento de bromas. Condenación. Si descubre que estoy planeando marcharme...

—No lo hará —dijo Shallan, desplegando la carta—. Está demasiado ocupado preparándose para desfilar ante el alto príncipe.

—¿A nadie más le parece raro ser tan ricos? —comentó Jushu—. ¿Cuántos depósitos de piedras valiosas hay en nuestras tierras?

Balat continuó empaquetando sus bultos.

—Mientras hagan feliz a nuestro padre, no me importa.

El problema era que no le hacía feliz. Sí, la casa Davar se había hecho rica: las nuevas canteras proporcionaban unos ingresos fantásticos. Sin embargo, cuanto mejor estaban, más sombrío se volvía su padre. Iba siempre gruñendo por los pasillos. Golpeaba a los criados.

Shallan examinó el contenido de la carta.

—Esa cara no es de felicidad —dijo Balat—. ¿No han podido encontrarlo todavía?

Shallan negó con la cabeza. Helaran se había desvanecido. Desvanecido de verdad. No más contacto, no más misivas: incluso la gente con la que se había relacionado antes no tenía ni idea de adónde había ido.

Balat se sentó en uno de los bultos.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Habrás de decidirlo —dijo Shallan.

—Tengo que irme. Es preciso. —Se pasó una mano por el pelo—. Eylita está dispuesta a venirse conmigo. Sus padres van a pasar el mes fuera, de visita en Alezkar. Es el momento perfecto.

—Y si no encuentras a Helaran, ¿qué?

—Acudiré al alto príncipe. Su bastardo dijo que escucharía a cualquiera que estuviera dispuesto a hablar contra nuestro padre.

—Eso fue hace años —objetó Jushu, acomodándose—. Ahora nuestro padre goza de su favor. Además, el alto príncipe está medio

muerto: es un secreto a voces.

—Es nuestra única oportunidad —insistió Balat. Se levantó—. Voy a marcharme. Esta noche, después de la tormenta.

—Pero nuestro padre... —empezó a decir Shallan.

—Quiere que vaya a comprobar unas aldeas en el valle oriental. Le diré que voy a hacer eso, pero en realidad recogeré a Eylita, nos dirigiremos hacia Vedenar y acudiremos directamente al príncipe. Para cuando nuestro padre llegue una semana más tarde, yo ya habré dicho lo que tengo que decir. Puede que sea suficiente.

—¿Y Malise? —preguntó Shallan. El plan seguía siendo que se llevara a su madrastra a lugar seguro.

—No lo sé —respondió Balat—. No la dejará ir. Tal vez cuando se marche a visitar al alto príncipe puedas enviarla a algún sitio seguro. Lo que es seguro es que debo irme. Esta noche.

Shallan dio un paso adelante y le puso una mano en el brazo.

—Estoy cansado del miedo —le dijo Balat—. Estoy cansado de ser un cobarde. Si Helaran ha desaparecido, entonces soy el mayor. Es hora de demostrarlo. No huiré sin más para pasarme el resto de la vida preguntándome si los sicarios de nuestro padre nos persiguen. De esta forma... de esta forma se acabará. Decidido.

La puerta se abrió de golpe.

A pesar de todas sus quejas de que Balat actuaba de manera excesivamente desconfiada, Shallan saltó tanto como él, dejando escapar un chillido de sorpresa. Pero solo era Wikim.

—¡Tormentas, Wikim! —exclamó Balat—. Al menos podrías llamar o...

—Eylita está aquí —anunció Wikim.

—¿Qué? —Balat empujó a Wikim a un lado y salió por la puerta. Shallan lo siguió, pero se detuvo en el umbral.

—¡No hagas ninguna tontería! —gritó tras él—. ¡Balat, el plan! Su hermano no le hizo caso.

—Esto podría ser malo —dijo Wikim.

—O podría ser maravilloso —señaló Jushu tras ellos, todavía repantingado en el sillón—. Si nuestro padre presiona demasiado a Balat, tal vez deje de lloriquear y haga algo.

Shallan sintió frío cuando salió al pasillo. Aquella frialdad... ¿era el pánico? Pánico abrumador, tan poderoso y agudo que anulaba todo lo demás.

Esto se veía venir. Ella lo sabía. Habían intentado esconderse, habían intentado huir. Naturalmente, no servía de nada.

Tampoco había servido de nada en el caso de su madre.

Wikim la adelantó corriendo. Ella caminó despacio. No porque estuviera tranquila, sino porque sentía que la empujaban hacia delante. Un paso lento se resistía a lo inevitable.

Subió las escaleras en vez de bajar al salón. Tenía que ir a buscar una cosa.

Tardó solo un minuto. Regresó pronto, con la bolsa que le habían dado hacía tanto tiempo oculta en el bolsillo de su manga. Bajó las escaleras y llegó a la puerta del salón. Jushu y Wikim esperaban, nerviosos.

Le dejaron paso.

Dentro del salón de festejos había gritos, naturalmente.

—¡No tendrías que haberlo hecho sin hablar antes conmigo! —decía Balat. Se encontraba ante la alta mesa, con Eylita a su lado, agarrada a su brazo.

Su padre estaba de pie al otro lado de la mesa, con el almuerzo a medio comer delante.

—Hablar contigo es inútil, Balat. No escuchas.

—¡La quiero!

—Eres un niño —dijo su padre—. Un niño necio sin consideración hacia tu casa. —«Malo, malo, malo», pensó Shallan. Su padre hablaba con suavidad. Era más peligroso cuando su voz era suave.

»¿Crees que no conozco tu plan para marcharte? —continuó diciendo, inclinándose hacia delante, con las palmas de las manos sobre el mantel.

Balat retrocedió, tambaleándose.

—¿Cómo?

Shallan entró en la sala. «¿Qué es eso que hay en el suelo?», pensó, caminando junto a la pared hacia la puerta de las cocinas. Algo impedía que la puerta se cerrara.

La lluvia empezó a golpear el techo. Había llegado la tormenta. Los guardias estaban en su pabellón; los criados, en sus habitaciones esperando a que pasara la tormenta. La familia se encontraba a solas.

Con las ventanas cerradas, la única luz en la sala era la fría

iluminación de las esferas. No había ningún fuego ardiendo en la chimenea.

—Helaran está muerto —declaró su padre—. ¿Lo sabías? No darás con él porque lo han matado. Ni siquiera tuve que hacerlo yo. Encontró la muerte en un campo de batalla en Alezkar. Idiota.

Las palabras amenazaron la fría calma de Shallan.

—¿Cómo descubriste que iba a marcharme? —preguntó Balat. Dio un paso adelante, pero Eylita lo contuvo—. ¿Quién te lo dijo?

Shallan se arrodilló junto a la obstrucción de la puerta de la cocina. Los truenos rugían, haciendo vibrar al edificio. La obstrucción era un cuerpo.

Malise. Muerta de varios golpes en la cabeza. Sangre fresca. El cadáver estaba aún caliente. La había matado hacía poco. Su padre se había enterado del plan, había mandado llamar a Eylita y esperado a que llegara, y luego había matado a su esposa.

No era un crimen al calor del momento. La había asesinado como castigo.

«Así que hemos llegado a esto —pensó Shallan, sintiendo una calma extraña, despegada—. La mentira se convierte en verdad».

Lo ocurrido era culpa suya. Se levantó y rodeó la sala, dirigiéndose al lugar donde los criados habían dejado una jarra de vino y copas para su padre.

—Malise —dijo Balat. No había mirado hacia Shallan: solo estaba suponiendo—. Se vino abajo y te lo contó, ¿verdad? Condenación. No tendríamos que haber confiado en ella.

—Sí —dijo su padre—. Al final acabó por hablar.

La espada de Balat emitió un roce susurrante cuando la sacó de su vaina de cuero. La espada de su padre la siguió.

—Por fin das alguna muestra de tener agallas.

—Balat, no —dijo Eylita, agarrándose a él.

—¡No le temeré más, Eylita! ¡No!

Shallan sirvió vino.

Padre e hijo se enfrentaron. Lin Davar saltó sobre la mesa, blandiendo la espada con las dos manos. Eylita gritó y retrocedió mientras Balat golpeaba.

Shallan no sabía mucho de esgrima. Había visto a su hermano y los otros entrenar, pero los únicos combates de verdad que había presenciado eran los duelos en la feria.

Esto era diferente. Era brutal. Su padre descargaba la espada una y otra vez contra Balat, que bloqueaba lo mejor que podía con su propia hoja. El tintineo de metal contra metal, y por encima de todo la tormenta. Cada golpe parecía sacudir la sala. ¿O eran los truenos?

Balat, tambaleándose ante los repetidos ataques, cayó sobre una rodilla. La espada escapó de sus dedos.

¿Podía haber terminado tan rápido? Solo habían pasado segundos. No fue como en los duelos.

Lin Davar se alzó sobre su hijo.

—Siempre te he despreciado —dijo—. Cobarde. Helaran era noble. Se oponía a mí, pero tenía pasión. Tú... tú te arrastras, gimiendo y quejándote.

Shallan se acercó a él.

—¿Padre? —Le ofreció el vino—. Ha caído. Has vencido.

—Siempre quise hijos —dijo su padre—. Y tengo cuatro. ¡Todos indignos! Un cobarde, un borracho y un debilucho. —Parpadeó—. Solo Helaran... Solo Helaran...

—¿Padre? —insistió Shallan—. Toma.

Él aceptó el vino y lo engulló de un trago.

Balat cogió su espada. Todavía apoyado en una rodilla, lanzó una estocada. Shallan gritó y la espada emitió un extraño tañido cuando falló por poco, atravesando la casaca de su padre y saliendo por detrás, chocando con algo metálico.

Lin Davar soltó la copa, que golpeó el suelo, vacía. Gruñó, palpándose el costado. Balat retiró la espada y miró horrorizado a su padre.

La mano de Lin Davar mostró un poco de sangre, pero no mucha.

—¿Esto es todo lo que tienes? —preguntó—. ¿Quince años aprendiendo esgrima y este es tu mejor ataque? ¡Golpéame! ¡Hiéreme! —Extendió la espada hacia un lado, alzando la otra mano.

Balat empezó a farfullar y el arma le resbaló de entre los dedos.

—¡Bah! —bufó su padre—. Inútil.

Arrojó la espada sobre la mesa antes de acercarse a la chimenea. Cogió un atizador de hierro y regresó.

—Inútil.

Golpeó con el atizador el muslo de Balat.

—¡Padre! —gritó Shallan, tratando de agarrarle el brazo. Él la empujó hacia un lado y volvió a golpear la pierna de Balat con el atizador.

El joven gritó.

Shallan cayó al suelo y se golpeó la cabeza con fuerza, de forma que lo ocurrido a continuación solo lo oyó. Gritos. El atizador chocando una y otra vez con un golpeteo sordo. La tormenta en todo su apogeo en el exterior.

—¿Por qué —zas— no —zas— puedes —zas— hacer —zas— nada —zas— bien?

Shallan recuperó la visión. Su padre tomó aire. Tenía la cara manchada de sangre. Balat lloriqueaba en el suelo. Eylita lo abrazaba, con el rostro enterrado en su pelo. La pierna de Balat era un amasijo ensangrentado.

Wikim y Jushu continuaban de pie en el umbral, aterrados.

Lin Davar miró a Eylita, con los ojos cargados de muerte. Alzó el atizador para golpear. Pero entonces el arma resbaló de sus dedos y cayó al suelo. Se miró la mano, como sorprendido, y finalmente se tambaleó. Se agarró a la mesa para sostenerse, pero cayó de rodillas y luego de costado.

La lluvia tamborileaba sobre el tejado. Parecía un millar de criaturas escurridizas que quisieran entrar en el edificio.

Shallan se obligó a ponerse en pie. Frío. Sí, reconocía ese frío en su interior. Lo había sentido antes, el día que perdió a su madre.

—Venda las heridas de Balat —indicó, acercándose a la llorosa Eylita—. Usa su camisa.

La muchacha asintió entre lágrimas y empezó a trabajar con dedos temblorosos.

Shallan se arrodilló junto a su padre, que yacía inmóvil, con los ojos abiertos y muertos, mirando al techo.

—¿Qué... qué ha pasado? —preguntó Wikim. Shallan no se había dado cuenta de que había entrado tímidamente con Jushu en la sala, rodeando la mesa para reunirse con él. Wikim miró por encima de su hombro—. ¿El golpe de Balat al costado...?

Su padre sangraba por ese lado: Shallan lo notaba a través de la ropa. Pero no era tan grave para haber causado esto. Negó con la cabeza.

—Me diste algo hace unos cuantos años —dijo—. Una bolsita. La guardé. Dijiste que se hace más potente con el tiempo.

—Oh, Padre Tormenta —murmuró Wikim, llevándose la mano a la boca—. ¿La ruina oscura? Tú...

—En el vino —añadió Shallan—. Malise está muerta en la cocina. Nuestro padre ha ido demasiado lejos.

—¡Lo has matado! —exclamó Wikim, contemplando el cadáver.

—Sí —dijo Shallan, sintiéndose exhausta. Se volvió hacia Balat y empezó a ayudar a Eylita con las vendas. Su hermano estaba consciente y gemía de dolor. La joven asintió a Eylita, que le trajo un poco de vino. Sin envenenar, naturalmente.

Su padre estaba muerto. Shallan lo había matado.

—¿Qué es esto? —preguntó Jushu.

—¡No hagas eso! —exclamó Wikim—. ¡Tormentas! ¿Ya le estás registrando los bolsillos?

Shallan se volvió y vio que Jushu sacaba algo plateado del bolsillo de la casaca de su padre. Estaba envuelto en una bolsita negra, manchada de sangre, pero se veían trozos donde la había alcanzado la espada de Balat.

—Oh, Padre Tormenta —dijo Jushu, sacándolo. El artilugio consistía en varias cadenas de metal plateado que conectaban tres grandes gemas, una de las cuales estaba rota y había perdido su brillo—. ¿Esto es lo que creo que es?

—Una moldeador de almas —dijo Shallan.

—Levántame —pidió Balat mientras Eylita regresaba con el vino—. Por favor.

Reacia, la muchacha lo ayudó a sentarse. Esa pierna... la pierna herida no tenía buen aspecto. Tendría que acudir a un cirujano.

Shallan se levantó, se limpió la sangre en el vestido y cogió el moldeador de almas de manos de Jushu. El delicado metal estaba roto donde lo había golpeado la espada.

—No comprendo —dijo Jushu—. ¿No es eso blasfemia? ¿No pertenecen estas cosas al rey, para que las usen solamente los fervorosos?

Shallan frotó el pulgar contra el metal. No podía pensar. Aturdimiento... conmoción. Eso era. Conmoción.

«He matado a mi padre».

Wikim gritó de pronto, dando un salto atrás.

—Ha movido la pierna.

Shallan se volvió hacia el cuerpo. Los dedos de su padre se contraían con espasmos.

—¡Portadores del Vacío! —dijo Jushu. Miró al techo, hacia la tormenta—. Están aquí. Están dentro de él. Es...

Shallan se arrodilló junto a su padre. Los párpados del hombre temblaron y enseguida las pupilas se concentraron en ella.

—No fue suficiente —susurró la joven—. El veneno no fue lo bastante fuerte.

—¡Oh, tormentas! —dijo Wikim, arrodillándose junto a ella—. Sigue respirando. No lo ha matado: solo lo ha paralizado. —Los ojos de Lin Davar se abrieron de par en par—. Y está despertando.

—Entonces hemos de terminar el trabajo —señaló Shallan. Miró a sus hermanos.

Jushu y Wikim se apartaron, negando con la cabeza. Balat, aturdido, apenas estaba consciente.

Shallan se volvió hacia su padre. La estaba mirando, y sus ojos empezaban a moverse con facilidad. Se le sacudió una pierna.

—Lo siento —susurró ella, soltándose el collar—. Gracias por todo lo que has hecho por mí. —Le puso el collar al cuello.

Entonces empezó a retorcerlo.

Usó el mango de uno de los tenedores que había caído de la mesa mientras su padre trataba de incorporarse. Envolvió un lado del collar cerrado a su alrededor, y al retorcer, apretó con fuerza la cadena alrededor de la garganta del hombre caído.

—«En profundos abismos tranquila descansa —susurró—, que la oscuridad muy pronto te alcanza...».

Una nana. Shallan recitó la canción entre lágrimas: la canción que él le cantaba cuando era niña, siempre que estaba asustada. La roja sangre manchaba la cara de él y cubría las manos de ella.

—«Aunque rocas y miedo ahora te acunen, duerme ya mi niña, la más dulce».

Ella sintió sus ojos mirándola. Su piel se erizó mientras apretaba el collar.

—«Viene la tormenta, desde lejos sopla, pero tú descansa que no estás sola...».

Shallan tuvo que presenciar como se le desorbitaban los ojos, como la cara cambiaba de color. Su cuerpo tembló por el esfuerzo

al tratar de moverse. Los ojos la miraban, vacilantes, recriminándole su traición.

Shallan casi imaginó que los aullidos de la tormenta eran parte de una pesadilla. Que pronto despertaría aterrorizada y su padre le cantaría. Como hacía cuando ella era niña...

—«Los bellos cristales sublimes brillarán...».

Su padre dejó de moverse.

—«También mi pequeña... ha de descansar».

CAMINANDO
EN LA TORMENTA

Tú, sin embargo, nunca has sido una fuerza de equilibrio. Arrastras el caos detrás de ti como quien lleva un cadáver sobre la nieve tirando de él por una pierna. Por favor, oye mi súplica. Deja ese lugar y únete a mí en mi juramento de no intervención.

Kaladin agarró la mano de Shallan.

Los peñascos sonaban arriba, chocando contra las mesetas, arrancando trozos y lanzándolos a su alrededor. El viento arreciaba. El agua se acumulaba abajo, alzándose hacia él. Se aferró a Shallan, pero sus manos mojadas empezaron a resbalar.

Entonces, con un súbito arrebato, Shallan lo sujetó con más nervio. Con una fuerza que parecía contradecir su pequeño tamaño, tiró de Kaladin. Él se impulsó con la pierna buena mientras el agua la cubría, y se esforzó por salvar la distancia restante para reunirse con ella en el hueco de la roca.

El hueco apenas tenía tres o cuatro palmos de profundidad, más pequeño que la grieta donde se habían escondido. Por fortuna, miraba hacia el oeste. Aunque el viento helado aullaba alrededor y los rociaba de agua, el grueso de la tormenta se estrellaba contra la meseta.

Jadeando, Kaladin se apoyó contra la pared; la pierna herida le

dolía más que nunca. Shallan se abrazó a él. La notó cálida en sus brazos, y se aferró a ella tanto como la joven a él, ambos acurrucados contra la roca, la cabeza del hombre de los puentes rozando el techo del hueco.

La meseta se estremeció, temblando como un hombre asustado. Kaladin no veía gran cosa: la negrura era absoluta excepto cuando restallaban los relámpagos. Y el fragor. Los truenos rugían, aparentemente desconectados de los trallazos de luz. El agua bramaba como una bestia furiosa, y los destellos iluminaban un río revuelto y espumoso que bajaba enfurecido por el abismo.

Condenación... Casi llegaba al hueco. Se había elevado quince metros o más en unos instantes. El agua sucia arrastraba ramas, plantas rotas, enredaderas arrancadas de sus engarces.

—¿La esfera? —preguntó Kaladin en la oscuridad—. Tenías una esfera para iluminarte.

—La he perdido —gritó ella, imponiéndose al estrépito—. ¡Se me habrá caído cuando te agarré!

—Yo no...

El rugido de un trueno, acompañado por un cegador destello de luz, hizo que se estremeciera. Shallan se apretujó más contra él, hundiendo los dedos en su brazo. La luz dejó una imagen residual en sus ojos.

Tormentas. Kaladin podría jurar que la imagen era una cara, horriblemente retorcida, con la boca abierta. El siguiente relámpago iluminó la riada con una secuencia de luz intermitente, y mostró el agua repleta de cadáveres. Docenas de cuerpos eran arrastrados por la corriente, los ojos muertos hacia el cielo, muchos de ellos solo cuencas vacías. Hombres y parshendi.

El agua ascendió y unas pocas pulgadas inundaron el hueco. Agua de muertos. La tormenta se tornó de nuevo oscura, tan negra como una caverna bajo tierra. Solo Kaladin, Shallan y los cadáveres.

—Eso ha sido la cosa más rara que he visto en mi vida —dijo Shallan, acercando la cabeza a la de su compañero.

—Las tormentas son extrañas.

—¿Hablas por experiencia?

—Sadeas me abandonó en una para que muriera —dijo él.

Aquella tempestad había intentado arrancarle la piel y luego los músculos de su esqueleto. Llovía como cuchillos. Relámpagos como

hierro al rojo.

Y una figura pequeña, toda de blanco, de pie ante él con las manos extendidas, como si quisiera detener la tempestad para él. Diminuta y frágil, y sin embargo tan fuerte como los mismos vientos.

«Syl... ¿qué te he hecho?».

—Tengo que oír esa historia —dijo Shallan.

—Algún día te la contaré.

El agua volvió a cubrirlos. Durante un momento, se sintieron más ligeros, flotando en el súbito estallido líquido. La corriente tiraba con fuerza inesperada, como ansiosa por lanzarlos al río. Shallan gritó y Kaladin se agarró a ambos lados de la roca, sujetándose en un arrebato de pánico. El río se retiró, aunque todavía oía su avance. Volvieron a posarse en el hueco.

Había luz en las alturas, demasiado firme para ser relámpagos. Algo brillaba en la meseta. Algo que se movía. Era difícil distinguirlo, ya que el agua caía por el lado de la meseta y se precipitaba en cascada ante su refugio. Kaladin podría jurar que había visto una figura enorme caminando, una forma inhumana brillante, seguida por otra, extraña y estilizada. Caminando en la tormenta. Una pierna tras otra, hasta que el resplandor pasó.

—Por favor —dijo Shallan—. Necesito oír algo que no sea eso. Cuéntame.

Él se estremeció, pero asintió. Voces. Las voces ayudarían.

—Empezó cuando Amaram me traicionó —dijo, en voz muy baja, apenas a un volumen suficiente para que ella, apretujada tan cerca, lo oyera—. Me convirtió en esclavo por saber la verdad: que había matado a sus hombres en su ansia por conseguir una hoja esquirrada. Eso le importaba más que sus propios soldados, más que el honor...

Continuó hablando de sus días como esclavo, de sus intentos de huida. De los hombres que habían muerto por confiar en él. Salió de sus entrañas, una historia que nunca había relatado. ¿A quién podría habérsela contado? El Puente Cuatro la había vivido casi toda con él.

Habló de la carreta y de Tvlakv, un nombre que provocó un jadeo. Al parecer ella lo conocía. Habló del aturdimiento, de la... nada. De pensar que debería suicidarse, pero no creer que mereciera

el esfuerzo.

Y entonces, el Puente Cuatro. No habló de Syl. En ese momento el tema le causaba demasiado dolor. En cambio, habló de las cargas con los puentes, del terror, de la muerte y de tomar decisiones.

La lluvia los cubría, impulsada en oleadas por el viento, y a Kaladin le pareció oír cánticos fuera, en alguna parte. Una especie de extraño spren pasó zigzagueando ante su hueco, rojo y violeta, como un rayo. ¿Era eso lo que había visto Syl?

Shallan escuchaba. Él esperaba que le hiciera preguntas, pero no hizo ninguna. No le molestó interesándose por detalles, no habló. Al parecer sí que sabía estar callada.

Sorprendentemente, él pudo referirlo todo. La última incursión con el puente. El rescate a Dalinar. Quiso contarle todo. Habló del enfrentamiento con la portadora de esquirlada parshendi, de cómo había ofendido a Adolin, de cómo había defendido el puente él solo...

Cuando terminó, los dos dejaron que el silencio los rodeara y compartieron el calor. Juntos contemplaron las veloces aguas fuera de su alcance, iluminadas por los relámpagos.

—Maté a mi padre —susurró Shallan.

Kaladin la miró. Bajo un destello de luz, le vio los ojos cuando alzó la cabeza, que estaba apoyada contra su pecho, y distinguió perlas de agua en las pestañas. Con las manos alrededor de su cintura, y las de Shallan alrededor de él, era lo más cerca que había estado de una mujer desde Tarah.

—Mi padre era un hombre furioso y violento —dijo Shallan—. Un asesino. Lo amaba. Y lo estrangulé mientras yacía en el suelo, mirándome, incapaz de moverse. Maté a mi propio padre.

Él no la instó a seguir hablando, aunque quería saber. Necesitaba saber.

Por fortuna, ella continuó hablando de su infancia y los terrores que había conocido. Kaladin pensaba que su vida era terrible, pero había una cosa que había tenido y quizás no había valorado lo suficiente: unos padres que lo amaban. Roshone había llevado a la misma Condención a Piedralar, pero al menos los padres de Kaladin siempre habían estado allí para ofrecerle su apoyo.

¿Qué habría hecho, si su padre hubiera sido como el hombre tiránico y odioso que Shallan describía? ¿Si su madre hubiera

muerto ante sus ojos? ¿Qué habría hecho él si, en vez de vivir de la luz de Tien, hubiera tenido que dar luz a la familia?

Escuchó asombrado. Tormentas. ¿Por qué no estaba rota esa mujer, verdaderamente rota? Se describía así, pero no estaba más rota que una lanza con la punta mellada, y una lanza así todavía podía ser un arma tan afilada como cualquiera. Prefería una con una marca o dos en la hoja, un mango gastado. Una punta de lanza que hubiera conocido el combate era... mejor que una nueva. Así sabías que la había empleado un hombre que luchaba por su vida, y que había permanecido firme, sin romperse. Marcas como esa eran signos de fuerza.

Sintió un escalofrío cuando mencionó la muerte de su hermano Helaran, la voz llena de furia.

Helaran había muerto en Alezkar. A manos de Amaram.

«Tormentas... Lo maté yo, ¿no? —pensó Kaladin—. El hermano al que amaba». ¿Se lo había dicho?

No. No, no había mencionado que había matado al portador de esquirlada, solo que Amaram había matado a sus hombres para cubrir su ansia por el arma. Se había acostumbrado, a lo largo de los años, a referirse al hecho sin mencionar que había matado a un portador. Sus primeros meses como esclavo le habían demostrado a golpes los peligros de hablar de una cosa así. Ni siquiera se había dado cuenta de que había adoptado esa costumbre al hablar.

¿Lo había advertido ella? ¿Había deducido que Kaladin, no Amaram, era quien había matado al portador de esquirlada? No parecía haber establecido esa relación. Continuó hablando, relatando lo ocurrido la noche en que (también durante una alta tormenta) había envenenado y luego asesinado a su padre.

Todopoderoso en las alturas. Esta mujer era más fuerte de lo que él lo había sido jamás.

—Y por eso decidimos buscar a Jasnah —continuó, volviendo a apoyar la cabeza en su pecho—. Ella... tenía un moldeador de almas, ¿sabes?

—¿Querías ver si podía arreglar la vuestra?

—Eso habría sido demasiado racional. —Él no pudo ver su gesto de desdén hacia sí misma, pero de algún modo lo captó—. Mi plan, siendo como soy estúpida e ingenua, era cambiar la mía por la suya, volver con una que funcionara y así conseguir dinero para la

familia.

—Nunca habías salido de las tierras de tu familia antes.

—Así es.

—¿Y fuiste a robarle a una de las mujeres más listas del mundo?

—Pues... sí. ¿Recuerdas lo de «estúpida e ingenua»? De todas formas, Jasnah lo descubrió. Por fortuna, intrigué bien y accedió a tomarme como pupila. El matrimonio con Adolin fue idea suya, una forma de proteger a mi familia mientras me formaba.

—Mmm —dijo él. Los relámpagos destellaron en el exterior. Los vientos parecían arreciar aún más, si eso era posible, y tuvo que elevar la voz aunque Shallan estaba allí mismo—. Qué generosa, para tratarse de una mujer a quien intentaste robar.

—Creo que vio algo en mí que...

Silencio.

Kaladin parpadeó. Shallan no estaba allí. Sintió un momento de pánico, buscó alrededor, hasta que se dio cuenta de que la pierna ya no le dolía y que el aturdimiento que sentía (por pérdida de sangre, conmoción y posible hipotermia) había desaparecido también.

«Ah —pensó—. Esto otra vez».

Inspiró profundamente y se levantó, dejando atrás la oscuridad para acercarse al borde de la abertura. La corriente se había detenido, como solidificada, y el hueco, que Shallan había hecho demasiado bajo para poder estar en él de pie, lo albergaba en toda su altura.

Se asomó y se enfrentó a la mirada de un rostro tan grande como la misma eternidad.

—Padre Tormenta —dijo Kaladin. Algunos lo llamaban Jezerezeh, Herald. Sin embargo, esto no encajaba con lo que Kaladin había oído de ningún herald. ¿Era tal vez el Padre Tormenta un spren? ¿Un dios? Parecía extenderse hasta el infinito, y sin embargo distinguía un rostro en su inabarcable extensión.

Los vientos se habían detenido. Kaladin podía oír los latidos de su propio corazón.

HIJO DE HONOR. En esta ocasión el ser le habló. La última vez, en mitad de la tormenta, no lo había hecho, aunque sí en sueños.

Kaladin miró hacia el lado, comprobando de nuevo si Shallan estaba allí, pero ya no pudo verla. No era parte de esta visión, fuera lo que fuese.

—Ella es uno de ellos, ¿verdad? —preguntó—. Uno de los Caballeros Radiantes, o al menos un potenciador. Eso es lo que pasó cuando luchamos contra el abismoide, por eso sobrevivió a la caída. No fui yo ninguna de las veces. Fue ella.

El Padre Tormenta rugió.

—Syl —dijo Kaladin, mirando de nuevo aquel rostro. Las mesetas ante él habían desaparecido. Estaban solos el rostro y él. Tenía que preguntarlo. Le dolía, pero tenía que hacerlo—. ¿Qué le he hecho?

LA HAS MATADO. La voz lo hacía temblar todo. Era como si... como si el temblor de la meseta y su propio cuerpo crearan los sonidos para la voz.

—No —susurró Kaladin—. ¡No!

SUCEDIÓ IGUAL QUE ANTES, dijo el Padre Tormenta, furioso. Una emoción humana. Kaladin la reconoció. LOS HOMBRES NO SON DE FIAR, HIJO DE TANAVAST. ME LA HAS QUITADO. MI AMADA.

El rostro pareció retirarse, desvaneciéndose.

—¡Por favor! —gritó Kaladin—. ¿Cómo puedo arreglarlo? ¿Qué puedo hacer?

NO PUEDE ARREGLARSE. ELLA ESTÁ ROTA. ERES COMO LOS QUE VINIERON ANTES, LOS QUE MATARON A TANTOS DE LOS QUE AMO. ADIÓS, HIJO DE HONOR. NO CABALGARÁS DE NUEVO MIS VIENTOS.

—No, yo...

La tormenta regresó. Kaladin se desplomó en el hueco, jadeando ante el súbito regreso del dolor y el frío.

—¡Por el aliento de Kelek! —exclamó Shallan—. ¿Qué ha sido eso?

—¿Has visto el rostro? —preguntó Kaladin.

—Sí. Era enorme... Pude ver estrellas en él, estrellas dentro de estrellas, infinitud...

—El Padre Tormenta —dijo Kaladin, cansado. Extendió la mano para coger bajo su cuerpo algo que brillaba de repente. Una esfera, la que Shallan había dejado caer antes. Se había vuelto opaca, pero ya estaba renovada.

—Ha sido sorprendente —susurró ella—. Tengo que dibujarlo.

—Buena suerte, con esta lluvia —replicó él. Como para reforzar

su argumento, otra oleada los alcanzó. El agua se revolvía entre los abismos, giraba y a veces los golpeaba. Estaban sentados en varias pulgadas de agua, pero la corriente ya no amenazaba con llevárselos.

—Mis pobres dibujos —dijo Shallan, llevándose el zurrón al pecho con la mano segura mientras se aferraba a él (lo único que tenía para agarrarse) con la otra—. El zurrón es impermeable, pero... no sé si es a prueba de altas tormentas.

Kaladin gruñó, contemplando el fluir del agua. Había un patrón hipnótico en ella, mientras arrastraba plantas rotas y hojas. No había cadáveres, ya no. Las aguas se alzaron formando un bulto, como si atropellaran algo grande debajo. El cadáver del abismoide, advirtió, seguía atascado allí. Pesaba demasiado para que la riada se lo llevara.

Guardaron silencio. Con luz, la necesidad de hablar había pasado, y aunque él pensó en decir lo que estaba cada vez más seguro que era Shallan, prefirió callar. Cuando estuvieran libres, habría tiempo.

De momento quería pensar, aunque seguía alegrándose de su presencia. Y consciente de ello en más de un sentido, apretujada contra él y con aquel vestido mojado, cada vez más hecho jirones.

Su conversación con el Padre Tormenta, sin embargo, distrajo su atención de ese tipo de pensamientos.

Syl. ¿De verdad la había... matado? Había oído su llanto antes, ¿no?

Trató, a modo de fútil experimento, de absorber un poco de luz tormentosa. Casi quería que Shallan lo viera, calibrar su reacción. No funcionó, naturalmente.

La tormenta pasó lentamente, la riada remitió poco a poco. Después de que las lluvias se redujeran al nivel de una tormenta corriente, las aguas empezaron a fluir en la otra dirección. Era como Kaladin había imaginado siempre, aunque no lo había visto. En ese momento la lluvia caía más al oeste, no tanto en las Llanuras mismas, y el desagüe se producía al este. El río volvía, mucho más lentamente, por donde había venido.

El cadáver del abismoide emergió de entre las aguas. Entonces, por fin, la riada acabó y el río se redujo a un hilillo, la lluvia a un chispeo. Las gotas que caían de las mesetas de arriba eran mucho

más grandes y más pesadas que la lluvia misma.

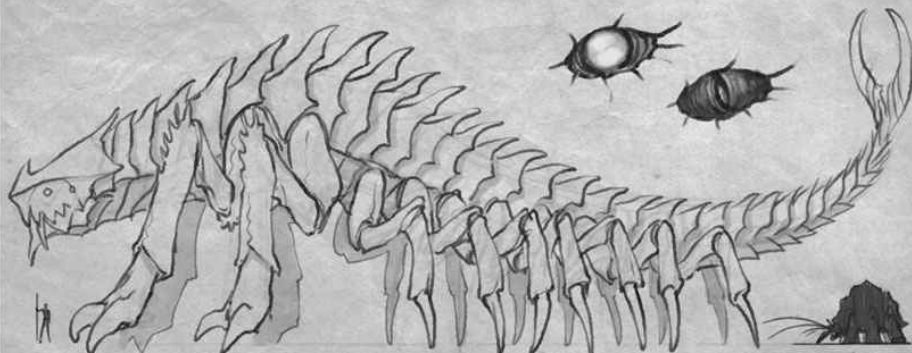
Kaladin se dispuso a bajar, pero advirtió que Shallan, enroscada contra él, se había quedado dormida y roncaba suavemente.

—Debes ser la única persona que se ha quedado dormida en medio de una alta tormenta —susurró.

A pesar de la incomodidad, advirtió que en realidad no le convencía la idea de bajar con la pierna herida. Sin fuerzas, sintiendo una aplastante oscuridad por lo que el Padre Tormenta había dicho sobre Syl, sucumbió al aturdimiento y se quedó dormido.

¿Son estos los mismos
sren que vi en las
anguilas aéreas
de Kharbranth?

¿Cuál es
la relación?





El Cosmere mismo puede depender de nuestra contención.

Al menos habla con él, Dalinar —dijo Amaram, que caminaba rápidamente para no perder el paso de aquel. La capa de Caballero Radiante ondeaba tras él mientras inspeccionaban las filas de soldados que cargaban carretas con suministros para el viaje a las Llanuras Quebradas—. Llega a un acuerdo con Sadeas antes de partir. Por favor.

Dalinar, Navani y Amaram pasaron ante un grupo de lanceros que corrían a reunirse con su batallón para el recuento de tropas. Más allá, los hombres y las mujeres del campamento parecían igualmente nerviosos. Los cremlinos correteaban de aquí para allá, moviéndose entre los charcos de agua que había dejado la tormenta.

La alta tormenta de la noche anterior era la última de la estación. Al día siguiente, en algún momento, comenzaría el Llanto. Aunque sería húmedo, proporcionaba una oportunidad. A salvo de las tormentas, sería el momento para atacar. Dalinar planeaba partir a mediodía.

—¿Dalinar? —preguntó Amaram—. ¿Hablarás con él?

«Cuidado —pensó Dalinar—. No hagas ningún juicio todavía».

Esto había que hacerlo con precisión. A su lado, Navani lo miró. Había compartido con ella sus planes referidos a Amaram.

—Yo... —empezó a decir Dalinar.

Una serie de cuernos tronando sobre el campamento lo interrumpió. Parecían más urgentes que de ordinario. Habían localizado una crisálida. Dalinar contó los ritmos, situando el emplazamiento de la meseta.

—Demasiado lejos —dijo, señalando a una de sus escribas, una mujer alta y delgada que a menudo ayudaba a Navani con sus experimentos—. ¿Quiénes tienen asignadas las incursiones de hoy?

—Los altos príncipes Sebarial y Roion, señor —respondió la escriba tras consultar sus libros.

Dalinar esbozó una mueca. Sebarial nunca enviaba soldados, ni siquiera cuando se le ordenaba. Roion era lento.

—Envía las señales de advertencia para decirles a esos dos que la gema corazón está demasiado lejos para intentar cogerla. Marcharemos hacia el campamento parshendi más tarde, y no puedo permitir que algunos de nuestros soldados se desvíen para capturar una gema corazón.

Dio la orden como si alguno de los dos hombres fuera a enviar soldados a su marcha. Tenía esperanzas con Roion. Ojalá quisiera el Todopoderoso que el hombre no se asustara en el último minuto y se negara a participar en la expedición.

La ayudante corrió a cancelar la incursión. Navani señaló a un grupo de escribas que repasaban las listas de suministros y Dalinar asintió, deteniéndose mientras ella se acercaba a hablar con las mujeres para obtener un cálculo de cuándo estarían listos los preparativos.

—A Sadeas no le gustará que quede sin recolectar una gema corazón —dijo Amaram mientras los dos esperaban—. Cuando se entere de que has cancelado la incursión, enviará a sus soldados a por ella.

—Sadeas hará lo que se le antoje, sea cual sea mi intervención.

—Cada vez que le permites desobedecer abiertamente —dijo Amaram—, se crea una barrera entre el trono y él. —Amaram cogió a Dalinar por el brazo—. Tenemos problemas mayores que Sadeas y tú, amigo mío. Sí, te traicionó. Sí, es probable que vuelva a hacerlo. Pero no podemos permitir una guerra entre vosotros dos. Los

Portadores del Vacío vienen de camino.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso, Amaram? —preguntó Dalinar.

—Intuición. Me diste este título, este puesto, Dalinar. Puedo sentir algo que procede del mismo Padre Tormenta. Sé que se avecina un desastre. Eso significa que Sadeas y tú tenéis que trabajar juntos.

Dalinar sacudió lentamente la cabeza.

—No. La oportunidad de que Sadeas trabaje conmigo ha pasado ya. El camino para la unión en Alezkar no está en la mesa de negociación, sino ahí fuera.

Al otro lado de las mesetas, en el campamento parshendi, dondequiera que estuviese. Un final para la guerra. Punto final para su hermano y él.

«Únelos».

—Sadeas quiere que intentes esta expedición —dijo Amaram—. Está seguro de que fracasará.

—Y cuando no lo haga, perderá toda credibilidad.

—¡Ni siquiera sabes dónde encontrarás a los parshendi! —insistió Amaram, alzando las manos al cielo—. ¿Qué vas a hacer, dar vueltas y más vueltas hasta que te topes con ellos?

—Sí.

—Es una locura. Dalinar, me nombraste para este cargo (un puesto imposible, te lo recuerdo), con la misión de ser una luz para todas las naciones. Me resulta difícil que incluso tú me escuches. ¿Por qué iban a hacerlo los demás?

Dalinar sacudió la cabeza, mirando hacia el este, contemplando las mesetas rotas.

—Tengo que ir, Amaram. Las respuestas están allí, no aquí. Es como si hubiéramos caminado hasta la orilla del mar y nos hubiéramos quedado allí parados durante años, contemplando las aguas pero temiendo mojarnos.

—Pero...

—Basta.

—Tarde o temprano, vas a tener que ceder autoridad y no recuperarla, Dalinar —dijo Amaram en voz baja—. No puedes abarcarlo todo, pretendiendo que no estás al mando, pero haciendo caso omiso de órdenes y consejos como si lo estuvieras.

Aquellas palabras, problemáticamente ciertas, le golpearon con fuerza. Dalinar no reaccionó, al menos aparentemente.

—¿Qué hay del asunto que te asigné? —preguntó.

—¿Bordin? —dijo Amaram—. Por lo que puedo decir, su historia encaja. Creo que el loco solo delira diciendo que una vez tuvo una hoja esquirrada. Es ridículo. Yo...

—¡Brillante señor! —Una joven sin aliento, con uniforme de mensajera (falda estrecha abierta por los lados, con calzas de seda debajo), corrió hacia él—. ¡La meseta!

—Sí —dijo Dalinar, suspirando—. ¿Ha enviado soldados Sadeas?

—No, señor —dijo la joven, con las mejillas arreboladas por la carrera—. No... quiero decir... Ha salido de los abismos.

Dalinar frunció el ceño y se volvió bruscamente para mirarla.

—¿Quién?

—Bendito por la Tormenta.

Dalinar cruzó el campamento a toda prisa.

Cuando se acercaba al pabellón médico situado en la linde del campamento, reservado habitualmente para atender a los heridos que volvían de las cargas en las mesetas, le costó trabajo ver qué sucedía debido a la multitud de hombres de uniforme azul cobalto que bloqueaban el camino. Un cirujano les gritaba que retrocedieran y le dejaran sitio.

Algunos de los hombres vieron a Dalinar y saludaron, apartándose rápidamente. La marea azul se abrió como aguas empujadas por una tormenta.

Y allí estaba. Harapiento, con el cabello aplastado, la cara arañada y la pierna envuelta en un vendaje improvisado. Se hallaba sentado en la mesa de reconocimiento y se había quitado la guerrera del uniforme, que estaba en la mesa junto a él, convertida en un hatillo redondo sujeto con lo que parecía ser un trozo de enredadera.

Kaladin alzó la cabeza cuando Dalinar se acercó y se dispuso a ponerse en pie.

—Soldado, no... —empezó a decir el alto príncipe, pero Kaladin no le hizo caso. Se irguió, usando una lanza para no apoyar su pierna herida. Luego se llevó una mano al pecho, con lentitud,

como si el brazo estuviera cargado con pesas. A Dalinar le pareció el saludo más cansado que había visto en su vida.

—Señor —dijo Kaladin. Los agotaspren revoloteaban a su alrededor como pequeñas columnas de polvo.

—¿Cómo...? —preguntó Dalinar—. ¡Te caíste al abismo!

—Caí de cabeza, señor —respondió Kaladin—, y por fortuna la tengo especialmente dura.

—Pero...

El hombre de los puentes suspiró, apoyándose en su lanza.

—Lo siento, señor. En realidad no sé cómo sobreviví. Creemos que hubo algunos spren implicados. Volví caminando a través de los abismos. Tenía un deber que cumplir. —Indicó a un lado con la cabeza.

Más allá, en la tienda de reconocimiento, Dalinar vio algo que no había advertido al principio. Shallan Davar, una maraña de pelo rojo y ropas desgarradas, estaba sentada entre un grupo de cirujanos.

—Una futura nuera —dijo Kaladin—, entregada sana y salva. Lamento los daños causados al envío.

—¡Pero hubo una alta tormenta! —exclamó Dalinar.

—Lo cierto es que quisimos volver antes, pero me temo que nos encontramos con algunos problemas en el camino. —Con movimientos letárgicos, Kaladin sacó su cuchillo y cortó las enredaderas que ataban el paquete que tenía al lado—. ¿Recuerdas que todo el mundo decía que había un abismoide acechando en los abismos cercanos?

—Sí...

Kaladin retiró los restos de su guerrera de la mesa, revelando una enorme gema verde. Aunque bulbosa y sin tallar, la gema corazón brillaba con una potente luz interior.

—Bueno —dijo Kaladin, sujetando la piedra con una mano y arrojándola al suelo ante Dalinar—, nos encargamos de eso por ti, señor. —En un abrir y cerrar de ojos, sus agotaspren fueron sustituidos por glorispren.

Dalinar contempló sin decir palabra la gema corazón mientras giraba y chocaba contra la punta de su bota. Su luz era casi cegadora.

—Oh, no seas tan melodramático, hombre del puente —

intervino Shallan—. Brillante señor Dalinar, encontramos a la bestia ya muerta y pudriéndose en el abismo. Sobrevivimos a la alta tormenta encaramándonos a su lomo hasta llegar a una grieta en un lado del desfiladero, donde esperamos a que pasaran las lluvias. Solo pudimos sacar la gema corazón porque la criatura estaba ya medio podrida.

Kaladin la miró frunciendo el ceño y se volvió hacia Dalinar casi de inmediato.

—Sí —dijo—. Eso es lo que sucedió.

Era evidente que a Shallan las mentiras le salían mucho mejor que a él.

Amaram y Navani llegaron por fin, pues el primero se había quedado atrás para escoltar a la dama. Navani se quedó boquiabierta al ver a Shallan, luego corrió hacia ella, gritando furiosamente a los cirujanos. Revoloteó alrededor de la joven, que parecía en mucho mejor estado que Kaladin, a pesar de su maltrecho vestido y sus cabellos revueltos. En unos instantes, hizo que la envolvieran en una manta para cubrir su piel expuesta y a continuación envió a una mensajera a preparar un baño caliente y comida en el complejo de Dalinar, para que los tomara en el orden que Shallan prefiriera.

Dalinar sonrió. Navani no hizo el menor caso de las protestas de Shallan de que nada de eso era necesario. La madre sabueso-hacha había surgido por fin. Al parecer Shallan ya no era una desconocida, sino un miembro del grupo de Navani... y que Chana ayudara al hombre o la mujer que se interpusiera entre Navani y uno de los suyos.

—Señor —dijo Kaladin, dejando por fin que los cirujanos volvieran a colocarlo en la mesa—. Los soldados están agrupando suministros. Los batallones están formando. ¿Tu expedición?

—No tienes que preocuparte, soldado —respondió Dalinar—. Difícilmente podría esperar que me protegieras en tu estado.

—Señor —dijo Kaladin, en voz más baja—. La brillante Shallan ha descubierto algo ahí fuera. Algo que tienes que saber. Habla con ella antes de partir.

—Así lo haré —aseguró Dalinar. Esperó un momento y ordenó a los cirujanos que se apartaran. Kaladin no parecía correr ningún peligro inmediato. Dalinar se acercó a él y se inclinó—. Tus

hombres te esperaban, Bendito por la Tormenta. Se saltaron las comidas, hicieron turnos triples. Casi creo que se habrían quedado allí ante los abismos durante toda la alta tormenta si yo no hubiera intervenido.

—Son buenos hombres —dijo Kaladin.

—Son más que eso. Sabían que regresarías. ¿Qué comprenden de ti que a mí se me escapa?

Kaladin lo miró a los ojos.

—Te he estado buscando, ¿verdad? —dijo Dalinar—. Todo este tiempo, sin verlo.

Kaladin desvió la mirada.

—No, señor. Tal vez antes, pero... Soy solo lo que ves, y no lo que piensas. Lo siento.

Dalinar gruñó, inspeccionando el rostro de Kaladin. Casi había pensado... Pero tal vez no.

—Dadle todo lo que quiera o necesite —dijo Dalinar dirigiéndose a los cirujanos, a quienes ya permitió acercarse—. Este hombre es un héroe. Una vez más.

Se retiró para que los hombres del puente lo rodearan de nuevo; lo cual, naturalmente, hizo que los cirujanos empezaran a maldecirlos otra vez. ¿Dónde se había metido Amaram? Estaba allí hacía solo unos minutos. Mientras llegaba el palanquín para Shallan, Dalinar decidió seguirlo y averiguar qué era lo que según Kaladin sabía la muchacha.

Una hora más tarde, Shallan estaba acurrucada en un nido de cálidas mantas, con el pelo húmedo a la altura del cuello, oliendo a perfume de flores. Llevaba uno de los vestidos de Navani... que le quedaba demasiado grande. Se sentía como una niña con las ropas de su madre. Quizás era eso exactamente. El súbito afecto de Navani era inesperado, pero desde luego lo aceptaba de buen grado.

El baño había sido glorioso. Shallan sintió la tentación de enroscarse en ese diván y dormir durante diez días seguidos. Sin embargo, por el momento, se permitió saborear la clara sensación de estar limpia, cálida y a salvo por primera vez en lo que parecía una eternidad.

—No puedes llevarla, Dalinar. —La voz de Navani procedía de

Patrón, que estaba en la mesa junto al diván. Shallan no sentía el menor resquemor por haberlo enviado a espiarlos mientras se bañaba. Después de todo, habían estado hablando de ella.

—El mapa... —dijo la voz de Dalinar.

—Puede dibujarte un mapa mejor para que te lo lleves.

—No puede dibujar lo que no ha visto, Navani. Tiene que estar allí, con nosotros, para dibujar el centro del patrón de las Llanuras cuando nos internemos en esa dirección.

—Otra persona...

—Nadie más ha podido hacer esto —replicó Dalinar, con tono asombrado—. Cuatro años, y ninguno de nuestros exploradores o cartógrafas vio el patrón. Si vamos a encontrar a los parshendi, la necesitaré. Lo siento.

Shallan dio un respingo. No había conseguido ocultar su habilidad para dibujar.

—Acaba de regresar de ese terrible lugar —dijo la voz de Navani.

—No permitiré que ocurra un accidente similar. Estará a salvo.

—A menos que muráis todos —replicó Navani—. A menos que toda esta expedición sea un desastre. Entonces lo perderé todo. Otra vez.

Patrón se detuvo. Luego habló con su propia voz:

—Entonces él la abrazó y susurró algunas cosas que no oí. A partir de ahí, se acercaron mucho e hicieron algunos ruidos interesantes. Puedo reproducir...

—No —lo interrumpió Shallan, ruborizándose—. Demasiado privado.

—Muy bien.

—Tengo que ir con ellos —declaró Shallan—. Debo completar ese mapa de las Llanuras Quebradas y encontrar un nuevo modo de relacionarlo con los mapas antiguos de Sedetormenta.

Era el único modo de encontrar la Puerta Jurada. «Suponiendo que no fuera destruida con lo que fuera que destruyó las Llanuras —pensó Shallan—. Y, si la encuentro, ¿podré abrirla siquiera?». Se decía que solo uno de los Caballeros Radiantes podría abrir el camino.

—Patrón —dijo en voz baja, cogiendo un cuenco de vino caliente—. No soy una Radiante, ¿verdad?

—No lo creo —contestó él—. Todavía no. Hay más por hacer, supongo, aunque no puedo saberlo con certeza.

—¿Cómo puedes no saberlo?

—Yo no era yo cuando existían los Caballeros Radiantes. Es complejo de explicar. Siempre he existido. Nosotros no «nacemos» como los hombres, y no podemos morir realmente como mueren los hombres. Los patrones son eternos, como lo es el fuego, como lo es el viento. Como lo son todos los spren. Sin embargo, no estaba en este estado. No era... consciente.

—¿Eras un spren sin mente? —inquirió Shallan—. ¿Como los que se congregan a mi alrededor cuando dibujo?

—Menos que eso. Era... todo. Estaba en todo. No puedo explicarlo. El lenguaje es insuficiente. Necesitaría números.

—Pero habrá otros entre vosotros —dijo Shallan—. Tal vez crípticos mayores que estaban vivos entonces.

—No —respondió Patrón en voz baja—. Ninguno que experimentara el vínculo.

—¿Ni uno solo?

—Todos muertos. Para nosotros, significa que no tienen mente... ya que una fuerza nunca puede ser destruida del todo. Los antiguos son ahora patrones de la naturaleza, como crípticos no nacidos. Hemos intentado restaurarlos. Sin éxito. Mmm. Quizá si sus caballeros vivieran todavía, podría hacerse algo...

Padre Tormenta. Shallan se arrebujó en la manta.

—¿Un pueblo entero, todos muertos?

—No un pueblo solo —manifestó Patrón con aire solemne—. Muchos. Los spren con mente eran menos abundantes entonces, y la mayoría de pueblos spren estaban vinculados. Hubo muy pocos supervivientes. El que llamas Padre Tormenta vivió. Otros más. El resto, miles de nosotros, murieron cuando sucedió el evento. Vosotros lo llamáis la Traición.

—No me extraña que estés seguro de que te mataré.

—Es inevitable. Acabarás por traicionar tus juramentos, romperás mi mente, me dejarás muerto... pero la oportunidad merece el precio. Mi especie es demasiado estática. Cambiamos siempre, sí, pero cambiamos del mismo modo. Una y otra vez. Es difícil de explicar. Vosotros, sin embargo, sois vibrantes. Para venir a este lugar, a este mundo vuestro, tuve que renunciar a muchas

cosas. La transición fue... traumática. Mi memoria regresa lentamente, pero me alegro de tener la oportunidad. Sí. Mmm.

—Solo un Radiante puede abrir el camino —dijo Shallan, y tomó un sorbo de vino. Le gustó el calor que provocó en su interior—. Pero no sabemos por qué, ni cómo. Tal vez yo cuente lo suficiente como Radiante para hacer que funcione.

—Tal vez —admitió Patrón—. O podrías progresar. Convertirte en más. Hay algo más que tienes que hacer.

—¿Palabras? —dijo Shallan.

—Has dicho las Palabras. Las dijiste hace mucho. No... no son palabras lo que te falta. Es la verdad.

—Prefieres las mentiras.

—Mmm. Sí, y tú eres una mentira. Una mentira poderosa. Sin embargo, lo que haces no es solo mentir. Es una mezcla de verdad y mentira. Debes comprender ambas cosas.

Shallan permaneció pensativa, terminándose el vino, hasta que la puerta de la salita se abrió y dio paso a Adolin. El príncipe se detuvo con los ojos muy abiertos, mirándola.

Shallan se levantó, sonriente.

—Parece que no he conseguido...

Se interrumpió cuando él la envolvió en un abrazo. Rayos. Tenía un chiste perfectamente preparado para la ocasión. Había trabajado en él durante todo el baño.

Con todo, era agradable ser abrazada. Era la primera vez que él se mostraba tan osado físicamente. Sobrevivir a un viaje imposible tenía sus ventajas. Ella se dejó envolver por sus brazos, sintió los músculos de su espalda a través del uniforme, inspiró su colonia. Adolin la abrazó durante varios segundos. No los suficientes. Ella dobló la cabeza y forzó un beso, su boca se cerró sobre la suya, firme en su abrazo.

Adolin se fundió en el beso y no se retiró. Sin embargo, poco después, el momento perfecto terminó. Adolin le tomó la cara con las manos, la miró a los ojos y sonrió. Entonces la envolvió en otro abrazo y soltó esa risa salvaje y exuberante suya. Una risa de verdad, la que a ella le gustaba tanto.

—¿Dónde estabas? —preguntó ella.

—Visitando a los otros altos príncipes —respondió Adolin—, uno a uno, para entregarles el ultimátum de mi padre: o se unen a

nosotros en este ataque, o serán conocidos para siempre como los que se negaron a ver cumplido el Pacto de la Venganza. A mi padre se le ocurrió darme algo que hacer para distraerme de... bueno, de ti.

Se echó hacia atrás, sujetándola por los brazos, y le dirigió una sonrisa tonta.

—Tengo que hacerte unos dibujos —dijo Shallan, devolviéndole la sonrisa—. Vi a un abismoide.

—Muerto, ¿verdad?

—Pobrecillo.

—¿Pobrecillo? —replicó Adolin, riendo—. ¡Shallan, si hubieras visto a uno vivo, sin duda te habría matado!

—Seguramente.

—Sigo sin poder creer... Quiero decir, caíste. Yo debería haberte salvado. Shallan, lo siento. Corrí primero hacia mi padre...

—Hiciste lo que tenías que hacer. Ninguna persona de ese puente tenía por qué haber intentado rescatar a uno de nosotros en vez de a tu padre.

Él la abrazó una vez más.

—Bueno, no dejaré que vuelva a suceder. Nunca más. Te protegeré, Shallan.

Ella se envaró.

—Me aseguraré de que no resultes herida —añadió Adolin ferozmente—. Tendría que haberme dado cuenta de que podías quedar atrapada en un intento de asesinato en vez de mi padre. Tendremos que asegurarnos de que nunca vuelvas a encontrarte en esa situación.

Ella se apartó.

—¿Shallan? —dijo Adolin—. No te preocupes, no te alcanzarán. Yo te protegeré. Yo...

—No digas esas cosas —susurró ella.

—¿Qué? —Él se pasó la mano por el pelo.

—No las digas —insistió Shallan, temblando.

—El hombre que hizo esto, el que tiró de la palanca, está muerto —dijo Adolin—. ¿Es eso lo que te preocupa? Lo envenenaron antes de que pudiéramos encontrar respuestas, aunque seguro que actuaba a las órdenes de Sadeas. Pero no tienes que preocuparte por él.

—Me preocuparé por lo que yo desee preocuparme —replicó Shallan—. No necesito que me protejan.

—Pero...

—¡No! —exclamó Shallan. Tomó aire y lo expulsó, calmándose. Le cogió la mano—. No me encerrarán otra vez, Adolin.

—¿Otra vez?

—No es importante. —Shallan le alzó la mano y entrelazó sus dedos con los suyos—. Agradezco la preocupación. Eso es todo lo que importa.

«Pero no permitiré que tú, ni nadie, me trate como a una criatura a la que hay que esconder. Nunca, nunca más».

Dalinar abrió la puerta de su estudio, dejando pasar primero a Navani, y luego entró con ella en la habitación. La dama parecía serena, su rostro una máscara.

—Muchacha, tengo que hacerte una petición algo difícil —anunció Dalinar.

—Lo que desees, brillante señor —respondió Shallan, inclinando la cabeza—. Pero deseo hacer una petición a cambio.

—¿Cuál es?

—Necesito acompañaros en vuestra expedición.

Dalinar sonrió, dirigiendo una mirada a Navani. La mujer no reaccionó. «Qué bien controla las emociones —pensó Shallan—. Ni siquiera puedo interpretar lo que está pensando». Sería una habilidad útil que tendría que aprender.

—Creo que en las Llanuras Quebradas están ocultas las ruinas de una antigua ciudad —dijo Shallan, mirando a Dalinar—. Jasnah las estaba buscando. Así que yo debo hacerlo también.

—La expedición será peligrosa —intervino Navani—. ¿Comprendes los riesgos, niña?

—Sí.

—Cabría pensar que, considerando tu reciente aventura, desearías un tiempo de descanso.

—Uh, yo no le diría esas cosas, tía —dijo Adolin, rascándose la cabeza—. No le hacen mucha gracia.

—No es cuestión de humor —replicó Shallan, alzando la cabeza—. Tengo un deber que cumplir.

—Entonces lo permitiré —dijo Dalinar. Le gustaba todo lo que tuviera que ver con el deber.

—¿Y tu petición? —le preguntó Shallan.

—Este mapa —dijo Dalinar, cruzando la habitación y mostrando el mapa arrugado con su detallado camino de regreso a través de los abismos—. Las eruditas de Navani dicen que es el más preciso que han visto jamás. ¿Puedes ampliarlo? ¿Dibujar un mapa de las Llanuras enteras?

—Sí. —Sobre todo si usaba lo que recordaba del mapa de Amaram para cubrir algunos detalles—. Pero, brillante señor, ¿puedo hacer una sugerencia?

—Habla.

—Deja a tus parshmenios en el campamento.

Él frunció el ceño.

—No puedo explicar exactamente por qué —prosiguió Shallan —, pero Jasnah consideraba que eran peligrosos. Sobre todo llevarlos a las Llanuras. Si quieres mi ayuda, si confías en mí para que te dibuje este mapa, hazlo también en este punto. Deja a los parshmenios. Lleva a cabo esta expedición sin ellos.

Dalinar miró a Navani, que se encogió de hombros.

—En realidad, cuando hayamos empaquetado las cosas, no serán necesarios. Los únicos afectados serán los oficiales, que tendrán que montar sus propias tiendas.

Dalinar reflexionó, sopesando su petición.

—¿Esto viene en las notas de Jasnah? —preguntó.

Shallan asintió. A su lado, por suerte, intervino Adolin.

—Me ha contado algo al respecto, padre. Deberías hacerle caso.

Shallan le dirigió una mirada de gratitud.

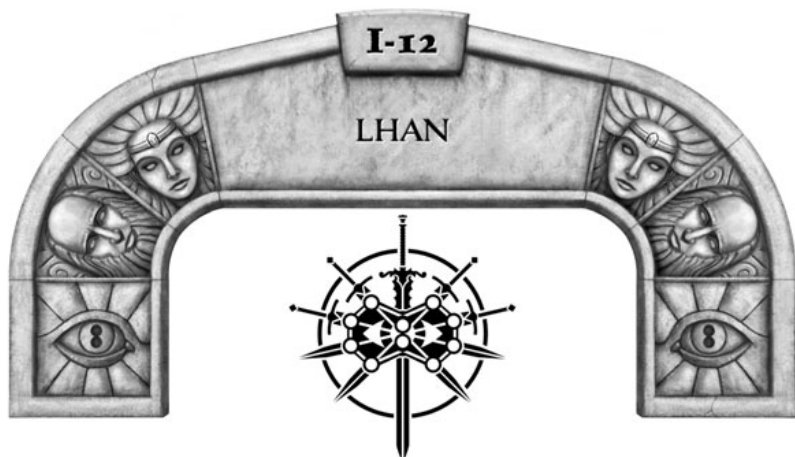
—Entonces así se hará —resolvió Dalinar—. Recoge tus cosas y envía un mensaje a tu tío Sebarial, brillante. Nos marchamos dentro de una hora. Sin parshmenios.

Fin de la Cuarta parte

INTERLUDIOS



LHAN ♦ ESHONAI ♦ TARAVANGIAN



Enhorabuena —dijo el hermano Lhan—. Has encontrado tu camino para el trabajo más fácil del mundo.

La joven fervorosa frunció los labios, mirándolo de arriba abajo. Obviamente no esperaba que su nuevo mentor fuera gordo, estuviera ligeramente borracho y bostezara.

—¿Tú eres el... superior fervoroso que me han asignado?

—A quien he sido asignada —corrigió el hermano Lhan, rodeando con un brazo los hombros de la joven—. Vas a tener que hablar puntillosamente. A la reina Aesudan le gusta rodearse de gente refinada. Eso hace que ella sea refinada por asociación. Mi trabajo es tutelarte en estos temas.

—Hace más de un año que soy fervorosa aquí en Kholinar —dijo la mujer—. No creo que necesite muchas tutelas...

—Sí, sí —admitió el hermano Lhan, guiándola hacia la salida del monasterio—. Es que, verás, tus superiores dicen que puede que necesites un poco de dirección complementaria. ¡Ser asignada al séquito de la reina es un privilegio maravilloso! Uno que, según entiendo, has solicitado con cierta... ah... insistencia.

Ella caminaba con él, y cada paso revelaba su reticencia. O tal vez su confusión. Entraron en el Círculo de Memorias, una sala redonda con diez lámparas en las paredes, una por cada uno de los antiguos Reinos de Época. Una undécima lámpara representaba los Salones Tranquilos, y una gran cerradura ceremonial encajada en la

pared representaba la necesidad de que los fervorosos ignoraran las fronteras y miraran solo en los corazones de los hombres... o algo por el estilo. Lo cierto era que no estaba seguro.

Tras dejar atrás el Círculo de Memorias, entraron en una de las galerías cubiertas entre los edificios del monasterio, mientras una leve lluvia picoteaba en los tejados. El último tramo de la galería, el camino del sol, ofrecía una maravillosa perspectiva de Kholinar, al menos en un día despejado. Incluso entonces, Lhan podía ver gran parte de la ciudad, ya que tanto el templo como el palacio ocupaban una colina de cima plana.

Algunos decían que el mismísimo Todopoderoso había dibujado Kholinar en la roca, trazando secciones de terreno con un grácil dedo. Lhan se preguntaba hasta qué punto estaría borracho en ese momento. Por supuesto, la ciudad era hermosa, pero tenía la belleza que procede del artista que no está del todo bien de la cabeza. La roca tomaba forma de colinas ondulantes y valles de empinadas pendientes, y cuando la piedra se excavaba, revelaba miles de brillantes estratos rojos, blancos, amarillos y anaranjados.

Las formaciones más majestuosas eran las hojas de viento, enormes columnas de roca curvada que atravesaban la ciudad. Hermosamente flanqueadas con estratos de colores a los lados, se enroscaban, se alzaban y caían de manera impredecible, como peces saltando del océano. En teoría, todo esto tenía que ver con la manera en que soplaban los vientos en la zona. Lhan tenía intención de estudiar la causa. Un día de estos.

Pies calzados con zapatillas rozaban suavemente el brillante mármol, acompañando al sonido de las lluvias, mientras Lhan escoltaba a la muchacha... ¿cómo era su nombre?

—Mira la ciudad —dijo—. Todo el mundo tiene que trabajar ahí, incluso los ojos claros. Pan que hornear, tierras que supervisar, calzadas que... ¿calzar? No, eso se hace con los zapatos. Condenación. ¿Cómo se llama a la gente que hace calzadas, pero que no se las calzan?

—No lo sé —dijo la mujer en voz baja.

—Bueno, a nosotros no nos importa. Verás, nosotros solo tenemos un trabajo, y es fácil. Servir a la reina.

—Eso no es un trabajo fácil.

—¡Pues claro que lo es! —dijo Lhan—. Mientras todos sirvamos

igual. De una manera muy... ah... cuidadosa.

—Somos aduladores —dijo la joven, contemplando la ciudad—. Los fervorosos de la reina le dicen solo lo que quiere oír.

—Ah, y aquí estamos, en el punto importante. —Lhan le dio una palmadita en el brazo. ¿Cómo se llamaba? Le habían dicho su nombre...

Pai. No era un nombre muy alezi: probablemente lo había escogido después de convertirse en fervorosa. Solía pasar. Una nueva vida, un nuevo nombre, a menudo sencillo.

—Verás, Pai —dijo, mirando a ver si ella reaccionaba. Sí, parecía que había dicho bien el nombre. Su memoria debía de estar mejorando—. Tus superiores querían que te hablara de eso. Temen que si no se te dan las instrucciones adecuadas, puedas causar una pequeña tormenta aquí en Kholinar. Nadie quiere eso.

Pai y él se cruzaron con otros fervorosos en el camino del sol y Lhan los saludó con un gesto de la cabeza. La reina tenía muchos fervorosos. Muchísimos.

—Este es el tema —prosiguió—. La reina... a veces le preocupa que el Todopoderoso no esté satisfecho con ella.

—Y bien que hace —dijo Pai—. Ella...

—Calla —replicó Lhan, dando un respingo—. Ahora... solo calla y escucha. La reina piensa que si trata bien a los fervorosos, conseguirá el favor de quien crea las tormentas, como si dijéramos. Buena comida. Buenas túnicas. Fantásticas viviendas. Mucho tiempo libre para hacer lo que queramos. Mientras ella piense que está en el camino adecuado, obtendremos todo eso.

—Nuestro deber es proporcionarle la verdad.

—¡Y lo hacemos! —aseguró Lhan—. Ella es la elegida del Todopoderoso, ¿no? Esposa del rey Elhokar, gobernante mientras él libra una guerra santa de venganza contra los regicidas en las Llanuras Quebradas. Su vida es muy dura.

—Celebra fiestas cada noche —susurró Pai—. Se entrega al desenfreno y al exceso. Malgasta dinero mientras Alezkar languidece. La gente de las ciudades exteriores pasa hambre aunque envían alimentos aquí, pensando que los entregarán a los soldados que lo necesitan. La comida se pudre porque no se puede molestar a la reina.

—Tienen comida de sobra en las Llanuras Quebradas —replicó

Lhan—. Allí las gemas les salen por las orejas. Y nadie pasa hambre aquí tampoco. Estás exagerando. La vida es buena.

—Si es tu vida o la de uno de sus lacayos. Incluso ha cancelado el Banquete de los Mendigos. Es reprobable.

Lhan gimió para sus adentros. Esto... esto iba a ser difícil. ¿Cómo convencerla? No quería que la muchacha hiciera nada que la pusiera en peligro. Ni..., bueno, a él tampoco. Sobre todo a él.

Entraron en el gran salón oriental del palacio. Las columnas talladas que había allí estaban consideradas una de las mayores obras de arte de todos los tiempos, y su historia podía remontarse a antes de los días de las sombras. El dorado del suelo era ingenioso: un oro brillante que había sido colocado bajo lazos de cristal animados y corría como riachuelos entre mosaicos. El techo había sido decorado por el mismísimo Oeelen, el gran pintor fervoroso, y plasmaba una tormenta que soplaba desde el este.

Todo esto podría haber sido crem de la calle a juzgar por la reverencia que Pai le mostraba. Parecía mirar solo a los fervorosos que paseaban contemplando la belleza. Y comiendo. Y componiendo nuevos poemas para Su Majestad... aunque, sinceramente, Lhan evitaba ese tipo de cosas. Parecía trabajo.

Tal vez la actitud de Pai procedía de celos residuales. Algunos fervorosos envidiaban a los elegidos personales de la reina. Trató de explicarle algunos de los lujos de los que a partir de ese momento podía disfrutar: baños calientes, montar a caballo usando los establos personales de la reina, música y arte...

La expresión de Pai se iba ensombreciendo con cada cosa que mencionaba. Rayos. Nada de aquello daba resultado. Cambio de plan.

—Ven —indicó Lhan, guiándola hacia las escaleras—. Quiero enseñarte una cosa.

Las escaleras serpenteaban por el complejo del palacio. A Lhan le encantaba ese palacio, hasta el último rincón. Blancos muros de piedra, lámparas de esferas doradas, y edad. Kholinar no había sido saqueada nunca. Era una de las pocas ciudades del este que no había sufrido ese destino en el caos producido después de la Hierocracia. El palacio se había incendiado una vez, pero el fuego se extinguió después de consumir el ala oriental. El milagro de Renner, lo llamaban. La llegada de una alta tormenta apagó el

incendio. Lhan era capaz de jurar que el lugar todavía olía a humo, transcurridos trescientos años. Y...

Oh, cierto. La muchacha. Continuaron bajando las escaleras hasta que por fin llegaron a las cocinas del palacio. El almuerzo ya había pasado, pero eso no impidió a Lhan coger al pasar un plato de pan frito, estilo herdaziano, de una de las encimeras. Preparaban de sobra para los favoritos de la reina, que podían tener hambre en cualquier momento. Ser un adulator adecuado te abría el apetito.

—¿Intentas atraerme con alimentos exóticos? —preguntó Pai—. Durante los últimos cinco años, solo he tomado un cuenco de arroz hervido en cada comida, con una pieza de fruta en ocasiones especiales. Eso no me tentará.

Lhan se detuvo en seco.

—No hablarás en serio, ¿verdad?

Ella asintió.

—¿Qué pasa contigo?

Ella se ruborizó.

—Pertenezco al Devotario de la Negación. Deseo experimentar la separación de las necesidades físicas de mi...

—Esto es peor de lo que pensaba —dijo Lhan, cogiéndola por la mano y empujándola a través de las cocinas. Casi al fondo encontraron la puerta que conducía al patio de servicio, donde se entregaban los suministros y se retiraban los residuos. Allí, a resguardo de la lluvia bajo el alero, encontraron montones de alimentos almacenados.

Pai se quedó boquiabierta.

—¡Qué desperdicio! ¿Me traes aquí para convencerme de que no levante una tormenta? ¡Estás haciendo todo lo contrario!

—Hubo una fervorosa que cogió todo esto y lo distribuyó entre los pobres —dijo Lhan—. Murió hace unos años. Desde entonces, los demás han hecho algún intento de cuidar de esto. No mucho, pero sí algo. Acaban por recoger la comida, y la arrojan a la plaza para que los mendigos la aprovechen. Para entonces está casi toda podrida.

Tormentas. Casi pudo sentir el calor de su ira.

—Ahora bien —dijo Lhan—, si hubiera una fervorosa entre nosotros cuya única ansia fuera hacer el bien, piensa en todo lo que podría conseguir. Vaya, podría alimentar a cientos solo con lo que

se desperdicia.

Pai miró los montones de fruta podrida, los sacos de cereales abiertos, estropeados por la lluvia.

—En este punto reflexionemos sobre lo contrario —dijo Lhan—. Si una fervorosa intentara llevarse lo que tenemos... bueno, ¿qué podría sucederle?

—¿Eso es una amenaza? —preguntó ella en voz baja—. No temo el daño físico.

—Tormentas. ¿Crees que nosotros...? Muchacha, hago que otra persona me ponga las zapatillas por la mañana. No seas obtusa. No vamos a hacerte daño. Es demasiado trabajo. —Lhan se estremeció—. Te expulsarían, de manera rápida y silenciosa.

—Tampoco temo eso.

—Dudo de que temas nada, excepto tal vez un poco de diversión. Pero ¿de qué le serviría a nadie que te expulsaran? Nuestras vidas no cambiarían, la reina seguiría igual, y esa comida continuaría pudriéndose. Pero si te quedas, puedes hacer el bien. Quién sabe, tal vez tu ejemplo nos ayude a reformarnos, ¿no?

Le dio una palmadita en el hombro.

—Piénsalo un momento. Quiero ir a terminarme el pan.

Se alejó, mirando por encima del hombro varias veces. Pai estaba sentada entre los montones de comida podrida y los miraba. No parecía molestarle el hedor nauseabundo.

Lhan la observó desde el interior del palacio hasta que se aburrió. Cuando volvió de su masaje vespertino, ella seguía allí. Cenó en la cocina, que no era lo que se dice lujosa. La muchacha estaba sumamente interesada en aquellos montones de basura.

Por fin, cuando caía la noche, volvió con ella.

—¿No dudas jamás? —le preguntó la muchacha, contemplando aquellos montones de residuos, mientras fuera seguía lloviendo—. ¿No te paras a pensar en el coste de vuestra gula?

—¿Coste? —preguntó él—. Ya te he dicho que nadie pasa hambre porque nosotros...

—No me refiero al coste monetario —susurró ella—. Me refiero al coste espiritual. Para vosotros, para los que os rodean. Todo está mal.

—Oh, no está tan mal —replicó él, sentándose.

—Lo está. Lhan, es más grande que la reina y sus fiestas

despilfarradoras. No estaba mucho mejor antes, con las cazas del rey Gavilar y las guerras, principado contra principado. La gente oye hablar de la gloria de la batalla en las Llanuras Quebradas, de las riquezas que hay allí, pero nada de eso se materializa aquí jamás.

»¿Se preocupa alguien entre la élite alezi por el Todopoderoso? Claro, maldicen en su nombre. Ciertamente, hablan de los Heraldos, queman glifoguardas. Pero ¿qué hacen? ¿Cambian sus vidas? ¿Escuchan los Argumentos? ¿Se transforman, rehaciendo sus almas en algo más grande, algo mejor?

—Tienen Llamadas —replicó Lhan, jugueteando con los dedos. ¿Digitaleando, se diría entonces?—. Los devotarios ayudan.

Ella negó con la cabeza.

—¿Por qué no oímos nada de Él, Lhan? Los Heraldos dicen que derrotamos a los Portadores del Vacío, que Aharietiam fue la gran victoria de la humanidad. Pero ¿no debería haberlos enviado a hablar con nosotros, a aconsejarnos? ¿Por qué no vinieron durante la Hierocracia y nos denunciaron? Si lo que la Iglesia hacía era tan malo, ¿dónde estaba la palabra del Todopoderoso contra nosotros?

—Yo... No estarás sugiriendo que volvamos a eso, ¿verdad? —Lhan sacó su pañuelo y se frotó el cuello y la cabeza. La conversación iba de mal en peor.

—No sé qué estoy sugiriendo —susurró ella—. Solo que algo va mal. Todo esto está muy mal. —Lo miró, luego se puso en pie—. He aceptado tu propuesta.

—¿Sí?

—No me marcharé de Kholinar. Me quedaré aquí y haré todo el bien que pueda.

—¿No meterás en problemas a los otros fervorosos?

—Mi problema no es con los fervorosos —respondió ella, ofreciéndole una mano para ayudarlo a incorporarse—. Simplemente intentaré ser un buen ejemplo para que todos lo sigan.

—Bien, pues. Parece una buena decisión.

Pai se marchó y él se rascó la cabeza. Ella no había hecho ninguna promesa, no exactamente. Lhan no estaba seguro de cuánto debía preocuparse al respecto.

Resultó que tendría que haberse preocupado mucho.

A la mañana siguiente, se dirigió causalmente al Salón del

Pueblo, un edificio grande y abierto a la sombra del palacio, donde el rey o la reina atendían las preocupaciones de las masas. Una multitud de fervorosos horrorizados ocupaba el lugar.

Lhan se había enterado ya, pero tenía que verlo con sus propios ojos. Se abrió paso hasta las primeras filas. Pai estaba arrodillada allí, con la cabeza gacha. Al parecer, durante toda la noche había pintado glifos en el suelo a la luz de las esferas. Nadie se había dado cuenta. El lugar estaba habitualmente cerrado a cal y canto cuando no se utilizaba, y ella había empezado a trabajar mucho después de que todo el mundo estuviera dormido o borracho.

Los grandes glifos, escritos directamente sobre el suelo de piedra, llegaban hasta el dosel donde se encontraba el Trono Común del rey. Los glifos describían los diez estúpidos atributos, representados por los diez locos. Junto a cada glifo había un párrafo escrito con letra de mujer explicando cómo la reina ejemplificaba a cada uno de ellos.

Lhan leyó con horror. Esto... no solo reprendía. ¡Era una condena a todo el gobierno, a los ojos claros y al trono mismo!

Pai fue ejecutada a la mañana siguiente.

Las revueltas comenzaron esa tarde.



La voz en el interior de Eshonai gritaba todavía. Incluso cuando no armonizaba con el antiguo Ritmo de la Paz. Se mantenía ocupada para silenciarlo, recorriendo la meseta perfectamente circular situada ante Narak, donde sus soldados a menudo hacían prácticas.

Su pueblo se había convertido en algo antiguo, y a la vez algo nuevo. Algo poderoso. Formaban filas en esta meseta, canturreando a Furia. Ella los dividió por experiencia de combate. Una nueva forma no crearía a un soldado: muchos de ellos habían sido trabajadores todas sus vidas.

Tendrían una parte que desempeñar. Producirían algo grandioso.

—Los alezi vendrán —dijo Venli, caminando a su lado y cargando ausente sus dedos de energía y dejándola jugar entre dos de ellos. Venli sonreía a menudo cuando llevaba esta forma. Por lo demás, no parecía haber cambiado nada.

Eshonai sabía que ella misma había cambiado. Pero Venli... Venli actuaba como antes.

Algo fallaba.

—El agente que envió este informe está seguro —continuó Venli—. Tu visita al Espina Negra parece haberlos animado a entrar en acción, y los humanos pretenden atacar Narak con todas sus fuerzas. Naturalmente, esto todavía podría convertirse en un desastre.

—No —dijo Eshonai—. No. Es perfecto.

Venli la miró y se detuvo.

—No necesitamos más entrenamiento. Deberíamos actuar ahora, traer una alta tormenta.

—Lo haremos cuando los humanos se acerquen —dijo Eshonai.

—¿Por qué? Hagámoslo esta noche.

—Tonterías. Esta es una herramienta para utilizarla en batalla. Si producimos una tormenta inesperada ahora, los alezi no vendrán, y nosotros no ganaremos esta guerra. Tenemos que esperar.

Venli pareció pensativa. Finalmente sonrió y luego asintió.

—¿Qué sabes que no me estás contando? —exigió Eshonai, cogiendo a su hermana por el hombro.

La sonrisa de Venli aumentó.

—Simplemente, estoy convencida. Tenemos que esperar. La tormenta soplará en el sentido equivocado, después de todo. ¿O es que todas las otras tormentas han soplado en el sentido equivocado, y esta será la primera que lo haga en el sentido correcto?

¿El sentido equivocado?

—¿Cómo sabes eso de la dirección?

—Las canciones.

Las canciones. Pero... no decían nada de...

Algo en el interior de Eshonai la instó a seguir adelante.

—Si eso es cierto —dijo—, habrá que esperar a tener a los humanos prácticamente encima para atraparlos en ella.

—Entonces esto es lo que haremos —declaró Venli—. Yo me encargaré de la enseñanza. Nuestra arma estará preparada.

Hablaba al Ritmo del Ansia, un ritmo como el antiguo Ritmo de la Expectación, pero más violento.

Venli se marchó, seguida de su compañero de antaño y muchas de sus eruditas. Parecían cómodos en estas formas. Demasiado cómodos. No podrían haber contenido estas formas, antes... ¿o sí?

Eshonai hizo caso omiso a los gritos y se dispuso a preparar otro batallón de nuevos soldados. Siempre había odiado ser general. Qué irónico, pues, que fuera a ser recordada en sus canciones como la caudillo que por fin había aplastado a los alezi.



Taravangian, rey de Kharbranth, despertó con la espalda dolorida y los músculos entumecidos. No se sentía estúpido. Eso era buena señal.

Se sentó con un gemido. Esos dolores se habían convertido en algo constante, y sus mejores curadores se limitaban a sacudir la cabeza y a asegurarle que estaba en forma para su edad. En forma. Sus articulaciones crujían como leños en el fuego y no podía sentarse con rapidez, por miedo a perder el equilibrio y caerse al suelo. Envejecer era en realidad sufrir la traición definitiva, la del propio cuerpo contra uno mismo.

Se sentó en el camastro. El agua lamía suavemente el casco de su camarote y el aire olía a sal. Sin embargo, oyó gritos no muy lejanos. El barco llegaba a tiempo. Excelente.

Mientras se acomodaba, llegó un criado con una mesa y otro con un paño húmedo y caliente para limpiarle los ojos y las manos. Tras ellos esperaban los examinadores reales. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que Taravangian estuvo solo por última vez, completamente solo? Esa situación no se había dado desde que lo asaltaron los dolores.

Maben llamó a la puerta, portando la comida en una bandeja, guiso y papilla especiada. Se suponía que era bueno para su salud. Sabía a agua sucia. Agua sucia sosa. Maben entró para depositar la comida en la mesa, pero Mrall (un thayleño con una coraza de

cuero negro que llevaba la cabeza y las cejas afeitadas) la detuvo cogiéndola por el brazo.

—Primero pruébalas —dijo Mrall.

Taravangian alzó la cabeza, mirando al hombretón a los ojos. Mrall podía alzarse sobre una montaña e intimidar al mismo viento. Todo el mundo daba por hecho que era el jefe de los guardaespaldas de Taravangian. La verdad era más preocupante.

Mrall era quien decidía si Taravangian iba a pasar el día como monarca o como prisionero.

—¡Lo puedes dejar comer primero! —dijo Maben.

—Hoy es un día importante —dijo Mrall con voz grave—. Quiero saber el resultado de la prueba.

—Pero...

—Tiene derecho a exigirlo, Maben —intervino Taravangian—. Pongámonos a ello.

Mrall dio un paso atrás y los examinadores se acercaron, un grupo de tres predicetormentas ataviados con túnicas y gorros deliberadamente esotéricos. Presentaron una serie de páginas cubiertas de cifras y glifos. Eran la variante de una secuencia de problemas matemáticos cada vez más complicados que el propio Taravangian había diseñado en uno de sus mejores días.

Cogió la pluma con dedos vacilantes. No se sentía estúpido, aunque de hecho rara vez le daba por pensar eso. Solo en los peores días reconocía inmediatamente la diferencia. En esos días, su mente era espesa como la brea y se sentía prisionero en su propia capacidad, consciente de que algo había fallado de raíz.

Por fortuna, aquel no era un día de esos. No era un completo idiota. Como mucho, sería solo muy estúpido.

Se dedicó a la tarea, resolviendo los problemas matemáticos que pudo. Tardó casi una hora, pero el proceso le permitió calibrar su capacidad. Como había sospechado, no era un genio, pero tampoco completamente tonto. Era... un término medio.

Algo era algo.

Entregó los problemas a los predicetormentas, que consultaron entre sí en voz baja. Se volvieron hacia Mrall.

—Es adecuado para servir —proclamó uno—. Puede que no ofrezca comentarios vinculantes sobre el Diagrama, pero puede interactuar sin supervisión. Puede cambiar la política

gubernamental siempre que haya un lapso de tres días antes de que el cambio cobre efecto, y puede dar su veredicto libremente en los juicios.

Mrall asintió, mirando a Taravangian.

—¿Aceptas esta evaluación y estas restricciones, majestad?

—Acepto.

Mrall asintió, luego dio un paso atrás y permitió que Maben colocara la comida matutina sobre la mesa de Taravangian.

Los tres predicetormentas archivaron los papeles que había rellenado, luego se retiraron a sus propios camarotes. La prueba era un ritual extravagante, y consumía un tiempo valioso cada mañana. Con todo, era el mejor modo que Taravangian había encontrado para tratar con su estado.

La vida podía ser peliaguda para un hombre que despertaba cada mañana con un nivel de inteligencia distinto. Sobre todo cuando el mundo entero dependía de su capacidad mental o podía acabar aplastado por su idiotez.

—¿Cómo están las cosas ahí fuera? —preguntó Taravangian en voz baja mientras picoteaba la comida, que se había enfriado durante la prueba.

—Fatal —dijo Mrall con sonrisa—. Tal como queríamos.

—No te alegres del sufrimiento —replicó Taravangian—. Aunque sea producto nuestro. —Probó la papilla—. Sobre todo cuando es producto nuestro.

—Como desees. No lo haré más.

—¿De verdad puedes cambiar tan fácilmente? —preguntó Taravangian—. ¿Desconectar tus emociones a voluntad?

—Naturalmente —dijo Mrall.

Algo en eso llamó la atención de Taravangian, un hilo de interés. Si se hubiera hallado en uno de sus estados más inteligentes, podría haber profundizado en el tema, pero ese día sentía que el pensamiento se le escapaba como agua entre los dedos. En otros tiempos se preocupaba por las oportunidades perdidas, pero había acabado por aceptarlo. Había descubierto que los días de inteligencia conllevaban sus propios problemas.

—Déjame ver el Diagrama —pidió. Cualquier cosa con tal de distraerse de esa bazofia con la que insistían en alimentarlo.

Mrall se hizo a un lado, permitiendo que Adrotagia, la jefa de las

eruditas de Taravangian, se acercara con un grueso volumen encuadernado en cuero. Lo colocó en la mesa y luego inclinó la cabeza.

Taravangian posó los dedos sobre la cubierta de cuero, sintiendo un momento de... ¿reverencia? ¿Era eso? ¿Reverenciaba algo ya? Dios estaba muerto, después de todo, y el vorinismo por tanto era un fraude.

Ese libro, sin embargo, era sagrado. Lo abrió por una de las páginas marcadas con una caña. Dentro había garabatos.

Frenéticos, ampulosos, majestuosos garabatos que habían sido concienzudamente copiados de las paredes de su antiguo dormitorio. Los bocetos se amontonaban unos encima de otros, listas de números que no parecían tener ningún sentido, líneas sobre líneas sobre líneas de escritura realizada con mano agarrotada.

Locura. Y genio.

Aquí y allí, Taravangian descubrió atisbos de que el escrito era obra suya. La forma en que torcía una línea, la manera en que escribía en el borde de una pared, igual que escribiría por el lado de una página cuando salía corriendo de una habitación. No recordaba nada de aquello. Era el producto de veinte horas de lúcida locura, lo más inteligente que había sido jamás.

—¿No te parece extraño, Adro —le preguntó a la erudita—, que genio e idiotez sean tan similares?

—¿Similares? —repuso Adrotagia—. Vargo, no veo ninguna similitud.

Adrotagia y él habían crecido juntos, y ella todavía empleaba su apodo de la infancia. A él le gustaba. Le recordaba el pasado.

—Tanto en mis días más estúpidos como en los más increíbles —dijo Taravangian—, soy incapaz de interactuar de manera significativa con quienes me rodean. Es como... como si me convirtiera en un engranaje que no puede encajar con los que giran a su lado. Demasiado pequeño o demasiado grande, no importa. El reloj no funcionará.

—No se me había ocurrido —dijo Adrotagia.

Cuando Taravangian estaba en su momento de mayor estupidez, no se le permitía salir de esa habitación. Esos días se los pasaba babeando en un rincón. Cuando era solo medio lelo, se le permitía salir bajo supervisión. Esas noches las pasaba llorando por lo que

había hecho, sabiendo que las atrocidades que cometía eran importantes, pero sin saber por qué.

Cuando era tonto, no podía cambiar la política. Curiosamente, había decidido que cuando era demasiado inteligente, tampoco debía hacerlo. Había tomado esta decisión después de un día de genialidad en que pensó arreglar todos los problemas de Kharbranth con una serie de edictos muy racionales, como exigir que la gente se hiciera una prueba de inteligencia que él mismo había diseñado antes de que se les permitiera reproducirse.

Tan inteligente por un lado. Tan estúpido por otro. «¿Esa es tu broma entonces, Vigilante Nocturna? —se preguntó—. ¿Esa es la lección que he de aprender? ¿Te preocupan siquiera esas lecciones, o solo lo haces por pura diversión?». Volvió de nuevo su atención al libro, al Diagrama. Ese plan grandioso que había diseñado en su único día de inteligencia sin parangón. También entonces se había pasado el día mirando a la pared. Había escrito en ella. Farfullando todo el tiempo, haciendo conexiones que ningún hombre había hecho antes, y lo había escrito todo en las paredes, el suelo, incluso en las partes del techo que podía alcanzar. La mayoría lo había escrito en un lenguaje extraño, un lenguaje que él mismo había inventado, pues las escrituras que conocía no podían transmitir las ideas con la precisión suficiente. Por fortuna, se le había ocurrido tallar una clave en la superficie de su mesilla de noche, o de otro modo no habrían podido encontrarle sentido a su obra maestra.

Apenas podían encontrárselo de todas formas. Pasó varias páginas, copiadas exactamente de su habitación. Adrotagia y sus eruditas habían hecho anotaciones aquí y allá, ofreciendo teorías sobre el posible significado de los diversos dibujos y listas. Lo escribían en la escritura de las mujeres, que Taravangian había aprendido hacía años.

Las notas de Adrotagia en una página indicaban que una de las imágenes parecía ser un boceto del mosaico que había en el suelo del palacio veden. Taravangian se detuvo en esa página. Podría tener relevancia para las actividades de ese día. Por desgracia, no era lo suficientemente listo para encontrarle mucho sentido al libro o a sus secretos. Tenía que confiar en que su yo más inteligente tuviera razón en sus interpretaciones de su yo genial aún más inteligente.

Cerró el libro y soltó la cuchara.

—Vamos a ello.

Se levantó y salió del camarote, con Mrall a un lado y Adrotagia al otro. Salió a la luz y la vista de una humeante ciudad costera con sus enormes formaciones en terraza que parecían placas, o secciones de cortezapizarra; los restos de la ciudad las cubrían y prácticamente se desparramaban por los lados. Antaño, esta vista fue maravillosa. Entonces era negra, pues los edificios, e incluso el palacio, habían sido destruidos.

Vedenar, una de las grandes ciudades del mundo, había quedado reducida a un montón de cenizas y escombros.

Taravangian se detuvo junto a la amura. Cuando su barco había entrado en la bahía la noche anterior, la ciudad estaba salpicada por el brillo de los edificios en llamas. Parecían vivos. Más vivos que esto. El viento soplaba desde el océano, empujándolo desde atrás. Se llevaba el humo tierra adentro, lejos del barco, de modo que Taravangian apenas captaba su olor. Toda una ciudad quemada casi al alcance de su mano, y sin embargo el hedor se desvanecía en el viento.

El Llanto vendría pronto. Tal vez borraría parte de esta destrucción.

—Vamos, Vargo —dijo Adrotagia—. Están esperando.

Él asintió y bajó tras ella al bote que lo llevaría a la orilla. En el pasado hubo muelles grandiosos en esta ciudad. Ya no. Una facción los había destruido en un intento de derrotar a la otra.

—Es sorprendente —comentó Mrall, sentándose a su lado.

—¿No dijiste que no ibas a sentirte complacido nunca más? —señaló Taravangian, mientras el estómago se le revolvía al ver uno de los montones en el borde de la ciudad. Cadáveres.

—No estoy complacido —declaró Mrall—, sino asombrado. ¿Te das cuenta de que la Guerra de los Ochenta entre Emul y Tukar ha durado seis años, y no ha producido este nivel de desolación? ¡Jah Keved se devoró a sí misma en cuestión de meses!

—Moldeadores de almas —susurró Adrotagia.

Era más que eso. Incluso en su estado dolorosamente normal, Taravangian podía verlo. Sí, con moldeadores de almas que proporcionaban comida y agua, los ejércitos podían desplazarse velozmente, sin carretas ni líneas de suministros que los retrasaran,

y comenzar una matanza casi al momento. Pero Emul y Tukar también tenían sus moldeadores de almas.

Los marineros empezaron a remar hacia la orilla.

—Había más —dijo Mrall—. Cada alto príncipe pretendió hacerse con la capital. Eso los hizo confluír. Fue casi como las guerras de los salvajes del norte, con una fecha y un lugar convenidos para agitar las lanzas y cantar amenazas. Solo que aquí despobló un reino.

—Esperamos, Mrall, que estés exagerando —dijo Taravangian—. Necesitaremos a la gente de este reino.

Se dio la vuelta, sofocando un momento de emoción cuando vio cadáveres en las rocas de la orilla, hombres que habían muerto al ser despeñados desde un acantilado cercano. Este promontorio rocoso normalmente protegía los muelles de las altas tormentas. En la guerra, había sido utilizado para matar, cuando un ejército empujó al otro al vacío.

Adrotagia vio sus lágrimas y, aunque no dijo nada, frunció los labios en gesto de desaprobación. No le gustaba lo emotivo que se volvía cuando era intelectualmente inferior. Sin embargo, él sabía con certeza que la anciana quemaba una glifoguarda cada mañana como plegaria por su esposo muerto. Una acción extrañamente devota para unos blasfemos como ellos.

—¿Qué noticias hay hoy de casa? —preguntó Taravangian para distraer la atención de las lágrimas que se secaba.

—Dova informa de que el número de Susurros de Muerte que encontramos se ha reducido aún más. No encontró ninguno ayer, y solo dos el día anterior.

—Moelach se mueve, entonces —dijo Taravangian—. Ahora es seguro. La criatura debe de haber sido atraída por algo al oeste.

¿Y ahora qué? ¿Suspendía Taravangian los asesinatos? Su corazón ansiaba hacerlo... pero si pudieran descubrir un atisbo más del futuro, un hecho que pudiera salvar a cientos de miles, ¿no merecería el sacrificio de unos pocos?

—Dile a Dova que continúe el trabajo —indicó. No había previsto que su alianza atrajera la lealtad de una fervorosa, nada menos. El Diagrama, y sus miembros, no conocían límites. Dova había descubierto su trabajo por cuenta propia, y ellos tuvieron que admitirla o asesinarla.

—Así se hará —respondió Adrotagia.

Los remeros los llevaron hacia algunas rocas más lisas al borde de la bahía y luego saltaron al agua. Eran sirvientes de Taravangian; formaban parte del Diagrama. Confiaba en ellos, pues necesitaba confiar en alguien.

—¿Has investigado ese otro asunto que pedí? —preguntó Taravangian.

—Es una cuestión difícil —respondió Adrotagia—. Es imposible medir la inteligencia exacta de un hombre: incluso tus pruebas nos dan solo una aproximación. La velocidad con que respondes a las preguntas y la manera en que lo haces... bueno, eso nos permite hacer un juicio, pero burdo.

Los remeros empezaron a tirar de cuerdas para llevarlos a la playa rocosa. La madera rozó la piedra con un horrible sonido, pero al menos evitó que se oyeran los gemidos que se alzaban no muy lejos.

Adrotagia sacó de su bolsillo una hoja de papel y la desplegó. Mostraba una gráfica, con puntos que marcaban una especie de forma jorobada, un pequeño rastro a la izquierda que se convertía en una montaña en el centro, y luego caía en una curva similar a la derecha.

—Cogí los resultados de las pruebas de los últimos quinientos días y asigné a cada uno un número entre cero y diez —explicó—. Una representación de la inteligencia que tenías cada día, aunque como digo no es exacto.

—¿Y esa joroba cerca del centro? —preguntó Taravangian, señalando.

—Cuando tenías una inteligencia media —respondió Adrotagia—. La mayoría de las veces estás en esta zona, como puedes ver. Los días de pura inteligencia y los días de estupidez absoluta son poco frecuentes. Tuve que extrapolar a partir de lo que teníamos, pero creo que esta gráfica es más o menos precisa.

Taravangian asintió y permitió que uno de los remeros lo ayudara a desembarcar. Sabía que tenía más días de inteligencia media que de extremos. Sin embargo, lo que le había pedido a ella que calculara era cuándo podía esperar que se produjera otro día como cuando creó el Diagrama. Habían pasado años desde aquella jornada trascendental.

Ella bajó del bote y Mrall la siguió. Se acercó a Taravangian con la hoja en la mano.

—Así que aquí es donde fui más inteligente —dijo Taravangian, señalando el último punto de la gráfica. Estaba muy a la derecha, cerca de la zona inferior. Una representación de inteligencia alta, con baja frecuencia de repetición—. Este fue el día de la perfección.

—No —dijo Adrotagia.

—¿Qué?

—Ese fue el momento en que fuiste más inteligente durante los últimos quinientos días —explicó ella—. Este punto representa el día en que terminaste los problemas más complejos que te habías dejado y el día que diseñaste otros nuevos para emplearlos en pruebas futuras.

—Lo recuerdo. Fue cuando resolví el Problema de Fabrian.

—Sí. El mundo puede que te lo agradezca en el futuro, si sobrevive.

—Fui listo ese día —comentó él. Lo suficiente para que Mrall declarara que había que encerrarlo en el palacio, no fuera a revelar su naturaleza. Él estaba convencido de que si pudiera explicar su estado a la ciudad, todos atenderían a razones y le permitirían controlar sus vidas a la perfección. Había cursado una ley que exigía que toda la gente de inteligencia inferior a la media se suicidara por el bien de la ciudad. Había parecido razonable. Pensaba que tal vez se opusieran, pero consideraba que la irrefutabilidad del argumento los convencería.

Sí, había sido muy listo aquel día. Pero no tanto como el día del Diagrama. Frunció el ceño, inspeccionando el papel.

—Por eso no puedo responder a tu pregunta, Vargo —dijo Adrotagia—. Esa gráfica es lo que llamamos una escala logarítmica. Cada paso a partir de ese punto central no es igual: se solapan unos sobre otros a medida que avanzas. ¿Cómo eras de listo el día del Diagrama? ¿Diez veces más listo que cuando eres más listo?

—Cien —respondió Taravangian, mirando la gráfica—. Tal vez más. Déjame hacer los cálculos...

—¿No eres estúpido hoy?

—Estúpido, no. Corriente. Esto lo puedo calcular. Cada paso al lado es...

—Una cantidad medible de inteligencia —dijo ella—.

Podríamos decir que cada paso al lado dobla tu inteligencia, aunque es difícil de cuantificar. Los pasos hacia arriba son más fáciles: miden con qué frecuencia tienes días de la inteligencia indicada. Si empiezas por el centro del pico, verás que por cada cinco días que pasas siendo corriente, hay uno en que eres ligeramente estúpido y otro en que eres ligeramente listo. Por cada cinco de estos, pasas un día siendo moderadamente estúpido y un día moderadamente genial. Por cada cinco días así...

Taravangian se detuvo en las rocas. Sus soldados esperaban arriba, pero él siguió contando la gráfica. Se desvió hasta llegar al punto donde suponía que podía encontrarse el día del Diagrama. Incluso eso le pareció conservador.

—Todopoderoso en las alturas... —susurró. Miles de días. Miles y miles—. Nunca debería haber sucedido.

—Pues claro que sí —replicó ella.

—¡Pero es tan improbable que casi resulta imposible!

—Es perfectamente posible. La probabilidad de que sucediera es uno, ya que sucedió. Esta es la rareza de los valores atípicos y la probabilidad, Taravangian. Un día como ese podría volver a producirse mañana. Nada lo prohíbe. Todo es puro azar, por lo que entiendo. Pero si quieres conocer la probabilidad de que vuelva a suceder...

Él asintió.

—Si vivieras otros dos mil años, Vargo —dijo ella—, podría haber un solo día como ese entre ellos. Tal vez. Al cincuenta por ciento, diría yo.

Mrall bufó.

—Entonces fue suerte.

—No, simple probabilidad.

—Lo que sea —dijo Taravangian, doblando el papel—. Esta no era la respuesta que yo quería.

—¿Desde cuándo ha importado lo que nosotros queramos?

—Nunca, y nunca lo hará. —Taravangian se guardó la hoja en el bolsillo.

Se abrieron paso entre las rocas, dejando atrás cadáveres hinchados por haber estado demasiado tiempo al sol, y se unieron un grupito de soldados al final de la playa. Llevaban el blasón naranja quemado de Kharbranth. Taravangian tenía pocos soldados

a su nombre. El Diagrama exigía que su nación no representara una amenaza.

Sin embargo, el Diagrama no era perfecto. Encontraban errores en él de vez en cuando. O... no errores auténticos, sino deducciones fallidas. Taravangian había sido soberanamente inteligente ese día, pero no había podido ver el futuro. Había hecho deducciones educadas (muy educadas) y había acertado un sorprendente número de veces. Pero cuanto más se alejaban de aquel día y el conocimiento que tuvo entonces, más había que atender y cultivar el Diagrama para seguir el rumbo.

Por eso esperaba que se produjera otro día así pronto, un día para rehacer el Diagrama. Sin embargo, lo más probable era que no se produjera. Tendrían que continuar confiando en el hombre que una vez fue, confiando en su visión y comprensión.

Era mejor que nada. Los dioses y las religiones les habían fallado. Los reyes y altos señores eran egoístas, mezquinos. Si iba a confiar en algo en que creer, sería en sí mismo y en el genio absoluto de una mente humana sin trabas.

Sin embargo, en ocasiones era difícil seguir el rumbo. Sobre todo cuando se enfrentaba a las consecuencias de sus acciones.

Entraron en el campo de batalla.

Al parecer, cuando empezó el incendio gran parte de la lucha se había desviado a las afueras de la ciudad. Los hombres continuaron guerreando a pesar de que su capital ardía. Siete facciones. El Diagrama había deducido seis. ¿Importaba?

Un soldado le entregó un pañuelo perfumado para que se lo llevara a la cara mientras pasaban ante los muertos y moribundos. Sangre y humo. Olores que llegaría a conocer muy bien antes de que todo esto terminara.

Hombres y mujeres ataviados con las libreas de color naranja quemado de Kharbranth examinaban a muertos y heridos. Por todo el este, el color se había convertido en sinónimo de curación. De hecho, tiendas donde ondeaba el estandarte (el estandarte del cirujano) salpicaban el campo de batalla. Los curadores de Taravangian habían llegado justo antes de la batalla y habían empezado a atender a los heridos inmediatamente.

Mientras dejaba atrás los campos de muertos, los soldados vedados empezaron a levantarse de donde estaban sentados con ojos velados

de estupor. Entonces empezaron a vitorearlo.

—Por la mente de Pali —dijo Adrotagia, viéndolos levantarse en las lindes del campo de batalla—. No puedo creerlo.

Los soldados estaban separados en grupos según los estandartes, atendidos por los cirujanos de Taravangian, aguadores y confortadores. Heridos e ilesos por igual, todo el que podía se levantaba por el rey de Kharbranth y lo vitoreaba.

—El Diagrama dijo que sucedería —dijo Taravangian.

—Pensé que era un error —respondió ella, sacudiendo la cabeza.

—Lo saben —dijo Mrall—. Somos los únicos vencedores hoy. Nuestros curadores, que ganaron el respeto de todos los bandos. Nuestros confortadores, que ayudaron a los moribundos a fallecer. Sus altos señores solo les trajeron miseria. Tú les has traído vida y esperanza.

—Les he traído muerte —susurró Taravangian.

Había ordenado la ejecución de su rey, junto con los altos príncipes concretos que indicaba el Diagrama. Al hacerlo, había empujado a la guerra a las diversas facciones. Había puesto este reino de rodillas.

Y ahora lo vitoreaban. Se obligó a detenerse con uno de los grupos, a preguntar por su salud, a ver si había algo que pudiera hacer por ellos. Era importante que lo vieran como un hombre compasivo. El Diagrama lo explicaba con fría indiferencia, como si la compasión fuera algo que se pudiera medir en una copa junto a una pinta de sangre.

Visitó a un segundo grupo de soldados, luego a un tercero. Muchos se acercaron a él, para tocarle los brazos o la túnica, llorando lágrimas de agradecimiento y alegría. Sin embargo, un número aún mayor de soldados vedan permanecía sentado en sus tiendas contemplando los campos de cadáveres. Aturdidos.

—¿La Emoción? —le susurró a Adrotagia mientras dejaban atrás al último grupo de hombres—. Lucharon durante toda la noche mientras su capital ardía. Deben de haberla experimentado a fondo.

—Estoy de acuerdo —dijo ella—. Eso nos da un punto de referencia mayor. La Emoción es al menos tan fuerte aquí como en Alezkar. Tal vez más fuerte. Hablaré con nuestras eruditas. Tal vez esto ayude a localizar Nergaoul.

—No inviertas demasiados esfuerzos en eso —dijo Taravangian,

acercándose a otro grupo de soldados veden—. No estoy seguro de qué haríamos siquiera si lo encontráramos. —Un spren antiguo y maligno no era algo que tuviera recursos para domar. No todavía, al menos—. Preferiría saber adónde se dirige Moelach.

Con suerte, Moelach habría decidido no irse a dormir otra vez. De momento, los Susurros de Muerte les ofrecían la mejor forma que habían encontrado de aumentar el Diagrama.

No obstante, había una respuesta que nunca había podido determinar. Una por la que daría casi cualquier cosa.

¿Sería todo esto suficiente?

Se reunió con los soldados, y adoptó el aire de un anciano amable, aunque no muy listo. Preocupado y servicial. Casi era realmente ese hombre hoy. Intentó hacer una imitación de sí mismo cuando era un poco más tonto. La gente aceptaba a ese hombre, y cuando tenía ese intelecto, no necesitaba fingir compasión tanto como cuando era más listo.

Bendecido con la inteligencia, maldecido por la compasión de sentir dolor por lo que había hecho. ¿Por qué no podía tener ambas cosas a la vez? No creía que en otras personas la inteligencia y la compasión estuvieran relacionadas de esa forma. Los motivos de la Vigilante Nocturna tras sus dádivas y maldiciones eran insondables.

Taravangian avanzó entre las filas de hombres, oyó sus súplicas para que les dieran más asistencia y medicinas que aliviaran su dolor. Escuchó su agradecimiento. Los soldados habían sufrido una lucha que, incluso en ese momento, parecía no tener ningún vencedor. Querían algo a lo que aferrarse, y se suponía que Taravangian era neutral. Resultaba sorprendente con cuánta facilidad le desnudaban sus almas.

Llegó al siguiente soldado en la fila, un hombre con capa encapuchada que se sujetaba un brazo aparentemente roto. Taravangian miró a los ojos del encapuchado.

Era Szeth-hijo-hijo-Vallano.

Taravangian sintió un momento de puro pánico.

—Tenemos que hablar —dijo el shin.

Taravangian agarró al asesino por el brazo, apartándolo de la multitud de soldados veden. Con la otra mano, palpó en su bolsillo la piedra jurada que llevaba encima en todo momento. La sacó solo para verla. Sí, no era falsa. Condenación, ver a Szeth allí le había

hecho pensar que de algún modo lo habían superado, le habían robado la piedra y enviado a Szeth a matarlo.

El encapuchado se dejó llevar. ¿Qué había dicho? «Que tenía que hablar, idiota —pensó Taravangian para sí—. Si hubiera venido a matarte, estarías muerto».

¿Habrían visto a Szeth allí? ¿Qué diría la gente si vieran a Taravangian relacionarse con un shin calvo? Con menos se habían propagado rumores. Si alguien veía un atisbo de que Taravangian estaba relacionado con el infame Asesino de Blanco...

Mrall advirtió inmediatamente que algo iba mal. Ladró órdenes a los guardias, separando a Taravangian de los soldados veden. Adrotagia (que estaba sentada cruzada de brazos cerca, observando y dando pataditas en el suelo) se puso en pie de un salto para acercarse. Miró a la persona bajo la capucha, luego se quedó boquiabierta, el color borrado de su rostro.

—¿Cómo te atreves a venir aquí? —le dijo Taravangian a Szeth, hablando entre dientes mientras mantenía una pose y expresión alegres. Hoy solo era de inteligencia media, pero seguía siendo rey, criado y formado en la corte. Podía mantener la compostura.

—Ha surgido un problema —dijo Szeth con voz inexpresiva. Hablar con esta criatura era como hacerlo con uno de los muertos.

—¿Por qué no has matado a Dalinar Kholin? —exigió Adrotagia con ansiedad—. Sabemos que huiste. ¡Regresa y haz el trabajo!

Szeth la miró, pero no respondió. Ella no poseía su piedra jurada. Sin embargo, él pareció estudiarla con aquellos ojos inexpresivos suyos.

Condenación. Su plan era impedir que Szeth conociera o supiera de Adrotagia, por si decidía volverse contra Taravangian y matarlo. El Diagrama especulaba con esta posibilidad.

—Kholin tiene a alguien que es capaz de potenciar —dijo Szeth.

Así que Szeth conocía a Jasnah. ¿Había fingido entonces su muerte, como sospechaba? Condenación.

El campo de batalla pareció callarse. Para Taravangian, los gemidos de los heridos se apagaron. Todo se redujo a Szeth y a él. Esos ojos. El tono de voz del hombre. Un tono peligroso. ¿Qué...?

«Habla con emoción —advirtió Taravangian—. Ha dicho la última frase con pasión». Parecía una súplica. Como si la voz de Szeth estuviera siendo aplastada por los lados.

Este hombre no estaba cuerdo. Szeth-hijo-hijo-Vallano era el arma más peligrosa de todo Roshar, y estaba roto.

Tormenta, ¿por qué no podía haber pasado esto en un día en que Taravangian tuviera algo más que media inteligencia?

—¿Qué te hace decir eso? —preguntó, tratando de ganar tiempo para que su mente examinara las implicaciones. Tenía la piedra jurada de Szeth ante él, casi como si pudiera espantar los problemas igual que la glifoguarda de una mujer supersticiosa.

—Luché con él —explicó Szeth—. Protegí a Kholin.

—Ah, sí —respondió Taravangian, pensando furiosamente. Szeth había sido desterrado de Shinovar, convertido en Sinverdad por algo relacionado con una afirmación suya de que los Portadores del Vacío habían regresado. Si descubría que no se equivocaba en esa afirmación, entonces qué...

«¿Él?».

—Luchaste con un potenciador —dijo Adrotagia, mirando a Taravangian.

—Sí —respondió Szeth—. Un alezi que se alimentaba de luz tormentosa. Hizo sanar un brazo atravesado por una hoja esquirlada. Es... Radiante. —Aquella tensión en su voz no parecía segura. Taravangian miró las manos de Szeth. Abría y cerraba continuamente los puños, como si fueran corazones latiendo.

—No, no —dijo Taravangian—. Me he enterado de esto hace poco. Sí, ahora tiene sentido. Una de las hojas de Honor ha desaparecido.

Szeth parpadeó, y se concentró en Taravangian, como si regresara de un lugar lejano.

—¿Una de las otras siete?

—Sí —dijo Taravangian—. Solo he oído insinuaciones. Tu pueblo es reservado. Pero sí..., veo que es una de las dos que permiten la Regeneración. Kholin debe tenerla.

Szeth osciló adelante y atrás, aunque no parecía consciente del movimiento. Incluso en estas circunstancias se movía con la gracia de un luchador. «Tormentas».

—El hombre con el que luché no invocó ninguna espada —dijo Szeth.

—Pero usó luz tormentosa —apuntó Taravangian.

—Sí.

—Por tanto debe de tener una hoja de Honor.

—Yo...

—Es la única explicación.

—Es... —La voz de Szeth se volvió más fría—. Sí, la única explicación. Lo mataré y la recuperaré.

—No —dijo Taravangian con firmeza—. Volverás con Dalinar Kholin y llevarás a cabo la tarea que se te ha asignado. No luches contra ese otro hombre. Ataca cuando no esté presente.

—Pero...

—¿Tengo tu piedra jurada? —preguntó Taravangian—. ¿Hay que cuestionar mi palabra?

Szeth dejó de oscilar. Su mirada se encontró con la de Taravangian.

—Sinverdad soy. Hago lo que mi amo requiere y no pido explicaciones.

—Aléjate del hombre de la hoja de Honor —insistió Taravangian—. Mata a Dalinar.

—Así se hará.

Szeth se dio media vuelta y se marchó. Taravangian quiso darle más instrucciones. «¡Que no te vean! ¡No vuelvas a acudir a mí en público nunca más!». Pero no hizo tal cosa: se quedó allí sentado en el camino, perdida la compostura. Jadeó, temblando, mientras el sudor le corría por la frente.

—Padre Tormenta —dijo Adrotagia, sentándose en el suelo junto a él—. Creí que estábamos muertos.

Los criados acudieron con una silla para Taravangian mientras Mrall se excusaba en su nombre. «El rey está abrumado de dolor por las muertes de tantos. Es viejo, sabéis. Y tan compasivo...».

Taravangian inspiró y espiró, luchando por recuperar el control. Miró a Adrotagia, que estaba sentada en medio de un círculo de criados y soldados, todos fieles al Diagrama.

—¿Quién es? —preguntó en voz baja—. ¿Quién es este potenciador?

—¿La pupila de Jasnah? —dijo Adrotagia.

Se habían sobresaltado cuando aquella muchacha llegó a las Llanuras Quebradas. Ya habían planteado la hipótesis de que había sido entrenada. Si no por Jasnah, entonces por su hermano, antes de su muerte.

—No —dijo Taravangian—. Es varón. ¿Uno de los miembros de la familia de Dalinar? —Pensó durante un rato—. Necesitamos el Diagrama.

Ella fue a traerlo del barco. Nada más, ni sus visitas a los soldados, ni las reuniones más importantes con los líderes vedan, importaba ahora. El Diagrama estaba equivocado. Estaban perdidos en territorio peligroso.

Adrotagia regresó con el Diagrama y los predicetormentas, que emplazaron una tienda alrededor de Taravangian allí mismo en el sendero. Las excusas continuaron. «El rey está débil por el sol. Debe descansar y quemar glifoguardas al Todopoderoso por la conservación de vuestra nación. Taravangian se preocupa mientras vuestros propios ojos claros os envían al matadero...».

A la luz de las esferas, Taravangian revisó el tomo, repasando las traducciones de sus palabras, escritas en un idioma que él había inventado y luego olvidado. Respuestas. Necesitaba respuestas.

—Adro, ¿alguna vez te dije lo que pedí? —susurró mientras leía.

—Sí.

Él apenas escuchaba.

—Capacidad —susurró, pasando una página—. Capacidad para detener lo que se avecinaba. La capacidad para salvar a la humanidad.

Siguió buscando. Ese día no era muy inteligente, pero había pasado muchas horas leyendo estas páginas, repasando los párrafos una y otra y otra vez. Las conocía.

Las respuestas estarían allí. Tenían que estar. Taravangian ya solo adoraba a un dios. Al hombre que fue aquel día.

«Aquí está».

La encontró en una reproducción de un rincón de su habitación, donde había escrito con letra diminuta unas frases encima de otras porque se había quedado sin espacio. Con su claridad de genio, las frases habían parecido fáciles de separar, pero sus eruditas habían tardado años en desentrañar lo que decía esto.

«Ellos vendrán. No puedes detener sus juramentos. Busca a los que sobrevivan cuando no deberían hacerlo. Este patrón será la clave».

—Los hombres del puente —susurró Taravangian.

—¿Qué? —preguntó Adrotagia.

Taravangian alzó la cabeza, parpadeando cansado.

—Los hombres del puente de Dalinar, los que recibió de Sadeas. ¿Leíste el relato de su supervivencia?

—No pensé que fuera importante. Solo es otro juego de poder entre Sadeas y Dalinar.

—No. Es algo más.

Habían sobrevivido. Taravangian se levantó.

—Despierta a todos los durmientes alezi que tenemos: envía a todos los agentes a la zona. Se contarán historias de uno de esos hombres. Supervivencia milagrosa. Favor de los vientos. Hay uno entre ellos. Puede que no sepa exactamente lo que está haciendo, pero se ha vinculado con un spren y ha jurado al menos el Primer Ideal.

—¿Y si lo encontramos? —preguntó Adrotagia.

—Lo mantenemos alejado de Szeth a toda cosa. —Taravangian le tendió el Diagrama—. Nuestras vidas dependen de ello. Szeth es una bestia que se roe la pata para escapar de sus cadenas. Si se libera...

Ella asintió y se marchó a hacer lo que le había ordenado. Se detuvo en la puerta de su tienda temporal.

—Tal vez tendríamos que volver a calibrar nuestros métodos de determinar tu inteligencia. Lo que he visto en la última hora me hace cuestionar si hoy puede aplicársete el término «medio».

—Las calibraciones no están equivocadas —respondió él—. Simplemente, subestimas al hombre medio.

Además, al tratar con el Diagrama, él podía no recordar lo que había escrito o por qué... pero en ocasiones había ecos.

Ella se marchó, dejando paso a Mrall, que entró luego.

—Majestad. Se nos acaba el tiempo —dijo—. El alto príncipe se está muriendo.

—Lleva años agonizando.

Con todo, Taravangian avivó el paso, tanto como era capaz de hacer hoy en día, mientras reemprendía la caminata. No se detuvo con ningún soldado más, y solo dirigió breves saludos a los vítores que recibía.

Por fin, Mrall lo llevó al otro lado de una colina, lejos del hedor de la batalla y la ciudad humeante. Allí, en una serie de carromatos ondeaba una bandera de buen augurio, la del rey de Jah Keved. Los

guardias dejaron pasar a Taravangian al círculo de carretas, y se acercó a la más grande, un vehículo enorme que casi parecía un edificio con ruedas.

Encontraron al alto príncipe Valam... al rey Valam, en la cama, tosiendo. Se le había caído el pelo desde la última vez que Taravangian lo vio, y tenía las mejillas tan hundidas que en ellas podía haberse acumulado el agua de la lluvia. Redin, el hijo bastardo del rey, permanecía al pie de la cama, con la cabeza gacha. Con los tres guardias que había en la habitación, no había espacio para Taravangian, así que se detuvo en la puerta.

—Taravangian —dijo Valam, luego tosió en su pañuelo. Lo retiró manchado de sangre—. Has venido a por mi reino, ¿no?

—No sé a qué te refieres, majestad.

—No te hagas el tonto —replicó Valam—. No lo soporto en las mujeres ni en los rivales. Padre Tormenta... no sé qué van a hacer contigo. Casi creo que te habrán asesinado antes de que acabe la semana. —Agitó una mano enferma, toda vendada, y los guardias dejaron paso a Taravangian para que entrara en el pequeño dormitorio.

»Un ardid astuto —dijo el rey—. Enviar esa comida, esos curadores. He oído decir que los soldados te aman. ¿Qué habrías hecho si uno de los bandos hubiera ganado claramente?

—Habría tenido un nuevo aliado —dijo Taravangian—. Agradecido por mi ayuda.

—Ayudaste a todos los bandos.

—Pero más al vencedor, majestad. Podemos atender a los supervivientes, pero no a los muertos.

Valam volvió a toser con grandes estertores. Su hijo bastardo se acercó, preocupado, pero el rey hizo que se apartara.

—Tendría que haber imaginado que serías el único de mis hijos que viviría, bastardo —le dijo el rey entre jadeos. Se volvió hacia Taravangian—. Resulta que tienes una reclamación legítima al trono, Taravangian. Por parte de madre, ¿no? ¿Matrimonio con una princesa veden hará unas tres generaciones?

—No tengo noticias de ello —dijo Taravangian.

—¿No me has oído? Te he dicho que no te hagas el tonto.

—Los dos tenemos un papel que representar en esta función, majestad. Yo simplemente recito las líneas tal como fueron escritas.

—Hablas como una mujer —dijo Valam. Escupió sangre en el suelo—. Sé lo que pretendes. Dentro de aproximadamente una semana, después de cuidar a mi pueblo, tus escribas «descubrirán» tu pretensión al trono. Reacio, aceptarás para salvar el reino, como te pedirá mi propio pueblo.

—Veo que te han leído el guión —dijo Taravangian en voz baja.

—Ese asesino vendrá a por ti.

—En efecto, es posible. —Era la verdad.

—No sé por qué tormentas intenté hacerme con este trono —masculló Valam—. Al menos moriré como rey. —Inspiró profundamente, luego alzó la mano, haciendo un gesto impaciente a las escribas que esperaban fuera de la habitación. Las mujeres se levantaron y asomaron la cabeza.

»Voy a nombrar a este idiota mi heredero —anunció Valam, señalando a Taravangian—. ¡Ja! ¡A ver qué tal les sienta a los otros altos príncipes!

—Están muertos, majestad —explicó Taravangian.

—¿Qué? ¿Todos ellos?

—Sí.

—¿Incluso Boriar?

—Sí.

—Mmm. Bastardo.

Al principio, Taravangian pensó que era una referencia a uno de los difuntos. Luego, no obstante, advirtió que el rey llamaba a su hijo ilegítimo. Redin dio un paso al frente y se arrodilló junto a la cama mientras Taravangian le dejaba sitio.

Valam se debatió con algo que tenía bajo las mantas: su puñal. Redin le ayudó a sacarlo y luego sostuvo torpemente el arma.

Taravangian inspeccionó a Redin con curiosidad. ¿Este era el implacable verdugo del que había oído hablar? ¿Este hombre preocupado de aspecto indefenso?

—En el corazón —dijo Valam.

—Padre, no...

—¡En el corazón, tormentas! —gritó Valam, esparciendo saliva ensangrentada por toda la sábana—. No pienso quedarme aquí tendido y permitir que Taravangian soborne a mis propios criados para que me envenenen. ¡Hazlo, muchacho! ¿O no puedes ocuparte de una cosa sencilla que...?

Redin clavó el puñal en el pecho de su padre con tanta fuerza que Taravangian dio un respingo. Entonces Redin se levantó, saludó y salió de la habitación.

El rey jadeó una vez más; tenía los ojos vidriosos.

—Así la noche reinará, pues la opción del honor es la vida...

Taravangian alzó una ceja. ¿Un susurro de muerte? ¿Allí, en ese instante? Rayos, y no estaba en una situación donde pudiera anotar la frase exacta. Tendría que recordarla.

La vida de Valam se disolvió como si fuera simplemente carne. Una hoja esquilada apareció del vapor junto a la cama, y luego cayó al suelo de madera del carromato. Nadie intentó cogerla. Los soldados de la habitación y las escribas de fuera miraron a Taravangian, luego se arrodillaron.

—Cruel, lo que le ha hecho Valam a ese —dijo Mrall al tiempo que señalaba con la cabeza al bastardo, que salía de la carreta.

—Más de lo que crees —respondió Taravangian, extendiendo la mano para tocar el puñal que asomaba a través de la manta y las ropas del pecho del viejo rey. Vaciló, los dedos a milímetros de la hoja—. El bastardo será conocido como parricida en los archivos oficiales. Si tuviera interés en este trono, esto se lo pondrá... difícil, más aún que su parentesco. —Taravangian retiró los dedos del puñal—. ¿Puedo quedarme un momento con el rey caído? Quisiera pronunciar una plegaria por él.

Los demás salieron de la habitación, incluso Mrall. Cerraron la puertecita y Taravangian se sentó en un taburete junto al cadáver. No tenía intención de decir ningún tipo de plegaria, pero esperó un momento. A solas. Para pensar.

Había funcionado. Tal como instruía el Diagrama, Taravangian era rey de Jak Keved. Había dado el primer paso importante hacia la unificación del mundo, como Gavilar habría insistido si hubiera sobrevivido.

Eso era, al menos, lo que habían proclamado las visiones. Visiones que Gavilar le había confesado hacía seis años, la noche de la muerte del rey alezi. Gavilar había tenido visiones del Todopoderoso, que también estaba muerto, y de una tormenta venidera. «Únelos».

—Estoy haciendo todo lo que puedo, Gavilar —susurró Taravangian—. Lamento que tenga que matar a tu hermano.

Ese no sería el único pecado que pendería sobre su cabeza cuando todo hubiera terminado. Ni por una leve brisa ni por un vendaval.

Deseó, una vez más, que ese día hubiera sido una jornada de inteligencia superior. Entonces no se habría sentido tan culpable.

QUINTA PARTE

Vientos encendidos

KALADIN ♦ SHALLAN ♦ DALINAR ♦
ADOLIN ♦ SAGAZ

LA ESPADA
ESCONDIDA

Ellos vendrán no puedes detener sus juramentos busca a los que sobrevivan cuando no deberían hacerlo este patrón será la clave.

Del Diagrama, Coda de la Esquina Inferior Noroeste, párrafo 3

La has matado...».

Kaladin no podía dormir.

Sabía que debía descansar. Yacía en su oscuro cuarto del barracón, rodeado de piedra familiar, cómodo por primera vez desde hacía días. Una almohada blanda, un colchón tan bueno como el que tenía en su casa, allá en Piedralar.

Sentía el cuerpo exprimido, como un trapo después de la limpieza. Había sobrevivido a los abismos y había traído a Shallan de vuelta sana y salva. Ahora necesitaba dormir y curarse.

«La has matado...».

Se sentó en la cama y sintió una oleada de mareo. Apretó los dientes y la dejó pasar. Bajo el vendaje sintió el latido de la herida de la pierna. Los cirujanos del campamento habían hecho un buen trabajo: su padre habría estado satisfecho.

Fuera, el campamento parecía demasiado tranquilo. Después de

llenarlo de halagos y entusiasmo, los hombres del Puente Cuatro habían ido a unirse al ejército para la expedición, junto con todas las otras cuadrillas de los puentes, que transportarían las estructuras para el paso de los soldados. Solo un pequeño contingente del Puente Cuatro se quedaría detrás para proteger al rey.

Kaladin extendió la mano en la oscuridad y palpó la pared hasta que encontró su lanza. La agarró, se apoyó en ella y se levantó. Sintió en la pierna una descarga inmediata de dolor y tuvo que apretar los dientes, pero pudo soportarlo. Había tomado corteza de profundo para el dolor, y funcionaba. Había rechazado el musgoardiente que los cirujanos habían intentado administrarle. Su padre odiaba usar esa sustancia adictiva.

Kaladin se dirigió con esfuerzo hacia la puerta de su pequeña habitación, luego la empujó para abrirla y salió al exterior. Se protegió los ojos de la luz del sol y escrutó el cielo. No había nubes todavía. El Llanto, la peor parte del año, haría acto de presencia al día siguiente en cualquier momento. Cuatro semanas de lluvia incesante y penumbra. Era un Año Claro, así que ni siquiera habría una alta tormenta a la mitad. Triste.

Kaladin ansiaba la tormenta interior. Eso habría despertado su mente, le habría proporcionado ánimo para entrar en acción.

—¡Eh, gancho! —dijo Lopen, levantándose del lugar junto a la hoguera donde estaba sentado—. ¿Necesitas algo?

—Vamos a ver al ejército partir.

—Se supone que no puedes andar, creo...

—Estaré bien —dijo Kaladin, cojeando con dificultad.

Lopen corrió a ayudarlo y se colocó bajo su brazo para evitar que descargara su peso sobre la pierna herida.

—¿Por qué no brillas un poco, gon? —preguntó Lopen en voz baja—. Así sanarías ese problema.

Kaladin había preparado una excusa, algo sobre no querer alertar a los cirujanos curándose demasiado rápidamente. Pero tratándose de un miembro del Puente Cuatro no pudo decirla.

—He perdido la habilidad, Lopen —susurró—. Syl me ha dejado. El delgado herdaziano, raro en él, se quedó callado.

—Bueno —dijo por fin—, tal vez deberías comprarle algo bonito.

—¿Comprarle algo bonito? ¿A una spren?

—Sí. Como... no sé. Una planta bonita, tal vez, o un sombrero nuevo. Sí, un sombrero. Sería barato. Ella es pequeña. Si un sastre trata de cobrarte el precio completo por un sombrero tan chico, le das una buena tunda.

—Es el consejo más ridículo que me han dado jamás.

—Deberías frotarte con curry e ir dando saltitos por el campamento cantando nanas de comecuernos.

Kaladin miró a Lopen, incrédulo.

—¿Qué?

—¿Ves? Ahora lo del sombrero es el segundo consejo más ridículo que te han dado jamás, así que deberías intentarlo. A las mujeres les gustan los sombreros. Tengo una prima que los hace. Puedo preguntárselo. Tal vez no necesites el sombrero de verdad. Solo el spren del sombrero. Así será todavía más barato.

—Eres de un raro especial, Lopen.

—Pues claro que lo soy, gon. Solo hay uno como yo.

Continuaron recorriendo el campamento vacío. Tormentas, el lugar parecía muerto. Pasaron ante un barracón desierto tras otro. Kaladin caminaba con cuidado, agradecido por contar con la ayuda de Lopen, pero incluso así resultaba agotador. No debería estar moviendo la pierna. Las palabras de su padre, palabras de un cirujano, brotaron de las profundidades de su mente.

«Músculos desgarrados. Venda la pierna, protege contra la infección e impide al sujeto que apoye el peso en ella. Si se producen nuevos desgarros podría acabar en una cojera permanente, o algo peor».

—¿Quieres un palanquín? —preguntó Lopen.

—Son cosa de mujeres.

—No tiene nada de malo ser mujer, gancho. Algunos de mis parientes son mujeres.

—Pues claro que... —Se calló al ver la sonrisa de Lopen. Herdaziano de las tormentas. ¿Cuánto de lo que decía era para parecer deliberadamente obtuso? Bueno, Kaladin había oído a los hombres contar chistes sobre lo estúpidos que eran los herdazianos, pero Lopen podía darles la vuelta. Naturalmente, la mitad de los chistes del propio Lopen eran de herdazianos. Parecía considerarlos de lo más graciosos.

Mientras se acercaban a las mesetas, el silencio sepulcral dio

paso al grave murmullo de millares de personas congregadas en una zona limitada. Por fin Kaladin y Lopen dejaron atrás las filas de barracones y salieron a la terraza natural sobre los terrenos de desfile que desembocaban en las Llanuras Quebradas. Allí esperaban miles de soldados. Los lanceros en grandes bloques, arqueros ojos claros en filas más escasas, los oficiales a caballo con sus brillantes armaduras.

Kaladin jadeó suavemente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lopen.

—Es lo que siempre pensé que encontraría.

—¿Qué? ¿Hoy?

—De jovencito, en Alezkar —dijo Kaladin, inesperadamente emotivo—. Cuando soñaba con la gloria de la guerra, era esto lo que imaginaba.

No había imaginado los soldados novatos e incapaces que Amaram había entrenado en Alezkar. Tampoco había imaginado a los burdos aunque efectivos brutos del ejército de Sadeas, ni siquiera los rápidos equipos de ataque de las incursiones en las mesetas de los hombres de Dalinar.

Había imaginado esto. Un ejército entero, desplegado para una gran marcha. Las lanzas en alto, los estandartes ondeando, los tambores y trompetas, las mensajeras de librea, los escribas a caballo, incluso los moldeadores de almas del rey en su propia sección apartada, ocultos a la vista por paredes de tela que llevaban en varales.

Kaladin ya conocía la verdad de la batalla. Combatir no era una cuestión de gloria, sino de hombres que yacían en el suelo, gritando y revolviéndose, retorciéndose entre sus propias vísceras. Era cuestión de hombres de los puentes lanzándose contra una muralla de flechas, o de parshendi abatidos mientras cantaban.

Sin embargo, en ese momento, Kaladin se permitió soñar de nuevo. Le ofreció a su yo juvenil, que todavía guardaba en lo más profundo de su ser, el espectáculo que siempre había soñado. Fingió que estos soldados iban a hacer algo maravilloso en vez de causar solo otra masacre sin sentido.

—Eh, viene alguien más —dijo Lopen, señalando—. Mira eso.

Según indicaban los estandartes, a Dalinar solamente se le había unido otro alto príncipe: Roion. Sin embargo, mientras Lopen

señalaba, otro contingente, no tan grande ni tan bien organizado, se dirigía hacia el norte por el amplio sendero que se extendía por el borde oriental de los campamentos de guerra. Al menos otro alto príncipe había respondido a la llamada de Dalinar.

—Vamos a buscar al Puente Cuatro —dijo Kaladin—. Quiero despedirme de los hombres.

—¿Sebarial? —preguntó Dalinar—. ¿Las tropas de Sebarial se unen a nosotros?

Roion gruñó, retorciendo las manos como si quisiera lavárselas, mientras permanecía sentado en la silla.

—Supongo que deberíamos alegrarnos de tener algo de apoyo.

—Sebarial —repitió Dalinar, aturdido—. Ni siquiera enviaba soldados a las incursiones en las mesetas cercanas, donde no había riesgo de encontrar parshendi. ¿Por qué los envía ahora?

Roion sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

Dalinar hizo volverse a *Galante* y trotó hacia el grupo, seguido por Roion. Adelantaron a Adolin, que cabalgaba justo detrás con Shallan, el uno al lado de la otra, con los guardias de ella y los seguidores del príncipe. Renarin, naturalmente, estaba con los hombres del puente.

Shallan montaba uno de los caballos de Adolin, una jaca pequeña que parecía diminuta en comparación con *Sangre Segura*. Shallan llevaba un vestido de viaje del estilo de los que preferían las mujeres mensajeras, con la parte delantera y trasera abiertas hasta la cintura. Debajo llevaba calzas: básicamente pantalones de seda, pero las mujeres preferían otros nombres.

Tras ellos avanzaba un gran grupo de eruditas y cartógrafas de Navani, incluyendo a Isasik, que era la cartógrafa real. Se pasaban el mapa que había dibujado Shallan, mientras Isasik cabalgaba a un lado, la barbilla en alto, como si ignorara conscientemente las alabanzas que las mujeres hacían al mapa de Shallan. Dalinar necesitaba a todas aquellas eruditas, aunque deseaba que no fuera así. Cada escriba que traía era otra vida que ponía en peligro. Y que Navani viniera empeoraba la situación. No podía rebatir su argumento: «Si piensas que es lo bastante seguro para traer a la muchacha, entonces es bastante seguro para mí».

Mientras Dalinar se dirigía al encuentro del contingente de Sebarial, Amaram se acercó cabalgando, ataviado con su armadura esquirrada, la capa dorada ondeando al viento. Tenía un bello caballo de guerra, de la raza grande usada en Shinovar para tirar de carros pesados. Seguía pareciendo un poni comparado con *Galante*.

—¿Ese es Sebarial? —preguntó Amaram, señalando a los soldados que se aproximaban.

—Eso parece.

—¿Deberíamos decirle que se volviera?

—¿Por qué habríamos de hacer eso?

—No es digno de confianza —dijo Amaram.

—Mantiene su palabra, por lo que sé —dijo Dalinar—. Es más de lo que puedo decir de la mayoría.

—Mantiene su palabra porque nunca promete nada.

Dalinar, Roion, y Amaram trotaron hasta Sebarial, que se bajó de un carruaje al frente de su ejército. Un carruaje. Para un contingente bélico. Bueno, no retrasaría más a Dalinar que todas esas escribas. De hecho, probablemente debería tener preparados unos cuantos carruajes más. Sería agradable que Navani tuviera un modo de viajar con comodidad cuando los días empezaran a hacerse largos.

—¿Sebarial? —preguntó Dalinar.

—¡Dalinar! —dijo el grueso alto príncipe, cubriéndose los ojos—. Pareces sorprendido.

—Lo estoy.

—¡Ja! Eso es motivo suficiente para venir. ¿No es cierto, Palona?

Dalinar apenas pudo distinguir a la mujer sentada en el carruaje, ataviada con un enorme sombrero a la moda y un bello vestido.

—¿Has traído a tu amante? —preguntó.

—Claro. ¿Por qué no? Si fracasamos ahí fuera, estaré muerto y ella no tendrá dónde ir. Insistió, por cierto. Mujer de las tormentas... —Sebarial se detuvo junto a *Galante*—. Tengo un presentimiento respecto a ti, Dalinar, viejo amigo. Creo que es aconsejable estar cerca de ti. Algo va a suceder aquí en las Llanuras, y la oportunidad surge como el amanecer.

Roion bufó.

—Roion —dijo Sebarial—, ¿no deberías estar escondiéndote debajo de una mesa en alguna parte?

—Tal vez debería hacerlo, aunque solo fuera por estar lejos de ti.

Sebarial se echó a reír.

—¡Bien dicho, vieja tortuga! Tal vez este viaje no sea un completo aburrimiento. ¡Adelante, pues! A la gloria y todas esas tonterías. ¡Si encontramos riquezas, recordad que quiero mi parte! Llegué aquí antes que Aladar. Eso tiene que contar para algo.

—Antes... —dijo Dalinar con un sobresalto. Se dio media vuelta y miró hacia el campamento de guerra fronterizo con el suyo al norte.

Allí, un ejército con los colores blancos y verde oscuro de Aladar se dirigía a las Llanuras Quebradas.

—Eso sí que no me lo esperaba —dijo Amaram.

—Podríamos intentar dar un golpe —dijo Ialai.

Sadeas se volvió en la silla hacia su esposa. Sus guardias estaban repartidos por la colina a su alrededor, lo bastante lejos como para que no pudieran oírlos mientras el alto príncipe y su esposa disfrutaban de «un agradable paseo». En realidad, los dos querían echar un vistazo a las posesiones de Sebarial al oeste de los campamentos de guerra, donde estaba emplazada una serie de granjas.

Ialai cabalgaba mirando al frente.

—Dalinar estará fuera del campamento, y con él Roion, su único partidario. Podríamos apoderarnos del Pináculo, ejecutar al rey, y hacernos con el trono.

Sadeas volvió grupas, contemplando el este más allá de los campamentos. Apenas podía distinguir al ejército de Dalinar reuniéndose a lo lejos en las Llanuras Quebradas.

Un golpe de Estado. Un último paso, un bofetón en el rostro del viejo Gavilar. Lo haría. Tormentas, lo haría.

Salvo el detalle de que no necesitaba hacerlo.

—Dalinar se ha embarcado en esta estúpida expedición —dijo Sadeas—. Morirá pronto, rodeado y destruido en esas Llanuras. No tenemos que dar ningún golpe: si hubiera sabido que iba a hacer esto, ni siquiera habríamos necesitado a tu asesino.

Ialai apartó la mirada. Su asesino había fracasado. Consideraba

que era un fallo indigno por su parte, aunque el plan se había ejecutado con exactitud. Estas cosas no eran nunca seguras. Por desgracia, ya que lo habían intentado y fallado, debían tener cuidado con...

Sadeas hizo volverse a su caballo y frunció el ceño cuando una mensajera se acercó cabalgando. Los guardias la dejaron pasar y le entregó una carta a Ialai.

Ella la leyó y su semblante se ensombreció.

—Esto no va a gustarte —dijo, alzando la cabeza.

Dalinar espoleó a *Galante* y cruzó el terreno, asustando a las plantas, que se ocultaron en sus madrigueras. Adelantó a su ejército en unos pocos minutos de dura cabalgada y se acercó al nuevo contingente de hombres armados.

Allí estaba Aladar montado a caballo, observando a su ejército. Llevaba un bonito uniforme negro con franjas marrones en las mangas y un pañuelo a juego en el cuello. Los soldados marchaban a su alrededor. Tenía uno de los ejércitos más grandes de las Llanuras. Tormentas, reducido el número de soldados de Dalinar, el ejército de Aladar podía ser el más grande de todos.

También era uno de los principales partidarios de Sadeas.

—¿Cómo vamos a hacer esto, Dalinar? —preguntó Aladar mientras Dalinar se acercaba al trote—. ¿Vamos todos por nuestra cuenta, cruzando diferentes mesetas hasta encontrarnos, o marchamos en una columna enorme?

—¿Por qué? —preguntó Dalinar—. ¿Por qué has venido?

—¿Hiciste una defensa de lo más apasionada y ahora te sorprendes de que alguien te escuchara?

—Alguien no. Tú.

Aladar frunció los labios hasta reducirlos a una fina línea, y por fin se volvió a mirar a Dalinar a los ojos.

—Roion y Sebarial, los dos cobardes más grandes que hay entre nosotros, marchan a la guerra. ¿Voy a quedarme yo atrás y dejar que cumplan el Pacto de la Venganza sin mí?

—Los otros altos príncipes parecen dispuestos a hacerlo.

—Sospecho que se mienten mejor a sí mismos que yo.

De repente, todos los vehementes argumentos de Aladar,

siempre a la cabeza de la facción contraria a Dalinar, adquirieron una perspectiva diferente. «Discutía para convencerse a sí mismo — pensó Dalinar—. Le preocupaba que yo tuviera razón».

—A Sadeas no le hará gracia.

—Sadeas puede irse con las tormentas. No es mi dueño. — Aladar jugueteó con las riendas un momento—. Pero quiere serlo. Lo noto en los acuerdos que me obliga a hacer, en los cuchillos que coloca lentamente en las gargantas de todos. Nos querría a todos como esclavos cuando esto termine.

—Aladar —dijo Dalinar, acercando su caballo al del otro hombre para que los dos quedaran frente a frente. Lo miró a los ojos—. Dime que Sadeas no te ha enviado. Dime que esto no es parte de otro plan para abandonarme o traicionarme.

Aladar sonrió.

—¿Crees que te lo diría si fuera así?

—Quiero oír una promesa de tus labios.

—¿Y te fiarás de esa promesa? ¿De qué te sirvió, Dalinar, cuando Sadeas profesó ser amigo tuyo?

—Una promesa, Aladar.

Aladar lo miró a los ojos.

—Creo que las cosas que dices sobre Alezkar son ingenuas en el mejor de los casos, e indudablemente imposibles. Esos delirios tuyos no son un signo de locura, como Sadeas quiere hacernos pensar: son solo los sueños de un hombre que quiere desesperadamente creer en algo, algo estúpido. «Honor» es una palabra que se aplicaba a las acciones de los hombres del pasado cuyas vidas fueron blanqueadas por los historiadores. —Vaciló—. Pero... considérame un necio de las tormentas, Dalinar, me gustaría que pudieran ser verdad. He venido por mí mismo, no por Sadeas. No te traicionaré. Aunque Alezkar no pueda ser nunca lo que quieres, al menos podremos aplastar a los parshendi y vengar al viejo Gavilar. Es lo correcto.

Dalinar asintió.

—Podría estar mintiendo —dijo Aladar.

—Pero no es así.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Sinceramente? No lo sé. Pero si quiero que esto funcione, tendré que confiar en algunos de vosotros.

Hasta cierto punto. Nunca volvería a ponerse en otra situación

como la Torre.

Fuera como fuese, la presencia de Aladar significaba que esta incursión era posible. Juntos, los cuatro ejércitos superarían en número a los parshendi... aunque no estaba seguro de lo fiables que eran los cálculos de las escribas respecto al número de enemigos.

No era la gran coalición de todos los altos príncipes que Dalinar había querido, pero incluso con los abismos favoreciendo a los parshendi, esto podría ser suficiente.

—Marcharemos juntos —dijo Dalinar, señalando—. No quiero que nos dispersemos. Iremos meseta tras meseta, siempre en la misma cuando sea posible. Y tendrás que dejar atrás a tus parshmenios.

—Es un requerimiento poco habitual —dijo Aladar, con el ceño fruncido.

—Vamos a enfrentarnos a sus primos —respondió Dalinar—. Es mejor no arriesgarnos a que se vuelvan contra nosotros.

—Pero nunca... Bah, da igual. Puede hacerse.

Dalinar asintió y extendió una mano hacia Aladar mientras, detrás, Roion y Amaram se acercaban por fin al trote. Dalinar los había dejado atrás a lomos de *Galante*.

—Gracias —le dijo a Aladar.

—Crees de verdad en todo esto, ¿eh?

—Sí.

Aladar extendió la mano, pero vaciló.

—Te darás cuenta de que estoy manchado de arriba abajo. Tengo sangre en estas manos, Dalinar. No soy el caballero perfecto y honorable que pareces querer.

—Sé que no lo eres —dijo Dalinar, estrechando la mano—. Yo tampoco. Tendremos que apañárnoslas.

Asintieron ambos, y luego Dalinar hizo que *Galante* volviera grupas y empezó a trotar para volver con su propio ejército. Roion gimió, quejándose de que le dolían los muslos tras haber galopado hasta aquí. La cabalgada de hoy no iba a ser agradable para él.

Amaram se situó junto a Dalinar.

—¿Primero Sebarial y luego Aladar? Parece que tu confianza se gana hoy fácilmente, Dalinar.

—¿Preferirías que los rechazara?

—Piensa en lo espectacular que sería esta victoria si la

hiciéramos nosotros solos.

—Espero estar por encima de esas vanidades, viejo amigo —dijo Dalinar. Cabalgaron durante un rato, adelantando de nuevo a Shallan y Adolin. Dalinar escrutó a sus soldados y advirtió algo. Un hombre alto vestido de azul estaba sentado sobre una piedra en medio de los guardaespaldas del Puente Cuatro.

«Hablando de necios...».

—Ven conmigo —le dijo Dalinar a Amaram.

Amaram dejó retrasarse a su caballo.

—Creo que debería ir a ver...

—Ven —dijo Dalinar bruscamente—. Quiero que hables con ese joven para que puedas poner fin a los rumores y las cosas que ha estado diciendo sobre ti. Esto no hace bien a nadie.

—Muy bien —respondió Amaram, alcanzándolo.

Kaladin se encontraba de pie en medio de los hombres del puente, a pesar del dolor en su pierna, cuando advirtió que Adolin y Shallan pasaban de largo. Siguió a la pareja con la mirada. Adolin, montando su ryshadio de gruesos cascos, y Shallan, en un animal marrón de tamaño más modesto.

Se la veía preciosa. Kaladin estaba dispuesto a admitirlo, aunque solo fuera para sí. Cabello rojo brillante, sonrisa fácil. Dijo algo ingenioso: Kaladin casi captó las palabras. Esperó, deseando que mirara en su dirección, que sus miradas se cruzaran en la breve distancia.

No lo hizo. Continuó cabalgando, y Kaladin se sintió como un completo idiota. Una parte de él quiso odiar a Adolin por retener su atención, pero descubrió que no pudo hacerlo. La verdad era que le caía bien Adolin. Y esos dos eran buenos el uno para el otro. Encajaban.

Tal vez Kaladin podría odiar eso.

Se sentó en una roca, con la cabeza gacha. Los hombres del puente se apiñaron a su alrededor. Por suerte, no lo habían visto siguiendo a Shallan con la mirada, esforzándose por oír su voz. Renarin estaba de pie, como una sombra, al fondo del grupo. Los hombres del puente empezaban a aceptarlo, pero seguía pareciendo muy incómodo con ellos. Naturalmente, parecía incómodo con casi

todo el mundo.

«Tengo que hablar más con él sobre su estado», pensó Kaladin. Algo le parecía extraño en el joven y su explicación de la epilepsia.

—¿Por qué estás aquí, señor? —preguntó Bisig, devolviendo la atención de Kaladin hacia los otros hombres del puente.

—Quería venir a despediros —dijo Kaladin, suspirando—. Supuse que os alegraría verme.

—Eres como un niño —dijo Roca, agitando un grueso dedo ante él—. ¿Qué harías, gran capitán Bendito por la Tormenta, si pillaras a uno de estos hombres caminando con una pierna herida? ¡Mandarías que le dieran de azotes! Cuando estuviera curado, por supuesto.

—Creía que vuestro comandante era yo —advirtió Kaladin.

—No, no puede ser —dijo Teft—, porque nuestro comandante sería lo bastante listo para quedarse en la cama.

—Y comería mucho guiso —dijo Roca—. Te dejé guiso para que te lo comas mientras estoy fuera.

—¿Vas a ir en la expedición? —preguntó Kaladin, mirando al gran comecuernos—. Creí que solo estabas despidiendo a los hombres. No quieres luchar. ¿Qué vas a hacer ahí fuera?

—Alguien tiene que prepararles la comida —dijo Roca—. Esta expedición llevará días. No dejaré a mis amigos en manos de los cocineros del campamento. ¡Ja! La comida que cocinen será todo cereal y carne moldeada. ¡Sabe a crem! Alguien tiene que echarle las especias adecuadas.

Kaladin miró al grupo de hombres de ceño fruncido.

—Muy bien —dijo—. Me marchó. Tormentas, yo...

¿Por qué dejaban paso los hombres del puente? Roca miró por encima del hombro, luego se echó a reír y retrocedió.

—Ahora veremos problemas de verdad.

Tras ellos, Dalinar Kholin desmontaba de su caballo. Kaladin suspiró, luego hizo una señal a Lopen para que le ayudara a ponerse en pie y así saludar adecuadamente. Se irguió (ganándose una mirada de reprimenda de Teft) antes de advertir que Dalinar no venía solo.

Amaram. Kaladin se envaró, esforzándose por mantener una expresión neutra.

Dalinar y Amaram se acercaron. El dolor en la pierna de Kaladin

pareció desvanecerse, y por el momento solo pudo ver a aquel hombre. Aquel monstruo. Con la armadura esquirrada que Kaladin había ganado, una capa dorada ondeando tras él, llevando el símbolo de los Caballeros Radiantes.

«Contrólate», pensó Kaladin. Consiguió tragarse la ira. La última vez fue más fuerte que él, y se ganó semanas en prisión.

—Deberías estar descansando, soldado —dijo Dalinar.

—Sí, señor —respondió Kaladin—. Mis hombres ya me lo han dejado bastante claro.

—Entonces los entrenaste bien. Estoy orgulloso de tenerlos conmigo en esta expedición.

Teft saludó.

—Si hay peligro para ti, brillante señor, será ahí fuera en las Llanuras. No podemos protegerte si esperamos aquí.

Kaladin frunció el ceño cuando cayó en la cuenta de algo.

—Cikatriz está aquí... Teft... ¿Quién está protegiendo al rey?

—Nos hemos encargado de eso, señor —dijo Teft—. El brillante señor Dalinar me pidió que dejara a nuestro mejor hombre con un equipo de su propia elección. Todos vigilarán al rey.

Su mejor hombre...

Kaladin sintió frío. Moash. Habían dejado a Moash a cargo de la seguridad del rey, y tenía un equipo de su propia elección.

Tormentas.

—Amaram —dijo Dalinar, indicando al alto señor que se acercara—. Me dijiste que nunca habías visto a este hombre antes de llegar aquí a las Llanuras Quebradas. ¿Es eso cierto?

Kaladin miró a los ojos al asesino.

—Sí —dijo Amaram.

—¿Y eso que sostiene de que le quitaste tu espada y tu armadura?

—Brillante señor —dijo Amaram, cogiendo a Dalinar por el brazo—. No sé si el muchacho está tocado de la cabeza o si simplemente quiere llamar la atención. Quizá sirvió en mi ejército, como dice: desde luego lleva la marca de esclavo correcta. Pero sus alegaciones referidas a mí son obviamente ridículas.

Dalinar asintió para sí, como si fuera lo que esperaba.

—Creo que es necesaria una disculpa.

Kaladin se esforzó por mantenerse erguido, sintiendo la

debilidad de su pierna herida. Así que este sería su castigo final. Pedir disculpas a Amaram en público. Una humillación por encima de todas las demás.

—Yo... —empezó a decir.

—Tú no, hijo —dijo Dalinar en voz baja.

Amaram se volvió, su postura súbitamente más alerta, como la de un hombre que se prepara para una pelea.

—¡No crearás esas alegaciones, Dalinar!

—Hace unas semanas —dijo Dalinar—, recibí dos visitas especiales en el campamento. Una era de un sirviente de fiar que había venido de Kholinar en secreto, trayendo un cargamento precioso. La otra era ese cargamento: un loco que había llegado a las puertas de Kholinar con una hoja esquilada.

Amaram palideció y dio un paso atrás, dirigiendo la mano hacia un lado.

—Le dije a mi sirviente —continuó Dalinar tranquilamente— que fuera a beber con tu guardia personal (conocía a muchos de ellos) y hablara de un tesoro que el loco dice que lleva años oculto fuera del campamento. Siguiendo una orden mía, colocó luego la hoja esquilada del loco en una caverna cercana. Después de eso, esperamos.

«Está invocando su espada», pensó Kaladin, mirando la mano de Amaram. Kaladin echó mano a su puñal, pero Dalinar estaba levantando ya su propia mano.

La bruma blanca se condensó en los dedos de Dalinar y una hoja esquilada apareció, con la punta hacia la garganta de Amaram. Más ancha que la mayoría, por su aspecto casi parecía una cuchilla de carnicero.

Una espada se formó en la mano de Amaram un segundo más tarde... un segundo demasiado tarde. Abrió los ojos de par en par cuando miró a la hoja plateada que le apuntaba la garganta.

Dalinar tenía una espada esquilada.

—Pensé —dijo Dalinar— que si habías sido capaz de asesinar por una espada, desde luego estarías dispuesto a mentir por una segunda. Y por eso, después de enterarme de que fuiste subrepticamente a ver al loco por tu cuenta, te pedí que investigaras por mí lo que sostiene. Te di tiempo de sobra para que limpiaras tu conciencia, por respeto a nuestra amistad. Cuando me

dijiste que no habías encontrado nada, aunque en realidad habías recuperado la hoja esquilada, supe la verdad.

—¿Cómo? —susurró Amaram, mirando la espada que Dalinar empuñaba—. ¿Cómo la has recuperado? La saqué de la cueva. ¡Mis hombres la pusieron a salvo!

—No estaba dispuesto a arriesgarla solo por demostrar un argumento —dijo Dalinar con frialdad—. Me vinculé a esta espada antes de esconderla.

—La semana que pasaste enfermo —dijo Amaram.

—Sí.

—Condenación.

Dalinar exhaló, un siseo entre sus dientes.

—¿Por qué, Amaram? De toda la gente, creía que tú... ¡Bah! — La presa de Dalinar sobre el arma se tensó, los nudillos blancos. Amaram alzó la barbilla, como empujando el cuello hacia la punta de la hoja esquilada.

—Lo hice —dijo Amaram—, y lo volvería a hacer. Los Portadores del Vacío regresarán pronto, y debemos ser lo suficientemente fuertes para enfrentarnos a ellos. Eso significa portadores de esquilada expertos y hábiles. Al sacrificar a unos pocos de mis soldados, planeaba salvar a muchos más.

—¡Mentiras! —dijo Kaladin, trastabillando hacia delante—. ¡Solo querías la espada para ti!

Amaram lo miró a los ojos.

—Lamento lo que te hice a ti y a los tuyos. A veces, hombres buenos tienen que morir para que puedan cumplirse objetivos más grandes.

Kaladin sintió un escalofrío, un entumecimiento que se extendió desde su corazón hacia fuera.

«Está diciendo la verdad —pensó—. Cree... cree sinceramente que hizo lo correcto».

Amaram hizo desaparecer la espada y se volvió hacia Dalinar.

—¿Y ahora qué?

—Eres culpable de asesinato... de matar a hombres para obtener riquezas personales.

—¿Y qué sucede cuando envías a miles de hombres a la muerte para poder conseguir piedras corazón, Dalinar? —dijo Amaram—. ¿Es diferente? Todos sabemos que a veces hay que sacrificar vidas

por el bien común.

—Quítate la capa —rugió Dalinar—. No eres un Radiante.

Amaram alzó la mano y se soltó la capa. La arrojó al suelo. Se dio media vuelta y empezó a marcharse.

—¡No! —dijo Kaladin, cojeando tras él.

—Déjalo ir, hijo —dijo Dalinar, suspirando—. Su reputación está rota.

—Sigue siendo un asesino.

—Y lo trataremos con justicia cuando yo regrese. No puedo encarcelarlo: los portadores de esquirlada están por encima de eso, y se escaparía de todas formas. A los portadores se les ejecuta o se les deja en libertad.

Kaladin se desplomó, y Lopen apareció a un lado, agarrándolo mientras Teft lo cogía por el otro brazo. Se sentía sin fuerzas.

«A veces hay que sacrificar vidas por el bien común...».

—Gracias —le dijo Kaladin a Dalinar—, por creer en mí.

—A veces escucho, soldado. Ahora vuelve al campamento y descansa un poco.

Kaladin asintió.

—¿Señor? Ten cuidado ahí fuera.

Dalinar sonrió sombríamente.

—Lo tendré. Al menos ya tengo un modo de combatir al asesino, si llega. Con todas estas hojas esquirladas pasando de mano en mano últimamente, pensé que tener una yo también era demasiado lógico para ignorarlo. —Entornó los ojos, volviéndose hacia el este—. Aunque parece... de algún modo malo empuñar una. Qué extraño. ¿Por qué me pasa? Quizás es que añoro mi antigua espada.

Dalinar hizo desaparecer la hoja.

—Vete —dijo, volviendo hacia su caballo y el príncipe Roion, que observaba con gesto aturdido a Amaram marcharse, seguido de su guardia personal de cincuenta hombres.

Sí, aquel era el estandarte de Aladar, que se unía al de Dalinar. Sadeas pudo distinguirlo con el anteojo.

Permaneció sentado en silencio durante mucho, mucho tiempo. Tanto, que sus guardias, e incluso su esposa, empezaron a ponerse nerviosos. Pero no había ningún motivo.

Disimuló su malestar.

—Que mueran ahí fuera —dijo—. Los cuatro. Ialai, prepárame un informe. Querría saber... ¿Ialai?

Su esposa dio un respingo.

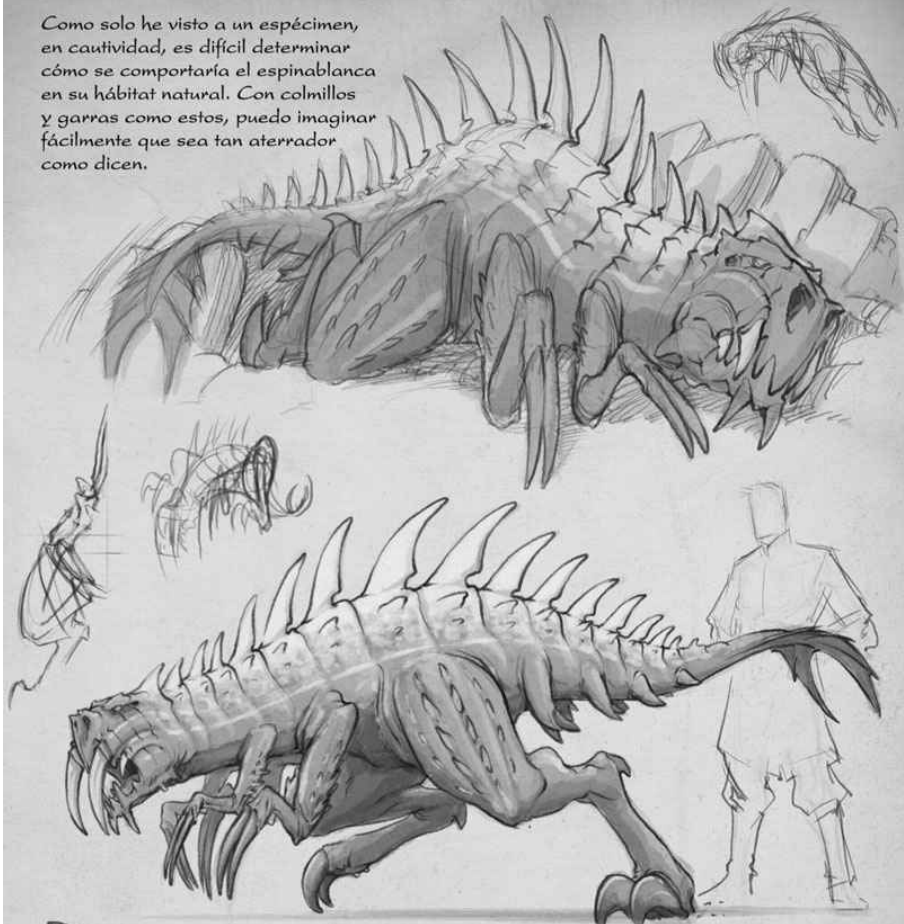
—¿Todo va bien?

—Simplemente, estaba pensando —dijo ella, distante—. En el futuro. Y lo que va a traer. Para nosotros.

—Va a traer nuevos altos príncipes para Alezkar —dijo Sadeas—. Haz un informe de cuáles entre nuestros altos señores vasallos serían adecuados para ocupar el puesto de los que caigan en el viaje de Dalinar. —Le lanzó el catalejo a la mensajera—. No haremos nada hasta que hayan muerto. Parece que, después de todo, esto acabará con Dalinar muerto a manos de los parshendi. Aladar puede ir con él, y a Condenación con el resto.

Volvió grupas y continuó el paseo, dando la espalda a las Llanuras Quebradas.

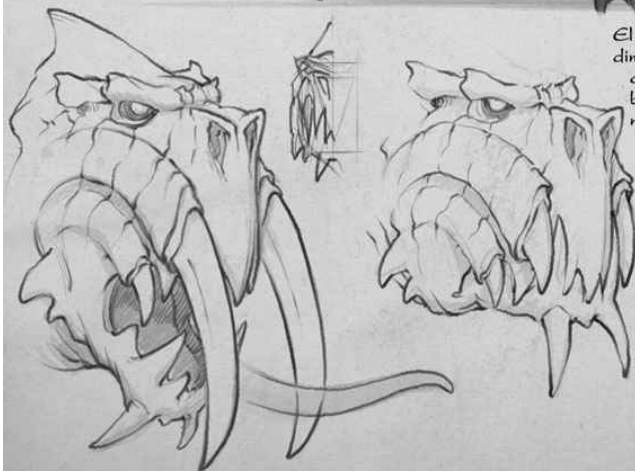
Como solo he visto a un espécimen, en cautividad, es difícil determinar cómo se comportaría el espinablanca en su hábitat natural. Con colmillos y garras como estos, puedo imaginar fácilmente que sea tan aterrador como dicen.



El espinablanca posee ojos diminutos insertados en cavidades. Puede que tenga buena visión periférica, pero mal enfoque en las distancias largas.

Las grandes cavidades nasales sugieren que dependen en gran medida de su sentido del olfato.

Los colmillos son muy valorados como trofeos. Los artesanos graban en la superficie, o los tallan para darle diversas formas. Los colmillos cambian de color, con el tiempo, del tono natural a un blanco liso y pulido.





Un peligro al desplegar un arma tan potente será el estímulo potencial de aquellos que exploran el vínculo Nahel. Hay que tener cuidado para evitar colocar a estos sujetos en situaciones de mucha tensión a menos que aceptes las consecuencias de su potencial Investidura.

Del Diagrama, tabla del suelo 27, párrafo 6

Como un río desembalsado de repente, los cuatro ejércitos se desparrramaron por las mesetas. Shalla observaba desde su caballo, impresionada, ansiosa. Su pequeña aportación al convoy consistía en Vathah y sus soldados junto con Marri, su doncella. Gaz, para variar, no había llegado todavía, y Vathah decía que no sabía dónde estaba. Tal vez tendría que haber indagado más en la naturaleza de sus deudas. Había estado demasiado ocupada con otras cosas... tormentas, si el hombre desaparecía, ¿cómo se sentiría al respecto?

Tendría que tratar con eso más tarde. Hoy era parte de algo enormemente importante: una historia que había comenzado con la primera expedición de casa de Gavilar y Dalinar a las Montañas Irreclamadas hacía años. Solo faltaba el capítulo final, la misión descubriría la verdad y decidiría el futuro de las Llanuras Quebradas, los parshendi y quizá de la misma Alezkar.

Espoleó a su montura, ansiosa. La jaca empezó a andar, tranquila a pesar de la impaciencia de Shallan.

Animal de las tormentas.

Adolin trotaba a su lado, montado en *Sangre Segura*. El hermoso animal era blanco puro, no gris polvoriento, como algunos caballos que ella había visto, sino blanco de verdad. Que Adolin tuviera el caballo más grande era claramente injusto. Ella era más bajita, así que debería ir en el caballo más alto.

—Me has dado a propósito un caballo lento —se quejó—, ¿verdad?

—Pues claro.

—Te abofetearía. Si pudiera llegar ahí arriba.

Él se echó a reír.

—Dijiste que no tenías mucha experiencia cabalgando, así que escogí un caballo que tuviera experiencia de sobra siendo cabalgado. Confía en mí, me lo agradecerás.

—¡Quiero cabalgar un caballo majestuoso cuando comencemos nuestra expedición!

—Y puedes hacerlo.

—Despacio.

—Técnicamente, ir despacio puede ser muy majestuoso.

—Técnicamente —dijo ella—, un hombre no necesita todos los dedos del pie. ¿Te quitamos unos cuantos y lo demostramos?

Él se rio.

—Mientras no me estropees la cara, no me importa.

—No seas ridículo. Me gusta tu cara.

Él sonrió, el yelmo de la armadura esquirrada colgaba de su silla para no estropearse el pelo. Ella esperó que añadiera un comentario al suyo, pero no lo hizo.

No importaba. Le gustaba Adolin tal como era. Amable, noble y auténtico. No importaba que no fuera especialmente inteligente ni... lo que quiera que fuese Kaladin. Ni siquiera podía definirlo. Así que bastaba.

«Apasionado, con una determinación intensa y ardiente. Una furia contenida que utilizó porque la había dominado. Y cierta arrogancia tentadora. No el orgullo altivo de los altos señores. Sino la segura y estable sensación de determinación que susurraba que no importaba quién fueras, o lo que hicieras, que no podrías hacerle

daño. No podrías cambiarlo.

»Era. Como eran el viento y las rocas».

Shallan no llegó a oír lo que dijo Adolin a continuación. Se ruborizó.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que Sebarial tiene un carruaje. Puede que quieras viajar con él.

—¿Porque soy demasiado delicada para cabalgar? —dijo Shallan—. ¿No te has enterado que volví caminando a través de los abismos en mitad de una alta tormenta?

—Hum, ya. Pero caminar y cabalgar son diferentes. Quiero decir, el dolor...

—¿Dolor? —preguntó Shallan—. ¿Por qué iba a estar dolorida? ¿No hace el caballo todo el trabajo?

Adolin la miró, abriendo mucho los ojos.

—Hum —dijo ella—. ¿Pregunta tonta?

—Dijiste que habías cabalgado antes.

—Ponis de los establos de mi padre. En círculo... Muy bien, por esa expresión tuya, me inclino a pensar que estoy siendo idiota. Cuando me sienta dolorida, me iré al carruaje con Sebarial.

—Antes de que te sientas dolorida —dijo Adolin—. Pongamos dentro de una hora.

Por molesta que estuviera con él por esta situación inesperada, no podía negarle su experiencia. Jasnah había definido una vez al necio como la persona que ignora la información porque no está de acuerdo con los resultados que desea.

Decidió no molestarse y disfrutar en cambio de la experiencia del viaje. El ejército en conjunto se movía muy despacio, considerando que cada pieza parecía ser muy eficaz. Los lanceros en bloque, las escribas a caballo, los exploradores por delante. Dalinar tenía seis enormes puentes mecánicos, pero también había traído a todos los antiguos hombres de los puentes y sus estructuras más sencillas, que transportaban a hombros, diseñadas como copias de las que habían dejado en el campamento de Sadeas. Eso estaba bien, ya que Sebarial solo tenía un par de cuadrillas.

Se permitió un momento de satisfacción personal por el hecho de que Sebarial hubiera participado en la expedición. Mientras pensaba en eso, advirtió que alguien corría por la fila de soldados

que tenía detrás. Un hombre bajo, con un parche en el ojo, que atrajo miradas de los guardias de Adolin.

—¿Gaz? —dijo Shallan con alivio mientras se acercaba corriendo, con un paquete bajo el brazo. Sus temores de que lo hubieran apuñalado en un callejón en alguna parte eran infundados.

—Lo siento, lo siento —dijo—. Ha llegado. Le debes al mercader dos broams de zafiro, brillante.

—¿Ha llegado? —preguntó Shallan, aceptando el paquete.

—Sí. Me pediste que te encontrara uno. Lo hice, tormentas. — Parecía orgulloso de sí mismo.

Ella desenvolvió la tela que rodeaba el objeto rectangular y encontró un libro dentro. *Palabras radiantes*, decía la cubierta. Los lados estaban gastados, y las páginas ajadas: en la parte superior incluso había una mancha de tinta derramada en algún momento del pasado.

Rara vez se había sentido tan contenta por recibir algo tan dañado.

—¡Gaz! —exclamó—. ¡Eres maravilloso!

Él sonrió, dirigiendo a Vathah una expresión triunfal. El otro hombre puso los ojos en blanco y murmuró algo que Shallan no alcanzó a oír.

—Gracias —dijo Shallan—. Gracias de verdad, Gaz.

A medida que pasaba el tiempo y un día llevaba a otro, Shallan encontró cada vez más agradable la distracción que le proporcionaba el libro. Los ejércitos avanzaban con la rapidez de chulls dormidos, y el paisaje era bastante aburrido, aunque nunca lo admitiría ante Kaladin o Adolin, considerando lo que les había dicho la última vez que estuvo aquí.

Sin embargo, el libro... El libro era maravilloso. Y frustrante.

«Pero ¿qué era la “maldad eminente” que llevó a la Traición?», pensó, escribiendo la acotación en su cuaderno. Era el segundo día de incursión en las Llanuras, y había accedido a viajar en el carruaje que Adolin le había proporcionado; sola, aunque a él le extrañó que no quisiera la compañía de su doncella. Shallan no quería tener que explicarle lo que era Patrón a la muchacha.

El libro dedicaba un capítulo a cada orden de los Caballeros

Radiantes, hablando de sus tradiciones, sus habilidades y sus actitudes. La autora admitía que gran parte eran habladurías: el libro había sido escrito doscientos años después de la Traición, y para entonces los hechos, las leyendas y las supersticiones se habían mezclado a placer. Además, estaba en un antiguo dialecto del alezi, usando protoescritura, una precursora de la escritura de las mujeres de hoy en día. Se pasó gran parte del tiempo averiguando significados, recurriendo en ocasiones a alguna de las eruditas de Navani para que le proporcionara definiciones o interpretaciones.

Con todo, había aprendido mucho. Por ejemplo, cada orden tenía distintos Ideales, o normas, para determinar su mejora. Algunos eran concretos, otros quedaban a la interpretación de los spren. Además, algunas órdenes eran individualistas, mientras que otras (como los Corredores del Viento) funcionaban en equipo, con una jerarquía específica.

Se echó hacia atrás en su asiento, pensando en los poderes descritos. ¿Aparecerían entonces los otros? ¿Cómo habían hecho Jasnah y ella? Hombres que podían revolotear elegantemente sobre el suelo como si no pesaran nada, mujeres que podían fundir la piedra al contacto. Patrón había ofrecido algunos comentarios útiles, pero la mayoría eran para decirle lo que probablemente era real, y qué era un error del libro, escrito de oídas. Su memoria era irregular, pero mejoraba, y oír lo que decía el libro a menudo le hacía recordar más.

En ese instante, zumbaba en el asiento junto a ella, satisfecho. El carruaje se sacudió (el camino era áspero), pero al menos allí dentro podía leer y consultar otros libros al mismo tiempo. A caballo, habría sido prácticamente imposible.

Sin embargo, se sentía encerrada. «No todo el mundo que pretende cuidar de ti está intentando hacer lo que hizo tu padre», se dijo con firmeza.

El dolor del que Adolin le había avisado no había llegado a manifestarse, claro. Al principio, sintió un poco de malestar en los muslos de sujetarse en la silla, pero la luz tormentosa lo hizo desaparecer.

—Mmm —dijo Patrón, subiéndose a la puerta del carruaje—. Ahí viene.

Shallan se asomó a la ventanilla y sintió una gota de agua

chispear contra su cara. La roca se oscureció a medida que la lluvia la cubría. Pronto el aire se llenó de una llovizna firme, ligera y agradable. Aunque más fría le recordó a algunos de los aguaceros de Jah Keved. Allí, en las tierras de tormenta, parecía que la lluvia rara vez era tan suave.

Corrió las persianas y se sentó en el centro del asiento para que la lluvia no la alcanzara. Pronto descubrió que el agradable sonido del agua apagaba las voces de los soldados y el monótono sonido de los pies en marcha, convirtiéndose en un grato acompañamiento a la lectura. Un párrafo llamó su atención, y por eso sacó su boceto de las Llanuras Quebradas y sus mapas antiguos de Sedetormenta.

«Tengo que descubrir cómo se relacionan estos mapas —pensó—. Múltiples puntos de referencia, preferiblemente». Si pudiera identificar dos lugares de las Llanuras Quebradas que encajaran con puntos del mapa que tenía de Sedetormenta, podría juzgar el tamaño que esta había tenido (el viejo mapa no tenía escala) y luego superponerlo sobre el mapa de las Llanuras Quebradas. Eso le daría algo de contexto.

Lo que realmente le llamaba la atención era la Puerta Jurada. En el mapa de Sedetormenta, Jasnah creía que estaba representado por un disco redondo, como un estrado, en la zona suroccidental de la ciudad. ¿Había una puerta en aquel estrado? ¿Un portal mágico a Urithiru? ¿Cómo lo manejaba uno de los caballeros?

—Mmm —dijo Patrón.

El carruaje empezó a frenar. Shallan frunció el ceño y se inclinó hacia la puerta, con intención de asomarse a la ventanilla. Sin embargo, la puerta se abrió, para descubrir a la alta dama Navani en el exterior. El mismísimo Dalinar le sostenía un paraguas.

—¿Te importa que te haga compañía? —preguntó Navani.

—En absoluto, brillante —dijo Shallan, disponiéndose a recoger sus papeles y libros, que había esparcido por todos los asientos. Navani le dio una afectuosa palmadita a Dalinar en el brazo, subió luego al carruaje y usó una toalla para secarse los pies y las piernas. Se sentó en cuanto Dalinar cerró la puerta.

Se pusieron de nuevo en marcha, y Shallan revolió nerviosa sus papeles. ¿Cuál era su relación con Navani? Era tía de Adolin, pero mantenía una relación romántica con su padre. Así que era una especie de futura suegra suya, aunque según la tradición vorin

Dalinar nunca podría casarse con ella.

Durante semanas, Shallan había intentado que esta mujer la escuchara, sin éxito. Pero ya parecía que le había perdonado haber traído la noticia de la muerte de Jasnah. ¿Significaba eso que Navani... la apreciaba?

—Bueno —dijo, sintiéndose incómoda—, ¿te ha exiliado Dalinar al carruaje para que no acabes dolorida, como Adolin hizo conmigo?

—¿Dolorida? Cielos, no. Si alguien debiera ir en el carruaje es Dalinar. Cuando haya que combatir, lo necesitaremos descansado y preparado. He venido porque resulta muy difícil leer a caballo mientras llueve.

—Oh. —Shallan se agitó en su asiento.

Navani la estudió. Finalmente, dejó escapar un suspiro.

—He estado ignorando cosas que no debería —dijo—. Porque me causan dolor.

—Lo siento.

—No tienes nada de lo que disculparte. —Navani extendió la mano hacia Shallan—. ¿Puedo?

Shallan miró las notas, diagramas y mapas. Vaciló.

—Estás dedicada a un trabajo que obviamente consideras muy importante —dijo Navani amablemente—. ¿La ciudad que estaba buscando Jasnah, según las notas que me enviaste? Tal vez pueda ayudarte a interpretar las intenciones de mi hija.

¿Había algo en estas páginas que incriminara a Shallan y descubriera sus poderes? ¿Sus actividades como Velo?

Le pareció que no. Había estado estudiando a los Caballeros Radiantes como parte de ello, pero buscaba su centro de poder, así que eso tenía sentido. Vacilante, le entregó los papeles.

Navani los hojeó, leyendo a la luz de las esferas.

—La organización de estas notas es... interesante.

Shallan se ruborizó. La organización tenía sentido para ella. Mientras Navani continuaba revisando las notas, Shallan descubrió que se sentía extrañamente ansiosa. Quería la ayuda de Navani, casi la había suplicado. En cambio en ese momento no podía dejar de pensar que esa mujer era una intrusa. Esto era su proyecto, su deber y su misión. Ya que al parecer Navani había superado su pena, ¿insistiría en hacerse cargo por completo?

—Piensas como una artista —dijo Navani—. Lo veo por la manera en que colocas tus notas. Bueno, supongo que no puedo esperar que todo lo que haces se anote exactamente como yo querría. ¿Un portal mágico a otra ciudad? ¿Jasnah creía de verdad en esto?

—Sí.

—Hum —dijo Navani—. Entonces probablemente será cierto. Esa chica nunca tuvo la decencia de equivocarse una cantidad apropiada de veces.

Shallan asintió, mirando las notas ansiosa.

—Oh, no seas tan quisquillosa. No voy a robarte el proyecto.

—¿Tan transparente soy? —preguntó Shallan.

—Obviamente, esta investigación es muy importante para ti. Deduzco que Jasnah te convenció de que el destino del mundo depende de las respuestas que encuentres, ¿no es así?

—Así es.

—Condenación —dijo Navani, pasando a la página siguiente—. No tendría que haberte ignorado. Fui mezquina.

—Fue la acción de una madre dolida.

—Las eruditas no tienen tiempo para esas tonterías. —Navani parpadeó, y Shallan vio una lágrima en los ojos de la mujer.

—Sigues siendo humana —dijo, extendiendo la mano y colocándola sobre la rodilla de la mujer—. No todos podemos ser trozos de roca sin emoción como Jasnah.

Navani sonrió.

—A veces tenía la empatía de un cadáver, ¿verdad?

—Pasa por ser demasiado inteligente —dijo Shallan—. Ves a todos los demás como idiotas que intentan ponerse a tu altura.

—Chana sabe la de veces que me he preguntado cómo eduqué a esa niña sin estrangularla. A los seis años, señalaba mis falacias lógicas cuando intentaba que se fuera a la cama a su hora.

Shallan sonrió.

—Yo siempre di por hecho que nació con treinta años.

—Oh, nació. Solo que su cuerpo tardó treinta y tantos en alcanzarla. —Navani sonrió—. No te quitaré el proyecto, pero tampoco debería permitir que hagas algo tan importante tú sola. Quiero colaborar. Resolver los acertijos que la cautivaron... será como tenerla de nuevo. Mi pequeña Jasnah, insoportable y

maravillosa.

Qué extraño era imaginar a Jasnah como niña abrazada por su madre.

—Sería un honor contar con tu ayuda, brillante Navani.

Navani alzó la página.

—Estás intentando solapar Sedetormenta con las Llanuras Quebradas. No funcionará a menos que tengas un punto de referencia.

—A ser posible, dos —dijo Shallan.

—Han pasado siglos desde la caída de la ciudad. Fue destruida durante la misma Aharietiam, creo. Vamos a tener difícil encontrar pistas aquí, aunque tu lista de descripciones ayudará. —Marcó los papeles con un dedo—. Esta no es mi especialidad, pero tengo varias arqueólogas entre las escribas de Dalinar. Debería enseñarles estas páginas.

Shallan asintió.

—Habría que hacer copias —dijo Navani—. No quiero perder los originales con toda esta lluvia. Podría poner a las escribas a trabajar en ello esta misma noche, después de que acampemos.

—Como desees.

Navani la miró, luego frunció el ceño.

—Es decisión tuya.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente. Considérame un recurso adicional.

«Muy bien, pues».

—Sí, que hagan copias —dijo Shallan, rebuscando en su zurrón—. Y copias de esto también... es mi intento de recrear uno de los murales del muro exterior del templo a Chanaranach en Sedetormenta. Daba a sotavento, y supuestamente estaba a la sombra, así que puede que encontremos pistas.

»Necesito también una topógrafa que mida cada meseta que crucemos, cuando ya nos hayamos internado en ella. Puedo dibujarlas, pero mi razonamiento espacial puede no ser exacto. Quiero los tamaños exactos para que el mapa sea más preciso. Necesitaré guardias y escribas que cabalguen conmigo por delante del ejército para visitar las mesetas paralelas a nuestro rumbo. Nos ayudaría mucho que pudieras convencer a Dalinar para que lo permita.

»Me gustaría un equipo para estudiar las acotaciones que hay en esa página debajo del mapa. Hablan de métodos para abrir la Puerta Jurada, que se supone que era el deber de los Caballeros Radiantes. Ojalá podamos descubrir otro método. También, avisa a Dalinar de que intentaremos abrir el portal si lo encontramos. No espero que haya nada peligroso al otro lado, pero sin duda él querrá enviar soldados primero.

Navani alzó una ceja.

—Veo que has pensado bastante en el tema.

Shallan asintió, ruborizándose.

—Me encargaré de que se haga —dijo Navani—. Yo misma encabezaré el equipo de investigación que estudie esas notas que mencionas. —Vaciló—. ¿Sabes por qué Jasnah consideraba que esta ciudad, Urithiru, era tan importante?

—Porque era la sede de los Caballeros Radiantes, y esperaba encontrar allí información sobre ellos... y sobre los Portadores del Vacío.

—Así que era como Dalinar —dijo Navani—. Intentaba traer de vuelta poderes que, quizá, deberíamos dejar en paz.

Shallan sintió una súbita punzada de ansiedad. «Tengo que decirlo. Tengo que decir algo».

—No intentaba. Lo consiguió.

—¿Lo consiguió?

Shallan inspiró profundamente.

—No sé qué dijo respecto al origen de su moldeador de almas, pero la verdad es que era falsa. Jasnah podía moldear almas por su cuenta, sin ningún fabrial. La vi hacerlo. Conocía secretos del pasado, secretos que no creo que conozca nadie más. Brillante Navani... tu hija era uno de los Caballeros Radiantes.

O estaba más cerca de serlo de lo que el mundo iba a volver a tener.

Navani alzó una ceja, claramente escéptica.

—Juro que es verdad —dijo Shallan—, por el décimo nombre del Todopoderoso.

—Eso es preocupante. Se supone que Radiantes, Heraldos y Portadores del Vacío desaparecieron por igual. Ganamos esa guerra.

—Lo sé.

—Tendré que trabajar en esto —dijo Navani, mientras llamaba

con los nudillos al conductor del carruaje para que detuviera el vehículo.

El Llanto comenzó.

Una continua muralla de lluvia. Kaladin podía oírla desde dentro de su habitación, como un susurro de fondo. Lluvia débil y miserable, sin la furia y la pasión de una alta tormenta auténtica.

Yacía en la oscuridad, escuchando el golpeteo de la lluvia, sintiendo latirle la pierna. El aire húmedo y frío se colaba en la habitación, y Kaladin echó mano a las mantas que el intendente le había traído. Se enroscó y trató de dormir, pero después de haberlo hecho casi todo el día de ayer (el día en que partió el ejército de Dalinar) no pudo pegar ojo.

Odiaba estar herido. Descansar en cama se suponía que no era para él. Ya no.

«Syl...».

El Llanto era un mal momento para Kaladin. Días encerrado. Una penumbra perpetua en el cielo que parecía afectarle más que a los demás, dejándolo letárgico y pasivo.

Llamaron a la puerta. Kaladin levantó la cabeza en la oscuridad, luego se sentó y se acomodó en el banco que le hacía las veces de cama.

—Pasa —dijo.

La puerta se abrió y dejó entrar el sonido de la lluvia, como un millar de pisadas diminutas en desbandada. Muy poca luz acompañaba a los sonidos. El cielo nublado del Llanto sumía a la tierra en un crepúsculo perpetuo.

Moash entró. Llevaba puesta su armadura esquirlada, como siempre.

—Tormentas, Kal. ¿Estabas dormido? ¡Lo siento!

—No, estaba despierto.

—¿A oscuras?

Kaladin se encogió de hombros. Moash cerró la puerta con pestillo tras él, pero se quitó el guantelete y se lo colgó de un gancho en la cintura de su armadura esquirlada. Rebuscó bajo un pliegue en el metal y sacó unas cuantas esferas para iluminarse. A estas alturas, riquezas que antes habrían parecido increíbles a los

hombres del puente no eran más que calderilla para Moash.

—¿No se supone que tenías que estar protegiendo al rey? —preguntó Kaladin.

—Voy y vengo —dijo Moash, ansioso—. Nos han destinado a los cinco guardias a sus aposentos. ¡En el mismísimo palacio! Kaladin, es perfecto.

—¿Cuándo? —preguntó Kaladin en voz baja.

—No queremos estropear la expedición de Dalinar, así que vamos a esperar a que esté lejos y no pueda volver cuando le llegue la noticia. Es mejor para Alezkar que tenga éxito y derrote a los parshendi. Regresará siendo un héroe... y rey.

Kaladin asintió, sintiéndose asqueado.

—Lo tenemos todo planeado —dijo Moash—. Daremos la voz de alarma de que han visto al Asesino de Blanco en el palacio. Entonces haremos lo que se hizo la última vez: enviar a todos los sirvientes a sus habitaciones, para que se oculten allí. No habrá nadie que vea lo que hagamos, nadie resultará herido, y todos creerán que el asesino shin estaba detrás de esto. ¡No podríamos haber pedido que saliera mejor! Y tú no tendrás que hacer nada, Kal. Graves dice que no necesitaremos tu ayuda después de todo.

—Entonces ¿por qué has venido? —preguntó Kaladin.

—Solo quería ver cómo estabas —dijo Moash. Dio un paso para acercarse—. ¿Es verdad lo que dice Lopen? ¿Sobre tus... habilidades?

Herdaziano de las tormentas. Lopen se había quedado atrás, junto con Dabbid y Hobber, para encargarse del barracón y cuidar de Kaladin. Al parecer, habían estado hablando con Moash.

—Sí —dijo Kaladin.

—¿Qué ha pasado?

—No estoy seguro —mintió—. Ofendí a Syl. No la veo desde hace días. Sin ella, no puedo absorber luz tormentosa.

—Tendremos que arreglar eso de algún modo —dijo Moash—. Eso, o conseguirte una espada y una armadura esquivadas.

Kaladin miró a su amigo.

—Creo que se marchó por el complot para matar al rey, Moash. Creo que un Radiante no debería estar implicado en una cosa así.

—¿No debería un Radiante preocuparse de hacer lo que es correcto? ¿Aunque signifique tomar una decisión difícil?

—A veces hay que sacrificar vidas por el bien común —dijo Kaladin.

—¡Sí, exactamente!

—Eso es lo que dijo Amaram. Referido a mis amigos, a quienes asesinó para encubrir sus secretos.

—Bueno, eso es diferente, obviamente. Es un ojos claros.

Kaladin miró a Moash, cuyos ojos se habían vuelto de un marrón tan claro como los de cualquier brillante señor. El mismo color que los de Amaram, de hecho.

—Tú también.

—Kal —dijo Moash—. Me preocupas. No digas esas cosas.

Kaladin desvió la mirada.

—El rey quería que te diera un mensaje —dijo Moash—. Es mi excusa para estar aquí. Quiere que vayas a hablar con él.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—No lo sé. Le ha estado dando al vino, ahora que Dalinar no se encuentra aquí. Y no al naranja, precisamente. Le diré que estás demasiado herido para ir.

Kaladin asintió.

—Kal —dijo Moash—. Podemos confiar en ti, ¿verdad? ¿No te lo estarás pensando?

—Tú mismo lo has dicho —respondió Kaladin—. No tengo que hacer nada. Solo he de mantenerme al margen.

¿Qué podría hacer, de todas formas? ¿Herido, sin spren?

Todo estaba decidido. Ya era demasiado tarde para detenerse.

—Magnífico —dijo Moash—. Cúrate, ¿vale?

Moash se marchó, dejando a Kaladin de nuevo a oscuras.



*AhperosequedaronatrásEstáclaroporlanaturalezadel
vínculo
PerodondedondePartieronObviaComprensióncomo
una
prioridadEllosseestánconlosshinNosotrostenemosque
encontrar
unPodemosdarusoaunsinverdadPodemoscrearunarma*

Del Diagrama, tabla del suelo 17, párrafo 2, cada
segunda letra empieza a partir de la primera

En la oscuridad, las esferas violeta de Shallan le daban vida a la lluvia. Sin las esferas, no podía ver las gotas, solo oía sus muertes contra las piedras y la lona del pabellón. Con la luz, cada mota de agua que caía destellaba brevemente, como estrellaspren.

Estaba sentada en la entrada del pabellón, ya que le gustaba ver la lluvia mientras dibujaba, mientras que otras eruditas lo hacían más cerca del centro. Lo mismo hacían Vathah y un par de soldados, que la vigilaban como si fueran anguilas aéreas que cuidaran de un solo polluelo. A Shallan le hacía gracia que se hubieran vuelto tan protectores: parecían claramente orgullosos de ser sus soldados. En realidad, ella había esperado que se quitaran de en medio en cuanto consiguieron clemencia.

Cuatro días de Llanto, y todavía le gustaba el clima. ¿Por qué el

suave sonido de la llovizna la hacía sentirse más imaginativa? A su alrededor, los creacionspren se desvanecían lentamente, la mayoría después de haber tomado la forma de cosas del campamento. Espadas que se envainaban y desenvainaban repetidamente, tiendas diminutas que se desataban y volaban con un viento invisible. Ella estaba dibujando a Jasnah tal como la había visto aquella última noche de hacía más de un mes. Apoyada en el escritorio del camarote oscuro, la mano echándose atrás el pelo libre de sus habituales trenzas y lazos. Agotada, abrumada, aterrada.

El dibujo no describía un único recuerdo fiel, no como los hacía habitualmente. Esto era una recreación de lo que recordaba, una interpretación que no era exacta. Shallaan estaba orgullosa de él, pues había capturado las contradicciones de Jasnah.

Contradicciones. Eran lo que hacía reales a las personas. Jasnah agotada, aunque de algún modo aún fuerte... más fuerte, incluso, debido a la vulnerabilidad que revelaba. Jasnah aterrada, pero también valiente, pues una cosa permitía que la otra existiera. Jasnah abrumada, pero poderosa.

Recientemente, Shallaan había intentado hacer más dibujos como este: dibujos sintetizados a partir de sus propias imaginaciones. Sus ilusiones sufrirían si solo pudiera reproducir lo que había experimentado. Necesitaba poder crear, no solo copiar.

El último creacionspren se difuminó, imitando un charco donde salpicaba una bota. La hoja de papel onduló cuando Patrón se subió a ella.

Bufó.

—Seres inútiles.

—¿Los creacionspren?

—No hacen nada. Revolotean y miran, admiran. La mayoría de los spren tienen un propósito. Estos simplemente se sienten atraídos por el propósito de los demás.

Shallaan se acomodó en su asiento, pensando en eso, como le había enseñado Jasnah. Las eruditas y fervorosos discutían sobre el tamaño de Sedetormenta. Navani había cumplido bien con su parte, mejor de lo que Shallaan había esperado. Las eruditas del ejército trabajaban ya bajo sus órdenes.

A su alrededor, en la noche, un incontable despliegue de luces cercanas y lejanas indicaba la amplitud del ejército. La lluvia

continuaba chispeando, capturando la luz púrpura de las esferas. Ella había escogido todas las esferas de un solo color.

—La artista Eleseth —le comentó a Patrón— hizo una vez un experimento. Solo colocó esferas de rubí, con su intensidad, para que iluminaran su estudio. Quería ver qué efecto tenía la luz roja sobre su arte.

—Mmm —dijo Patrón—. ¿Con qué resultado?

—Al principio, durante una sesión de pintura, el color de la luz la afectaba enormemente. Usaba muy poco color rojo, y los campos de flores parecían marchitos.

—No es extraño.

—Sin embargo, lo interesante es lo que sucedía si continuaba trabajando —dijo Shalan—. Si pintaba durante horas con esa luz, los efectos disminuían. Los colores de sus reproducciones se volvían más equilibrados, las imágenes de flores más vívidas. Al final llegó a la conclusión de que su mente compensaba los colores de lo que veía. De hecho, si cambiaba el color de la luz durante una sesión, continuaba pintando durante un rato como si la habitación fuera todavía roja, reaccionando contra el nuevo color.

—Mmm... —dijo Patrón, contento—. Los humanos pueden ver el mundo como no es. Por eso vuestras mentiras pueden ser tan fuertes. Podéis no admitir que son mentiras.

—Eso me asusta.

—¿Por qué? Es maravilloso.

Para él, Shalan era un objeto de estudio. Durante un momento, ella comprendió cómo debió verla Kaladin mientras hablaba del abismoide, admirando su belleza, la forma de su creación, ajena a la realidad presente de su peligro.

—Me asusta porque todos vemos el mundo según un tipo de luz personal para todos nosotros, y esa luz cambia nuestra percepción. Yo no veo con claridad. Quiero hacerlo, pero no sé si alguna vez podré hacerlo.

Al cabo de un rato, un patrón se hizo paso a través del sonido de la lluvia, y Dalinar Kholin entró en la tienda. De espalda recta y con el pelo gris, parecía más un general que un rey. Ella no tenía ningún dibujo suyo. Parecía un enorme fallo por su parte, así que tomó un recuerdo de su entrada en el pabellón, mientras un ayudante le sostenía un paraguas.

Se acercó a Shallan.

—Ah, estás aquí. La que ha tomado el mando de esta expedición.

Demasiado tarde, Shallan se puso en pie e hizo una reverencia.

—¿Alto príncipe?

—Te has apoderado de mis escritas y cartógrafas —dijo Dalinar, divertido—. No dejan de murmurar como la lluvia. Urithiru. Sedetormenta. ¿Cómo lo hiciste?

—No lo hice. Fue la brillante Navani.

—Dice que tú la convenciste.

—Yo... —Shallan se ruborizó—. Yo estaba allí, y ella cambió de opinión...

Dalinar hizo un breve gesto con la cabeza hacia un lado, y su ayudante se dirigió a las eruditas que debatían. Habló con ellas en voz baja y ellas se levantaron (algunas rápidamente, otras con reticencia) y salieron a la lluvia, dejando sus papeles. El ayudante las siguió, y Vathah miró a Shallan. Ella asintió, excusándolo junto con los otros guardias.

Shallan y Dalinar se quedaron a solas en el pabellón.

—Le dijiste a Navani que Jasnah descubrió los secretos de los Caballeros Radiantes —dijo Dalinar.

—Así es.

—¿Estás segura de que Jasnah no te confundió de algún modo... o permitió que te confundieras? Eso sería más propio de ella.

—Brillante señor, yo... No creo que sea... —Tomó aire—. No. No me confundió.

—¿Cómo puedes estar segura?

—Lo vi —dijo Shallan—. Fui testigo de lo que hizo, y hablamos de ello. Jasnah Kholin no usó un moldeador de almas. Era una.

Dalinar se cruzó de brazos, contemplando la noche.

—Se supone que debo volver a fundar los Caballeros Radiantes. El primer hombre en quien creí que podía confiar resultó ser un mentiroso y un asesino. Ahora tú me dices que Jasnah tenía poderes de verdad. Si eso es cierto, entonces soy un idiota.

—No te entiendo.

—Al nombrar a Amaram —dijo Dalinar—. Hice lo que creí que era mi tarea. Pero me pregunto si no estuve equivocado todo el tiempo. Tal vez la reinstauración nunca fue asunto mío. Puede que

vayan a reinstaurarse solos, y yo no sea más que un arrogante entrometido. Me has dado mucho en qué pensar. Gracias.

No sonrió al decirlo. De hecho, parecía gravemente preocupado. Se dio media vuelta para marcharse, con las manos a la espalda.

—¿Brillante señor Dalinar? —dijo Shallan—. ¿Y si tu tarea no fuera reinstaurar a los Caballeros Radiantes?

—Es lo que acabo de decir —replicó Dalinar.

—¿Y si, en cambio, tu tarea fuera reunirlos?

Él la miró, esperando. Shallan sintió un sudor frío. ¿Qué estaba haciendo?

«Tendré que decírselo a alguien alguna vez —pensó—. No puedo hacer lo que hizo Jasnah, guardárselo todo. Esto es demasiado importante». ¿Era Dalinar la persona adecuada?

Bueno, desde luego no se le ocurría alguien mejor.

Shallan extendió la palma de la mano, luego inspiró, absorbiendo una de sus esferas. Exhaló luego, enviando al aire una nube de titilante luz tormentosa entre Dalinar y ella. Le dio la forma de una pequeña imagen de Jasnah, la que acababa de dibujar, en lo alto de su palma.

—Todopoderoso en las alturas —susurró Dalinar. Un único asombrospre, como un anillo de humo azul, estalló sobre él, extendiéndose como la onda de una piedra arrojada a un estanque. Shallan solo había visto spre de ese estilo unas pocas veces en su vida.

Dalinar se acercó un paso, reverente, y se agachó para inspeccionar la imagen de Shallan.

—¿Puedo? —preguntó, extendiendo una mano.

—Sí.

Tocó la imagen, haciendo que se difuminara y volviera a ser luz. Cuando retiró el dedo, la imagen volvió a formarse.

—Es solo una ilusión —dijo Shallan—. No puedo crear nada real.

—Es sorprendente —murmuró Dalinar, en voz tan baja que ella apenas pudo oírla por encima del golpeteo de la lluvia—. Es maravilloso. —La miró, y hubo, sorprendentemente, lágrimas en sus ojos—. Eres una de ellos.

—Tal vez, más o menos —dijo Shallan, cortada. Este hombre, tan imponente, tan superior a la vida, no debería estar llorando

delante de ella.

—No estoy loco —dijo él, más para sí, según parecía—. Había decidido que no lo estaba, pero no es lo mismo que saberlo. Todo es verdad. Están regresando. —Volvió a tocar la imagen—. ¿Te lo enseñó Jasnah?

—Lo descubrí por mi cuenta —respondió Shallan—. Creo que me guiaron hasta ella para que pudiera enseñarme. Por desgracia, no tuvimos mucho tiempo para eso. —Sonrió con tristeza, retirando la luz tormentosa, el corazón latándole rápidamente por lo que había hecho.

—Tengo que darte la capa dorada —dijo Dalinar, irguiéndose, secándose los ojos y recuperando la firmeza en la voz—. Ponerte al mando de ellos. Para que...

—¿A mí? —susurró Shallan, pensando en lo que eso implicaría para su identidad alternativa—. ¡No, no puedo! Quiero decir, brillante señor, lo que puedo hacer es útil si nadie sabe que es posible. Si todo el mundo espera mis ilusiones, nunca los engañaré.

—¿Engañarlos? —dijo Dalinar.

Quizá no era la elección de palabras más adecuada para Dalinar.

—¡Brillante señor Dalinar!

Shallan giró sobre sus talones, alerta, súbitamente preocupada de que alguien hubiera visto lo que hacía. Una ágil mensajera se acercó a la tienda, empapada, los mechones de pelo sueltos de las trenzas y pegados en su rostro.

—¡Brillante señor Dalinar! ¡Han divisado parshendi, señor!

—¿Dónde?

—En la zona este de la meseta —dijo la mensajera, jadeando—. Creemos que es una partida de exploradores.

Dalinar miró a la mensajera y luego a Shallan. Maldijo y echó a andar bajo la lluvia.

Shallan arrojó su cuaderno a la silla y lo siguió.

—Esto podría ser peligroso —dijo Dalinar.

—Agradezco la preocupación, brillante señor —respondió ella en voz baja—. Pero creo que podrían clavarme una lanza en el estómago y mis habilidades me ayudarían a sanar sin dejar siquiera cicatriz. Probablemente soy la persona más difícil de matar de todo el campamento.

Dalinar caminó en silencio durante un momento.

—¿La caída al abismo? —preguntó en voz baja.

—Sí. Creo que debí salvar también al capitán Kaladin, aunque no sé cómo lo conseguí.

Él gruñó. Avanzaron con rapidez bajo la lluvia. El agua empapaba el pelo y las ropas de Shallan, que prácticamente tenía que correr para seguir el paso de Dalinar. Alezi de las tormentas y sus largas piernas. Los guardias se acercaron corriendo, miembros del Puente Cuatro, y los rodearon.

Shallan oyó gritos a lo lejos. Dalinar ordenó a los guardias ampliar su perímetro para tener un poco más de intimidación con ella.

—¿Puedes moldear almas? —preguntó en voz baja—. ¿Como hacía Jasnah?

—Sí. Pero no he practicado mucho.

—Eso podría resultar muy útil.

—También es muy peligroso. Jasnah no quería que practicara sin ella, aunque ahora que ya no está... Bueno, tendré que trabajarlo, tarde o temprano. Señor, por favor, no se lo cuentes a nadie. Al menos de momento.

—Por eso Jasnah te aceptó como pupila —dijo Dalinar—. Por eso quería que te casaras con Adolin, ¿no? ¿Para vincularte a nosotros?

—Sí —dijo Shallan, ruborizándose en la oscuridad.

—Ahora todo empieza a encajar. Se lo contaré a Navani, pero a nadie más, y le haré jurar que lo mantendrá en secreto. Sabe hacerlo, si es necesario.

Ella abrió la boca para decir que sí, pero se detuvo. ¿Era eso lo que habría dicho Jasnah?

—Te enviaremos de vuelta a los campamentos —continuó Dalinar, mirando al frente, hablando en voz baja—. De inmediato, con una escolta. No me importa lo difícil que sea matarte. Eres demasiado valiosa para ponerte en peligro en esta expedición.

—Brillante señor —dijo Shallan, chapoteando en un charco, contenta de llevar botas y calzas bajo la falda—, no eres mi rey, ni mi alto príncipe. No tienes ninguna autoridad sobre mí. Mi deber es encontrar Urithiru, así que no me enviarás de regreso. Y, por tu honor, quiero tu promesa de que no le dirás a nadie lo que hago hasta que yo te dé permiso. Eso incluye a la brillante Navani.

Él se detuvo y la miró con sorpresa. Entonces gruñó; el rostro

apenas era visible.

—Veo a Jasnah en ti.

Rara vez le habían hecho a Shallan un cumplido semejante.

Las luces subían y bajaban y se acercaban bajo la lluvia, soldados con lámparas de linternas. Vathah y su grupo llegaron corriendo, pues habían quedado atrás, y el Puente Cuatro los detuvo un momento.

—Muy bien, brillante —le dijo Dalinar a Shallan—. Tu secreto continuará siéndolo, por ahora. Hablaremos más, cuando esta expedición haya terminado. ¿Has leído acerca de las cosas que he estado viendo?

Ella asintió.

—El mundo está a punto de cambiar —dijo Dalinar. Inspiró profundamente—. Tú me das esperanza, auténtica esperanza de que podamos cambiarlo de la manera correcta.

Los exploradores que se acercaban saludaron, y el Puente Cuatro dejó pasar a su líder. Era un hombre grueso de sombrero marrón que le recordó a Shallan al que llevaba Velo, aunque era de ala más ancha. El soldado llevaba pantalones de soldado, con un tabardo de cuero encima, y no parecía en forma para combatir.

—Bashin —dijo Dalinar.

—Parshendi en la meseta junto a nosotros, señor —dijo Bashin, señalando—. Los parshendi se toparon con uno de mis grupos de exploradores. Los muchachos dieron la alarma rápidamente, pero perdimos a tres.

Dalinar maldijo en voz baja. Luego se volvió hacia el alto señor Teleb, que se acercaba desde la otra dirección, vestido con su armadura esquilada, que había pintado de color plateado.

—Despierta al ejército, Teleb. Todo el mundo en alerta.

—Sí, brillante señor —dijo Teleb.

—Brillante señor Dalinar —dijo Bashin—, los muchachos abatieron a uno de esos cabezas de concha antes de que se mataran. Señor... tienes que ver esto. Algo ha cambiado.

Shallan se estremeció, sintiéndose empapada y helada. Había elegido ropas adecuadas para la lluvia, naturalmente, pero eso no significaba que estar allí fuera cómodo. Aunque llevaban tabardos, nadie más parecía prestarle mucha atención. Lo más probable era que aceptaran que durante el Llanto iban a empaparse. Era una cosa

más para la que su infancia protegida no la había preparado.

Dalinar no puso reparos a que lo acompañara a un puente cercano, uno de los móviles que empujaba una de las cuadrillas de Kaladin, ataviadas con ropa impermeable y cascos con visera. Un grupo de soldados al otro lado del puente arrastraba algo, levantando una pequeña ola de agua a su paso. Un cadáver parshendi.

Shallan solo había visto el que había encontrado con Kaladin en el abismo. Había hecho un dibujo, y este parecía muy diferente. Tenía pelo... bueno, algo parecido a pelo. Tras agacharse, descubrió que era más grueso que el pelo humano y también parecía... resbaladizo. ¿Era la palabra adecuada? La cara era moteada, como la de un parshmenio, la de este con prominentes vetas rojas que atravesaban el fondo negro. El cuerpo era delgado y fuerte, y algo parecía crecer bajo la piel de los brazos desnudos, asomando. Shallan lo tocó y descubrió que era duro y rugoso, como la piel de un cangrejo. De hecho, la cara estaba cubierta con una especie de fino caparazón abultado encima de las mejillas y que corría por los lados de la cabeza.

—No es de un tipo que hayamos visto antes, señor —le dijo Bashin a Dalinar—. Mira esos bultos. Señor... algunos de los muchachos que murieron, tenían marcas de quemaduras. Bajo la lluvia. Es lo más raro que he visto...

Shallan los miró.

—¿Qué quieres decir con «tipo», Bashin?

—Algunos parshendi tienen pelo —dijo el hombre. Era un ojos oscuros, pero se notaba que era respetado, aunque no llevaba ningún rango militar destacado—. Otros tienen caparazón. Los que se reunieron con el rey Gavilar hace tiempo, tenían... forma distinta de los que combatimos.

—¿Tienen subespecies especializadas? —preguntó Shallan. Algunos cremlinos eran así, colmeneros, con diferentes especializaciones y formas variadas.

—Puede que estemos reduciendo su número —le dijo Dalinar a Bashin—. Y obligándolos a enviar a luchar a su equivalente a los ojos claros.

—¿Y las quemaduras, Dalinar? —repuso Bashin, rascándose la cabeza bajo el sombrero.

Shallan extendió la mano para comprobar el color de ojos del parshendi. ¿Tenían ojos claros y oscuros, como los humanos? Levantó el párpado.

El ojo que había debajo era completamente rojo.

Shallan gritó, dando un salto atrás, y se llevó la mano al pecho. Los soldados maldijeron, mirando alrededor, y la espada esquirolada de Dalinar apareció en su mano unos segundos más tarde.

—Ojos rojos —susurró Shallan—. Está sucediendo.

—Los ojos rojos son solo una leyenda.

—Jasnah tenía un libro entero de referencias a esto, brillante señor —dijo Shallan, temblando—. Los Portadores del Vacío están aquí. Queda poco tiempo.

—Lanzad el cadáver al abismo —ordenó Dalinar a sus hombres—. Dudo de que podamos quemarlo fácilmente. Que todo el mundo se mantenga alerta. Estad preparados para un ataque esta noche. Ellos...

—¡Brillante señor!

Shallan se volvió para ver a una enorme figura acercarse; el agua de lluvia le corría por la armadura esquirolada.

—Hemos encontrado a otro, señor —dijo Teleb.

—¿Muerto?

—No, señor —respondió el portador—. Vino directo hacia nosotros, señor. Está sentado allí en una roca.

Dalinar miró a Shallan, que se encogió de hombros. Echó a andar en la dirección que indicaba Teleb.

—¿Señor? —dijo Teleb, la voz resonando dentro de su yelmo—. ¿No deberías...?

Dalinar ignoró la advertencia. Shallan corrió tras él, seguida por Vathah y sus dos guardias.

—¿No deberías volverte? —le dijo Vathah entre dientes. Tormentas, esa cara suya sí que parecía peligrosa en la penumbra, aunque su voz fuera respetuosa. Ella no podía dejar de verlo como el hombre que había estado a punto de matarla, allá en las Montañas Irreclamadas.

—Estaré a salvo —respondió Shallan en voz baja.

—Puede que tengas una espada esquirolada, brillante, pero podrían matarte de un flechazo por la espalda.

—Difícilmente, con esta lluvia.

Él la siguió, sin poner más objeciones. Intentaba hacer el trabajo que ella le había asignado. Por desgracia, Shallaan había descubierto que no le gustaba mucho que la protegieran.

Encontraron al parshendi tras una caminata bajo la lluvia. La roca en la que estaba sentado tenía la altura de un hombre. No parecía llevar armas, y casi un centenar de soldados alezi rodeaban la base de su asiento, apuntándolo con sus lanzas. Shallaan no pudo distinguir mucho más, ya que estaba sentado en el abismo frente a ellos, al otro lado de un puente portátil.

—¿Ha dicho algo? —preguntó Dalinar en voz baja mientras Teleb se acercaba.

—No que yo sepa —contestó el portador de esquirlada—. Tan solo está ahí sentado.

Shallaan contempló a través del abismo al solitario parshendi, que se levantó y se protegió los ojos de la lluvia. Los soldados reaccionaron, alzando las lanzas y adoptando posiciones más amenazantes.

—¿Cikatriz? —llamó la voz del parshendi—. ¿Cikatriz, eres tú? ¿Y Leyten?

Uno de los hombres de los puentes de Dalinar soltó una imprecación. Cruzó corriendo el puente, y otros cuantos hombres más lo siguieron.

Regresaron un momento después. Shallaan se acercó a escuchar lo que su líder le susurraba a Dalinar.

—Es él, señor —dijo Cikatriz—. Ha cambiado, pero tómate por un loco de las tormentas si me equivoco: es él. Shen. Cargó puentes con nosotros durante meses, luego desapareció. Ahora está aquí. Dice que quiere rendirse.



P: ¿Para qué esencia debemos esforzarnos? R: La esencia de la conservación, para proteger a una semilla de la humanidad a través de la tormenta inminente.

P: ¿Qué precio debemos pagar? R: El precio es irrelevante. La humanidad debe sobrevivir. Nuestra carga es la de la especie, y todas las demás consideraciones no son más que polvo en comparación.

Del Diagrama, Catecismo en el dorso de la Pintura de Flores, párrafo 1

Dalinar permanecía de pie, con las manos a la espalda, esperando en su tienda de mando y escuchando el golpeteo de la lluvia sobre la lona. El suelo de la tienda estaba mojado. Era algo que no se podía evitar durante el Llanto. Lo sabía por propia experiencia: había participado en más de una excursión militar durante esta época del año.

Había pasado un día desde que descubrieron a los parshendi en las Llanuras, tanto al muerto como al que los hombres del puente llamaban Shen, o Rlain, como decía que era su nombre. El propio Dalinar había permitido que se le armara.

Shallan sostenía que todos los parshmenios eran Portadores del Vacío en potencia. Él tenía motivos de sobra para creer su palabra,

considerando lo que le había mostrado. Pero ¿qué hacer? Los Radiantes habían regresado, los parshendi habían manifestado ojos rojos. Dalinar sentía como si intentara impedir que una presa reventara, sin saber en ningún momento de dónde venían las grietas.

La puerta de lona de la tienda se abrió y Adolin entró, escoltando a Navani. Ella colgó su tabardo en la percha, y Adolin cogió una toalla y empezó a secarse el pelo y la cara.

Adolin estaba prometido a una miembro de los Caballeros Radiantes. «Ella dice que todavía no es uno de ellos», se recordó Dalinar. Eso tenía sentido. Se podía ser un lancero entrenado sin ser soldado. Una cosa implicaba habilidad, la otra posición.

—¿Traen al parshendi? —dijo Dalinar.

—Sí —respondió Navani, sentándose en una de las sillas. Adolin no tomó asiento, pero encontró una jarra con agua de lluvia filtrada y se sirvió una copa. Dio un golpecito en el lado de la copa de estaño mientras bebía.

Todos estaban inquietos tras el descubrimiento del parshendi de los ojos rojos. Después de que no se produjera ningún ataque esa noche, Dalinar había presionado a los cuatro ejércitos a otro día de marcha.

Lentamente, se acercaban al centro de las Llanuras, al menos según indicaban las proyecciones de Shallan. Ya habían dejado muy atrás las regiones exploradas. Ahora tenían que fiarse de los mapas de la joven.

La puerta volvió a abrirse, y Teleb entró con el prisionero. Dalinar había puesto al alto señor y a su guardia personal a cargo de este «Rlain», ya que no le gustaba cómo los hombres del puente se habían puesto a la defensiva respecto a él. Invitó a sus tenientes (Cikatriz y el cocinero comecuernos al que llamaban Roca) al interrogatorio, y los dos entraron después de Teleb y sus hombres. El general Khal y Renarin estaban en otra tienda con Aladar y Roion, repasando las tácticas para cuando se acercaran al campamento parshendi.

Navani se levantó, se inclinó hacia delante y entornó los ojos para mirar al prisionero. Shallan había querido asistir, pero Dalinar le había prometido que haría que lo escribieran todo para que pudiera leerlo. El Padre Tormenta le había dado algo de sentido

común, afortunadamente, y no insistió. Tener a tanta gente cerca de este espía le parecía peligroso.

Dalinar tenía un vago recuerdo del guardia parshmenio que de vez en cuando se unía a los hombres del Puente Cuatro. Los parshmenios eran prácticamente invisibles, pero cuando este empezó a llevar lanza, fue claramente apreciable. No es que hubiera ninguna otra cosa destacada en él: el mismo cuerpo achaparrado, la piel moteada, los ojos sin brillo.

Esta criatura que tenía delante no se parecía en nada. Era un guerrero parshendi pleno, completo con la placa craneana rojo-anaranjada y la armadura de caparazón en el pecho, los muslos y los brazos. Era tan alto como un alezi, y más musculoso.

Aunque no llevaba armas, los guardias seguían tratándolo como si fuera el ser más peligroso de esta meseta... y quizá lo era. Cuando dio un paso adelante, saludó a Dalinar, con la mano en el pecho. Como los otros hombres del puente. Llevaba su tatuaje en la frente, extendido y fundido con la placa del cráneo.

—Siéntate —ordenó Dalinar, indicando un taburete en el centro de la tienda.

Rlain obedeció.

—Me han dicho que te niegas a decirnos nada de los planes de los parshendi —dijo Dalinar.

—No los conozco —respondió Rlain. Tenía las entonaciones rítmicas comunes a los parshendi, pero hablaba muy bien alezi. Mejor que ningún parshmenio que Dalinar hubiera oído.

—Eras un espía —dijo Dalinar, con las manos a la espalda, tratando de alzarse sobre el parshendi, pero manteniéndose lo suficientemente apartado para que el hombre no pudiera agarrarlo sin que Adolin se interpusiera primero.

—Sí, señor.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Unos tres años —dijo Rlain—. En varios campamentos de guerra.

Teleb, con la visera alzada, se volvió y miró a Dalinar alzando una ceja.

—Me contestas a mí cuando te pregunto —dijo Dalinar—. Pero no a los demás. ¿Por qué?

—Eres mi oficial en jefe.

—Eres parshendi.

—Yo... —El hombre miró al suelo, encorvando los hombros. Se llevó una mano a la cabeza, sintiendo el reborde de piel justo donde terminaba su placa craneana—. Algo está muy mal, señor. La voz de Eshonai... en la meseta, aquel día, cuando fue a reunirse con el príncipe Adolin...

—Eshonai —instó Dalinar—. ¿La portadora de esquirlada parshendi?

Navani escribía en una libreta, anotando todo lo que se decía.

—Sí. Era mi comandante. Pero ahora... —Alzó la cabeza, y a pesar de la piel diferente y la extraña forma de hablar, Dalinar reconoció la pena en la cara de este hombre. Una pena terrible—. Señor, tengo motivos para creer que todos los que conozco... todos los que amé... han sido destruidos, y en su lugar hay monstruos. Los oyentes, los parshendi, puede que ya no existan. No me queda nada...

—Sí, sí te queda —dijo Cikatriz desde fuera del círculo de guardias—. Eres del Puente Cuatro.

Rlain lo miró.

—Soy un traidor.

—¡Ja! —dijo Roca—. Es un problema pequeño. Puede arreglarse.

Dalinar indicó a los hombres del puente que se callaran. Miró a Navani, que le instó a continuar.

—Dime cómo te escondiste entre los parshmenios.

—Yo...

—Soldado —ladró Dalinar—. Es una orden.

Rlain se irguió en su asiento. Sorprendentemente, parecía querer obedecer, como si necesitara algo que le diera fuerzas.

—Señor, es algo que mi pueblo puede hacer. Elegimos una forma basada en lo que necesitamos, lo que nos requiere el trabajo. La forma gris, una de esas formas, se parece mucho a los parshmenios. Ocultarse entre ellos es fácil.

—Contamos nuestros parshmenios con precisión —dijo Navani.

—Sí —respondió Rlain—, y se nos ve... pero rara vez se nos cuestiona. ¿Quién te cuestiona cuando encuentras una esfera tirada en el suelo? No es algo sospechoso. Es simplemente suerte.

«Territorio peligroso», pensó Dalinar, advirtiendo el cambio en

el tono de voz de Rlain: al ritmo de lo que decía. Al hombre no le gustaba cómo eran tratados los parshmenios.

—Hablabas de los parshendi —dijo Dalinar—. ¿Esto tiene que ver con los ojos rojos?

Rlain asintió.

—¿Qué significa, soldado?

—Significa que nuestros dioses han regresado —susurró Rlain.

—¿Quiénes son vuestros dioses?

—Son las almas de los antiguos. Los que se dedicaron a destruir.

—Un ritmo distinto en sus palabras esta vez, lento y reverente. Miró a Dalinar—. Te odian a ti y a tu especie, señor. Esta nueva forma que le han dado a mi pueblo... es algo terrible. Traerá algo terrible.

—¿Puedes conducirnos a la ciudad parshendi?

La voz de Rlain cambió de nuevo. Un ritmo diferente.

—Mi pueblo...

—Dijiste que ya no existen.

—Es posible —dijo Rlain—. Me acerqué lo suficiente para ver un ejército, decenas de miles. Pero sin duda dejaron a algunos en otras formas. ¿Los ancianos? ¿Los jóvenes? ¿Quién cuida de nuestros niños?

Dalinar dio un paso hacia Rlain, deteniendo con un gesto a Adolin, que alzó nervioso una mano. Se inclinó y posó un brazo sobre el hombro del parshendi.

—Soldado —dijo—, si lo que me estás diciendo es correcto, entonces lo más importante que puedes hacer es conducirnos hasta tu pueblo. Me encargaré de que los no combatientes sean protegidos, tienes mi palabra de honor. Si algo terrible le está sucediendo a tu pueblo, tienes que ayudarme a detenerlo.

—Yo... —Rlain inspiró profundamente—. Sí, señor —dijo a un ritmo diferente.

—Reúnete con Shallan Davar —dijo Dalinar—. Descríbele la ruta, y consíguenos un mapa. Teleb, puedes dejar al prisionero bajo la custodia del Puente Cuatro.

El Antigua Sangre portador de esquirlada asintió. Mientras el grupo se marchaba, dejando entrar una vaharada de viento húmedo, Dalinar suspiró y se sentó junto a Navani.

—¿Te fías de su palabra?

—No lo sé —respondió Dalinar—. Pero algo ha afectado a ese

hombre, Navani. Profundamente.

—Es parshendi —dijo ella—. Puede que estés interpretando mal su lenguaje corporal.

Dalinar se inclinó hacia delante, uniendo las manos.

—¿La cuenta atrás? —preguntó.

—Tres días —dijo Navani—. Tres días antes de Día Claro.

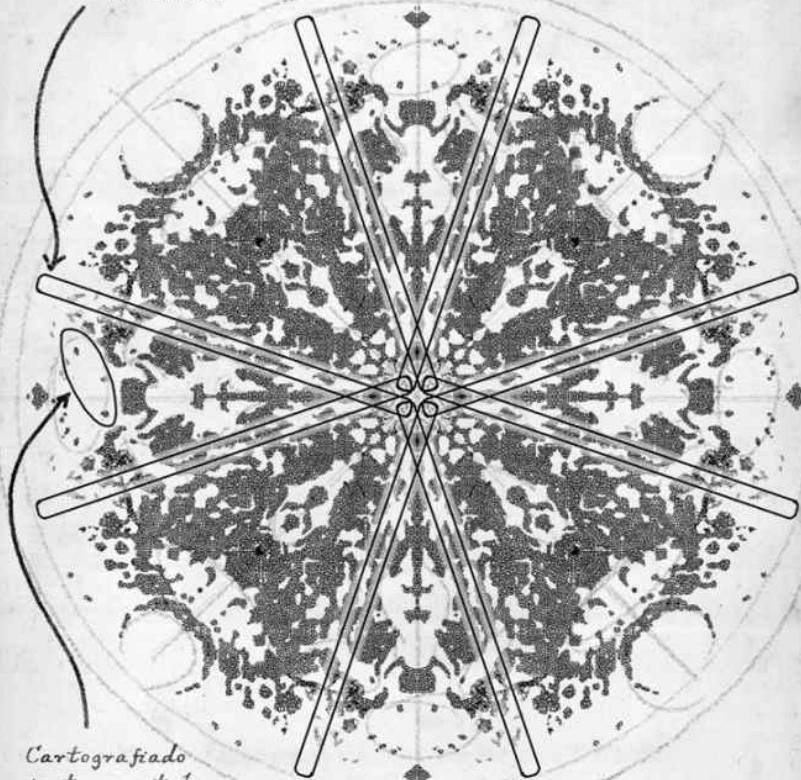
Tan poco tiempo.

—Avivaremos el paso —dijo él.

Hacia dentro. Hacia el centro.

Y el destino.

Cartografiado
en el viaje
al centro



Cartografiado
mientras estaba
perdido en los
abismos

Nota: El lado oriental de las Llanuras está mucho más erosionado que este. Las zonas claras son mesetas muy apiñadas. Las zonas oscuras representan mesetas menos densamente apiñadas.

¡Sé que querías que dibujara todas las mesetas, pero sombras, mujer! ¡Ni siquiera yo estoy TAN loco!



Tienes que convertirte en rey. De todo.

Del Diagrama, Principios de Instrucción, parte de
atrás del pie de cama, párrafo 1

Shallan luchaba contra el viento, cerrándose el tabardo que le había robado a un soldado mientras se esforzaba por subir por la resbaladiza pendiente.

—¿Brillante? —preguntó Gaz. Se agarró la gorra para impedir que saliera volando—. ¿Estás segura de querer hacer esto?

—Pues claro que sí —respondió Shallan—. Que lo que voy a hacer sea inteligente o no... bueno, eso ya es otra historia.

Estos vientos eran desacostumbrados para el Llanto, que se suponía que era un período de plácidas lluvias, un tiempo para pensar en el Todopoderoso, un respiro a las altas tormentas.

Tal vez las cosas eran distintas en este territorio. Shallan continuó ascendiendo por las rocas. Las Llanuras Quebradas se volvían cada vez más accidentadas a medida que los ejércitos se internaban en ellas (estaban ya en el octavo día de expedición) siguiendo el mapa de Shallan, creado con la ayuda de Rlain, el antiguo hombre del puente.

Llegó a lo alto de la formación rocosa y contempló el paisaje que

habían descrito los exploradores. Vathah y Gaz la alcanzaron, quejándose del frío entre murmullos. El corazón de las Llanuras Quebradas se extendía ante Shallan. Las mesetas interiores, no exploradas nunca por los hombres.

—Es aquí —dijo ella.

Gaz se rascó junto al parche del ojo.

—¿Rocas?

—Sí, guardia Gaz —dijo Shallan—. Rocas. Preciosas, maravillosas rocas.

En la distancia vio sombras envueltas en un velo de lluvia neblinosa. Visto en conjunto, resultaba inconfundible. Era una ciudad. Una ciudad cubierta de siglos de crem, como bloques infantiles cubiertos de muchas capas de cera fundida. Al ojo inexperto, indudablemente parecería igual que el resto de las Llanuras Quebradas. Pero era mucho, muchísimo más.

Era una prueba. Incluso esta formación en la que Shallan se encontraba probablemente había sido un edificio. Erosionado por la parte asolada por las tormentas, cubierto de crem por la parte a sotavento para crear la bulbosa e irregular pendiente que habían escalado.

—¡Brillante!

Ella ignoró las voces de abajo y extendió la mano, impaciente, pidiendo el catalejo. Gaz se lo tendió y ella inspeccionó las mesetas que tenía delante. Por desgracia, se había empañado por un lado. Trató de limpiarlo, mientras la lluvia la empapaba, pero el vaho estaba por dentro. Maldito aparato.

—¿Brillante? —preguntó Gaz—. ¿No deberíamos, ah, escuchar lo que dicen allá abajo?

—Más parshendi alterados —dijo Shallan, alzando de nuevo el catalejo. ¿No debería la diseñadora del aparato haberlo construido para que se sellara por dentro, impidiendo entrar la humedad?

Gaz y Vathah retrocedieron cuando varios miembros del Puente Cuatro llegaron a la cima de la pendiente.

—Brillante —dijo uno de los hombres—, el alto príncipe Dalinar ha retirado la vanguardia y ordenado un perímetro seguro en la meseta de atrás.

Era un hombre alto y guapo cuyos brazos parecían demasiado largos para su cuerpo. Shallan miró con insatisfacción las mesetas

interiores.

—Brillante —continuó el hombre, reacio—, dijo que si no venías, enviaría a Adolin para que... hum... te llevara de vuelta sobre su hombro.

—Me gustaría verlo haciéndolo —dijo Shallan. Parecía hasta romántico, el tipo de cosas que se leen en las novelas—. ¿Tanto le preocupan los parshendi?

—Shen... er, Rlain... dice que prácticamente estamos en la meseta donde viven, brillante. Se han divisado demasiadas patrullas. Por favor.

—Tenemos que ir allí —dijo Shallan, señalando—. Es donde están los secretos.

—Brillante...

—Muy bien —dijo ella, dándose media vuelta y empezando a bajar por la pendiente. Resbaló, cosa que no ayudó a su dignidad, pero Vathah la cogió por el brazo antes de que cayera de boca.

Una vez abajo, cruzaron rápidamente esta meseta más pequeña y se reunieron con los exploradores que corrían de vuelta con el grueso del ejército. Rlain decía no saber nada de la Puerta Jurada... y tampoco de la ciudad, a la que llamaba «Narak» en vez de Sedetormenta. Decía que su pueblo había empezado a residir allí de forma permanente después de la invasión alezi, no antes.

Durante el avance, los soldados de Dalinar habían divisado un número cada vez mayor de parshendi y se habían enfrentado a ellos en escaramuzas menores. El general Khal pensaba que las incursiones tenían por intención desviar al ejército de su rumbo, aunque Shallan no sabía cómo lo calculaban, aunque sí sabía que empezaba a cansarse de estar mojada todo el tiempo. Llevaban ya casi dos semanas de viaje, y algunos soldados habían empezado a murmurar que el ejército tendría que regresar pronto a los campamentos de guerra, so pena de no volver antes de que continuaran las altas tormentas.

Shallan cruzó el puente y pasó ante varias filas de lanceros apostados tras pequeñas protuberancias parecidas a olas que había en la piedra, como los cimientos de antiguas murallas. Encontró a Dalinar y los otros altos príncipes en una tienda emplazada en el centro del campamento. Era una de seis tiendas idénticas, y no le quedó inmediatamente claro cuál albergaba a los cuatro altos

príncipes. Una medida de precaución de algún tipo, asumí. Cuando Shallan entró, dejando atrás la lluvia, estaban conversando.

—La meseta actual tiene posiciones defensivas muy favorables —decía Aladar, señalando un mapa colocado ante ellos en la mesa de viaje—. Prefiero defenderme aquí contra un ataque que seguir avanzando.

—Y si seguimos avanzando —dijo Dalinar con un gruñido—, correremos el riesgo de dividirnos durante un ataque, una mitad en una meseta, otra mitad en otra.

—Pero ¿necesitan atacar siquiera? —intervino Roion—. Si estuviera en su lugar, me situaría aquí como si fuera a prepararme para un ataque... y no lo haría. ¡Me apostaría, obligando a mi enemigo a quedar atascado esperando un ataque hasta que regresaran las altas tormentas!

—Es un buen argumento —admitió Aladar.

—Fiaos de un cobarde que sabe cuál es la forma más inteligente de mantenerse apartado de una pelea —dijo Sebarial. Estaba sentado junto a la mesa con Palona, comiendo fruta y sonriendo agradablemente.

—No soy un cobarde —dijo Roion, cerrando los puños.

—No lo decía como un insulto —respondió Sebarial—. Mis insultos son mucho más jugosos. Era un cumplido. Si por mí fuera, te contrataría para que dirigieras todas las guerras, Roion. Sospecho que habría muchas menos bajas, y el precio de la ropa interior se duplicaría cuando los soldados supieran que tú estabas al mando. Ganaría una fortuna.

Shallan le tendió el tabardo empapado a un sirviente, luego se quitó la gorra y empezó a secarse el pelo con una toalla.

—Tenemos que avanzar hasta el centro de las Llanuras —dijo—. Roion tiene razón. Me niego a acampar. Los parshendi esperarán a agotarnos.

Los demás la miraron.

—No era consciente de que tú decidías nuestras tácticas, brillante Shallan —dijo Dalinar.

—Es culpa nuestra, por darle tanto margen —dijo Sebarial—. Probablemente tendríamos que haberla arrojado desde lo alto del Pináculo hace semanas, en el momento en que llegó a aquella reunión.

Shallan se disponía a replicar cuando la tienda se abrió y entró Adolin, con la armadura esquirrada goteando. Alzó la visera. Tormentas... estaba tan guapo, aunque solo se le pudiera ver la mitad de la cara. Ella sonrió.

—Están decididamente agitados —dijo Adolin. La vio y le dirigió una rápida sonrisa antes de acercarse a la mesa—. Hay al menos diez mil de esos parshendi alterados ahí fuera, moviéndose en grupos por las mesetas.

—Diez mil —gruñó Aladar—. Podemos enfrentarnos a diez mil. Aunque tengan la ventaja del terreno, aunque tengamos que atacar en vez de defender, deberíamos poder manejarlos con facilidad. Somos más de treinta mil.

—Es lo que hemos venido a hacer —dijo Dalinar. Miró a Shallan, que se ruborizó por su audacia anterior—. Tu portal, el que crees que está ahí fuera. ¿Dónde podría estar?

—Más cerca de la ciudad —respondió Shallan.

—¿Y esos ojos rojos? —preguntó Roion. Parecía muy incómodo—. ¿Y los destellos de luz que causan cuando luchan? Tormentas, cuando hablé antes no quería decir que siguiéramos avanzando. Me preocupaba lo que pudieran hacer los parshendi. Yo... no hay ninguna salida fácil, ¿verdad?

—Por lo que Rlain ha dicho —intervino Navani desde su asiento a un lado de la tienda—, solo sus soldados pueden saltar las mesetas, pero podemos asumir que con esta nueva forma son también capaces. Pueden huir si avanzamos.

Dalinar sacudió la cabeza.

—Se establecieron en las Llanuras en vez de huir hace tantos años porque sabían que era su mejor opción de supervivencia. En el territorio despejado de las tierras de tormenta, se les podía cazar y destruir. Aquí tienen la ventaja. No la abandonarán ahora. No si piensan que pueden luchar contra nosotros.

—Si queremos que luchen, entonces —dijo Aladar—, tenemos que amenazar sus hogares. Supongo que deberíamos avanzar hacia la ciudad.

Shallan se relajó. Cada paso que se acercaban al centro (según las explicaciones de Rlain estaban solo a medio día de distancia) se acercaban también a la Puerta Jurada.

Dalinar se inclinó hacia delante, extendiendo las manos hacia los

lados, cubriendo con su sombra los mapas de batalla.

—Muy bien. No he venido hasta aquí a esperar tímidamente los caprichos de los parshendi. Avanzaremos mañana, amenazaremos su ciudad, y los obligaremos a presentar batalla.

—Cuanto más cerca estemos —advirtió Sebarial—, más probabilidades habrá de que nos quedemos aislados sin esperanza de poder retirarnos.

Dalinar no respondió, pero Shallan sabía lo que estaba pensando. «Renunciamos a la esperanza de retirada hace días». Una huida de días y días a través de las mesetas sería un desastre si los parshendi decidían acosarlos. Los alezi tenían que luchar allí, y vencer, apoderándose del refugio de Narak.

Era su única opción.

Dalinar dio por terminada la reunión, y los altos príncipes se marcharon, rodeados de grupos de ayudantes con paraguas. Shallan esperó, ya que Dalinar la miró a los ojos. En unos instantes solo quedaron Dalinar, Adolin, Navani y ella.

Navani se acercó a Dalinar y se enganchó a su brazo. Una postura íntima.

—Ese portal tuyo —dijo Dalinar.

—¿Sí? —preguntó Shallan.

Dalinar alzó la cabeza y la miró a los ojos.

—¿Hasta qué punto es real?

—Jasnah estaba convencida de que era completamente real. Y nunca se equivocaba.

—Este podría ser un momento espantoso para romper la tendencia —dijo él en voz baja—. Accedí a continuar avanzando, en parte, por tu exploración.

—Gracias.

—No lo hice por investigar. Por lo que me dice Navani, este portal ofrece una oportunidad única para retirarnos. Esperaba derrotar a los parshendi antes de que el peligro nos abrumara, fuera cual fuese. A juzgar por lo que hemos visto, el peligro ha llegado ya.

Shallan asintió.

—Mañana es el último día de la cuenta atrás —dijo Dalinar—. Garabateada en las paredes durante las altas tormentas. Sea lo que sea, fuera lo que fuese, lo veremos mañana... y tú eres mi plan de contingencia, Shallan Davar. Encontrarás este portal, y lo harás

funcionar. Si el mal nos abrumba, tu camino será nuestra escapatoria. Puede que seas la única esperanza que nuestros ejércitos, y la misma Alezkar, tengan para sobrevivir.

Los días pasaban y Kaladin se negaba a permitir que la lluvia lo agobiara.

Recorría cojeando el campamento, usando una muleta que Lopen le había traído a pesar de haber mostrado su oposición a que Kaladin estuviera levantado y caminando.

El lugar seguía vacío, a excepción de los parshmenios ocasionales que traían madera de los bosques o cargaban con sacos de cereales. El campamento no recibía ninguna noticia de la expedición. El rey probablemente las recibía por vinculacañas, pero no las compartía con nadie más.

«Tormentas, este sitio es fantasmal», pensó Kaladin, mientras pasaba cojeando ante los barracones desiertos y la lluvia golpeteaba contra el paraguas que Lopen había atado a su muleta. Funcionaba. Más o menos. Dejó atrás los lluviaspren que brotaban del suelo como velas azules, cada uno de ellos con un ojo único en el centro de la parte superior. Seres repulsivos. A Kaladin no le habían gustado nunca.

Luchaba contra la lluvia. ¿Tenía sentido? Parecía que la lluvia quería que estuviera dentro de los barracones, así que salía. La lluvia quería que cediera a la desesperación, así que se obligaba a pensar. Cuando era más joven, tenía a Tien que le ayudaba a aliviar la melancolía. Con el tiempo, incluso pensar en Tien aumentaba esa melancolía, aunque no podía evitarla. El Llanto le recordaba a su hermano. Las risas cuando la oscuridad amenazaba, la alegre dicha y el optimismo sin problemas.

Esas imágenes se enfrentaban a las de la muerte de Tien. Kaladin cerró los ojos, intentando desterrar aquel recuerdo. El frágil joven, apenas entrenado, abatido. La compañía de soldados de Tien lo había puesto al frente como distracción, un sacrificio para frenar al enemigo.

Kaladin apretó los dientes y abrió los ojos. No más depresión. No lloraría ni gimotearía. Sí, había perdido a Syl. Había perdido a muchos seres queridos en su vida. Sobreviviría a esta agonía como

había sobrevivido a las otras.

Continuó su renqueante circuito por los barracones. Lo hacía cuatro veces al día. A veces Lopen lo acompañaba, pero hoy Kaladin estaba solo. Chapoteaba en los charcos de agua, y descubrió que sonreía porque llevaba puestas las botas que Shallan le había robado.

«Nunca creí que fuera una comecuernos —pensó—. Tengo que asegurarme de que lo sepa».

Se detuvo, apoyándose en la muleta, y contempló las Llanuras Quebradas a través de la lluvia. No podía ver muy lejos. La bruma del chaparrón lo impedía.

«Volved a salvo —pensó—. Todos vosotros. Esta vez, no puedo ayudaros si algo sale mal».

Roca, Teft, Dalinar, Adolin, Shallan, todos los miembros del Puente Cuatro... estaban allí fuera. ¿Cuán distinto sería el mundo si Kaladin hubiera sido un hombre mejor? ¿Si hubiera utilizado sus poderes y hubiera regresado al campamento de guerra con Shallan llena de luz tormentosa? Había estado tan cerca de revelar lo que podía hacer...

«Llevabas semanas pensándolo —se dijo—. Nunca lo habrías hecho. Estabas demasiado asustado».

Odiaba admitirlo, pero era verdad.

Bueno, si sus sospechas respecto a Shallan eran ciertas, Dalinar tendría a su Radiante de todas formas. Tal vez ella sería mejor que Kaladin.

Continuó su camino, cojeando, para regresar al barracón del Puente Cuatro. Se detuvo al ver allí esperando un hermoso carruaje, tirado por caballos que llevaban la enseña del rey.

Kaladin maldijo y se acercó. Lopen salió corriendo a recibirlo, sin llevar paraguas. Un montón de gente renunciaba a estar seca durante el Llanto.

—¡Lopen! —dijo Kaladin—. ¿Qué ocurre?

—Te está esperando, gancho —dijo Lopen, gesticulando con urgencia—. El rey en persona.

Kaladin cojeó más rápidamente hacia su habitación. La puerta estaba abierta y pudo ver al rey Elhokar dentro, de pie, contemplando el pequeño habitáculo. Moash guardaba la puerta, y Taka, un antiguo miembro de la guardia del rey, permanecía junto

al monarca.

—¿Majestad? —preguntó Kaladin.

—Ah —dijo el rey—, hombre del puente.

Las mejillas de Elhokar estaban coloradas. Había estado bebiendo, aunque no parecía borracho. Kaladin comprendió. Sin Dalinar y aquella mirada de reproche presente, probablemente era agradable relajarse con una botella.

La primera vez que Kaladin vio al rey, pensó que Elhokar carecía de autoridad regia. Ahora, extrañamente, sí le pareció un rey. No es que hubiera cambiado: seguía teniendo sus rasgos imperiosos, con aquella nariz demasiado grande y los modales condescendientes. El cambio estaba en Kaladin. Las cosas que antes había asociado con la monarquía (honor, fuerza, nobleza) habían sido sustituidas por los atributos menos inspiradores de Elhokar.

—¿Esto es todo lo que Dalinar asigna a uno de sus oficiales? —preguntó Elhokar, indicando la habitación—. Qué hombre. Espera que todo el mundo viva siguiendo su propia austeridad. Es como si se hubiera olvidado por completo de disfrutar.

Kaladin miró a Moash, que se encogió de hombros, haciendo tintinear la armadura esquirlada.

El rey se aclaró la garganta.

—Me dijeron que estabas demasiado débil para venir a visitarme. Veo que tal vez no fuera así.

—Lo siento, majestad —respondió Kaladin—. No estoy bien, pero camino por el campamento todos los días para recuperar fuerzas. Temía que mi debilidad y mi aspecto pudieran resultar ofensivos a la Corona.

—Ya veo que has aprendido a hablar políticamente —dijo el rey, cruzándose de brazos—. La verdad es que mi poderío carece de significado, incluso para un ojos oscuros. Ya no tengo autoridad para mis hombres.

«Magnífico. Allá vamos de nuevo».

El rey hizo un gesto cortante.

—Fuera, vosotros dos. Quiero hablar con este hombre a solas.

Moash miró a Kaladin, preocupado, pero Kaladin asintió. Reacios, Moash y Taka se marcharon, cerrando la puerta, dejándolos a los dos a la luz de las pocas esferas parpadeantes que el rey había colocado. Pronto no habría ninguna luz tormentosa

para ninguno: había pasado demasiado tiempo sin una alta tormenta. Tendrían que recurrir a velas y lámparas de aceite.

—¿Cómo sabías —le preguntó el rey— cómo ser un héroe?

—¿Majestad? —preguntó Kaladin, apoyándose en la muleta.

—Un héroe —dijo el rey, agitando una mano con sarcasmo—. Todo el mundo te ama, hombre del puente. ¡Salvaste a Dalinar, combatiste contra portadores de esquirlada, regresaste después de caer a los abismos!

—En realidad fue solo suerte, majestad.

—No, no —dijo el rey. Empezó a caminar de un lado a otro—. Es un patrón, aunque no puedo desentrañarla. Cuando intento ser fuerte, me pongo en ridículo. Cuando intento ser piadoso, la gente se aprovecha de mí. Cuando intento hacerlo todo yo, Dalinar se hace cargo no vaya a ser que destruya al reino.

»¿Cómo sabe la gente lo que tiene que hacer? ¿Por qué no lo sé yo? ¡Nací para este cargo, recibí el trono por gracia del mismísimo Todopoderoso! ¿Por qué me dio el título, pero no la capacidad? Desafía la razón. Y, sin embargo, todo el mundo parece saber cosas que yo no sé. Mi padre podía gobernar incluso a gente como Sadeas: los hombres amaban a Gavilar, lo temían, y lo servían a la vez. ¡Yo ni siquiera puedo conseguir que un ojos oscuros obedezca una orden para venir a verme a palacio! ¿Por qué no funciona esto? ¿Qué es lo que tengo que hacer?

Kaladin dio un paso atrás, sorprendido ante la franqueza.

—¿Por qué me preguntas esto, majestad?

—Porque tú conoces el secreto —dijo el rey, todavía caminando de un lado a otro—. He visto cómo te miran tus hombres; he oído cómo hablan de ti. Eres un héroe, hombre del puente.

Se detuvo, entonces se acercó a Kaladin y lo cogió por los brazos.

—¿Puedes enseñarme?

Kaladin lo miró, anonadado.

—Quiero ser un rey como lo era mi padre —dijo Elhokar—. Quiero dirigir hombres, y quiero que me respeten.

—Yo no... —Kaladin tragó saliva—. Yo no sé si eso es posible, majestad.

Elhokar lo miró entornando los ojos.

—De modo que sigues hablando francamente. Después de todos

los problemas que te ha causado. Dime, ¿me consideras un mal rey, hombre del puente?

—Sí.

El rey inhaló aire bruscamente, todavía sujetando a Kaladin por los brazos.

«Podría hacerlo aquí mismo —advirtió Kaladin—. Eliminar al rey. Poner a Dalinar en el trono. Nada que ocultar, ningún secreto, ningún asesinato cobarde. Un combate, él y yo».

Parecía la forma más honrada de hacerlo. Ciertamente, Kaladin probablemente acabaría ejecutado, pero descubrió que eso no le molestaba. ¿Debería hacerlo, por bien del reino?

Pudo imaginar la ira de Dalinar. Su decepción. A Kaladin no le molestaba la muerte, pero fallarle a Dalinar... «Tormentas».

El rey lo soltó y se dio media vuelta.

—Bueno, lo he preguntado —murmuró para sí—. Tendré que ganarte a ti también. Lo resolveré. Seré un rey que será recordado.

—O podrías hacer lo que es mejor para Alezkar —dijo Kaladin—, y hacerte a un lado.

El rey se detuvo. Se volvió hacia Kaladin con expresión amenazadora.

—No te extralimites, hombre del puente. Bah. No tendría que haber venido aquí.

—Estoy de acuerdo —dijo Kaladin. Toda esta situación le parecía irreal.

Elhokar se dispuso a marcharse. Se detuvo en la puerta, sin mirarlo.

—Cuando llegaste, las sombras se fueron.

—¿Las... sombras?

—Las veía en los espejos, con el rabillo del ojo. Podría jurar que las oía susurrar, pero tú las asustaste. No las he visto desde entonces. Hay algo en ti. No intentes negarlo. —El rey lo miró—. Lamento lo que te hice. Vi cómo combatiste para ayudar a Adolin, y luego te vi defender a Renarin... y sentí envidia. Allí estabas, todo un campeón, tan querido. Y a mí todo el mundo me odia. Tendría que haber saltado a luchar.

«En cambio, tuve una reacción desmedida a tu desafío a Amaram. No fuiste tú quien estropeó nuestra oportunidad contra Sadeas. Fui yo. Dalinar tenía razón. Una vez más. Estoy tan cansado

de que él siempre tenga razón y yo esté equivocado... A la luz de eso, no me extraña que me consideres un mal rey».

Elhokar abrió la puerta y se marchó.



Los Deshechos son una desviación, una aparición, un misterio que tal vez no merezca la pena tu tiempo. No puedes evitar pensar en ellos. Son fascinantes. Muchos carecen de mente. Como los spren de las emociones humanas, solo que mucho más desagradables. No obstante, creo que unos pocos pueden pensar.

Del Diagrama, Libro del segundo cajón del escritorio, párrafo 14

Dalinar salió de la tienda a la leve lluvia, seguido de Navani y Shallan. La lluvia sonaba más suavemente allí que en el interior de la tienda, donde las gotas tamborileaban sobre la lona.

Habían continuado la marcha durante toda la mañana, hasta llegar al mismo corazón de las mesetas derruidas. Ya estaban cerca. Tan cerca, que tenían toda la atención de los parshendi.

Estaba sucediendo.

Un ayudante ofreció un paraguas a cada persona que salía de la tienda, pero Dalinar rechazó el suyo. Si sus hombres tenían que soportar la lluvia, él también. Estaría empapado al final del día de todas formas.

Recorrió las filas, siguiendo a los hombres de los puentes, ataviados con los tabardos para la lluvia, que guiaban el camino con

linternas de zafiro. Todavía era de día, pero la gruesa capa de nubes lo oscurecía todo. Usaba luz azul para identificarse. Roion y Aladar, al ver que había rechazado el paraguas, decidieron mojarse con él. Sebarial, naturalmente, permaneció debajo del suyo.

Llegaron al borde de la masa de soldados que estaban formando en un amplio óvalo, mirando hacia el exterior. Dalinar conocía a sus soldados lo suficientemente bien para sentir su ansiedad. Estaban demasiado rígidos, sin menearse ni estirar los músculos. También guardaban silencio, sin charlar para distraerse, ni siquiera susurraban. Las únicas voces que se oían eran las órdenes ocasionales mientras los oficiales revisaban las filas. Dalinar vio pronto qué causaba la inquietud.

Resplandecientes ojos rojos congregados en la siguiente meseta.

No habían resplandecido antes. Ojos rojos sí, pero no con aquel resplandor increíble. Con la tenue luz, los cuerpos parshendi eran indistinguibles, apenas sombras. Los ojos carmesí flotaban como la Cicatriz de Taln, como esferas en la oscuridad, más intensas de color que ningún rubí. Las barbas de los parshendi a menudo llevaban trozos de gema como adorno, pero hoy esas no brillaban.

«Demasiado tiempo sin una alta tormenta», pensó Dalinar. Incluso las gemas de las esferas alezi (talladas con facetas y por tanto capaces de conservar la luz más tiempo) habían fallado en su mayoría a estas alturas del Llanto, aunque las gemas más grandes podrían durar una semana más.

Habían entrado en la parte más oscura del año. La época en que la luz tormentosa no brillaba.

—¡Oh, Todopoderoso! —susurró Roion, mirando aquellos ojos rojos—. Oh, por los nombres del mismísimo Dios. ¿Adónde nos has traído, Dalinar?

—¿Puedes hacer algo para ayudar? —preguntó Dalinar en voz baja, mirando a Shallan, que estaba de pie bajo el paraguas a su lado, con sus guardias justo detrás.

Con la cara pálida, ella sacudió la cabeza.

—Lo siento.

—Los Caballeros Radiantes eran guerreros —dijo Dalinar muy, muy suavemente.

—Si lo eran, entonces me queda un largo camino por...

—Ve, entonces —le dijo Dalinar a la muchacha—. Cuando haya

una abertura en la lucha, encuentra el camino a Urithiru, si existe. Eres mi único plan de contingencia, brillante.

Ella asintió.

—Dalinar —dijo Aladar, aterrado mientras contemplaba los ojos rojos, que formaban en filas ordenadas al otro lado del abismo—, sé sincero conmigo. Cuando nos trajiste a esta expedición, ¿esperabas encontrar estos horrores?

—Sí.

Era cierto. No sabía qué horrores iba a encontrar, pero sabía que algo iba a producirse.

—¿Y viniste de todas formas? —preguntó Aladar—. Nos arrastraste hasta estas malditas llanuras, dejaste que nos rodearan esos monstruos, para que nos masacren y...

Dalinar agarró a Aladar por la pechera de la guerrera y lo atrajo hacia sí. El movimiento pilló al otro hombre completamente desprevenido, y se calló, con los ojos muy abiertos.

—Esos de ahí son Portadores del Vacío —susurró Dalinar, con la lluvia corriéndole por la cara—. Han regresado. Sí, es verdad. Y nosotros, Aladar, tenemos una oportunidad para detenerlos. No sé si podremos impedir otra Desolación, pero estoy dispuesto a hacer cualquier cosa, incluyendo sacrificarme a mí y todo este ejército, por proteger a Alezkar de esas criaturas. ¿Entiendes?

Aladar asintió, con los ojos espantados.

—Esperaba llegar antes de que esto sucediera —dijo Dalinar—, pero no ha sido así. Así que ahora vamos a luchar. Y, tormentas, vamos a destruir a esas criaturas. Vamos a detenerlas, y vamos a esperar que esto impida que este mal se extienda al mundo de los parshmenios, como temía mi sobrina. Si sobrevives a este día, serás conocido como uno de los hombres más grandes de nuestra generación.

Soltó a Aladar, dejando que el alto príncipe retrocediera tambaleándose.

—Ve con tus hombres, Aladar. Ve a dirigirlos. Sé un campeón.

Aladar lo miró, boquiabierto. Entonces se irguió. Se llevó la mano al pecho, dando el saludo más recio que Dalinar había visto jamás.

—Así se hará, brillante señor —dijo Aladar—. Alto Príncipe de la Guerra.

Aladar ladró una orden a sus auxiliares (incluido Mintez, el alto señor que habitualmente usaba su armadura esquirrada en batalla), y luego se llevó la mano a la espada y se marchó bajo la lluvia.

—Hum —dijo Sebarial desde debajo de su paraguas—. Se lo ha tragado y todo. Cree que va a ser un héroe.

—Ahora sabe que yo tenía razón respecto a la necesidad de unificar Alezkar. Es un buen soldado. La mayoría de los altos príncipes lo son... o lo fueron, en algún momento.

—Lástima que acabaras con nosotros dos en vez de con ellos —dijo Sebarial, indicando con la cabeza a Roion, que todavía contemplaba los brillantes ojos rojos. Ya había miles, y seguían aumentando a medida que llegaban más parshendi. Los exploradores informaron que se estaban congregando en las tres mesetas que rodeaban la que los alezi ocupaban, la más grande.

—Yo soy inútil en combate —continuó Sebarial—, y los arqueros de Roion no servirán de nada con esta lluvia. Además, es un cobarde.

—Roion no es un cobarde —dijo Dalinar, posando una mano en el brazo del otro alto príncipe—. Es cuidadoso. Eso no le sirvió bien en la pugna por las gemas corazón, donde hombres como Sadeas desperdiciaban vidas a cambio de prestigio. Pero en este caso el cuidado es un atributo que prefiero a la intrepidez.

Roion se volvió hacia Dalinar, parpadeando para librarse del agua.

—¿Esto está pasando de verdad?

—Sí —dijo Dalinar—. Quiero que estés con tus hombres, Roion. Tienen que verte. Esto va a aterrarlos, pero a ti no. Eres cuidadoso, tienes el control.

—Sí —dijo Roion—. Sí. Tú... tú vas a librarnos de esto, ¿verdad?

—No, yo no.

Roion frunció el ceño.

—Todos vamos a librarnos de esto, juntos.

Roion asintió, y no puso objeciones. Saludó como había hecho Aladar, aunque menos reciamente, y luego regresó con su ejército en el flanco norte, pidiendo a sus ayudantes que le dieran el número de sus reservas.

—Condenación —dijo Sebarial, viéndolo marchar—. Condenación. ¿Y yo qué? ¿Dónde está mi discurso apasionado?

—Tú vas a volver a la tienda de mando —dijo Dalinar—, y nada de ponerte en medio.

Sebarial se echó a reír.

—De acuerdo. Eso lo sé hacer.

—Quiero a Teleb al mando de tu ejército —dijo Dalinar—. Y voy a enviar a Serugiadis y a Rust para que se unan a él. Tus hombres lucharán mejor contra esos seres con unos cuantos portadores de esquirlada a la cabeza.

Eran los tres hombres que habían recibido las esquirlas después del duelo de Adolin.

—Daré la orden de que tienen que obedecer a Teleb.

—Y, ¿Sebarial? —preguntó Dalinar.

—¿Sí?

—Si te apetece, quema unas plegarias. No sé si ahí arriba escuchan todavía, pero no puede hacer daño.

Dalinar se volvió hacia el mar de ojos rojos. ¿Por qué estaban allí, mirando? Sebarial vaciló.

—No sientes tanta confianza como les has demostrado a los otros dos, ¿eh? —Sonrió como si eso lo consolara, luego se marchó. Qué hombre tan extraño. Dalinar hizo un gesto con la cabeza a uno de sus ayudantes, que fue a dar las órdenes a los tres portadores Kholin, acudiendo primero a Serugiadis (un joven larguirucho a cuya hermana había cortejado Adolin) que estaba en su puesto de mando con los soldados, y luego a Teleb para explicarle las órdenes de Dalinar.

Una vez resuelto eso, Dalinar se acercó a Navani.

—Tengo que saber que estás a salvo en la tienda de mando. Tan a salvo como se pueda estar.

—Entonces finge que estoy allí.

—Pero...

—¿Quieres que te ayude con los fabriales? —dijo Navani—. No puedo hacerlo desde lejos, Dalinar.

Él apretó los dientes, pero ¿qué podía decir? Iba a necesitar toda la ventaja que pudiera conseguir. Miró de nuevo aquellos ojos rojos.

—Las historias de las hogueras de campamento cobran vida —dijo Roca, el enorme comecuernos. Dalinar nunca lo había visto protegiéndolo a él o a sus hijos; le parecía que era el intendente—. No deberían existir. ¿Por qué no se mueven?

—No lo sé —dijo Dalinar—. Envía a unos cuantos de tus hombres a traer a Rlain. Quiero ver si puede darnos alguna explicación. —Cuando dos hombres de los puentes echaron a correr, Dalinar se volvió hacia Navani—. Reúne a tus escribas para que anoten mis palabras. Hablaré a los soldados.

Momentos después, ella trajo a un par de escribas, temblando mientras permanecían de pie bajo los paraguas con los lápices preparados para escribir lo que dijera.

Dalinar montó en *Galante* para tener un poco de altura. Se volvió hacia las filas de soldados cercanos.

—Sí —gritó por encima del sonido de la lluvia—, son Portadores del Vacío. Sí, vamos a combatirlos. No sé qué pueden hacer. No sé por qué han regresado. Pero hemos venido a detenerlos.

»Sé que estáis asustados, pero habéis oído hablar de mis visiones durante las altas tormentas. En los campamentos de guerra, los ojos claros se burlaron de mí y descartaron lo que veía, considerándolo delirios. —Extendió los brazos hacia el lado, señalando el mar de ojos rojos—. ¡Ahí tenéis la prueba de que mis visiones eran auténticas! ¡Ahí fuera, tenéis lo que me han dicho que vendría!

Dalinar se humedeció los labios. Había pronunciado muchos discursos antes de la batalla en su vida, pero nunca había dicho nada como lo que se le ocurrió en ese momento.

—He sido enviado por el mismísimo Todopoderoso para salvar a esta tierra de otra Desolación. He visto lo que esas criaturas pueden hacer; he vivido vidas rotas por los Portadores del Vacío. He visto reinos destruidos, pueblos destrozados, tecnología olvidada. He visto a la misma civilización arrastrada hasta el tembloroso borde del colapso.

»¡Lo impediremos! Hoy no lucháis por la riqueza de un ojos claros, ni siquiera por el honor de vuestro rey. Hoy lucháis por el bien de todos los hombres. ¡No lucharéis solos! Confiad en lo que he visto, confiad en mis palabras. Si esas cosas han regresado, entonces también lo harán las fuerzas que antaño las derrotaron. ¡Veremos milagros antes de que termine este día, hombres! Simplemente, tendremos que ser lo bastante fuertes para merecerlos.

Contempló el mar de ojos esperanzados. Tormentas. ¿Lo que giraba sobre su cabeza como esferas doradas bajo la lluvia eran glorispren? Sus escribas terminaron de transcribir el breve discurso

y luego empezaron apresuradamente a hacer copias para enviarlas con mensajeras. Dalinar las vio partir, esperando por los Salones Tranquilos no haberles mentido a todos.

Su ejército parecía pequeño en esta oscuridad, rodeado de enemigos. Poco después, oyó sus propias palabras repetidas en la distancia, leídas a las tropas. Dalinar permaneció sentado, Shallan junto a su caballo, aunque Navani se marchó a atender alguno de sus artilugios.

El plan de batalla exigía que esperaran un poco más, y Dalinar se alegró de hacerlo. Con estos abismos que cruzar, era mucho mejor ser atacado que pasar a la ofensiva. Tal vez los ejércitos separados animarían a los parshendi a iniciar la batalla yendo a su encuentro. Por fortuna, con la lluvia no habría flechas. Las cuerdas de los arcos no soportarían la humedad, ni lo haría la tripa animal de los arcos curvados de los parshendi.

Las criaturas empezaron a cantar.

Fue un súbito rugido sobre la lluvia que sobresaltó a sus hombres, haciéndolos retroceder de asombro. No era una canción que Dalinar hubiera escuchado durante las cargas en las mesetas. Esta era más entrecortada, más frenética. Se alzaba alrededor, viniendo de las tres mesetas circundantes, a gritos que parecían hachas lanzadas contra los alezi del centro.

Dalinar se estremeció. El viento sopló contra él, más fuerte de lo que era normal durante el Llanto. La vaharada le mojó la cara de lluvia. El frío mordió su piel.

—¡Brillante señor!

Dalinar se volvió en su silla y advirtió que cuatro hombres del puente se acercaban con Rlain; todavía tenía al hombre bajo guardia en todo momento. Le indicó a sus guardias que los dejaran pasar, permitiendo que el parshendi se aproximara hasta su caballo.

—¡Esa canción! —dijo Rlain—. Esa canción.

—¿Qué ocurre, hombre?

—Es la muerte —susurró Rlain—. Brillante señor, nunca la he oído antes, pero es un ritmo de destrucción. De poder.

Al otro lado del abismo, los parshendi empezaron a brillar. Diminutas líneas de rojo chispearon por sus brazos, parpadeando y temblando, como relámpagos.

—¿Qué es eso? —preguntó Shallan.

Dalinar entornó los ojos, y otra vaharada de viento lo barrió.

—Tienes que detenerlo —dijo Rlain—. Por favor. Aunque tengas que matarlos. No les permitas terminar esa canción.

Era el día de la cuenta atrás que Dalinar había garabateado en las paredes sin saberlo. El último día.

Dalinar tomó su decisión basándose en el instinto. Llamó a una mensajera y una se acercó corriendo: la pupila de Teshav, una muchacha de quince años.

—Transmite la orden —le dijo—. Avisa al general Khal en la tienda de mando, a los señores de los batallones, a mi hijo, Teleb, y los otros altos príncipes. Vamos a cambiar de estrategia.

—¿Brillante señor? —preguntó la mensajera—. ¿Qué cambio?

—Vamos a atacar. ¡Ahora!

Kaladin se detuvo en la entrada de los terrenos de entrenamiento de los ojos claros, mientras la lluvia resbalaba por la tela encerada de su paraguas, y se sorprendió ante lo que veía. Como preparativo para las tormentas, los fervorosos normalmente barrían y apilaban la arena para formar trincheras cubiertas en los bordes del terreno para impedir que el viento se la llevara.

Esperaba ver algo similar durante el Llanto. En cambio, habían dejado la arena fuera, pero habían colocado luego una pequeña barrera de madera en la entrada. Cerraban así la parte frontal de los terrenos de entrenamiento, lo que les permitía llenarlos de agua. Una pequeña cascada de agua de lluvia rebosaba el borde de la barrera y caía al camino.

Kaladin contempló el pequeño lago que llenaba el patio, luego suspiró y se agachó, se soltó los cordones y se quitó las botas y los calcetines. Cuando entró, el agua fría le llegó hasta las pantorrillas.

La suave arena se escurrió entre sus dedos. ¿Cuál era el propósito de esto? Cruzó el patio, con la muleta bajo el brazo y las botas unidas por los cordones y colgadas al hombro. El agua helada le entumeció el pie herido, que estaba bien, aunque la pierna aún le dolía con cada paso. Le pareció que las dos semanas de curación no habían hecho mucho por sus heridas. Su continua insistencia en caminar probablemente no había ayudado tampoco.

Sus habilidades lo habían maleducado: un soldado con una

herida así normalmente tardaba meses en recuperarse. Sin luz tormentosa, tendría que ser paciente y curarse como todos los demás.

Esperaba encontrar los terrenos de entrenamiento tan abandonados como la mayor parte del campamento. Incluso los mercados estaban relativamente vacíos, pues la gente prefería permanecer dentro de las viviendas durante el Llanto. Sin embargo, halló a los fervorosos riendo y charlando mientras permanecían sentados en las altas arcadas que rodeaban los terrenos. Cosían jubones de cuero, mientras en las mesas que tenían al lado asomaban copas de vino rojizo. Esa zona se elevaba lo suficiente sobre el suelo del patio para permanecer seca.

Kaladin siguió andando, buscando entre ellos, pero no encontró a Zahel. Incluso se asomó a la habitación del hombre, pero estaba vacía.

—¡Aquí arriba, hombre del puente! —llamó una de los fervorosos. La mujer calva señaló la escalera de la esquina, donde Kaladin había enviado a menudo a sus guardias a asegurar el tejado cuando Adolin y Renarin practicaban.

Kaladin agitó una mano en gesto de agradecimiento, luego continuó cojeando y torpemente subió las escaleras. Tuvo que cerrar el paraguas para caber. La lluvia cayó sobre su cabeza cuando se asomó a la abertura del tejado donde terminaba la escalera. El tejado estaba hecho de losas colocadas sobre el endurecido crem, y Zahel estaba allí tendido en una hamaca que había colgado entre dos postes. Kaladin pensó que eran pararrayos, cosa que no le pareció segura. Un toldo colgaba sobre la hamaca y mantenía a Zahel casi seco.

El fervoroso oscilaba suavemente, con los ojos cerrados, mientras empuñaba una botella cuadrada de fuerte honu, un tipo de licor de grano de lavis. Kaladin inspeccionó el tejado, juzgando su habilidad para cruzar aquellas tejas inclinadas sin resbalar y partirse el cuello.

—¿Has estado alguna vez en el Lagopuro, hombre del puente? —preguntó Zahel.

—No —respondió Kaladin—. Pero uno de mis hombres habla siempre de ese lugar.

—¿Qué has oído?

—Que es un océano tan poco profundo que puedes cruzarlo chapoteando.

—Es ridículamente poco profundo —dijo Zahel—. Como una bahía interminable de pocos palmos de profundidad. Agua caliente. Brisas suaves. Me recuerda mi hogar. No como este lugar frío, húmedo y perdido de la mano de Dios.

—Entonces ¿por qué estás aquí y no allí?

—Porque no puedo soportar que me recuerden mi hogar, idiota. Oh.

—Entonces ¿por qué estamos hablando de ello?

—Porque te estás preguntando por qué creamos nuestro pequeño. Lagopuro allá abajo.

—¿Ah, sí?

—Pues claro que sí. Muchacho de Condenación. Te conozco lo bastante bien para saber que esa cuestión te molesta. No piensas como un lancero.

—¿Los lanceros no pueden ser curiosos?

—No. Porque si lo son, o bien los matan o acaban enseñándole a alguien al mando lo listos que son. Entonces los ponen en un sitio más útil.

Kaladin alzó una ceja, esperando más explicaciones. Finalmente, suspiró y preguntó:

—¿Por qué habéis bloqueado el patio de abajo?

—¿Tú qué crees?

—Eres una persona realmente molesta, Zahel. ¿Te das cuenta?

—Pues claro. —Tomó un trago de honu.

—Supongo que habéis bloqueado la entrada de los terrenos de prácticas para que la lluvia no se lleve la arena —dijo Kaladin.

—Excelente deducción —respondió Zahel—. Como pintura azul fresca en una pared.

—Signifique eso lo que signifique. El problema es, ¿por qué es necesario conservar la arena del patio? ¿Por qué no guardarla, como hacéis antes de las altas tormentas?

—¿Sabías que las lluvias durante el Llanto no sueltan crem?

—Yo...

¿Lo sabía? ¿Tenía importancia?

—Y menos mal —dijo Zahel—, o nuestro campamento entero acabaría atascado con ese material. Además, una lluvia como esta

es magnífica para la limpieza.

—¿Me estás diciendo que habéis convertido el suelo de los terrenos de duelos en un baño?

—Pues claro.

—¿Para lavar ahí dentro?

—Claro. Pero no nosotros, naturalmente.

—Entonces ¿qué?

—La arena.

Kaladin frunció el ceño, luego se volvió hacia un lado para mirar el estanque de abajo.

—Cada día —dijo Zahel—, entramos ahí y la removemos. La arena se posa en el fondo, y toda la porquería queda a flote y la lluvia se la lleva del campamento por los desagües. ¿Nunca habías pensado que pudiera hacer falta lavar la arena?

—La verdad es que no.

—Pues hace falta. Después de un año de ser pisoteada por los apuestos pies de los hombres de los puentes y los igualmente apuestos, aunque más refinados, pies de los ojos claros, después de un año de que gente como yo le derrame sangre encima, o de que los animales vengan aquí a hacer sus cosas, hay que lavar la arena.

—¿Por qué estamos hablando de esto?

—Porque es importante —dijo Zahel, tomando un trago—. O algo. No lo sé. Has venido a verme, muchacho, interrumpiendo mis vacaciones. Eso significa que tienes que escucharme divagar.

—Se supone que tienes que decir algo profundo.

—¿No has pillado la parte donde he dicho que estoy de vacaciones?

Kaladin permaneció de pie bajo la lluvia.

—¿Sabes dónde está el sagaz del rey?

—¿Ese necio? Aquí no, afortunadamente. ¿Por qué?

Kaladin necesitaba alguien con quien hablar, y se había pasado casi todo el día buscando a Sagaz. No lo había encontrado, aunque se hartó y acabó por comprarle un poco de chouta a un solitario vendedor callejero.

Sabía bien, pero no alivió su estado de ánimo.

Así que renunció a buscar a Sagaz y en cambio vino a ver a Zahel. Parecía que había cometido un error. Kaladin suspiró, y se dio media vuelta para bajar por las escaleras.

—¿Qué era lo que querías? —le llamó Zahel. Había entreabierto un ojo y lo estaba mirando.

—¿Has tenido que elegir alguna vez entre dos opciones igualmente desagradables?

—Cada día elijo seguir respirando.

—Me preocupa que vaya a suceder algo horrible —dijo Kaladin—. Puedo impedirlo, pero lo horrible... tal vez sería mejor para todos que sucediera.

—Hum —dijo Zahel.

—¿Ningún consejo? —preguntó Kaladin.

—Elige la opción —dijo Zahel, acomodando su almohada—, que te haga más fácil dormir de noche. —El viejo fervoroso cerró los ojos y volvió a tumbarse—. Es lo que yo quisiera haber hecho.

Kaladin continuó bajando las escaleras. Una vez abajo, no abrió el paraguas. Ya estaba empapado de todas formas. En cambio, buscó en los anaqueles situados en un lateral de los terrenos hasta que encontró una lanza: de verdad, no de prácticas. Luego soltó la muleta y caminó cojeando hacia el agua.

Allí, adoptó una pose de lancero y cerró los ojos. La lluvia caía a su alrededor. Salpicaba en el agua del estanque, tamborileaba en el tejado, resonaba en las calles de fuera. Kaladin se sentía agotado, como si le hubieran extraído la sangre. La melancolía le hacía querer quedarse quieto.

En cambio, empezó a bailar con la lluvia. Recreó las poses con la lanza, haciendo todo lo que pudo para evitar poner peso en su pierna herida. Chapoteó en el agua. Buscó paz y sentido en las formas cómodas.

No encontró ninguna de las dos cosas.

Perdió el equilibrio y su pierna gritó. La lluvia no le acompañaba: solo le molestaba. Peor, el viento no soplabla. El aire parecía rancio.

Kaladin tropezó con sus propios pies. Torció la lanza a su alrededor, luego la dejó caer con torpeza. La lanza giró y se hundió en el estanque. Mientras la recogía, advirtió que los fervorosos lo miraban con caras que oscilaban entre el asombro y la diversión.

Lo intentó de nuevo. Formas sencillas. Nada de hacer girar el arma, nada de alardear. Paso adelante y ataque.

Sentía extraña el asta de la lanza en las manos. Desequilibrada.

Tormentas. Había ido allí en busca de solaz, y lo único que había conseguido era sentirse cada vez más frustrado mientras intentaba practicar.

¿Cuánta de su habilidad con la lanza se había debido a sus poderes? ¿No era nada sin ellos?

Soltó de nuevo la lanza después de intentar un sencillo giro y ataque. Intentó cogerla y encontró a los lluviaspren sentados junto a ella en el agua, mirando hacia arriba, sin parpadear.

Agarró la lanza con un gruñido, luego alzó la cabeza hacia el cielo.

—¡Lo merece! —les gritó a las nubes.

La lluvia cayó sobre él.

—¡Dadme un motivo por el que no lo merece! —gritó Kaladin, sin preocuparle que los fervorosos lo oyeran—. Tal vez no sea culpa suya, y puede que lo esté intentando, pero sigue fracasando.

Silencio.

—Es justo eliminar el miembro herido —susurró Kaladin—. Esto es lo que tenemos que hacer. Para... para...

«Para seguir con vida».

¿De dónde habían salido esas palabras?

«Hay que hacer lo que tienes que hacer para seguir vivo, hijo. Convertir una carga en una ventaja cada vez que puedas».

La muerte de Tien.

Aquel momento, aquel horrible momento, cuando vio cómo moría su hermano, incapaz de hacer nada. El propio líder del pelotón de Tien había sacrificado a los que no tenían entrenamiento para ganar un momento de ventaja.

Aquel hombre había hablado con Kaladin después de que todo acabara. «Hay que hacer lo que hay que hacer para seguir vivos...».

Tenía sentido. Horrible, retorcido.

No había sido culpa de Tien. Él lo había intentado. Pero había fracasado. Y por eso lo habían matado.

Kaladin cayó de rodillas en el agua.

—Todopoderoso, oh, Todopoderoso...

El rey...

El rey era el Tien de Dalinar.

—¿Atacar? —preguntó Adolin—. ¿Estás segura de que eso es lo que ha dicho mi padre?

La joven que había traído el mensaje asintió, empapada, luciendo un aspecto horrible con su vestido abierto y el fajín.

—Tienes que detener ese cántico si puedes, brillante señor. Tu padre indicó que era importante.

Adolin contempló sus batallones, encargados del flanco sur. Más allá, en una de las tres mesetas que rodeaban a su ejército, los parshendi cantaban una canción horrible. *Sangre Segura* caracoleaba, piafando.

—A mí tampoco me gusta —dijo Adolin en voz baja, acariciando al caballo en el cuello. Aquella canción lo ponía nervioso. Y aquellos hilos de luz roja en sus brazos, en sus manos... ¿qué eran?

—Perel —le dijo a uno de sus comandantes de campo—, díles a los hombres que estén preparados para la orden. Vamos a cargar con esos puentes hasta la meseta sur. Primero la infantería pesada, las lanzas cortas detrás, las lanzas largas preparadas por si contraatacan. Quiero a los hombres preparados para formar bloques al otro lado hasta que estemos seguros de que las líneas parshendi van a caer. Tormentas, ojalá tuviéramos a los arqueros. ¡Vamos!

La orden se transmitió, y Adolin se acercó con *Sangre Segura* a uno de los puentes, que ya había sido colocado. Sus guardias lo siguieron, una pareja de hombres de los puentes llamados Cikatriz y Drehy.

—¿Vais a quedaros al margen? —les preguntó Adolin, mirando al frente—. A vuestro capitán no le gusta que entréis en batalla contra los parshendi.

—¡A Condenación con eso! —dijo Drehy—. Lucharemos, señor. De todas formas, esos no son parshendi. Ya no.

—Buena respuesta. Ellos avanzarán cuando iniciemos nuestro ataque. Tenemos que mantener el puente para el resto de nuestro ejército. Intentad seguirme, si podéis. —Miró por encima del hombro, esperando. Observando hasta que...

Una gran gema azul se alzó al aire, izada en un poste lejano cerca de la tienda de mando.

—¡Adelante! —Adolin espoleó a *Sangre Segura*, y el caballo cruzó tronando el puente, salpicando agua de un charco al llegar al otro lado. Los lloviaspren vacilaron. Los dos hombres del puente lo

siguieron a la carrera. Tras ellos, la infantería pesada con gruesas armaduras y martillos y hachas (perfectos para abrir los caparazones parshendi), se pusieron en marcha.

El grueso de los parshendi continuó su cántico. Un grupo más pequeño se desgajó, quizás unos dos mil, y se dispusieron a interceptar a Adolin. El príncipe gruñó, inclinándose, y la hoja esquirrada apareció en su mano. Si ellos...

Un destello de luz.

El mundo se sacudió, y Adolin se encontró resbalando por el suelo, su armadura esquirrada chirriando contra las piedras. La armadura absorbió el golpe de la caída, pero no pudo hacer nada para la sorpresa del propio Adolin. El mundo giró, y un chorro de agua se coló por las rendijas de su yelmo, cubriéndole el rostro.

Cuando se detuvo, se inclinó hacia atrás para ponerse en pie. Se tambaleó, con sonido metálico, revolviéndose por si algún parshendi se había acercado. Parpadeó, luego se orientó para observar el paisaje que tenía delante. Blanco entre el marrón y gris. ¿Qué era eso...?

Finalmente sus ojos se despejaron y pudo echar una buena ojeada. Lo blanco era un caballo, caído en el suelo.

Adolin gritó algo desaforado, un sonido que resonó en su yelmo. Ignoró los gritos de los soldados, el sonido de la lluvia, el súbito e innatural crujido tras él. Corrió hacia el cuerpo que había en el suelo. *Sangre Segura*.

—No, no, no —dijo Adolin, resbalando hasta caer de rodillas junto al caballo. El animal tenía una extraña quemadura que corría por todo el costado de su pelaje blanco. Ancha, irregular. Los ojos oscuros de *Sangre Segura*, abiertos a la lluvia, no parpadeaban.

Adolin alzó las manos, súbitamente vacilante, sin saber si tocar al animal.

Un joven en un terreno desconocido.

Sangre Segura no se movía.

Más nervioso que aquel día en el duelo donde ganó su espada esquirrada.

Gritos. Otro crujido en el aire, agudo, inmediato.

«Ellos eligen a su jinete, hijo. Nosotros nos concentramos en las esquiras, pero cualquier hombre, valiente o cobarde, puede vincular una espada. No aquí, en este terreno. Aquí solo vencen los

dignos...».

Muévete.

Llora luego.

¡Muévete!

Adolin rugió, poniéndose en pie de un salto y corriendo ante los dos hombres del puente que nerviosamente lo protegían con sus lanzas. Inició el proceso de invocar su hoja y corrió hacia la lucha que se desarrollaba allí delante. Solo habían pasado unos momentos, pero las líneas alezi se desplomaban ya. Parte de la infantería avanzaba en grupo, pero otros se habían quedado atrás, aturridos y confusos.

Otro destello, acompañado por un chasquido en el aire. Relámpagos. Relámpagos rojos. Aparecían en destellos entre los grupos de parshendi y desaparecían en un abrir y cerrar de ojos. Dejaron una brillante imagen residual (resplandeciente, bifurcada) que oscureció brevemente la visión de Adolin.

Ante él los hombres caían, abrasados en sus armaduras. Adolin gritó mientras cargaba, ordenando a sus hombres que mantuvieran las líneas.

Sonaron más chasquidos, pero no parecían apuntar bien. A veces destellaban hacia atrás o seguían extraños rumbos, yendo rara vez en línea recta hacia los alezi. Mientras corría, Adolin vio un destello brotar de un par de parshendi, pero se arqueó inmediatamente hacia el suelo.

Los parshendi bajaron la cabeza, aturridos. Era como si los relámpagos funcionaran... bueno, como relámpagos del cielo, sin seguir ningún tipo de rumbo predecible.

—¡Atacadlos, cremlinos! —gritó Adolin, abriéndose paso entre los soldados—. ¡De vuelta a las líneas! ¡Es como el avance de los arqueros! Conservad la cabeza. Serenaos. ¡Si nos venimos abajo, estamos muertos!

No estaba seguro de que pudieran oírlo, pero la imagen del príncipe gritando, atacando la línea de parshendi, hizo algo. Los oficiales gritaron y las líneas volvieron a formarse.

Un relámpago corrió hacia Adolin.

El sonido era increíble, y la luz. Adolin se quedó quieto, cegado. Cuando se difuminó, se encontró completamente ileso. Miró la armadura, que vibraba suavemente, un zumbido que sacudía su piel

de un modo extrañamente reconfortante. Cerca, otro chasquido brotó de un grupo de parshendi, pero no lo cegó. Su yelmo, que como siempre era parcialmente transparente desde dentro, se oscureció en una veta irregular, superponiéndose a la perfección con el relámpago.

Adolin sonrió con los dientes apretados, sintiendo una salvaje satisfacción mientras se internaba entre los parshendi y atravesaba sus cuellos con la espada esquilada. Según las antiguas historias, la armadura que llevaba había sido creada para luchar contra estos mismos monstruos.

Aunque los soldados parshendi eran más ágiles y de aspecto mucho más feroz que los que había combatido anteriormente, sus ojos ardían con la misma facilidad. Entonces caían muertos y algo brotaba de sus pechos, pequeños spren rojos, como rayos diminutos, que saltaban al aire y desaparecían.

—¡Se les puede matar! —chilló uno de los soldados cercanos—. ¡Pueden morir!

Otros repitieron el grito, transmitiéndolo por las líneas. Por obvia que pareciera la revelación, impulsó a sus tropas, que avanzaron.

«Pueden morir».

Shallan dibujaba, frenética.

Un mapa a tinta. Cada línea, precisa. La gran hoja, fabricada siguiendo sus instrucciones, cubría una amplia zona del suelo. Era el dibujo más grande que había hecho jamás: lo había ido llenando, sección a sección, mientras viajaban.

Escuchaba a medias a las otras eruditas que había en la tienda. Eran una distracción, pero importante.

Otra línea, ondulada por los lados, formando una fina meseta. Era una copia de la que había dibujado en otros siete puntos del mapa. Las llanuras era un patrón radial cuádruple que se reflejaba en el centro de cada cuadrante, y por eso todo lo que dibujaba en un cuadrante podía repetirlo en los otros, reflejado según fuera preciso. La zona oriental estaba gastada, sí, de modo que su mapa no sería preciso en esa zona; pero por cohesión tenía que terminar esas partes. Para así poder ver el patrón completo.

—Exploradora informando —dijo una mensajera, irrumpiendo en la tienda y dejando entrar una vaharada de viento húmedo. Este viento inesperado... casi parecía el viento previo a una alta tormenta.

—¿Cuál es tu informe? —preguntó Inadara. La severa mujer era al parecer una gran erudita. A Shallan le recordaba a los fervorosos de su padre. En un rincón de la estancia, el príncipe Renarin permanecía en pie ataviado con su armadura esquirlada, cruzado de brazos. Tenía órdenes de protegerlas a todas si los parshendi intentaban atacar la meseta de mando.

—La gran meseta central es tal como nos dijo el parshmenio —dijo la exploradora, sin aliento—. Está solo una meseta más allá, al este. —Lyn era una mujer de aspecto recio, largo pelo negro y ojos agudos—. Está claramente habitada, aunque ahora no parece haber nadie.

—¿Y las mesetas que la rodean? —preguntó Inadara.

—Shim y Felt las están explorando —contestó Lyn—. Felt debería volver pronto. Puedo hacer para vosotras un dibujo de lo que vi en el centro de la meseta.

—Hazlo —dijo Inadara—. Tenemos que encontrar esa Puerta Jurada.

Shallan limpió en su mapa una gota de agua, caída del tabardo de Lyn, y luego continuó dibujando. El avance del ejército desde los campamentos de guerra le había permitido extrapolar y dibujar ocho cadenas de mesetas, reflejando dos de cada a partir de los cuatro «lados» de las Llanuras y trabajando hacia dentro.

Casi había completado el último de los ocho brazos que se extendían hacia el centro. A esta distancia, los anteriores informes de los exploradores, y lo que ella misma había visto, le permitían llenar toda la zona alrededor del centro. Las explicaciones de Rlain habían ayudado, pero el hombre no había podido dibujarle el centro de las mesetas. Nunca había prestado atención a sus formas, y Shallan necesitaba precisión.

Afortunadamente, los informes anteriores casi habían sido suficiente. No necesitaba mucho más. Casi había terminado.

—¿Qué te parece? —preguntó Lyn.

—Muéstraselo a la brillante Shallan.

Inadara parecía insatisfecha, lo que correspondía a su estado

natural.

Shallan le echó un vistazo al rápido boceto de Lyn, luego asintió y volvió a su dibujo. Sería mejor si pudiera ver con sus propios ojos la meseta central, pero la esquina que esta mujer había dibujado le dio una idea.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Inadara.

—No he terminado aún —dijo Shallan, mojando su pluma en la tinta.

—El alto príncipe en persona nos ha dado la orden de encontrar la Puerta Jurada.

—La encontraré.

Algo restalló en el exterior, como un relámpago lejano.

—Mmm... —dijo Patrón—. Malo. Muy malo.

Inadara miró a Patrón, que ondeaba en el suelo cerca de Shallan.

—No me gusta esta cosa. Los spren no deberían hablar. Puede que sea uno de ellos, un Portador del Vacío.

—No soy un Portador del Vacío —dijo Patrón.

—Brillante Shallan...

—No es un Vaciador —dijo Shallan, distraída.

—Deberíamos estudiarlo —dijo Inadara—. ¿Cuánto tiempo dijiste que lleva siguiéndote?

Fuertes pisadas sonaron en el suelo: Renarin avanzando. Shallan habría preferido mantener a Patrón en secreto, pero cuando los vientos empezaron a arreciar, la criatura comenzó a zumbear con fuerza. No podían ignorarlo ahora que había atraído la atención de las eruditas. Renarin se inclinó hacia delante. Parecía fascinado con Patrón.

No era el único.

—Probablemente está implicado —dijo Inadara—. No deberías descartar tan rápidamente mis teorías. Sigo pensando que puede estar relacionado con los Portadores del Vacío.

—¿No sabes nada de patrones, humana vieja? —dijo Patrón, resoplando. ¿Cuándo había aprendido a resoplar?—. Los Portadores del Vacío no tienen ningún patrón. Además, he leído acerca de ellos en vuestras historias. Hablan de brazos finos como hueso, y caras horribles. Si quieres encontrar uno, yo diría que el espejo es un sitio donde puedes empezar tu búsqueda.

Inadara vaciló. Luego se dio media vuelta para hablar con la

brillante Velat y la fervorosa Isasik sobre su interpretación del mapa de Shallan.

Shallan sonrió mientras dibujaba.

—Eso ha estado bien.

—Estoy intentando aprender —replicó Patrón—. Los insultos en concreto serán muy útiles para mi gente, ya que son verdades y mentiras combinadas de forma muy interesante.

Los restallidos continuaron en el exterior.

—¿Qué es eso? —preguntó ella en voz baja, terminando otra meseta.

—Tormentaspren —dijo Patrón—. Son una variedad de vacíospren. No es bueno. Siento que se cuece algo muy peligroso. Dibuja más rápido.

—La Puerta Jurada debe de estar en algún lugar de esa meseta central —le dijo Inadara a su grupo de eruditas.

—Nunca la exploraremos entera a tiempo —dijo uno de los fervorosos, un hombre que parecía quitarse continuamente los anteojos para limpiarlos. Se los volvió a poner—. Esa meseta es con diferencia la más grande que hemos encontrado en las Llanuras.

Era, en efecto, un problema. ¿Cómo encontrar la Puerta Jurada? Podía estar en cualquier parte. «No —pensó Shallan, dibujando con movimientos precisos—, los antiguos mapas situaban lo que Jasnah pensaba que era la Puerta Jurada al suroeste del centro de la ciudad». Por desgracia, seguía sin tener una escala de referencia. La ciudad era demasiado antigua, y todos los mapas eran copias de copias o recreaciones a partir de descripciones. A esas alturas estaba segura de que Sedetormenta no había ocupado todas las Llanuras Quebradas: la ciudad no era tan grande. Las estructuras como los campamentos de guerra habían sido edificaciones anexas o ciudades satélite.

Pero eso no era más que una suposición. Necesitaba algo concreto. Algún signo.

Volvieron a abrir la puerta de la tienda. Afuera hacía frío. ¿Llovía con más fuerza que antes?

—¡Condenación! —maldijo el recién llegado, un hombre delgado con uniforme de explorador—. ¿Habéis visto lo que está pasando ahí fuera? ¿Por qué estamos divididos por las mesetas? ¿El plan no era luchar a la defensiva?

—¿Tu informe? —preguntó Inadara.

—Traedme una toalla y papel —dijo el explorador—. Rodeé el lado sur de la meseta central. Dibujaré lo que vi... pero, ¡Condenación! Están lanzando relámpagos, brillante. ¡Lanzándolos! Es una locura. ¿Cómo podemos luchar contra esas criaturas?

Shallan terminó la última meseta de su dibujo. Se sentó sobre sus talones, soltando la pluma. Las Llanuras Quebradas, dibujadas casi en su totalidad. Pero ¿qué estaba haciendo? ¿Qué sentido tenía?

—Haremos una expedición a la meseta central —dijo Inadara—. Brillante señor Renarin, necesitaremos tu protección. Quizás en la ciudad parshendi encontremos a los ancianos o los trabajadores, y podamos protegerlos, como ha indicado el brillante señor Dalinar. Puede que sepan dónde está la Puerta Jurada. Si no, podemos empezar a entrar en los edificios en busca de pistas.

«Demasiado lento», pensó Shallan.

El explorador recién llegado se acercó al gran mapa de Shallan. Se inclinó a mirarlo mientras se secaba con una toalla. Shallan lo miró con mala cara. Si lo mojaba después de todo lo que había hecho...

—Esto está mal —dijo.

¿Mal? ¿Su arte? Por supuesto que no estaba mal.

—¿Dónde? —preguntó, exhausta.

—Esta meseta de aquí —señaló el hombre—. No es larga y fina, como la has dibujado. Es un círculo perfecto, con grandes brechas entre ella y las mesetas que tiene al este y al oeste.

—No me parece probable —dijo Shallan—. Si fuera así...

Parpadeó.

Si fuera así, no encajaría con el patrón.

—¡Muy bien, buscadle a la brillante Shallan un escuadrón de soldados y haced lo que ella diga! —ordenó Dalinar, volviéndose y alzando el brazo contra el viento.

Renarin asintió. Por fortuna, había accedido a ponerse la armadura antes de la batalla, en vez de continuar con el Puente Cuatro. Dalinar apenas comprendía al muchacho últimamente. Tormentas. Nunca había conocido a un hombre que pudiera parecer

incómodo con una armadura esquirrada, pero su hijo lo conseguía. La oleada de lluvia impulsada por el viento pasó. La luz de las linternas azules se reflejaba en la armadura mojada de Renarin.

—Ve —dijo Dalinar—. Protege a las eruditas y su misión.

—Yo... Padre, no sé...

—¡No es una petición, Renarin! —gritó Dalinar—. ¡Haz lo que se te dice, o entrégale esa armadura a alguien que lo haga!

El muchacho retrocedió un paso, luego saludó con un golpe metálico. Dalinar señaló a Gaval, que transmitió las órdenes y reunió a un pelotón de soldados. Renarin siguió a Gaval y los dos se pusieron en marcha.

Padre Tormenta. El cielo se había ido volviendo cada vez más oscuro. Pronto necesitarían los fabriales de Navani. El viento llegaba en oleadas, impulsando una lluvia que era demasiado fuerte para el Llanto.

—¡Tenemos que interrumpir ese cántico! —gritó Dalinar contra la lluvia, dirigiéndose al borde de la meseta mientras los oficiales y mensajeras, incluyendo a Rlain y a varios miembros del Puente Cuatro, lo seguían—. Parshmenio. ¿Esta tormenta es cosa de ellos?

—¡Eso creo, brillante señor Dalinar!

Al otro lado del abismo, el ejército de Aladar libraba una batalla a la desesperada contra los parshendi. Los relámpagos rojos llegaban en oleadas, pero según los informes de campo, los parshendi no sabían controlarlos. Podían ser muy peligrosos para aquellos que estaban cerca, pero no era el arma terrible que pareció al principio.

En combate directo, por desgracia, estos nuevos parshendi eran algo completamente distinto. Un grupo se acercó al abismo, donde se abrieron paso entre un escuadrón de lanceros como un espinablanca en un bosquecillo de helechos. Luchaban con una ferocidad superior a la que los parshendi habían mostrado en las cargas de las mesetas, y sus armas los alcanzaban con destellos rojos.

Era difícil quedarse mirando, pero el puesto de Dalinar no estaba luchando ahí fuera. Hoy no.

—El flanco oriental de Aladar necesita refuerzos —dijo Dalinar—. ¿Qué tenemos?

—Reservas de infantería ligera —respondió el general Khal, que

vestía solo su uniforme. Era su hijo quien llevaba las esquiras, luchando con el ejército de Roion—. La decimoquinta división de lanceros del ejército de Sebarial. Pero se suponía que tenían que apoyar al brillante señor Adolin...

—Sobrevivirá sin ellos. Trae aquí a esos hombres y refuerza a Aladar. Dile que ataque a esos parshendi por detrás, y elimine a toda costa a los que están cantando. ¿Cuál es la situación de Navani?

—Está preparada con los artilugios, brillante señor —dijo una mensajera—. Quiere saber por dónde debe empezar.

—Por el flanco de Roion —dijo Dalinar inmediatamente. Sentía que allí se cocía el desastre. Los discursos estaban bien, pero incluso con el hijo de Khal luchando en ese frente, las tropas de Roion eran lo peor que tenía. Teleb los apoyaba con varios soldados de Sebarial, que eran sorprendentemente buenos. El alto príncipe era prácticamente inútil en batalla, pero sabía contratar a la gente adecuada, y ese había sido siempre su genio. Sebarial probablemente asumía que Dalinar no conocía ese detalle.

Había mantenido a muchos soldados de Sebarial en reserva hasta el momento. Con ellos en el campo, había enviado a la batalla a casi todos los soldados que tenía.

Dalinar regresó a la tienda de mando, pasando ante Shallan, Inadara, algunos hombres del puente y un pelotón de soldados (Renarin incluido) que cruzaban la meseta a la carrera, dispuestos a cumplir su misión. Tendrían que rodear la meseta sur, cerca de la lucha, para llegar a su destino. Kelek avivaba su paso.

El propio Dalinar avanzó bajo la lluvia, empujado hasta los huesos, interpretando la batalla a partir de lo que podía ver en las filas. Su ejército, como había previsto, tenía la ventaja del tamaño. Pero con estos relámpagos rojos, con este viento... Los parshendi se movían en la oscuridad y las ráfagas de viento con tranquilidad, mientras que los humanos resbalaban, vacilaban, y eran machacados.

Con todo, los alezi resistían. El problema era que se enfrentaban solo a la mitad de los parshendi. Si la otra mitad atacaba, su gente tendría verdaderos problemas... pero no lo hacían, así que tenían que considerar que los cánticos eran importantes. Veían el viento que creaban como más lesivo, más mortal para los humanos, que

unirse a la batalla.

Eso aterraba a Dalinar. Lo que iba a venir sería peor.

—Lamento que tengas que morir de esta manera.

Dalinar se quedó inmóvil. La lluvia siguió cayendo. Miró al grupo de mensajeras, auxiliares, guardaespaldas y oficiales que le ayudaban.

—¿Quién ha hablado?

Ellos se miraron unos a otros.

Espera... Reconocía esa voz, ¿verdad? Le resultaba familiar.

Sí. La había oído en muchas ocasiones. En sus visiones.

Era la voz del Todopoderoso.

ILUMINADO POR LA GLORIA



Hay uno a quien vigilarás. Aunque todos ellos tienen cierta relevancia en la precognición, Moelach es el más poderoso en este sentido. Su contacto se cuela en el alma y la separa del cuerpo, creando manifestaciones imbuidas por la chispa de la muerte misma. Pero no, esto es una distracción. Desviación. La realeza. Tenemos que discutir la naturaleza de la realeza.

Del Diagrama, Libro del segundo cajón del escritorio, párrafo 15

Kaladin subía cojeando el camino en zigzag que conducía al palacio; la pierna era una masa retorcida de dolor. Casi se cayó al alcanzar las puertas. Se desplomó contra ellas, jadeando, la muleta bajo un brazo, la lanza en la otra mano. Como si pudiera hacer algo con eso.

«Tengo que... llegar... al rey...».

¿Cómo libraría a Elhokar? Moash estaría vigilando. Tormentas. El asesinato podía suceder cualquier día... cualquier hora, ya. Dalinar estaba lo suficientemente lejos de los campamentos de guerra.

«Sigue. Moviéndote».

Kaladin irrumpió en la entrada. No había guardias en las

puertas. Mala señal. ¿Tendría que haber dado la voz de alarma? No había soldados en el campamento que pudieran ayudar, y si hubiera acudido con gente, Graves y sus hombres sabrían que algo iba mal. Solo, Kaladin tal vez podría ver al rey. Su mejor esperanza era poner a Elhokar a salvo sin llamar la atención.

«Idiota —pensó para sí—. ¿Ahora cambias de opinión? ¿Después de todo esto? ¿Qué estás haciendo?».

Pero, tormentas, el rey lo intentaba. Lo intentaba de verdad. Era arrogante, tal vez incapaz, pero lo intentaba. Era sincero.

Kaladin se detuvo, exhausto, la pierna gritando, y se apoyó contra la pared. ¿No debería esto ser más fácil? Ya que había tomado la decisión, ¿no debería estar concentrado, confiado, lleno de energía? No sentía nada de eso. Se sentía agotado, confuso, e inseguro.

Se obligó a continuar. «Sigue adelante». El Todopoderoso quisiera que no fuese demasiado tarde.

¿Ahora volvía a rezar?

Recorrió los pasillos oscuros. ¿No tendría que haber más luz? Con dificultad, llegó a las habitaciones superiores del rey, con la sala de reuniones y el balcón a un lado. Dos hombres con uniformes del Puente Cuatro protegían la puerta, pero Kaladin no reconoció a ninguno. No eran del Puente Cuatro: ni siquiera eran miembros de la antigua Guardia del Rey. Tormentas.

Kaladin se acercó a ellos, cojeando, sabiendo que debía ser todo un espectáculo, empapado hasta las trancas y cojeando por una pierna que, tal como advirtió en ese momento, dejaba un reguero de sangre. Se habían saltado los puntos de sutura de sus heridas.

—Alto —dijo uno de los hombres. El tipo tenía un hoyuelo tan marcado en la barbilla que parecía como si le hubieran dado un hachazo en la cara cuando era niño. Miró a Kaladin de arriba abajo—. Eres el que llaman Bendito por la Tormenta.

—Sois hombres de Graves.

Los dos hombres se miraron.

—No pasa nada —dijo Kaladin—. Estoy con vosotros. ¿Está aquí Moash?

—Está fuera por el momento —respondió el soldado—. Durmiendo un poco. Es un día importante.

«No llego demasiado tarde», pensó Kaladin. La suerte lo

acompañaba.

—Quiero formar parte de lo que vais a hacer.

—Ya está resuelto, hombre del puente —dijo el guardia—. Vuelve a tu barracón y finge que no pasa nada.

Kaladin se acercó, como para susurrar algo. El guardia se inclinó hacia delante.

Entonces Kaladin soltó la muleta y lo golpeó con la lanza entre las piernas. Se volvió de inmediato, girando sobre la pierna buena y arrastrando la otra, y descargó un lanzazo contra el otro hombre.

El soldado alzó su lanza para bloquear el golpe, y trató de gritar.

—¡A las armas! ¡A...!

Kaladin cargó contra él, apartando su lanza. Soltó su arma y agarró al hombre por el cuello con los dedos mojados y entumecidos y le golpeó la cabeza contra la pared. Entonces se retorció y agachó para descargar un codazo contra la cabeza del hombre del hoyuelo y hacerlo caer al suelo.

Los dos hombres se quedaron inmóviles. Mareado por el repentino esfuerzo, Kaladin volvió a desplomarse contra la puerta. El mundo dio vueltas. Al menos sabía que aún podía luchar sin luz tormentosa.

No pudo evitar echarse a reír, aunque acabó tosiendo. ¿De verdad que acababa de atacar a esos dos hombres? Ya no había vuelta atrás. Tormentas, ni siquiera sabía por qué estaba haciendo esto. La sinceridad del rey era parte de ello, pero no era el único motivo, no en el fondo. Sabía que esto era lo que debía hacer, pero ¿por qué? La idea del rey muriendo sin ningún motivo lo asqueaba. Le recordaba lo que le había sucedido a Tien.

Pero eso tampoco era todo. Tormentas, no tenía ningún sentido, ni siquiera para él mismo.

Ninguno de los dos guardias se movió. Kaladin tosió y tosió, jadeando en busca de aire. No había tiempo para debilidades. Extendió una mano y giró el pomo de la puerta, abriéndola a la fuerza. Casi cayó al suelo, luego se tambaleó para recuperar el equilibrio.

—Majestad —llamó, apoyándose en la lanza y arrastrando la pierna mala. Llegó a un sofá y lo usó para erguirse del todo. ¿Dónde estaba el...?

El rey yacía en el sofá, inmóvil.

Adolin descargaba amplios mandobles con su hoja esquilada, manteniendo una perfecta pose del viento. La punta de la espada chorreó agua cuando atravesó el cuello de un soldado parshendi. Un relámpago rojo brotó del cadáver con un brillante resplandor, conectando el soldado al suelo mientras moría. Los alezi cercanos tuvieron cuidado de no pisar los charcos junto al cadáver. Habían aprendido por las malas que estos extraños relámpagos podían matar a través del agua.

Adolin alzó la espada y cargó, dirigiendo un ataque contra el grupo de parshendi más cercanos. ¡Maldita fuera esta tormenta y los vientos que había traído consigo! Por fortuna, la oscuridad había remitido un tanto, pues Navani había enviado fabriales para bañar el campo de batalla de una luz blanca extraordinariamente regular.

El príncipe y su equipo chocaron contra los parshendi. Sin embargo, en cuanto se encontró entre el enemigo, sintió que algo le tiraba del brazo izquierdo. ¿Un lazo de cuerda? Tiró hacia atrás. Ningún lazo podía retener a una armadura esquilada. Gruñó y soltó la cuerda de las manos que la sujetaban. Entonces se sacudió cuando otra cuerda se enroscó en su cuello y tiró de él hacia atrás.

Gritó, se volvió y blandió la espada, cortando la cuerda. Tres lazos más aparecieron en la oscuridad: los parshendi habían enviado un equipo entero. Adolin pasó a adoptar poses defensivas, como Zahel le había enseñado, para resistir un ataque con cuerdas. Habrían preparado otras cuerdas en el suelo ante él, esperando que los atacara... Sí, allí estaban.

Adolin retrocedió, cortando las cuerdas que lo alcanzaban. Por desgracia, sus hombres dependían de él para romper la línea parshendi. Cuando retrocedió, el enemigo presionó contra la línea alezi con fuerza. Como siempre, no usaban las formaciones tradicionales de batalla, sino que atacaban en escuadrones y parejas. Eso resultaba aterradoramente efectivo en este caótico campo de batalla, empapado de lluvia y con el restallar de los relámpagos y las ráfagas de viento.

Perel, el comandante que Adolin había puesto al mando cerca de las luces, ordenó la retirada del flanco. Adolin maldijo varias veces, cortó una última cuerda y retrocedió, con la espada lista por si los parshendi lo perseguían.

No lo hicieron. Sin embargo, dos figuras lo rodearon cuando se

unió a la retirada.

—¿Todavía vivos, hombres del puente? —preguntó Adolin.

—Todavía vivos —dijo Cikatriz.

—Tienes varios trozos de cuerda pegados todavía —observó Drehy.

Adolin extendió el brazo y dejó que Drehy los cortara con su cuchillo. Mirando por encima del hombro, vio cómo los parshendi reformaban sus líneas. Desde más atrás, el sonido de aquel recio cántico lo alcanzaba entre destellos de luz y ráfagas de viento.

—Siguen enviando grupos para enfrentarse a mí y distraerme —dijo Adolin—. No pretenden derrotarme: solo quieren mantenerme fuera de la batalla.

—Tendrán que luchar contigo tarde o temprano —dijo Drehy, cortando otra de las cuerdas. Se pasó una mano por la calva, sacudiéndose el agua de lluvia—. No pueden dejar a un portador de esquirrada solo.

—En realidad —dijo Adolin entornando los ojos y escuchando aquel cántico—, eso es exactamente lo que están haciendo.

Atravesando la lluvia, Adolin corrió ruidosamente hasta el puesto de mando, cerca de las luces. Perel, envuelto en un gran tabardo, gritaba las órdenes desde allí. Le dirigió un rápido saludo a Adolin.

—¿Situación?

—A flote en el agua, brillante señor.

—No tengo ni idea de lo que significa eso —dijo Adolin.

—Es un término marinero, señor —repuso Perel—. Luchamos de un lado a otro, pero no logramos ningún avance. Estamos muy igualados: cada bando busca una ventaja. Lo que más me preocupan son esas reservas parshendi. Deberían haberlas utilizado ya.

—¿Las reservas? —preguntó Adolin, escrutando la oscura meseta—. Te refieres a los que cantan.

A diestra y siniestra, los soldados alezi se enfrentaban a otras unidades parshendi. Los hombres gritaban y chillaban, las armas entrechocaban: los letales sonidos familiares de un campo de batalla.

—Sí, señor —dijo Perel—. Están contra esa formación rocosa en el centro de la meseta, cantando hasta romperse las gargantas.

Adolin recordó aquel macizo rocoso que se alzaba en la

penumbra. Era lo bastante grande para albergar a un batallón en la cima.

—¿Podríamos escalarlo desde atrás?

—¿Con esta lluvia, brillante señor? No es probable. Tal vez tú podrías, pero ¿querías ir solo?

Adolin esperó que la familiar ansiedad le instara a continuar, el deseo de correr a la batalla sin miedo a las consecuencias. Se había entrenado para resistir a esa urgencia, y se sorprendió al descubrir que había... desaparecido. Nada.

Frunció el ceño. Estaba cansado. ¿Era ese el motivo? Consideró la situación, pensando en el sonido de la lluvia sobre su yelmo.

«Tenemos que llegar a esos parshendi de atrás —pensó—. Mi padre quiere que las reservas entren en combate, interrumpir la canción...».

¿Qué había dicho Shallan de aquellas mesetas interiores? ¿Y de las formaciones rocosas?

—Reúneme un batallón —dijo Adolin—. Mil hombres, infantería pesada. Cuando lleve media hora con ellos, envía al resto de los hombres a un ataque frontal contra los parshendi. Voy a intentar algo, y quiero que me proporcionéis una distracción.

—Estás muerto —le gritó Dalinar al cielo. Se dio media vuelta, todavía en la meseta central entre los tres campos de batalla, sorprendiendo a los ayudantes y auxiliares que tenía cerca—. ¡Me dijiste que te habían matado!

La lluvia le mojó la cara. ¿Le estaban engañando sus oídos en medio de toda esta lluvia y estos gritos?

—No soy el Todopoderoso —dijo la voz. Dalinar se volvió, buscando entre sus sorprendidos acompañantes. Cuatro hombres del puente retrocedieron un paso como asustados. Sus capitanes contemplaron inquietos las nubes, empuñando sus espadas.

—¿Alguno de vosotros ha oído esa voz? —preguntó Dalinar.

Hombres y mujeres por igual negaron con la cabeza.

—¿Estás... oyendo al Todopoderoso? —preguntó una de las mensajeras.

—Sí. —Era la respuesta más simple, aunque no estaba seguro de lo que estaba ocurriendo. Continuó cruzando la meseta central, con

intención de comprobar el estado del frente donde se batía Adolin.

—Lo siento —repitió la voz. Al contrario que en sus visiones, Dalinar no pudo encontrar ningún avatar que las pronunciara. Las palabras surgían de ninguna parte—. Te has esforzado mucho. Pero no puedo hacer nada por ti.

—¿Quién eres? —susurró Dalinar.

—Soy el que quedó atrás —dijo la voz. No era exactamente la que había oído en las visiones: esta voz tenía cierta profundidad. Densidad—. Soy la astilla que queda de Él. Vi Su cadáver, Lo vi morir cuando Odium Lo asesinó. Y yo... huí. Para continuar como siempre he hecho. El pedazo de Dios que quedó en este mundo, los vientos que los hombres deben sentir.

¿Estaba respondiendo a las preguntas de Dalinar, o recitaba un mero monólogo? En las visiones, Dalinar había asumido originalmente que mantenía conversaciones con esta voz, solo para descubrir que su mitad del aparente diálogo estaba preestablecida. No podía decir si esto era lo mismo o no.

Tormentas... ¿estaba en medio de una visión? Se detuvo, creyendo ver de pronto una horrible imagen de sí mismo, tendido en el suelo del palacio, después de haber imaginado todo lo que le había conducido a esta batalla bajo la lluvia.

«No —se obligó a pensar—. No recorreré ese camino». Siempre había reconocido cuándo tenía una visión antes, no tenía ningún motivo para creer que hubiera cambiado.

Las reservas que había ordenado para Aladar pasaron corriendo, lanceros con la punta de sus armas al cielo. Eso sería realmente peligroso si había relámpagos de verdad, pero no tenían otra opción.

Dalinar esperó a que la voz dijera algo más, pero no sucedió nada. Continuó caminando, y se acercó a la meseta de Adolin.

¿Era eso un trueno?

No. Dalinar se dio media vuelta y vio a un caballo galopando por la meseta, montado por una mensajera. Alzó una mano, interrumpiendo el informe táctico del capitán Javiah.

—¡Brillante señor! —gritó la mensajera. Frenó al caballo—. ¡Teleb ha caído! ¡El alto príncipe Roion ha sido derrotado! ¡Sus líneas están rotas, los hombres que le quedan están rodeados por los parshendi! ¡Está atrapado en la meseta norte!

—¡Condenación! ¿Y el capitán Khal?

—Todavía resiste, intenta avanzar hacia donde vieron a Roion la última vez. Casi ha sido arrollado.

Dalinar se volvió hacia Javiah.

—¿Reservas?

—No sé qué nos queda —dijo el hombre, con la cara pálida a la tenue luz—. Depende de si han rotado.

—¡Encuétralos y tráelos aquí! —dijo Dalinar, corriendo a la mensajera—. Desmonta —le dijo.

—¿Señor?

—¡Desmonta!

La mujer saltó de la silla mientras Dalinar ponía un pie en el estribo y montaba. Hizo girar al caballo; afortunadamente, por una vez, no llevaba puesta una armadura esquirrada. El ligero caballo no habría podido transportarlo.

—¡Reúne a los que puedas y seguidme! —gritó—. Necesito hombres aunque tengas que recurrir a ese batallón de lanceros de Aladar.

La respuesta del capitán Javiah se perdió en la lluvia mientras Dalinar se inclinaba hacia delante y espoleaba al caballo. El animal bufó, y Dalinar tuvo que luchar con él antes de que se pusiera en marcha. Los restallidos de los relámpagos en la distancia asustaban al animal.

Una vez apuntando en la dirección adecuada, le dio rienda suelta al caballo, que galopó ansiosamente. Dalinar cruzó veloz la meseta, dejando atrás las tiendas del hospital de campaña, los puestos de mando y los puntos de avituallamiento. Cuando se acercaba a la meseta norte, frenó el caballo y escrutó la zona buscando a Navani.

No había ni rastro de ella, aunque vio varios grandes toldos en el suelo: caros cuadrados de tela negra. Ella había estado trabajando. Le hizo una pregunta a una ingeniera y la mujer señaló, así que Dalinar cabalgó en esa dirección. Dejó atrás otra sucesión de telas colocadas sobre la piedra.

Al otro lado del abismo, a su izquierda, los hombres morían entre gritos y alaridos. Vio con sus propios ojos el terrible progreso de la batalla de Roion. El peligro quedaba manifiesto en los grupos dispersos de hombres que ondeaban estandartes, acosados,

divididos, vulnerables ante sus enemigos de ojos rojos. Los alezi continuarían luchando, pero con sus líneas rotas, sus perspectivas eran sombrías.

Dalinar recordó haberse hallado en una situación semejante hacía dos meses, rodeado por un mar de enemigos, sin esperanza de salvación. Acicateó aún más a su caballo y pronto divisó a Navani. Estaba de pie bajo un paraguas dirigiendo a un grupo de trabajadores con otra gran tela.

—¡Navani! —gritó, haciendo que su caballo se detuviera ante ella, resbalando—. ¡Necesito un milagro!

—En eso trabajo —replicó ella.

—No hay tiempo para trabajar. Ejecuta tu plan. ¡Ahora!

Estaba demasiado lejos para captar su mirada de desaprobación, pero la sintió. Por fortuna, hizo retirarse a los trabajadores del toldo y empezó a gritarles órdenes a sus ingenieras. Las mujeres corrieron hacia el abismo, donde había dispuesta una fila de rocas. A Dalinar le pareció que estaban atadas con cuerdas, aunque no estaba seguro de cómo funcionaba el proceso. Navani gritó sus instrucciones.

«¡Demasiado tiempo!», pensó Dalinar, ansioso, mirando al otro lado del abismo. ¿Habían recuperado la armadura de Teleb y la espada del rey que portaba este? No podía dedicar ni un instante de aflicción a la muerte del hombre, y mucho menos en ese momento. Necesitaban esas esquiras.

Los soldados se congregaron detrás de Dalinar. Los arqueros de Roion, los mejores de los campamentos de guerra, habían sido inútiles con esta lluvia. Las ingenieras retrocedieron a una orden de Navani, y los trabajadores empujaron la fila de cuarenta y tantas rocas al abismo.

Mientras las rocas caían, las telas se alzaron quince metros en el aire, tensándose por las esquinas delanteras y el centro. En un instante, una larga fila de pabellones improvisados flanquearon el abismo.

—¡Moveos! —dijo Dalinar, dirigiendo a su caballo entre dos de los pabellones—. ¡Arqueros al frente!

Los hombres corrieron a las zonas protegidas bajo los toldos, algunos murmurando ante la falta de postes visibles que los sujetaran. Navani había tensado solo las partes delanteras, de modo que los toldos se inclinaban hacia atrás, lejos del abismo. La lluvia

fluía en esa dirección. También tenían lados, como las tiendas, así que solo las partes abiertas se encaraban hacia el frente de Roion.

Dalinar desmontó y le tendió las riendas a un trabajador. Corrió hacia uno de los pabellones, donde los arqueros formaban filas. Navani entró, llevando al hombro un saco grande. Lo abrió para descubrir un gran granate brillante, suspendido dentro de un fabrial de delicado entramado.

Jugueteó con él durante un momento, luego dio un paso atrás.

—Deberíamos haber tenido más tiempo para probar esto —le advirtió a Dalinar, cruzándose de brazos—. Los extractores son inventos nuevos. Sigo temiendo que esto le chupe la sangre a todo el que lo toque.

No lo hizo. En cambio, el agua empezó a formar rápidamente un charco alrededor del artilugio. ¡Tormentas, funcionaba! El fabrial estaba sacando humedad del aire. Los arqueros de Roion sacaron sus armas de sus fundas protectoras, doblaron los arcos y los prepararon siguiendo las órdenes de sus tenientes. Muchos de ellos eran ojos claros: el tiro con arco era visto como una Llamada aceptable para los ojos claros de medios modestos. No todo el mundo podía ser oficial.

Los arqueros empezaron a lanzar flechas contra los parshendi que habían rodeado a las fuerzas de Roion al otro lado del abismo.

—Bien —dijo Dalinar, viendo volar las flechas—. Muy bien.

—La lluvia y el viento seguirán dificultando apuntar con las flechas —dijo Navani—. Y no sé hasta qué punto funcionarán los fabriles: con la parte delantera de los pabellones abierta, la humedad entrará continuamente. Puede que nos quedemos sin luz tormentosa dentro de poco.

—Es suficiente —dijo Dalinar. Las flechas hicieron un efecto casi inmediato, distrayendo la atención de los parshendi de los soldados asediados. No era una maniobra que se intentara a menos que estuvieras desesperado (el riesgo de alcanzar a tus aliados era grande), pero los arqueros de Roion demostraron ser dignos de su reputación.

Dalinar rodeó a Navani con un brazo.

—Has hecho bien —dijo. Luego llamó a su caballo (al suyo, no a aquella bestia salvaje de la mensajera) cuando salió del pabellón. Esos arqueros le ofrecerían una oportunidad. Con suerte, no sería

demasiado tarde para Roion.

«No», pensó Kaladin, rodeando el sofá para acercarse al rey. ¿Estaba muerto? No se veía ninguna herida.

El rey se movió, luego gimió con pereza y se irguió en el asiento. Kaladin dejó escapar un profundo suspiro. En la mesita cercana había una botella de vino vacía, y al estar más cerca, Kaladin captó el olor del líquido derramado.

—¿Hombre del puente? —preguntó Elhokar con voz pastosa—. ¿Has venido a burlarte de mí?

—Tormentas, Elhokar. ¿Cuánto has bebido?

—Todos... todos ellos hablan de mí —dijo Elhokar, tumbándose de nuevo—. Mis propios guardias... todos ellos. Mal rey, dicen. Todos lo odian, dicen.

Kaladin sintió un escalofrío.

—Querían que bebieras, Elhokar. Hace más fácil su trabajo.

—¿Eh?

Tormentas. El hombre apenas estaba consciente.

—Vamos —dijo Kaladin—. Los asesinos vienen a por ti. Tenemos que salir de aquí.

—¿Asesinos? —Elhokar se puso en pie de un salto, luego se tambaleó—. Viste de blanco. Sabía que vendría... pero... solo le preocupaba Dalinar... Ni siquiera el asesino piensa que soy digno del trono...

Kaladin consiguió colocarse bajo el brazo de Elhokar, sujetando la lanza con la otra mano para apoyarse. El rey se desplomó contra él, y la pierna de Kaladin se quejó.

—Por favor, majestad —dijo Kaladin, casi derrumbándose—. Necesito que intentes andar.

—Los asesinos probablemente te buscan a ti, hombre del puente —murmuró el rey—. Eres mejor líder que yo. Ojalá... ojalá me enseñaras...

Por fortuna, Elhokar consiguió mantenerse en pie. Fue todo un esfuerzo llegar con él hasta la puerta, donde el cuerpo del guardia aún yacía...

¿Un solo guardia? ¿Dónde estaba el otro?

Kaladin se escabulló de debajo del rey cuando el borrón de un

cuchillo se lanzó hacia él. Por instinto, echó hacia atrás el mango de su lanza, colocando las manos cerca de la punta para pelear de cerca, y golpeó. La punta de la lanza se hundió en el estómago del hombre del hoyuelo en la barbilla, que gimió.

Pero su objetivo no era Kaladin.

El hombre del hoyuelo en la barbilla se desplomó, resbalando de la lanza de Kaladin y soltando el cuchillo. Elhokar, con expresión aturdida, se echó la mano al costado. La retiró llena de sangre.

—Estoy muerto —susurró, mirando la sangre.

En ese momento, el dolor y la debilidad de Kaladin parecieron desvanecerse. El momento de pánico se convirtió en un momento de fuerza, y lo utilizó para rasgar las ropas de Elhokar mientras se arrodillaba sobre la pierna buena. El cuchillo había rozado una costilla. El rey sangraba copiosamente, pero era una herida que podía superarse con asistencia médica.

—Presiona aquí —dijo Kaladin, colocando un trozo de la camisa cortada contra la herida, y luego poniéndole la mano del rey encima—. Tenemos que salir del palacio. Encontrar un sitio seguro.

¿Los terrenos de duelos, tal vez? Podían confiar en los fervorosos, que además sabían luchar. Pero ¿no sería demasiado obvio?

Bueno, primero tenían que salir del palacio. Kaladin recogió la lanza y se volvió para guiar el camino, pero la pierna estuvo a punto de traicionarlo. Consiguió impedir caerse, pero no pudo evitar jadear de dolor, aferrándose a la lanza para no caer.

Tormentas. ¿Ese charco de sangre que había a sus pies era suyo? Se le habían saltado los puntos, y algo peor.

—Me equivoqué —dijo el rey—. Los dos estamos muertos.

—Fugaz siguió corriendo —gruñó Kaladin, colocándose de nuevo bajo el brazo del rey.

—¿Qué?

—No podía ganar, pero siguió corriendo. Y cuando la tormenta lo alcanzó, no importó que muriera, porque había corrido con todo lo que tenía.

—Claro. Muy bien. —El rey parecía atontado, aunque Kaladin no podía decir si era por el alcohol o la pérdida de sangre.

—Todos morimos al final, ya sabes —dijo Kaladin. Los dos recorrieron el pasillo, Kaladin apoyado en su lanza para mantenerse

erguido—. Así que supongo que lo que verdaderamente importa es lo bien que has corrido. Y, Elhokar, tú llevas corriendo desde que mataron a tu padre, aunque metieras la pata todo el tiempo.

—¿Gracias? —dijo el rey, aturdido.

Llegaron a un cruce, y Kaladin decidió seguir escapando por las entrañas del complejo del palacio en vez de por las puertas delanteras. Era igual de rápido, pero tal vez no sería el primer lugar donde buscarían los conjurados.

El palacio estaba vacío. Moash había hecho lo que dijo: enviar a los criados a esconderse, usando el precedente del ataque del Asesino de Blanco. Era un plan perfecto.

—¿Por qué? —susurró el rey—. ¿No deberías odiarme?

—No me gustas, Elhokar —dijo Kaladin—. Pero eso no significa que esté bien que te deje morir.

—Dijiste que debería retirarme. ¿Por qué, hombre del puente? ¿Por qué me ayudas?

«No lo sé».

Se internaron por un pasillo, pero solo llegaron a la mitad antes de que el rey dejara de caminar y se desplomara. Kaladin maldijo, se arrodilló junto a Elhokar y comprobó su pulso y la herida.

«Es el vino», decidió. Junto con la pérdida de sangre, hacía que el rey estuviera demasiado mareado.

Mala señal. Kaladin trató de vendar de nuevo la herida lo mejor que pudo, ¿pero qué haría luego? ¿Tratar de sacar al rey en una litera? ¿Ir a buscar ayuda y arriesgarse a dejarlo solo?

—¿Kaladin?

Kaladin se quedó inmóvil, todavía arrodillado junto al rey.

—Kaladin, ¿qué estás haciendo? —preguntó desde atrás la voz de Moash—. Encontramos a los hombres en la puerta de la habitación del rey. Tormentas, ¿los has matado?

Kaladin se levantó y se dio media vuelta, apoyándose en su pierna buena. Moash se hallaba en el otro extremo del pasillo, resplandeciente con su armadura esquirlada roja y azul. Otro portador de esquirlada lo acompañaba, con la espada al hombro y la visera bajada. Serios.

Los asesinos habían llegado.





Obviamente son necios La Desolación no necesita acompañamiento Puede y se asentará donde desee y los signos son obvios que los spren anticipan a hacerlo pronto El Antiguo de las Piedras debe finalmente empezar a romper Es asombroso que en su voluntad descansara la prosperidad y paz de un mundo durante más de cuatro milenios

Del Diagrama, Libro de la segunda rotación del techo, patrón 1

Shallan dejó atrás el puente y salió a la meseta desierta.

La lluvia apagaba los sonidos de la guerra, haciendo que la zona pareciera aún más aislada. Oscuridad como el crepúsculo. Lluvia como susurros ahogados.

Esta meseta estaba más alta que la mayoría, así que podía ver el centro de Sedetormenta desplegado a su alrededor. Columnas con crem acumulado en sus bases que las transformaba en estalagmitas. Edificios que se habían convertido en montículos, recubiertos de piedra como nieve que cubriera un tronco caído. Con la oscuridad y la lluvia, la antigua ciudad presentaba el esbozo de un contorno de casas para que la imaginación lo rellenara.

La ciudad se escondía bajo la ilusión del tiempo.

Los demás la siguieron. Habían esquivado la batalla en el frente de Aladar, rodeando las líneas alezi para llegar a esta meseta más alejada. Llegar hasta allí les había llevado tiempo, ya que los hombres del puente necesitaron encontrar un sitio donde desembarcar. Habían tenido que subir una pendiente en la meseta cercana y colocar el puente para que pudieran cruzar el abismo.

—¿Cómo puedes estar segura de que este es el lugar adecuado? —preguntó Renarin, caminando ruidosamente junto a ella. Shallan había optado por un paraguas, pero él permanecía de pie bajo la lluvia, con el yelmo bajo el brazo, permitiendo que el agua le corriera por la cara. ¿No llevaba lentes? Ella no le había visto usarlas mucho últimamente.

—Es el lugar adecuado —contestó Shallan—, porque es una desviación.

—Difícilmente es una conclusión lógica —dijo Inadara, reuniéndose con ellos mientras los soldados y hombres del puente cruzaban la meseta vacía—. Un portal de esta naturaleza debería estar oculto, no ser una desviación.

—Las Puertas Juradas no estaban ocultas —dijo Shallan—. De todas formas, ese no es el argumento. Esta meseta es un círculo.

—Muchas son circulares.

—No como esta —dijo Shallan, echando a andar. Desde allí se daba cuenta de lo irregularmente... regular que era la meseta, por así decirlo—. Estaba buscando un estrado en una meseta, pero no conocía la escala de lo que buscaba. Toda esta meseta es el estrado sobre el que se erguía la Puerta Jurada.

»¿No lo veis? Las otras mesetas fueron creadas por algún tipo de desastre: son irregulares, están rotas. Este lugar no. Eso es porque ya estaban aquí cuando se produjo la quiebra. En los antiguos mapas era una sección elevada, como un pedestal gigantesco. Cuando las Llanuras se rompieron, permaneció de esta forma.

—Sí... —dijo Renarin, asintiendo—. Imaginad un plato con un círculo grabado en el centro... si una fuerza rompiera el plato, podría quebrarlo siguiendo las líneas ya debilitadas.

—Dejándote con un montón de piezas irregulares —coincidió Shallan—, y una en forma de círculo.

—Tal vez —apuntó Inadara—. Pero me parece extraño que algo de tanta importancia táctica quedara expuesto.

—Las Puertas Juradas eran un símbolo —añadió Shallan, y siguió andando—. El Derecho Vorin de Viaje, dado a todos los ciudadanos de suficiente rango, está basado en la declaración de los Heraldos de que todas las fronteras deberían estar abiertas. Si fueras a crear un símbolo de esa unidad, un portal que conectara todos los Reinos Plateados, ¿dónde lo pondrías? ¿Oculto en una sala cerrada con llave? ¿O en un escenario que se alzara sobre la ciudad? Estaba allí porque se sentían orgullosos de ella.

Continuaron caminando bajo el viento y la lluvia. En este lugar había algo de sagrado y, sinceramente, en parte por eso Shallan sabía que tenía razón.

—Mmmm —dijo Patrón suavemente—. Están creando una tormenta.

—¿Los vacíos pren? —susurró Shallan.

—Los vinculados. Crean una tormenta.

Bien. Su tarea era urgente: no tenía tiempo para ponerse a pensar. Estaba a punto de ordenar que iniciaran la búsqueda, pero se detuvo al ver que Renarin señalaba hacia el oeste.

—¿Príncipe Renarin? —preguntó ella.

—Al revés —susurró él—. El viento sopla desde la dirección equivocada. De oeste a este... Oh, Todopoderoso en las alturas. Es terrible.

Shallan siguió su mirada, pero no pudo ver nada.

—Es real —dijo Renarin—. La Tormenta Eterna.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Shallan, sintiendo un escalofrío ante el tono de su voz.

—Yo... —Él la miró y se secó el agua de los ojos, el guantelete colgando de su cintura—. Debería estar con mi padre. Debería poder combatir. Pero soy inútil.

Magnífico. Era raro y quejumbroso.

—Bueno, tu padre te ordenó que me ayudaras, así que cumple con lo acordado. Todos los demás, a buscar.

—¿Qué buscamos, prima? —preguntó Roca, uno de los hombres del puente.

«Prima —pensó ella—. Lindo». Por el pelo rojo.

—No lo sé. Algo extraño, fuera de lo común.

Se dividieron y se desplegaron por la meseta. Junto con Inadara, Shallan tenía un grupito de fervorosos y eruditas para ayudarle,

incluyendo a uno de los predicetormentas de Dalinar. Envío equipos formados por varias eruditas, un hombre del puente y un soldado en distintas direcciones.

Renarin y la mayoría de los hombres del puente insistieron en ir con ella. No podía quejarse al respecto: esto era una zona de guerra. Shallan pasó ante un bulto en el suelo, parte de un gran anillo. Quizá parte de un muro ornamental. ¿Qué aspecto habría tenido este lugar? Lo imaginó mentalmente, y deseó poder haberlo dibujado. Sin duda eso la habría ayudado a visualizarlo.

¿Dónde estaría el portal? Probablemente en el centro, así que se encaminó en esa dirección. Allí encontró un gran montículo de piedra.

—¿Esto es todo? —preguntó Roca—. Solo es más piedra.

—Es exactamente lo que esperaba encontrar —dijo Shallan—. Cualquier cosa expuesta al aire se habría erosionado o estaría enterrada en crem. Si fuéramos a descubrir algo útil, tendría que estar dentro.

—¿Dentro? —preguntó uno de los hombres del puente—. ¿Dentro de qué?

—De los edificios —dijo Shallan, palpando la pared hasta que encontró una ondulación en la parte de atrás de la roca. Se volvió hacia Renarin—. Príncipe Renarin, ¿quieres ser tan amable de partirme esta roca?

Adolin alzó su esfera en la cámara oscura, iluminando la pared. Después de tanto tiempo a la intemperie durante el Llanto, le parecía extraño no sentir la lluvia golpeteando contra su yelmo. El aire rancio de este lugar se volvía más húmedo, e incluso con los hombres arrastrando los pies y tosiendo a Adolin le parecía que todo estaba demasiado silencioso. Dentro de esta tumba rocosa, bien podrían encontrarse a kilómetros de distancia del campo de batalla que estaba ahí fuera.

—¿Cómo lo supiste, señor? —preguntó Cikatriz, el hombre del puente—. ¿Cómo dedujiste que este montículo de roca estaría hueco?

—Porque una mujer inteligente —dijo Adolin— me pidió una vez que atacara un roca por ella.

Acompañado por estos hombres, había llegado dando un rodeo hasta la gran formación rocosa que los parshendi que cantaban estaban utilizando para proteger su retaguardia. Con unos cuantos golpes de la hoja esquirrada, Adolin había abierto una entrada en el montículo, que resultó estar hueco, como esperaba.

Se abrió paso a través de las polvorientas salas, dejando atrás huesos y escombros secos que tal vez fueran muebles en su momento. Posiblemente todo se había podrido porque el crem había terminado de aislar el edificio. ¿Había sido una especie de vivienda comunal, en el pasado lejano? ¿O quizás un mercado? Tenía un montón de habitaciones: muchos portales aún conservaban goznes mohosos que antaño sujetaron puertas.

Mil hombres recorrían con él el edificio, empuñando linternas que contenían grandes gemas talladas, cinco veces más grandes que los broams, aunque incluso algunas de ellas empezaban ya a fallar, ya que había pasado mucho tiempo desde la última alta tormenta.

Mil hombres era un número grande para moverte por estos confines. Pero, a menos que estuviera completamente despistado, ya deberían estar acercándose a la pared opuesta, la que estaba justo detrás de los parshendi. Algunos de sus hombres exploraron las habitaciones cercanas, y volvieron con la confirmación. El edificio acababa allí. Adolin vio los contornos de las ventanas, selladas por el crem que se había ido acumulando a través de las grietas durante años, y que había corrido por la pared hasta apilarse en el suelo.

—Muy bien. —Llamó a los oficiales y capitanes de las compañías—. Reunamos a todos los que podamos en esta sala y en el pasillo exterior. Abriré un agujero de salida. En cuanto esté abierto, tendremos que salir y atacar a esos parshendi que cantan.

»Primera Compañía, os desplegaréis a cada lado y aseguraréis la salida. ¡Aguantad! Yo atacaré y trataré de atraer la atención. Que todos los demás atraviesen la abertura y se unan al ataque lo más rápido posible.

Los hombres asintieron. Adolin inspiró profundamente, luego se bajó la visera y se acercó a la pared. Estaban en la primera planta del edificio, pero calculaba que la acumulación de crem en el exterior los colocaría a nivel del suelo. De hecho, de fuera se oía un leve sonido. Cánticos que resonaban a través de la pared.

Tormentas, los parshendi estaban allí mismo. Invocó su espada,

esperó hasta que los comandantes transmitieron la orden para que sus hombres estuvieran preparados, y luego golpeó la pared con varios largos mandobles. Cortó de nuevo en sentido contrario y después golpeó con el hombro.

La pared se desplomó y los bloques de piedra cayeron en cascada al otro lado. La lluvia regresó de pronto. Adolin se hallaba solo a unos pocos palmos del suelo, y ansiosamente se abrió paso entre las rocas mojadas y resbaladizas. Justo a su izquierda, las reservas parshendi permanecían en filas de espaldas a él, absortos en su cántico. El clamor de la batalla era casi inaudible allí, donde todo sonido quedaba ahogado por aquella inquietante canción inhumana.

Perfecto. La lluvia y el cántico habían cubierto el ruido de la abertura del agujero. Abrió otro agujero mientras los hombres empezaban a salir por el primero, portando luces. Empezó a abrir un tercero, pero oyó un grito. Uno de los parshendi había reparado por fin en él. Era una hembra: con esta nueva forma, eran más fáciles de identificar que antes.

Cubrió a la carrera la corta distancia que lo separaba de los parshendi y se abalanzó entre sus filas, blandiendo letalmente su hoja esquirrada. Los cuerpos caían muertos con los ojos quemados. Cinco, luego diez. Sus soldados se unieron a él, atacando con sus lanzas e interrumpiendo la horrible canción.

Fue sorprendentemente fácil. Los parshendi abandonaron la canción, reacios, y salieron de su trance desorientados y confusos. Los que luchaban lo hacían sin coordinación, y el rápido ataque de Adolin no les dio tiempo de invocar su extraña energía chisporroteante.

Era como matar a hombres dormidos. Adolin había hecho trabajo sucio con sus esquirlas antes. Condenación, cada vez que salías a la batalla con tu espada y tu armadura esquirradas contra hombres corrientes, hacías trabajo sucio, masacrándolos como si fueran niños con palos. Esto era aún peor. A menudo parecían salir de su letargo justo antes de que los matara, parpadeando a la consciencia, despertando, solo para encontrarse cara a cara con un portador bajo la lluvia que asesinaba a sus amigos. Aquellas expresiones de horror acosaban a Adolin mientras lanzaba al suelo a un cadáver tras otro.

¿Dónde estaba la Emoción que habitualmente lo impulsaba a través de este tipo de masacres? La necesitaba. En cambio, solo sentía náuseas. Allí de pie en medio de un campo de cadáveres, con el humo acre de los ojos quemados alzándose bajo la lluvia, tembló y soltó con disgusto la espada, que se disolvió en bruma.

Algo chocó contra él desde atrás.

Se alzó sobre un cadáver, tambaleándose pero sin llegar a perder el equilibrio, y se dio media vuelta. Una hoja esquirrada chocó contra su pecho, esparciendo una brillante telaraña de grietas por todo su peto. Desvió el siguiente golpe con el antebrazo y dio un paso atrás, adoptando una pose de batalla.

Ella estaba ante él, la lluvia resbalando sobre su armadura. ¿Cómo dijo que se llamaba? Eshonai.

Adolin sonrió por dentro de su yelmo. Esto sí podía hacerlo. Una lucha honrada contra la portadora de esquirrada. Alzó las manos y la espada se formó a partir de la bruma mientras alzaba el brazo y desviaba su ataque con un gesto defensivo.

«Gracias», pensó.

Montado en *Galante*, Dalinar cruzó el puente, regresando de la meseta de Roion, sujetándose una herida en el costado. Estúpido. Tendría que haber visto aquella lanza. Se había concentrado demasiado en aquellos relámpagos rojos y las veloces parejas de combate parshendi.

«La verdad es que ya eres un anciano», pensó Dalinar, desmontando para que una cirujana pudiera inspeccionar la herida. Quizás no en el sentido en que se medían las vidas, ya que solo estaba en la cincuentena, pero para el baremo de los soldados era decididamente viejo. Sin armadura esquirrada que le ayudase, se volvía lento, se volvía débil. Matar era cosa de jóvenes, aunque solo fuera porque los viejos caían primero.

La maldita lluvia seguía cayendo, así que se puso a cubierto bajo uno de los pabellones de Navani. Los arqueros impedían que los parshendi cruzaran el abismo para continuar acosando la apurada retirada de Roion. Con su ayuda, Dalinar había conseguido salvar al ejército del alto príncipe, o al menos la mitad, pero habían perdido toda la meseta norte. Roion cabalgaba a lugar seguro, seguido por

un agotado capitán Khal a pie: el hijo del general Khal llevaba su propia armadura esquivada y la espada del rey, que afortunadamente había recuperado del cadáver de Teleb después de que el otro hombre cayera.

Se habían visto obligados a abandonar el cadáver, y la armadura. Lo peor de todo era que los parshendi continuaban cantando impertérritos. A pesar de los soldados que habían salvado, esto era una terrible derrota.

Dalinar se quitó el peto y se sentó con un gemido cuando la cirujana ordenó que le trajeran un taburete. Sufrió las atenciones de la mujer, aunque sabía que la herida no era terrible. Era mala (toda herida era mala en batalla, sobre todo si afectaba al brazo de la espada), pero no lo mataría.

—Tormentas —dijo la cirujana—. Alto príncipe, estás todo cubierto de cicatrices. ¿Cuántas veces te han herido en el hombro?

—No lo recuerdo.

—¿Cómo es que todavía puedes usar el brazo?

—Entrenamiento y práctica.

—La cosa no va así... —susurró ella, con los ojos muy abiertos—. Quiero decir... tormentas...

—Tú cóselo —dijo él—. Sí, me mantendré apartado del campo de batalla hoy. No, no lo forzaré. Sí, he oído todos los sermones antes.

No tendría que haber estado allí, en primer lugar. Se había dicho a sí mismo que no volvería a cabalgar a la batalla. Se suponía que era político, no caudillo.

Pero de vez en cuando el Espina Negra tenía que salir. Los hombres lo necesitaban. Tormentas, él lo necesitaba. La...

Navani irrumpió en la tienda.

«Demasiado tarde». Dalinar suspiró mientras ella se acercaba, dejando atrás el fabrial de esta tienda, que brillaba en un pequeño pedestal, recogiendo el agua a su alrededor en un globo titilante. El agua fluía por dos varas de metal situadas a los lados del fabrial, derramándose en el suelo, y luego salía de la tienda y caía por el borde de la meseta.

Miró sombrío a Navani, esperando que lo reprendiera como a un recluta que olvida su piedra de afilar. En cambio, ella lo cogió por el lado bueno y lo abrazó con fuerza.

—¿No hay reprimenda? —preguntó Dalinar.

—Estamos en guerra —susurró ella—. Y vamos perdiendo, ¿no?

Dalinar miró a los arqueros, que se estaban quedando sin flechas. No habló demasiado alto, para que no lo oyeran.

—Sí.

La cirujana lo miró, luego bajó la cabeza y siguió cosiendo.

—Cabalgaste a la batalla cuando alguien te necesitaba —dijo Navani—. Salvaste las vidas de un alto príncipe y sus soldados. ¿Por qué esperabas que estuviera furiosa?

—Porque tú eres tú. —Dalinar extendió la mano buena y pasó los dedos por su cabello.

—Adolin ha ganado su meseta —dijo Navani—. Los parshendi de esa zona están dispersos y derrotados. Aladar aguanta. Roion ha fracasado, pero aún estamos a la par. Entonces ¿cómo es que estamos perdiendo? Puedo sentirlo, por tu cara, pero no lo comprendo.

—Un combate igualado es una pérdida para nosotros —dijo Dalinar. Podía sentirla acumularse. Lejana al oeste—. Si completan esa canción, como advirtió Rlain, será el fin.

La cirujana terminó su trabajo lo mejor que pudo, vendó la herida y le dio permiso a Dalinar para que se pusiera la camisa y la guerrera, que mantendría el vendaje apretado. Una vez vestido, Dalinar se puso en pie, con intención de ir a la tienda de mando para recibir noticias de la situación del general Khal. Lo interrumpió Roion, que entró en tromba en el pabellón.

—¡Dalinar! —exclamó el hombre, alto y calvo, agarrándolo por el brazo. El herido. Dalinar dio un respingo—. ¡Es un maldito baño de sangre! ¡Estamos muertos! ¡Tormentas, estamos muertos!

Los arqueros cercanos vacilaron, agotadas sus flechas. Un mar de ojos rojos se congregaba en la meseta al otro lado del abismo, brasas ardientes en la oscuridad.

Por muchas ganas que Dalinar sintiera de abofetear a Roion, esta no era forma de tratar a un alto príncipe, ni siquiera a uno histérico. En cambio, sacó a Roion del pabellón. Sintió la gélida lluvia, ahora una tormenta absoluta, cuando asoló su uniforme empapado.

—Contrólate —dijo Dalinar severamente—. Adolin ha ganado su meseta. No es tan malo como parece.

—No debería terminar así —dijo el Todopoderoso.

¡Tormentas! Dalinar empujó a Roion a un lado y se dirigió al centro de la mesa. Miró al cielo.

—¡Respóndeme! ¡Hazme saber si puedes oírme!

—Puedo.

Por fin. Algún avance.

—¿Eres el Todopoderoso?

—Dije que no lo soy, hijo de Honor.

—Entonces ¿qué eres?

SOY LO QUE TRAE LA LUZ Y LA OSCURIDAD. La luz adquirió una cualidad más rugiente, más lejana.

—El Padre Tormenta —dijo Dalinar—. ¿Eres un Heraldos?

NO.

—¿Entonces eres un spren o un dios?

Ambos.

—¿Qué sentido tiene hablar conmigo? —le gritó Dalinar al cielo

—. ¿Qué está ocurriendo?

ELLOS LLAMAN A UNA TORMENTA. MI OPUESTO. LETAL.

—¿Cómo lo impedimos?

NO PUEDES.

—¡Tiene que haber una forma!

OS TRAIGO UNA TORMENTA DE LIMPIEZA. ME LLEVARÉ VUESTROS CADÁVERES. ES TODO LO QUE PUEDO HACER.

—¡No! ¡No te atrevas a abandonarnos!

¿ME PLANTEAS EXIGENCIAS A MÍ, TU DIOS?

—Tú no eres mi dios. ¡Nunca fuiste mi dios! ¡Eres una sombra, una mentira!

Un trueno lejano rugió ominosamente. La lluvia golpeó con más fuerza el rostro de Dalinar.

ME LLAMAN. DEBO IRME. UNA HIJA DESOBECECE. NO TENDRÁS MÁS VISIONES, HIJO DE HONOR. ESTO ES EL FINAL.

Adiós.

—¡Padre Tormenta! —gritó Dalinar—. ¡Tiene que haber un modo! ¡No moriré aquí!

Silencio. Ni siquiera truenos. La gente se había congregado en torno a Dalinar: soldados, escribas, mensajeras, Roion y Navani. Gente asustada.

—No nos abandones —dijo Dalinar, con voz apagada—. Por

favor...

Moash avanzó, con la visera alzada y el rostro dolorido.

—¿Kaladin?

—Tuve que tomar la decisión que me permitiera dormir por las noches, Moash —dijo Kaladin cansinamente, de pie ante la figura inconsciente del rey. La sangre formaba un charco alrededor de la bota de Kaladin por la herida que se había vuelto a abrir. Mareado, tenía que apoyarse en la lanza para mantenerse en pie.

—Dijiste que era de fiar —dijo Graves, volviéndose hacia Moash, la voz resonando dentro del casco de su armadura esquirlada—. ¡Me lo prometiste, Moash!

—Kaladin es de fiar —dijo Moash. Estaban solos los tres (cuatro, si contabas al rey), en el solitario pasillo del palacio.

Sería un triste lugar para morir. Un lugar lejos del viento.

—Solo está un poco confundido —dijo Moash, dando un paso al frente—. Eso seguirá saliendo bien. No se lo dijiste a nadie, ¿verdad, Kal?

«Reconozco este pasillo —advirtió Kaladin—. Es el mismo lugar donde combatimos al Asesino de Blanco». A su izquierda, las ventanas flanqueaban la pared, aunque los postigos mantenían a la lluvia a raya. Sí... allí. Divisó el lugar donde habían colocado los tablones sobre el agujero que el asesino había abierto en la pared. El lugar donde Kaladin había caído a la oscuridad.

Otra vez allí. Inspiró profundamente y se apoyó lo mejor que pudo en la pierna buena, luego alzó la lanza, con la punta hacia Moash.

Tormentas, la pierna le dolía.

—Kal, el rey está claramente herido —dijo Moash—. Seguimos vuestro rastro de sangre hasta aquí. Ya está prácticamente muerto.

Rastro de sangre. Kaladin parpadeó, agotado. Naturalmente. Pensaba muy despacio. Tendría que haberse dado cuenta de eso.

Moash se detuvo a unos pocos pasos de Kaladin, fuera del alcance de la lanza.

—¿Qué vas a hacer, Kal? —preguntó, mirando la lanza que le apuntaba—. ¿De verdad vas a atacar a un miembro del Puente Cuatro?

—Dejaste el Puente Cuatro en el momento en que te volviste contra tu deber —susurró Kaladin.

—¿Y tú eres distinto?

—No, no lo soy —dijo Kaladin, sintiendo un vacío en el estómago—. Pero intento cambiarlo.

Moash avanzó otro paso, pero Kaladin elevó la punta de su lanza, hacia su rostro. Su amigo vaciló, alzando las manos enguantadas en un gesto protector.

Graves avanzó, pero Moash lo hizo detenerse antes de volverse hacia Kaladin.

—¿Qué crees que vas a conseguir, Kal? Si te interpones en nuestro camino, solo te harás matar, y el rey seguirá estando muerto. ¿Quieres que sepa que no estás de acuerdo con esto? Bien. Lo has intentado. Ahora estás superado, y no tiene sentido luchar. Baja esa lanza.

Kaladin miró por encima de su hombro. El rey seguía respirando.

La armadura de Moash tintineó. Kaladin se volvió, alzando de nuevo la lanza. Tormentas... la cabeza le dolía horrores.

—Lo digo en serio, Kal —advirtió Moash.

—¿Me atacarías? —dijo Kaladin—. ¿A tu capitán? ¿A tu amigo?

—No le des la vuelta a lo que digo.

—¿Por qué no? ¿Qué es más importante para ti? ¿Una venganza mezquina o yo?

—Los asesinó, Kaladin —replicó Moash—. Esa penosa excusa de rey mató a la única familia que he tenido jamás.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué lo proteges?

—No fue culpa suya.

—Ese montón de...

—No fue culpa suya —insistió Kaladin—. ¡Pero estaría aquí aunque así fuera, Moash! Tenemos que ser mejor que esto, tú y yo. Tienes que confiar en mí. Retractarte. El rey no os ha visto todavía, ni a Graves ni a ti. Acudiremos a Dalinar, y me encargaré de que se haga justicia contra el verdadero responsable, Roshone, el que está realmente detrás de la muerte de tus abuelos.

»Pero, Moash, no vamos a ser este tipo de hombres. Asesinos en pasillos oscuros que matan a un borracho porque lo consideran

repulsivo diciéndonos que es por el bien del reino. Si mato a un hombre, voy a hacerlo a la luz del día, y voy a hacerlo solo porque no hay otra opción.

Moash vaciló. Graves se acercó, pero una vez más Moash alzó una mano y lo detuvo. Miró a Kaladin a los ojos, y luego negó con la cabeza.

—Lo siento, Kal. Es demasiado tarde.

—No lo tendréis. No retrocederé.

—Supongo que no me gustaría que lo hicieras.

Moash se bajó la visera. Los lados se cubrieron de bruma mientras se sellaba.



1916518135712107111879120167107145181512
 1101152512127181101851345897101416713720
 167121871171049710145185137109181641851
 2510816735101181378710111658131187191871
 078

Del Diagrama, Libro de la segunda rotación del
 techo, patrón 15

El bloque de piedra se deslizó hacia dentro, confirmando la deducción de Shalla. Habían abierto un edificio en el que nadie había entrado, ni visto siquiera, desde hacía siglos. Renarin se apartó del agujero que había hecho, dando a Shalla la oportunidad de pasar. El aire dentro olía a rancio y mohoso.

Renarin hizo desaparecer su espada, y extrañamente, al hacerlo, dejó escapar un suspiro de alivio y se relajó contra la pared exterior del edificio. Shalla se dispuso a entrar, pero los hombres del puente se le adelantaron para comprobar primero la seguridad del edificio, alzando linternas de zafiro.

La luz reveló majestuosidad.

Shalla contuvo la respiración. La gran sala circular era digna de un palacio o un templo. Un mosaico cubría la pared y el suelo de majestuosas imágenes y deslumbrantes colores. Caballeros con

armaduras ante cielos arremolinados de rojo y azul. Gentes de todos los estadios de la vida era descrita en todo tipo de ambientes, cada uno de ellos realizados con vívidos colores de toda clase de piedras: una obra maestra que reunía al mundo entero en una sala.

Preocupada por haber dañado el portal de algún modo, le había indicado a Renarin que golpeará con la espada cerca de una ondulación que esperaba que indicase el marco de una puerta, y parecía que no se había equivocado. Entró por el agujero y recorrió un camino circular a través de la sala redonda, contando en silencio las divisiones en el mosaico del suelo. Había diez principales, igual que hubo diez órdenes de caballeros, diez reinos, diez pueblos. Y entonces, entre los segmentos que representaban los reinos primero y décimo, había una undécima sección más estrecha. Describía una alta torre. Urithiru.

Había encontrado el portal. ¡Y esta obra de arte! Tanta belleza. Era impresionante.

No, no había tiempo para admirarla. El gran mosaico del suelo giraba en torno al centro, pero las espadas de los caballeros apuntaban hacia la misma zona en la pared, así que Shallan se encaminó hacia esa dirección. Allí todo parecía perfectamente conservado, incluso las lámparas de las paredes, que contenían lo que se le antojaron gemas opacas.

Encontró en la pared un disco de metal insertado en la piedra. ¿Era acero? No se había oxidado ni desgastado a pesar de su largo abandono.

—Ya viene —anunció Renarin desde el otro lado de la sala; su suave voz resonaba por la cámara en forma de cúpula. Tormentas, ese muchacho era preocupante, sobre todo cuando lo acompañaban los aullidos de una tormenta y el sonido de la lluvia cayendo sobre la meseta ahí fuera.

Llegaron la brillante Inadara y varias eruditas. Al entrar en la cámara, se quedaron boquiabiertas y empezaron a hablar entre sí mientras corrían a examinar el mural.

Shallan estudió el extraño disco insertado en la pared. Tenía forma de estrella de diez puntas y una fina ranura directamente en el centro. «Los Radiantes podían hacer funcionar este lugar —pensó—. ¿Y qué tenían los Radiantes que no tenía nadie más?». Muchas cosas, pero la forma de aquella ranura en el metal le daba una idea

de cómo podían hacer que la Puerta Jurada funcionara.

—Renarin, acércate —dijo Shallan.

El muchacho avanzó ruidosamente en su dirección.

—Shallan —advirtió Patrón—. Queda muy poco tiempo. Han invocado la Tormenta Eterna. Y... y hay algo más, que viene de la otra dirección. ¿Una alta tormenta?

—Es el Llanto —dijo Shallan, mirando a Patrón, que ondulaba en la pared justo al lado del disco de acero—. No hay altas tormentas.

—Viene una de todas formas. Shallan, van a chocar entre sí. Vienen dos tormentas, una de cada dirección. Chocarán aquí mismo.

—¿Y no se cancelarán una a la otra?

—Se alimentarán entre sí —dijo Patrón—. Será como dos olas que se golpean y sus picos coinciden... creará una tormenta como el mundo no ha visto jamás. Las piedras se quebrarán, las mesetas mismas pueden desplomarse. Va a ser malo. Muy, muy malo.

Shallan miró a Inadara, que se había acercado.

—¿Alguna idea?

—No sé qué pensar, brillante —dijo Inadara—. Tenías razón respecto a este lugar. Yo... ya no confío en mí misma para juzgar qué es correcto y qué es falso.

—Tenemos que trasladar los ejércitos a esta meseta —dijo Shallan—. Aunque derroten a los parshendi, están condenados a menos que podamos hacer funcionar este portal.

—No parece un portal —repuso Inadara—. ¿Qué hará? ¿Abrir una entrada en la pared?

—No lo sé —dijo Shallan, mirando a Renarin—. Invoca tu hoja esquirrada.

Él así lo hizo, dando un respingo cuando apareció la espada. Shallan señaló la ranura en la pared como si fuera el ojo de una cerradura, siguiendo una corazonada.

—Mira a ver si puedes arañar ese metal con tu espada. Ten mucho cuidado. No vayamos a estropear la Puerta Jurada, en caso de que esté equivocada.

Renarin se acercó y cautelosamente, usando la mano para sujetar la espada desde arriba, colocó la punta de la hoja en el metal alrededor de la ranura. Gruñó al ver que la espada no

cortaba. Lo intentó con más fuerza, y el metal se resistió a la hoja.

—¡Están hechos del mismo material! —dijo Shallan, entusiasmada—. Y en esa ranura puede caber una hoja. Intenta deslizar la espada, muy despacio.

Él así lo hizo, y cuando la punta entró en el agujero, toda la forma cambió, el metal fluyó para encajar con la espada esquirrada. ¡Funcionaba! Renarin dejó la espada en su sitio, y se dieron media vuelta, contemplando la cámara. Nada parecía haber cambiado.

—¿Ha hecho algo? —preguntó Renarin.

—Tiene que haberlo hecho —dijo Shallan. Tal vez habían abierto una puerta. Pero ¿cómo girar el equivalente a un pomo?

—Necesitamos la ayuda de la alta dama Navani —dijo Shallan—. Más importante aún, tenemos que traer a todo el mundo aquí. ¡Id, soldados, hombres del puente! Corred a decirle a Dalinar que reúna a sus ejércitos en esta meseta. Decidle que si no lo hace están condenados. Los demás intentemos descubrir cómo funciona esto.

Adolin bailaba a través de la tormenta, intercambiando golpes con Eshonai. Ella era buena, aunque no utilizaba poses que él reconociera. Saltaba atrás y adelante, manteniéndolo a raya con su espada, surgiendo de la tormenta como un trueno.

Adolin la perseguía, blandiendo su hoja esquirrada, forzándola a retroceder. Un duelo. Podía vencer en un duelo. Incluso en mitad de una tormenta, incluso contra un monstruo, era algo que podía hacer. La hizo retroceder por el campo de batalla, más cerca del lugar donde sus ejércitos habían cruzado el abismo para unirse a la batalla.

Era difícil enfrentarse a ella. Adolin solo había visto a Eshonai dos veces, pero le parecía conocer la forma en que luchaba. Sentía su ansia de sangre. Su ansia de matar. La Emoción. Él no la sentía esta vez. En ella, sí.

A su alrededor, los parshendi huían o luchaban en pequeños grupos aislados mientras sus hombres los acosaban. Pasó ante un parshendi caído que era abatido bajo la lluvia mientras intentaba escapar arrastrándose. Sangre y agua salpicaban en la meseta. Entre los truenos se oían chillidos frenéticos.

Truenos. Truenos lejanos al oeste. Adolin miró en esa dirección,

y casi perdió la concentración. Pudo verla acumulándose, el viento y la lluvia girando en una columna gigantesca, destellando en rojo.

Eshonai lo atacó, y Adolin se volvió, bloqueando el golpe con el antebrazo. Esa sección de su armadura empezaba a debilitarse, y las grietas filtraban luz tormentosa. Avanzó y blandió su espada, con una mano, atacando a Eshonai por el flanco. Fue recompensado con un quejido. Sin embargo, ella no se dobló. Ni siquiera dio un paso atrás. Alzó su hoja esquirrada y golpeó de nuevo su antebrazo.

La armadura estalló con un destello de luz y metal derretido. Tormentas. Adolin se vio obligado a retirar el brazo y soltar el guantelete, demasiado pesado sin conectar con la armadura, dejándolo caer de su mano. El viento que sopló contra su piel al descubierto era sorprendentemente potente.

«Un poco más», pensó Adolin, sin retroceder a pesar de la sección de armadura perdida. Agarró la hoja esquirrada con las dos manos (una de metal, la otra de carne) y avanzó dando una serie de golpes. Salió de la pose del viento. No era momento de descargar golpes majestuosos. Necesitaba la frenética furia de la pose de fuego. No solo por la potencia, sino por lo que tenía que transmitirle a Eshonai.

La portadora parshendi gruñó, obligada a retroceder.

—Vuestro día ha terminado, destructor —dijo—. Hoy, vuestra brutalidad se vuelve contra vosotros. Hoy, la extinción se vuelve de nosotros hacia vosotros.

«Un poco más».

Adolin la presionó con una exhibición de esgrima, luego bajó la guardia, ofreciéndole una abertura. Ella la aceptó inmediatamente y apuntó a su casco, que filtraba luz por un golpe anterior. Sí, estaba plenamente arrebatada por la Emoción, que le daba energía y fuerza, pero la empujaba a la intrepidez. A ignorar lo que la rodeaba.

Adolin recibió el golpe en la cabeza y se tambaleó. Eshonai se rio alegremente y se dispuso a golpear de nuevo.

Adolin se abalanzó hacia delante y la golpeó en el pecho con el hombro y la cabeza. Su yelmo explotó por la fuerza del impacto, pero su maniobra tuvo éxito.

Eshonai no había advertido lo cerca que estaban del abismo.

El empujón la lanzó por el borde de la meseta. Adolin sintió el

pánico de la mujer, la oyó gritar mientras caía a la abierta negrura.

Por desgracia, la explosión del yelmo lo dejó momentáneamente cegado. Se tambaleó, y cuando intentó pisar solo encontró aire vacío. Se precipitó hacia el abismo.

Durante un momento infinito, todo lo que sintió fue pánico y temor, una eternidad congelada antes de advertir que no caía. Su visión se despejó, y miró las fauces abiertas ante él, la lluvia cayendo alrededor. Entonces miró por encima del hombro.

A los dos hombres del puente que lo habían agarrado por el faldón de cota de malla de su armadura y se esforzaban por apartarlo del borde del precipicio. Gruñendo, se aferraron al resbaladizo metal, mientras apoyaban los pies en las rocas para impedir ser arrastrados con él.

Otros soldados corrieron a ayudar. Unas manos agarraron a Adolin por la cintura y los hombros, y juntos lo apartaron del borde del vacío, hasta el punto que pudo recuperar de nuevo el equilibrio y apartarse del abismo.

Los soldados vitorearon, y Adolin dejó escapar una risa exhausta. Se volvió hacia los hombres del puente, Cikatriz y Drehy.

—Supongo que no necesito preguntarme si vosotros dos podéis seguirme el ritmo o no —dijo.

—No ha sido nada —dijo Cikatriz.

—Sí —añadió Drehy—. Levantar ojos claros gordos es fácil. Tendrías que intentarlo alguna vez con un puente.

Adolin sonrió, luego se secó el agua de la cara con la mano descubierta.

—Mirad a ver si podéis encontrar un trozo de mi yelmo o del antebrazo. Hacer crecer de nuevo la armadura será más fácil si tenemos una semilla. Recoged también mi guantelete, por favor.

Los dos asintieron. Aquel relámpago rojo en el cielo se acumulaba, y la columna de oscura lluvia se expandía, creciendo hacia fuera. ¿Dónde estaba su padre? ¿Qué sucedía en los frentes de Aladar y Roion? ¿Había regresado Shallan de su expedición?

La meseta central era un verdadero caos. Los vientos en aumento rasgaban las tiendas, y algunas se habían desplomado. La gente corría de un lado a otro. Adolin divisó a una figura con una gruesa capa que caminaba resueltamente a través de la lluvia. Esa persona parecía saber lo que estaba haciendo. Adolin la cogió por el

brazo al pasar.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó—. ¿Qué órdenes llevas?

La capucha de la capa cayó y el hombre se volvió a mirar a Adolin con ojos que eran levemente demasiado grandes, demasiado redondos. Cabeza calva. Ropas delgadas y sueltas bajo la capa.

El Asesino de Blanco.

Moash dio un paso al frente, aunque no invocó su hoja esquirrada.

Kaladin atacó con la lanza, pero fue inútil. Había usado las fuerzas que le quedaban solo para mantenerse erguido. Su lanza rebotó en el yelmo de Moash, y el antiguo hombre del puente le dio un puñetazo, rompiendo la madera.

Kaladin se detuvo, pero Moash no había terminado. Avanzó y descargó un puñetazo contra su estómago.

Kaladin jadeó, doblándose mientras algo se rompía en su interior. Las costillas se partieron como ramas ante aquel puño imposiblemente fuerte. Kaladin tosió, manchando de sangre la armadura de Moash, y gimió cuando su amigo dio un paso atrás y retiró el puño.

Se desplomó en el frío suelo de piedra. Todo se estremecía. Sentía como si los ojos fueran a salirse de sus órbitas, y se enroscó sujetándose el pecho roto, temblando.

—Tormentas. —La voz de Moash sonaba lejana—. Ha sido un golpe más fuerte de lo que pretendía.

—Has hecho lo que tenías que hacer.

Era Graves.

«Oh... Padre Tormenta... el dolor...».

—¿Y ahora qué? —Moash.

—Acabamos con esto. Mataremos al rey con una hoja esquirrada. Seguirá pareciendo obra del asesino. Estos rastros de sangre son una inconveniencia. Podrían provocar preguntas. Espera, déjame que rompa esos tablones, para que parezca que entró por la pared, como la última vez.

Aire frío. Lluvia.

¿Gritos? ¿Muy lejanos? Conocía aquella voz...

—¿Syl? —susurró Kaladin con sangre en los labios—. ¿Syl?

Nada.

—Corrí hasta... hasta que ya no pude más —susurró Kaladin—. Fin de... la incursión.

Vida antes que muerte.

—Yo lo haré. —Graves—. Yo soportaré esta carga.

—¡Es mi derecho! —dijo Moash.

Kaladin parpadeó. Sus ojos se posaron en el cuerpo inconsciente del rey a su lado. Respiraba todavía.

«Protegeré a aquellos que no puedan protegerse a sí mismos».

Con ello cobró sentido la decisión que había tomado. Kaladin rodó hasta ponerse de rodillas. Graves y Moash discutían.

—Tengo que protegerlo —susurró Kaladin.

¿Por qué?

—Si yo protejo... —Tosió—. Si yo protejo... solo a la gente que me gusta, entonces significa que no me importa hacer lo correcto.

Si hacía eso, solo le preocuparía lo que fuera conveniente para sí mismo.

Eso no era proteger. Era egoísmo.

Esforzándose, dominado por la agonía, Kaladin alzó un pie. El pie bueno. Tosiendo sangre, se impulsó hacia arriba y se puso en pie, interponiéndose entre Elhokar y los asesinos. Con dedos temblorosos, se palpó el cinturón y, después de dos intentos, extrajo el puñal. Contuvo las lágrimas de dolor, y con los ojos nublados vio a los dos portadores de esquirlada mirándolo.

Moash alzó lentamente su visera, revelando su aturdimiento.

—Padre Tormenta... Kal, ¿cómo estás en pie?

Todo cobraba sentido.

Por eso había vuelto. Era por Tien, era por Dalinar, y era por hacer lo correcto... pero sobre todo era por proteger a la gente.

Este era el hombre que quería ser.

Kaladin echó un pie hacia atrás, tocando al rey con el talón, formando una pose de batalla. Entonces alzó la mano ante él, con el puñal hacia fuera. Su mano temblaba como un tejado tras un trueno. Miró a Moash a los ojos.

Fuerza antes que debilidad.

—No. Lo. Tendréis.

—Acaba con esto, Moash —dijo Graves.

—Tormentas. No hace falta. Míralo. No puede luchar.

Kaladin se sentía exhausto. Al menos se había resistido.
Era el fin. El viaje había llegado y se había terminado.
Gritos. Kaladin los oyó, como si estuvieran más cerca.
«¡Es mío! —dijo una voz femenina—. Lo reclamo».

TRAICIONÓ SU JURAMENTO.

—Ha visto demasiado —le dijo Graves a Moash—. Si sobrevive, nos traicionará. Sabes que es la verdad, Moash. Mátalo.

El puñal resbaló de los dedos de Kaladin, resonando en el suelo. Estaba demasiado débil para empuñarlo. El brazo volvió a caer al costado, y se quedó mirando el puñal, aturdido.

«No me importa».

TE MATARÁ.

—Lo siento, Kal —dijo Moash, dando un paso adelante—. Tendría que haberlo hecho con rapidez desde el principio.

«Las Palabras, Kaladin. —Era la voz de Syl—. ¡Tienes que pronunciar las Palabras!».

LO PROHÍBO.

¡TU VOLUNTAD NO IMPORTA!, gritó Syl. ¡NO PODRÁS RETENERME SI PRONUNCIA LAS PALABRAS! ¡LAS PALABRAS, KALADIN! ¡DILAS!

—Protegeré incluso a quienes odie —susurró Kaladin entre labios ensangrentados—. Mientras sea lo justo.

Una hoja esquivada apareció en las manos de Moash.

Un rugido distante. Truenos.

LAS PALABRAS SON ACEPTADAS, dijo el Padre Tormenta, reacio.

—¡Kaladin! —era la voz de Syl—. ¡Extiende la mano! —Revoloteó a su alrededor, súbitamente visible como un lazo de luz.

—No puedo... —dijo Kaladin, agotado.

—¡Extiende la mano!

Él extendió una mano temblorosa. Moash vaciló.

El viento entró por la abertura en la pared, y el lazo de luz de Syl se convirtió en bruma, una forma que adoptaba a menudo. Bruma plateada, que se hizo más grande y se solidificó ante Kaladin, extendiéndose hacia su mano.

Resplandeciente, brillante, una espada esquivada emergió de la bruma, una vívida luz azul que brillaba siguiendo los retorcidos patrones marcados en su hoja.

Kaladin inspiró profundamente como si despertara del todo por primera vez. El pasillo entero quedó a oscuras cuando la luz tormentosa de todas las lámparas se apagó.

Durante un momento, permanecieron rodeados por la oscuridad. Entonces Kaladin explotó de luz.

Brotó de su cuerpo, haciéndolo brillar como un ardiente sol blanco. Moash retrocedió, con el rostro pálido ante el blanco fulgor, y alzó una mano para protegerse los ojos.

El dolor se evaporó como la bruma un día de calor. Kaladin reafirmó su tenaza sobre la brillante hoja esquirlada, un arma que hacía que las de Graves y Moash parecieran opacas. Uno tras otro, los postigos de todo el pasillo se abrieron, y el viento ululó. Detrás de Kaladin, la escarcha cristalizó en el suelo, creciendo hacia atrás. Un glifo se dibujó en la escarcha, casi con forma de alas.

Graves gritó y cayó en su prisa por escapar. Moash retrocedió, sin dejar de mirar a Kaladin.

—Los Caballeros Radiantes —dijo Kaladin en voz baja— han regresado.

—¡Demasiado tarde! —gritó Graves.

Kaladin frunció el ceño y miró al cielo.

—El Diagrama hablaba de esto —dijo Graves, escabulléndose por el pasillo—. No lo entendimos. ¡No entendimos nada! ¡Nos concentramos en asegurarnos de que estuvieras separado de Dalinar, y no en lo que nuestras acciones podrían forzarte a convertirte!

Moash miró primero a Graves y luego a Kaladin. Entonces echó a correr, la armadura tintineando pesadamente mientras se daba media vuelta y desaparecía pasillo abajo.

«Kaladin —habló en su cabeza la voz de Syl—. Algo sigue estando muy mal. Lo siento en los vientos».

Graves se reía como loco.

—¿Separarme de Dalinar? —susurró Kaladin—. ¿Por qué iban a querer...?

Se volvió a mirar hacia el este.

«Oh, no...».



¿Pero quién es el errante, la pieza salvaje, el que no tiene sentido? Atisbo sus implicaciones, y el mundo se abre ante mí. Retrocedo. Imposible. ¿Verdad?

Del Diagrama, Salmo de las Maravillas de la Pared Oeste, párrafo 8 (Nota de Adrotagia: ¿Podría referirse a Mraize?).

—¿Ni dijo siquiera si podía abrir la puerta? —preguntó Dalinar mientras echaba a andar hacia la tienda de mando. La lluvia golpeteaba el suelo a su alrededor, tan densa que ya no era posible distinguir las ráfagas separadas a la luz de los focos fabriles de Navani.

—No, brillante señor —respondió Peet, el hombre del puente—. Pero insistió en que no podíamos enfrentarnos a lo que se nos viene encima. Dos altas tormentas.

—¿Cómo pueden haber dos? —preguntó Navani. Llevaba una recia capa pero estaba igualmente empapada, pues su paraguas había volado hacía tiempo. Roion caminaba al otro lado de Dalinar, con la barba y el bigote flácidos por el agua.

—No lo sé, brillante —dijo Peet—. Pero eso es lo que dijo. Una alta tormenta y otra cosa. La llamó Tormenta Eterna. Espera que choquen aquí mismo.

Dalinar reflexionó, frunciendo el ceño. La tienda de mando estaba justo delante. Una vez dentro, hablaría con sus comandantes de campo y...

La tienda se estremeció y luego se soltó con una andanada de viento. Arrastrando cuerdas y postes, pasó ante Dalinar, casi lo bastante cerca para poder tocarla. Dalinar maldijo mientras la luz de una docena de linternas, antes dentro de la tienda, se desparramaba por la meseta. Escribas y soldados corrían intentando recoger mapas y hojas de papel mientras el viento se las llevaba.

—¡Tormentas! —dijo Dalinar, dando la espalda al poderoso viento—. ¡Necesito un informe actualizado!

—¡Señor! —El comandante Cael, jefe de la tienda de mando, se acercó corriendo, seguido de su esposa, Apará. Las ropas de Cael estaban casi secas, aunque ese detalle cambiaba rápidamente—. ¡Aladar ha ganado su meseta! Apará estaba redactándote un mensaje.

—¿De verdad?

El Todopoderoso bendijo a aquel hombre. Lo había conseguido.

—Sí, señor —dijo Cael. Tenía que gritar para hacerse oír contra el viento y la lluvia—. El alto príncipe Aladar dijo que el cántico de los parshendi se silenció, lo que le permitió masacrarlos. Los demás se disolvieron y huyeron. ¡Incluso con la meseta de Roion perdida, hemos vencido!

—No lo parece —replicó Dalinar. Hacía solo unos minutos la lluvia era leve. La situación se degradaba rápidamente—. Envía inmediatamente órdenes a Aladar, a mi hijo y al general Khal. Hay una meseta al sureste, perfectamente redonda. Quiero que nuestros cuatro ejércitos se dirijan allí para protegerse de la tormenta que viene.

—¡Sí, señor! —dijo Cael con un saludo, el puño en el pecho. Con la otra mano, sin embargo, señaló por encima del hombro de Dalinar—. Señor, ¿has visto eso?

Dalinar se dio media vuelta para mirar hacia el oeste, donde destellaban luces rojas, relámpagos que caían con insistencia repetida. El cielo mismo parecía estremecerse mientras algo se acumulaba allí, revolviéndose en un enorme ojo del huracán que se expandía velozmente hacia fuera.

—Todopoderoso en las alturas... —susurró Navani.

Otra tienda cercana se estremeció y sus estacas se soltaron.

—Salid de las tiendas, Cael —dijo Dalinar—. Todo el mundo en marcha. Ahora. Navani, ve con la brillante Shallan. Ayúdala si puedes.

El oficial se puso en movimiento y empezó a gritar órdenes. Navani fue con él, desapareciendo en la noche, y un escuadrón de oficiales corrió tras ella para proporcionarle protección.

—¿Y yo, Dalinar? —preguntó Roion.

—Necesitaremos que tomes el mando de tus hombres y los guíes a lugar seguro. Si es que podemos encontrarlo.

La tienda cercana volvió a sacudirse. Dalinar frunció el ceño. No parecía moverse con el viento. ¿Y qué eran esos... gritos?

Adolin atravesó la lona de la tienda y se deslizó de espaldas sobre las piedras; su armadura filtraba luz tormentosa.

—¡Adolin! —gritó Dalinar, corriendo hacia su hijo.

Al joven le faltaban varios fragmentos de armadura. Alzó la cabeza, los dientes apretados, la nariz chorreando sangre. Dijo algo, pero se perdió en el viento. No tenía yelmo, ni avambrazo izquierdo, el peto quebrado y a punto de soltarse, la pierna derecha expuesta. ¿Quién podía haberle hecho eso a un portador de esquirlada?

Dalinar supo inmediatamente la respuesta. Acunó a Adolin, pero miró más allá de la tienda derrumbada, que se agitó en la tormenta y se desgarró cuando un hombre pasó ante ella, brillando con lazos de luz tormentosa. Aquellos rasgos extranjeros, la ropa toda blanca pegada a su cuerpo por la lluvia, la cabeza gacha y sin pelo, los ojos encapotados que brillaban con luz tormentosa.

El asesino de Gavilar. Szeth, el Asesino de Blanco.

Shallan examinaba las inscripciones de la pared de la sala redonda, buscando frenéticamente un modo de hacer que la Puerta Jurada funcionara.

Esto tenía que funcionar. Tenía que hacerlo.

—Todo está en el canto del alba —dijo Inadara—. No puedo entenderlo.

«Los Caballeros Radiantes son la clave».

¿No debería haber sido suficiente la espada de Renarin?

—¿Cuál es el patrón? —susurró.

—Mmm... —dijo Patrón—. ¿Tal vez no puedas verla porque estás demasiado cerca? ¿Como las Llanuras Quebradas?

Shallan vaciló, luego se levantó y se dirigió al centro de la sala, donde las imágenes de los Caballeros Radiantes y sus reinos se reunían en un punto central.

—¿Brillante señor Renarin? —preguntó Inadara—. ¿Algo va mal?

El joven príncipe había caído de rodillas y se acurrucaba junto a la pared.

—Puedo verlo —respondió Renarin, febril, su voz resonando en la cámara. Los fervorosos que habían estado estudiando parte de los murales se volvieron a mirarlo—. Puedo ver el futuro mismo. ¿Por qué? ¿Por qué, Todopoderoso? ¿Por qué me has maldecido así? —Soltó un grito suplicante, luego se levantó y rompió algo contra la pared. ¿Una roca? ¿De dónde la había sacado? La sujetó con una mano enguantada y empezó a escribir.

Sorprendida, Shallan dio un paso hacia él. ¿Una secuencia de números?

Todos ceros.

—Ha venido —susurró Renarin—. Ha venido, ha venido, ha venido. Estamos muertos. Estamos muertos. Estamos muertos...

Dalinar permaneció arrodillado bajo un cielo roto, abrazando a su hijo. La lluvia limpió la sangre del rostro de Adolin, y el muchacho parpadeó, aturdido por la paliza.

—Padre... —dijo Adolin.

El asesino avanzó tranquilo, sin ninguna urgencia aparente. El hombre parecía deslizarse a través de la lluvia.

—Cuando ocupes el principado, hijo —dijo Dalinar—, no dejes que te corrompan. No les sigas el juego. Dirige. No sigas.

—¡Padre! —dijo Adolin, enfocando la mirada.

Dalinar se levantó. Adolin se dio media vuelta y trató de incorporarse, pero el asesino le había roto una de las grebas, lo que le impedía levantarse. El muchacho volvió a resbalar en los charcos de agua.

—Te han enseñado bien, Adolin —dijo Dalinar con la mirada fija

en el asesino—. Eres mejor hombre que yo. Siempre fui un tirano que tuvo que aprender a ser otra cosa. Pero tú, tú has sido un buen hombre desde el principio. Guíalos, Adolin. Únelos.

—¡Padre!

Dalinar se apartó de su hijo. Cerca, los escribas y auxiliares, capitanes y reclutas gritaban y corrían, tratando de encontrar orden en el caos de la tormenta. Seguían la orden de evacuación de Dalinar, y la mayoría no había reparado aún en la figura de blanco.

El asesino se detuvo a diez pasos de Dalinar. Roion, con la cara pálida y titubeando, se apartó de ambos y empezó a gritar:

—¡Asesino! ¡Asesino!

La lluvia remitía un poco. Eso no dio a Dalinar demasiada esperanza: no con aquellos relámpagos rojos en el horizonte. ¿Era una... una muralla de tormenta acumulándose delante de una nueva tormenta? Sus esfuerzos por detener a los parshendi habían fracasado.

El shin no atacó. Se plantó frente a Dalinar, inmóvil, sin expresión, el agua corriéndole por el rostro. Innaturalmente tranquilo.

Dalinar era mucho más alto y más ancho. Este hombrecito de blanco, con su piel pálida, casi parecía un jovencito, un muchachito en comparación.

Tras él, los gritos de Roion se perdieron en la confusión. Sin embargo, el Puente Cuatro sí que rodeó a Dalinar, con las lanzas prestas. Dalinar los contuvo.

—No hay nada que podáis hacer aquí, muchachos —dijo Dalinar—. Dejadme enfrentarme a él.

«Diez latidos».

—¿Por qué? —le preguntó Dalinar al asesino, que seguía quieto bajo la lluvia—. ¿Por qué matar a mi hermano? ¿Te explicaron el motivo tras tus órdenes?

—Soy Szeth-hijo-hijo-Vallano —dijo el hombre. Roncamente—. Sinverdad de Shinovar. Hago lo que ordenan mis amos, y no pido explicaciones.

Dalinar revisó su valoración. El hombre no estaba tranquilo. Lo parecía, pero cuando habló lo hizo entre dientes apretados, los ojos demasiado abiertos.

«Está loco —pensó Dalinar—. Tormentas».

—No tienes que hacer esto —dijo—. Si es por la paga...

—¡Lo que me deben me será resarcido! —gritó el asesino, la lluvia salpicaba en su cara y la luz tormentosa brotaba de sus labios—. Hasta el último detalle. ¡Me ahogaré en él, Custodio de Piedras!

Szeth movió la mano hacia un lado, y la hoja esquirlada apareció. Entonces, con un movimiento breve y despectivo, como si simplemente fuera a cortar un trozo de cartílago de su carne, avanzó y atacó a Dalinar.

Dalinar detuvo la espada con la suya propia, que apareció en su mano cuando la alzó.

El asesino dirigió una mirada al arma de Dalinar, y luego sonrió, con los labios contraídos, mostrando solo un atisbo de dientes. Aquella sonrisa ansiosa, pareja a los ojos enloquecidos, era una de las cosas más malignas que Dalinar había visto jamás.

—Gracias por extender mi agonía al no morir fácilmente —dijo el asesino. Dio un paso atrás y se encendió de luz blanca.

Atacó de nuevo a Dalinar, inhumanamente rápido.

Adolin maldijo, sacudiéndose de su estupor. Tormentas, le dolía la cabeza. Había chocado con algo cuando el asesino lo arrojó al suelo.

Su padre combatía a Szeth. Bendito fuera por atender a razones y vincularse a la espada de aquel loco. Adolin apretó los dientes y se esforzó por ponerse en pie, algo que resultaba difícil con una greba rota. Aunque la lluvia remitía, el cielo continuaba oscuro. Al oeste, los relámpagos caían como cataratas rojas, casi continuos.

Al mismo tiempo, el viento soplaba con fuerza desde el este. Algo se acumulaba allí también, desde el Origen. Esto era muy grave.

«Las cosas que me ha dicho mi padre...».

Adolin se tambaleó y estuvo a punto de caer al suelo, pero unas manos parecieron ayudarlo. Miró hacia un lado y encontró a aquellos dos hombres del puente de antes, Cikatriz y Drehy, que lo ayudaban a ponerse en pie.

—Vosotros dos vais a recibir un aumento de sueldo importante, tormentas —dijo Adolin—. Ayudadme a quitarme esta armadura.

Frenético, empezó a quitarse piezas. Todo el equipo estaba tan

maltrecho que era casi inútil.

Se oía estrépito de metal mientras Dalinar combatía. Si pudiera aguantar un poco más, Adolin podría ayudarle. No dejaría que esa criatura pudiera de nuevo con él. ¡Otra vez no!

Dirigió una mirada a lo que estaba haciendo Dalinar, y se detuvo, con las manos en las correas de su peto.

Su padre... su padre se movía maravillosamente.

Dalinar no luchaba por su vida. Su vida no era suya desde hacía años.

Luchaba por Gavilar. Luchaba como deseaba haber hecho hacía todos esos años, por la oportunidad que había perdido. En ese momento entre tormentas, cuando la lluvia se apaciguó y los vientos tomaron aliento para soplar, danzaba con el matador de reyes, y de algún modo aguantaba.

El asesino se movía como una sombra. Su paso parecía demasiado rápido para ser humano. Cuando saltaba, volaba por los aires. Blandía su espada esquivada como si fueran restallidos de relámpagos, y de vez en cuando extendía la otra mano, como para agarrar a Dalinar.

Recordando su encuentro anterior, Dalinar reconoció que esa era la más peligrosa de las armas de Szeth. Dalinar conseguía cada vez interponer su espada y forzar al asesino a retroceder. El hombre atacaba desde distintas direcciones, pero Dalinar no pensaba. Los pensamientos podían confundirse, la mente se desorientaba.

Sus instintos sabían qué hacer.

Se agachaba cuando Szeth saltaba por encima de su cabeza. Un paso atrás, para evitar un golpe que le habría cortado la espina dorsal. Atacaba, obligando al asesino a retroceder. Tres rápidos pasos hacia atrás, la espada en alto, golpeando la palma del asesino cuando intentaba tocarlo.

Funcionó. Durante un breve momento, combatió a esta criatura. El Puente Cuatro permaneció atrás, como había ordenado. Solo habrían interferido.

Sobrevivía.

Pero no venció.

Finalmente, Dalinar esquivó un ataque pero no consiguió

moverse lo bastante rápido. El asesino lo rodeó y le lanzó un puñetazo al costado.

Las costillas de Dalinar se rompieron. Gruñó, tambaleándose, casi cayendo. Blandió la espada contra Szeth, manteniéndolo a raya, pero no importaba. El daño ya estaba hecho. Se hundió de rodillas, apenas capaz de mantenerse erguido por el dolor.

En ese instante supo una verdad que siempre debería haber sabido.

«Si hubiera estado allí, aquella noche, despierto en vez de dormido y borracho... Gavilar habría muerto de todas formas.

»No habría podido derrotar a esta criatura. No puedo hacerlo ahora, y no podría haberlo hecho entonces.

»No podría haberlo salvado».

Esa comprensión lo llenó de paz, y Dalinar finalmente soltó esa carga, la que llevaba desde hacía seis años.

El asesino avanzó hacia él, brillando con la terrible luz tormentosa, pero una figura se abalanzó contra él desde atrás.

Dalinar pensó que sería Adolin, o quizás uno de los hombres del puente.

Pero no: era Roion.

Adolin arrojó a un lado el último fragmento de armadura y corrió hacia su padre. No llegaba demasiado tarde. Dalinar estaba arrodillado ante el asesino, derrotado, pero no muerto.

Adolin gritó, acercándose, y una figura inesperada saltó de entre los restos de una tienda. El alto príncipe Roion, empuñando incongruentemente una espada normal y guiando a un grupito de soldados, se abalanzó contra el asesino.

Las ratas habrían tenido más posibilidades enfrentándose a un abismoide.

Adolin apenas tuvo tiempo de gritar mientras el asesino, moviéndose a velocidad cegadora, giró y cortó desde la empuñadura la espada de Roion. La mano de Szeth salió disparada y golpeó a Roion en el pecho.

Roion salió disparado por los aires, dejando el rastro de un hilillo de luz tormentosa. Gritó cuando el cielo lo engulló.

Duró más que sus hombres. El asesino se internó entre ellos,

evitando hábilmente las lanzas, moviéndose con gracia increíble. Una docena de soldados cayó en un instante, con los ojos ardiendo.

Adolin saltó sobre uno de los cuerpos cuando se desplomaba. Tormentas. Todavía podía oír a Roion gritando en las alturas.

Lanzó una estocada contra el asesino, pero la criatura se retorció y apartó la hoja esquivada. El asesino sonreía. No habló, aunque la luz tormentosa escapaba entre sus dientes.

Adolin probó la pose de humo, atacando con una rápida secuencia de golpes. El asesino los esquivó en silencio, impertérrito. Adolin se concentró, luchando lo mejor que podía, pero era un niño comparado con esta criatura.

Roion, todavía gritando, cayó del cielo y golpeó el suelo cercano con un repugnante sonido húmedo. Una rápida mirada a su cadáver le dijo a Adolin que el alto príncipe no volvería a levantarse.

Maldijo y se abalanzó contra el asesino, pero un toldo que revoloteaba, empujado por el asesino al pasar, saltó hacia Adolin. ¡El monstruo podía dominar objetos inanimados! Adolin cortó la tela y luego saltó hacia delante para atacar al asesino.

No encontró nada contra lo que luchar.

«Agáchate».

Se arrojó al suelo mientras algo pasaba por encima de su cabeza: el asesino revoloteando por el aire. La sibilante espada esquivada de Szeth no alcanzó por muy poco la cabeza de Adolin.

El joven príncipe rodó y se puso de rodillas, jadeando.

¿Cómo...? ¿Qué podía hacer...?

«No puedes derrotarlo —pensó Adolin—. Nada puede hacerlo».

El asesino se posó suavemente en el suelo. Adolin volvió a incorporarse, y se encontró rodeado por una docena de hombres del puente. Cikatriz, a la cabeza, lo miró y asintió. Buenos hombres. Habían visto caer a Roion, y lo arrojaban de todas formas. Adolin sopesó su espada esquivada y advirtió que su padre, no muy lejos, había conseguido ponerse en pie. Otro grupito de hombres del puente lo rodearon, y él lo permitió. Adolin y su padre habían combatido y perdido. Su única oportunidad ahora era un ataque desesperado.

Oyeron gritos cercanos. El general Khal y un gran contingente de soldados, a juzgar por el estandarte que se acercaba. No había tiempo. El asesino se hallaba en la meseta entre la pequeña tropa de

Dalinar y la de Adolin, con la cabeza gacha. Las linternas azules caídas lo iluminaban. El cielo se había vuelto negro como la noche, excepto cuando aquellos relámpagos rojos lo rompían.

Atacar y acosar a un portador de esquirrada. Esperar un golpe de suerte. Era el único modo. Adolin le asintió a su padre. Dalinar asintió a su vez, sombrío. Lo sabía. Sabía que no se podía derrotar a esta criatura.

«Guíalos, Adolin.

»Únelos».

Adolin gritó y cargó, la espada en la mano, los hombres tras él. Dalinar avanzó también, más despacio, con un brazo en el pecho. Tormentas, apenas podía andar.

Szeth alzó la cabeza, el rostro carente de toda emoción. Cuando sus enemigos llegaron, saltó al aire.

Los ojos de Adolin lo siguieron. Sin duda no lo habían espantado...

El asesino giró en el aire y volvió al suelo, brillando como un cometa. Adolin apenas detuvo un golpe de la espada esquirrada: su fuerza era increíble. Lo arrojó hacia atrás. El asesino se volvió, y un par de hombres del puente cayeron con los ojos ardiendo. Otros perdieron las puntas de sus lanzas cuando trataron de atravesarlo.

El asesino se libró de la masa de cuerpos, perdiendo sangre por un par de heridas. Pero aquellas heridas se cerraron mientras Adolin miraba; la hemorragia se había detenido. Era como había dicho Kaladin. Con una horrible sensación de pérdida, Adolin comprendió las pocas posibilidades que habían tenido jamás.

El asesino se abalanzó contra Dalinar, que configuraba la retaguardia del ataque. El viejo soldado alzó su espada, como en gesto de respeto, y lanzó una estocada.

Un ataque. Esa era la forma de despedirse.

—Padre... —susurró Adolin.

El asesino detuvo la estocada, luego colocó la mano contra el pecho de Dalinar.

El alto príncipe, brillando de pronto, se alzó al cielo oscuro. No gritó.

La meseta quedó en silencio. Algunos hombres del puente ayudaron a sus amigos caídos. Otros se volvieron hacia el asesino, colocándose en formación de ataque con las lanzas, frenéticos.

El asesino bajó la espada y luego se dispuso a marcharse.

—¡Hijo de puta! —escupió Adolin, corriendo tras él—. ¡Hijo de puta! —Las lágrimas apenas le permitían ver.

—Se acabó —susurró el asesino—. He terminado.

Se dio media vuelta y continuó su camino.

«¡Por Condenación que no!». Adolin alzó su hoja esquivada.

El asesino giró sobre sus talones y golpeó el arma con tanta fuerza con su propia espada que Adolin oyó claramente cómo algo se rompía en su muñeca. La espada cayó de sus dedos, desvaneciéndose. La mano del asesino se movió como un relámpago, los nudillos golpearon a Adolin en el pecho, y el príncipe jadeó, súbitamente sin aire en la garganta.

Aturdido, cayó de rodillas.

—Supongo —masculó el asesino— que puedo matar a uno más, en mi tiempo libre.

Sonrió: una mueca terrible de dientes apretados y ojos muy abiertos. Como si sufriera un dolor enorme.

Jadeando, Adolin esperó el golpe. Miró al cielo. «Padre, lo siento. Yo...

»Yo...».

¿Qué era eso?

Parpadeó al distinguir que algo brillaba en el aire y caía, como una hoja. Una figura. Un hombre.

Dalinar.

El alto príncipe caía lentamente, como si no pesara más que una nube. Luz blanca brotaba de su cuerpo con hilillos brillantes. Los hombres del puente cercano murmuraban, los soldados gritaban, señalando.

Adolin parpadeó, seguro de que se trataba de una ilusión. Pero no, era Dalinar, en efecto. Como... como uno de los mismísimos Heraldos que bajara de los Salones Tranquilos.

El asesino miró también y entonces retrocedió, con la boca abierta de horror.

—No... ¡No!

Y entonces, como una estrella caída, una ardiente bola de luz y movimiento surgió ante Dalinar. Se estrelló contra el suelo, levantando un anillo de luz tormentosa como humo blanco. En el centro apareció una figura de azul, agazapada; una mano sobre las

piedras, la otra empuñando una brillante hoja esquirrada.

Tenía los ojos encendidos con una luz que hacía que la del asesino pareciera opaca en comparación, y vestía el uniforme de los hombres de los puentes, y tenía marcados los glifos de la esclavitud en la frente.

El anillo de luz humeante se disolvió, a excepción de un gran glifo, en forma de espada, que permaneció durante un breve momento antes de disolverse.

—Lo enviaste a morir al cielo, asesino —dijo Kaladin, la luz tormentosa brotando de sus labios—, pero el cielo y los vientos son míos. Los reclamo, como reclamo ahora tu vida.

PAUTAS DE LUZ



Uno es casi con toda certeza un traidor a los demás.

Del Diagrama, Libro del segundo cajón del escritorio,
párrafo 27

Kaladin dejó que la luz tormentosa se evaporara ante él. Se estaba quedando sin ella: su frenético vuelo a través de las Llanuras lo había agotado. Cómo se sorprendió cuando la bengala de luz que se alzaba al cielo oscuro sobre una meseta iluminada resultó ser el propio Dalinar. Lanzado al cielo por Szeth.

Kaladin lo había capturado con rapidez y lo devolvió al suelo con un cuidadoso lanzamiento propio. Delante, Szeth se apartaba del príncipe y apuntaba con su espada a Kaladin, que tenía los ojos muy abiertos y los labios temblando. Parecía horrorizado.

Bien.

Dalinar aterrizó por fin suavemente en la meseta, y el lanzamiento de Kaladin se agotó.

—Buscad refugio —dijo Kaladin, la tempestad en sus venas enfriándose más—. Volé sobre una tormenta al venir hacia aquí..., una tormenta grande. Viene por el oeste.

—Estamos iniciando la retirada.

—Apresuraos. Yo me encargaré de nuestro amigo.

—¿Kaladin?

Kaladin se volvió y miró al alto príncipe, que permanecía en pie, a pesar de que se llevaba un brazo contra el pecho. Dalinar lo miró a los ojos.

—Eres lo que he estado buscando.

—Sí. Por fin.

Kaladin se volvió y se encaminó hacia el asesino. Pasó ante el Puente Cuatro en tensa formación, y los hombres, a una orden de Teft, arrojaron algo al suelo. Linternas azules, iluminadas por enormes gemas que habían sobrevivido al Llanto.

Benditos fueran. La luz tormentosa surgió a su paso, llenándolo. Sin embargo, advirtió con pesar los dos cadáveres de ojos quemados en el suelo. Pedin y Mart. Eth se aferraba al cuerpo de su hermano, llorando. Otros hombres del puente habían perdido extremidades.

Kaladin rugió. Ninguno más. No perdería a más hombres a manos de este monstruo.

—¿Preparada? —susurró.

«Naturalmente —dijo Syl en su cabeza—. No es a mí a quien habéis estado esperando».

Ardiendo de luz tormentosa, airado y encendido, Kaladin se lanzó contra el asesino y se encontró con él espada contra espada.

—Estamos muertos... —murmuraba Renarin.

—Que alguien lo haga callar —ordenó Shallan—. Amordazadlo si es preciso.

Se dio media vuelta, ignorando al príncipe y sus delirios. Todavía se hallaba en el centro de la sala del mural. El Patrón. ¿Cuál era el patrón?

Una sala circular. Una cosa a cada lado que se adaptaba para que encajaran diferentes hojas esquivadas. Imágenes de los Caballeros Radiantes en el suelo, brillando de luz tormentosa, señalando una ciudad torre, como describían los mitos. Diez lámparas en las paredes. La cerradura colgaba sobre lo que consideraba que era una representación de Natanatan, el reino de las Llanuras Quebradas. Era...

Diez lámparas. Con diez gemas en ellas. Un entramado de metal las encerraba a cada una.

Shallan parpadeó, sacudida por la sorpresa.

—Es un fabrial.

El asesino se lanzó al aire. El capitán Kaladin voló también, persiguiéndolo, dejando un rastro de luz.

—¡Estatus de la retirada! —gritó Dalinar, cruzando la meseta. Las costillas le dolían como nunca, su herida de antes estaba un poco mejor. Tormentas. La había olvidado mientras luchaba, pero ahora le dolía de manera feroz—. ¡Que alguien me informe!

Escribas y fervorosos salieron del caos de tiendas cercanas. Se oían gritos por todas las mesetas. El viento empezó a arreciar: su período de gracia, la breve calma, había acabado. Tenían que escapar de estas mesetas. Sin dilación.

Dalinar alcanzó a Adolin y ayudó al joven a levantarse. Parecía hecho polvo, magullado, dolorido, mareado. Flexionó la mano derecha y gimió de dolor, luego torpemente la dejó relajarse.

—Condenación —dijo Adolin—. ¿El muchacho del puente es de verdad uno de ellos? ¿Un Caballero Radiante?

—Sí.

Extrañamente, Adolin sonrió, satisfecho.

—¡Ja! Sabía que había algo raro en él.

—Vamos —dijo Dalinar, instándolo a moverse—. Tenemos que conseguir que el ejército se traslade dos mesetas más allá, en esa dirección, donde espera Shallan. Ve allí y organiza lo que puedas. —Miró hacia el oeste mientras el viento arreciaba aún más, con ráfagas de lluvia—. Queda poco tiempo.

Adolin les gritó a los hombres del puente que se reunieran con él, cosa que hicieron, ayudando a sus heridos, aunque por desgracia se vieron obligados a dejar a sus muertos. Varios llevaban también la armadura esquirrada de Adolin, que al parecer estaba agotada.

Dalinar cojeó hacia el este de la meseta tanto como pudo en su estado, buscando...

Sí. El lugar donde había dejado a *Galante*. El caballo relinchó, sacudiendo su crin mojada.

—Bendito seas, viejo amigo —dijo Dalinar, alcanzando al ryshadio. A pesar de los truenos y el caos, el caballo no había huido.

Dalinar se movió mucho más fácilmente una vez montado, y

acabó por encontrar al ejército de Roion que se dirigía por el sur en filas organizadas hacia la meseta de Shallan. Se permitió un suspiro de alivio al ver su ordenada marcha; la mayor parte del ejército ya había cruzado la meseta sur, y solo les quedaba una para alcanzar la redonda de Shallan. Eso era maravilloso. No podía recordar dónde había sido enviado el capitán Khal, pero con Roion caído, Dalinar había pensado que su ejército estaría sumido en el caos.

—¡Dalinar! —llamó una voz.

Se volvió y se encontró con la visión absolutamente incongruente de Sebarial y su amante bajo un toldo, comiendo fruta escarchada de un plato que sostenía un soldado de aspecto cohibido.

Sebarial alzó una copa de vino hacia Dalinar.

—Espero que no te importe —dijo—. Liberamos tus reservas. Corrían como locos, encaminados a una perdición segura.

Dalinar se los quedó mirando. Palona incluso había sacado una novela y estaba leyendo.

—¿Esto es cosa tuya? —preguntó Dalinar, indicando con la cabeza el ejército de Roion.

—Estaban formando mucho jaleo —dijo Sebarial—. Deambulaban, se gritaban unos a otros, lloraban y gemían. Todo muy poético. Supuse que alguien tenía que hacer que reaccionaran. Mi ejército está ya en la otra meseta. Van a estar muy apretujados allí, te habrás dado cuenta.

Palona pasó una página de su novela, sin apenas prestar atención.

—¿Habéis visto a Aladar? —preguntó Dalinar.

Sebarial hizo un gesto con su copa.

—Habrà terminado de cruzar también. Lo encontrarás en esa dirección. A sotavento, esperemos.

—No te retrases —dijo Dalinar—. Si te quedas aquí, eres hombre muerto.

—¿Como Roion?

—Desgraciadamente.

—Entonces es cierto —dijo Sebarial, poniéndose en pie y sacudiéndose los pantalones, que de algún modo estaban todavía secos—. ¿De quién voy a burlarme ahora? —Moviò la cabeza en un ademán de tristeza.

Dalinar cabalgó en la dirección indicada. Advirtió que, increíblemente, un par de hombres del puente lo seguían todavía y acababan de llegar al lugar donde había encontrado a Sebarial. Lo saludaron cuando Dalinar reparó en ellos.

Les dijo adónde iba y espoleó al caballo. Tormentas. En cuestión de dolor, cabalgar con las costillas rotas no era mucho mejor que caminar. Era peor, de hecho.

Encontró a Aladar en la siguiente meseta, supervisando a su ejército, que cruzaba a la meseta perfectamente redonda que Shallan había indicado. Rust Elthal estaba allí también, ataviado con su armadura esquirlada (una de las que había ganado Adolin), y guiando uno de los grandes puentes metálicos de Dalinar. Lo colocaron junto a los otros dos que cruzaban el abismo en esta parte, en lugares donde los puentes más pequeños no habrían podido hacerlo.

La meseta donde todos se estaban congregando era relativamente pequeña para la escala de las Llanuras Quebradas, pero seguía teniendo varios cientos de metros de diámetro. Con suerte, alojaría a los ejércitos.

—¿Dalinar? —preguntó Aladar, acercándose al trote. Iluminado por un gran diamante (robado al parecer de una de las luces fabriles de Navani) que colgaba de su silla, Aladar llevaba el uniforme empapado y un vendaje en la frente, pero por lo demás parecía ileso—. ¿Qué está pasando aquí, por la lengua de Kelek? Nadie puede darme una respuesta.

—Roion ha muerto —dijo Dalinar cansinamente, refrenando a *Galante*—. Cayó con honor, atacando al asesino. Esperemos que este se mantenga un tiempo al margen.

—Hemos vencido —dijo Aladar—. Dispersé a esos parshendi. Más de la mitad murieron en la meseta, quizás incluso tres cuartas partes. Adolin lo hizo aún mejor en su meseta, y por los informes, los de la meseta de Roion han huido. ¡El Pacto de la Venganza se ha cumplido! ¡Gavilar queda vengado, y la guerra se ha terminado!

Tan orgulloso... Dalinar no fue capaz de encontrar palabras para desanimarlo, así que tan solo lo miró. Se sentía aturdido.

«No puedo permitírmelo —pensó, hundiéndose en su silla de montar—. Tengo que liderarlos».

—Importa, ¿verdad? —preguntó Aladar en voz más baja—.

¿Que hayamos vencido?

—Pues claro que importa.

—Pero... ¿no debería parecer distinto?

—Agotamiento, dolor, sufrimiento... —dijo Dalinar—. Así suele ser la victoria, Aladar. Hemos vencido, sí, pero ahora tenemos que sobrevivir con nuestra victoria. ¿Tus hombres casi han terminado de cruzar?

Aladar asintió.

—Que todos ocupen esa meseta —dijo Dalinar—. Apretújalos unos contra otros si es necesario. Tenemos que estar preparados para cruzar el portal lo más rápidamente posible, cuando se abra.

Si se abre.

Dalinar espoleó a *Galante* y cruzó uno de los puentes para dirigirse a las abarrotadas filas del otro lado. Desde allí, se abrió paso con dificultad hacia el centro, donde esperaba encontrar la salvación.

Kaladin se lanzó al aire tras el asesino.

Las Llanuras Quebradas quedaron atrás. Las gemas caídas tintineaban en la meseta, abandonadas donde las tiendas habían salido volando o donde habían caído los soldados. Iluminaban no solo la meseta central, sino también otras tres a su alrededor y una más alejada, que parecía extrañamente circular desde arriba.

Los ejércitos estaban congregados allí. Pequeños bultos salpicaban las otras mesetas como si fueran pecas. Cadáveres. Tantos.

Kaladin miró hacia el cielo. Era libre una vez más. Los vientos surcaban bajo él, parecían levantarlo, impulsarlo. Transportarlo. Su espada esquivada se disolvió en bruma y Syl revoloteó a su alrededor, convertida en un trazo de luz.

Syl vivía. ¡Syl vivía! Todavía se sentía eufórico por ello. ¿No debería estar muerta? Cuando le preguntó al partir, su respuesta fue sencilla.

«Solo estaba tan muerta como tus juramentos, Kaladin».

Siguió ascendiendo, apartándose del camino de las tormentas inminentes. Podía verlas con claridad desde este punto. Dos, una que llegaba por el oeste y restallaba con relámpagos rojos, la otra

que se acercaba con más rapidez desde el este con una muralla de tormenta gris oscura. Iban a colisionar.

—Una alta tormenta —dijo Kaladin, cruzando el cielo detrás de Szeth—. La tormenta roja es de los parshendi, pero ¿por qué viene una alta tormenta? No es el momento.

—Mi padre —dijo Syl, con voz solemne—. Trajo la tormenta, avivando su paso. Está... roto, Kaladin. Cree que nada de esto debería suceder. Quiere acabar con todo, barrerlos a todos, e intenta ocultarse del futuro.

Su padre... ¿significaba eso que el Padre Tormenta los quería muertos?

Magnífico.

El asesino desapareció más arriba, desvaneciéndose entre las oscuras nubes. Kaladin apretó los dientes, vinculándose de nuevo hacia lo alto para conseguir más aceleración. Salió disparado hacia las nubes, y todo a su alrededor se convirtió en un gris difuso.

Se mantuvo atento a los destellos de luz que anunciaran que el asesino venía a por él. Tal vez no tuviera mucha advertencia.

La zona a su alrededor se iluminó. ¿Era el asesino? Kaladin extendió una mano hacia un lado, y Syl se transformó en la espada inmediatamente.

—¿No hacen falta diez latidos? —preguntó.

«No cuando estoy aquí contigo, preparada. El retraso es principalmente algo de los muertos. Hay que revivirlos cada vez».

Kaladin salió de las nubes a la luz del sol.

Se quedó boquiabierto. Había olvidado que todavía era de día. Allí, muy por encima de la terrosa oscuridad de la guerra, la luz del sol rociaba la capa de nubes, haciéndolas brillar con pálida belleza. El fino aire estaba helado, pero la ardiente luz tormentosa en su interior le permitió ignorarlo.

El asesino flotaba cerca, con los pies apuntando hacia abajo, la cabeza gacha, la hoja esquivada de color de plata a un lado. Kaladin se lanzó hasta detenerse a la par que el asesino.

—Soy Szeth-hijo-hijo-Vallano —dijo el hombre—. Sin verdad... Sinverdad... —Alzó la cabeza, los ojos muy abiertos, los dientes apretados—. Has robado una hoja de Honor. Es la única explicación.

«Tormentas». Kaladin había imaginado siempre al Asesino de

Blanco como un homicida frío y calmado. Esto era algo diferente.

—No poseo esa arma —dijo Kaladin—. Y no comprendo por qué importaría si así fuera.

—Oigo tus mentiras. Las conozco.

Szeth se lanzó hacia delante, la espada extendida.

Kaladin se lanzó a un lado, apartándose. Blandió su espada, pero no llegó a hacer contacto.

—Tendría que haber practicado más —murmuró.

«Oh. Es verdad. Probablemente querrás mejor una lanza, ¿no?».

El arma se disolvió en bruma, luego se alargó y adquirió la forma de una lanza plateada, con brillantes glifos retorcidos a lo largo de los lados afilados de la punta.

Szeth se revolvió en el aire, lanzándose de nuevo hacia una posición flotante. Miró la lanza, luego pareció temblar.

—No. Sinverdad. Soy Sinverdad. Nada de preguntas.

La luz tormentosa brotaba por su boca. Szeth echó la cabeza atrás y gritó, un sonido fútil y humano que se disipó en la infinita expansión del cielo.

Bajo ellos, los truenos rugieron y las nubes se cargaron de color.

Shallan corría de una lámpara a otra en la cámara circular, infundiéndolas de luz tormentosa. Brillaba con fuerza, tras haber atraído la luz de las linternas de los fervorosos. No era momento de explicaciones.

Dejaría de mantener en secreto su naturaleza de absorbedora.

Esta sala era un fabrial gigantesco que extraía la energía de la luz tormentosa de esas lámparas. Tendría que haberse dado cuenta. Pasó ante Inadara, que se la quedó mirando.

—¿Cómo... cómo estás haciendo esto, brillante?

Varias eruditas se habían sentado en el suelo, donde esbozaban a toda prisa glifoguardas de oración en la tela, usando tiza a causa de la humedad. Shallan no sabía si esas plegarias eran una petición para estar a salvo de las tormentas o de ella misma. Oyó a una de las mujeres murmurar las palabras «Radiante perdida».

Dos linternas más. Infundió un rubí con luz tormentosa, dándole vida, pero entonces se quedó sin luz.

—¡Gemas! —dijo, girando sobre sus talones—. ¡Necesito más luz

tormentosa!

Todos se miraron unos a otros, menos Renarin, que continuaba arañando glifos idénticos en las paredes mientras lloraba. Padre Tormenta. Shallan lo había agotado todo. Una de las eruditas había sacado una lámpara de aceite de su mochila, y palidecía junto a las lámparas de las paredes.

Shallan salió por el agujero en la puerta y miró a la masa de soldados congregados ahí fuera. Miles y miles en la oscuridad. Afortunadamente, algunos portaban linternas.

—¡Necesito vuestra luz tormentosa! —dijo—. Es...

¿Aquel era Adolin? Shallan jadeó, y todos los demás pensamientos desaparecieron por un instante cuando lo vio delante de la multitud, apoyado en un hombre del puente. Adolin estaba hecho un desastre, el lado izquierdo de su cara era un entramado de sangre y magulladuras, llevaba el uniforme desgarrado y ensangrentado. Shallan corrió hacia él y lo abrazó.

—Yo también me alegro de verte —dijo él, enterrando la cara en su pelo—. Me han dicho que vas a sacarnos de este lío.

—¿Lío? —preguntó ella.

Los truenos restallaban y retumbaban sin pausa mientras los relámpagos rojos caían no uno a uno, sino en oleada. ¡Tormentas! ¡No se había dado cuenta de que estaban tan cerca!

—Mmm... —dijo Patrón. Shallan miró hacia la izquierda. Una muralla de tormenta se aproximaba. Las tormentas eran como dos manos que se acercaban para aplastar a los ejércitos que había entre ellas.

Shallan inhaló profundamente, y la luz tormentosa entró en ella, devolviéndola a la vida. Al parecer, Adolin llevaba una o dos gemas encima. Él dio un paso atrás y la miró de arriba abajo.

—¿Tú también?

—Hum... —Ella se mordió el labio—. Sí. Lo siento.

—¿Lo sientes? ¡Tormentas, mujer! ¿Puedes volar como hace él?

—¿Volar?

Sonó un trueno. Condenación inminente. Bien.

—¡Asegúrate de que todo el mundo esté preparado para ponerse en marcha! —dijo Shallan, corriendo de vuelta a la cámara.

Las tormentas entrechocaron por debajo de Kaladin. Las nubes se separaron, negras, rojas y grises, mezclándose en enormes remolinos, los relámpagos corriendo entre ellas. Parecía Aharietiam de nuevo, el final de todas las cosas.

Por encima de todo, en la cumbre del mundo, Kaladin luchaba por su vida.

Szeth pasó volando con un destello de metal plateado. Kaladin desvió el golpe, la lanza en su mano vibrando con un tintineo resonante. Szeth pasó de largo y Kaladin se lanzó en esa dirección.

Cayeron hacia el oeste, rozando las cimas de las nubes, aunque para Kaladin esa dirección era abajo. Cayó con la lanza apuntando al asesino shin.

Szeth viró a la izquierda, y Kaladin lo siguió, lanzándose rápidamente hacia ese lado. Nubes agitadas, violentas y furiosas se mezclaban bajo él. Las dos tormentas parecían estar luchando: los relámpagos que las iluminaban eran como puñetazos descargados. Se oía un estrépito que no era solo el sonido de los truenos. Cerca de Kaladin una gran roca atravesó las nubes, desprendiendo vapor por toda su longitud. Cruzó la noche como un leviatán, y luego volvió a hundirse entre las nubes.

«Padre Tormenta...». Estaba a decenas, quizás a centenares de metros de altura. ¿Qué clase de violencia tenía lugar allí abajo si arrojaban peñascos hasta tan alto?

Kaladin se lanzó hacia Szeth, ganando velocidad, moviéndose sobre la superficie de las tormentas. Se acercó, luego se contuvo, dejando que su aceleración se igualara con la de Szeth para volar el uno al lado del otro.

Kaladin intentó alcanzar al asesino con su lanza. Szeth detuvo el golpe con destreza, sujetando la espada con ambas manos y enviando a un lado la lanza de Kaladin.

—Los Caballeros Radiantes no pueden haber regresado —gritó Szeth.

—Lo han hecho —dijo Kaladin, retirando la lanza—. Y van a matarte. —Se lanzó ligeramente hacia un lado mientras golpeaba, retorciéndose en el aire.

Sin embargo, Szeth se lanzó hacia arriba, esquivando la lanza. Mientras seguían cayendo en el aire, las nubes a su lado, Szeth se lanzó hacia dentro y atacó. Kaladin maldijo y apenas pudo

apartarse a tiempo.

Szeth pasó de largo, desapareciendo en las nubes de abajo, convertido en solo una sombra. Kaladin intentó seguir aquella sombra, pero fracasó.

Szeth apareció a su lado un segundo más tarde, lanzando tres rápidos golpes. Uno alcanzó en el brazo a Kaladin, que soltó a Syl.

«Condenación». Se lanzó hacia atrás para alejarse de Szeth, luego desvió la luz tormentosa hacia su mano gris y sin vida. Con esfuerzo, hizo que el color regresara, pero Szeth estaba de nuevo encima de él tras dar una voltereta en el aire.

La bruma se formó en la mano izquierda de Kaladin cuando la alzó para protegerse, y un escudo plateado apareció, brillando con una luz suave. La espada de Szeth salió desviada, haciendo que el hombre gruñera sorprendido.

La fuerza regresó a la mano derecha de Kaladin, curado el corte, pero invertir tanta luz tormentosa en la curación lo hizo sentirse agotado. Se alejó de Szeth, tratando de mantener la distancia, pero el asesino lo siguió, virando en cada una de las direcciones que Kaladin intentaba para escapar.

—Eres nuevo en esto —dijo Szeth—. No puedes luchar contra mí. Venceré.

Szeth se adelantó, y Syl tomó forma de lanza en las manos de Kaladin de nuevo. Parecía poder prever el arma que él necesitaba. Szeth descargó su espada contra Syl. Quedaron cara a cara y giraron, mirándose a los ojos, sus lanzamientos los hacían atravesar las nubes.

—Yo venzo siempre —dijo Szeth. Lo dijo de un modo extraño, como furioso.

—Te equivocas —respondió Kaladin—. No soy nuevo en esto.

—Acabas de adquirir tus habilidades.

—No. El viento es mío. El cielo es mío. Son míos desde la infancia. Tú eres el intruso aquí. No yo.

Se separaron. Kaladin lanzó al asesino hacia atrás. Dejó de pensar tanto en sus lanzamientos, en lo que debería hacer.

En cambio, se dejó a sí mismo ser.

Se abalanzó hacia Szeth, la casaca ondeando, la lanza apuntando al corazón del hombre. Szeth se apartó, pero Kaladin soltó la lanza y trazó un gran arco con el brazo. Syl formó una albarda. La hoja

quedó a pocos centímetros de la cara de Szeth.

El asesino maldijo, pero respondió con su espada. Un escudo apareció en la mano de Kaladin un segundo después, y repelió el ataque. Syl se disolvió mientras lo hacía, volviendo a convertirse en espada cuando Kaladin lanzó una estocada con las manos vacías. La espada apareció y mordió profundamente el hombro de Szeth.

Los ojos del asesino se abrieron de par en par. Kaladin retorció la espada, arrancándola de la carne del shin, luego intentó un revés para acabar con el hombre de una vez por todas. Szeth fue demasiado rápido. Se lanzó hacia atrás, obligando a Kaladin a seguirlo, acumulando un lanzamiento tras otro.

La mano de Szeth todavía funcionaba. Condenación. La estocada al hombro no había cortado del todo el alma que llegaba al brazo. Y la luz tormentosa de Kaladin se agotaba.

Afortunadamente, Szeth parecía tener aún menos. El asesino la consumía a un ritmo mucho más rápido que Kaladin, a juzgar por el brillo disminuido a su alrededor. De hecho, no intentó curar su hombro, pues habría requerido un montón de luz, sino que continuó huyendo, sacudiéndose de un lado a otro, tratando de dejar atrás a Kaladin.

La batalla en sombras continuaba abajo, una maraña de relámpagos, vientos y nubes convulsas. Mientras Kaladin perseguía al Asesino de Blanco, algo gigantesco se movió bajo las nubes, una sombra del tamaño de una ciudad. Un segundo más tarde, la parte superior de una meseta entera atravesó las oscuras nubes, retorciéndose lentamente, como si la hubieran arrojado desde abajo.

Szeth casi chocó contra ella. En cambio, se lanzó hacia arriba para remontarla, y luego aterrizó en su superficie. Corrió por ella mientras giraba lentamente en el aire, agotado su impulso.

Kaladin aterrizó tras él, aunque conservó la mayor parte de un lanzamiento hacia arriba, manteniéndose liviano. Corrió por el lado de la meseta, ascendiendo casi directamente hacia el cielo, esquivando a un lado cuando Szeth de pronto se volvió y cortó de un tajo una formación rocosa, enviando peñascos hacia abajo.

Las rocas corrieron por la superficie de la meseta, que empezó a girar de vuelta al suelo. Szeth llegó al pico y se lanzó al aire, y Kaladin lo siguió poco después, arrojándose desde la superficie de piedra, que se hundía como un barco moribundo en las nubes

revueltas.

Continuaron la persecución, pero Szeth lo hizo cayendo hacia atrás a lo largo de lo alto de la tormenta, los ojos fijos en Kaladin. Ojos salvajes.

—¡Estás intentando convencerme! —gritó—. ¡No puedes ser uno de ellos!

—Has visto lo que soy —replicó Kaladin.

—¡Los Portadores del Vacío!

—Han vuelto —gritó Kaladin.

—NO PUEDE SER. ¡SOY SINVERDAD! —El asesino jadeó—. No he de luchar contigo. No eres mi objetivo. Tengo... tengo trabajo que hacer. ¡Obedezco!

Se volvió y se lanzó hacia abajo.

Entre las nubes, hacia la meseta a la que había ido Dalinar.

Shallan irrumpió en la sala mientras las tormentas entrechocaban en el exterior.

¿Qué estaba haciendo? No había tiempo. Aunque pudiera abrir un portal, esas tormentas estaban ya allí. No tendría tiempo para hacer pasar a la gente.

Estaban muertos. Todos ellos. La muralla de la tormenta probablemente ya había matado a miles.

Corrió hacia la última lámpara de todas formas, infundiendo sus esferas.

El suelo empezó a brillar.

Los fervorosos se pusieron en pie, sorprendidos, e Inadara soltó un grito. Adolin entró tambaleándose por la puerta, seguido por el viento y una vaharada de furiosa lluvia.

Bajo ellos, el intrincado diseño empezó a brillar desde dentro. Casi parecía una vidriera. Gesticulando frenéticamente a Adolin para que se reuniera con ella, Shallan corrió hacia la cerradura de la pared.

—La espada —le gritó a Adolin por encima de los sonidos de la tormenta exterior—. ¡Ahí dentro! —Renarin hacía un rato que había descartado la suya.

Adolin obedeció, avanzó e invocó su hoja esquirlada. La clavó en la ranura, que de nuevo fluyó para encajar con el arma.

No sucedió nada.

—No funciona —gritó Adolin.

«Solo una respuesta».

Shallan agarró el mango de la espada y la sacudió, ignorando el grito que provocó en su mente tocarla, y luego la arrojó a un lado. La espada de Adolin se disolvió en bruma.

«Una profunda verdad».

—Hay algo que no va bien con tu espada, y con todas las espadas. —Vaciló un segundo—. Todas menos la mía. ¡Patrón!

Él se formó en sus manos, la hoja que ella había empleado para matar. El alma oculta. Shallan la clavó en la ranura, y el arma vibró en sus manos y brilló. Algo en las profundidades de la meseta se abrió.

En el exterior, los relámpagos caían y los hombres gritaban.

El mecanismo de funcionamiento le quedó claro. Shallan apoyó su peso contra la espada, empujándola como si fuera la rueda de un molino. La pared interior del edificio era como un anillo dentro de un tubo: podía rotar, mientras que la pared externa permanecía en su sitio. La espada movió la pared interior cuando la empujó, aunque se atascó al principio, pues los bloques caídos del corte en la puerta se interponían. Adolin descargó su peso contra la espada también, y juntos rodearon el círculo hasta que estuvieron sobre la imagen de Urithiru, a media circunferencia de Natanan, donde habían empezado. Shallan retiró la espada.

Las diez lámparas se desvanecieron como ojos que se cerraran.

Kaladin siguió a Szeth hacia la tormenta, zambulléndose en la negra oscuridad, cayendo entre los vientos revueltos y los relámpagos demoledores. El viento lo atacó, zarandeándolo, sin que ningún lanzamiento pudiera evitarlo. Podía ser amo de los vientos, pero las tormentas eran otra cosa.

«Ten cuidado —le envió Syl—. Mi padre te odia. Este es su dominio. Y está mezclado con algo aún más terrible, otra tormenta. Su tormenta».

Sin embargo, las altas tormentas eran la fuente de la luz tormentosa, y estar allí dentro llenaba a Kaladin de energía. Sus reservas de luz se avivaron, como hicieron obviamente con Szeth. El

asesino apareció de repente como una explosión blanca que atravesó la vorágine hacia las mesetas.

Kaladin rugió, lanzándose detrás de Szeth. Relámpagos de una docena de colores destellaron a su alrededor, rojos, violetas, blancos, amarillos. La lluvia lo empapó. Las rocas pasaban por su lado, algunas chocando contra él, pero la luz tormentosa lo sanaba con la misma rapidez que las rocas lo herían.

Szeth se movió entre las mesetas, volando sobre ellas, y Kaladin lo siguió con dificultad. Era difícil navegar en este viento convulso, y la oscuridad era casi absoluta. Los rayos iluminaban las llanuras con estallidos irregulares. Por fortuna, el brillo de Szeth no podía ocultarse, y Kaladin mantuvo su atención fija en aquella ardiente bengala.

Más rápido.

Tal como le había enseñado Zahel hacía semanas, Szeth no necesitaba derrotar a Kaladin para ganar. Solo tenía que llegar a aquellos a quienes Kaladin protegía.

«Más rápido».

Una explosión de luz iluminó las mesetas de la batalla. Y tras ellas Kaladin pudo atisbar el ejército. Miles de hombres apretujados en la gran meseta circular. Muchos agachados. Otros dominados por el pánico.

El relámpago desapareció en un momento, y la tierra volvió a quedar a oscuras, aunque Kaladin había visto lo suficiente para saber que era un desastre. Un cataclismo. Los hombres cayeron por el borde del abismo, otros fueron aplastados por las rocas. En cuestión de minutos, el ejército desaparecería. Tormentas, Kaladin ni siquiera estaba seguro de poder sobrevivir a este nexo de destrucción.

Szeth cayó entre ellos, una luz brillante entre la negrura. Mientras Kaladin se lanzaba en esa dirección, un relámpago volvió a golpear.

Su luz reveló a Szeth de pie en la meseta vacía, aturdido. El ejército había desaparecido.

Los sonidos de la enfurecida tormenta en el exterior se desvanecieron. Shallan tembló, mojada y helada.

—Todopoderoso en las alturas... —jadeó Adolin—. Casi me da miedo lo que vayamos a encontrar.

Hacer girar la pared interior del edificio había movido su puerta contra el crem endurecido. Tal vez allí hubo una puerta natural antes: Adolin invocó su espada para abrir un agujero.

Patrón... la hoja esquilada de Shallan... se desvaneció en la bruma, y el mecanismo de la sala se detuvo. Ella no oyó nada fuera, ni el entrechocar de los vientos, ni los truenos.

Las emociones combatían en su interior. Parecía que se había salvado a sí misma y a Adolin. Pero el resto del ejército... Adolin abrió una puerta: la luz del sol entró a través del agujero. Shallan se acercó a la abertura, nerviosa, dejando atrás a Inadara, que estaba sentada en un rincón, con aspecto anonadado.

En la puerta, Shallan contempló la misma meseta que antes, solo que en ese momento estaba iluminada por el sol y tranquila. Cuatro ejércitos compuestos por hombres y mujeres estaban allí acurrucados, empapados y maltrechos, muchos de ellos con las manos en la cabeza y protegiéndose de un viento que ya no existía. Cerca había dos figuras de pie junto a un enorme caballo ryshadio. Dalinar y Navani, que al parecer iban camino del edificio central.

Tras ellos se extendían las cimas de una cordillera desconocida. Era la misma meseta, y allí formaba un anillo con otras nueve. A la izquierda de Shallan, una enorme torre acanalada —en forma de tazas cada vez más pequeñas apiladas unas encima de otras—, rompía los picos. Urithiru.

La meseta no contenía el portal.

Era el portal.

Szeth le gritó a Kaladin, pero sus palabras se perdieron en la tempestad. Las rocas caían a su alrededor, arrancadas de algún lugar lejano. Kaladin estaba seguro de que oía gritos terribles por encima de los vientos, mientras spren rojos que nunca había visto antes, como pequeños meteoritos que dejaban luz tras ellos, volaban a su alrededor.

Szeth volvió a gritar. Kaladin entendió la palabra esta vez.

—¡Cómo!

La respuesta de Kaladin fue golpear con su espada. Szeth la

detuvo violentamente, y se enzarzaron en la lucha, dos figuras brillantes en la oscuridad.

—¡Conozco esta columna! —gritó Szeth—. ¡La he visto antes! Han ido a la ciudad, ¿no es cierto?

El asesino se lanzó al aire. Kaladin lo siguió rápidamente. Quería alejarse de esta tempestad.

Szeth se alejó, dirigiéndose hacia el oeste, lejos de la tormenta de los relámpagos rojos, siguiendo el camino de la alta tormenta corriente. Eso era ya de por sí bastante peligroso.

Kaladin lo persiguió, pero le resultó difícil con el zarandeo de los vientos. No es que estos le fueran más propicios a Szeth que a él: la tempestad era, simplemente, impredecible. Lo empujaban a un lado y a Szeth a otro.

¿Qué sucedería si el Asesino de Blanco lo dejaba atrás?

«Sabe adónde ha ido Dalinar —pensó Kaladin, apretando los dientes mientras un destello de súbita blancura lo cegaba—. Yo no».

No podría proteger a Dalinar si no podía encontrarlo. Por desgracia, una persecución en esta oscuridad favorecería a la persona que intentaba escapar. Lentamente, Szeth le sacó ventaja.

Kaladin trató de seguirlo, pero una ráfaga de viento lo impulsó en la dirección equivocada. Los lanzamientos en realidad no le permitían volar. No podía resistir esos vientos impredecibles: lo controlaban.

¡No! La brillante forma de Szeth desapareció. Kaladin gritó en la oscuridad, parpadeando contra la lluvia. Casi había dejado de ver...

Syl giró en el aire delante de él. Pero todavía empuñaba la lanza. ¿Qué?

Otro, luego otro. Lazos de luz que ocasionalmente tomaban forma de mujeres u hombres jóvenes, riendo. Vidaspren. Una docena o más giraban a su alrededor, dejando rastros de luz, su risa de algún modo sonaba con fuerza por encima de los sonidos de la tormenta.

«¡Allí!», pensó Kaladin.

Szeth estaba ahí delante. Kaladin se lanzó a través de la tempestad contra él, dirigiéndose hacia un lado, luego a otro. Esquivando el bombardeo de los relámpagos, agachándose bajo los peñascos lanzados, parpadeando para librarse del empuje de la lluvia.

Un remolino de caos. Y por delante... ¿luz?

La muralla de tormenta.

Szeth se libró del mismo frente de la tormenta. A través del caos de agua y escombros, Kaladin apenas pudo ver cómo el asesino se volvía para mirar atrás; su postura era confiada.

«Cree que me ha despistado».

Kaladin atravesó la muralla de tormenta, rodeado de vientospren que trazaban espirales de luz. Gritó, atacando con su lanza a Szeth, que la esquivó apresuradamente, los ojos muy abiertos.

—¡Imposible!

Kaladin se dio media vuelta y descargó la lanza (que se convirtió en una espada) a través del pie de Szeth.

El asesino se lanzó a lo largo de la muralla de tormenta. Tanto él como Kaladin continuaron cayendo hacia el oeste, justo delante del muro de agua y restos.

Bajo ellos, la tierra pasaba convertida en un borrrón. Las dos tormentas se habían separado por fin, y la alta tormenta seguía su rumbo normal, de este a oeste. Las Llanuras Quebradas pronto quedaron atrás, dando paso a las colinas.

Mientras Kaladin lo perseguía, Szeth se volvió y cayó hacia atrás, atacando, aunque Syl se convirtió en un escudo para bloquearlo. Kaladin golpeó y un martillo apareció en su mano, alcanzando a Szeth en el hombro y rompiendo huesos. Mientras la luz tormentosa intentaba sanar al asesino, Kaladin se acercó más y lo golpeó en el estómago con la mano, donde apareció un cuchillo que se clavó profundamente en el pie. Buscaba la columna vertebral.

Szeth gimió y frenéticamente se lanzó más atrás, alejándose de la presa de Kaladin.

Kaladin lo siguió. Los peñascos chocaban contra la muralla de tormenta, que era el suelo desde la perspectiva de Kaladin. Tenía que reajustar continuamente sus lanzamientos para permanecer en el lugar adecuado, por delante de la tormenta.

Kaladin saltaba sobre los peñascos a medida que aparecían, persiguiendo a Szeth, que caía salvajemente, con las ropas aleteando. Los vientospren formaban un halo alrededor de Kaladin, apareciendo y desapareciendo, trazando espirales, girando

alrededor de sus brazos y piernas. La proximidad de la tormenta mantenía viva su luz tormentosa, impidiendo que se consumiera.

Szeth deceleró, curando sus heridas. Flotó delante de la muralla de tormenta, empuñando la espada. Tomó aire y miró a Kaladin a los ojos.

El final, entonces.

Kaladin se lanzó hacia delante, con Syl formando una lanza en sus dedos, el arma más familiar.

Szeth atacó en secuencia, un implacable borrón de golpes.

Kaladin los bloqueó todos. Acabó con su lanza contra la empuñadura de la espada de Szeth, ambos presionando, a menos pulgadas del rostro del asesino.

—Entonces es verdad —susurró Szeth.

—Sí.

Szeth asintió, y la tensión pareció desaparecer en él, sustituida por un vacío en la mirada.

—Entonces siempre tuve razón. Nunca fui Sinverdad. Podría haber detenido los asesinatos en cualquier momento.

—No sé lo que significa eso —dijo Kaladin—. Pero nunca tuviste por qué matar.

—Mis órdenes...

—¡Excusas! Si asesinabas por eso, entonces no eres el hombre malvado que yo creía. Solo un cobarde.

Szeth lo miró a los ojos antes de asentir. Empujó a Kaladin hacia atrás y se dispuso a golpear.

Kaladin extendió las manos, convirtiendo a Syl en una espada. Esperó que el asesino detuviera el golpe. El movimiento pretendía interrumpir el patrón de ataques de Szeth.

Pero Szeth no detuvo la espada: se limitó a cerrar los ojos.

En ese instante, por razones que ni siquiera él mismo alcanzaba a explicarse (¿tal vez por piedad?), Kaladin desvió su propio ataque y dirigió el golpe hacia la muñeca de su contrincante. La piel se volvió gris. Con un destello, reflejo de un relámpago, la espada cayó de la mano del asesino y se fue apagando.

El brillo huyó de la forma del asesino. Toda la luz tormentosa se desvaneció de repente, todas las esquirlas desaparecieron.

Szeth empezó a caer.

«¡Cógela! —le envió Syl en un grito mental—. Cógela, Kaladin.

¡No la pierdas!».

—¡El asesino!

«Ya no tiene el vínculo. Sin la espada, no es nada. ¡No la pierdas!».

Kaladin se lanzó a por la esquirrada empujando a Szeth, que se sacudió como un pelele a merced de los vientos de una tormenta.

Kaladin se abalanzó, agarrando la esquirrada justo antes de que la tormenta la consumiera.

A su lado, el asesino fue arrastrado, dejando a Kaladin con la imagen de la clara silueta de Szeth dirigiéndose a la meseta de abajo con toda la fuerza de la tempestad.

Enarbolando la espada del asesino, Kaladin se lanzó hacia arriba, pasando a lo largo de la muralla de tormenta. Los vientospren que había atraído giraban a su alrededor, riendo de pura alegría, y cuando rebasó la cima de la tempestad, estallaron a su alrededor y se dispersaron, marchándose para bailar delante de la tormenta que todavía avanzaba.

Se quedó solo con uno. Syl, con la forma de una joven de vestido vaporoso, de tamaño natural esta vez, flotaba ante él. Sonrió mientras la tormenta pasaba bajo ellos.

—Muy bien hecho —dijo—. Tal vez te conserve esta vez.

—Gracias.

—Estuviste a punto de matarme, lo sabes.

—Lo sé. Creí que lo había hecho.

—¿Y...?

—Y... hum... ¿eres inteligente y elocuente?

—Te olvidaste el cumplido.

—Pero acabo de decir...

—Esos eran simplemente hechos probados.

—Eres maravillosa —dijo él—. De verdad, Syl. Lo eres.

—También es un hecho —dijo ella, sonriendo—. Pero lo dejaré pasar siempre que estés dispuesto a ofrecerme una sonrisa lo bastante sincera.

Él así lo hizo.

Y se sintió bien, muy bien.

LOS COLETAZOS



El caos en Alezkar es, naturalmente, inevitable. Ten cuidado, y no dejes que el poder en el reino se solidifique. El Espina Negra podría convertirse en un aliado o en nuestro peor enemigo, dependiendo de que siga el camino del caudillo o no. Si parece dispuesto a buscar la paz, asesínalo sin contemplaciones. El riesgo de competencia es demasiado grande.

Del Diagrama, Escritos sobre la lámpara de la mesilla de noche, párrafo 4 (Tercera traducción hecha por Adrotagia de los manuscritos originales).

Las Llanuras Quebradas habían vuelto a quebrarse.

Kaladin las cruzó con la hoja esquilada de Szeth al hombro. Pasó ante montículos de roca y grietas nuevas en el cielo. Enormes charcos como pequeños lagos titilaban entre grandes pedazos de piedra rota. Justo a su izquierda, una meseta entera se había desplomado en los abismos que la rodeaban. La base desgarrada e irregular de la meseta tenía un aspecto negro y calcinado.

No halló el menor rastro del cadáver de Szeth. Eso podía significar que de alguna manera el hombre había sobrevivido. También podía deberse a que tras la tormenta el cuerpo había quedado enterrado bajo escombros, o que había sido arrastrado a

algún abismo ignoto, donde se pudriría hasta que sus huesos fueran descubiertos por alguna desdichada banda de salvajes.

En ese momento, lo único que contaba era que Szeth no había invocado a su espada, ya fuera porque había muerto o —tal como sostenía Syl— porque la extraña arma ya no estaba vinculada a él. Kaladin no lo sabía. Esa espada esquivada no tenía ninguna gema en el pomo que lo indicara.

Kaladin se detuvo en el punto más alto de la meseta y examinó el destrozo. Luego miró a Syl, que estaba sentada en su hombro.

—¿Esto volverá a suceder? —dijo Kaladin—. ¿Esa otra tormenta sigue allí?

—Sí —respondió Syl—. Una nueva tormenta. No es nuestra, sino de él.

—¿Y será así siempre que pase? —De las mesetas que alcanzaba a ver, solo una había sido destruida por completo. Pero si la tormenta podía hacerle eso a la roca pura, ¿qué le haría a una ciudad? Sobre todo si soplaba en dirección contraria.

Padre Tormenta... Los laits ya no serían laits. Los edificios que habían sido contruidos para estar al socaire de las tormentas quedarían de pronto expuestos a ellas.

—No lo sé —dijo Syl en voz baja—. Esto es nuevo, Kaladin. No como antes. No sé cómo ha sucedido ni lo que significa. Con suerte, no será tan malo excepto cuando una alta tormenta y una tormenta eterna choquen.

Kaladin gruñó, caminando con cuidado por el borde de esta meseta. Inspiró un poco de luz tormentosa, luego se lanzó hacia arriba para contrarrestar el tirón natural del suelo. Se volvió ingrátido. Se impulsó suavemente con el pie y vagó por encima del abismo hasta la siguiente meseta.

—¿Cómo desapareció el ejército? —preguntó, retirando el lanzamiento y sentándose en la roca.

—Uh... ¿cómo quieres que lo sepa? Estaba un poco distraída.

Él gruñó. Bueno, esta era la meseta donde estaban todos. Perfectamente redonda. Era extraño, eso. En una meseta cercana, lo que una vez fue una gran colina se había resquebrajado entera, revelando los restos de un edificio dentro. Esta, perfectamente circular, era más llana, aunque parecía que había una colina o algo en el centro. Se encaminó hacia allí.

—Así que todas son spren —dijo él—. Las hojas esquirradas.

Syl guardó silencio, solemne.

—Spren muertos —añadió Kaladin.

—Muertos —reconoció Syl—. Luego viven de nuevo un poco cuando alguien los invoca, sincronizando un latido a su esencia.

—¿Cómo puede algo vivir «un poco»?

—Somos spren —dijo Syl—. Somos fuerzas. No podéis matarnos por completo. Solo... en cierto modo.

—Eso está clarísimo.

—Está clarísimo para nosotros. Los extraños sois vosotros. Rompe una roca, y sigue estando allí. Rompe un spren, y sigue allí. En cierto modo. Rompe a una persona, y algo se pierde. Algo cambia. Lo que queda es solo carne. Sois raros.

—Me alegra que hayamos establecido eso —dijo él, deteniéndose. No podía ver ningún indicio de los alezi. ¿Habían escapado de verdad? ¿O un súbito arrebato de la tormenta los había enviado a todos a los abismos? Parecía improbable que un desastre semejante no hubiera dejado nada detrás.

«Por favor, que no sea así». Se quitó del hombro la espada de Szeth y la clavó en el suelo ante él. Se hundió unas pocas pulgadas en la roca.

—¿Y esto? —preguntó, examinando la fina hoja plateada. Una espada sin adornos. Se suponía que eso era raro—. No grita cuando la empuño.

—Porque no es un spren —dijo Syl en voz baja.

—¿Qué es, entonces?

—Peligrosa.

Se puso en pie en su hombro y echó a andar hacia la espada como si bajara unas escaleras. Rara vez volaba cuando tenía forma humana. Volaba como lazo de luz, o como grupo de hojas, o como nubecilla. Él nunca había advertido antes lo extraño, aunque normal, que era que Syl se ciñera a la forma de la naturaleza que usaba.

Se detuvo ante la espada.

—Creo que es una de las hojas de Honor, las espadas de los Heraldos.

Kaladin gruñó. Había oído hablar de ellas.

—Todo hombre que empuñe esta arma se convertirá en un

Corredor del Viento —explicó Syl, mirando a Kaladin—. Las hojas de Honor son en lo que nos basamos. Honor las entregó a los hombres, y esos hombres consiguieron poderes de ellas. Los spren descubrimos lo que Él había hecho, y lo imitamos. Somos, después de todo, fragmentos de su poder, como esta espada. Ten cuidado con ella. Es un tesoro.

—Así que el asesino no era un Radiante.

—No. Pero tienes que comprender, Kaladin. Con esta espada, alguien puede hacer lo que tú puedes, pero sin los... comprobantes que requiere un spren.

Tocó la espada y se estremeció visiblemente, su forma se nubló durante un segundo.

—Esta espada le daba al asesino poder para usar lanzamientos, pero también se alimentaba de su luz tormentosa. La persona que la utilice necesitará mucha más luz que tú. Niveles peligrosos de luz.

Kaladin extendió la mano y cogió la espada por la empuñadura. Syl echó a volar, convirtiéndose en un lazo de luz. Él sopesó el arma y volvió a echársela al hombro antes de continuar su camino. Sí, había una colina ahí delante, probablemente un edificio cubierto de crem. Mientras se acercaba, afortunadamente, vio movimiento alrededor.

—¿Hola? —llamó.

Las figuras se detuvieron y se dieron media vuelta.

—¿Kaladin? —exclamó una voz familiar—. Tormentas, ¿eres tú?

Él sonrió al ver que las figuras se convertían en hombres con uniforme azul. Teft cruzó las rocas como loco para recibirlo. Otros lo siguieron, gritando y riendo. Drehy, Peet, Bisig y Sigzil, con Roca destacando por encima de todos ellos.

—¿Otra? —preguntó Roca, mirando la hoja esquilada de Kaladin—. ¿O es tuya?

—No —respondió Kaladin—. Se la cogí al asesino.

—¿Está muerto? —preguntó Teft.

—Casi.

—Has vencido al Asesino de Blanco —jadeó Bisig—. Entonces, se ha acabado.

—Sospecho que solo está empezando —dijo Kaladin, señalando el edificio con la cabeza—. ¿Qué es este sitio?

—¡Oh! —respondió Bisig—. ¡Ven! Tenemos que enseñarte la

torre... esa muchacha Radiante nos enseñó a invocar de vuelta la meseta, para que te encontráramos.

—¿Muchacha Radiante? —preguntó Kaladin—. ¿Shallan?

—No pareces sorprendido —dijo Teft con un gruñido.

—Tiene una hoja esquilada —dijo Kaladin. Una espada que no gritaba en su mente. O bien era una Radiante o tenía otra de esas hojas de Honor. Mientras se dirigía al edificio, advirtió el puente en sombras allí cerca.

—No es nuestro —dijo.

—No —contestó Leyten—. Pertenece al Puente Diecisiete. Tuvimos que dejar al nuestro en medio de la tormenta.

Roca asintió.

—Estábamos demasiado ocupados impidiendo que las cabezas de los ojos claros se volvieran demasiado amigas de las espadas de los enemigos. ¡Ja! Pero necesitábamos un puente aquí. Como funciona la plataforma, tuvimos que traerlo aquí para que Shallan Davar se transporte de vuelta.

Kaladin asomó la cabeza en la cámara dentro de la colina, y se sorprendió ante la belleza de lo que encontró dentro. Otros miembros del Puente Cuatro esperaban allí, incluyendo a un hombre alto a quien no reconoció de inmediato. ¿Era uno de los primos de Lopen? El hombre se dio media vuelta, y Kaladin advirtió que lo que había confundido con un casco era una placa craneana rojiza.

Parshendi. Kaladin se tensó cuando el hombre lo saludó. Llevaba un uniforme del Puente Cuatro.

Y tenía el tatuaje.

—¿Rlain?

—Señor —dijo Rlain. Sus rasgos ya no eran redondeados y gordezuelos, sino afilados, musculosos, con un cuello grueso y una mandíbula más fuerte, adornada por una barba negra y roja.

—Parece que eres más de lo que parecías —dijo Kaladin.

—Perdona, señor. Pero yo diría que eso se aplica a ambos —respondió el parshendi. Cuando habló, su voz tuvo cierta musicalidad: un extraño ritmo en las palabras.

—El brillante señor Dalinar ha perdonado a Rlain —explicó Sigzil, rodeando a Kaladin y entrando en la cámara.

—¿Por ser parshendi? —preguntó Kaladin.

—Por ser espía —dijo Rlain—. Un espía de un pueblo que, según parece, ya no existe.

Lo dijo con un ritmo diferente, y a Kaladin le pareció que podía sentir dolor en aquella voz. Roca se acercó y le puso una mano en el hombro.

—Podemos contarte la historia cuando regresemos a la ciudad —dijo Teft.

—Pensamos que regresarías —añadió Sigzil—. A esta meseta, y por eso necesitábamos estar aquí para recibirte, pese a las protestas de la brillante Davar. De todas formas, hay mucho que contar: están pasando muchas cosas. Creo que tú estás más o menos en el centro de ellas.

Kaladin inspiró profundamente, pero asintió. ¿Qué otra cosa podía esperar? Se acabó estar oculto. Había tomado su decisión.

«¿Qué les digo de Moash?», se preguntó mientras los miembros del Puente Cuatro entraban en la sala, comentando cómo tenía que infundir las esferas de las linternas. Un par de hombres mostraban heridas de la batalla, incluyendo a Bisig, que mantenía la mano derecha dentro del bolsillo de la guerrera. La piel verde asomaba en la manga. Había perdido la mano luchando contra el Asesino de Blanco.

Kaladin llevó aparte a Teft.

—¿Perdimos a alguno más? —preguntó—. Vi a Mart y Pedin.

—Rod —respondió Teft con un gruñido—. Cayó ante los parshendi.

Kaladin cerró los ojos, dejando escapar un siseo. Rod era uno de los primos de Lopen, un herdaziano jovial que casi no hablaba alezi. Kaladin apenas lo conocía, pero el hombre seguía siendo del Puente Cuatro. Su responsabilidad.

—No puedes protegernos a todos, hijo —dijo Teft—. No puedes impedir que la gente sienta dolor, no puedes impedir que los hombres mueran.

Kaladin abrió los ojos, pero no se enfrentó a aquella declaración. No verbalmente, al menos.

—Kal —dijo Teft, hablando en voz más baja—. Al final, justo antes de que llegaras... Tormentas, hijo, juro que vi a un par de muchachos brillando. Levemente, con luz tormentosa.

—¿Qué?

—He estado escuchando lecturas de esas visiones del brillante señor Dalinar —continuó Teft—. Creo que tú deberías hacer lo mismo. Por lo que puedo deducir, parece que las órdenes de los Caballeros Radiantes estaban compuestas por algo más que los caballeros en sí.

Kaladin miró a los hombres del Puente Cuatro, sonrió. Olvidó el dolor por sus muertes, al menos por el momento.

—Me pregunto —murmuró— qué pasará con la estructura social alezi cuando un grupo entero de antiguos esclavos empiece a ir por ahí con la piel brillando.

—Por no mencionar esos ojos tuyos —gruñó Teft.

—¿Mis ojos?

—¿No los has visto? ¿Qué estoy diciendo? No hay espejos en las Llanuras. Tus ojos, hijo. Azul claro, como agua. Más claros que los de ningún rey.

Kaladin se dio media vuelta. Esperaba que sus ojos no cambiaran. La verdad, que lo hubieran hecho, le hacía sentirse incómodo. Resultaba preocupante. No quería creer que los ojos claros tuvieran ninguna base para justificar su opresión.

«Siguen sin tenerla —pensó, infundiendo las gemas de las linternas tal como Sigzil le había indicado—. Quizá los ojos claros gobiernan por el recuerdo de los Radiantes, profundamente enterrado. Pero que se parezcan un poco a los Radiantes no significa que tuvieran derecho a oprimir a todo el mundo».

Ojos claros de las tormentas. Él...

Se había convertido en uno de ellos.

¡Tormentas!

Invocó a Syl como espada, siguiendo las instrucciones de Sigzil, y la usó como llave para accionar el fabrial.

Shallan se encontraba ante las puertas de Urithiru, mirándolas, intentando comprender.

En el gran salón interior sonaban voces y las luces se movían de un lado a otro mientras la gente exploraba. Adolin se había hecho cargo de esa empresa, mientras que Navani emplazaba un campamento para atender a los heridos y distribuir suministros. Por desgracia, habían dejado casi todos sus alimentos y arreos en las

Llanuras Quebradas. Además, el viaje a través de la Puerta Jurada no había sido tan fácil como Shallan creía. De algún modo, había agotado la mayor parte de las gemas que tenían los hombres y mujeres en la meseta... incluyendo los fabriales de Navani, que empuñaban las eruditas e ingenieras.

Habían hecho unas cuantas pruebas. Cuanta más gente trasladabas, más luz hacía falta. Parecía que la luz tormentosa, y no solo las gemas que la contenían, se convertirían en un valioso recurso. Ya habían tenido que racionar las gemas y linternas para explorar el edificio.

Varias escribas pasaron llevando papeles para dibujar mapas de la exploración de Adolin. Dirigieron rápidos e incómodos saludos con la cabeza a Shallan, llamándola «brillante Radiante». Ella todavía no había hablado largo y tendido con Adolin sobre lo que le había sucedido.

—¿Es verdad? —preguntó Shallan, echando la cabeza hacia atrás y contemplando el lado de la enorme torre que se alzaba hacia el cielo azul—. ¿Soy una de ellos?

—Mmm... —dijo Patrón desde su falda—. Casi. Todavía tienes que decir unas cuantas Palabras.

—¿Qué clase de palabras? ¿Un juramento?

—Los Tejedores de Luz no hacen más juramentos después del primero —dijo Patrón—. Debes decir verdades.

Shallan siguió contemplando las alturas un poco más, luego se volvió y regresó a su improvisado campamento. Allí no era el Llanto. No estaba segura de que fuese porque se hallaban por encima de la capa de nubes, o porque los patrones climatológicas hubieran cambiado debido a la llegada de las extrañas altas tormentas.

En el campamento, los hombres estaban sentados en el suelo, divididos por rangos, temblando con la ropa mojada. El aliento de Shallan se condensaba ante ella, aunque había inspirado luz tormentosa (solo una pizquita) para no advertir el frío. Por desgracia, no había mucho que pudieran usar para encender hogueras. El gran llano de piedra que se extendía ante la ciudad torre tenía muy pocos rocabrotes, y los que crecían eran diminutos, más pequeños que puños. Proporcionarían poca leña.

El terreno estaba rodeado por diez columnas, con escalones

alrededor de sus bases. Las Puertas Juradas. Más allá se extendía la cordillera.

El crem cubría algunos escalones, y rebosaba por los lados del campo despejado. No había tanto como en las Llanuras Quebradas. Allí debía de llover menos.

Shallan se acercó al borde del campo de piedra. Una buena caída a pico. Si Nohadon había llegado en efecto caminando hasta esta ciudad, como decía *El camino de los reyes*, entonces debió escalar por los acantilados. De momento no habían encontrado otra forma de bajar que a través de las Puertas Juradas, y aunque la hubiera, seguirían estando en mitad de las montañas, a semanas de la civilización. Juzgando por la altura del sol, las eruditas los situaban cerca del centro de Roshar, en algún lugar en las montañas cerca de Tu Bayla o tal vez Emul.

El remoto emplazamiento hacía que la ciudad fuera increíblemente fácil de defender, o eso decía Dalinar. También los dejaba aislados. Y eso, a su vez, explicaba por qué todo el mundo miraba a Shallan como lo hacía. Habían probado con otras hojas esquirladas: ninguna era efectiva a la hora de hacer funcionar el antiguo fabrial. Shallan era literalmente su única salida de estas montañas.

Uno de los soldados cercanos se aclaró la garganta.

—¿Estás segura de que quieres estar tan cerca del borde del precipicio, brillante Radiante?

Dirigió al hombre una mirada furiosa.

—Podría sobrevivir a esa caída y seguir andando, soldado.

—Hum, sí, brillante —dijo él, ruborizándose.

Shallan se apartó del borde y se dispuso a buscar a Dalinar. Las miradas la siguieron mientras caminaba: soldados, escribas, ojos claros y altos señores por igual. Bueno, que vieran a Shallan la Radiante. Siempre podría encontrar la libertad más tarde, llevando otro rostro.

Dalinar y Navani supervisaban a un grupo de mujeres cerca del centro del ejército.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Shallan, acercándose.

Dalinar la miró. Las escribas redactaban cartas usando todas las vinculacañas que tenían, enviando mensajes de advertencia a los campamentos de guerra y a la sala de retransmisión en Tashikk.

«Puede llegar una nueva tormenta, soplando desde el oeste, no el este. Preparaos».

Nueva Natanan, en la costa oriental de Roshar, sería alcanzada hoy después de que la tormenta eterna dejara las Llanuras Quebradas. Luego entraría en el océano oriental y se dirigiría al Origen.

Ninguno de ellos sabía qué podría suceder a continuación. ¿Rodearía el mundo y alcanzaría la costa occidental? ¿Eran las altas tormentas una sola tormenta que rodeaba el planeta, o empezaba una nueva en el Origen cada vez, como decía la mitología?

Hoy en día, las eruditas y predicetormentas pensaban lo primero. Sus cálculos decían que, suponiendo que la tormenta eterna se moviera a la misma velocidad que una alta tormenta en esa época del año, tendrían unos cuantos días antes de que regresara y golpeará Shinovar e Iri, y luego soplara sobre el continente, destruyendo ciudades que se creían protegidas.

—No hay noticias —dijo Dalinar con voz tensa—. El rey parece haberse desvanecido. Es más, en Kholinar parece que hay revueltas. No he podido conseguir respuestas firmes a ninguna de las dos preguntas.

—Estoy segura de que el rey se encuentra en lugar seguro —dijo Shallan, mirando a Navani. La mujer mantenía una expresión serena, pero cuando le dio instrucciones a una escriba su voz sonó brusca y tensa.

Una de las mesetas cercanas en forma de columna destelló. Una muralla de luz giró en su perímetro, dejando vetas de imágenes residuales borrosas que se fueron difuminando. Alguien había activado la Puerta Jurada.

Dalinar se detuvo junto a ella y los dos esperaron tensos, hasta que un grupo de figuras vestidas de azul aparecieron en el borde de la meseta y empezaron a bajar los escalones. El Puente Cuatro.

—Oh, gracias al Todopoderoso —susurró Shallan. Era él, no el asesino.

Una de las figuras señaló hacia donde se hallaban Dalinar y los demás. Kaladin se separó de sus hombres, saltando de los escalones para flotar por encima del ejército. Se posó sobre las piedras sin detenerse, llevando una hoja esquilada al hombro, su larga casaca de oficial desabrochada.

«Todavía tiene las marcas de esclavo», pensó Shallan, aunque su largo cabello las oscurecía. Sus ojos se habían vuelto azul claro. Brillaban suavemente.

—Bendito por la Tormenta —saludó Dalinar.

—Alto príncipe —respondió Kaladin.

—¿El asesino?

—Muerto —dijo Kaladin, sopesando la espada y clavándola en la roca ante Dalinar—. Tenemos que hablar. Esto...

—Mi hijo, hombre del puente —pidió Navani desde atrás. Se acercó y cogió a Kaladin del brazo, como si no le preocupara en absoluto la luz tormentosa que brotaba como humo de su piel—. ¿Qué ha pasado con mi hijo?

—Hubo un intento de asesinato —dijo Kaladin—. Lo impedí, pero el rey resultó herido. Lo llevé a un lugar seguro antes de venir a ayudar a Dalinar.

—¿Dónde? —exigió Navani—. Hemos hecho que nuestra gente en los campamentos de guerra busque en monasterios, mansiones, los barracones...

—Esos lugares eran demasiado obvios. Si a ti se te ocurre buscar allí, a los asesinos también. Necesitaba un lugar en el que no pensara nadie.

—¿Dónde, entonces? —preguntó Dalinar.

Kaladin sonrió.

Lopen agarró con fuerza la esfera que tenía en la mano. En la habitación de al lado, su madre reprendía a un rey.

—No, no, majestad —decía, con palabras cargadas de acento, usando el mismo tono que usaba con los sabuesos-hacha—. Te lo metes todo en la boca y te lo comes. No puedes analizarlo así.

—No tengo tanta hambre, nanha —dijo Elhokar. Su voz era débil, pero había salido de su estupor ebrio, lo cual era buena señal.

—¡Te lo comerás de todas formas! —dijo la madre—. Sé lo que hay que hacer cuando veo a un hombre con la cara tan pálida, y perdóname, majestad, pero estás tan pálido como una sábana tendida al sol. Y no hay más que hablar. Te lo vas a comer. Nada de quejas.

—Soy el rey. No recibo órdenes de...

—¡Ahora estás en mi casa! —dijo ella, y Lopen silabeó al mismo tiempo—. En la casa de una mujer herdaziana, ningún cargo de nadie puede más que el suyo. ¡No voy a dejar que vengan y descubran que no estás adecuadamente alimentado! ¡No voy a permitir que la gente diga eso, alteza, vaya que no! Come. Estoy cocinando sopa.

Lopen sonrió, y aunque oyó gruñir al rey, también oyó el sonido de la cuchara contra el plato. Dos de los primos más fuertes de Lopen estaban sentados delante de la casucha en Pequeña Herdaz, que estaba técnicamente en el campamento del alto príncipe Sebarial, aunque los herdazianos no le prestaban mucha atención a eso. Otros cuatro primos estaban al fondo de la calle, cosiendo unas botas y vigilantes ante cualquier cosa sospechosa.

—Muy bien —susurró Lopen—. Esta vez tienes que funcionar.

Se concentró en la esfera que tenía en la mano. Como hacía todos los días desde que el capitán Kaladin empezó a brillar. Lo lograría tarde o temprano. Estaba tan seguro de ello como lo estaba de su nombre.

—Lopen. —Un ancho rostro se asomó a una de las ventanas, distrayéndolo. Chilinko, su tío—. Que el rey se vista de nuevo como un herdaziano. Puede que tengamos que mudarnos.

—¿Mudarnos? —dijo Lopen, poniéndose en pie.

—Han llegado noticias del príncipe Sebarial a todos los campamentos —dijo Chilinko en herdaziano—. Han encontrado algo allí, en las Llanuras. Estaos preparados. Por si acaso. Todo el mundo habla. No entiendo lo que dicen. —Sacudió la cabeza—. Primero esa alta tormenta de la que nadie sabía nada, luego deja de llover antes de tiempo, luego el mismísimo rey de Alezkar en mi puerta. Y por fin esto. Creo que vamos a tener que abandonar el campamento, aunque la noche está al caer. No tiene sentido para mí, pero que el rey esté preparado.

Lopen asintió.

—Me encargo de ello. Un momento.

Chilinko se marchó. Lopen abrió la mano y miró la esfera. No quería perder ni un día practicando con su esfera, por si acaso. Después de todo, iba a mirar a una de estas y...

Lopen absorbió luz.

Sucedió en un abrir y cerrar de ojos, y entonces se quedó allí

sentado, la luz tormentosa brotando de su piel.

—¡Ja! —gritó, poniéndose en pie de un salto—. ¡Ja! Eh, Chilinko, vuelve aquí. ¡Tengo que pegarte a la pared!

La luz se apagó. Lopen se detuvo, frunciendo el ceño, y se miró la mano. ¿Tan rápido se había agotado? ¿Qué había ocurrido? Vaciló. Aquel tintineo...

Se palpó el hombro, el del brazo que había perdido hacía tanto tiempo. Allí sus dedos tocaron un nuevo muñón de carne que había empezado a brotar de la cicatriz.

—¡Oh, tormentas, sí! ¡Todos, dadme vuestras esferas! Tengo algo brillante por hacer.

Moash estaba sentado en la parte trasera de la carreta y se alejaba de los campamentos de guerra. Podría haber ido delante, pero no quería estar lejos de su armadura, que había envuelto por separado y guardado allí atrás. Escondida. La espada y la armadura podrían ser suyas de nombre, pero no albergaba ninguna ilusión de lo que sucedería si los alezi advertían que intentaba huir con ellas.

La carreta remontó el promontorio ante los campamentos de guerra. Tras ellos, enormes filas de gente se dirigían a las Llanuras Quebradas. Las órdenes del alto príncipe Dalinar habían sido claras, aunque desconcertantes. Había que abandonar los campamentos. Todos los parshmenios quedarían atrás, y los demás tenían que dirigirse al centro de las Llanuras Quebradas.

Algunos de los altos príncipes obedecieron. Otros no. Curiosamente, Sadeas fue uno de los que obedecieron, y su campamento se vació casi tan rápidamente como los de Sebarial, Roion y Aladar. Parecía que iba todo el mundo, incluso los niños.

La carreta de Moash se detuvo. Graves se acercó a la parte trasera unos minutos más tarde.

—No tendríamos que habernos molestado en ocultarnos —murmuró, contemplando el éxodo—. Están demasiado ocupados para prestar atención. Mira allí.

Algunos grupos de mercaderes se concentraban ante los campamentos de Dalinar. Fingían prepararse para la marcha, pero no hacían ningún progreso obvio.

—Carroñeros —dijo Graves—. Se dirigirán a los campamentos

de guerra para saquear. Locos de las tormentas... Se merecen lo que viene.

—¿Qué viene? —dijo Moash. Se sentía como si lo hubieran arrojado a un río revuelto, un río que hubiera desbordado sus orillas después de una alta tormenta. Nadaba con la corriente, pero apenas podía mantener la cabeza fuera del agua.

Había intentado matar a Kaladin. A Kaladin. Todo se había venido abajo. El rey había sobrevivido, los poderes de Kaladin habían regresado, y Moash... Moash era un traidor. Dos veces.

—La tormenta eterna —dijo Graves. Con la ropa remendada y la camisa de un pobre ojos oscuros no parecía tan refinado. Había usado unas extrañas gotas para los ojos para cambiar su color, y luego le había indicado a Moash que hiciera lo mismo.

—¿Y eso es?

—El Diagrama es vago —dijo Graves—. Solo conocíamos el término por una de las visiones del viejo Gavilar. El Diagrama dice que esto probablemente hará regresar a los Portadores de Vacío. Y parece que han resultado ser los parshmenios. —Sacudió la cabeza—. Condenación. La mujer tenía razón.

—¿La mujer?

—Jasnah Kholin.

Moash sacudió la cabeza. No comprendía nada de lo que estaba sucediendo. Las frases de Graves eran como cadenas de palabras que no encajaban entre sí. ¿Parshmenios, Portadores de Vacío? ¿Jasnah Kholin? Esa era la hermana del rey. ¿No había muerto en el mar? ¿Qué sabía Graves de ella?

—¿Quién eres en realidad? —preguntó Moash.

—Un patriota —respondió Graves—. Como te dije. Se nos permite perseguir nuestros propios intereses y objetivos hasta que se nos llama. —Sacudió la cabeza—. Estaba seguro de que mi interpretación era correcta, que si eliminábamos a Elhokar, Dalinar se convertiría en nuestro aliado en lo que ha de venir... Bueno, parece que me equivoqué. O eso, o fui demasiado lento.

Moash se sintió asqueado.

Graves lo agarró por el brazo.

—La cabeza alta, Moash. Llevar conmigo de vuelta a un portador de esquirlada significará que mi misión no ha sido un completo fracaso. Además, puedes hablarnos de este nuevo

Radiante. Te presentaré al Diagrama. Tenemos un trabajo importante.

—¿Y es...?

—La salvación del mundo entero, amigo mío. —Graves le dio una palmadita y se dirigió a la parte delantera de la carreta, donde viajaban los otros.

La salvación del mundo entero.

«Me han engañado como a uno de los diez locos —pensó Moash, la barbilla contra el pecho—. Y ni siquiera sé cómo».

La carreta empezó a rodar de nuevo.



1173090605 - 1173090801 - 1173090901 -
1173091001
1173091004 - 1173100105 - 1173100205 -
1173100401
1173100603 - 1173100804

Del Diagrama, Coda de la pared norte, zona del
alféizar, párrafo 2 (Esto parece ser una secuencia de
fechas pero su relevancia es aún desconocida).

Pronto empezaron a entrar en la torre.

No había otra cosa que pudieran hacer, aunque las exploraciones de Adolin distaban de haber terminado. Aparte de eso, la alta tormenta que había alcanzado las Llanuras Quebradas estaría asolando la tierra y acabaría por llegar a estas montañas. Tardaba más de un día en cruzar el continente entero, y ellos se hallaban probablemente en algún lugar cerca del centro, así que estaría acercándose.

«Una alta tormenta no prevista —pensó Shallan, recorriendo los oscuros pasillos con sus guardias—. Y algo más viene de la otra dirección».

Notaba que esta torre, sus contenidos, cada pasillo, era una maravilla majestuosa. Decía mucho sobre lo cansada que estaba que

no quisiera dibujar nada. Solo deseaba dormir.

La luz de las esferas reveló algo extraño en la pared que tenían delante. Shallan frunció el ceño, se sacudió la fatiga y se acercó. Un papelito doblado, como una tarjeta. Miró a los guardias, que parecían igualmente confusos.

Arrancó la tarjeta de la pared: la habían pegado con un poco de cera de gorgojo en el dorso. Dentro aparecía el triángulo que era símbolo de los Sangre Espectral. Debajo, el nombre de Shallan. No el nombre de Velo.

El de Shallan.

Pánico. Precaución. En un instante, absorbió la luz de su linterna, hundiendo el pasillo en la oscuridad. Sin embargo, entraba luz por una puerta cercana.

La miró. Gaz se dispuso a investigar, pero Shallan lo detuvo con un gesto.

¿Huir o luchar?

«¿Huir adónde?», pensó. Vacilante, dio un paso hacia la puerta, indicando de nuevo a sus guardias que se quedaran atrás.

Dentro estaba Mraize, asomado a una gran ventana sin cristales que daba a otra sección del interior de esta torre. Se volvió hacia ella, retorcido y cubierto de cicatrices, y sin embargo con aspecto refinado con sus ropas de caballero.

Bien. La habían descubierto.

«Ya no soy una niña que se esconde en su habitación cuando llegan los gritos —se dijo con firmeza, entrando en la sala—. Si huyo de este hombre, me verá como algo a lo que hay que cazar».

Se dirigió hacia él, dispuesta a invocar a Patrón. Él no era como otras hojas esquirladas, se daba cuenta ahora. Podía aparecer con más rapidez que los diez latidos de rigor.

Lo había hecho antes. Ella no estuvo dispuesta a admitir que era capaz. Hacerlo habría significado demasiado.

«¿Cuántas más de mis mentiras —pensó— me mantienen apartada de las cosas que podría conseguir?».

Pero necesitaba esas mentiras. Las necesitaba de verdad.

—Me condujiste a una gran cacería, Velo —dijo Mraize—. Si tus habilidades no se hubieran manifestado al salvar al ejército, quizá no habría localizado nunca tu falsa identidad.

—Velo es la identidad falsa, Mraize —dijo Shallan—. Esta soy

yo.

Él la inspeccionó.

—Creo que no.

Shallan sostuvo su mirada, pero temblaba por dentro.

—Estás en una situación curiosa —dijo Mraize—. ¿Ocultarás la verdadera naturaleza de tus poderes? Yo pude deducir lo que eran, pero otros no serán tan listos. Puede que solo vean la espada y no pregunten qué eres capaz de hacer.

—No veo por qué te preocupa.

—Eres una de nosotros. Cuidamos de los nuestros.

Shallan frunció el ceño.

—Pero tú has visto a través de la mentira.

—¿Estás diciendo que no quieres ser uno de los Sangre Espectral? —Su tono no era amenazador, pero aquellos ojos... Tormentas, aquellos ojos podrían haber perforado la piedra—. No se lo ofrecemos a cualquiera.

—Matasteis a Jasnah.

—Sí. Después de que ella, a su vez, hubiera asesinado a varios de nuestros miembros. No creerás que tenía las manos limpias de sangre, ¿no, Velo?

Ella apartó la mirada.

—Tendría que haber deducido que eras Shallan Davar —continuó Mraize—. Me siento como un necio por no haberlo visto antes. Tu familia tiene una larga historia de implicación en estos acontecimientos.

—No os ayudaré —dijo Shallan.

—Curioso. Deberías saber que tengo a tus hermanos.

Ella lo miró bruscamente.

—Tu casa ya no existe —dijo Mraize—. Los terrenos de tu familia fueron tomados por un ejército que pasaba. Rescaté a tus hermanos del caos de la guerra de sucesión, y los voy a traer aquí. Tu familia, sin embargo, sigue estando en deuda conmigo. Un moldeador de almas. Rota.

La miró a los ojos.

—Qué conveniente que tú, según mis cálculos, seas una, pequeña daga.

Shallan invocó a Patrón.

—Te mataré antes de permitir que los uses para chantajearme...

—Nada de chantajes —dijo Mraize—. Llegarán a salvo. Un regalo para ti. Puedes esperar y verás que digo la verdad. Menciono tu deuda solo para que tenga una oportunidad de... afianzarse en tu mente.

Ella frunció el ceño, empuñando la espada esquirolada, vacilante.

—¿Por qué? —preguntó finalmente.

—Porque eres una ignorante. —Mraize dio un paso adelante y se alzó sobre ella—. No sabes quiénes somos. No sabes lo que intentamos conseguir. No sabes nada de nada, Velo. ¿Por qué se unió a nosotros tu padre? ¿Por qué buscó tu hermano a los Rompedores del Cielo? He investigado un poco, ya ves. Tengo respuestas para ti. —Sorprendentemente, se dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta—. Te daré tiempo para considerarlo. Pareces pensar que tu recién hallado puesto junto a los Radiantes te hace inadecuada para nuestras filas, pero yo lo veo de forma diferente, como lo ve mi *babsk*. Dejemos que Shalla Davar sea una Radiante, conformista y noble. Dejemos que Velo venga a nosotros. —Se detuvo junto a la puerta—. Y que descubra la verdad.

Desapareció en el pasillo. Shalla se sintió aún más agotada que antes. Retiró a Patrón y se apoyó contra la pared. Pues claro que Mraize había podido llegar hasta allí: probablemente se hallaba entre los ejércitos. Llegar a Urithiru era uno de los principales objetivos de los Sangre Espectral. A pesar de su decisión de no ayudarlos, ella los había transportado, junto con el ejército, justo al sitio al que querían ir.

¿Sus hermanos? ¿Estarían a salvo de verdad? ¿Y los sirvientes de su casa? ¿Y la prometida de su hermano?

Suspiró, se dirigió a la puerta y llamó a sus guardias. «Que descubra la verdad». ¿Y si no quería descubrir la verdad? Patrón zumbaba suavemente.

Después de recorrer la planta baja de la torre, usando su propio brillo para iluminarse, Shalla encontró a Adolin en el pasillo junto a una habitación, donde había dicho que estaría. Tenía la muñeca vendada, y los golpes en su cara empezaban a ponerse púrpura. Le hacían parecer un poquito menos embriagadoramente guapo, aunque había en ello cierto aire de «me he peleado con un montón de gente hoy», que era atractivo por derecho propio.

—Pareces agotada —dijo, dándole un beso en la mejilla.

—Y tú parece que has dejado que alguien toque el tambor con tu cara —respondió ella, pero le sonrió—. Deberías dormir un poco.

—Lo haré. Pronto. —Le acarició la cara—. Eres sorprendente, ¿lo sabes? Nos has salvado. A todos.

—No tienes que tratarme como si fuera de cristal, Adolin.

—Eres una Radiante. Quiero decir... —Se pasó una mano por el pelo siempre revuelto—. Shallan. Eres aún más grande que los ojos claros.

—¿Eso ha sido un comentario sobre mi cintura?

—¿Qué? No. Quiero decir... —Se ruborizó.

—No permitiré que esto sea un engorro, Adolin.

—Pero...

Lo envolvió en un abrazo y lo obligó a besarla, un beso profundo y apasionado. Él trató de murmurar algo, pero ella siguió besándolo, apretando los labios contra los suyos, dejándolo sentir su deseo. Adolin se fundió en el beso, luego la agarró por la cintura y la atrajo hacia sí.

Después de un momento, se retiró.

—¡Tormentas, eso duele!

—¡Oh! —Shallan se llevó una mano a la boca, recordando las magulladuras de su cara—. Lo siento.

Él sonrió y volvió a dar un respingo, ya que al parecer eso dolía también.

—Merece la pena. De todas formas, prometo evitar ser un engorro si tú evitas ser demasiado irresistible. Al menos hasta que esté curado. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

Él miró a los guardias.

—Que nadie moleste a la Dama Radiante, ¿entendido?

Ellos asintieron.

—Duerme bien —dijo él, abriendo la puerta de la habitación. Muchas de las habitaciones tenían todavía puertas de madera, a pesar de su largo abandono—. Esperemos que la habitación sea adecuada. Tu spren la escogió.

¿Su spren? Shallan frunció el ceño, luego entró en la habitación. Adolin cerró la puerta.

Shallan estudió la cámara de piedra sin ventanas. ¿Por qué había elegido Patrón este lugar concreto para ella? La habitación no

parecía especial. Adolin había dejado una linterna de luz tormentosa —que resultaba extravagante, considerando las pocas gemas para iluminarse que tenían—, y gracias a ella pudo ver una pequeña habitación cuadrada con un banco de piedra en un rincón. Había unas cuantas mantas encima. ¿Dónde había encontrado mantas Adolin?

Miró la pared con el ceño fruncido. La roca se había desgastado en un cuadrado, como si en el pasado hubiera habido un cuadro allí colgado. De hecho, eso le resultó extrañamente familiar. No que hubiera estado allí antes, sino el cuadrado en la pared...

Era exactamente el mismo lugar donde colgaba el cuadro en la pared de su padre, allá en Jah Keved.

La cabeza empezó a darle vueltas.

—Mmm... —dijo Patrón desde el suelo a su lado—. Es la hora.

—No.

—Es la hora —repitió—. Los Sangre Espectral te rodean. La gente necesita a una Radiante.

—Ya tienen a uno. El muchacho del puente.

—No es suficiente. Te necesitan a ti.

Shallan parpadeó, llorosa. Contra su voluntad, la habitación empezó a cambiar. Apareció una alfombra blanca. Un cuadro en la pared. Muebles. Paredes pintadas de celeste.

Dos cadáveres.

Shallan pasó por encima de uno, aunque solo era una ilusión, y se acercó a la pared. Había aparecido un cuadro, parte de la ilusión, y destacaba con brillo blanco. Había algo oculto detrás. Lo apartó, o intentó hacerlo. Sus dedos solo hicieron que la ilusión se difuminara.

Esto no era nada. Solo una recreación de un recuerdo que deseaba no tener.

—Mmm... Una mentira mejor, Shallan.

Ella parpadeó, apartando las lágrimas. Alzó los dedos y los apretó de nuevo contra la pared. Esta vez, pudo sentir el marco del cuadro. No era real. Por el momento, fingió que lo era, y dejó que la imagen la capturara.

—¿No puedo fingir sin más?

—No.

Estaba allí, en la habitación de su padre. Temblando, hizo a un

lado el cuadro, revelando la caja fuerte en la pared. Alzó la llave, y vaciló.

—El alma de mi madre está dentro.

—Mmm... No. Su alma no. Lo que tomó su alma.

Shallan abrió la caja fuerte, revelando su contenido. Una pequeña hoja esquirrada. Metida en la caja a toda prisa, con la punta clavada en el fondo y la empuñadura hacia ella.

—Esto eras tú —susurró.

—Mmm... Sí.

—Mi padre te apartó de mí y trató de esconderte aquí dentro. Naturalmente, fue inútil. Desapareciste en cuanto cerró la caja fuerte. Te convertiste en bruma. Él no pensaba con claridad. Ninguno de nosotros lo hacía.

Se dio media vuelta.

Alfombra roja. Antes blanca. El amigo de su madre yacía en el suelo, sangrando por el brazo, aunque la herida no lo había matado. Shallan se acercó al otro cadáver, el que yacía boca abajo con aquel precioso vestido azul y oro. El pelo rojo se desparramaba alrededor de su cabeza.

Shallan se arrodilló y dio la vuelta al cadáver de su madre, para ver un cráneo con los ojos quemados.

—¿Por qué intentó matarme, Patrón? —susurró.

—Mmm...

—Empezó cuando descubrió lo que yo podía hacer.

De pronto lo recordó ahora. La llegada de su madre, con un amigo a quien Shallan no reconoció, para enfrentarse a su padre. Los gritos de su madre, discutiendo.

Su madre diciendo que Shallan era uno de ellos.

Su padre interponiéndose. El amigo de su madre con un cuchillo, los dos forcejeando, el amigo con un corte en el brazo. La sangre manchó la alfombra. El amigo había ganado aquella pelea; acabó por derribar a su padre al suelo y lo sujetó allí. Su madre cogió el cuchillo y se acercó a Shallan.

Y entonces...

Entonces una espada en las manos de Shallan.

—Dejó que todo el mundo creyera que la había matado él —susurró Shallan—. Que había asesinado a su esposa y al amante de esta en un arrebato de ira, cuando fui yo quien los mató. Mintió

para protegerme.

—Lo sé.

—Ese secreto lo destruyó. Destruyó a nuestra familia entera.

—Lo sé.

—Te odio —susurró, mirando los ojos muertos de su madre.

—Lo sé. —Patrón zumbó suavemente—. Con el tiempo me matarás y tendrás tu venganza.

—No quiero venganza. Quiero a mi familia.

Shallan enterró la cabeza en sus brazos y lloró mientras la ilusión se convertía en humo blanco y luego se desvanecía, dejándola en una habitación vacía.

«Solo puedo concluir —escribió apresuradamente Amaram, trazando los glifos como una chapucera maraña de tinta—, que hemos tenido éxito, Restares. Los informes del ejército de Dalinar indican que los Portadores del Vacío no solo fueron localizados, sino combatidos. Ojos rojos, poderes antiguos. Al parecer han liberado una nueva tormenta sobre este mundo».

Alzó la cabeza y miró por la ventanilla. Su carruaje se sacudía por la carretera del campamento de guerra de Dalinar. Todos sus soldados estaban fuera, y los guardias restantes habían acudido a supervisar el éxodo. Incluso con la reputación que tenía, Amaram había podido entrar en el campamento fácilmente.

Volvió a su papel. «No me regodeo en este éxito —escribió—. Se perderán vidas. Siempre ha sido nuestra carga como Hijos de Honor. Para hacer regresar a los Heraldos, para hacer regresar el dominio de la Iglesia, no nos quedaba más remedio que llevar al mundo a una crisis.

»Ahora ya tenemos esa crisis, y es terrible. Los Heraldos regresarán. ¿Cómo pueden no hacerlo, con los problemas a los que ahora nos enfrentamos? Pero muchos morirán. Muchísimos. Nalan quiere que merezca la pena la pérdida. De cualquier forma, pronto tendré más información. La próxima vez que te escriba, tendré más información. Cuando lo haga, espero hacerlo desde Urithiru».

El carruaje se detuvo y Amaram abrió la puerta. Le tendió la carta a la conductora, Pama, que la cogió y empezó a buscar en su zurrón la vinculacañas para enviar la comunicación a Restares. Él

mismo lo habría hecho, pero no podía usar una vinculacañas estando en movimiento.

Ella destruiría los papeles cuando terminara. Amaram dirigió una mirada a los baúles que viajaban en la parte trasera del carruaje: contenían un cargamento precioso, incluyendo todos sus mapas, notas, y teorías. ¿Debería haberlos dejado con los soldados? Entrar con cincuenta hombres en el campamento de Dalinar sin duda habría llamado la atención, incluso con el caos imperante, así que les había ordenado que se reunieran con él en las Llanuras.

Necesitaba continuar moviéndose. Se apartó del carruaje, subiéndose la capucha de su capa. En los terrenos del complejo del templo había aún más frenesí que en la mayoría de los campamentos de guerra, ya que mucha gente había acudido a los fervorosos en este momento de tensión. Pasó ante una madre que suplicaba que uno de ellos quemara una plegaria por su marido, que luchaba con el ejército de Dalinar. El fervoroso no dejaba de repetirle que debería recoger sus cosas y reunirse con las caravanas que partían hacia las Llanuras.

Estaba sucediendo. Estaba sucediendo de verdad. Los Hijos de Honor, por fin, habían conseguido su objetivo. Gavilar estaría orgulloso. Amaram avivó el paso y se volvió cuando una fervorosa corrió a acercarse a él y a preguntarle si necesitaba algo. Sin embargo, antes de que pudiera mirarlo bien y reconocerlo, su atención se desvió hacia un par de asustados jóvenes que se quejaban de que su padre era demasiado viejo para hacer el viaje, y les suplicaban a los fervorosos que los ayudaran a transportarlo.

Amaram llegó a la esquina del edificio del monasterio donde alojaban al loco y dio la vuelta hasta el muro trasero, fuera de la vista, cerca del borde del campamento mismo. Miró alrededor y luego invocó su espada esquilada. Unos cuantos tajos permitirían...

¿Qué era eso?

Se dio media vuelta, seguro de que se acercaba alguien. Pero no era nada. Las sombras jugándole malas pasadas. Dio los tajos contra la pared y luego abrió con cuidado el agujero que había hecho. El Grande, el mismísimo Talenelat'Elin, Herald de la Guerra, estaba sentado en la celda oscura, casi en la misma postura que antes. Encaramado en el extremo de la cama, inclinado hacia delante, con la cabeza gacha.

—¿Por qué han de mantenerte en semejante oscuridad? —dijo Amaram, descartando su espada—. Esto no es adecuado para los hombres más humildes, no digamos ya para alguien como tú. Hablaré con Dalinar de la forma en que los locos son...

No, no lo haría. Dalinar lo consideraba un asesino. Amaram inspiró larga, profundamente. Había que pagar bastantes precios por ver regresar a los Heraldos pero, por el mismo Jezerezeh, la pérdida de la amistad de Dalinar sería alto. Ojalá la piedad no hubiera frenado su mano, todos aquellos meses antes, cuando podría haber ejecutado al lancero.

Corrió al lado del Herald.

—Gran príncipe —susurró—. Tenemos que irnos.

Talenelat no se movió. Sin embargo, volvió a susurrar. Las mismas cosas que antes. Amaram no pudo evitar recordar la última vez que visitó este lugar. En compañía de alguien que lo había estado tomando por uno de los diez locos todo el tiempo. ¿Quién iba a pensar que Dalinar se había vuelto tan astuto durante la vejez? El tiempo los había cambiado a ambos.

—Por favor, gran príncipe —dijo Amaram, haciendo que el Herald se pusiera en pie con dificultad. El hombre era enorme, tan alto como él pero fornido como una pared. La piel marrón oscura lo había sorprendido la primera vez que le vio: Amaram, algo tontamente, esperaba que todos los Heraldos parecieran alezi.

Los ojos oscuros del Herald, naturalmente, eran algún tipo de disfraz.

—La Desolación... —susurró Talenelat.

—Sí. Viene. Y con ella, tu regreso a la gloria. —Amaram empezó a conducir al Herald hacia la abertura que había hecho en la pared —. Tenemos que llevarte a...

El Herald alzó de pronto una mano ante él.

Amaram se sobresaltó y se detuvo en el acto al ver algo en los dedos del Herald. Un pequeño dardo, la punta goteando un líquido claro.

Amaram miró hacia la abertura, por donde entraba la luz del sol. Una figura pequeña hizo un sonido parecido a un soplo, con una cerbatana en los labios bajo una máscara que le cubría la parte superior del rostro.

La otra mano del Herald salió disparada, rápida como un

parpadeo, y agarró un dardo en el aire a pocos milímetros de la cara de Amaram. Los Sangre Espectral. No intentaban matar al Heraldo.

Intentaban matar a Amaram.

Gritó y extendió la mano hacia un lado, invocando su hoja esquilada. Demasiado lento. La figura los miró a ambos, luego se escabulló maldiciendo en voz baja. Amaram la persiguió, saltando los escombros de la pared y saliendo a la luz, pero la figura se movía demasiado rápido.

Con el corazón martilleándole en el pecho, miró hacia Talenelat, preocupado por la seguridad del Heraldo. Se sorprendió al verlo allí de pie, erguido, con la cabeza alta. Los ojos marrón oscuro, sorprendentemente lúcidos, reflejaban la luz de la abertura. Talenelat alzó un dardo y lo inspeccionó.

Entonces dejó caer ambos dardos y se sentó de nuevo en la cama. Empezó a murmurar de nuevo su extraño mantra invariable. Amaram sintió un escalofrío correrle por la espalda, pero cuando regresó con el Heraldo, no pudo conseguir que el hombre le respondiera.

Con esfuerzo, lo hizo incorporarse de nuevo y lo condujo hasta el carruaje.

Szeth abrió los ojos.

Inmediatamente, volvió a cerrarlos con fuerza.

—No. Morí. ¡Morí!

Sintió la roca bajo él. Blasfemia. Oyó el agua goteando y sintió el sol sobre su rostro.

—¿Por qué no estoy muerto? —susurró—. La hoja esquilada me atravesó. Caí. ¿Por qué no morí?

—Moriste.

Szeth volvió a abrir los ojos. Yacía en un páramo de roca, con las ropas mojadas. ¿Las Tierras Heladas? Sentía frío, a pesar del calor del sol.

Había un hombre ante él, vestido con un uniforme negro y plata. Tenía la piel marrón oscura, como los habitantes de la región de Makabaki, pero tenía una marca clara en la mejilla derecha en forma de pequeño cuarto creciente. Mantenía una mano a la

espalda, mientras que con la otra sacaba algo del bolsillo de su casaca. ¿Algún tipo de fabrial? ¿Brillante?

—Te reconozco —advirtió Szeth—. Te he visto antes en alguna parte.

—Así es.

Szeth pugnó por levantarse. Consiguió ponerse de rodillas, luego quedó en cuclillas.

—¿Cómo? —preguntó.

—Esperé a que chocaras contra el suelo —dijo el hombre—, hasta que estuviste roto y aplastado, tu alma cortada, muerto del todo. Entonces te restauré.

—Imposible.

—No si se hace antes de que muera el cerebro. Como un ahogado devuelto a la vida con la asistencia adecuada, pudiste ser restaurado con el fabrial potenciador adecuado. Si hubiera esperado unos segundos más, naturalmente, habría sido demasiado tarde.

Hablaba con calma, sin emoción.

—¿Quién eres? —preguntó Szeth.

—¿Pasaste todo ese tiempo obedeciendo los preceptos de tu pueblo y religión, y no reconoces a uno de tus dioses?

—Mis dioses son los espíritus de las piedras —susurró Szeth—. El sol y las estrellas. No los hombres.

—Tonterías. Tu pueblo adora a los spren de la piedra, pero tú no.

Esa media luna... La reconocía, ¿verdad?

—Tú, Szeth —dijo el hombre—, adoras al orden, ¿no? Seguiste las leyes de tu sociedad hasta la perfección. Esto me atrajo, aunque me preocupa que la emoción haya nublado tu capacidad de discernimiento. Tu habilidad para... juzgar.

Juzgar.

—Nin —susurró Szeth—. Al que llaman Nalan, o Nale, aquí. Heraldo de la Justicia.

Nin asintió.

—¿Por qué me has salvado? —preguntó Szeth—. ¿No es suficiente mi tormento?

—Esas palabras son una estupidez —dijo Nin—. Indignas de quien estudiará a mis órdenes.

—No quiero estudiar —declaró Szeth, enroscándose en la piedra

—. Quiero estar muerto.

—¿Es eso? ¿De verdad es lo que más deseas? Te lo concederé, si es tu sincero deseo.

Szeth cerró los ojos. Los gritos lo esperaban en la oscuridad. Los gritos de aquellos a quienes había matado.

«No me equivoqué —pensó—. Nunca fui Sinverdad».

—No —susurró—. Los Portadores del Vacío han regresado. Yo tenía razón y mi pueblo... estaba equivocado.

—Fuiste desterrado por hombrecillos sin visión. Yo te enseñaré el camino de quien no está corrompido por el sentimiento. Lo devolverás a tu pueblo y llevarás contigo la justicia para los líderes de los shin.

Szeth abrió los ojos y alzó la cabeza.

—No soy digno.

Ninladeó la cabeza.

—¿Tú? ¿No eres digno? Te vi destruirte a ti mismo en nombre del orden, te vi obedecer tu código personal cuando otros habrían huido o se habrían desmoronado. Szeth-hijo-Neturo, te vi cumplir tu palabra con perfección. Esto es algo que la mayoría de la gente ha perdido: es la única belleza auténtica del mundo. Dudo haber encontrado jamás un hombre más digno de los Rompedores del Cielo que tú.

¿Los Rompedores del Cielo? Pero eso era una orden de los Caballeros Radiantes.

—Me he destruido a mí mismo —susurró Szeth.

—Lo hiciste, y moriste. Tu vínculo con tu espada se cortó, todas las ataduras se deshicieron, tanto las espirituales como las físicas. Has renacido. Ven. Es hora de visitar a tu pueblo. Tu entrenamiento comienza inmediatamente.

Nin se dio media vuelta para marcharse, revelando que lo que llevaba a la espalda era una espada envainada.

«Has renacido». ¿Podía... podía Szeth renacer? ¿Podía hacer que los gritos en las sombras desaparecieran?

«Eres un cobarde», había dicho el Radiante, el hombre que poseía los vientos. Una pequeña parte de Szeth pensaba que era verdad. Pero Nin ofrecía más. Algo diferente.

Todavía de rodillas, Szeth miró al hombre.

—Tienes razón. Mi pueblo tiene las otras hojas de Honor, y las

ha mantenido a salvo durante milenios. Si he de llevarles capacidad de juicio, me enfrentaré a enemigos con esquivelas y con poder.

—Eso no es un problema —dijo Nin, mirando hacia atrás—. He traído una hoja esquivelada de repuesto para ti. Una que es perfecta para tu tarea y temperamento.

Arrojó al suelo su gran espada, que resbaló sobre la piedra y se detuvo ante Szeth.

No había visto una espada con una vaina metálica antes. ¿Y quién envainaba una espada esquivelada? Y la hoja en sí misma... ¿era negra? Una pulgada había salido de la vaina mientras se deslizaba sobre las rocas.

Szeth juraría que podía ver un hilillo de humo negro brotando del metal. Como luz tormentosa, pero oscura.

«Hola —dijo en su mente una alegre voz—. ¿Te gustaría destruir algún mal hoy?».

LOS CUATRO



Tiene que haber una respuesta. Cuáles la respuesta. De tener a los parshendi. Uno de ellos. Si son la pieza perdida. Presiona a los alevi y destrúyelos antes de que este obtenga su poder. Formará un puente.

Del Diagrama, tabla del suelo 17, párrafo 3, cada segunda letra a partir de la segunda

Dalinar se hallaba a oscuras.

Se dio media vuelta, tratando de recordar cómo había llegado a ese lugar. En las sombras, veía muebles. Mesas, una alfombra, cortinas de Azir de salvajes colores. Su madre siempre había estado orgullosa de aquellas cortinas.

«Mi hogar —pensó—. Tal como era siendo yo niño». Mucho antes de la conquista, mucho antes de Gavilar...

Gavilar... ¿no había muerto Gavilar? No, Dalinar oyó a su hermano reír en la habitación de al lado. Era un niño. Los dos lo eran.

Cruzó la habitación oscura, sintiendo la difusa alegría de lo familiar. De cosas que eran como deberían ser. Había dejado fuera sus espadas de madera. Tenía una colección, cada una de ellas tallada como una hoja esquirlada. Ya era demasiado mayor para jugar con ellas, naturalmente, pero seguía gustándole tenerlas.

Como colección.

Se acercó a las puertas del balcón y las abrió.

Una cálida luz lo bañó. Una calidez profunda, envolvente, penetrante. Una calidez que calaba su piel, hasta su misma esencia. Miró la luz y no quedó cegado. La fuente era distinta, pero la conocía. La conocía bien.

Sonrió.

Entonces despertó. Solo en sus nuevos aposentos en Urithiru, un alojamiento temporal hasta que exploraran la torre entera. Había pasado una semana desde que llegaron a este lugar, y la gente de los campamentos de guerra había empezado por fin a llegar, trayendo esferas recargadas durante la tormenta inesperada. Las necesitaban con urgencia para hacer funcionar la Puerta Jurada.

Habían llegado justo a tiempo. La tormenta eterna no había regresado aún, pero si se movía como una alta tormenta, los alcanzaría cualquier día de estos.

Dalinar permaneció sentado un rato en la oscuridad, reflexionando sobre aquella calidez que había sentido. ¿Qué había sido aquello? Un momento extraño para experimentar una de las visiones. Siempre se producían durante las altas tormentas. Antes, cuando sentía llegar una mientras dormía, lo despertaban.

Lo comprobó con sus guardias. No soplaba ninguna alta tormenta. Meditabundo, empezó a vestirse. Quería ver si podía llegar al tejado de la torre hoy.

Mientras recorría los oscuros pasillos de Urithiru, Adolin trataba de no mostrar lo abrumado que se sentía. El mundo acababa de cambiar, como una puerta sobre sus goznes. Unos cuantos días antes, su compromiso informal era el de un hombre poderoso con la hija relativamente poco importante de una casa lejana. En ese momento posiblemente Shallan era la persona más poderosa del mundo, y él era...

¿Qué era él?

Alzó su linterna, luego hizo unas cuantas marcas con tiza en la pared para indicar que había estado allí. Esta torre era enorme. ¿Cómo se mantenía en pie? Probablemente podrían explorarla durante meses sin abrir todas las puertas. Adolin se había lanzado a

las tareas de exploración porque parecía algo que podía hacer. También, por desgracia, le daba tiempo para pensar. No le gustaba las pocas respuestas que encontraba.

Se dio media vuelta, advirtiendo que se había alejado del resto de su partida de exploradores. Lo hacía cada vez más a menudo. Habían empezado a llegar los primeros grupos de las Llanuras Quebradas y tenían que decidir dónde alojarlos a todos.

¿Eran voces lo que oía ahí delante? Adolin frunció el ceño, luego continuó por el pasillo, dejando atrás la linterna para que no revelase su presencia. Se sorprendió cuando reconoció a uno de los hombres que hablaban. ¿Era Sadeas?

Sí. El alto príncipe dirigía un grupo de exploradores propios. Para sus adentros, Adolin maldijo al viento que había convencido a Sadeas, nada menos, para que oyera la llamada de acudir a Urithiru. Todo habría sido mucho más fácil si se hubiera quedado atrás.

Sadeas indicó a unos cuantos soldados que continuaran por una bifurcación del pasillo en forma de túnel. Su esposa y unas cuantas escribas siguieron por el otro, acompañadas por dos soldados. Adolin observó un momento mientras el alto príncipe alzaba una linterna para inspeccionar una ajada pintura en la pared. Una imagen con animales mitológicos. Reconoció unos cuantos de los cuentos infantiles, como la enorme criatura parecida a un visón con la melena de pelo que le caía por la espalda. ¿Cómo se llamaba?

Adolin se dio la vuelta para irse, pero su bota rozó la piedra.

Sadeas se volvió, alzando su linterna.

—Ah, príncipe Adolin. —Vestía de blanco, que realmente no iba con su tez: el color claro hacía que sus rasgos rubicundos parecieran ensangrentados en comparación.

—Sadeas —dijo Adolin, volviéndose—. No sabía que habías llegado.

Hombre de las tormentas. ¿Había prescindido de su padre durante todos estos meses, y en ese momento decidía obedecer?

El alto príncipe recorrió el pasillo, dejando atrás a Adolin.

—Este lugar es extraordinario. Verdaderamente extraordinario.

—Así que reconoces que mi padre tenía razón —dijo Adolin—. Que sus visiones son verdaderas. Los Portadores del Vacío han regresado, y tú has quedado en ridículo.

—Admito que a tu padre le queda más lucha de lo que temí una vez. Un plan notable. Contactar con los parshendi, hacer este trato con ellos. Ofrecieron todo un espectáculo, según he oído. Desde luego convenció a Aladar.

—No puedes creer que todo fuera una patraña.

—Oh, por favor. ¿Niegas que tenía a un parshendi entre su propia guardia? ¿No es conveniente que estos nuevos «Radiantes» incluyan al jefe de la guardia de Dalinar y a tu propia prometida?

Sadeas sonrió, y Adolin vio la verdad. No, no lo creía, pero era la mentira que iba a contar. Comenzaría de nuevo a difundir rumores, tratando de socavar a Dalinar.

—¿Por qué? —preguntó Adolin, dando un paso hacia él—. ¿Por qué eres así, Sadeas?

—Porque tiene que suceder —dijo Sadeas con un suspiro—. No se puede tener un ejército con dos generales, hijo. Tu padre y yo somos dos viejos espinasblancas que quieren un reino. Es él o yo. Estamos encaminados a ello desde que murió Gavilar.

—No tiene por qué ser así.

—Sí. Tu padre nunca volverá a confiar en mí, Adolin, y lo sabes. —El rostro de Sadeas se ensombreció—. Le arrebataré todo esto. Esta ciudad, estos descubrimientos. Es solo un contratiempo.

Adolin vaciló un instante, mirando a Sadeas a los ojos, y entonces algo caló por fin en él.

«Eso es».

Agarró a Sadeas por la garganta con la mano sana y aplastó al alto príncipe contra la pared. La mirada de sorpresa total de Sadeas le hizo gracia a una parte de Adolin, la parte pequeña que no estaba completa, total e irrevocablemente enfurecida.

Apretó, sofocando un grito de ayuda mientras volvía a golpear a Sadeas contra la pared y agarraba la mano del hombre con la suya propia. Pero Sadeas era un soldado entrenado. Trató de romper la presa, cogiendo a Adolin por el brazo y retorciéndolo.

Adolin aguantó, pero perdió el equilibrio. Los dos cayeron juntos, retorciéndose, rodando. Esta no era la calculada intensidad de los terrenos de duelo, ni siquiera la metódica masacre del campo de batalla.

Eran dos hombres sudorosos que forcejeaban, ambos al borde del pánico. Adolin era más joven, pero aún estaba herido por el

combate con el Asesino de Blanco.

Consiguió quedar encima, y cuando Sadeas se vio obligado a gritar, Adolin golpeó la cabeza del hombre contra el suelo de piedra para hacerlo callar. Respirando entrecortadamente, Adolin echó mano a su puñal. Intentó alcanzar la cara de Sadeas, pero el otro hombre consiguió alzar las manos para sujetarle las muñecas.

Adolin gruñó, acercando poco a poco el cuchillo que sujetaba con la mano mala. Lo sujetó de todas formas, la muñeca ardiendo de dolor, mientras se apoyaba en la guardia. El sudor asomó en la frente de Sadeas, la punta del cuchillo tocó la punta de su nariz.

—Mi padre —dijo Adolin con un gruñido; el sudor de su cara goteaba en la hoja del cuchillo— cree que soy mejor que él. —Amplió la presión, y sintió que la presa de Sadeas se debilitaba—. Por desgracia para ti, está equivocado.

Sadeas gimió.

Con un empujón, Adolin clavó la hoja en la nariz de Sadeas hasta la cuenca ocular, perforando el ojo como si fuera una baya madura, hasta hundirla en el cerebro.

Sadeas se estremeció un momento; la sangre borboteaba alrededor de la hoja mientras Adolin la retorció para asegurarse.

Un segundo después, una hoja esquivada apareció junto a Sadeas: la hoja de su padre. Sadeas estaba muerto.

Adolin retrocedió para no mancharse la ropa de sangre, aunque ya tenía manchados los puños de la camisa. Tormentas. ¿Había hecho esto? ¿Acababa de asesinar a un alto príncipe?

Mareado, miró el arma. Ninguno de los dos había invocado su espada esquivada para la pelea. Estas armas podían valer una fortuna, pero servirían menos que una piedra en una lucha tan de cerca.

Mientras su mente se despejaba y pensaba con más claridad, Adolin recogió el arma y se apartó. Arrojó la espada por una ventana, dejándola caer en uno de los grandes maceteros que había en la terraza. Allí tal vez estaría a salvo.

Después de eso, tuvo la presencia de ánimo de arrancarse las mangas de la camisa, limpiar la marca de tiza de las paredes golpeándolas con su hoja esquivada, y alejarse todo lo que pudo antes de encontrar a uno de sus grupos de exploradores y fingir que había estado en esa zona todo el tiempo.

Dalinar comprendió cómo funcionaba el mecanismo de cierre, luego empujó la puerta de metal al final de la escalera. La puerta estaba encajada en el techo, la escalera conducía directamente hacia ella.

La trampilla se negó a abrirse, a pesar de que no estaba cerrada con llave. Había engrasado las partes. ¿Por qué no se movía?

«Crem, naturalmente», pensó. Invocó su espada esquirrada e hizo una serie de rápidos cortes alrededor de la trampilla. Entonces, con esfuerzo, pudo abrirla. La antigua trampilla se volvió hacia arriba y lo dejó salir a la misma cima de la ciudad torre.

Sonrió y salió al tejado. Cinco días de exploración habían enviado a Adolin y Navani a las profundidades de la ciudad torre. Dalinar, sin embargo, había querido buscar la cima.

Para tratarse de una torre tan enorme, el tejado era relativamente pequeño, y no estaba tan recubierto de crem. A esta altura, era probable que cayera menos lluvia durante las altas tormentas, y todo el mundo sabía que el crem era más denso en el este que en el oeste.

Tormentas, sí que estaba alto. Los oídos se le habían taponado varias veces mientras ascendía usando el ascensor fabrial que Navani había descubierto. Ella hablaba de contrapesos y de gemas conjuntadas, asombrada por la tecnología de los antiguos. Lo único que Dalinar sabía era que su descubrimiento le había permitido evitar varios cientos de tramos de escaleras.

Se acercó al borde y miró hacia abajo. Debajo, cada anillo de la torre se expandía hacia fuera un poco más que el que tenía encima. «Shallan tiene razón —pensó—. Son jardines. Cada anillo exterior está dedicado a plantar alimentos». No sabía por qué la cara este de la torre era recta y a pico, mirando al Origen. No había balcones en ese lado.

Se asomó. A lo lejos, tan abajo que se mareó un poco, vio las diez columnas que contenían las Puertas Juradas. La de las Llanuras Quebradas destelló, y un gran grupo de personas apareció en ella. Ondeaban la bandera de Hatham. Con los mapas que las eruditas de Dalinar habían enviado, Hatham y los demás solo habían tardado una semana de rápida marcha en llegar a la Puerta. Cuando el ejército de Dalinar cruzó la misma distancia, lo hicieron con mucha cautela, atentos a los ataques de los parshendi.

Al ver las columnas desde esta perspectiva, reconoció que había una de ellas en Kholinar. Componía el estrado donde habían construido el palacio y el templo real. Shallan sospechaba que Jasnah había tratado de abrir la Puerta Jurada allí: las notas de la mujer decían que las Puertas Juradas de cada ciudad estaban cerradas a cal y canto. Solo había quedado abierta la de las Llanuras Quebradas.

Shallan esperaba descubrir cómo abrir las otras, aunque sus pruebas indicaban que seguían cerradas. Si conseguía hacer que funcionaran, el mundo se convertiría en un lugar mucho más pequeño. Suponiendo que quedara algo de él.

Dalinar se volvió y miró hacia el cielo. Inspiró profundamente. Para esto había ido allí arriba.

—¡Enviaste esa tormenta para destruirnos! —gritó hacia las nubes—. ¡La enviaste para encubrir en lo que se estaba convirtiendo Shallan, y luego Kaladin! ¡Trataste de terminar esto antes de que pudiera empezar!

Silencio.

—¿Por qué enviarme las visiones y decirme que me preparara? —gritó Dalinar—. ¿Y luego intentar destruirnos cuando les hicimos caso?

SE ME EXIGIÓ QUE ENVIARA ESAS VISIONES CUANDO LLEGARA EL MOMENTO. EL TODOPODEROSO ME LO EXIGIÓ. NO PODÍA DESOBEDECERLO IGUAL QUE NO PODÍA NEGARME A SOPLAR LOS VIENTOS.

Dalinar tomó aire. El Padre Tormenta había respondido. Afortunadamente, lo había hecho.

—¿Las visiones eran tuyas, entonces, y tú el vehículo para elegir quién las recibía?

Sí.

—¿Por qué me elegiste a mí?

NO IMPORTA. FUISTE DEMASIADO LENTO. FRACASASTE. LA TORMENTA ETERNA ESTÁ AQUÍ, Y LOS SPREN DEL ENEMIGO VIENEN A HABITAR LOS ANTIGUOS. SE HA TERMINADO. HAS PERDIDO.

—Dijiste que eras un fragmento del Todopoderoso.

SOY SU... SPREN, POR ASÍ DECIRLO. NO SU ALMA. SOY EL RECUERDO QUE LOS HOMBRES CREARON DE ÉL, AHORA QUE

YA NO ESTÁ. LA PERSONIFICACIÓN DE LAS TORMENTAS Y DE LO DIVINO. NO SOY NINGÚN DIOS. NO SOY MÁS QUE LA SOMBRA DE UN DIOS.

—¿Qué sabes de esa tormenta que liberaron los parshendi?

LA TORMENTA ETERNA. ES NUEVA, PERO DE DESIGNIO ANTIGUO. RODEA EL MUNDO Y LLEVA CONSIGO SUS SPREN. TODO MIEMBRO DEL ANTIGUO PUEBLO QUE TOQUE TOMARÁ SUS NUEVAS FORMAS.

—Portadores del Vacío.

ESE ES UN TÉRMINO PARA ELLOS.

—¿Volverá esa tormenta eterna, con toda seguridad?

REGULARMENTE, COMO LAS ALTAS TORMENTAS, AUNQUE MENOS FRECUENTE. ESTÁIS CONDENADOS.

—Y transformará a los parshmenios. ¿No hay forma de detenerla?

No.

Dalinar cerró los ojos. Era lo que se temía. Su ejército había derrotado a los parshendi, sí, pero eran solo una fracción de lo que se les venía encima. Pronto se enfrentaría a cientos de miles de hombres.

Las otras no le hacían caso. Había tratado de hablar, a través de vinculacañas, con el mismísimo emperador de Azir... un emperador nuevo, ya que Szeth había visitado al último. No había habido ninguna guerra de sucesión en Azir, naturalmente. Esa gente requería demasiado papeleo.

El nuevo emperador había invitado a Dalinar a visitarlo, pero obviamente consideraba que sus palabras eran delirios. Dalinar no sabía que los rumores de su locura hubieran llegado hasta tan lejos. Sin embargo, incluso sin eso, sospechaba que sus advertencias serían ignoradas, ya que lo que decía era una locura. ¿Una tormenta que soplaba en sentido contrario? ¿Parshmenios que se convertían en Portadores del Vacío?

Solo Taravangian de Kharbranth (y ahora, al parecer, de Jah Keved) había parecido dispuesto a escuchar. Los Heraldos bendijeron a ese hombre; con suerte, podría traer algo de paz a esa tierra torturada. Dalinar había pedido más información sobre cómo había obtenido el trono: los informes iniciales indicaban que había llegado al cargo de manera inesperada. Pero era demasiado nuevo,

y Jah Keved estaba demasiado rota, para que pudiera hacer mucho.

Aparte de ello, llegaron súbitos e inesperados informes, a través de vinculacañas, de las revueltas en Kholinar. Tampoco habían recibido ninguna respuesta clara. ¿Y qué era eso que había oído de una plaga en el Lagopuro? Tormentas, en qué caos se había convertido todo.

Tendría que hacer algo respecto a todo aquello.

Dalinar volvió a mirar al cielo.

—Me han ordenado que vuelva a fundar los Caballeros Radiantes. Tendré que unirme a ellos si voy a liderarlos.

En el cielo rugieron truenos lejanos, aunque no había nubes.

—¡Vida antes que muerte! —gritó Dalinar—. ¡Fuerza antes que debilidad! ¡Viaje antes que destino!

¡SOY LA ASTILLA DEL TODOPODEROSO MISMO!, dijo la voz, airada. SOY EL PADRE TORMENTA. ¡NO ME DEJARÉ VINCULAR DE UN MODO QUE PUEDA MATARME!

—Te necesito —dijo Dalinar—. A pesar de lo que hiciste. El hombre del puente habló de juramentos pronunciados, y de que cada orden de caballeros era diferente. El Primer Ideal es el mismo. Después de eso, cada orden es única, y requiere Palabras distintas.

El trueno rugió. Parecía... un desafío. ¿Podía Dalinar interpretar los truenos ahora?

Era una jugada peligrosa. Se enfrentaba a algo primigenio, algo incognoscible. Algo que había intentado activamente asesinarlo a él y a su ejército.

—Por fortuna —dijo Dalinar—, conozco el segundo juramento que he de hacer. No hace falta que me lo digan. Uniré en vez de dividir, Padre Tormenta. Uniré a los hombres.

El trueno se silenció. Dalinar permaneció allí en pie, solo, mirando el cielo, esperando.

MUY BIEN, dijo por fin el Padre Tormenta. ESAS PALABRAS SON ACEPTADAS.

Dalinar sonrió.

NO SERÉ UNA SIMPLE ESPADA PARA TI, advirtió el Padre Tormenta. NO ACUDIRÉ A TU LLAMADA, Y TENDRÁS QUE APARTARTE DE ESA... MONSTRUOSIDAD QUE LLEVAS. SERÁS UN RADIANTE SIN ESQUIRLAS.

—Seré lo que tenga que ser —dijo Dalinar, invocando su hoja

esquirlada. En cuanto apareció, sonaron gritos en su cabeza. Soltó el arma como si fuera una anguila que lo hubiera mordido. Los gritos desaparecieron inmediatamente.

La espada resonó contra el suelo. Romper el vínculo con una hoja esquirlada era en teoría un proceso difícil que requería concentración y tocar su piedra. Sin embargo, esta se desgajó en un instante. Dalinar pudo sentirlo.

—¿Cuál era el significado de la última visión que recibí? —preguntó—. La de esta mañana, la que vino sin ninguna alta tormenta.

NO SE ENVIÓ NINGUNA VISIÓN ESTA MAÑANA.

—Sí. Vi luz y calor.

UN SIMPLE SUEÑO. NO MÍO, NI DE LOS DIOSES.

Curioso. Dalinar podría haber jurado que era igual que las visiones, si no más fuerte.

VE, FORJADOR DE VÍNCULOS, dijo el Padre Tormenta. GUÍA AL FRACASO A TU PUEBLO MORIBUNDO. ODIUM DESTRUYÓ AL TODOPODEROSO. TÚ NO ERES NADA PARA ÉL.

—El Todopoderoso podía morir —dijo Dalinar—. Si eso es cierto, entonces ese Odium también. Encontraré un modo de hacerlo. Las visiones mencionaban un desafío, un campeón. ¿Sabes algo de eso?

El cielo no dio más respuesta que un leve rumor. Bueno, ya habría tiempo para hacer preguntas más tarde.

Dalinar se retiró de la cima de Urithiru y se dirigió a las escaleras. El tramo de escalones daba a una sala que abarcaba casi toda la planta superior de la ciudad torre, y brillaba con la luz que entraba a través de las ventanas de cristal. Ventanas sin postigos ni apoyos, algunas mirando al este. Cómo sobrevivían a las altas tormentas no lo sabía, aunque había restos de crem en algunos sitios.

Diez cortas columnas rodeaban esta sala, con otra en el centro.

—¿Bien? —preguntó Kaladin, volviéndose de la columna que estaba inspeccionando. Shalla salió de detrás de otra; parecía bastante menos agotada que cuando llegaron por primera vez a la ciudad. Aunque sus días allí en Urithiru habían sido frenéticos, unas cuantas noches de sueño les habían venido muy bien a todos.

En respuesta a la pregunta, Dalinar se sacó una esfera del

bolsillo y la alzó. Entonces absorbió la luz tormentosa.

Sabía que debía esperar la sensación de una tormenta ardiendo en su interior, como se lo habían descrito tanto Kaladin como Shallan. Le instaba a actuar, a moverse, a no quedarse quieto. Sin embargo, no se parecía a la Emoción de la batalla, que era lo que esperaba.

Notó que sus heridas sanaban de manera familiar. Era como si lo hubiera hecho antes. ¿En el campo de batalla? Su brazo estaba bien, y el corte en su costado apenas le dolía ya.

—Es horriblemente injusto que lo hayas conseguido al primer intento —advirtió Kaladin—. A mí me llevó una eternidad.

—Recibí instrucciones —dijo Dalinar, entrando en la habitación y arrojando la esfera—. El Padre Tormenta me llamó Forjador de Vínculos.

—Era el nombre de una de las órdenes —dijo Shallan, apoyando los dedos en una de las columnas. Ya somos tres. Corredores del Viento, Forjador de Vínculos, Tejedora de luz.

—Cuatro —dijo una voz desde las sombras de la escalera. Renarin entró en la habitación iluminada. Los miró, luego dio un paso atrás.

—¿Hijo? —preguntó Dalinar.

Renarin permaneció en la oscuridad, con la cabeza gacha.

—No llevas anteojos... —susurró Dalinar—. Dejaste de usarlos. Pensé que intentabas parecer un guerrero, pero no. La luz tormentosa curó tus ojos.

Renarin asintió.

—Y la hoja esquivada —dijo Dalinar, avanzando y cogiendo a su hijo por el hombro—. Oyes gritos. Eso es lo que te pasó en el duelo. No pudiste luchar por causa de esos gritos en tu cabeza por haber invocado la espada. ¿Por qué? ¿Por qué no dijiste nada?

—Creí que era yo —susurró Renarin—. Mi mente. Pero Glysdice... —Parpadeó—. Vigilante de la Verdad.

—¿Vigilante de la Verdad? —dijo Kaladin, mirando a Shallan. Ella negó con la cabeza—. Yo camino los vientos. Ella teje luz. El brillante señor Dalinar forja uniones. ¿Qué haces tú?

Renarin lo miró a los ojos.

—Yo veo.

—Cuatro órdenes —dijo Dalinar, apretando con orgullo el

hombro de Renarin. Tormentas, el muchacho estaba temblando. ¿Qué le preocupaba tanto? Dalinar se volvió hacia los demás—. Las otras órdenes deben regresar también. Tenemos que encontrar a aquellos a quienes han elegido los spren. Rápido, pues tenemos la tormenta eterna encima, y es peor de lo que temíamos.

—¿Cómo? —preguntó Shallan.

—Cambiará a los parshmenios —dijo Dalinar—. El Padre Tormenta me lo confirmó. Cuando esa tormenta los alcance, volverán los Portadores del Vacío.

—Condenación —dijo Kaladin—. Tengo que ir a Alezkar, a Piedralar.

Se encaminó hacia la salida.

—¿Soldado? —llamó Dalinar—. He hecho lo que he podido para avisar a tu pueblo.

—Mis padres están allí —dijo Kaladin—. Y el señor de la ciudad tiene parshmenios. Iré.

—¿Cómo? —preguntó Shallan—. ¿Cubrirás toda la distancia volando?

—Cayendo —dijo Kaladin—. Pero sí.

Se detuvo en la puerta.

—¿Cuánta luz requerirá eso, hijo? —preguntó Dalinar.

—No lo sé —admitió Kaladin—. Mucha, probablemente.

Shallan miró a Dalinar. No tenían luz tormentosa que pudieran malgastar. Aunque los que venían de los campamentos de guerra traían esferas recargadas, activar la Puerta Jurada requería un montón de luz, dependiendo de cuánta gente trajeran. Iluminar las lámparas de la sala en el centro de la Puerta era el mínimo necesario para poner en marcha el artilugio: traer a mucha gente agotaba parcialmente también las gemas infusas que traían.

—Te conseguiré lo que pueda, muchacho —dijo Dalinar—. Ve con mi bendición. Tal vez te quede lo suficiente para ir luego a la capital y ayudar a la gente de allí.

Kaladin asintió.

—Prepararé una mochila. Tengo que marcharme de inmediato. —Salió de la sala y se dirigió a la escalera.

Dalinar absorbió más luz tormentosa y sintió cómo sus últimas heridas desaparecían. Esto era algo a lo que un hombre podía acostumbrarse fácilmente.

Envió a Renarin con órdenes para que hablara con el rey y le pidiera varios broams de esmeralda que Kaladin pudiera tomar prestados para su viaje.

Elhokar había llegado por fin, en compañía de un grupo de herdazianos, nada menos. Uno decía que había que añadir su nombre a la lista de reyes alezi...

Renarin se dispuso ansiosamente a cumplir la orden. Parecía desear tener algo que hacer.

«Es uno de los Caballeros Radiantes —pensó Dalinar, viéndolo marchar—. Probablemente tendré que dejar de enviarlo a hacer recados».

Tormentas. Estaba sucediendo de verdad.

Shallan se había acercado a las ventanas. Dalinar se detuvo a su lado. Esta era la cara oriental de la torre, el lado plano que miraba directamente hacia el Origen.

—Kaladin solo tendrá tiempo de salvar a unos pocos —dijo ella—. Si acaso. Somos cuatro, brillante señor. Solo cuatro contra una tormenta llena de destrucción...

—Las cosas son como son.

—Muchos morirán.

—Y nosotros salvaremos a los que podamos —dijo Dalinar. Se volvió hacia ella—. Vida antes que muerte, Radiante. Es la tarea que hemos jurado.

Ella hizo una mueca, todavía mirando al este, pero asintió.

—Vida antes que muerte, Radiante.



—Un ciego esperaba la era de los finales —dijo Sagaz—, reflexionando sobre la belleza de la naturaleza.

Silencio.

—Ese hombre soy yo —advirtió Sagaz—. No estoy ciego físicamente, sino desde un punto de vista espiritual. Y esa definición es realmente muy inteligente, si lo piensas.

Silencio.

—Esto es mucho más satisfactorio —dijo—, cuando tengo vida inteligente a quien puedo llenar de asombro y embelesar con mi aguda verborrea.

La criatura, una fea especie de cangrejo-lagarto, de la roca de al lado hizo chasquear su pinza, un sonido casi vacilante.

—Tienes razón, por supuesto —dijo Sagaz—. Mi público habitual no es particularmente inteligente. Sin embargo, eso era también el chiste obvio, triste de ti.

La fea criatura correteó por la roca, dirigiéndose hacia el otro lado. Sagaz suspiró. Era de noche, lo cual era normalmente un buen momento para las llegadas teatrales y la filosofía llena de significado. Por desgracia para él, allí no había nadie a quien visitar ni con quien filosofar, teatralmente o de otro modo. Un riachuelo borboteaba cerca, uno de los pocos cursos de agua permanentes en esta extraña tierra. Extendiéndose en todas direcciones había ondulantes colinas, marcadas por los surcos del agua y con valles

cubiertos por una extraña especie de zarzas. Había muy pocos árboles allí, aunque más al sur un auténtico bosque brotaba en las pendientes desde las alturas.

Un par de cantarines emitían sonidos temblorosos allí cerca, y Sagaz sacó su flauta y trató de imitarlos. No pudo, no exactamente. El trino era demasiado parecido a la percusión, un rápido repiqueteo: musical, pero no parecido al de la flauta.

De todas formas, las criaturas parecían alternar con él, respondiendo a su música. ¿Quién sabía? Tal vez tenían inteligencia rudimentaria. Esos caballos, los ryshadios... le habían sorprendido. Se alegraba de que aún hubiera algunas cosas que pudieran hacerlo.

Finalmente soltó la flauta y reflexionó. Un público de feas criaturas parecidas a cangrejos-lagartos y unos cuantos cantarines era un público, después de todo.

—El arte es fundamentalmente injusto —dijo.

Un cantarín continuó trinando.

—Veréis, fingimos que el arte es eterno, que hay en él algún tipo de persistencia. Una Verdad, podríamos decir. El arte es arte porque es arte y no porque nosotros digamos que es arte. No voy demasiado rápido para vosotros, ¿no?

«Trino».

—Bien. Pero si el arte es eterno y lleno de significado e independiente, ¿por qué depende tanto del público? ¿Habéis oído la historia del granjero que visitó la corte durante el Festival de la Descripción?

«¿Trino?».

—Oh, no es una gran historia. Absolutamente olvidable. Principio estándar, el granjero que visita la gran ciudad, hace algo embarazoso, tropieza con la princesa y, completamente por accidente, la salva de ser atropellada. Las princesas de estos cuentos nunca parecen capaces de mirar por dónde van. Creo que tendrían que contratar a un fabricante de lentes de renombre y procurarse un par de gafas adecuadas antes de intentar cruzar las calles.

»Pues bien, como esta historia es una comedia, el hombre es invitado al palacio para recibir una recompensa. Hay varias situaciones tontas, que terminan con el pobre granjero limpiándose en el excusado con una de las más bellas pinturas realizadas jamás, y luego sale y ve que todos los ojos claros están mirando un marco

vacío y comentando lo hermosa que es la obra. Risotadas y aplausos. Saludo y reverencia. Lárgate antes de que alguien piense demasiado en el cuento.

Esperó.

«¿Trino?».

—Bueno, ¿no lo entiendes? —dijo Sagaz—. El granjero encontró el cuadro cerca del excusado, así que supuso que se usaba para eso. Los ojos claros encontraron el marco vacío en el salón de arte, y asumieron que era una obra maestra. Puedes decir que es una historia tonta. Lo es. Eso no invalida que sea verdad. Después de todo, yo suelo ser bastante tonto... pero también soy casi siempre sincero. La fuerza de la costumbre.

»Expectativa. Esa es la verdadera alma del arte. Si le puedes dar a un hombre más de lo que espera, entonces te alabará toda la vida. Si puedes crear un aire de expectación y alimentarlo adecuadamente, tendrás éxito.

»En cambio, si tienes fama de ser demasiado bueno, demasiado habilidoso... cuidado. El arte superior estará en sus cabezas, y si les das una pizca menos de lo que imaginaron, de pronto habrás fracasado. De repente eres inútil. Un hombre encuentra una sola moneda en el barro y habla de ello durante días, pero cuando le llega una herencia y es un uno por ciento menor de lo que esperaba, entonces se sentirá estafado.

Sagaz sacudió la cabeza, se levantó y se sacudió el gabán.

—Dame un público que haya venido a que lo entretengan, pero que no esperen nada especial. Para ellos, seré un dios. Esa es la mejor verdad que conozco.

Silencio.

—Podría usar un poco de música —dijo—. Como efecto dramático, ya sabes. Viene alguien, y quiero estar preparado para dar la bienvenida.

El cantarín, complaciente, empezó de nuevo su música. Sagaz inspiró profundamente, luego adoptó la pose adecuada: perezosa expectación, calculado aire de sabiduría, insufrible arrogancia. Después de todo, tenía una reputación y tenía que intentar mantenerla.

El aire ante él se difuminó, como calentado en un anillo cerca del suelo. Una veta de luz giró en el anillo, formando una ola de

casi dos metros de altura. Se desvaneció inmediatamente: en realidad, era solo una imagen residual, como si algo brillante hubiera aparecido girando muy rápidamente dentro del círculo.

En el centro apareció Jasnah Kholin, muy erguida.

Tenía las ropas desgarradas, el pelo recogido en una sola trenza, la cara salpicada de quemaduras. El vestido había sido hermoso en tiempos, pero para entonces había quedado reducido a harapos. Se lo había recortado por las rodillas y se había cosido un guante con algo improvisado. Curiosamente, llevaba una especie de bandolera de cuero y una mochila. Sagaz dudó de que las tuviera cuando comenzó su viaje.

Ella gimió largamente y luego miró hacia el lado, donde estaba Sagaz.

Él le sonrió.

Jasnah extendió la mano en un abrir y cerrar de ojos, la bruma se formó en torno a su brazo y adoptó la forma de una espada larga y fina que apuntó al cuello de Sagaz.

Él alzó una ceja.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Jasnah.

—Estabas causando bastante revuelo en el otro lado —dijo Sagaz—. Ha pasado mucho tiempo desde que los spren tuvieron que tratar con alguien vivo, sobre todo con alguien tan exigente como tú.

Ella exhaló, luego insistió con la espada.

—Dime lo que sabes, Sagaz.

—Una vez me pasé casi un año dentro de un estómago enorme, mientras era digerido.

Ella frunció el ceño.

—Es una de las cosas que sé. Deberías ser más concreta en tus amenazas. —Bajó la mirada mientras ella retorció la hoja esquirrada, haciendo girar la punta, todavía hacia él—. Me extrañaría que ese cuchillito tuyo fuera ninguna amenaza real para mí, Kholin. Pero puedes agitarlo si quieres. Quizá te haga sentirte más importante.

Ella lo estudió. Entonces la espada se disolvió en bruma. Bajó el brazo.

—No tengo tiempo para ti. Se avecina una tormenta, una tormenta terrible. Puede que traiga a los Portadores del Vacío a...

—Ya está aquí.

—Condenación. Tenemos que encontrar Urithiru y...

—Ya ha sido encontrada.

Ella vaciló.

—Los Caballeros...

—Refundados —dijo Sagaz—. En parte por tu aprendizaje, que, he de añadir, es exactamente el setenta y siete por ciento más agradable que tú. Hice una encuesta.

—Estás mintiendo.

—Vale, fue una encuesta bastante informal. Pero la fea criatura cangrejo-lagarto te dio muy poca nota por...

—En las otras cosas.

—Yo no digo ese tipo de mentiras, Jasnah. Lo sabes. Es lo que te resulta tan molesto de mí.

Ella lo inspeccionó, luego suspiró.

—Es parte de lo que me resulta tan molesto de ti, Sagaz. Solo una parte muy pequeña de un río grande, grandísimo.

—Solo lo dices porque no me conoces muy bien.

—Lo dudo.

—No, de verdad. Si me conocieras, ese río de molestia sería obviamente un océano. Da igual. Sé cosas que tú no sabes, y creo que puede que tú sepas algo que yo no sé. Eso nos proporciona lo que se llama sinergia. Si puedes contener tu malestar, puede que los dos aprendamos algo.

Ella lo miró de arriba abajo, luego frunció los labios y asintió. Echó a andar hacia la ciudad más cercana. Tenía un buen sentido de la orientación, esta mujer.

Sagaz la alcanzó.

—Te darás cuenta de que estamos al menos a una semana de distancia de la civilización. ¿Era necesario que te Nominaras tan lejos en mitad de ninguna parte?

—Anduve un poco apurada en el momento de mi huida. Tengo suerte de estar aquí.

—¿Suerte? Yo no diría tanto.

—¿Por qué?

—Probablemente estarías mejor en el otro lado, Jasnah Kholin. La Desolación ha llegado, y con ella, el final de esta tierra. —La miró—. Lo siento.

—No lo sientas hasta que veamos cuánto puedo salvar. ¿La tormenta ha llegado ya? ¿Los parshmenios se han transformado?

—Sí y no —respondió Sagaz—. La tormenta debería alcanzar Shinovar esta noche, y luego avanzará por la tierra. Creo que la tormenta causará la transformación.

Jasnah se detuvo.

—No sucedió así en el pasado. He aprendido cosas en el otro lado.

—Tienes razón. Esta vez es diferente.

Ella se lamió los labios, pero por lo demás hizo un buen trabajo conteniendo su ansiedad.

—Si no está sucediendo como antes, entonces todo lo que sé podría ser falso. Las palabras de los spren podrían ser inadecuadas. Los registros que busco podrían carecer de sentido.

Él asintió.

—No podemos depender de los antiguos escritos —dijo ella—. Y el supuesto dios de los hombres es una invención. Así que no podemos mirar a los cielos en busca de salvación, pero al parecer tampoco podemos mirar al pasado. Entonces ¿dónde podemos hacerlo?

—Estás muy convencida de que no hay ningún Dios.

—El Todopoderoso es...

—Oh —dijo Sagaz—, no me refiero al Todopoderoso. Tanavast era un buen tipo (me invitó a beber una vez), pero no era Dios. Admito, Jasnah, que comprendo tu escepticismo, pero no estoy de acuerdo con él. Solo creo que has estado buscando a Dios en los lugares equivocados.

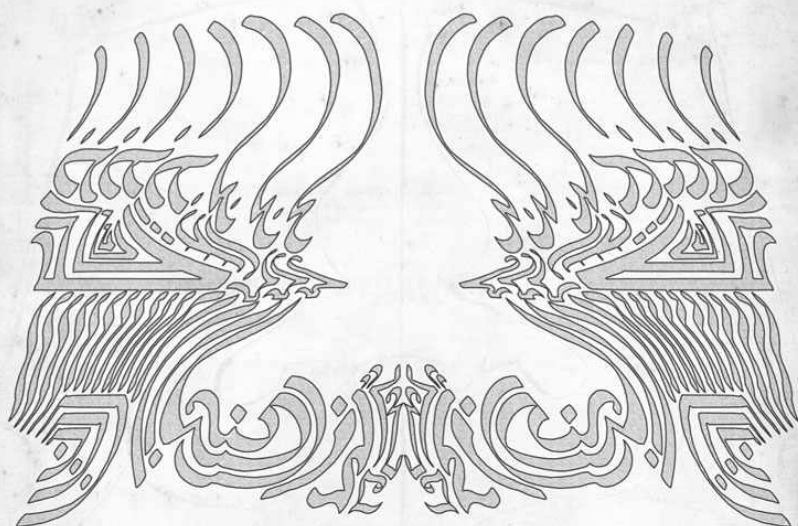
—Supongo que vas a decirme dónde crees que debería buscar.

—Encontrarás a Dios en el mismo lugar donde vas a encontrar la salvación de este caos —dijo Sagaz—. Dentro del corazón de los hombres.

—Curiosamente, creo que puedo estar de acuerdo con eso, aunque sospecho que por motivos diferentes a los que das a entender. Tal vez este paseo no sea tan malo como me había temido.

—Tal vez —dijo él, mirando hacia las estrellas—. Digan lo que digan, al menos el mundo ha elegido una noche hermosa para terminar...

**Fin del Libro segundo de *EL ARCHIVO DE LAS
TORMENTAS***



NOTA FINAL.

Encendidos, los vientos se acercan letales acercando vientos encendidos.

Este ketek, escrito en Día Claro, Jeseses 1175, adorna la cubierta del diario personal de Jasnah Kholin. Dentro, describe de primera mano los acontecimientos que condujeron a la llegada de la tormenta eterna.

Los glifos del ketek fueron dibujados con la forma de dos tormentas entrechocando.

—Nazh.

Ars Arcanum

LAS DIEZ ESENCIAS Y SUS ASOCIACIONES HISTÓRICAS

NÚMERO	GEMA	ESENCIA	FOCO CORPORAL	PROPIEDADES MOLDEADORAS	ATRIBUTOS DIVINOS PRIMARIOS/ SECUNDARIOS
1. Jes	Zafiro	Céfiro	Inhalación	Gas translúcido, aire	Proteger/ Liderar
2. Nan	Cuarzo ahumado	Vapor	Exhalación	Gas opaco, humo, bruma	Aprender/Dar
3. Chach	Rubí	Chispa	El alma	Fuego	Valiente/ Obediente
4. Vev	Diamante	Lucentia	Los ojos	Cuarzo, vidrio, cristal	Amar/ Curar
5. Palah	Esmeralda	Pulpa	El pelo	Madera, plantas, musgo	Justo/ Confiado
6. Shash	Granate	Sangre	La sangre	Sangre, todo líquido no aceitoso	Creativo/ Honrado
7. Betab	Zirconio	Grasa	Aceite	Todo tipo de aceite	Sabio/ Cuidadoso
8. Kak	Amatista	Aluminio	Las uñas	Metal	Resolutivo/ Constructor
9. Tanat	Topacio	Astrágalo	El hueso	Roca y piedra	Formal/ Emprendedor
10. Ishi	Berilo	Tendón	Carne	Carne	Piadoso/ Orientativo

Esta lista es una recopilación imperfecta del simbolismo

tradicional vorin asociado a las Diez Esencias. Unidos, forman el Doble Ojo del Todopoderoso, un ojo con dos pupilas que representa la creación de plantas y criaturas. También es la base para la forma de reloj de arena que a menudo se asociaba con los Caballeros Radiantes.

Los eruditos antiguos también colocaban las diez órdenes de Caballeros Radiantes en esta lista, junto con los mismos Heraldos, que tenía cada uno una asociación clásica con los números y las Esencias.

No sé todavía cómo los diez niveles de Vacío o su prima la Antigua Magia encajan en este paradigma, si es que pueden hacerlo. Mi investigación sugiere que, en efecto, tendría que haber otra serie de capacidades aún más esotérica que el Vacío. Tal vez la Antigua Magia encaja aquí, aunque empiezo a sospechar que es algo completamente diferente.

Hay que tener en cuenta que hoy en día creo que el concepto de «foco corporal» es más una cuestión de interpretación filosófica que un atributo real de esta Investidura y sus manifestaciones.

LAS DIEZ POTENCIAS

Como complemento a las Esencias, los elementos clásicos celebrados en Roshar, se encuentran las Diez Potencias. Estas (consideradas las fuerzas fundamentales por las que funciona el mundo) son más precisamente una representación de las diez habilidades básicas ofrecidas a los Heraldos, y luego a los Caballeros Radiantes, por sus vínculos.

- Adhesión: La Potencia de Presión y Vacío
- Gravitación: La Potencia de la Gravedad
- División: La Potencia de la Destrucción y el Deterioro
- Abrasión: La Potencia de la Fricción
- Progresión: La Potencia del Crecimiento y la Cura, o Regeneración
- Iluminación: La Potencia de la Luz, el Sonido y diversas Formas de onda
- Transformación: Potencia del molde de almas
- Transporte: La Absorción del Movimiento y la Transición

Realmática

- Cohesión: La Potencia de la Interconexión Axial Fuerte
- Tensión: La Potencia de la Interconexión Axial Suave

SOBRE LA CREACIÓN DE FABRIALES

Hasta el momento se han descubierto cinco grupos de fabriales. Los métodos de su creación son celosamente guardados por la comunidad artífabriana, pero parecen ser obra de científicos dedicados, en oposición a las potencias más místicas realizadas por los Caballeros Radiantes. Cada vez estoy más convencida de que la creación de estos artilugios requiere la esclavitud forzada de entidades cognitivas transformativas, conocidas como «spren» por las comunidades locales.

FABRIALES ALTERADORES

Aumentadores: Estos fabriales sirven para aumentar algo. Pueden crear calor, dolor, o incluso un viento tranquilo, por ejemplo. Como todos los fabriales, reciben su energía de la luz tormentosa. Parecen funcionar mejor con fuerzas, emociones o sensaciones.

Las llamadas semi-esquiras de Jah Keved se crean con este tipo de fabrial adjunto a una placa de metal para aumentar su durabilidad. He visto fabriales de este tipo creados con muchos tipos de gemas; supongo que cualquiera de las diez Piedrasbase funcionará.

Reductores: Estos fabriales hacen lo contrario que los aumentadores, y generalmente parecen tener las mismas restricciones que sus primos. Los artífabrianos que me han hablado en confianza parecen creer que incluso es posible crear fabriales más grandes que hasta ahora, sobre todo en relación a los aumentadores y reductores.

FABRIALES PAREJOS

Conjuntadores: Al infundir un rubí y usando una metodología que no me ha sido revelada (aunque tengo mis sospechas), puede crearse un par conjunto de gemas. El proceso requiere dividir el rubí original. Las dos mitades crearán entonces reacciones paralelas a través de la distancia. Las vinculacañas son una de las formas más comunes de este tipo de fabrial.

Se mantiene la conservación de la fuerza; por ejemplo, si una se adhiere a una piedra pesada, será necesaria la misma fuerza para levantar el fabrial conjuntado que haría falta para alzarla. Parece que hay algún tipo de proceso durante la creación del fabrial que influye en la distancia a la que pueden estar las dos mitades y seguir produciendo un efecto.

Inversores: Usar una amatista en vez de un rubí crea también mitades conjuntadas de una gema, pero estas funcionan creando reacciones opuestas. Levanta una, y la otra será empujada hacia abajo, por ejemplo.

Estos fabriales acaban de ser descubiertos, y ya hay conjeturas sobre sus posibilidades de explotación. Parece que hay algunas limitaciones inesperadas en esta forma de fabrial, aunque no he podido descubrir cuáles son.

FABRIALES ADMONITORIOS

Solo hay un tipo de fabrial en este grupo, informalmente conocido como el Alertador, que puede advertir de un objeto, sensación o fenómeno cercano. Estos fabriales usan una piedra de berilo como foco. No sé si este es el único tipo de gema que funciona, o si hay otro motivo por el que se usa el berilo.

En el caso de este tipo de fabrial, la cantidad de luz tormentosa que se puede infundir afecta su alcance. De ahí que el tamaño de la gema empleada sea muy importante.

CORREDORES DEL VIENTO Y VÍNCULOS

Los informes de las extrañas habilidades del Asesino de Blanco me han llevado a varias fuentes de información que, creo, son generalmente desconocidas. Los Corredores del Viento era una

orden de los Caballeros Radiantes, que usaban dos tipos principales de potenciación. Los efectos de estas potenciaciones eran conocidos coloquialmente entre los miembros de la orden como los Tres Lanzamientos.

VÍNCULO BÁSICO: CAMBIO GRAVITACIONAL

Este tipo de lanzamiento era uno de los más empleados entre la orden, aunque no era el más fácil (esa distinción recae en el lanzamiento pleno, más abajo). Un lanzamiento básico implicaba anular el lazo gravitatorio o espiritual de un objeto o un ser con el planeta, enlazando temporalmente a ese ser u objeto con un objeto o dirección distinto.

Esto crea un cambio en el pulso gravitacional, retorciendo las energías del planeta mismo. Un lanzamiento básico permitía al correvientos correr por las paredes, enviar objetos o personas volando por los aires, o crear efectos similares. Los usos avanzados de este tipo de lanzamiento permitían a un correvientos hacerse más liviano lanzando partes de su masa hacia arriba. (Matemáticamente, lanzar un cuarto de la masa de una persona hacia arriba reduciría a la mitad el peso efectivo de una persona. Lanzar la mitad de una masa hacia arriba crearía ingravidez).

Los lanzamientos básicos múltiples podrían también lanzar a un objeto o una persona al doble, el triple u otros múltiplos de su peso.

VÍNCULO COMPLETO: UNIR OBJETOS

Un lanzamiento pleno puede parecer muy similar al lanzamiento básico, pero funciona según principios muy diferentes. Mientras uno tiene que ver con la gravitación, el otro tiene que ver con la fuerza (la oleada, como lo llamaban los Radiantes) de adhesión: unir objetos como si fueran uno. Creo que este oleada pudo tener algo que ver con la presión atmosférica.

Para crear un lanzamiento pleno, un correvientos infundía un objeto con luz tormentosa, y luego le unía otro. Los dos objetos permanecían pegados con un vínculo enormemente poderoso, casi imposible de romper. De hecho, la mayoría de los materiales se

rompían antes de que lo hiciera el vínculo que los unía.

VÍNCULO INVERSO: DAR A UN OBJETO UN TIRÓN GRAVITACIONAL

Creo que esto es en realidad una versión especializada del lanzamiento básico. Este tipo de lanzamiento requería la menor cantidad de luz tormentosa de los tres lanzamientos. El Corredor del Viento infundía algo, daba una orden mental, y creaba un tirón para el objeto que lanzaba otros objetos hacia él.

En la base, este lanzamiento creaba una burbuja alrededor del objeto que imitaba su enlace espiritual con el terreno que tenía debajo. Por tanto, era mucho más difícil que el lanzamiento afectara objetos que tocaban el suelo, donde su enlace con el planeta era más fuerte. Los objetos que caían o volaban eran los más fáciles de influir. Otros objetos podían ser afectados, pero la luz tormentosa y la habilidad requerida era mucho más sustancial.

TEJER LUZ

Una segunda forma de potenciación implica la manipulación de la luz y el sonido en tácticas ilusorias comunes por todo el Cosmere. Sin embargo, al contrario que las variaciones presentes en Sel, este método tiene un potente elemento espiritual que exige no solo una imagen mental plena de la creación pretendida, sino también cierto nivel de conexión con ella. La ilusión se basa no solo en lo que imagina el Tejedor de Luz, sino en lo que desea crear.

En muchos aspectos, esta es la habilidad más similar a la variante yolish original, lo cual me entusiasma. Deseo indagar más en esta habilidad, con la esperanza de comprender completamente cómo se relaciona con los atributos cognitivo y espiritual.